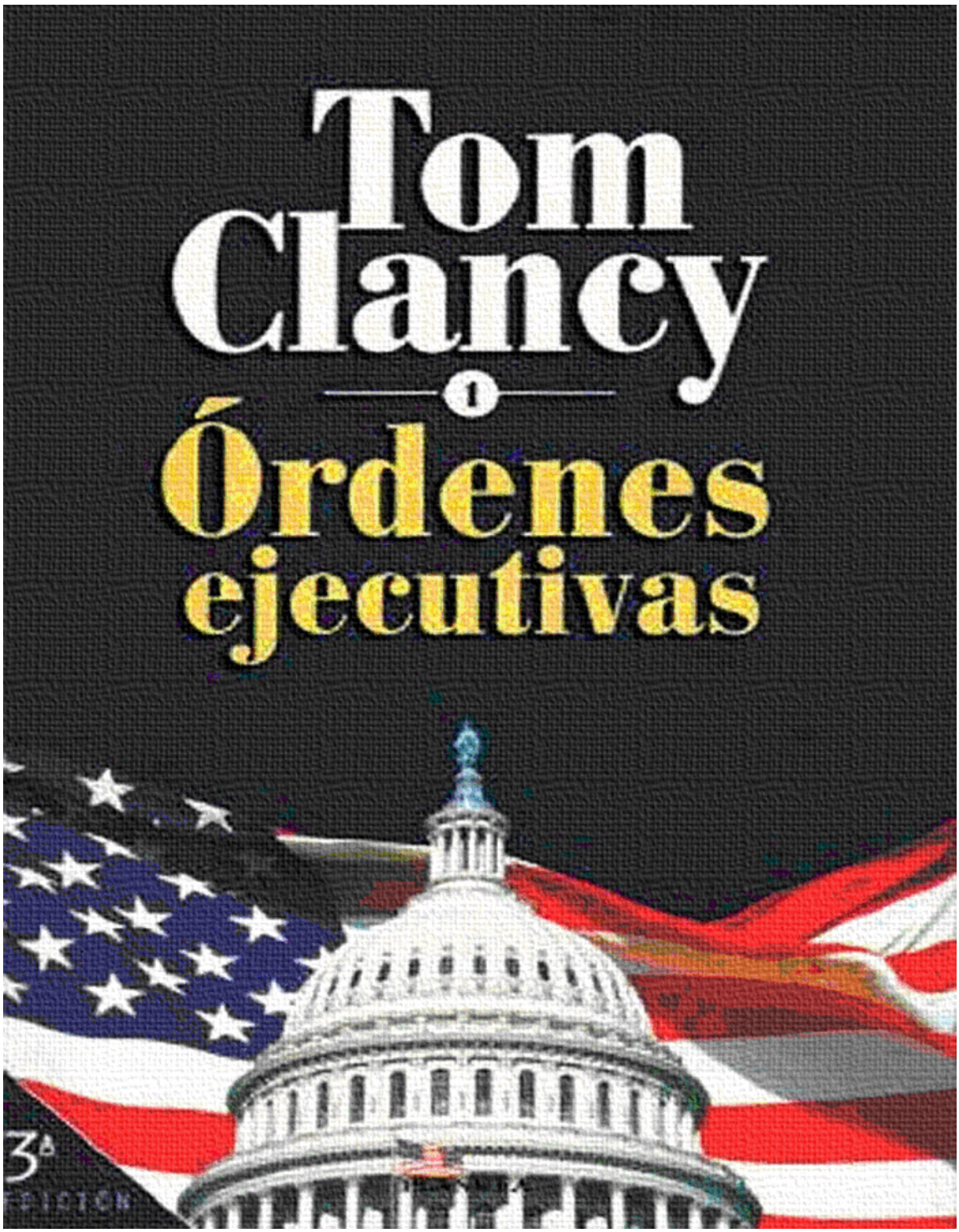
ÓRDENES EJECUTIVAS
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMER VOLUMEN

PRÓLOGO

EMPEZANDO POR AQUÍ

Debía de ser a causa de la fuerte impresión. Se sentía como si fuese dos personas al mismo tiempo. Una de ellas miraba por la ventana del comedor de las oficinas de la CNN en Washington. Veía las llamas que se elevaban de las ruinas del Capitolio - amarillentas pinceladas que brotaban de un anaranjado resplandor, como en una espectral muestra de ikebana que representase el millar de vidas apagadas hacía una hora.

La estupefacción sofocó el dolor por unos momentos. Pero sabía que el dolor iba a volver, como vuelve siempre tras un fuerte golpe en la cara, aunque no de inmediato.

La muerte trataba de nuevo de someterlo a su siniestra majestad. La había visto venir, detenerse y retirarse. Por suerte, sus hijos no llegaron a percatarse de lo cerca que estuvieron de perder sus jóvenes vidas. Para ellos, no había sido sino un accidente que no comprendían. Ahora estaban seguros, aunque sólo con su madre. Porque el deber impedía a su padre estar a su lado. Era una situación a la que, por desgracia, habían terminado por acostumbrarse todos ellos. De modo que, mientras John Patrick Ryan miraba los derrubios de la muerte, una parte de él estaba insensible.

La otra parte también miraba el mismo panorama, consciente de que tenía que hacer algo. Pero aunque trataba de razonar con lógica, la lógica no lograba imponerse a su reflexión. Porque la sola lógica no bastaba para decirle qué hacer ni por dónde empezar.

-Señor presidente...

Era la voz de la agente especial Andrea Price.

-¿Sí? -dijo Ryan sin dejar de mirar por la ventana.

Detrás de él -podía ver los reflejos en el cristal- otros seis agentes del Servicio Secreto esgrimían sus armas para evitar que nadie se les acercase. Debía de haber una veintena de empleados de la CNN afuera en la entrada, congregados allí, en parte, por interés profesional (al fin y al cabo eran periodistas), pero sobre todo, por la humana curiosidad de ser testigos presenciales de un momento histórico.

Aquellos periodistas se preguntaban por sus propias sensaciones, sin reparar en que las tragedias afectaban a todos de una manera muy similar. Tanto si se trataba de un accidente de automóvil como de una grave enfermedad, la sorprendida mente humana se detenía a buscarle sentido a lo absurdo -y cuanto más grave era la desgracia, más tardaba en reaccionar-. Pero, por lo menos, las personas habituadas a afrontar crisis tenían sus resortes mentales para rehacerse.

-Señor... Tenemos que llevarlo a...

-¿Adónde? ¿A un lugar seguro? ¿Hay algún lugar seguro? -exclamó Jack, que en seguida se reprochó el cruel trasfondo de la pregunta.

Por lo menos veinte agentes alimentaban la hoguera que se elevaba a menos de dos kilómetros de allí. Todos ellos eran amigos de los hombres y mujeres que estaban en el comedor con su nuevo presidente. No tenía derecho a abrumarlos con su propia desazón.

-¿Y mi esposa y mis hijos? -preguntó Ryan.

-En el cuartel de la Marina de la calle Ocho, tal como usted ordenó, señor.

Bueno. Era un consuelo para ellos poder cumplir órdenes, pensó Ryan. También lo era para él saber que sus órdenes se habían cumplido. Por lo menos, había hecho bien una cosa. ¿Podría valer como principio?

-Señor... Si esto ha sido parte de un plan...

-No. No lo es, Andrea. ¿Cree que estas cosas se... organizan? -exclamó el presidente Ryan, sorprendido al notar lo cansada que sonaba su voz. Aunque en seguida recordó que los

estados de shock y de estrés agotaban más que los esfuerzos físicos más extenuantes. No podía ni menear la cabeza para tratar de despejársela.

-Yo sí que creo que puede responder a un plan organizado -dijo la agente especial Price.

«Sí, supongo que sí», reconoció Jack para sus adentros. -¿Hay algo previsto para esta situación? -preguntó el desconcertado presidente.

-El Panem -contestó Price, refiriéndose al Puesto Aéreo de Mando de Emergencia Nacional, un 747 reconvertido y estacionado en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews.

Jack reflexionó unos momentos sobre la sugerencia y luego frunció el entrecejo.

-No. No puedo huir. Creo que he de volver ahí -dijo el presidente Ryan señalando hacia el resplandor del Capitolio. «Ése es mi sitio, ¿no?»

-No, señor, es demasiado peligroso.

-Es ahí donde debo estar, Andrea.

«Ya empieza a pensar como un político», se dijo Andrea decepcionada.

Al ver la expresión de su cara, Ryan comprendió que tendría que explicárselo. Había aprendido una lección, acaso la única que podía serle útil en aquellos momentos, una lección que iluminó su mente como una destellante señal de tráfico en una autopista.

-Es el deber del líder. Me lo enseñaron en Quantico. La tropa ha de verte metido en harina. Tiene que saber que estás ahí dando la cara por ellos. Y tienen que saber que no es una pose, que es real. Y yo soy ahora el presidente.

¿De verdad lo era?

El Servicio Secreto creía que sí. Había jurado el cargo, pronunciando las palabras de ritual e invocando el nombre de Dios para que bendijese su gestión. Pero todo había sido demasiado precipitado, demasiado rápido.

Sin embargo, no era la primera vez que Jack Ryan cerraba los ojos y se urgía a despertar de una pesadilla demasiado inverosímil para parecer real. Sin embargo, al abrir de nuevo los ojos, el anaranjado resplandor seguía allí, y también las amarillentas llamas, que asaeteaban el aire de aquel infierno.

Jack Ryan era consciente de haber pronunciado las palabras de rigor al jurar el cargo (incluso pronunció un breve discurso, ¿verdad?). Pero... no recordaba una sola palabra.

«Y, ahora, vamos a trabajar», había dicho hacía un minuto. Eso lo recordaba. Un puro automatismo. ¿Significaba algo?

Jack Ryan meneó la cabeza -mínimo movimiento que se le antojó todo un logro-. Luego, le dio la espalda a la ventana y miró a los agentes.

-Bueno... ¿Quiénes han quedado?

-Los ministros de Comercio y de Interior -contestó la agente especial Price, que había pedido la información a través de su radio-. El de Comercio está en San Francisco y el de Interior en Nuevo México. Ya los han llamado, y las Fuerzas Aéreas los traerán. Los demás ministros han muerto; y también Shaw (me refiero al director del FBI), los nueve magistrados del Tribunal Supremo y todos los miembros de la JUJEM. Ignoramos cuántos congresistas estaban ausentes del pleno al ocurrir.

-¿La señora Durling?

-Lo siento... No ha podido salir. Los niños están en la Casa Blanca.

Jack asintió con la cabeza, abrumado por el peso de la tragedia. Apretó los labios y cerró los ojos al pensar que tenía otra cosa que hacer a título personal. Para los hijos de Roger y de Anne Durling no era una calamidad nacional. Para ellos, lo ocurrido tenía una inmediatez trágicamente sencilla: se habían quedado huérfanos. Jack apenas había hablado con ellos. Sólo les habían sonreído y saludado, como a los hijos de cualquier otra persona conocida o amiga. Pero eran niños de carne y hueso, con nombres y apellidos, con el rostro contorsionado por una mueca de incredulidad y de dolor.

Al igual que el propio Jack Ryan, los hijos del presidente Durling tratarían, en vano, de desterrar de sí la pesadilla. Debido a su edad y a su vulnerabilidad, para ellos sería aún más duro.

-¿Lo saben? -preguntó Ryan.

-Sí, señor presidente -contestó Andrea-. Estaban viendo la televisión, y los agentes no han tenido más remedio que decírselo. Aún les quedan abuelos, y otros parientes. También a ellos vamos a traerlos.

Andrea Price se abstuvo de añadir que era una medida prevista de antemano, que en la sede central del Servicio Secreto, que estaba a un tiro de piedra de la Casa Blanca, existía un archivo de seguridad con sobres sellados que contenían planes de emergencia para todo tipo de desastres, barajados como hipótesis por los teóricos.

Pero había centenares de huérfanos, no solamente dos. ¿Centenares? No, no había centenares. Había miles. Por lo pronto, Jack tenía que poner a salvo a los hijos de Durling. Por duro que resultase, era un alivio poder dejarlos en otras manos, de momento.

-¿Quiere decirme que yo soy ahora todo lo que queda del gobierno? -preguntó Jack mirando a la agente Price.

-Así parece, señor presidente. Ésa es la razón por la que nosotros...

-Ésa es la razón por la que yo debo cumplir con mi deber -la atajó Jack que, al enfilar hacia la puerta, obligó a los agentes a seguirlo sin más réplicas.

Había cámaras en el pasillo. Ryan pasó de largo, a la zaga de dos de los agentes, que lo rebasaron para despejarle el camino de periodistas que, sin embargo, estaban demasiado conmocionados por lo ocurrido para hacer más que filmar. Ni una sola pregunta salió de labios de ninguno de ellos. Toda una novedad, se dijo Jack sonriendo para sus adentros.

No se le había ocurrido pensar al flamante presidente -la palabra flamante era un sarcasmo tras lo ocurrido- qué aspecto debía de tener.

Cogieron el ascensor, y treinta segundos después, Jack Ryan apareció en el espacioso vestíbulo en el que no había ahora más que un enjambre de hombres armados con subfusiles ametralladores que apuntaban al techo.

Aquellos hombres tenían que haber llegado de otro lugar porque había más de los que recordaba haber visto hacía veinte minutos. Entonces se percató de los marines que montaban guardia afuera, frente a la entrada. Pocos iban debidamente uniformados. Los bajos de sus rojas camisetas temblaban de forma ligera por encima de sus camuflados pantalones «de faena».

-Desde el cuartel de los marines hemos pedido un contingente de refuerzo --explicó Price.

-Ya -dijo Ryan.

A nadie podía parecerle impropio que el presidente de la nación estuviese rodeado de marines en aquellas circunstancias. La mayoría eran jovencísimos. Sus suaves rostros no exteriorizaban ninguna emoción -un peligroso estado de ánimo para todo aquel que tuviera que portar armas-. Dirigían su vigilante mirada hacia el parking como perros policía, empuñando firmemente sus rifles. Un capitán, que hablaba con un agente que había junto a la puerta, se cuadró y saludó marcialmente al salir Ryan.

«Está visto que es real», pensó Jack, que correspondió al saludo con una ligera inclinación de cabeza y señaló al HMMWV más cercano.

-Al Capitolio -ordenó el presidente Ryan con sequedad.

El trayecto fue más rápido de lo que suponía. La policía tenía acordonadas las calles principales. Habían llegado varias brigadas de bomberos, aunque bien poco iban a poder hacer ya. El vehículo «S» del Servicio Secreto -híbrido de furgón y camioneta- abrió la caravana con las luces destellantes encendidas y la sirena en marcha. Los miembros de la escolta sudaban, y probablemente despotricaban por lo bajo por la temeridad de su nuevo «jefe», como llamaban familiarmente al presidente.

La cola del 747 estaba increíblemente intacta (por lo menos la aleta, que semejaba la punta de una flecha hundida en el costado de un animal muerto).

Aunque el Capitolio era un edificio de piedra, gran parte del mobiliario era de madera y había ingentes cantidades de papel, además de quién sabe cuántos otros materiales altamente combustibles.

Varios helicópteros militares sobrevolaban el edificio como mariposas nocturnas. Las aspas de los rotores reflejaban el anaranjado resplandor del fuego. Había blanquirrojos coches de bomberos por todas partes. Sus destellantes luces (también rojas y blancas) coloreaban las negras fumarolas y las densas nubes de vapor. Los bomberos corrían de un lado para otro. El suelo estaba cubierto de una retícula de mangueras que zigzagueaban hacia las tomas de agua del derredor del recinto para alimentar los depósitos, y de muchas de las conexiones brotaban chorrillos que no tardaban en helarse debido al frío aire de la noche.

El ala sur del edificio del Capitolio estaba destrozada. La escalinata era aún reconocible, pero las columnas y el techo habían desaparecido. La cámara de sesiones era un puro cráter cubierto de cascotes requemados y ennegrecidos. El lado norte de la cúpula, que databa de la época de la guerra civil y estaba hecha de hierro forjado, aún conservaba la estructura (algunos de sus paneles ni siquiera se habían deformado).

Casi todos los esfuerzos por extinguir el fuego se concentraron allí, donde estuvo el centro del edificio. Innumerables mangueras, tendidas en el suelo o apoyadas en lo alto de escalerillas y plataformas elevables, lanzaban chorros de agua con la misión de impedir que el fuego se propagase, aunque, desde el punto de observación de Ryan, no había manera de ver si lo lograban.

No obstante, lo más angustioso era ver que la dotación de las decenas de ambulancias no podía hacer más que aguardar al pie de los vehículos con las camillas plegadas, y mirar la blanca aleta de la sección de cola del aparato, con la grulla roja de la Japan Airlines visible (odiosamente reconocible, pese a estar ennegrecida por el fuego).

La guerra con Japón había terminado, pensaban; pero... ¿había terminado de verdad? ¿Era aquello un aislado y último acto de venganza? ¿O sólo una odiosa ironía del destino en forma de accidente?

A Jack aquello se le antojaba como un accidente de automóvil, aunque de gigantescas proporciones. Para los hombres y mujeres que acudieron a ayudar era una recurrente historia: demasiado tarde. Demasiado tarde para detener el fuego. Demasiado tarde para salvar las vidas que juraron proteger. Demasiado tarde para mitigar la tragedia.

El HMMWV se detuvo en la esquina sudoeste del edificio, justo frente a los coches de bomberos, y antes de que Ryan saliese, un pelotón de marines volvió a rodearlo. Uno de ellos, el capitán, le abrió la puerta al nuevo presidente.

-¿Quién está al mando? -le preguntó Jack a la agente Price. -Creo que uno de los bomberos.

-Pues... localicémoslo -dijo Jack, que enfiló hacia un grupo de bomberos, casi aterido a causa del intenso frío, debido a que el traje que llevaba era de lana muy fina.

Los jefes eran los del casco blanco, ¿no? Debían de ir en coches normales, como creía recordar que iban en Baltimore cuando él era joven (porque los jefes no iban nunca en los característicos coches de bomberos). Vio tres turismos rojos y enfiló hacia ellos.

-¡Por favor, señor presidente! -exclamó Andrea Price exasperada.

Otros agentes corrieron para abrirle paso al presidente y los marines vacilaron, sin saber si situarse al frente o seguirlos. Ningún capítulo de su manual trataba de la cuestión. El presidente acababa de saltarse las normas. Uno de los agentes tuvo entonces una idea: corrió hacia uno de los coches de bomberos y regresó con un impermeable reversible.

-Así no tendrá frío, señor -dijo el agente Raman a la vez que ayudaba a Ryan a ponérselo.

Disfrazado con el impermeable, Jack Ryan podía pasar por cualquiera de los bomberos que merodeaban por allí.

La agente especial Price le guiñó el ojo y asintió aprobatoriamente, en el primer momento distendido desde que el 747 embistió la colina del Capitolio.

Tanto mejor si el presidente no entendía la verdadera razón de que le pusieran el pesado impermeable, pensó la agente Price. Aquel momento sería recordado por la escolta presiden-

cial como el comienzo de la carrera por el control del Estado: un pulso entre el Servicio Secreto y el presidente de los Estados Unidos, que, por lo general, equivalía a enfrentar el ego a la capacidad de seducción.

A través de una radio portátil, el primer oficial al que Ryan localizó pedía a sus hombres que se acercasen más al fuego. Dos de ellos, en traje de paisano, tenían un papel extendido encima del capó de un vehículo. Probablemente, eran los planos del edificio, pensó Ryan, que aguardó a unos pasos del coche mientras los dos hombres gesticulaban sobre los planos y el oficial transmitía instrucciones con voz entrecortada.

-Y, por el amor de Dios, tengan cuidado con esas piedras sueltas -dijo el oficial de bomberos Paul Magill, que se dio la vuelta y se frotó los ojos-. ¿Quién puñeta es usted?

-Es el presidente -le informó Andrea Price.

Magill puso unos ojos como platos. Miró a los hombres armados y de nuevo a Ryan.

-Esto pinta muy mal, señor -dijo el oficial.

-¿Ha logrado salir alguien?

-Por este lado, no -contestó Magill-. Por el otro han salido tres, pero destrozados. Pensamos que debían de estar en el vestuario del presidente del Congreso, o muy cerca. La explosión ha debido de catapultarlos a través de las ventanas. Son dos ordenanzas y un agente del Servicio Secreto. Los tres están quemados y destrozados. Estamos inspeccionando... o, mejor dicho, intentándolo, pero... es inútil, quienes estuviesen en el interior habrán muerto abrasados o por asfixia.

Paul Magill era un hombre de color, de la estatura de Ryan pero mucho más fornido. Los claros rodales de sus manos eran la prueba de haber librado alguna dura batalla contra el fuego. Su arrugado rostro no mostraba ahora más que tristeza; porque el fuego no era un enemigo humano, sino un descerebrado fenómeno que abrasaba a los más afortunados y mataba al resto.

-A lo mejor tenemos suerte. Puede que algunos hayan quedado encerrados en pequeños despachos. No sé... Hay tal cantidad de dependencias en este edificio, según los planos... Quizá podamos encontrar con vida a un par de personas. Ya me he visto antes en situaciones parecidas. No obstante, la mayoría...

Magill meneó la cabeza.

-... Se nos oye a través de la radio. No debería trascender que...

-¿No ha salido nadie del salón de sesiones? -preguntó Raman, que quería saber el nombre del agente destrozado por la onda expansiva. Sin embargo, no habría sido muy profesional preguntarlo.

-No -contestó Magill mirando al menguante resplandor de las llamas-. Ha tenido que ser todo muy rápido.

-Quiero verlo -dijo Jack impulsivamente.

-No -repuso Magill-. Es demasiado peligroso, señor. Soy el responsable de controlar este incendio y debo atenerme a mis normas.

-Tengo que verlos -replicó Ryan en tono más pausado.

El oficial Paul Magill y Jack Ryan se miraron con fijeza. La petición de Ryan no le hizo la menor gracia a Magill, que volvió a fijarse en los hombres armados y dedujo, erróneamente, que secundarían la petición del nuevo «jefe» (si es que era el nuevo presidente, tal como le acababan de decir). Magill no estaba viendo la televisión cuando dieron la noticia.

-No será plato de su gusto, señor.

Poco después de ponerse el sol en Hawai, el contraalmirante Robert Jackson aterrizaba en la- base aérea que la Armada tenía en Barbers Point.

Al mirar en derredor y ver los letreros luminosos de los hoteles de la playa de la costa meridional de Oahu, se preguntó cuánto debía de costar ahora pasar una noche en cualquiera de aquellos hoteles. No se había alojado en ninguno de ellos desde que tenía veintitantos años,

cuando dos o tres aviadores de la Armada compartían habitación para ahorrar dinero, y así poder gastarlo en los bares e impresionar a las mujeres con mundana prodigalidad.

Su Tomcat se posó suavemente en la pista pese a su larga travesía y a tres operaciones de reabastecimiento de combustible en vuelo. Porque Robert Jackson (Robby para los amigos) seguía considerándose un piloto de combate y, por lo tanto, todo un artista en cuanto a pilotar cazas se refería.

El Tomcat redujo la velocidad, viró a la derecha y se adentró en la pista de estacionamiento.

-Tomcat cinco-cero-cero, siga hasta el final...

-Ya he estado aquí antes, señorita -la atajó Jackson sonriéndole (aunque iba en contra del reglamento).

Pero era un contraalmirante, ¿no? Piloto de combate y almirante. ¿Qué importaba el reglamento?

-Cinco-cero-cero, hay un coche aguardando.

-Gracias -dijo Robert, que vio el vehículo en el hangar más alejado de él, junto a un marinero que agitaba los habituales bastones luminosos.

-No está mal para un carrozón -comentó el oficial que ocupaba el asiento de atrás, a la vez que doblaba sus mapas y otros documentos tan importantes como innecesarios.

-Tomo nota de su aprobación.

«Nunca había sido yo tan envarado», reconoció Jackson para sus adentros. El contraalmirante se rebulló en el asiento. El cojín de la espalda le pesaba como si fuese de plomo. ¿Cómo era posible quedar insensible y, a la vez, dolorido?, se preguntó con una amarga sonrisa.

«Te haces viejo.» Ésa fue la fórmula que su mente eligió para contestarle. Luego fue su pierna la que se hizo notar.

«¡Mierda de artritis!» Había tenido que ordenarle a Sánchez que le dejase el caza. Estaba demasiado lejos para que un COD pudiese llevarlo desde el John C. Stennis a Pearl Harbor, y la orden no podía ser más taxativa: «Regreso inmediato. »

Ésa fue la razón de que se resignase a volar en un Tomcat con el ordenador de control de fuego estropeado y, por consiguiente, inútil para misiones de combate. Las Fuerzas Aéreas le proporcionaron el combustible y, tras siete horas de bendito silencio, cruzó medio Pacífico en un caza (sin duda por última vez).

Al moverse en el asiento para dirigir el aparato hacia el lugar de aparcamiento, Jackson notó un fuerte tirón en la región lumbar.

-¿No es ése el comandante en jefe de la flota del Pacífico? -preguntó Jackson al ver, junto a un coche azul de la Armada, un oficial que vestía un inmaculado uniforme blanco.

Era el almirante David Seaton, que no estaba erguido como era lo habitual sino recostado en el coche. Hojeaba mensajes mientras Robby apagaba los motores y abría la cabina. Un marinero le acercó en seguida una escalerilla, similar a las que utilizaban los mecánicos. Una suboficial fue a sacar su bolsa del compartimento de equipaje. Estaba visto que alguien tenía mucha prisa.

-Tenemos problemas -le comunicó Seaton en cuanto Robby llegó al pie de la escalerilla.

-Creí que habíamos vencido -dijo Jackson, que se detuvo en seco en el caliente asfalto de la pista.

Robert Jackson estaba tan cansado que no podía pensar con su rapidez y agilidad acostumbradas. Pero su intuición le decía que algo muy anormal había ocurrido.

-El presidente ha muerto y ya se ha nombrado un sustituto -le puso al corriente Seaton pasándole la tablilla con el mensaje-. Es amigo nuestro. Volvemos a la DefCon Tres, de momento.

-Pero ¿qué demonios...? -exclamó el almirante Jackson al leer la primera página de los despachos-. ¿Es Jack el nuevo...? -añadió alzando la vista.

-¿No se ha enterado de su nombramiento?

-Hasta que he desembarcado esta mañana, no he tenido un momento de respiro -dijo Jackson-. Dios mío...

Tras dimitir Ed Kealty a causa del escándalo sexual en el que se vio implicado, el presidente convenció a Ryan para que aceptase la vicepresidencia hasta las elecciones del año siguiente, y el Congreso lo confirmó en el cargo. Pero antes de que pudiese sentarse en la Cámara, un avión había destrozado el Capitolio.

-Todos los miembros de la JUJEM han muerto. El general del Ejército, Michael Moore, vicepresidente de la JUJEM, ha llamado urgentemente a Washington a los comandantes en jefe. Nos aguarda un KC-diez en Hickam.

-¿Gabinete de crisis? -preguntó Jackson, cuyo destino permanente (en la medida en que un funcionario de uniforme pudiera considerar su destino permanente) era el Pentágono, con empleo de subjefe de planificación de la JUJEM.

-Teóricamente, no -repuso Seaton encogiéndose de hombros-. La opinión internacional está calmada. Los japoneses ya no están en guerra...

-Pero los Estados Unidos no habían encajado jamás semejante golpe -lo atajó Jackson.

-El avión nos espera. Puede cambiarse a bordo. La pulcritud es lo que menos importa en estos momentos, Robby.

Como siempre, el mundo lo dividían el tiempo y el espacio. Especialmente el tiempo, habría pensado ella de haber tenido un momento para hacerlo. No obstante, rara vez lo tenía. Era ya sesentona y su menudo cuerpo se arqueaba por el peso de años de abnegado trabajo, cada vez más penoso. Muy pocas jóvenes estaban por la labor de liberarla de parte de la carga. No era justo, la verdad. Ella relevó a otras en su juventud, como hicieron tantas de pasadas generaciones. Lo cierto era que, por lo visto, ya no se estilaba.

Trató de desterrar de sí esta idea. Era impropia de ella; impropia del lugar que ocupaba en el mundo y, desde luego, impropia de las promesas que le hizo a Dios hacía más de cuarenta años. Ahora albergaba dudas respecto de aquellas promesas, aunque no estuviese dispuesta a reconocerlo ante nadie, ni siquiera ante su confesor. Su incapacidad para hablar de la cuestión pesaba más sobre su conciencia que las propias dudas, aunque tenía la vaga sensación de que su sacerdote se mostraría comprensivo acerca de su pecado, si es que lo era. ¿De verdad era pecado?

Aunque lo fuese, el sacerdote optaría por la indulgencia, como de costumbre. Acaso, porque albergaba las mismas dudas, y porque ambos habían llegado a esa edad en la que, al mirar hacia atrás, se preguntaba uno por lo que pudo haber sido, por mayores que fueran los logros de una vida fecunda y útil.

Su hermana, que era tan religiosa como ella, abrazó la más común de las vocaciones y ya era abuela. Y ella, la hermana M. Jean Baptiste, se preguntaba qué tal debía de sentirse una abuela. Tomó la decisión muy joven y sin reflexionar demasiado, por más acertada que fuese. En principio, le resultó muy sencillo. Las damas negras eran respetadas. Incluso los soldados del Ejército de ocupación alemán la saludaban cortésmente al cruzarse con ella.

Aunque eran muchos los que sospechaban que las monjas ayudaban a los aviadores aliados y a los judíos que trataban de escapar, también se sabía que trataban a todos por igual y con justicia, porque así se lo pedía Dios. Además, los alemanes necesitaban de su hospital cuando resultaban heridos, porque aquél era el lugar donde más probabilidades tenían de sanar.

Las monjas de la orden estaban orgullosas de la opinión que tenían de ellas. Y pese a que el orgullo era pecado, era un pecado que las damas negras creían cometer sólo relativamente. Se decían que acaso a Dios no le importase, porque obraban en Su Santo Nombre.

De modo que, en cuanto se presentó la oportunidad, decidió marchar «a misiones», como decían por entonces. No era la primera ni la única. Pero cuando llegó el momento de partir, no le resultó tan fácil como supuso. Porque la situación del país después de la guerra era

delicada, sus conocimientos eran muy necesarios allí y el mundo no había cambiado aún lo bastante para permitirle ver con claridad todas sus opciones. Llegó a pensar en desistir, pero siguió adelante.

La hermana Jean Baptiste era una enfermera capacitada y con experiencia. Había llegado cuando aquel lugar aún pertenecía a su país de origen, y se había quedado después de que su estatus se modificase.

A pesar de los tempestuosos cambios políticos, hacía su trabajo con el mismo celo, y con independencia de que sus pacientes fuesen africanos o europeos. Pero cuarenta años de intensa entrega (más de treinta en la misma población) le habían pasado factura.

No era hastío. En absoluto. Sólo que había cumplido ya los sesenta y cinco, y ésa era una edad muy avanzada para una enfermera con tan pocas auxiliares que tenía que trabajar catorce horas diarias, las más de las veces con escasos ratos para dedicar a la oración, algo muy saludable para su alma pero muy fatigoso para el cuerpo. Había sido muy fuerte, por no decir coriácea. Los médicos la llamaban «Hermana Roca». Quizá porque ellos terminaban por marcharse a otros destinos, y en cambio ella seguía allí, año tras año. Pero incluso las rocas se desgastan, y con el desgaste, se producen los errores.

La hermana Jean Baptiste sabía con qué debía tener mayor precaución. No era posible consagrarse a la salud de los demás en África y no ser cauta, si una deseaba seguir viva. El cristianismo llevaba siglos tratando de implantarse en el continente, y aunque en algunos sentidos se había avanzado, en otros no se avanzaría nunca. Uno de los mayores problemas era la promiscuidad sexual, una proclividad que la horrorizó al llegar, hacía casi dos generaciones, y que ahora casi le parecía... normal, aunque con demasiada frecuencia tal normalidad resultase mortífera. Más de un tercio de los pacientes a los que atendía en el hospital padecían lo que en la región llamaban «flaqueza» y en el resto del mundo sida. Las precauciones frente a tan terrible enfermedad se observaban a rajatabla. La hermana Jean Baptiste daba cursos para enseñarlas. Sin embargo, la triste verdad era que, como ocurría con las epidemias de otras épocas, todo lo que los profesionales de la medicina podían hacer con aquella moderna plaga era protegerse a sí mismos.

Por suerte, con aquel paciente no tenía esta preocupación. Era demasiado joven para ser sexualmente activo. Tenía ocho años, y era guapo, bien formado e inteligente. Sacaba brillantes notas en la cercana escuela católica y ayudaba en la iglesia como monaguillo. Quizá un día sintiese la llamada y abrazase el sacerdocio. Esto era más fácil para los africanos que para los europeos, ya que la Iglesia, en callada deferencia a las costumbres africanas, permitía que los sacerdotes africanos que profesaban allí se casasen (permisividad muy poco conocida por el resto del mundo).

Pero, por lo pronto, aquel niño estaba enfermo. Lo había ingresado días atrás su padre, un buen hombre que trabajaba como funcionario en el gobierno local y que tenía coche propio.

Aunque el médico de guardia le diagnosticó al niño malaria cerebral, los análisis no lo confirmaban. Cabía la posibilidad de que la muestra de sangre se hubiese confundido con otra. Fuertes jaquecas, vómitos, temblores, desorientación, fiebre alta y delirios anunciaban que era malaria cerebral. La hermana confiaba en que aquello no volviese a ocurrir. Se curaba, pero el problema era conseguir que los afectados se sometiesen al tratamiento.

El resto del pabellón estaba en silencio a aquellas altas horas de la noche (en realidad, era de madrugada), una hora muy agradable en aquella parte del mundo. El aire era más fresco y estaba todo en calma y en silencio, igual que los pacientes.

El mayor problema del niño en aquellos momentos era la fiebre; de modo que la hermana le retiró la sábana y le pasó una esponja humedecida por el cuerpo. Aquello alivió y calmó al pequeño y ella aprovechó para reconocerlo, por si detectaba otros síntomas. Los médicos eran doctores en medicina y ella sólo una enfermera, pero tenía mucha experiencia en la detección de síntomas.

La hermana no vio nada anormal, salvo un vendaje en la mano izquierda que el niño de-

bía de llevar quién sabe desde hacía cuántos días. ¿Cómo era posible que el médico no lo mencionase?

La hermana Jean Baptiste volvió a la enfermería. Sus dos auxiliares dormitaban. Lo que ella se disponía a hacer era, en rigor, obligación de sus auxiliares, pero no valía la pena despertarlas. La hermana volvió junto a su pequeño paciente con vendas y desinfectante. Había que tener mucha precaución con las infecciones.

Medio amodorrada por el cansancio, le retiró el vendaje al niño con sumo cuidado. Al ver que era una mordedura, acaso de un perro pequeño o de un mono, la hermana parpadeó con visible preocupación. Esa clase de mordeduras podía ser peligrosa. Debió volver a la enfermería a ponerse guantes de látex, pero tenía que recorrer casi cien metros, entre ir y volver, y sus piernas flaqueaban. Además, el paciente estaba en reposo y no movía la mano.

La hermana Jean Baptiste desenroscó el tapón del frasco de desinfectante. A continuación, cogió la mano del niño para verle bien la herida. Y al agitar el frasco con la mano izquierda, se escapó un poco de desinfectante y salpicó la cara del niño, que alzó en seguida la cabeza y estornudó dormido, con lo que expulsó la usual aspersión de gotitas.

La fatigada monja se sobresaltó, pero siguió con sus cuidados. Empapó con desinfectante un trozo de algodón y limpió la herida. Luego volvió a cerrar el frasco, lo dejó en la mesita auxiliar y le vendó la herida al niño. Y hasta entonces no se limpió el rostro con el dorso de la mano, sin percatarse de que, al estornudar, el niño se movió, y la herida rozó el dorso de su mano y se la manchó un poco de sangre. Como fue el dorso de aquella mano el que se pasó por los párpados para limpiarse las gotitas del estornudo, los guantes hubiesen sido inútiles, un hecho que de poco consuelo iba a servirle dentro de tres días, caso de recordarlo.

«Mejor hubiera hecho en no entrar», se dijo Jack Ryan. Dos médicos le abrieron paso por la escalinata del lado este seguidos por el grupo de marines y agentes del Servicio Secreto, unos y otros sin dejar de esgrimir sus armas, tan soliviantados por lo ocurrido como exasperados por su impotencia.

Se toparon con un sólido frente de bomberos. Los extintores y las mangueras lanzaban agua que, en gran parte, volvía como un boomerang y los calaba hasta los huesos.

Como en aquel sector habían logrado detener el avance de las llamas, los bomberos pudieron adentrarse con relativa seguridad entre los escombros del salón de sesiones. No había que ser un experto para comprender lo que encontraron. No había cabezas erguidas, ni aspavientos, ni gritos. Hombres y mujeres (aunque no era posible distinguir a unos de otros a aquella distancia) avanzaban, aunque sin correr riesgos, ya que no tenía sentido arriesgar la vida por los muertos.

«Dios mío...», pensó Jack Ryan. Allí dentro habían quedado atrapadas personas que conocía. Y no sólo americanos. Una de las tribunas se había desplomado. Si no recordaba mal, aquélla era la tribuna reservada a los miembros del cuerpo diplomático. Varios dignatarios y sus familias, a muchas de las cuales conocía, acudieron al Capitolio para presenciar la ceremonia de su toma de posesión. Era absurdo, pero no podía desechar de sí la idea de que, en cierto modo, habían muerto por su culpa.

Jack salió del edificio de la CNN porque sentía la necesidad de hacer algo, aunque ahora no estaba tan seguro. Pudiera ser que sus razones para acercarse al epicentro de la tragedia no fuesen muy distintas de las que impulsaron a quienes se encontraban en las inmediaciones del recinto del Capitolio, allí de pie, sin saber qué decir ni qué hacer.

El caso era que el panorama que vio no hizo sino sobrecogerlo aún más. Seguía tan atenazado como minutos antes.

-Aquí hace frío, señor presidente. Por lo menos, retroceda un poco para no mojarse -le apremió la agente Price.

-Está bien -dijo Ryan, que dio media vuelta y bajó hasta el pie de la escalinata.

El impermeable que le habían puesto no abrigaba bastante. Volvía a tiritar. Ojalá fuese sólo a causa del frío, pensó Ryan que, al ver los equipos móviles de televisión, se dijo que

habían tardado más de la cuenta. Llevaban cámaras portátiles pequeñas pero con luces muy potentes (Jack reparó con una mueca de disgusto en que todas eran de fabricación japonesa).

Los técnicos lograron abrirse paso entre los agentes de policía y los bomberos. Junto a cada uno de los cámaras había una periodista -tres en total- que, micrófono en mano, hablaban como si supiesen más que nadie acerca de lo ocurrido.

Varias cámaras enfocaban a Jack Ryan. Telespectadores de todo el mundo estaban pendientes de él, pendientes de lo que fuese a hacer. ¿Por qué caería la gente en el espejismo de creer que los gobernantes eran más inteligentes que su médico de cabecera, su abogado o su contable?

Jack Ryan se retrotrajo mentalmente a su primera semana como subteniente del cuerpo de marines, una institución que no sólo daba por sentado que sabía mandar y dirigir un pelotón, sino que, si un sargento diez años mayor que él acudía a exponerle problemas familiares -a él, que no tenía esposa ni hijos-, sabría confortarlo y aconsejarlo. A esto lo llamaban hoy día «retos del liderazgo», expresión que implicaba que no había fórmulas para todo, que había que improvisar.

Pues bien: allí estaban las cámaras. Tenía que hacer algo.

Lo malo era que no sabía qué hacer. Entró allí confiado en que ver la tragedia desde más cerca le sirviese de catalizador para adoptar alguna iniciativa. Pero sólo consiguió sentir mayor impotencia. "'sumo, con lo único que acertó fue con hacer una pregunta.

-¿Arnie van Damm? -preguntó, porque necesitaba de él imperiosamente.

-En la casa, señor -contestó Andrea Price refiriéndose a la Casa Blanca.

-Bien. Pues vayamos allí -ordenó Ryan.

-Señor... -dijo Price titubeante-. Dudo que aquello sea seguro. Si se trata de algo....

-No puedo huir -la atajó Jack-. No puedo. No debo irme tranquilamente a Camp David. No puedo ir a esconderme en un agujero. ¿Es que no se da cuenta?

Jack Ryan señaló con la mano derecha hacia las ruinas del Capitolio.

-Todos los que estaban ahí dentro han muerto -añadió Ryan, más frustrado que furioso-. Yo soy ahora el gobierno. Y el gobierno no huye.

-Ese de allí parece el presidente Ryan -dijo un presentador, al abrigo de la calurosa y seca atmósfera de su estudio-. Probablemente, trata de coordinar las operaciones de rescate de las víctimas. Como sabemos, Ryan tiene experiencia en esta clase de situaciones.

-Conozco a Ryan desde hace seis años -informó un comentarista político sin mirar a la cámara (una argucia para dar la impresión de que, pese a ganar mucho menos que aquel presentador, podía aleccionarlo).

Ambos estaban en el estudio para informar sobre el discurso del presidente Durling. Habían leído el material que tenían acerca de Ryan, a quien, en realidad, el comentarista apenas conocía. Sólo habían coincidido en algunas cenas oficiales.

-Se trata, desde luego, de una de las personalidades menos conocidas, pero, también, de uno de los altos funcionarios del gobierno más inteligentes.

Tal afirmación no podía pasar sin réplica. El presentador, un tal Tom, se inclinó hacia adelante mirando a su colega y a las cámaras.

-Pero no es un político, John. No tiene historial ni experiencia políticos. Es un especialista en seguridad nacional, en una época en la que la seguridad nacional no es tan problemática como lo fue -pontificó Tom.

El comentarista se abstuvo de replicarle como se merecía.

Pero... lejos de allí había alguien que no se mordió la lengua.

-Ya -farfulló Chávez-. Y el avión que ha embestido el edificio era un Delta Flight que se ha perdido. ¡Por Dios bendito! -añadió exasperado.

-Servimos a un país extraordinario, Ding. ¿En qué otro sitio le pagan a un hombre cinco millones de dólares por estúpido?

John Clark apuró su cerveza. No tenía sentido coger el coche y volver a Washington hasta que Mary Pat llamase. Él no era más que una hormiga obrera. Sólo los altos mandos de la CIA andarían ahora por allí. Y así era en efecto. No iban a conseguir gran cosa, porque en momentos como aquéllos nunca se lograba gran cosa, salvo dar la impresión de ser importante y de estar abrumado... (y quedar como perfectos inútiles ante las hormigas obreras).

Como tenía muy poco que ofrecer a sus telespectadores, la cadena volvió a emitir el vídeo del discurso del presidente Durling. Las cámaras de la C-SPAN, instaladas en el salón de sesiones, funcionaban por control remoto. Los técnicos congelaron imágenes para mostrar la fila de los más altos cargos del gobierno. Y volvieron a dar la lista de muertos: todos los ministros del gobierno, salvo dos; los miembros de la Junta de Jefes de Estado Mayor; los directores de los más importantes organismos del Estado; el presidente de la cámara de los doce bancos que constituían la Reserva Federal; el director del FBI, Bill Shaw; el director del departamento de Administración y Presupuestos; el director de la NASA, y los nueve miembros del Tribunal Supremo.

El presentador leyó la relación de fallecidos y el cargo que ocupaba cada uno de ellos. Los técnicos hicieron avanzar la cinta, imagen a imagen, hasta el momento en que los agentes del Servicio Secreto, que corrían de un lado para otro, espantaban al presidente Durling y provocaban unos momentos de confusión.

Se veían cabezas que se giraban, para tratar de ver por dónde amenazaba el peligro. Los de mayor agilidad mental acaso pensaron que debían de haber localizado a un francotirador en las tribunas. Pero entonces se veían tres imágenes consecutivas, tomadas por una cámara de objetivo de gran angular, en las que se apreciaba un borroso desplazamiento de la pared del fondo. Luego, la pantalla quedaba en negro. No se trataba de un fundido, aunque en cierto modo sí lo fuese.

El presentador y el comentarista reaparecieron en seguida en la pantalla, mirando a los monitores de sus mesas respectivas, para, a continuación, mirarse entre sí. Pudiera ser que hasta aquel momento no se hubiesen percatado de la magnitud de la tragedia, como le ocurría al propio Jack.

-La principal tarea del nuevo presidente será tratar de recomponer el gobierno -dijo el comentarista tras una pausa-. Dios mío... Tantos hombres y mujeres de bien... muertos...

John pensó también que, pocos años antes de que lo nombrasen primer comentarista de la cadena, había estado en el salón de sesiones del Congreso, como otros colegas. Y también para él, el acontecimiento rebasó los límites del shock y le empezaron a temblar las manos visiblemente. Pese a ser un profesional que jamás permitía que se le quebrase la voz, en aquellos momentos no pudo dominar su expresión, contorsionada por un súbito acceso de aflicción. Ni siquiera el maquillaje pudo ocultar la lividez de su rostro.

-Justicia divina -musitó Mahmoud Haji Daryaei, que, a diez mil kilómetros de allí, realzó la imagen y quitó el sonido para no oír tonterías.

Justicia divina. Tenía sentido, ¿verdad? Estados Unidos, el coloso que a tantos había amedrentado, un país impío habitado por gentes impías, en el apogeo de su poder, vencedor una vez más de una gran confrontación... recibía ahora un duro castigo. ¿Quién sino Dios podía propiciarlo? ¿Qué podía significar aquello más que justicia divina? ¿Cómo podía haber ocurrido sino por la voluntad del Señor? Era un hecho bendecido por Dios. Pero ¿qué bendecía? En fin... podía ser que, si reflexionaba a fondo sobre la cuestión, encontrase la respuesta.

Se había visto con Ryan una vez y le había parecido un tipo malvado y arrogante -típicamente americano-. No obstante, ahora no le parecía así.

Las cámaras hicieron un rápido zoom para mostrar a un hombre que se sujetaba a las solapas de su chaqueta y miraba boquiabierto a derecha e izquierda. No. Ahora, no era arrogante. Estaba tan atónito que ni siquiera se le veía asustado. Era una mirada que ya había visto antes en la cara de muchos hombres. Muy interesante.

Las mismas palabras y las mismas imágenes inundaban ahora el mundo, retransmitidas por los satélites a más de mil millones de telespectadores, que seguían el informativo o que, alertados por la radio, habían cambiado de canal para ver lo que era el telediario de la tarde en unos estados y el de la noche en otros. Era un hecho histórico. Nadie podía dejar de ver aquellas imágenes.

Esto era especialmente cierto para los poderosos, para quienes la información era la materia prima del poder.

Otro hombre, en otro lugar, miró el reloj electrónico que tenía junto al televisor e hizo unos sencillos cálculos. En EE. UU. terminaba un día espantoso mientras que, donde él se encontraba, ya amanecía. La ventana que estaba detrás de su mesa mostraba una amplia explanada adoquinada, cruzada por personas que, en su mayoría, iban en bicicleta, aunque también veía bastantes coches (el parque de automóviles se había multiplicado por diez en pocos años). Con todo, el principal medio de transporte seguía siendo la bicicleta. Y eso no era justo, ¿verdad que no? Se había propuesto cambiar aquella situación, rápida y decisivamente, en términos históricos (era un serio estudiante de historia). Pero los americanos habían abortado su plan, tan minuciosamente elaborado.

No creía en Dios. Nunca había creído y nunca creería. Sin embargo, sí que creía en el destino. Y el destino era lo que veía en la pantalla de un televisor de fabricación japonesa. La diosa Fortuna era una mujer veleidosa, se dijo a la vez que se alcanzaba la taza de té. Días antes, la fortuna favoreció a los americanos, y ahora... aquello. De modo que... ¿qué intenciones tenía ahora la diosa? Sus propias intenciones, sus necesidades y su voluntad eran más determinantes, concluyó para sí.

Cogió el teléfono, aunque en seguida lo pensó mejor y volvió a posarlo en el receptáculo. No tardaría en sonar; otros le pedirían opinión, y tendría que decirles algo. Así que lo que tenía que hacer era pensar. Tomó un sorbo de té, que abrasaba pero lo reconfortaba. Tenía que estar muy despejado, y el dolor le hizo mirar hacia su interior, donde empezaba todo pensamiento importante.

Su plan no había fallado porque estuviese mal concebido, sino porque sus torpes agentes lo ejecutaron mal. En parte, por culpa de la diosa Fortuna y de su momentánea prodigalidad con EE. UU. Pero era un buen plan, se repitió. Tendría otra ocasión para demostrarlo, y también a causa de la diosa Fortuna.

Sonrió para sus adentros al pensarlo, abstraído, mientras su mente sondeaba el futuro, satisfecha ante lo que veía. Confiaba en que el teléfono tardase en sonar, porque tenía que seguir analizando la situación y necesitaba que no lo interrumpiesen. En seguida cayó en la cuenta de que el verdadero objetivo de su plan se había conseguido, ¿no? Se había propuesto asestarle un golpe paralizador a EE. UU., y lo había logrado. No del modo previsto, pero no por ello menos contundente.

«¿Y si había resultado mejor de lo esperado?», se preguntó. Sí, se contestó.

De modo que podía proseguir el juego, ¿no?

Estaba convencido de que había sido la diosa Fortuna, que siempre jugaba con el flujo y reflujo de la historia. En realidad, no era amiga ni enemiga de hombre alguno. Aunque a lo mejor era sólo una prueba de que tenía sentido del humor.

Otra persona, en cambio, estaba furiosa. Días antes, tuvo que soportar la humillación de recibir lecciones de un extranjero (¡nada menos que de un ex gobernador provincial!) acerca de lo que su nación soberana debía hacer. Ella había procedido con suma precaución, por supuesto. Todo se llevó a cabo con gran pericia. El gobierno, como tal, no se había implicado más que con unas grandes maniobras navales en mar abierto. Nada improcedente, puesto que se trataba de aguas internacionales. No se habían enviado notas amenazadoras, movilizado a la diplomacia ni adoptado posición alguna. Por su parte, los americanos se limitaron a... -¿cómo era su arrogante expresión?-. Ah, sí: a marear la perdiz, y a pedir la reunión del Conse-

jo de Seguridad, en el que nada podía plantearse puesto que oficialmente nada había ocurrido. Y su país no hizo público ningún comunicado.

Se habían limitado a unas maniobras, ¿no? A unas pacíficas maniobras. Por supuesto, tales maniobras sirvieron para dividir los efectivos que EE. UU. podía utilizar contra Japón. Pero ella no podía saberlo de antemano, ¿verdad que no? Por supuesto que no.

Tenía el documento encima de su mesa en aquel mismo momento: el tiempo necesario para recomponer la flota hasta que alcanzase su nivel óptimo. Pero no, se dijo meneando la cabeza, no sería suficiente. Ni ella ni su país podían actuar ahora en solitario. Necesitaba tiempo, amigos y planes. Lo único cierto era que su país tenía necesidades, y su labor era satisfacer esas necesidades, no aceptar órdenes de los demás, ¿verdad?

No.

Ella también bebía té en una preciosa taza de porcelana china. Lo tomaba a la inglesa, con azúcar y un poco de leche, una costumbre adquirida debido a su origen, condición social y educación. Todo ello, unido a su paciencia, era lo que la había llevado al cargo. De entre todas las personas que a lo largo y ancho del mundo veían las mismas imágenes por la misma red vía satélite, ella era probablemente quien mejor comprendía el verdadero alcance de la oportunidad, su envergadura y atractivo, tanto más apetecible cuanto que se había producido muy poco tiempo después de que un hombre que ahora estaba muerto la sentase en aquel mismo despacho. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar, ¿verdad?

-Esto es pavoroso, señor C -dijo Domingo Chávez frotándose los ojos. Llevaba más horas despierto de las que su embotado cerebro podía calcular.

Echado boca arriba en el sofá del salón, con los pies descalzos apoyados en el carrito del té, trataba de organizar sus pensamientos. Las mujeres de la casa ya estaban en la cama; una, por el enorme trabajo que le esperaba al día siguiente, y la otra, porque tenía examen en la facultad (no podía imaginar que acaso no hubiese clases al día siguiente).

-Vamos a ver, Ding, dime por qué -le ordenó John Clark. La época de preocuparse por las relativas habilidades de los personajes de la televisión había pasado. Que no en vano, su joven compañero seguía, de verdad, su curso para el master en relaciones internacionales.

-Creo que jamás ha sucedido una cosa así en tiempo de paz -dijo Chávez sin abrir los ojos-. El mundo no ha cambiado tanto desde la semana pasada, John. La semana pasada era de verdad complicado. Podemos considerarnos vencedores de la guerrita en la que estábamos metidos. Pero el mundo no ha cambiado mucho, y no somos más fuertes que antes, ¿no le parece?

-¿Será que la naturaleza detesta todo vacío? -preguntó John.

-Por ahí, por ahí -repuso Chávez bostezando-. Y me temo que tengamos ahora un vacío descomunal.

-¿No estoy logrando gran cosa, verdad? -preguntó Jack en un tono tan pausado como abatido.

El patetismo de la escena lo sobrecogía. Persistía el resplandor, aunque casi todo lo que ahora se elevaba hacia el cielo era vapor en lugar de humo. Lo que acababa de ver entrar en el edificio resultaba de lo más deprimente: bolsas de plástico de las que se utilizaban para el traslado de los cadáveres de los siniestros. Bolsas negras con asas flexibles en un extremo y una cremallera en el centro. Un número ingente. Algunas ya salían llenas, llevadas por parejas de bomberos que bajaban por la escalinata esquivando cascotes. Y el macabro desfile no había hecho más que empezar.

Jack no llegó a ver ninguno de los cuerpos durante los pocos minutos que estuvo frente al destrozado salón de sesiones, pero ver salir las bolsas con los primeros cuerpos fue, en cierto modo, peor.

-No, señor -dijo la agente Price tan contristada como él-. Esto no es bueno para usted.

-Ya lo sé -repuso Ryan mirando hacia otro lado.

«No sé qué hacer -se repitió por enésima vez-. ¿Dónde está el manual para este oficio? ¿A quién pregunto? ¿Dónde encontrarlo?»

« ¡No quiero este trabajo! », le gritó su interior. Ryan se reprochó la vacuidad de la idea. Se había acercado al epicentro de la espantosa tragedia como una especie de demostración de liderazgo, desfilando ante las cámaras de la televisión como si supiera lo que llevaba entre manos. Y eso era engañar. Quizá no fuese una mentira malintencionada, pero sí estúpida. «Acércate al jefe de bomberos y pregúntale qué tal va todo, como si cualquiera que tuviese ojos en la cara y estudios elementales no pudiera -imaginarlo. »

-Estoy abierto a toda sugerencia -dijo al fin Ryan.

La agente especial Andrea Price respiró hondo al ver cumplido el sueño de todo agente especial del Servicio Secreto desde que Pinkerton lo creara.

-Lo primero que necesita, señor presidente, es... tranquilizarse.

La agente no podía ir mucho más lejos:

-Hay cosas que puede hacer y cosas que no -prosiguió Andrea-. Tiene a muchos que trabajan para usted. Por lo pronto, señor, piense en quiénes son y déjeles hacer su trabajo. Luego, quizá, podrá usted empezar a hacer el suyo.

-¿Hemos de volver a la Casa?

-Allí es donde están los teléfonos, señor presidente. -¿Quién es el jefe de mi escolta?

-Era Andy Walker -contestó Price, que no necesitó decir dónde estaba hora.

Ryan la miró con fijeza y tomó su primera decisión presidencial:

-Acaba usted de ascender.

-Sígame, señor -se limitó a decir Andrea.

Aunque no lo exteriorizase, la agente estaba satisfecha al ver que aquel nuevo presidente, al igual que los demás, podía aprender a acatar órdenes. Por lo menos, algunas veces.

A los pocos pasos, Ryan resbaló en un rodal de hielo y cayó al suelo. En seguida dos agentes lo ayudaron a levantarse. Aquello lo hizo sentirse aún más vulnerable. Un fotógrafo captó la imagen, que se convirtió en portada del Newsweek de la semana siguiente.

-Como pueden ver, el presidente Ryan abandona ahora el Capitolio en lo que parece un vehículo militar en lugar de un coche del Servicio Secreto. ¿Qué imagina que se propondrá hacer? -preguntó el presentador.

-Creo que es de justicia decir que es muy improbable que él lo sepa en estos momentos -repuso el comentarista John.

Esta opinión resonó en el mundo unas décimas de segundo después, con general asentimiento de todos, amigos y enemigos por igual.

Había que hacer algunas cosas sin pérdida de tiempo. No sabía si eran las cosas más acertadas (o, mejor dicho, estaba seguro de que no eran las idóneas), pero cuanto más importantes, más confusas resultaban las reglas, ¿verdad?

Descendiente de una familia política que había servido al Estado desde hacía varias generaciones, llevaba en la vida pública prácticamente desde que salió de la Facultad de Derecho. Esto equivalía a decir que no había tenido un auténtico empleo en su vida. Podría no tener excesiva experiencia práctica en la economía salvo como beneficiario de la misma (los asesores financieros de su familia dirigían sus grupos empresariales y sus carteras de valores con tal eficacia que rara vez se tomaba la molestia de reunirse con ellos, excepto para las declaraciones a Hacienda). Podría no haber ejercido nunca como experto en leyes, pero se le había dado de maravilla saltarse miles de ellas. No habría servido nunca a su país vestido de uniforme, pero se consideraba un experto en seguridad nacional. Quizá muchas cosas desaconsejasen tomar decisiones en aquellos momentos, pero sabía lo que era un gobierno porque ésa había sido su profesión durante su vida activa (por no decir su vida «laboral»). Y en un momento como aquél, el país necesitaba alguien que conociese de verdad lo que era un gobierno. El país necesitaba cicatrizar, pensaba Ed Kealty, y de eso él sabía bastante.

De modo que cogió el teléfono e hizo una llamada.

-Hola, Cliff, soy Ed...

1

EMPEZAR DE INMEDIATO

El centro de mando del FBI, situado en la 5ª. planta del edificio Hoover, era una dependencia de forma extraña. Semejaba un triángulo irregular y era tan pequeña que las quince personas que se encontraban allí en aquellos momentos tenían que apretujarse. Y acababa de llegar la número dieciséis, el subdirector Daniel E. Murray, sin corbata y de sport.

El oficial de guardia de mayor graduación era el inspector Pat O'Day, un hombre alto, fornido y de rudo aspecto que se dedicaba a criar ganado vacuno como hobby en su tierra natal del norte de Virginia. Pero este cow-boy nacido y educado en New Hampshire se hacía las botas a medida.

O'Day llevaba un teléfono pegado a la oreja. Pese a tratarse de una reunión urgente en momentos críticos, no afloraban los nervios. Una leve inclinación de cabeza y un ademán a modo de saludo acogieron la entrada de Murray, que aguardó a que O'Day terminase la llamada.

-¿Qué ocurre, Pat?

-Acabo de hablar por teléfono con la base de Andrews. Tienen cintas del radar y de todo lo demás. Dos agentes de la oficina de Washington irán a hablar con los controladores de la torre. La Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea mandará personal para ayudar. En principio, parece un ataque suicida con un siete-cuatro-siete de la Japan Airlines. Los de la base de Andrews dicen que el piloto comunicó que se trataba de una emergencia de un vuelo no registrado de la KLM. Sobrevoló sus pistas y... bien... -dijo O'Day encogiéndose de hombros-. El FBI de Washington ha enviado agentes al Capitolio para iniciar la investigación. En mi opinión, esto tiene toda la pinta de ser un atentado terrorista, lo que significa que tenemos jurisdicción sobre el asunto.

-¿Dónde está el SOW? -preguntó Murray, refiriéndose al subdirector de la Oficina de Washington, situada en Buzzard's Point, a orillas del Potomac.

-En Santa Lucía con Angie, de vacaciones. Tony ha tenido mala suerte. Es una lástima -masculló el inspector, porque sólo hacía tres días que Tony Caruso se había marchado-. Pero también ha sido un día aciago para muchas otras personas. La cifra final de muertos va a ser enorme, Dan. Mucho peor que en lo de Oklahoma. He mandado llamar a todos los forenses. Con semejante tragedia, tendremos que identificar a muchísimas personas con el ADN. Y... ¡para qué te cuento! Los de la tele no dejan de preguntarnos cómo es posible que las Fuerzas Aéreas hayan permitido que ocurra algo así.

El inspector meneó la cabeza con expresión de fastidio. O'Day necesitaba alguien en quien desahogarse. Los comentaristas de televisión eran el blanco más atrayente, dadas las circunstancias. Pero habría otros blancos, y ambos confiaban en que el FBI no fuese uno de ellos.

-¿Sabemos algo más?

-¡Qué va! -exclamó Pat-. Y nos va a llevar tiempo, Dan. -¿Ryan?

-Estaba en el Capitolio. Debe de ir camino a la Casa Blanca -repuso Pat O'Day-. Lo han captado las cámaras. Parecía anonadado. A nuestros compañeros del Servicio Secreto les espera una noche de aúpa. El tipo con el que he hablado hace diez minutos casi lo pierde de vista. Podríamos encontrarnos ante un conflicto de competencias respecto de quién debe dirigir la investigación.

-Maravilloso -exclamó Murray exasperado-. Dejaremos que decida el fiscal general del Estado...

Sólo que... no había fiscal general del Estado, ni ministro de Hacienda a quien llamar.

El inspector O'Day no tuvo que extenderse en explicaciones. Una ley federal consagraba al Servicio Secreto de EE. UU. como el organismo competente para investigar cualquier ataque al presidente. Pero otra ley federal daba al FBI jurisdicción sobre el terrorismo. Y la legislación local sobre asesinatos permitía, lógicamente, intervenir también a la Policía Metropolitana de Washington. Además, mientras no se demostrase lo contrario, la Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea consideraría lo ocurrido un espantoso accidente aéreo.

Y esto era sólo el principio.

Todos los organismos mencionados tenían competencia sobre el caso y eran... competentes. El Servició Secreto era un organismo de menor envergadura y tenía menos recursos, pero contaba con extraordinarios investigadores y con varios de los mejores especialistas en las más modernas técnicas de investigación. La Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea sabía más que nadie acerca de accidentes aéreos. Con todo, el FBI tenía que dirigir la investigación, ¿no?, pensaba Murray. Sin embargo, el director Bill Shaw había muerto, y sacar el as de bastos sin él...

«¡Madre mía!», exclamó Murray para sí. Él y Bill estudiaron juntos en la Academia de Policía. Sirvieron en la misma patrulla que vigilaba un sector del río en Filadelfia, a la caza de atracadores de bancos...

Pat le leyó el pensamiento y asintió con la cabeza.

-Sí, Dan, tarda uno en hacerse a la idea, ¿verdad? Es como si lo vaciasen por dentro -le dijo pasándole una hoja de bloc con una lista escrita a mano de los muertos identificados.

«Un ataque nuclear no nos habría hecho tanto daño como esto», pensó Murray mientras leía la lista. De haberse tratado de una crisis resultante de un período de tensión, habrían tenido un amplio margen para la alerta estratégica, y lentamente, con calma, los más altos cargos del Estado habrían salido de Washington para instalarse en lugares seguros. Muchos de ellos hubiesen sobrevivido (o, por lo menos, tales eran las previsiones de los expertos para situaciones de crisis). Después del ataque, habría existido un gobierno para recomponer la situación.

En cambio ahora no.

Ryan había estado miles de veces en la Casa Blanca: de visita, para informar, para asistir a reuniones importantes y por otros motivos y, últimamente, para trabajar en su despacho como asesor de seguridad nacional. Pero aquélla era la primera vez que no tenía que mostrar su documento de identidad ni pasar bajo el detector de metales. A decir verdad, por la fuerza de la costumbre, sí pasó por el detector de metales, aunque en esta ocasión, al sonar la señal que indicaba que llevaba objetos metálicos, siguió adelante sin molestarse en sacar las llaves del bolsillo.

La diferencia de comportamiento de los agentes del Servicio Secreto era sorprendente. Se sentían a sus anchas en un entorno que les era familiar, y aunque el país acababa de recibir otra lección acerca de lo ilusorio que era el concepto de «seguridad», los profesionales tenían tan asumido el espejismo que se sentían más cómodos con la falacia que con la verdad. Llevaban los revólveres enfundados, las chaquetas abrochadas y respiraban hondo al ver que el nuevo presidente y su escolta aparecían por la entrada este.

Una voz interior le dijo a Jack que aquélla era su nueva casa, pero no sentía el menor deseo de creérselo. A los presidentes les gustaba llamarla la Casa del Pueblo, utilizar una falsa

Librodot

modestia política para describir un lugar por el que muchos de ellos habrían pasado por encima del cadáver de sus propios hijos (para luego decir que aquello no era para tanto).

Si las mentiras manchasen las paredes, reflexionó Jack, aquel edificio se habría llamado de manera muy distinta. Pero también había allí grandeza; una grandeza que intimidaba más que la mezquindad de los políticos. Allí promulgó James Monroe la Doctrina Monroe e impulsó al país por primera vez hacia el mundo estratégico. Desde allí consiguió Lincoln mantener unido el país a base de pura tenacidad. Teddy Roosevelt logró desde allí darle a EE. UU. un verdadero protagonismo y enviar su «Gran Flota Blanca» alrededor del mundo para exaltar la americanidad. Desde allí salvó el lejano primo de Teddy al país de la desesperación y del caos interno, con poco más que una voz nasal y una humeante boquilla que siempre apuntaba hacia arriba. Desde allí ejerció el poder Eisenhower, con tanto talento que casi pasó desapercibido. Desde allí le ganó el pulso Kennedy a Kruschof, y a nadie le importó que aquello encubriese multitud de errores. Desde allí urdió Reagan la trama para destruir al más poderoso enemigo de EE. UU., pese a que se le acusara de pasar la mayor parte del día durmiendo.

¿Qué era lo que más importaba, en definitiva: los éxitos o las marullerías cometidos por hombres imperfectos que, fugazmente, lograban situarse unos pasos más allá de los límites de sus debilidades? Tales pasos, por pocos que fuesen, eran los que forjaban la clase de historia que pervivía. El resto quedaba olvidado, salvo por parte de los historiadores revisionistas, a quienes escapaba el hecho de que el ser humano no es perfecto.

Con todo, aquélla seguía sin ser su casa.

La entrada era una especie de túnel que pasaba bajo el ala Este, donde la primera dama (que hasta hacía hora y media era Anne Durling) tenía sus aposentos. Según la ley, la primera dama era una ciudadana como cualquier otra (una extraña ficción para alguien que disponía de personal pagado a su servicio). En realidad, sus funciones eran, a menudo, de la mayor importancia, por más oficiosas que fuesen.

Las paredes de aquellas dependencias eran las de un museo, no las de un hogar; las dependencias por las que pasaban más allá del pequeño auditorio de la Casa Blanca, donde el presidente podía ver películas con un centenar de amigos. Había esculturas, muchas de ellas de Frederick Remington, cuyo tema común era lo «genuinamente» americano. Las pinturas representaban a ex presidentes. Ryan se fijó en ellos (sus ojos sin vida parecían mirarlo con recelo y escepticismo). Todos aquellos que lo precedieron, buenos o malos, ensalzados o vituperados por los historiadores, lo miraban...

«Soy historiador -se dijo Ryan-. He escrito unos cuantos libros. He juzgado los actos de otros desde un cómodo distanciamiento. ¿Por qué no se dio cuenta de eso? ¿Por qué no hizo aquello?»

Ahora, aunque demasiado tarde, acaso no hubiese hecho tales preguntas. Ahora era él el destinatario de tales enfoques, y desde dentro, las cosas se veían de modo muy distinto. Desde fuera, podía mirar uno hacia el interior, primero en derredor para recabar toda la información posible y analizarla a medida que se producía, parar cuando uno tenía que hacerlo, e incluso retrotraerse a hechos pasados para comprender mejor los actuales. En definitiva, tomarse el tiempo que fuese necesario para formarse una idea de conjunto.

Pero desde dentro, el enfoque era completamente distinto. Allí todo se le venía encima a uno como trenes a toda velocidad, desde todas las direcciones al mismo tiempo, de acuerdo a sus propios horarios. Había muy poco margen para maniobrar y reflexionar.

De eso sí que se percataba ya el nuevo presidente. En su mayoría, los personajes representados en aquellos óleos llegaron allí pudiendo permitirse el lujo de tener tiempo para pensar en su situación; de contar con fieles y honestos consejeros. Él no podía disponer de nada de todo aquello. Sin embargo, los historiadores podrían despachar tal inconveniente con un párrafo tan breve como reprobatorio, acaso con una página, antes de pasar a su implacable análisis.

Jack era consciente de que todo lo que hiciese o dijese sería analizado con lupa (y no sólo desde aquel momento en adelante). Muchas personas rastrearían en su pasado para detectar

claves sobre su carácter, sus creencias, sus buenas y malas acciones. Desde el instante en que el avión embistió el edificio del Capitolio, él era el presidente, y sus movimientos serían analizados del modo más implacable durante generaciones. Su vida privada quedaría despojada de intimidad. Ni siquiera después de muerto estaría a salvo de la opinión ajena, del juicio de personas que no tenían ni idea de lo que significaba el solo hecho de entrar en aquella especie de mastodóntica casa-museo-despacho, a sabiendas de que sería su prisión por toda la eternidad (una prisión de barrotes invisibles y, por lo mismo, mucho más reales).

Gran parte de los hombres que ambicionaron la más alta magistratura del Estado terminaron por descubrir lo frustrante y abrumadora que era. Jack ya lo sabía, por haber estudiado la historia y porque había tratado a tres ocupantes del despacho Oval. Pero ellos accedieron al cargo con los ojos abiertos, y acaso se los pudiera acusar de tener más soberbia que cerebro.

¿Cuánto peor no sería para quien nunca aspiró al cargo? ¿Iba a juzgarlo la historia con mayor benevolencia por ello? La pregunta se prestaba al sarcasmo. No. Había llegado a la Casa Blanca en un momento en el que su país lo necesitaba. Si él no sabía estar a la altura de tal necesidad, las generaciones venideras lo maldecirían por su fracaso, aunque hubiese accedido al cargo por casualidad (condenado por un hombre, que ahora estaba muerto, a hacer el trabajo que el difunto ansiaba).

Para el Servicio Secreto, aquél era un momento de relativa relajación. Afortunados ellos, pensó Ryan con una acritud acaso injusta. Su labor era protegerlo a él y a su familia. Y la del nuevo presidente, protegerlos a ellos y a sus familias, y a las de millones de personas.

-Por aquí, señor presidente -dijo Andrea Price al enfilar por un pasillo de la planta baja.

Allí vio Ryan por primera vez al personal de la Casa Blanca, de pie para recibir a su nuevo jefe, al hombre a quien servirían tan bien como supiesen. Como todos los demás, se limitaron a permanecer de pie y a mirar, sin saber qué decir, observando escrutadoramente a aquel hombre, sin dejar traslucir lo que pensaban. No obstante, seguro que intercambiarían opiniones en los vestuarios o en el comedor a la primera oportunidad. Jack llevaba aún la corbata ladeada y seguía con el impermeable puesto. El agua que se le había helado en el pelo, y que le daba un falso aspecto de hombre canoso, se fundía. Uno de los miembros del personal se apresuró a alejarse del grupo, mientras Jack Ryan y su escolta seguían hacia adelante. Volvió a aparecer al cabo de un minuto entre los miembros de la escolta y le tendió una toalla a Ryan.

-Gracias -dijo Jack, que, sorprendido por el gesto, se detuvo un momento para secarse el pelo.

Jack vio entonces que un fotógrafo corría de espaldas, le enfocaba la cámara y apretaba una y otra vez el disparador con expresión risueña. Los agentes del Servicio Secreto no hicieron el menor movimiento para impedírselo. Ryan supuso que debía de ser miembro del personal, algo así como el fotógrafo oficial de la Casa Blanca, que tenía la misión de inmortalizarlo todo.

«Maravilloso... ¡Mi propia escolta me espía! » Pero no era el momento oportuno de desautorizarlo, ¿no?

-¿Adónde vamos, Andrea? -preguntó Jack al pasar frente a más retratos de presidentes y de primeras damas, que no dejaban de mirarlo.

-Al despacho Oval. He pensado que...

-Vamos al gabinete de Análisis -la atajó Ryan sin dejar de secarse con la toalla-. Todavía no estoy preparado para entrar en ese despacho.

-Como usted ordene, señor presidente.

Al final de un ancho pasillo giraron a la izquierda y se adentraron en un pequeño salón, de paredes recubiertas de paneles de madera toscamente trabajada. Luego, fueron hacia la derecha para salir de nuevo al exterior; porque no había ningún pasillo que comunicase la Casa Blanca con el ala Este. Por eso nadie le había liberado del impermeable, comprendió entonces Ryan.

-Café -pidió Jack, que pensó que, por lo menos, el servicio de cafetería y la comida serí-

an buenos.

El servicio lo atendían oficiales de la Armada. Su primer café presidencial se lo sirvió, en un primoroso juego de plata y porcelana, un oficial de sonrisa tan profesional como auténtica y que, al igual que los demás, sentía la natural curiosidad por su nuevo jefe.

Ryan pensó que él venía a ser en aquellos momentos como un animalito del zoo. Interesante... incluso fascinante... ¿Cómo se adaptaría a la nueva jaula?

Ya estaba en el gabinete de Análisis. Se había sentado allí muchas veces, sólo que en otro sillón; porque el presidente se sentaba frente al centro de la mesa y sus consejeros a ambos lados. Ryan ocupó su lugar con bastante naturalidad; al fin y al cabo, no era más que un sillón. Los «arreos» del poder no eran, en definitiva, más que cosas, y el propio poder sólo un espejismo. El supuesto poder iba siempre acompañado de obligaciones más imperiosas aún. El poder se podía ver y ejercer, pero las obligaciones sólo se sentían; las obligaciones llegaban como el aire, que, de pronto, se le antojó muy cargado en aquella estancia sin ventanas.

Jack bebió un sorbo de café y miró en derredor. Según el reloj de pared eran las 23.14 h. ¿Cuánto hacía que era presidente? ¿Hora y media? Más o menos lo mismo que tardaba desde su casa a... su nueva casa... según estuviese el tráfico.

-¿Dónde está Arnie?

-Estoy aquí, señor presidente -repuso Arnold Van Damm, que acababa de entrar.

Jefe de Estado Mayor de dos presidentes, Van Damm iba a batir ahora todos los récords como jefe de Estado Mayor de un tercer presidente. El primer presidente a quien sirvió tuvo que dimitir de modo poco airoso. El segundo acababa de morir. ¿Por dónde asomaría ahora el refranero? ¿Por lo de que a la tercera va la vencida o por lo de que no hay dos sin tres?

Ryan lo miró de forma escrutadora, como si quisiera hacerle telepáticamente la pregunta que no podía formular en voz alta: «¿Y ahora qué hago? »

-Ha estado bien la declaración por televisión. Ha sido lo más apropiado -dijo el jefe de Estado Mayor tras sentarse frente a Ryan, al otro lado de la mesa.

Arnold Van Damm se mostraba tan tranquilo y competente como siempre, pero Ryan no reparó en el esfuerzo que exigía dar tal impresión a un hombre que acababa de perder más amigos de los que él tenía.

-Ni siquiera estoy muy seguro de recordar lo que he dicho -reconoció Jack, tratando de evocar recuerdos que se le escapaban.

-Es lo normal cuando se improvisa -concedió Damm-. Pero ha estado bien, de verdad. Siempre he creído que tenía usted mucha intuición. Y la va a necesitar.

-¿Por dónde he de empezar? -preguntó Jack.

-Por los bancos y los mercados de valores. Todas las agencias de los bancos estatales han cerrado. Dispone de tiempo hasta, pongamos, el fin de semana, o acaso algún día más. Hemos de organizar los funerales por Roger y Anne. También se ha de declarar una semana de luto nacional y, quizá, hacer que ondeen las banderas a media asta durante un mes. Por otro lado, piense que había muchos embajadores en el salón de sesiones, lo que significa una enorme actividad diplomática, además de todos los problemas que conlleva. A esto lo vamos a llamar la cuestión casera... Ya, ya... -dijo Van Damm, que alzó una mano para atajar objeciones a lo que reconocía una expresión poco afortunada-. Lo siento, pero hemos de llamarlo de alguna manera para entendernos y saber de qué hablamos en cada ocasión.

-¿Quién...?

-Tenemos una oficina de protocolo aquí, Jack -señaló Van Damm-. Se han encerrado para trabajar a fondo. Tenemos un equipo de redactores de discursos que prepararán sus declaraciones oficiales. Los representantes de los medios informativos querrán verlo, es decir, que tendrá usted que aparecer en público. Debe tranquilizar al país; debe infundir confianza...

-¿Cuándo?

-Con tiempo para que puedan emitirlo los telediarios de la mañana, a lo más tardar; el de la CNN y los de todas las cadenas. Me gustaría grabarlo dentro de una hora, pero no es imprescindible. Podemos postergarlo y decir que está usted muy ocupado. Y lo estará -le asegu-

ró-. Tendrán que informarle de lo que puede decir y lo que ha de callar antes de aparecer en televisión. Y por otra parte, les diremos a los periodistas lo que pueden preguntar y lo que no. Dadas las circunstancias, colaborarán. Durante una semana lo tratarán a usted del modo más amable. Será su luna de miel con la prensa. Sin embargo, no durará más que eso.

-¿Y luego? -preguntó Jack.

-Luego, en tanto que presidente por voluntad divina, tendrá que actuar como tal, Jack -le dijo Van Damm sin rodeos-. Nada lo obligaba a jurar el cargo, no lo olvide.

Esta afirmación hizo que Jack echase la cabeza hacia atrás. Después, miró en derredor y reparó en la impenetrable expresión de quienes estaban en la sala (todos, miembros del Servicio Secreto, por el momento). Él era el nuevo jefe, y las miradas que le dirigían no eran muy distintas a las de los retratos del ala Este. Esperaban que él adoptase las decisiones acertadas. Lo apoyarían. Lo protegerían de los demás y de sí mismo. No obstante, él tenía que cumplir con su trabajo, y no permitirían que rehuyese su responsabilidad.

El Servicio Secreto tenía la misión de protegerlo de todo peligro físico. Arnie Van Damm intentaría protegerlo de los peligros políticos, al igual que otros miembros del personal a su servicio. Los empleados de la Casa Blanca lo alimentarían, le plancharían las camisas y le traerían café, pero ninguno dé ellos permitiría que huyese, ni de su lugar ni de sus obligaciones.

Estaba en una verdadera prisión.

Sin embargo, lo que Arnie acababa de decirle era cierto. Podía haberse negado a prestar juramento. Pero no, se dijo Ryan, mirando la pulida superficie de la mesa. De haberse negado, se habría condenado por toda la eternidad por cobarde (peor aún: se hubiese condenado a sí mismo por el mismo motivo, porque su peor enemigo era su conciencia).

Jack tendía a una implacable autocrítica. Se consideraba buena persona, pero siempre se veía demasiados defectos. ¿Por qué? ¿Por los valores que le inculcaron sus padres, sus educadores, sus instructores del cuerpo de marines, las muchas personas que había conocido y los muchos peligros que había afrontado? ¿Se ceñía él a esos valores abstractos? ¿O era al revés? ¿Qué lo inducía a pensar así? ¿Qué lo había hecho ser como era? De hecho, ¿cómo era, en realidad, John Patrick Ryan?

El nuevo inquilino de la Casa Blanca alzó la vista y dirigió la mirada en derredor. ¿Qué opinión debían de tener de él los presentes? Lo cierto era que no tenían una opinión formada. Él era el nuevo presidente, quien daba las órdenes que ellos cumplirían; el hombre que pronunciaría discursos que otros analizarían para matizarlos y corregirlos; el que decidiría lo que fuese a hacer EE. UU., que sería juzgado y criticado por otros que no tenían la menor idea de cómo se hacía lo que criticaban. Pero esto no describía a una persona. Describía un cargo desempeñado por un hombre (o, en un cercano futuro, una mujer) que lo analizase todo e intentase acertar con sus decisiones.

Para Ryan, menos de hora y media antes, lo acertado fue jurar el cargo. Tratar de hacerlo lo mejor posible. En última instancia, el juicio de la historia era menos importante que su propia opinión al mirarse al espejo. La verdadera cárcel era, y siempre lo sería, él mismo.

Y había que aguantarse.

El jefe de bomberos Magill vio que sus hombres ya habían logrado apagar el incendio; pero deberían tener cuidado porque quedaban siempre focos ocultos, rescoldos que no habían dejado de llamear por el agua sino por la falta de oxígeno y, por consiguiente, podían avivarse en cualquier momento, pillarlos por sorpresa y matar a quienes no tomasen las debidas precauciones. Sin embargo, sus hombres eran cautos, y las pequeñas llamas que pudiesen acecharlos eran poca cosa en un recinto tan grande.

Ya enrollaban las mangueras y algunas dotaciones volvían con sus coches al cuartel.

40

41

Durante unas horas, Magill había dejado el resto de la ciudad sin su ejército de extinción

de incendios. No tenía más remedio que hacer que la mayoría de los coches regresaran, ya que corrían el riesgo de que se declarase un incendio en cualquier otro lugar y de que muriesen más personas innecesariamente.

Magill estaba ahora rodeado de otras personas con chaquetas de vinilo con grandes letras amarillas, en las que decía quiénes eran. Había agentes del FBI, del Servicio Secreto, de la Policía Metropolitana del distrito de Columbia; inspectores de la Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea; de la secretaría para el Control del Tráfico de Tabaco, Alcohol y Armas de Fuego, dependiente del Ministerio de Hacienda, y su propio equipo de cinco investigadores, todos ellos pendientes de quién fuese a mandar para reivindicar su jurisdicción sobre el caso, en lugar de reunirse sin pérdida de tiempo y nombrar un mando conjunto provisional.

Magill meneó la cabeza. Ya se había visto antes en una situación parecida.

El flujo de cuerpos se había incrementado. De momento, los llevarían al arsenal del distrito de Columbia, que se hallaba a unos dos kilómetros al norte de la colina del Capitolio, justo frente a la vía del tren.

Magill no envidiaba a los miembros de los equipos de identificación, aunque se había abstenido de bajar personalmente al cráter (eso se le antojaba en aquellos momentos) para ver la magnitud de los destrozos.

-¿Jefe? -lo llamó una voz por detrás.

-¿Sí? -dijo Magill dándose la vuelta.

-Soy de la Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea.

¿Podemos empezar a buscar la «caja negra»? -preguntó el funcionario señalando la aleta de cola del avión.

Aunque la sección de cola del 747 no estaba precisamente intacta, resultaba reconocible, y la llamada «caja negra» (aunque en realidad estuviese pintada de un vivo color anaranjado) no podía estar lejos.

Aquel sector estaba bastante despejado. Casi todos los cascotes habían salido despedidos hacia el lado oeste, lo que facilitaba su trabajo.

-De acuerdo -contestó Magill, que señaló a dos de sus hombres para que acompañasen a los inspectores de la CSNA.

-¿Podría pedirles a sus hombres que, en la medida en que les sea posible, no muevan de un lado para otro los fragmentos del aparato? Tenemos que reconstruir el siniestro, y ayuda mucho que todo esté como ha quedado.

-Las personas... los cuerpos, son lo primero -dijo Magill.

El funcionario asintió con la cabeza, contristado. Aquello no era agradable para nadie.

-Lo comprendo -reconoció el funcionario-. Si encuentran a los miembros de la tripulación, por favor, no los muevan en absoluto de donde estén. Llámennos y nosotros nos ocuparemos de ello. ¿De acuerdo?

-¿Cómo vamos a saber quiénes son los miembros de la tripulación?

-Camisas blancas, hombreras con galones. Y, probablemente, japoneses.

Podía haber sonado a disparate, pero no lo era. Magill sabía que, a menudo, los cuerpos resistían a un accidente de aviación increíblemente «enteros»; tan intactos que sólo los ojos de un experto advertían, a simple vista, el lugar donde se hubiese producido la fatal herida. Esto desconcertaba a los civiles, que acostumbraban a ser los primeros en llegar al lugar de un siniestro. Resultaba casi inverosímil que el cuerpo humano fuese más fuerte que la vida que lo animaba. Era un hecho piadoso que evitaba a los supervivientes las pavorosas escenas de identificar un trozo de carne destrozada y quemada. Aunque lo piadoso del hecho se veía contrarrestado por la crueldad de reconocer a alguien que ya no podía responder a ninguna pregunta.

Magill meneó la cabeza y encomendó a uno de sus oficiales que hiciese cumplir la orden.

Los bomberos que trabajaban allá abajo empezaban a estar un poco hartos de órdenes.

La primera orden especial, por supuesto, fue localizar y evacuar el cuerpo del presidente Roger Durling; lo demás era secundario. Una ambulancia aguardaba para transportarlo. Incluso la primera dama, Anne Durling, tendría que aguardar. Una grúa móvil maniobraba al fondo del edificio, para levantar los bloques de piedra que cubrían el sector del estrado del salón de sesiones; bloques que semejaban los de un rompecabezas. Sólo faltaban los números y las letras pintados para que el espejismo fuese completo.

Los edificios que albergaban los distintos ministerios eran un hervidero humano, un vaivén de funcionarios, sobre todo de altos cargos. No era habitual que las plazas de parking reservadas a personalidades estuviesen ocupadas a tan altas horas. Pero aquella noche lo estaban, y las del Ministerio de Asuntos Exteriores no eran una excepción.

Los ministerios convocaron al personal de seguridad al completo. Porque un ataque a cualquier organismo del Estado era un ataque a todos ellos. Y aunque la naturaleza del ataque perpetrado contra el gobierno hacía inútil al personal armado, daba lo mismo. Si ocurría tal cosa, se hacía tal otra. Porque en algún manual estaba escrito que así había que proceder.

Los miembros armados de los cuerpos de seguridad se miraban entre sí y meneaban la cabeza, conscientes de que cobrarían horas extras y ganarían puntos con los jefes que, desde sus puestos en Chevy Chase y la Virginia rural, habían irrumpido escaleras arriba para no hacer más que charlar entre sí.

Una de estas personalidades llegó a su plaza de parking del sótano y utilizó su tarjeta magnética para activar el ascensor de personalidades y subir hasta la séptima planta. Lo que lo distinguía de las demás personalidades era que él tenía verdaderamente una misión que cumplir aquella noche, aunque se trataba de una misión que le dio mucho que pensar durante el trayecto desde su casa de Great Falls. Tendría que hacer de tripas corazón. ¿Qué otro remedio le quedaba? Todo se lo debía a Ed Kealty: el lugar que ocupaba en la sociedad de Washington; su carrera en el Ministerio de Exteriores, y muchas otras cosas. En aquellos momentos, su país necesitaba a alguien como Ed Kealty. Así se lo había dicho el propio Ed, que le expuso su proposición del modo más persuasivo. Pero ¿qué significaba hacerse portavoz de la misma? En el interior de su coche había oído una vocecita que lo llamaba traición. Pero no. Porque la traición era el único delito que la Constitución definía. Consistía en «prestar ayuda y auxilio» a enemigos del país. Pero con independencia de lo que Ed Kealty tramase, no era... eso lo que se proponía, ¿verdad que no?

Se trataba de lealtad. Era un hombre de Ed Kealty, como tantos otros. Su amistad empezó en Harvard, con cervezas de por medio, salidas con chicas y fines de semana en la casa de su familia. En los buenos tiempos de su alegre juventud, él fue el invitado predilecto de una de las grandes familias americanas, pese a pertenecer a la clase obrera. ¿Por qué? Porque al joven Ed le caía bien. Pero... ¿por qué? Lo ignoraba. Y como nunca lo preguntaba, probablemente nunca lo sabría.

Así era la amistad. Porque sí. Sólo en EE. UU. podía un joven de la clase obrera, que lograba estudiar en Harvard gracias a una beca, trabar amistad con el brillante hijo de una ilustre familia. A lo mejor habría logrado triunfar por sí solo, porque sólo a Dios debía su innata inteligencia, y sólo sus padres lo alentaron a desarrollarla, le enseñaron buenos modales y... valores.

Pensar en ello le hizo cerrar los ojos al abrirse las puertas del ascensor. Los valores. Pues bien: la lealtad era uno de esos valores, ¿no? Pudiera ser que sin la ayuda de Ed no hubiese llegado a la cumbre, a ser todo un ASUB, como llamaban a los adjuntos de los subsecretarios (de Exteriores en su caso). Lo de «adjunto» ya hacía tiempo que no figuraba en la placa de la puerta de su despacho. Y si hubiese justicia en el mundo, habría sido un serio candidato a que también le eliminasen de la placa lo de «sub». Porque ¿acaso no valía él, en el plano de la política exterior, tanto como cualquier ocupante de la séptima planta del edificio? Por supuesto que sí. Pero nunca lo habría conseguido de no ser uno de los hombres de con-

fianza de Ed Kealty; sin las fiestas en las que lo ensalzaba para auparlo a la cumbre.

Además, estaba la cuestión del dinero. Nunca aceptó un soborno, pero su amigo le daba muy buenos consejos sobre inversiones (consejos que procedían de sus propios consejeros). Gracias a ello se labró una independencia económica que, entre otras cosas, le permitió comprar un chalet de 400 m2 en Great Falls, matricular a su hijo en Harvard, pero no con beca. Porque Clifton Rutledge III era ahora el hijo de alguien importante, no sólo el hijo del sudor de un obrero. Todo el esfuerzo que hubiera hecho no lo hubiese aupado tan alto de no ser por Ed Kealty. Y le debía lealtad, ¿no?

Esto se lo ponía un poco más fácil a Clifton Rutledge II (en realidad, en su partida de nacimiento decía Clifton Rutledge, junior, pero «Jr.» no era un sufijo apropiado para su rango), subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores para Asuntos Políticos.

El resto era sólo cuestión de sincronización. La séptima planta estaba siempre vigilada, y mucho más dadas las circunstancias. Pero como todos los vigilantes lo conocían, sólo era cuestión de comportarse con naturalidad.

Bah. Qué demonios... se dijo Rutledge. Podía fallar, y acaso fuese mejor así. «Lo siento, Ed, no lo he encontrado...», se limitaría a decirle. No estaba muy seguro de que pensar así fuese lo más adecuado en aquellos momentos, allí en la puerta de su propio despacho, atento al ruido de pasos que se acompasaban con los latidos de su corazón.

A aquellas horas, en la planta había dos vigilantes que hacían la ronda por separado. Incluso durante el día, en horas de visita, escoltaban a los visitantes adondequiera que fuesen. Por la noche, las precauciones eran aún mayores. Sólo funcionaba un reducido número de ascensores. Para llegar hasta la planta superior, era imprescindible utilizar una tarjeta magnética como llave, y había un vigilante que no se movía del acceso a los ascensores. De modo que todo era cuestión de sincronización. Rutledge miró su reloj para ver cuánto tardaban los vigilantes en realizar cada ronda por la planta: siempre empleaban. el mismo tiempo, con una diferencia de no más de diez segundos.

Estupendo, pensó. Sólo tenía que aguardar a la próxima ronda.

-Hola, Wally.

-Buenas noches, señor -correspondió el vigilante-. Mala noche.

-¿Nos hace un favor?

-Usted dirá, señor.

-Café. No queda nadie en secretaría. ¿Podría bajar a la cafetería y decir que nos suban una cafetera bien grande? Que la dejen en la sala de conferencias del final del pasillo. Tenemos una reunión dentro de unos minutos.

-Por supuesto. ¿Quiere que baje en seguida? -Se lo agradecería, Wally.

-No tardaré más de cinco minutos, señor Rutledge -dijo el vigilante, que se alejó resueltamente, giró hacia la derecha a veinte metros de allí. y se perdió de vista.

Rutledge enfiló hacia el lado contrario. La puerta del despacho del ministro no estaba cerrada. Cruzó la primera puerta de doble hoja, luego la segunda y encendió las luces. Disponía de tres minutos. Por un lado, pensaba que ojalá el documento estuviese guardado en la caja fuerte de Brett Hanson. En tal caso, estaba claro que no podría hacerse con él, porque sólo Brett, dos de sus ayudantes y el jefe de seguridad tenían la combinación de la caja, que, además, disponía de una alarma que se disparaba al primer intento de manipulación. Sin embargo, Brett era todo un caballero, y muy despreocupado, tan confiado como olvidadizo. Era de la clase de personas que nunca cierra el coche ni la puerta de casa, a menos que su esposa se lo pida. Pero si el documento no estaba bajo llave, sólo podía estar en dos sitios.

Rutledge abrió el cajón del centro de la mesa del despacho y vio el habitual montón de clips, lápices y bolígrafos baratos (siempre los perdía). Pasó un minuto rebuscando en aquel cajón. Nada. Casi era un alivio. No obstante, al fijarse bien en lo que había encima de la mesa estuvo a punto de echarse a reír. Allí, remetido entre el borde del secante y la piel que lo separaba de la madera, había un sobre dirigido al ministro de Asuntos Exteriores, aunque sin franqueo. Rutledge lo cogió. No estaba cerrado. Contenía una hoja de papel con dos párrafos me-

Librodot

canografiados. Entonces sintió Cliff Rutledge un estremecimiento. Hasta aquel momento, el ejercicio había sido puramente teórico. Podía volver a guardar el documento, olvidar que había entrado allí, olvidar la llamada telefónica, y olvidarlo todo.

Habían transcurrido dos minutos.

¿Habría recibido Hanson aquel escrito con acuse de recibo? Probablemente no. Sin embargo, Brett era un caballero en todo. No hubiese humillado a Kealty de aquella manera. Ed hizo lo más caballeroso: dimitir. Y Brett debió de corresponder con la misma caballerosidad, con un apretón de manos y una mirada de condolencia.

Dos minutos quince segundos.

Decisión: Rutledge se guardó la carta en el bolsillo de la chaqueta, fue hacia la puerta, apagó las luces y volvió al pasillo. Se detuvo a unos pasos de su despacho y aguardó medio minuto.

-Hola, George. -Hola, señor Rutledge.

-Acabo de enviar a Wally a por café.

-Buena idea, señor. Mala noche. ¿Es cierto que...?

-Sí. Me temo que sí. Probablemente, Brett ha resultado muerto, como el resto.

-Dios mío...

-Acabo de comprobar que la puerta de su despacho no está cerrada con llave. Convendría cerrarla.

-Sí, señor-dijo George Armitage, que sacó su manojo de llaves y cogió la de la puerta del despacho de Hanson-. Es que es tan...

-Ya lo sé -repuso Rutledge asintiendo con la cabeza.

-Hace dos meses encontré su caja fuerte abierta -explicó George meneando la cabeza-. Supongo que es porque nunca le han robado, ¿no?

-Ése es el problema de Seguridad -convino el subsecretario de Exteriores para Asuntos Políticos-. No son muy cuidadosos los ministros, ¿verdad?

Qué hermoso. ¿Quién lo habría hecho? La pregunta tenía una respuesta inmediata. Los reporteros de televisión, con poco que hacer, seguían indicándoles a sus cámaras que enfocasen la aleta de cola. Recordaba perfectamente el logotipo porque, tiempo atrás, participó en una operación que hizo saltar por los aires un aparato que llevaba pintada una grulla roja en la aleta de cola. Ahora casi lo lamentaba, pero se lo impedía la envidia. Era una cuestión de coherencia. En tanto que uno de los más destacados terroristas internacionales (se enorgullecía de ello, aunque no pudiese exteriorizarlo), aquello tenía que haberlo hecho él, y no dejar que lo hiciese un aficionado. Porque tenía que ser obra de un aficionado. Un aficionado cuyo nombre acabaría por conocer, al igual que todos los habitantes del planeta, puesto que ya se encargaría la televisión de hacer llegar la noticia hasta el último rincón del planeta.

Era toda una ironía. Desde la pubertad se había consagrado al estudio y a la práctica de la violencia política. Había aprendido a pensar, planificar y ejecutar atentados, primero como brazo ejecutor y luego como líder de comandos. ¿Y ahora qué? Un aficionado dejaba en mantillas al mundo terrorista al que pertenecía. Resultaba embarazoso. Aunque la verdad era que le había salido... redondo.

Su entrenada mente analizó las posibilidades y en seguida llegó a una conclusión. Había sido obra de un solo hombre. De dos, a lo sumo. Pero era más probable que hubiese sido uno solo. Como siempre, se dijo con los labios apretados y asintiendo con la cabeza, un hombre dispuesto a morir, a sacrificarse por la Causa (cualquiera que fuese la Causa a la que sirviese) podía ser más temible que un ejército. En aquel caso, el hombre en cuestión tenía habilidades especiales y acceso a medios especiales. Y había sacado un gran partido de todo ello.

A eso se le llamaba suerte, así como al hecho de que hubiese sido un solo hombre el autor de la gesta. Era fácil para un hombre solo guardar un secreto, masculló por lo bajo. Ése fue siempre su problema. Lo realmente difícil era encontrar a las personas adecuadas, personas en quienes poder confiar, que no alardeasen ante nadie ni hiciesen confidencias a nadie, que

compartiesen su mismo sentido mesiánico, que tuviesen su misma disciplina y que estuviesen, de verdad, dispuestos a arriesgar sus vidas. Esta última condición venía a ser como el precio para participar, una condición que, en otros tiempos, era bastante fácil de calibrar, pero que, en la actualidad, en un mundo tan cambiante, resultaba mucho más problemática. El pozo en el que él ahondaba se estaba secando. Apenas le quedaban activistas abnegados.

Más listo y con mayor visión que sus colegas, había tenido que afrontar la necesidad de participar en tres operaciones reales. Pero aunque no le faltaba temple para hacer lo que fuese, no le seducía repetir. Era demasiado peligroso. No es que temiese las consecuencias de sus actos, sino que, un terrorista muerto, estaba tan muerto como sus víctimas, y los muertos no podían llevar a cabo más misiones. Estaba dispuesto a afrontar el martirio, pero no le seducía la autoinmolación. Lo que más le importaba de verdad era vencer, sacar provecho de sus actos, ser reconocido como un vencedor, un libertador, un conquistador; no pasar a los libros de historia con una nota a pie de página, sino en mayúsculas. El éxito de la misión, cuyos efectos veía en el televisor de su habitación, sería recordado como algo espantoso por la mayoría. Más que el acto de un hombre, lo considerarían algo así como un desastre natural. Porque a pesar de que el autor lo había bordado, no servía a ningún objetivo político. Y ése era el inconveniente de la locura de un abnegado mártir. Matar por matar era absurdo. Tenía que haber una razón, un resultado. Semejante éxito sólo lo era, de verdad, si conducía a otra cosa. Estaba claro que aquello no conducía a nada más. Y era una lástima, porque no todos los días se lograba...

No. El terrorista se alcanzó el zumo de naranja y bebió un sorbo antes de seguir reflexionando. ¿Todos los días? Aquello no había ocurrido nunca, ¿verdad que no? Era casi una cuestión filosófica. Podía decir, retrotrayéndose a otros momentos de la historia, que los Asesinos habían logrado decapitar o, por lo menos, derribar gobiernos. Sin embargo, en el pasado, tales logros se reducían a la eliminación de un solo hombre. Pero el mundo moderno era demasiado complejo, y aunque matasen a un presidente o a un primer ministro -o incluso a alguno de los reyes que aún quedaban-, en seguida aparecía otro que ocupaba su lugar, como era evidente que había ocurrido en aquel caso. Aunque también era verdad que aquel caso era distinto. No había gobierno que respaldase al sustituto, que se solidarizase con él, que mostrase determinación y sentido de la continuidad.

Si algo más, algo de mayor envergadura, hubiese estado preparado cuando el avión se precipitó sobre el edificio, aquella «preciosidad» habría sido aún más... «preciosa». Ya nada podía modificar el hecho de que no había sido así. Pero como ocurría siempre en acontecimientos semejantes, había mucho que aprender, tanto de su éxito como de su fracaso, porque las secuelas, planificadas o no, no podían ser más reales.

En este sentido resultaba trágico. Se había perdido una oportunidad. ¡Si lo hubiese sabido! ¡Lástima que el hombre que pilotó aquel avión hasta su destino final no le hubiera confiado a alguien lo que se proponía! Pero los mártires no actuaban nunca así, ¿verdad? Los locos tenían que pensar por su cuenta, actuar en solitario, morir solos. Y en su éxito personal radicaba el sustancial fracaso; o quizá no, porque no había más que ver las consecuencias...

-¿Señor presidente?

Un agente del Servicio Secreto había cogido el teléfono. Por lo general, solía ponerse algún suboficial de la Armada, pero los miembros de la escolta seguían demasiado impresionados por lo ocurrido para permitir que nadie entrase en el gabinete de Análisis.

-Es el FBI, señor...

Ryan cogió el teléfono de la horquilla acoplada a la cara inferior de la mesa.

-¿Sí?

-Soy Dan Murray.

A Jack se le iluminó un poco la cara al oír una voz que le resultaba tan familiar como amistosa. Conocía a Murray desde hacía muchísimo tiempo.

Murray, por su parte, habría querido decir «Hola, Jack», pero se abstuvo, no podía per-

mitirse tal familiaridad, a menos que lo invitasen a ello. Pero aunque Jack lo animase, se hubiera sentido incómodo, y habría corrido el riesgo adicional de que, en su propia organización, lo tachasen de «pelota». Un obstáculo más para comportarse con naturalidad, pensó Jack. Incluso sus amigos guardaban ahora las distancias.

-¿Qué ocurre, Dan?

-Perdone que lo importunemos, pero necesitamos orientación acerca de quién debe dirigir la investigación. El Capitolio es ahora mismo un hervidero de funcionarios que...

-Mando unificado - dijo Jack con sequedad. No necesitaba preguntar por qué lo llamaba Murray. Todos aquellos que podían decidir en niveles inferiores de responsabilidad habían muerto ¿Qué dice la ley sobre la cuestión?

-La verdad es que nada que esté claro -contestó Murray, con patente incomodidad. Se hubiese abstenido de abrumar al hombre que había sido su amigo y que probablemente todavía lo era, de no mediar unas circunstancias tan críticas, pero se trataba de responsabilidad profesional. Y tenía que hacer su trabajo.

-¿Conflicto de competencias?

-Elevado al cubo - confirmó Murray.

-Supongo que lo consideraremos un atentado terrorista. De esto ya sabemos bastante tú y yo, ¿no crees? -dijo Jack.

-Desde luego, señor.

«Señor... -se dijo Ryan-. ¡Vaya por Dios! » Pero qué se le iba a hacer. Tenía que tomar otra decisión. Jack miró en derredor de la sala antes de contestar.

-Es el FBI quien tiene la competencia para dirigir esta investigación. Todos deben responder ante ti. Elige al mejor hombre que tengas para dirigirla.

-Sí, señor.

-¿Dan?

-¿Sí, señor presidente?

-¿Quiénes están por encima de ti en el FBI?

-El director adjunto Chuck Floyd. En estos momentos se encuentra en Atlanta para pronunciar un discurso y...

También estaban por encima de Murray todos los subdirectores.

-No lo conozco, pero a ti sí. Ejercerás de director en funciones mientras yo no diga lo contrario.

-Bueno... Jack... yo... -balbució Dan Murray.

-Yo también apreciaba a Shaw, Dan. Tú vas a dirigirlo.

-Sí, señor presidente.

Ryan colgó el teléfono y explicó la decisión que acababa de tomar. Andrea Price fue la primera en hacer una objeción.

-Señor, todo ataque al presidente está bajo la jurisdicción de...

-Ellos tienen más medios -la atajó Jack-. Y alguien debe estar al mando. Quiero zanjar la cuestión lo antes posible.

-Tenemos que nombrar una comisión especial -dijo Arnie Van Damm.

-¿Presidida por quién? -preguntó el presidente Ryan-. ¿Por un miembro del Tribunal Supremo? ¿Por unos cuantos senadores y diputados? Murray es un profesional con mucha experiencia. Elija a... al mejor experto de lo penal del Ministerio de Justicia para que supervise la investigación. Y usted, Andrea, localíceme al mejor investigador del Servicio Secreto para que actúe como principal colaborador de Murray. No necesitamos utilizar a nadie ajeno a estos cuerpos, ¿no cree? Vamos a dirigir esto desde dentro. Elijamos a los mejores y dejémoslos trabajar. Quiero que esta investigación empiece de inmediato. ¿De acuerdo?

-Sí, señor presidente -dijo la agente Andrea Price.

Ryan reparó en que Arnie Van Damm asentía con la cabeza. Pudiera ser que sus primeras decisiones no fuesen desacertadas, se concedió Jack para sus adentros. Pero esta pequeña satisfacción le duró poco. En la pared del fondo había adosados cuatro televisores, y todos

Librodot

mostraban esencialmente la misma imagen. El flash de la cámara de un fotógrafo, que aparecía en las cuatro pantallas, llamó la atención del presidente. Se veía cuadruplicada la imagen de una de las bolsas que utilizaban en el traslado de cadáveres. La bajaban por la escalinata del ala Oeste del Capitolio.

Era otro cadáver por identificar -grande o pequeño, de hombre o de mujer, importante o no. Era imposible verlo a través del material plástico-. Sólo se veían los tensos, fríos y tristes rostros de los bomberos que transportaban el macabro cargamento. Esto fue lo que atrajo la atención del reportero y lo que devolvió al presidente a una realidad que de nuevo lo sobrecogió. Las cámaras de televisión siguieron al trío, formado por dos personas vivas y una muerta, que al llegar al pie de la escalinata se dirigió a una ambulancia, a través de cuyas puertas abiertas se veían otros sacos de plástico con sendos cadáveres. Los dos bomberos auparon con suavidad el que ellos llevaban. Aquellos profesionales, que mostraban gran conmiseración y solicitud hacia el cuerpo que abandonaba el mundo de los vivos, dieron media vuelta y subieron a por otro cuerpo.

El gabinete de Análisis quedó en absoluto silencio. Todos miraban la misma imagen. Varios de los presentes contuvieron el aliento. Sólo la crispación y la estupefacción impidieron que rodase más de una lágrima. Luego, volvieron a dirigir la mirada hacia la pulimentada superficie de la mesa de roble. Una taza de café resbaló del platito. El leve ruido que produjo no hizo sino adensar el silencio, porque a nadie se le ocurría nada que decir para llenar el vacío.

-¿Qué más debemos hacer ahora? -preguntó Jack.

Lo ocurrido le pasaba factura: el sobresalto inicial ante la cara de la muerte, el temor de que le ocurriese algo a su familia y el dolor de ver morir a tantos. Se sentía como si lo hubiesen vaciado. Le pesaban los brazos como si fuesen de plomo. Tenía que hacer un esfuerzo para mantener erguida la cabeza.

Eran las 23.35 h de un día que empezó para él minutos después de las cuatro de la madrugada, cuajada de entrevistas propias de un cargo que ocupó durante apenas ocho minutos, antes de su brusco ascenso a la más alta magistratura del Estado. La descarga de adrenalina que lo sostenía se había agotado.

-¿Dónde duermo esta noche? -preguntó mirando en derredor.

Le pareció que era importante preguntarlo. Aunque en seguida se contestó a sí mismo que, desde luego, no iba a dormir allí. No iba a dormir en la cama de un hombre que acababa de fallecer, a sólo unos pasos de donde dormían los hijos del difunto. Necesitaba estar con su propia familia. Necesitaba ver a sus hijos, que probablemente dormirían ya. Porque los niños dormían, pasase lo que pasase. Y sentir que su esposa lo abrazaba, ya que ella era la única constante en el mundo de Ryan, lo único que nunca dejaría que cambiase, pese a los ciclónicos acontecimientos que azotaban una vida que no había ansiado ni esperado.

Los agentes del Servicio Secreto se miraron perplejos, antes de que Andrea Price tomase la palabra, como era su natural inclinación y lo propio de su nuevo cargo.

-¿En el cuartel de marines de la calle Ocho?

-De acuerdo, de momento -asintió Ryan.

-ESPADACHÍN en movimiento. Traigan los coches a la entrada Oeste -dijo Price a través del micrófono que llevaba prendido en la solapa de su chaqueta.

Los agentes de la escolta se levantaron. Con perfecta sincronización, se desabrocharon las chaquetas y, en cuanto cruzaron la puerta, echaron mano a la culata de sus revólveres.

-Lo despertaremos a las cinco. -Van Damm lo dijo en tono de solemne promesa, y luego añadió-: Procure que su sueño sea reparador.

Ryan le dirigió una breve y vacía mirada a modo de respuesta antes de salir de la estancia. Un ujier de la Casa Blanca le puso un abrigo (Jack no se paró a preguntar de quién era ni de dónde había salido). Subió al asiento de atrás de un Chevy Suburban, que arrancó en seguida, entre cuatro vehículos idénticos, uno que abría la caravana y tres en retaguardia.

Jack pudo haberse ahorrado ver muchas cosas pero no oírlas, porque las sirenas no pa-

raban de aullar y las oían perfectamente pese al blindaje de la carrocería y a los gruesos cristales antibala. En cualquier caso, habría sido una cobardía desviar la mirada.

El resplandor del incendio había sido sustituido por las destellantes luces de decenas de vehículos de los servicios de emergencia, unos estacionados y otros en marcha, en la colina o en sus inmediaciones.

La policía despejó las calles del centro urbano y la caravana presidencial se dirigió, a considerable velocidad, hacia la zona este. Diez minutos después, llegaban al cuartel de marines de la calle Ocho. En aquella dependencia militar todos estaban ahora despiertos. Los marines iban perfectamente uniformados y armados. Se advertía crispación en los saludos, tanto de la tropa como de los oficiales.

Aquella casa-cuartel, residencia del comandante del Cuerpo de Marines, databa de principios del siglo XIX. Era uno de los pocos edificios oficiales que los británicos no incendiaron durante su visita de 1814. Pero el comandante había muerto. Viudo, con hijos ya mayores, había vivido allí hasta la noche anterior.

Salió a recibirlos un coronel que llevaba pantalones de faena muy ceñidos y la pistola reglamentaria al cinto. Un pelotón se había desplegado en el porche.

-Señor presidente, su familia está arriba; todos, sanos y salvos -se apresuró a informar el coronel Mark Porter-. Hemos desplegado una compañía de fusileros en un perímetro de seguridad, y viene otra de camino.

-¿Periodistas? -preguntó Andrea Price.

-No he recibido órdenes en este sentido. Mis órdenes eran proteger a mis huéspedes. En doscientos metros a la redonda no hay nadie que no pertenezca al cuartel.

-Gracias, coronel -dijo Jack, a quien tenían sin cuidado los periodistas.

El nuevo presidente enfiló hacia la puerta. Un sargento se la abrió y lo saludó al estilo de los marines. Ryan le devolvió el saludo. Ya en el interior, otro suboficial señaló hacia las escaleras que conducían a la planta superior del cuartel (este último lo saludó también como si de un alto jefe militar se tratase).

Ryan comprendió que ya no podría ir solo a ninguna parte. Andrea Price, otro agente y dos marines lo siguieron escaleras arriba.

En el pasillo de la segunda planta había dos agentes del Servicio Secreto y cinco marines. Al fin, seis minutos antes de la medianoche, Jack entró en el dormitorio y encontró a su esposa sentada en un sillón.

-Hola.

-¿Es todo cierto, Jack? -preguntó ella.

Él asintió con la cabeza y luego titubeó antes de sentarse junto a Cathy.

-¿Y los niños?

-Durmiendo. No saben qué ha ocurrido exactamente. Supongo que ya somos cuatro.

-Cinco.

-¿Ha muerto el presidente? -preguntó Cathy.

-Sí.

-Apenas he tenido tiempo de conocerlo.

-Era un buen hombre. Sus hijos están en la Casa Blanca, dormidos. De modo que he venido aquí.

Jack se aflojó el nudo de la corbata. Estaba exhausto. Pensó que era mejor no despertar a los niños, aparte de que no se sentía con fuerzas ni siquiera para ir a su dormitorio.

-¿Y ahora?

-Tengo que dormir. Me despertarán a las cinco.

-¿Qué vamos a hacer?

-No lo sé.

Jack empezó a desnudarse trabajosamente, confiando en que por la mañana daría con las respuestas que la noche ocultaba.

2

ANTES DE AMANECER

Era de esperar que fuesen tan puntuales como se lo permitiesen sus relojes electrónicos.

Al oír unos leves golpecitos en la puerta, Ryan se sobresaltó y sintió el momentáneo desconcierto propio de despertarse en lecho ajeno. Tenía la sensación de no haber pegado ojo.

«¿Dónde estoy?»

Había tenido un sueño inquieto; múltiples pesadillas que, sin embargo, quedaban a años luz de la pavorosa realidad.

Estaba en un lugar extraño. El tornado lo había engullido en su vorágine de terror y confusión, para luego depositarlo allí, en un lugar que no era Kansas ni la tierra de Oz. Casi lo único positivo que pudo pensar, tras los cinco o diez segundos que le costó orientarse, fue que no tenía la jaqueca propia de la falta de sueño, y que estaba menos cansado de lo que temió. Saltó de la cama y fue a abrir la puerta.

-Gracias. Ya estoy levantado -le dijo a la puerta de madera. En seguida vio que su dormitorio no tenía cuarto de baño.

-Buenos días, señor presidente -le respondió un agente tan joven como serio, a la vez que le tendía un albornoz.

Era un subalterno. Sólo los vio a él y a un marine que montaba guardia en el pasillo con la pistola al cinto. Se preguntó si habría habido otra «refriega» entre el cuerpo de marines y el Servicio Secreto, en disputa por la primacía de la protección del presidente.

Jack se quedó de una pieza al ver que aquel albornoz era el suyo.

-Anoche fuimos a por algunos de sus efectos personales -le susurró el agente.

Otro agente le entregó una bata marrón de Cathy, bastante raída. De modo que alguien había allanado su morada la noche anterior. Por fuerza, pensó Jack. Porque él no le había dado las llaves a nadie. Además, tenían que haber desconectado la alarma que instaló años atrás.

Jack fue a dejar la bata encima de la cama y luego volvió a la puerta. Un tercer agente le indicó que, al fondo del pasillo, había otro dormitorio desocupado. Cuatro trajes colgaban de los postes de un amplio lecho. Parecían recién planchados. También había una docena de corbatas y otros complementos. Aquello resultaba más exasperante que patético, se dijo Jack. El personal sabía o, por lo menos, se hacía una idea de lo que él estaba pasando. Harían lo imposible por facilitarle las cosas. Incluso le habían lustrado sus tres pares de zapatos negros con primor de marine. Nunca los había llevado tan brillantes, se dijo Ryan.

En el cuarto de baño encontró su estuche de tocador, incluso una pastilla de jabón Zest, que era el que usaba siempre, junto al estuche de Cathy. Nadie pensaba que ser presidente fuese fácil. Pero estaba rodeado de personas resueltas a evitarle el más mínimo inconveniente.

Una ducha caliente lo ayudó a relajar los músculos. Se afeitó y, a las 5.20 h, había terminado su mecánica rutina matinal. Entonces bajó a la planta. A través de una ventana vio que en el exterior había todo un contingente de marines con indumentaria de camuflaje. Montaban guardia y exhalaban nubecillas de vapor. Quienes estaban en el interior se le cuadraron al pasar. Pudiera ser que él y su familia hubiesen dormido sólo unas horas, pero los demás no habían dormido ninguna. No debía perderlo de vista, se dijo Jack, atraído hacia la cocina por un reconfortante olorcillo.

-Atención... -ordenó a sus hombres un sargento mayor, que lo dijo en voz baja para no despertar a los niños-. Fiiiirmesss.

-Relájense, marines -dijo el presidente Ryan, que, por primera vez desde la noche anterior, logró esbozar una sonrisa.

Jack fue a alcanzarse una cafetera, pero una suboficial se le adelantó. Se lo sirvió en un tazón, con la exacta cantidad de leche y azúcar que él tomaba (estaba visto que alguien se había pasado toda la noche haciendo los deberes).

-Lo esperan en el comedor, señor -le informó el sargento mayor.

Librodot

-Gracias -repuso el presidente Ryan, que en seguida se dirigió al lugar de reunión.

Todos tenían un aspecto tan lamentable que le remordió la conciencia por llegar recién duchado. En seguida se fijó en el montón de documentos que le habían preparado.

-Buenos días, señor presidente -lo saludó Andrea Price.

Al ver que los demás iban a levantarse, Ryan los atajó con un ademán y señaló a Murray.

-¿Qué sabemos, Dan? -empezó por preguntar el presidente.

-Hemos encontrado el cuerpo del piloto hace dos horas. Y ya está identificado. Se llama Sato. Japonés, tal como nos temíamos. Un piloto con mucha experiencia. Aún no hemos encontrado al copiloto. Están analizando el cuerpo de Sato, por si encontrasen rastro de drogas, aunque me extrañaría. La CSNA tiene la «caja negra». La han encontrado a las cuatro, y la están analizando. Hasta el momento, hemos recuperado más de doscientos cuerpos.

-¿También el del presidente Durling?

-Todavía no -se adelantó a contestar Andrea-. Esa parte del edificio... está... Es un verdadero caos. Han optado por aguardar un poco para poder trabajar con luz de día.

-¿Supervivientes?

-Sólo las tres personas que sabíamos que estaban dentro de esa parte del edificio en el momento de estrellarse el aparato.

-Bien -dijo Ryan-. ¿Sabemos algo más que nos sea útil de inmediato? -añadió, porque, en aquellos momentos, tal información carecía de relevancia, por más importante que fuese.

-El avión despegó del aeropuerto internacional de Vancouver -contestó Murray consultando sus notas-. El piloto hizo registrar un plan de vuelo falso, con destino al aeropuerto londinense de Heathrow. Se dirigió al este y salió del espacio aéreo canadiense a las siete y cincuenta y uno, hora local. Todo ello es muy rutinario. Suponemos que siguió alejándose de territorio canadiense durante un rato, y que luego invirtió el rumbo y se dirigió al sudeste, hacia el distrito de Columbia. A partir de ahí, burló las torres de control.

-¿Cómo?

Murray le cedió la palabra con la mirada a un agente que Jack no conocía.

-Soy Ed Hutchins, señor presidente, de la CSNA. No es difícil. Se hizo pasar por un vuelo chárter de la KLM con destino a Orlando. Luego, comunicó que tenía una emergencia. Cuando se produce una emergencia en vuelo, nuestros hombres tienen órdenes de hacer que el avión aterrice lo antes posible. Nos hemos visto con un tipo que conocía con exactitud todas las teclas que debía tocar. Nadie pudo haber evitado una cosa así -concluyó Hutchins a la defensiva.

-Sólo se oye una voz en las cintas -señaló Murray.

-Tenemos las cintas del seguimiento por radar -prosiguió Hutchins-. El piloto simuló tener dificultades para controlar el aparato. Pidió permiso para utilizar un pasillo aéreo hasta la base de Andrews, y lo consiguió. Desde Andrews a la colina del Capitolio no hay más que un minuto de vuelo.

-Uno de nuestros hombres le disparó con un Stinger desde el tejado de la Cámara de Diputados -dijo Andrea Price con un dejo de contristado orgullo.

Hutchins meneó la cabeza (era su gesto más repetido aquella mañana).

-Contra un aparato tan grande, un proyectil de Stinger es poco más que un salivazo.

-¿Qué se sabe de Japón?

-El país está conmocionado -dijo Scott Adler, que era el oficial de mayor graduación que quedaba en Exteriores, y uno de los amigos de Ryan-. Nada más llegar usted, recibimos una llamada del primer ministro. También parece haber tenido una semana de aúpa, aunque se le nota contento por volver al cargo. Quiere venir personalmente a presentarle sus excusas. Le he dicho que ya nos pondremos en contacto con él.

-Dígale que sí.

-¿Está usted seguro, Jack? -preguntó Arnie Van Damm.

-¿Cree alguien que haya podido ser un acto deliberado? -replicó Ryan.

-No nos consta -se adelantó a contestar Andrea Price.

-No hemos encontrado explosivos a bordo del avión -señaló Dan Murray-. Caso de haberlos...

-Yo no estaría aquí -dijo Ryan, que apuró el tazón que la suboficial le volvió a llenar en seguida-. No me extrañaría que hubiese sido cosa de un par de chiflados.

-Los explosivos pesan muy poco -anunció Hutchins-. Pero aunque pesasen varias toneladas, dada la capacidad de los 747400, no habrían puesto en peligro la misión en absoluto, y los efectos hubiesen sido más espantosos aún. Los datos de que disponemos apuntan a que ha sido un accidente. Los graves daños que ha producido han sido consecuencia del incendio del combustible, más de ochenta toneladas; suficiente para provocar la catástrofe -concluyó Hutchins, que llevaba casi treinta años investigando accidentes aéreos.

-Es prematuro sacar conclusiones -advirtió Andrea Price.

-¿Scott?

-¡Ni hablar! -exclamó Adler-. Esto no ha sido un acto de su gobierno. Están frenéticos. Los periódicos piden la cabeza de quienes sobornaron al gobierno. El primer ministro Koga casi lloraba por teléfono. Tal como yo lo veo, si ha sido obra de sus compatriotas, harán lo imposible por descubrirlo.

-Su idea de las cuestiones de procedimiento no es tan rígida como la nuestra -puntualizó Murray-. Andrea tiene razón. Es prematuro sacar conclusiones, pero todos los indicios apuntan a un hecho fortuito, no a un plan organizado. Además, sabemos que la otra facción japonesa desarrollaba armas nucleares, no lo olvidemos.

Hasta el café se quedó helado tras esta puntualización.

Aquél lo encontró bajo un arbusto, al mover una escalera de un lado a otro del ala Oeste. El bombero llevaba siete horas de trabajo ininterrumpido. Estaba embotado. Sólo era posible digerir tanto horror si la mente conseguía considerar los restos humanos como meros objetos. Los restos de un niño o incluso los de una mujer especialmente hermosa podían turbarlo, porque aquel bombero era aún muy joven y soltero. Pero no era ése el caso del cuerpo que acababa de descubrir. El torso estaba decapitado y le faltaban partes de ambas piernas. No había duda de que se trataba del cuerpo de un hombre, que llevaba jirones de una camisa blanca con hombreras con tres galones.

El bombero se preguntó qué significaría aquello, demasiado cansado para poder pensar con claridad. Se dio la vuelta y llamó a su teniente que, a su vez, le dio un toquecito en el brazo a una agente del FBI, que llevaba un anorak de vinilo. La agente se acercó mientras bebía de un vasito de plástico. Estaba ansiosa por fumar un cigarrillo, pero se abstuvo, como si le repugnara añadir más humo al que se elevaba de las ruinas.

-Sólo he encontrado éste y, además, en un sitio extraño, pero... -Sí, es curioso.

La agente enfocó su cámara y sacó un par de fotografías en las que quedaría reflejada, electrónicamente, la hora exacta en que se habían tomado. Luego, sacó un bloc del bolsillo y anotó el lugar en el que habían hallado el cuerpo número cuatro de su lista personal. No había encontrado muchos en el sector que le asignaron. Después, señalarían el lugar con unos bastoncitos de plástico y cinta amarilla.

-Puede darle la vuelta -dijo la agente mientras rellenaba la etiqueta correspondiente.

Debajo del cuerpo había un trozo de cristal de forma irregular (o de plástico con aspecto de cristal). La agente sacó otra foto. A través del visor, las cosas parecían en cierto modo más interesantes que a simple vista. Al enfocar hacia arriba vio una grieta en la balaustrada de mármol y, a la derecha de la balaustrada, una serie de pequeños objetos metálicos. Los había visto hacía una hora, y dedujo que eran fragmentos del avión, que llamaron la atención de un investigador de la CSNA que en aquellos momentos mantenía una charla con el oficial de bomberos con el que ella había hablado hacía un momento. La agente lo llamó por señas.

-¿Qué ocurre? -preguntó el investigador de la CSNA limpiándose las gafas con un pañuelo.

-Examine la camisa -le dijo la agente.

-Tripulante -aseveró el investigador tras volver a ponerse las gafas-. Quizá uno de los pilotos. ¿Qué es esto?

La blanca camisa del uniforme tenía un agujero justo a la derecha del bolsillo. El agujero estaba rodeado de una mancha rojiza. La agente del FBI acercó la linterna y vieron que la mancha estaba reseca. La temperatura en aquellos momentos era de 7 °C bajo cero. El cuerpo salió despedido hacia el frío exterior, prácticamente, en el mismo momento del impacto. La sangre del cuello estaba helada y tenía el purpúreo color de un siniestro sorbete de ciruela. La agente reparó en que la sangre de la camisa se había secado antes de que le diese tiempo a helarse.

-No muevan más el cuerpo -le dijo la agente al bombero.

Al igual que la mayoría de los agentes del FBI, aquella agente sirvió en la policía local antes de presentarse a las oposiciones para ingresar en el legendario organismo federal. Era el frío lo que la hacía palidecer.

-¿Es su primera investigación de un accidente aéreo? -preguntó el funcionario de la CSNA, a quien llamó a engaño la lividez de la agente.

-Sí -contestó ella-, pero no es mi primera investigación de un caso de asesinato -añadió a la vez que encendía su radio portátil para pedirle a su jefe que enviasen a los de la brigada criminal

y a los forenses.

Llegaron telegramas de los gobiernos del mundo. La mayoría eran largos, y había que leerlos todos, o, por lo menos, los enviados por los gobiernos de los países más importantes. El de Togo podía esperar.

-Los ministros de Interior y de Comercio están en la ciudad. Esperan que se convoque una reunión del gabinete con los subsecretarios -dijo Van Damm mientras Ryan trataba de leer los telegramas y de escucharlo al mismo tiempo-. Se han reunido los secretarios, los adjuntos de Estado Mayor y los comandantes en jefe de los tres ejércitos, para tratar de la seguridad nacional...

-¿Gabinete de crisis? ¿Estado de alerta? -preguntó Jack sin alzar la vista.

Hasta el día anterior Jack Ryan fue asesor de Seguridad Nacional del presidente Durling. Era poco probable que el mundo hubiese cambiado tanto en veinticuatro horas.

-No exactamente -se apresuró a contestar Scott Adler.

-En Washington está todo muy controlado -dijo Murray-. Basta con dar comunicados por radio y televisión para recomendar a la población que no salga de casa si no es imprescindible. La Guardia Nacional del distrito de Columbia está en las calles. Necesitamos a los cuerpos de asalto en la colina. La Guardia Nacional de Columbia es un cuerpo de elite con formación paramilitar. Además, los bomberos deben de estar agotados después de tantas horas de trabajo.

-¿Cuánto tardará la investigación en aportarnos informaciones útiles? -preguntó el presidente.

-Cualquiera sabe... señor...

-¿Cuánto hace que nos conocemos, Dan? -preguntó Ryan, que interrumpió la lectura del telegrama del gobierno belga y alzó la vista-. No soy Dios, ¿sabes? Si me tuteas y me llamas por mi nombre de pila nadie te va formar consejo de guerra.

-Está bien -dijo Murray sonriente-. No es posible aventurar cuánto puede durar una investigación de gran envergadura. De lo que no me cabe duda es de que podrán tardar más o menos, pero habrá resultados -prometió-. Hemos puesto a trabajar a un buen equipo de investigadores.

-¿Qué les digo a los medios informativos? -preguntó Jack frotándose los ojos. Pudiera ser que Cathy tuviese razón y necesitase gafas.

Tenía delante de sus narices la hoja impresa con sus apariciones en televisión para aque-

Librodot

lla mañana, decididas por sorteo: CNN, a las 7.08; CBS, a las 7.20; NBC, a las 7.37; ABC, a las 7.50; Fox, a las 8.08.

Todas estas emisiones tendrían lugar desde la sala Roosevelt de la Casa Blanca, donde ya estaban instaladas las cámaras. Alguien había decidido que un discurso en toda regla era demasiado para él, aparte de que no era conveniente hasta que tuviese algo sustancial que comunicar. Bastaba con una tranquila, digna y, sobre todo, natural presentación de sí mismo, mientras los ciudadanos leían el periódico o desayunaban.

-Preguntas suaves. Ya nos hemos ocupado de ello -le aseguró Van Damm-. Contéstelas. Hable con lentitud y claridad. Muéstrese tan relajado como pueda. No dramatice. Los ciudadanos no esperan eso. Quieren saber que alguien manda, que contesta a los teléfonos, lo que sea. Saben perfectamente que es demasiado pronto para que usted pueda decir o hacer nada decisivo.

-¿Y los hijos de Roger?

-Supongo que aún duermen. Los familiares que viven fuera ya han llegado. Están en la Casa Blanca en estos momentos.

El presidente Ryan asintió sin alzar la cabeza. Era difícil mirar a la cara de los que estaban en derredor de la mesa del desayuno, especialmente cuando se trataba de cosas así. Había un plan para situaciones como aquélla. Los de mudanzas debían de estar ya de camino. La familia Durling -lo que quedaba de ella- sería desalojada de la Casa Blanca, con amabilidad pero con rapidez, porque ya no era su casa. El país necesitaba allí a otra persona, que debía estar lo más cómoda posible, y eso significaba eliminar aquello que recordase al anterior ocupante. No era brutalidad, comprendió Jack, sino pragmatismo. Sin duda, un sicólogo ayudaría a los miembros de la familia a superar su dolor, a «encajarlo» tan bien como la ciencia médica pudiese. Pero ante todo estaba el país. En la implacable dinámica de la vida, incluso una nación tan sentimental como EE. UU. tenía que seguir adelante.

Cuando fuese Ryan quien tuviese que dejar la Casa Blanca, procederían del mismo modo.

En otros tiempos, el protocolo era muy distinto: un ex presidente bajaba de la colina hasta la estación Union, después de asistir a la toma de posesión de su sucesor, y sacaba un billete con destino a su casa. Ahora, la familia utilizaría un avión de las Fuerzas Aéreas y encargaría la mudanza a una empresa especializada. Pero había algo que no cambiaba: los niños dejarían atrás el colegio y los amigos que hubiesen hecho, y volverían a California a seguir con la vida que sus parientes pudiesen reconstruir para ellos. Todo esto no sólo era pragmático sino también frío, pensó Ryan mientras miraba abstraído el telegrama belga. La cosa no hubiese sido tan grave de no estrellarse el avión, precisamente, contra el edificio del Capitolio...

Por si fuera poco, le habían pedido a Jack que consolase a los hijos de un hombre a quien conocía y que, por supuesto, no se le había llevado la casa por delante. Meneó la cabeza contristado. No era culpa suya, pero sí su obligación.

El telegrama belga decía que EE. UU. ayudó en dos ocasiones a salvar a su pequeño país en menos de treinta años; que lo habían protegido a través de la OTAN, que había lazos de sangre y de amistad entre EE. UU. y una nación que, a la mayoría de los americanos, le costaba trabajo localizar en el mapa.

Al margen de los defectos de su país, con independencia de sus imperfecciones, por más discutibles que pudieran resultar algunos de sus actos, EE. UU. había obrado más veces bien que mal. El mundo era mucho mejor gracias a ello. Y ésa era la razón de que hubiese que seguir en la brecha.

El inspector Patrick O'Day daba gracias por el tiempo que hacía: frío. Llevaba treinta años dedicado a la investigación, y no era la primera vez que se veía ante un montón de cadáveres mutilados.

La primera fue en Mississippi, un mes de mayo, cuando el Ku Klux Klan puso una

bomba en un local de catequesis y causó once víctimas. Por lo menos aquí en Washington el frío impedía que los cadáveres emanasen el siniestro hedor de la muerte.

Nunca ambicionó un alto cargo en el FBI. Al igual que Dan Murray, O'Day era un especialista en casos difíciles, y a menudo lo enviaban fuera de Washington para trabajar en los casos más espinosos. Tenía fama de ser de los que no cejaba hasta resolver un caso, más interesado por llevar a cabo personalmente las pesquisas que por dirigir una investigación desde un despacho. Lo aburría estar entre cuatro paredes.

El subdirector Tony Caruso siguió otra vía: fue agente especial de intervención en dos de las sedes del FBI, ascendido a jefe de la Sección de Adiestramiento y luego trasladado a la sede de Washington, que era lo bastante grande como para que el comandante tuviese rango de subdirector (además de una de las oficinas peor situadas de EE. UU.).

Caruso tenía poder, prestigio, un sueldo elevado y plaza de parking. Sin embargo, envidiaba a su viejo amigo Pat, que tan a menudo tenía que hacer los trabajos más penosos.

-¿Qué opinas? -preguntó Caruso mirando al cadáver. Aún necesitaban luz artificial, porque, aunque hubiese salido el sol, iluminaba el otro lado del edificio.

-No se puede plantear todavía ante un tribunal, pero este tipo estaba muerto horas antes de que el avión se estrellase.

Ambos miraron a un experto del laboratorio de la sede central del FBI, un hombre de pelo gris que no paraba de dar vueltas alrededor del cadáver. Deberían realizar todo tipo de pruebas. Una de ellas era la temperatura interna del cuerpo (un programa informático simulaba las condiciones ambientales externas y, aunque los datos serían mucho menos fiables de lo que cualquier investigador querría, todo dato previo a las 9.46 h de la noche anterior les diría lo que necesitaban saber).

-Una puñalada en el corazón -certificó Caruso en tono estremecido. Nunca se acababa de asimilar la brutalidad del asesinato. Tanto si se trataba de una persona como de miles, matar era siempre abominable. El número sólo servía para indicar cuántas biografías se habían abortado.

-Ya -dijo O'Day-. Tres galones significa que era el copiloto, y que lo han asesinado. De modo que a lo mejor ha sido cosa de alguien que actuaba en solitario.

-¿Qué tripulación lleva normalmente uno de estos aparatos? -le preguntó Caruso al inspector de la CSNA.

-Dos tripulantes. En los modelos anteriores, iba un mecánico de vuelo, pero los nuevos modelos no lo necesitan. Para vuelos muy largos pueden llevar un piloto de apoyo. Sin embargo, estos aparatos ahora están automatizados, y es muy raro que un motor tenga una avería.

Antes de reunirse con los demás, el técnico de laboratorio llamó por señas a dos hombres que portaban un saco de plástico. -¿Quiere la primicia de mi hipótesis?

-Por supuesto -contestó Caruso.

-Sin duda alguna, murió antes de que se estrellase el avión. No hay tumefacción a causa de los golpes debidos al impacto del aparato. La herida del pecho es bastante anterior. Tendría que tener contusiones debidas al arnés, pero sin embargo no las tiene; sólo hay unos cuantos rasguños y desgarros, y muy poca sangre. Tampoco se aprecia la suficiente sangre a causa de la decapitación. En realidad, hay muy poca sangre en los restos. Pongamos que fue asesinado en su asiento del avión, y el arnés lo mantuvo sujeto al asiento. La lividez cadavérica se debe a que toda la sangre desciende a las extremidades inferiores, arrancadas de cuajo al estrellarse el aparato. Por eso hay tan poca sangre. Tendré que analizarlo a fondo. Pero así, a primera vista, me atrevería a decir que murió tres horas antes de que se estrellase el avión.

Will Gettys le pasó la cartera del copiloto muerto.

-Es el documento de identidad del pobre desgraciado. Me da en la nariz que él no ha tenido nada que ver en esto.

-¿Qué probabilidades hay de que esté usted equivocado en cualquiera de sus afirmaciones? -no tuvo más remedio que preguntarle O'Day.

-Me sorprendería mucho equivocarme, Pat. Una o dos horas respecto de la hora de la

Librodot

muerte (más bien antes que después), pues... bueno. Es posible. Pero este hombre no tenía en su cuerpo la suficiente sangre para estar vivo en el momento del impacto. Murió antes de estrellarse el avión, de eso puede estar seguro -añadió Gettys, que se dirigió a los otros agentes, consciente de que mostrarse tan categórico podía costarle el puesto. De todas formas, aceptaba el riesgo de buena gana.

-Menos mal -musitó Caruso.

El dato tenía mucha importancia para facilitar la investigación, porque, por lo menos durante los veinte años siguientes, se plantearían teorías conspiratorias, y el FBI seguiría haciendo su trabajo, considerando todas las posibilidades, con la ayuda (estaba seguro de ello) de la policía japonesa. Quien estrellara el avión, actuó en solitario, loco o cuerdo, profesional o aficionado; pero en cualquier caso habría actuado en solitario. Y eso significaría que nadie lo creería jamás.

-Comuníquele esta información a Murray -le ordenó Caruso-. Está con el presidente.

-Como usted mande, señor.

O'Day se dirigió adonde tenía aparcada su furgoneta diesel. El inspector pensó que quizá fuese el único que tenía semejante artefacto en la ciudad, con una luz policial incorporada en el encendedor del salpicadero. No se comunicaba una cosa así por radio, ni siquiera en clave.

El contraalmirante Jackson se puso su arrugada chaqueta azul, noventa minutos después de salir de la base de Andrews, tras seis horas de sueño reparador y de ser informado de cuestiones irrelevantes.

El uniforme estaba hecho un higo porque lo había llevado remetido en una bolsa, pero entonces eso era lo de menos (aparte de que el azul marino disimulaba aceptablemente las arrugas). Sus cinco hileras de galones y alas se veían, sin embargo, lo bastante para llamar la atención.

Debía de soplar viento del este aquella mañana, porque el KC- 10 llegó por Virginia. Un «¡Dios mío, fijaos en eso! » musitado desde unas filas más hacia popa hizo que los que iban delante se hacinasen frente a las ventanillas como turistas.

Con el entretejido de haces de los focos y de luces del alba quedaba claro que el edificio del Capitolio, centro de la primera ciudad del país, ya no era lo que fue. En cierto modo, aquel panorama resultaba más real que las imágenes que muchos de ellos vieron por televisión antes de embarcar en Hawai.

Cinco minutos después, el aparato aterrizó en la base de Andrews. Los altos oficiales vieron que un aparato de la 1.' Escuadrilla de Helicópteros aguardaba para trasladarlos al aeródromo del Pentágono. Aquella travesía, en vuelo más bajo y más lento, les permitió ver mejor los daños del edificio.

-¡Dios mío! -exclamó Dave Seaton a través del intercomunicador-. ¿Ha salido alguien con vida de ahí?

Robby se tomó su tiempo antes de contestar.

-Me pregunto dónde estaría Jack cuando sucedió -dijo Robby, que recordó entonces un célebre brindis de los militares, británicos: « ¡Por las guerras sangrientas y las epidemias! », que aludía a dos seguras maneras que tenían los oficiales para ascender al ocupar las vacantes de los difuntos.

Sin duda, muchos ascenderían a causa de la catástrofe, aunque lo cierto era que a nadie le seducía medrar a costa de aquello, y menos, a su más íntimo amigo, que estaba allí, en cualquier lugar de la herida ciudad.

Los marines parecían muy tensos, según observó el inspector O'Day, tras aparcar la furgoneta en la calle Ocho.

Había barricadas en todo el derredor del cuartel de los marines, y tal cantidad de automóviles que no quedaba un solo hueco para aparcar junto al bordillo.

El inspector bajó de la furgoneta y se acercó a un suboficial con su anorak del FBI y su

documento de identidad en la mano derecha.

-He de pasar a ver a una persona, sargento.

-¿A quién, señor? -preguntó el marine a la vez que comprobaba que la foto del documento correspondiese al rostro que tenía delante.

-Al señor Murray.

-¿Le importaría dejar su bolsa aquí, señor? Son órdenes -le dijo el sargento.

-Por supuesto que no -repuso O'Day, que le entregó la bolsa en la que llevaba su Smith & Wesson 1076 y dos cargadores de repuesto, sin molestarse en pedirle recibo-. ¿Cuántos hombres hay aquí?

-Dos compañías, que no está nada mal. Y hay otra destinada a la Casa Blanca.

Como decían en su tierra, el mejor momento para cerrar la puerta del establo era cuando el caballo ya había salido. Pat lo sabía perfectamente. Todo resultaba más triste porque lo que iba a comunicar era que no había nada que hacer, aunque a nadie le iba a importar. El sargento llamó por señas a un teniente que, por lo visto, su trabajo era acompañar a los visitantes a las distintas dependencias del cuartel.

-Estoy citado con Daniel Murray.

-Sígame, por favor, señor.

En distintos lugares del cuartel había marines que montaban guardia, y en un rincón del patio, estratégicamente situada, una ametralladora pesada. Las dos compañías totalizaban trescientos hombres armados hasta los dientes. De modo que el presidente Ryan estaba allí a salvo, pensó O'Day, a menos que rondase otro maníaco pilotando un avión.

Un capitán los detuvo para examinar el documento de identidad del visitante. Aquello era, sin duda, exceso de celo. Alguien tendría que tranquilizar los ánimos si no querían que empezasen a sacar los tanques a la calle.

-¿Qué tal? -lo saludó Murray desde el porche.

-Bastante bien -contestó el inspector.

-Vamos -le dijo Murray señalando hacia el comedor-. Les presento al inspector O'Day. Usted ya sabe quiénes son, Pat.

-Buenos días -saludó O'Day-. He estado en la colina y he descubierto algo hace un rato que tienen que saber -añadió.

El inspector pasó entonces a explicarles su descubrimiento.

-¿Qué grado de certeza hay en esta información? -preguntó Andrea Price.

-Ya sabe cómo son estas cosas -contestó O'Day-. Es provisional. Pero a mí me parece una conclusión bastante sólida. Después del almuerzo tendremos datos concretos. Ya se trabaja en la identificación. Será un poco dificultosa, porque el cadáver está decapitado y tiene las manos descarnadas. Esto no significa que demos el caso por cerrado. Simplemente, puedo asegurarle que los primeros indicios apoyan otros datos.

-¿Puedo decirlo así en televisión? -preguntó Ryan mirando en derredor de la mesa.

-Por supuesto que no -contestó Van Damm-. En primer lugar, aún no tenemos la confirmación; y en segundo lugar, es demasiado pronto para que la gente se lo crea.

Murray y O'Day se miraron. Ninguno de los dos era político. Arnie Van Damm, sí. Para ellos, el control de la información significaba proteger las pruebas para que un jurado pudiese considerarlas sin sentirse influenciado. Para Arnie, el control de la información significaba proteger a la población de cosas que no creía que pudiese comprender, hasta que todo estuviese claro como el agua para dar la información entonces a pequeños sorbos. Ambos se preguntaban si Arnie había sido padre y si no habría dejado morir de hambre a su hijo aguardando a que comprendiese lo que era una vaca. Ambos repararon en que Ryan miraba escrutadoramente a su jefe de Estado Mayor.

La llamada «caja negra» era poco más que un magnetófono instalado en la cabina del piloto. Grababa datos del motor, de los instrumentos de vuelo y, en este caso, de micrófonos para la tripulación.

La Japan Airlines era una compañía estatal y aquel aparato era un modelo de los más

modernos. La grabación de los datos era digital y permitía una rápida y clara transcripción. Un técnico había hecho una copia de la cinta, que se guardó en una caja fuerte mientras él trabajaba con la copia, ayudado por un intérprete de japonés.

-A primera vista estos datos no pueden estar más claros. El avión no tuvo ninguna avería -dijo un analista, que hizo aparecer los datos en la pantalla de un ordenador-. Giros suaves, funcionamiento regular de los motores... Un vuelo... de libro. Hasta aquí -añadió dándole un golpecito a la pantalla-. Aquí giró bruscamente, desde cero-seis-siete a uno-nueve-seis... y, a partir de ahí, mantuvo el rumbo hasta penetrar en nuestro espacio aéreo.

-Nadie habló en la cabina en ningún momento -intervino otro técnico, que movió la cinta hacia adelante y hacia atrás para mostrar que sólo se oían las rutinarias comunicaciones entre el aparato y las distintas torres de control.

-La volveré a pasar desde el principio -dijo el analista.

En realidad, la cinta no tenía principio. En aquel aparato era una cinta continua porque, normalmente, los 747 hacían largas travesías transoceánicas de cuarenta horas de duración. El técnico tardó varios minutos en localizar el final del vuelo inmediatamente anterior. A partir de allí, empezaba el normal intercambio de información y de órdenes entre dos tripulantes y, también, entre el aparato y las instalaciones de tierra, las primeras en japonés y las últimas en inglés, que era el idioma internacional de la aviación.

Esto cesó poco después de que el aparato se detuviese en la pista asignada. Durante dos minutos largos la cinta no registraba nada. Luego, el ciclo de grabación empezaba de nuevo, tras encenderse los instrumentos del cuadro de mandos para las comprobaciones previas al despegue. El intérprete de japonés (un oficial del Ejército vestido de paisano) pertenecía a la ASN (la Agencia de Seguridad Nacional). La calidad del sonido era muy buena. Se oían perfectamente los clics de los interruptores y el zumbido de fondo de varios instrumentos, pero lo que se oía mejor era la respiración del copiloto, cuya identidad quedó grabada en la cinta.

-Pare la cinta -dijo el oficial del Ejército-. Retroceda un poco. Hay otra voz que no acabo de... Ahora sí: «¿Todo dispuesto?» Debe de ser el piloto. Sí, eso ha sido una puerta que se cierra, y el piloto que acaba de entrar. «Comprobación previa al vuelo terminada... Preparado para... » Oh, Dios mío... Lo mató. Vuelva de nuevo atrás -explicó el oficial, un teniente, que no reparó en que el agente del FBI se ponía unos auriculares.

Aquello era nuevo para ambos. El agente del FBI había presenciado un asesinato a través de la cámara de vídeo de un banco, pero ni él ni el oficial del servicio de inteligencia lo habían «oído» (un sordo gemido tras el impacto, un jadeo que transmitía sorpresa y dolor, un borbor, acaso un intento de hablar, seguido de otra voz).

-¿Qué es eso? -preguntó el agente.

-Vuélvalo a pasar -dijo el oficial con la mirada fija en la pared-. «Siento mucho hacer esto.»

Se oyeron más jadeos y luego un largo suspiro. Un minuto después se oyó una segunda voz procedente de otro canal, para comunicarle a la torre que el 747 ponía en marcha sus motores.

-Ése es Sato, el piloto -dijo el analista de la CSNA-. La otra voz debe de ser la del copiloto.

-Sus últimas palabras.

Lo único que se oía ahora a través del canal del piloto eran ruidos de fondo.

-Lo mató -convino el agente del FBI.

Tendrían que volver a pasar la cinta centenares de veces para oírla ellos y para que la oyesen otros. No obstante, la conclusión sería idéntica. Aunque la investigación formal duraría varios meses, el caso quedó concluyentemente cerrado nueve horas después de producirse el hecho.

Las calles de Washington tenían un aspecto espectral. Jack sabía por experiencia que a aquella hora se producía en la capital de la nación un gigantesco atasco, en el que participaban

los automóviles de funcionarios del Estado, ejecutivos, diputados, senadores, personal que trabajaba en el Congreso, cincuenta mil abogados con sus secretarias y los obreros de la industria privada.

Pero aquel día no.

Con un coche-patrulla de la Policía Metropolitana o un vehículo camuflado de la Guardia Nacional en cada cruce, aquello parecía un fin de semana en período de vacaciones. Y había más tráfico en dirección al Capitolio que a la inversa. La curiosidad hacía que muchos se desviasen hasta diez manzanas para... echar un vistazo.

La comitiva presidencial circulaba por Pennsylvania Avenue.

Jack iba de nuevo en el Chevy Suburban, con motorizados marines por delante y por detrás de la serie de vehículos del Servicio Secreto.

Como ya había salido el sol y el cielo estaba casi despejado, se veía en seguida que el horizonte no era como de costumbre.

Ryan se fijó en que el 747 ni siquiera había dañado los árboles. Concentró toda su energía en el blanco. Media docena de grúas izaban bloques de piedra del cráter abierto en el suelo del salón de sesiones y los depositaban en camiones que se los llevaban al lugar que hubiesen determinado de antemano. Sólo quedaban unos cuantos coches de bomberos. La parte más espectacular de la tragedia había terminado. Sin embargo, la más dramática persistía.

Eran las 6.40 h. El resto de la ciudad no parecía haber sufrido daños. Ryan volvió a mirar de reojo hacia el Capitolio a través de las oscuras lunas del vehículo, que iba cuesta abajo por Constitution Avenue.

Los controles policiales desviaban el tráfico rodado, aunque no a quienes hacían jogging, que a lo sumo, como parte de su rutina diaria, llegaban hasta el paseo del centro comercial, pero de allí no pasaban. Ryan observó sus caras. Algunos se giraban al ver pasar su vehículo y luego volvían a mirar hacia el este. Formaban corrillos, señalaban hacia la colina y meneaban la cabeza. Jack reparó en que los agentes del Servicio Secreto que iban con él en el Suburban se giraban a mirarlos, como si temieran que cualquiera de ellos sacase un bazuca de debajo de la sudadera.

Era una novedad poder circular a tanta velocidad en Washington. En parte, lo hacían porque un blanco móvil que se desplazara a gran velocidad era más difícil de alcanzar por hipotéticos disparos, y, en parte, porque el tiempo de Ryan era ahora mucho más valioso, y no era cuestión de malgastarlo. Pero sobre todo significaba acelerar hacia algo que de buena gana habría evitado. Hacía sólo unos días aceptó la vicepresidencia que le ofreció Roger Durling, pero básicamente aceptó para librarse del servicio al Estado de una vez por todas (pues puso como condición que no le volviesen a pedir servicio alguno).

¿Por qué no lograba nunca rehuir nada?, se preguntó entristecido al recordarlo. Desde luego, no creía que se tratase de coraje. En realidad, se le antojaba como lo contrario. A menudo, era el temor lo que lo había dominado, el temor a decir que no y a que los demás lo tachasen de cobarde. El temor a no hacer nada que su conciencia no le dictase, una conciencia que casi siempre lo inclinaba a hacer cosas que detestaba o que temía, Nunca daba con una alternativa honorable para rehuir lo que consideraba su deber.

-Todo irá bien -le dijo Van Damm al ver la expresión de su cara, seguro de adivinar lo que pensaba el nuevo presidente.

«No, no irá bien», pensó Jack, aunque se abstuvo de exteriorizarlo.

3

PRECAUCIONES

La sala Roosevelt llevaba este nombre en recuerdo del presidente Theodore Roosevelt. En una de las paredes se exhibía su premio Nobel de la Paz, recibido por el «éxito» de su me-

diación en la guerra ruso-japonesa.

Los historiadores estaban ahora en condiciones de afirmar que la iniciativa presidencial no sirvió más que para alentar las ambiciones imperialistas de Japón, y para herir de tal modo los sentimientos del pueblo ruso que Stalin (que no fue precisamente muy amigo de la dinastía Románov) sintió la necesidad de vengar la humillación de su país.

Pero estaba claro que el destino del legado de Alfred Nobel fue siempre más político que otra cosa.

La sala se utilizaba para reuniones y almuerzos, si el número de invitados lo permitía. Estaba cerca del despacho Oval, pero llegar hasta allí resultaba más difícil de lo que Jack Ryan imaginaba.

Los pasillos de la Casa Blanca eran estrechos para un edificio de tal importancia. Esto acentuaba la sensación de que no había más que agentes del Servicio Secreto, aunque no llevasen las armas a la vista (todo un alivio).

Ryan pasó por delante de diez nuevos agentes, y de los que formaban su escolta motorizada, que provocaron un suspiro de exasperación por parte del ESPADACHÍN. Todo era ahora nuevo y diferente, y la escolta, que en otros tiempos daba la impresión de ser un mero requisito de la prudencia y que resultaba incluso divertida, era un lacerante recordatorio del espectacular cambio operado en su vida.

-¿Y ahora qué? -preguntó Jack.

-Por aquí.

Un agente abrió una puerta y Ryan se encontró frente a la maquilladora del presidente. Era una cincuentona de serio talante que llevaba un estuche con toda la parafernalia cosmética. A pesar de haber tenido que aparecer a menudo en televisión (sobre todo durante el período en que desempeñó el cargo de consejero de Seguridad Nacional), nunca le gustó dirigirse a las cámaras.

Tuvo que dominarse para no moverse en el asiento mientras le aplicaban la base líquida con una esponja, además de polvos y espuma para el pelo. La maquilladora, que trabajaba en silencio, daba la impresión de ir a echarse a llorar de un momento a otro.

-Yo también lo apreciaba -le dijo Jack, con lo que no consiguió sino hacerla sollozar.

-Era siempre muy amable. Detestaba esto tanto como usted, pero lo soportaba con paciencia y siempre bromeaba. A veces, maquillaba también a los niños, sólo por diversión. Y les gustaba, incluso al chico. Jugaban frente a las cámaras, los técnicos les regalaban cintas y...

-No se apene, mujer -la consoló Ryan, que le cogió la mano. Al fin encontraba allí a alguien que pensaba en algo más que en su trabajo, y que no le hacía sentirse como un animalito en un zoo-. ¿Cómo se llama usted?

-Mary Abbot -contestó ella, que se excusó por las lágrimas. -¿Cuánto tiempo lleva aquí?

-Desde poco antes de que se marchase Carter -repuso la señora Abbot secándose las lágrimas.

-Pues a lo mejor tendré que pedirle consejo más de una vez -dijo Jack amablemente.

-Oh, no. Yo de esas cosas no sé nada -exclamó sonriente y algo azorada.

-Ni yo tampoco. Así que tendré que aprender -comentó Ryan mirándose al espejo-. ¿Listo?

-Sí, señor presidente.

-Gracias, señora Abbot.

Lo sentaron en un sillón de madera. Ya habían instalado los focos, que elevaron la temperatura a casi 30 °C o, por lo menos, ésa era la sensación que daba. Un técnico le prendió un micrófono doble en la corbata, con movimientos tan delicados como los de la señora Abbot, mientras los agentes no le quitaban ojo a ninguno de los miembros del equipo de televisión y Andrea Price, por su parte, no les quitaba ojo a los agentes.

Andrea lo miraba todo con expresión recelosa, a pesar de que la sala había sido exhaustivamente inspeccionada y los visitantes registrados de arriba abajo. Era posible fabricar una

pistola con piezas no metálicas (en esto el cine no engañaba), pero, con todo, una pistola abultaba demasiado. La palpable tensión de los miembros de la escolta se contagió al personal de los equipos de televisión, que mantenían las manos a la vista y sólo se atrevían a moverlas con suma lentitud.

El Servicio Secreto recelaba de todo el mundo.

-Dos minutos -dijo el productor, atento a las instrucciones que recibía a través de su auricular-. Acaba de empezar la publicidad.

-¿Ha dormido esta noche? -preguntó el corresponsal de la CNN destacado en la Casa Blanca. Como todos sus colegas, quería entrever cuanto antes la personalidad del nuevo presidente.

-No lo bastante -contestó Jack que, de pronto, se puso tenso.

Había dos cámaras. Ryan cruzó las piernas y entrelazó las manos sobre el regazo, para evitar cualquier movimiento que evidenciase nerviosismo. ¿Cómo era más conveniente aparecer? ¿Serio? ¿Afligido? ¿Serenamente confiado? ¿Abrumado? Era ya un poco tarde para analizar lo más conveniente. ¿Por qué no se 'lo habría preguntado antes a Arnie?

-Treinta segundos -anunció el productor.

Jack intentó serenarse. Su pose daría la impresión de sosiego. «Sólo tienes que contestar a las preguntas. Lo has hecho muchísimas otras veces.»

-Son las siete y ocho minutos -le dijo el corresponsal a la cámara que estaba detrás de Jack-. Estamos aquí en la Casa Blanca, con el presidente John Ryan. Señor presidente, ha sido una larga noche, ¿verdad?

-Me temo que sí -reconoció Ryan.

-¿Qué puede decirnos?

-Las operaciones de rescate de las víctimas siguen en curso, como usted sabe. El cuerpo del presidente Durling aún no ha sido encontrado. La investigación la coordina el FBI.

-¿Han descubierto algo?

-Quizá esta misma tarde podamos comunicar algo concreto.

A pesar de que el corresponsal fue aleccionado sobre el particular, Ryan vio la decepción en sus ojos.

-¿Por qué el FBI? ¿No le corresponde al Servicio Secreto...?

-No es momento de perderse en conflictos de competencias -lo atajó Ryan-. Una investigación de esta naturaleza ha de empezar de inmediato. Por lo tanto, he decidido que sea el FBI el organismo que la dirija... bajo el control del Ministerio de Justicia y con la ayuda de otros organismos federales. Queremos respuestas, las queremos en seguida y ésta es la mejor solución para conseguirlas.

-Tenemos entendido que ha nombrado usted un nuevo director del FBI.

-Cierto, Barry. Le he pedido a Daniel E. Murray que acepte el cargo de director en funciones. Dan es un experimentado agente que ocupaba el cargo de ayudante especial del director Bill Shaw. Lo conozco desde hace muchos años. El señor Murray es uno de los mejores policías del país.

-¿MURRAY?

-Un policía, considerado experto en terrorismo y espionaje -contestó el agente secreto.

-Hummmm -exclamó antes de tomar otro sorbo de café, que tomaba siempre con muy poco azúcar.

-¿Qué puede decirnos acerca de los preparativos para...? A los próximos días me refiero -le preguntó a continuación el corresponsal.

-Mire, Barry, estos planes están todavía en curso de elaboración. Ante todo, hemos de dejar que el FBI, y otros organismos que velan por el cumplimiento de la ley, hagan su trabajo. Hoy mismo dispondremos de más información. Pero ha sido una noche larga y difícil para muchas personas.

El corresponsal convino en ello y optó por pasar a preguntas de interés humano.

-¿Dónde han dormido usted y su familia? Porque sabemos que no ha sido aquí.

-En el cuartel de marines de la calle Ocho -contestó Ryan.

-¡Joder, jefe! -masculló Andrea Price por lo bajo desde la puerta.

Algún periodista lo había descubierto, pero el Servicio Secreto no se lo había confirmado a nadie, y la mayoría de los medios informativos aseguraron que la familia Ryan se encontraba en «un lugar no revelado». Pues bien: aquella noche dormirían en otro sitio. Y esta vez la información no iba a filtrarse.

-¿Por qué allí?

-Bueno, pues porque en algún sitio teníamos que dormir, y nos pareció el lugar adecuado. Yo fui marine, Barry -dijo Jack con naturalidad.

-¿Recuerdas cuando los hicimos saltar por los aires?

-Una noche feliz -dijo el agente secreto a quien correspondió vigilar con prismáticos desde lo alto del hotel Beirut Holiday Inn.

Él ayudó a organizar el atentado. En realidad, lo único difícil fue elegir el conductor. Los marines americanos eran un mito muy arraigado en el país de Ryan, pero murieron igual que cualquier otro infiel.

El agente secreto se preguntaba risueño si sus hombres de Washington podrían comprar o alquilar un camión grande. Dejó a un lado la idea porque tenía trabajo que hacer; además, no era factible. Había estado en Washington más de una vez, y el cuartel de marines era uno de los lugares que inspeccionó. Era demasiado fácil de defender. Una lástima, la verdad, porque el significado político del objetivo lo hacía muy apetecible.

-No me parece muy inteligente eso - comentó Ding mientras desayunaba.

-¿Qué esperabas, que se escondiese? -replicó Clark.

-¿Lo conoces, papá? -preguntó Patricia.

-Pues sí. Ding y yo solíamos cuidar de él cuando estábamos a sus órdenes. Incluso llegué a conocer a su padre -repuso John.

-¿Cómo es, Ding? -volvió a preguntar Patricia, esta vez a su prometido, mirando su flamante anillo de compromiso.

-Pues... bastante inteligente -reconoció Chávez-. Tranquilo. Buena persona. Siempre amable, o casi siempre.

-Pero no creas, también sabía ser duro cuando hacía falta -señaló John, que miró a su compañero. Lo estremecía pensar que iba a ser su yerno, y más aún, ver la mirada de su hija. Pero no tenía más remedio que aguantarse.

-De eso no cabe duda -convino Ding Chávez.

Los focos lo hacían sudar. Tenía sensación de escozor a causa del maquillaje y del calor. Logró dominar el impulso de rascarse y de mover las manos, pero no un leve tic facial que esperaba que la cámara no captase.

-Me temo que no voy a poder contestarle, Barry -prosiguió Jack, con las manos firmemente entrelazadas-. Es demasiado pronto para contestar categóricamente a tantas preguntas. Nos abstendremos hasta que estemos en condiciones de hacerlo.

-Tiene usted un apretado día de trabajo por delante -señaló el periodista de la CNN en tono comprensivo.

-Todos lo tenemos, Barry.

-Gracias, señor presidente -dijo el periodista, que aguardó a que se apagase el piloto de la cámara. Antes de concluir escuchó lo que le decían desde los estudios de Atlanta-. Muy bien, señor. Gracias de nuevo.

Van Damm se acercó entonces. Apartó a Andrea Price a un lado al abrirse paso. Pocos podían tocar a un agente del Servicio Secreto sin pagarlo caro, y menos aún de modo tan expeditivo. No obstante, Arnie era de los pocos que podía permitírselo.

-Bastante bien. Siga por ese camino. Conteste a las preguntas tal como lo ha hecho, con

respuestas breves.

La señora Abbot fue a comprobar el estado del maquillaje de Ryan. Se lo retocó un poco en la frente y le cepilló el pelo. Ni siquiera para la fiesta de entrega de diplomas del bachillerato... para ir con... ¿cómo se llamaba aquella chica? En fin... ni él ni nadie se preocupó nunca tanto por su áspero pelo negro. En otras circunstancias habría sido para echarse a reír.

La presentadora de la CBS tenía treinta y tantos años. Era una prueba viviente de que el talento no estaba reñido con la belleza.

-¿Qué queda del gobierno, señor presidente? -le preguntó tras un par de preguntas inocuas a modo de introducción.

-Verá usted, Maria -dijo Jack, aleccionado para dirigirse a todos los periodistas por sus nombres de pila. Ignoraba por qué, pero le parecía bastante razonable-, pese a las espantosas doce horas que hemos vivido todos nosotros, quiero recordarle un discurso que pronunció el presidente Durling hace unas semanas: América sigue siendo América. Todos los organismos oficiales seguirán funcionando hoy bajo la dirección de secretarios y jefes de negociado...

-Pero Washington....

-Por razones de seguridad pública, Washington está prácticamente tomada por el....

-Las tropas en la calle... -lo atajó ella de nuevo, no tanto por falta de respeto como porque sólo disponía de cuatro minutos y quería sacarles el máximo partido.

-Tenga en cuenta, Maria, que la policía de Columbia y todos los cuarteles de bomberos han tenido una noche infernal. Ha sido una noche muy larga y fría para los miembros de ambos cuerpos. Se ha llamado a la Guardia Nacional para que ayude a los organismos civiles. Se procede del mismo modo cuando se produce un huracán o un tornado. En realidad, es una competencia municipal. El FBI trabaja con el alcalde para conseguir la máxima eficacia.

Ésta fue la declaración más larga que hizo Ryan en toda la mañana. Y lo dejó casi sin aliento, de pura tensión. Entonces reparó en que se había retorcido tanto las manos que tenía los dedos blancos. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para relajarse.

-Coménteme el informe -dijo la primera ministra-. ¿Qué sabemos del tal Ryan?

El jefe del servicio de inteligencia de su país tenía en el regazo una carpeta con un informe que memorizó horas antes. Había podido permitirse el lujo de trabajar todo el día para familiarizarse con el nuevo jefe de Estado.

-Es un alto oficial del servicio de inteligencia. Ya sabe usted lo del incidente en Londres y, luego, en Estados Unidos, hace unos años...

-Ah, sí... -reconoció ella, pero como si no le concediese demasiada importancia al dato-. De modo que se trata de un espía que... -añadió tras tomar un sorbo de té.

-Y muy prestigioso. Nuestros amigos rusos lo tienen en muy alta estima... y también la Century House -dijo el general del Ejército, un hombre formado en la tradición británica y que, al igual que la primera ministra, se educó en Oxford, además de en la academia militar de Sanhurst-. Es muy inteligente, y tenemos razones para creer que, en calidad de consejero de Seguridad Nacional del presidente Durling, tuvo una decisiva influencia en la dirección de las operaciones contra Japón...

-¿Y contra nosotros? -preguntó ella con la mirada fija en la pantalla.

Los satélites de comunicaciones eran formidables (la cobertura de los satélites americanos abarcaba ya todo el planeta). Era innecesario pasarse todo el día en un avión para ir a ver a un jefe de Estado rival, algo que, además, tenía sus limitaciones. Ahora se podía observar al rival sometido a la presión de los acontecimientos, y calibrar su capacidad de reacción. A pesar de su experiencia como agente secreto, Jack Ryan no parecía sentirse cómodo. Todo hombre tenía sus limitaciones.

-Sin duda, señora.

-No es tan formidable como su informe da a entender -le dijo la primera ministra a su consejero. Dubitativo, incómodo, desconcertado, desbordado.

-¿Cuándo cree usted que podrá decirnos algo más acerca de lo ocurrido? -preguntó la

Librodot

periodista.

-No puedo precisárselo en estos momentos, Maria -contestó Jack, que tuvo la vaga sensación de haber perdido el control de la entrevista, pese a lo corta que era.

Ryan no acababa de entender por qué. Nunca se le ocurrió pensar que los periodistas de televisión formasen en la entrada de la sala Roosevelt como en la cola de las rebajas, dispuestos a ser los primeros en conseguir la ganga. Todos querían impresionar, pero no al nuevo presidente, sino a los telespectadores, a la invisible audiencia que se sentaba frente al televisor por las mañanas, por una fidelidad a su cadena que ellos tenían que fortalecer en todo momento. Pese a la gravedad de la herida sufrida por el país, su trabajo en los informativos era lo que daba de comer a sus familias, y Ryan no era, en aquellos momentos, sino materia prima de aquel trabajo.

Ésa era la razón de que el consejo que le dio Arnie, acerca de cuál debía ser su comportamiento -teniendo en cuenta que los periodistas habían sido aleccionados sobre qué preguntas podían hacer y cuáles no-, hubiese pecado de optimismo, pese a su mucha experiencia política. Lo único que lograron controlar de manera efectiva, la única ventaja, era que las entrevistas tenían un tiempo limitado (en este caso, debido a que las cadenas locales emitían sus telediarios veinticinco minutos después de cada hora). Por más terrible que fuese la tragedia que se abatía sobre Washington, la población exigía que la información meteorológica y la del tráfico no faltasen en su rutina diaria, un hecho que acaso escapase a los altos funcionarios de Washington pero no al resto del país.

Maria se mostró más risueña de lo que se sentía por dentro cuando, a través de los auriculares, oyó que su director la atajaba.

-Volveremos con ustedes -dijo sonriéndole a la cámara.

Jack disponía ahora de doce minutos antes de vérselas con la NBC. El café del desayuno había activado su dinámica digestiva y le urgía ir al lavabo. Al levantarse, estuvo a punto de tropezar con el cable del micrófono.

-Por aquí, señor presidente -lo guió Price, que hizo que la siguiese pasillo adelante, girar a la izquierda y luego hacia la derecha, hasta el despacho Oval.

Jack se percató de ello demasiado tarde. Se detuvo en seco nada más trasponer la puerta del despacho presidencial. Aún lo consideraba una dependencia ajena. Pero no tenía más remedio que ir al servicio que, en definitiva, formaba parte del despacho. Allí, por lo menos, podría tener unos momentos de intimidad, a salvo incluso de su pretoriana guardia, que lo seguía como una jauría de collies que protegiese a un precioso cordero.

Ryan ignoraba que, cuando alguien entraba en aquel aseo, se encendía una luz en la parte superior del marco de la puerta, y que una mirilla de la puerta del despacho permitía a los agentes del Servicio Secreto familiarizarse con el aspecto de las necesidades mayores del presidente.

Jack se miró al espejo mientras se lavaba las manos (siempre un error en momentos como aquél). El maquillaje lo hacía parecer más joven de lo que era. Y aunque esto no fuese de lamentar, le daba un buen color de cara que nunca tuvo y que, por lo mismo, resultaba falso. Hizo un esfuerzo para dominar el impulso de quitarse el maquillaje antes de ponerse a disposición de la NBC.

El presentador era un hombre de color, y al estrecharle la mano, de nuevo en la sala Roosevelt, Jack tuvo, por lo menos, el magro consuelo de comprobar que el maquillaje del periodista era aún más grotesco que el suyo. Jack no tenía en cuenta el hecho de que las luces de la televisión afectaban de tal modo a las facciones humanas que, para parecer normal en la pantalla, tenía que parecer un payaso para los ojos no electrónicos.

-¿Cuál es su agenda para hoy, señor presidente? -dijo Nathan después de hacerle tres breves preguntas introductorias.

-Tengo otra reunión con el director en funciones del FBI, Dan Murray. Tenemos previsto reunirnos dos veces al día, por el momento. También tengo programada una reunión con responsables de Seguridad Nacional y, luego, con los miembros del Congreso que han sobre-

vivido. Por la tarde, hay consejo de ministros...

-¿Preparativos para los funerales? -preguntó el periodista mientras repasaba la lista de preguntas que tenía sobre las rodillas.

-Aún es prematuro -contestó Ryan-. Ya sé que resulta frustrarte para todos nosotros, pero estas cosas llevan su tiempo -añadió, aunque se abstuvo de puntualizar que la oficina de protocolo de la Casa Blanca tenía prevista una reunión de quince minutos con él, aquella misma tarde, para informarle de lo que proyectaban.

-Ha sido un avión de pasajeros japonés, que en realidad es propiedad del gobierno nipón. De hecho, pertenece a lo que llaman una compañía paraestatal. ¿Existe alguna razón para sospechar...?

-No, Nathan, no existe ninguna razón -repuso Ryan-. Hemos estado en contacto con el gobierno japonés. El primer ministro Koga ha prometido plena colaboración, y creemos en su palabra. Quiero subrayar que las hostilidades con Japón han cesado por completo. Lo ocurrido ha sido un tremendo error. Ese país trata de llevar ante la justicia a quienes provocaron el conflicto. Todavía no sabemos cómo ocurrió (me refiero a lo de anoche). Y cuando digo que no lo sabemos, quiero decir exactamente lo que digo: no lo sabemos. Hasta que no lo sepamos, me abstendré de hacer conjeturas. Obrar de otro modo no beneficiaría a nadie, pero sí podría perjudicar. Y ya hemos tenido bastantes perjuicios. En lo que debemos pensar ahora es en sanar de nuestras heridas.

-Domo arigato -musitó el primer ministro japonés, que hasta entonces no lo había visto ni oído nunca. A juzgar por sus facciones y por su timbre de voz, parecía más joven de lo que imaginaba, pese a que le pasaron un informe con sus datos personales a primera hora de la mañana.

Koga notó que el presidente norteamericano estaba tenso e incómodo, pero cuando tenía algo que decir, que no fuese una respuesta obvia a una pregunta vacía de contenido (¿por qué toleraban los norteamericanos la insolencia de sus periodistas?), su tono de voz cambiaba, y también su mirada. Era una diferencia casi imperceptible que Koga, no obstante, captó, habituado como estaba a fijarse en esos tenues matices. Era una de las ventajas de educarse en Japón y, sobre todo, de haber dedicado casi toda su vida a la política.

-Fue un enemigo formidable -señaló un funcionario del Ministerio de Exteriores-. Demostró tener mucho coraje.

Koga pensó en el informe que leyó dos horas antes. El tal Ryan había recurrido más de una vez a la violencia, algo que el primer ministro japonés aborrecía. Pero había aprendido de dos oscuros norteamericanos que probablemente ayudaron a salvarlo de morir a manos de sus compatriotas que la violencia tenía un lugar, al igual que la cirugía. En ocasiones, Ryan recurrió a medidas violentas para proteger a otros, y tuvo que sufrir las consecuencias. Sin embargo, no dudó en volver a hacerlo cuando lo consideró necesario, antes de seguir por la vía pacífica. Con su país, recordó Koga, se comportó del mismo modo: primero, lo combatió con habilidad pero sin contemplaciones; luego, se mostró indulgente y comprensivo. Era un hombre valiente...

-Y honorable, me parece a mí -apostilló Koga. Le resultaba extraño que pudiese brotar un sentimiento de amistad entre dos hombres que nunca se habían visto en persona y que, hasta hacía una semana, estuvieron en guerra-. Es un samurai -concluyó.

La corresponsal de la ABC era rubia, se llamaba Joy y era una mujer sumamente atractiva, más aún que Maria de la CBS, que lo era mucho. Quizá ésa era una de las razones por las que el telediario que la CBS emitía por la mañana fuese el de mayor audiencia.

Su apretón de manos le transmitió cordialidad, calidez y... algo más que lo dejó casi sin aliento.

-Buenos días, señor presidente -dijo ella en un tono de voz más propio de una cena mundana que de un informativo.

Librodot

-Por favor... -correspondió Ryan invitándola con un ademán a sentarse en el sillón contiguo.

-Son las ocho menos diez -siguió Joy-. Estamos aquí, en la sala Roosevelt de la Casa Blanca, para hablar con el presidente John Patrick Ryan. Ha sido una noche larga y difícil para nuestro país, señor presidente. ¿Qué puede decirnos?

Ryan se conocía la cantinela de memoria y su respuesta fue tan reiterativa como mecánica. Contestó en un tono sereno, mirándola a los ojos, como le aconsejaron hacer. Aunque, en aquel caso, no era nada difícil concentrarse en los líquidos ojos castaños de la periodista, pese a que mirarlos a tan temprana hora de la mañana resultaba desconcertante. Confió en que no se le notase demasiado.

-Señor presidente, los últimos meses han sido muy traumáticos para todos nosotros; y anoche, más que nunca. Dentro de unos minutos, se reunirá usted con sus consejeros de Seguridad Nacional. ¿Cuáles son sus mayores preocupaciones en estos momentos?

-Mire, Joy, hace mucho tiempo, un presidente de nuestro país dijo que sólo hemos de tenerle miedo al miedo. Nuestro país es tan fuerte hoy como ayer.

-Sí, eso es verdad.

Daryaei se había visto con Ryan en una ocasión. Entonces se mostró arrogante y desafiante -igual que un perro al estar junto a su amo-, gruñón y arrojado o... aparentándolo. Pero ahora el amo había muerto. Y allí estaba el perro, con los ojos fijos en una mujer tan hermosa como prostituida. Le extrañaba que Ryan no babease. Debía de ser la fatiga. Se notaba a ojos vista que Ryan estaba cansado. ¿Qué más le ocurría? Ryan era como su país, concluyó el ayatollah. Físicamente fuerte, porque era todavía un hombre joven, ancho de espaldas, siempre erguido. Tenía la mirada clara y la voz firme. Pero al referirse a la fortaleza de su país, hablaba de miedo, y de miedo al miedo. Interesante.

Daryaei sabía muy bien que la fortaleza y el poder eran más cosa de la mente que del cuerpo, una realidad tan aplicable a las naciones como a los hombres. Para él, EE. UU. era un país misterioso dirigido por enigmáticos líderes. ¿Hasta qué punto necesitaba conocerlos? EE. UU. era un país impío. Ésa era la razón de que el tal Ryan hablase de miedo. Sin Dios, las naciones y los hombres carecían de guía. Más de uno aseguraba que lo mismo le ocurría al país de Daryaei. Pero caso de ser cierto debía de ser por otras razones, se dijo.

Al igual que millones de telespectadores de todo el mundo, Daryaei permanecía atento a la expresión y a la voz de Jack Ryan. La respuesta a la primera pregunta fue obviamente mecánica. Al margen de lo que EE. UU. supiese sobre el glorioso hecho, era comprensible que se lo callasen.

Daryaei había tenido un día tan sobrecargado de trabajo como provechoso. Había llamado a su ministro de Exteriores y al jefe del Departamento para Asuntos Norteamericanos (casi un ministerio dentro de otro ministerio, con dependencias propias en la sede de Teherán). Había ordenado que le redactasen un informe acerca de las medidas adoptadas por el gobierno norteamericano.

La situación era más positiva de lo que Daryaei esperaba. No podían promulgar nuevas leyes, ni aprobar nuevos impuestos ni presupuestos extraordinarios, hasta que no lograsen recomponer el Congreso, y eso iba a llevar tiempo. Casi todos sus ministerios se habían quedado sin su titular. Y el tal Ryan, aquel jovenzuelo (Dar Ya Ei tenía 72 años) era todo lo que quedaba del gobierno. Y no lo impresionaba mucho el superviviente, la verdad.

Los Estados Unidos de América llevaban años amedrentándolo. EE. UU. era un país muy fuerte, y aunque tras el desplome de la Unión Soviética hubiese reducido su potencial bélico, el «pequeño Satán», como él y muchos de sus compatriotas lo llamaban, podía hacer cosas imposibles para cualquier otra nación. Todo lo que necesitaba era voluntad política, y aunque ésta era una característica que escaseaba, siempre pendía la amenaza.

Librodot

Rara vez pasaba mucho tiempo sin que todo el país cerrase filas e hiciese causa común, como sucedió en el conflicto con Irak, con un éxito sorprendente, en comparación con lo poco que consiguió su país en una guerra que duró casi una década. Ése era el peligro americano. Pero EE. UU. era en aquellos momentos más frágil o, más exactamente, estaba casi sin liderazgo. Si bastaba una herida en el cuello para mermar el cuerpo más fuerte, cuánto más no mermaría si la herida fuera en... la cabeza.

Sólo era un hombre, pensó Daryaei, sin oír ya el sonido de la televisión. Lo que menos importaba en aquellos momentos era lo que dijesen. Ryan no decía nada sustancial. Pero su talante decía mucho de él. Daryaei miraba con fijeza el cuello del nuevo líder del país. Su simbolismo era claro. Técnicamente, todo se reducía a separar la cabeza del tronco. Lo único que quedaba en medio era el cuello.

-Diez minutos antes de la próxima -dijo Arnie después de que Joy saliese a coger su coche en dirección al aeropuerto.

El reportero de la Fox estaba en la sala de maquillaje.

-¿Qué tal lo he hecho hasta ahora? -preguntó Jack, que en esta ocasión desconectó el cable del micrófono antes de levantarse.

Necesitaba estirar las piernas.

-No ha estado mal -contestó Van Damm con indulgencia.

A un político avezado pudo haberle dicho otra cosa, pero es que un verdadero político hubiese tenido que vérselas con preguntas realmente duras. Era como si un golfista jugase para mejorar su handicap, en lugar de hacerlo en un partido entre profesionales. Y en ese sentido no habían ido mal las cosas.

Si querían que Ryan estuviese a la altura de las circunstancias, tenían que infundirle confianza en sí mismo. Ni siquiera en los momentos más plácidos era fácil desempeñar el cargo. No había presidente que no hubiese deseado más de una vez librarse del Congreso, de los ministerios y de otros organismos del Estado. A Ryan le iba a tocar aprender lo indispensables que eran todos los órganos de gobierno. Y tendría que pagar un alto precio por la lección.

-¿Habré de acostumbrarme a muchas cosas, verdad? -preguntó Jack, que, recostado en la pared exterior de la sala Roosevelt, miraba a uno y otro lado del pasillo.

-Aprenderá -le aseguró su jefe de Estado Mayor.

-Quizá -dijo Jack sonriente, sin percatarse de que la actividad de aquella mañana (la de los últimos minutos) le había permitido no obsesionarse con la abrumadora problemática del día.

Mientras lo pensaba, un agente del Servicio Secreto se le acercó y le entregó una nota.

Por más injusto que fuese para otras familias, era comprensible que el cuerpo del presidente Durling tuviese prioridad. Cuatro grúas móviles trabajaban en el ala Oeste del edificio, bajo la dirección de capataces que, protegidos con cascos de acero, dirigían los trabajos de recuperación de los cuerpos en lo que fue salón de sesiones del Congreso.

No era prudente trabajar tan cerca unos de otros, pero los inspectores de la Organización para la Seguridad en el Trabajo no aparecieron por allí aquella mañana. Los únicos inspectores de organismos del Estado que tenían importancia en aquellos momentos eran los del Servicio Secreto (porque el FBI podría tener jurisdicción prioritaria, y asumir la dirección general de la investigación, pero nadie se habría atrevido a interponerse entre ellos y su luctuosa búsqueda). También había allí un médico y un grupo de enfermeros y enfermeras, ante la remota posibilidad de que hubiese supervivientes.

La maniobra más delicada consistía en la coordinación entre las cuatro grúas que ahondaban en el cráter -pues otra cosa no parecía- como un cuarteto de jirafas que bebiesen de la misma poza, sin llegar a chocar en ningún momento debido a la pericia de los obreros.

-¡Aquí! -gritó uno de los capataces.

Una mano carbonizada asía una pistola automática. Tenía que ser Andy Walker, jefe de la escolta de Roger Durling. En la última imagen grabada por la cámara de televisión del Congreso, se le veía a pocos pasos del presidente, apremiándolo a bajar del estrado. Pero fue

Librodot

demasiado tarde. No consiguió más que morir en cumplimiento del deber.

La grúa más cercana hundió su largo cuello en el cráter. Pasaron un fleje de acero alrededor de un bloque de piedra arenisca, lo engancharon a un cable y lo izaron lentamente. Entonces quedaron visibles los restos del cuerpo de Walker, junto a las piernas de otra persona. Alrededor del cuerpo y de las piernas había descoloridos y astillados fragmentos del estrado, y varias hojas de papel chamuscado.

-¡Quieto! -gritó el capataz, sujetándole el brazo a un agente del Servicio Secreto-. No van a ir a ninguna parte. No merece la pena morir por eso. Esperen un par de minutos más.

El capataz aguardó a que una grúa le dejase paso a otra. Le indicó por señas al conductor que se acercase y le dijo dónde tenía que excavar y cuándo debería detenerse.

Dos obreros engancharon otro bloque de piedra a la cadena de la grúa y, a una seña del capataz, izaron el bloque.

-Tenemos al PARA -dijo el agente a través del micrófono.

De inmediato se acercó el equipo médico entre los gritos de varios capataces. Pero desde veinte metros de distancia se veía que iban a perder el tiempo. Con la mano izquierda asía la carpeta que contenía su último discurso. Probablemente, murió aplastado por los bloques de piedra, antes de que el fuego penetrase lo bastante para chamuscarle el pelo. Gran parte del cuerpo estaba irreconocible a causa del aplastamiento, pero el traje, el alfiler de la corbata y el reloj de oro que ceñía su muñeca eran pruebas inequívocas de que se trataba del presidente Roger Durling.

Cesó toda actividad. Los conductores pararon las grúas, dejaron los motores en punto muerto y aprovecharon para tomar un sorbo de café o encender un cigarrillo. Los fotógrafos del instituto anatómico forense se acercaron para disparar sus cámaras desde todos los ángulos imaginables.

En otro sector del salón de sesiones, los miembros de la Guardia Nacional introducían cadáveres en bolsas y los sacaban al exterior (dos horas antes relevaron a los bomberos en esta tarea).

Pero en veinte metros a la redonda del lugar en el que se encontraba el cadáver del presidente, no había más que agentes del Servicio Secreto que escoltarían por última vez al PARA, como llamaban a Durling, que sirvió como teniente de la 82ª. Compañía Aerotransportada. No les fue fácil contener las lágrimas.

Cuando los miembros del equipo médico se hubieron retirado y los fotógrafos hubieron cumplido con su trabajo a satisfacción, cuatro agentes del Servicio Secreto, con sus característicos anoraks de vinilo, se abrieron paso entre los bloques de piedra. Primero levantaron el cuerpo de Andy Walker, cuyo último acto consciente fue proteger a su «superior», y lo introdujeron con delicadeza en la bolsa de plástico. Los agentes lo auparon para que otros dos compañeros pudiesen cogerlo más fácilmente y llevárselo.

Pasaron a ocuparse entonces del cuerpo del presidente Durling. Resultó muy trabajoso. La baja temperatura había helado el cadáver. Uno de los brazos formaba un ángulo recto con el resto del cuerpo y no había manera de que cupiese en la bolsa. Los agentes se miraron, sin saber qué hacer. El cadáver era una prueba y no se podía tocar más que lo imprescindible. Pero acaso lo que más los retrajo fue el horror que les producía dañar el cadáver. De modo que el cuerpo del presidente Durling entró en la bolsa con un brazo extendido, cual capitán Ahad.

Los cuatro agentes lo sacaron del salón de sesiones y lo condujeron hasta la ambulancia reservada para el cadáver del presidente. Esto hizo que los fotógrafos disparasen sus cámaras y que los equipos de televisión filmasen la escena.

Las imágenes interrumpieron la entrevista que Ryan le concedía a la Fox. Jack las vio a través del televisor de una mesa. En su fuero interno, aquello vino a ser como la confirmación oficial. Durling estaba muerto y él era ahora el presidentes No había más vueltas que darle. La cámara de la sala Roosevelt captó el cambio de expresión de Ryan, que recordó la llamada de Durling, la confianza que depositó en él, que lo había apoyado y dirigido...

Jack comprendió que, en efecto, no había más vueltas que darle. Hasta entonces, siem-

Librodot

pre tuvo alguien en quien apoyarse. Sin duda, otros recurrían a él, le pedían opinión y le confiaban la dirección en momentos de crisis. Pero siempre tuvo otro en quien apoyarse, que podía decirle que había hecho lo acertado. También ahora podía apoyarse en otras personas que, sin embargo, no le darían más que opiniones, no juicios. Era él quien tenía que juzgar ahora. Oiría todo tipo de cosas. Sus consejeros vendrían a ser como abogados que confrontarían sus argumentos para, en definitiva, decirle que estaba equivocado y acertado al mismo tiempo. Pero cuando la reunión terminase, la decisión sería exclusivamente suya.

El presidente Ryan se pasó la mano por la cara, desentendiéndose del maquillaje, que se le estropeó. Ignoraba que lo que la Fox y otras cadenas emitían ahora era una doble imagen, ya que todas tenían acceso a cada una de las entrevistas, mediante una conexión múltiple con la sala Roosevelt.

Jack meneaba la cabeza con expresión resignada ante lo inevitable, tan atónito que ni siquiera parecía entristecido. Más allá de la escalinata del Capitolio las grúas seguían excavando.

-¿Adónde cree que nos conducirá todo esto? -preguntó el corresponsal de la Fox.

La pregunta no estaba en su lista. Fue una reacción humana a una escena humana. La conexión con el Capitolio consumió buena parte del tiempo asignado a la entrevista, y para pasar a otro tema, hubiese tenido que excederlo. Pero en estas cuestiones la Casa Blanca era inflexible.

-A mucho trabajo que hacer -contestó Ryan.

-Gracias, señor presidente. Son las ocho y catorce minutos.

Jack vio que se apagaba el piloto rojo de la cámara de televisión. El productor aguardó unos segundos antes de bajar la mano. El presidente se desprendió del micrófono y se desembarazó del cable.

Su primera maratón con la prensa había terminado. Antes de salir miró detenidamente a las cámaras. En otra época de su vida, dio clases de historia y, últimamente, hablaba a menudo en público. No obstante, siempre lo había hecho ante una audiencia de carne y hueso en cuyos ojos podía leer. Esto permitía ajustar el tono, improvisar e incluso intercalar alguna pincelada de humor cuando las circunstancias lo permitían, o repetir algo para clarificar o subrayar. Ahora, en cambio, cualquier declaración iría dirigida a una cosa. Una razón más para que no le gustase el cargo.

Ryan salió de la sala Roosevelt mientras a lo largo y ancho del mundo analizaban la impresión que les había causado el nuevo presidente norteamericano. Los comentaristas políticos de más de cincuenta países analizarían su personalidad mientras él iba de nuevo a los servicios.

-Esto es lo mejor que le ha ocurrido a nuestro país desde Jefferson -dijo cierta persona que se consideraba un serio estudioso de la historia.

Le gustaba Thomas Jefferson por su afirmación de que, en todo país, cuanto menos gobierno, mejor gobierno (que era, poco más o menos, todo lo que sabía del sabio de Monticello).

-Y ha sido un japonés, por lo que parece -dijo en tono sarcástico. Semejante proeza podía incluso apearlo de su fanático racismo.

Estarían despiertos toda la noche -eran ya las 5.20, hora local- siguiendo la cobertura que hiciesen las distintas cadenas de televisión, que no habían dejado de emitir ni un momento. Los presentadores tenían aspecto de estar más agotados que el propio Ryan. La diferencia horaria tenía sus ventajas. Ambos dejaron de beber cerveza hacia medianoche y se pasaron al café dos horas después, al notar que les vencía el sueño. Lo que veían, haciendo zapping entre las innumerables cadenas que les permitía captar la antena parabólica instalada en lo alto de su chalet, era como una especie de «teléfono de la solidaridad», salvo que aquél no estaba destinado a recaudar fondos para niños inválidos, enfermos de sida ni escuelas para negros. Éste era divertido. Todos aquellos cabrones de Washington habían muerto asados, carbonizados la mayoría.

-Una barbacoa de burócratas -dijo Peter Holbrook por enésima vez desde las 11.30, cuando llegó con su resumen de lo sucedido, que no en vano fue siempre el elemento creativo del movimiento.

-¡Joder, Pete! ¡No me hagas reír! -masculló Ernest Brown al ver que acababa de mancharse de café el pantalón.

El comentario le hizo tanta gracia que ni siquiera se levantó al notar la desagradable sensación en el calzoncillo.

-Sí, ha sido una larga noche -concedió Holbrook riendo a su vez.

Se sabían el discurso del presidente Durling de memoria, porque todas las cadenas compraron el derecho de retransmisión, como solían hacer cuando de acontecimientos importantes se trataba, y podían volver a emitirlo en diferido cuantas veces quisieran. La conexión vía satélite que ellos utilizaban les permitía acceder a 117 canales de otros países, sin necesidad de soportar las declaraciones de un gobierno que ellos y sus amigos despreciaban.

Seguir los discursos y aprendérselos les servía para alimentar su odio (ambos veían, por lo menos durante una hora diaria, la C-SPAN 1 y 2 e intercambiaban biliosos comentarios a cada minuto de discurso presidencial).

-¿Quién es, en definitiva, el tal Ryan? -preguntó Brown bostezando.

-Otro burrócrata.

-Sí -convino Brown-. Y por lo que parece, sin palo ni zanahoria; o, por lo menos, sin zanahoria.

-Algo es algo, ¿no? -dijo Holbrook, que miró a su amigo, se levantó y fue hasta la librería que cubría una de las paredes de la estancia. Su ejemplar de la Constitución era una manoseada edición en rústica, y la leía tan a menudo como le era posible, para mejorar su comprensión de los propósitos de sus redactores-. Porque verás, Pete, aquí no hay nada que prevea una situación como ésta.

-¿En serio?

-En serio -confirmó Holbrook.

-Pues la cosa tiene su miga.

Habría que analizarlo a fondo, ¿verdad?

-¿Asesinado? -exclamó el presidente Ryan mientras se quitaba el maquillaje con unas toallitas humedecidas, parecidas a las que había utilizado para limpiarles el culito a sus hijos. Por lo menos así tendría la cara limpia.

-A eso apuntan los primeros indicios, tras el reconocimiento ocular del cadáver y después de haber oído las cintas de la cabina -dijo Murray mientras hojeaba el montón de notas recibidas por fax hacía veinte minutos.

Ryan se recostó en el sillón que, como la mayoría de las cosas que contenía el despacho Oval, era nuevo para él. Habían retirado las fotos personales y de la familia que el presidente Durling tenía en el escritorio, que estaba detrás del sillón, adosado a la pared. Los documentos que contenían los cajones de la mesa también los habían retirado para que los examinase la Secretaría de la Presidencia. Lo que quedaba, y lo que habían sustituido, procedía de los almacenes de la Casa Blanca. Por lo menos el sillón era de reglamento, de un diseño anatómico para proteger la espalda de su ocupante. En consecuencia, pronto lo sustituirían por otro, hecho a la medida de su espalda por un fabricante que lo regalaba y, además (algo poco frecuente en estos tiempos), sin darle publicidad.

Tarde o temprano tendría que trabajar allí, pensó Ryan minutos antes. No era justo dejar a los miembros de su secretaría de brazos cruzados o vagar por el edificio como almas en pena. Dormir allí ya era otro cantar, por lo menos, de momento. Pero también eso tendría que cambiar, ¿no?, se dijo mirando a Murray, que estaba sentado al otro lado de la mesa.

¿Asesinado?

-¿De un tiro?

-De una certera puñalada en el corazón. Según uno de nuestros inspectores, que exami-

nó la herida, la hoja era fina como la de un cuchillo trinchante de mesa. De acuerdo a lo grabado por las cintas, parece que fue asesinado antes del despegue. Y todo apunta a que podremos precisar la hora exacta. Desde momentos antes de poner en marcha los motores hasta que se estrelló, la única voz que han grabado las cintas es la del piloto. Se llama Sato, un comandante con mucha experiencia. La policía japonesa nos ha facilitado abundantes datos. Parece que perdió un hermano y un hijo en la guerra. El hermano mandaba un destructor que fue hundido con toda la tripulación. El hijo era un piloto de caza que murió al intentar aterrizar después de cumplir una misión. Ambos, prácticamente el mismo día. De modo que ha sido algo personal. Tenía el motivo y la oportunidad -se permitió aventurar Murray, quizá porque en el despacho no había más testigos que Andrea Price, que no parecía estar de acuerdo.

-Me parece una conclusión precipitada -terció Andrea.

-Debe ser confirmada -convino Murray-. Pediremos pruebas de ADN para estar seguros. La cinta de la cabina es de muy buena calidad y permite el análisis de la voz, según le han dicho a nuestro agente. Los canadienses tienen cintas de radar del seguimiento del aparato en su espacio aéreo, por lo que confirmar la hora del hecho resulta sencillo. El aparato está identificado, sin ningún tipo de confusión, desde Guam, vía Japón y Vancouver, hasta llegar al edificio del Capitolio. Como suele decirse, todo ha concluido salvo el clamor. Y clamor, desde luego, no va a faltar, señor presidente...

Esto le gustó más a Andrea Price.

...Tardaremos por lo menos dos meses en encajar todas las piezas de la información que acumulemos. No descarto que nos equivoquemos. Lo cierto, sin embargo, pensando en términos prácticos, es que mis agentes más expertos y yo opinamos que se puede dar el caso por cerrado.

-¿En qué podrían haberse equivocado? -preguntó Ryan.

-Teóricamente, en muy pocas cosas, pero no son descartables. Para que esto no fuese obra de un fanático que actuase en solitario... Aunque no creo que le cuadre el adjetivo, porque más que de un fanático debía de ser un hombre enfurecido. Para que se tratase de una conspiración, tendríamos que dar por sentado que se había procedido de acuerdo a un plan minuciosamente trazado, y esto es difícil de sostener. ¿Cómo podían saber que iban a perder la guerra? ¿Cómo podía saber, con mucha antelación, la convocatoria de una sesión conjunta de las dos cámaras? Y de haber sido planeado como un acto de guerra, como ha sugerido un inspector de la Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea, nada les impedía llevar a bordo diez toneladas de explosivos de alta potencia.

-O una bomba nuclear -dijo Jack.

-En efecto. O una bomba nuclear -convino Murray-. Y esto me recuerda una cosa: el agregado de las Fuerzas Aéreas en la embajada visitará hoy su planta de fabricación de armas nucleares. Los japoneses han tardado dos días en localizar su emplazamiento. Hoy mismo enviamos para allá a un agente que tiene mucha experiencia en este tipo de cosas -añadió consultando sus notas- Es el doctor Woodrow Lowell. Lo conozco. Dirige la planta de Lawrence Livermore. El primer ministro Koga le ha dicho a nuestro embajador que quiere entregarle el condenado material y que lo saquen de inmediato del país.

Ryan hizo girar el sillón. Las ventanas que tenía detrás daban al monumento a Washington. El obelisco estaba rodeado de un círculo de banderas a media asta. Muchas personas hacían cola para coger el ascensor hasta lo alto. Eran turistas. Estaban de suerte, ¿no? Los cristales de las ventanas del despacho Oval eran increíblemente gruesos, en previsión de que algún turista llevase un rifle debajo del abrigo.

-¿Qué puede hacerse público de lo que me ha comentado? -preguntó el presidente Ryan.

-No me importaría que se hiciese público lo esencial -contestó Murray.

-¿Está seguro? -terció Andrea Price.

-No es lo mismo que cuando hay que decretar el secreto del sumario en un caso penal. El presunto criminal está muerto. No dejaremos de analizar la más mínima posibilidad de que se trate de una conspiración. Pero dar a conocer las pruebas que tenemos no perjudicaría a la

investigación en absoluto. No soy un entusiasta de darle publicidad a las pruebas de un caso penal. Sin embargo, nuestros compatriotas quieren saber qué ha ocurrido, y no hay por qué privarlos de la información.

«Además -pensó Price-, da buena imagen del FBI.» Y con esta callada observación, por lo menos uno de los organismos del Estado empezaba a normalizarse.

-¿A qué fiscal le ha correspondido? -preguntó, no obstante, Andrea Price.

-A Pat Martin.

-¿Ah, sí? ¿Y quién lo ha elegido? -preguntó ella, que reparó en que Ryan los miraba a los dos, temeroso de que se enzarzasen en una discusión.

-Me temo que he sido yo -contestó Murray casi sonrojado-. El presidente ordenó elegir al mejor. Y Pat es el mejor. Fue jefe de la sección de lo penal durante nueve meses, antes de que lo nombrasen para dirigir la sección de espionaje. También estuvo de agente en el FBI. Es un excepcional hombre de leyes que lleva treinta años en el ejercicio de la profesión. Bill Shaw quería que sepresentase para juez. No hace ni una semana que habló de ello con el fiscal general.

-¿Está seguro de que es tan bueno? -preguntó Jack.

-También nosotros hemos trabajado con él -se adelantó a contestar Andrea-. Es un gran profesional. Y Dan tiene razón: es un nato hombre de leyes, durísimo, pero muy honesto. Llevó un caso de falsificación que mi ex compañero descubrió en Nueva Orleans.

-De acuerdo. Entonces que decida él qué conviene hacer público. Puede empezar a hablar con la prensa después del almuerzo -dijo Ryan mirando el reloj. Hacía exactamente doce horas que era presidente.

El ex coronel del Ejército Pierre Alexandre aún parecía un soldado, alto, delgado y fibroso, aunque para el decano Dave James eso era lo de menos. El coronel le causó tan buena impresión que le pareció que su currículum y lo que le comentaron de él por teléfono se quedaba corto.

Alex -como llamaban al coronel Alexandre sus muchos amigos- era un experto en enfermedades infecciosas. Había pasado veinte fecundos años al servicio de la administración, repartidos, básicamente, entre el hospital Walter Reed que el Ejército tenía en Washington y el de Fort Detrick en Maryland, y diversos destinos intercalados.

De acuerdo con el informe que el doctor James tenía delante, el coronel se graduó en West Point y en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chicago. Bien, pensó el decano a la vez que recorría con la mirada párrafos del informe que hablaban de su época de interno y de otras experiencias profesionales. La lista de artículos publicados ocupaba ocho páginas mecanografiadas a un solo espacio. Había sido finalista de varios premios importantes, aunque aún no había tenido la suerte de conseguir ninguno. Bueno, quizá la John Hopkins hiciera que cambiase su suerte. Sus ojos oscuros no miraban con especial intensidad en aquellos momentos. Pese a que no era en absoluto un hombre arrogante, Alexandre sabía quién era y lo que era... mejor aún: sabía que el decano lo sabía.

-Conozco a Gus Lorenz -dijo el decano Dave James sonriente-. Coincidimos como internos en el Peter Brent Grigham.

-Es un hombre inteligente y un gran médico -convino Alexandre, que arrastraba las palabras con marcado acento creole. Era opinión generalizada que los trabajos de Gus sobre las fiebres de Lassa y de Queensland le daban grandes posibilidades de llegar a conseguir el premio Nobel.

-¿Por qué, entonces, no quiere trabajar con él en Atlanta? Gus me ha dicho que lo necesita a usted muchísimo.

-Verá usted, decano...

-Llámeme Dave.

-Si usted me llama Alex -correspondió el coronel.

Alguna ventaja ha de tener la vida civil, se dijo Alexandre, que veía al decano como el

equivalente a un alto oficial. Porque dirigir la John Hopkins daba muchísimo prestigio.

-Verá usted, Dave -prosiguió Pierre Alexandre-, he trabajado en un laboratorio casi toda mi puñetera vida, y quiero volver a tener pacientes. Trabajar con Gus ahora vendría a ser más de lo mismo, a pesar de lo mucho que lo aprecio (colaboramos estrechamente en Brasil en 1987 y nos llevábamos muy bien) -aseguró-. Estoy harto de pasarme el día examinando fotografías y diapositivas.

Por la misma razón que acababa de exponer, Pierre Alexandre rechazó una tentadora oferta de la Pfizer Pharmaceuticals para dirigir uno de sus nuevos laboratorios. Las enfermedades infecciosas tenían mucho futuro.

¿Por qué demonios no habría ascendido aquel hombre a general?, se preguntó James. Quizá por la política, pensó el decano. En el Ejército tenían el mismo problema que en la John Hopkins. Pero lo que unos pierden...

-Anoche hablé de usted con Gus.

-¿Ah, sí? -exclamó Alex, aunque nada tenía de extraño, puesto que, a un determinado nivel, todos se conocían.

-Y me dijo que lo contratase sin pensarlo.

-Buen chico -dijo Alexandre sonriente.

-... antes de que Harry Tuttle se lo lleve a su laboratorio de Yale.

-¿Conoce a Harry?

No sólo se conocían todos, sino que sabían en qué trabajaba cada uno de ellos.

-Fuimos condiscípulos aquí -le aclaró el decano-. Y los dos salimos con una tal Wendy, que lo prefirió a él. Bien, Alex, no puedo ofrecerle la Luna.

-Ya. No es necesario.

-Para empezar, será adjunto de la cátedra de Ralph Forster. Tendrá bastante trabajo de laboratorio, con un buen equipo. Ralph ha reunido a muy valiosos elementos, pero tiene ya demasiados años para viajar tanto. De modo que usted podrá ir por todo el mundo. También tendrá a su cargo el aspecto clínico... ¿Qué tal seis meses para aclimatarse?

-Creo que está bien -contestó el ex coronel-. Tendré que reciclarme en algunas cosas. No acaba uno nunca de aprender, ¿verdad?

-Salvo si te conviertes en un burócrata y te abandonas.

-Bueno, ahora ya sabe por qué colgué el uniforme verde. Querían que dirigiese un hospital. Ya sabe... fichar, y todas esas cosas.

Y la verdad, sé que soy bueno en el trabajo de laboratorio. Soy muy bueno. Pero me contrataron para cuidar a los pacientes, por lo menos de vez en cuando, y también para enseñar, naturalmente. Me gusta cuidar enfermos y poder darles el alta completamente curados. De eso me dijeron hace mucho tiempo en Chicago que trataba la profesión.

Si lo que Alex pretendía con su actitud era vender el producto lo mejor posible, pensó el decano, Pierre Alexandre debía de haber recibido lecciones de sir Lawrence Olivier. En Yale podían ofrecerle, más o menos, el mismo puesto, pero allí, Alexandre estaría cerca de Fort Detrick, a hora y media de vuelo de Atlanta y cerca de la bahía de Chesapeake (en su informe decía que a Alexandre le gustaba la pesca). Y eso contaba mucho para alguien criado junto a los marjales de Louisiana. En resumen: Yale se iba a quedar con las ganas. El catedrático Tuttle era de lo mejorcito, acaso una pizca mejor que Ralph Forster. Sin embargo, dentro de unos cinco años, Ralph se retiraría, y Alexandre tenía todos los pronunciamientos favorables para sucederle. Pero por encima de todo, el decano Dave James tenía la obligación de contratar a las futuras estrellas. En otras circunstancias, habría sido el entrenador de un victorioso equipo de béisbol. De modo que... asunto concluido, pensó James, que cerró la carpeta y la dejó en la mesa.

-Bueno, doctor, bien venido a la Facultad de Medicina de la Universidad John Hopkins.

-Gracias, señor.

El resto del día fue como una niebla. Jack Ryan desarrolló una actividad de la que sólo

Librodot

recordaba deslavazados jirones.

Su primera experiencia informática se remontaba a sus tiempos de estudiante en el Boston College. Antes de la era de los ordenadores personales, había utilizado la más rústica de las rústicas máquinas de información -un teletipo-, conectada a un ordenador compartido con otros estudiantes del Boston College y de otros centros docentes locales. A esto lo llamaban precisamente «tiempo compartido», expresión de una época arcaica en la que los ordenadores costaban millones, pese a que hacían poco más que lo que hacen ahora algunos relojes de pulsera.

Jack no tardó en comprobar que la expresión aún tenía sentido en la presidencia americana, para la que la capacidad de hilar un pensamiento de punta a cabo era un lujo rarísimo. En lugar de ello, tenía que seguir los hilos de distintos pensamientos, de reunión en reunión. Era algo así como seguirle la pista a varias series televisivas a la vez, de episodio en episodio, y tratar de no cometer el error de confundir unas con otras, a sabiendas de que era imposible.

Tras despedirse de Murray y de Price, esto se le hizo patente en toda su crudeza.

Ryan se estrenó con un informe de Seguridad Nacional a cargo de uno de los agentes de inteligencia destinado en la Casa Blanca. Durante veintiséis minutos, Jack se enteró de lo que ya sabía, pues no en vano desempeñó el cargo de consejero de Seguridad Nacional hasta el día anterior. Pero tenía que escuchar el informe, aunque sólo fuese para conocer a uno de los colaboradores con quienes despacharía a diario. Cada uno tenía su personalidad y veía las cosas de modo distinto. Y a él le correspondía sintetizar.

-De manera que no se vislumbra nada en el horizonte por ahora, ¿no? -preguntó Jack.

-Por lo menos nada que veamos desde la Consejería de Seguridad Nacional, señor presidente. Usted conoce tan bien como nosotros los potenciales focos de tensión, por supuesto, pese a que son siempre cambiantes y evolucionan a diario.

El oficial se expresaba con la desenvoltura de quien ha tenido que bailar al mismo son durante años. Ryan no se inmutó, porque ya conocía el paño. Un verdadero profesional de los servicios de inteligencia no le temía a la muerte. Un verdadero profesional de los servicios de inteligencia no le temía a encontrar a su esposa en la cama con su mejor amigo. No le temía a ninguna de las normales vicisitudes de la vida. A lo que sí le temía era a que le pusiesen en evidencia por un error cometido en el desempeño de su competencia profesional. Pero era sencillo evitarlo: no se comprometía uno nunca con un solo criterio. Era una enfermedad que no se limitaba a los cargos electos. Sólo al presidente correspondía adoptar decisiones. Podía darse por satisfecho por poder contar con expertos profesionales que le proporcionaban la información necesaria, ¿verdad?

-Permítame que le diga una cosa -dijo Ryan tras unos segundos de reflexión.

-¿De qué se trata, señor? -preguntó con cautela el oficial.

-No quiero oír sólo lo que usted sabe. Quiero oír también lo que usted y sus hombres piensan. Ustedes se responsabilizan de lo que saben. Yo me responsabilizaré de actuar de acuerdo con lo que piensan. No olvide que me he sentado antes donde se sienta usted ahora.

-Por supuesto, señor presidente -repuso el oficial, que trató de enmascarar con una sonrisa el terror que le producía la perspectiva-. Así se lo diré a mis hombres.

-Gracias dijo Ryan, que lo despidió convencido de que necesitaba de inmediato un consejero de Seguridad Nacional en quien poder confiar, aunque, de momento, no sabía dónde encontrarlo.

La puerta se abrió como por arte de magia para franquearle... la salida al oficial (la abrió un agente del Servicio Secreto que había observado por la mirilla durante casi toda la entrevista).

La siguiente entrevista fue con una delegación del DOD.

Tomó la palabra un general que mostró una tarjeta de plástico.

-Tiene usted que llevar esto en su cartera de bolsillo, señor presidente.

Jack asintió con la cabeza. Adivinó lo que era antes de que sus dedos tocasen el plástico de color anaranjado. Parecía una tarjeta de crédito, pero llevaba varios grupos de números.

¿Cuál? -preguntó Ryan.

-Usted decide, señor.

Ryan lo eligió y leyó dos veces en voz alta el grupo que aparecía en tercer lugar.

Acompañaban al general un coronel y un comandante, que anotaron el grupo de números que el presidente seleccionó y lo leyeron también dos veces en voz alta.

A partir de aquel momento el presidente Ryan podía ordenar la activación de armas nucleares estratégicas.

-¿Por qué lo consideran necesario? -preguntó Ryan-. Destruimos los últimos cohetes balísticos el año pasado.

-Señor presidente, aún tenemos misiles de largo alcance que podemos armar con ojivas nucleares W-ochenta, además de bombas B-sesenta y uno para nuestra flota de bombarderos. Necesitamos su autorización para tener operativos los Permissible Action Links -los PAL-, y pensamos que es conveniente hacerlo lo antes posible, por si acaso...

-... me liquidan antes -lo atajó Ryan.

«Qué importante eres ahora, Jack -le dijo una maliciosa voz interior-. Ahora puedes desencadenar un ataque nuclear. »

-Odio esas cosas -añadió Ryan-. Siempre las he odiado.

-Nada lo obliga a que le gusten, señor -le dijo el general en tono indulgente-. Y bien, como usted sabe, los marines tienen la escuadrilla de helicópteros VMH-uno siempre a punto, para sacarlo de aquí y conducirlo a un lugar seguro casi al instante de dar la orden, y...

Ryan escuchó el resto de la exposición del general preguntándose si debía hacer lo que hizo Jimmy Carter cuando le expusieron lo mismo: «De acuerdo. Dígales que quiero que me saquen de aquí... ¡AHORA MISMO!», orden presidencial que tuvo perplejos durante un buen rato a muchos marines. Pero él no podía hacer eso ahora, ¿verdad que no? Dirían que Ryan era un loco paranoico, no que lo que quería era ver si el sistema funcionaba como aseguraban. Además, en la actualidad, los VMH-uno debían de haberse quedado anticuados, ¿no?

El cuarto miembro de la delegación era un brigada del Ejército vestido de paisano. Llevaba un maletín de aspecto corriente, que llamaban «balón», en cuyo interior había una carpeta que contenía un plan de ataque... Múltiples planes de ataque, en realidad.

-Veamos -dijo Jack.

El brigada titubeó. Pero al momento abrió el maletín y le entregó una carpeta azul marino a Ryan.

-Señor, no lo hemos modificado desde...

Jack reparó en que la primera parte del plan llevaba por título «ATAQUE A GRAN ESCALA». Incluía un mapa de Japón, muchas de cuyas ciudades aparecían marcadas con puntos multicolores. Según el epígrafe, los puntos significaban megatones. Probablemente, había otra sección en la que se consignarían las víctimas mortales previstas. Ryan abrió las anillas de la carpeta y sacó la sección.

-Quiero que quemen estas páginas. Quiero que eliminen el AGE inmediatamente.

Aquello significaba que lo archivarían en algún cajón del Pentágono y también en Omaha, porque aquel tipo de cosas nunca se desechaba por completo.

-Señor, aún no estamos seguros de que los japoneses hayan destruido todos sus cohetes lanzadores, ni de la neutralización de sus armas. Verá...

-General, esto es una orden -lo atajó Ryan sin alterarse-. Una orden del presidente.

El general se le cuadró.

-Sí, señor presidente.

Ryan hojeó el resto del dossier. A pesar del cargo que había desempeñado, lo que acababan de revelarle constituyó para él una sorpresa. Nunca quiso conocer a fondo nada concerniente a las armas nucleares. No creía que fuesen a utilizarse jamás. Después del atentado terrorista de Denver y del terror que se apoderó del mundo entero a partir de entonces, estadistas de todos los continentes y credos políticos coincidieron en la imperiosa necesidad de extremar las precauciones con las armas que tenían bajo su control. Incluso durante la guerra

convencional que acababa de concluir con Japón, Ryan siempre tuvo presente que, en alguna parte, un equipo de expertos debía de urdir un plan para realizar un ataque nuclear a modo de represalia. Pero él hizo cuanto estuvo en su mano para que fuese innecesario. El nuevo presidente se enorgullecía de no haber considerado, en ningún momento, llevar a cabo un plan cuyo resumen tenía en su mano izquierda. El nombre en clave era RIFLE LARGO. ¿Por qué tenía que ponerle un nombre que evocaba lo varonil y aventuras apasionantes, como si fuese algo digno de enorgullecerse?

-¿Qué significa INTERRUPTOR?

-Señor presidente, es el método para realizar un ataque de PEM (de pulsión electromagnética). Si se hace explotar un artefacto a gran altitud, no hay nada (ni siquiera aire) que absorba la inicial energía de la detonación y la transforme en energía mecánica, es decir, que no hay onda expansiva. Como consecuencia de ello, la energía se libera en su originaria forma electromagnética. La potencia energética resultante destruye el fluido eléctrico y bloquea las comunicaciones telefónicas. Siempre tuvimos varias bombas preparadas, para hacerlas estallar a gran altitud en la Unión Soviética. Su red telefónica era tan primitiva que habría sido muy fácil destruirla y, además, es un arma casi inocua para la población.

-Entiendo -dijo Ryan.

Jack le devolvió la carpeta al brigada, que la guardó en el maletín. -¿Debo entender que en estos momentos no ocurre nada que justifique un ataque nuclear de ninguna clase? -preguntó Ryan. -Cierto, señor presidente.

-En tal caso, ¿qué pinta ese hombre apostado frente a la puerta de mi despacho?

-No podemos prever todas las contingencias, ¿verdad, señor? -comentó el general.

Ryan comprendió que no debía de ser fácil para el militar tener que replicarle sin titubeos.

-Supongo que no -contestó el mortificado presidente.

La Oficina de Protocolo de la Casa Blanca la dirigía una mujer llamada Judy Simmons, que hasta hacía cuatro meses trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

En su despacho del sótano nadie había parado un momento desde que, a medianoche, llegó ella desde su casa de Burke, en Virginia. Le correspondía la ingrata labor de organizar el funeral más multitudinario de toda la historia de América, una tarea en la que ya habían metido las narices más de cien funcionarios (y aún no era la hora del almuerzo).

La lista de víctimas mortales todavía estaba incompleta, pero el detenido examen de las cintas de vídeo permitía conjeturar con bastante certeza quiénes estaban en la Cámara. Ya tenían preparados los apuntes biográficos acerca de todos ellos (incluso su estado civil, religión, etc.) para poder programar los actos, aunque fuese de modo provisional.

Con independencia de lo que al final decidieran, a Jack le correspondería la triste misión de ser el maestro de ceremonias de un funeral por miles de personas, casi todas desconocidas para él, cuyos seres queridos aún aguardaban a que apareciesen sus cuerpos.

-«Catedral Nacional» -leyó Jack al volver la página.

Habían compilado el número aproximado de confesiones religiosas que, a su vez, determinaría el número de oficiantes que celebrasen el ecuménico servicio religioso.

-Es donde suele celebrarse este tipo de ceremonias, señor presidente -le confirmó una funcionaria visiblemente exhausta-. No habrá espacio para todos los restos... -añadió.

La funcionaria se abstuvo de comentar que uno de los funcionarios de la Casa Blanca sugería celebrar el funeral en el estadio Robert Fitzgerald Kennedy, para que cupiesen todos los cuerpos.

-...pero sí lo habrá para los deudos de los Durling y para una representación de los parientes de las víctimas del Congreso. Nos hemos puesto en contacto con once gobiernos extranjeros para precisar qué diplomáticos estaban presentes. También tenemos una lista provisional de representantes de gobiernos extranjeros que asistirán a la ceremonia.

Ryan le echó una ojeada a la lista que la funcionaria le entregó. Aquello significaba que,

después de las honras fúnebres, tendría que entrevistarse «informalmente» con numerosos jefes de Estado para tratar «informalmente» de innumerables cuestiones. Necesitaría que le redactasen un informe sobre cada reunión. Al margen de lo que cada uno de ellos quisiera o le preguntase, a él lo examinarían con lupa.

Jack ya sabía cómo funcionaban estas cosas. Presidentes, primeros ministros y algún que otro dictador leerían en aquellos mismos momentos informes acerca de su persona. ¿Quién era el tal John Patrick Ryan? ¿Qué podían esperar de él?

Ryan se preguntaba si tendrían una idea más clara sobre él de la que él tenía sobre sí mismo. Probablemente no. Sus agentes de los servicios de inteligencia no debían de ser muy distintos de los que él tenía. De modo, que un alud de estadistas volaría en sus reactores oficiales; en parte, para rendir homenaje al presidente Durling y al gobierno americano y para ver en persona al nuevo presidente, y en parte, para consumo político interno, y porque era su obligación.

Por más terrible que fuese para miles de personas, el acontecimiento sería una actividad más de la política mundial.

Jack sentía ganas de llorar de rabia, pero ¿qué iban a hacer? Los muertos estaban muertos, y por más que se afligiese, no iba a devolverles la vida. Su país y todos los demás países tenían que seguir adelante.

-¿Querrá decirle a Scott Adler que estudie esto?

Alguien tenía que encargarse de concretar cuánto tiempo podría dedicar a cada visita oficial.

-Sí, señor presidente.

-¿Qué clase de discursos tendré que pronunciar? -preguntó Jack.

-Trabajamos en ello, señor. Mañana por la tarde le entregaremos borradores -contestó la señora Simmons.

El presidente Ryan dejó los documentos encima del montón que tenía en la mesa. Cuando la jefa de protocolo se hubo marchado, entró una secretaria, cuyo nombre ignoraba, con un montón de telegramas (los que no le dio tiempo a leer en el cuartel de marines), junto a otra hoja de papel en la que figuraban sus actividades para la jornada, preparada sin consultarle. La secretaria se adelantó para explicárselo al ver que el presidente fruncía el entrecejo.

-Hemos recibido diez mil telegramas y comunicaciones por correo electrónico de... bueno, ciudadanos corrientes -dijo ella.

-¿Y qué dicen?

-En líneas generales, que rezan por usted.

-Ah -exclamó Ryan. En cierto modo esto le sorprendió y lo invitó a ser humilde. Aunque ¿los escucharía Dios?

La lectura de los telegramas oficiales consumió el resto de su jornada.

El país estaba prácticamente paralizado, pese a los denodados esfuerzos del nuevo presidente por estar a la altura del cargo. La banca y los mercados financieros seguían cerrados, al igual que los colegios y muchas empresas.

Las cadenas de televisión habían trasladado equipos móviles, con la plana mayor de sus periodistas, a distintas oficinas de Washington, con lo que se producía el extraño fenómeno de que, en gran parte, trabajasen todos codo con codo. Un ejército de cámaras, instalado en la colina del Capitolio, seguía ininterrumpidamente las operaciones de recuperación de los cuerpos. Los corresponsales tenían que hablar de continuo, aunque no tuviesen nada que decir.

Hacia las 11.00, una grúa retiró los restos de la sección de cola del 747 y la cargó en un tráiler, que la trasladó a un hangar de la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews. Aquél sería el centro de lo que, a falta de una expresión mejor, llamaban «investigación del siniestro». Las cámaras siguieron al vehículo en su recorrido por las calles. Poco después, trasladaron dos de los motores del avión por el mismo procedimiento.

Los «expertos» aventuraban conjeturas sobre lo ocurrido para evitar que sus canales de televisión quedasen en silencio. Esto resultaba difícil ya que, hasta entonces, se habían produ-

Librodot

cido muy pocas filtraciones (quienes investigaban lo ocurrido estaban demasiado ocupados para poder hablar con los periodistas, que, aunque no pudiesen decirlo así, no tenían más «fuente bien informada» que las ruinas hacia las que enfocaban 34 cámaras de distintas cadenas).

Los periodistas entrevistaban a los testigos (con gran sorpresa por parte de todos, ninguna cámara de vídeo captó la llegada del 747). El número pintado en la cola del aparato se veía perfectamente, como pudieron comprobar los periodistas y las autoridades. De inmediato confirmaron que el avión pertenecía a la compañía paraestatal Japan Airlines, así como la fecha exacta en que el aparato salió de la planta de Seattle en la que se fabricaban los Boeing. Varios altos cargos de la compañía concedieron entrevistas en las que quedó claro que el 747-400 pesaba 200 t, vacío. Este peso se duplicaba con el del combustible, los pasajeros y el equipaje. Un piloto de la United Airlines, buen conocedor de aquel modelo de aparato, les explicó a los corresponsales de dos cadenas cómo podía un piloto llegar a Washington y realizar la operación suicida, mientras un colega de la Delta explicaba lo mismo a otros periodistas. Ambos aviadores se equivocaron en algunos detalles, aunque irrelevantes.

-Pero el Servicio Secreto dispone de misiles antiaéreos, ¿no es así? -preguntó un presentador.

-Si uno de esos camiones TIR de dieciocho ruedas va a cien kilómetros por hora y le disparan a uno de los neumáticos, el camión no se detiene, ¿verdad? -contestó el piloto, a quien no pasó inadvertido el enorme esfuerzo mental que, para comprender el ejemplo, tuvo que hacer aquel periodista, pagado a precio de oro, que entendía poco más que lo que le soplaba su teleapuntador-. ¿No cree que trescientas toneladas de avión no se detienen así como así?

-De modo que no había ningún medio para detenerlo, ¿no? -insistió el presentador con el entrecejo fruncido.

-Ninguno en absoluto -repuso el piloto, que se dio perfecta cuenta de que el periodista no había entendido nada. No obstante, no le pareció adecuado aclarárselo más.

Desde su estudio de Nebraska Avenue, el director de la cadena ordenó que las cámaras siguieran a dos miembros de la Guardia Nacional que bajaban con otro cadáver por la escalinata del Capitolio. Un ayudante de dirección permanecía atento a las cámaras, para no perder la cuenta del número de cuerpos recuperados.

Ya se sabía que los cuerpos del presidente Durling y de su esposa habían sido recuperados, y que estaban en el hospital militar Walter Reed para la práctica de la autopsia (exigida por la ley en todo caso de muerte accidental). En los estudios centrales neoyorquinos, la mayoría de las cadenas hacían un montaje con distintos vídeos del presidente Durling para ofrecerlo a lo largo del día. Entrevistaron a compañeros de su partido, pidieron opinión a varios sicólogos -acerca de cómo podrían superar el trauma los hijos de los Durling-, comentaron las consecuencias que aquello podía tener para el país en su conjunto y cómo debía afrontarlo la población.

Casi lo único que no analizaron los telediarios fue el aspecto espiritual. Que muchas de las víctimas creyesen en Dios y asistiesen a los servicios religiosos de vez en cuando, no merecía consumir tiempo en antena. Sin embargo, la presencia de muchas personas en las iglesias sí fue considerada lo bastante noticiosa para que una de las cadenas le dedicase tres minutos (aunque como todas «se hacían» zapping, para ver si se les ocurría algo, las demás cadenas se apresuraron a imitarla).

Todo era una trágica reiteración, se dijo Jack. El número no hacía sino añadir ejemplos individuales, idénticos por su magnitud y horror. Durante todo el día trató de no pensar en ello, pero comprendió que debía sobreponerse y afrontarlo.

Sentados frente al televisor, los hijos de los Durling tuvieron que presenciar horrorizados la destrucción de su mundo. Nunca volverían a ver a sus padres. Los cuerpos estaban demasiado destrozados, y no era aconsejable abrir los ataúdes. No habría último adiós. No habría palabras. Sólo la traumática extirpación de lo que constituía el sostén de sus jóvenes

vidas. ¿Cómo iban a comprender que sus padres no eran sólo sus padres, sino algo más para otros y que, por lo mismo, su muerte la consideró necesaria alguien que no conocía a sus hijos ni le importaban?

Los parientes de los Durling llegaron a Washington -la mayoría, desde California- a bordo de aparatos de las Fuerzas Aéreas. Pese a estar igualmente consternados, tuvieron que sobreponerse debido a la presencia de los hijos. Además, esto sirvió para mantenerlos ocupados y distraerlos un poco del dolor.

Los agentes del Servicio Secreto asignados a JUNIPER y a JUNIOR eran, probablemente, los más traumatizados. Formados para proteger, con tanta ferocidad como hiciese falta, a todo alto cargo, los agentes que cuidaban de los hijos de los Durling -más de la mitad eran mujeres- mostraban la normal solicitud que toda persona tiene hacia un niño. Llegado el caso, no habrían vacilado en dar la vida por ellos (seguros de que el resto de la escolta desenfundaría las armas y dispararía). Los hombres y mujeres de aquella subescolta jugaban con ellos, les hacían regalos por Navidad y para sus cumpleaños y los ayudaban a hacer los deberes. Ahora tenían que despedirse de ellos, de sus padres y de sus colegas.

Ryan se fijó en la expresión de sus caras y tomó mentalmente nota para preguntarle a Andrea si el Servicio Secreto pensaba asignarles un sicólogo.

-No, no han sufrido -dijo Jack, que se sentó para poder mirar a los niños más directamente a los ojos-. No han sufrido en absoluto.

-Bueno... -dijo Mark Durling.

Los niños iban impecablemente vestidos. Una de sus parientes consideró importante que tuviesen el mejor aspecto posible para ir a ver al sucesor de su padre.

Jack oyó una respiración entrecortada, y por el rabillo del ojo vio que se trataba de un agente, que parecía a punto de desmoronarse. Andrea Price lo cogió del brazo y lo condujo hasta la puerta para que los niños no lo vieran tan afectado.

-¿Nos quedamos aquí?

-Sí -les mintió Jack. Aunque, sin duda, era una mentira más que piadosa-. Y si necesitáis algo, sea lo que sea, venís a verme. ¿De acuerdo?

El niño asintió con la cabeza esforzándose por conservar la compostura. Ryan comprendió que era mejor dejarlo ya con sus familiares y le estrechó la mano como a un hombre, aunque hubiese preferido esperar aún muchos años para dejar de tratarlo como a un niño. Para él, los deberes de todo adulto iban a llegar demasiado pronto. Aquel niño necesitaba llorar, y Ryan pensó que, por lo menos de momento, necesitaba llorar a solas.

Al dejar la estancia, Jack vio que el agente que había salido, un hombre de color, alto y de rudo aspecto, sollozaba a pocos pasos de la puerta. Ryan se le acercó.

-¿Está usted bien?

El agente meneó la cabeza, avergonzado de exteriorizar sus sentimientos. Había perdido a su padre en un accidente durante unas maniobras del Ejército en Fort Rucker, cuando él tenía doce años. Andrea Price lo sabía y, acaso por ello, el agente especial Tony Wills, que las había pasado canutas antes de ingresar en el Servicio Secreto, era fantástico para tratar a los niños. Aunque en momentos como aquéllos, la fortaleza se tornaba a menudo en debilidad.

-No debe avergonzarse de sus sentimientos. Yo también perdí a mis padres al mismo tiempo -dijo Ryan con voz cansada-. Fue en el aeropuerto de Midway. Un 737 se estrelló en la nieve al ir a aterrizar. Pero yo ya era mayor cuando ocurrió.

-Lo sé, señor -repuso el agente, que se secó las lágrimas y se irguió-. Ya estoy bien. No se preocupe.

Ryan le dio una palmadita en el hombro y se dirigió hacia el ascensor.

-Sáqueme de aquí en seguida -le dijo a Andrea Price.

El Suburban se dirigió hacia el norte y giró a la izquierda al llegar a Massachusetts Avenue, que conducía al Observatorio Naval y al enorme caserón de relamido estilo victoriano, residencia habitual de los vicepresidentes. También este edificio estaba vigilado por marines,

Librodot

que encabezaban la comitiva presidencial. Jack vio que Cathy lo aguardaba en el porche. Sólo necesitó una mirada.

-¿Ha sido duro, verdad?

Ryan no pudo sino asentir con la cabeza. La abrazó, seguro de que no tardaría en romper a llorar. Miró a los agentes, que ocupaban todo el derredor del vestíbulo, y pensó que tendría que acostumbrarse a su presencia, allí de pie como estatuas, inamovibles testigos de su vida privada.

«Odio este trabajo.»

Pero al general de brigada Marion Diggs le encantaba el suyo. No todo el mundo estaba abatido. La febril actividad que acababan de vivir el cuartel de marines de Washington y la base de Quantico, en Virginia, era casi el pan de cada día en otros establecimientos militares, cuyas dotaciones apenas podían permitirse dormir, por lo menos no todos a la vez. Uno de éstos era Fort Irwin, en California. Situado en la parte alta del desierto de Mojave, era, en realidad, una base en continua expansión y ocupaba ya una superficie mayor que el estado de Rhode Island.

El paisaje era tan desolado que los ecologistas se las veían y se las deseaban para encontrar ecología que llevarse a la boca entre esmirriados arbustos recubiertos de creosota, hasta el punto de que, con un par de copas de por medio, incluso los profesionales más entusiastas confesaban que la superficie de la Luna era más interesante. Pese a ello, no era cuestión de amargarse la vida, pensaba Diggs mientras manoseaba sus prismáticos.

Por allí rondaba una tortuga de una especie, cuya diferencia con la tortuga común le resultaba espinosísimo precisar al general, que los soldados tenían que proteger. Para cumplir con este cometido, recogían toda tortuga que se encontrase en sus inmediaciones y la conducían a un recinto tan grande que probablemente las tortugas no notaban que estuviese vallado.

Por aquellos pagos el recinto era conocido como el más grande burdel galapagar del globo. Esto al margen, todo otro bicho viviente que, pese a las apariencias, pudiese existir allí debía de estar en condiciones de velar por sí mismo. Bien es verdad que, muy de vez en cuando, aparecía y desaparecía un coyote, pero eso era todo. Además, el coyote no era una especie en peligro de extinción.

Quienes sí lo estaban eran los visitantes. Fort Irwin era el centro de instrucción del Ejército Nacional. Los residentes del enclave constituían la FuOp, la «fuerza oponente». Estaba formada por dos batallones, uno de blindados y otro de infantería mecanizada. Se había llamado 32.° Regimiento de Fusileros Motorizados, un nombrecito de raigambre soviética, debido a que, cuando se constituyó, en los años 80, el Centro de Instrucción Nacional tenía la misión de adiestrar al Ejército de EE. UU. para luchar, sobrevivir y vencer en combate contra el Ejército Rojo en las llanuras europeas. Los soldados del 32.° Regimiento vestían uniformes de estilo ruso, conducían vehículos de estilo ruso (aunque como el mantenimiento de los vehículos auténticamente rusos resultaba demasiado difícil, habían adaptado uno americano en forma de soviético), utilizaban tácticas rusas y se enorgullecían de vapulear a toda unidad que acudiese allí a enfrentárseles en ejercicios. En rigor no era justo, porque la Fuerop vivía y se entrenaba allí, y se enfrentaba a no menos de catorce unidades regulares todos los años, mientras que sus oponentes rara vez acudían a esa cita más de una vez cada cuatro años. Pero nadie dijo nunca que la guerra fuese justa.

Con la desaparición de la Unión Soviética, las cosas habían cambiado, pero la misión del CIN no. La FuOp había sido recientemente ampliada a tres batallones -que ahora llamaban «escuadrones» porque la unidad había asumido la identidad del 11.° Regimiento de Caballería y Blindados, que hacía las veces de una brigada enemiga o de formaciones mayores-. La única concesión auténtica a la nueva realidad política era que ya no se llamaban rusos a sí mismos. Ahora se llamaban «krasnovianos», palabra derivada de krasny, que en ruso significa «rojo».

Aunque el teniente general Gennady Iosefovich Bondarenko sabía casi todo esto, de lo del burdel galapagar no lo informaron de antemano. No obstante, tuvo cumplido conocimiento de ello en su primer recorrido por la base, con el regocijo que es de imaginar.

-¿Empezó usted en el cuerpo de señales? -preguntó Diggs.

El comandante de la base era hombre parco en palabras pero de elocuentes ademanes. Vestía un mono de camuflaje para el desierto, de color achocolatado y que llamaban «viruta» por su estampado. También a él lo habían puesto al corriente, aunque, al igual que su visitante, tenía que fingir que no lo sabía.

-Exacto -contestó Bondarenko-. Pero salía de un problema para meterme en otro. Primero Afganistán y, luego, con la incursión de los «muja» en la Unión Soviética. Atacaron una instalación del Centro de Investigación para la Defensa en Tadzhikistán cuando estuve allí de visita. Eran valientes pero estaban mal dirigidos. No tuvimos dificultades para rechazarlos -añadió el ruso con estudiado tono monocorde.

Diggs no tenía más que ver sus condecoraciones para hacerse una idea de su comportamiento. Mandó el escuadrón de caballería que le abrió brecha a la 24ª. División de Infantería Mecanizada de Barry McCaffrey durante la Tormenta del Desierto. Luego, se le encomendó el mando del 10.° Regimiento «Buffalo», que aún tenía su base en el desierto del Néguev, como parte del compromiso norteamericano de defender la seguridad israelí. Ambos tenían 49 años, y ambos eran expertos y ascendentes estrellas en el escalafón.

-¿Existen zonas como ésta en su tierra? -preguntó Diggs.

-Tenemos una variedad increíble -contestó Bondarenko-. Las maniobras, allí, son un auténtico reto, sobre todo hoy en día. Fíjese... -añadió señalando a lo lejos-. Ya han empezado.

El primer grupo de tanques se dirigió hacia un ancho paso en forma de U llamado Valle de la Muerte. El sol se ponía tras las parduzcas montañas y oscurecía rápidamente. También merodeaban por allí los HMMWV de los inspectores, los dioses del CIN, atentos a todo, para valorarlo con la frialdad de la muerte. El CIN era el centro de instrucción más apasionante del mundo. Ambos generales podían haber seguido la batalla desde el centro de mando, instalados en lo que llamaban «Nave de la Guerra de las Galaxias». Los vehículos llevaban un transmisor que comunicaba datos sobre su situación, la dirección que seguían y, caso de abrir fuego, si daban en el blanco o erraban el tiro. A partir de estos datos, los ordenadores del centro de mando transmitían señales para comunicar, a quienes fuesen alcanzados por el fuego enemigo, que acababan de morir, aunque rara vez les dijesen por qué. La razón se la explicaban después los inspectores. Sin embargo, los generales no querían seguir la batalla a través de los monitores de televisión (ya se encargaban de ello los oficiales de Bondarenko, quien prefería seguirla sobre el terreno). Toda batalla transmitía una tensión que hacía vibrar a los generales.

-Sus medios parecen cosa de ciencia-ficción.

-No crea. No han cambiado mucho las cosas en los últimos quince años -dijo Diggs encogiéndose de hombros-. Sólo que ahora tenemos más cámaras de vídeo en las lomas.

EE. UU. vendería gran parte de aquella tecnología a los rusos. Esto le resultaba un poco difícil de aceptar a Diggs, que no combatió en Vietnam porque por entonces era demasiado joven. Pertenecía a la primera generación de oficiales de carrera que se libró de aquel conflicto. Pero Diggs se había preparado durante toda su vida para algo muy concreto: luchar contra los rusos en Alemania. Oficial de caballería a lo largo de su carrera, llegado el caso, formaría parte de uno de los primeros regimientos que se desplegasen -brigadas ampliadas, en realidad- y que serían los primeros en entrar en contacto con el enemigo.

Diggs recordaba que, más de una vez, todo apuntaba a que iba a encontrar la muerte en Fulda Gap, frente a alguien semejante al hombre que tenía ahora al lado, con quien la noche anterior se trajinaron seis botellas de cerveza charlando acerca de cómo se reproducían las tortugas.

-Pero pese a lo mucho que promete... -dijo Bondarenko con una maliciosa sonrisa. Porque los americanos creían que los rusos no tenían sentido del humor, y quería aprovechar la visita para demostrarles que estaban equivocados.

Diggs tardó unos instantes en adivinar por dónde iba la cosa.

-... sólo se saca de este mundo...

-Lo que se mete -apostilló el ruso.

Librodot

Ambos se echaron a reír. La primera vez que le contaron la «gracia» favorita de la base, Bondarenko tardó medio minuto en encontrársela, y le dio tal ataque de risa que le dolía el estómago.

-Así debería ser la guerra -dijo cuando logró serenarse.

-Pero no crea que falta tensión. Espere y verá.

-¡Utilizan ustedes nuestras tácticas!

Resultaba evidente que así era con sólo ver el despliegue de la cobertura de la vanguardia en el valle.

-¿Por qué no? A mí me dieron resultado en Irak -replicó Diggs.

El escenario de aquella noche -la primera batalla de la serie programada- fue dura: los «rojos» atacaban, avanzaban hasta la toma de contacto, para eliminar la cobertura de la avanzadilla de reconocimiento de los «azules».

En esta ocasión, los «azules» se encuadraban en una brigada de la 5ª. División Mecanizada, que era la que dirigía la febril defensa. La idea general era que se trataba de una situación táctica muy fluida. El 11.0 Regimiento de Caballería y Blindados simulaba el ataque de una división contra un contingente de refresco de aproximadamente un tercio de los efectivos que tenía en realidad. Sin duda, era la mejor manera de darles la bienvenida al desierto. Vamos, a morder el polvo.

-¡Vamos! -exclamó Diggs después de subir al asiento de atrás de su HMMWV.

El chofer se dirigió hacia un altozano llamado «Triángulo de Hierro». Un breve mensaje radiado por su comandante en jefe hizo que el general torciese el gesto.

-¡Maldita sea! -gritó.

-¿Qué ocurre? -preguntó Bondarenko.

-Esa loma es la propiedad privada más importante del valle -dijo el general Diggs mostrándole el mapa-. Pero no la han visto. Y ese despiste lo van a pagar. Siempre caen en lo mismo -añadió mientras los hombres de la FuOp corrían ya hacia la desocupada loma.

-¿Es prudente que los «azules» avancen tanto, y tan de prisa? -General, lo que no sería prudente es no hacerlo, como no tardará en comprobar.

-¿Por qué no ha hablado más? ¿Por qué no ha aparecido más en público?

El jefe de inteligencia podía haber contestado muchas cosas. No cabía duda de que el nuevo presidente norteamericano tenía mucho que hacer. El gobierno de su país estaba diezmado y, antes de poder hablar, había que recomponerlo. Tenía un funeral de Estado que organizar. Debía hablar con numerosos gobiernos extranjeros para darles las habituales garantías. Necesitaba apuntalarlo todo, sin olvidar su propia seguridad personal. La Secretaría de la Presidencia, que agrupaba a los principales consejeros del presidente, había desaparecido y, por tanto, había que reconstituirla...

Pero eso no era lo que quería oír Daryaei.

-Hemos investigado acerca del tal Ryan -le contestó el jefe de su servicio de inteligencia.

Y lo habían hecho, aunque casi exclusivamente a partir de artículos de prensa (muchísimos, eso sí) que la delegación de su gobierno en las Naciones Unidas les había hecho llegar por fax.

-Ha pronunciado muy pocos discursos hasta la fecha y, además, siempre lo ha hecho para exponer el pensamiento de sus superiores. Fue oficial de los servicios de inteligencia, un excelente «analista». Pero nada más.

-¿Por qué lo elevó Durling tanto?

-Eso comentaban ayer los periódicos norteamericanos. Su forma de gobierno exige una vicepresidencia que, en la práctica, tiene muy escaso poder pero trabaja mucho. Durling quería a alguien que reforzase su equipo de Exteriores, y en esto Ryan tenía bastante experiencia. Recuerde que actuó con gran eficacia en el conflicto con Japón.

-De modo que se trata de un... asesor más que de un líder.

-Exacto. Nunca ambicionó un alto cargo. Según nuestros informes, aceptó la vicepresidencia con carácter interino, por menos de un año.

-No me sorprende -dijo Daryaei mirando sus notas: secretario del vicealmirante James Greer, director adjunto de la CIA; director en funciones de la CIA durante un breve período; posteriormente, director adjunto de la CIA; luego, consejero de Seguridad Nacional del presidente Durling. Después, aceptaba provisionalmente la vicepresidencia.

La opinión que Daryaei se formó de aquella persona fue correcta desde el primer momento: era un ayudante. Quizá con talento, como lo tenían muchos de sus colaboradores, pese a lo cual ninguno de ellos estaba capacitado para asumir el cargo que él ocupaba. No iba a tener que tratar con un igual. Bien.

-¿Qué más? -preguntó Daryaei.

-Como especialista en inteligencia, debe de saber de política internacional mucho más de lo corriente. En realidad, su conocimiento de estas cuestiones debe de estar muy por encima del que haya tenido nadie en Estados Unidos en los últimos años, pero al precio de ser casi un ignorante en cuestiones internas -añadió el oficial que, con sus últimas palabras, no hacía sino repetir lo que acababa de publicar el New York Times.

-Vaya, vaya...

Y con esta somera información empezaron a urdir sus planes. En aquellos momentos no pasaba de ser un ejercicio intelectual, aunque pronto dejaría de serlo.

-Bueno... ¿Qué tal van las cosas en su ejército? -preguntó Diggs.

Los dos generales estaban de pie en lo alto de la única elevación del terreno digna de tal nombre, observando el desarrollo de la batalla con prismáticos especiales para condiciones de baja luminosidad.

Tal como era previsible, el 32.° (Bondarenko tenía que pensar en ellos en estos términos) había arrollado la cobertura de la avanzadilla de reconocimiento de los «azules», había maniobrado hacia la izquierda y hacía estragos en la brigada «enemiga». A falta de bajas reales, era una gozada ver parpadear la luz amarilla cada vez que liquidaban a uno.

En fin... Tenía que contestar a la pregunta.

-Horrible. Nos han arrasado.

-Bueno, a eso quería ir yo a parar -dijo Diggs. «Por lo menos no tiene uno que vender drogas», pensó el americano, que recordaba sus tiempos de brigada, siempre temeroso de entrar en los barracones sin su machete. Si los rusos hubiesen hecho su movida a principios de los 70...-. ¿Están de verdad interesados en nuestro modelo?

-Quizá -contestó Bondarenko.

Lo único que los americanos pasaron por alto -y acertaron- fue que los «rojos» dejaron la iniciativa táctica a sus comandantes de subunidades, algo que el Ejército soviético no hubiese hecho nunca. Pero combinado con la doctrina desarrollada por la Academia Vorochílov, los resultados estaban a la vista. Esto era algo a tener en cuenta. Bondarenko se había saltado las normas muchas veces en los campos de batalla (ésa era una de las razones de que fuese un teniente general vivo en lugar de un coronel muerto). Era, además, el recién nombrado jefe de operaciones del Ejército ruso.

-El problema es el dinero -añadió Bondarenko.

-Ya he oído antes esa canción, general -dijo Diggs, que se permitió una cruel risita.

Bondarenko tenía la réplica preparada. Quería reducir los efectivos de su ejército al 50%. El dinero que ahorrase lo destinaría íntegramente a dotar de más medios y de mejor preparación a la otra mitad. El resultado de semejante plan podía verlo allí mismo. Tradicionalmente, el Ejército soviético se apoyaba en el número, pero los americanos demostraron, tanto allí como en Irak, que los medios técnicos y la preparación de la tropa y de la oficialidad era lo que ganaba las batallas. La envidia no era tanto porque el material fuese mejor (sobre la adquisición de material hablarían al día siguiente), sino por los efectivos humanos. Buena prueba de ello la tuvo nada más pensarlo.

Librodot

-¿General? -dijo el recién llegado, que lo saludó con cara de satisfacción-. Los hemos dejado en calzoncillos.

-Le presento al coronel Al Hamm, comandante en jefe del Vigésimo Regimiento. Es su segundo período de instrucción aquí. Fue oficial de operaciones de la FuOp. No juegue a las cartas con él -le advirtió Diggs.

-El general es demasiado amable. Bien venido al desierto, general Bondarenko -lo saludó Hamm tendiéndole su manaza.

-Su ataque ha estado bien ejecutado, coronel -le dijo el ruso mirándolo escrutadoramente.

-Gracias, señor. Tengo hombres formidables. Los «azules» han estado dubitativos. Los hemos cogido entre dos fuegos -explicó Hamm.

El coronel parecía un ruso, pensó Bondarenko, alto y fuerte, tez pálida y vivos ojos azules. Para aquella ocasión, Hamm llevaba su viejo uniforme estilo ruso, sin olvidar la estrella roja en el casco de tanquista y el cinturón por encima de su largo blusón. No es que aquello hiciese al ruso sentirse como en casa, pero agradeció el respeto que los americanos mostraban hacia sus compatriotas.

-Tenía usted razón, Diggs. Los «azules» debían haber hecho lo imposible por llegar aquí los primeros. Pero usted los ha obligado a partir desde tan atrás que han desestimado la opción.

-Ése es el problema de luchar en un campo de batalla predeterminado -se adelantó a contestar Hamm-. No puedes elegir el terreno. Ésta es la primera lección para los muchachos de la Quinta División Mecanizada. Dejar que el enemigo imponga el escenario no tiene mucha gracia, la verdad.

5

PREPARATIVOS

Sato y su copiloto habían donado sangre para los heridos de la breve guerra contra EE. UU., pero como, gracias a Dios, el número de bajas fue ínfimo, no hubo necesidad de utilizarla.

La investigación informática la llevó a cabo la Cruz Roja japonesa. La policía obtuvo muestras que envió a Washington a través de un correo especial, a bordo de un VC-20 de las Fuerzas Aéreas, vía Vancouver (porque, como es natural, aún no se permitía a los aviones comerciales japoneses sobrevolar el espacio aéreo de EE. UU., ni siquiera en Alaska).

El correo fue un alto oficial de la policía, que llegó con un maletín de aluminio sujeto a su muñeca izquierda con unas esposas. Tres agentes del FBI lo recibieron en la base de Andrews y lo condujeron en coche hasta el edificio Hoover, situado en Pennsylvania Avenue.

El laboratorio de ADN del FBI se hizo cargo de las muestras para compararlas con la sangre y otros tejidos de los cadáveres. La comparación de los grupos sanguíneos coincidió con las conclusiones que se habían adelantado. Pese a ello, tratarían los datos como si fuesen únicos y leves indicios del más desconcertante de los casos.

Dan Murray, el director en funciones, no era precisamente un esclavo del reglamento cuando de investigaciones penales se trataba. Pero dadas las circunstancias del caso, el reglamento era para él como las Sagradas Escrituras. Contaba con la estrecha colaboración de Caruso, que, tras interrumpir sus vacaciones, trabajaba las veinticuatro horas del día para cubrir la parte de la investigación asignada al FBI; de Pat O'Day, en calidad de inspector itinerante, y de varios centenares de agentes.

Murray se entrevistó con el representante japonés en la sala de conferencias del director. También a él, como le ocurrió a Jack Ryan, le resultó difícil trasladarse de inmediato al des-

pacho de su antecesor en el cargo, Bill Shaw.

-Llevamos a cabo nuestras propias pruebas -le comunicó el inspector jefe Jisaburo Tanaka mirando sus relojes (optó por llevar dos, uno con la hora de Tokyo y otro con la de Washington)-. Nos enviarán los resultados por fax en cuanto los tengan -añadió abriendo el maletín-. Aquí está nuestra reconstrucción del servicio del capitán Sato durante la última semana, así como notas sobre entrevistas con familiares y amigos suyos, y un resumen de su biografía.

-Han trabajado ustedes de prisa. Estamos muy agradecidos -dijo Murray, que cogió el informe no muy seguro de qué hacer a continuación. Estaba claro que Tanaka quería contarle algo más.

Murray y Tanaka no se conocían, pero lo que le habían contado sobre su visitante impresionaba. Era un investigador con talento y experiencia que estaba especializado en casos de corrupción política, de los que no daba abasto. Tenía el cromwelliano talante de los policías que se movían en ese terreno, hasta el punto de convertirse en una especie de inquisidor que no hubiese dudado en llevar al culpable a la hoguera.

-Pueden contar ustedes con nuestra total colaboración. Incluso si desean enviar a un alto funcionario que supervise nuestra investigación, estoy autorizado a decirle que accederemos con mucho gusto.

Tanaka se interrumpió unos instantes y miró hacia el suelo antes de proseguir.

-Esto ha sido una desgracia para mi país -continuó el japonés-. Que nos hayan utilizado a todos de esta manera...

Para ser representante de un país erróneamente considerado poco dado a exteriorizar sus emociones, Tanaka era toda una sorpresa. Le temblaban las manos y le brillaban los ojos de ira. A través de la ventana de la sala de conferencias, que daba a Pennsylvania Avenue, veían los destrozos que el siniestro había causado en el Capitolio, todavía iluminado por los focos de las brigadas de obreros.

-El copiloto fue asesinado -dijo Murray, convencido de que decirlo en seguida facilitaría la conversación.

-¿Ah, sí?

-Apuñalado -confirmó Dan-. Y, por lo visto, antes del despegue. A juzgar por los primeros indicios, Sato actuó en solitario.

El laboratorio determinó que el arma utilizada fue un cuchillo para trinchar, de hoja muy fina y dentada, como los que utilizaba la compañía. Pese a su larga experiencia en la investigación de todo tipo de crímenes, Murray aún se sorprendía de que los técnicos de los laboratorios fuesen capaces de precisar detalles así.

-Ya. Encaja -dijo Tanaka-. La esposa del copiloto está encinta; espera gemelos. Está en el hospital en período de observación. A tenor de la información que tenemos, el copiloto era un buen esposo y hombre sin marcada ideología política. Mis hombres consideran muy improbable que quisiera suicidarse.

-¿Tenía Sato algún tipo de vinculación...?

-Ninguna, que sepamos -contestó Tanaka-. Llevó en su avión hasta Saipan a uno de los conspiradores y hablaron brevemente. Pero esto no tiene nada de extraño, porque Sato era un piloto de líneas internacionales. Sus amigos eran sus colegas. Llevaba una vida ordenada, en una modesta casa de las inmediaciones del aeropuerto internacional de Narita. Su hermano era un alto oficial de las Fuerzas de Defensa Marítima y su hijo piloto de combate. Ambos murieron durante las hostilidades.

Murray ya conocía este dato. «Tuvo el motivo y la oportunidad.» Tomó nota para pedirle al agregado de asuntos jurídicos de la embajada de Tokyo que colaborase con los japoneses en la investigación, aunque tendría que pedir la aprobación de los ministerios de Justicia o de Exteriores, o pudiera ser que de ambos. La disposición japonesa a colaborar parecía sincera.

-Me encanta el tráfico -dijo Chávez.

Se dirigían hacia la interestatal 95 por el paseo Springfield. Normalmente, a primera

Librodot

hora de la mañana la autopista iba atestada de coches de funcionarios y de ejecutivos. Pero aunque aquel día no era así, esto no fue obstáculo para que a John y a Ding les ordenaran presentarse donde debían, recordándoles lo «esenciales» que eran, por si acaso lo ponían en duda.

Como Clark continuó en silencio, su joven ayudante continuó.

-¿Qué tal cree que debe de estar haciéndolo Ryan?

-Probablemente, de maravilla -masculló John encogiéndose de hombros-. Mejor que yo, desde luego.

-Clarísimo, señor C. Todos mis amigos del George Mason lo van a pasar en grande.

-¿Tú crees?

-Verá, John, ha de recomponer todo un gobierno. Será un caso real que pasará a los libros de texto. Nadie ha tenido que afrontar nunca algo semejante. ¿Sabe lo que vamos a averiguar?

-Si el cargo sirve para algo.

Los llamaban para que informasen sobre su misión en Japón. Resultaba algo espinoso. Aunque Clark tuviese mucha experiencia, no le hacía ninguna gracia contarles a otros las cosas que había hecho.
Él y Ding habían matado -y no era la primera vez- y ahora tendrían que describírselo con detalle a personas que, en su mayoría, no empuñaron jamás un revólver. Pese al juramento de guardar el secreto, algunas de estas personas podían irse de la lengua algún día, lo que, como mínimo, provocaría que tuvieran que hacer embarazosas declaraciones a la prensa. Por otra parte, tendrían que declarar bajo juramento ante una comisión del Congreso (aunque no de inmediato, matizó John para sus adentros). Habrían de contestar a preguntas de personas que entendían tan poco como los chupatintas de la CIA, que se sentaban frente a sus mesas y se dedicaban a juzgar a los activistas que se ganaban la vida... jugándosela.

Lo peor que podía ocurrirles era que los procesasen, pues aunque nada de lo que hicieron era ilegal, tampoco era legal. La Constitución y el Código Penal, con sus numerosas modificaciones, no armonizaban con las actividades que el gobierno llevaba a cabo, aunque no se reconociese abiertamente. Y aunque tenía claras estas y otras muchas cosas, su concepto de lo que en su actividad era moralmente aceptable no a todos les parecería razonable.

Sólo le cabía la esperanza de que Jack lo comprendiese.

-¿Qué hay de nuevo esta mañana? -preguntó Ryan.

-Esperamos que las operaciones de recuperación de los cuerpos terminen esta tarde, señor -le contestó Pat O'Day, a quien le correspondió presentar aquella mañana el diario informe del FBI.

Comentó que Murray estaba ocupado y le pasó la carpeta con la lista de cuerpos recuperados. Ryan le echó una rápida ojeada.

¿Cómo demonios iba a poder desayunar con todo aquello delante?, se preguntó el presidente. Por suerte, en aquellos momentos sólo tomaba café.

-¿Qué más?

-Parece que todo empieza a encajar. Creemos haber recuperado el cuerpo del copiloto. Lo asesinaron horas antes del accidente, lo que nos induce a pensar que el piloto actuó en solitario. Haremos pruebas de ADN de los restos para confirmar la identidad de ambos -explicó el inspector que, en lugar de fiarse de su memoria, leía sus notas-. Los análisis para detectar la presencia de drogas o de alcohol en la sangre de ambos han dado negativo, y la investigación de la «caja negra», con las grabaciones de las voces de la cabina y de las torres de control, encaja en la misma idea: el piloto actuó por su cuenta. Dan está ahora mismo reunido con un alto cargo de la policía japonesa.

-¿Cuál es el siguiente paso?

-Será una investigación de... libro. Lo reconstruimos todo: lo que Sato, que así se llama el piloto, hizo a lo largo del último mes, aproximadamente. Y de ahí partiremos: grabaciones de contestadores automáticos, lugares a los que fue, a quiénes vio, amigos o familiares, anota-

ciones en diarios, caso de haberlos; todo aquello que encontremos. Lo que queremos es hacernos una idea cabal de su personalidad y determinar si participaba de una hipotética conspiración. Llevará tiempo, porque se trata de una investigación exhaustiva.

-¿Cuál es su opinión personal? -preguntó Jack.

-Que ha sido alguien que actuaba en solitario -reiteró O'Day, aunque ahora en un tono más tajante.

-Es demasiado prematuro sacar conclusiones -objetó Andrea Price.

-No se trata de una conclusión -replicó O'Day-. El señor presidente me ha pedido mi opinión personal. Llevo algún tiempo dedicado a la investigación, y esto tiene toda la pinta de ser un caso de deliberado impulso criminal. No hay más que pensar, por ejemplo, en el modo en que fue asesinado el copiloto. Ni siquiera se molestó en sacar el cuerpo fuera de la cabina. Se... excusó ante la víctima en el mismo instante de haberla apuñalado, como consta en la cinta.

-¿Deliberado impulso criminal? -exclamó Andrea como para insinuar que era una expresión contradictoria.

-Los pilotos de líneas aéreas son personas muy organizadas -contestó O'Day-. Cosas que serían complicadísimas para un profano, para ellos resultan tan sencillas como abrocharse la camisa. La mayoría de los asesinatos los cometen personas perturbadas que logran su objetivo con ayuda de la suerte. En este caso, por desgracia, se trataba de una persona muy equilibrada que tuvo esa suerte. Por lo menos, a eso apuntan los datos de que disponemos.

-¿Qué deberían encontrar ustedes para pensar en una conspiración? -preguntó Jack.

-Señor, incluso cuando se dan las circunstancias más favorables, resulta muy difícil que una conspiración criminal tenga éxito...

Andrea enarcó las cejas y fue a interrumpir de nuevo, pero el inspector no se dejó atajar.

-... El problema está en la propia naturaleza humana. Incluso las personas más equilibradas propendemos a alardear. Nos gusta hacer confidencias que muestren lo inteligentes que somos. La mayoría de los delincuentes acaban en prisión por fanfarronear. En este caso no se trata de un atraco, pero el principio es el mismo. Organizar cualquier delito requiere tiempo y exige hablar de ello y, como consecuencia, se producen filtraciones. Luego, está el problema de elegir al «autor material». Pues bien: aquí no se ha dispuesto de tiempo, ya que la sesión conjunta de ambas cámaras se convocó demasiado tarde para que nadie tuviese tiempo de entrar en conversaciones. La naturaleza del asesinato del copiloto apunta claramente a un método decidido sobre la marcha. Un cuchillo es menos seguro que una pistola; y un cuchillo de mesa no es una buena arma, porque puede doblarse o romperse con facilidad si choca con una costilla.

-¿Cuántos asesinatos ha investigado usted? -preguntó Andrea Price.

-Bastantes. He asesorado en muchos casos aquí en el distrito de Columbia. La brigada criminal de Washington apoya las investigaciones de los departamentos de policía de las distintas poblaciones del distrito. Pero a lo que iba: para que Sato fuese el «autor material» dentro de una conspiración, tenía que haberse reunido con otras personas. Podemos analizar su tiempo libre, y lo haremos con la colaboración de los japoneses. No obstante, hasta ahora no aparece un solo indicio en este sentido. Por el contrario: todo apunta a que el criminal vio la oportunidad sobre la marcha y sintió el impulso de aprovecharla.

-¿Y si no fue el piloto quien...?

-Señora Price: las cintas de la cabina grabaron las voces desde antes de que el avión despegase de Vancouver. Las hemos analizado en nuestros laboratorios. Es una cinta digital, y la calidad del sonido es excelente. La misma persona que despegó del aeropuerto de Narita fue la que lo estrelló aquí. ¿Cómo no iba a darse cuenta el copiloto de que no era Sato quien volaba con él? Y, por pasiva, si el piloto y copiloto iban a ser sacrificados y, por lo tanto, formaban parte de una conspiración desde el principio, ¿por qué iban a asesinar al copiloto antes del despegue desde Vancouver? Los canadienses han interrogado a los controladores y los miembros de las dotaciones de tierra, y todos aseguran que los tripulantes eran quienes decían

ser. Las pruebas de ADN lo demostrarán, sin lugar a dudas.

-Es usted muy persuasivo, inspector -señaló Ryan.

-Señor, esta investigación será bastante compleja, porque son muchos los datos que hay que comprobar, pero el meollo de la cuestión es muy sencillo. Es dificilísimo falsificar pruebas en el lugar del crimen. Podemos hacer muchísimas cosas. ¿Es teóricamente posible manipular las pruebas de manera que logren engañar a nuestros hombres? -preguntó retóricamente O'Day-. Sí, señor. Es posible. No obstante, hacerlo requeriría meses de preparativos, y no disponían de meses. Todo esto conduce, una y otra vez, al mismo razonamiento: cuando se tomó la decisión de convocar la sesión conjunta de las cámaras, el avión sobrevolaba ya el Pacífico.

Muy a su pesar, Andrea Price no pudo replicar a este argumento. Había indagado rápidamente por su cuenta acerca de Patrick O'Day. Emil Jacobs volvió a crear el puesto de inspector itinerante hacía años, para poder contar con buenos policías más interesados en investigar sobre el terreno que en dirigir. O'Day era un agente para quien dirigir una brigada, por ejemplo, no tenía mucho atractivo. Formaba parte de un pequeño grupo de expertos investigadores que hacían trabajo de calle para el director. Era un buen policía que detestaba el trabajo de mesa. Andrea Price tuvo que reconocer que sabía cómo enfocar una investigación. Además, tenía la ventaja de situarse al margen de potenciales intrigas que deformasen las cosas en aras de un ascenso. El inspector se había presentado en la Casa Blanca con una desvencijada furgoneta -¡si hasta llevaba botas de vaquero!, se dijo Andrea- y, probablemente, le seducía tanto hacerse publicidad como contraer la viruela loca.

De modo que aunque el director adjunto en 'funciones, Tóny Caruso, fuese nominalmente el responsable de la investigación, que informaría al Ministerio de Justicia, Patrick O'Day atajaría e informaría directamente a Murray, quien, a su vez, exhibiría a O'Day ante el presidente para ganar puntos. Andrea consideraba a Murray un hábil maniobrero. No en vano Bill Shaw lo utilizaba como su mediador personal. Y la lealtad de Murray iría en beneficio de la institución del FBI. La verdad era que no podía tener mejores asideros, reconoció Andrea. Para O'Day era aún más sencillo: investigaba crímenes para ganarse la vida, y aunque diera la impresión de precipitarse en sus conclusiones, no podía actuar con mayor ortodoxia. No había que subestimar el corporativismo de los mejores. Siempre se sacaban un as de la manga. Aunque eso sí, O'Day nunca llegaría a ser miembro de la escolta presidencial, se consoló Andrea Price.

-¿Qué tal han ido las vacaciones?

Mary Pat Foley debía de haber llegado muy temprano o se había quedado a trabajar hasta muy tarde, se dijo Clark.

De nuevo volvió a pensar que, de entre todos los altos cargos del gobierno, el presidente Ryan era quizá quien más dormía, por poco que durmiese. Era una mala manera de conducir una nave. Sencillamente, porque el personal no rendía cuando no descansaba lo necesario durante un período de tiempo demasiado largo. Esto era algo que le había costado caro aprender en su trabajo como activista, aunque no había más que darle a uno una poltrona para que lo olvidase de inmediato (cosas tan pedestres como el factor humano se difuminaban en la bruma del olvido). Luego, al cabo de un mes, se preguntarían por qué puñeta lo habrían hecho todo tan mal. Pero esto solía ocurrir después de que algún pobre desventurado se dejase la vida en alguna misión.

-¿Cuánto hace que durmió por última vez, Mary Pat?

Pocas personas podían hablarle en estos términos, pero John fue su instructor, aunque hubiese llovido mucho desde entonces.

-Mire, John, no es usted judío -contestó ella con una leve sonrisa-. Ni es usted mi madre.

-¿Dónde está Ed? -preguntó Clark mirando en derredor.

-En estos momentos vuela hacia aquí desde el golfo Pérsico. Tenía una conferencia en Arabia Saudí -repuso ella.

Aunque ella ocupase un cargo superior al de su esposo, la cultura saudí no estaba en condiciones de aceptar como interlocutor -como interlocutora, se corrigió John- a una abeja reina. Además, probablemente, a Ed Foley se le daban mejor las conferencias.

-¿Algo que me convenga a mí saber? -preguntó John.

-Cuestiones de rutina. Y bien, Domingo, ¿ha hecho ya la petición?

-Está en plan duro esta mañana, ¿eh? -exclamó Clark antes de que Ding abriese la boca.

Chávez se limitó a sonreír. El país podría estar pasando por difíciles momentos, pero había cosas más importantes.

-Podría ser peor, señor C. No soy abogada, ¿verdad que no?

-Pues... nadie lo diría -masculló John, que pensó que ya había llegado el momento de ir al grano-. ¿Qué tal lo está haciendo Jack?

-Estoy citada con él después del almuerzo, pero no me sorprendería que anulasen la entrevista. El pobre hombre debe de sentirse enterrado en vida.

-¿Es verdad lo que dicen los periódicos acerca de cómo ha ascendido?

-Sí. De modo que tenemos a un Kelly Girl por presidente -dijo la directora adjunta de Operaciones con cara de refocilarse con una «gracia» que sólo ella conocía-. Analizaremos exhaustivamente las potenciales amenazas. Quiero que ustedes dos colaboren.

-¿Por qué nosotros? -preguntó Domingo Chávez.

-Porque estoy harta de que tenga que hacerlo todo la dirección de Inteligencia. Les voy a decir lo que ocurrirá: ahora tenemos un presidente que conoce nuestro trabajo. Vamos a poder reivindicar todo lo de Operaciones. Me bastará coger el teléfono, hacer una pregunta y obtener una respuesta comprensible.

-¿PLAN AZUL? -preguntó Clark.

-Sí -contestó Mary Pat.

«Plan Azul» fue su última función antes de dejar el centro de instrucción de la CIA, conocido como «la Granja», cerca del arsenal de armas nucleares que tenía la Armada en Yorktown, Virginia. En lugar de contratar a una pandilla de intelectuales de la Ivy League (daba igual que procediesen de Harvard, de Yale o de Princeton, y que, además de lumbreras, fuesen consumados atletas, aunque por lo menos ahora ya no fumasen en pipa), él propuso que la CIA reclutase agentes de policía, inspectores acostumbrados a los servicios de calle. Los policías, argumentaba él, sabían cómo utilizar a los confidentes, no había que enseñarles las argucias de la calle y sabían cómo sobrevivir en zonas peligrosas. Esto ahorraría muchos millones de dólares en formación y, probablemente, daría mejores activistas. A esta propuesta le dieron carpetazo dos sucesivos directores adjuntos de Operaciones. Pero Mary Pat estaba al corriente de ella desde el principio y aprobaba la idea básica.

-¿Cree que podrá hacer que lo apruebe? -preguntó John Clark.

-Usted me va a ayudar a conseguirlo, John. Fíjese en cuánto ha progresado nuestro amigo Domingo.

-¿Insinúa que aún no estoy del todo rodado para la acción? -dijo Chávez.

-No, Ding, eso sólo es aplicable en relación a su futuro -se permitió decir la señora Foley-. Ryan estará de acuerdo. No es muy entusiasta del director. Bueno, de momento, quiero que ustedes dos me informen sobre la operación SÁNDALO.

-¿Qué hay de nuestra cobertura? -preguntó Clark, que no necesitaba explicar lo que quería decir.

Mary Pat no tuvo nunca que despeinarse en misiones de activista (era una espía, no una paramilitar de Operaciones), pero lo entendía perfectamente.

-Usted cumplía órdenes presidenciales, John. Y con eso no hacía más que ceñirse al reglamento. Nadie va a poner en entredicho lo que ustedes hicieron, sobre todo por lo que a salvar a Koga se refiere. Ambos serán condecorados por ello. El presidente Durling se proponía recibirlos y entregarles las medallas personalmente en Camp David. Supongo que Jack querrá hacer lo mismo.

«¡Formidable!», pensó Chávez, aunque ni siquiera parpadeó, pues, por halagador que

Librodot

fuese, no era precisamente en aquello en lo que había estado pensando durante las tres horas que duró el trayecto en coche desde Yorktown.

-¿Cuándo empezarán las reuniones para el análisis de amenazas potenciales? -preguntó Ding.

-Por lo que a nosotros respecta, mañana mismo. ¿Por qué? -dijo Mary Pat.

-Porque me parece que vamos a estar muy ocupados, señora -aventuró Ding.

-Confío en que se equivoque -replicó ella sonriente.

-Tengo dos intervenciones programadas para hoy -dijo Cathy echándole un vistazo al bufet del desayuno.

Como no sabían lo que les gustaba desayunar a los Ryan, les prepararon un poco de todo. Sally y el pequeño Jack estaban encantados de que no hubiese colegio. La pequeña Katie, que acababa de ingresar en el club de masticadores, mordisqueaba una loncha de bacon que enarbolaba en una mano, mientras que con la otra trataba de alcanzarse una tostada con mantequilla.

Para los niños, lo inmediato tiene la mayor importancia. Sally tenía ya quince años (aunque su padre se lamentase, a veces, de que pareciese rondar los treinta). Ella era quien más cuenta se daba de la situación, aunque, por el momento, su mayor preocupación era cómo iba a afectar a su vida social. Para todos ellos, sin embargo, papá seguía siendo papá, con independencia del cargo que ocupase. Ya se percatarían de que no era así, como Jack tenía perfectamente claro. Pero... cada cosa a su tiempo.

-No contábamos con eso -dijo Jack, que se sirvió huevos revueltos y bacon porque necesitaba mucha energía para la jornada.

-Mira, Jack, el trato fue que yo podría seguir con mi trabajo, ¿lo recuerdas?

-¿Señora Ryan? -intervino Andrea Price, siempre pegada a ellos como un ángel de la guarda, aunque con pistola automática-. Aún no tenemos atados todos los cabos respecto de la organización de la seguridad y...

-Jack... Mis pacientes me necesitan. Bernie Katz y Hal Marsh pueden sustituirme en muchas cosas. Sin embargo, hoy, uno de mis pacientes necesita que lo vea yo. Además, he de preparar las intervenciones, que tengo... dijo mirando el reloj- dentro de cuatro horas.

Era cierto. A Jack no le cabía duda. La doctora Caroline Ryan era una eminencia de la oftalmología y una virtuosa en las intervenciones con láser. Acudían de todo el mundo para verla operar.

-Pero es que como los colegios... -empezó a decir Ryan, que se interrumpió al comprender que en nada afectaba a su trabajo el cierre de las escuelas.

-No podemos enviar a los pacientes a casa -argumentó ella- Lo siento. Ya sé lo complicadas que están las cosas para todo el mundo, pero yo también tengo personas que dependen de mí y he de estar a su lado.

Cathy miró los rostros de los adultos congregados en la cocina como en busca de apoyo. Los miembros del personal que trabajaba en la cocina -suboficiales de la Armada- iban de un lado para otro como estatuas móviles, fingiendo no oír nada. Los agentes del Servicio Secreto observaban con cara inexpresiva, algo incómodos.

La primera dama era, teóricamente, una colaboradora de su esposo que trabajaba gratis. Ésta era una norma que habría que cambiar algún día. Tarde o temprano habría una mujer presidente, y eso iba a modificar muchas cosas, algo de lo que todos estaban al cabo de la calle, aunque hubiesen optado por ignorarlo hasta aquel momento de la historia americana.

El arquetipo de esposa de político era el de una mujer que aparecía sonriente junto a su esposo, lo miraba con adoración y, de vez en cuando, pronunciaba unas palabras muy estudiadas, que hacían más soportable el tedio de la campaña y de los brutales apretones de manos (Andrea Price tenía claro que Cathy Ryan no iba a exponer sus manos de cirujana a semejante tratamiento). Pero aquella primera dama tenía una verdadera profesión. Es más: era una eminencia a quien estaban a punto de conceder el premio Lasker (pues aunque la cena en la que

Librodot

se decidía el premio aún no se había celebrado, se daba por seguro que pronto podría colocar Cathy la placa en la repisa de su chimenea). Y por lo poco que Andrea Price sabía acerca de Cathy Ryan, era una mujer entregada a su profesión y no sólo a su esposo.

Con todo, por más admirable que fuese, sería una auténtica pejiguera para el Servicio Secreto. De eso no le cabía la menor duda a Andrea Price. Para empeorar las cosas, el agente especial asignado a la señora Ryan era Roy Altman, un rudo ex paracaidista a quien Andrea no conocía en persona. Lo habían elegido tanto por su amedrentador físico como por sus entendederas. No estaba de más tener en la escolta un guadaespaldas con aspecto de tal. Como la primera dama les parecía a muchos un blanco fácil, una de las misiones de Roy era hacer que todo potencial agresor lo pensase dos veces al verlo. Los demás miembros de la escolta, en cambio, serían prácticamente invisibles.

Otra de las misiones de Altman era utilizar su enorme corpachón como escudo antibalas, algo que los agentes hacían porque estaban entrenados para ello pero que no los entusiasmaba.

También tendrían que proteger a los hijos de los Ryan. Se encargaría de ello una subescolta formada por tres guardaespaldas. El que costó más elegir fue el de Katie, porque los agentes se la disputaban. La elección recayó en un tal Don Russell, que ya era abuelo y que sería el jefe de la subescolta. Del pequeño Jack se encargaría un joven muy aficionado a los deportes, mientras que de Sally se ocuparía una agente, ya treintañera, soltera y muy “cool” (según expresión de Andrea Price), buena conocedora de las argucias de los adolescentes y de las tiendas de ropa juvenil.

La idea era no abrumar a la familia por la necesidad de que, salvo al cuarto de baño, los siguieran a todas partes unas personas que, aunque no lo pareciese, iban armadas y llevaban transmisores. Era una ilusoria esperanza, por supuesto. Con todo, el presidente Ryan ya estaba acostumbrado a soportar este tipo de cosas, y su familia no tendría más remedio que aprender.

-¿A qué hora tiene que salir, doctora Ryan? -preguntó Andrea Price.

-Dentro de cuarenta minutos. Hay que contar con el tráfico... -repuso Cathy.

-Ya no -la corrigió Price.

Iban a tener una jornada de aúpa. La idea había sido dedicar el día anterior a informar a la familia del vicepresidente acerca de todo lo que había que hacer. Pero el plan se fue a hacer puñetas, como tantas otras cosas.

Roy Altman consultaba el mapa de carreteras en una estancia contigua. Había tres rutas alternativas para ir a Baltimore: la interestatal 95, la autovía Baltimore-Washington y la nacional 1, las tres atestadas de tráfico todas las mañanas a la hora punta, algo que para una caravana del Servicio Secreto podía ser exasperante. Lo peor era que, para todo potencial asesino, las tres vías eran demasiado previsibles y, además, se estrechaban en las inmediaciones de Baltimore.

El hospital John Hopkins tenía una pista de aterrizaje para helicópteros en la azotea del edificio de pediatría. Pero nadie había pensado en el precio político que sin duda pagarían si llevaban a la primera dama todos los días al trabajo en un VH-60 del cuerpo de marines. Aunque quizá ahora ésa fuese una opción a considerar, se dijo Andrea Price, que dejó la estancia para hablar con Roy Altman.

Los Ryan quedaron entonces a solas, desayunando como si aún fuesen una familia corriente.

-Dios mío, Jack... -musitó Cathy.

-Ya sé, ya sé...

En lugar de hablar, optaron por disfrutar del silencio durante un minuto largo, con la mirada fija en el plato y escarbando con el tenedor en lugar de comer.

-Los niños necesitan ropa para el funeral -dijo al fin Cathy.

-¿Lo habláis con Andrea?

-De acuerdo.

-¿Sabes ya cuándo será?

Librodot

-Creo que lo sabré hoy.

-No voy a renunciar a mi trabajo, ¿entendido? -advirtió Cathy, que, al no estar Andrea presente, se permitió recalcarlo.

-Por supuesto -convino Jack alzando la vista-. Mira, haré cuanto pueda para que nuestra vida apenas sufra alteraciones. Sé lo importante que es tu trabajo. No te he comentado nada acerca de ese premio que tienes ya en el bolsillo porque no he tenido tiempo. Estoy muy orgulloso de ti, Cathy.

-¿Doctora Ryan? -dijo Price al regresar.

En realidad, aún no sabían cómo dirigirse a ella - ¿doctora Ryan o señora Ryan? - Cathy debió de intuirlo.

-¿Sabe qué, Andrea? Llámenme Cathy.

Era obvio que Andrea no podía obedecerla en esto, pero se abstuvo de hacer comentarios en aquel momento.

-Hasta tanto no lo tengamos todo organizado, la llevaremos en helicóptero. Viene hacia aquí ahora mismo un aparato de los marines.

-¿No cree que eso resulta demasiado caro? -señaló Cathy.

-Sí, pero aún no tenemos concretado el plan de seguridad. Por el momento, esto es lo más fácil. Y... -dijo Andrea al ver que el ex paracaidista entraba en la estancia- les presento a Roy Altman. Él será su guardaespaldas principal durante una temporada.

-Ah... -se limitó a exclamar Cathy.

Allí estaba Roy Altman con su 1,90 m de estatura, sus 100 kg de peso, su pelo lacio y rubio, su tez pálida y una expresión cohibida, como si se excusase por su complexión. Al igual que el de todos los agentes del Servicio Secreto, su traje era un poco más holgado de lo normal, al objeto de ocultar mejor la reglamentaria pistola automática. Aunque, en su caso particular, habría podido ocultar perfectamente una ametralladora.

Altman se acercó a la primera dama y le estrechó la mano, aunque con suma delicadeza.

-Señora, ya sabe usted cuál es mi cometido. Procuraré no obstaculizar sus movimientos.

Otras dos personas entraron entonces en la estancia. Altman las presentó y aclaró que formarían el resto de su escolta durante la jornada. Todos ellos cumplirían aquella misión con carácter provisional. Tendrían que congeniar con quienes debían proteger, y eso no resultaba tan sencillo, pese a que los Ryan parecían ser muy cordiales.

Cathy sintió la tentación de preguntar si todo aquello era realmente necesario, pero no le pareció oportuno. No se hacía a la idea de tener que ir de un lado para otro del edificio Maumenee con semejante terceto pisándole los talones. Miró a su esposo y pensó que, de no haber accedido a que Jack aceptase la vicepresidencia, se habrían ahorrado muchas molestias. ¿Cuánto tiempo le había durado la vicepresidencia? ¿Cinco minutos? Pudiera ser que menos.

Justo en aquel momento se oyó el ruido de los motores del Black Hawk Sikorsky, que aterrizó en un montículo frente a la casa. Provocó una miniventisca que azotó lo que en otro tiempo fue un observatorio astronómico. Su esposo miró el reloj y se dijo que los marines del VMH-1 se movilizaban con la velocidad del rayo.

¿Cuánto tardarían ellos, los Ryan, en desquiciarse ante tanta solicitud?

-Se trata de una toma en directo desde el recinto del Observatorio Naval de Massachusetts Avenue -dijo el corresponsal de la NBC en cuanto el director le dio paso-. Parece un helicóptero de los marines. Debe de aguardar al presidente.

El cámara hizo un zoom en cuanto la nube de nieve se hubo posado.

-Es un Black Hawk americano -dijo el oficial de inteligencia-. ¿Ven eso de ahí? Es un «agujero negro», un sistema de su presión de infrarrojos, como protección ante los cohetes tierra-aire que siguen la fuente de calor del motor.

-¿Hasta qué punto es eficaz?

-Es bastante eficaz, aunque no contra armas dirigidas por láser -contestó el oficial de inteligencia-. Ni lo es tampoco contra armas de fuego convencionales.

Librodot

En cuanto el rotor principal del aparato se hubo detenido, un pelotón de marines rodeó el aparato.

-Necesito un mapa de la zona. Si desde un determinado punto se puede filmar, también se puede utilizar un lanzacohetes. Y lo mismo cabe decir del recinto de la Casa Blanca, por supuesto.

Sabían perfectamente que cualquiera podía utilizar un lanzacohetes, sobre todo con los nuevos proyectiles guiados por láser, diseñados por los británicos y copiadas por el resto del mundo. En cierto modo, eran los americanos quienes mostraron el camino. Lo decía uno de sus aforismos: «Si puedes verlo, puedes alcanzarlo. Si puedes alcanzarlo, puedes matarlo.»

Y con esta idea empezó a forjarse un plan. Miró su cronómetro de pulsera y se dispuso a controlar el tiempo. El director de la cadena, que se encontraba a 10000 km. de allí, no tenía mejor cosa que hacer que permanecer atento a aquella cámara con teleobjetivo. De pronto, se acercó al helicóptero un vehículo grande del que bajaron cuatro personas que fueron hacia el aparato, cuya tripulación tenía ya la puerta abierta.

-Es la señora Ryan -dijo el comentarista-. Es cirujana del hospital John Hopkins de Baltimore.

-¿Cree que va a su trabajo? -preguntó el periodista.

-Lo sabremos dentro de un minuto.

Y no se equivocó mucho. El oficial de inteligencia oprimió el botón del cronómetro en cuanto la puerta se cerró. Al cabo de unos segundos, el rotor empezó a girar y el helicóptero se elevó con el morro inclinado hacia abajo, como era lo normal, y fue ganando altitud a medida que se alejaba hacia el norte.

El oficial de inteligencia miró el cronómetro para medir el tiempo transcurrido entre el momento en que cerraron la puerta del helicóptero y el despegue. Aquel aparato llevaba una tripulación militar que se enorgullecería de hacer lo mismo siempre de la misma manera. Bastaban aquellos segundos para que un proyectil de lanzacohetes recorriese una distancia tres veces superior a la necesaria, calculó mentalmente.

Era la primera vez que Cathy volaba en helicóptero. Le habían reservado un asiento eyectable situado detrás de los pilotos y equidistante de ambos. No le dijeron por qué. El aerodinámico Black Hawk estaba diseñado para resistir fuertes impactos en caso de estrellarse. Su asiento era estadísticamente el más seguro del aparato. El rotor de cuatro aspas contribuía a que el vuelo fuese suave. Lo único que no le gustó de aquella primera experiencia fue el frío. Nadie había diseñado todavía un aparato militar con un eficiente sistema de calefacción. Con todo, el vuelo pudo haber resultado interesante, de no ser porque se sentía aún algo cohibida, y porque los agentes del Servicio Secreto no dejaban de mirar por las ventanillas, siempre alerta.

Cathy empezaba a ver claro que ya podían ir olvidándose de disfrutar de nada a gusto.

-Me parece que la primera dama va a su trabajo -dijo el periodista.

La cámara siguió al VH-60 hasta que el aparato hubo rebasado la arboleda. A continuación siguieron unos momentos de distensión. Todas las cadenas hacían lo mismo que hicieron tras el asesinato de John Kennedy. Interrumpieron la programación habitual y dedicaron todas las horas de emisión (que en la actualidad eran veinticuatro, bastantes más que en 1963) para cubrir el desastre y sus secuelas. Eso fue un regalo inesperado para los canales de televisión por cable, que demostraron que eran capaces de hacer un periodismo responsable.

-La señora Ryan es cirujana, ¿no? El desastre que se ha cebado en nuestro gobierno no debe hacer olvidar que existen personas que tienen una auténtica profesión. Nacen niños y niñas. La vida sigue adelante -pontificó el comentarista, como era propio de su trabajo.

-Y también el país -dijo el periodista, que miró directamente a la cámara mientras daban paso a la publicidad.

Él no pudo oír lo que, a muchos kilómetros de allí, musitó una voz:

-De momento.

Después de que los hijos de los Ryan hubieron salido de la estancia, conducidos por sus guardaespaldas, empezó el verdadero trabajo de la jornada.

Arnie Van Damm tenía un aspecto horrible. Parecía ir a desmoronarse de un momento a otro, pensó Jack. El desbordante trabajo y el dolor por lo ocurrido estaban a punto de acabar con él. Era comprensible que procurasen no abrumar al presidente. Ryan sabía por experiencia que eso era lo que había que hacer, pero no al precio de que colaboradores tan esenciales acabasen destrozados.

-Dígame lo que tenga que decirme, Arnie. Luego, desaparezca y vaya a descansar un poco.

-Usted sabe muy bien que no puedo hacer eso...

-¿Andrea?

-Sí, señor presidente.

-En cuanto hayamos terminado, que alguien acompañe a Arnie a casa. Y no va a autorizarle usted la entrada en la Casa Blanca hasta las cuatro de esta tarde. Mire Arnie... no puedo permitirme el lujo de que usted se me queme. Lo necesito demasiado.

El jefe de Estado Mayor estaba excesivamente cansado para expresar gratitud.

-Aquí están los planes para el funeral -se limitó a decir a la vez que le entregaba una carpeta a Ryan-. Será pasado mañana.

Jack abrió la carpeta, un tanto apesadumbrado por haber tenido que dar una brusca muestra de autoridad presidencial.

Quienquiera que hubiese organizado el funeral lo había hecho con inteligencia y sensibilidad. Quizá se hubiese basado en un plan previsto de antemano por si se producía una contingencia semejante. Ryan prefirió no preguntarlo. El caso era que lo habían hecho bien.

La capilla ardiente se instalaría en la Casa Blanca, porque la rotonda del Capitolio no estaba disponible. Durante veinticuatro horas los norteamericanos podrían rendir su último homenaje a Roger y Anne Durling. La gente debería entrar por el acceso principal y salir por el ala Este. Para que todo fuese menos triste -menos sobrecogedor, en realidad-, no se abrirían los féretros. Sólo expondrían los retratos del fallecido presidente y de su esposa.

A la mañana siguiente, un coche fúnebre conduciría los féretros a la catedral Nacional, junto a los de tres miembros del Congreso, de un judío, un protestante y un católico, para el servicio fúnebre interconfesional.

Jack debería pronunciar dos discursos importantes, cuyos textos estaban en aquella misma carpeta.

-¿Qué pinta ese helicóptero ahí atrás? -preguntó Cathy, a quien el jefe de la escolta le había pedido que se pusiera un casco protector, conectado al intercomunicador del helicóptero.

La primera dama señalaba hacia otro aparato que se encontraba a cincuenta metros de la popa, ligeramente escorado a la derecha.

-Siempre volamos con un aparato de apoyo, señora, por si tuviésemos una avería y nos viésemos obligados a aterrizar -le explicó el piloto desde el asiento delantero derecho-. Así evitamos cualquier retraso -añadió, aunque se abstuvo de aclararle que en el helicóptero de apoyo iban otros cuatro agentes del Servicio Secreto, con armas más contundentes.

-¿Con qué frecuencia ocurre, coronel?

-Desde que yo estoy en este servicio, no ha sucedido nunca, señora.

También se calló el coronel que uno de los Black Hawk de los marines se estrelló en el Potomac en 1993 sin que hubiese supervivientes.

El piloto iba muy alerta. No había olvidado que la escuadrilla de VMH- 1 se había llevado más de un susto (un aparente intento de atacar la residencia californiana del presidente

Reagan, por ejemplo, aunque en realidad no fue más que un lamentable error de un irresponsable piloto privado). Tras ser interrogado por el Servicio Secreto, el pobre desgraciado debió de renunciar a volar por siempre jamás. Los agentes del Servicio Secreto no tenían el menor sentido del humor, como el coronel Hank Goodman sabía por experiencia.

El viento era frío pero muy suave. El coronel controlaba la palanca de mando con la punta de los dedos. Sobrevolaban la interestatal 95 en sentido noreste y ya se veía Baltimore. Goodman conocía perfectamente el trayecto hasta la azotea del hospital John Hopkins porque había servido en la estación aeronaval del río Patuxent, cuyos helicópteros solían ayudar a las ocasionales víctimas de accidentes aéreos. En el departamento de pediatría del John Hopkins se hacían cargo de los casos más graves de traumatismos.

En eso mismo pensó Cathy al sobrevolar el departamento de traumatología de la Universidad de Maryland. A decir verdad, aquél no era su primer vuelo en helicóptero; sólo que, durante el otro, no estuvo consciente. Habían intentado matarlas, a ella y a Sally. Todas las personas que estaban a su alrededor estarían en peligro si volvían a intentarlo. ¿Por qué? Solamente por ser esposa de quien era.

-¿Señor Altman? -oyó Cathy a través del intercomunicador.

-Sí, coronel.

-¿Los ha avisado usted, verdad?

-Sí, ya saben que están a punto de llegar, coronel -le aseguró Altman.

-No, me refiero a si se han asegurado de que la azotea puede soportar un A-sesenta.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que este aparato es más pesado que el que utiliza la policía estatal. ¿Se han asegurado de que resiste nuestro peso? El coronel Goodman no obtuvo más respuesta que un largo silencio. Miró a su copiloto con expresión de contrariedad. -Bueno, por esta vez nos arreglaremos -dijo. -Todo despejado a la izquierda.

-Todo despejado a la derecha -repuso a su vez Goodman, que describió un círculo para comprobar la fuerza del viento en la azotea.

No soplaban más que tenues ráfagas del noroeste. El descenso fue suave y el coronel estuvo muy atento a las antenas que se veían a su derecha. Aterrizó con sumo cuidado, sin detener el rotor para que la azotea de cemento armado no tuviese que soportar todo el peso del aparato. Probablemente, era una precaución innecesaria. Los arquitectos solían hacer los edificios más resistentes de lo necesario. Pero Goodman no había ascendido a coronel por significarse en correr riesgos a la ligera. El jefe de su tripulación abrió la puerta.

Primero bajaron los agentes del Servicio Secreto, que inspeccionaron la azotea mientras Goodman seguía atento a los mandos, listo para volver a elevarse y alejarse a toda velocidad del edificio en caso necesario. Luego, ayudaron a bajar a la señora Ryan; así, el coronel pudo cumplir con su cometido sin novedad.

-Cuando volvamos, llame e infórmese usted mismo de la resistencia de la azotea -dijo Goodman.

-Sí, señor -contestó Altman-. Es que ha sido todo muy rápido, señor.

-«Marine Tres» a «Marine Dos» -comunicó Goodman a través de la radio.

-Aquí «Dos» -contestó el piloto del helicóptero de apoyo.

-Vamos -dijo Goodman, que tiró de la palanca y se alejó del edificio en dirección sur-. Parece bastante amable.

-Me he puesto nervioso antes de aterrizar -comentó el jefe de la tripulación.

-Y yo también -reconoció Goodman-. Por supuesto que los llamaré cuando hayamos de volver.

La verdad era que el Servicio Secreto sí llamó con antelación al doctor Katz, que aguardaba en el interior, junto a tres empleados de seguridad del hospital.

Tras hacer las presentaciones, les entregaron a los tres agentes sendas tarjetas de identificación como supuestos miembros de la Facultad de Medicina.

Librodot

Y así empezó la jornada de la doctora Caroline M. Ryan, adjunta del departamento de oftalmología.

-¿Qué tal está la señora Hart? -preguntó.

-La he visto hace veinte minutos, Cathy. Está encantada de que vaya a operarla la primera dama -dijo el profesor Katz, sorprendido por la actitud de la profesora Ryan en circunstancias tan excepcionales.

6

EVALUACIÓN

Hacían falta muchos aviones para atestar la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews, cuyas enormes pistas semejaban los llanos de Nebraska. Se habían concentrado allí tantos aparatos como pudiese haber en los hangares de Arizona a los que iban a parar los aviones comerciales fuera de servicio.

La policía militar de la base no daba abasto para custodiarlos, porque tenía que coordinarse con las dotaciones de los aviones de los distintos países. Además, tenía que hacerlo en un ambiente de desconfianza, al margen de que los miembros de la policía militar ya estaban mentalizados para desconfiar de todo el mundo.

Había dos Concorde, uno británico y otro francés (por lo del sex appeal). El resto eran armatostes de una u otra clase, casi todos ellos con los colores de la enseña nacional de sus países respectivos. Sabena, KLM y Lufthansa formaban la mayor representación de aparatos de países de la OTAN. La SAS se ocupaba de los aviones de los tres países escandinavos, cada uno con sus propios 747.

Los jefes de Estado viajaban cómodamente y ni uno solo de los aparatos, grande o pequeño, había volado nunca con más de un tercio de su capacidad. El solo hecho de tener que recibirlos debidamente era una tarea que ponía a prueba todo el saber -y toda la paciencia- de las oficinas de protocolo de la Casa Blanca y del Ministerio de Asuntos Exteriores, que comunicaron a las embajadas la imposibilidad de que el presidente Ryan tuviese tiempo para recibirlos como merecían.

Pero la guardia de honor de las Fuerzas Aéreas tenía que recibirlos a todos (formar, romper filas y volver a formar, varias veces cada hora). Apenas daba tiempo a cambiar de sitio la alfombra roja y a colocar el podio en la pista correspondiente, a medida que llegaban las personalidades. Los discursos eran tan breves como insustanciales, sin más objeto que cubrir el expediente ante las cámaras de televisión. Acto seguido, conducían a las personalidades hasta los coches oficiales.

El trayecto hasta Washington era otra pesadilla. Los vehículos del servicio de protección del cuerpo diplomático se dividían en cuatro formaciones, que iban y venían sin cesar desde la capital para escoltar a las limusinas de las embajadas, lo que obligó a cerrar al resto del tráfico la autovía Suitland y la autopista interestatal 395.

Lo asombroso era que todo presidente, primer ministro, príncipe o monarca lograse llegar a su embajada y no a otra. Aunque había que decir que, por fortuna, casi todas estaban en Massachusetts Avenue (un triunfo de la organización... improvisada).

Las embajadas, por su parte, organizaron discretas recepciones privadas. Los estadistas, congregados en un mismo lugar, tenían que encontrarse, por supuesto, para hablar de asuntos de Estado o simplemente para charlar.. El embajador británico, decano del cuerpo diplomático de los países de la OTAN y de la Commonwealth, ofrecería aquella noche una cena «informal» a veintidós líderes nacionales.

-Bueno, por lo menos esta vez ha sacado el tren de aterrizaje -dijo un capitán de las Fuerzas Aéreas.

Oscurecía ya en la base. Los controladores eran los mismos que estuvieron de servicio

Aquella Noche, como ya daba en llamar todo el mundo a la noche de la tragedia. No cabía mayor sarcasmo. Los controladores observaban con atención la maniobra del 747 de la Japan Airlines, que iba a posarse en la pista 0-1-derecha. Acaso la tripulación hubiese advertido que un aparato gemelo se encontraba en un espacioso hangar del sector este de la base (en aquel mismo momento, un camión trasladaba los restos de uno de los motores del reactor, recuperados de la planta baja del edificio del Capitolio). Pero el avión siguió al pie de la letra las instrucciones de los controladores. Se detuvo justo detrás de un vehículo frente al que desembarcarían los pasajeros. El piloto se fijó en las cámaras de televisión, y en los periodistas y técnicos que salían del caldeado edificio y se dirigían a sus unidades móviles para cubrir la última y más interesante llegada. Iba a decirle algo a su copiloto, pero optó por no hacerlo. El capitán Torajiro Sato no fue nunca íntimo amigo suyo, pero sí un amable colega. El oprobio que había echado sobre su país, su compañía aérea y su profesión sería una pesada carga durante años. Aún hubiese sido peor si el aparato hubiera llevado pasajeros, ya que la protección de los mismos era obligación prioritaria de todo piloto.

Su cultura respetaba el suicidio por un ideal como algo honorable, e incluso concedía cierto rango al espíritu de aquellos que más espectacularmente abandonaban el cuerpo. No obstante, en aquel caso, lo ocurrido había conmocionado el país y había provocado una repulsa sin precedentes. El piloto había llevado el uniforme siempre con orgullo. Ahora, en cambio, aprovechaba la menor oportunidad para vestir de paisano, tanto en su país como en el extranjero. El piloto optó por no pensar más en la cuestión en aquellos momentos, frenó con suavidad y detuvo el aparato, de manera que la anticuada escalerilla móvil quedase exactamente frente a la puerta delantera del Boeing. Él y su copiloto se miraron avergonzados (pues algo de cruel sarcasmo tenía que un piloto japonés acabase de realizar un aterrizaje tan perfecto). En lugar de alojarse en el modesto hotel de Washington, en el que normalmente lo hacía, se alojarían en la residencia de oficiales de la base y, probablemente, bajo la vigilancia de hombres armados.

La puerta del reactor se abrió y la jefa de azafatas asomó la cabeza con una amable sonrisa. El primer ministro Mogataru Koga, a quien una solícita secretaria abrochó el abrigo y ajustó la corbata, permaneció unos instantes en lo alto de la escalerilla, azotado por una fría ráfaga de viento, y luego bajó hasta el pie de la escalerilla. La banda de las Fuerzas Aéreas se arrancó con Ruffles and Flourishes.

El ministro en funciones de Asuntos Exteriores, Scott Adler, se adelantó a saludarlo. No se conocían, pero ambos fueron cumplidamente informados (Adler de un modo más somero, puesto que aquél era su cuarto recibimiento importante del día). Koga tenía el mismo aspecto que en las fotografías. Era bajito, de mediana edad y con un pelo muy negro. Sus oscuros ojos eran inexpresivos -o pretendían serlo, pensó Adler al verlo más de cerca-; había tristeza en ellos (lo que no era sorprendente, pensó el diplomático al tenderle la mano).

-Bien venido, señor primer ministro.

-Gracias, señor Adler.

Ambos se dirigieron entonces hacia el podio. Adler musitó unas palabras de bienvenida (en Foggy Bottom tardaron una hora en redactar lo que quedaría reducido a un minuto). Luego, Koga se acercó al micrófono.

-Ante todo, debo agradecerle a usted, señor Adler, y agradecerle a su país, permitirme haber venido hoy. Sé que gestos como éste son proverbiales en su generosa nación. Estoy aquí, como representante de mi país, para cumplir con una triste pero necesaria misión, que confío sirva para restañar heridas. Espero que sus ciudadanos y los nuestros consideren esta tragedia como un puente hacia un pacífico futuro.

Koga dio entonces un protocolario paso atrás y Adler lo condujo por la roja alfombra mientras la banda interpretaba Kimagayo, el breve himno nacional japonés, compuesto por un inglés cien años atrás. El primer ministro miró a la guardia de honor e intentó leer en sus jóvenes rostros, ver si había en ellos odio o repugnancia. Pero sólo vio impasibilidad mientras se dirigía hacia el coche oficial.

Librodot

-¿Qué tal se encuentra? -le preguntó Adler, tras acomodarse ambos en el asiento trasero.

-Bien. He dormido durante el vuelo.

Koga supuso que era una pregunta meramente protocolaria. No obstante, no era así. Ryan le había dado instrucciones a Adler para hacer algo que estaba fuera de programa. Ya se ponía el sol y el crepúsculo iba a durar poco, porque se veía avanzar un frente de nubes por el noroeste.

-Si lo desea, podemos ver al presidente Ryan de camino a su embajada. Me ha dado instrucciones para que le diga que, si no le parece oportuno, a causa del largo vuelo o por cualquier otra razón, no se ofenderá.

Scott se sorprendió al ver que Koga no titubeaba.

-Acepto encantado tal honor -dijo Koga.

El ministro en funciones sacó una radio portátil de uno de los bolsillos de su abrigo.

-ÁGUILA a ESGRIMA. Afirmativo.

Días antes, Adler se enteró con regocijo de que su nombre en clave para el Servicio Secreto, ÁGUILA, era la traducción del significado de su apellido judeoalemán.

-ESGRIMA se da por enterado del afirmativo -contestó el operador del Servicio Secreto.

-ÁGUILA. Corto.

La motorizada comitiva aceleró por la autovía Suitland. En otras circunstancias, los habría seguido algún helicóptero de los medios informativos para transmitir imágenes en directo. Pero el espacio aéreo de Washington estaba en aquellos momentos totalmente bloqueado. Incluso el aeropuerto Nacional estaba cerrado. Los vuelos eran desviados al aeropuerto Dulles o al Baltimore-Washington.

Koga no se había fijado en el chofer, que era americano. El coche se desvió por la salida de la autovía que conducía a la 1-295 que, casi de inmediato, enlazaba con la 1-395. Pese al inicial rodeo, por allí se atajaba y, siguiendo el curso del río Anacostia, se llegaba al centro de Washington. Una vez en la avenida principal, la alargada Lexus giró a la derecha. Otra limusina idéntica la relevó en aquella dirección, mientras que a la suya la escoltaban tres Suburbans del Servicio Secreto, en una maniobra que ejecutaron en menos de cinco segundos. Las desiertas calles facilitaron el resto del trayecto, y al cabo de unos minutos, su coche entró por el sector oeste del acceso de personalidades.

-Ya llegan, señor -dijo Andrea Price al comunicárselo el agente de uniforme que montaba guardia en la entrada.

Jack cruzó la verja justo en el momento en que el coche se detenía. No estaba muy seguro de cuál era el protocolo a seguir en aquellas circunstancias (otro de los aspectos de su nuevo cargo que aún no dominaba). Estuvo a punto de ir a abrir él la puerta del coche, pero un cabo de los marines se le adelantó, la abrió y se cuadró como un robot.

-Señor presidente -lo saludó Koga en cuanto se enderezó tras salir del coche.

-Señor primer ministro, venga por aquí, por favor -dijo Ryan.

Koga no había estado nunca en la Casa Blanca. Se dijo que, de haber volado allí tres meses antes, para las negociaciones comerciales que provocaron el conflicto bélico... En fin, el caso es que todo había terminado en otro humillante fracaso.

La expresión de Ryan quedaba ligeramente velada por el vaho de su aliento. Había leído que en EE. UU. La fastuosidad de las recepciones no significaba conceder mayor o menor rango a los jefes de Estado que acudiesen en visita oficial. Pero Ryan había salido a recibirlo solo, y eso tenía que significar algo, se dijo el primer ministro al subir por la escalinata. Un minuto después, él y Ryan se encontraban a solas en el despacho Oval, separados sólo por una mesita sobre la que había una bandeja con un servicio de café.

-Gracias -se limitó a decir Koga.

-Teníamos que entrevistarnos -dijo el presidente Ryan-. Y es el único hueco para vernos a solas, sin que nos cronometren el tiempo ni traten de leernos el pensamiento -añadió a la vez que servía el café para los dos.

-Ha¡, la prensa de Tokyo ha estado mucho más... audaz en los últimos días -repuso Koga, que fue a alzar la taza pero se abstuvo-. ¿A quién debo darle las gracias por haberme rescatado de Yamata?

-La decisión se tomó aquí -contestó Jack alzando la vista-. Los dos agentes que lo rescataron están en la región, por si quiere verlos personalmente.

-Si lo considera usted oportuno -dijo Koga, que tomó un sorbo de café. Habría preferido té, pero agradecía la buena voluntad de Ryan para ser un buen anfitrión-. Gracias por permitirme venir, presidente Ryan.

-Hablé con Roger acerca del problema comercial, pero... no fui lo bastante persuasivo. Luego, temí que ocurriese algo con Goto; sin embargo, no pude movilizarme con suficiente rapidez, respecto a lo de Rusia y a todo lo demás. Fue un tremendo accidente, aunque supongo que eso debe de ser siempre la guerra. A ambos nos compete ahora hacer que cicatrice la herida. Deseo que sea lo antes posible.

-Los conspiradores están detenidos. Comparecerán ante un tribunal, acusados de alta traición -prometió Koga.

-Ése es asunto suyo -replicó Ryan, pese a que no era del todo cierto.

El sistema judicial japonés era muy curioso, porque, a menudo, los tribunales violaban la Constitución, en favor de leyes no escritas pero muy arraigadas en la tradición nipona, algo inconcebible para los americanos. Ryan y EE. UU. esperaban que los juicios se ciñesen de forma escrupulosa a las leyes. Koga lo comprendía perfectamente. La reconciliación entre EE. UU. y Japón dependía de ello, junto a otros muchos sobreentendidos que, como tales, hacían innecesario cualquier comentario, por lo menos entre ambos mandatarios. Por su parte, Koga se había asegurado de que los jueces elegidos para instruir los distintos sumarios entendiesen cuáles eran las reglas del juego.

-Jamás imaginé que pudiera ocurrir algo semejante, pero... ese loco de Sato... Mi país y mi pueblo se sienten profundamente avergonzados. Me espera una ardua tarea, presidente Ryan.

-Y a mí también. Pero la afrontaremos sin titubeos. Los problemas técnicos pueden abordarse a nivel ministerial. Por lo que a nosotros se refiere, sólo quería estar seguro de que nos entendemos. Confiaré en su buena voluntad.

-Gracias, señor presidente.

Koga posó la taza de café en la bandeja y miró escrutadoramente a Ryan. Era joven para ocupar la más alta magistratura del Estado, aunque no el más joven presidente que había tenido EE. UU. Theodore Roosevelt sería a quien le cupiese tal distinción hasta la eternidad. En el largo vuelo desde Tokyo se había documentado acerca de John Patrick Ryan, que había matado con sus propias manos más de una vez; había visto amenazada su vida y la de su familia, y había hecho cosas, respecto de las cuales sus consejeros de inteligencia sólo podían hacer conjeturas.

Koga se preguntaba cómo era posible que alguien así fuese también un hombre de paz. Sin embargo, las claves no estaban donde él las buscaba. Quizá hubiese aspectos del carácter americano que se le escapaban. Veía en aquel rostro la curiosidad que inducía a sondear y la inteligencia que permitía medir. Veía cansancio y tristeza.

Era obvio que los últimos días habían sido un verdadero infierno para aquel hombre. Probablemente, en algún lugar de aquel edificio se alojaban todavía los hijos de Roger y de Anne Durling, algo que tenía que pesar sobre él como una losa. A Koga siempre le había sorprendido que, en general, los occidentales fuesen poco hábiles en ocultar sus pensamientos. No obstante, en el caso de Ryan no parecía ser así. Intuía que, tras aquellos ojos azules, alentaba más de lo que dejaban traslucir. No era algo amenazador, pero allí estaba. El tal Ryan era un verdadero samurai, tal como comentó en su despacho días antes. Aun así, había en él otro aspecto, más complejo, que no acababa de precisar.

Koga dejó estos pensamientos a un lado, ya que tenía una importante petición que hacerle a Jack Ryan, respecto de una decisión personal que tomó mientras sobrevolaba el Pa-

Librodot

cífico. -Quisiera pedirle algo.

-Si está en mi mano...

-No es una buena idea, señor presidente -objetó Andrea Price unos minutos después.

-Buena o mala, la vamos a poner en práctica. Haga que se organice -le ordenó Ryan.

-Sí, señor -dijo Andrea, que fue de inmediato a cumplir con la orden presidencial.

Koga comprendió que Ryan era un hombre capaz de tomar decisiones y de dar órdenes sin la menor gesticulación.

Como los vehículos se hallaban todavía en el acceso de la entrada oeste, no tenían más que ponerse los abrigos y subir a los coches. Cuatro Suburbans dieron media vuelta en la zona de aparcamiento, se dirigieron hacia el sur y luego hacia el este, en dirección a la colina del Capitolio. En esta ocasión, la motorizada comitiva no utilizó sirenas ni luces destellantes y avanzó casi respetando las normas de tráfico.

Las desiertas calles facilitaban saltarse los semáforos, y en seguida avistaron el edificio del Congreso, en el que se veían ahora menos luces. Una vez que hubieron aparcado y se hubo desplegado la escolta del Servicio Secreto, Ryan condujo a Koga hacia lo alto de la escalinata, donde se detuvieron de cara a lo que fue el salón de sesiones.

El primer ministro japonés permaneció unos instantes absolutamente inmóvil. Luego, dio una sonora palmada para llamar la atención de los espíritus que, según sus creencias religiosas, aún se encontraban allí. Después, inclinó ligeramente la cabeza y rezó por ellos.

Jack se sintió impulsado a rezar también. No había cámaras de televisión para recoger el momento. Lo cierto era que varias unidades móviles seguían allí, pero los informativos de la noche ya se habían terminado y los reporteros tomaban café en el interior de sus vehículos, ajenos a lo que ocurría a cien metros de allí. Además, la improvisada ceremonia no duró más allá de dos minutos. Luego, ambos mandatarios se estrecharon la mano y, con sólo mirarse, lograron lo que ningún ministro ni ningún tratado hubiesen conseguido: que allí, bajo el cortante frío de febrero, la paz quedase firmemente sellada entre ambos países.

A Andrea Price, que estaba a sólo unos pasos de ambos, le lloraban los ojos, pero no de frío. Se alegró de que el fotógrafo de la Casa Blanca hubiese acudido y de que la siguiera, mientras acompañaba a los dos estadistas de nuevo hacia los coches que, por separado, los llevarían de regreso al centro de la capital.

-¿Por qué han reaccionado de manera tan desproporcionada? -preguntó la primera ministra antes de tomar un sorbo de jerez.

-Bueno, como sabe, no he sido cumplidamente informado -contestó el príncipe de Gales, que no tenía más remedio que hablar a título personal, puesto que no había llegado a hacerlo con el gobierno de su majestad-. De todas formas, las maniobras navales de ustedes tenían todo el aspecto de un acto hostil.

-Sri Lanka tiene que llegar a un acuerdo con los tamiles, que hasta ahora han mostrado un lamentable desinterés por negociar en serio. Tratábamos de influir en ellos. No hay que olvidar que tenemos desplegada una fuerza de pacificación, que no queremos que quede como rehén en caso de agravarse la crisis.

-Ciertamente. Pero entonces, ¿por qué no retiran esa fuerza de pacificación, tal como les ha solicitado el gobierno?

La primera ministra hindú suspiró con fatigada expresión (también para ella había sido un largo vuelo y, dadas las circunstancias, era comprensible que estuviese un poco exasperada).

-Veréis, majestad, si retiramos las tropas y estalla de nuevo la rebelión, tendremos problemas con nuestra propia población tamil. Es una situación muy delicada. Hemos intentado ayudar a solucionar una grave crisis política, enteramente a nuestra costa. Pero el gobierno de Sri Lanka se siente incapaz de adoptar medidas para evitar que se produzca un embarazoso problema en mi país, y una incesante rebelión en Sri Lanka. Encima, los americanos interfieren sin causa justificada, con lo que no han hecho más que alentar la intransigencia de Sri

Lanka.

-¿Cuándo llega su primer ministro? -preguntó el príncipe.

La primera ministra hindú se encogió de hombros.

-Le hemos ofrecido viajar en el mismo vuelo -dijo no obstante-, al objeto de tratar de la situación, pero lamentablemente ha declinado el ofrecimiento. Tendrá que ser mañana... espero (si su avión no tiene alguna avería) -añadió, porque la flota aérea de transporte estatal tenía siempre problemas técnicos, además de los que le planteaba las amenazas de atentado.

-Si lo desea usted, acaso el embajador pueda concertar una entrevista -ofreció el príncipe.

-Quizá no fuese del todo inútil -concedió la primera ministra-. También quisiera que los americanos le tomen bien el pulso a la situación, porque siempre han mostrado una escasa confianza en aquella región del planeta.

Y ésa fue probablemente la razón que aconsejó las maniobras, pensó el príncipe. Él y el presidente Ryan eran amigos desde hacía años, y la Unión India quería que actuase como mediador. No sería la primera vez. Y al igual que en ocasiones anteriores, el príncipe debía consultar con su gobierno, algo que, en este caso, significaba consultar con el embajador. Alguien de Whitehall había decidido que la amistad de su alteza real con el nuevo presidente americano era más útil que un contacto intergubernamental y, además, daría una buena imagen de la monarquía, de la que estaba muy necesitada. También le proporcionaba a su majestad la excusa para visitar unas tierras de Wyoming que pertenecían a la familia real británica, a «la Firma», como la llamaban a veces los allegados.

-Comprendo.

Ése fue el comentario más sustancial que creyó oportuno hacer el príncipe. Pero el Reino Unido tenía que considerar seriamente cualquier petición que la Unión India le hiciese. La que durante tanto tiempo fue «la perla de la Corona» era, en la actualidad, uno de los países con los que mantenía un comercio más activo, por engorroso que a veces resultase. Un contacto directo entre los dos jefes del gobierno podía ser embarazoso.

El acoso norteamericano a la flota hindú apenas había trascendido, entre otras cosas porque tuvo lugar hacia el final de las hostilidades entre EE. UU. y Japón. Y a nadie convenía remover la cuestión. El presidente Ryan ya tenía que afrontar bastantes problemas, como su viejo amigo sabía perfectamente. El príncipe confiaba en que Jack se tomase un mínimo respiro. Para el personal de la sala de recepción, dormir era sólo una defensa ante el retraso de los aviones. Para Ryan era un combustible que le iba a ser más necesario que nunca en los dos días siguientes.

La cola llegaba hasta más allá del edificio del Ministerio de Hacienda. Terminaba deshilachada como unos zorros por los recién incorporados. A medida que avanzaba, daba la sensación de formarse por generación espontánea bajo el crudo frío invernal.

Entraban en el edificio en grupos de unos cincuenta. La apertura y cierre de la puerta la controlaba un funcionario, que debía de medir el tiempo con un cronómetro, o acaso contando lentamente por lo bajo.

La guardia de honor la formaban oficiales de los distintos cuerpos de uniforme que, en aquel turno, mandaba un capitán de las Fuerzas Aéreas. Mientras desfilaban quienes habían acudido a rendir su último homenaje, permanecían inmóviles como estatuas junto a los féretros.

Ryan observaba los rostros a través de -la pantalla del televisor de su despacho. Acababa de llegar, de nuevo antes de amanecer, preguntándose qué pensaban y por qué acudían tantas personas, porque pocos de aquellos ciudadanos votaron realmente por Roger Durling, que fue el número dos del ticket electoral. Accedió a la presidencia tras la dimisión de Bob Fowler, pero los norteamericanos cerraban filas tras sus presidentes y, a su muerte, Roger era el destinatario del cariño y del respeto que, en vida, nunca parecieron profesarle en exceso.

Sin embargo, en lugar de mirar hacia los féretros, algunos dirigían la vista hacia el inter-

ior de un edificio en el que probablemente nunca habían estado. Curiosamente, empleaban los escasos segundos de que disponían para algo distinto a lo que los había llevado allí. Luego, salían por el acceso este, pero ya no en fila, sino en grupos de amigos o familiares, o incluso de uno en uno, para dejar la ciudad y volver a sus obligaciones, como tendría que hacer él (más exactamente, tenía que volver con su familia y meditar acerca de la tarea del día siguiente).

«¿Por qué no?», pensaron al llegar al aeropuerto John Foster Dulles.

Podían darse por satisfechos por haber encontrado un motel barato, al final de la línea amarilla del metro. La cogerían hasta el centro urbano y se apearían en la estación Farragut Square, a sólo unas manzanas de la Casa Blanca, para poder echar un vistazo, que sería el primero para ambos. En realidad, sería la primera vez que viesen otras muchas cosas, ya que ninguno de los dos había estado antes en Washington, la maldita ciudad que, a orillas de un río menor, contaminaba el país entero, al que chupaba la sangre y expoliaba, como gustaban de repetir los Mountain Men.

Localizar el final de la cola les costó lo suyo. Llevaban horas avanzando con la lentitud que exigía el protocolo, con la única ventaja por su parte de que iban bien abrigados para el frío, y no como los imbéciles de la costa Este que hacían cola con ellos, con abrigos de entretiempo y cabeza descubierta. Reírse de ellos les ahorraba a Pete Holbrook y Ernest Brown burlarse de lo ocurrido. En lugar de ello, aplicaban el oído a lo que comentaban en la cola. Resultaba descorazonador. Quizá muchos de ellos fuesen funcionarios, pensaron ambos. Se lamentaban de lo ocurrido. Se llenaban la boca de lo buena persona que era Roger Durling, lo atractiva que era su esposa, lo listos que eran sus hijos, y lo horrible que tenía que ser para ellos.

En fin: los dos miembros de Mountain Men convenían en que, desde luego, para los chicos tenía que ser muy duro (porque ¿a quién no le gustaban los niños?). Pero probablemente a la mamá gallina no le gustaba ver los huevos revueltos, ¿no? ¿Cuánto sufrimiento había infligido su padre a los honestos ciudadanos, que sólo querían que sus derechos constitucionales fuesen respetados por aquella pandilla de estúpidos de Washington? Aunque de eso no decían nada. La mayoría no abrían la boca, mientras avanzaban con paso cansino en la cola que zigzagueaba por la calle. Ambos conocían la historia del edificio que albergaba el Ministerio de Hacienda que los protegió del viento durante un rato (que Andy Jackson decidió trasladar para no ver el edificio del Capitolio desde la Casa Blanca -aún estaba demasiado oscuro para poder verlo bien-, provocando el célebre y engorroso jogging en Pennsylvania Avenue, aunque poco importase ya, pues la calle había sido cortada frente a la Casa Blanca). ¿Y por qué? ¡Para proteger al presidente de los ciudadanos! Desconfiaban tanto de los ciudadanos que no se atrevían a dejar que se acercasen demasiado al Gran Jefe. No podían reconocerlo así, claro está. Lo habían comentado ambos durante el vuelo. Aquello debía de estar infestado de espías del gobierno, especialmente en la cola para entrar en la Casa Blanca, nombre ante el que no torcían el gesto sólo porque, supuestamente, fue David Crockett quien lo eligió. Holbrook lo oyó comentar en una película que vio por televisión, cuyo título no recordaba. El viejo David Crockett era, sin duda, su americano predilecto, el que dio nombre a su rifle favorito. Casi nada.

El edificio no tenía mala pinta, la verdad. Allí vivieron tipos estupendos. Andy Jackson, por ejemplo, que tuvo arrestos para mandar a hacer puñetas al Tribunal Supremo. Lincoln, un tipo duro de verdad. Fue una lástima que lo mataran antes de que aprobasen su plan para devolver los negros a África o a América Latina... (a ambos les caía bien James Monroe, por el solo hecho de ser el padre de la idea de elegir Liberia como lugar al que devolver los esclavos. Fue una pena que nadie la secundase). Teddy Roosevelt, que tenía muchas cosas positivas: amante de la naturaleza, cazador y soldado, que se pasó un poco de la raya en la «reforma» del gobierno. No había habido muchos desde entonces, opinaban ambos. Pero no era culpa del edificio haber albergado últimamente a tipos que no les gustaban. Ése era el problema de los

Librodot

edificios de Washington. El Capitolio fue en otro tiempo el hogar de Henry Clay y Daniel Webster, al fin y al cabo. Unos patriotas, a diferencia de los granujas que el piloto japonés se encargó de asar vivos.

Se pusieron un poco tensos al llegar al recinto de la Casa Blanca. Era como entrar en territorio enemigo. En la verja había agentes de la división uniformada del Servicio Secreto, y en el interior, marines por todas partes. ¿No era una vergüenza? Marines. Auténticos americanos. Pudiera ser que incluso los de color lo fuesen, porque recibían la misma formación que los blancos, y, probablemente, algunos eran verdaderos patriotas. Era una lástima que fuesen negros, aunque eso no tenía remedio, claro está. Y todos los marines obedecían sin rechistar a los burócratas, algo que resultaba bastante difícil de digerir, la verdad. Pero eran casi niños y quizá aprendiesen. Al fin y al cabo, entre los miembros de Mountain Men había varios ex militares. Los marines temblaban pese a sus largos abrigos y sus guantes blancos de gala. Uno de ellos, un malcarado sargento, abrió la puerta.

¡Menuda mansión!, pensaron Holbrook y Brown al alzar la vista y mirar en derredor del impresionante vestíbulo. Era comprensible que cualquiera que viviese allí se creyese un rey. No podía uno renunciar a algo semejante así como así. Lincoln se crió en una cabaña de troncos; Teddy Roosevelt sabía lo que era vivir en una tienda de campaña y cazar en las montañas. Pero en la actualidad, quienquiera que viviese allí no era más que un maldito burócrata.

En el interior había más marines y miembros de la guardia de honor junto a los féretros. Lo más inquietante era la presencia de tipos de paisano con auriculares del tamaño de audífonos conectados a la solapa del traje. Servicio Secreto. Agentes del FBI. El rostro del enemigo, miembros del mismo ministerio del que dependía la Secretaría de Control de Alcoholes, Tabaco y Armas de Fuego. Casi nada. El primer movimiento ciudadano de oposición al gobierno tuvo lugar a causa del alcohol (la célebre Rebelión del Whisky, razón por la cual la admiración que los Mountain Men sentían por George Washington era relativa). El más liberal de entre ellos argumentaba que incluso una buena persona puede tener un mal día, y George no era un tipo con quien pudiesen andarse con bromas. Brown y Holbrook no miraban directamente a los vomitivos agentes del Servicio Secreto. Tampoco con ellos podía uno andarse con bromas.

La agente especial Andrea Price acababa de entrar en el vestíbulo. Como el presidente estaba seguro en su despacho, ella tenía que atender a sus otras responsabilidades que, como jefa de seguridad, abarcaban a todo el edificio.

El desfile de personas que iba a rendir su último homenaje al difunto presidente no constituía, sin embargo, una amenaza para la Casa Blanca. En términos de seguridad era simplemente un engorro. Aunque un grupo de hombres armados se hubiese camuflado en la cola, en el interior del vestíbulo había veinte agentes armados, muchos de ellos con metralletas plegables de acción rápida Uzi, que portaban disimuladas en bolsas.

Un detector de metales, oculto en la entrada, indicaba a los miembros de la División Técnica de Seguridad a quiénes debían prestar especial atención. Otros agentes llevaban en la mano fotografías a la manera de un mazo de naipes, que barajaban constantemente para comparar todo rostro que cruzaba por la puerta con el de conocidos o presuntos agitadores. Respecto a cualquier otra posibilidad, fiaban de su intuición y formación, lo que significaba vigilar estrechamente a cualquier persona de aspecto «raro». Pero el intenso frío les complicaba la labor. Muchos de los que entraban tenían un aspecto... rarísimo. Unos daban pataditas en el suelo; otros se metían las manos en los bolsillos, se ajustaban el abrigo, temblaban o, simplemente, miraban en derredor (actitudes todas ellas que, de inmediato, llamaban la atención de algún agente). Si la persona en cuestión había hecho parpadear el detector de metales, un agente fingía rascarse la nariz y decía, por ejemplo, a través del micrófono: «Abrigo azul marino, varón, metro ochenta.» Entonces, cuatro o cinco agentes se giraban a mirar escrutadoramente a, en aquel caso, un dentista de Richmond que simplemente se había cambiado de bolsillo su calientamanos electrónico. Los agentes volvían a comparar su fisonomía con las fotografías de personas de similares características y... no coincidían. Pese a ello, no dejaban de

Librodot

observarlo, y una oculta cámara de vídeo filmaba un primer plano de su rostro. En casos más extremos, un agente se unía a quienes salían del edificio y seguía al individuo hasta su coche para anotar la matrícula.

El antiguo Mando Aéreo Estratégico, disuelto hacía tiempo, tenía por lema oficial «La paz es nuestra profesión». Para el Servicio Secreto, su profesión era inseparable de la paranoia, como evidenciaban los dos féretros instalados en el vestíbulo de la Casa Blanca.

Brown y Holbrook tuvieron sus cinco segundos de observación directa: dos costosos ataúdes, sin duda comprados a expensas del contribuyente, en lo que para ellos equivalía a una blasfemia, cubiertos con la bandera nacional. Bueno, quizá eso no contase para la esposa. Al fin y al cabo, las mujeres les debían lealtad a sus maridos.

Avanzaron hacia la izquierda y siguieron por donde unos gruesos cordones de terciopelo indicaban el camino a seguir hacia la salida. Notaban el cambio de actitud en los demás. Un hondo suspiro colectivo y algunos sollozos (de mujeres, la mayoría).

Los dos miembros de Mountain Men permanecieron impasibles, como la mayoría de los hombres. Se detuvieron unos instantes a contemplar las esculturas de Remington que flanqueaban la entrada del vestíbulo. Ya en el exterior, respiraron con alivio la bocanada de aire fresco después de aquellos minutos de inhalar tufo federal. No cruzaron palabra hasta que hubieron salido del recinto y se alejaron de la gente.

-Bonitos ataúdes. Pagando nosotros... -musitó Holbrook.

-Lástima que no estuviesen abiertos -dijo Brown, que miró en derredor para asegurarse de que no había nadie lo bastante cerca como para oírlos.

-Tienen hijos -señaló Pete Holbrook, dirigiendo la mirada hacia Pennsylvania Avenue.

-Claro, claro. Pero crecerán y serán unos burócratas como ellos -replicó Brown-. ¡Qué mierda!

No era fácil replicar a eso, pensó Holbrook.

-¡Que se jodan! -se limitó a decir, más que nada por no repetir las palabras de Brown.

Ya salía el sol y, como al este de la colina no había edificios altos, el blanco edificio ofrecía una bella estampa recortada en el horizonte.

Aunque para ambos fuese la primera visita a Washington, los dos hubiesen podido hacer de memoria un boceto bastante exacto del edificio. La alteración del panorama no podía ser más evidente.

Pete se alegraba de que Ernie lo animase a hacer aquel viaje. Ver aquello compensaba del incómodo desplazamiento. En esta ocasión, Pete acertó a adivinarle el pensamiento a su compañero.

-Esto alimenta la inspiración, Ernie -le dijo.

-Muy cierto, Pete, muy cierto.

Uno de los problemas de aquella enfermedad era su equívoca sintomatología.

La hermana Jean Baptiste estaba muy preocupada por uno de sus pacientes. Era un niño muy majo, pero... estaba gravemente enfermo. Eran ya cuatro décimas por encima de los 40 °C, una temperatura que por sí sola entrañaba riesgo de muerte. Claro que los demás síntomas eran peores. La desorientación se había agravado. Los vómitos eran más frecuentes y estaban mezclados con sangre. Tenía síntomas de hemorragia interna. La hermana sabía que eso podía significar varias cosas, pero a la que más le temía era al virus Ébola.

En la selva del Zaire habían arraigado numerosas endemias (ella aún llamaba a veces al país Congo Belga), y aunque la competencia entre los virus mortales era más dura de lo que cabía imaginar, el Ébola era el más temible.

Tenía que extraerle sangre al chico para hacerle otro análisis. Y lo hizo con sumo cuidado, pues aunque ignoraba cómo, la primera muestra se había extraviado. El personal joven del hospital era poco cuidadoso.

Los padres le sostuvieron el brazo a su hijo mientras ella extraía la sangre, con las ma-

nos protegidas por guantes de látex. El niño estaba semiinconsciente. La hermana retiró la aguja y la introdujo de inmediato en una bolsita de plástico para tirarla. El vial de sangre lo puso en un estuche especial. Su inmediata preocupación era la aguja. Muchos miembros del personal intentaban ahorrarle dinero al hospital reutilizando instrumental, a pesar del sida y de otras enfermedades que se contagiaban por medio de la sangre. Aquella aguja la tiraría ella personalmente para asegurarse.

No tenía más tiempo para dedicárselo a aquel paciente. Salió del pabellón y pasó por la galería que comunicaba con el edificio contiguo.

El hospital tenía una larga y honorable historia y fue construido de acuerdo con la climatología local. Los distintos pabellones estaban intercomunicados por senderos cubiertos y galerías. El edificio que albergaba el laboratorio estaba a sólo cincuenta metros. Era una instalación privilegiada porque, hacía muy poco, la Organización Mundial de la Salud envió allí un moderno equipo y seis jóvenes médicos (aunque, por desgracia, ninguna enfermera). Todos ellos se habían formado en Gran Bretaña o en EE. UU.

El doctor Mohammed Moudi estaba en aquellos momentos en el laboratorio. Era un hombre alto, delgado y cetrino, algo frío en el trato pero competente. Se dio la vuelta al oír que la hermana se acercaba y se fijó en el especial cuidado que ponía al desechar la aguja.

-¿Qué ocurre, hermana?

-El paciente Mkusa. Benedict Mkusa, un niño africano de ocho años -contestó ella tendiéndole la carpeta que contenía la información.

Moudi leyó los datos más relevantes. Según la enfermera -cristiana o no, para él era una religiosa y una buena enfermera-, los síntomas se habían presentado uno a uno: jaqueca, escalofríos, fiebre, desorientación, agitación y síntomas de hemorragia interna. El médico alzó la vista con cara de preocupación. Si luego aparecían petequias en su piel...

-¿Está en el pabellón general?

-Sí, doctor.

-Trasládelo inmediatamente al pabellón de aislamiento. Iré para allá dentro de media hora.

-Sí, doctor.

Al salir, la hermana Jean Baptiste se pasó la mano por la frente. Debía de ser el calor. Nunca acababa una de acostumbrarse, sobre todo si procedía del norte de Europa. Se tomaría una aspirina antes de trasladar a su paciente.

7

IMAGEN PÚBLICA

Empezó temprano. Desde el área de mantenimiento de la base de las Fuerzas Aéreas en Oklahoma, dos Sentry E-3B se dirigieron a la base de Pope, en Carolina del Norte, de la que despegaron a las 8.00, hora local, con rumbo norte.

Se había llegado a la conclusión de que cerrar todos los aeropuertos era exagerado. El Washington National aún lo estaba -y como no había congresistas que tuviesen que acudir allí, con las prisas de siempre, para dirigirse a sus distritos respectivos (sus plazas de parking eran ya casi un elemento del paisaje), incluso cabía pensar que seguiría cerrado-. Los controladores de los otros dos, el Dulles y el Baltimore-Washington International, tenían órdenes tajantes. Tanto las llegadas como las salidas deberían abstenerse de cruzar el interior de una «burbuja», de más de treinta kilómetros de diámetro, con centro en la Casa Blanca.

Todo aparato que invadiese tal «burbuja» sería de inmediato conminado a salir de la misma. Si el piloto desoía la orden, se encontraría en seguida con un caza pegado a su ala. Y si aun así no variaba el rumbo, la tercera medida sería tan obvia como espectacular.

Dos escuadrillas, formadas por cuatro cazas F-16 cada una, sobrevolaban la ciudad a

Librodot

una altitud de 5 400 y 6000 m respectivamente. La altitud amortiguaba el ruido (y les permitía elevarse y alcanzar velocidad supersónica en pocos segundos), pero las blancas estelas eran tan visibles en el cielo azul como las que trazó un día la fuerza aérea norteamericana en el cielo alemán.

Casi coincidiendo con el despegue de los dos Sentry, la 260ª. Brigada de Policía Militar de Washington volvió a desplegarse para «controlar el tráfico». Más de un centenar de HMMWV, apoyados por dotaciones de la policía o del FBI, cortaron el tráfico de las calles secundarias.

Una guardia de honor, formada por miembros de los distintos cuerpos, se alineaba en las aceras de las calles del itinerario. No había forma de saber cuál de los rifles podía llevar un cargador con balas de fuego real.

La ausencia de vehículos blindados podía dar la impresión de que las medidas de seguridad eran poco estrictas.

Había un total de 61 jefes de Estado en la ciudad. La jornada sería un auténtico infierno para quienes debían velar por la seguridad (razón de más para que los medios informativos se asegurasen de no perder detalle de la operación).

En la última operación similar, Jacqueline Kennedy optó por el luto. Pero habían pasado 35 años y ahora bastaba con llevar traje oscuro, aunque algunos representantes de gobiernos extranjeros vestían de uniforme (no había que olvidar que el príncipe de Gales era oficial de carrera). Algunos dignatarios de países exóticos llevaban indumentarias tan poco adecuadas para el frío que con toda seguridad, y en nombre de la dignidad nacional, acabarían ateridos.

El solo hecho de que fuesen a la Casa Blanca y pasasen algunas horas en sus inmediaciones constituía una pesadilla. Además, se planteaba el problema de dónde situarlos en la comitiva. ¿Por países y orden alfabético? ¿Por apellidos y orden alfabético? De ceñirse a la antigüedad en el cargo, habrían tenido que dar una embarazosa prioridad a varios dictadores, que habían acudido para conseguir cierta legitimidad en aquella enorme concentración diplomática (para reforzar el estatus de países y de gobiernos con los que EE. UU. mantenía relaciones amistosas, pero a los que profesaba escasa estima). Todos ellos entraron en la Casa Blanca, y desfilaron ante los féretros, después de que lo hubo hecho el último americano de la cola. De allí pasaron al salón Este, donde un grupo de funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores trató de servir a todos té o café.

Ryan y su familia estaban en la planta superior, dándoles los últimos toques a sus oscuras indumentarias, ayudados por el personal de la Casa Blanca. Los chicos vieron con cierto regocijo que a sus padres les retocaban el peinado, exactamente igual que hacían con ellos antes de salir de casa.

Jack llevaba en la mano una copia de su primer discurso. Sólo deseaba cerrar los ojos y que hubiese pasado todo. Se sentía como un boxeador desarbolado por su adversario, pero incapaz de dejarse caer sobre la lona, encajando un golpe tras otro como buenamente podía, a la vez que trataba de que no lo destrozasen.

Mary Abbot le dio el último toque a su peinado y le puso un poco de laca, algo que Jack no había utilizado nunca.

-Le esperan, señor presidente -dijo Arnie.

-Sí -dijo Jack mientras le pasaba la carpeta del discurso a uno de los agentes del Servicio Secreto.

Ryan salió de la estancia seguido de Cathy, que llevaba a Katie en brazos. Sally cogió de la mano al pequeño Jack. Los siguió pasillo adelante y luego escaleras abajo.

El presidente se dirigió hacia el salón Este. En cuanto asomó por la puerta, las miradas se fijaron en él. Pero eran miradas que carecían de naturalidad, y sólo algunas reflejaban condolencia. Casi todos los presentes eran jefes de Estado, o embajadores que lo primero que harían aquella noche en sus despachos sería redactar un informe sobre el presidente Ryan. Por suerte, el primer dignatario extranjero que se le acercó no necesitaría redactar ningún informe.

-Señor presidente -dijo el hombre de la guerrera de la Armada. Su embajador lo había

expuesto con claridad: en términos generales, a Londres le complacía el nuevo estado de cosas. Sus «relaciones especiales» serían aún más «especiales» ya que el presidente Ryan era caballero honorario de la Orden Victoriana.

-Alteza -repuso Jack, que se permitió una sonrisa al estrechar la mano que le tendió el príncipe-. Cuánto tiempo ha pasado desde aquel día en Londres, amigo mío...

-Mucho, mucho tiempo.

El sol no calentaba tanto como hubiera sido de esperar -por culpa del viento-, y las sombras que proyectaba hacían que todo pareciese aún más frío.

La policía del distrito de Columbia abría la marcha con sus motocicletas, seguidas de tres tambores y de soldados a pie (pertenecían al 3er. Pelotón de la Compañía Bravo del 1er. Batallón del 501.° Regimiento de Infantería de la 82ª. División Aerotransportada, a la que perteneció Roger Durling). Luego seguía un caballo llevado al paso por el jinete, que llevaba la caña de las botas vuelta hacia afuera hasta la altura de las espuelas. A continuación iban los dos coches fúnebres y la caravana de automóviles.

A medida que la comitiva enfilaba hacia el noroeste, oficiales de los tres ejércitos presentaban armas, primero en honor al fallecido presidente y luego ante el actual. Quienes llevaban la cabeza cubierta se descubrieron (sólo unos cuantos olvidaron hacerlo).

Brown y Holbrook no lo olvidaron. Durling podía haber sido otro de tantos burócratas, pero la bandera era la bandera. Y la bandera no tenía culpa de que la hubiesen puesto allí. Los soldados marchaban calle adelante, incongruentemente vestidos con uniforme de combate, con boinas rojas y botas altas. Porque según dijo un comentarista de radio, era la indumentaria que llevaba Durling cuando sirvió en aquel pelotón. Por delante de los coches fúnebres iban otros dos soldados. El primero portaba la enseña presidencial y el segundo un estuche que contenía las condecoraciones que Durling obtuvo por su comportamiento en el frente.

El fallecido presidente fue condecorado por salvar a un soldado bajo fuego enemigo. Aquel soldado formaba parte de la comitiva (le habían hecho una docena de entrevistas, en las que explicó sucintamente lo ocurrido el día en que un futuro presidente le salvó la vida).

Lástima que se hubiese descarriado, pensaban los Mountain Men. Aunque también se decían que lo más probable era que siempre hubiese sido un político.

El nuevo presidente apareció de pronto. Su automóvil era fácilmente identificable porque iba al paso de cuatro agentes del Servicio Secreto que lo flanqueaban por parejas.

El nuevo presidente era un misterio para los dos miembros de Mountain Men. Sólo sabían de él lo que habían visto por televisión y leído en los periódicos. Era un hombre de acción. Como mínimo, había matado a dos personas: a una con pistola y a la otra con una Uzi. También había sido marine. Esto suscitaba cierta admiración. En varias cadenas lo mostraban una y otra vez en programas de debate grabados o haciendo declaraciones. En los primeros daba la impresión de ser persona competente; en las últimas, de sentirse incómodo.

Casi todas las ventanillas de los coches de la comitiva llevaban un revestimiento de plástico oscuro que impedía ver quién iba en el interior; por supuesto, las del coche del presidente no lo llevaban. Su esposa iba sentada a su lado y sus tres hijos frente a él, en los asientos abatibles.

Era fácil ver al presidente Ryan desde la acera.

-¿Qué sabemos del presidente Ryan?

-No gran cosa -reconoció el comentarista-. Su servicio al gobierno se ha limitado, casi exclusivamente, a su labor en la CIA. Tiene el respeto de senadores y diputados, conservadores o republicanos. Ha trabajado para Alan Trent y para Sam Fellows durante años. Ésta es una de las razones de que ambos sigan con vida. Todos conocemos la historia de los terroristas que lo atacaron...

-Una historia que suena a Lejano Oeste -interrumpió el presentador-. ¿Qué opina de tener por presidente a quien ha...?

Librodot

-¿Matado? -exclamó el comentarista, cansado de tantos días de trabajo ininterrumpido, y un poco harto del atildado presentador-. Veamos: George Washington era general, igual que Andy Jackson. William Henry Harrison fue militar, como Grant y la mayoría de los presidentes posteriores a la guerra civil. Y Teddy Roosevelt, por supuesto. Truman fue también militar. Y Eisenhower. Jack Kennedy sirvió en la Armada, igual que Nixon, Jimmy Carter y George Bush...

La improvisada lección de historia puso tan en evidencia al presentador que consiguió irritarlo.

-Pero él fue elegido vicepresidente, con carácter interino, ¿verdad?, y como premio a su feliz dirección de un conflicto -replicó el presentador (porque en realidad nadie lo llamaba «guerra»)causado por lo que, en definitiva, no eran más que intereses comerciales japoneses.

Quede claro, pensó la presentadora. Así ponía a aquel «carroza» de corresponsal extranjero en su sitio. ¿Dónde estaba escrito que un presidente tuviese derecho a una luna de miel con los medios informativos?

Ryan pensaba repasar un poco su discurso, pero no pudo. Hacía mucho frío a la intemperie. Tampoco en el coche hacía calor, pero fuera había miles de personas a pie firme que atestaban las aceras, con una temperatura de 2 °C bajo cero.

Desde el coche, Ryan veía la expresión de sus caras. Muchos señalaban y hacían comentarios a quienes tenían al lado: «Ahí va. Ése es el nuevo presidente. » Algunos saludaban con la mano. Eran tímidos gestos de quienes dudaban de que fuese procedente hacerlos, pero que deseaban exteriorizar que aquello les importaba. Otros inclinaban la cabeza respetuosamente, con la tensa sonrisa que suele verse en una funeraria en quienes dispensan esperanzados lugares comunes.

A su vez, Jack se preguntó si era procedente corresponder al saludo, y decidió que no lo era, como si se ciñese a un código no escrito que rigiese el protocolo de los funerales. Se limitaba a mirarlos (de un modo inexpresivo, pensaba él), sin decir nada, porque de hecho no sabía qué decir.

No obstante, el discurso sí que tendría que leerlo, pensó Ryan, decepcionado de sí mismo.

-No parece sentirse a gusto -le susurró Brown a Holbrook.

Aguardaron unos minutos a que la multitud se dispersase. No todo el público estaba interesado en el desfile de dignatarios extranjeros. Además de que no se veía a quiénes iban en el interior de los coches, las banderas que ondeaban en la parte delantera de los vehículos no hacían sino provocar la reiterada pregunta: ¿cuál es ésa? y, a menudo, con una respuesta incorrecta. De modo que, al igual que tantos otros, los dos miembros de Mountain Men se alejaron por la acera.

-Es que aún no le ha cogido el tranquillo -dijo Holbrook.

-No es más que un burócrata. ¿Recuerdas el principio de Peter? Esto empieza a gustarme -comentó Brown.

Aludía a un libro que, en opinión de ambos, se escribió inspirándose en los funcionarios del gobierno. Según el aludido principio, todo miembro de una jerarquía tiende a ascender al nivel de su incompetencia.

-No me extrañaría que tuvieses razón -convino Holbrook, que volvió la cabeza hacia la calle, hacia los coches y sus trémulos banderines.

En la catedral Nacional la seguridad estaba garantizada. Los agentes del Servicio Secreto estaban convencidos de ello, y convencidos de que ningún asesino -porque los asesinos profesionales eran básicamente una idea de Hollywood- arriesgaría su vida en aquellas circunstancias.

Todo edificio con vista directa a aquel templo de estilo gótico estaba vigilado por varios policías, soldados o agentes del Servicio Secreto apostados en las azoteas, muchos de ellos miembros de la unidad de elite Counter-Sniper, armados con el más moderno de los rifles, un

Librodot

arma hecha a mano que costaba como un coche nuevo y que podía hacer blanco entre las cejas de un hombre desde casi un kilómetro de distancia (esta unidad, que ganaba competiciones de tiro con la regularidad de las mareas, reunía, probablemente, a los mejores tiradores que hubiesen existido jamás en el mundo, y practicaban a diario para no dejar de serlo). Quienquiera que deseara crear un problema, sabía todas estas cosas, y se abstenía; o si se trataba de un loco aficionado, se percataría del formidable despliegue defensivo y se diría que no era un buen día para morir.

Sin embargo, había tensión. Y aunque la comitiva estaba aún bastante lejos, los agentes iban de un lado para otro muy alerta. Uno de ellos, agotado después de treinta horas de servicio ininterrumpido, tropezó con un escalón y derramó el café que llevaba en un vaso de plástico. El agente juró por lo bajo, estrujó en la mano el vaso, se lo metió en el bolsillo y dijo a través del micrófono prendido en su solapa que todo estaba en orden en su sector. El café se heló casi de inmediato a la sombra del escalón de granito.

En el interior de la catedral, otro grupo de agentes inspeccionaba cualquier hueco y rincón, una vez más, antes de ocupar sus lugares, permitiendo a los encargados del protocolo cumplir con las instrucciones, relativas al lugar en el que debía sentarse cada personalidad, recibidas por fax minutos antes, con el consiguiente riesgo de que se produjese algún error.

Los coches fúnebres se detuvieron frente al edificio y los demás vehículos fueron parando, uno tras otro, para que bajasen sus pasajeros.

Ryan bajó del coche seguido de su familia y fue a reunirse con los Durling, muy afectados todavía. Jack no estaba seguro si eso era bueno o no. ¿Qué sabía nadie en circunstancias como aquélla?

Jack posó la mano en el hombro del pequeño Durling mientras los coches iban llegando, descendían los pasajeros y se alejaban sin pérdida de tiempo. Los miembros más destacados de la comitiva fúnebre se situaron inmediatamente detrás de Jack Ryan. Las personalidades menos relevantes accederían al templo por las entradas laterales, y pasarían entre portátiles detectores de metales, al igual que los oficiantes y los componentes del coro.

Roger debía de haber recordado su servicio en la 82.' División Aerotransportada con orgullo, pensó Jack. Los soldados que encabezaron la comitiva dejaron las armas y se dispusieron a cumplir con su deber bajo la supervisión de un joven capitán, ayudado por dos sargentos de solemne aspecto. Todos parecían muy jóvenes, incluso los sargentos. Llevaban la cabeza rapada casi al cero bajo sus boinas. Jack recordaba que su padre sirvió en la 10ª. División Aerotransportada -rival de la 82ª.- hacía cincuenta años y que tenía el mismo aspecto que aquellos chicos, aunque probablemente con un poco más de pelo, ya que en los años 40 no estaba de moda llevarlo tan corto. Pero veía en ellos la misma dureza, el mismo orgullo y la misma determinación para cumplir con su deber, fuese el que fuese.

Los preparativos se hacían interminables. Ryan, al igual que los soldados, no podía ladear la cabeza. Tenía que permanecer firmes igual que cuando sirvió en el cuerpo de marines. Sus hijos sí que ladeaban la cabeza, y movían los pies para entrar en calor. Cathy no les quitaba ojo, temerosa, al igual que Jack, de que fuesen a coger frío. Aunque en tales circunstancias, incluso el celo de unos padres quedaba subordinado a otras cosas. ¿Qué tendría lo que llamaban deber para que incluso aquellos huérfanos supiesen que debían seguir allí a pie firme y soportarlo todo?

Al fin, llegó el último vehículo de la comitiva, bajaron los pasajeros y fueron a ocupar sus puestos. Alguien dio una orden y catorce soldados se dividieron en dos grupos de siete y se dirigieron hacia los coches fúnebres. El oficial que iba al mando del pelotón desatornilló las abrazaderas que sujetaban los féretros, que los soldados alzaron y transportaron lateralmente con precisión de autómatas. El soldado que portaba la enseña presidencial empezó a subir por la escalinata, seguido de los féretros. El del presidente iba delante, seguido por el capitán, tras quien iba el sargento que mandaba la subescolta.

No fue culpa de nadie. Había tres soldados en cada lado, que marchaban de acuerdo a la cadencia que marcaba el sargento. Estaban agarrotados, tras permanecer quince minutos fir-

Librodot

mes después de un saludable paseo matutino por Massachusetts Avenue. El que iba en el centro, a la derecha, resbaló con el café helado justo en el momento en que los demás avanzaban un paso. Resbaló hacia adentro, y al caer hizo que cayese a su vez el soldado que iba detrás. El peso total era superior a los 180 kg, entre el ataúd y el cuerpo, y todo ello se le vino encima al soldado que resbaló en primer lugar. Se rompió ambas piernas bajo el peso del féretro, que se las aplastó contra el granítico canto de un escalón.

Los miles de personas que lo presenciaron contuvieron el aliento. Varios agentes del Servicio Secreto corrieron hacia el soldado, temiendo que lo hubiesen abatido de un disparo. Andrea Price se situó frente a Ryan para protegerlo con su cuerpo, con la mano en el interior de la chaqueta y, obviamente, empuñando su pistola reglamentaria, dispuesta a esgrimirla, mientras otros agentes ocupaban posiciones para alejar a los Ryan y a los Durling de allí en caso necesario.

Los soldados se apresuraron a levantar el féretro de encima de su compañero caído, que estaba blanco como la cera a causa del dolor.

-Hielo -musitó entre dientes-. He resbalado.

El soldado tuvo la suficiente serenidad como para no soltar el taco que resonó en su mente, a causa de la vergüenza y del bochorno que sentía por lo ocurrido en semejantes circunstancias. Un agente miró hacia el escalón y la vio: una rugosa laminilla de color marrón blancuzco que reflejaba la luz. El agente le indicó por señas a Andrea que podía tranquilizarse.

-Sólo ha sido un resbalón. Sólo un resbalón -les comunicó ella por radio a sus hombres.

Ryan miró en derredor tratando de ver qué ocurría. Roger Durling no se habría enterado, pero insultarlo era insultar a sus hijos, que hicieron una mueca de dolor y echaron la cabeza hacia atrás al ver que su padre se estrellaba contra los escalones. La infantil mente del pequeño Durling casi se sorprendió de que el golpe no hubiese despertado a su padre. Hacia sólo unas horas había salido de su habitación para ir a llamar a la puerta del dormitorio de sus padres, por si acaso habían vuelto.

-¡Oh, Dios! -exclamó el comentarista.

Las cámaras hicieron un zoom cuando dos soldados del 3er. Regimiento se llevaron al paracaidista herido. El sargento ocupó su lugar. En pocos segundos izaron de nuevo el féretro, cuya pulida madera de roble se había desportillado y ensuciado a causa de la caída.

-Bien, soldados -dijo el sargento desde su nuevo lugar-. Iz... quierda.

-Papá -gimió Mark Durling-. Papá.

El muchachito tenía sólo nueve años. Todos los que estaban lo bastante cerca se estremecieron al oírlo, en medio del sobrecogedor silencio que siguió al accidente.

Los soldados se mordían los labios. Los agentes del Servicio Secreto, apesadumbrados y afligidos por la muerte de un presidente, dedicaron unos momentos a bajar la vista o a intercambiar miradas de condolencia. Jack rodeó con sus brazos al niño, aunque sin saber qué demonios decirle. ¿Qué más iba a torcerse aún?, se preguntó el nuevo presidente, mientras el féretro de la difunta primera dama seguía al cadáver de su esposo por la escalinata y luego por el interior del templo.

-Vamos, Mark -dijo Ryan, que sujetó al muchacho delicadamente por los hombros y lo condujo hacia la puerta con paternal actitud.

Jack hubiese hecho cualquier cosa por aliviarlos del dolor aunque sólo fuese por unos segundos. Pero era imposible, y lo único que consiguió fue entristecerse más.

Los oficiales encargados del protocolo empezaron a acomodar a las personalidades. Ryan y su familia ocuparon el primer banco de la derecha y los familiares de los Durling el primero de la izquierda. Los soldados posaron los féretros en sendos catafalcos en la sacristía y, a escasa distancia, colocaron otros tres féretros, los de un senador y de dos diputados que ostentarían la «representación» por última vez.

El organista interpretó algo que Ryan había oído pero que no reconoció. Por lo menos no se trataba del lúgubre y masónico desgranar de notas de Mozart, con su monótono y brutal

planto, casi tan deprimente como una película sobre el holocausto judío.

Los oficiantes se situaron en primera fila con una expresión muy profesional en sus rostros. Frente a Ryan, sobre un atril en el que normalmente descansaba el libro de los salmos, habían colocado otra copia de su discurso.

La escena que llegó a las pantallas de los televisores fue de tal naturaleza que hizo que todo miembro de su elegida profesión se sintiese enfermo o excitado más de lo que pudiera excitarse con el sexo. Lástima que... Pero claro, oportunidades así sólo se presentaban por casualidad y no daban tiempo a organizar nada. Y la organización lo era todo en una misión semejante, no porque fuese técnicamente difícil, se dijo al conjeturar sobre el método a seguir; se podía montar un mortero, por ejemplo, en la parte trasera de una camioneta de reparto corriente, como las que se ven a miles en cualquier ciudad.

No había más que lanzar varias granadas por elevación para que destrozasen el tejado del edificio. Se cargarían por lo menos a diez, o pudiera ser que a veinte. Y aunque fuesen muertos indiscriminados, un muerto era un muerto; el terror era el terror, y él era terrorista profesional.

-Ahí están todos -musitó.

Las cámaras recorrían los bancos. Predominaban los hombres, sentados sin orden aparente. Algunos charlaban en voz baja, pero la mayoría guardaba silencio mientras sus inexpresivas miradas recorrían el interior del templo. Luego, reparó en los hijos del presidente muerto; un chico y una chica con la abatida expresión de quienes se habían topado con la dura realidad de la vida. Los niños encajaban las desgracias con sorprendente entereza, ¿verdad? Sobrevivirían, puesto que ya carecían de importancia política. De modo que su interés por ellos era tan aséptico como despiadado.

Una de las cámaras volvió a enfocar a Ryan y ofreció un primer plano que permitió al terrorista observarlo con detenimiento.

Aún no le había dado su último adiós a Roger Durling. Jack no había tenido tiempo de serenarse y concentrarse en ello, a causa del abrumador trabajo. Hacía varios segundos que sus ojos miraban con fijeza el féretro del fallecido presidente.

Jack apenas conocía a Anne; y en los otros tres féretros expuestos en la sacristía yacían personas desconocidas para él (las habían elegido sin más criterio que el de sus distintos credos religiosos). Pero Roger era su amigo. Él lo sacó de la rutina de la vida privada, le proporcionó un empleo importante, depositó suficiente confianza en él como para permitirle una amplia iniciativa, siguió sus consejos la mayoría de las veces y le confió los asuntos más reservados. Esto no significaba que no le hubiese echado más de una bronca, pero siempre como un amigo.

Fue una ardua labor la que realizó para Durling, sobre todo a causa del conflicto con Japón (ahora que había concluido, ni siquiera Jack lo consideraba una «guerra», porque la guerra era algo del pasado). La guerra ya no formaba parte del mundo que se configuraba de acuerdo con el contenido real de tal barbarismo (y de tal barbarie).

Durling y Ryan lograron superar todo eso, y aunque el ex presidente se proponía seguir para culminar la labor por otros medios, también se hacía cargo de que Ryan quisiera poner punto final a su carrera al servicio de la nación. De ahí que, como amigo, le proporcionase a Jack una brillante despedida antes de reincorporarse a la vida privada, un broche de oro a un servicio público que se había convertido para él en una trampa.

«¿Si Durling le hubiese ofrecido el puesto a cualquier otra persona, dónde hubiese estado yo Aquella Noche?», se preguntaba Jack. La respuesta era sencilla: habría estado en la primera fila de la cámara y, además, muerto.

El presidente Ryan tragó saliva al percatarse de ello. Roger le había salvado la vida. Y probablemente no sólo la suya. Cathy, y acaso los niños, habrían estado en la tribuna destinada al público, junto a Anne Durling...

¿Tan frágil era la vida, que podía depender de hechos tan insignificantes? En aquellos momentos, otros cadáveres yacían de cuerpo presente en distintas capillas ardientes instaladas por toda la ciudad. La mayoría eran adultos, pero también había niños, hijos de otras víctimas que eligieron aquella noche para asistir con su familia a la sesión conjunta de ambas cámaras en el Congreso.

Mark Durling sollozaba. Su hermana mayor, Amy, atrajo su cabeza hacia sí. Jack la ladeó ligeramente y los observó. «No son más que niños, Dios mío. ¿Por qué han de pasar los niños por estas cosas?» La sola idea lo conmovió. Se mordisqueó el labio inferior y bajó la vista. No podía desahogar su ira en nadie. El autor material del monstruoso crimen también había muerto. Su cuerpo se hallaba en un ataúd del depósito de cadáveres municipal de Washington y, a varios miles de kilómetros de allí, los familiares que hubiese dejado tendrían que sobrellevar el doble peso de la vergüenza y de la culpabilidad. Ésa era la razón de que la inmensa mayoría de las personas considerase absurda toda violencia. No cabía extraer ninguna lección de lo ocurrido -no quedaría más que el recurrente dolor por los muertos y las vidas destrozadas y, en cierto modo, por la supervivencia de quienes se habían librado por pura casualidad-. Al igual que el cáncer y otras graves enfermedades, esta clase de agresiones no respondía a un plan detectable y, por lo tanto, tampoco cabía organizar realmente una defensa. Todo se reducía a la decisión de un hombre de no ir solo con destino a la otra vida en la que creía de acuerdo a su religión. Ciertamente: ¿qué lección iba a extraer nadie de algo semejante?

El nuevo presidente, que tan a fondo había estudiado el comportamiento humano, seguía con la vista clavada en el suelo, oyendo los sollozos de un niño huérfano cuyo eco resonaba entre las paredes del templo.

«Es débil.» No había más que verle la cara. Aquel que por tan hombre se tenía, aquel presidente, apenas podía contener el llanto. ¿Acaso ignoraba que la muerte era parte de la vida? Él había matado, ¿no? ¿Acaso ignoraba lo que era la muerte? ¿No iría a hacerse de nuevas? No había más que ver las caras de los demás para percatarse de que ellos sí sabían lo que era la muerte. Eran rostros tristes. Porque se daba por sentado que en un funeral había que estar triste. Pero toda vida tenía su final. Ryan debía de saberlo. Había afrontado el peligro, aunque... de eso hacía ya mucho tiempo, pensó. Y con el paso del tiempo, los hombres olvidan tales cosas. El nuevo presidente tenía sobrados motivos para olvidar la vulnerabilidad de la vida, porque ahora gozaba de la protección de que se rodeaba a todo jefe de Estado.

Aquel hombre se maravillaba de lo mucho que podía uno captar con sólo observar detenidamente el rostro de una persona. Esto facilitaba las cosas, ¿verdad?

Ella estaba cinco filas más atrás, pero junto al pasillo, y aunque la primera ministra de la India sólo le veía al presidente la parte posterior de la cabeza, también era una estudiosa del comportamiento humano. Un jefe de Estado no podía comportarse así. Un jefe de Estado era, al fin y al cabo, un actor del más importante teatro del mundo, y tenía que aprender a comportarse como tal.

La primera ministra había asistido a muchos funerales, porque los líderes políticos tenían aliados -no siempre amigos, jóvenes o viejos, y se les debía un respeto que había que exteriorizar, por más que uno los detestase-. Cuando se trataba de alguien a quien se odiaba, podía resultar incluso divertido. En su país era muy frecuente la incineración, y eso le permitía fantasear con la idea de que el cuerpo aún alentase mientras ardía. Enarcaba las cejas una y otra vez con íntimo regocijo al pensarlo. Sobre todo por aquellos a quienes se detestaba. Era un excelente ejercicio, aparecer afligida. Sí, teníamos nuestras diferencias, pero era una persona digna del máximo respeto, alguien con quien se podía trabajar, alguien cuyas ideas siempre merecía la pena escuchar con atención.

Con el tiempo, se adquiría tanta práctica que los deudos creían todas esas mentiras. En parte, porque querían creerlas. Se aprendía a sonreír en el momento justo, a mostrar condolen-

cia oportunamente, a hablar cuando convenía hacerlo. No tenía una más remedio. Un líder político rara vez podía permitirse dejar que aflorasen sus verdaderos sentimientos; porque los verdaderos sentimientos revelaban las propias flaquezas, y siempre había quienes estaban dispuestos a utilizarlas en contra de uno. De modo que, con el tiempo, uno aprendía a ocultarlos, a reprimirlos hasta el punto de aniquilarlos. Y eso era bueno, porque la política no tenía sentimientos.

Estaba claro que el tal Ryan no sabía todo esto, se dijo la primera ministra de «la mayor democracia del mundo». Como consecuencia de ello, se mostraba tal como era, y lo que era peor: delante de una tercera parte de los líderes más importantes del mundo, que tomarían buena nota para utilizarlo en el futuro, tal como hacía ella.

Maravilloso, pensó la primera ministra, sin abandonar la contrita expresión en honor de una persona a quien nunca pudo ver ni en pintura.

Cuando el organista empezó a desgranar las notas del primer himno, ella alzó su libro, pasó las hojas hasta la página correspondiente y unió su voz al coro que atestaba el templo.

El rabino fue el primero en hablar. Cada uno de los representantes de las distintas religiones disponía de diez minutos. Todos ellos eran expertos o, más exactamente, verdaderos eruditos, además de siervos del Señor.

Benjamin Fleishman habló del Talmud y de la Torá. Luego, del deber, del honor y de la fe, y de un Dios misericordioso. Por último, tomó la palabra el reverendo Frederick Ralston, capellán del Senado (que se libró de morir como los demás Aquella Noche porque estaba de viaje). Como baptista sureño y distinguida autoridad en el Nuevo Testamento, Ralston habló de la pasión de Cristo, de su amigo el senador Richard Eastman de Oregón, que estaba en uno de los ataúdes de la sacristía, respetado por todos como honorable miembro del Congreso. Siguió con un panegírico del fallecido presidente, padre de familia ejemplar, como era bien sabido...

No había ninguna manera «adecuada» de enfocar estas cosas, pensaba Ryan. Quizá hubiese sido más sencillo si el pastor-ministro-rabino hubiese tenido tiempo de charlar con quienes lloraban a las víctimas. Pero en aquel caso no había más remedio que proceder así...

« ¡No! ¡Esto es impropio! », se dijo Jack. Aquello era puro teatro. Y no debía serlo. Había niños sentados a sólo unos pasos a su izquierda, al otro lado del pasillo, y para ellos no era teatro. Para ellos era todo mucho más sencillo: eran sus padres. La irracionalidad se los había arrebatado; les negaba el futuro que se daba por supuesto que la vida les reservaba. Los privaba de su amor y orientación, de la oportunidad de crecer normalmente para convertirse en personas normales. Mark y Amy eran quienes de verdad importaban allí, pero las lecciones de aquel oficio religioso, que supuestamente servía para confortarlos, iban dirigidas a otros.

El evento era un acontecimiento político de proporciones gigantescas, algo organizado para tranquilizar al país, renovar la fe en Dios, en el mundo y en el país. Y probablemente la audiencia situada al otro lado de las veintitrés cámaras instaladas en el templo lo necesitase. Pero otros tenían necesidades más acuciantes: los hijos de Roger y Anne Durling, los hijos mayores de Dick Eastman, la viuda de David Kohn de Rhode Island y los familiares de Marisa Henrik de Texas, que habían sobrevivido. Éstas eran personas reales, cuya aflicción se subordinaba a los intereses del país.

«¡Pues... al país que lo zurzan! », pensó Jack para sí, irritado por lo que sucedía, y consigo mismo, por no haberlo comprendido antes para modificar las cosas. El país tenía necesidades, pero esas necesidades no podían ser tan grandes como para pasar por encima del horrible destino que se había cebado en aquellos niños. ¿Quién hablaba por ellos? ¿Quién hablaba con ellos?.

Lo que peor le sentó a Ryan fue la intervención del arzobispo de Washington, el cardenal Michael O'Leary: «Bienaventurados los mansos... porque ellos...» Para Mark y Amy, se dijo Jack irritado, su padre no fue un «manso», ni un «pacificador». Era papá. Y papá había muerto. Y esto no era una abstracción.

Tres distinguidos, doctos y honorabilísimos miembros del clero se dirigían a la nación,

pero también a unos niños a quienes escatimaban unas gotitas de jarabe de pico. Estaba bien claro. Alguien tenía que hablar con ellos, para ellos y acerca de sus padres. Alguien debía intentar confortarlos. No era posible, ¡pero había que intentarlo, puñeta!

Él podría ser presidente de EE. UU., podría deberse a los millones de personas que seguían los actos por televisión, pero no olvidaba que su esposa y su hija tuvieron que ingresar en la sección de traumatología del hospital de Baltimore debatiéndose entre la vida y la muerte. Y tampoco aquello fue una abstracción. Ése era el problema. Ésa fue la razón de que atacasen a su familia. Por eso habían muerto todas aquellas personas (porque un fanático los consideraba abstracciones, en lugar de verlos como seres humanos, con sus vidas, sus esperanzas y sus sueños; como seres humanos que, además, tenían hijos).

Jack tenía el deber de proteger a la nación. Había jurado preservar, proteger y defender la Constitución de EE. UU., y lo haría... a su leal saber y entender, con la ayuda de Dios. Pero el propósito de la Constitución era garantizar las libertades del pueblo, y eso incluía a los niños. El país al que servía, y el gobierno que trataba de dirigir, eran poco más que un mecanismo para proteger a personas concretas. Y ese deber no era una abstracción. La realidad de ese deber estaba sentada a unos pasos a su izquierda, tratando de contener las lágrimas y, probablemente, sin conseguirlo, porque no podía haber mayor sensación de soledad que la que los Durling sentían en aquellos momentos, mientras Mike O'Leary se dirigía a un país en lugar de a una familia. Ya estaba bien de comedia.

A continuación siguió otro himno y, cuando hubo terminado, Jack Ryan se dirigió hacia el púlpito.

Los agentes del Servicio Secreto dirigían su experta mirada en derredor de la nave, porque el ESPADACHÍN era en aquellos momentos un blanco perfecto. Al llegar al atril, reparó en que el cardenal O'Leary había seguido las instrucciones. Había dejado la carpeta que contenía el discurso presidencial encima de la pulida superficie de madera del atril.

No. Ni hablar, pensó Jack, que apoyó ambas manos en los bordes del atril, recorrió con la mirada a los congregados en el templo y la posó en los hijos de Roger y de Anne Durling. El dolor que reflejaban sus rostros le partía el corazón. Tendrían que cargar con el peso de unas obligaciones que nunca fueron suyas. Anónimos «amigos» les pedirían que tuviesen más valor que el que pudieran pedirle a un marine en circunstancias similares. Probablemente, porque «a vuestros padres les habría gustado veros tan animosos». Pero soportar el dolor con callada dignidad no era cosa de niños. Era cosa de adultos, que tendrían que sobrellevarlo como buenamente pudiesen.

«Basta -se dijo Jack-. Mi deber empieza por ahí.» La primera obligación del fuerte fue siempre proteger al débil.

Sus manos se crisparon en el pulimentado roble del atril. La autoflagelación lo ayudó a serenarse y a ordenar sus ideas.

-Mark, Amy, vuestro padre era mi amigo -dijo en tono amable-. Tuve el honor de trabajar para él y de ayudarlo lo mejor que supe, aunque, la verdad, probablemente me ayudaba más él a mí. Sé que siempre os habéis visto obligados a haceros cargo de que vuestros padres tenían una importante labor que hacer, y que no siempre tenían el tiempo suficiente para las cosas que realmente importan. No obstante, puedo aseguraros que vuestro padre hacía cuanto podía por encontrar tiempo para estar con vosotros, porque os quería más que a ninguna otra cosa de este mundo. Le importabais más que ser presidente, más que todas las cosas que eso comporta, más que ninguna otra cosa, salvo, quizá, vuestra madre. También a ella la quería mucho...

¡Bobadas! Menudo descubrimiento. ¡Claro que a uno le importaban los niños!

A Daryaei le importaban. Pero los niños se convertían en adultos. Su misión era aprender para, algún día, alcanzar las metas que los adultos fijaban. Hasta entonces, aprenderían los valores que los mayores les inculcasen. Harían lo que el destino dictase. La voluntad de Alá, que era misericordioso, por más dura que fuese la vida. Tenía que reconocer que el judío

Librodot

había hablado bien, citando las Sagradas Escrituras con idénticas palabras a como figuraban en sus respectivos libros sagrados, la Torá y el Corán. Él habría elegido otro pasaje, pero eso era sólo cuestión de gustos, ¿no? La teología daba ese margen de libertad. Todo había sido un inútil ejercicio, como lo era siempre cualquier ceremonia protocolaria.

El imbécil de Ryan perdía el tiempo tratando de que su nación se mostrase más unida que nunca, de parecer firme y seguro, para consolidar su control del gobierno. ¡Hablarles a los niños en semejantes circunstancias!

Sus consejeros políticos debían de sufrir un colectivo ataque al corazón, pensaba la primera ministra, que tuvo que hacer acopio de todo el aplomo adquirido a lo largo de su carrera política para no perder la compostura.

Optó por cambiar la expresión de imperturbabilidad por la de condolencia. Entre otras cosas, porque acaso Ryan la estuviese observando. Ella era mujer y madre, y tendría que entrevistarse con él por la tarde. Ladeó algo la cabeza hacia la derecha para verlo mejor. Seguramente eso también le gustaría. Al cabo de un minuto, poco más o menos, sacaría un pañuelo de papel del bolsillo y se secaría los ojos.

-Me hubiese gustado conocer mejor a vuestra madre. Cathy y yo lo deseábamos fervientemente. Quería que Sally, Jack y Katie se hiciesen amigos vuestros. Hablamos de ello más de una vez. Me temo que eso ya no podrá ser, del modo que nos hubiese gustado.

Estas improvisadas palabras provocaron que al propio Jack se le hiciese un nudo en la garganta. Los Durling sollozaban, quizá porque, indirectamente, Jack acababa de decirles que tenían perfecto derecho a llorar en aquellos momentos. Él no podía permitirse hacerlo, ya que tenía que ser fuerte para infundirles confianza. De manera que siguió con las manos apoyadas en el atril, cuyos bordes asía con tal fuerza que le dolían los dedos.

-Probablemente, os preguntaréis por qué ha ocurrido la desgracia que nos aflige. Y la verdad es que no lo sé. Ojalá lo supiera. Ojalá lo supiese alguien que pudiera contestar a las muchas preguntas que me gustaría hacerle... -prosiguió Jack.

-¡Dios mío! -exclamó Clark con la voz quebrada por la contenida emoción.

En su despacho de la CIA, al igual que en el de todos los altos funcionarios del cuerpo, había un televisor. No había ni un canal que no retransmitiera el funeral.

-Sí, yo también he pensado en eso más de una vez -añadió Clark.

-¿Sabe qué, John? -dijo Chávez, con un talante más reposado que el de su jefe.

Era cosa de hombres conservar la calma en tales circunstancias, para que las mujeres y los niños pudieran apoyarse en ellos... o, por lo menos, eso preconizaba su cultura. Por otro lado, el señor Ce era una caja de sorpresas. Siempre lo había sido.

-¿A qué te refieres, Domingo?

-Tiene las cosas claras. Trabajamos para alguien que tiene las cosas claras.

John casi se sobresaltó al oír el comentario de Chávez. ¿Increíble, no? Dos paramilitares de la CIA le leían el pensamiento a su presidente. Era agradable comprobar que había entendido a Ryan desde el primer momento. Igualito que su padre. Era una lástima que el destino le negara la oportunidad de conocer a aquel Ryan.

Luego, se preguntó si Jack saldría airoso de su misión como presidente, porque no se comportaba como los demás. Se conducía como una verdadera persona. Pero ¿qué tenía eso de malo?, se preguntó Clark.

-Podéis contar con nosotros; venir a vernos a Cathy y a mí. No estáis solos. Nunca estaréis solos. Vuestros familiares, y también nosotros, estaremos a vuestro lado -prometió Ryan desde el púlpito.

Aquello se le hacía más duro a cada segundo que pasaba, pero tenía que decir lo que debía. Roger era su amigo, y si tenía que velar por sus hijos, lo haría tal como hizo por la familia de Buck Zimmer.

-Quiero que estéis orgullosos de vuestro padre. Era un hombre de bien, un buen amigo.

Librodot

Se desvivía para conseguir que las cosas fuesen mejores para los demás. Era una dura tarea que le robaba un tiempo que hubiese podido dedicaros, pero vuestro padre era un gran hombre, y los grandes hombres hacen grandes cosas. Vuestra madre estuvo siempre a su lado, y también hizo grandes cosas. Vivirán siempre en vuestros corazones. Recordad todo lo que os decían; los pequeños detalles, los juegos, las bromas, todo aquello que hacen los padres para demostrarles amor a sus hijos. Eso nunca os lo podrán quitar. Nunca -les aseguró Jack, que se irguió entonces como en gestual afirmación de la esperanza de que algo mitigase el dolor.

-Mark, Amy, Dios ha querido llamar a vuestros padres a su lado. Nunca explica la razón de modo fácilmente comprensible para nosotros, que nada podemos... cuando llega el momento. Nada podemos... -concluyó Ryan visiblemente emocionado.

Mucho valor debía de tener aquel hombre para dejar que aflorasen sus sentimientos, pensó Koga. Cualquier otro hubiese subido allí a soltar la habitual perorata política. Eso es lo que hubiese hecho la mayoría. El tal Ryan, sin embargo, no era como los demás. Hablarles a los niños de aquel modo era muy inteligente o, por lo menos, eso pensó al finalizar el discurso. Pero no era ése el calificativo que le cuadraba. En el interior de aquel presidente alentaba un hombre. No era un comediante. No se molestaba en mostrar fortaleza o determinación. Y Koga sabía por qué. Koga sabía mejor que cualquiera de los congregados en el templo de qué pasta estaba hecho Ryan. Ya lo intuyó sin moverse de su despacho días antes. Ryan era un samurai. Procedía en conciencia y sin temor a la opinión ajena.

El primer ministro japonés confiaba en que eso no fuese un error, mientras observaba al presidente norteamericano bajar por las escaleras del púlpito hacia donde se encontraban los hijos de los Durling.

Ryan los abrazó y el público pudo ver que una lágrima rodaba por la mejilla de su presidente. Se oían sollozos procedentes de los bancos que ocupaban los jefes de Estado. No obstante, sabía que la mayoría eran forzados o fingidos, o que, a lo sumo, respondían a fugaces atisbos de humanidad. Lamentaba no poder unirse a éstos, pero las normas de su cultura eran estrictas, tanto más cuanto que tenía que pechar con la vergüenza de que uno de sus compatriotas provocase tan monstruosa tragedia. Muy a su pesar, tenía que ceñirse a las reglas del juego político. Era admirable que Ryan no tuviese que hacer otro tanto. Pudiera ser que los norteamericanos no fuesen conscientes de la suerte que tenían.

-En ningún momento ha utilizado el discurso que llevaba escrito -dijo el presentador.

El texto del discurso fue distribuido a todas las agencias de noticias. Habían subrayado frases y entresacado párrafos para que los periodistas pudiesen repetir los pasajes más atractivos para la audiencia. Pero como Jack Ryan no lo había leído, el presentador se vio obligado a tomar notas (torpemente, porque hacía mucho tiempo que dejó de trabajar como reportero).

-Cierto -convino a regañadientes el comentarista, porque las cosas no se hacían así. En su monitor veían que el presidente seguía abrazando a los hijos de los Durling, y ya estaba durando demasiado-. Supongo que Ryan ha pensado que éste es un momento muy importante para ellos...

-Y sin duda lo es -lo atajó el presentador.

-Pero la labor del presidente es gobernar -dijo el comentarista, que se abstuvo de decir lo que aún no podía exteriorizar: «No es muy propio de un presidente. »

Jack dejó al fin de abrazarlos. Sólo había dolor en los ojos de los Durling. El lado más objetivo de su mente le decía que esto era probablemente bueno -porque tenían que desahogarse-. Eso no se lo ponía a él más fácil, porque, en principio, los niños de esa edad no tenían aún nada parecido a la objetividad. Sin embargo, aquellos niños sí lo tenían y no había más remedio que aliviar su dolor. Miró a los tíos y tías que los acompañaban, en cuyos llorosos rostros creyó ver una mirada de agradecimiento.

Jack Ryan los saludó con la cabeza, dio media vuelta y volvió a su asiento. Cathy lo miró, también con lágrimas en los ojos, y aunque se sintió incapaz de hablar, le cogió la mano y se la apretó. Entonces reparó él en un pequeño detalle que constituía una nueva prueba de la

inteligencia de su esposa: no se había puesto rímel para que no se le corriese con las lágrimas. Jack sonrió para sus adentros. Además, no le gustaba que se pintase, sencillamente porque no lo necesitaba.

-¿Qué sabemos de ella?

-Es médica, especializada en cirugía ocular, y muy buena, por lo visto -repuso él consultando sus notas-. Los medios informativos norteamericanos aseguran que no ha abandonado su profesión pese a sus obligaciones oficiales.

-¿Y sus hijos?

-Aquí no hay nada... aunque no creo que me sea difícil averiguar a qué colegio asisten -añadió ante la mirada de perplejidad de su interlocutor-. Si la esposa sigue con su trabajo, lo más probable es que sus hijos no cambien de colegio.

-¿Y cómo va a averiguarlo?

-Fácil. Se puede acceder a todos los reportajes de televisión a través de ordenador. A Ryan le han hecho numerosos reportajes. Puedo averiguar lo que sea.

La verdad era que ya había recurrido a ese medio, aunque aún no había obtenido información acerca de su familia. La modernidad hacía mucho más fácil la vida de los agentes de información. Acerca de Ryan sabía ya la edad, estatura, peso, color del pelo y de los ojos, y muchos de sus hábitos personales; lo que más le gustaba comer y beber; los clubs de golf a los que pertenecía, y muchas otras banalidades, ninguna de las cuales era realmente trivial para un profesional de los servicios de inteligencia. No tenía que preguntar qué pensaba su jefe. Habían perdido una gran oportunidad -los jefes de Estado reunidos en la catedral Nacional-. Pero no sería la única que se presentase.

El funeral concluyó tras un último himno. Los soldados volvieron a llevar en andas los féretros y la comitiva rehizo el camino. Mark y Amy se tranquilizaron bastante, ayudados por sus parientes, y siguieron tras los ataúdes de sus padres. Jack iba a continuación con su familia. Katie se había aburrido lo indecible y estaba encantada de salir de allí. El pequeño Jack sentía pena por los hijos de los Durling. Sally parecía preocupada (tendría que hablar con ella luego). Dirigió la mirada pasillo adelante y vio numerosos rostros, sorprendido de que los ocupantes de los primeros bancos no mirasen a los féretros sino a él. Estaba visto que ninguno de ellos «desconectaba», ¿verdad? Y ésos eran sus colegas jefes de Estado, se dijo Ryan. ¿En qué clase de club había ingresado? También reparó en rostros amistosos, como el del príncipe de Gales, que no era jefe de Estado y a quien, por lo tanto, el protocolo situaba detrás de los demás (auténticos sinvergüenzas algunos de ellos). El príncipe lo saludó con amistosa expresión. Estaba claro que él lo entendía, pensaba Jack.

El nuevo presidente sintió el impulso de mirar el reloj, muy cansado ya de los acontecimientos de la jornada, pese a que aún era temprano. Pero lo habían aleccionado respecto de no mirar el reloj, hasta el punto de aconsejarle que, para no correr el riesgo, lo mejor era no llevarlo.

Un presidente no necesitaba reloj. Siempre había quienes lo informaban del siguiente compromiso; del mismo modo que otras personas se encargaban de buscar en el ropero, para darles a Ryan y a su familia lo que convenía que llevasen para salir. Allí estaban Andrea Price y otros miembros de su escolta. Afuera había otros agentes del Servicio Secreto, un pequeño ejército en permanente alerta, y un vehículo que lo llevaría a su próximo destino, donde tendría que cumplir con más obligaciones oficiales.

Y así una y otra vez. A diario.

Ryan frunció el entrecejo, resuelto a no permitir que aquello dominase su vida. Cumpliría con su obligación, pero no podía cometer el error en que Roger y Anne habían incurrido. Pensó en los rostros que había visto al salir del templo y comprendió que eran miembros de un club en el que acababa de ingresar, pero con el que jamás se sentiría identificado.

O, por lo menos, eso creyó entonces.

Librodot

8

CAMBIO DE MANDO

El paso por la base de Andrews fue piadosamente breve. Desde la catedral, los coches fúnebres condujeron los féretros al enorme recinto militar, mientras la comitiva se dispersaba por Embassy Row.

El avión presidencial aguardaba en la pista para llevar a los Durling de vuelta a California por última vez. Una guardia de honor formó para rendir honores a los féretros envueltos con la bandera. Sin embargo, el protocolo no fue tan rígido y había menos gente. Casi todos eran miembros de las Fuerzas Aéreas, y de otros cuerpos militares que colaboraron con la organización de la comitiva presidencial.

Por expreso deseo de la familia, al entierro sólo asistirían los parientes.

Allí en Andrews se oyó de nuevo Ruffles and Flourishes y el último « ¡Viva el presidente! ». Mark se puso firmes y se llevó la mano derecha a la altura del corazón, en un gesto que probablemente sería la portada de la mayoría de las revistas. Sobrellevaba la muerte de sus padres con más entereza de lo que cabía esperar a su edad.

Colocaron los féretros en una plataforma mecánica que los elevó hasta la puerta de la bodega del reactor, como si fuese parte de la carga (aunque se tuvo la delicadeza de hacer esta operación de manera que no se viese).

La familia subió la escalerilla para embarcar en el VC-25 por última vez. El aparato ni siquiera llevaría ya la insignia presidencial, porque ése era exclusivo privilegio del presidente, y éste no iba a bordo.

Jack Ryan siguió con la mirada al reactor que se alejaba por la pista. Las cámaras de televisión lo siguieron hasta que no fue más que un punto en el cielo. Los ojos de Ryan hicieron otro tanto. Una escuadrilla de F-16, relevada de su misión de vigilancia del espacio aéreo de Washington, aterrizó en la base. Entonces, Ryan y su familia embarcaron en un helicóptero del cuerpo de marines para regresar a la Casa Blanca.

La tripulación se desvivió con los niños. Al pequeño Jack le dieron un puzzle en cuanto se hubo abrochado el cinturón de seguridad. Y a partir de aquel momento, la jornada tomó un cariz distinto. Los marines del VMH-1 tenían que ocuparse de una nueva familia.

El personal de la Casa Blanca estaba enfrascado en el traslado. Después de retirar las pertenencias de los Durling, cambiaron algunos muebles. Por la noche, la familia Ryan dormiría en la misma residencia cuyo primer ocupante fue John Adams.

Como ocurre tras todo funeral, la tristeza tendría que quedar atrás. Quienes llorasen a los difuntos se llenarían la boca de lo buena persona que era Roger. Luego, hablarían de sí mismos; de cómo iban los chicos con los estudios; de la fiebre de fichajes posterior al término de la temporada de béisbol. Era una manera de hacer que las cosas volviesen a la normalidad, después de un día tan triste y agotador.

El fotógrafo de la Casa Blanca aguardaba al borde del césped del ala Sur en el que aterrizó el helicóptero. Un cabo del cuerpo de marines se situó al pie de la escalerilla. El presidente Ryan fue el primero en desembarcar. El cabo lo saludó y el presidente correspondió al saludo en un acto puramente reflejo, de tanto como arraigaron en él las lecciones recibidas en Quantico hacía más de veinte años.

Luego, asomó Cathy, seguida de los niños.

Los agentes del Servicio Secreto formaron un pasillo que les indicaba el camino a seguir. Las cámaras de televisión se habían situado en el lado oeste, a su izquierda. Ninguno de los reporteros hizo preguntas... por esta vez (la actitud de la prensa no tardaría en cambiar).

Una vez en el interior de la Casa Blanca, condujeron a los Ryan a los ascensores para subir a la segunda planta, que era donde se encontraban los dormitorios. Van Damm los

Librodot

aguardaba allí.

-Señor presidente.

-¿Debo de cambiarme de ropa, Arnie? -preguntó Jack tras darle el abrigo a un ayuda de cámara.

Ryan se quedó de una pieza al comprobar con qué facilidad se acostumbraba uno a las... comodidades. Ahora era presidente, y aunque de momento sólo fuese en pequeños detalles, empezaba a comportarse como tal. En cierto sentido, aquello le parecía más extraordinario que las obligaciones que empezaba a afrontar.

-No -contestó su jefe de Estado Mayor-. Le espera todo esto.

Arnie Van Damm le entregó la lista de los invitados congregados en el salón Este. Jack le echó un vistazo, allí de pie, en pleno vestíbulo. Los apellidos le decían bastante menos que los nombres de los países. Unos eran amigos; otros, simples conocidos o totalmente desconocidos; y algunos...

Pese a haber sido consejero de Seguridad Nacional, no sabía acerca de ellos tanto como hubiese sido deseable.

Mientras Jack Ryan repasaba la lista, Cathy se llevó a los niños al cuarto de baño o, mejor dicho, empezó a intentarlo. Una agente de la escolta se encargaría de acomodarlos. Ryan pasó un momento a su propio cuarto de baño y le echó un vistazo a su pelo en el espejo. Por lo menos, pudo peinarse solo, sin la experta ayuda de Mary Abbot, aunque bajo la atenta mirada de Arnie van Damm.

«Ni siquiera aquí está uno a salvo», se dijo el presidente.

-¿Hasta qué hora durará esto, Arnie?

-No tengo ni idea, señor.

-Mire... Cuando estemos a solas, quiero que siga llamándome Jack. ¿De acuerdo? Me han «infligido» la presidencia, pero no ungido.

-De acuerdo, Jack.

-¿Han de asistir los niños?

-Sería un buen detalle... Lo está haciendo muy bien hasta ahora... Jack.

-Mi redactor de discursos debe de estar furioso conmigo, ¿no? -dijo Ryan que, tras ajustarse la corbata, salió del cuarto de baño.

-Su improvisación no ha estado mal, pero la próxima vez será mejor ceñirse al discurso preparado.

Ryan reflexionó unos momentos y le devolvió la lista a Van Damm.

-Mire... que sea presidente no significa que deje de ser persona.

-No le dé vueltas, Jack. Va a tener que acostumbrarse. Ya no puede conducirse sólo como «una persona». Es normal que tarde unos días en hacerse a la idea. Cuando baja usted por las escaleras, es el presidente de Estados Unidos, no sólo una persona. Y eso vale para usted, para su esposa y, hasta cierto punto, también para sus hijos.

Semejante «revelación» hizo que Ryan fulminase con la mirada a su jefe de Estado Mayor, que hizo caso omiso, puesto que le pareció que era algo personal, no oficial.

-¿Listo, señor presidente?

-Sí.

Jack no estaba seguro de que Arnie tuviese razón, pero se preguntaba por qué le había molestado tanto una observación que ignoraba hasta qué punto era acertada. Con Arnie no había manera de saberlo. Era y sería siempre un profesor y, al igual que con todos los profesores con sentido pedagógico, de vez en vez, le diría alguna mentira para ejemplificar la verdad de algo más profundo.

Don Russell apareció en el pasillo llevando de la mano a Katie, que se soltó y corrió hacia su madre.

-¡Mira lo que me ha puesto el tío Don! -exclamó la niña tocándose la cinta roja que llevaba en el pelo.

Bueno... por lo menos un miembro de la escolta formaba ya parte de la familia.

Librodot

-Quizá sea mejor que los lleve ahora al cuarto de baño, señora Ryan. No hay lavabos en la planta baja.

-¿No hay lavabos?

-No, señora. Olvidaron instalarlos cuando construyeron el edificio.

Caroline Ryan cogió de la mano a sus dos hijos menores y se los llevó al cuarto de baño, cumpliendo con su maternal deber.

-¿Quiere que lleve a la pequeña abajo, señora? -le preguntó Russell con una sonrisa de abuelo bonachón, al regresar ella al cabo de unos minutos-. La escalera es un poco traidora con tacones. Se la devolveré una vez estemos abajo.

-Gracias.

En cuanto empezaron a bajar por la escalera, Andrea Price conectó su micrófono.

-El ESPADACHÍN y su grupo salen de sus aposentos hacia la planta baja.

-Recibido -le contestó un agente desde la planta baja.

Los oyeron antes de que enfilasen por el último tramo de la escalinata de mármol. Russell dejó a Katie en el suelo, junto a su madre. Los agentes se «esfumaron», situándose de manera que su presencia no agobiase al presidente y a su familia, que se dirigieron hacia el salón Este.

-Señoras y señores -anunció un miembro de la Secretaría de la Presidencia-. El presidente de Estados Unidos y su familia.

Todos aplaudieron al ver a Jack. Las miradas que le dirigían parecían bastante amistosas, aunque Jack estaba seguro de que no todas lo eran. Él y Cathy se desplazaron un poco hacia su izquierda y se situaron a modo de comité de recepción.

Sólo algunos de los jefes de Estado habían acudido con sus esposas. Una funcionaria de la oficina de protocolo, situada a la izquierda de Ryan, le susurraba al oído el nombre de cada uno de los dignatarios. Jack se maravilló de que la agente los conociese a todos de vista. El desfile de personalidades no estaba ordenado tan al azar como pudiera parecer. Los embajadores de países cuyos jefes de Estado decidieron no acudir ocupaban los últimos lugares. Pero incluso éstos, que formaban corrillos y tomaban agua con gas, no dejaban de observar al nuevo presidente y su manera de saludar a quienes habían acudido a cumplimentarlo.

-El primer ministro de Bélgica, señor Arnaud -susurró la funcionaria de la oficina de protocolo.

El fotógrafo oficial empezó a inmortalizar las bienvenidas oficiales, y otro tanto hacían las cámaras de televisión, aunque de un modo más discreto.

-Le agradezco su amable telegrama, señor primer ministro.

Llegó en un momento muy emotivo -dijo Ryan preguntándose si su sincero agradecimiento sonaría bastante auténtico. Acaso Arnaud ni siquiera lo hubiese leído; o, en fin... leerlo, quizá sí, pero probablemente no lo había escrito él.

-Las palabras que les ha dirigido usted a los niños han sido conmovedoras. Estoy seguro de que los que estamos aquí coincidimos en la misma opinión -comentó el primer ministro.

Arnaud estrechó la mano de Ryan. Calibró la firmeza del apretón y lo miró con fijeza, satisfecho de sí mismo por lo que consideraba un hábil elogio. Lo cierto era que Arnaud leyó el telegrama y dio su visto bueno. Se felicitó al ver la reacción de Ryan. Bélgica era un país aliado, y Arnaud fue cumplidamente informado por el jefe de los servicios de inteligencia militar de su país, que colaboró con Ryan en varias conferencias de la OTAN, y a quien siempre le gustó la perspicacia del norteamericano en relación a los soviéticos (y ahora, respecto a los rusos). Lo consideraba una incógnita en tanto que líder político, tal como rezaba en su informe, pero un inteligente y competente analista.

El primer ministro belga podía hacer ahora su propia observación. El azar lo había situado en primer lugar del desfile de dignatarios. Sus elementos de juicio no eran más que el apretón de manos, la mirada y sus muchos años de experiencia. Tras el intercambio de protocolarias frases, Arnaud siguió adelante.

-He oído hablar mucho de usted, doctora Ryan -dijo el belga, que le besó la mano a la

primera dama, muy al estilo europeo. No lo habían informado de lo atractiva que era Cathy Ryan, de la delicadeza de sus manos, aunque no había que olvidar que era cirujana. No parecía muy a gusto con la nueva situación, pero salía airosa de la situación.

-Gracias, señor primer ministro Arnaud -correspondió Cathy, a quien su propia secretaria de protocolo, situada detrás de ella, informó de quién era aquel caballero.

A Cathy le pareció que lo de la mano resultaba teatral, aunque bonito.

-Sus hijos son encantadores.

-Muy amable -correspondió ella.

Tras el primer ministro Arnaud, le tocó el turno al presidente de México.

Las cámaras de televisión que cubrían el acontecimiento para los informativos trabajaban a destajo desde distintos ángulos, entre una quincena de periodistas. El piano instalado en uno de los rincones del salón desgranaba notas de una ligera pieza clásica. No era un scherzo, pero poco le faltaba.

-¿Desde cuándo conoce al presidente? -preguntó el primer ministro de Kenya, encantado de toparse con un almirante de color.

-Hace siglos, señor -contestó Robby Jackson.

-¡Robby! Perdón... almirante Jackson -se corrigió el príncipe de Gales.

-Capitán -dijo Jackson, que estrechó la mano del príncipe con gran cordialidad-. ¡Cuánto tiempo, señor!

-Ustedes... se conocen, claro -exclamó el keniata, que vio a su homólogo de Tanzania y fue a tratar con él de asuntos de Estado.

-¿Qué tal lo hace? Me refiero a... -preguntó el príncipe.

La pregunta entristeció un poco a Jackson. Pero aquel hombre tenía una misión que cumplir. Utilizaban su amistad con Ryan para lo que Jackson sabía que era una decisión política. Cuando el príncipe volviese a su embajada, dictaría un informe sobre el contacto. Era su labor. Por otro lado, la pregunta merecía una respuesta, porque los tres «sirvieron» juntos durante una calurosa y tempestuosa noche de verano.

-Tuvimos una breve reunión con los jefes en funciones de la JUJEM hace unos días. Mañana tendremos una sesión de trabajo. Jack sabrá estar a la altura -dijo Jackson, tal como decidieron en la Dirección Operativa de la JUJEM que diría. Y lo hizo en tono convincente. Tenía que hacerlo así, ya que Jack era ahora, de acuerdo a la Constitución, jefe supremo de las Fuerzas Armadas. La lealtad de Jackson hacia él se la imponían dos cosas: la ley y el honor. No era cuestión de estima personal.

-¿Y su esposa? -preguntó el príncipe mirando hacia donde estaba Sissy Jackson, que hablaba con Sally Ryan.

-Aún sigue como segunda solista de piano en la National Symphony.

-¿Quién es el primer solista?

-Miklos Dimitri. Tiene las manos más grandes -dijo Jackson, que no consideró correcto hacer, a su vez, preguntas relativas a la familia.

-Lo hizo usted muy bien en el Pacífico.

-Bueno, la verdad es que, por fortuna, no tuvimos que liquidar a muchos -repuso Jackson mirando a los ojos al príncipe, que era casi un amigo-. Luego, ya no fue tan divertido, alteza.

-¿Cree que podrá afrontar una tarea tan importante, Robby? Usted lo conoce mejor que yo.

-No tiene más remedio, alteza -contestó Jackson mirando a su comandante en jefe y amigo, sabedor de lo mucho que detestaba Jack el protocolo. Al verlo soportar estoicamente el desfile de dignatarios, era imposible no expresar ciertas reservas-. No obstante, esto no es enseñar historia en la Escuela de Comercio, alteza -añadió el almirante en voz baja.

Por su parte, Cathy Ryan tenía en aquellos momentos la casi exclusiva preocupación de proteger sus manos. Curiosamente, conocía mejor que su esposo las exigencias del protocolo,

porque, como adjunta a la cátedra del Instituto Wilmer de Oftalmología del hospital universitario John Hopkins, tenía que asistir a innumerables recepciones para captar fondos, dedicarse a la mendicidad de altos vuelos (recepciones a las que rara vez asistía Jack, muy a pesar de Cathy). De modo que allí estaba ella de nuevo, saludando a desconocidos con los que nunca tendría oportunidad de trabar amistad y que, además, nada iban a hacer para financiar sus programas de investigación.

-La primera ministra de la Unión India -le susurró al oído a Jack la funcionaria.

-Encantada -la saludó sonriente la primera dama, que le estrechó la mano, aliviada al notar que ella correspondía con un delicado apretón.

-Debe de estar usted muy orgullosa de su esposo.

-Siempre he estado orgullosa de Jack.

Eran de la misma estatura. La primera ministra era morena de piel. Cathy reparó en que entornaba los ojos tras los cristales de las gafas. Probablemente, no llevaba la graduación correcta. Debía de padecer jaquecas. Era raro, porque en la India había muy buenos médicos; no todos ellos emigraban a EE. UU.

-Tienen unos hijos encantadores -prosiguió la primera ministra.

-Muy amable -correspondió Cathy con una sonrisa protocolaria, ya que la observación era tan superficial como un comentario sobre el tiempo.

Al mirar con más detenimiento los ojos de aquella mujer, Cathy vio algo que no le gustó. «Se cree superior a mí.» Pero ¿por qué? ¿Porque ella era una personalidad política y Caroline Ryan una simple cirujana? ¿Habría sido distinto de ser abogada? No. Seguramente, no. Cathy siguió dándole vueltas, igual que cuando se presentaba algún problema durante una intervención. No. No se trataba de eso en absoluto. Cathy recordaba una noche, allí mismo en el salón Este, charlando con Elizabeth Elliot, que la miraba con la misma arrogancia: Soy superior a ti, por quien soy y por lo que hago. La DOCTORA (ése era el nombre en clave que el Servicio Secreto eligió para ella y que no le disgustaba en absoluto) miró más escrutadoramente aquellos ojos castaños que tenía frente a sí. Revelaban otras muchas cosas. Cathy soltó su mano al acercarse el siguiente mandatario.

La primera ministra abandonó la cola, se acercó a un camarero y cogió un vaso de zumo de fruta de la bandeja que éste portaba. Hubiese sido demasiado descarado hacer lo que de verdad tenía deseos de hacer. Lo haría al día siguiente, en Nueva York. De momento, se limitó a observar a uno de sus homólogos, representante de la República Popular China. La primera ministra hindú alzó ligeramente el vaso y lo saludó con la cabeza pero sin sonreír. Era innecesario. Sus ojos ya le transmitían el conveniente mensaje.

-¿Es cierto que lo llaman a usted ESPADACHÍN? -preguntó el príncipe Alí ben Jeik con un malicioso brillo en los ojos.

-Sí, es cierto, y me llaman así por lo que usted me regaló -repuso Jack- Gracias por haber venido.

-Valoro en mucho nuestra relación -dijo el príncipe, que no era jefe de Estado pero que, debido a la enfermedad del soberano, asumía progresivamente las responsabilidades del gobierno del reino.

Alí ben Jeik dirigía las relaciones exteriores y los servicios de inteligencia. Para lo primero se había formado en Whitehall y para lo segundo en el Mosad -el prestigioso servicio secreto israelí-, en lo que constituía una de las más irónicas y menos conocidas contradicciones de una región del mundo famosa por sus incongruencias. En conjunto, esto complacía a Jack, y aunque la carga que pesaba sobre sus hombros era acaso excesiva, Alí era una persona competente.

-No conoce usted a Cathy, ¿verdad?

-No -contestó el príncipe mirándola-. Sin embargo, sí que conozco a su colega, el doctor Katz. Mi oftalmólogo fue discípulo suyo. La verdad es que su esposo es un hombre muy afortunado, doctora Ryan -añadió estrechando su mano con suma delicadeza.

¿No decían que los árabes eran fríos, antipáticos y poco respetuosos con las mujeres? se

Librodot

dijo Cathy. Pues aquél no era así.

-Entonces... debió de conocer usted a Bernie, cuando fue allí en 1994 -dijo la primera dama-. Porque su colega Bernie Wilmer colaboró con el Instituto Oftalmológico de Riyad, donde impartió cursos durante cinco meses.

-Operó a un primo mío que resultó herido en un accidente aéreo... y ya vuelve a volar. ¿Son esos de ahí sus hijos?

-Sí, alteza.Esto ya es otra cosa, pensó Cathy, que acababa de incluir al príncipe en su lista «blanca».

-¿Le importaría que hablase con ellos?

-Encantada.

El príncipe se despidió con una ligera inclinación de cabeza y se alejó.

«Caroline Ryan -pensó al tomar mentalmente nota de sus impresiones-. Muy inteligente. Muy perspicaz. Orgullosa. Será de gran ayuda para su esposo, si él tiene el buen sentido de utilizarla. » Qué pena, pensó, que en su mundo sacasen tan pobre partido de las mujeres. Pero aún no era rey. Acaso nunca lo fuese, y si llegaba a serlo, tendría unos límites para introducir cambios, aun en las circunstancias más favorables. Pero aunque muchos lo olvidasen, su nación había progresado mucho en dos generaciones. Pese a la abismal diferencia entre sus culturas respectivas, las relaciones entre Ryan y él eran excelentes y, como consecuencia de ello, también lo eran entre EE. UU. y su reino.

El príncipe fue al encuentro de los hijos de los Ryan. Parecían abrumados. La pequeña tomaba un refresco bajo la vigilante mirada de un agente del Servicio Secreto. Varias esposas de diplomáticos rivalizaban por hacerle carantoñas a Katie, acostumbrada a que a todo el mundo se le cayese la baba con ella. Su hermano era el más desorientado porque estaba a mitad de camino entre el adolescente y el adulto. La mayor, cuyo verdadero nombre de pila era Olivia (aunque su padre la llamase Sally), sobrellevaba bastante bien la edad más difícil.

Lo que más sorprendió al príncipe Alí es que no estuviesen acostumbrados a tanto ajetreo. Estaba claro que sus padres los protegían de las funestas consecuencias que podía tener para ellos la vida oficial de Jack. Aunque en algunos aspectos estuviesen algo mimados, no tenían la mirada arrogante y displicente de tantos otros niños de rango similar. Se conocía bastante a los padres con sólo fijarse en sus hijos.

El príncipe se acercó a Katie que, en un primer momento, se sintió algo cohibida por la extraña indumentaria de Alí, que hacía sólo dos horas había llegado de un país caluroso a una ciudad en la que hacía un frío polar. Pero su cordial sonrisa se ganó en seguida la confianza de la niña, que alargó la mano para tocarle la barba.

Don Russell se mantenía a dos pasos de ambos en actitud vigilante. El príncipe y Russell se miraron. Alí sabía que también Cathy debía de mirarlos. ¿Qué mejor manera de atraerse la amistad de alguien que mostrar solicitud hacia sus hijos?

La actitud de Alí no se debía sólo al interés político. En el informe escrito que les entregaría a sus ministros, les advertiría que no sacasen precipitadas conclusiones acerca de Ryan, basándose sólo en el discurso que pronunció en el funeral. Que no respondiese al patrón de jefe de Estado al uso no significaba que no estuviera capacitado para el cargo.

Quienes sí eran unos incompetentes eran muchos de los jefes de Estado allí presentes.

La hermana Jean Baptiste se empeñó en no darle importancia. Seguía con su trabajo desde primera hora de la mañana hasta el oscurecer. Trataba de hacer caso omiso de un malestar que progresivamente se había convertido en verdadero dolor. Confiaba en que, como siempre, desapareciese por sí solo, como ocurría con una simple indisposición.

En su primera semana de estancia en el país, la hermana contrajo la malaria, que nunca llegó a curársele del todo. Al principio, creyó que era eso lo que tenía, pero la fiebre que atribuyó a un día de calor sofocante, típico del Congo, tampoco se debía a la malaria. Estaba asustada, y sorprendida porque, a pesar de haber tratado y consolado a tantos, nunca había llegado a comprender el miedo que sentían. Su reacción ante el miedo de los pacientes era

Librodot

consolar al que sufría, asistirlo y rezar por él. Ahora, por primera vez en su vida, empezó a entenderlo.

A Benedict Mkusa lo ingresaron para que recibiese una asistencia que de poco le iba a servir. No pasaría de aquella noche, en opinión de la hermana María Magdalena, con la que habló después de misa. Sólo tres días antes habría suspirado abatida, aunque consolada al pensar que pronto habría otro ángel en el cielo. Ahora temía que hubiese dos.

La hermana Jean Baptiste se apoyó en el marco de la puerta. ¿Qué error había cometido? Era una enfermera muy cuidadosa que no solía cometer errores.

Salió del pabellón por la galería que comunicaba con el edificio contiguo, en el que se encontraba el laboratorio. El doctor Moudi estaba en su banco, como de costumbre, tan concentrado que no la oyó entrar. Cuando al fin se dio la vuelta, se frotó los ojos, irritados tras veinte minutos de ininterrumpida observación con el microscopio. Le sorprendió ver a la religiosa con el brazo izquierdo remangado, con una tira de goma ceñida más arriba del codo y una aguja introducida en la vena antecúbita. Se había hecho tres extracciones de 5 cc. y se disponía a hacerse la cuarta.

-¿Qué ocurre, hermana?

-Creo que han de analizar esto en seguida. Y, por favor, póngase unos guantes nuevos.

Moudi se le acercó, pero se detuvo a dos pasos mientras ella se retiraba la aguja. Se fijó en su cara y en sus ojos. Al igual que las mujeres de Qom, su ciudad natal, vestía con el mayor recato y propiedad. Aquellas monjas eran admirables por muchos conceptos. Eran alegres, trabajadoras y se consagraban por entero a un falso dios... Aunque eso no era del todo cierto. Eran un «pueblo del Libro», respetado por el Profeta. Sin embargo, la rama shiita del Islam no era tan respetuosa con aquel pueblo como con... Pero no. No era momento de pararse a pensar en estas cosas.

Podía verlo en sus ojos, con mayor claridad incluso que los síntomas que su ojo clínico advertía.

-Por favor, siéntese, hermana.

-No... Debo...

-Hermana -le dijo el médico en tono más firme-. Ahora es usted una paciente. De modo que hará lo que yo le diga. ¿De acuerdo?

-Es que yo...

-Hermana, usted, que tanta abnegación y entrega ha prodigado en este hospital, por favor, permita que este humilde médico se preocupe un poco por su salud.

El doctor Moudi se lo dijo en un tono más suave. No había razón para mostrarse brusco con ella. No merecía que nadie la tratase con acritud antes de comparecer ante Dios.

La hermana Jean Baptiste optó por ser una buena paciente. El doctor Moudi se puso unos guantes nuevos de látex. Luego le tomó el pulso y la presión arterial. Tenía 88 pulsaciones por minuto y su presión era de 13,8 la máxima y de 9 la mínima. Después, le tomó la temperatura. Tenía 39 °C. Todos estos datos estaban por encima de lo normal (los dos primeros a causa del tercero, y a causa de lo que ella pensaba que tenía). Podía haberse tratado de otras muchas dolencias, desde las más leves hasta las mortales. Pero ella había asistido al pequeño Benedict Mkusa, y el desdichado muchacho agonizaba.

El doctor Moudi cogió con sumo cuidado los tubos de ensayo y fue a su banco de laboratorio.

Había querido ser cirujano. Era el menor de cuatro hijos, sobrinos del actual líder de su país. Había aguardado impacientemente a crecer, viendo a sus hermanos mayores marchar a la guerra contra Irak. Dos de ellos murieron en el frente. El otro no soportó la mutilación sufrida y se suicidó. Moudi quiso ser cirujano para poder salvar vidas de los guerreros de Alá, para que pudiesen volver a luchar en otra ocasión por su Santa Causa. Más tarde cambió de opinión y se especializó en enfermedades infecciosas. Porque, había muchas maneras de luchar por la Causa. Y al fin, tras años de paciente espera, encontró su camino.

Minutos después, Moudi se dirigió al pabellón de aislamiento. Era un convencido de

Librodot

que la muerte tenía un halo. Quizá la imagen que veía ante sí fuese producto de su imaginación, pero el hecho que entrañaba no lo era. En cuanto la hermana le trajo la muestra de sangre, la dividió en dos. Una la envió por correo urgente al Centro de Control de Enfermedades Infecciosas de Atlanta, en Georgia, EE. UU. La otra la guardó a baja temperatura en espera de acontecimientos. El CCEI fue tan eficiente como siempre. El télex le llegó sólo horas más tarde: la referencia era «Ébola Zaire», seguida de una prolija serie de advertencias e instrucciones, del todo innecesarias; al igual que el diagnóstico, en realidad. Pocas enfermedades eran tan galopantes y mortales.

Era como si Benedict Mkusa fuese maldito del propio Alá, algo que Moudi sabía que no era cierto, porque Alá era el Dios misericordioso, que no condenaba deliberadamente a niños e inocentes. Era más exacto decir que «estaba escrito», aunque no más misericordioso para el paciente ni para sus padres, que estaban sentados junto al lecho, con la obligada indumentaria de protección, mientras su mundo moría ante sus ojos.

El pequeño sufría. Su agonía era espantosa. Partes de su cuerpo estaban ya muertas, se pudrían mientras el corazón trataba de seguir bombeando y su cerebro de razonar. Sólo una prolongada exposición a una radiación ionizante provocaba en el cuerpo humano efectos similares. Primero, uno a uno; luego, por parejas; después, en grupos, y, al fin, todos a la vez, los órganos internos sufrían una necrosis irreversible.

Benedict estaba ya demasiado débil para vomitar, pero evacuaba sangre. Sólo los ojos estaban casi normales, aunque enrojecidos; unos ojos oscuros y jóvenes que no entendían, que no comprendían que una vida tan incipiente fuese a terminar tan pronto.

El pabellón apestaba a sangre, a sudor y a otros fluidos corporales. La mirada del muchacho se hacía más distante por momentos. Pese a estar en absoluta inmovilidad parecía alejarse. El doctor Moudi cerró los ojos y musitó una plegaria por aquel niño que, al fin y al cabo, no era más que eso, un niño y, aunque no fuese musulmán, era un niño religioso y una persona del Libro, injustamente privada del acceso a la palabra del Profeta. Alá era, por encima de todo, misericordioso y sin duda mostraría su misericordia para con aquel niño y lo llevaría a su Paraíso. Y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Si un halo podía ser negro, aquél lo era. La muerte envolvía a aquel niño centímetro a centímetro. Los jadeos eran cada vez más hondos; los ojos, vueltos hacia sus padres, dejaron de moverse. Los estertores de la agonía recorrieron sus miembros hasta que el movimiento cesó.

La hermana María Magdalena, que estaba de pie entre el padre y la madre del niño, posó las manos en sus hombros. El doctor Moudi se acercó y dejó el estetoscopio en el lecho de muerte del pequeño, que carraspeaba y sollozaba mientras la necrosis destruía sus tejidos -un proceso aterrador pero rápido-. El médico auscultó el pecho del muchacho con el viejo instrumento para asegurarse y luego alzó la vista.

-Ha muerto. Lo siento mucho.

Moudi pudo haber añadido que, tratándose del Ébola, la agonía del pequeño podía considerarse suave, o, por lo menos, eso decía en los libros y artículos sobre la enfermedad. Aquélla era su primera experiencia directa con el virus, y no podía haber sido más espantosa.

Los padres lo encajaron con entereza. Sabían lo que iba a ocurrir desde hacía 24 horas, tiempo bastante para hacerse a la idea, aunque no para que el trauma los derrumbase. Se marcharían y rezarían, que era lo mejor que podían hacer.

El cuerpo de Benedict Mkusa sería incinerado, y con él, el virus. El télex de Atlanta lo expresaba así, con claridad. Una lástima.

Ryan flexionó la mano cuando hubo saludado al último de la cola. Vio que su esposa se daba masaje en los dedos y respiraba hondo.

-¿Quieres que te traiga algo? -preguntó Jack.

-Pero sin alcohol. Mañana tengo dos intervenciones -dijo Cathy pese a que todavía no se había concretado el medio más conveniente para acompañarla a su trabajo-. ¿Vamos a tener

Librodot

muchos actos como éste?

-No lo sé -reconoció Jack, aunque sabía que cada uno de los actos que figuraban en la agenda presidencial se preveían con meses de antelación.

En la mayoría de los casos, el presidente tenía que dar su conformidad al programa de reuniones, entrevistas y recepciones, con independencia de sus deseos. A cada día que pasaba, le sorprendía más que tantos ambicionasen el cargo (un cargo que implicaba obligaciones tan abrumadoras y añadidas que prácticamente era imposible cumplirlas al cien por cien). Pero esas obligaciones añadidas eran la verdadera esencia del cargo. Y había que cumplir con ellas a diario.

Al cabo de un momento, apareció un miembro del personal de la Casa Blanca con unos refrescos para el presidente y la primera dama, por indicación de otro miembro del personal que oyó el comentario de Cathy.

Las servilletas de papel llevaban la imagen de la Casa Blanca y la leyenda: «La casa del presidente.»

Los Ryan repararon en el detalle al mismo tiempo y se miraron.

-¿Recuerdas la primera vez que llevamos a Sally a Disneylandia? -preguntó Cathy.

Jack captó lo que su esposa insinuaba. Poco después de que su hija cumpliese los tres años, no mucho tiempo antes de su viaje a Inglaterra... del principio de un viaje que por lo visto nunca terminaría. Sally se entusiasmó con el castillo del Reino Mágico y lo bautizó la Casa de Mickey. Pues bien, ahora tenían su propio castillo; por lo menos, durante cierto tiempo. Sólo que costaba muy caro.

Cathy se acercó hacia donde Robby y Sissy Jackson departían con el príncipe de Gales. Jack se acercó a su jefe de Estado Mayor.

-¿Cómo está la mano? -preguntó Arnie.

-De momento, sin novedad.

-Tiene suerte de no estar en campaña. Mucha gente confunde estrecharte la mano con machacártela, porque es muestra de «virilidad y nobleza» y todas esas zarandajas. Por lo menos esta gente tiene más cuidado -comentó Van Damm, que bebió un sorbo de agua con gas y miró en derredor.

La recepción transcurría con normalidad. Varios jefes de Estado, embajadores y otros dignatarios charlaban animadamente en un corro. Se oían moderadas risas entre suaves bromas y frases ingeniosas. El estado de ánimo general era distinto aquel día.

-Bueno. ¿Cuántas asignaturas he aprobado? -preguntó Ryan con desenfado.

-¿La verdad? No tengo ni idea. Todos deben de fijarse en un aspecto distinto. No lo olvide.

Lo cierto era que a algunos les tenía sin cuidado. Pero era poco diplomático decírselo así.

-Eso ya lo suponía yo, Arnie. Bien, ¿ahora qué hago? ¿Darme una vueltecita por el planeta?

-Por ejemplo. Primera escala en la India -le aconsejó Van Damm-. Adler cree que es importante.

-Recibido -dijo Jack con expresión risueña.

Por lo menos recordaba qué aspecto tenía la primera ministra. Las facciones de muchas de las personas que acababan de desfilar ante él se le despintaron al momento, tal como ocurre en una fiesta con muchos invitados. Esto lo hacía sentirse como un impostor, porque suponía que los presidentes tenían una memoria fotográfica. No era su caso. Pero quizá hubiese algún método para potenciarla.

Jack le tendió su vaso vacío a uno de los funcionarios que ejercía de camarero, se limpió las manos con una servilleta de papel y enfiló hacia la India. Sin embargo, en plena travesía le salió Rusia al paso.

-Señor embajador... -dijo Jack.

Aunque Valery Bogdanovich Lermonsov fue uno de los primeros en cumplimentarlo,

Librodot

no tuvo tiempo de comentarle lo que quería. El caso es que volvieron a estrecharse la mano. Lermonsov era diplomático de carrera, muy estimado entre sus colegas. Se rumoreaba que fue agente del KGB durante años, aunque, como es natural, esto no podía descalificarlo ante Ryan.

-Mi gobierno desea preguntarle si podrían considerar una invitación para visitar Moscú.

-No tengo inconveniente, señor embajador. No obstante, mi agenda está muy sobrecargada.

-Lo imagino. Sin embargo, mi gobierno desea abordar varias cuestiones de interés mutuo.

La frase acuñada por la jerga diplomática solía aludir a alguna cuestión delicada.

-¿Ah, sí? -exclamó Ryan mirando con fijeza al ruso.

-Ya me temía que su agenda fuese un problema, señor presidente. ¿Podría, entonces, recibir a un representante personal para hablar tranquilamente de la cuestión?

Sólo podía tratarse de una persona.

-¿Serguei Nikolaievich?

-¿Lo recibiría usted? -persistió el embajador.

Por un momento, Ryan sintió, si no pánico, inquietud. Serguei Golovko era el director del RVS -el remodelado, disminuido pero todavía formidable KGB-. Era uno de los altos cargos del gobierno ruso más inteligente, y depositario de la confianza del actual presidente ruso, Eduard Petrávich Grushavoi, quien, a su vez, era uno de los pocos mandatarios que tenía más problemas que el propio Ryan. Además, Grushavoi colaboraba tan estrechamente con Golovko como Stalin con Beria. Necesitaba un consejero inteligente, experimentado y resuelto. Aunque la comparación le hiciese un flaco favor, de lo que no cabía duda era de que Golovko debía de tener una poderosa razón para querer entrevistarse con él. «Cuestiones de interés mutuo», solía significar algo importante. El hecho de querer tratarlo con el presidente, sin pasar por el ministro de Asuntos Exteriores, era otro síntoma de lo delicada que debía de ser la cuestión. Y la insistencia de Lermonsov, acercaba lo delicado a lo grave.

-Serguei es un viejo amigo -dijo Jack con una amistosa sonrisa. «Desde que me encañonó la cara con una pistola, por cierto»-. Siempre será bienvenido en mi casa. ¿Lo concreta usted con Arnie?

-Así lo haré, señor presidente.

Ryan se despidió del embajador ruso y reparó en que el príncipe de Gales tenía a la primera ministra de la India en línea de espera, por así decirlo, aguardando a Ryan.

-Primera ministra... alteza... -los saludó Ryan.

-Nos ha parecido importante aclarar algunas cosas.

-¿De qué se trata? -preguntó el presidente, que sintió un escalofrío al adivinar lo que se le venía encima.

-El desgraciado incidente del océano índico -dijo la primera ministra-. Un lamentable malentendido.

-Me congratula oír que...

Ni siquiera en el Ejército todos los días eran laborables y, como era natural, el día en que se celebraba el funeral de un presidente cesaba toda actividad. Tanto el ejército «azul» como la Fuerop se tomaron un día de descanso.

La casa del general Diggs estaba en lo alto de una loma a cuyo pie se extendía un valle que resultaba hermoso, de puro desolado.

Hacía mucho calor aquel día en el desierto porque soplaban vientos procedentes de México. Era un día muy adecuado para organizar una barbacoa entre los muros y setos del jardín de la parte de atrás de la casa.

-¿Conoce al presidente Ryan? -preguntó Bondarenko tras beber un trago de cerveza.

Diggs meneó la cabeza, le dio la vuelta a las hamburguesas y se alcanzó la salsa que preparaba con una receta personal.

-No. Es obvio que él tuvo mucho que ver con el envío de la 10ª. de Blindados a Israel, pero no llegué a hablar con él. A quien conozco personalmente es a Robby Jackson. Es el actual jefe de la Dirección Operativa de la JUJEM. Y habla muy bien de Jack Ryan. ¿Me pasa mi cerveza, Gennady?

El ruso le pasó la cerveza a su anfitrión, que no quería distraerse mientras se hacían las hamburguesas.

-Detesto perder días de instrucción, pero... -aseguró, aunque tener un día libre le gustaba tanto como a cualquiera.

-Tiene usted la casa en un sitio magnífico, Marion -dijo Bondarenko contemplando admirativamente el paisaje.

Las inmediaciones del recinto de la base eran típicamente americanas, con su retícula de carreteras y pasos elevados. Pero, a lo lejos, el panorama era muy distinto. Apenas crecía nada en el desierto, sólo lo que los americanos llamaban «arbustos de creosota», una «flora» que parecía de otro planeta. Por allí la tierra era parduzca. Incluso las montañas parecían muertas. Y sin embargo el desierto tenía algo especial, magnífico, que le recordaba una de las cumbres montañosas de Tadzhikistán. Quizá por eso le resultaba atractivo.

-¿Cómo ganó exactamente esos galones, general? -preguntó Diggs, que no conocía los detalles.

-Los mujahiddines decidieron «visitar» mi país -contestó el ruso encogiéndose de hombros-. Irrumpieron en una base secreta destinada a la investigación, ya cerrada, y que ahora pertenece a otro país, como usted sabe.

-Soy oficial de caballería, no físico nuclear. Puede ahorrarse los temas secretos.

-Defendí la residencia de los científicos y sus familias. Conté con la ayuda de un pelotón de guardias fronterizos del KGB. Los «muja» nos atacaron con efectivos equivalentes a una compañía, al amparo de la noche y con ventisca. Durante cosa de una hora fue casi divertido -admitió Gennady.

Diggs le había visto las cicatrices al coincidir con él en las duchas el día anterior.

-¿Son buenos? -preguntó Diggs.

-¿Los afganos? -exclamó Bondarenko-. Hay que rezar para que no te hagan prisionero. Son de un valor rayano en la temeridad que muchas veces se vuelve en su contra. En seguida se notaba qué grupos guerrilleros contaban con un liderazgo competente y cuáles no. El que mandaba aquél era competente. Barrieron la mitad de la base, y en la otra, en la que estaba yo... -explicó encogiéndose de hombros- tuvimos una suerte loca. Al final, luchamos en la planta baja del edificio. El comandante enemigo dirigía a sus hombres con gran bravura, pero... yo tuve más puntería.

-Héroe de la Unión Soviética -dijo Diggs.

El coronel Hamm escuchaba discretamente. Los militares se juzgaban entre sí, no tanto por lo que hubiesen hecho como por cómo lo contaban.

-No tuve alternativa, Marion -dijo el ruso sonriente-. No había adónde huir, y yo sabía lo que les hacían a los oficiales que caían prisioneros. Me condecoraron, me ascendieron, y luego mi país... se evaporó.

Bondarenko no lo explicaba todo, por supuesto. Estaba en Moscú durante el golpe, y por primera vez en su vida tuvo que tomar una decisión moral; tomó la acertada y se atrajo la atención de personas que ocupaban ahora altos cargos en un país más pequeño y nuevo.

-¿Cómo ve el resurgimiento del país? -terció el coronel Hamm-. ¿Cree que ahora podemos ser realmente amigos?

-Da. Se expresa usted muy bien, coronel. Y sabe dirigir.

-Gracias, señor. De todas formas, apenas hago más que permanecer sentado y dejar que el regimiento funcione solo.

Aunque lo que aseguraba el coronel no era cierto, todo buen oficial lo interpretaba como una verdad su¡ géneris.

-¡Utilizar teorías tácticas sov... rusas! -exclamó Bondarenko fingiendo escandalizarse.

Librodot

-Funcionan. ¿No cree? -dijo Hamm apurando su vaso de cerveza.

Funcionarían, se prometió Bondarenko. Funcionarían en su Ejército igual que para el americano. Si al regreso conseguía el suficiente apoyo político, remodelaría el Ejército ruso y haría de él lo que nunca fue. Incluso cuando gozaba de mayor capacidad de combate, cuando obligó a los alemanes a retroceder hasta Berlín, el Ejército Rojo era una pesada y engorrosa máquina que lo fiaba todo a la capacidad de choque de sus masas. Y también sabía el importante papel que jugó la suerte. Su antiguo país puso en liza el mejor tanque del mundo, el T-34, dotado de un motor diesel diseñado en Francia para los dirigibles, una suspensión ideada por el norteamericano J. Walter Christie y una serie de innovaciones debidas a jóvenes ingenieros rusos. Aquél fue uno de los pocos casos en la historia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en la que sus compatriotas lograron fabricar un arma superior a las equivalentes de otros países y que, además, fue el arma adecuada en el momento adecuado, sin la cual su país habría sucumbido. Pero la época en la que su país podía fiar en la suerte y en el número quedó pronto atrás. A principios de los años 80, los norteamericanos dieron con la fórmula ideal: un pequeño ejército profesional, formado por hombres rigurosamente seleccionados, adiestrados de manera excepcional y con un modernísimo equipo.

El 11.° Regimiento, mandado por el coronel Hamm, dejó al ruso boquiabierto. Antes de emprender el viaje, lo informaron de sus características, pero verlo actuar era tan distinto como increíble. En el terreno adecuado, aquel regimiento podía acabar con una división en cuestión de horas. El contingente «azul» era una poderosa unidad muy bien dirigida, pero su comandante en jefe declinó la invitación a la barbacoa del general. Prefirió aprovechar el tiempo para analizar, aquel mismo día, las causas de la derrota con sus oficiales, de tan malparadas como salieron sus tropas.

Había mucho que aprender allí. La lección más importante era cómo afrontaban los norteamericanos sus lecciones. Oficiales de alta graduación recibían regularmente duras lecciones de humildad, tanto en los simulacros de combate como en lo que llamaban APCOM («análisis posterior al combate»). Los observadores analizaban lo ocurrido de acuerdo a las notas que tomaban, en fichas multicolores como las que utilizaban los médicos de los hospitales para seguir la evolución de sus pacientes.

-Le garantizo que en mi Ejército los hombres de uno y otro bando se habrían liado a mamporros en plena acción -dijo Bondarenko.

-A nosotros estuvo a punto de ocurrirnos lo mismo al principio -reconoció Diggs-. Cuando se empezó a utilizar este campo de entrenamiento, se relevaba a los comandantes en jefe por perder batallas. Tardaron en comprender que el entrenamiento tenía que ser así, lo más duro y difícil posible. Pete Taylor fue quien consiguió que el CEN funcionase como era debido. Los mandos de la FuOp tuvieron que aprender a ser más diplomáticos, mientras que los del ejército «azul» venían aquí a aprender. Aunque una cosa le aseguro, Gennady: no hay ningún ejército del mundo que imponga a sus comandantes en jefe lecciones de humildad tan duras.

-De eso no cabe duda, señor. Hablé con Sean Connolly el otro día (es el comandante en jefe del 10.° Regimiento en el desierto del Néguev) -le explicó Hamm al ruso-. Los israelíes aún no acaban de digerir el sistema. Se suben por las paredes cuando les cuentan lo que hacemos en el CEN.

-Y cada vez instalamos aquí más cámaras de vídeo que ponen en evidencia a todo el mundo -dijo Diggs riendo, mientras servía hamburguesas en una fuente-. A veces, se niegan a creer lo ocurrido, incluso después de ver los vídeos.

-La verdad es que aún hay por aquí demasiada prepotencia -convino Hamm-. Ah, y tenga en cuenta que yo llegué aquí como comandante de escuadrón y que mordí el polvo más de una vez.

-Mire, Gennady, después de la guerra del golfo Pérsico, el 3º. Regimiento vino a cumplir con su turno en el entrenamiento rotativo de las distintas unidades. Pues bien: como recordará, ése fue el regimiento que le abrió brecha a la 24ª. División Mecanizada de Barry

Librodot

McCaffiey...

-Arrasaron, y tomaron nota de todo lo que vieron que se hacía mal a lo largo de un frente de trescientos veinte kilómetros en cuatro días -confirmó Hamm.

Bondarenko asintió con la cabeza, pues había estudiado muy detenidamente aquella campaña.

-Un par de meses después, volvieron aquí y recibieron un vapuleo de los que hacen época. Y ahí está el quid, general. El entrenamiento aquí es más duro que el combate. No hay en el mundo una unidad tan hábil, rápida y dura como el Regimiento Blackhorse de Al.

-Salvo el «Buffalo» que está bajo su mando, general -terció Hamm.

Diggs sonrió ante aquella alusión al 10.° Regimiento. Estaba acostumbrado a las interrupciones de Hamm.

-Cierto, Al -admitió el general-. Quien consigue, simplemente, librar un combate equilibrado con la FuOp está en condiciones de vencer a cualquier unidad del mundo, aunque esté en inferioridad numérica de uno a tres, y de hacerlos correr hasta los antípodas.

Bondarenko asintió sonriente. Aprendía rápido. El pequeño grupo de oficiales que lo había acompañado aún merodeaba por la base, hablando con sus colegas al objeto de aprender, aprender y aprender. Estar en inferioridad numérica en una proporción de 3 a 1 no era precisamente lo tradicional en el Ejército ruso, pero eso podía cambiar pronto. La amenaza para su país era China, y si alguna vez estallaba un conflicto, se libraría en el extremo más alejado de una larga línea de abastecimiento, contra un enorme ejército. La única réplica a semejante fuerza era hacer lo mismo que los americanos. La misión de Bondarenko era transformar de arriba abajo la política militar de su país. Pues bien, se decía, había acudido al lugar adecuado para aprender a hacerlo.

«Mentira», pensó el presidente pese a esbozar una comprensiva sonrisa. Era difícil que a uno le cayese simpática la India. Se llamaban a sí mismos «la mayor democracia del mundo», pero esto no era del todo cierto. Se llenaban la boca de elevados principios, pero siempre que les convenía aplastaban a sus vecinos; había fabricado armas nucleares y le habían exigido a EE. UU. abandonar el océano índico.

«No en vano se llama océano Índico», le dijo un ex primer ministro a un ex embajador norteamericano.

Con esto no hacían sino poner en entredicho la doctrina de la libertad de navegación. Y no cabía duda de que estaban dispuestos a intervenir en Sri Lanka. Pero como la intervención fue desbaratada, pretendían hacer creer que nunca tuvieron intención de intervenir. Sin embargo, no podía uno mirar a los ojos de una jefa de Estado, esbozar una sonrisa y exclamar: «¡ Mentira! »

Sencillamente, porque era algo inaceptable en las relaciones internacionales.

Jack escuchó con paciencia y bebió otro trago de agua con gas que le trajo un anónimo funcionario.

La situación en Sri Lanka era complicada y, por desgracia, se prestaba a malentendidos. La Unión India lo lamentaba, y aunque no tuviese intenciones belicosas, no parecía que la tensión fuese a remitir por más prudencia que ambos bandos desplegasen. La flota hindú se retiraba a sus bases al término de sus «maniobras», y al completo, incluso con las unidades averiadas por la demostración de fuerza de los norteamericanos que, según la primera ministra (aunque no lo dijese con estas palabras), no había sido precisamente un juego de salón.

Había que ver lo brutos que eran...

«¿Y qué piensan de ustedes en Sri Lanka?», pudo haber preguntado Ryan. Pero se abstuvo.

-Lástima que usted y el embajador Williams no hablasen con mayor claridad sobre la cuestión -comentó Ryan contristado.

-A veces ocurren estas cosas -replicó la primera ministra-. Con franqueza, creo que David, aunque es persona agradable, tiene que soportar un clima demasiado caluroso para un

hombre de su edad -añadió.

Aunque el comentario de la primera ministra equivalía a pedir que el presidente echase al diplomático, declarar al embajador Williams persona non grata habría sido demasiado drástico. Ryan trató de no cambiar de expresión, pero no lo consiguió. Habría necesitado que Scott Adler le echase una mano, pero no estaba a la vista en aquellos momentos.

-Confío en que se haga cargo de que no estoy en situación de hacer cambios radicales en estos momentos. ¡Anda y que te zurzan!

-No, por favor. No insinuaba eso -aseguró la primera ministra-. Entiendo perfectamente su situación. Sólo pretendía suavizar un supuesto problema, hacerle la tarea más fácil. O hacérsela más difícil.

-Gracias, primera ministra. ¿Quiere que su embajador trate con Scott?

-Hablaré con él sobre el particular -dijo la primera ministra, que volvió a estrechar la mano de Ryan y se alejó.

Jack aguardó unos segundos antes de mirar al príncipe.

-Alteza, ¿cómo lo llaman ustedes cuando una persona de alto rango le miente con el mayor descaro? -preguntó el presidente con una irónica sonrisa.

-Diplomacia.

9

AULLIDOS LEJANOS

Golovko leyó, sin el menor entusiasmo, el informe del embajador Lermonsov, según el cual Ryan parecía «abrumado e incómodo», «algo desbordado» y «físicamente cansado».

Era lo lógico. Tanto el cuerpo diplomático como los medios de comunicación norteamericanos -que durante aquellos días dispensaban un trato exquisito al nuevo presidente- coincidían en que el discurso que pronunció en el funeral de Durling no fue un discurso presidencial. Cualquiera que conociese a Ryan sabía que era un sentimental, sobre todo cuando del bienestar de los niños se trataba.

A Golovko no le resultaba nada difícil hacerse cargo, porque los rusos eran poco más o menos igual.

Tenía que haberlo hecho de otro modo (Golovko había leído el texto del discurso oficial, del que Ryan prescindió; era un buen discurso que pretendía tranquilizar a todo el mundo), pero Ryan era lo que los norteamericanos llamaban un tusón (tuvo que consultar el diccionario para descubrir que significaba potro, lejos aún del primer bocado y que se encabritaba fácilmente). Y le cuadraba. Era norteamericano, y los norteamericanos eran endemoniadamente imprevisibles desde la perspectiva de Golovko.

El ruso era un profesional de toda la vida; primero como activista de los servicios de inteligencia; luego, como astro ascendente de la burocracia del KGB, que trataba de prever lo que pudiera hacer EE. UU. en todo momento. Se había librado del fracaso porque en los informes a sus superiores nunca olvidaba proponer, como mínimo, tres distintas vías de actuación.

Pero, por lo menos, «Iván Emmetovich Ryan» era previsiblemente imprevisible. Golovko se felicitaba por considerar a Ryan un amigo (quizá fuese exagerar un poco, pero ambos habían jugado el mismo juego, casi siempre como adversarios y, casi siempre, con destreza y habilidad: Golovko con mayor experiencia profesional y Ryan con un talento innato, favorecido por una sociedad más tolerante con los tusones).

Se respetaban.

«¿Qué estarás tú pensando ahora, Jack?», se preguntó Serguei.

Lo cierto era que, en aquellos momentos, el presidente norteamericano dormía, porque eran más de ocho horas de diferencia las que mediaban entre Washington y Moscú, donde

Librodot

acababan de asomar los primeros rayos del sol de sus cortos días de invierno.

Como el embajador Lermonsov no se llevó una impresión muy favorable del nuevo presidente, Golovko tendría que añadir sus propias anotaciones al informe para que la opinión de Lermonsov no desorientase al gobierno. En ningún caso, Ryan fue un enemigo demasiado hábil para la URSS como para poder tomarlo a la ligera. El problema radicaba en que Lermonsov juzgaba a Ryan de acuerdo a su patrón de un presidente. Pero «Iván Emmetovich» no era fácilmente clasificable, no tanto porque tuviese una personalidad compleja como porque la suya era una clase especial de complejidad.

Rusia no tenía un Ryan (ni era probable que un «Ryan» hubiese podido sobrevivir en el entorno soviético, que aún impregnaba la República rusa, especialmente en la alta burocracia). Se hartaba fácilmente, y su temperamento, aunque lograse dominarlo en la mayoría de las ocasiones, era explosivo. Golovko lo había visto asomar más de una vez, aunque sólo de oídas sabía cómo las gastaba cuando explotaba. Eran anécdotas filtradas desde la CIA a la plaza Dzerzhinski. Que Dios lo ayudase como jefe de gobierno.

Aunque, claro está, ése no era problema de Golovko, que ya tenía bastantes. No había renunciado del todo al control del Servicio de Inteligencia Exterior. El presidente Grushavoi no tenía muchas razones para confiar en un organismo que fue en otro tiempo «la espada y el escudo del Partido». Necesitaba a alguien de confianza que no le quitase ojo al encadenado predador. Y ese alguien sólo podía ser Golovko. Además, Serguei era el principal consejero de política exterior del abrumado presidente ruso.

Los problemas internos de Rusia eran tan acuciantes que le impedían al presidente ver con claridad los problemas exteriores. Como consecuencia de ello, el presidente seguía casi de modo sistemático los consejos del ex espía. El ministro de la Presidencia (porque eso es lo que era, con o sin título) se tomaba semejante responsabilidad muy en serio. Grushavoi tenía la hidra en su propia casa y, como ocurría con el mitológico animal, aunque le cortase una cabeza le crecía otra. Golovko no tenía que hacer frente a tantas cabezas, pero las que debía afrontar compensaban el número con el tamaño. Por un lado, habría deseado volver a los tiempos del KGB. Sólo unos años antes habría sido un juego de niños. Con sólo llamar por teléfono, habrían detenido a los criminales. Todo habría sido más... tranquilo. Más previsible. Más ordenado. Su país necesitaba orden. Pero la división de la «policía secreta» del KGB había desaparecido, convertida en un organismo independiente, con menos poder y sin el menor respeto público (porque no estaban tan lejanos los días en que la policía soviética inspiraba un pánico rayano en el terror). Su país nunca estuvo tan férreamente controlado como creían los occidentales, pero ahora era peor. La República rusa bordeaba la anarquía mientras sus ciudadanos avanzaban a tientas hacia la democracia.

La anarquía fue lo que llevó a Lenin al poder, porque los rusos tenían una especial querencia por los gobiernos fuertes, quizá porque apenas habían conocido otra cosa. Y aunque Golovko no fuese partidario del absolutismo (porque como alto cargo del KGB sabía mejor que nadie el daño que el marxismo-leninismo causó a su país), consideraba vital el orden interno, ya que, de lo contrario, proliferaban los problemas externos.

De ahí que su oficioso cargo de ministro de la Presidencia, especialmente encargado de la seguridad nacional, tropezase con ingentes dificultades. Golovko venía a ser como los brazos de un cuerpo herido, que porfiaba por mantener a raya al lobo mientras el cuerpo intentaba cicatrizar.

De modo que no compadecía mucho a Ryan. Aunque su país hubiese recibido un duro golpe en la cabeza, conservaba una salud excelente. Pese a que muchos otros lo viesen de otra manera, Golovko sabía cuál era la realidad y, por lo mismo, se proponía pedirle ayuda a Ryan.

China. Los norteamericanos derrotaron a Japón, pero el verdadero enemigo no era Japón. Tenía la mesa de su despacho cubierta con fotografías aéreas tomadas por un satélite de reconocimiento. Eran demasiadas las divisiones del Ejército Popular de Liberación que participaban en las maniobras. Los regimientos chinos, equipados con plataformas móviles de misiles nucleares, constituían un añadido motivo de alarma. Su propio país renunció a los cohe-

tes balísticos intercontinentales (a pesar de la amenaza que constituía China, los enormes préstamos concedidos a Rusia para su desarrollo por los bancos norteamericanos y europeos hicieron cundir el optimismo hacía sólo unos meses). Además, su país, al igual que EE. UU., aún poseía bombarderos y misiles de crucero, que podían armar con ojivas nucleares, por lo que la desventaja era más teórica que real (si daba uno por sentado que los chinos se atenían a la misma «teoría», claro está). De lo que no cabía duda era de que los chinos mantenían a sus fuerzas armadas en permanentes condiciones de intervenir, mientras que las fuerzas rusas en la remota frontera oriental estaban en el nivel más bajo de su historia.

Golovko se consolaba al pensar que, con Japón neutralizado, los chinos no se moverían. O, mejor dicho, se corrigió Golovko, era probable que no se moviesen. Porque si los norteamericanos no eran fáciles de entender, los chinos eran para él casi como extraterrestres. Bastaba recordar que, en otros tiempos, los chinos llegaron al Báltico. Como la mayoría de los rusos, Golovko sentía un profundo respeto por la historia. Y allí estaba él, pensó Serguei, tendido en la nieve, tratando de ahuyentar al lobo con un palo mientras intentaba curar de sus heridas. Su brazo era aún bastante fuerte y su palo lo bastante largo para impedir que le clavase los colmillos. Pero ¿y si acudía otro lobo? Un documento que tenía junto a las fotografías del satélite era el primer presagio, como un lejano aullido que helaba la sangre.

Lo asombroso era que hubiese tardado tanto. Aun en las condiciones más favorables, proteger a una personalidad de potenciales asesinos era muy complicado, sobre todo si el personaje en cuestión se empeñaba en crearse enemigos. La crueldad ayudaba. Los secuestros en plena calle y las desapariciones tenían un considerable efecto disuasorio. La determinación de eliminar no ya a una persona sino a toda una familia (a veces, a una larga familia) y hacerlo sin vacilar era aún más eficaz.

Se seleccionaba a los «desaparecidos», un desdichado eufemismo acuñado en Argentina por informadores (un modo educado de llamar a los confidentes), pagados con dinero o con influencia, que era aún mejor. Informaban de conversaciones que tuviesen contenido sedicioso, hasta el punto de que un simple chiste acerca de algún bigotudo podía costarle la pena de muerte a quien lo hubiese contado, y al cabo de poco tiempo, por eso de que las instituciones eran las instituciones, los confidentes tenían que cubrir un cupo, y como los confidentes eran tan humanos como cualquiera, con sus filias y sus fobias, la mitad de las veces sus informes se debían a envidias u ojerizas, porque el usufructo del poder de decidir sobre las vidas ajenas tenía igual capacidad de corrupción para los grandes como para la chusma. Y al final, el corrupto sistema se corrompió a su vez. La lógica del terror llegaba a su lógica conclusión: un humilde conejo, acorralado por un zorro, no tiene nada que perder atacando, y los conejos tenían dientes y, a veces, les sonreía la suerte.

Como el terror no bastaba, se recurría también a medidas pasivas. El asesinato de una personalidad podía verse dificultado por el más nimio detalle, sobre todo en un Estado despótico: varios cordones policiales para limitar el acercamiento, múltiples coches idénticos para hacer muy difícil acertar en cuál viajaba el objetivo (a veces, hasta veinte vehículos en aquel caso). La vida de tal persona era muy ajetreada y, por lo tanto, resultaba tan conveniente como seguro disponer de uno o dos «dobles», que aparecían, pronunciaban un discurso y se arriesgaban a cambio de llevar una vida confortable.

También había que contar con la selección de los guardaespaldas. ¿De dónde sacaba uno pescado de confianza, si había que pescar en un mar podrido? El recurso obvio era elegirlos entre los propios miembros de su extensa familia; luego, rodearlos de un tren de vida ligado a la supervivencia de su líder, y vincularlos de tal modo a su protección, y a sus necesarias ramificaciones, que su muerte significase mucho más que la pérdida de un empleo altamente remunerado en el gobierno. Que la vida de los guardaespaldas dependiese de la supervivencia de quien tenían que proteger, era un incentivo que fomentaba la eficiencia.

Pero en realidad todo se reducía a un concepto: una persona era invencible en la medida que los demás creyesen que lo era. Por lo tanto, la seguridad de la tal persona era, al igual que los aspectos importantes de la vida, cosa de la mente.

Sin embargo, también la motivación humana es cosa de la mente, y el miedo no ha sido nunca la más fuerte de las emociones. A lo largo de la historia, los seres humanos han optado por arriesgar la vida por amor o patriotismo, por sus principios o por su fe en Dios, con mayor frecuencia que por huir atemorizados (y a este hecho se debe el progreso).

El coronel había perdido la cuenta de las veces que se había jugado la vida. Lo había hecho sólo por destacar, para que le pidieran ser parte de una enorme maquinaria y, a partir de ahí, acercarse a la cúpula. Le había costado mucho tiempo llegar tan cerca de Mustache (ocho años, concretamente). A lo largo de ese tiempo había torturado y matado a hombres, mujeres y niños del modo más frío y despiadado. Había violado a hijas delante de sus padres; a madres delante de sus hijos. Había cometido tantos crímenes como para condenar el alma de cien hombres. No tenía otro medio. Había bebido ingentes cantidades de alcohol como para impresionar a un infiel, al objeto de desafiar la ley de su religión. Y todo eso lo había hecho en nombre de Dios, cuyo perdón pedía en sus oraciones, tratando de convencerse de que estaba escrito que su vida tenía que ser así; de que no disfrutaba con ello en absoluto; de que las vidas que arrancaba eran sacrificios necesarios para un gran designio; de que eran personas que, de todos modos, habrían muerto y que, así, el hecho de morir a sus manos servía a la Santa Causa.

Tenía que creer en todo eso para no volverse loco (aun así, había llegado al borde de la locura desde que su fijación desbordó los límites de la obsesión, hasta el punto de diluir su personalidad en su misión, con el exclusivo fin de acercarse lo más posible, de ganarse la confianza para una misión que duraría un instante y que acabaría con su propia vida).

Era consciente de haberse convertido en lo que él y quienes lo rodeaban temían más que a cualquier otra cosa. Las etílicas sesiones teóricas con sus compañeros siempre terminaban del mismo modo: hablaban de su misión y de los peligros que entrañaba. Y esto, a su vez, conducía al mismo tema: el asesino en solitario; el hombre dispuesto a arriesgar la vida como si fuese una ficha en un juego de azar, el paciente hombre que esperaba su oportunidad, ése era el enemigo más temible para todo responsable de la seguridad de las personalidades en cualquier país del mundo, ebrio o sobrio, de servicio o no, incluso en sueños. Y ésa era la razón de las sobrecogedoras pruebas que había que superar para formar parte de la escolta de Mustache. Para conseguirlo, tenía que ser uno maldito de Dios y de los hombres.

Mustache era su objetivo. No era en absoluto un hombre, sino un apóstata de Alá que profanaba el Islam sin pestañear, un criminal de tal naturaleza que merecía un horno especial en el infierno. Desde lejos, Mustache parecía poderoso e invencible, pero desde cerca no. Sus guardaespaldas lo sabían muy bien. Eran testigos de sus dudas y de sus temores: de las crueldades que infligía injustamente.

Había visto a Mustache asesinar por diversión, o acaso sólo para comprobar si su Browning funcionaba correctamente. Lo había visto mirar por la ventanilla de uno de sus blancos Mercedes, fijarse en una mujer, señalarla, dar una orden y luego utilizar a la indefensa joven durante una noche. Las que tenían suerte, regresaban por la mañana a casa con dinero y deshonra; las que no, flotaban en el Éufrates degolladas, algunas por la propia mano de Mustache, sólo por haber defendido su virtud con demasiado ardor. Sin embargo, pese a su poder, inteligencia, astucia y crueldad, no era invencible. Y le había llegado el momento de ver a Alá.

Mustache salió al amplio porche del edificio de su residencia, seguido por sus guardaespaldas, con el brazo derecho extendido para saludar a la multitud. El gentío, congregado a toda prisa en la plaza, rugía de admiración, de una admiración que era para Mustache tan nutritiva como el sol para la flor. Y entonces, desde tres metros de distancia, el coronel desenfundó su pistola automática, la empuñó con una sola mano e hizo un disparo a la nuca de su objetivo. Quienes se hallaban en las primeras filas de la concentración vieron salir la bala por el ojo izquierdo del dictador.

Siguió uno de esos momentos históricos en que la Tierra parece detener su movimiento de rotación y los corazones dejar de latir. Incluso quienes acababan de proclamar su lealtad a

aquel hombre ya muerto no recordarían más que el silencio que siguió.

El coronel no se molestó en hacer un segundo disparo. Era un experto tirador que practicaba a diario con sus compañeros. Sus avezados ojos vieron el certero impacto del proyectil. No se movió ni hizo inútiles esfuerzos por defenderse. No tenía objeto matar a los compañeros con quienes bebía licor y violaba niñas. Otros se encargarían de ellos, a no tardar. Ni siquiera sonrió, a pesar de que la cosa tenía su gracia, ¿no? Que Mustache mirase a la plaza atestada de gente, a la que despreciaba por la adoración que le profesaba, y que, de pronto, se viese ante el rostro de Alá preguntándose qué había ocurrido.

No debió de pensar esto más allá de un par de segundos, antes de que su cuerpo se estremeciese con el impacto de la primera bala. No sintió dolor. Estaba demasiado concentrado en el objetivo que yacía en las lisas baldosas del porche, sobre un charco de sangre. Lo alcanzaron más balas y le extrañó notarlas sin sentir dolor. En los últimos instantes de vida elevó una oración a Alá. Le imploró perdón y comprensión, porque todos sus crímenes los había cometido en el nombre de Dios y de Su Justicia.

Lo último que oyó no fueron los disparos sino los gritos del gentío, que aún no se había percatado de la muerte de su líder.

-¿Quién es? -preguntó Ryan mirando el reloj. «¡Con lo bien que me hubiese venido dormir los cuarenta minutos que faltan! »

-Señor presidente, soy el teniente Canon del cuerpo de marines -se identificó la voz del desconocido.

-Maravilloso, teniente. ¿Quién me ha dicho que es? -dijo Jack, tan adormecido que olvidó ser amable, aunque probablemente el oficial se hizo cargo.

-Señor, soy el oficial de guardia de Señales. Acaban de informarnos de que el presidente de Irak ha sido asesinado hace diez minutos.

-¿Fuente? -preguntó Jack de inmediato.

-De fuentes kuwaitíes y saudíes, señor. Se ha visto en directo por la televisión iraquí; algo increíble. Nuestro personal destacado allí ha grabado un vídeo que nos envían de inmediato. Según la primera impresión, lo han asesinado de un disparo en la cabeza casi a quemarropa -explicó el oficial en un tono de voz que no transmitía precisamente aflicción. «¡Al fin se han cargado a ese cabrón!» Aunque, claro, no podía utilizar este léxico con el presidente.

De modo que había que imaginar quiénes se lo habían cargado.

-Está bien, teniente. ¿Cuándo puede darme más información?

La respuesta del teniente fue inmediata y Ryan colgó el teléfono.

-¿Qué ocurre ahora? -preguntó Cathy.

-Acaban de asesinar al presidente iraquí -contestó Jack tras saltar de la cama.

Su esposa estuvo a punto de decir «pues... bueno», pero se abstuvo. La muerte de semejante personaje no la dejaba tan indiferente como pudo haberla dejado en otro tiempo. Qué extraño se le hacía pensar así, acerca de quien no podía prestarle a este mundo mejor servicio que abandonarlo.

-¿Es importante para nosotros?

-Me lo confirmarán dentro de veinte minutos -repuso Ryan, que carraspeó antes de proseguir-. Pero... si he de guiarme por mi experiencia, sí.

Jack hizo entonces lo que hacen todos los americanos por la mañana. Fue al cuarto de baño antes que su esposa, que, por su parte, cogió el mando a distancia para hacer lo que regularmente hacían todos en aquel momento: conectar el televisor del dormitorio. La sorprendió que la CNN no emitiese nada mejor que información sobre los aeropuertos cuyos vuelos salían con retraso.

Jack le había hablado más de una vez del excelente funcionamiento del Departamento de Cifra de la Casa Blanca.

-¿Han dicho algo? -preguntó al salir.

-Todavía no.

Ahora le tocaba a ella.

Jack tuvo que sumirse en un detenido análisis para deducir dónde estaba su ropa, preguntándose cuál debía de ser la indumentaria adecuada de un presidente. Encontró su batín (procedente del Observatorio Naval, adonde llegó vía cuartel de marines, desde su casa...) y abrió la puerta del dormitorio. El agente que montaba guardia le entregó tres periódicos de la mañana.

-Gracias.

Cathy se detuvo en seco al reparar en que habían tenido vigilancia junto a la puerta del dormitorio por la noche. Puso la misma cara de circunstancias que cualquier mujer ponía cuando encontraba el cuarto de la plancha manga por hombro.

-Jack?

-¿Sí, cariño?

-¿Si cualquier noche de éstas te asesino en la cama, entrarán a por mí en seguida los agentes o esperarán hasta por la mañana?

El verdadero trabajo se hacía en Fort Meade. Enviaron el vídeo desde la estación de seguimiento de la frontera entre Kuwayt e Irak, llamada Palm Bowl a la de Storm Track, situada en Arabia Saudí. Esta última grababa las señales emitidas desde Bagdad, mientras que la primera vigilaba la región sudoriental del país, con centro en la ciudad de Basora. Ambas estaciones transmitían la información por cable de fibra óptica al Centro de Seguridad Nacional, un edificio engañosamente pequeño situado en la Ciudadela del Rey Jalid, conectado a un satélite de comunicaciones,* que luego devolvía la señal a la sede del CESEN. Allí, en la sala de guardia, diez personas, llamadas por los jóvenes oficiales de guardia, se hacinaban junto a un monitor de televisión para ver el vídeo, mientras que los oficiales de mayor graduación, que se hallaban en un despacho independiente de paredes de cristal, tomaban tranquilamente café.

-¡Sí! -exclamó un sargento de las Fuerzas Aéreas al ver el disparo-. ¡Una preciosidad!

Varios de los presentes se felicitaron entre sí haciendo entrechocar las palmas de las manos. El oficial de guardia al mando, que ya había llamado al Departamento de Cifra de la Casa Blanca, puso cara de satisfacción, aunque sin exteriorizarla de un modo tan jubiloso. Le dio unos mágicos pases electrónicos al teclado de su ordenador y pidió que les enviasen varias imágenes realzadas. Tardarían sólo unos minutos. Sólo unas cuantas tomas eran de verdad importantes, y disponían de un superordenador Cray para realizarlo.

Ryan pensó resignado que, mientras Cathy preparaba a los niños para el colegio, y se preparaba ella para operar de la vista a sus pacientes, él tenía que estar en el Departamento de Cifra para ver por enésima vez el vídeo de un asesinato. Su personal coordinador de los servicios de inteligencia estaba aún en la CIA, desayunándose con sus diarios copos de información, que luego regurgitaría ante el presidente en su matinal encuentro. El cargo de consejero de Seguridad Nacional estaba en aquellos momentos vacante. Éste era otro asunto que tendría que abordar aquel día.

-¡Menuda...! -exclamó el teniente Canon.

El presidente asintió con la cabeza. Luego, volvió a su antiguo talante de agente secreto.

-Bueno. ¿Qué sabemos?

-Señor, sabemos que han matado a alguien. Probablemente, al presidente iraquí.

-¿Un doble?

-Podría ser. Pero la estación Storm Track informa ahora de muchísimas señales de frecuencia modulada emitidas de pronto, a través de las redes policial y militar, y de una gran actividad de comunicaciones desde Bagdad.

El teniente Canon señaló la pantalla de su ordenador, que mostraba tomas en tiempo real desde varios puestos avanzados del CESEN.

-Tardarán un poco en hacer las traducciones -añadió el teniente-. Según mis análisis del

flujo de señales, todo parece muy real, señor. Ya sé que podría ser falso, pero yo no... ¡Mire!

Empezaban a transmitir una traducción, identificada como procedente de una red del mando militar. «Ha muerto, ha muerto, movilice su regimiento y prepárense para dirigirse al centro de la capital de inmediato -el destinatario es el regimiento espacial de la Guardia Republicada, acartonado en el parqué Salman-. Y la respuesta es: sí, por supuesto, pero ¿quién da las ódenes?, ¿cuáles son mis órdenes? ... »

-¿Dónde se examinó ése de ortografía? -comentó Ryan. -Señor, es que es... simultánea... No les da tiempo. Normalmente, corregimos las faltas.

-Tranquilo, teniente. También yo hago faltas de teclado. Lo que me interesa es que me dé su opinión.

-Señor, soy un oficial con poca experiencia... Por eso me toca la guardia de noche y...

-Si fuese usted tonto no le encomendarían esa guardia. Canon tragó saliva.

-Está bien muerto y en el infierno, señor. Irak necesita otro dictador. A eso apuntan los síntomas. Se capta un anormal flujo de comunicaciones que encaja con un acontecimiento anormal. Ésa es mi opinión -dijo el teniente, que hizo una pausa antes de cubrirse como un avezado espía-, a menos que sea una estratagema para deshacerse de personas desleales dentro del gobierno. Es posible, pero no probable. Porque, en tal caso, no se habría hecho en un acto público de semejantes proporciones.

-¿Un kamikaze?

-Sí, señor presidente. Algo que sólo se puede hacer una vez, y... con todos los riesgos que entraña un primer intento.

-Convincente -dijo Ryan, que fue hacia la cafetera.

El Departamento de Cifra de la Casa Blanca era básicamente una sección militar. Se hacían su propio café. Jack cogió dos vasos, volvió junto al teniente Canon y le pasó uno, con lo que consiguió casi horrorizar a los que se hallaban en la estancia.

-A eso se le llama trabajar rápido. Haga llegar el «agradecimiento» a los que llevan eso. ¿De acuerdo?

-Sí, señor.

-¿A quién he de darle las órdenes aquí?

-Señor presidente... Yo... Aquí están los teléfonos...

-Quiero que venga Adler en seguida, y los jefes de los distintos servicios de inteligencia y los encargados para asuntos de Irak, de la CIA y de Exteriores. También quiero informes sobre la situación de sus fuerzas militares. Averigüe si el príncipe Alí se encuentra aún en la ciudad. Si es así, pídanle que, por favor, no se marche. Quiero hablar con él esta mañana, si es posible. No sé qué más...

-Los mejores paramilitares de inteligencia están en Tampa, quiero decir que son los que mejor conocen la región.

-Pues... que venga un delegado. O no... hablaremos por una línea de seguridad. Daremos tiempo a que reciban cumplida información.

-Lo haremos todo tal como dice, señor.

Ryan le dio una palmadita en el hombro al oficial y salió del Departamento de Cifra.

-¡Menudo! -exclamó el teniente Canon al cerrarse la puerta-. El jefe sabe lo que se pesca.

-¿Es verdad lo que he oído, señor? -preguntó Andrea Price al encontrarse con Ryan en el pasillo.

-¿No duerme usted nunca? -exclamó Jack, que en seguida cayó en la cuenta de que podía sacarle partido a la escasa afición de Andrea por el sueño-. Quiero que colabore en esto.

-¿Por qué yo, señor? Yo no... -Sabe usted algo de asesinatos, ¿no?

-Sí, señor presidente.

-Pues entonces en estos momentos me es usted más útil que un espía.

Pudo haber elegido un momento más oportuno. Daryaei se sorprendió al recibir la in-

formación que acababa de llegarle. No es que le disgustase lo más mínimo (salvo, quizá, por el momento elegido). Reflexionó unos instantes y luego elevó una plegaria de agradecimiento a Alá, y otra por el alma del asesino... ¿Del asesino?, se preguntó. Quizá «juez» le cuadrase mejor a aquel hombre, uno de los infiltrados en Irak hacía muchísimos años, cuando aún estaban en guerra ambos países. La mayoría habían desaparecido y, probablemente, muerto. La misión fue idea suya, y poco atrayente para los «profesionales» de su servicio de inteligencia. Casi todos ellos procedían de la Savak del sha (entrenados por los israelíes a lo largo de los años 60 y 70). Eran eficaces, pero mercenarios a ultranza, por más que se llenasen la boca de fervor religioso y de lealtad al nuevo régimen. Habrían utilizado métodos «convencionales» para una misión que no tenía nada de convencional. Habrían recurrido al soborno, a disidentes de una u otra clase, y habrían fracasado.

Daryaei llegó a temer que su escurridizo objetivo contase misteriosamente con la bendición de Alá. Pero eso no era sino producto de la desesperación, no de la razón ni de la fe.

A Daryaei no le cabía duda de que los norteamericanos debían de haber intentado eliminarlo también a él, y probablemente del mismo modo, tratando de identificar a aquellos mandos militares que ambicionasen el poder; de dar un golpe de Estado, como tan a menudo hacían en otras regiones del planeta. Pero no. Su adversario era demasiado hábil. Y a cada crisis aumentaba su habilidad. Habían fallado los norteamericanos, los israelíes. Habían fallado todos. «Todos... menos yo.»

Al fin y al cabo, era una tradición que se remontaba a la antigüedad: un hombre que actuaba en solitario; un hombre leal que haría lo que fuese necesario para cumplir con su misión. Pues bien: once hombres de estas características fueron enviados a Irak con este objetivo concreto, con instrucciones de hacerse con una sólida cobertura, entrenados para olvidar lo que fueron, sin el menor contacto ni control con sus superiores, con los documentos relativos a su existencia destruidos, de modo que ni siquiera un espía iraquí que lograra infiltrarse en sus servicios de inteligencia podría descubrir una misión innominada que debían cumplir personas anónimas. Dentro de una hora, algunos de sus colaboradores llegarían a su despacho, dando gracias a Dios y alabando a su líder por su sabiduría. Quizá tuviesen razón, pero ni siquiera ellos sabían lo que había hecho, ni los hombres que había enviado.

La proyección de las imágenes digitales no aportó gran cosa, pero permitiría un análisis más profesional.

-Señor presidente, cualquiera con un buen programa de trazado de gráficos podría simular esto -le dijo el delegado del Servicio de Inteligencia Nacional-. Baste pensar lo que consigue el cine. Y una película tiene mayor resolución que una pantalla de televisor. En la actualidad se puede simular casi todo.

-De acuerdo. Pero su labor consiste en decirme qué ha ocurrido de verdad -le recordó Ryan, que ya había visto ocho veces el mismo vídeo y empezaba a hartarse.

-No podemos saberlo con absoluta certeza.

Quizá fuese lo poco que había dormido aquella semana. Quizá el estrés del trabajo, y de tener que afrontar su segunda crisis. Acaso se debiera a que Ryan era aún un agente de inteligencia con carnet.

-¡Escúcheme bien! -le espetó Jack-. Su misión no consiste en cubrirse usted las espaldas. ¡Consiste en cubrir las mías!

-Lo sé, señor presidente. Por eso le doy toda la información de que dispongo...

Ryan no necesitaba escuchar el resto de la explicación. La había oído antes centenares de veces. Incluso, a veces, él mismo había dicho cosas similares. Pero, por lo menos, él siempre se comprometía con alguna de sus propias explicaciones.

-¿Qué opina usted, Scott? -le preguntó Jack al ministro en funciones de Asuntos Exteriores.

-Ese desdichado está muerto y bien muerto -contestó Adler.

-¿Alguien no está de acuerdo? -preguntó Ryan.

Nadie opuso objeciones. Venía a ser una tácita aceptación de la opinión de Adler. Ni si-

quiera el delegado del SIN expresó desacuerdo con la unánime opinión. Ya había formulado sus reservas. Si se cometía un error, el problema sería de, Scott Adler.

-¿Quién ha sido el autor material? -preguntó a su vez Andrea Price.

-Desconocido -repuso un delegado de la misión de la CIA en Irak-. Varios agentes analizan cintas de apariciones previas para comprobar si el autor estaba presente. Todo apunta a que era uno de los miembros más antiguos, y de mayor confianza, de la escolta. Era coronel del Ejército y...

-...ojalá sea cierto que conozco bien a los miembros de nuestra escolta -interrumpió Andrea-. En fin, quienquiera que haya sido, estaba integrado allí, y quienquiera que urdiese el plan, logró infiltrar a alguien, lo bastante cerca para poder hacerlo y lo bastante comprometido para pagar con su vida. Han tenido que prepararlo durante años.

En la continuación de la cinta -ésta sólo la habían visto cinco veces- se veía al autor desplomarse acribillado. A Andrea Price le extrañó. Lo normal era querer con vida a todo magnicida, porque los muertos no hablaban y, por tanto, no había problema en ejecutarlos después... a menos que quienes lo matasen participaran en otra conspiración. Pero ¿era posible infiltrar a más de un asesino? Andrea Price se dijo que acaso pudiese preguntárselo algún día a Indira Gandhi, cuya escolta en pleno se volvió contra ella una tarde en un jardín. Para Andrea Price aquélla era la peor de las felonías: matar a quien se juraba defender. Claro que ella no había jurado defender a gentuza.

Vio en la cinta otra cosa que llamó su atención.

-¿Han reparado en el lenguaje corporal?

-¿Qué quiere decir? -preguntó Ryan.

-La manera de desenfundar la pistola, el modo de recibir el impacto, de quedarse allí de pie mirando. Es como un jugador de golf que sigue con la vista la bola. Debía de haber aguardado mucho tiempo la oportunidad. Seguro que lo llevaba pensando hacía mucho, mucho tiempo. Incluso debía de soñar con ello. Quería que el momento fuese perfecto. Quería verlo y disfrutarlo antes de morir a su vez.

Andrea meneó la cabeza lentamente antes de proseguir.

-Debía de ser un asesino muy identificado con la misión.

Andrea Price disfrutaba, pese a lo sobrecogedor que era el tema de la reunión. Más de un presidente había tratado a los agentes del Servicio Secreto como si fuesen parte del mobiliario o fieles animales de compañía. No era frecuente que les pidiesen opinión más allá de cuestiones estrictamente ceñidas a su profesión.

-Siga -dijo un delegado de la CIA.

-Ha tenido que ser alguien de «fuera», un tipo sin antecedentes, sin relación con nadie que tenga el menor tufillo de disidente en Bagdad. No ha sido un hombre que haya querido vengar la muerte de su madre, por ejemplo. Ha sido alguien infiltrado en el sistema para ascender poco a poco, hasta la cúpula.

-Irán -dijo el delegado de la CIA-. Por lo menos, es el candidato más lógico. Motivación religiosa. El autor no podía salir con vida y, por lo tanto, tenía que ser alguien a quien no le importara perderla. Esto no descarta la venganza pura y simple.

Pero creo que la señora Price está en lo cierto: no se ha debido a una venganza personal. En cualquier caso, no han sido los israelíes ni los franceses. Los británicos ya no hacen estas cosas. El complot interno parece descartable por las exhaustivas medidas de seguridad. Y si no ha podido ser por dinero, ni por razones familiares ni ideológicas, sólo quedan las religiosas. Y eso apunta a Irán.

-Reconozco que estoy muy poco familiarizada con los análisis propios del espionaje. No obstante, a juzgar por la cinta -dijo Andrea Price-, el autor da la impresión de matar como quien eleva una plegaria. Quería que el momento fuese perfecto. No le importaba nada más.

-¿Más opiniones? -preguntó Ryan.

-Convendría pedir la del FBI. Sus expertos en ciencias del comportamiento son muy hábiles en interpretar la mente humana. Colaboramos con ellos continuamente -contestó An-

drea.

-Buena idea -convino el delegado de la CIA-. Removeremos cielo y tierra para identificar al autor material. Pero aunque logremos obtener una buena información, puede, en definitiva, ser irrelevante.

-¿Y qué hay del momento elegido?

-Si comprobamos que el asesino llevaba allí cierto tiempo (tenemos suficientes grabaciones en vídeo de apariciones públicas para poderlo confirmar), el momento elegido será entonces una cuestión a analizar a fondo -repuso el delegado de la CIA.

-Estupendo -dijo el presidente-. ¿Qué dice usted, Scott?

-¿Que opina, Bert? -le preguntó Scott Adler a su secretario.

Bert Vasco era, además, el principal experto en Irak del ministerio. En realidad, su especialidad eran los intercambios comerciales, pero se había impuesto conocer a fondo el país en todos sus aspectos.

-Señor presidente, como sabemos, Irak es un país musulmán de mayoría Shiita, gobernado por una minoría Sunní a través del partido Baas. Siempre ha preocupado que la eliminación de nuestro amiguito de allá pudiese provocar un vuelco...

-Cuénteme lo que no sé -lo atajó Ryan.

-Señor presidente, es que ignoramos la fuerza que pueda tener un hipotético grupo de oposición. El régimen actual ha sido muy eficaz en cortar de raíz cualquier disidencia. Un grupo de personalidades políticas iraquíes huyó a... Irán. Ninguno de ellos es persona de gran nivel, ni ha tenido nunca la posibilidad de crear una firme base política. Dos emisoras de radio emiten desde Irán para Irak. Conocemos los nombres de los disidentes que utilizan tales emisiones para dirigirse a sus compatriotas. Sin embargo, no hay modo de saber cuántas personas las escuchan y qué atención les prestan. Que el régimen no es muy popular, lo sabemos. Ignoramos qué fuerza tiene la oposición, o qué clase de organización existe para aprovechar una oportunidad como ésta.

-Bert está en lo cierto -dijo el delegado de la CIA-. Nuestro amigo tenía vista de lince para identificar enemigos potenciales y neutralizarlos. Intentamos ayudar durante la guerra del Golfo y en la posguerra, pero lo único que conseguimos fue que muriese gente. De modo que nadie confía en nosotros allí.

Ryan tomó un sorbo de café y asintió con la cabeza. Él hizo sus propias recomendaciones en 1991 y no las pusieron en práctica. Bueno... entonces tenía menos experiencia.

-¿Tenemos bazas que podamos jugar? -preguntó el presidente.

-Sinceramente, no -contestó Vasco.

-No disponemos de efectivos sobre el terreno -convino el delegado de la CIA-. Nuestro escaso personal tiene la exclusiva misión de vigilar lo concerniente a la fabricación de armas: nucleares, químicas y de todo tipo. No tenemos a nadie en misiones políticas. En realidad, disponemos de más agentes en Irán. Allí sí que podemos hacer indagaciones.

Fabuloso, pensó Jack. Un país podía sumirse en el caos en una de las regiones más conflictivas del mundo y todo lo que podía hacer la nación más poderosa de la Tierra era verlo por televisión. ¡Menudo poder tenía la presidencia americana!

-¿Arnie?

-Sí, señor presidente -dijo el jefe de Estado Mayor.

-Borramos a Mary Pat de la agenda de hace un par de días. Quiero verla hoy... si podemos recomponer la agenda.

-Veré lo que puedo hacer, pero...

-Pero... ¡cuando ocurre algo así, se supone que el presidente de Estados Unidos toca algún pito, además del suyo! ¿Y si Irán tratase de aprovechar la ocasión?

10

POLÍTICA

Al recibir la llamada de la Casa Blanca, el príncipe Alí ben Jeik se disponía a volver a su país en su avión privado, un viejo Lockheed L-1001 magníficamente remodelado.

Le embajada saudí estaba cerca del Kennedy Center. Era un corto trayecto el que el príncipe tenía que hacer en su limusina oficial, arropada por un contingente de seguridad casi tan numeroso como el de Ryan, formado por miembros del Servicio de Protección del Cuerpo Diplomático, además de por la escolta personal del príncipe, integrada por ex miembros del Ejército del Aire Británico.

Como de costumbre, los saudíes habían gastado muchísimo dinero en cosas de calidad en su breve paso por la ciudad.

Alí no era desconocido en la Casa Blanca, ni lo era para Scott Adler, que lo recibió en la entrada y lo acompañó hasta el despacho Oval, situado en la planta superior.

-Señor presidente -dijo su alteza real al asomar en la secretaría.

-Gracias por haber venido tan pronto, pese a haberlo avisado con tan poca antelación -dijo Jack, que le estrechó la mano y le rogó que tomase asiento en uno de los dos sofás del despacho.

Un miembro de la secretaría había tenido el acierto de encender la chimenea. El fotógrafo de la Casa Blanca sacó varias fotografías y luego le indicaron que se retirase.

-Supongo que habrá visto las noticias esta mañana.

-¿Qué puede decir uno en un caso así? -exclamó el príncipe con una sonrisa de circunstancias-. No lloraremos su desaparición, aunque para el reino es preocupante.

-¿Sabe usted algo que nosotros no sepamos? -preguntó Ryan. -Me ha sorprendido tanto como a todos -aseguró el príncipe. -Es que... a pesar del dinero que invertimos... -se lamentó el presidente con una mueca de contrariedad.

-Lo sé -convino el príncipe con abatido ademán-. Lo mismo voy a decirles yo a mis ministros en cuanto aterrice.

-¿Los iraníes?

-Por supuesto que sí.

-¿Cree que aprovecharán la ocasión?

Se hizo un expectante silencio en el despacho Oval. Sólo se oía crepitar la leña de roble que ardía en la chimenea, mientras Ryan, Alí y Scott Adler se miraban desde ambos lados del carrito del café (aún no habían tocado las tazas que estaban en la bandeja).

El problema era, por supuesto, el petróleo. El golfo Pérsico, que a veces llamaban golfo Árabe, era un brazo de mar rodeado de un océano de petróleo. La mayor parte de los yacimientos que abastecían al mundo se encontraban allí, repartidos entre el reino de Arabia Saudí, Kuwayt, Irak e Irán, además de la Unión de Emiratos Árabes, Bahrayn y Qatar. De estos países, Irán era, con mucha diferencia, el de mayor población; luego, seguía Irak. Las naciones de la península Arábiga eran más ricas, pero la tierra que cubría su líquida riqueza estuvo siempre muy poco poblada, y había tensión, puesta en evidencia por primera vez en 1991, cuando Irak invadió Kuwayt con todo el descaro de un colegial peleón que le atiza a un niño más pequeño durante el recreo.

Ryan había dicho más de una vez que todo ataque bélico es como un atraco a mano armada en gran escala, y eso es lo que fue la guerra del golfo Pérsico. So pretexto de una menor disputa territorial y de triviales problemas económicos, Saddam Husseyn intentó, de una sola tacada, duplicar la riqueza de su país. Luego, amenazó con doblar la apuesta atacando a Arabia Saudí (la razón por la que se detuvo en la frontera saudí-kuwaití seguiría siendo un misterio para siempre). El trasfondo más fácilmente comprensible del conflicto era el petróleo y la riqueza que proporcionaba.

Pero este trasfondo tenía más de una capa. Hussein, cual capo mafioso, apenas pensó más que en términos económicos y en el poder político que el dinero podía proporcionarle. Las miras de Irán eran más amplias.

Librodot

Todas las naciones de la región del golfo Pérsico eran islámicas, y la mayoría, de un islamismo muy estricto. Las excepciones eran Bahrayn e Irak. En el caso de Bahrayn, el petróleo se había casi agotado y el país (una ciudad-Estado, en realidad, separada del reino por una carretera sobreelevada) venía a representar el mismo papel que Nevada en el oeste de EE. UU.: el de un lugar donde las normas se dejaban a un lado, y donde podía uno jugar, beber y entregarse a otros placeres, a conveniente distancia de la rigidez del resto del país. Irak, en cambio, era un país laico, en el que la religión contaba poco, lo que en buena medida explicaba el atentado de su presidente, tras una larga y agitada carrera.

Pero la clave de la región era, y sería siempre, la religión. El reino saudí era el corazón del Islam. Allí nació el Profeta. Las ciudades santas de La Meca y Medina estaban allí, y desde aquel lugar se desarrolló uno de los movimientos religiosos más importantes del mundo. El problema no era tanto el petróleo como la fe. Arabia Saudí pertenecía a la rama sunní e Irán a la shiita.

En una ocasión, Ryan fue cumplidamente informado sobre las diferencias que, por entonces, le parecieron tan marginales que no se molestó en memorizarlas, aunque no hacerlo fue una estupidez, como ahora comprendía el presidente. Las diferencias tenían suficiente calado como para que dos países importantes se considerasen enemigos. Y eso bastaba para que tales diferencias fuesen de la mayor importancia. El problema no era la riqueza per se, sino una distinta concepción del poder, de una clase de poder que procedía de la mente y del corazón (y que a partir de ahí podía convertirse en otra cosa). El petróleo y el dinero no hacían más que acrecentar el interés que tenía el forcejeo para los no iniciados.

El mundo industrial dependía del petróleo. Todos los Estados del golfo Pérsico temían a Irán por su tamaño, por su gran población y por el fervor religioso de sus ciudadanos. Los sunníes temían la desviación del camino del Islam. Los demás temían lo que pudiera ser de ellos si los «herejes» asumían el control de la región. Porque el Islam era una religión totalizadora, que abarcaba el derecho civil, el político y todo tipo de actividad humana. Para los musulmanes, la Palabra de Dios era la Ley. Para Occidente, era la pervivencia de su economía. Para los árabes (Irán no era un país árabe), era la cuestión más fundamental: el lugar del hombre ante Dios.

-Sí, señor presidente -repuso el príncipe Alí tras reflexionarlo unos momentos-. Aprovecharán la ocasión.

Su tono de voz no podía ser más sosegado, aunque Ryan estaba convencido de que interiormente no estaba muy tranquilo. Los saudíes nunca quisieron la caída del presidente iraquí. Pese a ser un enemigo, un apóstata y un agresor, había cumplido con un útil propósito estratégico para sus vecinos. Irak era, desde hacía tiempo, un Estado colchón entre los Estados del golfo Pérsico e Irán. Era un caso en el que la religión cedía la prioridad a la política, lo que a su vez servía a propósitos religiosos. Al rechazar la Palabra de Alá, la mayoría shiíta de la población de Irak quedaba fuera de juego. La doble frontera con Kuwayt y el reino saudí era de orden político, no religioso. Pero si el partido Baas se desmoronaba al caer su líder, Irak podía volver a ser gobernado por los representantes de la mayoría religiosa, o sea: los shiítas. Esto significaría tener a dos países de gobierno shiíta en ambas fronteras, y el líder de la rama shiíta del mundo islámico era Irán.

Irán aprovecharía la ocasión, porque eso era justamente lo que hacía desde hacía años. La religión sistematizada por Mahoma se extendió desde la península Arábiga hasta Marruecos por el oeste, y hasta Filipinas por el este. Con la evolución del mundo moderno, tenía una presencia más o menos fuerte en todos los países. Irán había utilizado su riqueza y su considerable población para convertirse en el principal país islámico del mundo: atraía al clero musulmán a su ciudad santa de Qom para potenciar los estudios islámicos, financiaba movimientos políticos en todo el mundo islámico y proporcionaba armas a los pueblos islámicos que necesitaban ayuda (los musulmanes de Bosnia eran un caso concreto, pero no el único).

Anschlus -dijo Scott Adler pensando en voz alta.

Alí lo miró y asintió con la cabeza.

-¿Tenemos algún plan para tratar de evitarlo? -preguntó Jack.

El presidente conocía la respuesta. No. Nadie lo tenía. Ésa era la razón de que la guerra del Golfo se librase con objetivos militares limitados y no para derrocar al agresor. Los saudíes, que desde el primer momento fueron quienes marcaron los objetivos estratégicos de la guerra, nunca permitieron a EE. UU. ni a sus aliados considerar siquiera la invasión de Bagdad (pese a que, con las tropas iraquíes desplegadas en Kuwait y en sus fronteras, la capital iraquí quedó tan expuesta como un nudista en una playa).

Al seguir los comentarios de los jefes de informativos de las principales cadenas de televisión, Ryan reparó por entonces en que ninguno de ellos señaló que, de haberse ceñido a cualquier manual de estrategia militar, habrían ignorado por completo Kuwayt, tomado Bagdad y esperado a que el Ejército iraquí depusiera las armas y se rindiese. Estaba visto que no todo el mundo sabía interpretar un mapa.

-¿Qué influencia puede usted ejercer allí, alteza? -preguntó Ryan.

-¿En la práctica? Muy poca. Tenderemos una mano amiga, ofreceremos préstamos... A finales de semana pediremos a Estados Unidos y a la ONU que levanten las sanciones, al objeto de mejorar la situación económica, pero...

-Ya. Entendido -convino Ryan-. Le ruego que nos comunique cualquier información que consiga, alteza. El compromiso de Estados Unidos con la seguridad de su reino permanece invariable.

-Así se lo haré saber a mi gobierno -dijo Alí.

-Un bonito trabajo, muy profesional -comentó Ding al ver las realzadas imágenes-, salvo por un pequeño detalle.

-Sí, es bonito cobrar la nómina antes de que lo pongan a uno a prueba.

Clark también había sido lo bastante joven, y lo bastante airado, para pensar en los mismos términos que el «ejecutor» cuya muerte acababan de ver repetida. Pero con la edad se había hecho más circunspecto. Ahora, según tenía entendido, Mary Pat quería que volviese a intentar comparecer en la Casa Blanca. Releía unos documentos, o por lo menos, lo intentaba.

-¿Ha leído Asesinos, John? -preguntó Chávez tras apagar el televisor con el mando a distancia.

-¿La novela de Robert Tine? No. Sólo he visto la película -contestó Clark sin alzar la vista.

-No, no me refiero a la novela de Tine, sino a la que trata de la secta que fundó Hasan ibn al-Sabbah a finales del siglo XI. Tuvo fuerte implantación en Persia y Siria, hasta que fue desarticulada en el siglo XIII. Eran tipos muy serios. Tenían que serlo. Sólo con espadas y cuchillos, hay que acercarse mucho al objetivo. Hay que estar comprometido hasta las cejas, como decíamos en mi regimiento.

A Chávez aún le faltaba bastante para licenciarse en relaciones internacionales, pero no dejaba de leer uno solo de los libros que el profesor Alpher le asignaba como lecturas obligatorias.

-Ese tipo -prosiguió Chávez- era como ellos: una inteligente bomba bípeda. Pierde uno la vida, pero se lleva por delante al objetivo. Los Asesinos fueron los primeros terroristas de Estado. Me temo que en aquellos tiempos el mundo no estaba preparado para entender este concepto, pero sí para entender que una pequeña ciudad-Estado podía manipular toda una región, debido a su capacidad para infiltrar a alguien tan cerca del objetivo como para eliminarlo.

-Gracias por la lección de historia, Domingo, pero...

-Piénselo, John. Si han podido eliminarlo a él, pueden eliminar a cualquiera. No existen planes de pensiones de jubilación para los dictadores, ¿sabe? Las medidas de seguridad de que se rodeaba eran más que estrictas: eran rigurosísimas. Sin embargo, un hombre ha conseguido acercársele lo bastante para hacerlo volar hacia la siguiente dimensión. Es para echarse a temblar, señor C.

John Clark tenía que recordar de continuo que Domingo Chávez no era imbécil. A pesar de su fuerte acento, que no se debía a su incapacidad para pronunciar correctamente, sino a su espontaneidad al hablar, Chávez era, al igual que Clark, una persona con mucha facilidad de palabra, aunque, al expresarse, intercalase jerga y giros propios de sus tiempos de sargento del Ejército. Clark no había conocido nunca a nadie que aprendiese con tanta rapidez. Y por si fuera poco, ahora aprendía a controlar su temperamento, a dominar su vehemencia (cuando le daba la gana, se corrigió John).

-¿Y qué? Diferente cultura, diferente motivación, diferente...

-Mire, John, hablo de viabilidad; de la voluntad política de hacer lo que es viable. Y hablo de paciencia. Ha debido de costarles años. No se ha tratado exactamente de un «topo», que actúa de continuo, sino de un «tapado», que aguarda una única y excepcional ocasión. Algo sé de «tapados» en política y en espionaje, pero no como asesinos.

-Podría ser un tipo que haya agarrado un cabreo importante...

-¿Dejarse matar por un cabreo? Lo dudo, John. ¿Por qué no intentar cargárselo cualquier noche, aprovechando que va al lavabo, y... tratar de poner tierra de por medio? Ni hablar, señor C. Ese memo ha querido hacer un acto testimonial, pero no sólo en nombre propio. También ha pretendido enviarle un mensaje a su jefe.

Clark alzó la vista de los documentos que repasaba y se detuvo a pensar lo que Chávez decía. Cualquier otro funcionario del Estado pudo haberse desentendido de la observación, por considerarla ajena a sus competencias, pero Clark se había visto prácticamente obligado a trabajar para el gobierno debido a su propensión a extralimitarse. Recordaba sus tiempos en Irán, mezclado entre la multitud que gritaba «¡Muerte a Estados Unidos!» a los rehenes capturados en la embajada de EE. UU. y a quienes exhibían con los ojos vendados ante la multitud. Sobre todo, recordaba lo que clamó el gentío tras el fracaso de la Operación Luz Azul y lo cerca que estuvieron -lo cerca que estuvo el gobierno de Jomeini- de desahogar su ira con los norteamericanos, de convertir un encrespado conflicto en una guerra abierta. Ya entonces, las huellas iraníes estaban en todas las formas del terrorismo internacional, y el fracaso de EE. UU. en remediar el entuerto no contribuyó a mejorar la situación.

-Bien, Domingo -dijo Clark-, ésa es la razón de que necesitemos más agentes sobre el terreno.

La DOCTORA tenía una razón adicional para que no le gustase que su esposo ocupara la presidencia. Por lo pronto, no había forma de verlo en cuanto salía por la puerta. Si, como en aquellos momentos, estaba reunido con alguien, pues bien... ya imaginaba que tenía relación con las noticias que había visto por la mañana. Era su trabajo. También ella había tenido que salir de casa de estampida, reclamada por alguna urgencia en el John Hopkins. Pero no le gustaba el precedente.

Miró a la motorizada caravana. No cabía llamar de otra manera a la media docena de blindados Chevrolet. Tres de estos vehículos tenían la misión de llevar al colegio a Sally y al pequeño Jack (SOMBRA y PARADA, respectivamente, según el código onomástico del Servicio Secreto).. Los otros tres coches acompañarían a Katie (ARENA para el Servicio Secreto) a la guardería.

Cathy Ryan reconocía que, en parte, esto era culpa suya. No quería que la vida de los niños se alterase. No quería que sus hijos cambiasen de colegio y de amistades. Los niños no tenían ninguna culpa de la desgracia que se había abatido sobre ellos. Era ella quien cometió la tontería de resignarse a que Jack aceptara un cargo que le duró cinco minutos. Y ahora tenía que pechar con las consecuencias. Uno de los inconvenientes era que empleaban mucho más tiempo en los desplazamientos (para asistir a clase y conservar a sus amigos, por ejemplo). Pero... no había solución.

-¡Buenos días, Katie! -saludó Don Russell, que se agachó para darle un abrazo y un beso a ARENA.

Cathy no pudo evitar sonreír al verlo. Aquel agente era una bendición. Tenía nietos y adoraba a los niños, sobre todo a los más pequeños. Se llevaban de maravilla.

Cathy le dio un beso a Katie y otro a su guardaespaldas. Era indignante que una criatura necesitara un guardaespaldas, pero Cathy recordaba sus propias experiencias con el terrorismo, y también a eso tenía que resignarse.

Russell sentó a ARENA en su sillita de la parte de atrás del vehículo y le puso el cinturón de seguridad.

-Adiós, mamá -se despidió Sally al arrancar el primer grupo de tres coches.

La hija mayor de los Ryan pasaba por una fase en la que ella y mamá eran amigas y no se besaban. Cathy lo aceptaba, aunque a regañadientes. Y lo mismo le ocurría con el pequeño Jack.

-Hasta luego, mamá.

Pero el pequeño John Patrick Ryan era lo bastante mayor para ir en el asiento delantero y consiguió que lo dejaran sentarse junto al chofer.

Habían aumentado la dotación de ambas subescoltas debido al modo en que la familia Ryan llegó a la Casa Blanca (sólo para la protección de los niños tenían asignados veinte agentes). A Cathy le comentaron que dentro de un mes podrían reducir un poco el número. Los niños irían en vehículos normales en lugar de en esos blindados Chevrolet. Pero la DOCTORA no se libraría del helicóptero.

Puñeta... Otra vez con lo mismo. Cuando se quedó encinta del pequeño Jack, se enteró de que los terroristas estaban... ¿Cómo demonios se le ocurriría a ella haber accedido? Lo más indignante era que, pese a estar casada con quien pasaba por ser el hombre más poderoso de la Tierra, ella y sus hijos tenían que aceptar órdenes de otras personas.

-Me hago cargo, doctora -le dijo Roy Altman, su principal guardaespaldas-. Esto no es vida, ¿verdad?

-¿Lee usted el pensamiento? -preguntó Cathy.

-Es parte de mi trabajo, señora. Entiendo que...

-Llámeme Cathy, por favor.

Altman casi se ruborizó. A más de una primera dama se le subían los humos nada más acceder su esposo al cargo, y no siempre resultaba agradable proteger a los hijos de los políticos. Pero los miembros de la escolta estaban de acuerdo en que los Ryan no se parecían en nada a otras personalidades que solían proteger. En cierto modo, esto era un inconveniente, pero era inevitable sentir simpatía hacia ellos.

-Tome -dijo él tendiéndole el sobre que contenía el programa de la jornada.

-Dos intervenciones y varios reconocimientos -dijo ella. Por lo menos, podría despachar el papeleo durante el vuelo. Alguna ventaja tenía que tener, ¿no?

-Lo sé. Convinimos con el profesor Katz que nos tendría al corriente, para coordinarnos de acuerdo a su programa -le explicó Altman.

-¿También investigan a mis pacientes? -bromeó Cathy, que en seguida se percató de que no era cosa de broma.

-Pues sí -repuso Altman-. La dirección del hospital nos proporciona las fichas con el nombre, fecha de nacimiento y número de la seguridad de cada uno de los pacientes. Transmitimos los datos al ordenador del Centro Nacional de Control de Identidad, para la comprobación correspondiente. Luego, los confrontamos con nuestros propios archivos de personas... a las que... en fin, vigilamos.

La mirada que provocó esta explicación no fue precisamente amistosa, pero Altman no lo interpretó como algo personal.

Ambos volvieron al edificio y salieron de nuevo al cabo de unos minutos hacia el helicóptero. Cathy reparó en que había cámaras de televisión para filmar el «acontecimiento», mientras el coronel Hank Goodman ponía en marcha los motores.

En el centro de control del Servicio Secreto, que estaba a pocas manzanas de allí, utilizaban nombres distintos para designar al presidente y a la primera dama. Un led rojo encendi-

Librodot

do debajo de POTUS (President of the United States) significaba que el presidente estaba en la Casa Blanca. Bajo el nombre de FLOTUS (First Lady of the United States) quería decir que la primera dama estaba en tránsito. SOMBRA, PARADA y ARENA aparecían en otro panel. Esta misma información era transmitida por una frecuencia de seguridad a Andrea Price, que en aquellos momentos leía el periódico sentada frente a la puerta del despacho Oval. Otros agentes se encontraban ya en el colegio católico St. Mary y en la guardería Giant Steps, ambos cerca de Annapolis; y también había ya agentes en el hospital John Hopkins.

La policía estatal de Maryland sabía que los hijos de los Ryan circulaban en aquellos momentos por la carretera nacional 50. Había situados otros vehículos a lo largo del recorrido, para la obligada presencia policial. Un helicóptero del cuerpo de marines seguía al de la DOCTORA, y otro, con un grupo de agentes fuertemente armados, sobrevolaba los coches en los que iban los niños. De acecharlos algún peligroso asesino, en seguida repararía en el disuasorio despliegue de fuerza. Los agentes que iban en los vehículos en movimiento estarían en su habitual estado de alerta, mirando escrutadoramente los coches y tomando nota de todos ellos (modelos y matrículas), por si «coincidían» en verlo demasiado a menudo. Varios coches camuflados del Servicio Secreto merodearían bajo la apariencia de corrientes automovilistas que iban o venían del trabajo.

Los Ryan nunca llegarían a saber con exactitud la envergadura del dispositivo de seguridad que los rodeaba, a menos que lo preguntasen de modo expreso. Pero pocos presidentes tenían interés en saberlo.

Empezaba una jornada... normal.

Era inútil negarse a la evidencia. No necesitaba que el doctor Moudi se lo confirmase. Las jaquecas y el cansancio se habían agravado. Al igual que ocurrió con el pequeño Benedict Mkusa, pensó la hermana, a pesar de que en los primeros momentos creyó que se trataba de una recidiva de su antigua malaria. Pero en seguida empezó a tener dolores, no en las articulaciones sino en el estómago. A partir de ahí, fue como detectar un frente en una mapa meteorológico: altas nubes blancas que desencadenaban una violenta tormenta, sin poder hacer más que aguardar aterrorizada a lo que se le venía encima. Por un lado, se negaba a aceptarlo, y por otro, se refugiaba en la oración y en la fe. Pero como la protagonista de una película de terror, que se niega a ver lo que ocurre llevándose las manos al rostro, miraba de reojo lo que se avecinaba, tanto más aterrada al saber que nada podía hacer para evitarlo.

Lo peor eran las náuseas que no tardaría en no poder dominar, pese a su mucha fuerza de voluntad.

Estaba en una de las pocas habitaciones individuales del hospital. Aún lucía el sol y el cielo estaba despejado. Era un hermoso día de ese perpetuo híbrido de primavera y verano que señoreaba en África. Junto al lecho había un gotero desde el que le inyectaban una solución salina en el brazo, junto a un suave analgésico y algunos nutrientes para fortalecer su organismo. Pero en realidad todo aquello no servía más que para... esperar. Lo único que podía hacer la hermana Jean Baptiste era aguardar. Su cuerpo estaba tan debilitado por la fatiga y tan dolorido que el solo hecho de ladear la cabeza para mirar por la ventana y verlas flores le costaba un enorme esfuerzo.

El primer fuerte acceso de náuseas se produjo casi por sorpresa. Pero la hermana llegó a tiempo de coger la bolsa para los vómitos. Como enfermera, conservaba la suficiente capacidad de distancia para darse cuenta de que el vómito iba mezclado con sangre, a pesar de que la hermana María Magdalena retiró la bolsa en seguida para depositarla en un cubo de tapa hermética. Compañera de profesión, en tanto que enfermera, y hermana de religión, llevaba el vestuario quirúrgico, con guantes y mascarilla. Sus ojos no podían ocultar su tristeza.

-Hola, hermana -dijo el doctor Moudi, cuyos oscuros ojos la miraban por encima de la verde mascarilla.

El médico examinó la ficha de las gráficas que colgaba de los pies de la cama. Hacía sólo diez minutos que le habían tomado la temperatura a la hermana Jean Baptiste. La fiebre

Librodot

aumentaba. El télex de Atlanta con el resultado del análisis de sangre había llegado hacía poco más de cinco minutos. De inmediato la trasladaron al pabellón de aislamiento. La hermana era muy blanca de piel, y hacía sólo unas horas estaba pálida. Ahora, en cambio, tenía la piel ligeramente enrojecida y reseca. Moudi pensó en enfriar el cuerpo de la paciente con friegas de alcohol y, acaso, luego con hielo, para combatir la fiebre. No obstante, eso sería muy duro para la dignidad de la hermana que, desde luego, no podía vestir más castamente -como debían hacerlo las mujeres-. El camisón de hospital que tenía que llevar era un atentado contra la virtud de la castidad. Sin embargo, lo peor era la mirada de sus ojos. Estaba seguro de que la hermana ya lo sabía. De todas maneras, tenía que decírselo.

-Hermana -empezó a decir el médico-, su análisis de sangre ha dado positivo. Se trata del Ébola.

-Ya lo sabía -repuso la hermana.

-Entonces sabrá también que el veinte por ciento de los pacientes que contraen esta enfermedad sobrevive -le dijo el doctor Moudi amablemente-. No debe desesperar. Soy un buen médico. La hermana Magdalena es una gran enfermera. Haremos por usted todo lo que podamos. También estoy en contacto con algunos de mis colegas. No nos rendiremos. Y necesito que usted tampoco se rinda. Récele a su dios, hermana. Seguro que él escuchará a una persona tan virtuosa como usted.

Fueron unas palabras espontáneas. Al fin y al cabo, Moudi era médico, y de los buenos. Le sorprendió casi desear que sobreviviese.

-Gracias, doctor -dijo la hermana Jean Baptiste.

-Téngame informado en todo momento -le pidió Moudi a la otra enfermera antes de salir.

-Por supuesto, doctor.

Moudi salió del pabellón, se quitó los guantes y la mascarilla y los dejó en el cubo hermético. Tendría que informar a la dirección del hospital para que se adoptasen las necesarias precauciones. Quería que aquella monja fuese el último caso de Ébola en aquel hospital.

Mientras lo pensaba, varios de los facultativos enviados por la OMS iban a entrevistar a la desolada familia Mkusa, a los vecinos y amigos, al objeto de averiguar dónde pudo contagiarse Benedict. Lo más inmediato era pensar en la mordedura de un mono.

Pero no era más que una posibilidad. Se sabía poco del Ébola Zaire, y casi todo lo que se ignoraba era de la máxima importancia. Sin duda, el virus debía de rondar por allí desde hacía siglos o pudiera ser que milenios. En definitiva, no era sino una de las muchas enfermedades mortales endémicas, en una zona en la que abundaban mucho, pese a que hasta no hacía más de treinta años los propios médicos las agrupaban bajo la misma etiqueta de «fiebres de la selva». El agente propagador del virus no estaba aún claro. Muchos lo atribuían a un mono, sin especificar de qué especie (habían capturado y matado a miles de ellos con la intención de averiguarlo, pero sin ningún resultado concluyente). Ni siquiera existía la certeza de que fuese una enfermedad tropical (el primer brote documentado de aquella clase de «fiebre» se produjo en Alemania). Y existía una enfermedad muy similar en Filipinas.

El Ébola aparecía y desaparecía, como una especie de espíritu maligno, con cierta periodicidad. Los brotes reconocidos se habían producido a intervalos de ocho a diez años (brotes inexplicados o que simplemente se sospechaba que lo eran).

África estaba aún muy atrasada. Había sólidas razones para pensar que las víctimas podían haber contraído la enfermedad, y muerto a los pocos días, sin tiempo para conseguir asistencia médica. La estructura del virus y los síntomas se conocían bastante bien, pero los mecanismos de transmisión y desarrollo se desconocían. Esto era muy preocupante para la comunidad médica, porque el Ébola Zaire tenía un nivel de mortalidad del ochenta por ciento. Sólo una de cada cinco víctimas lograba sobrevivir, algo que en sí mismo era también un misterio. Por todas estas razones, el Ébola era... perfecto.

Tan perfecto que cabía considerarlo uno de los microorganismos más temibles para el hombre. Minúsculas cantidades de virus se habían enviado a Atlanta, al Instituto Pasteur de

Librodot

París y a otras instituciones, donde se estudiaba en condiciones similares a los relatos de ciencia-ficción, en los que médicos y técnicos llevaban trajes que parecían espaciales. Pero no se sabía del Ébola lo bastante para trabajar en una vacuna. Las cuatro variedades conocidas (la cuarta se descubrió gracias a un estrambótico incidente en América; pero aquel patógeno, aunque mortal para los monos, no tenía, incomprensiblemente, el menor efecto grave en los seres humanos) eran demasiado distintas. En aquellos mismos momentos, los científicos de Atlanta, a algunos de los cuales conocía Moudi, lo observaban con sus microscopios electrónicos para cartografiar la estructura de aquella nueva variedad y compararla con la de otros patógenos conocidos. Este estudio podía tardar semanas y, como en ocasiones anteriores, lo más probable era que produjese equívocos resultados.

Hasta que descubrieran el verdadero foco de la enfermedad, el virus causante sería como un extraterrestre maligno y misterioso. Perfecto.

El «enfermo Cero», Benedict Mkusa, había muerto. Su cadáver fue incinerado con gasolina y el virus murió con él. Moudi tenía una pequeña muestra de sangre, pero no era suficiente. La hermana Jean Baptiste era otra cosa, sin embargo. Moudi reflexionó sobre ello unos momentos. Luego, cogió el teléfono y llamó a la embajada iraní en Kinshasa. Había trabajo que hacer, y más que preparar. Le tembló la mano al llevarse el auricular desde la mesa al oído. ¿Y si Dios escuchaba las oraciones de la hermana? Porque era posible que Dios la escuchase. ¡Ya lo creo que sí! Era una mujer muy virtuosa, que dedicaba al rezo tantas horas diarias como pudiera dedicarle cualquier creyente en su ciudad santa de Qom; una mujer cuya fe en Dios era muy firme. Había consagrado su vida al servicio de los necesitados. Cumplía así con tres de los Cinco Pilares del Islam, al que él podía añadir el cuarto (la Cuaresma no era tan distinta del Ramadán).

Moudi era consciente del peligro que entrañaba pensar así. Pero si Alá escuchaba las plegarias de la hermana, quería decir que lo que él se proponía conseguir no estaba escrito y, que, por lo tanto, no sucedería; en caso contrario... ¿y si Alá no escuchaba las plegarias de la hermana?

Moudi sujetó el auricular entre el mentón y el hombro y marcó el número de la embajada iraní.

-No podemos ignorarlo más, señor presidente.

-Ya lo sé, Arnie.

Curiosamente, la cuestión se redujo a un problema técnico. Los cuerpos tenían que ser identificados sin equívocos. Porque una persona no estaba muerta hasta que su muerte se certificaba por escrito; y hasta que esa persona no era declarada muerta, caso de ser diputado o senador, su escaño no estaba vacante y no podían elegir a nadie para cubrirlo, con lo que el Congreso era, en aquellos momentos, una estructura vacía.

Los certificados de defunción empezarían a expedirse aquel día, dentro de una hora, y los gobernadores de «varios estados» llamarían a Ryan para pedirle consejo, o para dárselo aunque él no se lo hubiese pedido. Por lo menos un gobernador iba a dimitir para aceptar un escaño en el Senado, propuesto por el subgobernador que lo sucedería, a modo de elegante aunque obvia recompensa política, o por lo menos eso se rumoreaba.

El volumen de información era asombroso, incluso para los más familiarizados con las fuentes. Se remontaba a catorce años. Sin embargo, el período de tiempo elegido no podía ser más oportuno ya que fue aproximadamente catorce años antes cuando los principales periódicos y revistas se suscribieron a la World Wide Web, lo que permitió a los gigantes de los medios de comunicación cobrar modestas tasas por unos materiales que de otro modo se habrían enmohecido en sus sótanos o que, en el mejor de los casos, habrían vendido a las bibliotecas universitarias a un precio casi regalado.

La WWW era todavía una fuente de ingresos relativamente nueva y poco explotada, pero los medios de comunicación le sacaban mucho partido debido a que las noticias eran menos

Librodot

volátiles que en el pasado. En la actualidad, los bancos de noticias eran una fuente para los propios periodistas que las daban y redactaban; para los estudiantes; para quienes sentían curiosidad por cualquier hecho a título individual, y para aquellos cuya curiosidad era más estrictamente profesional. La mayor ventaja era que el enorme número de personas que investigaba a través del servicio codificado hacía casi imposible el control de todas las peticiones de información.

Además, él era muy cauto (o, para ser más exactos, lo era el personal que trabajaba para él). Las preguntas que se hacían a la Web procedían de Europa, sobre todo de Londres, a través de un novísimo servicio de conexión con Internet, que no duraba más que el tiempo requerido para transmitir los datos; las hacían profesores y estudiantes universitarios desde sus facultades, lo que equivalía a un número ingente de personas.

Las keywords RYAN JOHN PATRICK, RYAN JACK, RYAN CAROLINE, RYAN CATHY, Hijos DE RYAN y FAMILIA RYAN y muchísimas otras habían sido transmitidas con el resultado de miles de respuestas. Muchas de ellas eran irrelevantes, porque Ryan no era un apellido infrecuente, pero no era difícil filtrar la información para ceñirse a lo que interesaba.

Los primeros informes enjundiosos se referían a la primera aparición de Ryan en público, en Londres, cuando tenía 31 años. Incluso se recibieron fotos, y aunque tardaron bastante en transmitirlas, la espera mereció la pena. Sobre todo por lo que a la primera se refería. Se veía a un joven sentado en la calle cubierto de sangre (¿a que era una imagen que alimentaba la inspiración?). El joven de la fotografía parecía estar muerto, pero sabía por experiencia que a menudo los heridos daban la impresión de estar muertos. Luego, llegó otra serie de fotos de un automóvil siniestrado y de un pequeño helicóptero.

Los datos sobre Ryan relativos a aquel período eran sorprendentemente escasos, y casi todos se referían a sus declaraciones a puerta cerrada ante comisiones del Congreso de EE. UU. A través del servicio de Internet, llegaron otras respuestas relativas al final de la presidencia de Fowler (tras los iniciales momentos de confusión, se informó de que el propio Ryan evitó el lanzamiento de misiles nucleares... algo que Jack llegó a insinuarle a Daryaei... Pero la historia no fue nunca oficialmente confirmada, y Ryan no la había comentado con nadie. Esto reflejaba un rasgo de su carácter, que podía ser orientativo o... todo lo contrario).

Su esposa: había abundante información en la prensa acerca de su esposa. En un artículo incluían el número de teléfono de su despacho del hospital. Era una experta cirujana. Esto era interesante... (en un reciente artículo decía que iba a continuar ejerciendo). Excelente. Ya sabían dónde encontrarla.

Los hijos: la menor iba a la misma guardería a la que asistió la mayor. Con la información llegó también una foto. En un artículo de fondo, acerca del primer empleo que Ryan tuvo en la Casa Blanca, se citaba incluso el colegio al que asistían los dos mayores.

Era asombroso. Inició la indagación convencido de que conseguiría casi toda la información que se proponía obtener. Pero aun y así, había recibido en un solo día más datos que los que hubiesen podido obtener sobre el terreno diez agentes de los servicios de inteligencia en una semana (corriendo, además, un riesgo considerable). No cabía duda de que los norteamericanos eran imbéciles. Era como invitar a que los atacasen. No tenían ni idea de lo que era el secreto ni la seguridad. Una cosa era que un líder apareciese en público con su familia de vez en cuando (todos lo hacían), y otra, permitir que cualquiera tuviese acceso a datos que no tenían por qué conocer.

El dossier con toda la información, que ocupaba más de 2 500 páginas, sería ordenado y anotado por su personal. No iban destinados a ningún proyecto concreto. Eran sólo datos. De momento...

-¿Sabe que eso de ir al trabajo en helicóptero me gusta? -le comentó Cathy Ryan a Roy Altman.

-¿Ah, sí?

Librodot

-Me ahorra los nervios de tener que conducir. Aunque quizá sólo sea una impresión pasajera -añadió Cathy mientras avanzaba en la cola del autoservicio del restaurante.

-Probablemente.

Altman miraba de continuo en derredor, aunque había por allí otros dos agentes que trataban, en vano, de pasar desapercibidos. En el John Hopkins trabajaban más de 2 400 médicos. Era como un pueblo en el que todos se conocían, y... los médicos no llevaban pistola. Altman no se despegaba de Cathy, para identificarse al máximo con todas sus costumbres, y a ella no parecía molestarla. Había estado junto a la primera dama durante las dos intervenciones de la mañana, que Cathy explicó con el mayor detalle a la media docena de estudiantes que la acompañaron. Por la tarde, visitaron a varios pacientes, también a modo de clase práctica. Era la primera experiencia educacional de Altman en el desempeño de su misión (por lo menos, así aprendía algo que no tenía que ver con la política, que había terminado por detestar). Reparó también en que la DOCTORA comía como un pajarito. Cuando llegó a la caja, Cathy pagó su almuerzo y el de Altman, pese a las protestas de éste.

-Estoy en mi territorio, Roy -dijo ella, que buscó con la mirada a la persona con quien quería almorzar-.Hola, Dave...

El decano James y su invitado se levantaron.

-¡Hola, Cathy! Permítame que le presente a un nuevo miembro de la facultad, Pierre Alexandre. Alex, le presento a Cathy Ryan...

-La misma que...

-Por favor, sigo siendo doctora, y...

-¿Es usted la que figura como candidata al premio Lasker, verdad? -la atajó Alexandre, con lo que consiguió que a Cathy se le iluminase la cara.

-Sí -contestó ella.

-Felicidades, doctora -dijo Alexandre tendiéndole la mano. Cathy tuvo que dejar la bandeja en la mesa para estrechársela. Altman observaba con una mirada que procuró que fuese inexpresiva, aunque sin acabar de conseguirlo-. Usted debe de ser miembro del Servicio...

-En efecto, señor. Soy Roy Altman.

-Excelente. Una dama tan encantadora e inteligente merece la adecuada protección -comentó Alexandre-. Acabo de dejar el Ejército, señor Altman. Los he visto a ustedes en el Walter Reed, cuando la hija del presidente Fowler ingresó con una infección contraída en una viaje a Brasil. La atendí yo.

-Alex trabaja con Ralph Forster -explicó el decano cuando los cuatro se hubieron sentado.

-Enfermedades infecciosas -le aclaró Cathy a su guardaespaldas.

-De momento, no soy más que un grumete -dijo Alexandre-. Pero como me han concedido plaza de parking, supongo que deben de confiar en que les sirva para algo.

-Espero que sea usted tan buen profesor como Ralph.

-Ralph es un médico extraordinario -convino Alexandre.

A Cathy le cayó bien el recién incorporado. Luego, reparó en su acento y en su talante sureño.

-Ralph ha tenido que coger un vuelo para Atlanta esta mañana -añadió Alexandre.

-¿Por alguna razón importante?

-Un posible caso de Ébola en Zaire. Un niño africano de ocho años. La comunicación nos ha llegado esta mañana por correo electrónico.

Cathy frunció el entrecejo al oírlo. Aunque su especialidad fuese muy distinta, como es natural, recibía la revista Morbidity and Mortality Report y estaba tan al corriente como podía acerca de todo tipo de enfermedades. La medicina era un campo en el que nunca se terminaba de aprender.

-¿Sólo un caso? -preguntó Cathy.

-Sí -contestó Alexandre-. Parece ser que el niño tenía una mordedura de mono en un brazo. He estado en la región. Me enviaron allí desde Fort Detrick cuando se produjo el pe-

queño brote en 1990.

-¿Con Gus Lorenz? -preguntó el decano James.

-No -contestó Alexandre-. Por entonces, Gus trabajaba en otra cosa. El jefe del equipo era George Westphal.

-Ah, sí, él...

-Murió -confirmó Alexandre-. Procuramos que no... trascendiese... pero contrajo la enfermedad. Yo lo atendí. Y les aseguro que no fue nada agradable.

-¿Qué error cometió? Yo no lo conocía a fondo -dijo el decano-. Gus me comentó que era una figura con un gran futuro. Si no recuerdo mal pertenecía a la Universidad de Los Ángeles.

-George era inteligente, y el mejor experto en estructuras víricas que nunca he conocido. Era tan cuidadoso como cualquiera de nosotros, pero se contagió. Nunca llegamos a comprender cómo pudo haber sucedido. Sea como fuere, el caso es que murieron dieciséis personas a causa de aquel brote. Sobrevivieron dos chicas jóvenes, de poco más de veinte años, sin que detectásemos en ellas nada especial. Quizá simplemente tuvieron suerte.

Alexandre lo dijo como si no estuviese nada convencido. Porque cosas así siempre sucedían por alguna razón. Simplemente, no había logrado detectar la causa, aunque ése era su trabajo.

-En cualquier caso -prosiguió Alexandre-, el número total de personas que lo contrajo fue sólo de dieciocho, lo que, de por sí, ya fue una suerte. Estuvimos allí seis o siete semanas. Salí con un rifle a la selva y me cargué un centenar de monos, tratando de dar con un portador, pero fue en vano. A ese virus lo llamaban Ébola Zaire Mayinga. Supongo que ahora lo compararán con el que ha contraído el niño que ha muerto. El Ébola es muy escurridizo.

-¿Sólo ha habido un muerto, me dice? -insistió Cathy.

-Ésa es la información que tenemos. Vía de contagio desconocida, como de costumbre.

-¿Y la mordedura del mono?

-Sí, pero... ¡cualquiera encuentra al mono!...

-¿Tan mortal es esa enfermedad? -preguntó Altman, ansioso por intervenir en la conversación.

-Según estimaciones oficiales, el porcentaje de mortalidad es del ochenta por ciento, señor. Le pondré un sencillo ejemplo: si desenfunda usted y me pega un tiro en el pecho aquí mismo, tengo más posibilidades de sobrevivir que si contraigo esa enfermedad -le explicó Alexandre, que untó su panecillo con mantequilla mientras recordaba su visita a la viuda de Westphal. Se le quitaba a uno el apetito-. Muchísimas más, teniendo en cuenta el extraordinario equipo de cirujanos con el que trabajamos en Halstead. El Ébola es más mortal que la leucemia, más que el linfoma. Sólo el sida tiene un porcentaje de mortalidad algo superior, pero, por lo menos, las expectativas de vida para quien contrae el sida son de diez años. Con el Ébola, en cambio, no pasan de... diez días.

11

MONOS VERDES

Ryan siempre había redactado sus propios escritos. Había publicado dos libros sobre historia naval, algo que ahora se le antojaba propio de una vida anterior hecho aflorar por regresión mediante hipnosis. También había escrito innumerables informes para la CIA. Y siempre los había redactado él personalmente, antes con máquina de escribir; luego, con los distintos ordenadores y procesadores de textos que había tenido.

Nunca le gustó escribir, porque le parecía un trabajo ímprobo. Pero sí le gustaba la intimidad que entrañaba; el hecho de estar a solas en su pequeño mundo intelectual, a salvo de toda interrupción, mientras daba forma a sus pensamientos y los organizaba metódicamente, hasta lograr una exposición tan perfecta como fuese capaz de conseguir. Así eran siempre sus

Librodot

pensamientos. Era un proceso honesto por su propia naturaleza.

Pero ya no era así.

La redactora-jefa de sus discursos era Callie Weston, bajita, menuda, con un pelo pajizo que siempre parecía sucio y un auténtico genio de las palabras que, al igual que el ingente personal de la Casa Blanca, desembarcó allí con el presidente Fowler y no había acertado nunca a marcharse.

-¿No le gustó a usted mi discurso para el funeral, verdad? -dijo Callie Weston en su habitual tono irreverente.

-Con sinceridad: me pareció que yo tenía algo que decir -repuso Jack, que en seguida pensó que no tenía por qué contestar a la defensiva a alguien a quien apenas conocía.

-Lloré -dijo Callie Weston.

La redactora de los discursos presidenciales hizo una pausa para que su afirmación causara mayor efecto en Ryan. Prolongó la pausa unos segundos, con la maligna y fija mirada de una serpiente, tratando de leer en el interior de Jack Ryan sin saltarse ni las comas.

-Es usted distinto -añadió Weston.

-¿En qué sentido?

-Verá... hágase cargo, señor. El presidente Fowler me mantuvo en el puesto porque siempre daba una imagen muy solidaria de él (hay que tener en cuenta que es un hombre bastante frío en muchas cosas, el pobre). El presidente Durling me mantuvo a su lado, porque no tenía a mano a nadie mejor. Siempre me las he tenido con quienes trabajaban al otro lado de la calle. Se empeñan en corregir mi trabajo. Y no me gusta que me corrijan los zánganos. Nos las tenemos cada dos por tres. Arnie me protege mucho porque fui condiscípula de su sobrina favorita y porque soy la mejor de por aquí en lo que hago, aunque me temo que, para quienes trabajan para usted, señor, soy una insufrible pejiguera. Es conveniente que lo sepa.

La explicación de Callie Weston era buena, aunque no venía a cuento.

-¿Por qué soy distinto? -insistió Jack.

-Porque dice usted lo que piensa, y no lo que cree que la gente cree querer oír. Será difícil escribir para usted. No podré explotar el pozo de costumbre. Tendré que aprender a escribir como me gustaba hacerlo, no como quieren que lo haga los que me pagan; y tendré que aprender a escribir también como usted habla. Será difícil -dijo ella, dispuesta a asumir el reto.

-Comprendo.

Como la señora Weston no era miembro de la Secretaría de la Presidencia, Andrea Price estaba recostada en la pared (en un rincón, cabría decir, de no ser porque en el despacho Oval no los había). Lo observaba todo con cara de póquer. Ryan empezaba a interpretar su lenguaje corporal. Estaba claro que Andrea Price no tenía en mucha estima a Weston. Lo que no sabía es por qué.

-Bueno, ¿qué puede prepararme en un par de horas?

-Eso depende de lo que quiera usted decir, señor -repuso ella.

Ryan se lo explicó en pocas palabras. La redactora no tomó notas. Se limitó a memorizarlas y a sonreír antes de contestar.

-Lo van a destrozar. Lo sabe usted perfectamente. Puede que Arnie no se lo haya dicho. Y puede que tampoco nadie de su Estado Mayor se lo diga nunca.

El comentario de Callie Weston hizo que Andrea Price se irguiese.

-¿Por qué da por sentado que quiero permanecer aquí?

-Perdone. No estoy habituada a esto -repuso Weston desconcertada.

-Podría ser una conversación interesante, pero yo...

-Leí uno de sus libros anteayer. No se le da a usted muy bien escribir. Su estilo no es muy elegante. Es una opinión puramente técnica, pero dice las cosas claras. De modo que tendré que reciclar mi retórica para adaptarme a su estilo: frases cortas. Su sintaxis es buena, seguramente debido a que ha estudiado en colegios católicos. No engaña usted a la gente. No se anda con rodeos. ¿Cuánto tiempo ha de durar el discurso?

Librodot

-Pongamos... quince minutos.

-Volveré dentro de tres horas -le prometió Weston ya en pie.

Ryan asintió con la cabeza, y en cuanto Callie Weston hubo salido del despacho, el presidente miró a Andrea Price.

-Suéltelo ya -le ordenó Ryan.

-Aquí no la soporta nadie. El año pasado discutió con uno de secretaría por no sé qué y le pegó. Un agente tuvo que quitárselo de las manos.

-¿Por qué fue la discusión?

-Él hizo unos comentarios impertinentes acerca de uno de sus discursos, y se permitió irrespetuosos comentarios acerca de su familia. El joven se marchó al día siguiente. No se perdió nada -concluyó Price-. Pero ella es una mujer arrogante que va de figura. Ahora, por ejemplo, no tenía que haberle dicho lo que le ha dicho.

-¿Y si tuviese razón?

-No es asunto mío, señor, pero...

-¿Cree usted que tiene razón?

-Es usted distinto, señor presidente -contestó Andrea, sin pronunciarse sobre si lo consideraba algo positivo o negativo.

Ryan no se molestó en preguntárselo. Entre otras cosas, porque le urgía hacer una llamada.

-Diga, señor -contestó una secretaria.

-¿Puede ponerme con George Winston del Columbus Group?

-Sí, señor presidente. Se lo pasaré en cuanto se ponga.

Como la secretaria no recordaba de memoria aquel número, cogió otro teléfono para hablar con el Departamento de Cifra.

Se puso un contramaestre de la Armada, que tenía el número anotado en un bloc y se lo leyó. Al instante, le pasó el bloc a la marine que se sentaba a su lado, que cogió su bolso, sacó cuatro monedas de veinticinco centavos y se los dio al sonriente oficial. Era un divertido pasatiempo cruzar apuestas sobre quién llamaría a quién.

-Señor presidente, tengo al habla al señor Winston -se oyó a través del intercomunicador.

-¿George?

-Sí, señor.

-¿Cuánto puede tardar en llegar aquí?

-Jack... señor presidente, es que trato de poner al día mi trabajo y...

-¿Cuánto tardará? -insistió Ryan en tono más firme. Winston tuvo que reflexionar unos momentos. La tripulación de su Gulfstream no contaba con tener que hacer ningún vuelo aquel día. Ir al aeropuerto de Newark...

-Podría coger el próximo tren.

-Infórmeme de cuál va a coger en cuanto lo sepa. Irán a recibirlo a la estación.

-De acuerdo, pero debe saber usted que yo no puedo...

-¡Ya lo creo que puede! Hasta dentro de... unas horas -se despidió Ryan, que colgó al momento y miró a Andrea Price-. Mande a un agente a la estación, Andrea.

-Sí, señor presidente.

Ryan se dijo que era agradable dar órdenes y que se cumpliesen. No debía de ser nada difícil acostumbrarse.

-¡No me gustan las armas! -exclamó ella en voz tan alta que los sobresaltó a todos.

Pero los niños en seguida volvieron a concentrarse en sus cuadernos y sus lápices. Había por allí más personas mayores de lo habitual. Tres de ellas llevaban lo que semejaba el auricular de un walkman. Se giraron las tres y vieron la cara de «preocupación» (era la palabra que todo el mundo utilizaba en tales casos) de una madre.

-¿Qué ocurre? -le dijo Don Russell mostrándole su placa del Servicio Secreto.

-¿También han de estar aquí?

-Sí, señora. Es nuestra obligación -contestó el jefe de la subescolta-. ¿Puede darme su nombre, por favor?

-¿Por qué? -preguntó Sheila Walker.

-Bueno... pues porque es bueno saber con quién habla uno, ¿no cree? -contestó Russell en tono desenfadado. También era bueno indagar un poquito acerca de personas así.

-Es la señora Walker -se adelantó a decir Marlene Daggett, propietaria y directora de la guardería Giant Steps.

-Ah... ¿ese niño de allí es su hijo Justin, verdad? -preguntó Russell sonriente.

Justin tenía cuatro años. En aquellos momentos construía una torre con los bloques de madera de un rompecabezas. En cuanto la terminase la derribaría, para general regocijo del aula.

-Es que no me gustan las armas, y menos aún que estén cerca de los niños.

-Verá, señora Walker, por lo pronto, somos policías. Sabemos llevar armas sin riesgo. En segundo lugar, el reglamento nos obliga a ir armados en todo momento. En tercer lugar, me gustaría que lo viese de este modo: su hijo no estará nunca tan seguro como lo está aquí con nosotros. Nunca habrá de preocuparse por la posibilidad de que pueda irrumpir alguien en el patio y secuestre a un niño, por ejemplo.

-¿Y por qué tiene ella que estar aquí?

-Verá, señora Walker -contestó Russell sin perder la sonrisa-, Katie, esa niña de ahí, no ha sido nombrada presidenta. La presidencia la ocupa su padre. ¿No cree que tiene derecho a hacer una vida tan normal como Justin?

-Pero es que es peligroso y...

-No lo es, mientras nosotros estemos aquí -le aseguró él.

-¡Justin! -llamó la señora Walker.

Al ver que su madre cogía su chaqueta, el pequeño tocó la torre con la yema del índice de la mano derecha, aguardando a que el edificio, que tenía ya más de un metro de altura, se desplomase como un árbol a merced del hacha del leñador.

-Arquitecto en ciernes -oyó Russell a través de su auricular-. Anotaré la matrícula de su coche.

Russell asintió con la cabeza mientras miraba a la agente que estaba en la puerta. Veinte minutos después tendrían un nuevo expediente que analizar. Pudiera ser que sólo dijese que la señora Walker era una pelmaza de la New Age. Pero si tenía una historia clínica de problemas mentales o antecedentes penales, habría que tenerla en cuenta.

ARENA era una niña normal, rodeada de niños y niñas normales, que en aquellos momentos garabateaba en una hoja de papel en blanco con cara de intensa concentración. Había tenido un día normal, había almorzado normalmente y había hecho una siesta normal. No obstante, pronto tendría que hacer un anormal desplazamiento hacia un hogar donde la normalidad brillaba por su ausencia.

Katie no había reparado en la discusión que Don Russell acababa de tener con la madre de Justin. Bueno... los niños eran lo bastante listos como para saber ser lo que eran, algo que no se podía decir de todos los padres.

La señora Walker fue con su hijo al coche familiar, un Volvo Wagon -nada sorprendente-, lo sentó en la sillita de la parte trasera y le ajustó el cinturón de seguridad.

El agente memorizó la matrícula para transmitirla al banco de datos. Estaba convencido de que no iba a obtener ninguna información relevante, pero sabía que la petición de información seguiría su curso, porque siempre cabía la remota posibilidad de que...

No había más que echar mano de la memoria para redoblar la prudencia. Allí estaba, en la guardería Giant Steps, la misma a la que asistió SOMBRA, justo al pie de la autopista «Ritchie», cerca de Annapolis. Los terroristas utilizaron el drugstore del otro lado de la autopista para tener vigilado el edificio. Luego, siguieron a la Doctora, que iba en su viejo Porsche, utilizando una furgoneta. Después, en el puente de la carretera nacional 50, se montaron una

Librodot

emboscadita y mataron a un número de la policía estatal al huir.

Por entonces, la doctora Ryan estaba encinta del pequeño Jack. Katie se hallaba aún en regiones muy alejadas de un futuro ni siquiera en sueños entrevisto.

Todo esto afectó mucho a la agente especial Marcella Hilton que, tras dos divorcios y sin hijos propios, se emocionaba al trabajar con niños, pese a su gran profesionalidad. Lo atribuía a una cuestión hormonal o al instinto maternal. A lo mejor era más fácil y quizá todo se redujese a que le gustaban los niños y a que le hubiese encantado tener uno propio. Fuera como fuese, la sola idea de que hubiese personas capaces de causarles daño a los niños le helaba la sangre.

Aquel lugar era demasiado vulnerable. Había en este mundo mucha gentuza a la que le importaba un pimiento hacerles daño a los niños. Y aquel drugstore seguía allí enfrente.

La escolta de ARENA la formaban ahora seis agentes, aunque dentro de un par de semanas se reduciría a sólo tres o cuatro. El Servicio Secreto no era el todopoderoso cuerpo que muchos imaginaban. Era muy fuerte y eficaz cuando de investigar se trataba, eso desde luego; el único de los organismos policiales de la nación que podía llamar a la puerta de cualquiera, entrar y tener una «amigable» conversación con quienquiera que pudiese representar una amenaza (deducción basada en elementos de prueba que no forzosamente habían de ser válidos ante un tribunal). El propósito de tales conversaciones era hacer que la persona en cuestión tomase buena nota de que se la vigilaba y, aunque esto no fuese del todo cierto (el Servicio Secreto sólo disponía de 1200 agentes en el conjunto de la nación), el solo temor de que lo fuese bastaba para amedrentar a cualquiera que hubiese cometido una indiscreción cerca de oídos indiscretos.

Pero esas personas no constituían una verdadera amenaza. Si los agentes hacían bien su trabajo, la amenaza no era mortal. Tales personas solían cantar de plano, y los agentes sabían qué medidas adoptar.

La verdadera amenaza procedía de quienes no engrosaban las listas de «presuntos sospechosos» de la división de inteligencia del Servicio Secreto. Cabía la posibilidad de disuadirlos mediante espectaculares demostraciones de fuerza. Pero tales demostraciones eran caras, agobiantes, aparatosas e impopulares, además... no olvidaba el atentado que se produjo meses después de que la gestante Cathy Ryan y su hija Sally se librasen de morir de puro milagro.

«Toda una brigada», pensó Marcella. Fue-un caso de antología que pasó a ser materia de estudio en la Academia del Servicio Secreto en Beltsville. La casa de los Ryan fue utilizada para una reconstrucción filmada del hecho. Chuck Avery (un buen inspector del Servicio Secreto, con mucha experiencia) y toda su brigada fueron eliminados. Ella era todavía una novata y vio el análisis filmado de en qué consistió el error. Se estremeció al pensar con qué facilidad pudo cometer aquella brigada un pequeño error, lo que unido a la desgracia y a la inoportunidad...

-Imagino lo que piensa.

Marcella se dio la vuelta y lo vio. Don había salido a tomar un poco el aire con un vaso de café. El otro agente se quedó a vigilar en el interior.

-¿Conocía a Avery?

-Iba dos cursos por delante de mí en la academia. Era inteligente, prudente y un tirador fantástico. Abatió a uno de los terroristas en el atentado, en la oscuridad y a más de treinta metros de distancia. Dos balazos en el pecho. No se pueden cometer pequeños errores en este trabajo, Marcella.

La agente sintió el impulso de echar mano a la pistola, sólo para asegurarse de que uno iba armado, de que se estaba en condiciones de cumplir con el trabajo.

En aquel caso, era difícil no pensar en lo maravillosa que podía ser la infancia. Y que, aunque lo acribillasen, el último acto consciente en este planeta sería meterle un cargador por el culo al agresor.

-Es una niña preciosa, Don.

-Pocas veces he visto una fea -convino Russell.

En momentos como aquél parecía obligado decir: «No se preocupe. Cuidaremos muy bien de ella.» Pero no lo dijeron ni lo pensaron. En lugar de ello, miraron en derredor, hacia los árboles y hacia el drugstore del otro lado de la autopista «Ritchie», preguntándose qué podía haberles pasado por alto, y cuánto más podían gastar en instalar cámaras de vídeo para la vigilancia.

George Winston estaba acostumbrado a que fuesen a recibirlo. Ése era el mayor de los privilegios de todo alto cargo. Bajaba uno del avión (porque él casi siempre viajaba en avión) y había alguien para recibirlo y acompañarlo al coche. El chofer conocía siempre el camino más corto. Se ahorraban el engorro de alquilarle un coche a la Hertz, de interpretar los pequeños e inútiles mapas de carreteras y, sobre todo, el inconveniente de perderse. Salía muy caro, pero merecía la pena. El tiempo era el producto más preciado. Se nacía con un tiempo limitado, y nadie garantizaba cuánto le correspondía a uno.

El Metroliner se detuvo en la vía 6 de la estación Union. Había leído un poco, e incluso dio una buena cabezada entre Trenton y Baltimore. Era una lástima que los ferrocarriles no ganasen dinero con el transporte de pasajeros. Claro que no había que comprar aire para volar, mientras que para el tendido de las vías del ferrocarril había que comprar muchos metros cuadrados que costaban un ojo de la cara.

Cogió el abrigo y el maletín, le dio una buena propina al empleado que atendía a los pasajeros de primera clase y enfiló hacia la puerta.

-¿El señor Winston? -le preguntó un agente del Servicio Secreto.

-En efecto.

El agente le mostró una carterita de piel, en cuyo interior se veía el carnet del Servicio Secreto. Winston reparó en que con él iba un compañero, que se había quedado a unos pasos de distancia con el abrigo desabrochado.

-Sígame, por favor, señor.

Fueron los tres por el andén, a engrosar las filas de quienes tenían que asistir a una reunión importante.

Había muchos dossiers como aquél, tan voluminosos que tenían que resumir los datos para no desbordar la capacidad de los ficheros. El papel conservaba el protagonismo de los archivos, porque era difícil conseguir un ordenador que funcionase bien en su lengua. Pero la consulta en archivos convencionales no era tan lenta ni complicada como pudiera parecer.

La cobertura de los propios medios de comunicación les permitiría confirmar o modificar los datos que tenían. Además, podrían hacer otras comprobaciones de una manera muy sencilla, con sólo darse un par de paseos en coche por unos cuantos lugares o vigilar determinadas calles. Aquello ofrecía escaso peligro. No obstante, por más precavido y eficiente que fuese el Servicio Secreto norteamericano, no era omnipotente. El tal Ryan tenía familia, una esposa que trabajaba, unos hijos que iban al colegio. Encima, el presidente tenía compromisos que cumplir. En su residencia oficial estaba seguro -relativamente seguro, se corrigió, ya que no había lugar alguno en el que la seguridad no tuviese sus puntos flacos-. Pero la seguridad no los seguía a todas partes, ¿verdad que no?

Básicamente, todo se reducía a financiación y planificación. Le hacía falta un patrocinador.

-¿Cuántos necesita? -dijo el vendedor.

-¿Cuántos tiene? -preguntó, a su vez, el comprador potencial.

-Con seguridad, podría conseguir ochenta. Acaso cien -repuso el vendedor pensando en voz alta tras beber un trago de cerveza.

-¿Cuándo?

-¿Qué tal dentro de una semana? -contestó el vendedor-.

¿Investigación biológica?

Estaban en Nairobi, la capital de Kenya y uno de los centros más importantes para aque-

lla clase de tráfico.

-Sí. Los científicos de mi cliente trabajan en un interesante proyecto.

-¿De qué clase de proyecto se trata? -preguntó el vendedor.

-No estoy autorizado a comentarlo.

Ésa fue la previsible respuesta. Tampoco revelaría quién era su cliente. El vendedor no insistió, ya que no parecía importarle demasiado. Se trataba de una curiosidad puramente humana, no profesional.

-Si sus servicios son satisfactorios -añadió el comprador-, quizá volvamos a por más.

Era el señuelo de costumbre. El vendedor asintió con la cabeza y empezó el regateo.

-Debe comprender que implica muchos gastos. Tengo que contratar un grupo, localizar una colonia del animal que ustedes desean, contar con los problemas de la captura, el transporte, los permisos de exportación y las consabidas dificultades burocráticas.

Con «dificultades burocráticas» aludía a los sobornos. El tráfico de monos verdes africanos, que los científicos llamaban Cercopithecus aethiops, había aumentado en los últimos años. Muchos laboratorios los utilizaban para experimentación. Esto era un mal asunto para los monos, pero había muchos. El mono verde africano no corría peligro de extinción, y aunque así fuera, al vendedor no le preocupaba especialmente. Los animales eran una fuente de riqueza para su país, igual que el petróleo para los árabes, y se comercializaban para obtener divisas fuertes. El vendedor no se detenía en cuestiones sentimentales. Además, mordían y escupían. Eran un incordio, por más «monos» que les pareciesen a los turistas del parque Treetops. Por si fuera poco, devoraban las cosechas de pequeños agricultores del país, razón por la cual se atraían la general ojeriza, pese a lo que dijeran los empleados del parque.

-Estos problemas no son, en rigor, cosa nuestra. La rapidez sí lo es. Estamos dispuestos a recompensarlo generosamente a cambio de un buen servicio.

-Bien -dijo el vendedor que, tras apurar su cerveza, llamó al camarero y pidió otra.

El vendedor dijo entonces cuál era su precio, que incluía el de su jefe, el pago a los captores, a los aduaneros, a uno o dos policías y a algún funcionario de medio pelo del gobierno, además de su propio beneficio neto. Para la economía local, el precio era tan ajustado como justo, pensó (algo que no todo el mundo hacía).

-De acuerdo -dijo el comprador tomando un sorbo de su refresco.

Resultaba casi decepcionante. Al vendedor le gustaba el regateo, que era algo consustancial al comercio africano. Apenas le había dejado perorar sobre lo dificultoso y comprometido que era su comercio.

-Ha sido un placer tratar con usted, señor. ¿Me llama dentro de... cinco días? -concluyó el vendedor.

-De acuerdo -asintió el comprador, que apuró el refresco y se despidió.

Diez minutos después, el comprador llamó a la embajada por tercera vez en aquel día, con idéntico propósito. Aunque él lo ignorase, se habían hecho otras llamadas similares en Uganda, Zaire, Tanzania y Malí.

Jack recordaba su primera visita al despacho Oval, la manera de pasar, casi de puntillas, por la secretaría y llegar hasta la puerta labrada que se abría en una pared curva, igual que en un palacio del siglo XVI, como en realidad era la Casa Blanca, aunque fuese un palacio modesto para la época.

En lo primero que se fijaba uno era en las ventanas, sobre todo en un día soleado. El grosor de los cristales hacía que pareciesen verdes, casi como las paredes de un acuario diseñado para un pez muy especial. Luego, se percataba uno de la mesa, que era grande y de madera.

Siempre intimidaba, tanto más si el presidente aguardaba al visitante allí de pie. Todo eso era bueno, pensó el presidente. Le facilitaba el trabajo.

-George -lo saludó Ryan tendiéndole la mano.

-Señor presidente -dijo Winston en tono amable.

Hizo caso omiso de los dos agentes del Servicio Secreto que estaban detrás de él, pres-

tos a sujetarlo si hacía algo impropio. No hacía falta oírlos. Todo visitante notaba sus miradas en la nuca como si de rayos láser se tratasen.

Winston estrechó la mano de Ryan y esbozó una sonrisa. No lo conocía a fondo, pero colaboraron en buena armonía durante el conflicto con Japón. Anteriormente, coincidieron en algunos actos oficiales menores. Conocía la labor de Ryan en su campo, discreta pero eficaz. El tiempo pasado en el servicio de inteligencia no fue del todo tiempo perdido.

-Tome asiento -le indicó Jack señalando a uno de los sofás y tranquilícese. ¿Qué tal el viaje?

-Normal.

Un camarero de la Armada apareció como por ensalmo y les sirvió dos tazas de café. Éste le pareció excelente, y el servicio de porcelana, primoroso, con filete dorado.

-Lo necesito -dijo Ryan.

-Verá, señor, esto perjudica mucho a mi... -... a su país.

-Nunca he ambicionado un cargo en el gobierno, Jack -le recordó atropelladamente Winston.

-¿Y por qué cree que quiero ofrecérselo? -dijo Ryan sin ni siquiera tocar la taza de café-. Yo he estado aquí y he hecho este trabajo, George. ¿Entendido? Más de una vez. He de formar un equipo de gobierno. Voy a pronunciar un discurso esta noche, y quizá le guste lo que voy a decir. En primer lugar, necesito alguien para la cartera de Hacienda. De momento, Defensa no precisa cambios. Asuntos Exteriores está en buenas manos con Adler. Hacienda es lo primero que tengo en mi lista de prioridades. Necesito alguien de primer orden. Y ése es usted. ¿Está usted... «limpio»? -añadió Ryan sin la menor concesión a la diplomacia.

-¿Que si estoy...? ¡Por supuesto que sí! El dinero que he ganado lo he ganado honradamente. Todo el mundo lo sabe -contestó Winston, tan crispado como Ryan esperaba.

-Bien. Necesito a alguien que tenga confianza en la comunidad financiera; alguien que sepa de verdad cómo funciona el sistema. Usted lo conoce. Necesito a alguien que sepa lo que hay que corregir y lo que debe seguir como está. Usted lo sabe. Necesito a alguien que no sea político. Y usted no lo es. Necesito un profesional ecuánime y, sobre todo, George, necesito a alguien que deteste tanto su trabajo como yo detesto el mío.

-¿Qué quiere decir con eso, señor presidente?

Ryan se recostó en el sillón un momento y cerró los ojos.

-Empecé a trabajar para el gobierno a los treinta y un años -dijo Ryan-. Lo dejé durante un tiempo y me fue muy bien en el mundo de las finanzas. Pero me presionaron para volver y aquí estoy -añadió abriendo los ojos-. Desde que empecé a trabajar para la CIA he tenido que observar cómo funcionan las cosas por dentro, y ¿sabe qué? Nunca me ha gustado. Empecé en Wall Street, no lo olvide, y también entonces me fue bien, ¿lo recuerda? Imaginé que acabaría dedicado a la docencia, una vez hubiese hecho dinero. La historia fue mi primer amor. Me imaginé consagrado a la enseñanza, al estudio y a escribir; a deducir cómo funcionaban las cosas y transmitir mis conocimientos a otros. Casi lo conseguí, y aunque las cosas no me hayan salido exactamente como deseaba, he estudiado y he aprendido mucho. De manera, George, que voy a formar un equipo.

-¿Para hacer qué?

-Por lo pronto, para encargarle a usted que me limpie Hacienda. Podrá impulsar una política monetaria y fiscal.

-¿En serio?

-Totalmente.

-¿Sin condicionamientos políticos? -dijo Winston, que se sintió obligado a preguntarlo.

-Mire, George, no sé actuar como un político, ni tengo tiempo de aprender. Nunca me ha gustado el juego, ni tampoco casi ninguno de los que lo juegan. Sólo he tratado de servir a mi país lo mejor que he podido. A veces ha funcionado y otras no. No he tenido elección. Recordará usted cómo empezó todo. Intentaron matarme a mí y a mi familia. No quería dejarme absorber, pero aprendí que alguien tenía que intentar hacer el trabajo. No pienso hacerlo solo,

Librodot

George. Y no voy a cubrir las vacantes con funcionarios que fichan a su hora y que conocen cómo funciona... «el sistema». ¿Entiende? Quiero aquí personas con ideas, no políticos con agendas.

Winston posó su taza de café en la bandeja. Consiguió no hacer ruido con el platito al dejarla. No acababa de creer que no le temblase la mano. La envergadura de lo que Ryan le proponía superaba, con mucho, la del trabajo que había ido allí dispuesto a rechazar. Tendría que aislarse de sus amigos. Quizá no fuese así exactamente. Pero significaría que no iba a tomar decisiones ejecutivas pensando en qué aportaciones a la campaña pudiese hacer Wall Street al presidente, debido a las gratas medidas que para las sociedades que allí cotizaban adoptase el Ministerio de Hacienda.

Así se había jugado siempre el juego, y aunque él no lo hubiese jugado, había hablado con quienes sí lo jugaban lo bastante para saberlo, con quienes actuaban en el seno del sistema a la vieja usanza, porque... así eran las cosas.

-No... -musitó Winston casi para sí-. ¿Habla usted en serio, verdad?

Como fundador del Grupo Columbus, había asumido una función tan básica que pasaba inadvertida para la mayoría. Directa o indirectamente, millones de personas le confiaban su dinero, lo que le otorgaba la capacidad teórica de ser un ladrón de guante... galáctico. Pero no podía hacer uno eso. En primer lugar, porque era ilegal y corría el riesgo de acabar en alguna de las viviendas protegidas por el Estado, por así decirlo, tan poco agradables como su patio de vecindad. Sin embargo, no era ésa la razón por la que uno no lo hacía, sino por ser depositario de la confianza de quienes creían en su honradez y en su capacidad. Trataba el dinero de los demás como si fuese propio, o pudiera ser que incluso algo mejor, porque quienes confiaban en él no podían permitirse jugarse el dinero como los ricos. De vez en cuando, recibía uno cartas de algunas viudas cuyas palabras no eran sólo amables sino que les salían de dentro. En definitiva, se trataba de honorabilidad. Y como escribió en cierta ocasión un guionista, el honor era un regalo que el hombre se hacía a sí mismo. No era una mala máxima, pensaba Winston. Además, se le podía sacar partido. Si hacía uno bien su trabajo, tenía bastantes probabilidades de verse recompensado por ello. Aunque la verdadera satisfacción era, sencillamente, jugar limpio. El dinero no era más que una consecuencia de algo más importante, porque el dinero era algo transitorio; la honorabilidad, no.

-¿Política fiscal?

-No olvide que primero hemos de recomponer el Congreso -señaló Ryan-. Pero sí.

-Es una labor de mucha envergadura, Ryan -dijo Winston visiblemente abrumado.

-¡A mí me lo va a contar usted! -exclamó el presidente en tono risueño.

-No voy a ganarme muchos amigos.

-El cargo conlleva ser jefe del Servicio Secreto. Los agentes lo protegerán, ¿verdad, Andrea?

Andrea Price no estaba acostumbrada a que la invitaran a intervenir en conversaciones como aquélla, pero, por lo que venía observando, iba a tener que acostumbrarse.

-Por supuesto, señor presidente.

-Hay tal ineficiencia... -comentó Winston.

-Pues póngale remedio -le dijo Ryan.

-Puede correr la sangre...

-En ese caso, cómprese una fregona. Quiero que su ministerio quede limpio como los chorros del oro, que lo dirija como si aspirase a hacerlo rentable algún día. El método a seguir es cosa suya. En cuanto a Defensa, quiero lo mismo. El mayor problema de Defensa es de carácter administrativo. Quiero a alguien que sea capaz de dirigir y de esmerarse para elegir a los mejores, soltando lastre burocrático. Ése es el mayor problema de los organismos de la nación.

-¿Conoce usted a Tony Bretano?

-¿El de la TRW? Era el director de su división de satélites –dijo Ryan, que recordaba su nombre como ex candidato a un alto cargo en el Pentágono que rechazó de plano.

Muchas personas honestas no querían ostentar tales cargos.

Era un estado de cosas con el que tenía que acabar.

-La Lockheed-Martin lo va a contratar dentro de un par de semanas. Por lo menos, eso es lo que tengo entendido -le informó Winston-. Por ese motivo suben las acciones de la Lockheed. Tenemos a un asesor de compra en ello. Ha aumentado los beneficios de la TRW en un cincuenta por ciento en dos años, lo que no está nada mal para un ingeniero que pasa por no tener ni idea de dirección. Juego al golf con él a veces. Tendría que oír cómo detesta tratar con el gobierno.

-Dígale que quiero verlo.

-La junta de la Lockheed le va a dar carta blanca para...

-Ésa es la idea, George.

-¿Y por lo que a mi trabajo se refiere? ¿Qué quiere que haga?

La norma es...

-Lo sé. Será usted ministro en funciones hasta que logremos recomponerlo todo.

-De acuerdo -dijo Winston-. Tendré que traerme a algunos colaboradores.

-No voy a decirle cómo debe proceder. Ni siquiera voy a decirle lo que ha de hacer. Simplemente, quiero que lo haga, George. Sólo necesito que me informe de todo con antelación. No quiero enterarme de nada por los periódicos.

-¿Cuándo he de empezar? -preguntó Winston.

-El despacho está vacío ahora mismo -le contestó Ryan.

Winston tenía que hacer una última salvedad.

-Deberé hablar primero con mi familia.

-Mire, George, estas oficinas del gobierno tienen incluso teléfonos -dijo Ryan-. Sé quién es usted, y conozco su trabajo. Yo podía haber hecho algo parecido, pero nunca me... satisfizo dedicarme sólo a hacer dinero. Levantar empresas desde la nada era distinto. No pongo en duda que administrar dinero es un trabajo importante, pero yo no estaba satisfecho de mí mismo. También es verdad que nunca quise ser médico, por ejemplo. Era cuestión de matices, supongo. Sin embargo, me consta que se ha sentado usted en muchas mesas con pretzels y cervezas de por medio, quejándose de lo mal que va todo. Ahora tiene la oportunidad de ayudar a que mejoren las cosas. No se le volverá a presentar, George. Nadie tendrá nunca la oportunidad de ser ministro de Hacienda sin que medien consideraciones de orden político. Nunca. No puede rechazarlo, porque nunca podría usted perdonárselo si lo hiciese.

Winston no acababa de entender cómo Jack podía haberlo acorralado en un rincón en un despacho ovalado.

-Ya veo que empieza usted a dominar la política, Jack.

-Tiene usted un nuevo jefe, Andrea -le dijo el presidente a la jefa de su escolta.

Por su parte, la agente especial Andrea Price concluyó que Callie Weston podía andar muy equivocada.

La noticia de que el presidente pronunciaría un discurso aquella noche alteró un horario cuidadosamente estudiado. Más preocupante era la coordinación de aquel acontecimiento con otro. La oportunidad del momento lo era todo en política, al igual que en cualquier otro campo. Tendrían que pasar una semana trabajando en ello. No era una cuestión para expertos con mucha práctica. Para aquella actividad concreta nunca contó la práctica. Todo se reducía a conjeturas, con las que habían acertado muy a menudo. De lo contrario, Edward J. Kealty no hubiese llegado tan alto. Pero al igual que los ludópatas, nunca confiaban en la banca ni en los demás jugadores. Cada decisión llevaba un fuerte lastre de reservas mentales.

Incluso se preguntaban sobre lo justo o lo injusto de aquello (no sobre lo acertado o desacertado de una decisión política, de la ponderada valoración de a quién podía satisfacer o a quién molestar la postura que, de improviso, tocase defender aquel día, sino acerca de si la medida que contemplaban era objetivamente correcta -honesta, ¡moral!-, algo realmente insólito para los baqueteados ejecutivos políticos).

Librodot

El hecho de que les mintiesen ayudaba, por supuesto. Sabían que les mintieron. Sabían que él sabía que ellos sabían que él les mintió. Pero eso se daba por sobreentendido. Obrar de otro modo equivalía a transgredir el reglamento del juego. Tenían que respetarlo, siempre y cuando no quebrasen la fe de su jefe. Ignorar ciertas informaciones o, mejor dicho, ciertas informaciones ciertas era parte del pacto.

-De modo que en realidad no llegó usted a dimitir, ¿verdad, Ed? -le preguntó el jefe de su secretaría, que tenía que mentir para exculparse, para poder decirle a todo el mundo cuál era la Verdad Revelada, lo que en conciencia creía a pie juntillas.

-Aún conservo la carta -contestó el ex senador y ex vicepresidente, dándose unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta en el que la guardaba-. Hablé con Brett y convinimos en que la redacción de la carta tenía que ser la que es; que lo que yo redacté no era conveniente. Yo iba a volver al día siguiente con una nueva carta, debidamente fechada, por supuesto, que se habría tratado con discreción, pero... ¿quién podía imaginar que...?

-Pudo usted olvidarse del asunto.

En este paso a dos había que bailar al son que tocaban.

-Ojalá hubiese podido -dijo Kealty, que hizo una pausa espontánea más emparentada con el ardor político que con la eficacia retórica (algo en lo que le convenía mucho practicar)-. Pero Dios mío, tal como está el país... Ryan no es un mal elemento. Lo conozco desde hace años. Pero no tiene ni idea de cómo se dirige un gobierno.

-No hay ninguna ley que regule los conocimientos necesarios, Ed. Ninguna. Ninguna orientación constitucional y, aunque la hubiese, no existe, en estos momentos, el Tribunal Supremo que pueda pronunciarse sobre la cuestión -terció el asesor jurídico de Kealty y su ex coordinador con el Congreso-. Se trata de algo estrictamente político. Olería a chamusquina -se sintió obligado a añadir-. Olería a...

-Ahí está el quid -dijo el jefe de su secretaría-. Hacemos esto por razones que no tienen que ver con la política, para servir a los intereses del país. Ed es consciente de que equivale a cometer un suicidio político.

Cierto. Y seguido de una gloriosa resurrección en la CNN, en vivo y en directo.

Kealty se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la estancia.

-¡Dejemos la política a un lado! -exclamó gesticulante-. ¡El gobierno ha sido aniquilado! ¿Quién va a recomponerlo? Ryan es un agente de la CIA. No sabe nada de medidas de gobierno. Tenemos que nombrar un Tribunal Supremo, decisiones que adoptar. Debemos recomponer el Congreso. El país necesita liderazgo, y él no tiene ni idea de qué hacer. Puede que esté cavando mi propia tumba política, pero alguien ha de salir a la palestra para proteger a nuestro país.

Nadie se echó a reír. Y lo más curioso era que a nadie se le ocurrió hacerlo. Los colaboradores de EJK, que llevaban con él más de veinte años, se ataron tan fuertemente a aquel mástil político que no tenían alternativa. Aquella pequeña comedia era tan necesaria como la participación del coro en Sófocles o la invocación de Homero a la Musa. Había que respetar la poética de la política. Se trataba del país, de las necesidades del país, del deber de Ed Kealty para con una generación y media. Porque sabía cómo funcionaba el sistema, y si todo se desmoronaba, sólo alguien como él podía apuntalarlo. El gobierno era el país. Había consagrado a este principio su vida política.

Todos creían en ello y Kealty estaba tan atado como sus colaboradores al mismo mástil. Ni siquiera él sabía hasta qué punto era su ambición lo que lo impulsaba. Con el tiempo, acababa uno por creer lo que decía profesar. A veces, el país daba la impresión de alejarse de sus creencias. Pero cual evangélico que ha de encarecer a los demás que vuelvan a la Verdadera Fe, Kealty tenía la obligación de hacer que el país volviese a sus raíces filosóficas. Eran unas raíces filosóficas que había defendido en el transcurso de cinco mandatos en el Senado, y durante un tiempo más breve como vicepresidente. En ese tiempo (quince años), lo habían llamado «La Conciencia del Congreso» (por iniciativa de los medios de comunicación), que lo adoraban por sus opiniones, su fe y su filiación política.

Librodot

No habría estado mal consultar con la prensa en aquella encrucijada, tal como solía hacer en el pasado para informar de un proyecto de ley o de una enmienda y para pedir opiniones -los periodistas adoraban que los demás les pidiesen opinión-, o sólo para asegurarse de que asistiesen a las fiestas politicosociales convenientes. Pero en aquel caso no. No podía. Tenía que hacerlo todo del modo más directo. No quería correr el riesgo de que lo acusaran de favorecer al mensajero. Si evitaba caer en esta tentación, le daría una pátina de legitimidad a sus actos. Altas miras. Ésa era la imagen que debía cuidar. Por primera vez en su vida dejaría a un lado el encaje de bolillos político, a la vez que urdía otro con las mangas. Lo único que debía tener en cuenta era la oportunidad del momento. Y en eso sí que los medios de comunicación podían ayudar.

-¿A qué hora? -preguntó Ryan.

-A las ocho y media, hora de Washington -contestó Van Damm-. Hay un par de programas especiales esta noche, a la manera de informes semanales. Nos han pedido acomodarnos a su horario.

Ryan pudo haberse quejado, pero no lo hizo. Aunque no había más que mirarlo para adivinarle el pensamiento.

-Esto significa que gran parte de la población de la costa Oeste tendrá puesta la radio de sus coches -le explicó Arnie-. Conectarán las cinco cadenas, además de la CNN y de la C-SPAN. No tenían por qué hacerlo. Es una deferencia. No tienen ninguna obligación de poner a su disposición las cámaras. Juegan esta carta cuando de discursos políticos se trata...

-¡Por Dios, Arnie! Esto no es político. Es...

-Debe usted acostumbrarse, señor presidente. Cada aparición suya es política. No puede escapar a ello. Incluso la ausencia de contenido político es... política -dijo Arnie, que se afanaba por educar a un nuevo jefe, que sabía escuchar, pero que no siempre parecía oírlo.

-Bien. ¿Está el FBI de acuerdo en que informe de todo esto?

-He hablado con Murray hace veinte minutos. Por él no hay inconveniente. Le he dicho a Callie que lo incorpore ahora mismo al discurso.

Podía tener un despacho mejor. Como redactora-jefa de los discursos presidenciales, podía haber pedido y conseguido un bonito ordenador personal de dorados ribetes sobre una mesa de despacho de mármol de Carrara. Pero utilizaba un viejo Apple Macintosh Classic que tenía más de diez años porque le daba suerte. No le importaba que la pantalla del monitor fuese tan pequeña. Su despacho podía haber sido un retrete o una despensa en otros tiempos, cuando la Oficina de Asuntos Indios se utilizaba, de verdad, para todo lo relativo a los tratados con los indios. La mesa la habían hecho en el taller de una cárcel, y aunque la silla era cómoda, tenía treinta años.

El despacho era de techo alto, lo que le facilitaba el fumar, transgrediendo las leyes y el reglamento de la Casa Blanca, aunque en su caso no la obligaron a cumplirlas. La última vez que alguien trató de imponerle algo, un agente del Servicio Secreto tuvo que quitárselo de las manos para que no le arrancara los ojos. El hecho de que no la despidiesen en el acto fue un claro mensaje para el resto del personal del Antiguo Pabellón de Oficinas de Ejecutivos. Callie Weston era uno de los miembros intocables del personal.

Su despacho no tenía ventanas. Callie no las necesitaba. Para ella, la realidad era su ordenador y las fotografías que tenía en las paredes. Una era de Holmes, un viejo pastor inglés (no en honor a Sherlock sino del polifacético Oliver Wendell, el yanqui de Olympus, cuya prosa admiraba, concesión que hacía a muy pocos). El resto eran fotografías de personalidades políticas, con independencia de que le cayesen bien o mal, a las que estudiaba de continuo. Detrás de la mesa había un pequeño televisor y un vídeo. Casi siempre tenía sintonizados los canales 1 o 2 de la C-SPAN o el de la CNN. El vídeo lo utilizaba casi exclusivamente para pasar cintas de discursos escritos por otras personas, pronunciados en los más diversos lugares. En su opinión, el discurso político era la forma más elevada de comunicación. Shakespea-

re podía disponer de dos o tres horas para transmitir su idea a través de una de sus obras. Hollywood disponía de más o menos el mismo tiempo para hacer algo equivalente. Ella no. Ella disponía de quince minutos como mínimo y de cuarenta y cinco como máximo. Tenía que influir en el ciudadano, en las encuestas y en el más cínico de los periodistas. Tenía que estudiar a su intérprete, como estudiaba ahora a Ryan. Pasó varias veces el. vídeo del brevísimo discurso que pronunció Ryan la noche de su ascensión. Luego, los flashes informativos que emitió la televisión por la mañana. Estudiaba su mirada y sus gestos, su tensión, su intensidad, su postura y su lenguaje corporal. Le gustaba lo que veía, en sentido abstracto. Ryan era un hombre en quien habría confiado como asesor financiero, por ejemplo. Pero tenía mucho que aprender como político. Alguien tenía que enseñarle, aunque... quizá no. Acaso, precisamente por no ser político...

Jugar a cara y cruz sería divertido. Por primera vez, su labor tendría más de diversión que de trabajo.

Nadie quería reconocerlo, pero ella era una de las personas más receptivas de las que trabajaban allí. Fowler lo sabía. Y también Durling. Y ésa era la razón de que transigieran con sus excentricidades. Los altos cargos políticos la detestaban. La trataban como a una funcionaria útil pero de segunda fila. Los sacaba de quicio que no tuviese más que cruzar la calle y subir al despacho Oval, porque era una de las pocas personas que gozaba de la plena confianza del presidente. Esto había terminado por alentar la idea de que el presidente tenía razones especiales para mantenerla en su puesto. Al fin y al cabo, la gente de su tierra tenía fama de ser un poco ligera por lo que se refería al...

Callie se preguntaba si habría logrado acallar tales chismorreos últimamente. El agente que logró quitarle de las manos al funcionario a quien quiso arrancarle los ojos no fue lo bastante rápido para frenar su rodilla. El incidente ni siquiera saltó a la prensa. Arnie le explicó al funcionario que un regreso al Centro de Poder se vería lastrado por la acusación de comportamiento sexual impropio... con lo que pasaría a engrosar la lista negra de todas maneras.

A Callie le caía bien Arnie. También le gustaba el discurso. Había tardado cuatro horas, en lugar de las tres que había prometido (mucho trabajo para un discurso que sólo duraría doce minutos y medio. Callie Weston tendía a quedarse siempre un poco corta, porque casi todos los presidentes hablaban con lentitud).

Pulsó «Control-P» para imprimir el discurso en tipo de letra Helvética del cuerpo 14 (tres copias). Algún que otro político repelente lo repasaría e intentaría introducir correcciones, aunque esto no constituía ahora un problema tan serio como antes. Al detenerse la impresora, ordenó las páginas, las unió y cogió el teléfono. El botón de la memoria que seleccionaba el número hizo que sonase el teléfono en la mesa adecuada del otro lado de la calle.

-Weston para ver al jefe -le dijo al secretario encargado de las entrevistas.

-Puede venir usted ahora mismo.

De modo que todo seguía en orden. Como debía ser.

Moudi comprendió que Dios no había escuchado las oraciones de la hermana. La verdad era que todo estaba en su contra. Mezclar su fe islámica con el saber científico, era tan problemático para aquel médico como para sus colegas, cristianos e infieles (había que tener en cuenta que el Congo estuvo a merced del cristianismo durante más de un siglo). Pero como las antiguas creencias animistas sobrevivían, a Moudi le resultaba más fácil despreciarlas. Era la eterna cuestión: si Dios era un dios misericordioso, ¿por qué permitía la injusticia? Era una interesante cuestión para hablarla con su imán. No obstante, de momento bastaba constatar que tales cosas les ocurrían incluso a los justos.

Las llamaban petequias, nombre científico de las manchas producidas por hemorragias subcutáneas que destacaban en su pálida tez de europea del norte. Menos mal que aquellas monjas no utilizaban espejos, considerados frívolos en su universo religioso (otra de las cosas que hacía que Moudi las admirase, aunque no acabara de entender esa particular fijación). Era mejor que la hermana no viese las manchas rojas de su cara. Aparte de que eran manchas que

Librodot

la afeaban mucho, eran heraldos de la muerte.

La hermana Jean Baptiste había rebasado en dos décimas los 40 °C de fiebre, una temperatura inferior a la que habría tenido de no ser por el hielo que le aplicaban en la nuca y en las axilas. Tenía la mirada apagada y el cuerpo hundido, como aquejado de extenuación. Eran síntomas comunes a muchas dolencias, pero las petequias delataban que sufría hemorragias internas. El Ébola era una fiebre hemorrágica, perteneciente a un grupo de enfermedades que destruían los tejidos de los órganos. Esto hacía que la sangre fluyese erráticamente por todas las regiones del organismo, lo que conducía al paro cardíaco por insuficiente volumen sanguíneo. Ése era el mecanismo causante de la muerte. Pero la comunidad médica ignoraba cómo se desencadenaba tal mecanismo. Ya era imparable. Aproximadamente el 20% de quienes contraían la enfermedad sobrevivían. Por causas que se ignoraban, sus sistemas inmunológicos lograban movilizarse y derrotar al vírico invasor. También se ignoraba cómo se producía ese fenómeno, aunque el hecho de que en aquel caso no se produjese se debía a una razón explicable.

Moudi le cogió la muñeca para tomarle el pulso. Incluso a través del látex de los guantes notaba que su piel ardía; estaba reseca y... fláccida. Ya empezaba lo que la medicina denominaba necrosis sistémica. El cuerpo ya había empezado a morir. Primero, el hígado, probablemente. El Ébola tenía una especial querencia hacia este órgano. Incluso quienes sobrevivían tenían graves dolencias hepáticas. Pero no vivía uno lo bastante para morir por esta causa, porque todos los órganos estaban afectados, algunos más rápidamente que otros.

El dolor era espantoso. Moudi prescribió que le aumentasen la dosis de morfina. Por lo menos, podrían mitigar su dolor (era bueno para la paciente y una medida de seguridad para el personal). Si el paciente sufría en exceso, se agitaba mucho, y era peligroso para quienes estaban alrededor de una enferma que vomitaba sangre y padecía hemorragias internas. Hasta tal punto era así que le inmovilizaron el brazo izquierdo a la hermana para proteger la aguja del gotero. Incluso con esta precaución, la aguja hipodérmica temblaba, y ponerle otra hubiese sido tan difícil como peligroso, de tan degradado como estaba el tejido arterial.

La hermana María Magdalena atendía a su amiga con la cara protegida por la mascarilla, que sólo dejaba al descubierto sus entristecidos ojos. Moudi y la hermana María Magdalena se miraron. A la hermana la sorprendió ver condolencia en sus ojos, porque Moudi tenía fama de ser un hombre muy frío.

-Rece con ella, hermana. Ahora he de hacer unas cosas.

Y de prisa.

Moudi salió de la habitación, se quitó el vestuario quirúrgico y lo depositó en un cubo hermético. Todas las jeringuillas que se utilizaban en aquel pabellón se desechaban en contenedores especiales para garantizar su destrucción (la negligencia africana, respecto de estas precauciones, fue la causa del primer brote importante de Ébola en 1976). Al virus lo llamaron Ébola Mayingá, porque ése era el nombre de la enfermera que lo contrajo, probablemente por negligencia. Desde entonces, tenían más cuidado. Pero África seguía siendo África.

Al llegar a su despacho, Moudi hizo otra llamada. A partir de entonces se sucederían los acontecimientos. No sabía con exactitud en qué consistirían, pero contribuiría de manera decisiva a ellos con sólo perder deliberadamente el tiempo. No tenía más que rodearse de sus libros de consulta e iniciar una búsqueda que sabía inútil.

-Voy a salvarlo.

Esta afirmación hizo que Jack se echase a reír y que Andrea Price pusiese cara de perplejidad. Arnie se limitó a mirarla. El jefe de Estado Mayor reparó en que Callie Weston no había vestido al personaje. Esto le haría ganar puntos ante los agentes del Servicio Secreto, que llamaban «relamidos» a los atildados altos cargos, educado recurso para no llamarlos algo peor. Incluso las secretarias gastaban más en ropa que Callie Weston. Arnie se limitó al alzar la mano.

-Aquí lo tiene.

Librodot

El presidente Ryan agradeció en silencio que hubiesen hecho imprimir el discurso en un tipo de letra tan grande. Así no tendría que ponerse las gafas, ni ponerse en evidencia pidiéndole a alguien que lo imprimiese en un tipo más grande. Aunque estaba acostumbrado a leer muy rápido, aquel texto lo leyó despacio.

-¿Un cambio? -exclamó al cabo de un momento.

-¿A qué se refiere? -preguntó Weston algo escamada.

-Tenemos un nuevo ministro de Hacienda. George Winston.

-¿El multimillonario?

-Bueno... Podía haber elegido a cualquier mendigo de los que duermen en el parque -contestó Ryan-. Sin embargo, he pensado que alguien familiarizado con los mercados financieros podía venir bien.

-No los llamamos mendigos, Jack. Los denominamos «gente sin techo» -terció Arnie.

-También podía haber elegido a un prestigioso catedrático de universidad, pero Buzz Fiedler es el único en el que confío plenamente -dijo Ryan muy serio, quizá porque hasta entonces no cayó en la cuenta de que pudo haber nombrado a Fiedler, un hombre que tenía la infrecuente virtud de saber lo que ignoraba-. Me gusta, señora Weston.

-Callie... -dijo Van Damm al llegar a la tercera página del discurso.

-Mire, joven Arnie, no se puede escribir para todos igual -lo atajó ella.

Callie Weston estaba convencida de que le habría bastado coger un avión en el John Foster Dulles destino a Los Ángeles, alquilar un coche y presentarse en la Paramount para, en menos de seis meses, tener una casa en Hollywood Hills, un Porsche con plaza de parking reservada en Melrose Boulevard y el dorado ordenador. Pero no. El mundo podría ser un gran teatro, pero el intérprete para quien escribía era el más grande y el más inteligente. Aunque la opinión pública no supiese quién era ella, sabía que sus palabras cambiaban el mundo.

-Y bien, ¿qué soy yo exactamente? -preguntó el presidente alzando la vista.

-Es usted distinto. Ya se lo dije -contestó Callie Weston.

12

ESTRENO

Pocas cosas había en la vida más previsibles, se dijo Ryan.

Cenó un poco para que los retortijones no lo mortificasen demasiado, y casi ignoró a su familia, mientras leía y releía su discurso. Hizo algunas correcciones a lápiz, casi todas referidas a cuestiones lingüísticas menores, que Callie Weston incorporó al texto definitivo sin poner objeciones.

Luego, transmitieron electrónicamente el discurso a la Secretaría de la Presidencia, contigua al despacho Oval, porque Callie era redactora, no mecanógrafa, y las secretarias mecanografiaban con una velocidad y una pulcritud que asombraban a Ryan.

Cuando hubieron mecanografiado el texto definitivo, hicieron una copia en papel para el presidente e introdujeron otra en el teleprompter electrónico. Callie Weston estaba allí para asegurarse de que ambos textos fuesen idénticos. Como no hubiese sido la primera vez que alguien introducía un cambio de última hora, Weston protegía su trabajo como una leona protege a sus cachorros.

Sin embargo, lo más previsible y horroroso vino de parte de Van Damm.

-Jack, éste es el más importante discurso de su vida. De modo que tranquilícese, y adelante.

-¡Albricias, Arnie! ¡Muchas gracias!

El jefe de Estado Mayor era como un entrenador que, pese a ser un experto, no había sido jugador ni sabía lo que era enfrentarse a las cámaras.

Ya habían instalado la cámara principal y la de apoyo, que casi nunca se utilizaba. Am-

Librodot

bas estaban dotadas de teleprompter electrónico. También habían instalado los deslumbrantes focos. Durante el discurso se vería la silueta del presidente a través de las ventanas, igual que la de un ciervo a contraluz en lo alto de un risco. Esto era siempre preocupante para el Servicio Secreto, pese a que la resistencia de los cristales les permitía detener una ráfaga de ametralladora del calibre 50.

Los miembros de la escolta registraban a los periodistas y a los técnicos de televisión, por más que los conociesen, e inspeccionaban el material que portaban.

Los telediarios de la tarde lo anunciaron antes de pasar a otras noticias. Pura rutina, salvo para el presidente, aterrado ante lo que para él era una novedad.

Esperaba la llamada telefónica, pero no a aquella hora. Sólo unas cuantas personas tenían el número de su móvil. Era peligroso utilizar un teléfono convencional. El Mossad seguía en su empeño de hacer desaparecer al adversario. La recién sellada paz en Oriente Medio no había cambiado las cosas en este sentido. Y lo cierto era que el Servicio Secreto israelí tenía sobradas razones para detestarlo. Sus agentes hicieron un alarde de ingenio para liquidar a uno de sus colegas a través de su teléfono móvil. Primero, inutilizándolo mediante una señal electrónica y, luego, disponiendo lo necesario para que se hiciese con otro de recambio... que contenía diez gramos de un explosivo de alta potencia. Contaban que el último mensaje que recibió fue del director del Mossad: «Hola. Soy Avi ben Jacob. Escuche atentamente, amigo mío», momento en el cual el judío pulsó la tecla «*». Una hábil estratagema, pero que sólo se podía utilizar una vez.

La aguda tonalidad le hizo abrir los ojos y maldecir. Llevaba sólo una hora acostado.

-Sí.

-Llame a Yousif.

Eso fue todo lo que le dijeron antes de que la comunicación se interrumpiese. Como adicional medida de seguridad, la llamada llegó a través de varios enlaces. Además, el mensaje era demasiado corto para que los genios de la inteligencia electrónica que trabajaban para sus numerosos enemigos tuviesen opción a utilizar sus habilidades. La última medida de seguridad era aún más ingeniosa: marcó de inmediato otro número y repitió el mensaje que acababa de recibir. Un enemigo inteligente que captase el mensaje a través de frecuencias celulares, probablemente deduciría que se trataba de otro eslabón en la cadena de enlaces. Aunque en la era de la electrónica el juego de la seguridad obligaba a una lucha diaria por estar al día, una inesperada innovación podía costarle la vida a uno.

Se levantó de mal talante, se vistió y salió. Lo esperaba su coche. Uno de los eslabones de la cadena de enlaces para la transmisión del mensaje fue su propio chofer. Junto a dos guardaespaldas, fueron a un lugar seguro. Israel podía estar en paz, y pudiera ser que incluso la OLP se hubiese convertido en parte de un régimen democráticamente elegido -¿se habría vuelto loco el mundo?-, pero Beirut seguía siendo un nido de espías y de terroristas.

En seguida vieron la señal convenida (una determinada figura geométrica formada por una serie de ventanas, unas iluminadas y otras no), que le indicaba que podía bajar sin peligro del coche y entrar en la casa, o por lo menos, así tendría ocasión de comprobarlo dentro de unos treinta segundos. Estaba demasiado adormentado para preocuparse. El miedo acababa por hartarle a uno, después de convivir con él toda una vida.

Le ofrecieron la consabida taza de café, muy fuerte y azucarado, sobre una corriente mesa de madera. Se intercambiaron saludos, tomaron asiento y empezó la conversación.

-Es tarde.

-Mi vuelo se retrasó -explicó su anfitrión-. Necesitamos sus servicios.

-¿Para qué?

-Podríamos llamarlo diplomacia.

A esta sorprendente respuesta siguió una cumplida explicación.

-Diez minutos -oyó el presidente.

Más maquillaje. Eran las 20.20 y Ryan estaba en su puesto. Mary Abbot le dio los últimos toques a su peinado, lo que aumentaba la sensación de que Ryan era un actor, en lugar de... ¿un político? No, no lo era. Jack se negaba a aceptar la etiqueta, al margen de lo que Arnie o los demás pudiesen decir.

Como la puerta de la Secretaría de la Presidencia estaba abierta, veía a Callie Weston que, de pie junto a una mesa, le sonreía para disimular su nerviosismo. Porque, como siempre, Callie creía haber escrito una obra maestra, y temblaba al pensar que iba a interpretarla un novato.

La señora Abbot interpuso su cuerpo entre Ryan y el haz de uno de los focos para ver, desde una perspectiva más parecida a la de los telespectadores, cómo «había quedado» el presidente. A juzgar por su expresión, la señora Abbot estaba satisfecha.

Ryan procuraba no rebullirse en el sillón, seguro de que no tardaría en empezar a sudar de nuevo a causa del maquillaje, que le escocería como un demonio. Pero no podría rascarse, porque a los presidentes no les picaba nada y, por lo tanto, no se rascaban. Pudiera ser que más de un telespectador creyese que los presidentes no utilizaban el lavabo, ni tenían que afeitarse, ni atarse los zapatos.

-Cinco minutos, señor. Pruebe el micro.

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

-Gracias, señor presidente -dijo el director de informativos desde la estancia contigua.

Ryan siempre sintió curiosidad por los entresijos de las declaraciones oficiales de los presidentes (una tradición que se remontaba, por lo menos, a Franklin Delano Roosevelt, con sus «conversaciones junto al fuego», de las que oyó hablar por primera vez a su madre). Los presidentes siempre daban la impresión de tranquilidad. No acababa de entender cómo se las componían, porque él no estaba ni mucho menos tranquilo. Ser consciente de ello no hacía sino acrecentar su tensión.

Ya debían de haber conectado las cámaras para que los directores comprobasen que funcionaban correctamente. También debían de haber instalado una cámara de vídeo, que grabaría la expresión de su cara y sus ademanes mientras hojeaba los papeles que tenía delante. Se preguntaba si el Servicio Secreto tenía controlada esa grabación, o si confiaba en la honorabilidad de los responsables de la televisión. También sus presentadores se permitían desahogos, más o menos crispados, para reclamar una taza de café, estornudar o despotricar por el error de algún ayudante, momentos antes de salir en antena. Era lo que llamaban «tomas falsas», ¿verdad? El Servicio Secreto debía de tener muchos metros de película con «tomas falsas» presidenciales.

-Dos minutos.

Ambas cámaras tenían teleprompter electrónico. Eran unos extraños artefactos. Los había de varios tipos, pero aquél consistía en un monitor que colgaba de la parte delantera de cada una de las cámaras: en la pequeña pantalla horizontal la imagen se veía boca abajo, pero un espejo articulado en el borde superior del monitor, que formaba un ángulo de 45° con respecto a la pantalla, reflejaba la imagen correctamente. La lente de la cámara filmaba desde detrás del espejo, en cuya superficie veía el presidente reflejado el texto de su discurso. Producía una sensación espectral hablarles a través de una cámara invisible a millones de telespectadores igualmente invisibles. En realidad, le hablaba a su discurso.

Ryan meneó la cabeza cuando pasaron el texto para asegurarse del buen funcionamiento del sistema de rebobinado electrónico.

-Un minuto. Prepárese, señor.

Ryan se reacomodó en el sillón. Le preocupaba su postura. ¿Apoyaría los antebrazos en el borde de la mesa? ¿Entrelazaría las manos sobre el regazo? Le habían dicho que no se recostase en el respaldo, porque eso daba una impresión de excesivo desenfado y de arrogancia. Pero Ryan tenía tendencia a moverse mucho. La inmovilidad hacía que le doliese la espalda, ¿o eran sólo figuraciones suyas? Era un poco tarde para analizarlo ahora. Tenía miedo y un nudo en el estómago. Fue a bostezar pero se contuvo.

-Quince segundos.

Sintió el impulso de echar a correr, de puro pánico. Pero tenía que cumplir con su obligación. La gente confiaba en él. Tres agentes del Servicio Secreto vigilaban a los dos técnicos que manejaban las cámaras. También estaba allí el ayudante del director. Eran su único público, pero apenas los veía, ocultos como estaban detrás del resplandor de los focos (aparte de que no iban a reaccionar de ninguna manera, dijese lo que dijese). ¿Cómo iba a saber lo que su verdadero público pensaba?

¡Qué mierda!

Un minuto antes, los presentadores aparecieron en antena para decirles a los telespectadores lo que ya sabían. Sus informativos de la noche se emitirían con retraso debido a la retransmisión del discurso presidencial. En cuanto viesen aparecer en la pantalla el sello presidencial, muchos telespectadores cambiarían a alguno de los canales por cable a los que estuviesen abonados.

Ryan respiró hondo, apretó los labios y miró a la más cercana de las dos cámaras. En cuanto se encendió la luz roja contó hasta dos y empezó.

-Buenas noches, queridos conciudadanos. Comparezco ante ustedes para informarles de lo ocurrido en Washington a lo largo de la pasada semana, y de lo que sucederá durante los próximos días.

»En primer lugar, el FBI y el Ministerio de Justicia, con la colaboración del Servicio Secreto, de la Cámara para la Seguridad de la Navegación Aérea y de otros organismos de la nación, han iniciado una investigación sobre las circunstancias que concurrieron en la trágica muerte de tantos amigos nuestros, con la loable colaboración de la Dirección General de la Policía de Japón y de la Policía Montada de Canadá. Hoy mismo dispondremos de una completa información, que podrán leer en los periódicos de mañana. Ahora, me limitaré a comunicarles los datos de que disponemos hasta el momento.

»El 747 de la Japan Airlines lo pilotaba un hombre que, deliberadamente, estrelló el aparato en el Capitolio. Se llamaba Torajiro Sato. Era un capitán con mucha experiencia que trabajaba para las referidas líneas aéreas. Hemos tenido acceso a muchos datos acerca del capitán Torajiro Sato. Sabemos que perdió a su hermano y a su hijo en el reciente conflicto con nuestro país. Es obvio que estaba traumatizado y decidió vengarse.

»Después de llegar con su aparato a Vancouver, en Canadá, el capitán Sato falsificó una orden de vuelo a Londres y pretextó tener que sustituir a un aparato averiado con el suyo. Antes de despegar, el capitán Sato asesinó a su copiloto a sangre fría, un hombre con el que había trabajado durante años. Luego, continuó solo durante todo el vuelo, con el cadáver del copiloto en el asiento contiguo.

Ryan hizo entonces una pausa buscando las palabras en el espejo. Notó que tenía la lengua como un estropajo. Al momento vio en el teleprompter la indicación de pasar la página.

-Y bien. ¿Cómo podemos estar seguros? En primer lugar, las identidades del capitán Sato y de su copiloto han sido confirmadas por la prueba del ADN, realizada en los laboratorios del FBI. Las pruebas realizadas por la policía japonesa han dado el mismo resultado. La probabilidad de que las referidas pruebas induzcan a error es prácticamente nula.

»Los otros miembros de la tripulación que quedaron en Vancouver han sido interrogados por el FBI y por la Policía Montada de Canadá. Todos afirman estar seguros de que era el capitán Sato quien iba a bordo. Disponemos de similares informes de testigos oculares, obtenidos por responsables del Ministerio de Transportes de Canadá y por pasajeros norteamericanos que iban en aquel vuelo (más de cincuenta de ellos lo han identificado sin lugar a dudas). Tenemos las huellas dactilares del capitán Sato en el falsificado plan de vuelo. Los análisis de las voces grabadas en la cinta de la caja negra confirman, también, la identidad del piloto.

»En segundo lugar, las cintas de la cabina del piloto revelan a qué hora se cometió exactamente el primer asesinato. Incluso tenemos la grabación de la voz del capitán Sato excusándose ante el copiloto en el momento de matarlo. Después, la única voz que aparece en la cinta

es la del piloto. La comparación de las cintas de la cabina con otras, en las que también está grabada la voz del capitán Sato, confirma asimismo su identidad.

»En tercer lugar, las pruebas del forense han demostrado que el copiloto murió, por menos, cuatro horas antes del siniestro. La muerte le sobrevino por una cuchillada al corazón. No hay indicio alguno de que tuviese nada que ver con lo ocurrido. Fue simplemente la primera víctima de una monstruosidad. Deja una esposa encinta. Les ruego que piensen en su desgracia y que recen por ella y por sus hijos.

»La policía japonesa ha colaborado plenamente con el FBI. Incluso nos ha permitido pleno acceso a su investigación y realizar nuestros propios interrogatorios. Disponemos de un amplio informe sobre los movimientos del capitán Sato durante sus dos últimas semanas de vida: dónde comió, dónde durmió y con quién habló. No hemos encontrado indicios que apunten a la posibilidad de una conspiración criminal, ni de que la barbaridad cometida por el enloquecido piloto fuese parte de un plan de su gobierno o de cualquier grupo. La investigación proseguirá. No dejaremos piedra por remover hasta que se analicen todas las posibilidades, por más remotas que puedan parecer. Pero la información de la que ahora disponemos bastaría para convencer a un jurado. Ésa es la razón que pueda comunicársela a ustedes.

Jack hizo una nueva pausa a la vez que se permitía inclinarse ligeramente hacia adelante.

-El conflicto entre nuestro país y Japón ha terminado. Quienes lo provocaron deben comparecer ante la justicia. El primer ministro Koga me ha dado toda clase de seguridades al respecto.

»El señor Koga es un hombre honorable y valeroso. Fue secuestrado, y estuvo a punto de morir asesinado a manos de los mismos criminales que iniciaron el conflicto entre nuestros dos países. Fueron norteamericanos los que lo liberaron de los secuestradores, ayudados por agentes de la policía japonesa, en el curso de una operación especial que tuvo lugar en pleno centro de Tokyo. Después de su liberación, el señor Koga se volcó, con gran riesgo de su vida, en poner fin al conflicto, con lo que evitó mayores sufrimientos a nuestros dos países. Sin su intervención, se habrían perdido muchas más vidas por ambos bandos. Me enorgullezco de considerar a Koga como mi amigo.

»Hace sólo unos días, minutos después de su llegada a nuestro país, el primer ministro y yo nos entrevistamos en privado, aquí mismo en el despacho Oval. Luego, fuimos al Capitolio y rezamos juntos. Fue un momento que nunca olvidaré.

»Yo también estaba allí cuando el aparato se precipitó contra el edificio. Me encontraba, con mi esposa y mis hijos, en el túnel que comunica el salón de sesiones con las demás dependencias del Capitolio. Vi un frente de llamas que avanzaba hacia nosotros, se detenía y en seguida retrocedía. No creo que lo olvide. Ojalá pudiese. Pero he procurado relegar esos recuerdos.

»La paz entre Estados Unidos y Japón ha quedado restablecida. Ruego a mis conciudadanos que desechen todo resentimiento que puedan albergar hacia los japoneses.

El presidente volvió a hacer una pausa al detenerse el texto en el teleprompter. Luego, pasó a la página siguiente.

-Tenemos por delante una ardua labor. Un hombre, una persona perturbada y enloquecida, creyó poderle causar un daño irreparable a nuestro país. Se equivocó. Hemos enterrado a nuestros muertos. Lloraremos su muerte durante mucho tiempo. Pero nuestro país sobrevive, y los amigos a quienes perdimos en aquella horrible noche querrían vernos seguir adelante sin vacilar.

»Decía Thomas Jefferson que, a menudo, el Árbol de la Libertad necesita sangre para crecer. Pues bien: se ha derramado sangre y ha llegado el momento de que el árbol crezca de nuevo. Nuestra nación es un país que mira hacia adelante, no hacia atrás. Ninguno de nosotros puede cambiar la historia. Sin embargo, sí que podemos aprender de ella, guiándonos por los éxitos que obtuvimos en el pasado y corrigiendo nuestros errores.

»Por lo pronto, puedo decirles que nuestro país está a salvo y seguro. Nuestra Fuerzas

Librodot

Armadas se hallan repartidas por todo el mundo y nuestros enemigos potenciales lo saben. Nuestra economía ha sufrido una fuerte conmoción, pero ha sobrevivido y es todavía la más fuerte del mundo. América sigue siendo América.

Seguimos siendo americanos y nuestro futuro empieza cada nuevo día.

»Hoy he nombrado a George Winston ministro en funciones de Hacienda. George dirige una gran sociedad neoyorquina de fondos de inversiones de la que es fundador. Fue una de las piezas clave en la recuperación de nuestros mercados financieros. Se hizo a sí mismo, igual que nuestro país. Pronto haré otros nombramientos para completar el gobierno. Se los daré a conocer a medida que se produzcan. George Winston no puede ser titular del referido ministerio hasta que no recompongamos el Senado, a cuyos miembros asigna la Constitución aconsejar y aprobar tales decisiones. El nombramiento de nuevos senadores corresponde a los distintos estados de la nación. A partir de la próxima semana, los gobernadores cubrirán las vacantes producidas.

Los siguientes pasajes del discurso eran los más delicados. Ryan se inclinó hacia adelante.

-Compatriotas... Éste es un término que no acaba de gustarme. Nunca me ha gustado -dijo Jack, que meneó la cabeza, confiando en no parecer demasiado teatral.

»Me llamo Jack Ryan. Mi padre fue policía. Empecé a servir a mi país en el cuerpo de marines nada más licenciarme en el Boston College. Mi paso por el cuerpo de marines fue breve. Resulté herido al estrellarse un helicóptero y me quedó una lesión crónica en la espalda. A los treinta y un años me topé con unos terroristas. Todos conocen la historia y cómo terminó, pero lo que ignoran es que aquel incidente fue la causa de que yo volviese a servir a mi país. Hasta entonces había disfrutado de la vida. Había ganado bastante dinero como agente de Bolsa. Lo dejé para volver a enseñar historia, mi primer amor. Enseñé historia (me encantaba enseñar) en la Academia Naval y creo que me hubiese gustado seguir allí. Me ocurría algo parecido a lo que le pasa a mi esposa, Cathy (no hay nada que le guste más que ejercer la medicina y cuidar de mí y de nuestros hijos). Nos habríamos contentado con vivir en nuestra casa, seguir con nuestros trabajos y criar a nuestros hijos.

»Pero no podía hacer eso. Cuando aquellos terroristas atacaron a mi familia, decidí que tenía que hacer algo para protegerla. Pronto comprendí que no éramos los únicos que necesitábamos protección. De ahí que volviese a trabajar para el gobierno y dejase atrás mi amor por la enseñanza.

»He servido a mi país (a ustedes) durante varios años. De todas formas, nunca he sido un político y, tal como le he dicho hoy a George Winston en mi despacho, no tengo tiempo de aprender. Pero he pasado casi toda mi vida trabajando para el gobierno, y algo he aprendido acerca de cómo funciona.

»No es éste un momento para hacer las cosas habituales del modo habitual. Debemos y podemos hacerlo mejor.

»John Kennedy nos dijo una vez: "No preguntéis lo que vuestro país puede hacer por vosotros. Preguntad qué podéis hacer vosotros por vuestro país." Son atinadas palabras, pero las hemos olvidado. Debemos recordarlas, porque nuestro país necesita de todos nosotros.

»Necesito la ayuda de todos ustedes para hacer mi trabajo. Si creen que estoy en condiciones de hacerlo solo, se equivocan. Si creen que el gobierno puede recomponerse solo, se equivocan. Si creen que el gobierno, recompuesto o no, está en condiciones de velar por ustedes en todos los aspectos, se equivocan. No es así como debe ser. Ustedes, hombres y mujeres de la nación, son los Estados Unidos de América. Yo trabajo para ustedes. Mi labor consiste en preservar, proteger y defender la Constitución, y lo haré a mi leal saber y entender. Pero todos formamos parte del equipo.

»Necesitamos que nuestro gobierno haga lo que no podemos hacer solos, como proveer a la defensa, hacer cumplir las leyes, socorrer a la población cuando se producen catástrofes naturales o de cualquier otra índole. Eso es lo que dice la Constitución. Esa carta magna, que yo juré proteger y defender, es un conjunto de normas escritas por un pequeño grupo de ciu-

dadanos de lo más corriente. Ni siquiera eran todos abogados y, sin embargo, escribieron el documento político más importante de toda la historia de la Humanidad. Quiero que piensen sobre ello. Era gente muy corriente que hizo algo extraordinario. No hay que tener mágicos poderes para formar parte de un gobierno.

»Necesito un nuevo Congreso para que trabaje conmigo. Primero, podremos contar con el Senado, porque los gobernadores nombrarán sustitutos para los noventa y dos hombres y mujeres que perdimos la semana pasada. Sin embargo, la Cámara de Representantes ha sido siempre la Cámara del pueblo, y es labor de ustedes elegir a sus representantes acudiendo a las urnas, ejerciendo su derecho al voto.

«Allá va, Jack», pensó Ryan, consciente de que el siguiente pasaje era el más comprometedor.

-Por lo tanto, a ustedes y a los cincuenta gobernadores, tengo una petición que hacerles. Por favor, no me envíen políticos. No tenemos tiempo. Necesito personas que hagan cosas reales en el mundo real; que no quieran vivir en Washington; que no quieran medrar. Necesito personas para quienes venir aquí constituya un gran sacrificio, que vengan sólo a hacer una labor importante y regresen luego a su vida normal con su familia.

»Quiero ingenieros que sepan construir; médicos que sepan sanar enfermos. Quiero policías que sepan lo que significa que la delincuencia viole los derechos civiles de los ciudadanos. Quiero agricultores que produzcan buenos alimentos en buenas granjas. Quiero personas que sepan lo que es llevar el mono de trabajo lleno de lamparones; pagar hipotecas; criar hijos, y preocuparse por su futuro. Quiero personas que sepan que trabajan para ustedes y no para sí mismas. Eso es lo que quiero. Eso es lo que necesito. Y me parece que eso es lo que quieren también muchos de ustedes.

»En cuanto esas personas lleguen aquí, a ustedes les corresponde seguir su labor con mirada vigilante, asegurarse de que cumplan con su palabra, de que son acreedores a la confianza que les otorguen. Ustedes son el gobierno. Ya sé que son muchos quienes se lo han dicho así también, pero yo se lo digo en serio. Díganles a sus gobernadores lo que esperan de ellos cuando hagan sus nombramientos para el Senado. Luego, elijan a las personas más adecuadas para la Cámara de Representantes. Ellos serán quienes decidan qué parte de su dinero va a parar al gobierno y cómo se gasta. Es el dinero de ustedes, no el mío. Es su país. Y todos trabajamos para ustedes.

»Por mi parte, formaré gobierno con las personas más idóneas que pueda encontrar, personas que conozcan su campo, personas que hayan hecho un trabajo auténtico y obtenido óptimos resultados. Todos ellos recibirán la misma orden desde este despacho: hacerse cargo de su ministerio, establecer prioridades y conseguir que todos los organismos funcionen eficientemente. No es una orden fácil de cumplir, y ya la habrán oído ustedes más de una vez, pero este presidente no ha encabezado una campaña electoral para acceder al cargo. No tengo que devolver favores, ni a nadie a quien recompensar, ni secretas promesas que cumplir. Me volcaré en el cumplimiento de mis obligaciones lo mejor que sepa. Quizá no siempre acierte, pero cuando me equivoque, a ustedes y a sus representantes corresponde decírmelo así. Y yo los escucharé.

»Compareceré ante ustedes con regularidad para informarles de la marcha de todo y de las decisiones de gobierno.

»Gracias por haberme escuchado. Yo haré mi trabajo. Necesito que ustedes hagan el suyo.

»Gracias y buenas noches.

Jack contó hasta diez para asegurarse de que habían desconectado las cámaras. Luego cogió el vaso de agua que se sirvió antes de empezar y trató de beber. Pero le temblaba tanto la mano que estuvo a punto de derramar el agua. Ryan miró el vaso con contenida rabia. ¿Por qué temblaba? La tensión había terminado, ¿no?

-Vaya... Ni siquiera ha vomitado usted -le dijo Callie Weston acercándosele.

-¿Y eso es bueno?

Librodot

-Por supuesto, señor presidente. Vomitar por televisión tiende a desagradar a la audiencia -contestó la redactora riendo a carcajadas.

Andrea Price fantaseó con la idea de desenfundar su revólver al instante.

Arnie Van Damm se limitó a poner cara de preocupación. Era consciente de que no podía cambiar a Ryan de la noche a la mañana. Para él, consabidas fórmulas como si quiere que lo reelijan, tenga cuidado no funcionaban. ¿Cómo podía proteger a alguien a quien no le importaba... lo único que importaba?

-¿Lacrimógeno, verdad? -dijo Ed Kealty.

-¿Quién ha escrito ese bodrio? -exclamó su asesor jurídico.

Los tres hombres que se encontraban en el despacho fijaron su atención en el televisor. La imagen del edificio de la Casa Blanca dejó paso a la del interior del estudio de informativos.

-Bueno, ha sido una declaración política muy interesante -dijo el presentador Tom, con la inexpresiva voz de un jugador de póquer-. Esta vez el presidente se ha atenido al discurso escrito.

-Muy interesante y sentido -convino el comentarista John-. No ha sido el arquetípico discurso presidencial.

-¿Por qué ha insistido tanto el presidente Ryan en contar con personas sin experiencia, John? ¿No necesitamos precisamente personas con experiencia para recomponer el sistema? -preguntó Tom.

-Ésa es una pregunta que se hará mucha gente, sobre todo en esta ciudad...

-No le quepa duda -apostilló el jefe de Estado Mayor de Kealty desde su despacho.

-...y lo más curioso es que el presidente no debe de ignorarlo y que, aunque así fuese, su jefe de Estado Mayor, Arnie Van Damm, uno de los altos cargos políticos más hábiles que haya pasado por Washington, ha debido de decírselo a Ryan con claridad.

-¿Qué opina del nombramiento de George Winston para Hacienda?

-Winston es el presidente del Columbus Group, una sociedad de fondos de inversiones que fundó el propio Winston. Es un hombre inmensamente rico; como el presidente Ryan nos dijo, un hombre hecho a sí mismo. Pues bien, queremos un ministro de Hacienda que conozca los mercados financieros y, sin duda, George Winston los conoce. Pero muchos se quejarán de que...

-... sea un hombre con acceso a información privilegiada -comentó Kealty con una irónica sonrisa.

-... demasiado vinculado al sistema -prosiguió el comentarista John.

-¿Cómo cree que reaccionarán los medios oficiales de Washington a este discurso? -preguntó el presentador Tom.

-¿Qué medios oficiales de Washington? -exclamó Ryan de mal talante.

Esto era para él una novedad. En líneas generales, la crítica trató bastante bien los dos libros que había publicado. Pero por entonces, tenía uno que aguardar un par de semanas antes de que apareciesen las reseñas. Quizá fuese un error ver por televisión el análisis instantáneo, pero era inevitable. Lo más peliagudo era seguir los comentarios que las distintas cadenas emitían simultáneamente.

-Los... medios oficiales de Washington, Jack, son las cincuenta mil personas que trabajaban aquí, entre abogados y ejecutivos -le comentó Arnie-. Aunque nadie los elija ni los nombre para altos cargos, son más oficiales que oficiosos. Igual que los medios de comunicación.

-Ya lo veo, ya -dijo Jack.

-...y necesitamos profesionales experimentados para recomponer el sistema. Eso es lo que dirán y con lo que muchas personas estarán de acuerdo.

-¿Qué opina de sus revelaciones acerca de la guerra y del avión estrellado en el Capitolio?

-La «revelación» que más me ha interesado es la de que el primer ministro Koga fue, primero, secuestrado por sus compatriotas y, luego... liberado por los americanos. Sería interesante averiguar más acerca de este asunto. Es elogiable el deseo del presidente de normalizar la situación entre nuestro país y Japón. Nos ha llegado una fotografía junto con la copia del discurso.

Tras estas palabras del presentador apareció en pantalla una imagen en la que se veía a Ryan y a Koga en el Capitolio.

-Es un momento realmente emotivo, captado por el fotógrafo de la Casa Blanca...

-Pero el edificio del Capitolio sigue en ruinas, John. De la misma manera que necesitamos buenos arquitectos y expertos operarios para reconstruirlo, también creo que necesitamos algo más que aficionados para recomponer el gobierno -dijo Tom, que ladeó un poco la cabeza para mirar directamente a la cámara-. Y bien, éste ha sido el primer discurso oficial del presidente Ryan. Seguiremos informando de cualquier novedad que pueda surgir. Ahora volveremos a nuestra programación habitual.

-Ése debe ser nuestro leitmotiv, Ed -dijo el jefe de Estado Mayor de Kealty, que se levantó y se estiró-. Eso es lo que debemos decir. Ésa es la razón de que haya vuelto usted a la arena política, por más que pueda perjudicar a su reputación.

-Empiece a hacer las llamadas -le ordenó Edward J. Kealty.

-Señor presidente -dijo un ordenanza, que le acercó una bandeja de plata con una copa de jerez.

-Gracias -dijo el presidente tras beber un sorbo.

-Señor presidente, al fin...

-¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Mary Pat? -preguntó Jack, que tenía la sensación de hacerle siempre la misma pregunta.

-Diez años, por lo menos -repuso la señora Foley.

-Nueva norma presidencial o, mejor, orden ejecutiva: fuera de las horas de despacho, con una copa de por medio, me llamo Jack.

-Bravo, jefe -comentó Chávez en un tono risueño pero con expresión recelosa.

-¿Irak? -preguntó Ryan con sequedad.

-Calma tensa -contestó Mary Pat-. La poca información que tenemos indica que el país se encuentra en estado de excepción. El Ejército patrulla por las calles y la gente se queda en casa a ver la televisión. El funeral por nuestro amigo tendrá lugar mañana. Después... aún no sabemos. Tenemos un agente bien situado en los medios políticos de Irán. Aunque el asesinato ha sorprendido mucho, no ha captado nada especial, salvo las esperables loas a Alá por haberse llevado a nuestro amigo.

-Suponiendo que Dios lo quiera con él. Ha sido un trabajo primoroso -dijo Clark, que hablaba con conocimiento de causa-. Bastante característico de determinadas culturas. Un mártir que se sacrifica. Infiltrarlo hasta la cúpula ha debido de costarles años, pero nuestro amigo Daryaei es hombre paciente. En fin, usted lo conoce, Jack. Usted dirá...

-Tiene la mirada más colérica que he visto nunca -contestó Ryan tranquilamente, tomando otro sorbo de jerez-. Es una de esas personas que sabe canalizar su odio.

-Estoy seguro de que adoptará alguna medida para aprovechar la ocasión -comentó Clark, que tomaba whisky con agua-. Los saudíes deben de estar nerviosos.

-Ésa es una manera muy suave de expresarlo -dijo Mary Pat-. Ed va a quedarse unos días, y eso es lo que ha averiguado. Tienen al Ejército prácticamente en estado de alerta.

-Y no sabemos más -concluyó el presidente Ryan.

-A efectos prácticos, sí. A juzgar por las escuchas de comunicaciones procedentes de Irak, el país es como una olla a presión. Hemos aumentado la cobertura por satélite, por supuesto...

-De acuerdo, Mary Pat, suélteme su discurso -le ordenó Jack, que en aquellos momentos no quería oír hablar de fotos por satélite.

-Necesito aumentar mis efectivos.

-¿En qué medida? -preguntó Jack.

Mary Patricia Foley respiró hondo. Era insólito verla tensa.

-El triple. Tenemos un total de seiscientos cincuenta y siete agentes. Querría elevar este número hasta dos mil en tres años -le soltó ella atropelladamente, como si temiera que él la atajase antes

de terminar.

-Concedido... si encuentra usted el medio de incluirlos en nómina sin desequilibrar el presupuesto.

-Eso es fácil, Jack -intervino Clark riendo-. No tiene más que echar a dos mil chupatintas, y aún ahorrará dinero.

-Esos empleados tienen familia, John -le recordó el presidente.

-Hay tal inflación de chupatintas que cualquier día reventarán las nóminas. Usted lo sabe perfectamente. Valdría la pena aligerarlas, aunque sólo sea para aliviar el problema del aparcamiento. La jubilación anticipada solucionaría casi todos los casos.

-Necesito a alguien que esgrima el hacha, Mary Pat -dijo Jack tras reflexionar un momento-. ¿Le importaría volver a estar debajo de Ed?

-Es nuestra postura habitual, Jack -contestó la señora Foley con una maliciosa sonrisa-. Ed es mejor administrador que yo. Pero a mí siempre se me ha dado mejor la calle.

-¿PLAN AZUL? -preguntó el presidente.

-Sí, señor -se adelantó a responder Clark-. Me gustaría que los reclutásemos entre agentes e inspectores jóvenes de la policía; ya sabe por qué: han tenido un buen entrenamiento y conocen cómo se actúa en las calles.

-De acuerdo, Mary Pat -dijo Ryan-. La semana próxima aceptaré con pesar la carta de dimisión del jefazo y nombraré a Ed en su lugar. Dígale que me proponga un plan para aumentar el número de agentes y reducir el de administrativos, y lo aprobaré... a su debido tiempo.

-¡Formidable! -exclamó Mary Pat levantando su copa de vino a modo de brindis por su comandante en jefe.

-Quisiera comentarle algo, John.

-Sí, señor.

-Cuando Roger me pidió que aceptase la vicepresidencia, le hice una petición.

-¿Sobre?

-Voy a conceder el perdón presidencial a un caballero llamado John T. Kelly este mismo año. Tenía que haberme dicho usted que mi padre trabajó en su caso.

-¿Cómo se ha enterado? -preguntó John Clark, blanco como la cera.

-Estaba en los archivos personales de Jim Greer. Llegaron a mis manos hace años. Mi padre trabajó en el caso. Lo recuerdo bien. Todas aquellas mujeres que fueron asesinadas. Recuerdo lo abrumado que estaba y lo mucho que se alegró al dejarlo. Nunca me habló del caso, pero sé cómo se sentía - explicó Jack, que miró su vaso con expresión reflexiva-. No creo equivocarme si le digo que él se alegraría mucho de esto y de que no se hundiese usted con el barco.

-¡Dios mío, Jack! Pero...

-Merece usted recuperar su apellido. No puedo perdonar las cosas que hizo usted. No puedo pensar así ahora, ¿verdad que no? Quizá como ciudadano de a pie sí podría... pero, por lo menos, merece usted recuperar su apellido, señor Kelly.

-Gracias, señor.

Chávez se preguntó de qué iba todo aquello. Recordaba a aquel tipo de Saipan, al retirado guardacostas y unas palabras acerca de matar a alguien. Sabía que estas cosas no hacían palidecer al señor C. Su historia debía de ser interesante.

Librodot

-¿Algo más? -preguntó Jack-. Me gustaría llegar a casa antes de que los niños se acuesten.

-¿Queda entonces aprobado el PLAN AZUL?

-Sí, Mary Pat. En cuanto Ed redacte el proyecto para ponerlo en práctica.

-Me ocuparé de que regrese en cuanto le tengan el avión a punto -prometió Mary Pat.

-Bien, entonces -concluyó Jack, que se levantó y fue hacia la puerta, seguido de su invitados.

-Perdone... señor presidente -dijo Ding Chávez.

-¿Sí? -preguntó Ryan volviendo la cabeza.

-¿Qué va a ocurrir con las primarias?

-¿Qué quiere decir?

-He pasado hoy por la facultad. El doctor Alpher me ha dicho que los candidatos de ambos partidos resultaron muertos la semana pasada, y que ha expirado el plazo para la presentación de candidaturas. Estamos en año de elecciones y nadie va a presentarse. La prensa apenas lo ha comentado.

Incluso la agente Andrea Price puso cara de perplejidad. Pero al instante todos cayeron en la cuenta de que era cierto.

-¿París?

-El profesor Rousseau del Instituto Pasteur cree haber dado con un tratamiento. Es todavía experimental, pero es la única posibilidad.

Hablaban en el pasillo, frente a la habitación de la hermana Jean Baptiste. Ambos llevaban «trajes espaciales» de plástico azul. Sudaban a mares pese a los aparatos acondicionadores de ambiente que llevaban prendidos del cinturón. Lo peor no era que su paciente muriese, sino la prolongación de su agonía, que sería espantosa. Benedict Mkusa tuvo suerte. Aunque ignoraban por qué, el Ébola atacó a su corazón antes de lo habitual. Fue un infrecuente acto piadoso que permitió al niño expirar más rápidamente de lo usual. La hermana no tuvo tanta suerte. Los análisis de sangre revelaron que el virus atacaba su hígado lentamente, que el nivel de enzimas del corazón era normal y que el Ébola avanzaba en su organismo a un ritmo rápido pero uniforme. Ya le había destrozado el aparato gastrointestinal. Las consiguientes hemorragias, tanto a través del vómito como de las diarreas, eran graves y dolorosas. Sin embargo, el cuerpo de la hermana luchaba con denuedo, en un valeroso pero vano intento de salvarse. Sólo conseguiría acrecentar unos dolores que ni siquiera la morfina lograba mitigar.

-Pero ¿cómo vamos a...?

No tuvo que seguir. El único servicio de vuelos regulares a París lo prestaba Air Afrique. Pero por razones obvias ni aquellas líneas aéreas ni ningunas otras querían transportar a un enfermo de Ébola. Todo esto, le venía al doctor Moudi estupendamente.

-Lo del transporte tiene solución. Procedo de una familia acomodada. Puedo conseguir un reactor privado que nos lleve a París. Así es más fácil adoptar todas las precauciones que sean necesarias.

-No sé. Tendré que... -dijo la hermana María Magdalena titubeante.

-No le mentiré, hermana. Lo más probable es que muera igualmente. Pero si existe alguna posibilidad es con el profesor Rousseau. Fue profesor mío. Si él dice que ha descubierto algo, no es en vano. Déjeme que pida el reactor -insistió Moudi.

-No puedo negarme a eso, pero debo...

-Lo comprendo.

El reactor en cuestión era un Gulfstream G-IV y acababa de aterrizar en el aeródromo Rashid, situado al este de un zigzagueante tramo del río Tigris, conocido localmente como Bahr Dulah. El código de identificación pintado en la cola del aparato indicaba que había sido registrado en Suiza. Era propiedad de una empresa que se dedicaba a un diversificado comercio y que pagaba puntualmente sus impuestos. Ahí cesaba el interés que pudiera despertar la

Librodot

empresa en las autoridades suizas.

El vuelo fue corto y sin más anormalidad que el horario y la ruta: desde Beirut hasta Bagdad, vía Teherán.

Su verdadero nombre era Alí Badrain, y aunque había vivido y trabajado bajo muchos otros nombres, volvía a utilizar el propio, porque era de origen iraquí. Su familia dejó Irak por las supuestas oportunidades económicas que se ofrecían en Jordania, pero en seguida se vio envuelta en el torbellino de la región, en una situación a la que en nada favoreció que su hijo se uniese al movimiento que se proponía acabar con Israel.

Lo que el rey jordano consideraba una amenaza, y su decisión de expulsar a los elementos que la fundamentaban, arruinó a la familia de Badrain, a quien no le preocupó mucho, en aquellos momentos.

Pero ahora sí que le importaba. La vida de un terrorista languidecía con el paso de los años. Aunque en su especialidad era el mejor, sobre todo por lo que a obtener información se refería, apenas tenía más credenciales que la eterna enemistad del más implacable servicio secreto de espionaje del mundo. De modo que un poco de seguridad y de comodidad le vendrían muy bien. Quizá consiguiera ambas cosas con aquella misión. Su identidad iraquí y las actividades de su vida profesional le habían permitido conseguir muchos contactos en la región. Había proporcionado información al servicio de inteligencia iraquí y ayudado a comprometer a dos personas que deseaban eliminar, a ambas con éxito. Eso le había dado credibilidad y por eso había acudido.

El aparato se detuvo en la pista y el copiloto desembarcó por la puerta de popa. Lo esperaba un coche que arrancó en cuanto él hubo subido.

-La paz sea con usted -le dijo al hombre que iba en el asiento de atrás del Mercedes.

-¿La paz? -exclamó el general-. Es un clamor mundial que tenemos muy poca paz.

Badrain reparó en que aquel hombre había dormido muy poco desde la muerte del presidente. Le temblaban las manos de tanto café como había tomado o, quizá, a causa del alcohol que hubiese ingerido para contrarrestarlo. No era muy agradable pensar en la semana que se avecinaba, con la duda de si viviría lo bastante para verla terminar. Aunque tenía que estar muy despejado, también necesitaba evadirse. Aquel general tenía mujer e hijos, además de una amante. Probablemente, como todos.

-La situación es delicada, pero está todo controlado, ¿no?

La mirada que obtuvo a modo de respuesta fue más que elocuente. Acaso lo único positivo que podía decirse era que, si el presidente llegaba a salir herido, aquel hombre estaría muerto por no haber desenmascarado a tiempo al infiltrado asesino. Era peligroso ser el jefe de los servicios de inteligencia de un dictador que tenía tantos enemigos. Habría vendido su alma al diablo, convencido de que nunca pagaría la deuda. ¿Cómo podía ser nadie tan estúpido?

-¿Por qué está usted aquí? -preguntó el general.

-Para ofrecerle un puente de plata.

13

GENIO Y FIGURA

Había tanques en las calles. Y éstos ejercían una sensual atracción en los hipersensibles mirones de las alturas, que gustaban de ver su despliegue y... de contarlo.

Uno de los tres satélites de reconocimiento KH-11 había cumplido los once años y agonizaba lentamente. Hacía ya tiempo que se había quedado sin combustible para maniobrar. Uno de sus paneles solares estaba tan desgastado que apenas hubiese podido cargar la pila de una linterna. Aún podía tomar fotos a través de tres de sus cámaras y transmitirlas al satélite de comunicaciones, de órbita geoestacionaria, que se hallaba sobre el océano índico. En me-

nos de un segundo, tales fotografías eran retransmitidas a las distintas estaciones de descodificación, una de las cuales se hallaba en instalaciones de la CIA.

-Con esto se podrían evitar hasta los robos por el procedimiento del tirón -dijo el analista, que miró el reloj y le añadió ocho horas.

Allí, eran casi las diez de la mañana, hora de ir al trabajo, desplazarse de un lugar a otro, alternar en las terrazas de los restaurantes y tomar la horrorosa versión del café que consumían por aquellos pagos. Pero aquel día no. Con los tanques en las calles, la rutina ciudadana se había interrumpido.

Se veía merodear a varias personas que, en su mayoría, debían de ser mujeres, a juzgar por su manera de moverse. Probablemente, iban de compras. Cada cuatro manzanas había un tanque en la esquina. Y también había un tanque en cada una de las muchas rotondas, apoyado por vehículos ligeros situados en las bocacalles. Un pelotón de soldados vigilaba cada uno de los cruces.

Las fotografías mostraban que todos portaban rifles, pero no podían distinguir la graduación de oficiales y suboficiales ni los distintivos de las unidades a las que pertenecían.

-Cuéntelos -le ordenó el supervisor.

-Sí, señor -dijo el analista sin rechistar.

Siempre contaban los tanques. Podían deducir el modelo según fuese el cañón principal. Esto les permitía calcular qué número de tanques se desplazaban regularmente de un control a otro. Era una información útil. Aunque después de diez años de reconocimiento por satélite, lo único que habían sacado en claro era que, pese a sus muchos fallos y defectos, el mantenimiento de los carros de combate del Ejército iraquí era lo bastante bueno como para que sus motores funcionasen. La valoración no podía ser tan precisa por lo que al armamento de los tanques se refería, tal como se pudo comprobar en la guerra del Golfo. Pero si veía uno un tanque, daba por supuesto que su armamento funcionaba. Era la deducción más prudente.

Se concentró en el visor y vio que un coche blanco, probablemente un Mercedes a juzgar por la forma, circulaba por la carretera nacional 7. Un examen más detenido de las fotografías habría revelado que se dirigía hacia hipódromo Sibaq al-Mansur, donde se habían concentrado varios coches del mismo modelo. No obstante, sólo le habían ordenado contar los tanques.

Las variaciones climáticas de Irak eran más acusadas que en la mayoría de los países. Aquella soleada mañana de febrero, la temperatura apenas superaba los O 'C, mientras que en verano a nadie sorprendía que el termómetro superase los 46'C.

Badrain reparó en que los oficiales reunidos llevaban uniforme de invierno, de lana, cuello alto y gruesos galones dorados. Se los veía preocupados y casi todos fumaban.

Su anfitrión lo presentó a quienes no lo conocían. No vaciló en saludarlos con la consabida fórmula, que deseaba que la paz estuviese con el otro. Pero ellos no estaban de humor para el tradicional saludo islámico. Eran hombres sorprendentemente occidentalizados, de maneras y talante laicos. Al igual que su difunto líder, profesaban su religión sólo de boca. Sin embargo, en aquellos momentos se preguntaban si la creencia en la eterna condenación, como castigo a los pecados de toda una vida, era o no cierta, seguros de que varios de los que allí estaban no tardarían en averiguarlo. Esta posibilidad los preocupaba lo suficiente como para dejar sus despachos y acudir al circuito para oír lo que tuviese que decir el mensajero.

-¿Quién nos asegura que lo que dice es cierto? -preguntó el oficial de mayor graduación cuando Badrain hubo terminado.

-Es mejor así para todos, ¿no creen?

-¿Pretenden que abandonemos nuestra patria y se la dejemos... a él? -inquirió un comandante en un tono indignado que pretendía disimular su frustración.

-Lo que ustedes decidan es cosa suya. Allá ustedes, si desean resistir y luchar. Me han pedido que les transmita un mensaje, nada más. Y eso es lo que he hecho -replicó Badrain con aplomo; entre otras cosas, porque no había razón para ponerse nervioso.

-¿Con quién se supone que negociamos? -le preguntó el jefe de las Fuerzas Aéreas iraquíes.

-Pueden darme su respuesta a mí. Pero como ya les he dicho, no hay realmente nada que negociar. Es una oferta justa, ¿no creen?

Generosa habría sido un término más atinado. Además de salvar el pellejo y el de sus allegados, todos saldrían de su país nadando... en la abundancia. Su presidente había evadido enormes sumas, de las que sólo una pequeñísima parte se había logrado detectar y confiscar. Todos ellos tenían acceso a visados y pasaportes de cualquier país. En este aspecto concreto, el servicio de inteligencia iraquí, ayudado por el Departamento de Grabado de su Casa de la Moneda, había demostrado cumplidamente su eficiencia.

-Pongo a Dios por testigo de que tienen ustedes su palabra. Nadie los molestará, dondequiera que vayan.

No era cosa de tomarlo a la ligera. El patrocinador de Badrain era su enemigo. No había en el mundo un hombre más malvado y despreciable. Pero era también un hombre creyente que nunca tomaría el nombre de Dios en vano.

-¿Cuándo necesita la respuesta? -le preguntó un general, en tono más amable que los demás.

-Con tenerla mañana, o incluso pasado mañana, bastaría. Más tarde... no lo sé. Mis instrucciones llegan sólo hasta ahí -les dijo Badrain.

-¿En qué condiciones concretas?

-Pueden ponerlas ustedes mismos, dentro de lo razonable -contestó Badrain, que se preguntaba qué más podían esperar de él, o de su patrocinador.

Pero la decisión que les pedía era más difícil de lo que pudiera parecer. El patriotismo de aquellos altos oficiales no era el habitual. Amaban su país, básicamente porque lo controlaban. Tenían poder, verdadero poder sobre las vidas de los demás; una droga más eficaz que el dinero, y una de las cosas por las que un hombre podía arriesgar la vida o el alma.

No descartaban que cualquiera de ellos asumiese con éxito la presidencia del país. Los demás podrían ayudar a tranquilizar los ánimos y continuar como antes. Tendrían que abordar una cierta apertura. Permitirían que delegaciones de la ONU y de otros organismos inspeccionasen lo que quisieran. Pero tras la muerte de su líder, podrían empezar de nuevo, aunque supieran que nada iba a cambiar. Ésas eran las reglas del juego en el mundo de hoy. Unas pocas promesas, insinuaciones acerca de la democracia y de la celebración de elecciones, bastarían para que sus antiguos enemigos plegasen velas y les diesen a ellos y a su país una oportunidad, entre otras cosas porque el momento no podía ser más propicio.

Durante años, ninguno de ellos se había sentido realmente seguro. Todos conocían a colegas que habían muerto, bien a manos del difunto líder o en circunstancias que eufemísticamente llamaban «misteriosas» (los accidentes de helicóptero eran el recurso predilecto de su querido presidente). Ahora podrían disfrutar del poder que detentaban con mucha mayor confianza. La alternativa era languidecer en el extranjero. Los cantos de sirena del lujo no los seducían, porque ya llevaban la vida más lujosa que cupiese imaginar y además tenían poder. Su servidumbre no la integraban maitres y camareros, sino soldados armados hasta los dientes.

Pero había un problema: quedarse en el país equivaldría a participar en un peligrosísimo juego en el que tendrían que apostar la vida. Su país se hallaba ahora bajo el más férreo control que recordaban, un control inspirado por una razón de peso. ¿Qué opinaban, de verdad, los compatriotas que tan ruidosamente habían proclamado su adhesión y estima al difunto? Había sido una cuestión irrelevante hasta hacía una semana, pero ahora era de la máxima importancia. Los soldados que estaban bajo su mando procedían de la misma marea humana. ¿Quién poseía el carisma suficiente para asumir el liderazgo del país? ¿Quién tenía la llave del partido Baas? ¿Quién podía gobernar a su antojo? Porque sólo con alguien que asumiese la presidencia en estas condiciones podrían pensar en un futuro, sino exento de temor, con la suficiente tranquilidad para que su experiencia y su valor les permitiesen afrontar los riesgos que correrían.

Los altos oficiales reunidos en el hipódromo miraban en derredor recelosos. ¿Quién estaba en condiciones de asumir el liderazgo?

Ahí radicaba el problema, ya que, de haber alguien que reuniese tales condiciones, ya estaría muerto, acaso en un desgraciado accidente de helicóptero.

Una dictadura no se ejercía a través de un comité. Pese a lo fuertes que se sentían, al mirar a su alrededor no veían más que potencial debilidad. La envidia los destruiría. Las rivalidades y las camarillas provocarían tales tensiones intestinas que la férrea mano necesaria para controlarlas se debilitaría. Y al cabo de unos meses, todo se vendría abajo. Como habían sido testigos de un parecido desplome, eran conscientes de que podían acabar ante un pelotón de fusilamiento.

Para ellos no había más ética que el poder y su ejercicio, algo a lo que sólo uno de ellos podía aspirar. Tendrían que ser, por consiguiente, muchos los que se uniesen en torno a algo, tanto si era el dictado de alguien que se les impusiera o una idea común. Pero tenía que ser algo que pudiesen apoyar concertadamente. Y si nadie estaba en condiciones de hacer lo primero, tampoco lo estaban de forma colectiva para lo segundo. Por más poderosos que individualmente pudieran ser, tenían una debilidad básica. Eso y no otra cosa reflejaban las miradas que se intercambiaban los altos oficiales reunidos en el circuito.

En el fondo, no creían en nada. Lo que imponían por la fuerza de las armas no hubiesen podido imponerlo con la voluntad que emanase de un ideal. Podían mandar desde la retaguardia, pero no ser la avanzada que abriese brecha. La mayoría de los allí reunidos eran lo bastante inteligentes para comprenderlo así.

Por eso había acudido Badrain a Bagdad.

Se leían el pensamiento con sólo mirarse a los ojos. A cualquiera de ellos le hubiese bastado expresar su opinión con autoridad para hacerse con el liderazgo. Pero los audaces hacía tiempo que habían muerto, eliminados por otros más audaces e implacables, sin conseguir más que verse acallados por la invisible mano de alguien más paciente y más implacable (tanto, que estaba ahora en condiciones de hacerles un generoso ofrecimiento).

Badrain sabía cuál iba a ser la respuesta. Y ellos también.

El difunto presidente iraquí no dejó previsiones sucesorias, pura y simplemente, porque así era como actuaban quienes no creían más que en sí mismos.

El teléfono sonó esta vez a las 6.05. A Ryan no le importaba despertarse tan temprano, porque estaba acostumbrado a madrugar. Antes, tenía que coger el coche para ir al trabajo. Ahora, el trayecto se reducía al del ascensor, y se había hecho la ilusión de poder dormir un poco más. Pero ni siquiera podía dormitar en el asiento trasero de su coche oficial, como hacía antes.

-¿Sí?

-¿Señor presidente?

Le sorprendió oír la voz de Arnie. Aun así estuvo tentado de contestar con un exabrupto, por despertarlo a aquellas horas. -¿Qué ocurre?

-Han surgido problemas.

El vicepresidente Edward J. Kealty no había dormido en toda la noche. Sin embargo, nadie lo hubiese dicho.

Llegó a los estudios centrales de la CNN, con su esposa y sus hijos, perfectamente afeitado, erguido y despejado. Salió a recibirlo un productor, que lo acompañó hasta una de las plantas superiores.

Sólo se intercambiaron las habituales frases de cortesía. El veterano político miraba con fijeza al frente, como si tratase de convencer a las puertas de acero inoxidable de que dominaba la situación.

Tres horas antes se hicieron las oportunas llamadas preparatorias, empezando por el di-

Librodot

rector de la cadena, un viejo amigo que no recordaba nada tan asombroso. En su profesión estaba preparado para digerir accidentes aéreos, descarrilamientos y crímenes (tragedias y cotidianos desastres que constituían la materia prima para los medios de comunicación). No obstante, aquello lo había dejado estupefacto.

Dos horas antes llamó a Arnie Van Damm, otro viejo amigo, porque, como periodista, tenía que cubrirse. Además, aunque rara vez lo exteriorizase, amaba a su país.

El presidente de la CNN no tenía manera de saber adónde podía conducir aquella historia. Había llamado al asesor jurídico de la cadena, un abogado fracasado que, a su vez, hablaba en aquellos momentos por teléfono con un amigo suyo, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Georgetown. La situación era tan confusa que el presidente de la CNN se sintió obligado a llamar al estudio de los informativos en el último momento.

-¿Está usted seguro, Ed?

Era lo único que tenía que preguntarle.

-No tengo más remedio. Ojalá tuviese otra alternativa -le contestó Kealty como era previsible.

-Es su funeral. Prometo asistir.

Y con eso se cortó la comunicación. Al otro extremo de la línea cundió el regocijo. Sería una bomba informativa, y la misión de la CNN consistía en informar de las noticias.

-Oiga, Arnie, ¿se han vuelto locos o sufro una pesadilla? Estaban en una salita de la segunda planta. Jack se había vestido de prisa y corriendo con lo primero que encontró a mano. Ryan se fijó en que Van Damm no sólo iba sin corbata, sino que llevaba calcetines distintos. Lo peor era que su jefe de Estado Mayor parecía nervioso, algo insólito en él.

-Creo que lo único que podemos hacer es aguardar a ver qué ocurre.

Ambos se dieron la vuelta al abrirse la puerta.

-¿Señor presidente? -dijo al entrar un trajeado cincuentón. Era un hombre alto de demacrado aspecto. Iba seguido de Andrea, a quien también habían informado de lo esencial.

-Le presento a Patrick Martin -le informó Arnie.

-Criminólogo del Ministerio de Justicia, ¿no? -dijo Jack, que le estrechó la mano y le ofreció asiento junto a la mesita del café.

-Sí, señor. He trabajado con Dan Murray en la investigación del siniestro.

-Pat es uno de nuestros mejores criminalistas, además de profesor de derecho constitucional en la Universidad George Washington -le explicó Arnie.

-Y bien, ¿qué opina usted de todo esto? -preguntó el presidente en un tono que reflejaba más incredulidad que asombro. -Creo que tenemos que aguardar a ver qué dice -contestó Patrick Martin con el mejor estilo de un jurista.

-¿Cuánto tiempo lleva en el ministerio? -le preguntó entonces Jack, tras volver a sentarse en su sillón.

-Veintitrés años. Anteriormente, trabajé durante cuatro años en el FBI -contestó Martin, que se sirvió un café y optó por levantarse.

-Ahora lo vamos a ver -dijo Van Damm devolviéndole el sonido al televisor.

-Señoras y señores, está con nosotros, en nuestros estudios de Washington, el vicepresidente Edward J. Kealty -anunció el jefe de informativos de la cadena, que también tenía aspecto de que lo acabasen de sacar de la cama.

Ryan reparó en que parecía muy afectado. De todas las personas que había visto aquella mañana, Kealty era quien aparentaba mayor tranquilidad.

-Entiendo que tiene usted que comunicar algo de extraordinaria importancia, señor.

-Así es en efecto, Barry. Lo primero que quizá debo decir es que esto es lo más difícil que he tenido que afrontar a lo largo de mis treinta años de vida pública -dijo Kealty en un tono estudiadamente sosegado, como si leyese un plúmbeo ensayo del trascendentalista Emerson con voz lenta, clara, y con un mortificante descaro-. Como saben, el presidente Durling

me pidió que dimitiese, debido a que mi conducta había quedado en tela de juicio. Para nadie es un secreto, Barry, que mi vida privada no ha sido siempre todo lo ejemplar que debiera. Lo mismo cabría decir de otros cargos públicos, aunque esto no sirve para justificarme. Cuando Roger y yo hablamos de la situación, convinimos en que lo mejor para mí era presentar la dimisión, al objeto de permitirle elegir un sustituto que pudiese hacer campaña con él en las elecciones previstas para finales de este año. Su idea era que John Ryan ocupase interinamente la vicepresidencia. Y me pareció bien, Barry. Llevo mucho tiempo en la vida pública, y la idea de retirarme para jugar con mis nietos, y acaso para dedicarme a tiempo parcial a la enseñanza, me seducía. De modo que accedí a la petición de Roger en interés de... en fin, en interés del país, la verdad. Pero lo cierto es que no llegué a dimitir.

-Bien... -lo atajó el comentarista, que alzó las manos como si atrapase una pelota de béisbol-. Creo que debemos ser muy claros en este punto. ¿Qué ocurrió exactamente?

-Pues que fui al Ministerio de Asuntos Exteriores, Barry. Manda la Constitución que si el presidente o el vicepresidente dimiten, tal dimisión deben presentarla al ministro de Asuntos Exteriores.

Me entrevisté con el ministro Hanson en privado para hablar de la cuestión. Llevaba redactada la carta de dimisión, pero tenía defectos de forma, y Brett me pidió que volviese a redactarla. De modo que regresé a mi despacho para corregirla y presentarla de nuevo al día siguiente. Ninguno de nosotros esperaba lo que ocurrió por la tarde. Me afectó mucho, como a tantos otros. En mi caso, en fin... como sabe, eran muchos los amigos con quienes había trabajado durante años, muertos en el cobarde atentado. Pero lo cierto es que no llegué a dimitir.

Kealty bajó la vista y se mordisqueó el labio inferior antes de continuar.

-Ya me había hecho a la idea y no me arrepentía, Barry. Le di mi palabra al presidente Durling y me proponía cumplirla. Sin embargo... no puedo. Sencillamente no puedo -recalcó Kealty-. Y explicaré por qué. Conozco a Jack Ryan desde hace diez años. Es una excelente persona, un hombre valeroso que ha servido honorablemente a su país, pero, por desgracia, no es el hombre que pueda restañar las heridas sufridas por nuestro país. Lo que dijo anoche al dirigirse a los norteamericanos lo demuestra. ¿Cómo va a funcionar el gobierno en las actuales circunstancias sin personas con experiencia, capaces de ocupar los cargos vacantes?

-Pero él es el presidente, ¿no? -preguntó Barry, irritado consigo mismo por prestarse a aquello.

-Ni siquiera sabe dirigir una investigación, Barry. Fíjese en lo que dijo anoche acerca del avión que se estrelló en el Capitolio. Apenas ha transcurrido una semana, y asegura saber lo que ha ocurrido. ¿Quién puede creer algo semejante? -exclamó Kealty en tono quejumbroso-. ¿De verdad puede creerlo alguien? ¿Quién supervisa la investigación? ¿Quién la dirige? ¿A quién informa? ¿Conclusiones sobre semejante hecho en... una semana? ¿Cómo pueden los americanos confiar en algo así? Cuando asesinaron al presidente Kennedy, tardaron meses. Y la investigación la dirigió el presidente del Tribunal Supremo. ¿Por qué? Porque debíamos estar seguros. Por eso.

-Perdone, señor vicepresidente, pero eso no responde a mi pregunta.

-Verá usted, Ryan no ha sido nunca vicepresidente, porque yo nunca dimití. El puesto no llegó a estar vacante, y la Constitución sólo permite el nombramiento de un vicepresidente. Ni siquiera llegó a jurar el cargo.

-Pero...

-¿Cree que me gusta hacer esto? Lo hago porque no tengo más remedio. ¿Cómo podemos reconstruir el Congreso y un equipo ministerial con aficionados? Anoche, el señor Ryan les dijo a los gobernadores que le enviasen personas sin experiencia de gobierno. ¿Cómo se van a promulgar leyes con personas que no saben lo que es legislar? Mire, Barry, es la primera vez que me suicido políticamente. Es como pertenecer al grupo de senadores que testificó en el juicio del Senado contra Andrew Johnson. Sé que cavo mi tumba política, pero creo que he de anteponer el interés del país. Es mi obligación.

No había más que ver el primer plano de su cara para comprender lo angustiado que es-

Librodot

taba Kealty. Las lágrimas parecían ir a asomar de un momento a otro, mientras proclamaba su abnegado patriotismo.

-Siempre se le ha dado bien la televisión -observó Van Damm.

-Me cuesta trabajo dar crédito a todo esto -dijo Ryan al cabo de un momento.

-Pues créalo -le dijo Arnie-. Vamos a necesitar asesoramiento jurídico, señor Martin. ¿Qué tiene usted que decir?

-En primer lugar, que vaya alguien al Ministerio de Exteriores y registre el despacho del ministro.

-¿Enviamos al FBI? -preguntó Van Damm.

-Sí -contestó Martin-. No encontrarán ustedes nada, pero hay que empezar por ahí. Luego, tendremos que consultar el registro de llamadas telefónicas y los blocs de notas. Después, empezaremos con los interrogatorios. Va a ser un problema. El ministro Hanson y su esposa, muertos; el presidente y la primera dama, muertos. Porque ellos eran quienes debían de tener un mayor conocimiento de los hechos. Dudo que obtengamos muchas pruebas evidentes, ni pruebas circunstanciales que nos sirvan.

-Roger me contó... -dijo el presidente.

-De palabra -lo atajó Martin-. Equivale a que usted me cuente lo que alguien le contó sobre lo que le contó alguien. Impresentable ante un tribunal de justicia.

-Prosiga -terció Arnie.

-Verá, señor, no hay leyes constitucionales ni estatutarias sobre esta cuestión.

-Ni tampoco Tribunal Supremo que pueda pronunciarse sobre la misma -señaló Ryan-. ¿Y si fuese cierto lo que Kealty asegura?

-Señor presidente, que sea cierto o no es irrelevante -replicó Martin-. Su argumentación es sólida. Y es improbable que podamos demostrar que miente. Y, por cierto, respecto del Tribunal Supremo, suponiendo que forme usted un nuevo Senado y haga los nombramientos, todos los magistrados elegidos tendrían que recusarse a sí mismos por el hecho de haberlos elegido usted; con lo que, probablemente, el problema legal es insoluble.

-Pero si no hay legislación sobre el problema... -dijo Ryan, que ya empezaba a dudar de ser el presidente.

-Pues la papeleta es de aúpa -apostilló Martin-. A ver, un presidente o un vicepresidente dejan de serlo al dimitir. La dimisión es efectiva cuando quien ostenta el cargo entrega el instrumento de su dimisión (basta una carta) a la autoridad adecuada. Pero la persona que aceptó la dimisión está muerta, y podemos dar por seguro que la carta de dimisión no aparecerá. Probablemente, el ministro Hanson llamó al presidente para informarle de la dimisión.

-Sí, lo llamó -confirmó Van Damm.

-Pero el presidente Durling también ha muerto. Su testimonio hubiese tenido valor de prueba. Sin embargo, tampoco podemos contar ya con eso. Esto vuelve a llevarnos al punto de partida.

A Martin no le gustaba nada lo que estaba haciendo. Le costaba un verdadero esfuerzo hablar y pensar en la ley al mismo tiempo. Aquello era como un tablero de ajedrez sin casillas, en el que no había más que piezas en completo desorden.

-Pero...

-El registro de llamadas probará que se produjo una llamada. De acuerdo. El ministro Hanson pudo haber dicho que la carta estaba mal redactada, y Kealty pudo haberla corregido para entregarla al día siguiente. En tanto Durling fuese presidente, Kealty tenía que abandonar el cargo, debido...

-… a la investigación sobre las acusaciones de acoso sexual -dijo Arnie, que empezaba comprender la exposición de Martin.

-Entienden, ¿verdad? Su declaración por televisión ha cubierto ese flanco, y se ha dado buena maña en neutralizar el problema, ¿no es cierto?

-Volvemos a estar como al principio -señaló Ryan.

-Sí, señor presidente.

-Menudo consuelo -dijo Jack Ryan con una amarga sonrisa.

El inspector O'Day, acompañado por tres inspectores, dejó el coche frente al edificio. Comoquiera que un agente de uniforme les indicase que no estaba permitido aparcar allí, O'Day se limitó a mostrarle su placa y siguió adelante. Se detuvo frente al primer control de seguridad y volvió a identificarse.

-Quiero que su superior venga a verme a la séptima planta dentro de un minuto -le dijo al agente-. Que deje lo que esté haciendo, sea lo que sea.

Tras decir esto, O'Day y los tres agentes se dirigieron hacia los ascensores.

-Pero... Pat, ¿qué demonios...?

Había escogido a los tres inspectores, casi al azar, en el Departamento de Asuntos Internos del FBI. Eran policías experimentados cuya misión consistía en mantener limpio el FBI. Uno de ellos había intervenido en una investigación acerca de su propio director. Pese a que el lema de Asuntos Internos era no respetar más que la ley, la mayoría de los agentes lo respetaban, a diferencia de lo que ocurría con similares departamentos de otros cuerpos policiales.

El agente del vestíbulo había avisado al compañero que vigilaba la última planta, George Armitage, que aquel día tenía turno de mañana.

-FBI -dijo O'Day nada más abrirse la puerta del ascensor-. ¿Dónde está el despacho del ministro?

-Por aquí, señor -le indicó Armitage señalando hacia el pasillo.

-¿Quién utiliza ahora el despacho? -preguntó el inspector O'Day.

-Lo preparamos para que lo ocupe el señor Adler. Acabamos de retirar los efectos personales del señor Hanson y...

-De modo que han entrado y salido varias personas, ¿no?

-Sí, señor.

O'Day no creía que fuese a servir de mucho llamar al equipo forense, pero aun así lo llamaría. Tenían que ceñirse al reglamento al pie de la letra.

-Muy bien. Tenemos que hablar con todo aquel que haya estado en ese despacho desde que el ministro Hanson lo dejó. Con todos: miembros de su secretaría, ordenanzas, empleados de la limpieza. Todos.

-El personal de secretaría no llegará hasta dentro de media hora.

-Muy bien. Abra la puerta, por favor.

Armitage les abrió la puerta de la secretaría y luego la del despacho. Los cuatro inspectores se miraron y uno de ellos volvió sobre sus pasos para vigilar la puerta que comunicaba con el pasillo.

-Gracias, señor Armitage -dijo O'Day, tras leer el apellido en la placa de identificación-. Trataremos esta dependencia como si fuese el lugar de un delito. No podrá entrar nadie sin permiso. Necesitamos un despacho para interrogatorios. Le agradecería que nos hiciese una lista de aquellas personas que le conste que han estado aquí, con la fecha y la hora, a ser posible.

-Las secretarias deben de tenerla.

-Queremos también la de usted -dijo O'Day, que frunció el entrecejo al mirar pasillo adelante-. Hemos pedido que el jefe de su departamento suba a la planta. ¿Dónde está?

-No suele llegar hasta las ocho.

-¿Puede llamarlo por teléfono, por favor? Necesitamos hablar con él de inmediato.

-Por supuesto, señor -contestó Armitage, que no entendía qué puñeta pasaba.

No había visto la televisión aquella mañana, ni se había enterado de lo que ocurría. En cualquier caso, no le importaba demasiado.

Con 55 años y 32 de servicio, lo único que le preocupaba era cumplir con su trabajo y aprovechar la primera oportunidad de jubilación anticipada.

-Buena jugada, Dan -dijo Martin a través de uno de los teléfonos del despacho Oval-.

Lo llamaré luego -añadió a la vez que colgaba el teléfono y los miraba-. Murray ha enviado a uno de sus inspectores más expertos, Pat O'Day. Es un buen elemento, especializado en casos difíciles. Ha formado equipo con tres inspectores de Asuntos Internos.

Martin se extendió un poco para explicarles lo que esto significaba.

-Otra decisión acertada. Son apolíticos. Una vez hecho esto, Murray tiene que desentenderse del asunto.

-¿Por qué? -preguntó Jack.

-Porque lo ha nombrado usted director en funciones. Y yo tampoco puedo intervenir. Tiene usted que elegir a alguien para que dirija la investigación. Ha de ser una persona inteligente, honesta y apolítica. Acaso un juez. Una especie de presidente de uno de los tribunales itinerantes de apelación. Hay muchos y buenos.

-¿En quién piensa? -preguntó Arnie.

-Tiene que pedirle el nombre a otra persona. Yo no podría elogiarlo como se merece. Hay que tratar este asunto con el celo más escrupuloso. Hablamos, nada menos, que de la Constitución -dijo Martin, que no podía evitar extenderse en explicaciones-. Para mí es como la Biblia. También para ustedes, sin duda. Yo empecé como agente del FBI, y trabajé, básicamente, en el campo de los derechos civiles, contra todos esos encapuchados del sur. Los derechos civiles son importantes. Lo aprendí examinando los cadáveres de quienes morían por defender los derechos civiles de otros a quienes ni siquiera conocían. Pues bien: dejé el FBI, abrí un bufete y ejercí la abogacía. Pero me temo que nunca dejé de ser policía, y terminé por volver. He trabajado en varios departamentos del Ministerio de Justicia, y hace poco me incorporé al departamento de lo penal. Y esto es importante para mí. Deben hacerlo dentro de la más estricta legalidad.

-Y así lo haremos -le aseguró Ryan-. De todas formas, no estaría de más saber cómo hemos de hacerlo.

-Ojalá lo supiera yo -dijo Martin con una irónica sonrisa. Por lo menos en lo sustancial. Pero el procedimiento formal ha de ser de una transparencia que no deje lugar a dudas. En cuanto al aspecto político, es cosa suya.

-Está bien. ¿Y la investigación sobre el siniestro? -preguntó Ryan, a quien se le llevaban los demonios por haberse desentendido de la investigación a causa del nuevo problema.

-A mí también me ha cabreado mucho eso, señor presidente -reconoció Martin sonriente-. No me gusta que nadie me diga cómo debo hacer mi trabajo. Si Sato viviese, podría llevarlo ante un tribunal hoy mismo. No habrá sorpresas. Lo que ha dicho Kealty acerca de la investigación sobre el asesinato del presidente Kennedy ha sido el colmo de la desfachatez. Estos casos se abordan llevando a cabo una investigación exhaustiva, no convirtiéndolos en un circo burocrático. He trabajado en este campo durante toda mi vida, y este caso es bastante sencillo (de envergadura, pero sencillo). A todos los efectos prácticos, puede considerarse cerrado. Lo que más ha ayudado ha sido la colaboración de la Policía Montada de Canadá, que ha corroborado muchos datos relativos a la hora, el lugar y las huellas. Además, ha localizado a muchos pasajeros del avión para que pudiésemos interrogarlos. En cuanto a la policía japonesa... ¡madre mía! Están que se suben por las paredes, de pura indignación por lo sucedido. Interrogan exhaustivamente a todos los conspiradores que provocaron el conflicto con nuestro país. Es mejor no pensar siquiera en sus métodos para interrogar. No obstante, eso es problema de ellos. Estoy dispuesto a defender lo que usted dijo anoche, y a analizar todos los datos de que disponemos.

-Hágalo... esta misma tarde -le dijo Van Damm-. Me ocuparé de que tenga la conveniente cobertura de los medios de comunicación.

-Sí, señor.

-De modo que no puede usted intervenir en lo de Kealty, ¿no es así? -preguntó Jack.

-No, señor. No debe dejar usted el menor resquicio a críticas que puedan tener la menor base jurídica, por más injustas que sean. -Pero lo que sí podrá hacer es asesorarme, ¿verdad? –insistió el presidente-. Necesitaré asesoramiento jurídico.

-Desde luego, señor presidente. Eso sí que puedo hacerlo.

-Verá, Martin, cuando esto termine, no olvidaremos a quienes hayan...

Ryan atajó a su jefe de Estado Mayor sin dar tiempo a que lo hiciese el jurista.

-No, Arnie, de ninguna manera -dijo el presidente-. ¡Ni hablar! No voy a entrar en ese juego. Verá, señor Martin, me gusta su modo de enfocar las cosas. Actuamos con absoluta transparencia. Confiamos en profesionales para que actúen como tales. Estoy harto, hasta el gorro, de fiscales especiales, y de todo nombramiento especial como recompensa. Si no cuenta usted con personas de confianza para que hagan bien su trabajo, por pura ética profesional, ¿se puede saber para qué desempeñan los cargos que ocupan?

-Es usted ingenuo, Jack -dijo Van Damm rebulléndose en el asiento.

-De acuerdo, Arnie. Llevamos gobernando con políticos muy avezados desde que yo nací, y ¡vea adónde nos han llevado! -clamó Ryan-. Estoy harto de todo esto. ¿Adónde ha ido a parar la honestidad, Arnie? ¿Es que ya nadie se atreve a decir la verdad? Por lo visto, aquí todo se reduce a un juego, cuyo objeto no es precisamente hacer las cosas bien, sino simplemente jugar, perpetuarse en los cargos. ¡No ha de ser así! Y desde luego, no estoy dispuesto a hacerle ese juego a nadie. Háble me usted de ese caso del FBI, Martin.

Pat Martin parpadeó sin acabar de entender que el presidente sacase aquello a colación sin venir a cuento. Pero lo contó.

-Incluso hicieron una mala película sobre el caso. Varios propagandistas de los derechos civiles fueron agredidos por miembros del Ku Klux Klan. Dos de ellos eran policías, y el caso parecía atascado. El FBI se vio atrapado en una maraña estatutaria, en la que se entremezclaban los derechos civiles con las leyes del comercio interestatal. Dan Murray y yo éramos por entonces unos novatillos. Yo estaba en Buffalo, y él en Filadelfia. Nos llamaron para que trabajásemos con Joe Fitzgerald, que era por entonces uno de los detectives de Hoover. Yo estaba allí cuando encontraron los cuerpos. Fue horrible -dijo Martin, que sintió un estremecimiento al recordar el repugnante hedor del macabro hallazgo-. Todo lo que querían era que los ciudadanos se incluyesen en el censo para votar, y por eso los mataron. La policía local no hacía nada. Es curioso, pero cuando ve uno estas cosas, dejan de ser abstractas. Se convierten en un documento, en un caso de estudio o en un formulario que hay que rellenar. Ver cadáveres que llevan semanas tirados en el suelo no puede ser más real. Aparte de ser unos cabrones, aquellos kakkas cometieron un delito, mataron a conciudadanos que hacían algo constitucional, amparados en un derecho constitucional. De modo que fuimos a por ellos y los encerramos.

-¿Por qué, señor Martín? -preguntó Jack.

La respuesta no fue exactamente la que esperaba.

-Porque presté un juramento, señor presidente. Por eso.

-Y yo también, señor Martin. Y no precisamente para participar en ningún juego.

Las claves resultaban equívocas. Los militares iraquíes utilizaban centenares de frecuencias de radio, casi todas en bandas de FM y VHF. Las comunicaciones, aunque mucho más numerosas debido a la situación, eran básicamente rutinarias.

Se captaban miles de mensajes. En la estación de escucha Storm Track no tenían bastantes intérpretes para seguirlo todo. Pero lo transcribían aunque no lo entendiesen. Las frecuencias que utilizaban los altos oficiales estaban perfectamente localizadas. No obstante, transmitían sus comunicaciones en clave, lo que significaba que los ordenadores de la Ciudadela del Rey Jalid tenían que analizar las señales para descifrar el sentido de lo que, de otro modo, sonaba a zumbido de «parásitos».

Utilizaban más la radio. Probablemente, los altos oficiales iraquíes estaban menos preocupados por las intercepciones electrónicas que por las escuchas telefónicas. Esto resultaba, de por sí, muy elocuente para los oficiales de guardia encargados de las escuchas, hasta el punto de inducirlos a redactar un documento para hacerlo llegar al presidente a través de la CIA.

Librodot

La estación Storm Track era como la mayoría de las instalaciones de su género. Disponía de una enorme antena, que llamaban «Jaula de Elefante» por su forma circular. Detectaba señales y localizaba la fuente, mientras que las antenas secundarias realizaban otras misiones. La estación fue construida apresuradamente en vísperas de la Tormenta del Desierto, al objeto de obtener información táctica para las unidades militares aliadas, y quedar luego como estación permanente. Los kuwaitíes fundaron la estación gemela Palm Bowl.

-Son tres -dijo un técnico de Palm Bowl al interpretar los datos que aparecían en pantalla-. Tres altos oficiales que se dirigen al hipódromo. Un poco temprano para despertar a los poneys, ¿no?

-¿Una reunión? -preguntó la teniente.

Aquello era una estación militar. El técnico era un sargento de 55 años que conocía aquel trabajo mucho mejor que su nueva jefa. Aunque, por lo menos, la oficial era lo bastante inteligente como para preguntar lo que ignoraba.

-Tiene toda la pinta, señora.

-¿Por qué en un hipódromo?

-Está en el centro de la ciudad. No es una dependencia oficial. Si va uno a verse con su amante, no se cita en casa, ¿no cree? Bueno... aquí tenemos otra cosa -dijo el sargento al cambiar la imagen-. El jefe de las Fuerzas Aéreas también está ahí o, probablemente, estaba. A juzgar por los análisis de las escuchas, la reunión ha terminado hace una hora. Ojalá pudiésemos descifrar sus claves más de prisa...

-¿Qué podemos averiguar?

-Sólo adónde ir y cuándo, señora. Nada sustancial; nada acerca de cuál es el motivo de la reunión.

-¿Cuándo se celebra el funeral, sargento?

-Esta tarde.

-¿Sí? -dijo Ryan.

Casi siempre podía uno deducir la importancia de la llamada según la línea que se encendiese. Aquélla era la del Departamento de Cifra.

-Soy el teniente Canon, señor. Recibimos información de los saudíes. Todos los servicios de inteligencia intentan descifrarla. Me han ordenado comunicárselo a usted.

-Gracias -dijo Ryan, que colgó al momento el teléfono y se dirigió a los presentes-. Daría cualquier cosa para que los acontecimientos se produjesen uno tras otro. Por lo visto, ocurre algo en Irak, aunque aún no están seguros de qué se trata. Me parece que voy a tener que estar muy pendiente. ¿Qué más he de hacer ahora?

-Proporcionarle al vicepresidente Kealty escolta del Servicio Secreto -sugirió Martin-. De todas maneras, como ex vicepresidente, tiene derecho a ello durante seis meses, ¿verdad? -añadió el jurista mirando a Andrea Price.

-En efecto.

-¿Han mantenido conversaciones sobre esta cuestión? -preguntó Martin tras reflexionar unos momentos.

-No, señor.

«Pues... es una lástima», pensó Martin.

14

SANGRE EN EL AGUA

El avión oficial de Ed Foley era un feo armatoste, un Lockheed de transporte C-14113, que los pilotos de combate llamaban «basurero».

La historia del tráiler que el aparato transportaba en la bodega era interesante. Lo fabri-

Librodot

có la compañía Airstream como vehículo de recepción para los astronautas de las misiones Apolo, aunque aquél estaba destinado a funciones de apoyo, y nunca llegó a utilizarse para lo que fue concebido. Permitía a los altos oficiales viajar con las mismas comodidades que disfrutaban en casa. Lo utilizaban, casi exclusivamente, los altos oficiales que pertenecían a los servicios de inteligencia. Esto les permitía desplazarse con comodidad y discreción. Las Fuerzas Aéreas tenían muchos aparatos como aquél, y por fuera, el de Foley tenía el mismo aspecto que los demás: grandote, verde y feo.

Aterrizó en la base de Andrews poco antes de mediodía, tras un vuelo de más de 11000 km, que duró 17 horas, y durante el cual tuvieron que repostar en vuelo en dos ocasiones. Foley viajaba con tres de sus colaboradores, dos de ellos oficiales de la División de Escolta y Seguridad, que llamaban ODES. Poder ducharse y dormir les permitió llegar bastante más descansados de lo que cabía esperar.

Cuando el transporte se detuvo y se abrieron las puertas, Ed Foley estaba fresco y bien informado. Esto ocurría con tan poca frecuencia que el director adjunto de Operaciones de la CIA no tenía más remedio que considerarlo casi como un milagro. Y era de agradecer que su esposa estuviese allí para darle la bienvenida con un beso.

-Hola, cariño.

-¡Uff! ¡Cómo vuela este pájaro! -exclamó Ed mirando al aparato-. A ver cuándo le toca al... nuestro -añadió guiñándole el ojo. Pero no pudo evitar preguntarle a continuación por lo que profesionalmente más lo preocupaba- ¿Qué se sabe de Irak?

-Pues que algo ocurre. Entre diez y veinte altos oficiales han celebrado una discreta reunión. Ignoramos acerca de qué, pero desde luego no era para elegir el menú del velatorio -contestó ella, que en cuanto hubieron subido al coche le pasó una carpeta-. Ah, por cierto, te van a ascender.

-¿Qué? -exclamó Ed.

-A director general. Vamos a poner en práctica el PLAN AZUL, y Ryan quiere que lo propongas tú en el Congreso. Yo seguiré como adjunta de Operaciones, pero ¿podré hacer lo que me dé la gana, verdad, cariño? -dijo ella, que le sonrió con dulzura antes de pasar a explicarle el otro problema del día.

Clark tenía despacho propio en Langley. Su alto rango le daba derecho a vista al parking y a la arboleda (nada que ver con un cuchitril interior y sin ventanas). Incluso compartía una secretaria con otros cuatro altos oficiales.

Sin embargo, en muchos aspectos, en Langley no se sentía en su terreno. Oficialmente, era instructor con destino en «la Granja». Pero sólo iba al cuartel general cuando tenía que informar o recibir instrucciones para nuevas misiones. No le gustaba Langley, porque echaba el mismo tufillo que todo cuartel general. Allí se agitaba la burocrática cola de todo servicio de inteligencia. Pero en la CIA, esa cola había crecido de tal manera que lo que se meneaba era el perro.

Aunque no era un fenómeno insólito, cuando pintaban bastos era él quien se jugaba la vida en misiones sobre el terreno, y si moría en el intento, quedaría reducido a un expediente que no tardaría en ser archivado, y olvidado, por quienes redactaban las memorias sobre los servicios de inteligencia, basados, las más de las veces, en recortes de prensa.

-¿Ha seguido los informativos de esta mañana, señor C? -le preguntó Chávez en tono desenfadado al entrar en el despacho.

-He llegado a las cinco -contestó Clark, que le mostró la carpeta que contenía el PLAN AZUL. Detestaba tanto todo lo que tuviese que ver con papeleo que, cuando tenía que hacerlo, trabajaba con desmesurada intensidad para acabarlo cuanto antes.

-Pues entonces, encienda el televisor y ponga la CNN.

John lo hizo, esperando enterarse de alguna noticia que sorprendiese a la Agencia. Y eso es lo que vio, aunque no fuese exactamente lo que esperaba.

Librodot

-Señoras y señores, el presidente.

Tenía que comparecer en público en seguida. Todos estaban de acuerdo en ello.

Ryan entró en la sala de prensa, se detuvo detrás del podio y miró sus notas. Era más fácil que mirar por la ventana de la estancia, más pequeña y desvencijada que la mayoría de las del edificio, y construida encima de lo que fue piscina. Había ocho filas de seis asientos cada una. Y se fijó en que todos los asientos estaban ocupados.

-Gracias por su puntualidad -dijo Jack, que se esforzó por parecer relajado-. Los recientes acontecimientos de Irak afectan a la seguridad de una región que es de vital interés para Estados Unidos y sus aliados. La muerte del presidente iraquí no nos entristece. Como saben, ese individuo fue responsable e instigador de dos guerras, de la brutal represión de la minoría kurda de su país y de la negación de los más elementales derechos humanos a sus propios ciudadanos. Irak es una nación que debería ser próspera. Posee una parte considerable de las reservas mundiales de petróleo, un respetable tejido industrial y una considerable población. Todo lo que le falta a ese país es un gobierno que vele por las necesidades de sus ciudadanos. Sólo cabe esperar que la muerte de quien fue su líder propicie un cambio.

Jack dejó entonces de mirar sus notas.

-Los Estados Unidos le tienden ahora una mano amiga a Irak. Confiamos en que se den las circunstancias para una normalización de relaciones y para terminar, de una vez por todas, con la hostilidad entre Irak y sus vecinos del golfo Pérsico. Le he dado instrucciones al ministro en funciones de Asuntos Exteriores, Scott Adler, para que inicie contactos con el gobierno iraquí, al objeto de concertar una entrevista en la que abordemos asuntos de interés mutuo. Si el nuevo régimen está dispuesto a tratar de la cuestión de los derechos humanos y a comprometerse a celebrar elecciones libres y limpias, Estados Unidos estará dispuesto a abordar la cuestión del levantamiento de las sanciones económicas y restablecerá las relaciones diplomáticas. Ya ha habido bastante enemistad. Es impropio que una región con tales riquezas naturales sea lugar de discordia. Estados Unidos está dispuesto a colaborar como honesto mediador para contribuir a la paz y a la estabilidad, junto a nuestros amigos de los Estados del Golfo. Esperamos una respuesta favorable de Bagdad al objeto de emprender conversaciones preliminares.

Ryan dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

-Y, bien, esto es todo lo que tenía que comunicarles. ¿Alguna pregunta?

-Señor, como usted sabe, esta mañana el vicepresidente Edward Kealty ha proclamado que es él el presidente y no usted. ¿Qué tiene usted que decir? -se adelantó a preguntar el corresponsal del New York Times.

-Lo que alega el señor Kealty carece de base y de todo valor -contestó Jack con frialdad-. ¿Más preguntas?

Por más que se hubiese negado a entrar en aquel juego, se veía fatalmente condenado a jugarlo. A nadie llamaba a engaño su comparecencia ante los medios de comunicación. La declaración que acababa de hacer podían haberla hecho perfectamente el jefe de su oficina de prensa o el portavoz del Ministerio de Exteriores. Pero era él quien estaba frente a las cámaras, mirando los rostros allí congregados. Se sentía como un cristiano de los tiempos de las catacumbas en un circo lleno de leones.

-¿Y si fuese cierto que no llegó a dimitir? -insistió el corresponsal del Times entre los gritos de sus colegas.

-Dimitió. De lo contrario, no hubiesen podido nombrarme. Por lo tanto, su pregunta carece de sentido.

-Pero señor, ¿y si dijese la verdad?

-Pero no la dice -insistió Ryan, que respiró hondo, tal como Arnie le aconsejó hacer, antes de continuar con la argumentación preparada por su jefe de Estado Mayor-. El señor Kealty dimitió de su cargo a petición del presidente Durling. Todos ustedes saben por qué razón. Cuando era senador, fue objeto de una investigación del FBI como sospechoso de conducta

sexual impropia. La investigación se centraba en acoso sexual... por no decir violación, a una de sus secretarias de su despacho del Senado. Su dimisión fue parte de un... trato que le permitía evitar el procesamiento.

Ryan hizo entonces una pausa, sorprendido al ver que muchos de los presentes palidecían. Acababa de lanzar un guante que se había estrellado en el suelo con estrépito. Pero luego lanzó otro aún más aparatoso.

-Saben ustedes muy bien quién es el presidente. ¿Qué les parece si continuásemos con las cuestiones que interesan al país?

-¿Qué piensa hacer usted acerca de la cuestión? -preguntó el corresponsal de la cadena ABC.

-¿Se refiere usted a Kealty o a Irak? -preguntó, por su parte, Ryan, cuyo tono indicaba de manera inequívoca a cuál de las dos cuestiones se refería él.

-A lo de Kealty, señor -persistió el periodista.

-Le he pedido un informe al FBI, que espero me lo entregue hoy mismo. Pero tenemos otras muchas cosas que hacer.

-¿Y qué me dice de lo que les pidió usted a los gobernadores, en su discurso de anoche, y de lo que el vicepresidente Kealty ha dicho esta mañana? ¿De verdad quiere usted personas sin experiencia para...?

-En efecto. En primer lugar, ¿con quiénes podemos contar que tengan verdadera experiencia en el Congreso? Y la respuesta es que no tenemos muchos. Podemos contar con los supervivientes, con quienes tuvieron la suerte de no encontrarse en el salón de sesiones aquella noche. ¿Con quiénes podemos contar, aparte de ellos? ¿Con candidatos derrotados en las pasadas elecciones? ¿Quieren que sean los candidatos derrotados quienes se sienten en el Congreso? Yo necesito, como creo que necesita el país, personas expertas en sus profesiones. La pura verdad es que los gobiernos al uso son ineficientes por naturaleza. No conseguiremos que sean más eficientes eligiendo a personas que siempre han trabajado en la administración. La idea de los Padres de la Constitución fue que el país lo gobernasen unos ciudadanos legisladores, no una clase gobernante. Creo ceñirme al espíritu de los Padres de la Constitución. ¿Más preguntas?

-Pero ¿quién dirimirá la cuestión? -preguntó el corresponsal de Los Ángeles Times, que no necesitaba aclarar a qué cuestión se refería.

-La cuestión ya está dirimida -le contestó Ryan-. Gracias por haber venido. Y ahora, si me perdonan, tengo mucho trabajo que hacer hoy -añadió, a la vez que cogía el texto de su declaración oficial y se disponía a retirarse.

-¡Señor Ryan! -gritaron al unísono varios corresponsales. Sin embargo, Ryan no se detuvo. Traspuso la puerta y fue junto a Arnie, que lo aguardaba.

-No ha estado mal, dadas las circunstancias.

-Salvo en un aspecto : ni uno solo me ha llamado presidente.

Moudi contestó a la llamada, que atendió en sólo unos segundos. Luego, se dirigió al pabellón de aislamiento. Antes de entrar, se puso el traje protector y examinó el tejido plástico para cerciorarse de que no tuviese fisuras. Era un traje hecho por una empresa europea, inspirado en el modelo americano Racal. El grueso plástico era de un sucio color azulado, reforzado con fibra Kevlar. El dispositivo de acondicionamiento del aire colgaba del cinturón. Bombeaba aire filtrado al interior del traje, con una ligera sobrepresión para que, si se producía una rotura, no entrase aire del exterior. Se ignoraba si el Ébola se transmitía por aire, pero nadie quería ser el primero en servir de prueba de que así era.

Al abrir la puerta, Moudi vio a la hermana María Magdalena, que asistía a su amiga, vestida también con el traje protector. Ambos eran conscientes de lo mucho que afectaba a un paciente ver que quienes velaban por su salud vestían de un modo que indicaba el pánico que sentían por su enfermedad.

-Buenas tardes, hermana -dijo Moudi, que, con las manos enguantadas, miró la ficha de

Librodot

gráficas que colgaba de los pies de la cama.

A pesar del hielo que le aplicaban, la temperatura era de 41,4 °C. Tenía 115 pulsaciones por minuto y respiraba con suma dificultad. La presión arterial descendía a causa de las hemorragias internas. Le habían practicado cuatro transfusiones, pero probablemente había vuelto a perder una cantidad de sangre equivalente. La composición del tejido sanguíneo estaba ya muy alterada. No podían aumentarle la dosis de morfina sin correr el riesgo de un fallo respiratorio. La hermana Jean Baptiste estaba semiinconsciente (sólo el dolor había impedido que entrase en coma).

La hermana María Magdalena miraba a Moudi a través de la mascarilla de plástico. Más que tristeza, los ojos de la hermana reflejaban una desesperación contraria a su fe. Moudi y ella habían visto morir a enfermos de malaria, de cáncer, de sida y de otras muchas afecciones graves, pero ninguna de ellas era tan cruel como la que provocaba el Ébola. Invadía el organismo a tal velocidad que las defensas no tenían tiempo de movilizarse; ni le daba tiempo al paciente para prepararse sicológicamente, fortalecer su espíritu y rezar con fe. Era como un accidente de tráfico, que se producía por sorpresa y que, sin embargo, dejaba tiempo sobrado para el sufrimiento. Si existía el demonio, ése debía de ser el peor veneno que vertía en este mundo. Aunque incluso el demonio tenía su utilidad.

-El avión vuela ya hacia aquí -le dijo a la hermana María Magdalena.

-¿Y qué haremos entonces? -preguntó ella.

-El profesor Rousseau propone un tratamiento de choque. Le sustituirá la sangre por completo. Primero se la extraerán y dejarán que el sistema vascular funcione con una solución salina oxigenada. Luego, le hará una transfusión de sangre con anticuerpos del Ébola. En teoría, esto les permitirá a los anticuerpos atacar al virus de modo sistemático y simultáneo.

La monja reflexionó unos momentos. No era un método tan radical como muchos pudieran imaginar. Se utilizaba ya en los años 60, muy a menudo en casos de meningitis grave. Sin embargo, no era un tratamiento que pudiera aplicarse de modo rutinario. Requería un aparato para realizar un by-pass corazón-pulmón. Pero la hermana Jean Baptiste era su amiga. No podía poner obstáculos a que se hiciese por ella todo lo posible.

La hermana Jean Baptiste abrió los ojos. Tenía la mirada perdida y vidriosa. Su demacrado rostro anunciaba su agonía. Quizá ni siquiera estuviese consciente. Quizá sólo hubiese abierto los ojos porque, cuando el dolor era muy agudo, no podían permanecer mucho tiempo cerrados.

Moudi miró la botella del gotero que contenía la morfina. De poder pensar sólo en su dolor, podía haberle aumentado la dosis aun a riesgo de matar a la paciente en nombre de la misericordia. Pero no podía hacerlo. Tenían que enviarla con vida. Por más cruel que fuese su destino, no era él quien lo había elegido.

-Debo acompañarla -dijo la hermana María Magdalena en tono reposado.

-No puedo permitirlo -repuso Moudi.

-Es una regla de nuestra orden. Toda hermana debe viajar siempre acompañada de otra.

-Es peligroso, hermana. Trasladarla conlleva un riesgo. En el avión respiraremos aire recirculado. Es innecesario exponerla a usted al riesgo de contraer la enfermedad. No creo que sea el caso de velar por su virtud -argumentó Moudi, que pensaba que con una muerte bastaba para cumplir con su cometido.

-Debo acompañarla -persistió la hermana.

-Como usted quiera -asintió Moudi al fin.

Tampoco sería él quien hubiese elegido el destino de la hermana María Magdalena, ¿verdad que no?

El avión aterrizó en el aeropuerto internacional Jomo Kenyatta, situado a quince kilómetros de Nairobi, y se dirigió hacia la terminal de carga. Era un viejo 707 que formó parte de la flota personal del sha. Los camiones aguardaban. Uno de ellos se arrimó a la puerta trasera, situada en el lado derecho, que se abrió un minuto después de que calzasen las ruedas del tren

de aterrizaje.

El aparato transportaba ciento cincuenta jaulas con otros tantos monos verdes africanos. Todos los empleados de la terminal llevaban guantes. Como si intuyesen su destino, los monos estaban de muy mal humor y no perdían ocasión de morder y arañar a quienes los transportaban. Chillaban, se orinaban y defecaban.

En el interior del aparato, la tripulación observaba a prudente distancia. No quería saber nada del transbordo. Aunque aquellos pequeños, ruidosos e impertinentes animales no apareciesen en el Corán como animales detestables, eran bastante desagradables.

En cuanto los tripulantes cumpliesen con aquel trabajo, harían limpiar y desinfectar a fondo el avión. Tardaron media hora en hacer el transbordo. Apilaron las jaulas y las ataron. Los mozos, una vez efectuadas esas operaciones, se alejaron, cobraron en metálico y se marcharon encantados en otro vehículo.

-Excelente -le dijo el comprador al vendedor.

-Hemos tenido suerte. Un amigo tenía una importante partida preparada, pero como el comprador se retrasaba demasiado en el pago anticipado...

-¿Le parece bien un diez por ciento más?

-Será suficiente -dijo el vendedor.

-Perfectamente. Por la mañana tendrá el cheque que falta. ¿O lo prefiere en metálico?

Ambos dieron media vuelta en cuanto los motores del 707 se pusieron en marcha. Despegaría diez minutos después para realizar un breve vuelo que lo llevaría a Entebbe, en Uganda.

-Esto me huele mal -dijo Bert Vasco devolviendo la carpeta.

-Explíquese -le ordenó Mary Pat.

-Nací en Cuba. Mi padre me contó una vez lo de la noche en que Batista puso... mar de por medio. Sus generales tuvieron una breve reunión. Luego, embarcaron en aviones rumbo a los distintos países en los que tenían cuentas bancarias, dejando a todos los demás en la estacada.

Vasco era un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que colaboraba encantado con la CIA, quizá por ser cubano de nacimiento. Tenía claro que la diplomacia y los servicios de inteligencia eran más eficaces cuando colaboraban. Pero no todo el mundo estaba de acuerdo en Foggy Bottom. Ése era su problema. Ellos nunca se habían visto obligados a exiliarse.

-¿Cree que es eso lo que ocurre ahora? -preguntó Mary Pat adelantándose a su esposo.

-Así lo veo yo.

-¿Tan claro como para exponérselo al presidente? -preguntó Ed Foley.

-¿A cuál? -preguntó Vasco-. Tendrían que oír lo que dicen en el ministerio. El FBI tiene tomada la planta del despacho del ministro. Y se ha organizado un revuelo considerable. Pero, sí. Aunque no es más que una intuición, quizá no ande muy desencaminado. Lo que necesitamos saber es quién ha hablado con ellos, si es que ha hablado alguien. ¿No tenemos ningún agente sobre el terreno, verdad?

Por toda respuesta, los Foley se limitaron a bajar la vista.

-La versión del señor Ryan muestra que ha aprendido los aspectos más turbios de la política antes que los más transparentes -dijo Kealty en un tono de voz que pretendía parecer más herido que indignado-. Con franqueza... tenía mejor concepto de él.

-¿La desmiente usted? -preguntó el corresponsal de la ABC.

-Por supuesto que sí. No es un secreto para nadie que durante cierto tiempo tuve problemas con el alcohol. Pero los superé. Y tampoco es un secreto que mi conducta no siempre ha sido edificante. Pero también en eso he cambiado, con la ayuda de mi iglesia y el amor de mi esposa.

Kealty apretó la mano de su cónyuge, que le dirigió una tierna mirada que reafirmaba su inquebrantable apoyo.

Librodot

-Sin embargo -continuó Kealkty-, nada de eso tiene que ver con la cuestión. Debemos anteponer el interés de nuestro país. La animosidad personal no tiene sitio en este caso, Sam. Deberíamos estar por encima de estas cosas.

-Será cabrón... -musitó Ryan.

-No va a ser plato de su gusto -dijo Van Damm.

-¿No irá a creer que pueda salirse con la suya, Arnie?

-Eso depende. No estoy seguro de a qué juega.

-...también podría decir ciertas cosas acerca del señor Ryan. Pero eso no debe interesarnos. El país necesita estabilidad, no discordia. La nación americana necesita liderazgo... gobernantes con experiencia y madurez política.

-Pero Arnie... ¿hasta qué punto puede esto...?

-No están muy lejos los tiempos en que Kealty era capaz de tirarse una escoba vestida. No sirve de nada ahora, Jack. Recuerde lo que comentó Allen Drury : ésta es una ciudad en la que no nos relacionamos con las personas tal como son, sino de acuerdo a su reputación. Ed les cae bien a los medios de comunicación. Siempre les ha caído bien. Y la simpatía es mutua. Les cae bien su familia. Les gusta su conciencia social...

-¡Y una mierda! -exclamó el presidente.

-Haga el favor de escucharme. ¿Quiere ser usted presidente? Pues en tal caso no puede permitirse perder los estribos. Hágase a la idea, Jack. Siempre que un presidente pierde los estribos, muere gente. Ha tenido usted ocasión de comprobar que así es. La ciudadanía quiere verlo tranquilo, frío y sereno siempre. ¿Entendido?

Ryan tragó saliva y asintió con la cabeza. No venía mal perder los estribos de vez en cuando, y no era verdad que a los presidentes no les estuviese permitido. Aunque había que saber cuándo, y ésa era una lección que él aún no había aprendido.

-Está bien. ¿Qué viene a decirme, en definitiva?

-Que es usted el presidente. Que se comporte como tal. Haga su trabajo. Adopte las maneras propias de un presidente. Lo que dijo usted en la conferencia de prensa estuvo bien. Lo que argumenta Kealty carece de base. Ha recabado usted un informe del FBI, pero los alegatos de Kealty no tienen sentido. Prestó usted juramento, y a ello ha de atenerse. Si no es así y lo que pretende es que prevalezca lo de que el mejor desprecio es no hacer aprecio, Kealty... se depreciará y se deshará como un azucarillo. Si desciende usted a su terreno, lo está legitimando.

-¿Y los medios de comunicación?

-Deles una oportunidad y ya verá usted cómo ponen las cosas en su sitio.

-¿Vuelves a casa hoy, Ralph?

Augustus Lorenz y Ralph Forster empezaron a ejercer la medicina en el Ejército de tierra de EE.UU., uno en cirugía general y el otro como internista. Fueron destinados al MAM-V (Mando de Asesores Militares en Vietnam) en tiempos del presidente Kennedy. No tardaron en descubrir que, en aquel remoto país, muchas de las enfermedades infecciosas que estudiaron, como si de curiosidades teóricas se tratase, eran tan reales que hacían estragos en la población.

Criados en la América urbana, tenían edad suficiente para recordar la conquista de la neumonía, la tuberculosis y la poliomielitis. Al igual que la mayoría de los hombres de su generación, creían que las enfermedades infecciosas eran unos enemigos derrotados. En las selvas de Vietnam comprendieron que no era así. Vieron morir a muchos jóvenes, sanos y vigorosos, a causa de agentes patógenos de los que nunca habían oído hablar y a los que no podían combatir.

Lorenz y Forster eran jóvenes e idealistas, y una noche, mientras tomaban unas copas en el Caravelle Bar, decidieron volver a la facultad para reciclarse en su profesión.

Forster fue a parar al John Hopkins y Lorenz a Atlanta, al más importante de los centros para el control de enfermedades infecciosas, consagrado al estudio de los agentes patógenos

más peligrosos. Forster y Lorenz tenían más horas de vuelo que muchos pilotos de líneas aéreas, y conocían lugares más exóticos que muchos fotógrafos del National Geographic.

-Más me vale, antes de que el nuevo tome mi departamento al asalto.

-Alex es bastante bueno -dijo Lorenz, a quien muchos consideraban candidato al Nobel-. Me alegro de que dejase el Ejército. En Brasil íbamos de pesca.

Hacía un calor bochornoso en el laboratorio. Un técnico ajustó el microscopio electrónico.

-Eso es -dijo Lorenz-. Ése es el bicho.

Algunos lo llamaban «cayado de pastor», y ambos lo consideraban la encarnación de Satanás. El curvado filamento vertical llamado ácido ribonucleico contenía el código genético del virus. En la parte superior había una serie de rizadas estructuras proteicas. Aunque se sabía poco acerca de cuál era su función, ambos opinaban que probablemente determinaban el modo de actuar del virus. Pero pese a llevar más de veinte años estudiándolo, no estaban seguros.

El condenado bicho ni siquiera era, en realidad, algo vivo, aunque mataba igualmente. Todo organismo vivo tenía ambos ácidos, el ribonucleico y el desoxirribonucleico. Pero un virus sólo tenía uno de los dos. En cierto modo, vivía en estado latente hasta que entraba en contacto con una célula viva. Una vez allí se convertía en un patógeno asesino, en una especie de monstruoso alienígena que aguardase agazapado su oportunidad, capaz de vivir, crecer y reproducirse sólo con la ayuda de otra cosa, a la que destruía y de la que trataría de escapar para cebarse en otra víctima.

El Ébola era de una pasmosa sencillez y de tamaño microscópico. Cien mil de ellos, estirados y puestos en fila, no medían más allá de 2,5 cm. En teoría, cualquiera de ellos podía matar, crecer y migrar para matar de nuevo, una y otra vez.

La memoria colectiva de la medicina no alcanzaba a tanto como a ambos médicos les hubiese gustado. En 1918, la llamada «gripe española» -que probablemente era una forma de neumonía- asoló el mundo en sólo nueve meses. Murieron más de veinte millones de personas. En algunos casos, la enfermedad evolucionó con tal rapidez que la víctima se acostó sin el menor síntoma y no llegó a despertar. Pero aunque los síntomas de la enfermedad estaban bien documentados, nadie sabía qué fue exactamente aquella epidemia (hasta tal punto era así que en los años 70 probables víctimas de la epidemia, enterradas en los hielos de Alaska, fueron exhumadas, con la esperanza de encontrar muestras del organismo para estudiarlo). Fue una buena idea que no funcionó. Para la comunidad médica, la enfermedad quedó en gran medida olvidada. Todos daban por sentado que, caso de reaparecer, sería vencida con los modernos tratamientos.

Los especialistas en enfermedades infecciosas no estaban tan seguros. Aquella enfermedad, al igual que el sida y que el Ébola, la causó probablemente un virus, y los éxitos de la medicina en el tratamiento de las enfermedades víricas eran... nulos. Así como suena.

Las enfermedades víricas podían ser prevenidas con vacunas pero una vez que el sujeto quedaba infectado, el sistema inmunológico perdía la batalla o vencía por sí solo, mientras que los mejores médicos no podían hacer más que sentarse a observar.

Al igual que otros profesionales, muchos médicos optaban por ignorar aquello que no podían ver ni comprender. Eso explicaba que se hubiese tardado tanto en descubrir la existencia del sida, una enfermedad que Lorenz y Forster estudiaban también (otro regalito de las selvas de África).

-A veces dudo de que lleguemos a desenmascarar a ese cabrón, Gus.

-Tarde o temprano lo conseguiremos, Ralph.

Lorenz se apartó del microscopio (una pantalla de ordenador, en realidad). Fumaba en pipa y se moría de ganas por encenderla. Pero estaba prohibido fumar en los edificios oficiales. Una lástima, se decía Gus, porque pensaba mejor con la pipa en la boca.

Forster y Lorenz fijaron su atención en las rizadas estructuras de las proteínas que aparecían en la pantalla.

Librodot

-Esta es del niño.

Ambos seguían los pasos de un puñado de gigantes de la ciencia. Lorenz había escrito un ensayo sobre Walter Reed y William Gorgas (ambos, médicos del Ejército), que vencieron a la fiebre amarilla con una combinación de investigación sistemática y de aplicación de lo que ya sabían. Pero en medicina, el aprendizaje era lento y caro.

-Proyecte el otro, Kenny.

-Sí, doctor -se oyó a través del intercomunicador.

Y al momento, apareció otra imagen junto a la anterior.

-Es muy parecido -dijo Forster.

-Es de la enfermera. Y fíjese en esto -comentó Lorenz a la vez que pulsaba el botón del intercomunicador-. Bien, Kenny, pase la comparación.

Apareció entonces en pantalla la computerizada imagen de ambas muestras. El ordenador las superpuso. Encajaban perfectamente.

-Por lo menos no es un mutante.

-¡Hombre...! No ha tenido muchas ocasiones, con sólo dos pacientes. Han hecho un buen trabajo de aislamiento. Quizá hayamos tenido suerte. Se les han hecho análisis a los padres del niño. No parecen haberse contagiado, o, por lo menos, eso dice el télex. Tampoco informan de que lo haya contraído nadie de su vecindad. El equipo de la OMS inspecciona la zona. Lo de costumbre: monos, murciélagos, insectos. Pero, de momento, nada.

Era más una esperanza que una opinión.

-Voy a estudiar éste. He pedido monos. Haré un cultivo, lo inocularé en algunas células y entonces, Ralph, observaré qué efectos causa, minuto a minuto. Apartaré una muestra de las células infectadas, la diseccionaré, la congelaré en nitrógeno líquido y la examinaré al microscopio. Quiero ver qué tal se comporta el virus de ácido ribonucleico. Hay un aspecto... secuencial, aunque es una idea que no consigo concretar. Es exasperante.

Gus abrió el cajón, sacó la pipa y la encendió con una cerilla de cocina. Al fin y al cabo, era su despacho, y pensaba mejor con la pipa en la boca. Solía decir que el humo mantenía alejados a los gérmenes y, además, no se lo tragaba. No obstante, tuvo la delicadeza de abrir la ventana.

Ambos eran conscientes de que la idea por la que acababan de concederle una subvención era más complicada que su breve exposición. Tendrían que repetir miles de veces el experimento si querían llegar a comprender la evolución del virus. Y eso no sería más que un punto de partida. Cada muestra tendría que ser examinada y cartografiada. Podía llevar años. Pero si Lorenz estaba en lo cierto, al final descubrirían lo que hacía un virus y cómo afectaba su cadena ribonucleica a una célula viva.

-Aplicamos una idea similar en Baltimore.

-¿Ah, sí?

-Es parte del Proyecto Genoma. Tratamos de interpretar las interacciones complejas. El proceso...cómo se las arregla ese cabroncete para atacar las células a nivel molecular. Cómo se replica el Ébola, con un genoma que carece de una adecuada función de edición. Por ahí se puede aprender algo. Pero la complejidad del problema es descomunal. Necesitamos un genio informático que le enseñe al ordenador cómo analizarlo.

-¿Y han avanzado mucho? -preguntó Lorenz enarcando las cejas.

-De momento, todo se reduce a formulaciones en la pizarra -contestó Forster encogiéndose de hombros.

-Bien. Cuando me traigan los monos, le informaré de lo que hagamos aquí. Por lo menos, las muestras de tejido deberían arrojar un poco de luz.

El funeral fue algo épico, un espectáculo con miles de extras que gritaban su lealtad a un difunto, mientras ocultaban lo que de verdad pensaban. Se palpaba su inquietud ante lo que fuese a ocurrir en adelante.

Se veía el carro de combate, los soldados con el rifle boca abajo, el caballo llevado de

las riendas por el jinete, los soldados que desfilaban... Todo ello transmitido por la televisión iraquí, captado por la estación Storm Track y retransmitido a Washington.

-Ojalá pudiésemos ver más caras -dijo Vasco.

-Sí -dijo el presidente.

Ryan tuvo que contenerse para no sonreír. En realidad, nunca dejó de sentirse como un oficial de los servicios de inteligencia. De eso no le cabía duda a Jack. Quería datos de primera mano, no maquillados y presentados a él por otros. En este caso podía verlos en directo.

Veinte años antes, hubiesen llamado a aquello un happening (personas que se exhibían y actuaban, simplemente porque era eso lo que se esperaba de ellas). Una marea humana llenaba la plaza, una plaza que tenía nombre, aunque nadie pareciese saberlo. Incluso habían instalado gigantescas pantallas de televisión para que la multitud no perdiese detalle.

Sólo faltaba que les pasasen a cámara lenta las imágenes más espectaculares, pensaba Jack. Dos filas de generales marchaban detrás del carro de combate, marcando el paso.

-¿Hasta dónde cree que llegarán?

-Es difícil de saber, señor presidente.

-Mire, Bert, para que me diga que no lo sabe, puedo llamar a cualquier agente del SIN.

Vasco tragó saliva. Sin embargo, qué demonios, diría lo que opinaba y listo.

-El ochenta por ciento pondrá tierra de por medio.

-Déjese de porcentajes y dígame por qué.

-Irak no tiene nada en lo que apoyarse. No se puede ejercer una dictadura a través de un comité, por lo menos no durante mucho tiempo. Y ninguna de esas personas los tiene lo bastante bien puestos para imponerse a los demás. Si no hacen nada y el gobierno cambia, este cambio no sería bueno para ellos. Acabarían como acabó la plana mayor de los generales del sha: ante un pelotón de fusilamiento. Quizá tratasen de resistir, pero lo dudo. Deben de tener dinero puesto a buen recaudo en el extranjero. Dedicarse a beber daiquiris en una playa quizá no sea tan divertido como ser general, pero es muchísimo más atractivo que criar malvas. Además, tienen familias por las que velar.

-De modo que debemos enfocarlo contando con la posibilidad de que se instale en Irak un régimen completamente distinto -preguntó Jack.

-En efecto, señor -contestó Vasco.

-¿Y en cuanto a Irán?

-No me atrevería a dar una opinión -repuso Vasco-. Carecemos de información suficiente. Ojalá pudiese decirle algo más, señor, pero usted no me paga para dar palos de ciego.

-Está bien con eso, por el momento.

Lo cierto era que no bastaba con eso. Pero Vasco le había dicho a Ryan todo lo que podía.

-¿No podemos hacer nada, verdad? -preguntó Jack mirando a los Foley.

-La verdad es que no -contestó Ed-. Supongo que podríamos enviar a alguno de nuestros agentes destinados en la región. El problema radica en que no sabemos con quién debería ponerse en contacto. No tenemos medio de saber quién manda allí en estos momentos.

-Si es que manda alguien -apostilló Mary Pat, que reparó en que ninguno de los generales que desfilaban iba al frente.

-¿Qué quiere decir? -preguntó el comprador.

-No me ha pagado usted a tiempo -repuso el vendedor, que acababa de apurar su primera cerveza y bostezó con displicencia. Y yo tenía otro comprador.

-Han sido sólo dos días de retraso -protestó el comprador-. Surgió un problema administrativo con la transferencia de los fondos.

-¿Pero tiene ya el dinero?

-¡Sí!

-Pues, entonces, le conseguiré más monos -le aseguró el vendedor llamando por señas al camarero-. No es tan difícil -añadió-. ¿Qué tal una semana? Acaso pueda tenerlos incluso an-

tes.

-Es que el Centro de Control de Enfermedades Infecciosas los necesita con urgencia. El avión vuela ya hacia aquí.

280

281

-Haré lo que pueda -le aseguró el vendedor-. Y, por favor, dígale a su cliente que si quiere que le entreguen sus pedidos a tiempo debe pagar también a tiempo. Gracias -añadió dirigiéndose al camarero-. Traiga también una para mi amigo.

-¿Cuánto tardará?

-Ya se lo he dicho. Una semana, o acaso menos.

¿Por qué le preocuparía tanto al cliente un pequeño retraso de unos días? Lo cierto era que el comprador no tenía alternativa, por lo menos en Kenya. De modo que decidió beber la cerveza y hablar de otras cosas. Luego haría una llamada a Tanzania. Al fin y al cabo, el mono verde africano abundaba en todo el continente. No era un producto que escaseara, se dijo. Dos horas después, se enteró de que no era así. Sí escaseaba el producto, aunque tal escasez duraría sólo unos días, los necesarios para que los tramperos localizasen otra colonia de los colilargos e incordiantes animales.

Vasco hizo la traducción, además de cumplir con su deber de informar.

-«Nuestro sabio y querido líder, que le ha dado a nuestro país... »

-Un infalible sistema de contención del crecimiento de la población -ironizó Ed Foley.

Los soldados, todos ellos miembros de la escolta presidencial, trasladaron el féretro al mausoleo y, así, dos décadas de la historia iraquí pasaron a los libros, aunque lo más probable es que pasasen sólo a un bloc de anillas. La cuestión estribaba en saber quién escribiría el siguiente capítulo.

15

REPARTO

-¿Y bien? -preguntó el presidente Ryan cuando hubo despedido al último grupo de invitados.

-Pues que la carta, caso de que exista tal carta, ha desaparecido, señor -contestó el inspector O'Day-. El dato más importante que hemos conseguido hasta el momento es que el ministro Hanson no era muy cuidadoso respecto de la seguridad de los documentos que guardaba en su despacho. Es una opinión del jefe del servicio de seguridad del propio ministro, que afirma haber reconvenido respetuosamente a Hanson en varias ocasiones. Los agentes que me acompañaron han empezado a interrogar a todas las personas que entraron en su despacho. Tendré que partir de ahí.

-¿Quién dirige los interrogatorios? -preguntó Ryan, que ya sabía que, pese a ser un excelente diplomático, Hanson no era persona que supiese escuchar.

-El señor Murray ha nombrado a otro inspector para que prosiga la investigación de manera independiente. Esto significa que también yo quedo al margen, porque he estado bajo las órdenes de usted en el pasado.

-¿Tan tajante ha de ser?

-No hay más remedio, señor presidente -confirmó el inspector-. Contarán con la ayuda de la Asesoría Jurídica, que la integran agentes licenciados en derecho. Además, son buenos policías. ¿Quiénes han entrado en el despacho del vicepresidente?

-¿Aquí, se refiere usted?

-En efecto, señor.

-Últimamente, nadie -se adelantó a contestar Andrea Price-. Nadie ha utilizado el despa-

cho desde que él se marchó. Su secretario se fue con él y...

-Sería conveniente que alguien examinase su máquina de escribir. Si es de cinta...

282

283

-¡Claro! -exclamó Andrea, a quien poco faltó para salir de estampida del despacho-. No obstante, espere : ¿no deberían ser sus hombres quienes...?

-Los llamaré -la tranquilizó O'Day-. Perdone, señor presidente, pero lo cierto es que tenía que haber caído antes en esto. ¿Podría ordenar que precinten el despacho?

-Lo haré inmediatamente -le aseguró Andrea Price.

El ruido era insoportable. Aquellos monos eran animales sociales que estaban acostumbrados a vivir en colonias de unos ochenta individuos. Se instalaban en frondas limítrofes entre la selva y las extensas sabanas, al objeto de poder descender de los árboles e irrumpir en los llanos en busca de alimento. En los últimos cien años habían aprendido a hacer incursiones en las fincas, porque resultaba más fácil y más seguro que lo que la naturaleza había programado en su comportamiento, ya que los humanos que explotaban las fincas solían controlar a los predadores que devoraban a los monos. El mono verde africano era todo un manjar para un leopardo o una hiena, pero también lo eran las terneras, y los ganaderos tenían que protegerlas. Esto provocaba un considerable caos ecológico. Para proteger el ganado, los ganaderos procuraban eliminar a los predadores, aunque fuese ilegal. Esto permitía que creciera la población de monos verdes, cuya voracidad asolaba los trigales, los maizales y otros cultivos que eran de los que, a su vez, se alimentaban los granjeros y su ganado. Para complicarlo aún más, los monos comían también muchos insectos que se alimentaban de los cultivos. Los ecologistas locales habían llegado a la conclusión de que eliminar a los monos era negativo para el equilibrio ecológico. Para los granjeros la cuestión era más sencilla: mono que sorprendían merendando en el maizal, mono que liquidaban. Y se podía imaginar uno lo que pasaba si sorprendían a un grupo atacando a una ternera. Los insectos eran demasiado pequeños para poder verlos, pero los monos no. De manera que muy pocos granjeros se oponían a las actividades de los tramperos en sus tierras.

La especie Aethiops, de la familia Cercopithecus, a la que pertenecía el mono verde africano, tenía patillas amarillas y la espalda de color dorado verdoso. Alcanzaba los 30 años de edad (más fácilmente en cautividad que en las selvas infestadas de predadores) y tenía una vida social muy activa. Las colonias las formaban familias de hembras a las que se unían, individual y periódicamente, los machos durante períodos de varias semanas e incluso meses, para luego seguir su camino.

La abundancia de hembras en celo permitía a los machos explayarse a gusto en el cumplimiento de su natural misión, pero no era éste el caso en el hábitat del avión, en jaulas apiladas como cajones de polluelos que llevasen al mercado. Había varias hembras en celo, pero inaccesibles para sus frustrados pretendientes. Los machos, enjaulados junto a las jaulas de otros machos, gruñían, arañaban y escupían a sus indeseables vecinos, tanto más irritados por cuanto sus captores cometieron el error de encerrar en jaulas idénticas a monos de diferente tamaño (el macho de esta especie era dos veces más grande que la hembra). De modo, que el más grato aroma de la naturaleza les llegaba a los machos desde demasiado cerca. Esto, unido a los extraños olores del aparato y a la falta de comida y de agua, alimentó en la simiesca población algo parecido a un motín que, como no podía desahogarse en combate, se sublimaba en un iracundo clamor. El colectivo chillido era tan penetrante que ahogaba el estruendo de los motores del JT-8 que sobrevolaba el océano índico en dirección este.

Los tripulantes iban con la puerta de la cabina bien cerrada y los auriculares muy ajustados. Esto atenuaba el ruido, pero no el hedor que el recirculado aire del sistema de climatización distribuía por todo el aparato, que enfurecía más a los monos y tenía a la tripulación al borde de la náusea.

El piloto, normalmente un hombre extrovertido, juraba como un carretero, había agota-

do su repertorio de maldiciones y se había hartado de encarecerle a Alá que borrase a aquellos pequeños monstruos de la faz de la Tierra. Podía darse el caso que, en un zoo, hubiese señalado a la jaula de los colilargos simios y que sus hijos gemelos hubiesen sonreído, y acaso les hubiesen lanzado cacahuetes a sus divertidos reclusos, pero en aquel momento ya estaba harto. Al piloto se le había agotado la paciencia hasta tal punto que se alcanzó la mascarilla de oxígeno, tentado de abrir las compuertas del compartimiento de carga para despresurizar la cabina, no con la intención de ceñirse a la conseja de matar dos pájaros de un tiro, sino de cargarse a todos los monos... descargándolos en pleno vuelo (y de paso librarse del apestoso aire). Se habría sentido mejor de haber sabido lo que los monos presentían. Porque no les aguardaba nada bueno.

Badrain volvió a entrevistarse con ellos en un búnker de comunicaciones. Sin embargo, en la enorme estructura de cemento no se sentía tan seguro como pudiera parecer. La única razón de que aquel búnker siguiese en pie era que estaba oculto bajo la falsa planta de un edificio industrial -una empresa de encuadernación en la que incluso encuadernaban algunos libros-. Aquel búnker, al igual que algunos otros, sobrevivió a la guerra contra EE. UU. por fallos de los servicios de inteligencia americanos. Dos «bombas inteligentes» hicieron blanco en el edificio de enfrente. Aún se veía el cráter donde los americanos creyeron que se encontraba el búnker de comunicaciones.

De ahí cabía extraer una lección, pensó Badrain mientras aguardaba. Parecía increíble. No era lo mismo verlo por televisión ni oírlo contar. Eran cinco metros de hormigón armado lo que tenía por encima de su cabeza. Cinco metros. Era sólido, construido bajo la supervisión de ingenieros alemanes. Todavía se veían las marcas de las planchas de contrachapado utilizadas para armar el cemento. No se apreciaba ninguna grieta -sin embargo, la única razón por la que el bastión seguía entero era que los norteamericanos bombardearon el lado contrario de la calle-. ¡Menuda precisión!

Aunque Alí Badrain vivió siempre en un mundo presidido por las armas y la lucha a vida o muerte, aquélla fue la primera vez que comprendió la cara y la cruz de la alta tecnología aplicada al armamento.

Sus anfitriones hacían honor a tal condición. Le asignaron un coronel a modo de maestro de ceremonias, y dos sargentos encargados de servirle comida y bebida.

Vio el funeral por televisión. Era todo tan arquetípico como en los telefilmes policíacos americanos que uniformaban el mundo. Siempre sabía uno cómo terminaban. Los iraquíes, como la mayoría de los pueblos de la región, eran un pueblo vehemente, sobre todo en las grandes concentraciones, si se los alentaba para el clamoreo. Era fácil dirigirlos y movilizarlos. Y Badrain sabía que, en muchos casos, lo de menos era quién los dirigiese. ¿Hasta qué punto era auténtica la aflicción que exteriorizaban? Los informadores seguían merodeando por todas partes, para tomar buena nota de todo aquel que no vitorease o gritase su dolor. Era del dominio público que el aparato de seguridad, que de modo tan estrepitoso le falló al presidente, seguía funcionando.

Badrain rió para sus adentros. Era como cuando una mujer fingía el orgasmo. ¿Lo notaba el hombre que sentía placer sin darlo?

Llegaron de uno en uno, para evitar que nadie tuviese oportunidad de confabularse antes de la reunión. Abrieron un precioso mueble bar lleno de botellas y copas con las que transgredieron los mandamientos del Islam. A Badrain no le importaba. Bebió una copa de vodka, a la que se aficionó veinte años antes en Moscú, por entonces capital de la desaparecida Unión Soviética.

Sorprendía el desenfado de hombres tan poderosos, a quienes cabía suponer muy crispados, tras vivir tantos años a la sombra de un dictador al que detestaban.

El televisor estaba encendido y la cadena local emitía el funeral en diferido. El presentador proclamaba las excepcionales virtudes del caído líder. Los generales miraban y escuchaban, pero sus miradas no reflejaban tristeza sino temor. Su mundo se había desplomado.

No se emocionaron al oír el clamor del pueblo ni las loas del presentador. Todos sabían que la realidad era muy distinta.

El último en llegar fue el jefe de los servicios de inteligencia, el militar que se entrevistó con Badrain por la mañana. Su aspecto era más relajado. Probablemente porque habría tenido tiempo de descansar un poco en su despacho. Los otros lo miraron, y él se anticipó a contestar la pregunta que no llegaron a formularle.

-Todo está tranquilo, amigos.

De momento. Tampoco era preciso que nadie verbalizase este escueto matiz.

Badrain pudo haber tomado entonces la palabra, pero se abstuvo. En sus muchos años de actividad había tenido que motivar a gran número de personas y sabía cómo hacerlo. Pero en aquellos momentos no había nada más elocuente que el silencio. Se limitó a mirarlos y aguardó, seguro de que su mirada era más expresiva que todo lo que pudiese decir.

-No me gusta esto -dijo al fin uno de ellos.

Nadie se inmutó. Y no era sorprendente. A ninguno de los allí presentes le gustaba aquello. El que se adelantó a hablar no hizo más que verbalizar lo que todos pensaban. Aunque, al hacerlo así, se señalase como el más débil del grupo.

-¿Cómo saber que podemos fiarnos de quién lo envía? -preguntó uno de los generales.

-Tienen su palabra, con Dios por testigo -contestó Badrain ajustándose la gafas-. Si lo desean, una delegación de ustedes puede ir entrevistarse con él. En tal caso, yo me quedaré aquí como rehén de ustedes. Pero si es eso lo que desean, deben hacerlo sin pérdida de tiempo.

Nadie lo dudaba. Era probable que lo que más temían se produjese antes de su partida.

Se hizo un tenso silencio. Incluso se habían desentendido de sus whiskies. Badrain podía leerles el pensamiento. Todos esperaban que fuese otro quien expresase una postura. Esto les daría pie a secundarla o a objetarla, con lo que el grupo llegaría a una decisión colectiva que terminarían por apoyar todos. Acaso sólo dos o tres propusiesen otras alternativas.

-Me casé tarde -dijo el jefe de las Fuerzas Aéreas, que había sido piloto de combate desde los veinte años hasta los cuarenta, aunque pasase más tiempo en tierra que en el aire-. Tengo hijos pequeños -añadió mirando en derredor-. Creo que todos sabemos cuáles serán las posibles o, mejor dicho, las más que probables consecuencias para nuestras familias si el curso de los acontecimientos nos es desfavorable.

Era un dignificado recurso, pensó Badrain. No podían comportarse como unos cobardes. Eran militares.

La promesa de Daryaei no los convencía. Hacía mucho tiempo que ninguno de ellos pisaba una mezquita más que para hacerse fotografiar entregados a su fingida devoción. Y aunque para su enemigo fuese muy distinto, la confianza en la religión de los demás empezaba por la propia conciencia.

-Supongo que nada tienen que ver aquí las cuestiones financieras -dijo Badrain para asegurarse de que así era y para hacerlos reflexionar.

Las divertidas miradas que varios se intercambiaron contestó cumplidamente a la pregunta. Aunque las cuentas oficiales iraquíes habían sido congeladas hacía tiempo, había otras cuentas que no fueron bloqueadas. La nacionalidad de una cuenta bancaria era, por su propia naturaleza, algo volátil, sobre todo cuanto más importante era la cuenta. Todos aquellos hombres, pensó Badrain, tenían cuentas personales con miles de millones de alguna divisa fuerte, probablemente dólares o libras esterlinas, y no era aquél el momento de preguntarse dónde podía estar entonces aquel dinero.

La siguiente pregunta era, adónde ir, y cómo llegar allí sin correr riesgos. Badrain podía leerlo en sus rostros, aunque nada pudiese hacer en aquellos momentos en tal sentido. La ironía de la situación, que sólo él estaba en condiciones de captar, era que el enemigo a quien temían, y de cuya palabra tanto desconfiaban, no deseaba más que disipar sus temores y cumplir su palabra. Pero Alí sabía que era un hombre de inagotable paciencia. De lo contrario, no habría aceptado la misión de mensajero.

-¿Está completamente seguro?

-La situación es casi idónea -dijo el visitante de Daryaei antes de extenderse en explicaciones.

Incluso para un hombre creyente, convencido de que todo respondía a la voluntad de Dios, la coincidencia de los acontecimientos resultaba demasiado afortunada para ser cierta. Sin embargo, lo era o... lo parecía.

-¿Y?

-Pues que procederemos de acuerdo al plan. -Excelente.

Se equivocaba. Daryaei hubiese preferido abordarlos uno a uno, para concentrar mejor su poderosa mente. Pero esto no siempre era posible, y acaso ésa fuese la señal. En cualquier caso, no tenía alternativa. ¡Qué extraño se le hacía verse atrapado por los efectos de sus propios planes!

Lo más peliagudo era tratar con sus colegas de la OMS. Esto sólo era posible porque, de momento, había buenas noticias. Benedict Mkusa (el «enfermo Cero», según la terminología más al uso entre los científicos) había muerto, y su cuerpo, incinerado.

Un grupo de quince médicos recorrió el barrio en el que vivía la familia y no descubrió ningún otro caso. Sin embargo, subsistía el peligro, porque el Ébola Zaire tenía un período de incubación de entre cuatro y diez días, aunque se conocían casos extremos de sólo dos días y de hasta diecinueve días. Después del de Mkusa, sólo se había dado el caso que tenían ante sus ojos.

Resultó que el pequeño Mkusa era un naturalista en ciernes, que pasaba gran parte de su tiempo libre entre las frondas. De modo que enviaron un equipo a la selva, a la caza de monos, roedores e insectos, en otro intento por descubrir al hospedante o portador del mortal virus. Confiaban en que, por una vez, les sonriese la suerte.

El «enfermo Cero» ingresó inmediatamente en el hospital debido a que sus padres, educados y acomodados, prefirieron que fuesen los médicos quienes tratasen al niño, en lugar de hacerlo ellos. Probablemente, esto les salvó la vida, aunque aún tenían que aguardar a que expirase el período de incubación, con un pánico que superaba el dolor por la pérdida de su hijo. Les hacían análisis de sangre a diario. Con todo, la esperanza que alentaba el equipo de la OMS de que el brote cesase tras cobrarse sólo dos víctimas, lo indujo a acceder a lo que el doctor Moudi proponía.

Hubo objeciones, por supuesto. Los médicos zaireños querían tratar a la monja allí. Y no era ningún disparate. Tenían más experiencia en el Ébola que nadie, aunque de poco les hubiese servido, y el equipo de la OMS se mostraba reacio, por razones políticas, a ofender a sus colegas. Ya se habían producido algunos desafortunados incidentes, y la altanería de los europeos había provocado el resentimiento de los médicos locales. Ni unos ni otros estaban faltos de razones. El nivel de los médicos africanos era desigual. Los había excelentes, mediocres y pésimos. El argumento que se aducía era que el profesor Rousseau, del Instituto Pasteur de París, era un auténtico héroe para la comunidad internacional, un científico con talento que se negaba a aceptar que las enfermedades víricas fuesen incurables. Era un médico de la escuela de Pasteur y, como tal, estaba resuelto a dar con la excepción a la regla. Había probado el Rivavirín y el Interferón para tratar el Ébola, pero sin resultados positivos. Su último planteamiento teórico era tan radical como, probablemente, ineficaz. Pero había logrado algunos resultados esperanzadores en experimentos realizados con monos, y quería probarlo con seres humanos en condiciones estrictamente controladas. Aunque el método era de muy difícil aplicación en la práctica, por algo había que empezar.

Previsiblemente el factor decisivo fue la identidad de la paciente. Varios miembros del equipo de la OMS la conocieron con ocasión de producirse el último brote de Ébola en Kikwit. La hermana Jean Baptiste se trasladó a aquella población para supervisar el trabajo de las enfermeras locales. Los médicos eran tan sensibles como cualquiera al hecho de conocer a un

paciente. De modo que, al final, accedieron a que el doctor Moudi la trasladase.

El traslado era bastante problemático. Optaron por utilizar un camión en lugar de una ambulancia, porque era más fácil de limpiar y desinfectar a fondo una vez utilizado. Así, auparon a la paciente con una sábana de plástico, la colocaron en una camilla y la sacaron al pasillo. A medida que la hermana María Magdalena y el doctor Moudi avanzaban por el pasillo, varios auxiliares con trajes protectores rociaban el suelo y las paredes, y el propio aire, con un desinfectante que formó una química neblina que seguía a la camilla como el humo del tubo de escape de un coche cargado de años.

La paciente iba muy sedada, firmemente sujeta a la camilla y muy tapada, para evitar que sus continuas hemorragias liberasen virus al ambiente.

Moudi no acababa de creer que se hubiera prestado a aquella locura, porque se exponía a contraer el virus.

Se dirigieron a la explanada donde descargaban los camiones que llegaban con aprovisionamientos para el hospital. Ya estaba allí el camión, y el chofer al volante. También habían desinfectado previamente el interior del vehículo, que en cuanto hubieron cerrado la puerta e instalado convenientemente la camilla arrancó escoltado por la policía, sin rebasar en ningún momento los 30 km/h durante el breve trayecto hasta el aeropuerto local, como medida de precaución.

El sol aún estaba alto y el calor no tardó en convertir el vehículo en un horno ambulante. El olor a desinfectante se filtraba a través del aparato de acondicionamiento de ambiente de los trajes protectores.

El G-IV había llegado hacía sólo dos horas, en vuelo directo desde Teherán. El interior había sido desmantelado. No habían dejado más que dos asientos y una litera. Moudi notó que el camión se detenía, giraba y hacía marcha atrás. Se abrió entonces la puerta del compartimiento de carga y los rayos del sol los deslumbraron. Abnegada enfermera en todo momento, la hermana María Magdalena protegió los ojos de su amiga con la mano.

Acudieron a despedirla dos monjas y varios sacerdotes, que rezaron por ella mientras la embarcaban en el blanco, reactor comercial. Tardaron más de cinco minutos en sujetarla firmemente a la litera. Los miembros de la dotación de tierra que habían ayudado bajaron entonces del aparato. Moudi examinó a su paciente. Le había bajado la presión y tenía el pulso más acelerado. Era preocupante. Necesitaba que permaneciese con vida lo máximo posible. Moudi le hizo entonces una señal a la tripulación de vuelo, ocupó su asiento y se ciñó el cinturón de seguridad. Al mirar por la ventanilla se alarmó al ver que una cámara de televisión enfocaba al aparato. Por lo menos, no se habían acercado demasiado, se dijo Moudi al oír que ponían en marcha el primer motor. A través de la ventanilla de enfrente vio que una brigada de limpieza rociaba el camión. Era exagerado. El Ébola era un virus mortal pero muy delicado. Era muy vulnerable al calor y no tardaba en morir cuando se veía expuesto a la radiación ultravioleta de los directos rayos del sol. Ésta era la razón de que la búsqueda del hospedante resultase tan infructuosa. Algo era el portador de aquel terrible «bicho». El Ébola no podía existir por sí mismo. Pero con independencia de qué proporcionase al virus un confortable alojamiento, al margen de a qué Ébola recompensase el virus por el servicio con no dañarlo, al margen de cuál fuese el ser vivo que acechase por el continente africano como una sombra, aún no se había descubierto. El médico masculló por lo bajo. Hubo un tiempo en el que albergó la esperanza de descubrir a aquel hospedante y explotarlo, pero fue en vano. No obstante, a cambio, consiguió algo igualmente positivo. Tenían un enfermo cuyo cuerpo alimentaba al patógeno, y mientras que todas las víctimas anteriores del Ébola habían sido incineradas, o sepultadas en tierra impregnada de productos químicos, aquella paciente tendría un destino muy distinto.

El avión se puso en movimiento. Moudi volvió a ajustarse el cinturón de seguridad. Se moría de ganas por beber algo.

En la cabina de vuelo, los dos pilotos llevaban trajes especiales impregnados de desinfectante. Sus mascarillas ahogaban su voz y los obligaban repetir sus comunicaciones con la torre de control. Al fin, los controladores lograron entender lo que decían y autorizaron el

despegue del Gulfstream, que a los pocos minutos se elevó hacia el cielo africano, rumbo norte. La primera parte del trayecto tenía 4 000 km, que tardarían seis horas en cubrir. Otro G-IV había aterrizado ya en Bengazi, y habían informado a su tripulación de las medidas de emergencia.

-¡Caníbales! -exclamó Holbrook perplejo.

Se había despertado muy tarde, porque muy tarde también se durmió por la noche. Había seguido hasta las tantas un programa de la C-SPAN acerca de la confusa situación en el Congreso después del discurso del tal Ryan. Pensándolo bien, no había estado tan mal el discurso. Los había oído peores. Una sarta de mentiras, por supuesto, como en una comedia televisiva. Incluso aquellos que le caían a uno bien no eran sinceros, por más divertidos que resultasen. Algún tipo talentoso debía de haberle escrito el discurso, sin más objeto que llevar al ánimo de los telespectadores lo que les convenía. La habilidad de aquella gente era impresionante. Los Mountain Men llevaban años elaborando un discurso capaz de captar adeptos. No lo habían conseguido. No se trataba de que sus ideales tuviesen algo negativo, por supuesto. Todos estaban convencidos de ello. El problema era el envoltorio. Sólo el gobierno y su gran aliado, Hollywood, podían permitirse que las personas adecuadas desarrollasen las ideas que deformaban las mentes de los pobres desdichados, que no acababan de entenderlo (porque ésa era la única explicación posible).

Pero ahora cundía la discordia en el terreno enemigo.

Ernie Brown, que acababa de llegar en el coche para despertar a su amigo, redujo al mínimo el sonido del televisor.

-Me temo que no haya sitio para esos dos en esa condenada ciudad, Pete.

-¿Y va a esfumarse uno de ellos de la noche a la mañana? -preguntó Holbrook.

-Ojalá.

El comentario sobre los aspectos jurídicos de la cuestión, que acababan de ver en el programa de actualidad política de la CNN, había sido tan confuso como una manifestación de negros washingtonianos para pedir mejor asistencia social.

-Bueno, verás, hay que felicitarse porque la Constitución no diga nada acerca de casos como éste. Claro que siempre podrían solucionarlo a tiro limpio en Pennsylvania Avenue al anochecer -ironizó Ernie.

-¡Qué gozada! -exclamó Pete sonriente.

-Demasiado americano -dijo Brown, que pudo haber añadido que no habría sido tan insólito, porque Ryan ya se vio en tal tesitura en una ocasión, o por lo menos eso decían los periódicos y la televisión.

¡Ya lo creo que era cierto! Ambos recordaban vagamente lo ocurrido en Londres y, a decir verdad, se enorgullecieron de ver a un americano enseñándoles a los europeos cómo se manejaba un arma (los extranjeros no tenían ni puta idea de armas). Eran tan malos como en Hollywood. Qué lástima que Ryan se hubiese echado a perder. Lo que había dicho en su discurso... Ésa era la razón de que entrase en el gobierno (porque aquello era lo que decían todos). Por lo menos, con aquel fantasmón de Kealty podían apoyarse en la familia y todo eso. Era tan sinvergüenza y tan ladrón como todos, que no en vano era así como lo educaron. Sin embargo, había que agradecerle que no fuera un hipócrita. No podía uno reprocharle a un coyote aullarle a la luna. No hacía más que conducirse de acuerdo a su naturaleza. Pero los coyotes eran alimañas, y los lugareños podían matar cuantos quisieran...

Brown ladeó la cabeza.

-¿Pete?

-¿Qué, Ernie?

Holbrook se alcanzó el mando a distancia y fue a elevar el sonido.

-Estamos ante una crisis constitucional, ¿no?

-Sí, eso dicen todas las cabecitas pensantes -asintió Holbrook.

-¿Y se ha agravado, verdad?

-¿Lo de Kealty? Tiene toda la pinta -asintió Pete dejando a un lado el mando.

Estaba visto que Ernie tenía otro ataque de ideas.

-¿Y si...? -dijo Brown, que se interrumpió y miró al silenciado televisor.

Era lento en dar forma a sus ideas. Holbrook ya estaba acostumbrado, pero solía merecer la pena esperar a que se aclarase.

El 707 aterrizó en el aeropuerto internacional de Teherán-Mehrabad pasada la medianoche. Los tripulantes iban medio sonámbulos, tras volar durante 36 horas casi sin interrupción, rebasando con mucho las normas de seguridad de la aviación civil, con el agravante del cargamento que llevaban, y tan crispados que se habían dicho de todo durante el largo trayecto.

Pero en cuanto el avión tomó tierra, los tres respiraron con alivio. El piloto meneó la cabeza, se pasó la mano por la cara y enfiló hacia el fondo de la pista, pasando entre las hileras de luces azules.

Aquel aeropuerto albergaba también el cuartel general de las Fuerzas Aéreas iraníes. El avión giró hasta situarse en sentido contrario y se dirigió a las espaciosas pistas que utilizaban las Fuerzas Aéreas, pues aunque su identificación fuese la de un aparato civil, el 707 pertenecía a las Fuerzas Aéreas iraníes.

Ya aguardaban los camiones. El aparato se detuvo y, cuando el copiloto hubo apagado los motores, el piloto accionó los frenos y los tres tripulantes miraron hacia atrás.

-Largo día, amigos míos -dijo el piloto a modo de disculpa por sus exabruptos durante el vuelo.

-Seguido de un largo sueño reparador, si Dios quiere -añadió el mecánico, que había sido el blanco del malhumor del capitán.

Aceptaba la disculpa. Entre otras cosas, porque estaban los tres demasiado cansados para enzarzarse en una discusión, y porque en cuanto descansaran, pudiera ser que ni siquiera recordasen por qué discutieron.

En cuanto se quitaron las mascarillas de oxígeno, los asaltó el hedor de su cargamento. A duras penas lograron no vomitar cuando abrieron las puertas. Aún no podían desembarcar. El aparato iba atestado de jaulas, y salvo que optaran por salir por las ventanillas (una salida poco digna), tendrían que aguardar pacientemente, como cualquier pasajero en un aeropuerto internacional.

Un pelotón de soldados se encargó de la descarga. La tarea se hizo más penosa porque no les advirtieron que debían llevar guantes, como hicieron los africanos. Todas las jaulas tenían un asa metálica en la parte superior. Pero los monos verdes eran tan tercos como quienes los transportaban, y no cesaban de arañar. No todos los soldados reaccionaron igual. Algunos golpeaban las jaulas tratando de acobardar a los simios e inducirlos a la pasividad. Sin embargo, los más listos se despojaron de las chaquetas y las utilizaron como protección al coger las jaulas. Pronto se formó una cadena y transbordaron a los monos a varios camiones.

El procedimiento era bastante ruidoso. La temperatura apenas llegaba a los 10°C en Teherán aquella noche, lo que equivalía a frío polar para los monos, tan enfurecidos por el desconsiderado trato que prorrumpieron en un colectivo chillido que se oyó en todo el aeropuerto.

Cuando hubo terminado el transbordo y abrieron la puerta de la cabina, la tripulación se horrorizó al ver el lamentable estado del avión. Tardarían semanas en adecentarlo y en eliminar la nauseabunda fetidez.

Tras desembarcar por la puerta de popa, se dirigieron a los coches aparcados junto al borde de la pista.

Los monos emprendieron entonces su cuarto y último viaje en camión. Fue un corto trayecto en dirección norte, por dos tramos de autopista comunicados por un paso sobreelevado, construido durante el reinado del sha, al oeste de Hasanabad. Allí había una finca dedicada, desde hacía tiempo, a las mismas actividades que ocasionaron el traslado de los monos desde África hasta Asia.

Librodot

La finca era propiedad del Estado y se utilizaba como base de experimentos para probar nuevas cosechas y fertilizantes. Contaban con las cosechas de la finca para alimentar a los recién llegados. Pero era todavía invierno y no había nada que pudiesen comer. De modo que tuvieron que recurrir a enviar varios cargamentos de dátiles, procedentes de la región sudoriental del país. Los monos los olieron en cuanto el camión se detuvo frente al edificio de tres plantas que sería su última morada. Aquello no hizo sino excitarlos más de lo que ya estaban, pues no habían comido ni bebido desde que salieron de África, aunque todo parecía indicar que les esperaba un buen manjar, aunque fuese el último.

El Gulfstream G-IV aterrizó en Bengazi con exquisita puntualidad. Dadas las circunstancias, el vuelo no pudo haber sido más agradable. Incluso el racheado viento que solía soplar en el Sahara central estuvo en calma. La hermana Jean Baptiste permaneció inconsciente durante casi todo el vuelo, pero iba más cómoda, en realidad, que las otras cuatro personas que viajaban a bordo, cuyos trajes protectores les impedían incluso beber agua.

En ningún momento llegaron a abrirse las puertas del aparato. En lugar de ello, los camiones cisterna se acercaron y los chóferes descendieron para conectar los tubos a las bocas de los depósitos.

El doctor Moudi estaba tenso y desvelado. La hermana María Magdalena dormitaba. Era tan vieja y tan paciente como su amiga y llevaba días sin conciliar el sueño.

Era una lástima, pensaba Moudi mientras miraba por la ventanilla. Y también una injusticia. No podía sentir ningún odio hacia ellas. Antes, creía que todos los occidentales eran enemigos de su país, pero aquellas dos monjas no lo eran. El país al que pertenecían observaba una práctica neutralidad con respecto al suyo. No eran animistas paganos como la mayoría de los africanos, que ni conocían a Dios ni les importaba. Aquellas dos monjas consagraron sus vidas al servicio de Dios, y ambas lo habían sorprendido por el respeto que mostraban por la religión que él profesaba. Lo que más lo impresionaba era su creencia de que la fe era un camino de progreso, y no la aceptación de un destino predeterminado. Era una idea que no armonizaba del todo con sus creencias islámicas, pero que tampoco las contradecía. María Magdalena pasaba las cuentas de un rosario desinfectado a medida que invocaba a María, madre de Jesús el profeta y exaltada en el Corán tanto como en su devocionario como modelo insuperable para toda mujer...

Moudi ladeó la cabeza y miró por la ventanilla. No podía permitirse pensar así. Tenía una misión que cumplir y allí tenía los instrumentos de su misión: el destino de una, decidido por Alá; y el de la otra, elegido por ella misma. No había más vueltas que darle, concluyó en cuanto los camiones cisterna se retiraron y los motores del avión se pusieron de nuevo en marcha.

La tripulación tenía tanta prisa como él por dejar atrás la parte más engorrosa de la misión. Además, había pasado demasiados años entre paganas, en el calor del trópico, sin una mezquita en muchos kilómetros a la redonda, alimentándose de un modo miserable. Ahora, todo eso quedaba atrás, después de prestarle un servicio a Dios y a su país.

Fueron dos y no uno los aparatos que se dirigieron a la pista principal, orientada en sentido norte-sur. Traqueteaban como destartalados automóviles, a causa de las grietas que el criminal clima del desierto abría en el cemento (un clima que abrasaba en verano y resultaba increíblemente frío en las noches de invierno).

El otro avión era idéntico al G-IV en el que viajaba Moudi. La única diferencia era un dígito más en la matrícula. Se dirigió hacia el fondo de la pista y despegó en dirección norte.

El avión de Moudi enfiló por la misma pista, pero en cuanto se hubo elevado, giró hacia el sudoeste, rumbo a Sudán, adonde llegarían tras sobrevolar el desierto en plena noche.

El otro G-IV giró ligeramente hacia el oeste y se adentró en el pasillo aéreo internacional que conducía a la costa francesa. Pasaría cerca de la isla de Malta, cuya estación de radar cubría las necesidades del aeropuerto de La Valetta y formaba parte de la red de control del tráfico aéreo del Mediterráneo central. Los tripulantes de aquel aparato procedían de las Fuerzas Aéreas, que habitualmente se encargaban del traslado de personalidades de la política y de

Librodot

los negocios. Pero era trabajo tan seguro y rentable como aburrido. Sin embargo, aquella noche sería distinto. El copiloto consultaba el mapa que tenía sobre las rodillas sin quitarle ojo a la pantalla del GPS. A poco más de 300 km de Malta, y a una altitud de 13 000 m, atendió la señal que el piloto le hizo con la cabeza y pulsó los dígitos «7711 » en el transponder de señales de radar.

-¡Torre de La Valetta! ¡Torre de La Valetta! Aquí «Noviembre Juliet-Alfa». ¡Emergencia! ¡Emergencia!

El controlador de La Valetta registró el código en su ordenador GPS de ayuda a la navegación. Las noches de guardia en aquella torre de control eran bastante apacibles, ya que había poco tráfico. El controlador conectó el micrófono y llamó por señas al supervisor.

-«Juliet-Alfa», aquí La Valetta. ¿Tienen una emergencia, señor?

-La Valetta, aquí «Juliet-Alfa», afirmativo. Somos un vuelo de evacuación médica con destino a París desde Zaire. Hemos perdido el motor número dos y tenemos problemas con el sistema eléctrico. Manténgase a la escucha...

-«Juliet-Alfa», aquí La Valetta. Seguimos a la escucha, señor. Pierden ustedes altura.

-¡Emergencia! ¡Emergencia! -volvió á oír el controlador, aunque la voz sonase ahora distinta-. Nos fallan los dos motores. Tratamos de volver a arrancarlos. Aquí «Juliet-Alfa».

-Vector de penetración en La Valetta tres-cuatro-tres. Repito: vector de penetración directa a La Valetta tres-cuatro-tres. Seguimos a la escucha, señor.

El controlador no oyó más que un crispado «Recibido». Según la pantalla, el aparato se encontraba ahora a 11000 m de altitud.

-¿Qué ocurre? -preguntó el supervisor.

-Dicen que están sin los dos motores. Pierden altura rápidamente.

La pantalla mostró que se trataba de un Gulfstream, cuyo plan de vuelo confirmó el ordenador.

-Planea bien -dijo el supervisor en tono optimista.

Pero ambos vieron en la pantalla que el aparato estaba ya a poco más de 10 000 m. Y no planeaba precisamente muy bien. -«Juliet-Alfa», aquí La Valetta. Nada.

-«Juliet-Alfa», aquí torre de control de La Valetta.

-Pero ¿que más...?

El supervisor comprobó por sí mismo los datos que aparecían en la pantalla. No se veía ningún otro aparato. Todo lo que podían hacer era esperar.

Para simular mejor la emergencia, el piloto puso los motores en punto muerto. En lugar de dramatizar, mantuvieron un absoluto silencio. Lo que sí hizo el piloto fue descender más y virar como si tratase de llegar a Malta. Los controladores respirarían aliviados, porque pasaría a más de 8 000 m. Era lo lógico. Él fue piloto de combate en las Fuerzas Aéreas de su país y añoraba la agradable sensación de las piruetas. Descender a aquella velocidad le habría puesto los pelos de punta a cualquier pasajero. Para el piloto, en cambio, aquello era volar de verdad.

-Debe de ser muy pesado -dijo el supervisor.

-Autorizado a París De Gaulle -dijo el controlador, que se encogió de hombros con cara de circunstancias-. Repostado hasta los topes en Bengazi.

-¿Mal combustible?

El controlador se volvió a encoger de hombros.

Era como ver la muerte por televisión, tanto más horrible por cuanto los alfanuméricos dígitos que la anunciaban parpadeaban en la pantalla como la puntuación en una máquina tragaperras.

El supervisor cogió el teléfono.

-Llame a los libios y pregúnteles si pueden enviar un avión de rescate. Un reactor está a punto de precipitarse en el golfo de la Gran Sirte.

Librodot

-Torre de La Valetta. Aquí el Radford de los Estados Unidos. ¿Me oyen? Cambio.

-Radford, aquí La Valetta.

-Tenemos a su contacto en el radar. Parece descender a gran velocidad -dijo un joven teniente que aquella noche estaba de guardia en el centro de información de combate del destructor.

El Radford era un viejo barco de la clase Spruance. Se dirigía a Nápoles al término de unas maniobras conjuntas con la Armada egipcia. De paso, tenía órdenes de penetrar en el golfo de la Gran Sirte para proclamar la libertad de navegación, un ejercicio que era casi tan viejo como el propio barco. La que en otro tiempo fue una movidita unidad, que salió indemne de dos combates navales en los 80, era ahora un destino aburrido. De lo contrario, no habría podido navegar sin escolta. Los oficiales de guardia se aburrían tanto que se dedicaban a sintonizar frecuencias civiles para combatir el tedio.

-El contacto está a ocho-cero millas al oeste de nuestra posición. Rastreamos.

-¿Podrían atender una petición de salvamento?

-La Valetta, acabo de despertar al capitán. Es complicado organizarse aquí, pero podemos intentarlo. Cambio.

-Cae a plomo -comunicó un brigada que no le quitaba ojo a la pantalla-. Mejor será que se den prisa, amigo.

-Se trata de un reactor comercial Gulf-cuatro. Está a cinco mil trescientos metros y desciende rápidamente -dijo el controlador de La Valetta.

-Gracias. Coincide con nuestros datos. Seguimos a la escucha.

-¿Qué ocurre? -preguntó el capitán, que se había vestido a toda prisa con un pantalón caqui y una camiseta-. Bueno... despierten a los pilotos -añadió el capitán a la vez que cogía un megáfono-. Aquí puente, al habla el capitán. Avante a toda máquina, nuevo rumbo...

-Dos-siete-cinco, señor... -le aconsejó el oficial del radar-. El aparato se encuentra a dos-siete-cinco, y a ochenta y tres millas. -Nuevo rumbo, dos-siete-cinco.

-Sí, señor. Rumbo dos-siete-cinco. Todo avante, señor -confirmó el oficial de cubierta.

En el puente, el suboficial de guardia bajó las palancas de control directo de las máquinas, inyectando más combustible a las grandes turbinas. El Radford, que iba en aquellos momentos a una velocidad de dieciocho nudos, vibró ligeramente al acelerar. El capitán miró en derredor del espacioso centró de información de combate. Los tripulantes estaban alerta, aunque todavía algo adormilados. Los técnicos del radar ajustaban los instrumentos. En la pantalla principal cambió la imagen y apareció la del avión que descendía.

-Llamemos a zafarrancho de combate -dijo -entonces el capitán, que pensó que, en cualquier caso, aquello les serviría de buen ejercicio.

Treinta segundos después toda la dotación se había movilizado y se dirigía a sus puestos.

Había que tener mucha precaución en todo descenso que se realizara al sobrevolar el mar de noche. El piloto del G-IV iba muy atento al altímetro y al control de su velocidad de descenso. La falta de puntos de referencia, y de visibilidad, hacía que fuera fácil estrellarse contra la superficie. Y aunque eso hubiese hecho la misión de aquella noche perfecta, no tenía por qué ser tan perfecta. En pocos segundos, quedarían fuera del alcance del radar de La Valetta y, a partir de aquel momento, podrían dejar de descender.

Lo único que le preocupaba era la posible presencia de un barco en las inmediaciones, pero no veía ninguna estela a la luz de la menguante luna.

-Lo tengo -anunció en cuanto llegó a los 1 700 m. Entonces estabilizó el aparato.

La torre de La Valetta podría detectar el cambio en el ritmo de descenso por medio del transponder, si aún recibían la señal. Pero aunque así fuese, los controladores de la torre suponían que, después de un pronunciado descenso para provocar una fuerte corriente de aire en sus motores, al objeto de facilitar el nuevo intento de ponerlos en marcha, el piloto trataría de estabilizar la nave para amerizar aprovechando la calma.

Librodot

-Lo pierdo -dijo el controlador al ver que la señal de su pantalla parpadeaba y terminaba por desaparecer.

El supervisor asintió con la cabeza y conectó el micrófono.

-Radford, aquí La Valetta. «Juliet-Alfa» ha desaparecido de nuestra pantalla. Lo hemos perdido a los dos mil metros de altitud y seguía descendiendo, rumbo tres-cuatro-tres.

-La Valetta, recibido. Hemos vuelto a detectarlo, a mil quinientos metros. Su ritmo de descenso se ha reducido un poco. Sigue rumbo tres-cuatro-tres -contestó el oficial del CIC.

A sólo unos pasos de él, el capitán hablaba con el comandante de la dotación aérea del Radford. Tardarían veinte minutos en preparar el único helicóptero que portaba el destructor, un SH-60B Seahawk. El piloto del helicóptero miró la pantalla del radar.

-Mar en calma. Si es un poco inteligente, podrá amerizar y salir del aparato por su propio pie, como quien dice. De modo que, cuando usted ordene, señor. Estamos preparados -dijo el piloto, que salió del CIC y se dirigió hacia popa.

-Lo he perdido -comunicó el técnico del radar-. Estaba a quinientos metros. Ha debido de estrellarse y hundirse. -Comuníquelo a la torre de La Valetta -le ordenó el capitán.

El G-IV se equilibró a los 170 m, según el altímetro del radar. El piloto no podía arriesgarse a descender más. Una vez hecho esto, volvió a dar potencia a los motores y viró hacia el sur, de nuevo hacia Libia. Iba ahora muy concentrado. Volar bajo requería poner los cinco sentidos en todo momento, especialmente al sobrevolar el mar de noche. Sus órdenes eran claras, aunque no su objeto. Pero tardaría poco en llegar. A poco más de 500 km/h, dentro de cuarenta minutos estaría en el aeródromo, donde repostaría para volver a salir de la zona.

Cinco minutos después todo estaba dispuesto en el Radford para el despegue. El destructor varió ligeramente el rumbo para que el viento soplase en la dirección conveniente en cubierta. El ordenador del Seahawk procesó los datos transmitidos por el CIC. Tendría que rastrear en cuatro kilómetros a la redonda. Era una operación tediosa, lenta y crispante. Había personas en el agua, y ayudarlas era la más importante y antigua ley de los mares.

En cuanto el helicóptero despegó, el destructor volvió a su rumbo y se alejó de la zona a más de 34 nudos.

El capitán comunicó la situación a Nápoles. Pidió ayuda adicional por parte de cualquier unidad de la flota que estuviese por las inmediaciones. No había barcos norteamericanos lo bastante cerca, pero sí una fragata italiana que iba rumbo sur, hacia la zona. Incluso las Fuerzas Aéreas libias pidieron información.

El «perdido» G-IV aterrizó justo cuando el helicóptero de la Armada norteamericana llegaba a la zona de rastreo. Los tripulantes aprovecharon la operación de reabastecimiento de combustible para ir a comprar unos refrescos. Mientras aguardaban, un transporte An-10 de fabricación rusa ponía en marcha sus cuatro motores para participar en la misión de salvamento. En circunstancias como aquélla, los libios también colaboraban ahora, tratando de volver a ganarse a la comunidad internacional, pese a que sus comandantes no sabían prácticamente nada acerca de lo ocurrido.

Bastaron unas pocas llamadas telefónicas para organizarlo todo. Quienquiera que atendiese la llamada y cooperase, sólo sabía que dos aparatos aterrizarían para repostar y volver a emprender el vuelo.

Una hora después, volvieron a despegar para lo que sería un vuelo de tres horas hasta Damasco. En principio, se pensó hacerlos regresar directamente a su base de Suiza, pero el piloto adujo que dos aparatos del mismo propietario volando por la misma zona y casi al mismo tiempo podrían despertar sospechas. De modo que, mientras ascendía, puso rumbo este.

Al sobrevolar el golfo de la Gran Sirte, vio las destellantes luces de unos aparatos. Lo sorprendente era que uno de ellos era un helicóptero. Ya fueran ganas de malgastar combusti-

Librodot

ble y tiempo, se dijo el piloto que, con talante risueño, ascendió hasta la altitud de crucero, se relajó y dejó que el piloto automático hiciese el trabajo para lo que restaba de aquel largo día de vuelo.

-¿Aún no llegamos?

Moudi volvió la cabeza. Le acababa de cambiar la botella del gotero. Le picaba la cara a causa de la barba que ya asomaba, pero el casco de plástico le impedía rascarse. Vio que la hermana María Magdalena se sentía igualmente incómoda por no haber podido lavarse la cara.

-No, hermana. Pero no tardaremos. Descanse, que esto puedo hacerlo yo.

-No, doctor Moudi, usted debe de estar muy cansado -replicó ella.

-Yo soy más joven y he descansado mejor -la atajó el médico con un ademán, al ver que la hermana iba a levantarse.

El médico sustituyó entonces la botella del sedante, aunque le habían administrado ya tanta morfina que la hermana Jean Baptiste difícilmente podía ser un problema.

-¿Qué hora es?

-Hora de que descanse. Tendrá que cuidar de su amiga cuando lleguemos. En cambio, a mí me relevarán otros médicos. De modo que ahorre fuerzas. Las necesitará -le aconsejó Moudi.

La monja no replicó. Acostumbrada a obedecer a los médicos, desvió la mirada, elevó una plegaria y cerró los ojos. En cuanto Moudi la creyó profundamente dormida, fue hacia la parte delantera del aparato.

-¿Cuánto falta?

-Cuarenta minutos. Llevamos un poco de adelanto. Hemos tenido viento de cola -contestó el comandante.

-Aún no habrá amanecido, ¿verdad?

-Exacto.

-¿Qué le ocurre a la enferma? -preguntó el piloto sin volver la cabeza. Estaba aburrido y lo preguntó sólo por hablar de algo.

-Mejor será que no lo sepa -le aseguró Moudi.

-¿Va a morir?

-Sí. Y habrá que desinfectar a fondo el avión antes de volverlo a utilizar.

-Eso nos dijeron -asintió el piloto, que se encogió de hombros, ajeno al terrible peligro que corría.

Moudi sí lo sabía. La sábana de plástico sobre la que descansaba su paciente estaría ya empapada de sangre contaminada. Habrían de tener mucho cuidado al bajar del avión.

Badrain se alegró de no haber ingerido ninguna bebida alcohólica. Era quien más sereno estaba. Diez horas, pensó, mirando el reloj. Llevaban diez horas discutiendo como viejas en el mercado.

-¿Accederá a ello? -preguntó un general.

-Me parece algo razonable -contestó Alí.

Cinco altos mullahs volarían a Bagdad. Se brindaban a ser rehenes, que confiarían en la palabra de su líder, ya que no en su buena voluntad.

Resultó mejor de lo que los generales esperaban. Una vez acordado esto, los demás oficiales se miraron y asintieron.

-Aceptamos -dijo el mismo general en nombre del grupo.

El hecho de que cientos de oficiales de menor graduación quedasen allí en la estacada era lo de menos. La maratoniana reunión apenas se había dignado a tratar de la cuestión.

-Necesito un teléfono -solicitó entonces Badrain.

El jefe de los servicios de inteligencia lo condujo hasta una estancia contigua. Siempre habían tenido línea directa con Teherán. Incluso durante la guerra estuvo abierta aquella vía de comunicación, a través de un repetidor de microondas que enlazaba con una línea por cable

de fibra óptica, cuyas transmisiones no podían ser interceptadas.

Bajo la vigilante mirada del general iraquí, Badrain pulsó los dígitos que memorizó días antes.

-Aquí Yousif. Tengo noticias -le dijo a quien atendió la llamada. -Espere, por favor -le contestaron.

A Daryaei le hacía tan poca gracia como a cualquiera que lo despertasen a horas tan intempestivas, y menos aún, después de lo poco que había dormido en los últimos días. Al sonar el teléfono de su mesilla de noche, parpadeó repetidamente para despejarse, antes de acertar con el auricular.

-¿Sí?

-Soy Yousif. Están de acuerdo. Necesitamos cinco amigos. «Alabado sea Alá por su benevolencia», pensó Daryaei. Tantos años de guerra y paz daban ahora su fruto. Pero no. No había que precipitarse. Quedaba aún mucho por hacer, aunque lo más peliagudo ya se había conseguido.

-¿Cuándo hay que empezar?

-Lo antes posible.

-Gracias. No lo olvidaré -dijo Daryaei, que estaba ya con unos ojos como platos.

Por primera vez en muchos años, pospuso sus oraciones matutinas. Dios se haría cargo de que tenía que ponerse manos a la obra para cumplir con Su voluntad sin pérdida de tiempo.

Tenía que estar agotada, pensó Moudi. Las dos hermanas empezaron a despertarse en cuanto el avión tomó tierra. Se produjo el normal traqueteo al reducir velocidad el avión. La hermana Jean Baptiste había perdido mucha sangre, pero por lo menos había conseguido que llegase con vida. Tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida, como la de un niño perplejo ante lo que no acertaba a comprender.

La hermana María Magdalena miró un momento por la ventanilla, pero no vio más que un aeropuerto. Sobre todo de noche, todos parecían iguales. Al poco, el avión se detuvo y se abrieron las puertas.

Volverían a viajar en camión. Subieron cuatro personas a bordo, todas ellas con trajes protectores. Moudi aflojó las correas que sujetaban a la hermana Jean Baptiste a la litera y le indicó a la otra hermana por señas que no se moviese. Con mucho cuidado, los cuatro enfermeros del Ejército cogieron la sábana de plástico, cada uno por una punta, auparon a la enferma y fueron hacia la puerta.

Los tripulantes tenían sus órdenes, unas órdenes que les habían repetido varias veces. Cuando hubieron subido a la paciente al camión, Moudi y la hermana María Magdalena desembarcaron. Se quitaron el casco y respiraron aire fresco. Él cogió la cantimplora que le brindó uno de los soldados que rodeaba el avión. Se la pasó a la hermana y cogió otra para él. Ambos bebieron más de un litro de agua cada uno antes de subir al camión. Estaban desorientados después del largo vuelo, sobre todo ella, que no tenía ni idea de dónde se encontraba. Moudi vio el 707 que había llegado poco antes con los monos, aunque él ignoraba cuál era el cargamento.

-Nunca he estado en París. Sólo lo he sobrevolado varias veces en estos años -dijo la hermana María Magdalena mirando en derredor, momentos antes de que cerrasen las puertas del camión.

Me temo que no lo va a ver usted nunca.

16

LA CONEXIÓN IRANÍ

-Conjunto vacío -comentó el piloto.

Librodot

El Seahawk sobrevolaba en círculo a poco más de trescientos metros de altitud. Escudriñaba la superficie con un radar de rastreo muy sensible que podía detectar restos de naufragios (estaba diseñado para localizar periscopios de submarinos). Pero hasta el momento no había encontrado más que una botella de agua mineral a la deriva. Los tripulantes llevaban gafas especiales que les permitían ver con muy poca luminosidad. Pero ni siquiera habían detectado manchas de gasóleo.

-Ha tenido que hundirse a gran velocidad. De lo contrario, habría dejado algún rastro -dijo el copiloto a través del intercomunicador.

-A no ser que se hayan equivocado de sector -comentó el piloto mirando la pantalla de su GPS.

Pero no. No se habían equivocado de sector. Sólo les quedaba combustible para una hora, y tenían que empezar a pensar en volver al Radford, que, a su vez, peinaba también el sector. Las luces de rastreo parecían focos de un escenario en la oscuridad previa al alba, como en una película sobre la segunda guerra mundial. Un Cub libio sobrevolaba también el sector con la intención de ayudar, aunque, en la práctica, no fuese más que un incordio.

-¿No encuentran nada? -preguntó el controlador del Radford.

-Nada. No vemos nada en absoluto. Y sólo tenemos combustible para una hora.

-Entendido -dijo el controlador.

-Señor, el último rumbo del contacto era tres-cuatro-tres. Velocidad quinientos kilómetros por hora. Ritmo de descenso, mil metros por minuto. Es incomprensible que no se encuentre en ese sector -observó un oficial de operaciones señalando el mapa.

El capitán bebió un sorbo de café y se encogió de hombros. Los miembros de la brigada de salvamento y extinción de incendios estaban preparados en cubierta. Dos hombres rana con los trajes especiales aguardaban junto a un bote salvavidas. Todos los prismáticos de a bordo los utilizaban en aquellos momentos los oficiales, que trataban de ver alguna luz o algún rastro mientras los técnicos del sonar trataban de captar la señal de alta frecuencia del localizador del aparato, un instrumento muy sólido que resistía fuertes impactos (se activaba automáticamente en cuanto entraban en contacto con el agua del mar, y llevaba una pila que le permitía funcionar durante varios días).

El sonar del Radford podía detectar el localizador desde treinta millas, y estaban justo encima del sector delimitado por los técnicos del radar. Aunque ni el Radford ni su tripulación habían participado nunca en una operación de salvamento como aquélla, realizaban ejercicios con regularidad, tan perfectos como pudiera desear el capitán más exigente.

-Radford, Radford, aquí torre de control de La Valetta. Cambio.

-La Valetta, aquí el Radford -contestó el capitán a través del micrófono.

-¿Siguen sin encontrar nada?

-No, La Valetta. Nuestro helicóptero sobrevuela el sector. Pero no ha encontrado nada.

Ya le habían pedido a Malta que confirmase la velocidad y el rumbo del aparato momentos antes de perder el contacto, pero el avión quedó fuera del alcance del radar civil antes de que lo perdiese el del destructor, pese a tener mayor alcance.

Ya sabían cómo acabaría aquello. Continuarían la búsqueda durante un día, ni uno más ni uno menos. No encontrarían nada. Y se acabó. Ya habían enviado un télex a la Gulfstream para comunicar a la empresa constructora que uno de sus aviones se había perdido en el mar. Los representantes de la Gulfstream volarían a Berna para analizar los partes de mantenimiento y otros datos registrados sobre el aparato, al objeto de dar con alguna pista sobre la razón del siniestro. Lo más probable era que no pudiesen hacer más que engrosar la lista de casos sin resolver. Sin embargo, había que seguir el juego y, además, era un buen ejercicio para la tripulación del Radford, aunque no lo hiciese con excesivo entusiasmo.

Probablemente fue el olor lo que la alarmó. Aunque el trayecto desde el aeropuerto fue breve, el médico y la enfermera llevaban tantas horas de viaje que el traqueteo del camión los dejó magullados. Lo primero que hicieron fue llevar a la hermana Jean Baptiste al interior del

Librodot

edificio, y luego se quitaron los trajes protectores.

La hermana María Magdalena se alisó su corto pelo, respiró

hondo y miró en derredor sorprendida. Moudi notó su perplejidad y la condujo al interior antes de que ella hiciese ningún comentario.

Entonces les llegó el olor. Era un familiar olor africano que impregnaba el aire, pese a que ya hacía horas que habían entrado los monos. Estaba claro que aquello no podía asociarlo nadie con París y menos aún con un lugar tan ordenado y limpio como tenía que ser el Instituto Pasteur.

La hermana María Magdalena reparó también en que los letreros que se veían en las paredes no estaban escritos en francés. No acertaba a comprender lo que ocurría, y no tendría más remedio que preguntarlo. De modo que habría que anticiparse a su curiosidad: se le acercó un soldado, la agarró por el brazo y la alejó de la entrada. Ella estaba tan perpleja que no acertó a protestar. Se limitó a mirar hacia atrás, a un hombre vestido con el traje protector. Iba sin afeitar y su mirada era tan triste que la desconcertó más de lo que ya estaba.

-¿Qué es esto? ¿Quién es esta mujer? -preguntó el director del proyecto.

-Su religión les prohíbe viajar solas, para proteger su castidad -explicó Moudi-. De lo contrario, no hubiese podido venir aquí con la paciente.

-¿Sigue con vida? -preguntó el director, que no había estado presente en el momento de la llegada.

-Sí -contestó Moudi-. Y tendríamos que conseguir que siguiese con vida otros tres días; cuatro, si es posible -aventuró. -¿Y la otra?

-No es cosa mía -contestó Moudi.

-No vendría mal disponer de otra...

-¡Ni hablar! -exclamó Moudi indignado-. ¡Eso sería una monstruosidad! -protestó-. Sería ofender a Dios.

-¿Acaso no lo es lo que nos proponemos? -replicó el director.

Estaba claro que Moudi no acababa de comprender el alcance del proyecto. Pero no merecía la pena discutir. Todo lo que necesitaban era una paciente infestada de Ébola.

-Vaya a lavarse y luego iremos a verla -dijo el director.

Moudi subió a la sala de descanso de los médicos, en la que se encontraban los aseos y las duchas. Una vez allí, comprobó con alivio que el traje protector había resistido todo el viaje sin el menor rasgón. Lo tiró en un cubo grande de plástico antes de pasar a una ducha a cuya agua caliente habían añadido 'productos químicos, aunque apenas reconoció ninguno por el olor. Estuvo allí cinco minutos en una operación de beatífica higiene.

Durante el vuelo, se preguntó si volvería a sentirse limpio algún día. Y ahora, allí bajo la ducha, volvió a preguntárselo, aunque algo más esperanzado.

Después de ducharse se cambió de arriba abajo y se puso un nuevo traje protector que un enfermero auxiliar le dejó en la sala de descanso.

El director, con un traje similar, lo aguardaba cuando salió al pasillo. Bajaron juntos al pabellón en el que se encontraban las habitaciones para los enfermos sujetos a tratamiento.

Las cuatro habitaciones del pabellón estaban vigiladas por sendos centinelas. Como aquel peculiar centro lo dirigía el ejército iraní, los médicos eran militares. Todos los auxiliares de clínica eran hombres, soldados con experiencia en combate. Y, como cabía esperar, las medidas de seguridad eran muy estrictas. Sin embargo, Moudi y el director no pasaron el control de la primera planta. Nada más verlos, el centinela pulsó los botones para abrir la puerta, que se abrió con un zumbido hidráulico. Quedaron en una especie de pequeña cámara de seguridad, frente a otra puerta. El sistema de extracción de aire funcionaba perfectamente (no había más que seguir con la mirada el humo del cigarrillo del soldado, absorbido por la boca del extractor).

Moudi y el director albergaban extraños prejuicios respecto de sus compatriotas. En teoría, habría sido mejor encargar la instalación a arquitectos e ingenieros extranjeros (los alemanes tenían mucho prestigio en aquella parte del mundo). Pero Irak ya tuvo que lamentar

Librodot

este error. Como los ordenados alemanes conservaban los planos de todo lo que construían, muchos edificios iraquíes fueron bombardeados y reducidos a escombros. De modo que, pese a que todo el equipo informático lo compraron en el extranjero, el edificio lo construyeron arquitectos e ingenieros iraníes. Su vida dependía del buen funcionamiento de la infraestructura. Tendrían que confiar en que todo funcionase perfectamente, porque ahora ya no había remedio.

Las puertas interiores no se abrían hasta que la exterior estuviese herméticamente cerrada.

La hermana Jean Baptiste estaba en la habitación del fondo, a la derecha. Tres enfermeros auxiliares estaban con ella. Ya le habían cortado las vendas, que dejaron al descubierto las mortales llagas. Los soldados sintieron náuseas. Su aspecto era mucho más horrible que las peores heridas que habían visto en la guerra. Le limpiaron las llagas y la taparon, respetuosos para con el pudor que le imponía su religión. El director miró el gotero de la morfina e inmediatamente redujo el flujo en un tercio.

-La necesitamos con vida lo más posible -explicó.

-Pero es que el dolor es... -dijo Moudi.

-No hay más remedio -lo atajó el director con frialdad.

El director fue a reconvenir a Moudi, pero se abstuvo. Al fin y al cabo, también él era médico y sabía que no era nada fácil tratar con dureza a un paciente.

Mujer de raza blanca, en estado de estupor a causa de la morfina, se dijo el director. La debilidad de su ritmo respiratorio no le gustaba. En cuanto los auxiliares le conectaron los electrodos para el electrocardiograma, el director comprobó, sorprendido, que su corazón funcionaba a la perfección. Bien. La presión arterial era baja, como era de esperar. Ordenó que le hiciesen una transfusión de dos unidades. Cuanto más sangre, mejor.

Los auxiliares estaban bien entrenados. Todo lo que la paciente llevaba encima al ingresar lo metieron en bolsas que, a su vez, introdujeron en una más grande y herméticamente cerrada. Uno de los auxiliares la llevó al incinerador, que la reduciría a esterilizadas cenizas. Era vital manipular el virus con seguridad. Los pacientes eran su caldo de cultivo. Previamente, se les extraía sangre para analizarla. Cuando el paciente moría, incineraban su cuerpo o lo enterraban impregnado de productos químicos. En esta ocasión no procederían así. El director dispondría de una ingente cantidad de virus que les permitiría realizar cultivos del mortal patógeno.

-Bien, Moudi, ¿cómo lo contrajo? -preguntó el director.

-Asistiendo al «enfermo Cero».

-¿El niño negro? -preguntó el director.

-Sí.

-¿Qué error cometió?

-No hemos podido averiguarlo. Se lo pregunté a ella cuando aún estaba lúcida. No le puso ninguna inyección al chico y, además, siempre ha sido muy cuidadosa con todo objeto punzante. Es una enfermera con mucha experiencia -explicó Moudi casi como un autómata. Estaba demasiado cansado para extenderse, con lo que no contrariaba en absoluto al director, sino al contrario-. Ya había asistido a enfermos de Ébola anteriormente, en Kikwit y en otros lugares. Incluso enseñaba al personal médico cómo proceder en estos casos.

-¿Transmisión por aerosol? -preguntó el director, consciente de que era mucho esperar.

-En el Centro de Control de Enfermedades Infecciosas creen que se trata de un subtipo del Ébola Mayinga. Recordará que el patógeno lleva el nombre de la enfermera que, incomprensiblemente, contrajo la enfermedad.

-¿Está seguro? -preguntó el director mirándolo con fijeza.

-En estos momentos, no estoy seguro de nada. Pero he hablado con los médicos y con las enfermeras del hospital y aseguran que esta religiosa no le puso ninguna inyección al «enfermo Cero». Por lo tanto, podría tratarse de un caso de transmisión por aerosol.

Se sabía muy poco acerca del Ébola Zaire, que podía transmitirse a través de la sangre y

de otros fluidos corporales, e incluso por contacto sexual (algo teórico ya que un enfermo de Ébola difícilmente se sentiría con ánimo de entregarse a tal actividad). Según la opinión más generalizada, el virus tenía muchas dificultades para sobrevivir fuera del hospedante, y no tardaba en morir. Ésta era la razón de que no se creyese que la enfermedad pudiera transmitirse por aire al igual que la neumonía y que otras afecciones contagiosas. Por otro lado, los brotes de Ébola producían casos para los que no tenían explicación. La desdichada enfermera Mayinga contrajo el virus que le produjo la muerte a través de un medio desconocido. ¿Habría mentido u olvidado comentar algo importante? ¿O había dicho la verdad y el virus que contrajo sobrevivió en el aire? De ser así, podía contagiarse tan rápidamente como el resfriado común, y la paciente que tenían frente a ellos se convertía en portadora de un arma biológica tan poderosa que haría temblar al mundo.

Tal posibilidad significaba, también, que estaban jugando a los dados con la muerte en persona. El menor error podía ser letal. Instintivamente, el director dirigió la mirada hacia el aparato de aire acondicionado. El edificio fue diseñado teniendo en cuenta aquella posibilidad. El aire que entraba era limpio, y el que salía, pasaba por una cámara esterilizadora, donde era sometido a un tratamiento de potentes rayos ultravioleta, ya que esta frecuencia de radiación destruía los virus con absoluta eficacia. Los filtros de aire estaban impregnados de fenol y de otros productos químicos, con el mismo objeto. Sólo entonces se expulsaba el aire al exterior, donde los factores ambientales contribuían a la exterminación del virus. Los filtros se cambiaban con escrupulosa puntualidad cada doce horas y las lámparas de luz ultravioleta se revisaban a diario.

Aunque el director también era médico, formado en París y en Londres, hacía muchos años que no ejercía. En los últimos diez años sólo se había dedicado a la biología molecular y, especialmente, al estudio de los virus. Sabía de virus tanto como el que más, aunque la verdad era que nadie sabía mucho. Sabía cómo cultivarlos, por ejemplo, y ahora tenía frente a él un vehículo perfecto, una persona convertida en una fábrica del más mortal organismo conocido por la Humanidad.

El director no había tenido ocasión de conocerla cuando era una persona sana. No había hablado nunca con ella ni la había visto trabajar. Y era una ventaja. Quizá fuese una eficiente enfermera, como decía Moudi, pero eso pertenecía ya al pasado y no tenía sentido alentar simpatía hacia alguien que moriría dentro de tres días (de cuatro, a lo sumo). Cuanto más tardase, más produciría la fábrica, utilizando a aquel ser humano como materia prima, convirtiendo a la más hermosa creación de Alá en Su más letal maldición.

Mientras Moudi se duchaba, el director había dado otra orden.

Condujeron a la hermana María Magdalena a otra sala de descanso, donde le proporcionaron ropa y la dejaron sola. Allí se duchó, sin dejar de preguntarse qué ocurría, dónde se encontraba.

La hermana seguía demasiado confusa para sentir temor; demasiado desorientada para comprender nada. Al igual que Moudi, estuvo un largo rato en la ducha. Se despejó un poco y trató de organizar sus ideas para hacerse las preguntas más pertinentes.

Iría al encuentro del médico en seguida y le preguntaría qué pasaba. Sí, eso era lo que haría, se dijo la hermana María Magdalena, que sintió un gran alivio al poder vestir ropas propias de hospital y conservar el rosario (incluso se duchó con él). Era un rosario metálico, diferente al que correspondía a su hábito de religiosa -el mismo que le regalaron hacía cuarenta años, cuando pronunció los votos-, y por ser metálico era más fácil de desinfectar. Pasó un largo rato limpiándolo. Cuando salió de la ducha y se vistió, pensó que rezar sería la mejor preparación para pedir información. De modo que se arrodilló, se santiguó y empezó sus oraciones. Como estaba de espaldas a la puerta, no la vio abrirse, ni tampoco la oyó.

El soldado del servicio de seguridad tenía órdenes concretas. Pudo haberlas cumplido minutos antes, pero le pareció que invadir la intimidad de una mujer que estaba en la ducha, desnuda, habría sido una acción vil. Además, no tenía escapatoria. Le complació verla orar; que estuviese de espaldas, totalmente tranquila y concentrada en su oración. Eso estaba bien.

Librodot

A cualquier asesino condenado a muerte se le concedía la oportunidad de hablar con Alá; negársela era un grave pecado. Se alegraba de no tener que cometerlo. De modo que la encañonó con su 9 mm Parabellum.

Hacía sólo unos instantes, la hermana hablaba con Dios, con la lógica distancia de todo mortal...

... y ahora lo hacía ya de un modo más directo.

El soldado volvió a ponerle el seguro al arma, la enfundó y llamó a los dos auxiliares que aguardaban fuera para que retirasen el cuerpo.

No era la primera vez que mataba. Había formado parte de escuadrones de la muerte para eliminar a los enemigos del Estado. Creía cumplir con su deber, un deber que a veces resultaba desagradable, pero deber al fin. Sin embargo, en aquella ocasión meneó la cabeza, convencido de que enviaba un alma directamente a Alá. ¡Qué extraño resultaba sentirse bien con una ejecución!

Tony Bretano llegó en un reactor comercial propiedad de la TRW. Aún no había decidido aceptar la oferta que le hizo la dirección de la Lockheed-Martin.

Ryan se alegró de que la información de George Winston fuese inexacta. Por lo menos, revelaba que su acceso a información privilegiada era un tanto relativo.

-Ya dije no en una ocasión, señor presidente.

-En dos -lo corrigió Ryan-. Cuando rechazó dirigir el ARPA y cuando no quiso aceptar el cargo de secretario del ministro de Tecnología. También se barajó su nombre para la Oficina Nacional de Reconocimiento, aunque no llegaron a proponérselo.

-Eso tengo entendido -reconoció Bretano, que era un hombre bajito y con complejo de bajito, a juzgar por su combatividad.

Hablaba con acento de la «Pequeña Italia» de Manhattan, pese a los muchos años que llevaba en la costa Oeste. Esto también resultaba elocuente para Ryan. Estaba claro que a Bretano le gustaba proclamar quién era y lo que era, a pesar de sus dos licenciaturas por el Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde pudo habérsele pegado perfectamente el acento de Cambridge.

-¿Rechazó esos cargos porque tiene por gilipollas a los del otro lado del río?

-Se les va el aire por la boca. Si yo dirigiese los negocios como ellos, los accionistas me lincharían. La burocracia del Ministerio de Defensa...

-Pues póngale remedio en mi nombre -sugirió Jack.

-Es imposible.

-No me venga con ésas, Bretano. Todo lo que el hombre hace, se puede deshacer. Si no se ve con valor de hacerlo... de acuerdo, dígamelo así y puede volver a la costa.

-Espere...

-No, espere usted -lo atajó Ryan-. Ya ha visto lo que dije en televisión y no voy a repetirlo. Quiero una limpieza a fondo, y necesito las personas adecuadas para hacerla. Si no tiene usted valor ya encontraré otra persona que lo tenga. Creía que era usted más duro...

-¿Duro? -exclamó Bretano casi a punto de saltar del sillón-. ¿Duro? Entérese, señor presidente: mi padre tenía un tenderete de fruta en una esquina. ¡Nadie me ha regalado nada!

Bretano se interrumpió al ver que Ryan se echaba a reír, y reflexionó unos momentos antes de proseguir.

-Bueno... No voy a presumir de duro -dijo ya más tranquilo, más de acuerdo al talante del director de un gran consorcio.

-George Winston me ha dicho que es usted durísimo. Hace diez años que no tenemos un ministro de Defensa que esté a la altura. Bien. Necesito tener a mi lado personas que me digan cuándo me equivoco. Pero no creo equivocarme acerca de usted.

-¿Qué quiere que haga?

-Que cuando yo coja el teléfono, se haga lo que diga. Quiero estar seguro de que, si envío a nuestros jóvenes a correr algún riesgo, irán perfectamente equipados, entrenados y apo-

yados. Quiero que nos teman. Eso le facilita mucho las cosas al Ministerio de Asuntos Exteriores. Me crié en el este de Baltimore, y cuando veía a un policía en Monument Street, sabía dos cosas: que no era buen asunto buscarle las vueltas, y que podía confiar en él si necesitaba ayuda.

-En otras palabras, quiere usted un producto acabado.

-Exacto.

-Llevamos ya demasiado tiempo de negligencia -dijo Bretano en tono abatido.

-Quiero que trabaje usted con un buen equipo. Lo seleccionará usted. Tendrá que crear un producto acorde con nuestras necesidades, un acabado producto para el Pentágono.

-¿De cuánto tiempo dispondré?

-Para la primera parte, le daré dos semanas.

-No es suficiente.

-No me venga con ésas. Estudiamos tanto las cosas que no me sorprendería que nuestro consumo de papel amenace nuestros bosques. No olvide que yo sé perfectamente cuáles son las amenazas que nos acechan. Era a lo que me dedicaba antes. Hace menos de un mes estábamos enzarzados en un conflicto armado, y conteníamos el aliento porque apenas teníamos efectivos. Estuvimos de suerte. Pero no quiero que tengamos que volver a confiar en la suerte. Quiero que me limpie la burocracia para que, si necesitamos hacer algo, se haga. En realidad, quiero que se hagan las cosas antes de que tengamos que hacerlas. Si procedemos como es debido, nadie será tan estúpido de buscarnos las vueltas. La cuestión estriba en si está usted dispuesto a afrontar el reto, doctor Bretano.

-Correrá la sangre...

-No se preocupe, mi esposa es médica -dijo Jack en tono risueño.

-La mitad de la labor consiste en disponer de un buen servicio de inteligencia -señaló Bretano.

-Lo sé. Hemos empezado por la CIA. Creo que George lo hará muy bien en Hacienda. Estoy estudiando una lista de jueces para el Tribunal Supremo. Así lo dije por televisión. He de formar un buen equipo. Quiero contar con usted. También yo me abrí camino solo. ¿Cree usted que dos personas como nosotras hubiesen llegado tan lejos en cualquier otro país? Ajústele las cuentas al tiempo, Bretano -concluyó Ryan, que se recostó en el respaldo, satisfecho de su capacidad de persuasión.

-¿Cuándo empiezo? -preguntó el ejecutivo, consciente de que era inútil porfiar.

-¿Qué tal mañana por la mañana? -contestó Ryan mirando el reloj.

La brigada de mantenimiento apareció poco después de amanecer. Una escolta militar rodeaba el aparato y mantenía alejados a los curiosos, aunque aquel aeropuerto era más seguro que la mayoría, debido a la presencia de las Fuerzas Aéreas iraníes.

El jefe de mantenimiento llevaba en la mano la hoja de instrucciones, y aunque la larga lista le sorprendió, no se molestó en darle vueltas. Los aviones de aquel modelo siempre recibían un tratamiento especial, porque quienes viajaban en ellos se consideraban poco menos que elegidos de Dios. Sin embargo, eso a él le tenía sin cuidado. Trabajaba tan a conciencia que, en su caso, toda recomendación de extremar las precauciones era innecesaria. Además, sus hombres eran tan concienzudos como él.

Según la ficha de mantenimiento, había que sustituir dos instrumentos de la cabina de vuelo. Ya tenía preparadas las piezas de recambio, recién desembaladas. Después de instalarlas, habría que ajustarlas. Otros dos miembros de su brigada se encargarían de repostar el aparato y de cambiarle el aceite. El resto se ocuparía del interior de la cabina, bajo la supervisión del jefe de mantenimiento.

Apenas habían hecho más que empezar cuando apareció un capitán con nuevas órdenes, previsiblemente contrarias a las que ya tenía. Había que sustituir rápidamente los asientos. El G-IV despegaría dentro de pocas horas. El oficial no le dijo con qué destino, ni el jefe de mantenimiento se molestó en preguntárselo. Se limitó a ordenar a sus mecánicos que se apre-

Librodot

surasen a hacer lo ordenado. Esto era bastante fácil en los G-IV, porque llevaban un cuadro de mandos modular.

Al cabo de unos minutos, apareció un camión con los asientos que retiraron dos días antes, y la brigada de limpieza ayudó a colocarlos en su sitio. El jefe de mantenimiento no entendía por qué los retiraron, pero no era asunto suyo y, además, la respuesta tampoco le hubiese aclarado nada. Era una lástima que todo el mundo tuviese tanta prisa. Habría sido más fácil hacer la limpieza con más espacio, antes de volver a instalar los asientos, que convertían el aparato en un pequeño pero cómodo avión de pasajeros.

Casi simultáneamente, llegaron de Intendencia con provisiones para la cocina, con lo que, en aquellos momentos, el avión era un hervidero de soldados que se entorpecían. Por si fuera poco, en seguida aparecieron los tripulantes con sus cartas de navegación y sus planes de vuelo. El piloto fulminó con la mirada al mecánico que, echado en el suelo, ajustaba los módulos de instrumentos desentendido de la impaciencia de la tripulación.

No era culpa del jefe de mantenimiento, pero así no había manera de trabajar bien.

Tras haber ajustado el último módulo, el mecánico se sentó en el asiento del copiloto y ejecutó un programa de comprobación, para asegurarse de que todo funcionaba correctamente. Ni siquiera se dignó mirar a los pilotos, que echarían pestes contra él si incurría en el más mínimo error.

En cuanto el mecánico hubo salido de la cabina, el copiloto ocupó su lugar y ejecutó el mismo programa de comprobación. Al bajar del avión, el mecánico comprendió la razón de que tuviesen tanta prisa.

Cinco personas visiblemente nerviosas aguardaban en la pista, pendientes del blanco reactor comercial. Los miembros de la brigada de mantenimiento los conocían a los cinco por sus nombres, de tan a menudo como aparecían por televisión. Todos se apresuraron a saludar con deferencia a los mullahs y a terminar cuanto antes, lo que propició que dejaran varias cosas por hacer. Luego, ordenaron bajar del avión a los miembros de la brigada de limpieza, sin apenas darles más tiempo que el que necesitaban para instalar los asientos y pasarles un paño muy por encima.

Las cinco personalidades embarcaron al momento y se dirigieron a popa del aparato para poder charlar. Los tripulantes pusieron en marcha los motores y despegaron antes de que a los miembros de la escolta militar y a los camiones les diese tiempo para retirarse.

Al aterrizar en Damasco el reactor comercial gemelo, se encontró con la orden de regresar a Teherán de inmediato. Los tripulantes no encajaron muy bien el cambio de planes, pero obedecieron. Apenas pudieron permanecer en tierra cuarenta minutos antes de volver a despegar para su corto vuelo a irán.

En Palm Bowl había mucho ajetreo. Algo importante ocurría. Se adivinaba con sólo reparar en lo que no ocurría. Las líneas de comunicaciones codificadas que utilizaban los generales iraquíes se habían saturado para luego enmudecer, volver a saturarse y enmudecer de nuevo.

En aquellos momentos, las líneas habían vuelto a enmudecer. En la Ciudadela del Rey Jalid, en Arabia Saudí, los ordenadores procesaban soluciones aplicables a los sistemas de intercepción informática, para descifrar las comunicaciones de las radios tácticas iraquíes. Eran operaciones lentas. La tecnología de la codificación, que antes era casi patrimonio exclusivo de los países ricos, se había convertido, con la masiva irrupción de los ordenadores personales, en algo asequible para los ciudadanos más humildes de los países tecnológicamente avanzados. Una inesperada consecuencia de este hecho era que países de modesta economía tenían acceso a los más sofisticados instrumentos de seguridad en las comunicaciones. Incluso Malaysia disponía de codificadores tan difíciles de descifrar como los de Rusia. Y otro tanto cabía decir de Irak, por cortesía de norteamericanos temerosos de que el FBI leyese el electrónico correo de sus «virtuales» adulterios.

Los sistemas de codificación utilizados en las radios tácticas tenían que ser necesariamente algo más sencillos y descifrables. Pero incluso para estos códigos se precisaba disponer de un ordenador Cray, enviado años antes a Arabia Saudí.

Otro factor a considerar era que Palm Bowl estaba en Kuwayt y había sido totalmente financiada por el gobierno kuwaití. En justa correspondencia, los kuwaitíes tenían acceso a los datos captados por la estación del Centro de Seguridad Nacional. Aunque ni el personal del Servicio de Inteligencia Militar ni el del CESEN estaban muy convencidos de que fuese una correspondencia «justa», tenían que cumplir las órdenes.

-¿De qué hablan? ¿De sus parientes? -se preguntó un sargento de las Fuerzas Aéreas norteamericanas en voz alta.

Era toda una novedad. La estación de Palm Bowl había captado anteriormente conversaciones privadas a través de aquella red, y habían aprendido bastante acerca de los hábitos personales de los generales iraquíes, aparte de algunos chistes verdes, acerca de lo negros que estaban antes de ponerse morados, que no siempre tenían gracia una vez traducidos. Pero lo que acababan de captar era toda una novedad.

-Evacuación -contestó el sargento mayor que estaba con él-. ¡La desbandada! ¡Aquí pasa algo, teniente!

La oficial de guardia de menor graduación estaba enfrascada en la lectura de unos informes. El radar del aeropuerto internacional de Kuwayt, instalado después de la guerra, era de una potencia fuera de lo común. Funcionaba de acuerdo a dos programas, uno para los controladores del tráfico aéreo y otro para las Fuerzas Aéreas kuwaitíes. Tenía mucho alcance y era muy preciso.

Por segunda vez en dos días, un reactor comercial se dirigía de Bagdad a Irán. La ruta era idéntica a la seguida por el vuelo anterior y el código de transponder era el mismo. La distancia entre las dos capitales era de poco más de 640 km, la justa para que a un pequeño reactor comercial le mereciese la pena elevarse hasta la altitud de crucero, al objeto de que el consumo de combustible fuera el adecuado, sin salir del límite de cobertura de su radar. También sobrevolaría la zona una estación volante E-3B, pero ésta transmitía sus comunicaciones directamente al CTK y no a Palm Bowl. Para los agentes militares de la estación de tierra, ganarles por la mano a los de la estación volante en su propio juego era una cuestión de prurito profesional. Sobre todo porque la mayoría de los tripulantes de la E-3B pertenecían a las Fuerzas Aéreas norteamericanas.

La teniente memorizó la información, cruzó la sala y se acercó a los sargentos.

-¿Qué ocurre, sargento mayor? -preguntó.

El suboficial le mostró en la pantalla de su ordenador la traducción de varias conversaciones descifradas.

-Aquí hay unos tipos que ponen tierra de por medio, señora.

Momentos después, entró en la sala el comandante kuwaití Ismael Sabah. Era pariente lejano de la familia real, se había educado en Dartmouth y gozaba de bastantes simpatías entre el personal militar norteamericano. Durante la guerra, colaboró con un grupo de la resistencia, uno de los más activos y eficientes. Logró obtener mucha información sobre movimientos y potencial de las unidades militares iraquíes que transmitía por medio de teléfonos celulares, cuya cobertura le permitía enlazar con las redes civiles saudíes del otro lado de la frontera, comunicaciones que los iraquíes no pudieron nunca interceptar. No obstante, en el curso del conflicto perdió a tres parientes cercanos a manos del terror iraquí. Había aprendido mucho de aquella experiencia y también había acumulado mucho odio hacia su vecino del norte. Tenía 35 años y era un hombre reflexivo y de maneras reposadas. Daba la impresión de atesorar más talento a cada día que pasaba.

Sabah se inclinó hacia la pantalla para ver la traducción.

-Que las ratas abandonan el barco, dicen ustedes, ¿verdad?

-¿También usted lo cree así, señor? -se adelantó a preguntar el sargento mayor antes de que lo hiciese la teniente.

Librodot

-¿A Irán? -preguntó la oficial americana-. Ya sé que eso es lo que parece. Sin embargo, no tiene mucho sentido, ¿no creen?

El comandante Sabah frunció el entrecejo.

-Tampoco tenía sentido enviar lo que les quedó de sus Fuerzas Aéreas a Irán. Pero los iraníes custodiaron sus aviones de combate y dejaron que los pilotos volviesen a su país. Aún tiene usted mucho que aprender de la cultura de estos pueblos, teniente.

«Lo que he aprendido es que aquí muy pocas cosas tienen sentido», tuvo que abstenerse de replicar la teniente.

-¿Qué más tenemos? -le preguntó Sabah al sargento mayor.

-A ratos de sobrecarga en las líneas siguen ratos de silencio absoluto. En estos momentos, hay muchas conversaciones en curso, pero el CTK aún no ha conseguido descifrarlas.

-La vigilancia por radar informa de un vuelo con destino Bagdad, procedente de Mehrabad, registrado como reactor comercial.

-¿El mismo de antes? -le preguntó Sabah a la teniente norteamericana.

-Sí, comandante.

-¿Y no tienen nada más?

-Los ordenadores lo están procesando -contestó por ella el sargento mayor-. Puede que dentro de treinta minutos sepamos algo.

Sabah encendió un cigarrillo. Como técnicamente Palm Bowl era una estación kuwaití, estaba permitido fumar, con alivio de unos e indignación de otros. Pese a no ser un oficial de muy alta graduación, Sabah ocupaba un importante cargo en el servicio de inteligencia de su país. Su modestia y su eficiencia contrastaban con su desempeño durante la guerra, acerca de la cual había dado conferencias en Gran Bretaña y EE. UU.

-¿Opiniones? -recabó el comandante Sabah pese a que ya tenía la suya.

-Usted lo ha expresado muy bien, señor: ponen tierra de por medio -dijo el sargento mayor.

-Dentro de unas horas, o acaso de unos días -aventuró el comandante Sabah abundando en la idea-, Irak no tendrá gobierno e Irán hará todo lo posible por facilitar la transición a... la anarquía.

-Pues mal asunto -musitó el sargento mayor.

-Sería más apropiado considerarlo una catástrofe -señaló Sabah en tono reposado.

El comandante meneó la cabeza y esbozó una amarga sonrisa, que le hizo ganar nuevos puntos entre los agentes norteamericanos.

El Gulfstream aterrizó con viento encalmado tras un vuelo de 65 minutos desde Teherán, se dijo Badrain al mirar el reloj, que esperaba que fuese tan puntual como los Swissair.

En cuanto el aparato se hubo detenido, se abrió la puerta y descendieron los cinco pasajeros, recibidos con artificiosa y falsa cortesía, a la que correspondieron del mismo modo. Un pequeño convoy de lujosos Mercedes los condujo a una confortable residencia del centro de la ciudad, donde, como es natural, serían asesinados si las cosas se torcían.

Casi sin dar tiempo a que se detuviesen los coches, dos generales, con sus esposas, sus hijos y sus respectivas escoltas, salieron de la terminal de personalidades y se dirigieron al avión. Sin pérdida de tiempo embarcaron en el G-IV. El copiloto cerró la puerta y arrancó los motores, todo ello en menos de diez minutos, según el Seiko de Badrain. Y menos tardó aún en situarse en la pista de despegue y salir, de regreso al aeropuerto de Mehrabad. Era algo demasiado obvio para pasar desapercibido a los controladores. Ése era el problema de la seguridad, como Badrain sabía perfectamente. Había cosas que no podían mantenerse en secreto, y menos aún, cosas como aquélla. Hubiese sido mejor utilizar un vuelo comercial, y tratar a los generales que partían como pasajeros normales de un vuelo normal. Pero no había vuelos regulares entre los dos países, aparte de que los generales no habrían aceptado tan plebeyo tratamiento.

De modo que los controladores de la torre sabrían que un vuelo especial había llegado y

vuelto a salir con desusada rapidez. Y otro tanto cabía decir de los empleados de la terminal, obligados a tratar servilmente a los generales y a sus séquitos. Respecto del primer vuelo, aquello podía no tener importancia, pero sí la tendría para el siguiente.

Quizá esto no afectase a lo que «estaba escrito» porque ya no era posible detener los acontecimientos que él había ayudado a desencadenar, pero hería el orgullo profesional de Badrain.

Alí se encogió de hombros al volver a pie a la terminal de personalidades. Daba igual. El cumplimiento de su misión le proporcionaría el agradecimiento de un hombre muy poderoso, que mandaba en un país muy poderoso; y sólo por hablar, por decirles a unas personas lo que ya sabían, y ayudarlas a adoptar una decisión inevitable, por más que se empeñasen en lo contrario. Qué extraña era la vida.

-¡El mismo! Ha estado tan poco en tierra que parece que haya rebotado.

Aunque resultó bastante laborioso, lograron sintonizar las comunicaciones de aquel aparato y canalizarlas hasta los auriculares de un políglota del Ejército.

Pese a que el idioma internacional de la aviación era el inglés, las comunicaciones de aquel aparato las transmitían en farsi. Quizá lo considerasen más seguro, pero no hacían sino señalar más al aparato, seguido por radar y por los localizadores de frecuencias de radio. Por lo demás, todo era normal respecto de aquel aparato, salvo el hecho de no haber permanecido en tierra el tiempo suficiente para repostar. Esto significaba que el vuelo formaba parte de un plan.

En el cielo del sector noroeste del golfo Pérsico, una estación volante de comunicaciones seguía también al aparato. La curiosidad, despertada por la estación de Palm Bowl, había aumentado lo suficiente como para desplazar la estación E-3B desde sus normales coordenadas de patrulla, escoltada por cuatro cazas saudíes Eagle F-15.

Los oficiales iraquíes e iraníes encargados del espionaje electrónico tomarían nota de que alguien estaba interesado en lo que ocurría (y se preguntarían por qué, porque ellos lo ignoraban). Aquel juego siempre resultaba fascinante. Ningún bando sabía todo lo que deseaba saber, y daba por supuesto que el otro bando (en aquellos momentos había en realidad tres bandos) sabía demasiado, mientras que ninguno de los tres sabía gran cosa.

A bordo del G-IV hablaban en árabe. Los dos generales charlaban nerviosamente y en voz baja en la sección de cola. Aunque hubiesen hablado un poco más alto no se los hubiese oído, a causa del ruido de los motores. Sus esposas permanecían en silencio, más nerviosas que ellos, mientras que los hijos de ambos matrimonios leían o dormitaban. Quienes más aprensión sentían eran los miembros de la escolta, conscientes de que si algo se torcía en Irán no podrían hacer más que morir inútilmente.

Uno de los guardaespaldas, que iba sentado en el centro de la cabina, notó que su asiento estaba mojado. No sabía de qué, pero era algo pegajoso y... ¿rojo? Debía de ser zumo de tomate o algo parecido. Se levantó muy molesto y fue al lavabo a lavarse las manos y volvió con una toalla para limpiar el asiento. Luego, fue a dejar la toalla donde estaba, antes de ocupar de nuevo su asiento. Después miró hacia las montañas, preguntándose si viviría para ver un nuevo amanecer, ignorante de que le quedaban aún muchos (veinte exactamente).

-Ya lo tenemos -dijo el sargento mayor-. Son el subjefe de sus Fuerzas Aéreas, el capitán general del Segundo Ejército iraquí y las familias de ambos.

Habían tardado dos horas en descifrar la conversación desde el momento en que captaron la señal.

-¿Prescindibles? -preguntó la teniente de las Fuerzas Aéreas norteamericanas.

Aquella oficial aprendía pronto, pensaron los presentes.

-Más o menos -asintió el comandante Sabah-. Hemos de estar atentos al más que posible despegue de otro avión, desde el aeropuerto de Mehrabad, en cuanto éste aterrice.

-¿Hacia dónde, señor?

Librodot

-Ah, teniente. Ésa es la gran pregunta, ¿verdad?

-Sudán -aventuró el sargento mayor, que llevaba dos años de servicio en la región y cumplía con su segundo destino en Palm Bowl.

-No apostaría contra usted en esto, sargento -comentó el comandante guiñándole un ojo-. Deberíamos confirmarlo a través del ciclo horario de los vuelos salidos de Bagdad.

Hasta entonces no podría pronunciarse sobre el conjunto de la operación, aunque ya había alertado a sus superiores de que ocurría algo anormal. Los norteamericanos no tardarían mucho en tener que hacer lo mismo.

Veinte minutos después, el CTK enviaba un informe previo a Fort Meade, en Maryland. La diferencia horaria hizo que llegase al centro de guardia poco después de medianoche. Desde el Centro de Seguridad Nacional lo retransmitieron por cable de fibra óptica a Langley, en Virginia; a Mercury, la instalación de escucha de comunicaciones de la CIA, y de allí al Centro de Operaciones, en la segunda planta de la central de la propia CIA, a la oficina 7-F-27.

En cada una de estas escalas, la información era retransmitida tal cual. Sólo en algunos casos se acompañaba de alguna valoración, que siempre se anotaba al pie.

El oficial de guardia en la CIA era Ben Goodley, que tras un fulgurante ascenso acababa de ganarse el carnet del SIN (Servicio de Inteligencia Nacional), junto al peor turno de servicio a causa de su juventud y falta de antigüedad. Como de costumbre, dio muestras de buen sentido y consultó a su especialista regional, a quien entregó el informe en cuanto salió de la impresora.

-Colapso total -dijo el especialista al llegar a la página tres.

-¿A qué... irán?

-Ay... hijo mío -exclamó el especialista, que era veinte años mayor que su superior-. No van a ir de compras a Teherán.

-¿Consultamos el PROSIN? -preguntó Goodley refiriéndose al Programa de Prospectiva del SIN, un importante documento oficial pensado para situaciones anómalas.

-Me parece que sí. El gobierno iraquí se hunde.

No era nada sorprendente, aunque tampoco agradable. -¿Tres días?

-O acaso menos.

-Bien. Que nos pasen una copia, y redactaremos nuestro informe -dijo Goodley con resuelto talante.

17

«REVIVAL»

Los acontecimientos importantes rara vez ocurrían en los momentos más oportunos, tanto si se trataba del nacimiento de un bebé como de una emergencia nacional.

Era lo que ocurría ahora. No había nada que hacer. Ben Goodley llegó a la conclusión de que la CIA carecía de efectivos sobre el terreno para confirmar los datos captados por las escuchas y que, por más intereses que su país tuviese en la región, no podían hacer nada.

Las agencias de noticias no habían captado el menor síntoma que alertase de los acontecimientos y, como solía ocurrir, la CIA no se daría por enterada hasta que algo se palpase en el ambiente. Con esta actitud, la CIA contribuía a fomentar la creencia de que las agencias de noticias eran tan eficientes como el gobierno por lo que a averiguar las cosas se refería. No siempre era verdad, pero lo era con mayor frecuencia de lo que a Ben Goodley le hubiese gustado.

El informe que se adjuntaría al PROSIN sería breve. Lo sustancial no requería mucha retórica. Goodley y su especialista en la región tardaron sólo media hora en redactarlo. Se quedarían con la copia en papel para uso interno y transmitirían el texto, por módem, a través de líneas seguras a los organismos gubernamentales interesados. Luego, ambos regresarían al

Centro de Operaciones.

Golovko porfiaba por conciliar el sueño. Aeroflot acababa de comprar diez nuevos Boeing 777 para su servicio regular a Nueva York, Chicago y Washington. Eran mucho más cómodos y seguros que los reactores soviéticos en los que viajó durante tantos años. Sin embargo, no le hacía gracia volar en un bimotor en lugar de en un cuatrimotor, aunque el avión fuese americano. Le cabía el consuelo que los asientos de primera clase eran muy cómodos, y el vodka, de excelente calidad. Entre lo uno y lo otro, le proporcionaron cinco horas y media de sueño.

Se despertó en Groenlandia mientras su guardaespaldas, que iba sentado a su lado, seguía en el más beatífico de los sueños. Probablemente, también debían de dormir las azafatas en sus asientos abatibles de popa.

Serguei Nikolaievich sabía muy bien que en otros tiempos no habría sido así. Habría viajado en un vuelo especial atestado de instrumentos de telecomunicaciones, y si se producía algún acontecimiento importante en el mundo, habría sido informado en cuanto las estaciones de telecomunicaciones de las afueras de Moscú hubiesen captado los datos. Lo más frustrante era albergar el convencimiento de que algo sucedía. Algo tenía que suceder. Siempre pasaba algo, se decía en la ruidosa oscuridad. Si se acudía a una reunión importante era porque se esperaba algún acontecimiento importante. Si ocurría durante el desplazamiento, aunque no quedase del todo al margen, sí que se vería privado de poder consultar con sus asesores: Irak y China. Por suerte, ambas zonas calientes estaban muy alejadas. Golovko se dijo también que aún era mayor la distancia entre Washington y Moscú, tanta como para verse obligado a volar toda la noche en un bimotor. Con esta agradable constatación, ladeó ligeramente el cuerpo y se dijo que debía intentar dormir todo lo que pudiera, porque lo iba a necesitar.

Lo más difícil no era sacarlos de Irak, sino trasladarlos de irán a Sudán. Hacía ya mucho tiempo que no se autorizaba a los aviones procedentes de Irán sobrevolar el reino saudí. Las únicas excepciones eran los vuelos para la anual peregrinación a La Meca. De modo que el reactor comercial tuvo que bordear la península Arábiga, sobrevolar el mar Rojo y seguir rumbo oeste, en dirección a Jartum, lo que significaba triplicar el tiempo y la distancia para trasladarlos.

El breve vuelo siguiente no podría partir hasta que el más largo hubiese llegado a África; hasta que las personalidades llegasen a sus aposentos, apresuradamente habilitados, los encontrasen a su gusto y hubiesen hecho la llamada telefónica, con la inevitable contraseña, para confirmar que todo iba bien.

Hubiese sido mucho más sencillo embarcarlos en un mismo vuelo Bagdad-Teherán-Jartum, pero no era posible. Y tampoco lo era seguir la ruta aérea más corta, desde Bagdad hasta Jartum vía Jordania, porque había que pasar muy cerca de Israel (una perspectiva nada atrayente para los generales iraquíes). Además, la necesidad de que viajasen de incógnito lo complicaba aún más.

Tanta complicación era irritante, pero no para Daryaei, que aguardaba impasible en una sala de la terminal. A través de la ventana vio que el G-IV se detenía junto a otro aparato idéntico. Nada más abrirse las puertas del reactor, varias personas bajaron por la escalerilla y subieron por otra, mientras los mozos de equipaje transbordaban los pocos efectos personales que llevaban consigo (sin duda, joyas y otros objetos pequeños pero de gran valor, pensó el santón).

Al cabo de pocos minutos, en cuanto hubieron concluido todas estas operaciones, el avión empezó a moverse.

Era una tontería, en realidad, haber acudido allí para ver algo tan pedestre y aburrido. Pero representaba veinte años de esfuerzos y, pese a ser un hombre piadoso y entregado al servicio de Dios, Mahmoud Haji Daryaei era lo bastante humano como para querer ver el fruto de su labor. Le había dedicado toda una vida, y pese a ello, no había culminado más que la

Librodot

mitad de la tarea. Y su tiempo se agotaba...

El tiempo vuela, se decía Daryaei, sobre todo después de haber cumplido los setenta. Se miró las manos; las arrugas y las marcas de toda una vida estaban allí, unas naturales y otras no. Tenía dos dedos rotos, de cuando cayó en poder de la Savak, el servicio de seguridad del sha, entrenado por los israelíes. Recordaba lo doloroso que fue. Y aún recordaba con más nitidez el ajuste de cuentas con los dos agentes que lo interrogaron. Daryaei no había dicho una palabra. Sólo los miró, inmóvil como una estatua, mientras los conducían ante el pelotón de ejecución. La verdad es que no disfrutó con ello. No eran más que ex funcionarios que cumplían órdenes, sin que les importase quién era ni por qué debían odiarlo. Otro mullah oró con ellos por separado, porque negarle a alguien la oportunidad de reconciliarse con Dios era un odioso pecado. Además, ¿qué daño hacía a nadie concedérselo? Murieron rápidamente. Dieron el último paso del viaje de toda una vida, aunque a la postre el de ellos fuese bastante más corto que el suyo...

Tantos años consagrado a un único objetivo. Jomeini se exilió a Francia, pero Daryaei no. Permaneció en la sombra, coordinando y dirigiendo, trabajando para su líder. La única vez que lo detuvieron, terminaron por dejarlo en libertad, porque no habló, como tampoco lo hicieron sus más allegados. Ése fue uno de los errores del sha, cuya caída se debió, en última instancia, a la indecisión. Fue demasiado condescendiente en su política para contentar al clero islámico; demasiado reaccionario para satisfacer a sus protectores occidentales, tratando en vano de ocupar una posición intermedia, en una región del mundo en la que a nadie le cabían más que dos opciones. En realidad, sólo una, se corrigió Daryaei mientras el Gulfstream despegaba. Los iraquíes intentaron la otra opción, alejándose de la palabra de Dios. Pero ¿de qué les sirvió? Saddam Hussein inició una guerra contra Irán, convencido de que éste era débil y carecía de liderazgo, y nada consiguió. Luego, se aventuró por el sur, y consiguió aún menos. Y todo ello sin más ambición que el poder temporal.

Daryaei no procedía así. Nunca había perdido de vista su meta, como tampoco Jomeini, y aunque éste hubiese muerto, su mensaje seguía vivo. Su objetivo quedó tras él mientras miraba al norte, demasiado lejano para verlo, pero no por ello menos presente, en las ciudades santas de La Meca y Medina y... en Jerusalén. Sólo había estado en las dos primeras.

Cuando era un muchacho lleno de devoción, deseaba ver la Roca de Abraham. Pero algo -no recordaba exactamente qué- impidió a su padre, que era comerciante, llevarlo allí. Quizá algún día. Sin embargo, había peregrinado a La Meca más de una vez a pesar de las diferencias políticas y religiosas entre Irán y Arabia Saudí. Deseaba volver a ir, rezar frente a la velada Kaba. Pero tenía también razones más poderosas.

Aunque ocupase la más alta magistratura del Estado, quería más, y no por ambición personal. El Islam se extendía desde el oeste africano hasta Extremo Oriente, sin contar con las pequeñas bolsas de fieles en el hemisferio occidental. Pero el Islam no había tenido un líder único y un objetivo común desde hacía más de mil años. Y a Daryaei le dolía. No había más que un Dios y una sola era su Palabra. Tenía que entristecer mucho a Alá que su palabra hubiese sido tan trágicamente tergiversada. Ésa era la única explicación de que no todos los hombres abrazasen la Verdadera Fe. Si podía remediarlo, podría también cambiar el mundo y acercar a toda la Humanidad a Dios. No obstante, para conseguirlo...

El mundo era como era, un imperfecto instrumento que se regía por leyes imperfectas dictadas por hombres imperfectos. Pero Alá lo hizo así. Lo más lamentable era que muchos se oponían por sistema a todo lo que hacía, tanto creyentes como no creyentes. Y esto lo entristecía más que lo indignaba. Daryaei no odiaba a los saudíes ni a los demás pueblos de la otra orilla del golfo Pérsico. No eran malos. Eran verdaderos creyentes y, a pesar de sus diferencias con él y con su país, nunca negaban el acceso a La Meca. Pero su camino no era el verdadero camino, y ante eso no podía cerrar los ojos. Se habían dejado corromper por la opulencia, y eso tenía que cambiar. Daryaei tenía que controlar La Meca para reformar el Islam. Y para conseguirlo, necesitaba el poder temporal. Sería inevitable crearse enemigos. Pero acababa de ganar su primera gran batalla.

Lástima que todo fuese tan lento. Daryaei invocaba a menudo la virtud de la paciencia. La suya era una labor de toda una vida, tenía 72 años y no quería morir como su mentor, con la labor a medio terminar. Cuando compareciese ante Alá, quería poder hablarle de logros, de haber cumplido con éxito la más noble tarea que un hombre pudiese acometer: la reunificación de la Verdadera Fe.

Daryaei estaba dispuesto a volcarse en la tarea. Y como su misión era tan pura y luminosa, y le quedaba tan poco tiempo para cumplirla, le tenía sin cuidado hundirse en las tinieblas para culminarla.

Bien, se dijo, al alejarse de la ventana y dirigirse hacia su coche con su chofer. La operación estaba en marcha.

Los profesionales de los servicios de inteligencia no cobraban por creer en las coincidencias. Y concretamente aquéllos disponían de mapas y de instrumentos para predecir los acontecimientos. Sabían cuál era la autonomía de vuelo del G-IV y, por consiguiente, era fácil calcular las distancias que tendría que recorrer. La estación de telecomunicaciones volante había detectado un vuelo que desde Teherán se dirigía al sur. El transponder les permitió precisar el modelo de avión, además de la velocidad, el rumbo y la altitud, que debía ser de 15 000 m para aprovechar al máximo el rendimiento del combustible. También calcularon la frecuencia de salida de cada uno de estos vuelos. El dato más elocuente era el rumbo.

-Sudán -confirmó el comandante Sabah.

Podía haber sido cualquier otro. Incluso llegó a pensar que Brunei era una alternativa a considerar. Pero no. Estaba demasiado lejos de Suiza, que era donde estaba el dinero, o donde debía estar.

Con esta idea, enviaron una señal vía satélite a EE. UU., de nuevo a la CIA, que despertó a un alto oficial sólo para decir que sí a una escueta pregunta. La respuesta fue transmitida a Palm Bowl de acuerdo a la justa correspondencia debida a los kuwaitíes. A partir de ese momento, no había más que esperar.

La CIA tenía una pequeña presencia en Jartum: un jefe de misión, dos agentes y una secretaria que compartían con la sección de transmisión de señales del CESEN. Sin embargo, el jefe de la misión era un buen profesional que había captado a varios sudaneses para que actuasen como agentes. Ayudaba a ello que el gobierno sudanés tenía poco que ocultar, demasiado pobre para interesar a nadie.

Tiempo atrás, el gobierno explotó su situación geográfica como instrumento para alinearse con el Este en su confrontación con Occidente, lo que le reportó dinero, armas y apoyo. Pero la URSS fue la gran perdedora en la larga batalla que había sostenido el Tercer Mundo durante dos generaciones. Ahora, los sudaneses tenían que depender de sus propios recursos, que eran escasos, y de las migajas que les arrojase cualquier país que, transitoriamente, tuviese necesidad de ellos. Los líderes del país eran islámicos, y al proclamar su fe tan alto como les permitía su capacidad de mentir (no eran más devotos que sus homólogos occidentales), conseguían ayuda de Libia, Irán y otros países, a cambio de hacerles la vida imposible a los paganos animistas del sur del país. Además de hacer frente a una creciente marea islámica en la propia capital, nutrida por una población que conocía muy bien cuál era el verdadero alcance de la devoción de sus líderes, a quienes deseaba sustituir por verdaderos creyentes.

En conjunto, los líderes políticos de la empobrecida nación pensaban que era más fácil ser religioso y rico que religioso y pobre.

Para el personal de la embajada norteamericana, esto significaba que los acontecimientos del país eran imprevisibles. Jartum sólo era un lugar seguro cuando controlaban a los agitadores fundamentalistas, como en aquellos momentos. De lo único que tenían que preocuparse los funcionarios del servicio exterior norteamericano era de las condiciones ambientales, tan duras que hacían de aquel destino diplomático uno de los diez más temibles, pese a no existir la amenaza del terrorismo.

Librodot

Para el jefe de la misión esto significaba un rápido ascenso, aunque su esposa y sus dos hijos seguían en Virginia, porque la mayoría de los funcionarios norteamericanos residentes no se sentían lo bastante seguros como para instalar a sus familias allí. Por si fuera poco, el sida se había convertido en un peligro lo bastante grave como para negarles todo solaz nocturno, además de lo peliagudo que era conseguir sangre no contaminada en el caso de precisar una transfusión (el médico agregado a la embajada vivía en permanente zozobra).

El jefe de la misión había hecho caso omiso de todos los inconvenientes. Aceptar aquel destino significaba ganar lo mismo que si ya lo hubiesen ascendido. Y su labor era fructífera. Tenía un agente muy bien situado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Sudán que prácticamente informaba a EE.UU. de todas las actividades de su país que, aunque no fuesen importantes, interesaban también a los burócratas de Langley, partidarios de la máxima de que era preferible saberlo todo acerca de nada que no saber nada acerca de todo.

Aquello quería llevarlo él personalmente. Después de tomar nota del tiempo y de la distancia, de acuerdo a sus propios mapas, el jefe de la misión almorzó temprano y fue en coche al aeropuerto, que estaba a pocos kilómetros de la capital. Las medidas de seguridad eran poco estrictas y en seguida encontró un buen puesto de observación a la sombra. Era más fácil vigilar la terminal privada que la pública, especialmente con el potente teleobjetivo de su cámara.

El zumbido de una llamada a su móvil, desde la sección del CESEN de la embajada, le notificó que el vuelo que esperaban estaba a punto de llegar, tal como confirmaba la llegada de varios automóviles de aspecto oficial.

Había memorizado las dos fotografías que le enviaron desde Langley. ¿Dos generales iraquíes, eh?, pensó. Bien, con la muerte de su jefe, no era tan sorprendente. El problema de las dictaduras era la falta de planes de jubilación para los más altos cargos.

En cuanto el blanco reactor comercial enfiló la pista, enfocó la cámara. Lo único que le preocupaba era que el reactor se detuviese de modo que pudiese cubrir la salida con la cámara (aquellos cabrones podían situarse en sentido contrario y estropearle la maniobra).

El Gulfstream se detuvo, se abrieron las puertas y el jefe de la misión empezó a disparar la cámara. Un funcionario de segunda fila había sido enviado a modo de recibimiento oficioso. Podía uno deducir quién era la personalidad importante según quién recibiese los besos y los abrazos (y por la recelosa mirada que dirigía en derredor). Clic. Clic.

Reconoció uno de los rostros, y el otro debía de ser una personalidad de similar rango.

Realizaron el transbordo en menos de dos minutos. Los coches oficiales arrancaron. El jefe de la misión no se preocupó por saber adónde se dirigían. Su agente del Ministerio de Asuntos Exteriores lo informaría cumplidamente. Disparó al avión las últimas ocho fotos que le quedaban y, al ver que repostaba, aguardó a ver qué ocurría.

Treinta minutos después el reactor se elevaba de nuevo. El jefe de la misión volvió entonces a la embajada, y mientras uno de sus agentes más jóvenes revelaba las fotos, él llamó a Langley.

-Confirmación -dijo Goodley, casi a punto de terminar su guardia-. Dos generales iraquíes han aterrizado en Jartum hace cincuenta minutos. Es la desbandada.

-O sea que nuestro informe para el PROSIN no ha estado nada mal, Ben -comentó su experto en la región-. Espero que se fijen en la hora que lo hemos redactado.

-Sí -dijo el oficial de inteligencia nacional-. El próximo deberá aclarar lo que significa.

Los analistas del turno de día tendrían que abordar esta cuestión.

-Nada bueno -comentó Ben, aunque la verdad era que no había que estrujarse mucho el cerebro para deducirlo.

-Nos están enviando unas fotos -anunció otro oficial.

La primera llamada tenía que hacerla a Teherán. Daryaei le ordenó a su embajador dejar las cosas lo más claras posible. Irán correría con todos los gastos. Debían proporcionarles el

mejor alojamiento. No le saldría muy caro. Pero los sudaneses eran muy impresionables ante el dinero, y diez millones de dólares americanos -una nadería- habían sido ya transferidos electrónicamente para garantizar que todo fuese bien. Una llamada del embajador iraní le confirmó que el primer traslado había ido bien y que el avión iba ya de regreso.

Bueno. Pudiera ser que ahora los iraquíes empezasen a confiar en él. Personalmente, le habría encantado liquidar a aquellos cerdos. No habría sido nada difícil disponerlo así, dadas las circunstancias. Pero había dado su palabra y, además, no se trataba de satisfacciones personales.

Nada más colgar el teléfono, su ministro del Aire ordenaba que preparasen otro avión para acelerar el traslado. Cuanto antes terminasen mejor.

Badrain trataba de hacer lo mismo. No tardaría más de dos días en saberse. Dejaban en la estacada a quienes eran demasiado viejos para sobrevivir al levantamiento que se avecinaba, o a los demasiado jóvenes para merecer la misma solicitud que los iraníes estaban dispuestos a mostrar a los generales.

Los coroneles y los generales que permaneciesen en el país servirían de chivos expiatorios para calmar la indignación que empezaba a cundir en la masa. Pero en lugar de incitarlos a abandonar también el país, alimentaba en ellos un temor palpable, pero impreciso, que hacía que todo lo demás les pareciese aún más temible en el negro panorama que intuían. Era como estar en la cubierta de un barco en llamas frente a una costa enemiga, y sin saber nadar demasiado bien. Pero el barco seguía ardiendo. Eso era lo que tenía que hacerles comprender.

Se había convertido ya en algo rutinario. Ryan empezaba a acostumbrarse a la discreta llamadita en la puerta, aunque lo sobresaltase más que el radiorreloj que lo había despertado durante veinte años.

Abrió los ojos y se levantó. Se puso el batín y recorrió los siete metros que separaban la cama de la puerta. Cogió el periódico y varias hojas que contenían su programa para la jornada. Luego, fue al cuarto de baño y después a la salita contigua al dormitorio presidencial, mientras su esposa, minutos después de él, empezaba con su matinal rutina.

Jack echaba de menos leer tranquilamente el periódico. Aunque por lo general no fuese tan interesante como los documentos de los servicios de inteligencia que lo aguardaban en la mesa de su despacho, el Washington Post informaba también de cosas cuyo interés no era estrictamente gubernamental. Era como el combustible que mantenía vivo su deseo de estar al corriente de todo. Pero su prioridad era el PROSIN, un documento oficial urgente que aguardaba en un sobre. Ryan se frotó los ojos antes de leerlo.

« ¡Joder... ! » Claro que podía haber sido peor, se dijo el presidente. Por lo menos, en esta ocasión no lo habían despertado para comunicarle algo respecto de lo que nada podía hacer. Consultó su programa. Bien. Scott Adler iría a hablar con él para tratar de la cuestión, junto con el tal Vasco, que parecía conocer bien su especialidad.

También tenía en la agenda de la jornada una breve conferencia de prensa, para anunciar el nombramiento de Tony Bretano como ministro de Defensa. Arnie le incluía una lista de posibles preguntas sobre las que tenía que reflexionar, por si se las hacían, e instrucciones de ignorar la cuestión de Kealty todo lo posible. Tenían que intentar que éste y sus alegatos se desinflasen por falta de aire.

Jack carraspeó mientras se servía el café (para garantizarse el derecho de hacerlo solo había tenido que dar una expresa orden presidencial). Confiaba en que los camareros de la Armada encargados del servicio no lo interpretasen como una ofensa personal. Ryan estaba acostumbrado a hacer ciertas cosas solo. Habían llegado a una solución de compromiso: los camareros les entrarían el desayuno en el dormitorio y ellos se servirían. Dejarían un retén en el pasillo por si necesitaban algo.

-Buenos días, Jack -lo saludó Cathy, que lo besó en los labios y le sonrió.

-Buenos días, cariño.

-¿Sigue el mundo todavía por ahí? -dijo ella mientras se servía el café.

Era una señal que le indicaba al presidente que la primera dama no tenía que operar

Librodot

aquel día. Nunca tomaba café si tenía una intervención. Argumentaba que no quería arriesgarse al menor temblor de manos que pudiera provocarle la cafeína, tratándose de algo tan delicado como la cirugía ocular. Jack se estremecía al imaginarla en plena intervención, a pesar de que en la actualidad casi siempre se operaba con láser.

-Parece que el gobierno iraquí se derrumba.

-Pero ¿no se había derrumbado ya la semana pasada? -ironizó Cathy.

-Fue el primer acto. Ahora vamos por el tercero. O acaso el cuarto. Y habría que ver qué depararía el quinto.

-¿Importante?

-Podría ser. ¿Tienes mucho que hacer hoy?

-Reconocimientos y una reunión presupuestaria con Bernie.

-Hummm -exclamó Jack al hojear el Early Bird (una serie de recortes de los periódicos seleccionados por la oficina de prensa).

-¿Golovko? -exclamó Cathy tras echarle un vistazo al programa de su esposo-. Me lo presentaste en Moscú, ¿verdad? ¿No es el que bromeaba acerca de haberte tenido encañonado con una pistola?

-No bromeaba -dijo Jack-. Ocurrió de verdad.

-No me lo creo.

-Luego, me aseguró que la pistola no estaba cargada -le aclaró Jack, que aunque no estaba seguro de que fuese cierto, se decía que probablemente lo fuese.

-O sea... ¿que era verdad? -exclamó Cathy perpleja.

El presidente alzó la vista y sonrió. Parecía increíble que recordarlo ahora resultase gracioso.

-Estaba muy cabreado conmigo por haber empujado al director del KGB a la defección.

-Nunca sé si hablas en serio o en broma -dijo ella cogiendo el periódico de la mañana.

Jack reflexionó unos momentos. Aparte de que el rango de primera dama no implicaba cargo oficial alguno, Cathy no ejercía más funciones de consorte política que la medicina. Por lo tanto, oficialmente no tenía por qué ser informada de nada confidencial, pero se daba por supuesto que el presidente confiaría en su esposa, como cualquier otro hombre casado. Este enfoque tenía su lógica.

Cathy tenía tanto criterio como pudiera tener él. Aunque no hubiese pasado por la universidad para estudiar relaciones internacionales, cada día tenía que tomar decisiones que afectaban a la vida de las personas del modo más directo. Si ella fallaba las dejaba ciegas.

-Me parece, Cathy, que ya es hora de que te cuente algunas de las cosas que he tenido que callarme durante años. De momento, sólo te diré que, en efecto, Golovko me tuvo encañonado una vez con una pistola, en una de las pistas del aeropuerto de Moscú, porque ayudé a huir del país a dos altos cargos. Uno de ellos era su jefe en el KGB.

Esto hizo que alzara la vista y se preguntase de nuevo por las pesadillas que hacía algunos años agobiaron a su esposo durante meses.

-¿Y dónde está ahora?

-No muy lejos de Washington. No sé exactamente dónde. Creo que tiene una finca en Virginia.

Jack recordaba vagamente haber oído qué la hija, Katrin Gerasímov, era la prometida de un multimillonario de Winchester, con lo que había cambiado una clase de meritocracia por otra. En cualquier caso, el «estipendio» pagado por la CIA a la familia les permitía vivir a todo tren.

Cathy estaba habituada a las bromas de su esposo. Como la mayoría de los hombres, le contaba pequeñas anécdotas cuya gracia estaba en la exageración (no había que olvidar que descendía de irlandeses). Pero notó que le había contado aquello exactamente igual que si le leyese los resultados de la liga de béisbol.

-¡Papá! -gritó Katie al entrar en la habitación-. ¡Mamá!

Y allí se acabó la rutina de la mañana o, mejor dicho, se transmutó en otra más inmedia-

Librodot

ta e importante que los acontecimientos y las noticias del mundo.

Katie estaba ya vestida para ir al colegio y, como la mayoría de los niños pequeños, se había levantado de buen humor.

-Hola -saludó a continuación Sally, que estaba de un humor de perros.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Cathy a su hija mayor.

-¡Toda esa gente de ahí fuera! ¡No puedes dar un paso sin que te vea todo el mundo! -exclamó Sally, que cogió un vaso de zumo de naranja de la bandeja-. Esto es como vivir en un hotel, sólo que con menos intimidad.

-¿Qué examen tienes hoy? -preguntó Cathy, segura de cuál era la verdadera razón del mal humor de su hija.

-Matemáticas -reconoció Sally.

-¿Has estudiado?

-Sí, mamá.

Jack optó por no intervenir y prepararle los copos a Katie. Luego, llegó el pequeño Jack, que encendió el televisor y puso el canal de los dibujos animados, con la entusiasta aprobación de Katie.

Para todos empezaba la jornada. El coordinador de Ryan con el SIN le daba los últimos toques a su temido informe matinal sobre la inteligencia. Aquel presidente era muy difícil de complacer. El jefe de mantenimiento había llegado temprano para supervisar la planta. En el dormitorio del presidente, el ayuda de cámara preparaba la ropa para POTUS and FLOTUS. Los coches aguardaban para llevar a los niños al colegio. Los agentes de la policía del estado de Maryland vigilaban ya el trayecto hasta Annapolis. Los marines calentaban los motores del helicóptero para el viaje a Baltimore (aquel problema estaba aún por solucionar). Toda la maquinaria se había puesto en movimiento.

Gus Lorenz llegó a su despacho antes de lo habitual, debido a la llamada telefónica que recibió de África en contestación a la que hizo él desde Atlanta.

¿Dónde están mis monos?, se preguntó. Según le explicó su agente de compras, desde un lugar que se encontraba a un número irracional de kilómetros, el retraso del Centro de Control de Enfermedades Infecciosas en enviar los fondos provocó que el proveedor vendiese los monos a otro comprador. Tendrían que aguardar a que capturasen a otra colonia de simios. Podían tardar una semana.

Lorenz se puso hecho una fiera. Habían confiado en empezar su nuevo estudio aquella semana. Escribió unas notas en su bloc, preguntándose quién puñeta habría comprado tantos monos verdes, así de pronto. ¿Estaría Rousseau ensayando algo nuevo en París? Lo llamaría un poco más tarde, cuando hubiese terminado la reunión con su equipo.

Sin embargo, no todo eran malas noticias. Porque, aunque fuese una pena, el segundo paciente había muerto en un accidente aéreo, según el télex de la OMS. No había noticias de nuevos casos, y ya había transcurrido el tiempo suficiente, desde que el paciente número dos lo contrajo, como para poder decir, más que esperar, que el pequeño brote había cesado.

«Esperémoslo así», se dijo Lorenz.

Observado con el microscopio electrónico, tenía todo el aspecto de ser el Ébola Zaire Mayinga. Era el más peligroso de los subtipos del virus. Cabía la posibilidad de que el hospedante estuviese por ahí, al acecho, para infectar a alguien más. Pero el hospedante del Ébola era el más escurridizo agente patógeno desde el de la malaria («aire malo» en italiano, que era lo que la gente creyó que lo causaba). Quizá el hospedante fuese un roedor atropellado por un camión. Se encogió de hombros. No era imposible.

En el centro de Hasanabad, la «enferma Dos» estaba semiinconsciente tras reducírsele el goteo de morfina. Estaba lo bastante consciente para sentir el dolor y para sufrir, pero no para comprender lo que de verdad ocurría. El dolor se habría intensificado de todas maneras, tanto más por cuanto la hermana Jean Baptiste sabía a qué se debía cada espasmo. El dolor más mortificante era el abdominal. La enfermedad le destrozaba el tracto gastrointestinal a lo

Librodot

largo de sus diez metros de longitud. Le devoraba, literalmente, los delicados tejidos encargados de convertir el alimento en nutrientes, y bombeaba sangre infectada hacia su recto.

Era como si le arrancasen las entrañas y la quemasen viva al mismo tiempo. Tenía que moverse, hacer algo para aliviar el dolor, aunque sólo fuese para conseguir que por un instante se cebase en otra parte de su cuerpo y le diese un respiro a la que más le dolía. Pero no podía moverse. La habían atado a la cama. Esto le resultaba tan humillante como el propio dolor. Pero cuando intentaba protestar, sentía náuseas y daba arcadas.

En cuanto el extraterrestre del traje azul se percataba de ello hacía girar la cama (¿qué clase de cama era aquélla?, se preguntaba la hermana) para permitirle vomitar en un cubo, un vómito negro, de sangre muerta.

La hermana Jean Baptiste comprendió que iba a morir, que la enfermedad había avanzado demasiado. Rezó para que la muerte le llegase pronto, porque el dolor era tan espantoso que temía perder la fe si se prolongaba mucho más. La perspectiva saltó a su disminuida conciencia como el muñeco de una caja sorpresa, sólo que aquel juguete infantil tenía cuernos y garras. Necesitaba un sacerdote. Necesitaba... ¿Dónde estaba María Magdalena? ¿Estaría condenada a morir sola? La agonizante enferma miró hacia los trajes protectores, esperando encontrar una mirada amiga detrás de los cascos de plástico, pero aunque creyó ver compasión en los ojos que la miraban, no le resultaban familiares. Tampoco le resultaba familiar su lengua, al acercársele dos de aquellas personas.

El enfermero procedió a extraerle sangre con sumo cuidado. Un compañero le sujetó el brazo, teniendo buen cuidado de que las manos quedasen a prudente distancia de la aguja. Esta vez hubo suerte y el enfermero logró que la aguja penetrase correctamente al primer intento. Le extrajo 5 cc de sangre, bastante más oscura de lo habitual. Entonces retiró la jeringuilla y la guardó en una cajita de plástico. Luego, procedió del mismo modo hasta completar cuatro extracciones. Después, retiró la aguja y le puso un trocito de gasa a la hermana en el lugar de la punción, que no dejaba de sangrar.

Al soltar el brazo, el enfermero reparó en que la hermana lo tenía blanco como la cera. El enfermero que le extrajo la sangre salió de la habitación con la caja, mientras su compañero iba a un rincón a rociarse los guantes y los brazos con una solución de yodo.

Aunque informó a sus hombres de la peligrosidad de la misión, creyeron que exageraba, a pesar de lo mucho que les insistieron y de los documentales y diapositivas que les proyectaron. Pero ahora sí lo creían y, como un solo hombre, todo el personal médico de aquel centro militar rezó para que la muerte le llegase pronto a aquella mujer, para que Alá se la llevase al destino que le tuviese reservado. Era horroroso ver cómo se desintegraba su cuerpo. La sola idea de tener que seguirla hasta el final de su viaje por este mundo enternecía al corazón más duro. Jamás habían visto nada parecido. Aquella mujer se desmoronaba por dentro (y no en sentido figurado).

Cuando el enfermero hubo terminado de limpiar su traje protector por fuera, se dio la vuelta, sobresaltado por el grito de dolor de la hermana Jean Baptiste. Le sonó al grito de una niña torturada por el mismo diablo.

De inmediato, llevaron las muestras de sangre al laboratorio, que estaba en la misma planta, al fondo del pasillo. Moudi y el director del proyecto se hallaban en sus despachos. No era estrictamente necesario que estuviesen presentes en el laboratorio para aquello. Les resultaba más cómodo ver las pruebas sin el engorro de los trajes protectores.

-Es fulminante -dijo el director, visiblemente sobrecogido.

-Sí -asintió Moudi-. Desborda el sistema inmunológico como una marea.

La pantalla del ordenador mostraba imágenes captadas por el microscopio electrónico: los virus en forma de cayado de pastor. También se veían en la pantalla algunos anticuerpos, pero eran como indefensos corderos arrojados a los leones. Los glóbulos rojos eran atacados y destruidos. De haber podido tomar muestras de tejido de los órganos más importantes, habrían descubierto que el bazo se estaba endureciendo como una maciza pelota de goma, lleno de pequeños cristales, que eran como cápsulas transportadoras de las partículas del virus. Habría

Librodot

sido interesante e incluso científicamente útil realizar una laparoscopia del abdomen para ver con precisión los efectos que la enfermedad producía en el ser humano en determinados períodos de tiempo. Pero no querían correr el riesgo de acelerar la muerte de la paciente.

En las muestras de su vómito había fragmentos de tejido del tracto gastrointestinal superior. Eran interesantes porque no sólo estaban destrozados sino muertos. Aunque ella siguiese con vida, algunas partes de su cuerpo habían muerto.

La sangre infectada sería centrifugada y ultracongelada para su utilización posterior. Cada gota que saliese de allí sería útil. Por lo tanto, seguirían practicándole transfusiones. Un rutinario análisis de enzimas cardíacas mostró que su corazón, a diferencia del «enfermo Cero», seguía normal y sano.

-Es extraño que la enfermedad ataque de un modo distinto en cada caso- comentó el director leyendo el análisis.

Moudi desvió la mirada al creer oír los desgarradores gritos de dolor de la hermana a través de las gruesas paredes de cemento. Habría sido una acción misericordiosa ir a su habitación e inyectarle 20 cc de potasio, o abrir al máximo el paso de la morfina y matarla por paro respiratorio.

-¿Cree que el chico africano podía tener algún problema cardiovascular?-le preguntó el director.

-Quizá. De ser así, no se le diagnosticó.

-La función hepática falla rápidamente, como era de esperar -dijo el director al examinar detenidamente los datos del análisis de sangre, todos ellos anormales, salvo los que afectaban al corazón-. Es un caso de libro, Moudi.

-Ciertamente.

-Este subtipo del virus es más potente de lo que yo suponía. Lo ha hecho usted muy bien.

«Claro. Lo he hecho muy bien.»

-... Anthony Bretano es licenciado en matemáticas y en física óptica por el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Tiene un impresionante currículum en la industria y en la ingeniería. Albergo la confianza de que será un ministro de Defensa de excepcional eficacia -dijo Ryan al término de su declaración-. ¿Preguntas?

-Señor, el vicepresidente Kealty...

-El ex vicepresidente -lo corrigió Ryan-. Dimitió. Que quede claro.

-Según él, no -señaló el corresponsal del Chicago Tribune.

-¿Si dijese que acababa de hablar con Elvis Presley lo creerían? -preguntó Jack, confiando en haberle endilgado la réplica de acuerdo al guión.

Ryan aguardó a ver cómo reaccionaban. De nuevo estaban los 48 asientos ocupados, y había otros veinte periodistas de pie. El desdeñoso comentario de Jack los dejó perplejos y algunos se permitieron sonreír.

-Adelante -añadió Ryan-. Haga su pregunta.

-El... señor Kealty ha pedido una comisión judicial para que se pronuncie sobre los hechos. ¿Qué tiene que decir usted al respecto?

-Pues que la cuestión la investiga el FBI, que es el organismo gubernamental más importante para llevar a cabo investigaciones. Con independencia de cuáles sean los hechos, tienen que ser probados antes de que nadie pueda permitirse juzgarlos. Pero creo que todos sabemos qué va a suceder. Ed Kealty dimitió, y ustedes saben por qué. Sólo para ceñirme escrupulosamente a la Constitución, le he pedido al FBI que investigue. De todas maneras, personalmente no albergo la menor duda sobre la legalidad de la situación actual. El señor Kealty podrá decir lo que quiera, pero yo tengo mucho trabajo que hacer aquí. ¿Más preguntas? -concluyó Ryan con firmeza.

-Señor presidente -dijo la corresponsal del Miami Herald-. En su discurso de la otra noche, aseguró usted no ser político. Sin embargo, ocupa un cargo político. El pueblo americano desea saber qué opina usted sobre muchas cuestiones.

Librodot

-Es lógico. Dígame alguna -la invitó Jack.

-El aborto, por ejemplo -le preguntó la corresponsal del Herald, que pasaba por ser una mujer muy liberada-. ¿Cuál es su posición, exactamente?

-No me gusta -contestó Ryan con absoluta sinceridad, sin pensar en las implicaciones de la respuesta-. Soy católico, como probablemente sabe, y creo que en esta cuestión moral mi Iglesia tiene una postura acertada. Sin embargo, hasta que el Tribunal Supremo reconsidere las leyes, el presidente no va a ignorar lo que los tribunales digan. Esto me coloca en una posición algo incómoda, pero, como presidente, he de desempeñar mi cargo de acuerdo a la ley. Juré la Constitución.

«No ha estado mal, Jack; nada mal», pensó Ryan.

-¿De modo que no aprueba usted el derecho de una mujer a elegir? -preguntó la corresponsal del Herald, que empezó a oler sangre.

-¿Elegir qué? -preguntó a su vez Ryan sin alterarse-. Mire: en cierta ocasión, intentaron matar a mi esposa cuando estaba encinta de nuestro hijo. Poco tiempo después, tuve que ver que a mi hija mayor debatiéndose entre la vida y la muerte en un hospital. Creo que la vida es un don precioso. Me ha costado muy caro aprender esta lección. Me gustaría que todos reflexionaran sobre ello antes de decidir un aborto.

-Eso no contesta a mi pregunta, señor.

-No puedo impedir que se aborte. Me guste o no, es la ley. El presidente no puede ir contra la ley.

Tenía que ser obvio, ¿no?

-Pero en sus nombramientos para el Tribunal Supremo utilizará el aborto como cuestión decisoria. ¿Le gustaría que se revisaran las leyes sobre el aborto?

Ryan apenas reparó en que las cámaras enfocaban para otro lado mientras los corresponsales tomaban apresuradamente notas.

-Ya he dicho que no me gusta. El Tribunal Supremo se interfirió en lo que debió ser una cuestión legislativa. La Constitución no contempla el problema, y en aquellos casos en los que la Constitución no dice nada, tenemos a los parlamentos de los distintos estados y al de la nación para que promulguen nuestras leyes...

De momento, la lección de derecho constitucional iba por buen camino.

-... Pues bien -prosiguió Ryan-, las vacantes del Tribunal Supremo las cubriré con los mejores jueces que pueda encontrar. Y no tardaré en darlos a conocer. Para nuestro país, la Constitución es algo así como la Biblia. Los magistrados del Tribunal Supremo vienen a ser... como los teólogos que la interpretan. Su labor no consiste en redactar otra Constitución, sino en pronunciarse de acuerdo a su significado. Cuando la Constitución precisa un cambio, tenemos el mecanismo adecuado para introducirlo, un mecanismo que hemos utilizado más de veinte veces.

-De modo que sólo elegirá a puros formalistas que, probablemente, conseguirán ilegalizar el aborto.

Aquello era como darse de cabeza contra la pared, se dijo Ryan, que optó por reflexionar unos momentos antes de contestar.

-Confío en elegir a los mejores jueces. No voy a interrogarlos sobre cuestiones puntuales.

-Señor presidente... -dijo el corresponsal del Boston Globe casi saltando del asiento-, ¿y si la vida de la madre está en peligro? Según la Iglesia católica...

-La respuesta me parece obvia. Ante todo, está la vida de la madre.

-Pero según la Iglesia....

-Yo no hablo en nombre de la iglesia católica. Como antes he dicho, no puedo ir en contra de las leyes.

-Pero le gustaría que esta ley se modificase -insistió el corresponsal del Boston Globe.

-Sí. Creo que sería mejor para todos que la cuestión quedase en manos del poder legislativo. Así, los representantes elegidos por el pueblo podrían legislar de acuerdo a la voluntad

de sus electores.

-Entonces tendríamos un mare mágnum de leyes en toda la nación -objetó el corresponsal del San Francisco Examiner-; y en algunos estados, el aborto sería ilegal.

-Si los electores así lo decidían. Así es como funciona la democracia.

-Pero ¿y las pobres mujeres?

-No soy yo quien debe pronunciarse sobre ello -contestó Ryan, que empezaba a irritarse, y se preguntaba cómo demonios se había dejado meter en aquel lío.

-De modo que usted está a favor de una enmienda a la Constitución acerca del aborto, ¿no es así? -dijo la corresponsal del Atlanta Constitution.

-No, no creo que sea una cuestión constitucional, sino un problema legislativo.

-O sea, que es usted contrario al aborto -dijo a modo de conclusión la corresponsal del New York Times- por razones de orden moral y religioso, pero no interferirá en los derechos de las mujeres. Se propone usted nombrar magistrados conservadores para el Tribunal Supremo que, probablemente, se pronunciarán por la ¡legalización. Sin embargo, no apoyará una enmienda a la Constitución para ilegalizar la libertad de elección -añadió la corresponsal sonriente-. ¿Se puede saber cuál es exactamente su opinión personal sobre la cuestión, señor?

Ryan meneó la cabeza, frunció los labios y, por primera vez, se permitió pagar la impertinencia con la misma moneda.

-Creo haberlo dejado ya claro -contestó-. ¿Pasamos a otro asunto?

-Gracias, señor presidente -dijo uno de los periodistas más veteranos, aconsejado por los frenéticos ademanes de Arnold Van Damm.

Ryan bajó del podio perplejo y se alejó. Su jefe de Estado Mayor, que lo siguió, lo cogió del brazo y casi lo arrinconó contra la pared. En esta ocasión los agentes del Servicio Secreto no movieron un músculo.

-¡La que ha montado! ¡Acaba usted de cabrear a todo el país!

-¿Qué quiere decir? -preguntó el presidente.

-Quiero decir que no le echa uno gasolina al depósito de su coche mientras fuma. ¡Por Dios, Jack! ¿Es que no se da cuenta de lo que acaba de hacer? Quienes están a favor de la libre elección, creerán que está dispuesto a arrebatarles sus derechos. Y los contrarios al aborto, creerán que es un problema que a usted le da igual. Perfecto, Jack. ¡Se ha puesto en contra a todo el país en cinco minutos! -exclamó Van Damm, que se alejó hecho una furia y dejó al presidente frente a la puerta de la sala del Consejo, temeroso de decir alguna barbaridad si seguía allí con Jack.

-Pero... ¿se puede saber qué le ocurre? -dijo Ryan.

Los agentes del Servicio Secreto que estaban con Jack guardaron silencio. La política no era asunto suyo y, además, estaban tan divididos acerca del problema como el propio país.

Fue como quitarle un caramelo a un niño. Y tras la inicial sorpresa, el niño empezó a llorar a pleno pulmón.

-BUFFALO SEIS, aquí GUIDON SEIS. Cambio.

El teniente coronel Herbert Masterman, «Duke» para los amigos, iba de pie en el «Mad Max II», su tanque de mando Abrams MIA2, con el micrófono en una mano y los prismáticos en la otra.

Frente a él, desplegados sobre una superficie de 16 km2, que simulaba el desierto del Néguev para aquel ejercicio, se encontraban los tanques Merkava y los transportes de infantería de la 7ª. Brigada Acorazada del Ejército israelí, todos ellos con destellantes luces amarillas y humo rojizo asomando de sus torretas. El humo era una innovación israelí. Cuando los tanques estaban en la batalla, humeaban, y cuando los detectores MILES registraban un impacto de láser, desconectaban automáticamente el chorro de humo. Los israelíes lo concibieron para contar las bajas de la Fuerop. Pero sólo a cuatro de los tanques de Masterman y a seis de sus Bradley Scout M3 lograron bajarles... los humos.

Librodot

-GUIDON, aquí BUFFALO -contestó el coronel Sean Magruder, comandante del 10.° Regimiento Acorazado «Buffalo».

-Me parece que ya está decidida, coronel. Cambio.

-Recibido, Duke. Vaya a la sala de análisis. Verá usted qué cabreo tiene el israelí.

Por suerte no podían sintonizarles aquella frecuencia de radio sin tener el código.

-Voy para allá -dijo Masterman, que bajó de la torreta de su HMMWV en cuanto éste se detuvo. Se sentía como un jugador de rugby siempre titular. Mandaba el 1." Escuadrón «Guidon» del 10.° Regimiento Acorazado.

-¿Qué? ¿Ya se ha cargado a otro, señor? -le preguntó el chofer mientras él encendía un habano.

-Son como corderillos que van al matadero, Perkins -dijo Masterman, que bebió un trago de agua mineral de una botella.

Una escuadrilla de cazas israelíes F- 16 los sobrevoló a poco más de treinta metros de altura. Estaban furiosos por lo que acababa de ocurrir en tierra. Probablemente, varios de ellos habían agotado su arsenal de «teóricos» misiles SAM. Masterman tuvo especial cuidado aquel día al disponer sus vehículos portadores de Stinger-Avenger, y tal como había previsto, habían regresado indemnes.

El «Centro de la Guerra de las Galaxias» local era una réplica del verdadero de Fort Irwin. Las únicas diferencias eran que la pantalla gigante del monitor era más pequeña, los asientos más cómodos y, además, se podía fumar.

Masterman entró en el edificio sacudiéndose el polvo del uniforme, dando grandes zancadas, como Patton en Bastogne. Los israelíes lo aguardaban.

Eran conscientes de lo útil que había sido el ejercicio para ellos. Pero emocionalmente era otro cantar. El 7.° Regimiento Acorazado israelí tenía tanto orgullo profesional como cualquier otra unidad del mundo. Prácticamente solo, logró detener a una división de tanques sirios en los altos del Golán en 1973. Su actual comandante era entonces teniente y realizó una brillante campaña al frente de su compañía. No estaba acostumbrado al fracaso, y en menos de media hora acababa de ver aniquilada la brigada en la que prácticamente se formó.

-General -dijo Masterman tendiéndole la mano al castigado general de brigada.

El israelí titubeó unos momentos antes de estrechársela.

-No es nada personal -se excusó el teniente coronel Nick Sarto, que mandaba el 2.° Escuadrón «Bighorn» y que acababa de servir de martillo al yunque de Masterman (con el 7.° Regimiento israelí en medio).

-¿Podemos empezar, caballeros? -preguntó el inspector general del ejercicio.

Por deferencia al Ejército israelí, el equipo de jefes militares que analizaría el ejercicio estaba formado por igual número de oficiales norteamericanos que israelíes. Era difícil saber quiénes se sentían más violentos.

Primero, abordaron el aspecto teórico del enfrentamiento: los vehículos israelíes, con distintivo azul, marcharon hacia el valle, al encuentro de la avanzadilla de reconocimiento de GUIDON, que retrocedió de inmediato, pero no hacia las posiciones defensivas preparadas por el resto del escuadrón, sino hacia un flanco. Creyendo que se trataba de una trampa, el 7.° Regimiento israelí fue en dirección oeste, al objeto de realizar una maniobra envolvente. No obstante, en seguida se encontró con una auténtica muralla de tanques, y con el «Bighorn» que llegó desde el este mucho más rápido de lo que era de esperar (tan rápido que el 3º. Batallón «Dakota» de Doug Mills, que cumplía una misión de reserva, no llegó a entrar en combate).

Fue el mismo error tantas veces repetido a lo largo de la historia. El comandante israelí dedujo las posiciones enemigas, en lugar de enviar una avanzadilla para asegurarse.

El general de brigada israelí se desinfló como un globo al ver la posición reproducida en la pantalla. Los americanos no se burlaron. Todos habían pasado por aquello, aunque uno se sentía mejor entre los vencedores.

-Su avanzadilla de reconocimiento no estaba bastante adelantada, Benny -dijo diplomá-

ticamente el general inspector israelí.

-¡Los árabes no combaten así! -replicó Benjamin Eitan.

-Pues deberían hacerlo, señor -señaló Masterman-. No olvide que todo esto es teoría soviética, y fueron los soviéticos quienes los entrenaron: empujarlos a la línea de fuego y cortarles la retirada. ¡Por Dios, general! Es exactamente lo mismo que hizo usted con sus tanques en el 73. Leí su libro sobre la batalla -añadió el norteamericano.

Esto suavizó el varapalo. Una de las cosas en la que los oficiales norteamericanos tenían que ejercitarse era en la diplomacia. El general Eitan esbozó una sonrisa.

-Sí, eso fue lo que hice, ¿verdad?

-Ya lo creo que sí. Destrozó usted el regimiento sirio en cuarenta minutos, si no recuerdo mal.

-Pero usted no se quedó atrás -correspondió Eitan al cumplido.

No era casual que Magruder, Masterman, Sarto y Mills estuviesen allí. Los cuatro participaron en un enconado combate en la guerra del Golfo, donde tres compañías del 2.° Regimiento «Dragoons» se toparon con una brigada iraquí de elite con un tiempo infernal (demasiado malo para que el apoyo aéreo pudiese intervenir, ni siquiera para advertir de la presencia enemiga) y la contuvieron durante varias horas. Los israelíes lo sabían y, por lo tanto, no podían tachar a los norteamericanos de no saber actuar más que ciñéndose a la teoría.

El resultado de la «batalla» tampoco era inusual. Eitan era nuevo. Sólo llevaba un mes al mando, y tendría que aprender, como aprendieron otros oficiales israelíes, que el modelo de entrenamiento norteamericano implicaba más que el combate real. Era una dura lección para los israelíes, tan dura que nadie la aprendía de verdad hasta morder el polvo en la Zona de Entrenamiento Néguev o ZEN.

Quizá el mayor defecto de los israelíes fuese el orgullo, como el coronel Magruder sabía perfectamente. La labor de la FuOp allí, al igual que en California, era bajarles los humos, porque el orgullo de un comandante en jefe podía costarles la vida a sus soldados.

-Bien -dijo el comandante en jefe norteamericano-. ¿Qué podemos aprender de esto?

«A no buscarle las vueltas a los soldados del Regimiento "Buffalo"», pensaron los comandantes de los tres escuadrones, aunque se abstuvieron de decirlo.

Marion Diggs logró consolidar la reputación del regimiento antes de acceder al mando de Fort Irwin. El 10.° Regimiento Acorazado, junto a dos escuadrillas de cazas F-16, formaba parte de las unidades destinadas a la defensa de Israel en caso necesario. Eitan aprendería, y aprendería pronto. En los últimos ejercicios del turno de entrenamiento les crearía problemas. Quizá, pensaron los comandantes de los tres escuadrones. No estaban allí para repartir caramelos.

-Recuerdo que usted solía cantar las excelencias de la democracia, señor presidente -dijo Golovko en tono risueño al entrar en el despacho.

-Tenía que haberme visto esta mañana por televisión -repuso Ryan.

-Aún recuerdo que, por entonces, comentarios así podían costarle a uno la vida -añadió Golovko.

La jefa de la escolta, que estaba detrás del ruso, no podía comprender que tuviese el descaro de buscarle las cosquillas al presidente.

-Bueno, pues aquí no -replicó Jack sentándose en su sillón-. Puede retirarse, Andrea. Serguei y yo somos viejos amigos.

Aquélla iba a ser una entrevista rigurosamente privada. Ni siquiera habría una secretaria para tomar notas, aunque los micrófonos ocultos se encargarían de grabarlo todo para su posterior transcripción. Pero el ruso ya lo sabía; y el americano sabía que lo sabía. El detalle de recibirlo a solas era una deferencia para el visitante, algo que el americano también sabía que sabía el ruso.

-Gracias -dijo Golovko cuando la puerta se hubo cerrado.

-Somos viejos amigos, ¿no?

Librodot

-¡Y qué enemigo más formidable fue usted! -exclamó Golovko sonriente.

-¿Y ahora?

-¿Qué tal se adapta su familia?

-Casi tan bien como yo -reconoció Jack, que en seguida cambio de tema-. Supongo que durante las tres horas que ha estado en la embajada habrá tenido tiempo de informarse.

-Sí -dijo Golovko.

Ryan se había informado cumplidamente para aquella entrevista, por informal que fuese. La embajada rusa estaba en la calle 16, a sólo unas manzanas de allí. Golovko había acudido a la Casa Blanca a pie. Era un modo bien sencillo de pasar desapercibido en una ciudad en donde todos los altos cargos iban en coche oficial.

-No esperaba que los acontecimientos se precipitasen de esa manera en Irak.

-Nosotros tampoco. Pero no es por eso por lo que ha venido usted, Serguei Nikolaievich. ¿China?

-Supongo que las imágenes que captan sus satélites son tan nítidas como las nuestras. Su aparato militar está en un nivel de operatividad sin precedentes.

-Nuestros analistas están muy divididos en cuanto a la valoración -dijo Ryan-. Quizá sólo pretendan aumentar la presión sobre Taiwan. Han crecido mucho los efectivos de su Armada.

-Su Armada no está en condiciones de afrontar un verdadero combate. Su Ejército de tierra sí, al igual que sus unidades dotadas de misiles. Pero no van a cruzar el estrecho de Formosa, señor presidente.

Esto aclaraba la razón de su viaje. Jack dirigió la mirada hacia la ventana. Las banderas que ondeaban en las astas, en todo el contorno del monumento a Washington, semejaban una guirnalda. ¿Qué dijo Washington sobre que había que evitar alianzas exteriores? Pero en sus tiempos, el mundo era mucho más sencillo. Tardaban dos meses en cruzar el Atlántico, y no sólo seis o siete horas como en la actualidad.

-Si va a preguntarme lo que creo, le contestaré que sí... o ¿debería decir que no?

-¿Podría aclarármelo?

-Norteamérica no vería con buenos ojos un ataque de China a Rusia. Semejante conflicto tendría consecuencias muy negativas en la estabilidad mundial, aparte de que obstaculizaría la consolidación de la democracia. Ya fuimos enemigos demasiado tiempo. Debemos ser amigos, y Estados Unidos desea que sus amigos vivan en paz y con seguridad.

-Nos odian. Ambicionan lo que nosotros tenemos -dijo Golovko, no del todo satisfecho con las palabras del americano.

-Mire, Serguei, los tiempos en que una nación podía robar aquello que era incapaz de ganarse han pasado a la historia, y no volverán.

-¿Y si pese a ello nos atacan?

-Cruzaríamos ese puente cuando llegásemos a él, Serguei -contestó el presidente-. La idea es prevenir que suceda. Si llegásemos a la conclusión de que se proponen atacarlos, se lo... desaconsejaríamos. Estamos muy atentos a todo lo que sucede.

-Me parece que usted no los entiende.

Ryan no consideró una impertinencia la insistencia del ruso, porque lo cierto es que ambos estaban hartos de aquello.

-¿Y cree que hay alguien que los entienda? -dijo Ryan-. ¿Cree que ellos saben lo que quieren?

Los dos espías (porque así es como ambos se considerarían siempre) se miraron risueños.

-Ése es el problema -reconoció Golovko-. He intentado explicarle a mi presidente que es difícil predecir el comportamiento de personas indecisas. Tienen un potencial considerable, pero nosotros también. Hay que evitar que nadie cometa un error de cálculo. Además, hay que tener muy en cuenta la personalidad de los líderes. Son personas anticuadas con ideas anticuadas, Iván Emmetovich.

-Y también hay que tener en cuenta la historia, la cultura, la economía, el comercio... Aún no he tenido la oportunidad de verlos cara a cara. Esa región del mundo no es mi fuerte -le recordó Jack a su invitado-. Me he pasado casi toda la vida tratando de comprenderlos a ustedes.

-¿Estarán a nuestro lado entonces?

-Es demasiado prematuro, y demasiado aventurado, pretender ir tan lejos ahora mismo. Sin embargo, haremos lo que esté en nuestra mano para evitar un posible conflicto entre la República Popular China y Rusia. Si se produjese, ustedes utilizarían armas nucleares. Lo tengo tan claro como usted. Y creo que ellos también.

-No. Ellos no lo creen así.

-Por favor, Serguei, ¡que no son tontos! -exclamó Ryan.

Tendría que comentar la cuestión con Scott Adler, que conocía la región mucho mejor que él, se dijo Jack. Pero, en fin, tenía que aparcar el tema por el momento y pasar a otro asunto.

-Irak -dijo Ryan-. ¿Qué opinan ustedes?

-Nos destrozaron toda una red hace tres meses -contestó Golovko con cara de circunstancias-. Veinte agentes, muertos a tiros o ahorcados después de ser interrogados. Así, como suena. Los efectivos que nos quedan no pueden decirnos gran cosa. Pero parece que los generales más influyentes preparan algo.

-Dos de ellos han llegado a Sudán esta mañana -le informó Ryan, que rara vez pillaba a Golovko por sorpresa.

-¿Tan pronto?

-Sí. Mire...

Ryan le dio las fotografías del aeropuerto de Jartum y Golovko las examinó. No reconoció las caras, pero no era necesario. La información que se intercambiaba a aquellos niveles nunca era falsa. Incluso con los enemigos y ex enemigos, una nación tenía que cumplir su palabra en ciertas cosas.

El ruso le devolvió las fotos a Ryan.

-Pues entonces Irán anda de por medio. Tenemos algunos agentes allí, pero no sabemos nada desde hace días. Es un entorno muy peligroso para poder moverse con agilidad, como sabe usted bien. Suponemos que Daryaei ha tenido que ver con el asesinato, pero no tenemos pruebas. En cualquier caso, las implicaciones son graves.

-¿Me está diciendo que tampoco ustedes pueden hacer nada al respecto?

-No, Iván Emmetovich, no podemos. No tenemos influencia allí. Y ustedes tampoco.

18

EL ÚLTIMO VUELO

El siguiente enlace aéreo despegó tres horas antes de lo previsto. El tercer y último reactor comercial de la empresa salió hacia Europa con una tripulación de relevo. Esto permitió al primero de los G-IV volar a Bagdad, recoger a otros dos generales y regresar.

A Badrain no le hacía la menor gracia tener que ejercer de tour leader, además de embajador volante de la diplomacia. Podía ser peligroso ser pasajero del último vuelo.

Los generales aún no habían comprendido que el último vuelo podía ser como una bala trazadora que anunciase el baile. Quienes quedasen en tierra tendrían que bailar al son que tocasen, y Badrain estaría con ellos, en un país en el que las garantías judiciales no formaban parte de la justicia.

En fin, pensó Badrain encogiéndose de hombros, la vida tenía sus riesgos. Y a él le pagaban muy bien. Le habían asegurado que habría otro vuelo en menos de tres horas, y un cuarto vuelo cinco horas después del tercero. En total, habría diez u once, lo que requeriría

Librodot

tres días, de acuerdo al ritmo previsto. Y tres días podían hacerse eternos.

Fuera del recinto del aeropuerto, el Ejército iraquí estaba aún en las calles. Pero tanto los soldados de reemplazo como los profesionales de los cuerpos de elite llevaban varios días de servicio, obligados a una tediosa y absurda rutina, algo muy perjudicial para la moral de los soldados. Andarían por allí cansinamente, fumando y empezando a hacerse preguntas. «¿Se puede saber qué pasa?» Sus suboficiales les dirían que se limitasen a cumplir con su deber, aconsejados por los oficiales de sus compañías, a su vez aconsejados por el comandante de su batallón; y así a lo largo de toda la cadena de mando... Hasta que en algún eslabón la pregunta se reiteraría sin que hubiese nadie por encima para decirle al alto oficial que cerrase la boca. Llegados a este punto, la pregunta regresaría al principio.

Los generales tenían que saber que si no había respuestas no había ejército. Pero por lo visto lo habían olvidado. Habían olvidado que los chalets, la servidumbre y los coches no eran un regalo del cielo, que podían desaparecer con la misma rapidez que la niebla de la mañana.

El asiento del lado derecho de la cabina aún estaba mojado. Ahora lo ocupaba la hija menor del general que hasta hacía unos minutos mandaba la 4ª. División Motorizada y que ahora departía con un colega de las Fuerzas Aéreas.

La niña notó la humedad en la mano y se la llevó a la boca. Al verlo, la madre le mandó que se lavara las manos y se quejó al auxiliar de vuelo iraní, que cambió a la niña de asiento y tomó nota para que limpiasen o cambiasen aquel asiento en Mehrabad.

Ahora había menos tensión. Los dos generales que partieron primero llamaron desde Jartum para decir que todo iba bien. Un pelotón del Ejército sudanés custodiaba la casa que compartían, y las medidas de seguridad eran satisfactorias. Los generales habían decidido hacer una sustanciosa «aportación» a la tesorería de aquel país, para garantizar su seguridad mientras permaneciesen en él.

El jefe de su servicio de inteligencia, todavía en Bagdad, estaba ahora al teléfono. Llamaba a sus contactos de otros países para encontrarles un refugio seguro y permanente. ¿Suiza? Quizá. Era un país frío, tanto por su climatología como por su cultura; pero era un país seguro y, para quienes tuviesen dinero que invertir, un país donde se respetaba el anonimato.

-¿Quién es el propietario de esos tres Gulfstream?

-El avión está matriculado en Suiza, teniente -informó el comandante Sabah, que acababa a su vez de enterarse.

En las fotografías tomadas en Jartum se veía la matrícula, que pudo ser fácilmente comprobada en el banco de datos del ordenador.

-El reactor es propiedad de una empresa -leyó el comandante en el informe- que tiene tres aviones idénticos, aparte de varios turbohélices más pequeños para vuelos continentales. Tendremos que indagar acerca de esta empresa.

No había que hacer un alarde de imaginación para aventurar lo que descubrirían. Probablemente se trataba de una empresa dedicada al comercio exterior, que no sería más que una tapadera, aunque realizase algunas operaciones para cubrirse. La sociedad mantendría una cuenta de mediana importancia en un banco comercial. Dispondría de asesoría jurídica para asegurarse de cumplir escrupulosamente con la reglamentación del país. Sus empleados estarían muy bien aleccionados sobre cómo debían comportarse (Suiza era un país donde las leyes se cumplían a rajatabla). La empresa pasaría desapercibida en la maraña burocrática, porque los suizos no molestaban a quienes depositaban dinero en sus bancos y cumplían sus leyes. Sólo quienes las quebrantaban podían encontrarse con un país tan poco hospitalario como el que los generales acababan de abandonar.

Sabah reconoció a los dos primeros generales por las fotografías. Seguro que también conocería a todos los que utilizasen la conexión iraní. Era una lástima no poder llevarlos ante los tribunales de justicia (ante los tribunales de justicia kuwaitíes, a poder ser). La mayoría no

eran militares de tan alta graduación cuando Irak invadió su país. Debieron de participar en el pillaje. El comandante Sabah recordaba haber merodeado por las calles, tratando de pasar inadvertido mientras otros súbditos kuwaitíes ofrecían una resistencia activa. A la mayoría de ellos los apresaron y los mataron, junto a miembros de sus familias. Los supervivientes gozaban ahora de gran prestigio y habían sido generosamente recompensados (gracias, en gran medida, a informaciones que él consiguió). Pero al comandante Sabah no le interesaba el dinero. Le gustaba el espionaje. Estaba convencido de que su país no volvería a verse sorprendido como entonces. Se ocuparía de ello personalmente.

En cualquier caso, los generales que partían preocupaban menos que quienes fuesen a sustituirlos. Eso era lo que inquietaba al comandante.

-Me temo que el señor Ryan se ha «lucido» -dijo Ed Kealty-. Por lo pronto, el doctor Bretano es un financiero que nunca ha querido aceptar cargos públicos. Yo estuve presente la primera vez que salió su nombre a colación. Estaba claro que quería seguir en el sector privado para forrarse. Es un hombre de talento, un gran economista -añadió con una condescendiente sonrisa-. Pero... ministro de Defensa, no, por favor.

-¿Qué opina de la postura del presidente Ryan sobre el aborto? -le preguntó Barry, de la CNN.

-El problema, Barry, es que no es realmente el presidente -dijo Kealty con sonrisa de avezado profesional-. Y hemos de remediarlo. Su falta de sintonía con la opinión pública ha quedado de manifiesto en sus contradictorias declaraciones durante la conferencia de prensa. Las leyes son las que son. Eso es lo único que ha sabido decir. No es preciso que a un presidente le gusten las leyes, pero tiene que velar porque se cumplan. El hecho de que un alto cargo público desconozca la opinión del pueblo americano acerca de esta cuestión no sólo muestra gran insensibilidad respecto del derecho de las mujeres a elegir, sino una gran incompetencia. Todo lo que tenía que haber hecho Ryan era escuchar a sus consejeros. Pero ni siquiera sabe escuchar. Es un voceras -concluyó Kealty-. Y no nos conviene tener a alguien así en la Casa Blanca.

-Pero lo que usted alega...

-No es un alegato, Barry -lo atajó Kealty-. Es un hecho. Yo no dimití. En ningún momento abandoné la vicepresidencia. Y por lo tanto, al morir Roger Durling, me convertí en presidente. Lo que hemos de hacer ahora (y el señor Ryan lo hará, si le importa este país) es nombrar una comisión judicial que examine los problemas constitucionales y decida quién es el presidente. Si Ryan no adopta esta decisión, no hará más que anteponer su interés personal al del país. Estoy convencido de que Jack Ryan actúa de buena fe. Es un hombre honorable que ha dado cumplidas muestras de su valor. Por desgracia, en estos momentos está confuso, como hemos podido ver en la conferencia de prensa de esta mañana.

-Es de un descaro glacial, Jack -comentó Van Damm bajando el sonido del televisor-. ¿Ha visto qué bien se desenvuelve en este terreno?

-¡Me cago en la leche, Arnie! -tronó Jack casi saltando del sillón-. ¡Eso es lo que he dicho! Lo he repetido por lo menos tres veces. Es la ley. Y yo no puedo quebrantar la ley. ¡Eso es lo que he dicho!

-¿Recuerda lo que le comenté acerca de no perder los estribos? -dijo el jefe de Estado Mayor, que aguardó a que Ryan se calmase para volver a subir el sonido.

-Lo más preocupante -decía ahora Kealty- es lo que ha anunciado Ryan acerca de los nombramientos para el Tribunal Supremo. Está claro que quiere dar marcha atrás en muchas cosas. Pretende hacer el papel de... tornasol, como las prácticas de química en el colegio. O ácido o base. Si estás en contra del aborto, te nombro, y si no... nada. Sólo Dios sabe en cuántas otras cuestiones recurrirá a ese papel. Por desgracia, nos encontramos en una situación en la que el presidente en... funciones podrá ejercer un inmenso poder, sobre todo en los tribunales. Y Ryan no sabe cómo utilizar ese poder, Barry. No sabe. Y a juzgar por las medidas que ha anunciado hoy... es como para echarse a temblar, ¿no cree?

Librodot

-¿No estaré viviendo en otro planeta, Arnie? -exclamó Jack-. Yo no he aludido a ningún papel de... tornasol. Ha sido un corresponsal. Pone en mi boca palabras que yo no he dicho.

-Pero... Jack. No se trata de lo que usted diga, sino de lo que la gente oye.

-¿Tanto daño cree que puede causarle al país el presidente Ryan? -preguntó Barry.

Arnie puso unos ojos como platos, sin dar crédito a lo que oía. Estaba visto que Kealty lo había seducido hasta el punto de obligarlo a bajarse los pantalones en público, aunque sin perder el decoro, porque había sabido deslizar la pregunta sin dejar de llamar presidente a Ryan, no obstante, de un modo tan insidioso que invitaba a que la opinión pública empezara a desconfiar de él. No era sorprendente que a Ed se le diesen tan bien las mujeres, ¿verdad? El telespectador medio no reparaba en la sutileza. El tío era un profesional como la copa de un pino.

-¿En una situación como ésta? ¿Sin gobierno? Podría costar años reparar el daño que haga -contestó Kealty con el preocupado semblante de un médico de cabecera-. Y que quede claro: no porque sea mala persona (porque no lo es), sino simplemente porque no sabe desempeñar el cargo de presidente de la nación. No sabe, Barry.

-Estaremos de nuevo con ustedes después de la publicidad -le dijo Barry a la cámara.

Arnie ya había oído bastante. No estaba para ver anuncios. Alzó el mando a distancia y apagó el televisor.

-Antes no estaba preocupado, señor presidente. Sin embargo, ahora lo estoy -dijo Arnie-. Mañana verá unos cuantos editoriales en algunos de los periódicos más importantes en apoyo de que se nombre una comisión judicial. Y no le quedará a usted más alternativa que dejar que la cosa siga adelante.

-Un momento. La Constitución no dice que...

-La Constitución no dice nada al respecto, recuérdelo. Y aunque lo dijese, no hay Tribunal Supremo que pueda pronunciarse sobre ella. Estamos en una democracia, Jack. Será la voluntad popular la que decida quién es el presidente. La voluntad popular será condicionada por lo que digan los medios de comunicación, que no se le dan a usted tan bien como a Ed.

-Mire, Arnie, él dimitió. A mí me confirmó el Congreso como vicepresidente. Mataron a Roger, y yo pasé a ser presidente. Y no hay más cera que la que arde. Ésa es la ley. Y yo he de regirme por la ley. Presté un juramento y lo respetaré. Nunca he ambicionado este jodido cargo. Sin embargo, tampoco he rehuido nunca mis obligaciones, y no pienso hacerlo ahora.

Pero había algo más. Ryan despreciaba a Edward Kealty. No le gustaban sus ideas políticas. No le gustaba su altanería de Harvard. No le gustaba su vida privada. Y por supuesto no le gustaba su manera de tratar a las mujeres.

-¿Sabe lo que es ese individuo, Arnie? -dijo Ryan en tono desdeñoso.

-Sí lo sé. Es un canalla, un sinvergüenza y un farsante. Carece de principios. No ha ejercido nunca como jurista, pero ha contribuido a redactar miles de leyes. No es médico, pero ha orientado una política sanitaria. Ha sido un político profesional toda su vida. Siempre ha estado en la nómina del funcionariado. Nunca ha creado un producto ni un servicio en el sector privado, sino que se ha pasado la vida decidiendo el nivel de impuestos y cómo debía gastarse ese dinero. Los únicos ciudadanos de color que ha conocido en su vida fueron las criadas que, cuando era pequeño, recogían las cosas que él dejaba por el suelo. Y sin embargo es un abanderado de los derechos de las minorías. Es un hipócrita. Un charlatán. Pero se saldrá con la suya si no deja usted de meter la pata. Porque él sabe cómo se juega a esto, y usted no -concluyó el jefe de Estado Mayor.

Según los archivos, el paciente estuvo en Extremo Oriente en octubre. Y en Bangkok utilizó los servicios sexuales que tanto se prodigaban en aquel país.

Pierre Alexandre, que por entonces era capitán con destino en un hospital militar tailandés, se había permitido otro tanto. Pero no le remordía la conciencia. Lo consideraba una locura propia de la juventud, aunque eso fue antes del sida.

A Alexandre le correspondió decirle a un hombre blanco, de 36 años, que tenía anti-

cuerpos de HIV en la sangre; que no podía mantener relaciones sexuales con su esposa sin preservativo, y que ella debía hacerse un análisis de sangre. Pero... ¿estaba encinta? Pues entonces, con urgencia. Mañana mismo.

Alexandre se sentía casi como un juez. No era la primera vez que daba una noticia como ésta. Y por desgracia no sería la última. En el caso del juez, sin embargo, cuando pronunciaba una sentencia de muerte, era por algún grave delito, y existía la posibilidad de apelar. Aquel pobre desgraciado, en cambio, sólo era culpable de haberse encontrado en el otro extremo del mundo. Probablemente habría bebido y se sentiría solo. Quizá hubiese discutido con su esposa por teléfono. Quizá se hubiese quedado embarazada y él aún no lo supiera. No era nada difícil sucumbir al exotismo de aquel ambiente.

Alexandre recordaba con nitidez lo seductoras que podían resultar las tailandesas y, además... ¿quién iba a enterarse? Pues bien: ahora iba a saberse y, encima, no habría posibilidad de apelar la sentencia.

Aquello podía cambiar, pensaba el doctor Alexandre. Así se lo había dicho al paciente. No podía arrebatárseles la esperanza. Eso era lo que los oncólogos les dijeron a los pacientes durante dos generaciones. Aquella esperanza tenía base, era• auténtica, ¿no? Había muchas personas de talento investigando sobre la enfermedad (Alexandre era una de ellas). El descubrimiento definitivo podía producirse en cualquier momento.

-Lo veo muy serio.

-Hola, doctora Ryan -dijo él alzando la vista.

-Creo que ya conoce a Roy, doctor Alexandre -contestó ella a su saludo señalando la mesa. El comedor estaba atestado-. ¿Le importa?

-Por favor -le ofreció él.

-¿Mal día?

-Un caso de virus E -contestó Alexandre.

-¿El HIV tailandés por aquí?

-Está visto que lee usted el M&M -dijo Alexandre sonriente.

-He de estar a la altura de mis residentes. ¿El virus E? ¿Está usted seguro? -preguntó Cathy.

-Le he repetido el análisis personalmente. Lo cogió en Tailandia, en un viaje de negocios, según él. Su esposa está encinta.

-Mal asunto -reconoció la doctora con expresión condolida.

-¿Sida? -se interesó Roy Altman.

Los demás miembros de la escolta de la DOCTORA estaban repartidos por el comedor. Habrían preferido que ella almorzase en su despacho, pero la doctora Ryan les explicó que la hora del almuerzo era una de las pocas ocasiones que tenían los facultativos del John Hopkins para comentar temas médicos diversos.

-Subtipo E -dijo Alexandre asintiendo con la cabeza-. En América se da mayormente el subtipo B, igual que en África.

-¿Qué diferencia hay?

-La variedad B es bastante difícil de contraer. Casi siempre requiere contacto directo con el material del tejido sanguíneo. Se produce entre los drogadictos que comparten jeringuillas, o a través del contacto sexual. Sin embargo, siguen siendo mayoritariamente los homosexuales los que tienen lesiones en los tejidos, bien por desgarro o por enfermedades venéreas más convencionales.

-Olvida usted el azar, aunque sólo explica el uno por ciento de los casos -comentó Alexandre-. Empieza a parecer que el subtipo E, el de Tailandia, lo contraen los heterosexuales con mayor facilidad que el B. Y está claro que es más resistente.

-¿Se ha pronunciado ya el Centro de Control de Enfermedades Infecciosas? -preguntó Cathy.

-No. Necesitan varios meses, o por lo menos eso es lo que oí hace un par de semanas.

-¿Es muy grave? -quiso saber Altman, para quien trabajar con la DOCTORA se estaba

Librodot

convirtiendo en toda una experiencia académica.

-Ralph Forster estuvo allí hace cinco años para hacerse una idea de la gravedad. ¿Conoce la historia, Alex?

-El fondo de la cuestión sí, pero no los detalles.

-Ralph fue allí en un viaje por cuenta del gobierno; un viaje oficial, ya saben. Y la cosa empezó nada más bajar del avión. El funcionario tailandés va a su encuentro en la aduana, lo acompaña al coche y le dice: «¿Quiere algunas chicas para esta noche?» Entonces comprendió que el problema era realmente serio.

-Lo creo -dijo Alexandre, que recordaba que, en otros tiempos, él habría asentido con la cabeza y habría sonreído. Ahora, en cambio, sintió un escalofrío-. Las cifras asustan. En estos momentos, señor Altman, casi un tercio de los jóvenes del Ejército tailandés son HIV positivo. Casi todos ellos con el subtipo E.

Las implicaciones de la cifra eran inequívocas.

-¿Un tercio? ¿Un tercio?

-Más del veinticinco por ciento, cuando Ralph estuvo allí. Es una barbaridad, ¿no?

-Pero eso significa...

-Pues que en cincuenta años podría desaparecer Tailandia -sentenció Cathy con una fría lógica que enmascaraba el horror que sentía-. Cuando estudiaba aquí en la facultad, creía que la oncología era el camino para los más dotados: Marty, Bert, Curt y Louise, todos esos que están en aquel rincón -añadió mirando a Altman para ilustrarlo más-. No me vi con fuerzas para resistir la sobretensión y opté por la cirugía ocular. Estaba equivocada. Al cáncer lo vamos a vencer, pero a esos condenados virus, no sé...

-La solución, Cathy, radica en comprender las exactas interacciones entre el material genético del virus y la célula del hospedante. No debería ser tan difícil, porque esos cabroncetes son muy poquita cosa... Su capacidad no es comparable a la que tiene el genoma humano entero desde la concepción. En cuanto lográsemos averiguar tales interacciones, los podríamos aniquilar a todos -sentenció Alexandre, que, como la mayoría de los investigadores, era un optimista.

-O sea, que hay que investigar en el interior de la célula humana, ¿no? -dijo Altman, que sentía gran curiosidad por el tema.

-Algo mucho más pequeño que la célula -repuso Alexandre meneando la cabeza-. Ahora se trabaja a nivel del genoma. Es como desmontar una extraña máquina. A cada pieza que se desmonta se pregunta uno para qué sirve. Tarde o temprano, se consigue desmontarlas todas y averiguar dónde va cada una. Entonces puede uno deducir su función en el conjunto de la maquinaria. Eso es lo que hacemos ahora.

-¿Sabe a qué se va a reducir todo? -preguntó Cathy retóricamente-. A puras matemáticas.

-Eso es lo que dice Gus.

-¿A las matemáticas? ¿Cómo es eso? -sé extrañó Altman.

-El código genético humano está compuesto de cuatro aminoácidos: A, C, G y T. El modo en que se unen esa letras (o sea, los ácidos) lo condiciona todo -explicó Alex-. Cada secuencia de estos caracteres significa cosas distintas que se interrelacionan de manera diferente. Y probablemente tenga razón Gus: las interacciones están matemáticamente definidas. El código genético es un verdadero código. Puede ser descifrado y comprendido.

«Probablemente alguien les asignaría valores matemáticos... polinomios complejos...», pensó Alex. A lo mejor, como quien no quiere la cosa, salía de aquella conversación algo importante.

-Lo que ocurre es que aún no ha surgido el talento capaz de descifrarlo -dijo Cathy Ryan-. Ésa será la llave maestra, Roy. Alguien dará con ella algún día y nos abrirá la puerta de la curación de todas las enfermedades. De todas. Y quién sabe, acaso conduzca a la inmortalidad.

-Sí, y acabaremos todos en el paro; sobre todo usted, Cathy. Una de las primeras cosas

Librodot

que eliminarán del genoma humano será la miopía, y la diabetes, y...

-Antes se quedará usted sin empleo que yo, profesor -dijo Cathy con expresión risueña-. Soy cirujana, no lo olvide. Seguirá habiendo lesiones traumáticas que tendré que curar. En cambio, usted, tarde o temprano, ganará la batalla.

Pero ¿llegaría a tiempo para el paciente con virus E que debía atender aquella mañana?, se dijo. Probablemente no.

Ahora los maldecía en francés y en flamenco. El personal médico militar no entendía ninguno de los dos idiomas. Y aunque Moudi sí conocía el francés lo suficiente como para entender los exabruptos, se hacía cargo de que la hermana no era consciente de lo que decía. El virus había terminado por afectarle el cerebro, y la hermana Jean Baptiste no estaba ya en condiciones ni siquiera para hablar con Dios. Pero como el virus atacaba ya a su corazón, el médico confiaba en que la muerte le llegase pronto; en que se apiadase de una mujer que merecía mucho más de lo que había recibido de esta vida.

Quizá el delirio fuese una bendición para ella. Quizá su alma hubiese abandonado ya su cuerpo. Acaso el hecho de no saber dónde estaba, ni quién era, ni qué ocurría, la hubiese insensibilizado para el dolor. Sin embargo, era más un deseo del médico que una esperanza.

La paciente tenía la cara llena de hematomas, como si la hubiesen golpeado brutalmente. Su pálida piel parecía un opaco cristal bajo el que circulaba erráticamente la sangre. No estaba seguro de que la hermana viese ya nada, porque también le sangraban los ojos.

Media hora antes, la hermana estuvo a punto de expirar y tuvieron que llevarla a la sala de reanimación. Se ahogaba en su propio vómito. Tal era su estado, que el personal médico sintió pánico.

Al cabo de una hora, al terminar el turno, un auxiliar la miró y elevó una plegaria para que Alá se la llevase antes de tener que volver a verla ocho horas después.

Frente a la habitación aguardaba un médico militar iraní, vestido también con el traje protector, para conducir a los integrantes de aquel turno al área de desinfección. Allí rociarían sus trajes antes de que se los quitasen. Luego, se desinfectarían el cuerpo y quemarían los trajes en el horno del sótano.

Moudi estaba seguro de que, aunque aplicasen estas medidas al pie de la letra, el personal médico estaba tan aterrado que tardaría varios días en tranquilizarse.

De haber tenido a mano un arma letal la habría utilizado para matar a la hermana, pese a todas las consecuencias. Horas antes, una inyección de una buena dosis de aire le habría producido una fatal embolia, pero ahora tenía el sistema vascular tan destrozado que acaso no fuese eficaz.

La extraordinaria fortaleza de la hermana agravaba su agonía. Pese a lo menudita que era, y a haber trabajado sin desmayo durante cuarenta años, había tenido siempre una salud de hierro. Su organismo no iba a rendirse así como así, por más inútil que fuese la resistencia.

-Vamos, Moudi, no sea usted ingenuo -dijo el director del centro.

-¿Por qué?

-Si estuviese en su hospital de África,.¿qué cree que cambiaría? ¿Acaso no le aplicarían el mismo tratamiento para alargarle la vida? Los sedantes, las transfusiones... Habrían hecho lo mismo. Su religión no permite la eutanasia. Es más: aquí se la atiende mejor.

El director consultó la ficha de gráficas y asintió con la cabeza, satisfecho.

-Excelente -dijo-. Tenemos cinco litros. -Podríamos empezar ya a...

-No -lo atajó el director-. Cuando se le pare el corazón le extraeremos toda la sangre, el hígado, los riñones y el bazo. Entonces podremos empezar nuestro verdadero trabajo.

-Quizá no estorbe que alguien rece por su alma, ¿no cree?

-Hágalo usted mismo, Moudi. Es usted un buen médico. Se preocupa incluso por los infieles. Puede enorgullecerse de ello. Si tuviese salvación, la salvaría. Estoy seguro. Lo sabe usted tan bien como ella.

-Lo que hacemos... Infestar a...

Librodot

-A los infieles -lo volvió a atajar el director-. A quienes odian a nuestro país y a nuestra fe, a quienes escupen en la palabra del Profeta. Estoy de acuerdo en que ésta es una mujer virtuosa. Alá se apiadará de ella. No ha sido usted quien ha elegido su destino, ni yo tampoco.

El director tenía que seguir estimulando a Moudi, que era un médico inteligente. Pudiera ser que incluso demasiado. Daba gracias a Alá por haber pasado los últimos diez años encerrado en laboratorios. De no ser así, podía haber sucumbido a las mismas debilidades humanas.

Badrain insistió. En esta ocasión fueron tres generales. Todas las plazas iban ocupadas. Dos de los hijos de uno de los militares iban sujetos con el cinturón de seguridad en un mismo asiento. Ahora lo entendían. No tenían más remedio. Él se lo había explicado, señalando la torre desde la que los controladores habían visto aterrizar y despegar todos los vuelos. Forzosamente tenían que saber ya qué ocurría. Pero detenerlos, en bien poco podía beneficiarlos porque sus familias los echarían de menos, y si detenían a sus familias, se enterarían los vecinos, ¿no?

-Pues sí -convinieron todos.

«Hagan el puñetero favor de enviar un avión de pasajeros de línea regular», sintió el impulso de decirle a Teherán. Pero no. Alguien se opondría, en uno u otro lado -para el caso daba igual-, porque, con independencia de lo que uno dijese, por más razonable que fuera, alguien se opondría. Daba igual que fuese del lado iraní o iraquí. En cualquier caso habría muertos. Era irremediable. De modo que lo único que podía hacer era esperar y dominar sus nervios. Podía haberse tomado unas copas, pero se abstuvo. Ya había bebido alcohol más de una vez durante los años que pasó en Líbano, donde por aquel entonces, al igual que en Bahrayn, se podían violar las estrictas leyes islámicas como probablemente se podría volver a hacer en el futuro. Y allí se había entregado al vicio occidental, al igual que los demás.

Pero ahora podía estar a las puertas de la muerte y, por más pecador que fuese, era musulmán y la afrontaría como era debido.

Siguió mirando por la ventana, sin separarse del teléfono. Se limitaría a tomar café, que sólo le producía temblor de manos.

-¿Es usted Jackson? -preguntó Tony Bretano, que había pasado toda la mañana con los jefes militares. Ahora les tocaba el turno a las hormigas obreras.

-Sí, señor, soy miembro del Directorio de Planificación y supongo que su oficial de operaciones -contestó Robby, que por una vez tomó asiento en lugar de pasar por el despacho con un montón de papeles bajo el brazo y escabullirse como Bugs Bunny.

-¿Cree que estamos muy mal?

-Muy dispersos, y muy en precario. Aún tenemos dos portaaviones con sus respectivos convoyes en el océano índico, para vigilar a la India y a Sri Lanka. Aerotransportamos dos batallones de infantería ligera a las Marianas, para reafirmar el control y supervisar la retirada del personal militar japonés. Esto es básicamente político, y no esperamos tener problemas. Los efectivos aéreos que desplegamos han pasado satisfactoriamente la revisión. Este aspecto de las operaciones contra Japón fue bien.

-Entonces, ¿querrán ustedes que acelere la producción de F-veintidós y que vuelva a producir los B-dos? Eso es lo que dicen en las Fuerzas Aéreas.

-Acabamos de demostrar que los aviones «invisibles» ejercen un efecto multiplicador del potencial aéreo, señor ministro. Necesitamos todos los que puedan proporcionarnos.

-Estoy de acuerdo. ¿Qué hay del resto de la estructura de las Fuerzas Armadas? -preguntó Bretano.

-Pues que estamos muy en precario, teniendo en cuenta todos nuestros compromisos. Si tuviésemos que volver a intervenir en Kuwait, por ejemplo, como en el 91, no podríamos hacerlo. Ya no disponemos de aquel potencial. Usted sabe en qué consiste mi trabajo, señor. Debo pensar en cómo podemos hacer lo que tengamos que hacer. Pues bien, en las operaciones contra Japón echamos el resto y...

-Mickey Moore se ha deshecho en elogios acerca del plan que usted concibió y ejecutó -señaló el ministro de Defensa.

-El general Moore es muy amable. La verdad es que el plan funcionó, señor. Sin embargo, estuvimos casi todo el tiempo pendientes de un hilo, y no es así como habría de ser cuando las fuerzas norteamericanas han de intervenir, señor ministro. Lo normal sería que hiciésemos temblar a cualquier enemigo en cuanto desembarcase el primer soldado. Como poder, puedo improvisar, pero no debería ser ésa mi labor. Tarde o temprano, cometeré un error, o lo cometerán otros, y como consecuencia de ello, tendremos bajas.

-También en eso estoy de acuerdo -dijo Bretano dándole un bocado a su sándwich-. El presidente me ha dado carta blanca para limpiar el ministerio y hacer las cosas a mi manera. Dispongo de dos semanas para presentar un informe sobre las necesidades de las Fuerzas Armadas.

-¿Dos semanas, señor? -exclamó Jackson que, de ser compatible con la palidez, se habría quedado blanco como la cera.

-¿Cuánto tiempo hace que viste el uniforme, Jackson? -preguntó el ministro de Defensa.

-¿Contando el tiempo que pasé en la academia? Más o menos treinta años.

-Si no puede hacerlo para mañana, es que me he equivocado de persona. Pero le daré diez días -dijo Bretano generosamente.

-Señor ministro, soy oficial de Operaciones, no de Personal, y...

-Exactamente. Tal como yo lo veo, Personal lleva a cabo lo que Operaciones define. Las decisiones han de tomarlas los militares, no los contables. Esto era lo que no funcionaba en la TRW cuando yo me incorporé. Quienes tomaban las decisiones no eran los ingenieros sino los contables -apuntó Bretano meneando la cabeza-.

Siempre hay un tira y afloja. Pero, a la postre, quienes fabrican o utilizan el producto han de ser quienes decidan.

-¿Con qué criterio? -preguntó Jackson.

-Empiece por imaginar la amenaza más creíble, la crisis más grave que crea probable. Y diséñeme una estructura militar capaz de afrontarla.

Pero ni siquiera con eso bastaba, y ambos lo sabían. Antes, podían orientarse por las líneas maestras de dos guerras y media. Estados Unidos pudo desplegarse para luchar en dos grandes conflictos y en algunas escaramuzas. Sin embargo, pocos reconocían que la supuesta «hegemonía» era una fantasía desde la presidencia de Eisenhower. En la actualidad, tal como Jackson acababa de reconocer, EE. UU. carecía de recursos para un despliegue militar de envergadura. La Flota se había reducido a la mitad de lo que era diez años antes. El Ejército de tierra se había reducido aún más. Las Fuerzas Aéreas, amparadas siempre en su alta tecnología, eran formidables, pero también habían reducido su potencial a la mitad. Y aunque el cuerpo de Marines conservaba su fuerza y versatilidad, era un cuerpo expedicionario que se desplegaba dando por supuesto que detrás llegarían refuerzos, porque su armamento era demasiado ligero. La despensa no estaba vacía, pero la dieta impuesta no había sido muy beneficiosa.

-¿Diez días?

-Me parece que ya debe de tener usted en el cajón una memoria acerca de lo que le pido.

Porque eso era lo que hacían siempre los oficiales del Directorio de Planificación, y Bretano lo sabía.

-Déme un par de días para pulirlo, señor. Sí, en efecto, tengo la memoria.

-Una cosa más, Jackson.

-Sí, señor ministro.

-Seguí muy de cerca nuestras operaciones en el Pacífico. Uno de mis hombres en la TRW, el capitán Tyler, era muy bueno en estas cosas. Lo seguimos todo con los mapas delante. Su organización fue impresionante. En la guerra, al igual que en la vida, los aspectos sicológicos cuentan tanto como los materiales. Venció usted porque tenía a los mejores hombres. Los cañones y los aviones tienen su valor, pero el cerebro tiene más. Soy un buen gestor y

Librodot

muy buen ingeniero, pero no soy un combatiente. Escucharé sus consejos porque usted y sus colegas sí son combatientes. Los apoyaré siempre que sea necesario. A cambio, les proporcionaré lo que necesiten, no lo que les gustaría tener. Esto nos lo podemos permitir. Podemos reducir la burocracia. Eso es mano de obra, civil o militar. Quiero adelgazar el ministerio. En la TRW me deshice de un montón de inútiles. Es una empresa de ingenieros que ahora la dirigen ingenieros. Ésta es una empresa que realiza operaciones militares, y deberían dirigirla quienes realizan operaciones militares. Quiero un cuerpo estilizado, fibroso, fuerte y ágil. ¿Me capta?

-Me parece que sí, señor.

-Diez días; menos, si le es posible. Llámeme en cuanto esté listo.

-Diga -contestó John Clark por su línea directa.

-Soy Holtzman.

-Supongo que podría preguntarle cómo ha conseguido este número -dijo Clark perplejo-, pero ya sé que no me revelaría su fuente.

-No se equivoca -admitió el periodista-. ¿Recuerda la cena en Casa Esteban?

-Vagamente -mintió Clark-. Hace mucho tiempo de eso. No fue realmente una cena, pero el magnetófono incorporado al teléfono no lo sabía.

-Estoy en deuda con usted. ¿Qué tal esta noche?

-Lo llamaré luego -dijo Clark, que colgó el teléfono y miró su mesa. ¿De qué puñeta debía tratarse?

-¡Vamos, hombre! No es eso lo que ha dicho Jack -le recriminó Van Damm al corresponsal del New York Times.

-Pero eso es lo que ha querido decir, Arnie -replicó el periodista-. Lo sabe usted tan bien como yo.

-Me gustaría que no se ensañase con él. No es un político -señaló el jefe de Estado Mayor.

-Eso no es culpa mía, Arnie. Ejerce el cargo. Ha de atenerse a las reglas.

Arnold Van Damm asintió con la cabeza. No tenía más remedio que disimular la irritación que le producía la displicencia del corresponsal. En su fuero interno, reconocía que el periodista tenía razón. Así era como se jugaba a aquel juego. Pero en el fondo sabía que el periodista estaba equivocado. Quizá se identificaba demasiado con el presidente Ryan (hasta el punto de hacer suyas algunas de sus audaces ideas). Los medios de comunicación -empresas privadas que cotizaban en Bolsa- habían alcanzado tal poder que eran ellos quienes decidían lo que la gente decía. Esto ya era de por sí muy negativo. Sin embargo, lo peor era que les encantaba hacerlo. Podían elevar o hundir a cualquiera. Eran ellos quienes hacían las reglas, y quien las quebrantase podía salir malparado.

Ryan era un verdadero ingenuo. Eso era innegable. Lo único que cabía aducir en su defensa es que no había pretendido el cargo. Había accedido a él por casualidad. Quería prestar un último servicio a su país antes de retirarse y volver a la vida privada. No estaba en el cargo por voluntad de los electores. Pero tampoco a los medios de comunicación los elegían los electores. Por lo menos, a Ryan lo amparaba la Constitución, que definía sus obligaciones. Los medios de comunicación se pasaban de la raya; tomaban partido en una cuestión constitucional, y tomaban el partido equivocado.

-¿Quién hace las reglas? -preguntó Arnie.

-Las reglas son las que son -replicó el periodista del Times.

-Bien. El presidente no va a hacer campaña contra el aborto. En ningún momento ha dicho que fuese a hacerla. Ni tampoco va a elegir jueces entre los vagabundos de los parques públicos. No va a elegir a liberales activistas, ni a conservadores activistas. Y estoy seguro de que usted lo sabe.

-O sea, ¿que Ryan dijo lo que no quería decir? -exclamó el periodista con una sonrisa

Librodot

tan maliciosa como elocuente.

En su artículo, el periodista informaría acerca de que «un alto cargo de la administración» le había «aclarado» (o sea, corregido) las palabras del presidente.

-En absoluto. Ustedes han tergiversado sus palabras.

-Pues a mí me han parecido muy claras, Arnie.

-Eso se debe a que está usted acostumbrado a oír a políticos profesionales. El actual presidente dice las cosas de un modo muy directo. Y la verdad: me gusta -mintió Van Damm, que empezaba a crisparse-. Podría hacerles a todos ustedes la vida más fácil. Ya no tendrán que leer las hojas del té para interpretarlo. Sólo tendrán que tomar nota de lo que diga. Y a ser justos con él. Estamos de acuerdo en que no es un político, pero se empeñan en tratarlo como si lo fuera. Hágame el favor de escuchar lo que él dice.

El jefe de Estado Mayor se abstuvo de añadir que también podían remitirse al vídeo de la conferencia de prensa. Era consciente de que pisaba terreno resbaladizo. Hablar con los periodistas era como acariciar a un gato. Nunca sabía uno cuándo sacaría las uñas.

-Vamos, Arnie. Es usted de una lealtad a prueba de bomba. Habría sido un magnífico médico de cabecera. Todos somos conscientes. Pero Ryan no sabe por dónde va. Primero el discursito de la catedral y ahora esas bobadas en el discurso desde el despacho Oval. El cargo le viene tan grande como al presidente del Rotary Club de una aldea.

-Pero ¿quién decide a quién le viene grande el cargo y a quién no?

-En Nueva York lo decido yo -dijo el periodista sonriente-. En Chicago... tendrá que preguntarle a otro.

-Jack Ryan es el presidente de la nación.

-Pues no es eso lo que dice Ed Kealty. Y él, por lo menos, tiene madera de presidente.

-Astillas. Sólo astillas. Edward Kealty dimitió. El ministro Hanson llamó para comunicárselo a Roger, que me lo dijo a mí. Pero... ¡si incluso usted informó de ello!

-Pero ¿qué motivo tenía para dimitir?

-¿Qué motivo tenía para meterle mano a toda mujer que se le pusiera por delante? -exclamó el jefe de Estado Mayor. «Maravilloso -pensó-. Ahora me voy a poner en contra incluso de los medios que tengo a favor. »

-Ed siempre ha sido un mujeriego, pero esto nunca ha afectado a sus obligaciones. Además, desde que ha dejado de beber, ha cambiado mucho -puntualizó el corresponsal, que, al igual que su periódico, era un decidido defensor de los derechos de las mujeres-. Esto habrá que dejarlo fuera de la cuestión.

-¿Qué postura adoptará el Times?

-Le enviaré una copia del editorial -le prometió el periodista.

Ya no podía soportarlo más. Cogió el teléfono y marcó los seis dígitos sin dejar de mirar a la oscuridad. Ya se había puesto el sol y el cielo empezaba a nublarse. Sería una noche fría y lluviosa. De lo que ya no estaba tan seguro era de cómo sería el amanecer y, menos aún, de si llegaría a verlo.

-¿Sí?

-Soy Badrain. Convendría que el próximo avión fuese más grande.

-Podemos disponer de un siete-tres-siete, pero necesito autorización para enviarlo.

-Me ocuparé de ello desde aquí.

Fue el telediario lo que lo movilizó. Más anodino que nunca. No dieron una sola noticia política. Ni una sola noticia, en un país en el que se hablaba más de política que del tiempo. Lo más llamativo fue la noticia que dieron sobre una mezquita, una vieja mezquita construida en tiempos del sha, que necesitaba una urgente restauración. Se hallaba en estado de abandono porque fue lugar de reunión de un grupo acusado de conspirar contra el difunto líder iraquí, tan querido por su pueblo que no tardaría en olvidarlo. Lo peor era que el vídeo mostrase a cinco mullahs, de pie frente a la mezquita. No miraban a la cámara sino que gesticulaban en dirección a los descoloridos azulejos de la pared y, probablemente, hablaban de la restaura-

Librodot

ción.

Los mullahs eran los mismos que su país envió como rehenes. No se veían soldados. Los rostros de por lo menos dos de los cinco mullahs eran bien conocidos por los telespectadores iraquíes. Eso significaba que alguien se había hecho con el control de la emisora o, más exactamente, de quienes allí trabajaban. Si los periodistas y el resto del personal querían conservar el empleo y la cabeza, tendrían que afrontar una nueva realidad. ¿Bastarían aquellas breves imágenes para que el ciudadano de a pie reconociese los rostros de los visitantes y captase el mensaje? Entretenerse en dar con la respuesta correcta podía ser peligroso.

Pero el ciudadano de a pie no importaba. Quienes importaban eran los coroneles y los comandantes (también los generales que no estuviesen en la lista adecuada). No tardarían en saber en cuál estaban incluidos. Probablemente algunos ya lo sabían. Estarían colgados del teléfono para tratar de averiguar qué ocurría. Le darían vueltas y más vueltas. Empezarían a establecer contactos. A lo largo de las siguientes doce horas, hablarían entre sí y deberían adoptar duras decisiones. Eran hombres demasiado comprometidos con el régimen que agonizaba: los que no podían huir; quienes no tenían adónde ir ni dinero con que protegerse; los que no tenían más remedio que quedarse. Su identificación con el régimen podía costarles la cabeza. Quienes quisieran sobrevivir, tendrían que actuar como actúan los criminales en todo el mundo. Salvarían la vida entregando a peces más gordos. Así era siempre. Los coroneles derrocarían a los generales.

Y al fin los generales lo comprendieron.

-Hay disponible un siete-tres-siete. Caben todos. Puede estar aquí en hora y media -les dijo Badrain.

-¿Y no nos matarán en el aeropuerto de Mehrabad? -preguntó el adjunto del jefe de Estado Mayor del Ejército iraquí.

-¿Preferiría usted morir aquí? -replicó Badrain.

-¿Y si es una trampa?

-Cabe ese riesgo. En tal caso, las cinco personalidades que han aparecido en televisión morirán.

Por supuesto que no iban a morir los cinco mullahs, porque tendrían que matarlos soldados fieles a generales ya muertos. Y esta clase de fidelidad no existía allí. Todos lo sabían. El hecho de tomar rehenes fue un gesto instintivo, cuya eficacia alguien se había encargado de invalidar (acaso los medios de comunicación, pero también podía haber sido el coronel que mandaba la escolta de los mullahs). A él lo consideraban un agente secreto de confianza, recordó Badrain al reflexionar, un leal oficial sunní, hijo de un miembro del partido Baas. Esto podía significar que el partido Baas ya estaba siendo sobornado. Los acontecimientos se precipitaban. Los mullahs no habrían ocultado la naturaleza de su misión, ¿verdad que no? Pero nada de eso importaba. Matar a los rehenes no serviría para nada. Los generales estaban perdidos si se quedaban allí, y el martirio no sería algo que repugnase a los clérigos iraníes. Era parte de la tradición shiíta.

No. La decisión era irrevocable. Aquellos altos jefes militares no lo habían comprendido. No lo habían analizado a fondo.

En fin... De haber sido militares competentes, su querido líder los habría hecho matar.

-Sí, de acuerdo -admitió el militar de más alto rango.

-Gracias -dijo Badrain, que cogió el teléfono y volvió a marcar.

«La dimensión de la crisis constitucional que afronta la nación no ha quedado patente hasta ayer. Aunque el problema puede parecer sólo técnico, el fondo de la cuestión no lo es.

»John Patrick Ryan es un hombre de talento, pero que ese talento baste para desempeñar el cargo de presidente de los Estados Unidos es algo que está por ver. Los primeros síntomas no son nada alentadores. Gobernar no es tarea para aficionados. Con frecuencia, nuestro país se ha guiado por personas así. Siempre han sido personas que desde la oposición han accedido al cargo de un modo regular.

»Pero la crisis que afronta el país no tiene nada de regular. Hasta el momento, el señor Ryan ha adoptado medidas adecuadas y prudentes para estabilizar el gobierno. Nombrar a Daniel Murray jefe interino del FBI, por ejemplo, ha sido una elección aceptable. Y lo mismo cabe decir del nombramiento, también con carácter interino, de George Winston como ministro de Hacienda. Ha sido una elección acertada, aunque se trate de una persona sin experiencia política. Scott Adler, hombre de gran talento, que ha dedicado toda su vida al servicio exterior, acaso sea el miembro más brillante del actual gabinete... »

Ryan se saltó los dos párrafos siguientes.

«... el vicepresidente Edward Kealty, al margen de sus defectos personales, sabe lo que es gobernar. Su moderada postura en la mayoría de los problemas nacionales ofrece un equilibrio hasta que las elecciones se traduzcan en una nueva administración. Pero ¿es cierto lo que alega?»

-¿Le importa a usted? -le preguntó Ryan a Arnie refiriéndose al editorial que aparecería por la mañana en el Times.

-A él lo conocen; y a usted no -dijo Arnie justo en el momento en que sonaba el teléfono.

-¿Sí?

-Es el señor Foley, para usted, señor presidente. Dice que es importante.

-De acuerdo... ¿Ed? Pongo el altavoz -dijo Jack, que pulsó el botón y colgó el auricular-. Arnie está conmigo y podrá escucharlo. -Ya no hay lugar a dudas. Irán ha decidido jugar fuerte y con rapidez. Tengo imágenes de televisión. ¿Puede verlas ahora? -Sí, pásemelas.

En el despacho del presidente, al igual que en otros de la Casa Blanca, había un televisor conectado a una línea segura, por cable de fibra óptica, que comunicaba con el Pentágono y otros organismos.

Jack sacó el mando de un cajón y encendió el televisor. El «pase» duró sólo quince segundos. Lo rebobinaron para verlo de nuevo y luego congelaron una imagen.

-¿Quiénes son ésos? -preguntó Jack.

Foley leyó los nombres. Ryan ya había oído hablar de ellos.

-Se trata de consejeros de Daryaei; algunos, del más alto nivel. Están en Bagdad y alguien ha decidido que se sepa. Bien: sabemos que importantes generales abandonan el país. Y ahora vemos por televisión a cinco mullahs que hablan de la restauración de una importante mezquita. Mañana hablarán más alto -aventuró el recién designado director de la CIA.

-¿No hay noticias de nuestros agentes en la región?

-No -admitió Ed Foley-. He hablado con el jefe de la misión de Riyad para que vaya a hablar con ellos. Pero me temo que cuando llegue no encuentre a nadie con quien charlar.

-Es un poco grande -dijo un oficial de la estación volante de comunicaciones al leer el código alfanumérico en la pantalla.

-Coronel -repuso el teniente a través de la línea de mando-. Tengo lo que parece ser un chárter siete-tres-siete en vuelo de Mehrabad a Bagdad, rumbo dos-dos-cero; velocidad, ochocientos kilómetros por hora. Altitud, siete mil metros. Palm Bowl informa de comunicaciones codificadas entre Bagdad y el aparato.

Más a popa, el alto oficial que comandaba la nave examinó los datos que aparecían en pantalla. El teniente tenía razón. Informaría de inmediato al Centro de Comunicaciones Kuwaití de Arabia

Saudí.

El resto llegó en un mismo vuelo. Tenían que haber aguardado un poco más, en opinión de Badrain. Era mejor aparecer una vez que el aparato estuviese ya allí, para que, cuanto antes, pudiesen... Pero no...

Era divertido ver a aquellos hombres tan poderosos en aquel trance. Hasta hacía sólo una semana se pavoneaban por todas partes, seguros del lugar que ocupaban y de su poder,

Librodot

con sus camisas color caqui llenas de condecoraciones por servicios supuestamente heroicos. No estaba bien. Más de uno había dirigido a sus hombres en combate. Pudiera ser que incluso hubiesen matado a algún enemigo. Enemigos iraníes. Las mismas personas a quienes ahora confiaban su seguridad, porque temían más a sus propios compatriotas. Allí estaban ahora en pequeños corrillos, preocupados, recelosos de sus guardaespaldas (de sus guardaespaldas más que de nadie). Iban armados y estaban cerca unos de otros, y no hubiesen tenido que formar parte de aquel apaño si sus guardaespaldas hubieran sido gente de fiar.

A pesar del peligro que representaba para su vida, Badrain no podía evitar que el espectáculo le resultase divertido. Había consagrado toda su vida a propiciar un momento como aquél. Durante mucho tiempo había soñado con ver a altos oficiales israelíes en un aeropuerto... abandonando a su gente a un incierto destino, derrotados por su... Pero esa ironía no era divertida, ¿verdad? ¿Treinta años para no conseguir más que la destrucción de un país árabe? Israel seguía fuerte. Estados Unidos lo protegía. Él no hacía más que ajustar la colocación de los sillones del poder alrededor del golfo Pérsico.

También él huía, reconoció Badrain. Después de fracasar en la misión de su vida, se había prestado a hacer un trabajo de mercenario. ¿Y luego qué? Por lo menos, aquellos generales sabían que iban a poder vivir con dinero y comodidades. En cambio, él no tenía futuro y su pasado era un fracaso. A Badrain se lo llevaban los demonios al pensarlo.

Nada más volver a sentarse vio una oscura silueta que cruzaba la pista más cercana. Desde la puerta, un guardaespaldas llamó por señas a quienes se encontraban en la sala. Dos minutos después, volvió a verse el 737. No había de repostar. Prepararon la escalerilla y la acercaron al aparato en cuanto éste se detuvo. Nada más abrirse la puerta, los generales, con sus familias, un guardaespaldas y -en la mayoría de los casos- una amante, salieron a toda prisa de la terminal bajo la llovizna que empezaba a caer. Badrain fue el último en salir. Incluso entonces tuvo que esperar. Los iraquíes llegaron en tropel al pie de la escalerilla. Se abrían paso escaleras arriba casi a empujones, olvidándose de su rango y dignidad.

Desde lo alto de la escalerilla, un miembro de la tripulación sonreía protocolariamente a unas personas a quienes tenía un sinfin de razones para odiar. Alí aguardó a que la escalerilla estuviese expedita. Cuando llegó a la pequeña plataforma superior volvió la vista atrás. No había razón para correr tanto. Aún no se veían los verdes camiones atestados de confusos soldados. Podía haber aguardado perfectamente una hora más. Cuando llegasen, no encontrarían más que una terminal desierta. Meneó la cabeza y entró en el avión. El tripulante cerró entonces la puerta.

A proa, el comandante de la nave pidió permiso a la torre de control para ir a situarse en la pista de despegue. Se lo dieron de inmediato. Los controladores ya habían hecho sus llamadas y pasaron la información, aunque sin dar instrucciones. Se limitaron a hacer su trabajo. Observaron cómo el aparato aceleraba hacia el fondo de la pista, despegaba y se elevaba en la oscuridad que estaba a punto de descender sobre su país.

19

FÓRMULAS MAGISTRALES

-¡Cuánto tiempo, señor Clark!

-Sí, señor Holtzman, mucho tiempo.

Se habían sentado a la misma mesa del fondo que la otra vez, junto a la máquina de discos. Casa Esteban seguía siendo un agradable restaurante familiar de Wisconsin Avenue, muy frecuentado por estudiantes y profesores de la Universidad de Georgetown. Clark no recordaba haberle dicho al periodista cómo se llamaba.

-¿Dónde está su amigo?

-Tiene trabajo esta noche -contestó Clark.

La verdad era que Ding había salido temprano del despacho, para ir con Patsy a cenar a Yorktown. Pero no tenía por qué decírselo al periodista. No había más que ver la expresión de su rostro para comprender que sabía ya más de la cuenta.

-Bien. ¿Qué desea de mí? -preguntó el agente.

-Recordará que hicimos un pequeño trato.

-No lo he olvidado -reconoció Clark-. Fue por cinco años, y aún no se han cumplido.

-Los tiempos cambian -dijo Holtzman mientras le echaba un vistazo a la carta. Le gustaba la comida mexicana, aunque última mente no le sentaba muy bien.

-Un trato es un trato -remarcó Clark, que se desentendió de la carta y miró con fijeza a su interlocutor, consciente de que pocas personas podían sostenerle la mirada.

-Ha trascendido. Katrin va a casarse con un goloso millonario de Winchester que se pirra por los bombones.

-No lo sabía -reconoció Clark, aunque le tenía sin cuidado.

-Lo imaginaba. Ya no es usted un... agente especial. ¿Le gustaba el activismo?

-Si lo que quiere es que le hable de estas cosas, ya sabe que no puedo...

-Pues es una pena. Hace un par de años que me intereso por usted -le dijo el periodista a su invitado-. Tiene una gran reputación, y por lo que dicen, su compañero no le anda a la zaga. Usted fue el de Japón -añadió sonriente-. Usted rescató a Koga.

-¿De dónde demonios ha sacado semejante información? -le preguntó John con una desdeñosa mirada que trataba de disimular su alarma.

-Hablé con Koga cuando todo hubo terminado. Me contó que dos hombres lo liberaron: uno alto y fuerte y otro bajito y fibroso. Koga me describió sus ojos: azules, duros, intensos. También me dijo que era un hombre que sabía expresar muy bien lo que pensaba. No hay que ser muy listo para saber de quién hablaba -dijo Holtzman en el momento en que el camarero llegaba con dos cervezas.

En cuanto el camarero se hubo alejado, Clark se inclinó hacia la mesa.

-Mire: respeto su profesionalidad, ha hecho usted honor a su palabra desde la última vez que hablamos, pero me gustaría que recordase que, cuando voy a cumplir una misión, mi vida depende de...

-No revelaré su identidad. No hago esas cosas. Por tres razones: porque no es ético, porque va contra la ley y porque no quiero cabrear a alguien como usted -dijo el periodista tras beber un trago de cerveza-. Algún día... quizá sí. Me gustaría llegar a escribir un libro sobre usted. Sólo conque la mitad de lo que se cuenta sea cierto...

-Estupendo. Cuando lleven el libro al cine, me gustaría que me «encarnase» Val Kilmer.

-Es demasiado guapo - repuso Holtzman meneando la cabeza sonriente-. Le va mejor a Nick Cage, por la mirada. Pero vayamos al motivo de esta entrevista. Sé que fue Ryan quien liberó al padre de la chica, aunque no sé cómo. Usted fue a la playa, liberó a Katrin y a su madre y los llevó en un bote hasta un submarino. No sé cuál, aunque sí sé que era uno de nuestros submarinos nucleares. Sin embargo, no es ésa la historia que me interesa.

-¿Cuál es entonces?

-La de Ryan, aparte de la de usted. El «Héroe Impenetrable» -le soltó Robert Holtzman, que sintió un íntimo regocijo ante la mirada de perplejidad de John Clark-. Ryan me cae bien y quiero ayudarlo.

-¿Por qué? -dijo John, preguntándose hasta qué punto podía dar crédito a las palabras de su anfitrión.

-Mi esposa, Libby, fue quien consiguió pruebas que implicaban a Kealty. Las publicó demasiado pronto, y ahora no podemos echar marcha atrás. Edward Kealty es un sinvergüenza, de lo peor del mundillo. No todos opinamos igual en la profesión, pero Libby ha hablado con dos de las víctimas de sus acosos sexuales. En otros tiempos, cualquiera podía salir airoso de esta clase de acusaciones, sobre todo si pasaba por «progresista». Ahora ya no, o por lo menos se procura que así no sea. Yo tampoco estoy seguro de que Ryan sea competente. Pero es honrado. Intentará hacer lo que sea justo, inspirándose en justas razones. Como Roger Dur-

Librodot

ling solía decir: es una persona que sabe afrontar el temporal. Ésa es la idea que he de vender a la redacción de mi periódico.

-¿Y cómo va a conseguirlo?

-Con un reportaje acerca de un importante servicio que le prestó a su país. Ha pasado el tiempo suficiente como para que divulgarlo no tenga repercusiones negativas. Sin embargo, es lo bastante reciente como para que la opinión pública lo valore como algo actual. ¡Por Dios, Clark, Ryan salvó a los rusos! Evitó una lucha por el poder que pudo haber resucitado la guerra fría durante diez años. Fue una gesta excepcional de la que nunca le ha hablado a nadie. Dejaremos claro que no ha sido Ryan quien lo ha filtrado. Incluso le haremos un sondeo antes de publicarlo, aunque ya sabemos lo que dirá...

-Les dirá que no lo publiquen -convino Clark, que se preguntó quién puñeta había informado a Holtzman.

¿El juez Arthur Moore? ¿Bob Ritter? ¿Se habrían prestado a contárselo? En circunstancias normales, no; de eso estaba seguro. Pero en la situación actual, no lo veía tan claro. Siempre había en las altas esferas quienes, en nombre de la razón de Estado, se creían obligados a quebrantar las leyes. John sabía mucho de eso. Le había creado serios problemas.

-Pero es una historia demasiado buena como para no publicarla. Me ha costado años reunir todos los datos. La opinión pública tiene derecho a saber quién es la persona que ocupa el despacho Oval, sobre todo si se trata de alguien positivo para el país.

El periodista se extendió en su argumento del modo más persuasivo.

-Mire, Bob, no sabe usted... ¿cómo decían nuestros abuelos?... de la misa la mitad.

Clark se interrumpió, furioso consigo mismo por permitirse tal expansión. Era como nadar con lastre en aguas profundas. Pero... lo intentaría.

-Está bien -dijo Clark-. Dígame a ver qué sabe usted de Jack.

Acordaron utilizar el mismo avión y no permanecer en Irán un minuto más de lo necesario. Pero como el 737 no tenía tanta autonomía como el Gulfstream, convinieron en hacer escala en Yemen para repostar. Los iraquíes no llegaron a bajar del avión en Mehrabad. No se dignaron dirigirle a Badrain una sola palabra de agradecimiento, al desembarcar éste, pese a ser la persona que los había salvado.

Badrain no volvió la vista atrás al subir al coche que lo llevó a la ciudad. El chofer se lo tomó con calma para avanzar por el tráfico, muy fluido a aquella hora de la noche.

Cuarenta minutos después, a las tres de la madrugada, hora local, el vehículo se detuvo frente a un edificio de tres plantas. Nada más bajar, un agente de uniforme comparó su rostro con el de una fotografía y le indicó que podía entrar. En el interior, un capitán lo cacheó amablemente. Luego, subió a la planta en la que se encontraba la sala de conferencias.

Daryaei estaba sentado en un sillón y hojeaba la prensa que, para el gobierno, era una guía tan imprescindible como el Sagrado Corán.

-La paz sea con usted -dijo Alí.

-Y con usted -correspondió Daryaei en un tono más amable de lo habitual en él.

Daryaei se le acercó para darle el abrazo de rigor. También parecía más relajado de lo que cabía esperar. Cansado, desde luego, tenía que estarlo, porque habían sido dos días muy duros para él aunque ahora estuviese exultante.

-Tome asiento, por favor. ¿Se encuentra usted bien? -dijo Daryaei en tono solícito.

-Ahora sí -repuso Badrain, que se permitió un hondo suspiro al sentarse-. Temía que la situación en Bagdad se desestabilizase antes de lo previsto.

-Nada podía ganarse con la discordia. Mis amigos me dicen que la antigua mezquita necesita restauración.

Badrain pudo haber dicho que no lo sabía (porque era la verdad). Pero la razón era que hacía mucho tiempo que no había estado en el interior de una mezquita, y no le hubiese gustado nada a Daryaei oírlo.

-Hay mucho que hacer -optó por responder Badrain.

Librodot

-Sí, ciertamente -dijo Mahmoud Haji Daryaei, que volvió a su sillón y dejó los periódicos a un lado-. Sus servicios han sido muy valiosos. ¿Ha tenido dificultades?

-La verdad es que no -reconoció Badrain-. Por sorprendente que parezca, son personas muy medrosas. La propuesta que usted les hacía era generosa. No tenían más remedio que aceptarla. Porque ¿no irá a...? -se permitió preguntar Alí.

-No. Deben marchar en paz -contestó Daryaei.

Esto era algo que, de ser cierto, constituía una sorpresa, aunque Alí no dejó que su expresión lo delatase. Daryaei no tenía muchos motivos para sentir estima por aquellos militares. Todos intervinieron en la guerra entre Irán e Irak. Fueron responsables de la muerte de miles de soldados, jóvenes en su mayoría. Además, aquella guerra había impedido a Irán desempeñar un papel importante en el mundo desde hacía años. Pero eso estaba a punto de cambiar, ¿verdad?

-¿Puedo preguntar qué va a hacer ahora?

-Irak es un país enfermo. Se ha alejado de la Verdadera Fe y va a ciegas.

-Y estrangulado por el embargo -añadió Badrain, consciente de que Daryaei captaría la insinuación que entrañaba el comentario.

-Ha llegado el momento de acabar con eso.

Daryaei felicitó a Alí con la mirada por su observación, porque... en efecto: ésa era la obvia jugada. Todo un regalo a Occidente. Se levantaría el embargo. El país podría volver a abastecerse de alimentos y la población estaría encantada con el nuevo régimen. Complacería a todos... en provecho propio, y de Alá, por supuesto, ya que Daryaei era una de esas personas convencidas de que sus actos los inspiraba Alá, una idea de la que Badrain se había despojado hacía tiempo.

-Estados Unidos será un problema; igual que otros países más cercanos...

-Estamos analizando estas cuestiones -dijo Daryaei en tono desenfadado.

Era lógico. Después de haberlo estado tramando durante años, Daryaei debía de sentirse invencible. Éste siempre creyó que Alá estaba de su parte (a su lado, más exactamente). Y quizá lo estuviese. Sin embargo, no bastaba con eso, si quería uno alcanzar el éxito. Por lo general, los milagros ocurrían cuando se creaban las condiciones propicias. ¿Por qué no crear esas condiciones para poder intervenir en el próximo milagro?, pensó Alí.

-He estado observando al nuevo líder norteamericano.

-¿Ah, sí? -exclamó Daryaei mirándolo con curiosidad.

-No es difícil conseguir información. Los medios de comunicación americanos publican muchos datos. Varios de mis hombres preparan un informe completo -dijo Badrain en tono reposado (algo nada difícil, porque estaba muerto de cansancio)-. Es asombroso lo vulnerables que son ahora.

-Sí. Dígame cómo lo ve usted.

-La clave de América es el tal Ryan. ¿Es obvio, no?

-La clave para cambiar América es una Asamblea constituyente --dijo Ernie Brown después de largos días de rumiarlo silenciosamente.

Pete Holbrook pasaba diapositivas con su proyector. Había gastado varios rollos de película para fotografiar el Capitolio, la Casa Blanca y otros edificios (sin poder evitar del todo hacer turismo). Refunfuñó por lo bajo al ver que una de las diapositivas estaba boca abajo.

-Hablamos de ello durante mucho tiempo -dijo Holbrook a la vez que sacaba del proyector la invertida diapositiva-. Pero ¿cómo se consigue...?

-¿Forzarla? Fácil. Si no hay presidente y no hay manera de elegir a uno en el marco de la Constitución, entonces habrá que hacer algo, ¿no crees?

-¿Matar al presidente? -exclamó Pete en tono desdeñoso- ¿A cuál?

Ahí estaba el problema. No había que ser un genio para verlo. Si eliminaban a Ryan, tendrían a Kealty. Si eliminaban a Kealty, las cosas seguirían como estaban. Era peliagudo. No olvidaban las grandes medidas de seguridad que se adoptaban en la Casa Blanca. Si mata-

ban a cualquiera de ellos, el Servicio Secreto rodearía al superviviente con un dispositivo tan impenetrable que haría falta una bomba nuclear para derribarlo. Y los Mountain Men carecían de este tipo de armas. Preferían las tradicionales, como los rifles. Pero también éstos tenían sus limitaciones. En el lado sur del recinto de la Casa Blanca había una densa arboleda y bermas hábilmente camufladas. En las azoteas de los edificios circundantes, todos ellos gubernamentales, habría continuamente agentes con prismáticos y rifles.

El Servicio Secreto estaba decidido a mantener a los ciudadanos alejados de «su» presidente, el servidor del pueblo, cuyos guardianes no confiaban en absoluto en ese pueblo. Pero si el ocupante de la Casa Blanca fuese de verdad un hombre del pueblo, no habría sido necesario, ¿verdad que no?

En otros tiempos, Teddy Roosevelt dedicaba cuatro horas diarias a recibir a todo aquel ciudadano que quisiera entrar a saludarlo, algo inimaginable en la actualidad.

-Pues los dos a la vez. Tal como yo lo veo, Ryan sería el blanco más difícil, ¿no crees? -dijo Brown-, porque está rodeado de medidas de seguridad más estrictas. Kealty ha de tener mayor libertad de movimientos; ha de ser más accesible a la prensa y, además, está menos protegido.

-Sí, es lo lógico -reconoció Holbrook volviendo a colocar la diapositiva.

-De modo que no sería tan difícil trazar un plan para liquidarlos a los dos -propuso Brown a la vez que sacaba el móvil del bolsillo-. Es fácil de coordinar.

-A ver... sigue, sigue.

-Habría que informarse sobre su agenda, su rutina, y elegir el momento.

-Eso es muy caro -señaló Holbrook pasando a la siguiente diapositiva.

Era una imagen archiconocida, tomada desde lo alto del monumento a Washington: la pequeña ventana del lado norte de la Casa Blanca. Ernie Brown tomó una, que hizo ampliar a tamaño de póster en una tienda de material fotográfico. La examinó durante horas, y con ayuda de un plano de la ciudad, anotó las medidas de acuerdo a la escala e hizo unos cálculos aproximados.

-Lo más caro es comprar la hormigonera y alquilar una casa que no esté demasiado lejos de la ciudad.

-¿Cómo?

-Ya sé que es difícil, Pete, pero sé cómo conseguirlo. Es sólo cuestión de elegir el momento adecuado.

Moudi estaba seguro de que la hermana no pasaría de aquella noche, aunque no hacía falta ser médico para pronosticarlo; no había más que verla. Al fin, la hermana Jean Baptiste había dejado de sufrir.

No era infrecuente. Moudi ya lo había visto antes, casi siempre en enfermos de cáncer, y era siempre el presagio de la muerte. Su conocimiento de la neurología era insuficiente para comprender la razón. Quizá se debiera a una sobrecarga de las conexiones electroquímicas neuronales, o a un mecanismo corrector del cerebro. El cuerpo sabía lo que ocurría, que la batalla llegaba a su fin. Y comoquiera que el sistema nervioso informaba del dolor como parte del mecanismo de alerta, cuando ésta ya no tenía sentido, cesaba el dolor. O pudiera ser que todo fuesen figuraciones suyas. Acaso su cuerpo estuviera demasiado destrozado para reaccionar. Por lo pronto, la hemorragia intraocular la había dejado ciega. La aguja a través de la cual le inyectaban sangre se había soltado, de tan deteriorado como tenía el tejido venoso. Sólo la aguja a través de la que le inyectaban la morfina seguía en su sitio, sujeta por un trozo de esparadrapo. El corazón empezaba a quedarse sin sangre y, al redoblar sus esfuerzos para bombear el disminuido suministro, se agotaba.

La hermana Jean Baptiste gemía, y acaso rezase, se decía el médico. Privada de la consciencia, en plena agonía, sólo le quedaba el reflejo de innumerables horas de oración, de la disciplina que presidió su existencia. La hermana se aclaró la garganta, carraspeó y murmuró audiblemente. Moudi se le acercó para oírla mejor.

Librodot

-... santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores...

«Ah, sí... Aquélla.» Debía de ser su oración predilecta.

-No luche más, hermana -le dijo Moudi-. Ha llegado su hora. No luche más.

Los ojos de la hermana cambiaron de dirección. Aunque no pudiese ver, ladeó la cabeza y lo miró.

El médico sabía muy bien que era un acto reflejo. Los músculos tenían muchos años de práctica. La cabeza se ladeaba hacia la fuente del sonido y los ojos enfocaban como si pudiesen ver.

-¿Está usted ahí, doctor Moudi? -preguntó la hermana con un hilillo de voz.

-Sí, hermana, estoy aquí -repuso él que instintivamente le tocó la mano. «¿Está aún lúcida?», se preguntó perplejo.

-Gracias por... haberme ayudado. Rezaré por usted.

Rezaría por él. Estaba seguro. Le dio unas cariñosas palmaditas en el brazo e incrementó el flujo de la morfina. Ya estaba bien. No podía practicarle más transfusiones para que el virus contaminase su sangre, extraérsela y utilizarla como arma biológica. Miró en derredor de la habitación. Los dos auxiliares estaban sentados en un rincón, encantados de que fuese el médico quien atendiese a la paciente.

-Llame al director... rápido -le dijo Moudi a uno de ellos. -En seguida -repuso el auxiliar.

Moudi contó hasta diez antes de dirigirse al otro auxiliar.

-Guantes nuevos, por favor -le pidió.

Moudi alzó las manos como para indicar que tampoco a él le gustaba tocarla sin guantes. En cuanto el auxiliar hubo salido, Moudi se dijo que disponía de un minuto más o menos.

Cogió una jeringuilla de 20 cc, introdujo la aguja en un vial de morfina y la extrajo. Volvió junto a la cama, retiró la sábana de plástico y tomó la mano izquierda de la paciente entre las suyas. A continuación le inyectó la morfina en una vena del dorso de la mano.

-Esto es para ayudarla a dormir.

Moudi volvió al momento al otro lado de la habitación, sin aguardar a ver si ella respondía a sus palabras. Luego, metió la aguja en un recipiente de plástico.

-Tenga -le dijo el auxiliar al regresar con los guantes.

Moudi se quitó los guantes, los tiró al cubo y se puso los nuevos. Al volver junto al lecho, vio cerrarse por última vez aquellos ojos azules. La pantalla del electrocardiógrafo mostraba que tenía 140 pulsaciones por minuto.

Por lo menos, ahora Moudi estaba seguro de que la hermana no sufría. La respiración se hacía cada vez más dificultosa e irregular y el flujo de oxígeno que recibía el torrente circulatorio disminuía con rapidez.

De pronto, el pulso se aceleró y la respiración cesó. El corazón no se paró de inmediato, de tan fuerte como era (tan valeroso, se dijo el médico, entristecido, admirado de que el corazón de una persona muerta se negase a morir). Pero eso no podía durar mucho y también el corazón se paró al cabo de unos instantes. La alarma del electrocardiógrafo se disparó. Moudi la apagó e intercambió una mirada de alivio con los auxiliares.

-¿Tan pronto? -exclamó el director, que nada más entrar en la habitación reparó en la línea plana del gráfico del electro.

-El corazón. Hemorragia interna -dijo Moudi, que no necesitó añadir nada más.

-Ya. ¿Podemos empezar entonces?

-Sí, doctor.

El director les hizo una seña a los auxiliares. Uno de ellos recogió las sábanas de plástico y las anudó para que la sangre no gotease. El otro desconectó el gotero y el electrocardiógrafo. Luego, desbloquearon las ruedas de las patas de la cama y la sacaron de la habitación. Después, volverían para limpiar la habitación y desinfectarla a conciencia, hasta asegurarse de que ningún agente patógeno pudiese vivir entre aquellas cuatro paredes.

Moudi y el director los siguieron hasta la sala de autopsias, que estaba en el mismo pa-

Librodot

bellón. Acercaron la cama a una mesa de acero inoxidable, destaparon el cuerpo y lo colocaron boca abajo. Los médicos llevaban la bata quirúrgica por encima del traje protector, más por costumbre que por verdadera necesidad. Los auxiliares retiraron las sábanas de plástico, sujetándolas por los bordes, y vertieron la sangre encharcada en un recipiente (casi medio litro). Los auxiliares metieron entonces las sábanas en un cubo y las llevaron a incinerar.

-Muy bien -dijo el director, que pulsó un botón para elevar la mitad articulada de la mesa.

Por pura inercia profesional tocó con las yemas de los dedos la carótida izquierda y luego la derecha, para asegurarse de que no había pulso. Cuando el cuerpo estuvo situado en un ángulo de 20°, cogió un escalpelo y seccionó ambas arterias y las venas yugulares paralelas. La sangre se derramó en la mesa, impulsada por la fuerza de la gravedad, y cayó por el desagüe a un recipiente de plástico. Recogieron casi cuatro litros.

El cadáver palideció. Las rojizas manchas de la piel desaparecieron ante los ojos de Moudi como por ensalmo.

Un técnico de laboratorio entró con un carrito y se llevó el recipiente.

-Nunca he examinado a nadie muerto de Ébola -comentó el director, aunque aquello tenía poco de reconocimiento post mortem.

Habían sangrado a la víctima como si fuese un cordero. Pero aún no habían terminado de expoliar el cadáver. El director practicó grandes incisiones, y Moudi utilizó pinzas de acero inoxidable para fijar pliegues de piel y paquetes musculares. En seguida quedó al descubierto el riñón izquierdo.

Cuando regresaron los auxiliares forenses, uno de ellos colocó una bandeja en, una mesa junto al cadáver. A Moudi se le revolvió el estómago al ver lo que hacían a continuación.

Uno de los efectos del Ébola era la destrucción de los tejidos. El riñón que había quedado expuesto se hallaba en estado semilíquido. Cuando el director fue a extraerlo con la mano, el órgano se partió en dos mitades como un siniestro pudín de color marrón rojizo.

-Es extraordinario lo que les ocurre a los órganos, ¿verdad?

-Supongo que con el hígado ocurrirá lo mismo, aunque el bazo...

-Sí, ya lo sé. El bazo estará duro como una piedra. Tenga cuidado con las manos, Moudi -le advirtió el director, que cogió una legra y extrajo el trozo de riñón que quedaba. Lo puso en una bandeja y uno de los auxiliares lo llevó al laboratorio.

La extracción del riñón derecho fue más fácil. Después de desconectar los músculos y vasos sanguíneos, Moudi y el director utilizaron ambas manos para extraerlo. El órgano salió casi intacto. Sin embargo, en cuanto lo dejaron en la bandeja, se cuarteó y se partió como el anterior.

-¡Vamos! ¡Denle la vuelta! -les ordenó el director a los auxiliares-. Yo sólo quiero el hígado y el bazo -añadió dirigiéndose a Moudi-. Luego, ustedes envuelvan el cuerpo y llévenlo al horno. Después desinfectarán esta sala a conciencia.

La hermana Jean Baptiste tenía los ojos abiertos. El médico cubrió el rostro con un paño y musitó una plegaria por su alma.

-Sí, Moudi, no dude de que está en el Paraíso -dijo el director al oírlo-. ¿Qué le parece si continuamos? -añadió con acritud.

El director hizo entonces la habitual incisión en forma de Y para abrir el tórax, con tan poca delicadeza que más que un médico parecía un carnicero.

-¿Cómo es posible que haya podido vivir tanto tiempo así...? -se preguntó el director, perplejo ante lo que veía.

Moudi recordó el modelo del cuerpo humano, de plástico y tamaño natural, que utilizaban en las clases de anatomía cuando él estudiaba en la facultad. Parecía que hubiesen sumergido el modelo en un cubo con un fuerte disolvente. Todos los órganos expuestos estaban deshechos. La capa externa de tejido estaba... disuelta. El abdomen era un puro charco de sangre negruzca.

-¡Absorción! -ordenó el director.

Un auxiliar se acercó con un tubo de plástico conectado a una botella de vacío. El sonido que producía al aspirar las entrañas de la monja era espeluznante. Los médicos observaban mientras el auxiliar movía el tubo como una asistenta que hiciese la limpieza del hogar. Por este procedimiento obtuvieron otros tres litros de sangre, rica en virus, con destino al laboratorio.

Según las enseñanzas del Sagrado Corán, el cuerpo era el Templo de la Vida. ¿En qué se había transformado aquél?, pensó Moudi al mirarlo. En una fábrica de muerte, sin la menor duda.

El director volvió a acercarse y Moudi lo observó mientras cogía el hígado con las manos, con mayor cuidado que antes. Quizá se hubiese impresionado al ver la sangre de la cavidad abdominal. De nuevo cortó los vasos sanguíneos y el tejido conectivo. Luego, el director dejó a un lado los instrumentos. Moudi extrajo entonces el órgano, lo dejó en la bandeja y un auxiliar lo llevó al laboratorio. -¿Por qué se comportará el bazo de un modo tan distinto?

En la planta baja, otros auxiliares médicos se aplicaban en trasladar las jaulas de los monos apiladas en el almacén.

Aunque les dieron de comer, los angustiados monos aún no se habían recuperado de la odisea de su viaje. Esto los tenía un poco aplacados, y ya no mordían ni arañaban tanto las enguantadas manos que movían las jaulas de un lado para otro. Pero el pánico cundió de nuevo en los animales en cuanto se vieron en otra estancia y cerraron las puertas.

Los monos intuyeron que aquél era el matadero. Los desdichados animales vieron que depositaban las jaulas una a una en la mesa, que abrían la puerta de la jaula e introducían un palo con un aro metálico en la punta. Pasaban el aro por la cabeza del mono, tiraban con fuerza y desnucaban al animal, casi siempre con un sordo ruido de hueso roto.

El mismo instrumento servía para sacar al animal de la jaula. En cuanto aflojaban el lazo, tiraban el cuerpo a un soldado, que lo llevaba la habitación contigua. Al verlo, los otros monos les chillaban furiosos a los soldados, pero las jaulas eran demasiado pequeñas y apenas podían rebullirse. A lo sumo, lograban interponer un brazo entre el aro y el cuello, con lo que sólo conseguían que les partiesen también el brazo. Los monos verdes africanos eran lo bastante inteligentes como para ver, saber y comprender lo que les ocurría y para imaginar que aquello no era muy distinto a estar encaramados a un solitario árbol de la sabana, viendo cómo un leopardo trepaba hacia ellos sin poder hacer más que chillar.

En la estancia contigua, cinco equipos de auxiliares forenses trabajaban en sendas mesas. Con unas abrazaderas les fijaban a los monos la cabeza y la cola. Un soldado les abría la espalda en canal con un machete, que hundía a lo largo de la columna vertebral, mientras un compañero hacía una incisión perpendicular. El primero extraía los riñones y se los pasaba al segundo, que introducía los pequeños órganos en un recipiente especial y tiraba el cuerpo a un cubo de la basura en el que lo transportarían para su incineración.

Como tardaban cuatro minutos en completar cada una de estas operaciones, en hora y media sacrificarían a todos los monos.

Tenían mucha prisa. El material utilizado era biológico y sometido a procesos biológicos. Los matarifes entregaban su producto a través de un corto pasillo, con doble puerta, que comunicaba con el laboratorio, cuyo personal llevaba el traje protector de color azul y estaba bien informado y preparado.

La sangre iba a parar a un depósito calefactor en el que introducían burbujas de aire. Los riñones de los simios (dos cubos llenos) eran introducidos en una trituradora parecida a la de una cocina casera. Esto los reducía a un paté que pasaba de una mesa a otra en bandejas, a las que se añadía nutrientes líquidos. Los que trabajaban en el laboratorio sentían cierta perplejidad al comprobar que lo que hacían se parecía mucho a la preparación de una masa para cualquier plato. Luego, regaban generosamente las bandejas con sangre. Para esta operación utilizaban la mitad de la sangre, y el resto, repartido en bolsitas de plástico, lo introducían en un congelador de nitrógeno líquido.

Librodot

La temperatura del laboratorio se mantenía alta, y también la humedad, condiciones similares a las de la selva. Las bombillas y los fluorescentes llevaban un filtro de radiaciones ultravioleta, porque a los virus no les gustaban las radiaciones ultravioleta. Necesitaban un entorno adecuado para poder crecer, y los riñones de los monos verdes africanos les proporcionaban justamente eso, además de nutrientes, de la humedad y de la temperatura convenientes y de... una pizquita de odio.

-¿Tantas cosas ha averiguado? -preguntó Daryaei.

-Todo procede de sus medios de comunicación, de sus periodistas -contestó Badrain.

-¡Son todos espías! -replicó el mullah.

-Muchos lo creen así -dijo Alí sonriente-. Sin embargo, la verdad es que no lo son. Cuentan lo que ven. Sólo son leales a sí mismos y a su profesión. Sí, es verdad que espían, pero espían a todo el mundo, y a sus propios compatriotas más que a nadie. Es un despropósito, aunque no por ello menos cierto.

-¿Creen en algo? -preguntó el anfitrión, porque se le hacía muy cuesta arriba imaginar que no creyesen en nada.

-No, que yo sepa -contestó Badrain sonriendo de nuevo-. Aunque, en fin, puestos a buscarles una creencia, los periodistas americanos son devotos de Israel. De todas maneras, incluso esto es una exageración. He tardado muchos años en comprenderlo. Se revuelven contra cualquiera como perros, muerden cualquier mano, por más amable que sea. Indagan, ven e informan. Tengo toda clase de datos sobre el tal Ryan: sobre su hogar, su familia, los colegios a los que asisten sus hijos, el número de teléfono del despacho de su esposa. Todo.

-¿Y si fuesen datos falsos? -preguntó Daryaei en tono receloso, porque a pesar de que hacía mucho tiempo que trataba con Occidente, el talante de sus periodistas seguía siendo para él inescrutable.

-Se pueden comprobar fácilmente. El lugar de trabajo de su esposa, por ejemplo. Estoy seguro de que debe de haber algún creyente entre el personal de su hospital. No hay más que abordarlo y hacerle unas inocentes preguntas. Respecto a su residencia... pues sí, estará vigilada, naturalmente. Y lo mismo cabe decir de sus hijos. Tienen que llevar escolta permanente. Pero los miembros de la escolta se ven, y eso basta para saber dónde están y quiénes son. Con los datos de que dispongo, incluso sabemos por dónde empezar.

Badrain procuraba que su explicación fuese lo más escueta posible, no porque Daryaei fuese tonto, ni mucho menos, sino porque era estrecho de miras.

Alí había aprendido muchas cosas de sus peligrosas misiones en el Líbano. Tenía claro que necesitaba un patrocinador. Mahmoud Haji Daryaei tenía proyectos, y necesitaba personas que los llevasen a cabo. Por la razón que fuese, sin embargo, no confiaba en sus propios hombres. A Badrain le daba igual cuál fuese esa razón. Si a él le favorecía, no había por qué darle vueltas.

-¿Hasta qué punto están bien protegidos? -preguntó el mullas acariciándose la incipiente barba (llevaba veinticuatro horas sin afeitarse).

-Su servicio de seguridad es muy bueno -contestó Badrain, un tanto extrañado por la pregunta-. Los cuerpos de seguridad norteamericanos son eficaces. El problema de la delincuencia en su país no se debe a ineficacia policial. Lo que ocurre es que no saben qué hacer una vez que han detenido al delincuente. Por lo que a su presidente se refiere... -añadió recostándose en el sillón- Los encargados de su seguridad son tiradores de elite muy motivados y leales.

-¿Ve vulnerable a Estados Unidos?

-Mucho. Su gobierno es un caos.

-Son bastante imprevisibles esos americanos... -musitó Daryaei.

-Su potencial es formidable. Su voluntad política es, ciertamente, imprevisible, tal como alguien que ambos... conocimos pudo comprobar para su desgracia. Sería un error subestimarlos. Estados Unidos es como un león durmiente. Hay que tratarlo con precaución y respeto.

-¿Y cómo se vence a un león?

La pregunta desconcertó a Badrain. Con ocasión de un viaje a Tanzania, a cuyo gobierno asesoraba en la lucha contra los insurgentes, se adentró un día en la selva, en compañía de un coronel miembro del servicio de inteligencia de su país. Y vieron un león. Un león que, pese a ser viejo, acababa de matar a una presa. Pudiera ser que el animal estuviese herido. El caso es que entonces apareció un grupo de hienas y, al verlas, el coronel tanzano detuvo el jeep Zil de fabricación soviética, le pasó unos prismáticos a Badrain y le dijo que observase, para aprender una lección respecto de lo que eran capaces los insurgentes. No la olvidaría nunca.

Recordaba que el león era todavía muy fuerte. Incluso a doscientos metros de distancia daba miedo. Tenía una planta magnífica. Las hienas se agruparon a unos veinte metros del león, que trataba de devorar a su presa. Luego, las hienas rodearon al león, y la que quedaba a su espalda lo mordió en los cuartos traseros. El león rugió y corrió unos metros. La hiena se retiró y la sustituyó otra que hizo la misma operación.

Individualmente, las hienas habrían tenido tan pocas posibilidades ante el formidable rey de la sabana como un hombre con un mal palo. Pero por más que lo intentase, el león no podía proteger a su presa ni a sí mismo, y al cabo de cinco minutos, el león estaba a la defensiva. Siempre tenía a alguna hiena que lo mordía y lo obligaba a correr de un modo patético, arrastrando el culo por la hierba. Al final, el león se resignó a huir, sin un rugido, sin mirar atrás, mientras las hienas se abalanzaban sobre su presa entre siniestras risas, como si se burlaran por haberse apoderado del producto del esfuerzo del gran felino.

De modo que el poderoso había sido vencido por el débil. El león envejecería, se debilitaría y algún día no podría ni siquiera defenderse del ataque de una sola hiena. Tarde o temprano, le dijo su amigo tanzano, las hienas los derrotaban a todos.

-Es posible vencerlo -dijo Badrain mirando con fijeza a Daryaei.

20

NUEVA ADMINISTRACIÓN

Se habían reunido los treinta en el salón Este. Le sorprendió que fuesen todos hombres que, además, iban acompañados de sus esposas.

Jack los miró escrutadoramente. Quienes mejor impresión le causaron parecían tan asustados como él. Los que más sonrientes y confiados parecían eran los que más le preocupaban.

¿Qué convenía hacer con ellos? Ni siquiera Arnie lo sabía, pese a las muchas vueltas que le daba. ¿Ponerse en plan duro e intimidarlos? Ni hablar. Si lo hacía, los periódicos de la mañana lo tacharían de déspota. ¿Adoptar una actitud flexible? Entonces lo tacharían de medroso, de falta de autoridad.

Jack había aprendido a temer a los medios de comunicación. Hasta entonces, no le había ido tan mal. Como «currante» de altura, pero currante, casi lo habían ignorado. Cuando era consejero de Seguridad Nacional de Roger Durling no lo consideraban más que un ventrílocuo bobalicón. Ahora la situación era muy distinta, y no podía abrir la boca sin que cualquiera tergiversase sus palabras a su conveniencia.

Hacía tiempo que en Washington se había perdido la objetividad. Todo era política. La política era ideología. Y la ideología se reducía a prejuicios personales, más que a una búsqueda de la verdad. ¿Dónde se había educado aquella gente para que la verdad ya no le importase?

El problema de Ryan era que no tenía una filosofía política propiamente dicha. Creía en lo que funcionaba; en lo que conseguía los resultados que prometía y enderezaba lo torcido. Que algo se adscribiese a una u otra tendencia política era para él menos importante que los resultados que consiguiese. Las buenas ideas funcionaban, por más extravagantes que parecie-

Librodot

sen. Las malas ideas, no, por más sensatas que pudieran parecer. Pero en Washington no pensaban así.

Las ideologías se consideraban hechos, y si las ideologías no funcionaban, la gente renegaba de ellas; y si aquellas con las que estaban en desacuerdo funcionaban, quienes siempre se habían opuesto a ellas nunca lo reconocerían. Reconocer un error los horrorizaba más que la conducta personal más reprochable. Antes renegarían de Dios que de sus ideas. Consideraban que la política era el único campo en el que se podía hacer grandes cosas, al margen de las consecuencias que tuviese para el mundo real, mundo real que era mucho menos importante que cualquier fantasía de derechas, de izquierdas o de centro que trajesen a aquella ciudad marmórea y leguleya.

Al mirarlos, Jack se preguntaba qué equipaje político traerían en sus mediáticas alforjas. Quizá fuese una carencia no comprender cómo funcionaba el sistema, pero en la clase de vida que le había tocado vivir, los errores le costaban la vida a la gente y, en el caso de Cathy, la dejaban ciega. Para Jack, las víctimas eran personas de carne y hueso, con nombres y apellidos. Para Cathy, lo eran también, y de un modo más palpable aún, pues no en vano pasaban por su quirófano. Para las personalidades políticas, en cambio, las víctimas eran abstracciones mucho más lejanas que las ideas a las que se aferraban.

-Es como estar en un zoológico -le dijo a su esposo Carolyne Ryan, la primera dama, la DOCTORA, con una encantadora sonrisa.

Había vuelto a casa en el helicóptero, con el tiempo justo para cambiarse de ropa.

Se había puesto un estilizado vestido y una gargantilla de oro, que Jack le regaló una Navidad, semanas antes de que los terroristas intentasen matarla en Annapolis, en el puente de la nacional 50.

-En jaula de oro -dijo su esposo, el presidente, el espadachín, con una sonrisa más falsa que un billete de tres dólares.

-¿Qué somos pues? -preguntó ella mientras los senadores recién nombrados por los gobernadores aplaudían su entrada-. ¿El león y la leona? ¿El toro y la vaca? ¿El pavo y la pava? ¿O dos conejillos de Indias?

-Eso es según el color del cristal... cariño -contestó Ryan. Sin soltarse de la mano de su esposa se acercó al micrófono. -Bien venidos todos a Washington -dijo Ryan, que tuvo que hacer una pausa para acallar los aplausos.

Ésta era otra cosa que tendría que aprender. La gente aplaudía al presidente por sistema (menos mal que su cuarto de baño tenía puerta).

Metió la mano en el bolsillo y sacó unas fichas en las que los presidentes anotaban siempre los puntos principales de sus declaraciones públicas. Las notas se las había preparado Callie Weston, en una letra de imprenta lo bastante grande como para ahorrarle utilizar las gafas. Aun y así no se libraría del dolor de cabeza que lo asaltaba todos los días, de tanto leer.

-Nuestro país ha de afrontar serios problemas. Están ustedes aquí por la misma razón que yo. Los han nombrado sus gobernadores para sustituir a los senadores fallecidos. Muchos de ustedes no lo esperaban, y probablemente algunos no lo deseaban.

Era una vana adulación, pero era lo que querían oír o, más exactamente, lo que querían que los telespectadores viesen que oían, a través de las cámaras de la C-SPAN, situadas en los rincones del salón.

No habría más de tres que no fuesen políticos profesionales. Uno de ellos era un gobernador que había estado jugando al «usted primero» con el subgobernador para acudir a Washington, porque la vacante que había que llenar era la dejada por el senador de otro partido. Era una pirueta acerca de la que los periódicos no habían hecho más que empezar a hablar. La polarización del Senado cambiaría como consecuencia del siniestro del 747, porque la distribución de escaños en 32 de las cámaras legislativas de otros tantos estados de la nación no se correspondía con la correlación de fuerzas en el Congreso.

-Y eso es bueno -les dijo Ryan-. Existe una vieja y honorable tradición de servidores públicos que se remonta a Cincinato, el ciudadano romano que, en varias ocasiones, respondía

Librodot

a la llamada de su patria, para luego volver a trabajar en su hacienda con su familia. El nombre de una de nuestras grandes ciudades es un homenaje a su memoria -añadió mirando a un nuevo senador de Ohio, que vivía en Dayton-. No estarían ustedes aquí si no comprendiesen que su país los necesita. Pero lo que más me importa llevar hoy a su ánimo es que debemos trabajar muy unidos. Ni nosotros ni el país podemos perder tiempo en polémicas y enfrentamientos.

Los aplausos volvieron a interrumpir a Ryan, que, aunque contrariado por la interrupción, esbozó una sonrisa antes de proseguir.

-No les será difícil trabajar conmigo, senadores. Mi puerta siempre está abierta. Soy de los que se pone al teléfono y sabe escuchar. Podrán plantearme cualquier cuestión, sin más limitaciones que las que me imponga la Constitución que he jurado preservar, proteger y defender. El pueblo del que proceden espera que hagamos todo lo que haya que hacer. No espera que seamos reelegidos. Espera que trabajemos lo mejor que sepamos. Estamos a su servicio, no ellos al nuestro. Robert E. Lee dijo en una ocasión que «deber» es la palabra más sublime del lenguaje. Y en estos momentos es tanto más sublime y tanto más importante, porque ninguno de nosotros ha sido elegido para el cargo. Representamos al pueblo de una democracia, pero hemos llegado aquí de un modo atípico. De ahí que nuestro deber sea aún más imperioso.

Más aplausos.

No hay confianza más elevada que la que el destino nos otorga. No somos nobles medievales a quienes el nacimiento confería alto rango y gran poder. Somos los servidores, no los amos, de aquellos cuya voluntad nos otorga el poder que ejercemos. Pertenecemos a una tradición de gigantes. Henry Clay, Daniel Webster, John Calhoun y tantos otros miembros del Congreso deben ser sus modelos. «¿Qué tal va la Unión?», dicen que preguntó Webster desde la tumba. Dependerá de nosotros. La Unión está en nuestras manos. Lincoln dijo que América era la última y la mejor esperanza de la Humanidad, y en los últimos veinte años hemos hecho realidad estas palabras del presidente. Estados Unidos es todavía un experimento, una idea colectiva, un puñado de normas que llamamos Constitución, a la que todos prestamos acatamiento. Lo que nos hace distintos es ese breve documento. América no es una franja rocosa y polvorienta entre dos océanos. América es una idea y una serie de normas que todos acatamos. Eso es lo que nos hace distintos, y siendo fieles a ello, quienes estamos ahora en este salón podemos garantizar que legaremos el mismo país que nos legaron, y puede que incluso algo mejor. Y ahora...

Ryan miró al juez William Stauton, que se acercó al micrófono. Todas las esposas de los senadores llevaban sendas Biblias. Cada uno de los senadores puso la mano izquierda en la Biblia y levantó la derecha.

El magistrado tomó juramento a todos los senadores con la mayor solemnidad. Algunos besaron la Biblia, por devoción o por la presencia de las cámaras. Luego hicieron lo mismo con sus esposas, casi todas ellas radiantes.

Todos respiraron con alivio y se miraron. En cuanto hubieron desconectado las cámaras, el personal de servicio de la Casa Blanca entró en el salón con bebidas. Ryan se sirvió un vaso de agua mineral con gas y fue hasta el centro del salón, sonriente, a pesar del cansancio y de lo incómodo que se sentía en las recepciones.

Llegó otra serie de fotografías. Las medidas de seguridad del aeropuerto de Jartum no habían mejorado. En esta ocasión, fueron tres los agentes americanos de inteligencia que fotografiaron a quienes desembarcaban. Sorprendía que ningún periodista le hubiese hincado aún el diente a la historia.

Casi todos los vehículos oficiales que podía permitirse la modestísima economía del país se destinaron al traslado de los visitantes. Cuando la operación hubo terminado, el 737 volvió hacia el este y los agentes a la embajada. Otros dos se apostaron frente a la residencia asignada a los generales iraquíes (la información procedía del contacto que el jefe de los agen-

Librodot

tes americanos tenía en el Ministerio de Asuntos Exteriores sudanés).

Cuando hubieron tomado estas fotografías, los nuevos agentes regresaron también a la embajada, en cuyo cuarto oscuro revelaron las fotografías, las ampliaron y las enviaron por fax vía satélite.

En Langley, Bert Vasco identificó cada uno de los rostros, ayudado por dos agentes «de mesa» de la CIA y por un montón de fotografías de archivo.

-Completa- dijo el funcionario de Exteriores-. La cúpula militar completa. Ni un solo civil del partido Baas.

-Pues ya sabemos quiénes son los chivos expiatorios-comentó Ed Foley.

-Sí -convino Mary Pat-. Y esto les da a los altos oficiales que sobrevivan la oportunidad de detenerlos, «procesarlos» y mostrar lealtad al nuevo régimen. Va todo demasiado rápido -añadió contrariada.

Porque eso equivalía a dejar al jefe de su misión en Riyad compuesto y sin novia. Y lo mismo cabía decir de algunos diplomáticos saudíes que redactaron de prisa y corriendo un programa de incentivos fiscales para el presunto nuevo régimen iraquí, que ahora sería innecesario.

El recién designado director de la CIA, Ed Foley, meneó la cabeza admirado.

-No imaginaba que lo tuviesen todo tan planeado. Que proyectasen eliminar al dictador, era de esperar, pero inducir a la cúpula militar a abandonar tan rápido el país... ¿Quién podía imaginarlo?

-Ésa es la cuestión, señor Foley -convino Vasco-. Alguien ha debido de negociar el trato, pero... ¿quién?

-No paren, abejitas -les dijo Foley a sus agentes de mesa con una irónica sonrisa-. Reúnan todo lo que puedan, lo antes posible.

Un estofado de horrible aspecto. Eso era lo que parecía la ennegrecida sangre humana y la rojiza mousse de riñón de mono, como en adobo, en las bandejas de cristal, bajo la tenue luz de lámparas que filtraban los rayos ultravioleta, perjudiciales para los virus.

De momento, apenas podían hacer más que controlar las condiciones ambientales.

Moudi y el director entraron con sus trajes protectores para inspeccionar las selladas cámaras de cultivo. Habían congelado dos tercios de la sangre de la hermana Jean Baptiste, en previsión de que algo saliese mal en el primer intento de reproducir el virus Ébola Mayinga. También inspeccionaron los aparatos del sistema de aire acondicionado. El edificio se había convertido en una auténtica fábrica de muerte, y eso obligaba a redoblar las precauciones. Con el mismo afán que ponían en la cámara de cultivo, para proporcionarle al virus un ambiente propicio para la reproducción, los auxiliares desinfectaban cada milímetro cuadrado del resto de las dependencias, para asegurarse de que aquélla fuese la única en la que viviese el virus. De modo que el aire que penetraba en la cámara de cultivo tenía que ser cuidadosamente filtrado.

-¿Cree que esta variedad del virus puede transmitirse por aerosol?

-Como usted sabe, la variedad Zaire Mayinga del virus Ébola lleva el nombre de la enfermera que lo contrajo. La pobre mujer se contagió pese a haber adoptado todas las medidas de seguridad convencionales. La «enferma Dos» -dijo Moudi, que optó por no llamarla por su nombre- era una eficiente enfermera con experiencia en el Ébola. No puso ninguna inyección y no se explicaba cómo pudo contraer el virus. De manera que, en efecto, creo que es posible que se transmita por aerosol.

-Eso sería muy útil, Moudi -musitó el director-. Deberíamos hacer una prueba.

Sería más sencillo si hacía el experimento con él, pensó Moudi. Por lo menos, no tendría que aprenderse el nombre de nadie más. Se preguntaba si estaría en lo cierto respecto al virus. ¿Podía la «enferma Dos» haber cometido un error y haberlo olvidado? No. Él y la hermana María Magdalena examinaron el cadáver. No tenía ninguna punción; ni era imaginable

Librodot

que ingiriese secreciones del desventurado niño Benedict Mkusa, ¿verdad que no? ¿Qué significaba eso entonces? Significaba que el virus Mayinga sobrevivía durante un breve período de tiempo en el aire, lo que equivalía a decir que disponían del arma más poderosa que hubiese conocido la Humanidad; peor que las armas nucleares; peor que las armas químicas. Era un arma que se multiplicaba y propagaba a través de sus propias víctimas, hasta que la epidemia cumplía su ciclo y cesaba. Cesaba. Porque todas las epidemias cesaban, ¿no? Tenía que cesar, ¿verdad?

¿Verdad que sí?

Moudi no estaba del todo seguro. En el Congo, y en otros países africanos afectados por la odiosa enfermedad, todos los brotes cesaban, a pesar de las favorables condiciones ambientales. Sin embargo, debido al atraso del país, a sus horribles carreteras y a la ausencia de medios de transporte eficientes, la enfermedad mataba a sus víctimas antes de que pudiesen llegar muy lejos. El Ébola podía exterminar a todos los habitantes de un determinado poblado, pero no pasaba de ahí. Sin embargo, nadie sabía qué podía ocurrir en un país desarrollado. Teóricamente una persona podía contaminar un avión, un vuelo que se dirigiese, por ejemplo, al aeropuerto internacional Kennedy. Los pasajeros desembarcarían para transbordar a otros vuelos. Y acaso propagasen el virus de manera inmediata, a través de toses y estornudos, o acaso no. En realidad, daba igual. Muchos volverían a volar al cabo de unos días y contagiarían a otros, creídos de que, a lo sumo, habían contraído la gripe.

La propagación de una epidemia dependía más de factores de tiempo y oportunidad que de cualesquiera otros. Cuanto más rápidamente saliese del foco inicial, y cuanto más rápido fuese el transporte, a mayor distancia podría propagarse el virus entre la población. Se habían elaborado modelos matemáticos para calcular el alcance de la propagación, pero eran modelos teóricos, que dependían de multitud de variables individuales, cada una de las cuales podía añadir un cero a la población afectada. Decir que la epidemia cesaría en un determinado tiempo era correcto. Sin embargo, la cuestión estaba en saber cuánto duraría, porque eso determinaría el número de personas infectadas antes de poder adoptar medidas preventivas. ¿A qué porcentaje de la población invadida contagiaría? ¿Al 1 %? ¿Al 10 %? ¿Al 15 %? Estados Unidos no era una sociedad provinciana. Todos se relacionaban con todos. Y un virus que se propagase por aerosol, con un período de incubación de tres días...

Moudi no conocía ningún modelo matemático que pudiese medir semejante potencial de propagación. El más grave de los brotes zaireños, el de Kikwit, causó menos de trescientos muertos. Pero había empezado con un desgraciado leñador, que lo contagió a su familia, y ésta a sus vecinos. De modo que si uno quería provocar una epidemia mucho más grave, tenía que aumentar el número de «focos». Si se conseguía, la variedad Mayinga América alcanzaría unas proporciones que harían inútiles todas las medidas preventivas. Porque no se propagaría a partir de un hombre y de una familia, sino de centenares de personas y de familias. ¿De centenares, o de miles? Luego, el siguiente salto generacional del virus podría afectar a centenares de miles. Los americanos caerían entonces en la cuenta de que algo espantoso ocurría. Pero aún habría tiempo para otro salto generacional, que añadiese otro cero a la población afectada, con lo que los centros de asistencia médica quedarían desbordados...

... y quizá no hubiese forma de detener la epidemia. Nadie podía prever las consecuencias de una deliberada infección masiva, en una sociedad caracterizada por su gran movilidad. Las implicaciones podían alcanzar a todo el planeta. Aunque probablemente no. Casi con toda seguridad, no, pensó Moudi, mirando las bandejas de los cultivos. La primera generación de la enfermedad procedía de un hospedante desconocido, y había matado a un niño. La segunda generación sólo se había cobrado una víctima, debido al destino, a la suerte y a su competencia profesional. La tercera generación crecería ante sus ojos. Era impredecible hasta qué punto podía llegar, pero serían las sucesivas generaciones las que determinasen el destino de un país entero, que daba la casualidad de que era enemigo del suyo.

Ahora era más fácil. La hermana Jean Baptiste tenía un rostro, una voz, una vida que él había visto alentar. No podía volver a cometer el mismo error. Era una infiel, pero una buena

mujer que ahora estaría con Alá. Porque Alá era misericordioso. Había rezado por su alma y Alá habría escuchado sus plegarias. Difícilmente habría en América, ni en ninguna otra parte, una mujer más justa. A los americanos, que odiaban a su país y desconfiaban de su fe religiosa, no los veía, ni los vería nunca. Estaban a 10 000 km de distancia, y era muy sencillo apagar el televisor.

-Sí -convino Moudi-. Sería bastante fácil hacer una prueba.

-Miren -les dijo George Winston a un grupo de tres senadores-. Si fuese el gobierno de la nación quien construyese automóviles, una corriente camioneta costaría ochenta mil dólares y tendría que parar en cada esquina para repostar. Ustedes conocen la empresa tan bien como yo. Podemos hacerlo bastante mejor.

-¿Tan mal estamos? -preguntó el senador de Connecticut.

-Podría mostrarle datos de productividad. Si Detroit sigue por el mismo camino acabaremos conduciendo coches japoneses -dijo Winston, que pensaba en la conveniencia de deshacerse de su Mercedes 500 SEL o, por lo menos, de no sacarlo de casa durante una larga temporada.

-Es como si la policía de Los Ángeles dispusiese de un solo coche-patrulla -les dijo Tony Bretano a otros cinco senadores, dos de ellos de California-. No dispongo de efectivos suficientes para cubrir un solo GCR, o sea, un grave conflicto regional -añadió mirando a los senadores y a sus esposas-. Y se da por sentado (sobre el papel, me refiero) que estamos en condiciones de afrontar dos GCR al mismo tiempo, además de una misión pacificadora en cualquier otra parte. ¿Me siguen? De modo que lo que yo necesito para Defensa es la oportunidad de remodelar nuestras fuerzas de manera que quienes combaten tengan la voz cantante y que el resto del personal los apoye, y no a la inversa. Los contables y los abogados son útiles, pero ya tenemos bastantes en los ministerios de Hacienda y de Justicia. Mi ministerio es como la policía, y nos faltan agentes para patrullar por las calles.

-Pero ¿cómo lo vamos a pagar? -preguntó el más joven de los senadores de Colorado.

-El Pentágono no forma parte de ningún programa de creación de puestos de trabajo. No lo olvidemos. La semana próxima tendré un informe completo acerca de lo que necesitamos. Entonces acudiré al Capitolio y estudiaremos juntos cómo podemos conseguirlo al menor coste.

-¿Ve lo que le decía? -dijo Arnie Van Damm en voz baja al pasar por detrás de Jack-. Deje que ellos hagan el trabajo. Usted sólo ha de dar su beneplácito.

-Tiene usted razón en lo que antes ha dicho, señor presidente -comentó el nuevo senador de Ohio, que aprovechó la ausencia de las cámaras para tomar un bourbon con agua-. En el colegio, en una ocasión hube de realizar un trabajo sobre Cincinato y...

-Bueno... todo lo que hemos de hacer es pensar primero en el país -le dijo Jack.

-¿Cómo se las arregla usted para atender sus compromisos como primera dama y... sigue operando?- dijo la esposa del senador de Wisconsin

-Y enseñando, que es aún más importante -contestó Cathy, que hubiese preferido estar en su habitación tomando notas sobre sus pacientes. Por la mañana iría a verlos en helicóptero, «como de costumbre»-. Nunca dejaré mi trabajo. Les devuelvo la vista a los ciegos. A veces, yo misma les quito las vendas. La expresión que veo en sus rostros es para mí lo mejor del mundo.

-¿Mejor que yo? -le preguntó Jack pasándole el brazo por los hombros.

A lo mejor resultaba, pensó. Porque Arnie y Callie lo aleccionaron para que «derrochase simpatía».

La operación ya estaba en marcha. El coronel encargado de la custodia de los cinco mullahs fue con ellos a la mezquita y rezó en su compañía. Al concluir sus oraciones, el mullah

Librodot

de mayor edad le citó uno de sus pasajes favoritos del Corán, al objeto de establecer un terreno común. Esto retrotrajo al coronel a su adolescencia. Pensó en su padre, que era un hombre devoto y honorable. Era una táctica universal para tratar con los demás. Los inducía uno a hablar, procuraba leer entre líneas y orientaba la conversación de acuerdo a lo que interpretase.

El mullah, que pertenecía al clero iraní desde hacía más de cuarenta años, había sido consejero espiritual de muchas personas. No le fue difícil sintonizar con su captor, que con toda seguridad habría jurado matarlo a él y a sus cuatro compañeros si sus superiores se lo ordenaban. Pero al elegir a un hombre considerado fiel, los generales que abandonaban el país se habían pasado de listos, porque los hombres verdaderamente leales eran personas reflexivas y de principios y, por lo tanto, vulnerables ante aquellas ideas que se les demostrase que eran mejores que las que profesaban. Poca resistencia ideológica podía ofrecer el coronel. El Islam era una religión con una larga y honorable historia, que nada tenía que ver con el agonizante régimen que el coronel había jurado defender.

-Debe de ser muy duro luchar en el frente -le dijo el mullah minutos después, cuando la conversación derivó hacia las relaciones entre los dos países islámicos.

-La guerra es un mal. Nunca me ha gustado matar -reconoció el coronel.

Parecía un católico en el confesionario. Con los ojos llorosos, el coronel le contó algunas de las cosas que había hecho a lo largo de los años. Era consciente de que, a pesar de no gustarle matar, su corazón se había endurecido. Ya no era capaz de distinguir al inocente del culpable; al justo del corrupto. Se había limitado a cumplir órdenes, sin pararse a pensar si eran justas. Ahora lo comprendía.

-El hombre cae a menudo en el pecado. Pero a través de la palabra del Profeta siempre podemos volver a encontrar el camino del dios misericordioso. Los hombres son olvidadizos respecto de sus obligaciones, pero Alá no olvida nunca las suyas -le explicó el mullah-. Le rezaremos juntos a Alá y juntos encontraremos la paz para su alma.

A partir de ahí, fue coser y cantar. Al saber que los generales abandonaban el país, el coronel vio dos buenas razones para colaborar. No tenía el menor deseo de morir. Se sentía muy bien dispuesto a acatar la voluntad de Dios para seguir vivo y servirlo. Y para demostrar su devoción, reunió dos compañías de soldados para que se presentasen ante los mullahs y acatasen sus órdenes. Para los soldados era muy sencillo. Todo lo que tenían que hacer era cumplir las órdenes de sus oficiales. Nunca les había pasado por la cabeza desobedecer.

Amanecía en Bagdad. En una veintena de grandes mansiones acababan de echar la puerta abajo. A algunos de sus ocupantes los encontraron despiertos; otros habían bebido mucho y aún no se habían despertado; el resto tenían el equipaje preparado, aunque aún no sabían adónde ir ni cómo llegar. Comprendieron demasiado tarde lo que se cocía a su alrededor, en unas circunstancias en las que el menor error de cálculo marcaba la diferencia entre una vida próspera y una muerte violenta. Pocos opusieron resistencia. El único que lo intentó fue abierto en canal por una ráfaga de veinte disparos de un AK-47, junto a su esposa. A la mayoría los sacaron de casa descalzos y los subieron a unos camiones. Todos eran conscientes de que los llevaban al lugar donde se produciría el desenlace de su drama personal.

Aquella red de emisoras de radio tácticas no estaba codificada. Las débiles señales de VHF podían ser sintonizadas, en esta ocasión desde la estación Storm Track, más cercana a Bagdad que Palm Bowl. Se oían una y otra vez los nombres de las personalidades, a medida que los equipos de recepción informaban a los de evacuación. Éstos facilitaban la «escucha» a los agentes cercanos a la frontera y a la Ciudadela del Rey Jalid. Los oficiales de guardia llamaban a sus supervisores y enviaban mensajes urgentes con absoluta prioridad vía satélite.

En cuanto Ryan hubo despedido al último de los nuevos senadores, entró Andrea Price.

-Estos zapatos me mortifican, y tengo una intervención a las... -dijo Cathy, que se interrumpió al ver a la agente del Servicio Secreto.

-Llegan noticias urgentes, señor.

-¿Irak? -preguntó Ryan.

Librodot

-Sí, señor presidente.

-Subiré en seguida -dijo Jack, tras besar a su esposa.

A Cathy no le quedó más alternativa que resignarse y dirigirse hacia el ascensor, donde un ujier aguardaba para acompañarlos a la planta superior.

Los niños ya debían de haber terminado los deberes (probablemente, con un poco de ayuda de sus guardaespaldas) y se habrían acostado.

Jack enfiló con paso vivo hacia las escaleras que conducían a la planta baja, salió del edificio y volvió a entrar por el ala Oeste, hasta el gabinete de Análisis.

-Díganme a ver qué pasa -ordenó el presidente.

-Ya ha empezado -dijo Ed Foley desde la pantalla del televisor adosado a la pared.

Pero no podían hacer nada. Tendrían que conformarse con ver el «programa».

La televisión nacional iraní saludó al nuevo día y a la nueva realidad. Esto quedó claro en cuanto los presentadores iniciaron la emisión invocando el nombre de Alá con insólito fervor.

-Vale, vale. ¡A mí la religión, aunque sea antigua! -exclamó el sargento mayor en Palm Bowl, que captó la emisión de cobertura nacional a través del repetidor de la cercana Basora-. ¿Comandante Sabah?

-Sí, sargento, sí -dijo el oficial kuwaití.

A diferencia de sus superiores, no había tenido muchas dudas. Ellos no podían tomarle el pulso al enemigo desde tan cerca como el comandante. Pensaban más en clave política que en clave ideológica.

Miró el reloj. Estarían en sus despachos dentro de dos horas, después de la rutina matinal. Pero daba lo mismo. Con prisas no iban a cambiar nada. El dique se había roto y la riada era inevitable. La oportunidad para detenerla había pasado, caso de haber existido tal oportunidad.

Los militares controlaban la situación, decían en el telediario. Lo anunciaban como si fuese algo nuevo. Se había constituido un consejo de justicia revolucionaria. Los culpables de crímenes contra el pueblo (un socorrido lenguaje común que bien poco significaba, pero que todos comprendían) estaban siendo detenidos y deberían afrontar el juicio de sus compatriotas. El país necesitaba, ante todo, tranquilidad, les dijo la televisión a los iraquíes. El día había sido declarado festivo, y sólo los empleados en servicios públicos esenciales acudirían al trabajo. A los demás, se les aconsejaba dedicar el día a la plegaria y a la reconciliación. Al resto del mundo, el nuevo régimen le prometía paz. Y el resto del mundo dispondría de todo el día para reflexionar sobre ello.

Daryaei ya había reflexionado. Había logrado dormir tres horas antes de entregarse a sus maitines. A medida que envejecía, necesitaba dormir menos y soñar más. Y había soñado con leones (de madrugada); con leones muertos. El león era el símbolo del régimen del sha. No cabía duda de que Badrain estaba en lo cierto. Los leones no eran invencibles.

En la antigua Persia abundaban los leones, pero la caza los extinguió. Los simbólicos, los miembros de la dinastía Pahlawi, también habían sido exterminados a base de paciencia y crueldad. Él contribuyó a erradicarlos, y no siempre fue un trabajo limpio. Había ordenado y supervisado una atrocidad: un atentado con bomba en un cine atestado de espectadores más interesados en el decadente mundo occidental que en la fe islámica. Centenares de personas tuvieron una horrible muerte. Pero... fue necesario, parte de la imprescindible campaña para devolver a su país a la senda de la verdadera fe, y aunque lamentase aquel episodio concreto, y rezase a menudo por el alma de las víctimas, no se arrepentía. Él era un instrumento de la Fe, y el propio Corán hablaba de la necesidad de la guerra, de la Guerra Santa, en defensa de la fe.

Otro regalo de Persia al mundo (de la India, según algunos) era el juego del ajedrez, que él aprendió de niño. Incluso la expresión que ponía término a la partida, jaque mate, procedía

del persa sha mat («el rey está muerto»), algo que él contribuyó a conseguir en la vida real.

Aunque hacía mucho tiempo que Daryaei no jugaba, recordaba perfectamente que un buen jugador no pensaba movimiento a movimiento, sino que consideraba, por lo menos, las cuatro jugadas siguientes. Uno de los problemas del ajedrez, como ocurría en la vida, era que el siguiente movimiento solía adivinarse, sobre todo cuando el otro jugador era experto (suponer que no lo era resultaba siempre muy peligroso). Pero al calcular jugadas con antelación era más difícil ver lo que se avecinaba, hasta el final, en que el adversario lo vería todo con claridad, aunque ya en desventaja, tras haber perdido material, fuerza y opciones. No le quedaba más remedio que abandonar.

Tal había sido el caso en Irak hasta aquella mañana. El otro jugador (muchos otros, en realidad) había abandonado. Daryaei se felicitaba por haber propiciado el abandono. Producía más satisfacción que el adversario no pudiese huir, y darle jaque mate. Pero se trataba de vencer, no de satisfacción, y vencer significaba pensar más allá y más velozmente que el adversario. Había que sorprender al adversario, acosarlo, obligarlo a dedicar mucho tiempo para reaccionar. Porque en el ajedrez, como en la vida, el tiempo era limitado.

Así parecía ocurrir con los leones. Incluso el más poderoso podía ser derrotado por animales inferiores, si el tiempo y el lugar eran los adecuados. Ésa era la lección y la tarea del día.

Tras finalizar sus oraciones, Daryaei llamó a Badrain, tan experto en cuestiones tácticas como en obtener información. Aunque necesitase la orientación de alguien versado en estrategia, Badrain le sería muy útil.

Tras una hora de debate entre los más destacados expertos del país, se había llegado a la conclusión de que el presidente no podía hacer nada.

Ryan salió del gabinete de Análisis, subió a la terraza de la planta contigua y vio que caía una fría llovizna. Con marzo en puertas, se avecinaba un día desapacible, un día tristón, por más beneficiosa que la lluvia fuese para el campo, convaleciente de un frío y crudo invierno.

-Esto acabará con la poca nieve que queda -dijo Andrea Price.

-Su trabajo es más duro que el mío, agente Price, y además es usted una... -le dijo Ryan sonriente.

-¿Una mujer? -exclamó ella con una desmayada sonrisa.

-Debo de tener un ramalazo machista. Perdone, señora. Me apetece un cigarrillo. Lo dejé hace años, porque Cathy se empeñó. Más de una vez tuve que dejarlo -reconoció Jack de buen humor-. Tiene sus inconvenientes casarse con un médico.

-Me parece que lo que tiene sus inconvenientes es casarse -dijo Price, que se había casado con su trabajo, tras dos fallidas relaciones.

El problema de Andrea, si cabía considerarlo así, era que tenía el mismo sentido del deber que se suponía exclusivo de los hombres. Era muy sencillo, aunque primero un abogado y después un publicitario no hubiesen logrado entenderlo.

-¿Por qué lo hacemos, Andrea? -preguntó Ryan.

La agente especial Andrea Price tampoco lo sabía. Para ella, el presidente era, de manera inevitable, una representación del patriarcado. Era quien debía de tener soluciones para todo. Pero después de llevar años en la escolta, Andrea sabía que eso no era así. Su padre siempre se comportó como si tuviese soluciones para todo, o por lo menos así se lo parecía a ella en su adolescencia. Sin embargo, se hizo mayor, terminó sus estudios, ingresó en el Servicio Secreto y ascendió por una pronunciada y resbaladiza cuesta (una escalada durante la que, en cierto modo, había perdido su lugar en la vida). Ahora, había llegado a lo más alto en su profesión, igual que el padre de la «patria», sólo para percatarse de que la vida no permitía a las personas saber lo que de verdad deseaban y lo que necesitaban saber. Su trabajo era muy duro, pero el de él lo era muchísimo más. Acaso le conviniera al presidente ser algo más que el honesto y honorable caballero llamado John Patrick Ryan. Quizá alguien con más mala uva sobreviviese mejor allí...

Librodot

-¿Qué? ¿No me contesta? -dijo Ryan sonriéndole a la lluvia-. Supongo que lo que se espera que digamos es que alguien tiene que hacerlo. ¡Madre mía...! Acabo de intentar seducir a treinta nuevos senadores. He dicho seducir -recalcó-. Como si fuesen jovencitas y yo un seductor. Pero hay que joderse...

Ryan se interrumpió al percatarse de que su léxico no era el más adecuado.

-No se preocupe, señor presidente. Ya he oído antes esa palabrita, incluso se la he oído a otros presidentes.

-Es que, ¿con quién voy a hablar? -exclamó Jack-. Antes, podía hablar con mi padre, con el cura de mi parroquia, con James Greer, cuando trabajaba para él, o con Roger, hasta hace unas semanas. Pero ahora son los demás quienes me preguntan a mí. Ya me advirtieron en Quantico, en la Academia de Oficiales, que el mando podía llevar aparejada la soledad. Y no se equivocaban.

-Tiene usted una esposa formidable, señor -señaló Price.

-Siempre hay alguien más listo que uno; la persona a quien uno acude cuando se siente inseguro. Ahora, vienen todos a mí. Y no soy lo bastante listo para eso. Tiene usted razón acerca de mi esposa, pero está desbordada por el trabajo y no creo que deba abrumarla más con mis problemas.

-Puro machismo, jefe -se permitió decir Andrea sonriente.

-¿ Cómo ha dicho usted, señora Price ? - exclamó Ryan con fingido enojo-. ¡No se le ocurra decirle eso á la prensa! ¿Eh?

-Mire, señor, yo a la prensa no le doy ni la hora.

-¿Qué tal la agenda para mañana? -preguntó el presidente bostezando.

-Pues... se va a pasar usted todo el día en el despacho. Supongo que el asunto de Irak le hará polvo la mañana. Yo saldré un poco antes y volveré por la tarde. He de inspeccionar todo lo concerniente a la seguridad de los niños. Tenemos una reunión para ver si hay manera de que la DOCTORA pueda ir y venir del trabajo sin necesidad del helicóptero.

-La cosa tiene su miga, ¿no le parece? -comentó Ryan.

-El sistema no contaba con tener nunca una FLOTUS con un verdadero trabajo.

-¡Y menudo trabajo! Gana más dinero que yo. Gana más que yo desde hace diez años. Sólo ganaba menos cuando yo estaba en la Bolsa. Eso no se le ocurra comentarlo a la prensa. Es una gran cirujana.

Andrea Price se percató de que el presidente hablaba ya sólo por darle conversación. Pero estaba demasiado cansado para pensar con claridad.

-Sus pacientes la adoran, según Roy. Bueno, iré ya a ocuparme de todo lo concerniente a sus hijos; son cosas de rutina, señor. Soy responsable de lo que se organice para su familia. El agente Raman estará con usted casi todo el día. Lo vamos a ascender. Lo está haciendo muy bien.

-¿No será el que me vistió de bombero la primera noche para camuflarme? -preguntó Jack.

-¿Se dio cuenta? -exclamó Andrea.

El presidente dio media vuelta para entrar de nuevo en el edificio. Aunque se le notaba cansado, el brillo de sus ojos azules no se había apagado.

-No soy tan tonto, Andrea.

No, se dijo ella. No era preferible tener por presidente a alguien con más mala uva.

21

RELACIONES

Patrick O'Day era viudo. Su vida había sufrido un cambio tan cruel como brusco des-

pués de un tardío matrimonio. Su esposa, Deborah, era una compañera del cuerpo que trabajaba en el departamento de análisis clínicos como experta en investigación forense. Esto la obligaba a viajar muy a menudo, y una tarde, el avión en el que se dirigía a Colorado Springs se estrelló. Deborah cumplía con su primer servicio después de la baja por maternidad. De manera que Patrick tuvo que hacerse cargo él solo de su hija Megan, que aún no había cumplido los cuatro meses.

Megan tenía ahora dos años y medio y el inspector O'Day aún no sabía qué debía decirle a Megan de su madre. Tenía vídeos y fotografías, pero ¿bastaba con mostrarle unas fotos o señalar hacia la pantalla del televisor y decirle a su hija «Esa es mamá». ¿No corría el riesgo de que Megan pensara que toda vida era artificial? ¿Qué efecto podía tener en su desarrollo?

Estas preguntas se le acumulaban a un hombre a quien se suponía con capacidad para contestar las más peliagudas. La paternidad en solitario lo hacía mostrarse como un padre aún más dedicado, y vigilante, pues no en vano había intervenido en seis casos de secuestro en cumplimiento de su deber como policía. Hombre altísimo, de 1,95 m, y 90 kg de peso, sacrificó su bigote a lo Zapata a las exigencias de sus superiores. Que un tipo tan rudo como él mostrase tan tierna dedicación a su hija hacía sonreír a sus compañeros.

Megan era rubia y llevaba el pelo largo. Cada mañana, Patrick se lo cepillaba con esmero hasta dejárselo suave y reluciente como la seda, después de vestirla y de ponerle sus zapatitos de lona. Para Megan, papá era un gran oso protector, que parecía asomar del cielo para auparla y dejar que se colgase de su cuello.

-¡Uff, que me asfixias! -dijo él.

-Te he hecho daño? -preguntó Megan con fingida preocupación (era parte del ritual de todas las mañanas).

-No, hoy no -contestó él sonriente.

Salieron de casa y fueron a coger la embarrada camioneta. Patrick subió a la niña a su sillita y le ajustó el cinturón de seguridad. Luego, dejó el Taper del almuerzo y la bolsa con la ropa de recambio entre los dos asientos delanteros. Eran las seis y media y se dirigían a una nueva guardería. O'Day no arrancaba nunca sin antes mirar a Megan, que era la viva estampa de su madre. No pasaba día sin que se preguntase por qué tuvo que estrellarse aquel 737. No era fácil digerir haberse quedado viudo después de sólo dieciséis meses de matrimonio.

Había optado por cambiar de guardería porque le pillaba más de camino en el trayecto a su trabajo, y porque los vecinos de la casa de al lado llevaban allí a sus gemelos y estaban encantados.

Patrick giró a la izquierda en dirección al acceso a la autopista «Ritchie». La guardería estaba justo enfrente de un drugstore, donde compraría una botella de medio litro de café para el resto del trayecto por la nacional 50.

Le gustaba el nombre de la guardería: Giant Steps.

Era una manera bastante dura de ganarse la vida, pensó Patrick mientras aparcaba. Porque Marlene Daggett llegaba a las seis de la mañana para hacerse cargo de los hijos de los funcionarios que trabajaban en la capital. Incluso salía a recibirlos.

-¡Señor O'Day! Y esta chiquitina se llama Megan, ¿verdad? -exclamó la señora Daggett con sorprendente entusiasmo, teniendo en cuenta el madrugón que se propinaba a diario.

Megan no parecía muy convencida y miró a su padre. Pero al momento se le iluminó la cara al ver algo inesperado.

-También se llama Megan -le dijo la directora-. Y es tu os¡ta, que lleva esperándote muchos días.

-¡Oh! -exclamó la niña, que abrazó a su tocaya de peluche-. ¡Hola!

La señora Daggett miró al agente del FBI como diciéndole: siempre funciona.

-¿Trae la ropa de recambio?

-Sí, aquí está, señora -contestó O'Day, que le entregó también los impresos que había rellenado la noche anterior.

Megan no tenía problemas de salud. No era alérgica a ningún medicamento, a la leche

Librodot

ni a ningún otro alimento.

-En caso de urgencia -dijo Patrick- pueden llevarla al hospital local.

O'Day le dio a la directora el número de teléfono de su despacho y el de su «busca», así como el de los abuelos paternos y maternos, que estaban -los cuatro- locos por la niña.

Giant Steps era una guardería bien organizada. O'Day ignoraba hasta qué punto, porque la señora Daggett no podía hablar a la ligera de ciertas cosas (como, por ejemplo, de que su identidad estaba siendo comprobada por el Servicio Secreto).

-Bueno, jovencita, me parece que ya es hora de jugar y de que te presente a unas amigas -dijo la directora-. No se preocupe, que cuidaremos bien de ella -añadió mirando al padre.

O'Day volvió a la camioneta tan apenado como siempre que tenía que dejar a su hija (siempre le ocurría lo mismo, con independencia de dónde y a qué hora la dejase) y fue al drugstore, a comprar el café.

Tenía una reunión a las nueve, sobre el siniestro del avión en el Capitolio. La investigación se hallaba en la fase preliminar y, aunque después tenía mucho papeleo que atender, le daría tiempo a recoger a la niña a su hora.

Cuarenta minutos después, Patrick O'Day aparcaba en la sede del FBI, en la calle Diez, esquina Pennsylvania Avenue. Su cargo de inspector itinerante le daba derecho a plaza de parking.

Aquella mañana fue directamente al pabellón de prácticas de tiro.

Patrick O'Day era un gran tirador desde sus tiempos de boy scout. Fue instructor jefe de uso de armas de fuego en distintos campos de entrenamiento del FBI.

El pabellón estaba más concurrido de lo habitual a aquella hora del día (eran las 7.25). El inspector eligió dos cajas de balas de 10 mm para su automática Smith & Wesson 1076, dos dianas y un par de protectores para los oídos. Las dianas eran siluetas de cartón con el dibujo de partes vitales del cuerpo humano. Aproximadamente tenían la forma y el tamaño de un bidón de leche de los que dejaban los granjeros de los pueblos al borde de la carretera, con una Q en el centro, que venía a representar el corazón. La silueta se colgaba, a unos diez metros de distancia, de una barra por la que se desplazaba a derecha e izquierda, giraba e incluso avanzaba y retrocedía unos pasos, de acuerdo a un programa que el tirador seleccionaba. El ejercicio empezaba a partir del momento en que la silueta describía un giro de noventa grados y quedaba totalmente de canto, casi invisible. Sin mirar, O'Day programó un tiempo al azar y aguardó, mirando al suelo y con las manos en los costados.

Para concentrarse pensó en un criminal. En un peligroso criminal, convicto y confeso y ahora acorralado. En un criminal que se jactaba de que nunca volvería a la cárcel, de que jamás volverían a cogerlo vivo.

En su larga carrera, el inspector O'Day había oído eso muchas veces. Siempre que podía le daba al criminal la oportunidad de cumplir su palabra, y todos terminaban por bajar los brazos y dejar caer el arma. Ya no fanfarroneaban, hartos de cerveza o emporrados, sino que se echaban a temblar o a llorar a moco tendido.

Pero aquel individuo no. Era un peligroso criminal que tenía un rehén, acaso una niña; quizá a su propia hija Megan. La sola idea le hizo fruncir el entrecejo. El criminal le encañonaba la cabeza con una pistola. En las películas, el criminal le conminaba a uno que soltase el arma. Pero si se le hacía caso, lo único que conseguía era que resultase muerto el policía y el rehén. Había que parlamentar. Había que dar muestras de aplomo, hablar en tono razonable y conciliador. Había que aguardar a que el criminal se relajase, lo justo para que separase un poco el arma de la cabeza del rehén. Podía tardar horas, pero tarde o temprano...

... el temporizador sonó y la silueta giró de cara al agente. O'Day llevó la mano derecha a la pistolera y desenfundó. Simultáneamente, llevó el pie derecho hacia atrás, al objeto de hacer pivotar el cuerpo y agacharse ligeramente. La mano izquierda se unió entonces a la derecha para empuñar con firmeza la culata. Entonces apuntó, apretó el gatillo dos veces e hizo blanco en la Q de la silueta, que se desplomó como los especialistas en las películas.

Ajá.

-Bravo por el sheriff.

O'Day se dio la vuelta, sobresaltado por una voz familiar que lo sacó de su ensoñación.

-Buenos días, director.

-Hola, Patrick -correspondió Murray bostezando, con un par de protectores de oídos colgando de su mano izquierda-. Eres muy rápido. ¿Simulación de secuestro?

-Me entreno para las situaciones más difíciles.

-Ya, con tu hijita como rehén -dijo Murray. Porque todos utilizaban el mismo recurso para mentalizarse-. Pues, bueno, te lo has cargado. Repítelo -le ordenó.

El director quería observar por enésima vez la técnica de su íntimo amigo. Siempre se podía aprender algo. En la repetición, los dos disparos de O'Day impactaron en la frente de la silueta de tal manera que parecía haber un solo orificio, algo desportillado. Resultaba intimidante, incluso para Murray, que se consideraba un gran tirador.

-He de practicar más -admitió Murray.

O'Day se relajó un poco. Si se lograba con los dos primeros disparos del día (y él lo había hecho con los cuatro) era señal de gran concentración. Al cabo de dos minutos, y tras realizar veinte disparos, la cabeza de la silueta no existía.

Murray, en la pista contigua, se aplicaba a la rutinaria técnica «Jeff Cooper», que consistía en hacer dos rápidos disparos al pecho, seguidos de otro a la cabeza. Cuando ambos creyeron que sus blancos estaban lo bastante muertos, optaron por dejarlo y abordar el trabajo de la jornada.

-¿Algo nuevo? -preguntó el director.

-No. Sólo los informes que llegan acerca de las entrevistas con el personal de la JAL. Nada relevante.

-¿Y acerca de Kealty?

O'Day se encogió de hombros. Aunque no estaba autorizado a intervenir en la investigación del siniestro del avión, a diario le pasaban informes que él se encargaba de hacer llegar a su amigo y director.

-Verás, Dan: entraron y salieron tantas personas del despacho del ministro Hanson que cualquiera de ellas pudo coger la supuesta carta que, en opinión de nuestros hombres, probablemente existió. Por lo menos, son muchas las personas que aseguran que Hanson les habló de la misma.

-Me parece que el escándalo quedará en nada -comentó Murray con expresión de fastidio.

-Buenos días, señor presidente.

De nuevo la diaria rutina. Los niños y Cathy ya se habían marchado. Ryan salió de sus habitaciones con traje y corbata (y con la chaqueta abrochada, algo inusual en él hasta instalarse allí). Uno de sus asistentes le había dejado los zapatos como un espejo.

Tanta solicitud no hacía que Jack se sintiese en un verdadero hogar, sino como en los hoteles o en las lujosas residencias que había ocupado en su época de agente de la CIA (mucho más confortables y con mejor servicio).

-¿Es usted Raman? -preguntó el presidente.

-Sí, señor -contestó el agente especial Aref Raman.

Raman medía 1,85 m, era muy fornido y tenía una complexión más propia de un levantador de pesas que de un corredor, pensó Jack, aunque acaso diese esa impresión debido al disimulado chaleco antibalas que llevaban muchos de los miembros de la escolta. Ryan le calculó unos 35 años. Era bien parecido, de facciones mediterráneas, tímida sonrisa y unos ojos tan azules como los de la DOCTORA.

-El ESPADACHÍN en marcha -le dijo el agente al micrófono-. A su despacho.

-¿De qué origen es su apellido, Raman? -se interesó Jack de camino al ascensor.

-Iraní. De madre libanesa. Llegaron aquí en el 79, cuando lo del sha. Mi padre era una persona afecta al régimen.

Librodot

-¿Qué opina usted de la situación en Irak? -preguntó el presidente.

-Verá, señor, ya casi se me ha olvidado el idioma -contestó Raman sonriente-. Si me preguntase por la copa de la NCAA, sí sabría contestarle.

-Ganará Kentucky -sentenció Ryan.

El ascensor de la Casa Blanca era más viejo que el art déco.

-Oregón está imparable. Nunca me equivoco, señor. Pregúnteles a mis compañeros. He ganado las tres últimas porras. Nadie quiere volver a apostar contra mí. Llegarán a la final Oregón y Duke (mi escuela), y ganará Oregón por lo menos de seis puntos. Acaso menos si Maceo Rawlings tiene una buena noche.

-¿Qué estudió usted en Duke?

-Derecho. Pero en seguida me di cuenta de que no quería ser abogado. En realidad, llegué a la conclusión de que los delincuentes no debían tener derechos. Me pareció mejor ser policía e ingresé en el Servicio Secreto.

-¿Está casado? -preguntó Ryan, siempre interesado en conocer a fondo a las personas con quienes trabajaba. Aparte de que era de buena educación interesarse por ellos, en aquel caso concreto se trataba de personas que habían jurado defender su vida. No podía tratarlos como a simples empleados.

-De momento, no he encontrado a mi media naranja.

-¿Es usted musulmán?

-Mis padres sí lo eran. Pero después de ver los problemas que les causó la religión. En fin... -dijo Raman sonriente-, si pregunta por ahí, le dirán que mi religión es el baloncesto. Nunca me pierdo un partido de Duke cuando lo dan por la tele. Lástima que Oregón esté tan fuerte este año.

-Aref, ¿verdad? -dijo Jack sonriente.

-Sí, me llamó Aref; aunque todos me llaman Jeff. Es más fácil de pronunciar.

En cuanto se abrió la puerta del ascensor, el agente protegió al POTUS con su cuerpo. Un agente de uniforme montaba guardia en el pasillo, junto a otros dos miembros de la escolta a quienes Raman sólo conocía de vista.

Raman hizo una seña con la cabeza y salió seguido de Ryan. El grupo fue pasillo adelante y pasó frente a la bolera y al taller de carpintería.

-Bueno, Jeff, no tengo un día muy sobrecargado -dijo Jack, aunque era innecesario porque el Servicio Secreto sabía antes que él cuál era su agenda.

-Quizá no lo sea para nosotros -repuso Aref.

Porque ya esperaban al presidente en el despacho Oval: los Foley, Bert Vasco, Scott Adler y otra persona. Ya los habían cacheado a los cuatro, por si llevaban armas o materiales radiactivos.

-¡Ben! -exclamó Jack, que dejó los periódicos del día en su mesa y se acercó al grupo.

-Señor presidente -dijo el doctor Ben Goodley sonriente.

-Ben ha preparado el informe de esta mañana -explicó Ed Foley.

Como no todas las personas citadas en el despacho Oval aquella mañana eran allegadas al presidente, Raman permanecería en el despacho, no fuese a ser que alguien saltase sobre el presidente con la intención de estrangularlo. No era necesario utilizar un arma para matar. Bastaban unas semanas de práctica para que, cualquier persona que estuviese en buena forma física, aprendiese recursos de artes marciales con los que matar a una víctima desprevenida. Ésta era la razón de que los miembros de la escolta no sólo portasen pistola sino también una pequeña porra extensible.

Raman no le quitaba ojo al tal Goodley (un agente del SIN con carnet), que le entregó su informe al presidente. Al igual que muchos otros miembros del Servicio Secreto, Raman se enteraba casi de todo. Por más confidencial que fuese un informe, siempre había en el despacho algún miembro de la escolta. A quienes velaban por la seguridad del presidente no les pagaban para olvidar las cosas, y menos aún para ignorarlas.

En este sentido, pensaba Raman, él era el perfecto espía. Preparado por los propios EE.

Librodot

UU. para ser un servidor de la ley, tenía una brillante hoja de servicios, sobre todo en la lucha contra los falsificadores. Era un tirador de elite y tenía una cabeza muy bien organizada. No había más que ver su expediente académico en Duke; su tesis de licenciatura obtuvo la máxima calificación: sobresaliente summa cum laude. Además, fue un destacado miembro del equipo de lucha libre de la universidad. Para un investigador era muy útil tener buena memoria, y él la tenía; una memoria fotográfica que, desde el principio, lo situó bien para llegar a ser, algún día, jefe de la escolta. Los encargados de la protección del presidente tenían que ser muy fisonomistas, para poder reconocer a cualquiera que hubiesen visto en las docenas de fotografías que llevaban consigo en los baños de masas presidenciales.

Durante la administración Fowler, la oficina de St. Louis lo destinó a la escolta asignada al presidente durante una cena de captación de fondos para su campaña de reelección. Raman identificó y detuvo a un sospechoso, que llevaba una pistola del calibre 22 en el bolsillo. Raman alejó con tal sigilo y habilidad al individuo, escapado de un hospital siquiátrico de Missouri, que el incidente no trascendió a la prensa.

El joven Raman era un escolta nato, se dijo el entonces director del Servicio Secreto al ser informado del caso. Raman fue trasladado poco después de que Roger Durling accediese a la presidencia. Al principio, tuvo que hacer largas y tediosas guardias, pero nunca se quejaba y ascendió de forma rápida. Solía decir que, como inmigrante, sabía lo importante que era América y que, al igual que sus antepasados pudieran servir a Darío el Grande, él acariciaba el sueño de hacer lo mismo en su nuevo país.

En realidad, para él era todo mucho más fácil que para el ex compatriota que llevó a cabo la tarea en Bagdad hacía poco. Pese a lo que pudiesen decir en las encuestas, a los americanos les encantaban los inmigrantes.

-No tenemos efectivos que podamos utilizar sobre el terreno -dijo Mary Pat.

-Pero tenemos una buena red de «escuchas» -replicó Goodley-. La plana mayor del partido Baas está en chirona, y dudo que salga, por lo menos en condiciones de hacer nada.

-De manera que, según usted, Irak está completamente decapitado, ¿no es así?

-De momento, el control lo asume una junta militar, formada por coroneles y generales jóvenes. Varios han aparecido esta tarde en televisión con un mullah iraní. Y no ha sido por casualidad -afirmó Bert Vasco-. En el mejor de los casos, existe un acercamiento a Irán; y en el peor... podría producirse la unión entre ambos países. Lo sabremos dentro de un par de días; y en dos semanas puede ser del dominio público.

-¿Y los saudíes? -preguntó Ryan.

-Están perplejos y furiosos, Jack -contestó Ed Foley sin vacilar-. He hablado con el príncipe Alí hace menos de una hora. Han ofrecido una ayuda económica que bastaría para pagar nuestra deuda pública, al objeto de «comprar» al nuevo régimen iraquí (de la noche a la mañana han redactado la más increíble carta de crédito que se haya expedido jamás), pero no les han hecho ni caso. En Riyad no salen de su asombro, porque Irak siempre ha estado dispuesto a negociar cuando ha habido dinero de por medio. En cambio ahora no.

Jack sabía perfectamente que los Estados de la península Arábiga se echarían a temblar. En Occidente aún parecían no haberse enterado de que los árabes eran muy buenos negociantes. No eran ideólogos, fanáticos ni lunáticos sino negociantes. La suya era una cultura comercial marítima depredada por el Islam, algo que en América sólo se recordaba en reposiciones de Simbad el Marino. En esto, los árabes se parecían mucho a los norteamericanos, a pesar de las diferencias culturales y religiosas. Al igual que los norteamericanos, los árabes no entendían a quienes no estuviesen dispuestos a negociar, con la economía por fondo; a llegar a un compromiso y a concertar algún tipo de intercambio.

Irán era un país de estas características que, tras el régimen del sha, se había convertido en una teocracia bajo el ayatollah Jomeini.

Todas las culturas han esgrimido siempre el mismo argumento: ellos no son como nosotros. Que ahora se esgrimiese un ellos YA no son como nosotros introducía un aterrador matiz para los Estados del golfo Pérsico, que siempre confiaron en que, a pesar de las diferencias

políticas, existían lazos indisolubles.

-¿Y Teherán? -preguntó Jack.

-Los informativos oficiales comentan la situación favorablemente; y hablan de las consabidas ofertas de paz y de renovada amistad. Pero nada más, hasta el momento -dijo Goodley-. Es decir, oficialmente. Extraoficialmente, hemos captado multitud de mensajes a través de la red de escuchas. Bagdad pide instrucciones y Teherán se las da. Parecen querer que la situación evolucione lo más rápidamente posible. Los juicios revolucionarios están al caer. Aparecen muchos miembros del clero en televisión, que invocan al amor y a la libertad. En cuanto empiecen los juicios y los fusilamientos se producirá un vacío total.

-Y, entonces, lo más probable es que irán se haga cargo del control de la situación, y que convierta a Irak en un Estado títere -dijo Vasco mientras hojeaba la última serie de mensajes enviados por los escuchas-. Puede que Goodley tenga razón. Estos mensajes son más reveladores de lo que yo esperaba.

-¿Quiere usted decir que significa más de lo que yo he dicho? -preguntó el agente del SIN.

-Puede que sí -repuso Vasco sin levantar la vista-. Y no pinta nada bien -añadió visiblemente preocupado.

-Antes de que acabe el día, los saudíes nos van a pedir que no los soltemos de la mano -señaló el ministro Adler-. ¿Qué les digo?

La contestación de Ryan fue tan automática que lo sobresaltó.

-Nuestro compromiso con el reino saudí permanece invariable. Si nos necesitan, los ayudaremos, ahora y siempre.

Nada más decirlo, Jack pensó que acababa de comprometer a la fuerza militar, y la credibilidad, de EE. UU. con un país no democrático que se encontraba a 11000 km de distancia. Por suerte, Adler le puso las cosas más fáciles.

-Estoy de acuerdo, señor presidente. No podemos hacer otra cosa.

Los demás asintieron con la cabeza, incluso Ben Goodley.

-Podemos actuar con discreción. El príncipe Alí se hace cargo y puede conseguir que el rey comprenda que no bromeamos.

-Siguiente paso: hemos de informar a Tony Bretano -dijo Ed Foley-. Se le dan muy bien estas cosas. Sabe escuchar -añadió el recién nombrado director de la CIA-. ¿Se propone usted convocar una reunión ministerial sobre esta cuestión?

-No -contestó Ryan-. Creo que debemos tratar este asunto con suma frialdad. Estados Unidos sigue con interés el desarrollo de los acontecimientos en la región, pero no hay razón para ponernos nerviosos. Usted, Scott, encárguese de que su personal informe a la prensa en este sentido.

-De acuerdo -dijo el ministro de Exteriores.

-¿De qué se ocupa usted ahora en Langley, Ben?

-Pues... me tienen como jefe del departamento destinado a las escuchas del Centro de Operaciones, señor presidente.

-No está mal -le dijo Jack, que se dirigió luego al director de la CIA-. Es que ahora trabaja para mí, Ed. Necesito un agente del SIN que hable mi lenguaje.

-¡Albricias! -exclamó Ed Foley riendo-. ¿Significa eso que vuelvo a tener un buen reserva en el banquillo? Este chico promete, y espero verlo anotar muchos puntos este otoño.

-Buen ensayo, Ed. En cuanto a usted, Ben, va a tener que hacer más horas extraordinarias. De momento, puede utilizar mi antiguo despacho, a la revuelta del pasillo. Claro que aquí se come bastante mejor -le prometió el presidente.

Aref Raman había permanecido de pie durante toda la conversación, recostado en la pared y sin quitarles ojo a los visitantes. Le habían enseñado a desconfiar de todo el mundo, sin más excepciones que el presidente, su esposa y sus hijos. No confiaba en nadie más. Aunque, por supuesto, todos confiaban en él, incluso quienes le enseñaron a desconfiar de todos, porque siempre había que confiar en alguien.

Librodot

Sólo era cuestión de elegir el momento adecuado. Una de las cosas que su educación americana y su preparación profesional le inculcaron era la paciencia, a saber aguardar a que se presentase la oportunidad propicia. Los acontecimientos que se producían en el otro extremo del globo acercaban tal oportunidad.

Tras su inexpresivo rostro, Raman pensaba que acaso necesitase orientación. Su misión ya no era el acto aislado que se prometió realizar veinte años antes. Cualquiera podía matar, pero sólo un verdadero experto podía matar a la persona adecuada en el momento preciso, para alcanzar un objetivo más trascendente. Pensaba que era una deliciosa ironía que, pese a que su misión respondiese a un mandato divino, las circunstancias objetivas las había propiciado el mismísimo Satanás, encarnado en un hombre cuyo mejor servicio a Alá consistía en dejar esta vida. Elegir el momento sería lo más difícil. De modo que, después de veinte años, Raman decidió que tendría que asomar por una rendija de su cobertura. El potencial peligro que entrañaba no le parecía muy grande.

-Su objetivo es muy audaz -dijo con calma Badrain, tan sobrecogido que tuvo que contener el aliento.

-Los mansos no poseerán la Tierra -replicó Daryaei, que por primera vez le explicaba cuál era su misión en este mundo a alguien ajeno a su íntimo círculo clerical.

Empezaron a hablar de su plan para cambiar el mundo con el mismo talante que si jugasen al póquer. Daryaei había trabajado, pensado y madurado su plan desde hacía más de una generación. Era la culminación de la labor de su vida, el cumplimiento de un sueño, un logro de tal naturaleza que situaría su nombre junto al del mismísimo Profeta (si lo conseguía): la unificación del Islam. En estos términos se expresaba en su círculo de allegados.

Badrain no veía en ello más que poder. La creación de un nuevo superestado, con centro en el golfo Pérsico, un Estado con inmenso poder económico, gran población, autosuficiente en todo y capaz de extenderse por Asia y África, acaso haciendo realidad los sueños del profeta Mahoma, aunque no presumía de saber qué hubiese hecho el fundador de su religión. Eso se lo dejaba a hombres como Daryaei. Para Badrain se trataba sólo de poder. La religión y la ideología no hacían más que delimitar un terreno común. Estaba en aquel bando porque nació en aquella región del mundo, y porque había estudiado el marxismo lo bastante a fondo para saber que era insuficiente para culminar la labor.

-Es posible -admitió Badrain tras unos momentos de reflexión.

-El momento histórico es único. El Gran Satán es débil -dijo Daryaei, nada proclive a mezclar tópicos ideológicos con cuestiones de Estado, aunque a veces no hubiese más remedio-. Una vez destruido el Satán Menor, sus repúblicas islámicas caerán en nuestros brazos. Necesitan una identidad. ¿Y qué mejor identidad que la fe islámica?

No se equivocaba Daryaei, pensó Badrain, que se limitó a asentir con la cabeza. El derrumbe de la Unión Soviética y su sustitución por la llamada Confederación de Estados Independientes no había hecho sino crear un vacío que aún no se había llenado. Las «repúblicas» sureñas, todavía ligadas a Moscú, lo estaban casi como una serie de carros enganchados a un caballo moribundo. Estas pequeñas naciones fueron siempre rebeldes y levantiscas, apegadas a una religión que las separaba del imperio ateo. Ahora forcejeaban por establecer su propia identidad económica, y poder, de una vez por todas, separarse del centro de- un país muerto con el que nunca se identificaron. El problema estaba en que, como Estados independientes, no podrían sostenerse económicamente en el mundo moderno. Todas estas naciones necesitaban otro protector, otra potencia que las guiase, de cara al siglo venidero. El nuevo liderazgo significaba dinero (mucho dinero), además del unificador estandarte de una religión y de una cultura que durante mucho tiempo el marxismo-leninismo les negó. En compensación, estas repúblicas aportarían territorio, población y recursos.

-El obstáculo es América, como sabe usted mejor que yo -dijo Badrain-. Y América es demasiado grande y poderosa para poder destruirla.

-Conozco al tal Ryan. Pero primero dígame usted lo que opina de él.

Librodot

-No es ningún imbécil, ni tampoco cobarde -reconoció Badrain juiciosamente-. Ha demostrado ser físicamente valiente, y es un experto en operaciones de inteligencia. Tiene una buena formación. Los saudíes confían en él, y también los israelíes -añadió, porque eran dos países que en aquellos momentos importaban mucho. Y había un tercero que también importaba-. Los rusos lo conocen y lo respetan.

-¿Y, qué más?

-No lo subestime. No subestime a América. Ya hemos visto lo que les ocurre a quienes lo hacen -dijo Badrain.

-Pero ¿en qué situación se encuentra Estados Unidos en la actualidad?

-El presidente Ryan está volcado en la reconstrucción del gobierno. Es una ingente tarea, pero Estados Unidos es un país básicamente estable.

-¿Y qué me dice del problema de la sucesión?

-Ése es un problema que no entiendo -admitió Badrain-. No tengo información suficiente.

-Tuve ocasión de conocer a Ryan -dijo Daryaei, que al fin se decidió a dar su propia opinión-. Es un... ayudante, nada más. Parece fuerte, pero no lo es. Si fuese de verdad un hombre fuerte, se ocuparía él mismo de Kealty. ¿Lo traiciona, no? Pero eso no es lo importante. Ryan es un hombre. Estados Unidos es un país. Ambos pueden ser atacados al mismo tiempo y desde varios puntos a la vez.

-El león y las hienas -señaló Badrain, que se extendió para explicarle a Daryaei a qué aludía.

A éste le gustó tanto la metáfora que no le importó el lugar que le correspondía en el alegórico reparto de papeles.

-No se trata de lanzar un gran ataque sino de muchos pequeños, ¿verdad? -preguntó el clérigo.

-No sería la primera vez que funcionase.

-¿Y qué le parecerían muchos grandes ataques? Contra Estados Unidos, contra Ryan... ¿Y si Ryan cayese? ¿Qué ocurriría entonces, mi joven amigo?

-Con su sistema de gobierno, se produciría el caos. Pero yo aconsejaría prudencia. Y también recomendaría concertar alianzas. Cuantas más hienas y más puntos de ataque, más eficazmente se logra hostigar al león. En cuanto a atentar contra Ryan... -dijo Badrain, preguntándose por qué lo había sacado a colación su anfitrión-, el presidente de Estados Unidos es un difícil objetivo. Está bien protegido y mejor informado.

-Eso tengo entendido -replicó Daryaei con una mirada inexpresiva-. ¿Con qué países recomendaría usted concertar alianzas?

-¿Ha seguido de cerca el conflicto entre Japón y Estados Unidos? -preguntó Badrain-. ¿No se ha preguntado por qué perros tan grandes no se han ladrado nunca?

Porque era curioso lo que ocurría con los perros grandes. Siempre tenían hambre. Sin embargo, últimamente, Daryaei había sacado a relucir más de una vez a Ryan y su protección. Siempre había un perro más voraz que el resto. Le vendría muy bien a la jauría.

-Puede que todo se debiese a una avería.

Los representantes de la Gulfstream estaban reunidos con funcionarios suizos de aviación civil. También asistía el jefe de operaciones de vuelo de la empresa propietaria de los reactores, en cuyos archivos constaba que el aparato pasó las obligatorias revisiones a cargo de una empresa local. Todas las piezas procedían de proveedores autorizados. La empresa suiza encargada del mantenimiento llevaba diez años sin que ninguno de los aparatos a su cargo sufriese un accidente, y estaba, a su vez, regulada por el mismo organismo gubernamental que supervisaba la investigación.

-No sería la primera vez -convino el representante de la Gulfstream.

Aunque las «cajas negras» que contenían los magnetófonos eran de sólida construcción, no siempre sobrevivían a los accidentes. Porque cada accidente era distinto. La exhaustiva

búsqueda realizada por el equipo de salvamento del destructor Radford no sirvió para detectar el característico zumbido de los localizadores. Y sin esta guía era inútil rastrear el fondo del mar, aparte de que existía el problema de los libios, que no querían que ningún barco merodease por sus aguas territoriales. De haberse tratado de un avión de pasajeros de línea regular, se hubiese podido presionar, pero un reactor comercial privado, con sólo dos tripulantes y tres pasajeros (uno de ellos víctima de una enfermedad contagiosa), no era lo bastante importante.

-Poco se puede decir sin datos. Se informó de un fallo en los motores, debido, posiblemente, a un combustible defectuoso o a un deficiente mantenimiento...

-¡Por favor! -protestó el delegado de la empresa de mantenimiento.

-Hablo en teoría -puntualizó el representante de la Gulfstream-. Incluso podría ser un fallo humano del piloto. Pero sin datos fehacientes, tenemos las manos atadas.

-El piloto tenía cuatro mil horas de vuelo y el copiloto más de dos mil -dijo por quinta vez el representante de la empresa propietaria.

Todos estaban pensando lo mismo. La empresa fabricante del aparato tenía un intachable historial que defender. Había pocos fabricantes de aviones de pasajeros entre los cuales las compañías aéreas pudiesen elegir. Y si importante era para ellos la seguridad, más importante aún lo era para los fabricantes de reactores comerciales privados, entre quienes la competencia era aún más dura. Los compradores de tales juguetes de empresa tenían un largo historial, y sin datos incuestionables acerca de los pocos siniestros que tenían lugar, todo lo que recordaban era la desaparición de un aparato y de unos cuantos pasajeros.

El representante de la empresa de mantenimiento no albergaba el menor deseo de que lo asociasen a un accidente mortal. En Suiza había muchos aeródromos y muchos reactores privados. Una empresa de mantenimiento que quedase en evidencia podía perder volumen de negocio y tener problemas con las autoridades suizas, por violar las rigurosísimas normas de Aviación Civil.

La empresa propietaria era quien menos tenía que perder en términos de reputación, pero el prurito profesional no le permitía a su representante asumir la responsabilidad sin causa real.

Y no había ninguna causa real que permitiese culpabilizar a ninguno de ellos, sencillamente porque la causa era casi imposible de determinar sin los datos de la «caja negra».

Todos los presentes en la reunión, sentados alrededor de la mesa, se miraron pensando lo mismo: las buenas personas cometían errores, pero rara vez se resignaban a reconocerlos, y menos aún si no tenían necesidad de ello. El funcionario suizo de Aviación Civil había examinado la documentación y no había visto nada incorrecto. Al margen de esto, poca cosa podía hacer ninguno de ellos, salvo hablar con el fabricante del motor y tratar de conseguir una muestra del combustible utilizado por el reactor siniestrado. Lo primero era fácil, pero lo segundo no. Al final, no averiguarían mucho más de lo que ya sabían. La Gulfstream podría perder un par de ventas; la empresa de mantenimiento se vería sometida a inspecciones más exhaustivas por parte de las autoridades suizas; la empresa propietaria tendría que comprar otro reactor. Y para demostrar su confianza se lo compraría a la Gulfstream y seguiría con la misma empresa de mantenimiento.

Y todos contentos (incluso el gobierno suizo).

Un inspector de policía que se dedicase a la investigación ganaba más que un agente secreto, aparte de que era más divertido ir de un lado para otro que estar todo el día sentado en un despacho. Sin embargo, Pat O'Day estaba que trinaba por tener que pasar la mayor parte de la jornada leyendo los informes que redactaban sus agentes y sus secretarias. Contaba con la ayuda de subalternos, que lo revisaban todo por si detectaban datos contradictorios. Pero él lo volvía a hacer y tomaba notas en su bloc, que su secretaria pegaría en sus resúmenes para el director Murray.

O'Day era de los que creían que un verdadero agente no mecanografiaba. O, en fin, por

Librodot

lo menos eso era lo que probablemente habría dicho su instructor de Quantico.

Habían terminado sus reuniones temprano en Buzzard's Point y se dijo que no lo necesitaban en su despacho del edificio Hoover. La investigación se hallaba en un punto en el que cada vez era menos lo que se averiguaba. La «nueva» información que llegaba procedía de las entrevistas, y no hacía más que confirmar lo que ya se sabía, comprobado por diversas fuentes.

-Siempre he detestado esta parte del trabajo -dijo el director adjunto en funciones del FBI.

Un fiscal general hubiese considerado suficiente lo que tenían para dictaminar una culpabilidad. Pero un abogado nunca tenía bastante (como si el mejor medio para condenar a un delincuente fuese matar al jurado de aburrimiento).

-No hay el menor atisbo de contradicción entre los datos. Caso resuelto, Tony. De modo que ya me toca algo nuevo y apasionante.

-Afortunado tú. ¿Qué tal está Megan?

-Hoy ha empezado en una nueva guardería: Giant Steps, al pie de la autopista «Ritchie».

-La misma -comentó Caruso-. Casi seguro.

-¿Qué quieres decir con la misma?

-La de los hijos de Ryan. Pero... ah, claro, es que tú no estabas aquí cuando se produjo el atentado de aquellos cabrones.

-Pues ella... la directora, no ha comentado nada... Aunque, claro, es lógico que no lo comente.

-Nuestros hermanos de profesión son bastante quisquillosos con estas cosas. Supongo que los del Servicio Secreto le habrán echado un buen sermón sobre lo que puede comentar y lo que no.

-Seguro que tienen a uno o dos agentes echándoles una mano a los críos con la plastilina -dijo O'Day.

Patrick se paró a pensar un momento y cayó en la cuenta de que en el drugstore de enfrente había un nuevo dependiente. Recordaba que al ir a por el café reparó en un tipo que parecía demasiado despejado para tan temprana hora de la mañana. Bueno... bueno. Mañana se fijaría bien en él, para ver si llevaba un arma (como con toda seguridad había hecho el «dependiente» con él) y, por cortesía profesional, le mostraría su placa y le guiñaría el ojo.

-No me extrañaría -convino Caruso-. Pero qué puñeta, no está de más que la guardería adonde lleva uno a su hija esté muy vigilada.

-Por supuesto que no, Tony -admitió O'Day levantándose-. He de ir ya a recogerla.

-Qué suerte tienes. Y yo ocho horas encerrado. Si te conformases con estar en un despacho sólo trabajarías ocho horas diarias -dijo malhumorado el director adjunto de la Oficina de Washington.

-Es a ti a quien necesitan para que ejerza de pez gordo, don Antonio.

Siempre tenía algo de liberación salir del trabajo. El aire se notaba más fresco en el trayecto de regreso que a la ida.

Patrick O'Day fue hasta su camioneta y vio con satisfacción que no se la habían tocado ni robado. Tenía sus ventajas conducir un vehículo lleno de barro y polvo. Guardó la chaqueta del traje (O'Day rara vez llevaba abrigo) y se puso la chupa que tenía ya más de diez años, una chaqueta similar a la que utilizaban los aviadores de la Armada, lo bastante usada para resultar cómoda. Luego se quitó la corbata. Diez minutos después iba por la N-50 hacia Annapolis, justo un poco antes que la riada de funcionarios del gobierno, escuchando la C&W por la radio. El tráfico era especialmente fluido aquel día, y poco antes del boletín de noticias que daban todas las horas, llegó al parking de Giant Steps y trató de identificar algún coche oficial camuflado. El Servicio Secreto se daba buena maña en estas cosas. Al igual que los del FBI, sus vehículos llevaban matrículas dispares, e incluso habían aprendido a no pintar la carrocería con esos colores tan uniformes que en seguida los delataban. Pese a ello, reconoció a dos de los coches del Servicio Secreto. Aparcó junto a uno y se fijó en la radio, para asegurarse de

Librodot

que no se equivocaba. Esto le hizo preguntarse por su propio camuflaje, y decidió ver hasta qué punto eran buenos sus colegas. Aunque en seguida cayó en la cuenta de que si eran medianamente competentes ya debían de haber comprobado su identidad a través de la documentación que le había entregado a la señora Daggett por la mañana.

Existía una gran rivalidad profesional entre el FBI y el Servicio Secreto. En realidad, el origen del FBI fue un grupo de agentes del Servicio Secreto. Pero el FBI había crecido mucho más y había acumulado mucha más experiencia en investigación criminal. Esto no quería decir que el Servicio Secreto no fuese magnífico, aunque, como Tony Caruso había señalado, con razón, sus agentes fuesen algo quisquillosos, aparte de los mejores «canguros» del mundo.

Cruzó el parking con la cremallera de la chupa subida y se fijó en un tipo alto y fornido que estaba justo al entrar. ¿Lo reconocería? O'Day pasó frente a él, como cualquier otro padre que fuera a recoger a su hijo. Una vez en el interior sólo era cuestión de fijarse en las indumentarias y en los auriculares. Pues sí: allí había dos esbeltas agentes con bata de la guardería bajo la que, sin duda, llevaban la SigSauer 9 mm automática.

-¡Papi! -gritó Megan dando un salto.

Al lado de Megan se sentaba otra niña de su edad que se le parecía mucho. El inspector se les acercó y miró los dibujos que habían hecho durante el día.

-Perdone -oyó Patrick que decía una mujer, a la vez que notaba una ligera presión en la chupa, justo encima de la pistola.

-Sabe usted perfectamente quién soy -dijo O'Day sin darse la vuelta.

-¡Hombre! ¡Ahora sí que lo sé!

O'Day reconoció la voz. Era Andrea Price, como pudo comprobar al volver la cabeza.

-¿No irá a decirme que la han degradado? -dijo él mirándola con una burlona sonrisa.

Las dos agentes que ayudaban a entretener a los niños, a la vez que los vigilaban, no le quitaban ojo a Patrick, alertadas por el bulto que se le notaba bajo la chupa. No está mal, pensó O'Day. Ellas estaban siempre a punto de desenfundar, por más educativa que fuese la tarea a la que se aplicasen. Además, sólo a un profano podía pasarle inadvertido que no tenían pinta de maestras.

-He venido a comprobar sobre el terreno todo lo concerniente a los niños -explicó Andrea.

-Ésta es Katie. Y éste es mi papá -dijo Megan a modo de presentación.

-Hola, Katie -saludó él, que se agachó para estrecharle la mano a Katie y volvió a levantarse-. ¿Esta pequeña es...?

-ARENA, la benjamina de la primera dama -confirmó Andrea.

-¿Tienen a otro en el drugstore, verdad? -preguntó O'Day.

-Dos, que se turnan.

-Se parece a su madre -dijo Patrick refiriéndose a Katie Ryan. Y por pura cortesía sacó su carnet y se lo tendió a la agente que estaba más cerca de él, Marcella Hilton.

-¿Qué pasa? ¿Acaso ha querido ponernos a prueba? -dijo Andrea Price con retintín.

-El agente que tienen en la puerta me ha reconocido al entrar. Parece que ya estaba sobre aviso.

-Es Don Russell y, en efecto, estaba informado, pero...

-Pero... no me atrevería yo a decir que estuviese «muy alerta»

-dijo el inspector O'Day-. Quería ponerlos a prueba, lo reconozco.

Ésta es también la guardería de mi hija. Y es un objetivo potencial.

-Y bien, ¿aprobamos el examen?

-Uno ahí enfrente y los tres que veo aquí. Apuesto a que... tienen a otros tres a menos de cien metros. ¿Quiere que busque a ver si localizo el vehículo y los rifles?

-Tendrá que esforzarse bastante. Los tenemos bien camuflados -dijo Andrea, sin mencionar al que tenían en el interior del edificio y que O'Day no había descubierto.

-No lo dudo, agente Price -repuso O'Day, que captó la insinuación y miró en derredor

Librodot

escrutadoramente.

Había dos cámaras de televisión camufladas que debían de haber instalado recientemente. Esto explicaba el tenue olor a pintura y, a su vez, la falta de huellas de manitas del colectivo de «manitas» plásticos.

-Debo reconocer que son ustedes muy sigilosos -concluyó O'Day.

-¿Nada nuevo sobre el siniestro del avión?

-Importante no -contestó Patrick-. Hemos seguido hoy con el análisis de las declaraciones y, salvo detalles irrelevantes, todo concuerda. Los de la Policía Montada de Canadá están haciendo una gran labor para nosotros, dicho sea de paso, y los japoneses también. Creo que han hablado con todo aquel que conociese a Sato, desde su mismísima maestra de la guardería. Incluso han entrevistado a dos azafatas con las que coqueteaba. Es un caso resuelto, agente Price.

-Llámeme Andrea -lo invitó ella.

-Si usted me llama Pat.

Ambos sonrieron con desenfado.

-¿Qué arma lleva? -preguntó Andrea Price.

-Una Smith mil setenta y seis. Es mejor que ese juguetito de nueve milímetros que llevan ustedes -contestó él con ciertos aires de superioridad.

Patrick O'Day prefería hacer boquetes antes que agujeros; en principio, sólo contra las siluetas en sus prácticas de tiro, pero también contra quien fuese, en caso necesario. El Servicio Secreto tenía su propia política sobre las armas a utilizar, y en este sentido sabía que el FBI estaba más acertado. Sin embargo, Andrea Price no se molestó por el comentario.

-¿Nos hará un favor? La próxima vez muéstrele su placa al agente de la entrada. Puede que no siempre sea el mismo.

Bueno... Ni siquiera le pedía que «la próxima vez» dejase el arma en su vehículo. A eso se le llamaba cortesía profesional.

-Y bien, ¿qué tal lo está haciendo?

-¿Quién? ¿El ESPADACHÍN?

-Dan (me refiero al director Murray), lo pone por las nubes. Son viejos amigos. Igual que Dan y yo.

-Es un cargo peliagudo. Pero la verdad es que Murray está en lo cierto. Es de lo mejorcito que he conocido. Y bastante más listo de lo que aparenta.

-A juzgar por las veces que he podido observarlo de cerca, es hombre que sabe escuchar.

-Hace algo más que escuchar: sabe preguntar.

Ambos se dieron la vuelta al oír chillar a uno de los pequeños. Recorrieron el aula con la mirada y luego volvieron a fijarse en las dos niñas, que compartían los lápices de colores para sus respectivas obras de arte.

-Parece que la de usted y la nuestra se llevan bien.

«La nuestra...», pensó Patrick. Eso lo decía todo. Estaba claro por qué tenían a aquel peso pesado en la puerta (Russell, había dicho ella que se llamaba). Debía de ser el jefe de la subescolta y, sin duda, un agente muy experto. Y habían elegido a dos agentes más jóvenes, y ambas mujeres, para el trabajo en el interior de la guardería, porque era obvio que encajaban mejor. Debían de ser buenas, aunque no tanto como él. «La nuestra...», ahí estaba el quid. Como leones alrededor de sus cachorros, o de sólo un cachorro en este caso. O'Day se preguntaba cómo habría enfocado él aquel servicio. Tenía que ser aburrido estar todo el día allí, de guardia permanente. Pero no podía uno permitirse el aburrimiento. Tenía que ser una paliza. Él ya había cubierto el cupo de servicios de «discreta vigilancia» (todo un logro para alguien de su corpulencia).

-Me parece, Andrea, que sus agentes son eficientes. ¿Por qué tantos?

-Soy consciente de que son demasiados -dijo Price ladeando la cabeza-. Aún no hemos acabado de estudiar las necesidades reales del servicio. Tenga en cuenta que el golpe del Ca-

pitolio ha sido muy duro. Y no es cuestión de encajar otro. Mientras yo sea responsable de la escolta, haré lo imposible por evitarlo, y si la prensa nos critica... que la zurzan.

-Que conste que a mí no me parece mal, Andrea. Bueno... con su permiso, habré de marcharme, he de llegar cuanto antes a casa para preparar macarrones al queso -se excusó Patrick mirando a su hija.

Megan estaba a punto de terminar su obra maestra. No era fácil, así de pronto, distinguir a las dos pequeñas, de tanto como se parecían. Aquello resultaba preocupante, aunque para algo estaba allí el Servicio Secreto.

-¿Dónde practica usted? -preguntó O'Day, sin necesidad de precisar a qué práctica se refería.

-Hay una sala para prácticas de tiro en el antiguo edificio de Correos. Por la cerca de la Casa Blanca. Voy todas las semanas -dijo Andrea-. No hay aquí ningún agente que no sea un tirador de elite. Don Russell, por ejemplo, debe de ser de lo mejor del mundo.

-¿De veras? -exclamó O'Day con expresión de fingida perplejidad-. Habrá que ver eso algún día.

-¿En su campo o en el mío? -preguntó Andrea Price guiñándole el ojo.

-Señor presidente, el señor Golovko por la tres.

Ésa era la línea directa. Serguei Nikolaievich daba de nuevo señales de vida.

-Sí, ¿Serguei? -dijo Jack tras pulsar el botón.

-Irán.

-Ya lo sé -admitió el presidente.

-¿Cuánto? -preguntó el ruso, que ya tenía hechas las maletas para volver a casa.

-Lo sabremos con seguridad dentro de unos diez días.

-De acuerdo. Ofrezco cooperación.

Aquello empezaba a convertirse en una costumbre, pensó Jack, pero era algo sobre lo que no convenía precipitarse.

-Lo hablaré con Ed Foley. ¿Cuándo vuelve usted a casa?

-Mañana.

-Llámeme entonces.

Era asombroso que bastasen tan pocas palabras para entenderse con un antiguo enemigo. Ojalá «su» Congreso funcionase con la misma eficiencia, pensó Ryan, que sonrió para sus adentros y pasó a la contigua oficina de secretaría.

-¿Creen que me da tiempo a comer algo antes de mi próxima audiencia?

-Buenas tardes, señor presidente -dijo Andrea Price-. ¿Tiene usted un minuto?

Ryan la hizo entrar mientras una de las secretarias llamaba a un asistente.

-Sólo quería decirle que he estado supervisando las medidas de seguridad para sus hijos, y son muy estrictas.

A Andrea Price no le extrañó que el POTUS no exteriorizase satisfacción. ¿Sabe usted? Tenemos suficientes guardaespaldas para sus hijos. ¡Qué mundo éste!

Dos minutos después, Andrea hablaba con Raman, que estaba a punto de terminar su turno. Había empezado su servicio en la Casa Blanca a las cinco de la madrugada. Como de costumbre, no había novedades. Había sido un día tranquilo en la Casa Blanca.

Raman fue a coger su coche y salió del recinto, después de mostrar su documentación a los agentes que vigilaban la puerta de entrada (cuyas hojas tenían un grosor de veinticinco centímetros, capaz de detener la embestida de un camión volquete). Desde allí pasó a través de las barricadas de cemento de Pennsylvania Avenue, que hasta hacía muy poco había sido una vía pública. Luego, giró al oeste y se dirigió a Georgetown, donde tenía alquilada una buhardilla. Aunque aquella tarde no iría directamente a su casa, sino a Wisconsin Avenue, donde aparcó.

Resultaba divertido que su contacto fuese un vendedor de alfombras. Muchísimos americanos creían que los iraníes eran terroristas, vendedores de alfombras o médicos antipáticos.

Librodot

Aquél había dejado Persia (aunque la mayoría de los americanos no relacionaban las alfombras persas con Irán, como si Irán y Persia fuesen dos países completamente distintos) hacía más de quince años. En una de las paredes de su tienda tenía una fotografía de su hijo, que, como les decía a quienes le preguntaban, murió en la guerra Irán-Irak. Y era cierto. También les contaba a quienes sentían curiosidad que odiaba al gobierno de su antiguo país. Pero eso no era cierto. Era un agente, aunque no un agente cualquiera. No era un «topo» ni un agente «infiltrado». Era un tapado. Nunca había tenido el menor contacto con nadie que, ni remotamente, estuviese relacionado con Teherán. Quizá hubiesen investigado acerca de él, aunque lo más probable era que no. No pertenecía a ninguna asociación; no participaba en manifestaciones; no exteriorizaba ideas políticas de ninguna clase ni hacía más que dedicarse a su próspero negocio (al igual que Raman, ni siquiera iba a ninguna mezquita). Y de hecho nunca se había visto con Raman. De modo que cuando Raman entró por la puerta, su único interés fue pensar cuál de sus artesanales alfombras podía interesar al potencial comprador. Pero en cuanto vio que no había nadie más en la tienda, el supuesto cliente se le acercó.

-El joven de la fotografía de la pared se parece mucho a usted. ¿Es su hijo?

-Sí -contestó el comerciante, con una tristeza que nunca lo abandonaba, por más que su religión prometiese el Paraíso-. Lo mataron en la guerra.

-Muchos perdieron a sus hijos en aquel conflicto. ¿Era un chico religioso?

-¿Qué más da ahora ya? -exclamó el comerciante con expresión abatida.

-Siempre importa -replicó Raman en tono desenfadado.

Ambos se acercaron entonces a dos montones de alfombras. El comerciante levantó los bordes de varias para que se viese el trenzado.

-Estoy preparado. Necesito instrucciones acerca del momento -dijo Raman, que no tenía ningún nombre clave. Había utilizado una frase codificada que sólo tres hombres conocían.

El comerciante no sabía nada más. Tenía que limitarse a repetir las siete palabras que acababa de oír a una tercera persona, aguardar la respuesta y comunicarla a su destinatario.

-¿Le importaría rellenarme una ficha para mi lista de clientes?

Raman lo hizo. Escribió el nombre y la dirección de una persona real. Entre los que figuraban en la guía telefónica, eligió uno que sólo se diferenciaba del suyo en un número. Un puntito debajo del sexto dígito le indicaba al comerciante que a aquel 3 debía sumarle un 1 y marcar un 4. Era una excelente artimaña que el jefe del servicio de inteligencia del sha, la Savak, aprendió de su instructor israelí hacía más de veinte años. No lo había olvidado.

Raro era el habitante de la ciudad santa de Qom que hubiese olvidado nada de aquella época.

22

HUSOS HORARIOS

El tamaño de la Tierra y el epicentro de los puntos de tensión constituían un grave inconveniente. Cuando América se acostaba, en otras partes del mundo despertaban a un nuevo día. Esto era tanto más desventajoso por cuanto quienes le llevaban a EE. UU. ocho o nueve horas de ventaja coincidían con quienes podían tomar decisiones ante las que el resto del mundo debía reaccionar. Por si fuera poco, los efectivos que la prestigiosa CIA tenía en las regiones más sensibles no bastaban para predecir los acontecimientos. Esto hacía que, por ejemplo, las estaciones Palm Bowl y Storm Track no pudiesen informar de mucho más que de lo que decían la prensa y la televisión locales. De modo que, mientras que el presidente de EE. UU. dormía, el personal de inteligencia se afanaba por reunir y analizar información que, cuando llegase a él, correspondería a una jornada de trabajo bastante avanzada, con lo que el análisis no tenía garantías de ser acertado. Pero los agentes de inteligencia que trabajaban en Washington eran, en líneas generales, demasiado veteranos para estar toda la noche de guar-

Librodot

dia, entre otras cosas porque tenían esposa e hijos. Recibían la información por la mañana y, antes de poder pronunciarse, tenían que reunirse y debatir la cuestión, con lo que se retrasaba aún más la presentación de informes vitales para la seguridad nacional.

Esto dejaba la iniciativa al otro bando, que podía adoptar cualquier medida, con repercusiones materiales o sicológicas, con varias horas de ventaja.

Esto afectaba algo menos a Moscú, que llevaba sólo una hora de retraso con respecto a Teherán, y estaba dentro del mismo huso horario que Bagdad. Pero el RVS, sucesor del KGB, se encontraba en la zona en una posición tan precaria como la CIA, privado en ambos países de casi todos sus efectivos de inteligencia. Sin embargo, los problemas de la región afectaban de un modo más cercano a Moscú, como Serguei Golovko tendría ocasión de comprobar cuando su avión aterrizase en Sheremétievo.

El problema más inmediato sería la reconciliación. Los informativos de la mañana de la televisión iraquí anunciaban que el nuevo gobierno de Bagdad había informado a las Naciones Unidas de que concedería plena libertad para inspeccionar cualquier instalación del país a todas las comisiones internacionales. Incluso Irak solicitaba que las inspecciones se realizasen lo antes posible. Aseguraban también que el nuevo gobierno deseaba eliminar todo obstáculo que impidiese el pleno restablecimiento de las relaciones comerciales de su país con el resto del mundo.

Por lo pronto, según los portavoces iraquíes, Irán enviaría convoyes de camiones con alimentos, de acuerdo a la tradicional conducta preconizada por el Islam de socorrer al necesitado. Y por su parte, Irak reiteraba el deseo de volver al seno de la comunidad de las naciones.

En imágenes emitidas desde el centro de la televisión iraquí en Basora, grabadas en vídeo en la estación Palm Bowl, se veía el primer convoy de camiones, cargados de trigo, que pasaba a territorio iraquí por la sinuosa autopista «Shahabad», al pie de las montañas que separaban ambos países. En imágenes posteriores, se veía a los guardias fronterizos iraquíes retirar las barreras y franquearles el paso a los vehículos, mientras sus colegas iraníes observaban tranquilamente desde el otro lado de la frontera, sin armas a la vista.

El personal de la CIA en Langley hizo un cálculo del número de camiones, del tonelaje de la carga y de las hogazas que se podrían confeccionar. Se llegó a la conclusión de que tendrían que hacer muchos más envíos si querían que la ayuda fuese algo más que simbólica. Pero los iraníes preparaban ya envíos por barco, tal como acababan de comprobar los satélites de reconocimiento.

Hacía sólo tres horas que funcionarios de las Naciones Unidas en Ginebra habían recibido con satisfacción la petición de Bagdad. Al momento cursaron órdenes a sus comisiones de inspección, a cuya disposición pusieron las autoridades iraquíes una flota de automóviles Mercedes que, escoltados por coches-patrulla, emprendieron el periplo por sus distintos lugares de destino.

Las dotaciones de los equipos móviles de televisión que los siguieron estuvieron muy amables, y el personal de las instalaciones se mostró encantado de poder explicar todo lo que sabían y de hacer sugerencias respecto de cómo desmantelar plantas de armas químicas camufladas como fábricas de insecticidas.

Luego, Irán pediría una reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad para considerar el levantamiento de las sanciones comerciales aún vigentes. Dos semanas después, la dieta de los iraquíes habría aumentado en, por lo menos, quinientas calorías. El impacto sicológico no era difícil de imaginar. El país que propiciaría la normalización de un país muy rico en petróleo, pero aislado, sería su antiguo enemigo, Irán, que, como siempre, justificaría su ayuda por motivos religiosos.

-Mañana veremos imágenes de reparto gratuito de pan en las mezquitas -aventuró el comandante Sabah.

El militar kuwaití podría haber añadido incluso qué pasajes del Corán leerían en la ocasión, pero sus colegas norteamericanos no eran expertos en el Islam y no habrían captado la ironía.

Librodot

-¿Qué cree usted que ocurrirá en definitiva, señor? -le preguntó el oficial norteamericano que estaba de guardia.

-Que los dos países se unirán -contestó Sabah-. Y muy pronto.

Era innecesario preguntar por qué Irak permitía la inspección de las fábricas de armas que le quedaban (Irán tenía todas las que necesitaba).

La magia no existía. Magia era una palabra que se utilizaba para explicar algo tan hábilmente realizado que no se sabía cómo explicar de otro modo. La más sencilla de las técnicas utilizada por los prestidigitadores consistía en distraer al público con ostensibles movimientos de una mano (por lo general con guante blanco) mientras que con la otra hacían otra cosa. Lo mismo ocurría con las naciones. Y mientras cargaban los camiones y los barcos, y los diplomáticos se reunían, América se despertaba ante la incógnita de lo que ocurría, porque no en vano era ya por la tarde en Teherán.

Los contactos de Badrain eran tan útiles como siempre, y adonde él no llegase, llegaría Daryaei. El reactor comercial, con matrícula de avión privado, despegó del aeropuerto de Mehrabad rumbo este. Primero se dirigió a Afganistán y luego a Pakistán, en un vuelo de dos horas que terminó en la remota población paquistaní de Rutog, en Cachemira, cerca de la frontera hindú.

En Rutog, situada en las montañas Kunlun, vivía una pequeña colonia de chinos de religión musulmana. En la fronteriza ciudad había una base de las Fuerzas Aéreas con algunos cazas MIG de fabricación nacional. El aeródromo no tenía más que una pista, muy alejada del pequeño aeropuerto regional de la ciudad. El emplazamiento era idóneo para todos, pues se encontraba a menos de 1 000 km de Nueva Delhi. Irónicamente, el vuelo más largo procedía de Pekín, que estaba a más de 3 000 km de distancia, aunque el recinto de la base fuese de propiedad china.

Los aparatos aterrizaron con sólo unos minutos de diferencia, poco después de la puesta del sol. Varios vehículos militares condujeron a los ocupantes a la sala de descanso destinada a las dotaciones de los MIG nacionales.

El ayatollah Mahmoud Haji Daryaei estaba acostumbrado a moverse por dependencias más limpias. Lo peor era que olía a guisos de cerdo, propios de la dieta china, que a él le resultaban nauseabundos. Pero hizo de tripas corazón, porque no era el primer creyente que tenía que tratar con paganos e infieles.

La primera ministra hindú era una mujer cordial. Conoció a Daryaei en una conferencia sobre comercio regional. Le parecía un hombre retraído y misántropo. Y a juzgar por el talante que observaba ahora en él, no había cambiado mucho.

El último en llegar fue Zhang Han San, a quien la mandataria hindú también conocía. Era un hombre regordete de aspecto risueño (esa impresión daba hasta que uno se fijaba bien en sus ojos). Incluso cuando bromeaba, lo hacía con la intención de aprender algo de sus «colegas» (entre comillas, porque él era el único de los tres de quienes los otros dos ignoraban cuál era su verdadero trabajo). De lo que no cabía duda era de que hablaba con autoridad. Y como su país era el más poderoso de los tres, no podía considerarse ofensivo que un simple ministro sin cartera tratase con jefes de Estado.

-Perdonen que no estuviese ya aquí al llegar ustedes. También lamento la... irregularidad del protocolo -dijo Zhang.

Entretanto, les sirvieron té y unos aperitivos, porque no hubo tiempo de preparar una verdadera cena.

-No se preocupe -dijo Daryaei-. Las prisas siempre tienen inconvenientes. Por mi parte, le estoy Muy agradecido por su disposición a entrevistarse conmigo en circunstancias tan especiales. Y también le estoy agradecido a usted, señora primera ministra, por unirse a nosotros. Estoy seguro de que Dios bendice esta reunión.

-Le felicito por los acontecimientos de Irak -dijo Zhang-. Debe de sentirse muy satisfecho, después de tantos años de discordia entre sus dos países.

«Sí -pensó la hindú tras tomar un sorbo de té-. Ha sido muy inteligente por su parte asesinar al dictador de manera tan oportuna. »

-Y bien, ¿en qué podría serles útil? -preguntó ella, con lo que le concedía a Irán y a Daryaei la iniciativa, ante el callado enojo del chino.

-Hace poco que se ha entrevistado usted con Jack Ryan. Me gustaría conocer sus impresiones.

-No da la talla para tan alto cargo -contestó la hindú sin vacilar-. No hay más que pensar en el discurso que pronunció en el funeral. Habría sido más adecuado para una ceremonia familiar privada. De un presidente se espera algo de más envergadura. En la recepción posterior, estuvo nervioso e inquieto. Y su esposa, que es médica, tiene la arrogancia que suele caracterizar a los de su profesión.

-A mí me causó la misma impresión cuando lo conocí hace años -convino Daryaei.

-Y sin embargo controla un gran país -comentó Zhang.

-¿De veras? -exclamó el iraní-. ¿De verdad es Estados Unidos todavía un gran país? Porque ¿de dónde procede la grandeza de un país, sino de la grandeza de sus líderes?

Los interlocutores de Daryaei se percataron en seguida de que aquél iba a ser el único punto que el iraní traía en su agenda.

« ¡Madre mía! -pensó Jack-. ¡Qué solo se siente uno aquí! »

Cuando se quedaba a solas en su despacho de curvas paredes y labradas puertas de madera, de casi ocho centímetros de espesor, lo asaltaba la misma idea.

Aunque desde hacía tiempo se ponía las gafas para leer (por consejo de Cathy), seguía padeciendo jaquecas. Y no era porque no estuviese acostumbrado a hacerlo. Todos los cargos que había desempeñado a lo largo de los últimos quince años exigían leer mucho. Pero las recurrentes jaquecas eran algo nuevo. Quizá debiese ir al médico, aparte de comentárselo a Cathy. Pero no. Era puro estrés, debido al exceso de trabajo. Tendría que acostumbrarse.

«Pues claro que sí: no es más que estrés. Y el cáncer es una enfermedad como otra cualquiera.»

Lo que más le urgía era leer un informe sobre la postura a adoptar, redactado por la oficina política. Resultaba divertido, aunque nada tranquilizador, que no supiesen qué aconsejarle.

Ryan no había pertenecido nunca a ningún partido político. Esto le había evitado tener que recibir cartas pidiendo tratos de favor por parte de los partidos organizados. Lo que nunca dejaban de hacer, ni él ni Cathy, era marcar con una equis la casilla reservada a contribuir a los fondos reservados del gobierno.

Sin embargo, no sólo se daba por sentado que el presidente pertenecía a un partido político, sino que era el líder de ese partido. Pero los partidos habían quedado aún más decapitados que los tres poderes del Estado, que seguían teniendo un presidente, aunque ninguno de ellos supiese qué hacer en aquellos momentos.

Durante unos días, se dio por supuesto que Ryan era miembro del mismo partido que Roger Durling. Pero la prensa terminó por descubrir que no era así, con la consiguiente contrariedad del establishment de Washington, que había dejado escapar más de una escatológica exclamación. Para los washingtonianos expertos en ideologías era como el chiste del sordo y el tonto: «Cuántas son dos y tres», preguntaba el sordo. «Seis», contestaba el tonto. «Por el culo te la hinco», decía el sordo.

El informe sobre la toma de posición que le aconsejaban sus asesores resultaba tan caótico como era de esperar. Lo había redactado un equipo de cinco analistas políticos profesionales (se apreciaba claramente quién había escrito cada párrafo). Cada uno tiraba por su lado, como en el juego de la cuerda. Incluso su personal de inteligencia lo hacía mejor, se dijo Jack, que tiró el informe a la papelera y deseó, por enésima vez, fumar un cigarrillo. Estaba seguro de que también eso se debía al estrés.

Pero aquello no iba a evitarle asistir a los mítines (una palabrita cuyo significado nunca

Librodot

había acabado de entender) y hacer campaña o, por lo menos, pronunciar discursos. O algo parecido. Los informes orientativos para las declaraciones presidenciales no habían sido precisamente muy claros al respecto. Después de haberse puesto en el disparadero sobre la cuestión del aborto (en un tiovivo, según expresión de Arnie Van Damm, que volvió a reñirlo con acritud el día anterior para reforzar el varapalo del primer día), Jack tendría ahora que clarificar su postura sobre multitud de cuestiones: medidas inmediatas de gobierno, estado del bienestar, política fiscal, medio ambiente y quién sabe cuántas más. Una vez que tuviese claro cuál era su postura sobre las cuestiones más importantes, Callie Weston le escribiría una serie de discursos que tendría que pronunciar en un periplo desde Seatle hasta Miami (Hawai y Alaska se dejaban a un lado, porque tenían escasa importancia política y eran polos opuestos en términos ideológicos. No harían más que complicar las cosas, o por lo menos eso decían los informes previos).

-¿Y por qué no puedo limitarme a quedarme aquí a trabajar, Arnie? -preguntó Ryan en cuanto su jefe de Estado Mayor entró por la puerta.

-Porque lo de ahí fuera también es trabajo, señor presidente -contestó Van Damm, que se sentó en un sillón, dispuesto a dar una de sus clases-. Usted mismo señaló: «Es misión del liderazgo... » ¿No fueron ésas sus palabras? -añadió en tono sarcástico-. Y liderar significa confraternizar con la tropa, o sea, en este caso, con los ciudadanos. ¿Está claro, señor presidente?

-Se lo pasa usted «bomba» con esto, ¿verdad? -dijo Jack, que cerró los ojos y se frotó los párpados por debajo de las gafas (detestaba tener que llevarlas).

-Ya... Poco más o menos, como usted -replicó no sin razón el sufrido Arnold.

-Perdone.

-A la mayoría de quienes ocupan cargos en esta santa casa, les encanta poder escapar de este museo y encontrarse con personas de carne y hueso; aunque, claro está, esto ponga a Andrea Price «de los nervios». Ella y su Servicio Secreto vivirían mucho más felices si no se moviese usted de aquí. Pero ¿no cree que esto es muy parecido a una cárcel?

-Menos cuando duermo.

-Pues entonces, salga. Vea gente. Dígales lo que piensa. Dígales lo que quiere. Y puede que hasta lo escuchen. A lo mejor, incluso le dan su opinión y aprende algo. En cualquier caso, lo que no puede hacer es ser presidente y no hacerlo.

-¿Ha leído esto? -preguntó Jack, mostrándole uno de los informes del equipo de analistas.

-Sí -contestó Arnie.

-¿Cómo se lo diría a usted finamente? Es... una mierda -dijo Jack Ryan.

-Verá... Es un documento político. ¿Desde cuándo ha sido la política algo coherente o razonable? -exclamó Arnie-. Las personas para quienes he trabajado, a lo largo de los últimos veinte años, mamaron todo esto. Aunque quizá fuesen todos unos destetados.

-¿Cómo?

-Sí, hombre, algunos los llaman «beberones». Pregúntele a Cathy. Es una de esas teorías behavioristas; antes se decía conductistas. Pregúntele, y ya verá. Es ese «comecocos» de los new agers que pretende explicarlo todo a todo el mundo en toda circunstancia. Como mamita no los amamantó, no se criaron como es debido, y se sintieron rechazados. Para resarcirse, van por ahí a soltar discursos, a regalarle los oídos a la gente para ganarse el amor y la devoción que sus madres les negaron. Aparte de que las personas como Kealty quieren, además, que las «encamen» continuamente. En cambio, los mamones se hacen médicos, o rabin...

-¡Es la leche! -exclamó el presidente.

-Ya sé qué se nos olvidó al fundar este país -comentó Van Damm, que prosiguió por el mismo tenor al ver que Ryan lo tomaba a buenas.

-Bueno... ya que tanto le divierte, siga usted, siga -dijo Jack, muerto de risa por dentro. Estaba claro que Arnie Van Damm era un buen pedagogo.

-Un bufón de la corte, con cartera ministerial. Ya sabe... un enanito (una de esas perso-

nas que tiene buenas razones para llegar muy alto), con unas mallas de vivos colores y un estrafalario sombrero con cascabeles. Hay que reservarle un taburete cerca del sillón, y aproximadamente cada cuarto de hora debe saltar a su mesa y hacer sonar los cascabeles en su cara, sólo para recordarle que han de darse un respiro de vez en cuando, al igual que todos los demás. ¿Me capta, Jack?

-No -reconoció el presidente.

-¡No sea gilipollas! ¡Este cargo también puede ser agradable, joder! Salir a confraternizar con sus conciudadanos es agradable. Enterarse de lo que desean es importante, pero también tiene algo de jubiloso. Los ciudadanos quieren tener motivos para estimarlo, Jack. Quieren apoyarlo. Quieren saber lo que usted piensa. Y por encima de todo, quieren saber que es usted uno de ellos, y ¿sabe qué? Es usted el primer presidente en mucho, muchísimo tiempo, que de verdad es como ellos. Así que deje de calentar tanto el asiento. Dígales a sus «angelópteros» que calienten motores y juegue a sobrevolarse.

El jacarandoso jefe de Estado Mayor no tuvo que añadir que el presidente tendría que hacerle caso, aunque no quisiera, porque así lo exigía la agenda del cargo que había jurado.

-Dudo que lo que yo pueda decir, o creer, le guste a todo el mundo, Arnie. Y no estoy dispuesto a mentirle a la gente para bailarle el agua o cosechar votos. Ni hablar.

-¿Y quién le ha dicho que ha de gustarle usted a todo el mundo? -preguntó Van Damm en tono sarcástico-. La mayoría de los presidentes se habrían dado con un canto en los dientes de poder contar con la aprobación del cincuenta y uno por ciento. Muchos han tenido que conformarse con menos. ¿Sabe por qué le reproché su declaración sobre el aborto? Porque era confusa.

-No, no era confusa. Yo...

-¿Va a escuchar usted a su profesor o no?

-Está bien, siga -dijo el presidente.

-Por lo pronto, el cuarenta por ciento de los votantes les vota a los demócratas, y otro cuarenta por ciento, a los republicanos. De ese ochenta por ciento, la mayoría no cambiaría su voto aunque Adolf Hitler se enfrentase a Abe Lincoln o a F. Delano Roosevelt.

-Pero ¿por qué?

Arnold Van Damm empezaba a exasperarse.

-¿Por qué es azul el cielo, Jack? Es azul y punto, ¿no? Supongo que un astrónomo podría explicarlo. De todas formas, lo importante es que es azul. Ciñámonos al hecho: el veinte por ciento de los votantes oscila de uno a otro bando. Quizá sean ellos los verdaderamente independientes, como usted. Ese veinte por ciento controla los destinos del país, y si quiere usted que las cosas se encaucen a su manera, es a esas personas a las que tiene que ganarse. Pues bien, ahí está lo curioso: a ese veinte por ciento no le importa demasiado lo que usted opine.

El jefe de Estado Mayor rubricó su argumentación con una forzada sonrisa.

-Pero es que...

-No deja usted de interrumpir a su profesor -lo atajó Arnie alzando la mano-. Al ochenta por ciento, que vota de acuerdo a las consignas de los partidos, le tiene sin cuidado la personalidad de los líderes. Vota al partido, porque cree en la filosofía política de ese partido, o por tradición familiar. Las razones importan poco. Es así, y punto. Es un hecho. Acéptelo. Pero volvamos ahora a ese veinte por ciento que sí importa. Les importa menos lo que usted crea que creer en usted. Y ahí radica su ventaja, señor presidente. Políticamente hablando, se mueve usted tan a sus anchas en este despacho como un novillo en una cacharrería. Pero es usted de una pieza. Y eso es lo que tenemos que explotar.

Ryan frunció el entrecejo al oír lo de «explotar». Pero en esta ocasión optó por no interrumpir.

-Limítese a decirle a la gente lo que usted cree. Hágalo de un modo directo y sencillo. Las buenas ideas se expresan con sencillez y claridad. Expréselas de modo coherente. Ese veinte por ciento necesita creer que usted cree en lo que dice. ¿Respeta usted a quien dice lo

Librodot

que piensa aunque esté en desacuerdo?

-Por supuesto que sí. Eso es precisamente...

-... lo que todo hombre debería hacer -se permitió decir Arnie adivinándole el pensamiento a Jack-. Y eso es lo que hace ese veinte por ciento. Ellos lo respetarán y lo apoyarán aunque en algunas cuestiones estén en desacuerdo con usted. ¿Por qué? Porque creerán en su sinceridad. La gente quiere que este despacho lo ocupe un hombre de carácter, un hombre íntegro en el que confiar caso de que las cosas se tuerzan. Alguien que enderece la nave.

-Parece mentira, ¿verdad? -exclamó Jack con una socarrona sonrisa.

-El resto es envoltorio. Y no se puede separar el envoltorio de la manipulación, ¿verdad? No hay nada malo en actuar con inteligencia para hacer valer las propias ideas. En el libro que escribió usted acerca de Halsey, Marino de guerra, eligió cuidadosamente las palabras para exponer sus ideas, ¿no es así?

-Claro.

-Pues otro tanto debe hacer con sus ideas políticas ahora. Y puesto que se trata de ideas más importantes, debe esmerarse tanto más en la presentación.

El jefe de Estado Mayor sonrió para sus adentros, convencido de que su alumno aprovecharía la lección.

-¿Con cuántas de mis ideas está usted de acuerdo, Arnie?

-No con todas. Creo que en lo del aborto se equivoca usted. Una mujer tiene derecho a elegir. Pero verá, señor presidente, no he dudado de su honestidad ni por un momento. No puedo decirle lo que debe creer, pero usted sabe escuchar. Quiero a este país, Jack. Mi familia huyó de los Países Bajos, cruzó el paso de Calais en barca cuando yo tenía trece años. Todavía recuerdo que eché hasta la primera papilla.

-¿Es usted judío? -preguntó Jack.

-No. Mi padre estuvo en la Resistencia, lo delató un alemán infiltrado y tuvo que huir. De lo contrario, lo habrían fusilado y mi madre y yo hubiésemos terminado en el mismo campo de concentración que Anne Frank. Pero nuestra huida le hizo un flaco favor a la familia. Mi padre se llamaba Willem, y cuando la guerra hubo terminado, decidió venir aquí. Yo crecí oyendo hablar de continuo de la madre patria, y de lo distinto que era América. Y de hecho es muy distinto. Quise ser lo que soy para proteger el sistema. Y ¿qué es lo que hace que América sea distinta? Supongo que la Constitución. Las personas cambian; cambian los gobiernos; las ideologías cambian. Pero la Constitución permanece prácticamente inalterada. Estoy seguro de que tratará usted de hacer siempre lo que sea más justo. Y mi trabajo consiste en protegerlo para que pueda hacer el suyo. Esto significa que usted debe escuchar y, también, tener que hacer, a veces, cosas que no le gusten. Pero es que este cargo, señor presidente, tiene sus propias reglas. Y a ellas se ha de atener -concluyó el jefe de Estado Mayor en tono pausado.

-¿Qué tal vengo haciéndolo, Arnie? -preguntó Ryan tratando de asimilar la más larga lección de la semana.

-Nada mal. Sin embargo, tiene que hacerlo mejor. Kealty sigue siendo un engorro más que una verdadera amenaza para nosotros. Si usted se deja ver, y actúa con verdadero talante presidencial, lo marginará aún más. Y ahora otra cosa: en cuanto usted empiece a dejarse ver, le preguntarán por la reelección. ¿Qué dirá usted?

-No quiero este cargo, Arnie. Que lo ocupe otro cuando...

-Pues en tal caso lo tiene usted muy mal. Nadie lo tomará en serio. No conseguirá suficientes apoyos en el Congreso. Se verá maniatado e imposibilitado para hacer todo lo que se propone. Se convertirá en políticamente inoperante. Y el país no puede permitírselo, señor presidente. Los gobiernos extranjeros (están regidos por políticos, no lo olvide) tampoco lo tomarán en serio. Y esto afecta a la seguridad nacional, tanto a corto como a largo plazo. Así, ¿qué contestará cuando los periodistas le hagan esa pregunta?

El presidente se sentía como un escolar que levantase la mano en el aula.

-¿Que aún no lo he decidido?

-Exacto. Que está volcado en reconstituir el gobierno y que ésa es una cuestión sobre la

que se pronunciará a su debido tiempo. Yo me encargaré de filtrar con discreción que considera usted la posibilidad de seguir en el cargo. Que cree que, ante todo, se debe a su país. Cuando los periodistas insistan en la pregunta, usted insistirá en la respuesta. Esto, a su vez, entraña un mensaje para los gobiernos extranjeros; un mensaje que entenderán y que tomarán en serio. Y el pueblo americano también lo entenderá y lo respetará. Las elecciones primarias de ambos partidos no las ganarán los outsiders que no resultaron muertos en el Capitolio. Las bases votarán listas abiertas. No estaría de más que hablase usted sobre la cuestión. Lo comentaré con Callie, a ver qué opina.

El jefe de Estado Mayor trataba de simplificar las cosas al máximo. Fuese cual fuese la postura que adoptase Ryan sobre cada cuestión, no menos del cuarenta por ciento de la población se opondría. Lo curioso, acerca del veinte por ciento sobre el que tanto insistía Arnold Van Damm, era que cubría todo el espectro político. Parte de ese porcentaje expresaría su oposición ruidosamente y, en este sentido, en nada se diferenciaría del cuarenta por ciento fiel a una determinada postura ideológica, aunque al final votase más a una persona que a una idea. Siempre procedían así, como gente de bien que eran. Se guiaban más por lo que convenía al país que por sus prejuicios.

Arnie miró al presidente y se percató de que trataba de encajar mentalmente todas las piezas del rompecabezas de ideas que acababa de oír. Lo más lógico es que lo consiguiera, porque era un hombre que sabía escuchar y un excelente analista de información. Sin embargo, no acabaría de ver con claridad cuál era la conclusión. Sólo Arnie y acaso Callie Weston veían tan lejos. En las pasadas semanas, Van Damm había llegado a la conclusión de que Jack tenía talla para ser un buen presidente. Por lo tanto, procuraría conseguir que Jack Ryan permaneciese en el cargo.

-No podemos hacer eso -protestó la primera ministra hindú (y con razón)-. La Armada norteamericana acaba de darnos una buena lección.

-Muy dura, ciertamente -convino Zhang-. Sin embargo, no ha causado daños irreparables. Creo que las unidades dañadas estarán reparadas en un par de semanas.

Las palabras del representante chino dejaron perpleja a la primera ministra, porque ni siquiera ella tuvo información de aquello hasta sólo unos días antes. Las reparaciones consumirían una parte considerable del presupuesto anual de la Armada hindú, que había sido su principal preocupación. No era frecuente que un país extranjero, con el que tantos conflictos armados habían tenido, revelase tener fuentes de información en su gobierno.

-Estados Unidos no es más que fachada; un gigante enfermo del corazón y con lesiones cerebrales -dijo Daryaei-. Así nos lo dijo usted misma, señora primera ministra. El presidente Ryan no da la talla para tan alto cargo. Si le hacemos la labor más compleja y difícil, América perderá su capacidad para inmiscuirse en nuestros asuntos durante el tiempo suficiente como para poder cumplir con nuestros objetivos. El gobierno americano está paralizado y lo seguirá estando durante varias semanas. Todo lo que debemos hacer es agravar la parálisis.

-¿Y eso cómo se hace? -preguntó la primera ministra hindú.

-Por el simple procedimiento de reforzar sus compromisos, a la vez que se perturba su estabilidad interna. De lo uno ya se encargará usted con sus manifestaciones; de lo otro, me encargaré yo. Y creo que es mejor que no le dé a conocer a usted los detalles.

Zhang tuvo que dominarse para no dejar -traslucir sus pensamientos. No estaba acostumbrado a tratar con personas más implacables que él. Y... desde luego que no: no quería saber lo que Daryaei tenía en la cabeza. Mejor que fuese otro país el que cometiese un acto de guerra.

-Siga usted, siga -dijo el chino a la vez que sacaba un cigarrillo del bolsillo interior de la chaqueta.

-Representamos a tres países con gran potencial y muchas necesidades. India y China están superpobladas y necesitan espacio vital y recursos. Pronto tendré recursos, el capital que éstos aportan, y también la capacidad de decidir cómo se distribuyen los recursos y el capital.

La Unión de Repúblicas Islámicas se convertirá en una gran potencia. Ustedes representan a países que ya son grandes potencias. Hace demasiado tiempo que Occidente domina a Oriente...

Daryaei se interrumpió un momento y miró a Zhang con fijeza.

-... nosotros tenemos, al norte, un cadáver putrefacto. En sus entrañas viven millones de fieles que necesitan ser liberados. Pero en ese norte también hay espacio y recursos que su país necesita. Ese espacio se lo ofrezco a usted, si a cambio me concede usted las tierras de los fieles...

El iraní hizo una nueva pausa y miró entonces a la primera ministra hindú.

-Al sur de ustedes se encuentra un continente vacío, con el espacio y los recursos que necesitan. Por su colaboración, creo que la Unión de Repúblicas Islámicas y la República Popular están dispuestas a ofrecerle protección. Y de cada uno de ustedes sólo voy a pedir discreta cooperación, sin correr directamente riesgos.

La primera ministra se dijo que ya había oído eso antes. Pero sus necesidades seguían siendo las mismas. El papel de China sería actuar como elemento de distracción, sin correr verdaderos riesgos. Irán... (porque a Irán se reducía esa Unión de Repúblicas Islámicas, pensó el representante chino) sería quien corriese con todos los riesgos, mejor o peor calculados. A su regreso a Pekín, Zhang haría sus propias estimaciones sobre la correlación de fuerzas.

-Como es obvio no pido compromisos en estos momentos. Primero, deberán ustedes asegurarse de que mis posibilidades son reales y mis intenciones serias. Lo que sí les pido es que consideren atentamente mi informal proposición de alianza.

-Pakistán -pidió la primera ministra.

A Zhang le pareció una torpeza que la hindú dejase ver sus cartas con tal facilidad.

-Hace demasiado tiempo que el gobierno de Islamabad es un títere de los americanos. No es de fiar -contestó de inmediato Daryaei, que ya había pensado en ello, aunque no esperaba que la primera ministra se descarase tan pronto.

Aquella mujer odiaba a los americanos tanto como él. Y como era natural, la «lección», como ella misma había llamado a la derrota de su Armada, debía de herir su orgullo más de lo que sus diplomáticos aseguraban. Era muy característico de las mujeres ponerle un alto precio a su orgullo. También era una debilidad. Excelente, pensó Daryaei mirando a Zhang.

-Nuestros acuerdos con Pakistán son únicamente comerciales y, por lo tanto, susceptibles de modificación -comentó el representante chino, encantado también de que la hindú diese muestras de debilidad.

La culpa no era más que de la propia primera ministra. Ella fue quien comprometió fuerzas en combate, en un enfrentamiento naval para apoyar el infructuoso ataque de Japón a EE. UU. En cambio, China no hizo nada y, por consiguiente, nada arriesgó. Salió de la guerra «indemne», tanto en el plano militar como en el político. Ni los superiores de Zhang más exigentes no pusieron ninguna objeción a su intervención, por fallida que fuese. Y ahora, de nuevo, serían otros quienes corriesen el riesgo. La Unión India se limitaría a un apoyo pacífico, y China no tendría que hacer más que insistir en su política anterior, que nada tenía que ver con la nueva URI. No era más que un modo de poner a prueba al nuevo presidente americano, como hacían siempre que una nueva administración ocupaba la Casa Blanca. Además, Taiwan seguía siendo una pejiguera. La situación era curiosa: Irán, motivado nada menos que por la religión, y la Unión India por la codicia y la ira. Bien. China pensaba a largo plazo en lo que de verdad importaba, pero con su acostumbrada circunspección y frialdad. El objetivo de Irán era inequívoco. Si Daryaei estaba dispuesto a ir a la guerra para alcanzarlo, ¿por qué no limitarse a observar y confiar en que tuviese éxito? No pensaba comprometer a su país en aquellos momentos. ¿Por qué aparentar excesiva ambición? La ambición cegaba a la mandataria hindú hasta el punto de impedirle ver algo obvio: si Daryaei tenía éxito, no era descartable que Pakistán pidiese el ingreso en la Unión de Repúblicas Islámicas, en cuyo caso la Unión India quedaría aislada y vulnerable.

Era peligroso convertirse en vasallo, tanto más si tenía uno aspiraciones de ascender a

Librodot

un nivel más alto (pero sin los suficientes medios para conseguirlo). Había que tener mucho cuidado en la elección de aliados. La gratitud entre las naciones era como una flor de invernadero, que se marchitaba fácilmente al verse expuesta al mundo real.

La primera ministra asintió con la cabeza, como felicitándose por su anticipada «victoria» sobre Pakistán. No necesitaba añadir nada más.

-En tal caso, amigos míos, les agradezco su amable disposición a entrevistarse conmigo, y con su permiso, me retiraré.

Los tres se levantaron entonces, se estrecharon la mano y salie

ron de la estancia. Minutos después, el aparato de Daryaei despegaba de la agrietada pista del aeródromo. El mullah sintió la tentación de pedir café, pero se abstuvo. Quería dormir unas cuantas horas antes de sus rezos matinales. Aunque primero...

-Sus predicciones han resultado ser acertadas.

-Los soviéticos llamaban a esto «condiciones objetivas». Lo esencial es reunir mucha información y analizarla exhaustivamente. Y es lo que yo he hecho.

-Así lo he comprobado. Su próxima tarea será esbozar ciertas operaciones.

Y tras decir esto, reclinó el asiento hacia atrás y cerró los ojos, preguntándose si volvería a soñar con leones muertos.

Pese a lo mucho que deseaba volver a ejercer la medicina clínica, Pierre Alexandre no era un entusiasta de la misma, sobre todo si tenía que asistir a enfermos incurables. El oficial del Ejército que había en él imaginaba que aquello era como defender una plaza indefendible. Por más que hiciese, por más acertadas que fuesen sus iniciativas, no había nada que hacer.

Tenía que ocuparse de tres enfermos de sida, tres homosexuales de unos treinta años con menos de un año de vida por delante.

Alexandre era un hombre bastante religioso que no veía con buenos ojos el estilo de vida de los homosexuales. Sin embargo, también pensaba que nadie merecía semejante muerte; y aunque la mereciesen, él era médico y no un dios que impartiese su justicia.

El médico salió del ascensor exasperado, dictando notas sobre sus pacientes a un minimagnetófono.

Parte de la labor de un médico consistía en compartimentar su vida. Los tres enfermos ingresados en su unidad seguirían allí al día siguiente. No necesitarían asistencia urgente aquella noche. Dejar a un lado los problemas de sus pacientes no era crueldad; era parte de su obligación profesional. Su única esperanza dependía de su capacidad de distanciamiento, para concentrarse en la investigación de los letales microorganismos.

El doctor Alexandre le entregó el casete a su secretaria, que mecanografiaría sus notas.

-Ha llamado el doctor Lorenz -dijo ella.

Nada más sentarse, Pierre Alexandre marcó de memoria el número de Lorenz.

-Diga.

-¿Gus? Soy Alex, del John Hopkins.

-¿Qué tal se le da la pesca últimamente, coronel?

-¿Querrá creer que aún no he tenido tiempo de ir ningún día? Ralph me tiene hasta las cejas de trabajo.

-¿Qué quería? Ha sido usted el que ha llamado primero, ¿no?

-dijo Lorenz. Porque se habían llamado tantas veces que ya no estaba seguro de quién hizo la primera llamada (otra señal de que era un hombre que trabajaba demasiado).

-Sí, lo he llamado yo, Gus. Ralph me ha hablado de su nuevo enfoque para analizar la estructura del Ébola... Debido a ese minibrote del Congo, ¿verdad?

-Pues... estaría en ello si no me hubiesen robado mis monos -dijo con amargura el director del Centro de Control de Enfermedades Infecciosas-. El nuevo envío debe llegar aquí dentro de un par de días, o por lo menos eso me han asegurado.

-¿Se los han robado del laboratorio? -exclamó Alexandre perplejo.

Los laboratorios que utilizaban animales para sus investigaciones se enfrentaban al en-

Librodot

gorroso problema de que de vez en cuando los fanáticos de los derechos de los animales tratasen de irrumpir en sus instalaciones para «liberarlos». El día menos pensado, al menor descuido, algún gilipollas se llevaría bajo el brazo un mono sin saber que padecía la fiebre de Lassa... o algo peor.

¿Cómo puñeta iban los médicos a estudiar a los malditos virus sin animales? ¿Quién había dicho que un mono era más importante que un ser humano? La contestación era bien sencilla: en EE. UU. había gente que creía en las cosas más inverosímiles, y existía el derecho constitucional a ser burro. Debido a esto, el Centro de Control de Enfermedades Infecciosas, el John Hopkins, y otros centros dedicados a la investigación tenían vigilantes de seguridad armados para proteger las jaulas de los monos. E incluso las de los conejillos de Indias.

-No, me los birlaron en África, por así decirlo. Hay alguien que debe de estar jugando con ellos, Dios sabe a qué. El caso es que me ha atrasado una semana. Aunque, bah... total, llevo quince años estudiando a ese cabroncete.

-¿Qué antigüedad tiene la muestra?

-Pertenece al «enfermo Cero». Identificación positiva. Se trata del Ébola Zaire, variedad Mayinga. Tenemos otra muestra de la única otra víctima, la que desapareció....

-¿Qué? -exclamó Alexandre alarmado.

-El avión en la que la transportaban se ha estrellado en el mar sin que se haya logrado rescatarlo. Está claro que la trasladaban a París para que la viese el doctor Rousseau. No ha habido más casos, Alex. Por una vez, nos hemos librado -le aseguró Lorenz a su joven colega.

«Mejor morir en un accidente aéreo que agonizar desangrándose por culpa de ese cabrón», pensó Alexandre que, cada vez que lo pensaba, juraba más que un cabo de ejército.

-Bueno...

-Aún no me ha dicho por qué ha llamado.

-Por los polinomios -dijo Alex.

-¿Polinomios? -exclamó el doctor Gustav Lorenz.

-Si termina usted el mapa genético del virus, podríamos pensar en hacer un análisis matemático de la estructura.

-Llevo tiempo dándole vueltas a esa idea. Pero en estos momentos lo que me interesa es observar el ciclo reproductivo y...

-Exactamente, Gus: la naturaleza matemática de la interacción. He hablado con una colega de aquí, especialista en cirugía oftálmica. ¿Increíble, no? Y me ha dicho algo muy interesante. Si los aminoácidos tienen un valor matemático cuantificable (y deberían tenerlo), entonces su manera de interrelacionarse con otras asociaciones de nucleótidos puede revelarnos algo.

Alexandre hizo una pausa y oyó el crepitar de la llamarada de una cerilla. Ya volvía Gus a fumar en pipa en su despacho.

-Siga, siga...

-¿Y si fuese como usted cree? ¿Se reduciría todo a dar con una ecuación? Subsistiría el problema de interpretarla, ¿no? ¿Cómo lo haríamos? En fin... Ralph me ha hablado de su estudio sobre los ciclos temporales. Creo que va bien encaminado. Si dispusiésemos del mapa del ácido ribonucleico del virus, teniendo el mapa del ADN del hospedante podríamos...

-¡Claro! -exclamó Gus-. Las interacciones nos revelarían algo acerca de los valores de los elementos del polinomio...

-Y eso nos diría mucho acerca de cómo se reproduce el cabroncete, y acaso...

-¡Cómo atacarlo! -exclamó Gus tras exhalar una bocanada de humo-. Me gusta, Alex, me gusta.

-Es usted el mejor en este campo, Gus. Creo que su investigación va por buen camino.

-Pero falta algo.

-Siempre falta algo.

-Déjeme que siga pensando en esto un par de días y lo llamaré. Muy bien, Alex, muy bien.

-Gracias. Muchas gracias, Gus.

El profesor Pierre Alexandre colgó el teléfono, seguro de haber cumplido con su deber para con la ciencia médica por aquel día. No era gran cosa, aparte de que, en efecto, faltaba algo en aquel planteamiento.

23

EXPERIMENTOS

La normalización de los poderes del Estado transcurría con cierta lentitud. El presidente Ryan tuvo que reunirse con otro grupo de nuevos senadores (algunos gobernadores nombraron poco menos que comisiones investigadoras, que analizaron con lupa la lista de candidatos antes de pronunciarse). Esto sorprendió en los medios políticos de Washington, acostumbrados a que el ejecutivo de todos los estados nombrase sustituto en cuanto se enfriaba el cadáver de un senador fallecido (por lo visto, el discurso de Ryan no cayó del todo en saco roto).

Ocho gobernadores comprendieron que aquella situación era única y que, por lo tanto, había que abordarla de manera distinta, con lo que se ganaron el aplauso de la prensa de sus respectivos estados y, en más de un caso, de los medios de comunicación en pleno.

El primer viaje político de Jack Ryan tuvo carácter experimental. Madrugó, les dio un beso a los niños y a su esposa antes de salir y, poco antes de las 7.00, subió al helicóptero que lo aguardaba en el South Lawn. Diez minutos después, bajaba del helicóptero para embarcarse en el avión presidencial, técnicamente designado por el Pentágono como un VC-25A, un 747 habilitado para ajustarse a las necesidades del presidente, con un coste excesivo.

Jack Ryan embarcó justo en el mismo momento en que el piloto, un coronel ya mayor, hacía las comprobaciones previas al vuelo. Al mirar hacia atrás, Ryan vio a no menos de ochenta periodistas, que se ajustaban los cinturones en sus asientos de superlujo (la verdad era que no todos se molestaron en ajustárselo, porque el «Air Force One», como llamaban también al avión presidencial, solía moverse menos que un transatlántico en un mar en calma).

Al darse la vuelta, para seguir hacia adelante oyó que alguien exclamaba:

-¡Y está prohibido fumar!

-¿Quién ha dicho eso? -preguntó el presidente.

-Uno de la tele -contestó Andrea Price-. Cree que el avión es suyo.

-En cierto modo lo es -señaló Arnie-. No lo olvide.

-Es Tom Donner, presentador de la NBC -añadió Callie Weston-. Usa más laca que yo, lleva peluquín y se tira pedos.

-Por aquí, señor presidente -dijo Andrea Price señalando hacia adelante.

La cabina del presidente se hallaba a proa, junto a la de los pilotos. Tenía mullidos sillones y dos sofás-cama para los viajes muy largos. Jack se sentó y se ajustó el cinturón de seguridad bajo la atenta mirada de Andrea.

Aunque los pasajeros se saltaban prácticamente todas las normas de seguridad (al Servicio Secreto no le preocupaban los periodistas), el POTUS tenía que cumplirlas. Cuando el presidente estuvo acomodado, Andrea llamó por señas a un tripulante, que cogió un teléfono y le dijo al piloto que podía iniciar las maniobras previas al despegue.

Los motores se pusieron en seguida en marcha. Jack había perdido casi por completo su miedo a volar, pero el despegue aún lo impresionaba. Solía cerrar los ojos y elevaba mentalmente una plegaria (años antes casi la susurraba) por la seguridad de todos los que iban a bordo (pensaba que Dios lo tacharía de egoísta si rezaba sólo por él).

El aparato empezó a deslizarse por la pista a mayor velocidad de lo que era normal en un 747, porque llevaba muy poco peso.

-Bueno... ya está -dijo Arnie en cuanto el morro del reactor se elevó.

El presidente tuvo buen cuidado en no crispar las manos en los brazos del asiento, como

Librodot

solía hacer.

-Será sencillo -prosiguió Arnie-. Indianápolis, Oklahoma y de vuelta a casa para cenar. La gente le dispensará un buen recibimiento. Es tan reaccionaria como usted -añadió guiñándole el ojo-. De modo que no tiene por qué preocuparse.

La agente especial Andrea Price, que durante el despegue ocupaba el mismo compartimiento que el presidente, detestaba que hablasen de despreocupación. El jefe de Estado Mayor, Van Damm (CARPINTERO, para el Servicio Secreto, que llamaba CALÍOPE a Callie Weston), no valoraba en su justa medida el celo del Servicio Secreto. Arnold consideraba el peligro como un albur político, incluso después del siniestro del reactor en el Capitolio. Increíble, pensaba Andrea.

El agente Raman, que ocupaba un asiento situado de cara a popa, a pocos pasos de Andrea, no les quitaba ojo a los periodistas, no fuese a ser que alguno sacase una pistola en lugar de un bolígrafo.

Completaban la vigilancia otros seis agentes, que no se fiaban ni siquiera de los tripulantes de uniforme. En tierra, sus compañeros cubrirían el recorrido por las dos ciudades, apoyados por la dotación de policía local.

En la base aérea de Tinker, situada en el término municipal de la ciudad de Oklahoma, el camión-cisterna destinado para repostar al aparato estaba ya custodiado por agentes del Servicio Secreto, para evitar que nadie adulterase el combustible que debía llenar los depósitos del 747.

El avión de transporte C-5B Galaxy que transportaba los automóviles presidenciales aguardaba ya en Indianápolis. Los desplazamientos del presidente eran poco más o menos como los del Gran Circo Americano, con la diferencia de que las troupes circenses no tenían por qué temer que les asesinasen a su estrella del trapecio.

La agente Price reparó en que el presidente repasaba sus discursos. La mayoría de los presidentes se ponían muy nerviosos antes de pronunciar un discurso (más que «miedo escénico» era temor a la reacción que suscitasen sus palabras). Price sonrió para sus adentros. Ryan no estaba nervioso por el contenido de su discurso ni por la reacción de la gente, sino por temor a no leerlo bien. Pero en fin... Estaba en rodaje, aparte de que tenía la gran suerte de que Callie Weston (aunque fuese un incordio para toda la Casa Blanca) le había escrito un discurso magnífico.

-¿Desea desayunar? -le preguntó una sargento que ejercía de azafata en cuanto el avión se hubo equilibrado.

-No tengo apetito. Gracias.

-Tráigale un par de huevos con bacon, tostadas y un descafeinado -ordenó Van Damm.

-No se le ocurra nunca pronunciar un discurso con el estómago vacío -le aconsejó Callie-. Hágame caso.

-Y poco café-café. La cafeína excita. Cuando un presidente pronuncia un discurso... -dijo Arnie a modo de aperitivo de su lección matinal-. ¿Por qué no se lo explica usted, Callie?

-Los dos discursos de hoy no tienen mucho misterio. Van a oír a su vecino más despierto, muy interesados en que los aconseje sobre algo en lo que ha reflexionado. En tono cordial, razonable, reposado. «Claro, Fred. Me parece que te conviene hacerlo así» -explicó Weston enarcando las cejas.

-Como un simpático médico de cabecera que le aconseja a uno moderarse en las comidas y hacer un hoyo más en el campo de golf -dijo el jefe de Estado Mayor.

-¿Y eso es lo que tengo que hacer esta mañana delante de cuatro mil personas, no? -preguntó Ryan.

-Cuatro mil personas más los telespectadores de la C-SPAN. Aparte de que aparecerá en los telediarios de la noche de todas las cadenas.

-Eso... en diferido, porque la CNN lo da en directo, ya que no en vano es su primer discurso fuera de Washington para todo el país -añadió Callie, porque no tenía sentido mentirle al presidente.

Librodot

«¡Dios mío!», pensó Jack volviendo a mirar el texto de su discurso.

-Tiene usted razón, Arnie -dijo Jack-. Mejor descafeinado. ¿No hay fumadores a bordo?

-¿Quiere uno, señor? -se apresuró a ofrecerle una azafata al oír el tono en que lo preguntaba.

-Sí -repuso el presidente no sin cierto remordimiento.

La azafata le dio un Virginia Slim y se lo encendió sonriente.

No todos los días se presentaba la oportunidad de tener una atención tan personal con el presidente de la nación.

-Si se le ocurre decírselo a mi esposa, sargento...

-El secreto queda entre nosotros, señor -le aseguró la azafata, que se apresuró a ir a por el desayuno con la sensación de haber cumplido ya con su jornada laboral.

Las pequeñas muestras, vistas a través del microscopio electrónico, tenían un aspecto horrible y un negruzco color granate. Los riñones de mono expuestos a sangre contaminada estaban formados por células muy diferenciadas, que al virus Ébola le gustaban tanto como a un goloso la mousse de chocolate.

Observar este proceso era algo tan horrible como fascinante. Los microscópicos virus invadían las células y empezaban a reproducirse en su cálida y rica biosfera. Parecían imágenes de una película de ciencia ficción, sólo que muy reales. Aquel virus, al igual que todos los demás, sólo estaba vivo a medias. Sólo podía actuar con una ayuda que tenía que proceder de su hospedante que, al proporcionarle los medios para activarse, cavaba su propia tumba. Los virus Ébola contenían sólo ARN, y para que la mitosis pudiese tener lugar, necesitaban ARN y ADN. Las células del riñón tenían ambos ácidos nucleicos. Los virus los buscaban y, cuando se unían, el Ébola empezaba a reproducirse. Esto requería una energía que suministraban las células del riñón que, por supuesto, resultaban completamente destruidas.

El proceso de multiplicación era una reproducción en miniatura del curso de la enfermedad en los seres humanos. Empezaba con lentitud y luego se aceleraba en progresión geométrica: cuanto mayor era la velocidad, mayor era la aceleración 2-4-16-256-65 536... hasta que devoraban todos los nutrientes y sólo quedaban virus que permanecían en estado latente.

Se utilizaban muchas expresiones engañosas relativas a la enfermedad: que «aguardaban su oportunidad», que «mataban sin piedad», que «acechaban a sus víctimas».

Bobadas. Moudi y sus colegas lo sabían perfectamente. El virus no pensaba. No cometía maldad ninguna. Todo lo que hacía el Ébola era comer, reproducirse y volver a su estado latente. Pero de la misma manera que un ordenador no es más que un conjunto de conexiones eléctricas, sólo capaz de distinguir la diferencia entre el 0 y el 1 (aunque, eso sí, con mayor velocidad y eficiencia que el hombre), el Ébola estaba muy bien adaptado a reproducirse tan rápidamente que el sistema inmunológico del cuerpo humano, que por lo general era un mecanismo defensivo de implacable eficacia, resultaba desbordado, como si lo atacase un ejército de hormigas carnívoras. Sin embargo, curiosamente, ahí radicaba la histórica debilidad del Ébola. Era... demasiado eficiente. Mataba demasiado pronto. Tendía a matar al hospedante antes de que éste pudiese contagiar la enfermedad. Además, estaba superadaptado a un específico ecosistema. El Ébola sobrevivía poco tiempo al aire libre, y siempre y cuando se encontrase en un hábitat de la selva. Por esta razón, y puesto que no podía sobrevivir en un hospedante humano sin matarlo en menos de diez días, evolucionaba también lentamente... sin llegar a dar el siguiente salto en la evolución para convertirse en un virus de transmisión por aerosol.

O por lo menos eso opinaba la mayoría en la comunidad científica. Aunque acaso fuese más exacto decir confiaba, se decía Moudi. Una variante del Ébola transmisible por aerosol provocaría una verdadera hecatombe. Y posiblemente eso era lo que habían conseguido. Se trataba del virus Mayinga, como confirmaba la observación a través del microscopio electrónico, un virus sospechoso de poder propagarse por aerosol. De hecho, aquello era lo que tenía que probar.

Librodot

La ultracongelación, utilizando nitrógeno líquido como refrigerante, mataba a la mayoría de las células humanas normales, ya que, cuando se congelaban, la dilatación del agua que constituía casi toda la masa celular reventaba las paredes de la célula y no dejaba más que escombros. Pero el Ébola era demasiado primitivo para que pudiese suceder esto. El excesivo calor lo mataba. La luz ultravioleta lo mataba. Los más mínimos cambios en su entorno químico lo mataban. No obstante, si se le proporcionaba un entorno frío y oscuro dormitaba tranquilamente.

Moudi extrajo 10 cc de líquido rico en virus y los trasvasó a un pequeño recipiente, que cerró herméticamente y selló. Tanto él como el director procedían con suma lentitud, no tanto por las precauciones que debían adoptar como por lo mucho que los gruesos guantes les entorpecía la manipulación.

Una vez sellado el recipiente, Moudi se lo pasó de una mano a otra y luego al director, que lo introdujo en una cámara de vacío. A continuación, llenaron el pequeño compartimiento de una solución de fenol. Se dejaba actuar al desinfectante durante tres minutos, para asegurarse de que el aire y el recipiente podían extraerse sin peligro. Sin embargo, ni siquiera entonces se atrevían a tocar el recipiente sin guantes ni a quitarse el traje protector.

El director llevó entonces el recipiente hasta la mesa de trabajo.

Para fines experimentales utilizaban una lata de aerosol como las de los insecticidas (de las que se podían colocar en el suelo, activarlas y dejar que fumigasen toda una estancia). Desmontaron la lata, la limpiaron tres veces con vapor a presión y la volvieron a montar. Aunque el «prototipo» era rudimentario, el modelo definitivo estaría mucho mejor acabado.

Durante la operación, el único peligro era que el nitrógeno líquido se derramase y mojase los guantes, porque los congelaría en el acto y, en pocos segundos, se cuartearían y fragmentarían.

El director se apartó a un lado mientras Moudi vertía el criogénico líquido en la lata. Una vez tapado y sellado, rociaron el nuevo recipiente con desinfectante y luego lo limpiaron con una solución salina. El recipiente más pequeño, utilizado para el trasvase, lo tiraron a un cubo para luego incinerarlo.

-Bueno, Moudi, ya estamos preparados -dijo el director.

En el interior de la lata del aerosol, el Ébola estaba ya ultracongelado, aunque no lo estaría por mucho tiempo. El nitrógeno se evaporaría con relativa rapidez y la muestra se fundiría. Mientras tanto, se llevaría a cabo el resto del experimento y ambos médicos aprovecharían para quitarse el traje protector y cenar.

El coronel que pilotaba el avión hizo un aterrizaje perfecto. Era la primera vez que llevaba a aquel presidente como pasajero y quiso demostrar su pericia. El deslizamiento por la pista era pura rutina. Los retroimpulsores se encargaban de frenar el jumbo, y el piloto podía detenerlo con facilidad en el lugar de la pista asignado.

Jack se impresionó al mirar por la ventanilla y ver que lo aguardaban miles de personas que, hacinadas tras la valla del recinto, empezaron a agitar banderas en cuanto el avión se hubo detenido.

Acercaron la escalerilla móvil a la puerta del reactor y la sargento que, en funciones de azafata, le dio el cigarrillo la abrió.

-¿Quiere otro, señor? -le susurró ella.

-Ahora no. Gracias, sargento -dijo Jack en tono amable.

-Buen estreno, señor presidente. ¿No llevará usted nada amarillo, verdad? -bromeó ella.

El farandulero comentario hizo reír al presidente de buena gana.

-Todo dispuesto para el jefe -oyó Price que decía el jefe de la avanzadilla de la escolta a través de la radio.

-Ya puede desembarcar, señor -dijo Andrea.

Ryan respiró hondo, se asomó a la puerta y miró hacia la brillante luz del sol del Medio Oeste.

De acuerdo al protocolo, debía bajar la escalerilla solo. Nada más poner el pie en la plataforma lo vitorearon, pese a que muy pocas de las personas congregadas podía saber gran cosa acerca de él. Con el abrigo abrochado y el pelo bien peinado y fijado con laca -a pesar de sus protestas-, Jack Ryan bajó hasta el pie de la escalerilla. Más que como un presidente, se sentía como un imbécil.

Un sargento primera de las Fuerzas Aéreas se le cuadró. Ryan correspondió al saludo marcialmente (no acababa de desprenderse del hábito adquirido durante sus meses de servicio en el cuerpo de Marines).

El clamoreo de los vítores subió de tono.

Al mirar en derredor vio a varios agentes del Servicio Secreto desplegados por las inmediaciones. La primera persona que se le acercó fue el gobernador del estado.

-Bien venido a Indiana, señor presidente -dijo el mandatario, a la vez que le estrechaba vigorosamente la mano-. Es un honor para nuestro, estado acogerlo en su primera visita oficial.

Una compañía de la Guardia Nacional formaba al borde de la pista. La banda entonó los himnos de rigor y Ryan se sintió entonces como un singular impostor.

Con el gobernador a su izquierda, algo rezagado, Ryan avanzó por la roja alfombra. Los soldados presentaron armas y rindieron la enseña de su regimiento, aunque no la bandera nacional, por supuesto, que, como proclamara en una ocasión un atleta norteamericano, no se inclinaba ante ningún poder terrenal (fue un estadounidense de origen irlandés quien se negó a honrar así al rey de Inglaterra en los JJ. 00. de 1908).

Jack se llevó la mano al corazón mientras pasaba revista. Él era ahora el comandante en jefe de aquellos hombres. Podía dar órdenes que los enviasen a un campo de batalla, y tenía que mirarlos a la cara. Allí estaban: tan pulcros, jóvenes y orgullosos, como él unos veinte años antes. Estaban dispuestos a servir bajo sus órdenes. Y él tenía que estar dispuesto a servirlos a ellos.

«Sí -pensó Jack-. Eso no debo olvidarlo nunca. »

-¿Me permite que le presente a algunos de nuestros ciudadanos, señor presidente? -preguntó el gobernador.

Ryan asintió con la cabeza y lo siguió hacia la valla que los separaba de la multitud.

-Atentos a los apretones de manos -alertó Andrea a través del micrófono de su radio.

Porque por más veces que cubriesen actos casi idénticos, los agentes de la escolta presidencial detestaban los «baños de masas» más que ninguna otra cosa. Andrea Price no se despegaría del POTUS. Raman y otros tres agentes los flanquearían, mirarían escrutadoramente a la multitud tras sus gafas oscuras. Debían anticiparse a cualquiera que sacase un arma; estar atentos a toda expresión torva, a cualquier rostro que recordasen haber visto en las fotografías de sospechosos y a cualquier detalle anormal.

«Mucha gente hay aquí», pensó Jack. Ninguna de aquellas personas lo había votado y, hasta hacía muy poco, ni siquiera lo conocían. Sin embargo, allí estaban. Algunos debían de ser funcionarios a quienes habían concedido medio día libre. Pero no todos. Desde luego, los que llevaban niños en brazos no eran funcionarios. La expresión de sus rostros lo dejó atónito. Nunca había sentido nada parecido. Le tendían frenéticamente las manos y él estrechaba todas las que podía; trataba de entender lo que cada uno le decía pese al colectivo clamor.

«¡Bien venido a Indiana!» «¡Confiamos en usted, SEÑOR PRESIDENTE!» «¡Lo está haciendo muy bien!» «¡Estamos con usted!»

Ryan intentaba corresponder con algunas palabras, pero no conseguía más que decir gracias una y otra vez, tan perplejo ante el entusiasmo popular que apenas sintió el dolor de su estrujada mano. Al cabo de unos segundos, tuvo que separarse unos pasos de la valla y saludar, para corresponder a otro estallido de entusiasmo.

«¿Qué dirían si supieran que soy poco menos que un impostor? -pensó Jack-. ¿Qué puñeta hago yo aquí?», se preguntó al dirigirse hacia la limusina.

Había diez hombres en el sótano del edificio. Sólo uno de ellos era preso político, acu-

Librodot

sado de apostasía. El resto eran indeseables: cuatro asesinos, un violador, dos culpables de abusos deshonestos y dos ladrones reincidentes que, según la ley coránica de su nación, serían castigados con la amputación de una mano.

Se hallaban en un pabellón climatizado, con los tobillos esposados a las patas de la cama. Estaban todos condenados a muerte, salvo los ladrones, que sabían perfectamente cuál era su pena y no entendían por qué los tenían con el resto. Tampoco comprendían que los ocho condenados a muerte siguiesen con vida. Y aunque ninguno de los dos preguntase la razón, no les parecía tranquilizador.

Desde hacía varias semanas, les daban de comer tan poco y tan mal que estaban muy débiles. Uno de ellos se metió el dedo en la boca para palparse las llagadas y sangrantes encías, pero lo sacó en seguida al ver que se abría la puerta.

Entró un hombre que llevaba un traje azul de plástico y un casco que apenas les permitía distinguir sus facciones. Sin embargo, ninguno de ellos creía haberlo visto antes. Se miraron perplejos al ver que posaba un recipiente cilíndrico en el suelo de cemento, lo destapaba, oprimía un botón y salía del pabellón sin decir palabra.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, se oyó un siseo que procedía del recipiente, del que empezó a salir una especie de vapor.

Uno de los reclusos gritó. Temeroso de que fuese un gas letal, tiró de la sábana y se tapó la cabeza. El que estaba más cerca del aerosol reaccionó con mayor lentitud. Se limitó a observar y, cuando la nube lo envolvió, miró en derredor mientras los demás aguardaban a que muriese. Pero al ver que no moría, sintieron más curiosidad que temor. Al cabo de unos minutos, se despreocuparon de la extraña fumigación, apagaron las luces y se durmieron.

-Tardaremos tres días en saberlo -dijo el director, que apagó el monitor a través del que seguían las imágenes captadas por la cámara de vídeo instalada en la celda-. El aerosol parece funcionar bien. Han tenido problemas con el temporizador, que en el modelo definitivo deberá funcionar durante... ¿cuánto? ¿Cinco minutos?

Sí, pensó Moudi, y luego... a esperar tres días. Setenta y dos horas para ver en qué quedaba aquel diabólico experimento.

Pese a todo el dinero y al alarde de medios, pese a la cuidadosa planificación, al presidente le tocó sentarse en una silla metálica plegable de las que le dejan a uno la rabadilla hecha unos zorros.

Frente a él tenía una barandilla de madera cubierta de un paño a franjas rojas, blancas y azules que disimulaba la plancha de acero antibalas. El podio tenía un blindaje similar (de acero y Kevlar, un material sintético, más resistente y más ligero) que protegería su cuerpo de hombros para abajo.

El polideportivo de la universidad estaba lleno «hasta la bandera», como probablemente dirían los periodistas. Casi todos los asistentes serían estudiantes, que acabarían de presenciar la eliminación de su equipo de baloncesto del torneo de la NCAA.

Ryan tenía frente a él tal cantidad de focos que la deslumbrante luz le impedía ver a la mayor parte del público.

La comitiva presidencial entró por la puerta trasera y tuvo que cruzar un maloliente vestuario, porque aquél era el acceso que permitía al presidente entrar y salir con mayor rapidez.

Habían ido por autopista durante la mayor parte del trayecto. Pero por las calles de la ciudad, que venían a representar una cuarta parte del recorrido, el público que se apiñaba en las aceras vitoreaba al presidente, mientras el gobernador cantaba las excelencias de la ciudad y del estado.

El gobernador volvía a hablar de nuevo, después de las tres personas que habían tomado la palabra: un alumno de la universidad, el rector de la misma y el alcalde de la ciudad.

El presidente procuró prestar atención a los tres parlamentos. Aparte de que los tres dijeron más o menos lo mismo, poco de lo que dijeron era cierto. Era como si hablasen de otra persona, de un teórico presidente con virtudes genéricas para afrontar unas obligaciones sobre

Librodot

las que nada se decía. Quizá se debiera a que los redactores de discursos del estallo de Indiana no se ocupasen más que de los problemas de su estado. Tanto mejor para ellos, pensó Jack.

-... me cabe el gran honor de presentarles al nuevo presidente de la nación -dijo el gobernador mirando a Ryan.

Jack se levantó de la condenada silla, se acercó al podio y le estrechó la mano al gobernador. Al dejar en el atril del podio la carpeta que contenía el texto de su discurso, asintió con la cabeza, en un gesto de azorado agradecimiento, hacia una multitud que apenas podía ver. En las primeras filas, instaladas al borde de la pista de baloncesto, se sentaban las personalidades locales. En otros tiempos, y en otras circunstancias, habrían sido grandes contribuyentes. En aquel caso, Ryan lo ignoraba. Pudiera ser que incluso hubiese entre ellos representantes de ambos partidos. Recordó entonces que los grandes contribuyentes hacían donaciones económicas a ambos partidos, al objeto de «cubrirse» y de garantizarse la accesibilidad del poder, lo ocupase quien lo ocupase. Probablemente, ya elucubraban sobre sus donaciones para financiarle a él su campaña.

-Gracias, gobernador -dijo Ryan, que se giró hacia quienes ocupaban el estrado junto a él, cuyos nombres leyó en la lista que figuraba en la primera página del texto de su discurso.

Eran «buenos amigos» a quienes no volvería a ver después de aquella primera ocasión. Sus rostros se iluminaron por el solo hecho de que el presidente los citase en el orden correcto.

-... es mi primera visita a Indiana, aunque confío en que no sea la última... después de la acogida que me han dispensado.

Fue como si el regidor de un programa de televisión diese la señal de aplaudir.

«¡Dios mío! Es como una droga», pensó Jack, que comprendió entonces por qué había tantas personas que se dedicaban a la política. Nadie podía oír aquel clamor y ver la expresión de aquellos rostros sin sentir un hormigueo de satisfacción. Sin embargo, eso no anulaba el miedo escénico, la abrumadora sensación que tenía de no estar en su sitio.

Y sin embargo allí estaba, ante cuatro mil compatriotas, iguales a él ante la ley, aunque lo viesen como a alguien completamente distinto. Él era América. Era su presidente. Pero por encima de todo era la encarnación de sus esperanzas, de sus deseos; era el símbolo de la nación y, por lo mismo, estaban dispuestos a profesarle estima aunque no lo conociesen, a aplaudir sus palabras, a confiar en que, aunque sólo fuese por un instante, los mirase directamente a los ojos para poder recordar siempre aquel momento.

Nunca se había parado a pensar en la magnitud de aquel poder. Aquella multitud estaba a sus órdenes. Ésa era la razón de que muchos hombres consagrasen su vida a alcanzar la presidencia, a sumergirse en aquel cálido baño de masas para vivir instantes casi sublimes.

Pero ¿por qué lo consideraban a él tan distinto? ¿Qué idea se hacían de él?, se preguntaba Ryan. Él era presidente por casualidad, mientras que a los demás los eligieron ellos. Ellos elevaron al hombre al podio; ellos convirtieron a un hombre corriente en algo distinto.

Pero no. Era un espejismo. Él era el mismo que hacía un mes. No había progresado gran cosa ni en el saber ni en sabiduría. Era la misma persona, sólo que hacía un trabajo distinto. Pese a estar rodeado de todos los signos externos de su nuevo cargo, la persona que se hallaba en el centro del anillo de guardaespaldas, la persona rodeada de un mar de afecto que nunca había pretendido no era más que producto de unos padres, de una infancia, de una educación y de unas experiencias, exactamente igual que ellos.

Lo consideraban diferente, distinto y pudiera ser que incluso extraordinario, pero era un espejismo. La realidad del momento la formaban unas manos sudorosas sobre un acorazado podio, un discurso escrito por otra persona y un hombre que se sabía fuera de lugar, por más agradable que el momento pudiera ser.

«Y bien, ¿ahora qué hago?», se preguntó el presidente, en cuya mente se agolpaban las ideas a medida que los aplausos se extinguían.

Nunca sería lo que ellos creían que era. Se tenía por una buena persona, pero no por un hombre extraordinario, y la presidencia era un trabajo, un cargo, una tarea de gobierno que

Librodot

llevaba aparejados deberes definidos por James Madison y, como todas las demás cosas de su vida, un lugar de tránsito de una realidad a otra. Entre un pasado inamovible y un futuro que uno procuraba entrever, el presente era donde uno se encontraba, donde uno tenía que dar lo mejor de sí para, con suerte, ser digno del momento. No bastaba con sentirse querido. Tenía que ganarse la estima para que la expresión que veía en los rostros de los congregados no fuese una patraña. Porque al concederle el poder, lo cargaban también con una gran responsabilidad y, al expresarle su estima, exigían a cambio la mayor entrega.

Después de flagelarse, Jack tomó aliento y empezó a hablar tal como hacía cuando enseñaba historia en Annapolis.

-He venido hoy aquí a hablarles de América...

Cinco agentes del Servicio Secreto, alineados al pie del estrado, cumplían con su misión de vigilancia. Sus gafas oscuras impedían que nadie de entre el público pudiese estar seguro de adónde miraban exactamente (aparte de que siempre intimidaba no verle los ojos a quien se tuviese enfrente). Se mantenían en contacto entre sí por medio de los auriculares. Al otro lado del polideportivo varios compañeros vigilaban con prismáticos, conscientes de que no todos los congregados sentían estima por el presidente, y de que incluso los había predispuestos a matar aquello que querían. Ésta era la razón de que varios grupos de agentes instalasen controles portátiles de detección de metales en todos los accesos. Y ésta era también la razón de que varios perros pastores belgas malineses hubiesen olisqueado todo el edificio en busca de explosivos. Y también ésta era la razón de que, al igual que la infantería en el frente, no se fiasen ni de su sombra.

-... porque la fuerza de América no radica en Washington sino en Indiana, en Nuevo México, y en todos aquellos lugares en los que viven y trabajan americanos, sea donde sea. Quienes estamos en Washington no somos América, ustedes sí son América.

La voz del presidente atronaba a través del sistema de megafonía (bastante malo en opinión de los agentes, que sin embargo se hacían cargo de que había sido un acto muy improvisado).

-...y nosotros trabajamos para ustedes.

El público lo volvió a vitorear.

Las cámaras de la televisión filmaban desde los equipos móviles, todos ellos situados fuera del recinto, dotados de antenas que transmitían la imagen y el sonido vía satélite.

La mayoría de los periodistas se habían situado al fondo. Tomaban notas, a pesar de tener el texto íntegro del discurso, junto a una promesa, también escrita, de que aquél sería, de verdad, el discurso presidencial.

Al «discurso de hoy del presidente...», se referirían todos por la noche, aunque en realidad no fuese en absoluto el discurso del presidente. Todos sabían que lo había escrito Callie Weston, que lo había comentado ya con varios de ellos.

-... no es una oportunidad sino una responsabilidad que todos compartimos. Porque si América nos pertenece a todos, el deber de dirigir el país empieza aquí, no en Washington.

Más aplausos.

-Buen discurso -le dijo Tom Donner a su comentarista John Plumber.

-Y lo ha leído como un buen comunicador. El director de la Academia Naval me comentó que Jack Ryan fue un excelente profesor -convino Plumber.

-Ha tenido un público fácil. Casi todo eran críos. Y no ha abordado grandes temas políticos.

-Está en rodaje -admitió John-. Tiene usted a otro equipo en el otro auditorio para esta noche, ¿verdad? Donner miró el reloj y asintió con la cabeza.

-Ya debería estar allí -dijo.

-Bien, doctora Ryan, ¿se siente a gusto siendo la primera dama? -le preguntó Krystin Matthews con una amable sonrisa.

-Aún no lo sé.

Hablaban en el cuchitril que Cathy tenía por despacho. Era exterior y daba al centro de

Baltimore, pero apenas tenía espacio para una mesa y tres sillones (uno de reglamento para la doctora, y los otros dos para el paciente y su acompañante). Las cámaras y las luces del equipo técnico la hacían sentirse incómoda.

-... Verá...: echo de menos cocinar para mi familia.

-Es usted cirujana y... ¿pretende su esposo que también cocine? -dijo la copresentadora de la NBC en un tono tan sorprendido que sonó casi airado.

-Siempre he cocinado. Me sirve para relajarme cuando llego a casa.

«En lugar de ver la televisión», se abstuvo de añadir la doctora Caroline Ryan.

Llevaba una bata de laboratorio recién lavada y almidonada, y había necesitado quince minutos para peinarse y maquillarse.

-Además... -añadió Caroline-, se me da bastante bien.

«Ah, bueno... eso cambia», pensó la copresentadora con una obsequiosa sonrisa.

-¿Cuál es el plato favorito del presidente?

-Muy sencillo: un filete con patatas al horno, una mazorca tierna y mi ensalada de espinacas. Como médica, sé que no es muy recomendable porque tiene mucho colesterol. A Jack se le da muy bien la parrilla. Es bastante mañoso para todo lo de la casa. Incluso corta el césped.

-Volvamos a la noche en que nació su hijo, aquella horrible noche en que los terroristas...

-No la he olvidado -dijo Cathy en voz más baja.

-Su esposo ha matado. Usted es médica. ¿Cómo se siente?

-Jack y Robby (al actual almirante Jackson me refiero)... Robby y Sissy son nuestros más íntimos amigos -explicó Cathy-. Sea como fuere, hicieron lo que tenían que hacer. De lo contrario, aquella noche no habríamos salido con vida. No me gusta la violencia. Soy cirujana. La pasada semana atendí a un paciente que perdió un ojo en una pelea a puñetazos que se armó en un bar que está cerca de aquí. Pero lo que hizo Jack es muy diferente a lo que ellos hicieron. Mi esposo peleó para defenderme a mí, a Sally y al pequeño Jack, aunque aún no había nacido.

-¿Le gusta ejercer la medicina?

-Adoro mi trabajo. No lo dejaría por nada.

-Pero, por lo general, una primera dama...

-Ya sé lo que quiere decir. No soy una consorte política. Ejerzo la medicina. También me dedico a la investigación científica. Trabajo en el mejor instituto oftalmológico del mundo. Ahora mismo tengo pacientes esperando. Me necesitan, y... ¿sabe usted?, yo los necesito a ellos también. Soy esposa y madre, y me gusta casi todo lo que conforma mi vida.

-¿Salvo esto? -preguntó Krystin, que dirigió un ademán casi imperceptible hacia las cámaras.

-¿No tengo por qué contestar a eso, verdad? -dijo Cathy fijando en ella sus resplandecientes ojos azules.

Krystin Matthews comprendió que la habían aleccionado bien.

-¿Cómo es su esposo?

-No puedo ser totalmente objetiva, ¿no cree? Yo lo quiero. Se jugó la vida por mí y por mis hijos. Siempre que lo he necesitado ha estado a mi lado. Y yo hago lo mismo con él. Eso es lo que significan el amor y el matrimonio. Jack es inteligente. Es honesto. También creo que es persona que se preocupa por las cosas. A veces se despierta en plena noche en casa y se pasa media hora mirando por la ventana. Me parece que no sabe que lo sé.

-¿Aún lo hace?

-Últimamente, no. Suele estar muy cansado cuando se acuesta. Nunca había trabajado tanto.

-En sus otros cargos, en la CIA, por ejemplo, según ciertos informes él...

-No tengo acceso a informaciones reservadas -la atajó Cathy, que no estaba dispuesta a dar pie a más preguntas de aquel cariz-. No lo sé, y me parece que no quiero saberlo. En mi

Librodot

profesión me ocurre lo mismo. No puedo comentar información confidencial con Jack, ni con nadie ajeno a esta facultad.

-Nos gustaría verla con pacientes y...

-No. Esto es un hospital, no un estudio de televisión. No se trata tanto de mi intimidad como de la de mis pacientes. Para ellos no soy la primera dama. Soy la doctora Ryan. No soy una celebridad, sino una cirujana. Para mis alumnos soy la catedrática y su profesora.

-Con fama de ser una de las mejores del mundo en su especialidad -dijo Matthews sin otra intención que ver cómo reaccionaba.

-Sí, he ganado el premio Lasker -contestó ella sonriente-. El respeto de mis colegas vale más que el dinero. Sin embargo, le diré una cosa: ni siquiera de eso se trata. A veces (no muy a menudo), a veces... después de una delicada intervención, yo personalmente retiro al paciente los vendajes. A medida que aumentamos la intensidad de la luz, lo veo. Lo veo en la cara del paciente. He curado sus ojos, que vuelven a funcionar, y la mirada que veo en su rostro... Verá: nadie ejerce la medicina por dinero, por lo menos no en el John Hopkins. Estamos aquí para curar a la gente, y para mí, preservar o devolver la vista a mis pacientes, ver la expresión de sus rostros cuando he terminado, es como si Dios me diese una palmadita en el hombro y me dijese: «Buen trabajo.» Por eso nunca, nunca dejaré la medicina.

Cathy lo dijo en un tono casi lírico, sabedora de que lo utilizarían aquella noche en televisión. Confiaba en que algún brillante alumno de instituto viese su cara, oyese sus palabras y decidiese estudiar medicina. Ya que había tenido que resignarse a perder aquel tiempo, intentaría que fuese beneficioso para su profesión.

Había sido una buena entrevista, pensó Krystin Matthews, aunque, como sólo disponía de dos minutos y medio en antena, tendría que conformarse con dar la parte en que Caroline Ryan decía detestar ser la primera dama, porque los telespectadores ya estaban saturados de oír hablar a los médicos.

24

ENTRETANTO

El regreso al avión fue rápido y bien organizado. El gobernador volvió a sus quehaceres, igual que la mayoría de las personas que atestaron las aceras.

Ryan se recostó en el respaldo del mullido sillón, afectado por el cansancio que acostumbraba a seguir a la tensión.

-Bueno, ¿qué tal lo he hecho? -preguntó mientras, a través de la ventanilla, veía alejarse Indiana a 110 km/h.

Jack sintió un íntimo regocijo por ir a tal velocidad sin que los multasen.

-La verdad es que muy bien -le aseguró Callie Weston-. Ha hablado como un profesor.

-Me había dedicado a la enseñanza -dijo el presidente.

«Y, con suerte, puede que vuelva a dedicarme.»

-Ha estado bien para un discurso como éste. No obstante, en otros, tendrá que mostrarse algo más vibrante -matizó Arnie. -Cada cosa a su tiempo -le aconsejó Callie al jefe de Estado Mayor-. Antes de andar se gatea.

-¿Debo pronunciar el mismo discurso en Oklahoma, no? -preguntó el POTUS.

-Sólo unos pocos cambios. Pero recuerde que ya no está en Indiana. Se referirá al rugby en lugar de al baloncesto.

-Ellos también perdieron a ambos senadores. Sin embargo, les queda un diputado, que estará con usted en el estrado -le dijo Van Damm.

-¿Por qué se libró? -preguntó Jack con displicencia.

-Debió de estar en la cama con alguna- contestó Van Damm con sequedad-. Anunciará usted un nuevo contrato para la base de las Fuerzas Aéreas de Tinker. Significa unos quinien-

tos puestos de trabajo, y la viabilidad de varias pequeñas empresas de la región. Esto lo acogerán muy bien los periódicos locales.

Ben Goodley no estaba seguro de que fuesen a confirmarlo en el cargo de consejero de Seguridad Nacional. De momento era consejero «en funciones». Quizá fuese demasiado joven. No obstante, había aprendido mucho en su breve paso por Langley. Había conseguido el ansiado carnet del SIN mucho más joven que la mayoría. Sabía cómo organizar información y ordenarla de acuerdo a las prioridades.

Lo que más le gustaba a Goodley era trabajar a las órdenes directas del presidente Ryan. Estaba seguro de poder plantearle cualquier cuestión y de que Jack siempre le diría lo que pensaba. Sería otra buena ocasión para aprender; de adquirir una experiencia extraordinaria que algún día le permitiese dirigir la CIA por méritos específicos y no a través de la política.

Frente a la mesa de su despacho, en la pared, tenía uno de esos relojes que muestran la posición del sol en todo el mundo. Lo encargó el mismo día de su incorporación al trabajo. Parecía imposible, pero se lo trajeron a la mañana siguiente (lo habitual era que cualquier pedido de esa naturaleza avanzase lentamente por el papeleo burocrático de cinco departamentos distintos). Fue una agradable sorpresa.

Aquel reloj de pared, tal como pudo comprobar después de trabajar en el Centro de Operaciones de la CIA, era una referencia instantánea, mejor que la hilera de relojes que tenían en otros organismos. Permitía saber al instante dónde era mediodía y cuál era la hora oficial en aquel lugar del mundo, e incluso deducir si un determinado acontecimiento tenía lugar a una hora inhabitual, algo que en ocasiones era más elocuente que el boletín de escuchas del Departamento de Cifra (como el que acababa de recibir en su fax, conectado a su teléfono de línea segura, STU-4, de acuerdo a la designación alfanumérica para régimen interior).

El Centro de Seguridad Nacional enviaba resúmenes de sus actividades en todo el mundo. El personal del CESEN estaba integrado por militares de alta graduación, y aunque sus criterios eran más técnicos que políticos, merecía la pena tenerlos en cuenta.

Ben Goodley sabía bastantes cosas acerca de muchos de ellos. El coronel de las Fuerzas Aéreas que estaba de guardia en el departamento de escuchas del CESEN los días laborables por la tarde no era persona que molestase a nadie innecesariamente. Cuando firmaba un informe solía merecer la pena leerlo con atención. Eso fue lo que pasó, poco después del mediodía, hora de Washington.

El mensaje se refería a Irak. Ésta era otra virtud del coronel: de no ser estrictamente necesario, prescindía de encabezamiento cifrado.

Ben Goodley alzó la vista para ver la hora. Acababa de ponerse el sol en aquella región, una hora en la que para unos empezaría el descanso y para otros la acción. La acción sería de las que duran toda la noche, al objeto de hacer las cosas sin interferencias, para que el día siguiente fuese de verdad un nuevo día.

-¡Madre mía...! -musitó Goodley que, tras leer el despacho, hizo girar su silla, cogió el teléfono y pulsó la tecla rápida de la memoria.

-Oficina del director -dijo la cincuentona que atendió la llamada.

-Goodley, para Foley.

-No se retire, doctor Goodley... Hola, Ben.

-Buenos días, director.

Le pareció impropio llamarlo por su nombre de pila. Probablemente, volvería a trabajar en Langley aquel mismo año y no en un puesto secundario.

-¿Ha recibido usted lo que tengo yo? -añadió mirando la hoja del mensaje, que aún estaba caliente tras salir de la impresora.

-¿Irak?

-Exacto.

-Espero que lo haya leído ya más de una vez, Ben. Acabo de decirle a Bert Vasco que venga de inmediato.

Ambos eran conscientes de que la oficina para Irak de la CIA tenía escasa información.

Librodot

Aquel funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, en cambio, sabía mucho sobre la región.

-Me parece que la situación es bastante crítica.

-También me lo parece a mí -convino Ed Foley-. ¡Qué rápido actúa esa gente! Déme hora y media.

-Habría que informar al presidente -dijo Goodley en un tono que no dejaba traslucir la preocupación que sentía. O por lo menos eso creía él.

-Habría que informar al presidente de bastante más de lo que sabemos, ¿no cree, Ben? -remarcó Foley.

-¿Sí, director?

-Jack no se lo va a comer a usted por tener paciencia... -le aseguró Foley-, aparte de que no podemos hacer más que seguir la evolución de los acontecimientos. Recuerde que no podemos sobrecargarlo de información. No tiene tiempo de analizar toda la que recibe de los ministerios. Sólo deben llegarle informes concisos. Ésa es parte de la misión de usted. Tardará varias semanas en hacerse a la idea. No obstante, lo ayudaré añadió como para recordarle a Goodley que aún estaba en rodaje.

-De acuerdo. Esperaré -dijo Goodley.

Nada más colgar, Ben releyó el boletín del CESEN durante el minuto escaso que le concedió el teléfono antes de volver a sonar.

-Diga.

-Lo llamo desde la Secretaría de la Presidencia. Tengo al teléfono a un tal Golovko, por la línea privada del presidente. ¿Puede usted atender la llamada?

-Sí -contestó Goodley, temeroso de que algo grave hubiese ocurrido.

-Hablen, por favor -dijo la secretaria.

-Aquí Ben Goodley.

-Soy Golovko. ¿Quién es usted?

-El consejero en funciones de Seguridad Nacional del presidente. Y sé quién es usted.

-¿Goodley? Ah, sí, un funcionario del SIN que hace poco que se afeita. Lo felicito por su ascenso.

Todo un alarde, aunque Goodley ya daba por supuesto que en el despacho del ruso debían de tener ya un informe acerca de él en el que no debía faltar ni el número que calzaba, porque ni siquiera Golovko podía tener tan buena memoria. Goodley llevaba el tiempo suficiente en la Casa Blanca como para que el RVS (el ex KGB) hubiese podido informarse.

-Bueno, alguien ha de contestar al teléfono, señor ministro.

Goodley le devolvió la «gentileza». Golovko no era oficialmente ministro, aunque actuaba como tal. Sin embargo, técnicamente era un secreto. La réplica de Goodley no era precisamente un alarde de ingenio, pero ya era algo.

-¿Qué desea, Golovko?

-¿Está usted al corriente de mi acuerdo con Iván Emmetovich?

-Sí, señor.

-Muy bien. Pues dígale que un nuevo país está a punto de nacer, y se llamará Unión de Repúblicas Islámicas. De momento, incluirá a Irán e Irak, pero me da en la nariz que querrán ampliarlo.

-¿Qué fiabilidad tiene esta información, señor? -preguntó Goodley, que pensó que, cuanto más amable fuese, más halagado se sentiría el ego del ruso.

-Oiga, joven, no se me ocurriría informar a su presidente si no considerase fiable la información -dijo Golovko en tono comprensivo-. Es natural que me lo pregunte. De todas maneras, la fuente no es cosa de ustedes. Su fiabilidad basta para que yo les pase la información, junto a la que yo obtenga por mi cuenta. ¿Qué información tiene para mí?

La pregunta hizo tragar saliva a Goodley, que no tenía instrucciones sobre el respecto. Sabía que el presidente había hablado de cooperación con Golovko y que, tras consultar con Ed Foley, decidió llevar adelante la colaboración. Pero nadie le había dado instrucciones de

Librodot

corresponder con información a Moscú, y no podía llamar a Langley para pedirlas. Si lo hacía, daría una imagen de debilidad ante los rusos, y no convenía que América se mostrase débil en aquellos momentos. En aquel preciso instante era él quien estaba de guardia. No tenía más remedio que reaccionar con rapidez.

-Sí, señor ministro. No ha podido llamar usted más oportunamente. El director Foley y yo acabamos de hablar sobre la cuestión.

-Comprendo, doctor Goodley. Ya veo que su Departamento de Cifra es tan eficiente como siempre. Lástima que sus recursos humanos no estén a su altura.

Ben no se atrevió a replicar, aunque lo atinado de la observación hizo que se le encogiese el estómago. Goodley respetaba a Jack Ryan más que a ninguna otra persona, y sabía cuánto admiraba el presidente a Golovko. «Bien venido al primer equipo, chaval. Pero no nos falles.»

Lo que tenía que haber dicho era que Foley lo había llamado a él.

-Ministro, hablaré con el presidente dentro de una hora aproximadamente y le pasaré su información. Gracias por su oportuna llamada, señor.

-Buenos días, doctor Goodley.

«Unión de Repúblicas Islámicas», leyó Ben en el bloc que tenía encima de la mesa. Había existido una República Árabe Unida (la RAU), una inviable alianza entre Siria y Egipto. Sin embargo, estuvo condenada al fracaso desde el principio, ya que eran dos países incompatibles cuya alianza no tenía más objeto que destruir a Israel, que desbarató el plan del modo más expeditivo.

La Unión de Repúblicas Islámicas tenía tanto de organismo religioso como político. Porque Irán no era una nación árabe, a diferencia de Irak, sino más bien una nación aria con diversas raíces étnicas y lingüísticas. El Islam era la única religión importante que condenaba, de modo expreso, en sus textos sagrados toda forma de racismo. Proclamaba la igualdad de los hombres ante Dios, con independencia del color de su piel (un hecho que Occidente tendía a pasar por alto). De ahí que el Islam estuviese claramente concebido como fuerza unificadora y que la proyectada unión especulase con este hecho desde su propio nombre. Esto era tan elocuente que Golovko no necesitaba siquiera explicarlo, y también revelaba que, en esta cuestión, él y Ryan estaban en la misma onda.

Goodley volvió a mirar el reloj de pared. También en Moscú era ya de noche. Golovko trabajaba hasta tarde, aunque, en fin... no hasta tan tarde, teniendo en cuenta el alto cargo que ocupaba. Ben cogió el teléfono y volvió a pulsar la tecla de la memoria. Tardó menos de un minuto en resumir su conversación con Golovko.

-Podemos dar crédito a lo que él diga, por lo menos sobre esta cuestión. Serguei Nikolaievich es un profesional con mucha experiencia. Supongo que le habrá dado a usted algún revolcón dialéctico, ¿me equivoco? -dijo el director de la CIA.

-Dejémoslo en tirón de orejas -reconoció Goodley.

-No lo tome a mal, porque siempre le ha gustado bromear y poner en un brete a la gente. Pero no debe replicar usted. Haga caso omiso -le aconsejó Foley-. ¿Qué le preocupa a Golovko?

-Que se unan un montón de repúblicas islámicas -repuso Goodley.

-Estoy de acuerdo -terció alguien que acababa de incorporarse a la conversación.

-¿Vasco?

-Sí, acabo de llegar.

Goodley tuvo que repetir entonces lo que le había dicho a Ed Foley. Lo más probable era que también estuviese allí Mary Pat. Si por separado eran temibles, cuando pensaban juntos eran mortales de necesidad.

-Esto se me antoja algo de gran envergadura -señaló Goodley.

-También a mí me lo parece -dijo Vasco a través del interfono-. Voy a tocar algunas teclas. Volveré a estar con ustedes dentro de quince o veinte minutos.

-¿Querrá creer que Avi ben Jacob nos consulta? -dijo Ed Foley-. Deben de tener un día

Librodot

muy duro.

Era una ironía que a quien primero consultasen los rusos fuese a los norteamericanos (lo era también que les consultasen, sin más), y que fueran los únicos en llamar directamente a la Casa Blanca, incluso antes que los israelíes. Pero el lado divertido de la cuestión iba a durar poco, como sabían todos los que estaban en el secreto.

Los israelíes eran quienes peor debían de estar pasándolo en aquellas horas. Mucho más que los rusos. Y EE. UU. tendría que compartir por lo menos su preocupación.

Habría sido indigno de personas civilizadas negarles la oportunidad de rezar. Pese a su crueldad, por más graves que fuesen sus delitos, debían permitirles elevar por lo menos una breve plegaria. Cada uno de ellos tenía a su lado a un mullah que, con voz firme pero no exenta de amabilidad, les habló de su destino, citó las escrituras y les brindó la oportunidad de reconciliarse con Alá antes de comparecer ante Él.

Todos lo hicieron (que creyesen en lo que hacían, era una cuestión sobre la que sólo Alá podría pronunciarse). Así, los mullahs cumplían con su obligación. Luego, los conducirían al patio de la prisión.

Estaba organizado a la manera de una cadena de montaje, con el tiempo perfectamente calculado para que los tres clérigos le concediesen a cada uno de los condenados el triple del tiempo necesario para salir, de uno en uno, al patio, atarlo a un poste, fusilarlo, retirar el cuerpo y volver a empezar el... «proceso». En total, empleaban cinco minutos para la ejecución y quince para la plegaria.

El comandante en jefe de la 41. a División Acorazada era el típico militar, sin más singularidad que una sincera fe religiosa. Le ataron las manos a la espalda frente a su imán (el general prefería el nombre árabe en lugar del nombre farsi). Luego, lo sacaron al patio unos hombres que hacía sólo una semana se le habrían cuadrado.

El general aceptaba su destino con valor. No pensaba darles la menor satisfacción a aquellos cabrones contra quienes combatió en el frente, aunque en su fuero interno maldijese a sus superiores, un hatajo de cobardes que había abandonado el país y los había dejado en la estacada. Deseó haber sido él el autor del magnicidio, y él su sustituto, pensó mientras lo esposaban al poste.

Se le antojó una humorada que sólo le quedasen unos segundos de vida. Resopló furioso. Competente y adiestrado por los rusos, siempre trató de ser un buen soldado -apolítico, de los que cumplían las órdenes sin hacer preguntas-. De ahí que nunca hubiese gozado de la plena confianza de sus líderes políticos. Pues bien: éste era el pago que recibía de los militares.

Un capitán se le acercó con una venda.

-Un cigarrillo, por favor -pidió el general-. La venda puede quedársela para cuando se acueste esta noche.

El capitán asintió impasible, insensibilizado por las diez ejecuciones que había llevado a cabo aquel día. Sacó un cigarrillo, lo puso entre los labios del general y se lo encendió. Al final de aquel ritual, dijo lo que creía que era su deber decirle.

-Salaam alaykum.

-Tendré más paz que usted, joven. Cumpla con su deber. Sin embargo, asegúrese de que su pistola esté cargada.

El general cerró los ojos y exhaló el humo del cigarrillo con delectación.

Días antes, el médico le dijo que le perjudicaba fumar. ¿Sería un chiste?

Pensó en su carrera militar, maravillado de haber sobrevivido al ataque con el que los americanos machacaron a su división en 1991. Había escapado a la muerte más de una vez, pero aquélla era una huida que todo hombre podía prolongar aunque nunca culminar.

Le dio otra chupada al cigarrillo. Era un Winston. Conocía el sabor. ¿Cómo podía permitirse un capitán semejante lujo?

Los soldados se llevaron el rifle al hombro a la orden de «¡Apunten!». Sus rostros eran

la viva imagen de la impasibilidad. El general se dijo que matar endurecía a los hombres. Lo que normalmente habría considerado algo cruel y horrible, terminaba por convertirse en un deber rutinario...

El capitán se acercó al cuerpo, ligeramente vencido hacia adelante tras la descarga, sostenido por la cuerda con la que ataron las esposas al poste.

Otro más... pensaría el capitán, que sacó su Browning 9 mm y apuntó desde un metro de distancia. El disparo puso fin a los gemidos. Luego, dos soldados cortaron la cuerda y se llevaron el cuerpo mientras un compañero removía la tierra del derredor del poste con un rastrillo, no tanto para ocultar la sangre como para mezclarla con la tierra (porque la sangre era resbaladiza y alguien podía caerse).

El siguiente sería un político, no un militar. Por lo menos, los militares morían casi todos con dignidad, como aquel último. Los civiles no. Gimoteaban, lloraban y clamaban a Alá. Y siempre querían la venda. Era toda una lección para aquel capitán, que jamás había hecho nada semejante.

Tardaron varios días en organizar las cosas. Ahora se alojaban en casas situadas en distintas zonas de la ciudad. Pero una vez resuelto el problema del alojamiento, los generales empezaron a preocuparse: al alojarlos en distintas viviendas, podrían encarcelarlos uno a uno y devolverlos a Bagdad. Cada general y su familia sólo tenía dos guardaespaldas. ¿Qué podían hacer, salvo espantarles a los mendigos, cada vez que salían?

Se reunían con frecuencia (habían puesto un coche a disposición de cada uno de ellos), básicamente, al objeto de estudiar su definitivo lugar de exilio. Debatían si era más conveniente instalarse juntos en un mismo país o ir cada uno por su lado. Unos aducían que era más seguro, y menos costoso, comprar una extensa finca en la que construir sus viviendas. Otros argumentaban que ya que dejaban Irak para siempre (sólo dos especulaban con lo que los demás consideraban una quimera: volver a Irak como triunfadores y reclamar el gobierno) preferían no tener que verse nunca más.

Las circunstancias hacían aflorar antipatías alimentadas por la rivalidad instaurada en el seno del régimen. Además, no se necesitaban. Tenían fortunas superiores a los cuarenta millones de dólares (uno de ellos tenía más de trescientos repartidos entre varios bancos suizos), más que suficientes para llevar una vida confortable en cualquier país del mundo.

La mayoría eligió Suiza, que era siempre un seguro refugio para todo aquel que tuviese dinero y quisiera llevar una vida tranquila. El resto pensaba en países situados más al este. El sultán de Brunei estaba interesado en los servicios de altos oficiales para reorganizar su Ejército. Tres de los generales iraquíes tenían la intención de ofrecerse. También el gobierno local sudanés los sondeaba para contratar a algunos como asesores. Su misión sería dirigir operaciones contra las minorías animistas del sur del país (los iraquíes tenían larga experiencia por su lucha contra los kurdos).

Pero los generales no pensaban sólo en sí mismos. Tenían a sus familias consigo (y a sus amantes, que, pese a lo violento que resultaba para todos, vivían bajo el mismo techo que su familia).

Sudán era, en su mayor parte, un país desértico abrasado por el sol. En la capital del antiguo protectorado británico había un hospital para extranjeros, cuyo personal era casi todo británico. Aunque no fuese un centro modélico, era bastante mejor que la mayoría de los que existían en el África sahariana. Casi todos los médicos que trabajaban allí eran jóvenes idealistas que llegaron con románticas ideas acerca de África y del ejercicio de la medicina (igual que había ocurrido a lo largo de los últimos cien años). No tardaron en comprender que las cosas no eran como imaginaban, pero lo hacían lo mejor que podían y, por lo general, bastante bien.

Los dos pacientes llegaron con apenas una hora de diferencia. La primera en llegar fue una niña de cuatro años, acompañada por su preocupada madre, que le explicó al doctor Tan MacGregor que la niña siempre había tenido buena salud, sin más percance que un leve episodio asmático que, tal como la madre dijo acertadamente, no tenía por qué haber sido un pro-

Librodot

blema serio en Jartum, con un clima tan seco.

¿De dónde eran? ¿Iraquíes? Aquel médico no entendía de política, ni le importaba. Tenía 28 años y acababa de licenciarse en medicina interna. Era bajito, rubio y con prematuras entradas. Lo que le preocupaba era no haber leído ningún boletín acerca de aquel país y de un grave brote epidémico. Tanto él como el resto del personal habían sido alertados acerca del minibrote de Ébola en el Congo, pero se trataba sólo de un minibrote.

La temperatura de la paciente era de 38°C, nada alarmante a tan corta edad, sobre todo en un país en el que a mediodía la temperatura rara vez era inferior a la corporal. La presión arterial, el ritmo cardíaco y el respiratorio tampoco eran anormales. Sin embargo, la niña daba la impresión de estar muy decaída. ¿Cuánto tiempo decía la madre que llevaban en Jartum? ¿Sólo unos días? En tal caso podía deberse sólo al cambio de aires. Unas personas eran más sensibles a ello que otras, se dijo el doctor MacGregor. Un clima tan distinto, la comida, el agua, podían alterar a un niño por el solo hecho de cambiar su rutina. También podía tratarse de un resfriado, de la gripe; de nada grave, en definitiva. Pese a ser muy caluroso, el clima de Sudán podía considerarse bastante saludable, a diferencia del de otras regiones de África.

El doctor MacGregor se puso los guantes de goma, no porque lo considerase imprescindible sino porque en la Facultad de Medicina de Edimburgo le inculcaron hacerlo siempre. Bastaba olvidarlo una vez para terminar como el doctor Sinclair. (Ah, ¿no sabían ustedes cómo se contagió el doctor Sinclair del sida, eh?) Conocer un solo antecedente era suficiente para adoptar las máximas precauciones.

La paciente no parecía sentirse muy mal. Quizá tuviese los ojos un poco inflamados, y también la garganta, pero nada grave. Quizá le bastase dormir bien una o dos noches. No tenía por qué recetarle nada especial. Aspirina para la fiebre y el dolor de cabeza, y si el problema persistía, que lo llamasen.

-Es un encanto de niña -le dijo a la madre.

Así, la madre se llevó a la niña y el médico se dijo que ya era hora de tomarse una taza de té. Mientras iba por el pasillo hacia la sala de descanso se quitó los guantes de látex que le acababan de salvar la vida y los tiró al cubo de la basura.

El otro paciente llegó media hora después. Era un hombre de 33 años con pinta de sinvergüenza, de torvo aspecto y tan receloso del personal africano como obsequioso respecto del europeo. Obviamente, era un hombre que conocía África, pensó el doctor MacGregor. Quizá fuese un empresario árabe.

-¿Viaja usted mucho? ¿Ha viajado recientemente?

Ah, bueno, pues ahí podía estar el quid. Había que tener mucho cuidado con el agua que se bebía. Eso podía explicar sus molestias intestinales. Y también a él lo mandaron a casa con un frasco de aspirinas inglesas y un sedante de los que se expendía sin receta.

Poco después, MacGregor salía del hospital tras haber cumplido con otra rutinaria jornada.

-¿Señor presidente? Ben Goodley por su línea de seguridad -le anunció una sargento, que lo acompañó a mostrarle cómo funcionaban los teléfonos en la cabina de comunicaciones.

-¿Ben? -dijo Jack.

-Tenemos informes de que han fusilado a muchos altos cargos iraquíes. Le envío un informe detallado por fax. Los rusos y los israelíes lo confirman.

Justo en aquel momento apareció un suboficial de las Fuerzas Aéreas y le entregó a Ryan tres hojas de papel. En la primera sólo decía «ALTO SECRETO. A LA EXCLUSIVA ATENCIÓN DEL PRESIDENTE», pese a que era obvio que ya lo hubieran visto tres o cuatro miembros del personal de comunicaciones (y eso sólo en el avión, que iniciaba su descenso a la base de Tinker).

-Acaban de traérmelo -anunció el presidente-. Déjeme leerlo.

Jack lo leyó y lo releyó con detenimiento.

-Bien -dijo Ryan cuando hubo terminado-. ¿Quiénes van a quedar?

Librodot

-Según Vasco, nadie digno de mención -contestó Ben Goodley-. En esas listas de los que se han cargado figura la plana mayor del partido Baas y toda la cúpula militar. Eso significa que no queda nadie de gran nivel. Lo más alarmante llega de Palm Bowl, y...

-¿Quién es este comandante Sabah?

-Precisamente por eso mismo he llamado yo, señor -contestó Goodley-. Es un espía kuwaití. Según nuestros hombres, es bastante listo. Vasco opina igual. Las cosas van por donde nos temíamos, sólo que más de prisa.

-¿Cuál es la reacción de los saudíes? -preguntó Jack.

El VC-25A dio una leve sacudida al pasar por una zona de «baches» y el presidente se sobresaltó un poco. Debía de estar lloviendo.

-De momento, ninguna -repuso Ben-. Aún están estudiando la cuestión.

-Bien, gracias por la primicia, Goodley. Ténganme informado.

-Por supuesto, señor.

Ryan posó el teléfono en su regazo y frunció el entrecejo.

-¿Problemas? -preguntó Arnie.

-Irak. Los acontecimientos se precipitan. Han empezado las ejecuciones -contestó el presidente, a la vez que le pasaba el fax a su jefe de Estado Mayor.

Estas cosas tenían siempre un tufillo de irrealidad. El informe del CESEN, con las anotaciones de la CIA y de otros organismos, incluía una lista de nombres. De haber estado en su despacho, Ryan hubiese podido ver también fotografías de unos hombres a quienes no conocía ni conocería ya nunca, porque mientras él descendía en su avión a Oklahoma para pronunciar un apolítico discurso político, la vida de aquellos hombres tocaba a su fin. Era casi como escuchar por radió la retransmisión de un partido, salvo que, en este caso, los «disparos» procedían de armas de fuego, y el «instinto asesino» de los re... matadores se cebaba en personas de carne y hueso. Jack recibía la noticia que le transmitían desde más de 11000 km de distancia. Y la distancia propiciaba frases casi superpuestas cuyo contenido sobrecogía, de puro inconexas: «Un centenar de altos cargos iraquíes están siendo fusilados... ¿Quiere un sándwich antes de desembarcar, señor?» Pudo haber tenido gracia de no ser por las graves implicaciones que tenía para la política exterior. Aunque la verdad era que no. No hubiese tenido gracia en ninguna circunstancia.

-¿En qué piensa? -preguntó Van Damm.

-En que debería estar ahora en mi despacho -contestó Ryan-. Esto es importante. Tendría que seguirlo de un modo más directo.

-Se equivoca -dijo Arnie en tono admonitorio-. Ya no es usted el consejero de Seguridad Nacional. Ya hay otra persona que ha de cumplir esa misión. Es usted el presidente, y tiene muchas cosas importantes que hacer. El presidente no puede quedar nunca bloqueado por un solo problema, ni encerrarse en el despacho Oval. Quienes esperan verlo y oírlo ahora no quieren eso, porque significaría que no controla usted la situación, sino que los acontecimientos lo controlan a usted. Pregúntele a Jimmy Carter acerca de lo bien que le fue su segundo mandato. Además, lo de Irak no es tan importante.

-Podría serlo -protestó Jack en el mismo momento en que el aparato aterrizaba.

-Lo importante en estos momentos es su discurso -replicó Arnie señalando hacia la ventanilla.

Buena parte de los habitantes de Oklahoma se disponía a hacer un alto para escucharlo.

Ryan miró también por la ventanilla, pero no vio más que la... Unión de Repúblicas Islámicas.

En otros tiempos, era muy difícil entrar en la Unión Soviética. La Jefatura de Fronteras del Comité de Seguridad Nacional se encargaba de la vigilancia. En algunos casos, recurrían a minar extensos sectores y a levantar fortificaciones, con el doble objetivo de impedir a los de dentro salir y a los de fuera entrar. Las fortificaciones llevaban mucho tiempo en estado de abandono, y en la actualidad, el principal objetivo de tales puntos de control era, para la nueva

Librodot

generación de guardias fronterizos, aceptar sobornos.

Los contrabandistas utilizaban grandes camiones para introducir su mercancía en la nación que, si antes se gobernaba con mano de hierro desde Moscú, ahora no era más que una serie de repúblicas semiindependientes que en su mayoría debían valerse por sí mismas en lo económico y a las que, por lo mismo, no podían imponer ninguna uniformidad política. Pero no fue ése el plan inicial.

Al crear una economía centralizada, Stalin se propuso repartir los centros de producción, con la idea de que cada segmento del gran imperio dependiese de otros en productos vitales. Sin embargo, le pasó por alto el hecho de que, si toda la economía se hundía, cuando no pudiesen obtener algo por una vía tendrían que intentar conseguirlo por otra. Con la disolución de la Unión Soviética, el contrabando, que bajo el gobierno comunista estuvo muy controlado, se había convertido en una verdadera industria. Y con los productos de contrabando se introducían también las ideas, difíciles de detener e imposibles de fiscalizar.

No hubiese faltado más que un comité de recepción, pero no habría cuadrado. La corrupción de los guardias de fronteras se producía en ambos sentidos. Informaban a sus superiores, a la vez que cobraban su personal arancel.

El representante se limitó a permanecer sentado en el asiento del acompañante, mientras, en la parte de atrás del camión, el conductor ofrecía a los guardias una selección de su cargamento. Los guardias no se mostraban codiciosos, sólo aceptarían lo que pudieran ocultar fácilmente en el maletero de sus coches particulares (la única condición era que la operación se hiciese de noche).

Una vez sellados los documentos oportunos, el camión arrancó y siguió por la autopista que cruzaba la frontera y que probablemente era la única bien asfaltada.

Tardaron menos de una hora en cubrir el resto del trayecto y, luego, al entrar en la extensa ciudad que en otros tiempos servía de área de servicio a las caravanas de mercaderes, el camión hizo un breve alto, mientras el representante bajaba y enlazaba con un coche particular en el que prosiguió su viaje, sin llevar más que una bolsa con un par de mudas.

El presidente de aquella república semiautónoma se proclamaba musulmán. Sin embargo, no era más que un oportunista, un ex alto cargo del partido oficial que antes renegaba de Dios cuantas veces hiciese falta para garantizarse su ascendiente político y que luego, con el cambio de los vientos políticos, abrazó el Islam con público fervor e íntimo desinterés. Su fe, si cabía llamarla así, la centraba en su bienestar material.

Había en el Corán varios pasajes alusivos a esta clase de personas, pero ninguno de ellos muy halagador.

El presidente vivía a todo tren, en un confortable palacete de su propiedad, residencia oficial del antiguo amo de aquella república soviética. Allí se dedicaba a beber, a fornicar y a gobernar la república con una mano que, según conviniera, podía ser demasiado blanda o demasiado dura. Controlaba la economía con mucha rigidez (su formación comunista lo hacía especialmente inepto). Por otro lado, se mostraba demasiado transigente con el florecimiento del Islam. Pretendía con ello que su pueblo se hiciese la ilusión de tener libertad personal. Pero partía de una interpretación errónea de la naturaleza de la fe islámica que decía profesar. Porque la ley islámica iba dirigida tanto a los seglares como a los laicos. Al igual que sus antecesores en el cargo, se creía querido por su pueblo. (En opinión del representante, los necios se hacían la misma ilusión.)

Al fin llegó el representante al modesto hogar de un amigo del líder religioso de la región, un hombre honorable y de fe sencilla, querido por los que lo conocían. Siempre tenía una palabra amable para todos y para todo. Sólo lo enojaba que se transgrediesen principios respetables incluso para los no creyentes. A sus 55 años había sufrido bajo el régimen anterior, pero nunca había vacilado en su fe. Era un hombre idóneo para la labor que realizaba.

Y allí estaba, reunido con sus más allegados colaboradores. Tras los saludos de rigor, siempre en nombre de Dios, sirvieron té y empezaron a hablar de negocios.

-Es triste ver a los fieles vivir en tal estado de pobreza -dijo el representante.

-Siempre ha sido así, pero ahora podemos practicar nuestra religión libremente. Mi pueblo vuelve a la fe. Han restaurado nuestras mezquitas y cada día acuden más fieles. ¿Qué son los bienes materiales comparados con la fe? -anunció el líder religioso en tono profesoral.

-Ciertamente -convino el representante-. Y sin embargo, Alá desea que sus fieles prosperen, ¿no es así?

Todos asintieron a la observación, porque eran doctores del Islam, y muy pocos preferían la pobreza al confort.

-Lo que más necesita mi pueblo son escuelas, buenas escuelas -dijo el líder-. Necesitamos mejores instalaciones para la red de asistencia médica. Estoy harto de tener que consolar a los padres por la evitable muerte de un hijo. Reconozco que necesitamos muchas cosas.

-Son cosas que se pueden conseguir fácilmente... con dinero -señaló el representante.

-Éste ha sido siempre un país pobre. Es verdad que tenemos recursos, pero nunca han sido adecuadamente explotados, y ahora hemos perdido el apoyo del gobierno central... precisamente cuando tenemos libertad para controlar nuestro destino. Ese imbécil de presidente que tenemos no hace sino emborracharse y abusar de las mujeres en su palacio. Si fuera un hombre justo, un creyente, podría conseguir la prosperidad para nuestro país -aseguró el líder, más entristecido que furioso.

-Bastaría con eso y con un poco de capital extranjero -se atrevió a sugerir uno de los colaboradores que mejor conocía los temas económicos.

El Islam nunca había fustigado la actividad comercial. Aunque en Occidente se creía que se propagó sólo por medio de la espada, lo cierto era que se extendió hacia el este merced a los barcos mercantes, igual que ocurrió con el cristianismo.

-En Teherán creen que ha llegado el momento de que los fieles actúen como ordenó el Profeta. Hemos cometido el error, muy común a todos los creyentes, de pensar más en el interés material del país que en las necesidades del pueblo. Mi maestro, Mahmoud Haji Daryaei, predica la necesidad de volver a los fundamentos de la fe -dijo el representante tras tomar un sorbo de té.

El representante hablaba también en tono profesoral y reposado. El apasionamiento lo reservaba para el campo político. En una estancia cerrada, sentado en el suelo con hombres tan doctos como él, tenía que expresar sus ideas en tono mesurado.

-Nosotros tenemos riqueza... una riqueza que sólo Alá ha podido concedernos para ponerla al servicio de su divino designio. Y ahora tenemos también la oportunidad. Ustedes han conservado la fe, han honrado la Santa Palabra pese a la persecución, mientras que otros nos enriquecíamos. Ahora tenemos la obligación de recompensarlos, de compartir nuestra riqueza. Esto es lo que propone mi maestro.

-Me alegra oír estas palabras -dijo el líder con cautela.

Religioso no era sinónimo de estúpido. Procuraba no dejar traslucir su pensamiento (el régimen comunista le proporcionó un buen entrenamiento). No obstante, era obvio lo que pensaba.

-Queremos unir el Islam, unir a los creyentes como el profeta Mahoma deseaba. Vivimos en lugares diferentes, hablamos lenguas distintas y pertenecemos a muy diversas etnias. Sin embargo, profesamos una misma fe. Somos los elegidos de Alá.

-¿Y...?

-Deseamos que su república se una a la nuestra. Le proporcionaremos a su pueblo escuelas y buenos hospitales. Los ayudaremos a controlar su propio país, para que aquello que les proporcionemos revierta positivamente en todos centuplicado. Seremos como hermanos, tal como quiere Alá.

Probablemente, un observador occidental habría tenido la impresión de que aquellos hombres no eran muy cultos, debido a la sencillez con que vestían y se expresaban o por el solo hecho de sentarse en el suelo. Pero no era así. Lo que el visitante iraní proponía les resultaba casi tan sorprendente como lo que pudiera proponerles una delegación de extraterrestres.

Existían diferencias entre ambas naciones, entre ambos pueblos. Por lo pronto, diferen-

Librodot

cias lingüísticas y culturales. Se habían enfrentado en guerras durante siglos, se había producido bandidaje y pillaje, a pesar de las estrictas normas de comportamiento que imponía la ley coránica en los conflictos armados entre naciones islámicas. Sólo una cosa tenían realmente en común, algo que podía considerarse accidental, aunque los verdaderos creyentes no creían en lo accidental.

Cuando Rusia, primero bajo los zares y luego bajo el marxismoleninismo, conquistó su país (porque fue más un prolongado proceso que un acontecimiento puntual), les arrebataron muchas cosas: por lo pronto, su cultura, su historia y sus tradiciones; todo, salvo la lengua. Durante generaciones, los soviéticos llamaban a esta problemática «la cuestión de las nacionalidades». La impuesta educación tendía, en primer lugar, a destruirlo todo para luego construir un modelo ateo, hasta que la única fuerza unificadora que quedase fuese la fe, porque la fe no podía ser nunca erradicada (todos los intentos no hacían más que afirmar más a los fieles en sus creencias). Incluso podía considerarse un plan trazado por el propio Alá, para mostrarle a su pueblo que su única salvación radicaba en la fe. Ahora volvían a ella, a los líderes que mantuvieron viva la llama, dedujo el visitante que pensaban los allí reunidos. Alá allanaba sus diferencias para que se uniesen de acuerdo a Su voluntad. Y si esto llevaba aparejada la prosperidad material, tanto mejor. Al fin y al cabo, la caridad era uno de los pilares del Islam, una caridad que durante mucho tiempo negaron quienes se proclamaban fieles a la palabra del Señor.

La Unión Soviética había sucumbido. El Estado que la sucedía estaba casi paralizado, y los distantes y nada estimados hijos de Moscú vivían dejados de la mano de Dios. La oportunidad que se les presentaba tenía que ser obra de Alá. ¿Qué otra cosa podía ser?, se preguntaban todos.

Sólo tenían que hacer una cosa para que el entrevisto futuro fuese un hecho. Al fin y al cabo, él era un infiel. Alá le haría una justicia que, de momento, ellos se tomarían por su propia mano.

-Y aunque no me gustó nada el correctivo que les infligisteis a mis Eagles del Boston College el pasado octubre -dijo Ryan sonriéndoles a los campeones de la liga universitaria de rugby reunidos en Norman, Oklahoma-, vuestra tradición de grandes equipos es parte del espíritu americano del que me enorgullezco.

A Jack le complació tanto la ovación con que el público acogió sus palabras que casi olvidó que el discurso no lo había escrito él. Sonrió y acalló al público con un ademán, perfectamente captado por las cámaras de la C-SPAN, que transmitía confianza en sí mismo.

-Aprende pronto -dijo Kealty, siempre objetivo en estas cuestiones.

-Tiene un excelente «entrenador» -le recordó a Kealty su ex jefe de Estado Mayor-. Todos dan la talla de Arnie, no más. Nuestra movida inicial no les pasó inadvertida, Ed, y Van Damm ha debido de aleccionar muy bien a Ryan.

No tuvo necesidad de añadir que su «movida» no había logrado mover gran cosa. En los primeros momentos, los periódicos publicaron editoriales preocupantes. Luego, reflexionaron y rectificaron (no en la misma columna ni bajo la misma firma, porque los medios de comunicación rara vez reconocían un error), pero sin llegar al extremo de alabar a Ryan, los corresponsales destacados en la Casa Blanca no empleaban los términos que habitualmente utilizaban cuando se querían cargar a un político: inseguro, confuso, desorganizado. Con un Arnie Van Damm en la Casa Blanca era inverosímil hablar de desorganización, como el establishment de Washington sabía perfectamente.

Los llamativos nombramientos hechos por Ryan para recomponer el gobierno alborotaron un poco el cotarro. Pero los elegidos, en seguida tomaron medidas acertadas y se ganaron, por lo menos, el compás de espera.

Adler era uno de los miembros del establishment que había escalado hasta la cumbre. En sus primeros tiempos como funcionario, se había trabajado tan a fondo a tantos corresponsales extranjeros que difícilmente le pondrían la proa (aparte de que no perdía ocasión de ex-

Librodot

plotar los conocimientos de Ryan en política exterior).

George Winston, pese a ser un outsider y un plutócrata, había abordado una «discreta» revisión de su ministerio. Además, tenía el privilegio de poder llamar al teléfono particular de todos los jefes de redacción de secciones económicas de los medios informativos y de revistas especializadas desde Berlín hasta Tokyo. Por si fuera poco, tuvo la habilidad de pulsar su opinión y pedir consejo para el estudio interno que llevaba a cabo.

La mayor sorpresa la constituía Tony Bretano en el Pentágono. Era otro outsider que a lo largo de los pasados diez años se había significado por sus altisonantes declaraciones. Y ahora había prometido a todos los periodistas especializados en temas de defensa que limpiaría aquel templo de la seguridad nacional o moriría en el intento. Aseguraba que era cierto que en el Pentágono se despilfarraba el dinero, tal como había denunciado siempre la prensa, pero que, con la aprobación del presidente, iba a hacer lo imposible por acabar con la corrupción.

Aquellos outsiders no gozaban en Washington de la menor simpatía. Sin embargo, ¡había que ver de qué manera sabían ganarse a la prensa! (y de un modo discreto, desde la rebotica del poder).

Lo más inquietante para el equipo de Kealty y, en general, para todos los detractores de Jack Ryan era que, tal como le había dicho un espía interno que Kealty tenía en el Washington Post, el prestigioso periódico preparaba una serie de reportajes sobre la historia del actual presidente en la CIA, lo que equivaldría poco menos que a la canonización de Ryan, bajo la rúbrica de Bob Holtzman, un auténtico tiburón mediático que, por las razones que fuera, le tenía gran simpatía a Jack y podía utilizar una fuente tan fiable como allegada al presidente.

Sería como el Caballo de Troya. Si el reportaje se publicaba, en cuyo caso lo reproduciría la prensa de toda la nación (algo más que probable, porque acrecentaría el prestigio de Holtzman y del propio Washington Post), los valedores de Kealty en los medios darían marcha atrás de inmediato. Los editorialistas le aconsejarían retirar su reivindicación de la presidencia por el bien del país. Perdería su influencia y su carrera política terminaría más tristemente de lo que estuvo dispuesto a aceptar poco tiempo atrás.

Los cronistas que hubiesen pasado por alto sus deslices personales se cebarían ahora en su desmesurada ambición y, en lugar de ver los deslices como tales, los presentarían, como lastre permanente de toda su carrera. Pondrían en tela de juicio cualquier cosa que hubiese hecho, cargarían las tintas en lo negativo y considerarían los aciertos como excepciones.

Kealty no se enfrentaría a la tumba política sino a la eterna reprobación de la historia.

-Se ha olvidado usted de Callie -dijo Ed de mal talante, sin dejar de ver el discurso, escuchando su contenido y prestando mucha atención al modo en que Ryan lo pronunciaba (en un tono académico, le pareció a él, muy adecuado para un público con mayoría de estudiantes universitarios, que lo vitoreaban como si fuese el entrenador del equipo).

-Con un discurso redactado por ella, Billy “The Kid” parecería un aceptable candidato a la presidencia -convino el ex jefe de Estado Mayor de Kealty.

Y ahí radicaba el mayor peligro. Para vencer, Ryan no tenía más que dar una imagen «presidencial», con independencia de que respondiese o no a la realidad. No respondía, en opinión de Kealty. ¿Cómo iba a poder ser presidente Jack Ryan?

-Nunca he dicho que Ryan fuese tonto -reconoció Kealty, que tenía que ser objetivo. Ya no se trataba de un juego, sino de algo que le importaba más que la vida.

-Ya falta poco, Ed.

-Lo sé.

Pero necesitaba una arma más potente para abatirlo, se decía Kealty de continuo. Era una curiosa metáfora para alguien que durante toda su carrera política había abogado por imponer restricciones a la libre venta de armas.

25

Librodot

INDICIOS

El establo, que ahora hacía funciones de garaje, ya estaba en la finca cuando Ernie la compró.

Ernie Brown se había dedicado al negocio de la construcción y había ganado mucho dinero. Empezó como fontanero a finales de los 70 y mediados los 80 montó su propia empresa para aprovechar el boom inmobiliario californiano.

Aunque dos divorcios habían mermado su economía, vendió la empresa en el momento oportuno y compró tierras en una zona en la que aún no se habían disparado los precios antes de que los figurines de Hollywood la pusieran de moda.

Las 260 ha de su propiedad parecían muchas más en aquella época del año, porque los ranchos vecinos dormitaban, los pastos estaban helados y el ganado permanecía cómodamente en los establos alimentado con pienso.

Transcurrían días enteros sin que pasase un coche por la carretera, o por lo menos esa sensación daba desde Big Sky Country (para ellos, los autocares del servicio escolar no contaban).

En el precio de la finca les incluyeron un camión de cinco toneladas (un diesel que les venía muy bien), además de un depósito subterráneo de combustible, contiguo al establo, con capacidad para 9 0001.

La familia que le vendió el rancho, el establo y la casa al forastero californiano ignoraba que fuese a utilizarla como fábrica de bombas.

A lo primero que se aplicaron Ernie y Pete fue a poner en marcha el camión. Tardaron casi tres cuartos de, hora, porque no se trataba sólo de que se hubiese quedado sin batería. Pero Pete Holbrook era un experto mecánico, y consiguió que el motor arrancase, con claros síntomas de querer funcionar durante bastante tiempo. El camión no tenía permiso de circulación. Sin embargo, esto no era infrecuente en una zona en la que tanto abundaban las extensas fincas, y no tuvieron problemas durante los 65 km que tuvieron que recorrer para ir a uno de los mayoristas de suministros agrícolas de la comarca.

Para el propietario del almacén, situado entre los extensos trigales de la población de Helena, no podía empezar mejor la estación de- la siembra. Ya tenían allí a los primeros clientes para la montaña de fertilizante que acababan de descargar.

Les compraron cuatro toneladas, cantidad no inusual, que una carretilla elevadora de motor de propano depositó en la caja descubierta del camión. Pagaron en metálico y se despidieron con un apretón de manos y una sonrisa.

-Será un trabajo duro -comentó Holbrook mediado ya el camino de regreso.

-Cierto. Y tendremos que hacerlo solos, porque ¿no querrás que contratemos a alguien que pueda irse de la lengua? -dijo Brown.

-Entendido, Ernie, entendido -dijo Pete justo en el momento en que un coche de la policía se cruzaba con ellos.

Aunque el agente ni siquiera volvió la cabeza, a los dos Mountain Men se les hizo un nudo en la garganta.

-¿Cuánto más vamos a necesitar?

-Otro camión -contestó Brown, que lo había calculado una docena de veces-. Es un coñazo que esto abulte tanto.

La otra compra la harían al día siguiente, en un almacén situado a cincuenta kilómetros al sudoeste del rancho. Por aquella tarde ya tenían bastante. Se darían una buena paliza para descargar toda aquella porquería. ¿Por qué puñeta no tendrían en el establo una carretilla elevadora?, se preguntó Holbrook. Por lo menos, cuando volviesen a llenar el depósito de combustible sería la empresa suministradora local quien lo hiciese. Era todo un consuelo.

Hacía frío en la costa china y aquello facilitaba a los satélites la visión de chorros de vapor en dos bases navales. En realidad, la Armada china, se llamaba Servicio Naval del Ejérci-

to de Liberación Popular, nombre tan irrespetuoso para con la tradición que las armadas occidentales ignoraban el nombre oficial en favor de la tradición.

Las imágenes captadas por los satélites fueron retransmitidas al Centro de Mando Militar Nacional del Pentágono, donde el oficial de guardia consultó a su especialista en inteligencia.

-¿Están los chinos de maniobras?

-No, que sepamos.

Las fotografías mostraban que doce barcos, todos ellos amarrados, tenían los motores en marcha, en lugar de aprovechar la energía del tendido eléctrico del muelle, como era lo habitual para realizar cualquier tarea a bordo.

Un examen más detenido de la fotografía permitía ver media docena de remolcadores que evolucionaban entre los muelles y las bocanas. Como el especialista en inteligencia de aquel turno pertenecía al Ejército, llamó a un oficial de la Armada.

-Pues que varias unidades se disponen a zarpar -fue la obvia conclusión.

-¿Y no podría tratarse de una revisión técnica?

-¿Para qué iban a necesitar remolcadores? ¿Cuándo será el próximo paso? -preguntó el comandante de la Armada refiriéndose al paso del satélite.

Hacía media hora que habían tomado las fotografías. -Dentro de cincuenta minutos.

-Entonces deberíamos ver tres o cuatro barcos ya en la bocana de ambas bases. Esto nos lo confirmaría. Porque a primera vista parece que se disponen a realizar unas maniobras importantes. ¿Hay alguna movida política que las justifique?

-Ninguna -contestó el oficial del Ejército.

-Pues entonces son maniobras de la flota. Quizá sólo quieran comprobar que están en condiciones.

Una nota de prensa de Pekín les ampliaría la información. Pero eso pertenecía a un futuro para el que aún faltaban treinta minutos, imprevisible para ellos, pese a cobrar para preverlo.

El director era un hombre religioso, como cabía esperar, de acuerdo a lo delicado del cargo que ocupaba.

Pese a haber sido un médico de talento y ser un competente virólogo, vivía en un país en el que la confianza política se medía por la devoción a la rama chiíta del Islam. El director organizaba sus rezos con una escrupulosa puntualidad, a la que adaptaba todo el trabajo del personal del laboratorio.

Tal era su devoción que, sin ser consciente de ello, iba más allá de las enseñanzas del Islam. Flexibilizaba toda norma que supusiese un obstáculo, como si fuese de goma, y al mismo tiempo estaba convencido de no violar la palabra del Profeta ni contrariar la voluntad de Alá.

¿Cómo podía permitirse tal... malabarismo? Pues muy sencillo: porque ayudaba a hacer que el mundo volviese los ojos hacia la verdadera fe.

Los presos, los conejillos de Indias, eran todos hombres condenados por algún delito. Incluso los ladrones, culpables de delitos menores, habían violado cuatro veces el Santo Corán y acaso hubiesen cometido otros delitos (probablemente, se decía el director) que mereciesen la pena de muerte.

Todos los días se les informaba de la hora para la oración, y aunque se arrodillaban, reverenciaban a Alá y musitaban las plegarias, no era difícil reparar, a través del monitor de televisión, en que no hacían más que cumplir con el ritual, y que no le rezaban a Alá de corazón. Esto los convertía en apóstatas, y en su país, la apostasía se castigaba con la muerte.

El único condenado por apostasía era behaísta -una minoría casi erradicada-, miembro de una secta fundada después de la aparición del Islam. Los cristianos y los judíos, por lo menos, eran «pueblos de las Sagradas Escrituras» y reconocían al mismo dios del Universo, de quien Mahoma era el último mensajero.

La secta behaísta (seguidores de Baha) se fundó después, inventando algo tan nuevo

Librodot

como falso que los relegaba a la condición de paganos y les atraía las iras de su gobierno. De modo que nadie mejor que aquel pagano para probar el éxito del experimento.

Los presos estaban tan insensibilizados que tardaron en acusar los primeros síntomas de gripe. Los auxiliares entraron a tomar muestras de sangre, todos ellos con el traje de protección. Otra ventaja de la insensibilización de los presos era que estaban demasiado atemorizados para crear problemas. Llevaban mucho tiempo encarcelados, sometidos a una dieta deficiente que los había debilitado, y a un régimen disciplinario tan duro que no se atrevían a rechistar.

Ni siquiera los condenados que sabían que iban a enfrentarse a la muerte tenían el menor deseo de acelerar el proceso. Ninguno se opuso a que le extrajesen sangre, que los auxiliares introdujeron en tubos de ensayo, etiquetaron y numeraron.

En el laboratorio, la muestra de sangre del «enfermo Tres» fue la primera que analizaron. Colocaron el portaobjetos bajo el microscopio electrónico, y regularon los aumentos a 20 000 por campo.

-¡Ajá!

El director graduó el microscopio hasta 112 000 aumentos... y allí estaba, proyectado en la pantalla del ordenador.

En su mundo, estaban muy familiarizados con el pastoreo, y la expresión «cayado de pastor» le pareció una perfecta descripción. En el centro de la imagen se veían las formaciones de ácido ribonucleico, delgadas y curvadas por un extremo y con los lazos de proteínas en el otro. Allí estaba la clave de la acción del virus, o por lo menos eso creían todos. Su exacta función aún no se comprendía, a mayor gloria del experto en guerra biológica.

-Moudi -llamó el director.

-Sí, ya lo veo -dijo el médico acercándose al director.

El virus Ébola Zaire Mayinga estaba en la sangre del apóstata. Ahora le harían también la prueba de anticuerpos y verían cómo cambiaba de color la pequeña muestra. El resultado del análisis era inequívoco.

-Se confirma la transmisión por aerosol.

-En efecto -convino Moudi nada sorprendido.

-Aguardaremos dos días para la segunda fase. Sólo entonces estaremos completamente seguros. De momento, redactaría el informe que debía cursar.

El anuncio de Pekín pilló por sorpresa a la legación norteamericana. Estaba redactado en términos rutinarios. La Armada china realizaba importantes ejercicios en el estrecho de Formosa. Dispararían misiles tierra-aire y tierra-tierra, con carga real, en fechas todavía no determinadas (sus meteorólogos aún no se habían pronunciado sobre el tiempo que haría durante los ejercicios, decía la nota).

El gobierno de la República Popular China publicaba comunicados de alerta para que, tanto a las compañías aéreas como a las marítimas, les diese tiempo a programar rutas alternativas.

La nota no decía nada más, con la comprensible preocupación del secretario del embajador norteamericano en Pekín, que consultó de inmediato con sus agregados militares y con el jefe de la misión de la CIA en el país. Pero lo único que supieron decirle era que la nota no hacía la menor mención del gobierno de la república china de Taiwan. Esto tenía una lectura positiva, porque no incluía ninguna protesta por la continuada independencia política de lo que Pekín consideraba una provincia rebelde. Por otro lado, era negativo, ya que la nota no decía que fuese un ejercicio rutinario que no estuviese dirigido contra nadie. La nota decía lo que decía, sin explicación alguna. Esta información fue cursada al Centro de Mando Militar Nacional del Pentágono, al Ministerio de Asuntos Exteriores y al cuartel general de la CIA en Langley.

Daryaei tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para reconocer el rostro asociado al

Librodot

nombre. No se parecía en nada al del chico de Qom. El mensaje procedía de un hombre adulto que estaba a muchos miles de kilómetros de allí.

Ah, sí, Raman... Aref Raman. ¡Qué chico más despierto era! Su padre regentaba un concesionario de automóviles Mercedes y los vendía a personalidades de Teherán. Fue un hombre de fe vacilante. Pero no era ése el caso de su hijo, que no pestañeó al enterarse de la accidental muerte de sus padres a manos del Ejército del sha (por estar donde no debían en un pésimo momento, atrapados en unos disturbios callejeros en los que ellos no tuvieron arte ni parte).

Aref y su maestro rezaron por los Raman. Que hubiesen muerto a manos de aquellos en quienes confiaban fue una lección tan dura como innecesaria. Raman había sido siempre un chico de acendrada fe, a quien dolía mucho que su hermana mayor se hubiese liado con un oficial norteamericano, para deshonra de su apellido y de su familia. También ella desapareció durante la revolución, acusada de adulterio y condenada por un tribunal islámico. Esto dejó a Raman solo en el mundo.

Podían haberlo utilizado de muchas maneras, pero Daryaei eligió la que creyó más conveniente. En unión de un matrimonio de confianza, la nueva «familia» salió del país con el dinero heredado por Raman. Primero, fueron a Europa y, casi inmediatamente después, a EE. UU., donde había llevado una vida tan discreta que Daryaei los creía muertos, por lo menos a los «padres». El hijo, elegido para la misión debido a su precoz dominio del inglés, continuó su educación y entró a trabajar al servicio del gobierno, realizando sus tareas con la misma eficiencia que mostró en las primeras fases de la revolución, durante la que mató a dos altos oficiales de las Fuerzas Aéreas del sha mientras bebían whisky en el bar de un hotel.

Desde entonces, se había atenido a las instrucciones, a no hacer nada. Nada en absoluto. Integrarse. Tener siempre presente su misión, pero no hacer nada. El ayatollah estaba muy satisfecho de no haberse equivocado con el muchacho, porque, a tenor del breve mensaje que acababa de llegarle, parecía estar a punto de culminar su misión.

La palabra asesino derivaba de hashshashí, término árabe para designar el hachís, utilizado por miembros de la subsecta nizarí del Islam para provocar supuestas visiones del Paraíso a quienes se disponían a cometer un asesinato. Como es natural, Daryaei los consideraba herejes, porque detestaba las drogas. Aquellos individuos eran débiles mentales pero eficaces servidores de una serie de líderes terroristas, tales como Hasan-i Sabbah y Rashid al-Din que, durante dos siglos sirvieran al equilibrio político en una amplia región que iba de Siria a Persia.

Pero había cierta brillantez en aquella idea, que fascinó al clérigo desde que tuvo conocimiento de ella de pequeño: infiltrar a un agente fiel en el campamento enemigo. Era una labor de años y, por lo tanto, una misión que requería mucha fe. El fallo de los nizaríes fue su herejía, separarse de la verdadera fe. Podían captar adeptos entre los extremistas, pero no ganarse a la masa. Podían servir eficazmente a un amo en la Tierra, pero no a Alá. De ahí que necesitaran drogas para llevar a cabo su labor, igual que hacían los infieles con el alcohol.

Era una idea tan defectuosa como brillante. Daryaei no había hecho sino perfeccionarla. Y ahora tenía a un hombre cerca del objetivo, algo en lo que confiaba pero que ignoraba. Más aún: tenía a un hombre que estaba cerca del objetivo y aguardaba instrucciones, al otro extremo de una línea de comunicación de mensajes que nunca había sido utilizada, formada por personas que salieron del país hacía más de quince años. Esto daba lugar a una situación más favorable que la que había propiciado en Irak. Porque en EE. UU. aquellos a quienes pudieran investigar eran detenidos o declarados libres de todo cargo y, caso de vigilárseles, sólo se hacía durante una temporada, hasta que quienes los vigilaban se aburrían y se ocupaban de otros servicios. En algunos países, cuando ocurría algo semejante y los agentes se aburrían, detenían a sus vigilados y los mataban.

De modo que sólo era cuestión de decidir el momento oportuno para que Raman cumpliese su misión. Después de tantos años, Aref seguía con la cabeza en su sitio, libre de drogas y adiestrada por el Gran Satán en persona.

Librodot

La ocasión era tan sublime, tan solemne, que ni siquiera acertaba a sonreír.

En aquel momento sonó el teléfono por su línea privada.

-Diga.

-Tengo buenas noticias -anunció el director-. De la granja de monos.

-Tenía usted razón, Arnie -reconoció Jack mientras iban por el pasadizo que comunicaba con el ala Oeste-. Ha sido estupendo salir de aquí.

El jefe de Estado Mayor notó la viveza de su paso, pero no se entusiasmó en exceso por ello. El «Air Force One» había devuelto al presidente a tiempo para cenar tranquilamente con su familia. Se había librado de la habitual serie de tres o cuatro discursos seguidos, de interminables horas de confraternización con grandes contribuyentes, y de una noche de apenas cuatro horas de sueño (y aun éstas, muy a menudo, en el propio avión), seguida de una rápida ducha y de una jornada de trabajo artificialmente prolongada por el jolgorio de las recepciones.

Parecía increíble, se decía Jack, que un presidente pudiese trabajar en semejantes condiciones. Las obligaciones del cargo -de por sí bastante complejas- casi siempre quedaban subordinadas a lo que eran poco más que relaciones públicas. Eran necesarias en una democracia, en la que los ciudadanos necesitaban ver que el presidente hacía algo más que estar sentado en su despacho y... trabajar. Ejercer la presidencia era algo que uno podía amar sin gustarle, una frase que sólo parecía contradictoria hasta que se sentaba uno en el despacho Oval.

-Lo ha hecho usted muy bien -le aseguró Van Damm-. Ha quedado perfecto en televisión, y el fragmento de entrevista con su esposa que ha emitido la NBC también ha estado bien.

-A ella no le ha gustado. Cree que no han emitido lo más interesante -comentó Ryan en tono desenfadado.

-Podía haber sido mucho peor.

«No le han hecho ninguna pregunta sobre el aborto», pensó Arnie, que para evitarlo se trabajó a fondo a los de la NBC. Había dado órdenes para que durante el vuelo del día anterior tratasen a Tom Donner no ya como a un senador sino como a un ministro, aparte de prometerle que la semana siguiente él sería el primer presentador de televisión a quien concederían una entrevista en exclusiva con el presidente en la Casa Blanca. No habría limitaciones respecto del alcance de las preguntas, lo que significaba tener que aleccionar a Ryan durante horas. De momento, el jefe de Estado Mayor dejaría que su presidente disfrutase de la satisfacción de lo que había sido un día bastante positivo en el Medio Oeste, cuyo verdadero objetivo, aparte de sacar a Ryan de Washington para que se fuese haciendo a la idea de cómo se ejercía el cargo, era presentarlo ante el país con hechuras de presidente, y marginar aún más al cabrón de Kealty.

Los agentes del Servicio Secreto estaban tan animados como el presidente, ya que, con mucha frecuencia, se contagiaban del estado de ánimo del POTUS.

-¡Buenos días, señor presidente! -lo saludaron al unísono cuatro de las agentes al verlo dirigirse hacia el despacho Oval.

-Buenos días, Ben -saludó Ryan, que, muy sonriente, fue hasta su mesa y se dejó caer en su silla giratoria-. Cuénteme a ver cómo va el mundo.

-Puede que tengamos problemas. La Armada de la República Popular China se ha hecho a la mar -le comunicó el consejero en funciones de Seguridad Nacional, a quien el Servicio Secreto acababa de asignarle un nombre en clave: TAHÚR.

-¿Y? -preguntó Ryan, contrariado ante la perspectiva de que le amargasen el día.

-Pues que tiene pinta de que se disponen a realizar unas maniobras en toda regla, hasta el punto de anunciar que piensan utilizar fuego real. Aún no ha habido reacciones de Taipei.

-¿No estarán en vísperas de elecciones? -preguntó Ryan.

-No. Todavía falta un año. El gobierno de Formosa sigue regando dinero en las Naciones Unidas. Se atraen discretamente a muchos países por si acaso se plantease una petición de

representación. Pero no hay nada destacable al respecto. Taipei juega sus cartas con mucho cuidado. Evita hacer nada que ofenda a la China continental. Sus relaciones comerciales son estables. En resumidas cuentas: no sabemos a qué pueden deberse estas maniobras.

-¿Qué presencia tenemos en la región?

-Un submarino en el estrecho de Formosa que vigila a un submarino chino.

-¿Portaaviones?

-El más próximo está en el océano índico. El Stennis ha vuelto a Pearl Harbor para reparar averías de los motores, y el Enterprise también. Permanecerán allí una temporada. La despensa sigue poco nutrida -le recordó el TAHÚR al presidente (lo mismo que éste le había dicho a su presidente hacía sólo unos meses).

-¿Y qué hay del Ejército de tierra chino? -preguntó Ryan.

-Tampoco en esto hay nada nuevo. Sólo un nivel de actividad superior al normal, como dicen los rusos. Pero ya hace bastante tiempo que está en esos niveles.

Ryan se recostó en el respaldo y pensó en pedirse un descafeinado. En su discursera excursión había comprobado que le sentaba mejor al estómago, y así se lo comentó a Cathy, que se limitó a sonreír y exclamar: « ¡Ya te lo decía yo! »

-De acuerdo, Ben, especule un poco.

-He hablado con algunos sinólogos de Exteriores y de la CIA -dijo Goodley-. Quizá la cúpula militar proyecte una movida política, de cara al interior; una demostración de fuerza para que los demás miembros del Politburó de Pekín vean que siguen fuertes y que cuentan. Aparte de esto, cualquier otra cosa sería pura especulación, y no es ésa mi misión aquí, ¿verdad, señor presidente?

-Y «no lo sé» significa no lo sé, ¿verdad?

Era una pregunta retórica que venía a ser todo un aforismo para Jack.

-Me lo enseñó usted cuando ambos ejercíamos otras funciones, señor presidente -dijo Goodley, aunque nada sonriente-. También me enseñó usted a no encariñarme con aquello que no pueda explicar -añadió-. Saben que lo sabemos, que nos preocupará, y saben que es usted nuevo aquí y que lo menos que le conviene a usted, en estos momentos, es un follón. De modo que, ¿por qué hacerlo?

-Sí -convino el presidente-. ¿Andrea? -añadió dirigiéndose a la agente Price, que, como de costumbre, fingía no prestar atención.

-¿Qué desea, señor presidente?

-¿Dónde está el fumador más cercano? -preguntó Ryan.

-Señor presidente, yo no...

-¿Cómo que no? ¡Quiero uno!

Price se escabulló hacia la secretaría sin rechistar. Conocía los síntomas tan bien como cualquiera. Se pasaba del café normal al descafeinado, y entonces tenía «mono» de tabaco. Lo sorprendente era que hubiese tardado tanto. Revelaba la reacción del presidente, al informe sobre inteligencia, con más nitidez que las palabras del doctor Benjamin Goodley.

Debía de ser de una fumadora, pensó Jack al cabo de un minuto, cuando Price le trajo un cigarrillo muy largo y delgado, además de un encendedor, un cenicero y una mirada de desaprobación. Jack no creía que tratasen igual a Franklin D. Roosevelt y a Eisenhower.

Ryan inhaló el humo con expresión reflexiva. China fue el convidado de piedra en el conflicto con Japón (aún se resistía a utilizar el término guerra), o por lo menos eso se suponía. Todo encajaba y tenía lógica, pero nada justificaba pedir un informe especial al SIN, y menos aún sondear a los medios de comunicación, que a menudo tenían la misma credibilidad que un juez ultraconservador. De modo que...

Ryan cogió el teléfono y pidió que lo pusieran con Daniel Murray (una de las ventajas de la presidencia era la agilidad telefónica).

-No se retire. Tengo al habla al presidente -oyó Jack que decía una de las secretarias.

Una frase tan sencilla, dicha desde la Casa Blanca, con el mismo tono de voz que pudiera uno utilizar para pedir una pizza, nunca dejaba de producir una instantánea reacción de pá-

Librodot

nico en la persona a quien llamasen. Rara vez tardaban más de diez segundos en ponerse al teléfono. En aquella ocasión tardaron sólo seis.

-Buenos días, señor presidente.

-Buenos días, Dan. Necesito saber una cosa: ¿cómo se llama el inspector de policía japonés que vino aquí?

-Jisaburo Tanaka -contestó Murray en seguida.

-¿Es bueno? -preguntó Jack.

-Sólido. Tan bueno como cualquiera de los nuestros. ¿Qué quiere de él?

-Debe de estar en estrecho contacto con el tal Yamata.

-Quien quiera peces... señor presidente -dijo el director en funciones del FBI.

-Necesito un informe acerca de sus conversaciones con China y, sobre todo, quién fue su contacto.

-Podemos conseguirlo. Intentaré hablar con él en seguida. ¿Quiere que lo llame luego a usted?

-No, hable con Ben Goodley, y él se pondrá en contacto con los del fondo del pasillo -dijo Ryan utilizando la jerga habitual entre ambos-. Ben ocupa mi antiguo despacho.

-Sí, señor. Llamo ahora mismo, que ya es medianoche en Tokyo.

-Gracias, Dan. Hasta luego -se despidió Jack, que inmediatamente miró a Ben-. Hay que analizar esto sin pérdida de tiempo.

-No se preocupe, jefe -le prometió Goodley.

-¿Qué más ocurre en el ancho mundo? ¿Qué hay de Irak?

-Las mismas noticias que ayer: fusilamientos en masa. Los rusos nos han informado acerca de esa «Unión de Repúblicas Islámicas». No nos parece inverosímil, pero de momento no ha trascendido nada. Hoy pensaba ocuparme del asunto...

-Pues de acuerdo, póngase a ello.

-Bien, ¿cuál es su postura? -preguntó Tony Bretano.

A Robby Jackson no le hacía mucha gracia improvisar, pero formaba parte de las obligaciones del recién ascendido director de Operaciones de la JUJEM. El recién designado ministro de Defensa le cayó bien desde que la semana anterior tuvieron sus primeros contactos. Bretano era un pequeñajo cabezota que no paraba de gruñir. Pero era también un hombre de ideas muy claras que sabía tomar decisiones rápidas. Además, era ingeniero, conocía sus limitaciones y sabía preguntar..

-Tenemos en el estrecho al Pasadena, un submarino de intervención rápida que cumple misiones de vigilancia. Le hemos ordenado que se desentienda del submarino de la república china de Taiwan y se dirija al noroeste. Luego enviaremos dos o tres unidades más a la zona, les asignaremos sectores específicos, con instrucciones de estar alerta a cualquier contingencia. Estamos en continua comunicación con Taipei. Tomarán alguna medida. Siempre lo hacen. Normalmente, acercaríamos un portaaviones, pero en esta ocasión... la verdad es que no tenemos ninguno convenientemente cerca. Y si no hay ninguna amenaza política para Taiwan, parecería una reacción desproporcionada. Lo que hemos hecho es enviar una estación volante de telecomunicaciones, desde la base de Guam. Es un inconveniente no disponer de una base cercana.

-De modo que, sustancialmente, nos dedicamos a reunir información de inteligencia sin hacer nada... sustancial -dijo el ministro de Defensa.

-Reunir información es algo sustancial, señor. Sin embargo, el fondo de la cuestión es como usted dice.

-Lo sé -admitió Bretano sonriente-. Yo diseñé los satélites que utilizarán ustedes. ¿Qué cree que nos dirán?

-Probablemente, captaremos farfulla como para agotar a todos nuestros expertos en mandarín de Fort Meade. Pero no sacaremos nada en limpio sobre sus intenciones. No obstante, será un material útil para hacernos una idea de su operatividad. O poco conozco al almiran-

Librodot

te Mancuso, el comandante de la flota de submarinos del Pacífico, o mandará un par de unidades para que se distraigan por la divisoria de las aguas jurisdiccionales, a ver si los chinos dan con ellos y lo denuncian. Pero nada abiertamente. Ésta sería una de nuestras alternativas si no nos gusta el cariz que tomen las maniobras.

-¿A qué se refiere?

-A que si quiere uno meterle el miedo en el cuerpo a un marino de guerra, no tiene más que informarle de que tiene a un submarino rondándole. Más claro, señor ministro: aparece uno en mitad de su formación y se esfuma de inmediato. Es... ¿cómo se lo diría yo finamente?, una puntadita sicológica. A nuestros hombres se les da de miedo. Y Bart Mancuso juega a barcos como nadie. No hubiésemos podido derrotar a los japoneses sin él.

-¿Tan bueno es? -exclamó el ministro de Defensa, que no sabía nada de Mancuso.

-Es el mejor. Es de esa clase de personas a las que no hay más remedio que escuchar. Igual que su comandante en jefe de la flota del Pacífico, Dave Seaton.

-Pero según me dijo el almirante DeMarco....

-¿Puedo hablar con franqueza, señor? -dijo el director de Operaciones de la JUJEM.

-Mire, Jackson, entre nosotros es así como hay que hablar siempre.

-A Bruno DeMarco lo nombraron vicecomandante de Operaciones Navales por una sola razón.

-Ya -dijo Bretano, que lo captó al vuelo-. Para pronunciar discursos y no hacer nada que dé mala imagen de la Armada.

-Exacto.

-Tomo nota, almirante Jackson.

-Verá, señor, yo sé poco de arquitectura. Sin embargo, hay algo que debería usted saber acerca de este edificio. Lo de los cinco lados es pura apariencia en el Pentágono; sólo hay dos: el de los burócratas y el de los combatientes. El almirante DeMarco se ha pasado aquí más de la mitad de su carrera. Mancuso y Seaton son combatientes y hacen cuanto pueden por seguir siéndolo.

-Igual que usted -señaló Bretano.

-Me parece que en mi caso es sólo que me gusta el olor del mar, señor ministro. No arrimo el ascua a mi sardina. Usted deberá decidir si le cuadro o no. Al fin y al cabo, volar ya no puedo, que es para lo que me alisté. Pero confío en que tenga usted siempre en cuenta la opinión de Seaton y de Mancuso.

-¿Alguna lesión, Robby? -preguntó el ministro de Defensa, que lo intuyó en seguida.

-Artritis -contestó Jackson encogiéndose de hombros-. Herencia de familia. Podría ser peor, señor. No me impide jugar al golf y, además, los almirantes ya no suelen volar.

-¿No aspira a que lo asciendan, verdad? -dijo Bretano, que mentalmente acababa de incluirlo en la lista de elegibles para más altos cargos.

-Verá, señor ministro, soy hijo de un predicador de Mississippi. Ingresé en Annapolis, piloté cazas durante veinte años y aún puedo contarlo -dijo Robby, estremecido al pensar que la mayoría de sus amigos habían muerto-. Puedo retirarme cuando quiera y encontrar un buen empleo en el sector privado. Creo que estoy *au-dessus de la mélée*, pase lo que pase. No obstante, mi país se ha portado muy bien conmigo y creo que le debo algo. Y lo que le debo, señor, es decir la verdad, hacer cuanto puedo y pechar con las consecuencias.

-En definitiva, que tampoco usted es un burócrata -dijo Bretano.

-Preferiría tocar el piano en un burdel, señor. Es un trabajo más honrado.

-Usted y yo haremos buenas migas, Robby. Redacté un plan. Y no les quite ojo a los chinos.

-En realidad, mi misión consiste sólo en asesorar y...

-En tal caso, coordínese con Seaton. Estoy seguro de que él también debe de tener en cuenta sus opiniones.

Las comisiones de inspección de las Naciones Unidas estaban tan acostumbradas a la

Librodot

frustración que no acertaban a digerir la satisfacción. El personal de las distintas instalaciones les había proporcionado kilos de información técnica, fotografías, cintas de vídeo, y prácticamente había agotado a los inspectores con exhaustivas explicaciones y, a menudo, del método más sencillo para desactivar los mecanismos más peligrosos. No era fácil, porque la diferencia entre una planta de armas químicas y una fábrica de insecticidas era casi nula. El «gas nervioso» fue un invento casual, en el curso de unas investigaciones para el exterminio de insectos (la mayoría de los insecticidas eran venenos que afectaban al sistema nervioso), y el quid de la cuestión estaba en los ingredientes químicos, llamados «precursores». Además, cualquiera de los países con recursos petrolíferos e industria petroquímica producía toda clase de productos especializados, la mayoría de ellos tóxicos para el hombre.

Pero una de las reglas del juego era que las personas honradas no se dedicasen a fabricar armas prohibidas, y de la noche a la mañana, Irak se había convertido en un honrado miembro de la comunidad internacional.

Esto quedó claro en la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El embajador iraquí habló desde su sillón de la mesa circular. Utilizó mapas y planos para mostrar lo que ya se había abierto a la libre inspección de las comisiones, y lamentó no haber podido decir la verdad hasta entonces. Sus colegas se hicieron cargo. Muchos de ellos mentían tanto que apenas sabían ya lo que significaba la verdad. De modo que, al ver ahora la verdad, no reconocían la mentira que entrañaba.

-En vista del cumplimiento de mi país con todas las resoluciones de las Naciones Unidas, respetuosamente solicitamos que, teniendo en cuenta las necesidades de los ciudadanos de mi país, sea levantado el embargo de productos alimenticios lo antes posible -concluyó el embajador.

Incluso el tono del diplomático parecía ahora razonable, se dijeron sus colegas, visiblemente satisfechos.

-La presidencia cede la palabra al embajador de la república islámica de Irán -dijo el embajador chino a quien por rotación correspondía la presidencia del Consejo de Seguridad.

-Ningún país de este organismo tiene más motivos para detestar a Irak. En las plantas de armas químicas inspeccionadas hoy se fabricaban armas de destrucción masiva, utilizadas contra el pueblo de mi país. Al mismo tiempo, creemos nuestro deber reconocer que un nuevo día ha amanecido en la tierra de nuestro vecino. Los ciudadanos de Irak sufren desde hace mucho tiempo las consecuencias de las acciones de su ex gobernante. El nuevo gobierno muestra todos los síntomas de querer reincorporarse al seno de la comunidad de las naciones. En vista de ello, la república islámica de Irán apoyará el inmediato levantamiento del embargo. Además, pondremos en marcha un plan de ayuda de emergencia para proporcionar alimentos que sirvan de alivio a los ciudadanos iraquíes. Irán propone que la suspensión del embargo se condicione a la continuada buena fe de Irak. A este fin, sometemos a consideración el borrador para la resolución tres-seis-cinco-nueve...

Scott Adler no quiso faltar a la reunión del Consejo de Seguridad. El embajador norteamericano ante las Naciones Unidas era un diplomático con experiencia. Pero en ocasiones como aquélla merecía la pena aprovechar la cercanía de Washington (aunque no sirviera de mucho, pensaba Adler).

El ministro de Exteriores no tenía cartas que jugar. A menudo, la más hábil argucia diplomática consistía en hacer exactamente lo que el adversario quería. Ése fue el mayor temor que se albergó en 1991 (que Irak optase, sencillamente, por retirarse de Kuwait, y dejase a EE. UU. y a sus aliados sin nada que hacer, además de reservar el potencial militar iraquí para combatir en otra ocasión). Por suerte, era una alternativa demasiado inteligente para que el mandatario iraquí optase por ella. Pero otros habían aprendido la lección: si se le pedía a una persona que hiciese alguna cosa como condición para concederle algo que necesitaba y esta persona accedía... pues no podía negarle lo que necesitaba, ¿verdad que no?

Adler fue cumplidamente informado de la situación, aunque de bien poco le sirviera. Era como jugar al póquer y llevar tres ases de salida, para luego encontrarse con una escalera

Librodot

de color del adversario. La buena información no siempre era útil. Lo único que podía prolongar el embargo era la premiosidad de las Naciones Unidas. Pero ni siquiera con eso se podía especular cuando a los diplomáticos les daba un ataque de entusiasmo.

Adler pudo haber pedido que se pospusiera la votación, para garantizar que Irak cumpliese con todas las exigencias impuestas, desde hacía tanto tiempo, por las Naciones Unidas. No obstante, Irán se había curado en salud al proponer una resolución que especificaba que la suspensión del embargo tenía carácter temporal y condicional. También dejó claro que, en cualquier caso, iban a enviar alimentos (en realidad, ya habían empezado a hacerlo por carretera, en la convicción de que hacer abiertamente algo ilegal lo convertía en aceptable).

El ministro de Exteriores miró a su embajador (eran amigos desde hacía años) y vio que le guiñaba el ojo con ironía. El embajador británico hojeaba las notas de su bloc. El ruso leía despachos. La verdad era que nadie escuchaba. Ni falta que les hacía. Dos horas después, aprobarían la resolución iraní. Y, en fin, pudo ser peor. Por lo menos, tendría ocasión de hablar cara a cara con el embajador chino y de preguntarle por sus maniobras navales. Aunque ya sabía cuál sería la respuesta, ignoraba si respondería a la verdad.

«Soy el ministro de Asuntos Exteriores de la nación más poderosa de la Tierra -se dijo Adler-. Sin embargo, hoy soy un simple espectador. »

26

CIZAÑA

Pocas cosas había más tristes que un niño enfermo.

O una niña, claro está.

El doctor MacGregor recordaba perfectamente su nombre: Sohaila. Era un nombre bonito para una niña preciosa y encantadora. Su padre, que la llevaba en brazos, parecía ser un hombre embrutecido (ésa fue la primera impresión de MacGregor, que rara vez se equivocaba en estas cosas). Pero si así era, su preocupación por la niña lo transformaba. Lo seguía su esposa, junto a otro hombre de aspecto árabe que llevaba chaqueta y, detrás de éste, un sudanés con pinta de funcionario.

El médico reparó en estos detalles pero los ignoró, porque ellos no estaban enfermos. Era Sohaila la enferma.

-Bueno... ¿qué tal, jovencita? -la saludó MacGregor con una tranquilizadora sonrisa-. ¿No te encuentras nada bien, verdad? Tendremos que remediarlo. Venga conmigo -añadió dirigiéndose al padre.

MacGregor los condujo a una sala de reconocimiento. El padre sentó a la niña en la camilla y dejó que fuese la madre quien cogiese la mano de Sohaila. Los guardaespaldas (porque de eso era de lo que tenían pinta) no entraron.

El médico posó la mano derecha en la frente de la niña, que ardía de fiebre (debía de tener más de 39ºC), se lavó las manos y se puso guantes (al igual que la otra vez, sólo porque en África había que adoptar uno toda clase de precauciones).

Lo primero que hizo fue tomarle la temperatura en el interior del pabellón de la oreja. Tenía 39,4ºC. El pulso lo tenía muy acelerado, aunque eso no era preocupante a su edad. Un rápido reconocimiento con el estetoscopio confirmó ruidos cardíacos normales y ningún pro-

Librodot

blema destacable en los pulmones, aunque también el ritmo respiratorio era muy rápido. En principio, no tenía más que fiebre, algo nada infrecuente en los niños, sobre todo en los cambios de aires.

-¿Cuál es el problema que creen que tiene su hija? -preguntó MacGregor alzando la vista.

-Pues que no come y tiene descomposición -contestó el padre.

-¿Vómitos y diarrea? -volvió a preguntar MacGregor mirándolo escrutadoramente a los ojos, que no le decían nada especial.

-Sí, doctor.

-Tengo entendido que hace poco que están ustedes aquí -dijo MacGregor-. Necesito saberlo -añadió al ver la dubitativa expresión del padre.

-Sí. Llegamos de Irak hace sólo unos días.

-Su hija padece un leve asma, nada más; ningún otro problema de salud, ¿verdad?

-Así es en efecto. Le han puesto todas las vacunas que le corresponden. Nunca había estado enferma así.

-¿Ha comido cosas inhabituales desde que están aquí? -indagó MacGregor-. Los viajes trastornan mucho a algunas personas, y los niños son los más sensibles a los cambios. Podría ser simplemente un problema debido al agua de aquí.

-Le di la medicina, pero empeoró -dijo la madre.

-No es el agua -aseguró el padre-. En la casa hay pozo y el agua es buena.

Justo en aquel momento Sohaila gimió, ladeó la cabeza y vomitó sobre las baldosas del suelo. El vómito tenía un feo color. Había grumos rojizos y negruzcos. No se debía al cambio de aires ni al agua. ¿Una úlcera? ¿Intoxicación alimentaria? MacGregor estaba un poco desconcertado y se ajustó instintivamente los guantes.

-No lo toque -atajó el médico sonriente a la madre, al ver que ésta buscaba una toalla de papel para recoger el vómito.

MacGregor le tomó entonces la presión arterial a la niña. Estaba muy baja, lo que confirmaba una hemorragia interna.

-Me parece, Sohaila, que vas a tener que pasar la noche con nosotros para que podamos curarte -dijo el médico.

Podía haberse tratado de muchas cosas, pero el médico llevaba el tiempo suficiente en África para saber que había que actuar como si se temiese uno lo peor. El joven médico se consoló confiando en que no fuese tan grave.

Ya no era como en los viejos tiempos (¿había algo que lo fuese?). Pero a Mancuso le encantaba el trabajo. Las cosas le fueron bien en la guerra (él la consideraba una guerra). Sus submarinos cumplieron a la perfección la misión encomendada. Después de perder al Ashville y al Charlotte (ambos antes de que se supiese que habían comenzado las hostilidades) ya no había perdido ninguno más.

Sus unidades hicieron estragos en la flota submarina enemiga, de acuerdo a una emboscada cuidadosamente planeada, en apoyo de una brillante operación. Hicieron lanzamientos de misiles a gran profundidad y, como siempre, obtuvieron una vital información táctica. Según el comandante de la flota de submarinos del Pacífico„ su mayor acierto fue evitar la retirada de los torpederos. Eran demasiado grandes y poco manejables para ser unidades de intervención rápida, pero no podían haber cumplido mejor la misión que les asignó.

-¿Qué cree usted que se proponen? -le preguntó a su superior inmediato, el almirante Dave Seaton.

-Parece que nadie lo sabe -contestó Seaton, que se había desplazado para ver a Mancuso, porque, como todo buen oficial, procuraba estar lo menos posible en su despacho, aunque sólo fuese para visitarse entre colegas-. Acaso no sean más que ejercicios de la flota, pero con un nuevo presidente, acaso quieran tensar los músculos y ver qué ocurre.

A los militares no les gustaban esta clase de tanteos porque, por lo general, eran sus vi-

das las que estaban en juego.

-Conozco al presidente -comentó Bart muy serio.

-¿Ah, sí?

-Bueno, no muy bien. Pero ya sabe lo de Octubre Rojo.

-Oiga, Bart -dijo Seaton sonriente-, si me viene con ese cuento, nos las vamos a tener. Y yo soy más alto.

La historia, uno de los secretos mejor guardados en la Armada, no era aún muy conocida, aunque se rumoreaban versiones para todos los gustos (y era sabido que a los rumores no había quien les pusiera coto).

-Ha de saberlo, almirante. Ha de saber lo que le cuelga entre las piernas al presidente. Serví con él en el mismo barco.

-Bromea -dijo el comandante en jefe de la flota del Pacífico mirando a Mancuso con fijeza.

-Ryan estuvo a bordo conmigo. En realidad, embarcó antes que yo.

Mancuso cerró los ojos, encantado de poder contar al fin su aventura de los mares. Dave Seaton era comandante en jefe en un posible teatro de operaciones y, por tanto, tenía derecho a saber qué clase de hombre era el que les cursaba las órdenes desde Washington.

-Había oído que tuvo algo que ver en la operación e incluso que estuvo a bordo. Pero creía que eso fue en Norfolk, cuando amarraron en el muelle «Ocho-diez». Era uno de esos que calienta el asiento en los despachos de la CIA...

-No, precisamente. Se cargó a un tío. Le pegó un tiro allí mismo, en la sala de misiles, antes de que yo embarcase. Era él quien iba al timón cuando machacamos al Alfa. Estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo. Sin embargo, no vaciló. El presidente que tenemos es de los que se moja. De modo que si alguien quiere ponerlo a prueba, apuesto por él. Los tiene cuadrados, Dave; ya se lo aseguro yo. Puede que no dé esa imagen en televisión, pero lo seguiría sin vacilar.

-Bueno es saberlo -dijo Seaton.

-Y bien, ¿cuál es la misión? -preguntó Mancuso.

-El director de Operaciones de la JUJEM quiere que hagamos alguna maniobra de distracción.

-Usted conoce a Jackson mejor que yo. ¿Cuáles son las instrucciones?

-Si no son más que maniobras de la flota, nos limitaremos a observar de modo encubierto. Si las cosas cambian, les haremos saber que nos preocupa. Como suele decir usted acertadamente, Bart, la despensa está bastante vacía.

No tenían más que asomarse a la ventana para verlo. El Enterprise y el John C. Stennis estaban en el dique seco. El comandante en jefe de la flota del Pacífico no tenía un solo portaaviones que poder desplegar, ni lo tendría hasta dentro de dos meses. Tuvieron que utilizar el Johnnie Reb con sólo dos motores en la recuperación de las Marianas, y ahora estaba amarrado junto a su hermano mayor, con enormes boquetes en la cubierta que llegaban hasta el primer nivel, mientras fabricaban nuevas turbinas. El portaaviones era el medio habitual que utilizaba la Armada de EE. UU. para sus demostraciones de fuerza. Quizá esto formase parte del plan chino: ver cómo reaccionaba EE. UU. cuando no era posible una reacción sustancial como suponían algunos.

-¿Me cubrirá usted con DeMarco? -preguntó Mancuso.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que Bruno es de la vieja escuela. Creo que es malo que lo detecten a uno. Aunque opino que, a veces, puede ser bueno. Si queremos poner nerviosos a los chinos, tendremos que hacer algo, ¿no?

-Le daré a usted órdenes por escrito. Como las lleve a cabo es cosa suya.

-Éstas son las órdenes que me encantan, señor.

-Y no podemos hacer nada -concluyó Cliff Rutledge.

Librodot

-Estupendo, Cliff -dijo Scott Adler-. A tan profunda conclusión ya he llegado yo solito.

Porque se suponía que los subordinados debían darle a uno alternativas en lugar de pisárselas o, como en este caso, de decir lo que uno ya sabía.

Habían tenido bastante suerte hasta el momento. Apenas nada había trascendido a los medios. En Washington estaban aún demasiado conmocionados por la tragedia del Capitolio. Los sustitutos de los fallecidos no tenían aún la suficiente confianza en sí mismos para filtrar información sin autorización; y los altos cargos nombrados por Ryan le eran muy leales (una inesperada ventaja de haber elegido outsiders que no procedían del campo político). Pero la tranquilidad no podía durar mucho, sobre todo con un nuevo país a punto de nacer, formado por dos enemigos que habían derramado sangre americana.

-Podríamos limitarnos a no hacer nada -aventuró Rutledge para ver cuál era la reacción.

Era algo muy distinto a no poder hacer nada, una metafísica sutileza que no caía en saco roto en Washington.

-Adoptar esta posición no hace más que propiciar acontecimientos contrarios a nuestros intereses -observó otro alto cargo de mal talante.

-¿Tanto como proclamar nuestra impotencia? -replicó Rutledge-. Expresar nuestro disgusto por los acontecimientos, y no poder evitarlos, es peor que no adoptar ninguna postura.

Adler se dijo que de un universitario de Harvard como Rutledge se podía esperar buena sintaxis, pero poco más. Aquel diplomático de carrera había llegado a ocupar un alto cargo en Exteriores a base de no dar nunca un resbalón, lo que equivalía a decir que jamás se había aventurado por terreno resbaladizo. Sin embargo, tenía magníficos contactos o, por lo menos, los había tenido. Por otro lado, Cliff tenía el peor defecto de los miembros del cuerpo diplomático: todo era negociable.

El nuevo ministro no pensaba así. Había cosas con las que no se podía transigir, porque si uno actuaba así, sería el otro quien delimitase el campo de batalla y se hiciese con la iniciativa.

La misión de los diplomáticos consistía en evitar la guerra, una labor muy seria, pensaba Adler, que uno lograba cumplir sabiendo en qué no había que ceder y cuáles eran los límites de la negociación. Para Rutledge, la diplomacia no era más que un baile interminable (un baile dirigido por otro). Por desgracia, Adler no había amasado aún el suficiente capital político como para echar a Rutledge o para destinarlo a la embajada de algún país no conflictivo. Ni siquiera él estaba confirmado en el cargo por el nuevo Senado.

-¿Cabría considerarlo entonces como un problema regional? -preguntó otro avezado diplomático.

¿No estaría imponiéndose la postura de Rutledge?, pensó Adler.

-No, no es por ahí -dijo el ministro en funciones-. Es algo de vital interés para la seguridad de Estados Unidos. Garantizamos nuestro apoyo a los saudíes.

-¿No nos estaremos precipitando? -dejó caer Cliff . Verán..., seamos sensatos. Irán e Irak forman una Unión de Repúblicas islámicas. Bien. ¿Y qué? Tardarán años en organizar el nuevo país. Para entonces, la soterrada oposición, que sabemos que existe en Irán, habrá debilitado el régimen teocrático que nos ha dado tantos quebraderos de cabeza. No es un asunto unilateral, ¿no creen? No es aventurado confiar en la influencia que los elementos laicos de la sociedad iraquí tendrán necesariamente en Irán. Si perdemos los nervios y presionamos, les facilitaremos las cosas a Daryaei y a sus fanáticos, pero si nos lo tomamos con calma, amortiguaremos la necesidad que siente siempre de esgrimir su retórica contra nosotros. No podemos impedir esa unión, ¿verdad? Pues si no podemos, ¿qué hacemos? Lo consideramos una oportunidad para abrir un diálogo con el nuevo país.

El argumento tenía cierta lógica, pensó Adler, que se percató de que la postura de Cliff era bastante compartida por sus colaboradores. Conocía de sobra la jerga: oportunidad, diálogo.

-Provocarán que los saudíes se pongan nerviosos -dijo desde el fondo de la sala Bert Vasco, que era el más joven de los presentes-. Parece, señor Rutledge, que subestima usted la

situación. Irán dispuso el asesinato...

-No tenemos pruebas de eso, ¿no cree?

-Tampoco las tengo de los crímenes de Al Capone. Sin embargo, he visto muchas películas.

Que lo hubiesen llamado al despacho Oval había envalentonado a Bert Vasco, que debió de pensar que, si al presidente podía hablarle con desenvoltura, con más desparpajo podía hacerlo en Exteriores. Adler enarcó las cejas con expresión divertida.

-Alguien orquesta todo esto -dijo el ministro-. Primero, el asesinato; luego, la eliminación de la cúpula militar y de la plana mayor del partido Baas. Y no hay que olvidar el actual resurgimiento de la religiosidad y del patrioterismo. Y esto contrarrestará las moderadoras influencias a que usted alude. Las disensiones internas en Irán quedarán sofocadas, por lo menos, durante un año a causa de estos acontecimientos, e ignoramos si se está cociendo algo más. Daryaei es un intrigante, y muy bueno. Es paciente, constante, un tipo implacable...

-Que ya chochea -indicó uno de los valedores de Rutledge.

-¿Que chochea? -replicó Vasco-. Pues esto se lo ha montado de maravilla.

-Es un setentón.

-No bebe ni fuma. Y en las grabaciones que tenemos de él, se le ve con una gran vitalidad. Ya cometimos una vez el error de subestimarlo.

-No conecta con su pueblo.

-Puede que él no lo sepa. De momento, el año se le da muy bien, y a todo el mundo le gustan los vencedores -concluyó Vasco.

-¿No será que teme usted que la Unión de Repúblicas Islámicas dé al traste con su especialidad de «iracólogo», Bert? -bromeó uno.

Fue un golpe bajo propinado por un veterano a un joven, coreado por risas que venían a recordarle a Bert que era un recién llegado. El silencio que siguió le indicó al ministro que había consenso, pera no en el sentido que él quería. De modo que aparcaría la cuestión por el momento.

-Bueno, pasemos a otra cosa -dijo Adler-. Mañana vendrán los del FBI para hablar de la hurtada carta. ¿Y a que no saben qué nos traerán?

-¿Más interrogatorios? -masculló uno.

Rutledge se crispó, aunque nadie pareció advertirlo.

-Pura rutina -los tranquilizó Adler.

-¡Joder, Scott! -exclamó Cliff, erigiéndose en portavoz de los demás-. Se tiene confianza en nosotros o no se tiene. Ya hemos perdido horas con esa gente.

-Verán, tampoco encontraron nunca la carta de dimisión de Nixon -recordó uno.

-A lo mejor se la quedó Kissinger -bromeó otro.

-Mañana. A las diez en punto. Yo incluido -les comunicó Adler, que también lo consideraba una pérdida de tiempo.

Tenía la piel muy blanca, los ojos grises y el pelo castaño rojizo. Debía de tener una antepasada británica, pensaba él; o por lo menos, con ello se bromeaba en la familia.

Una de las ventajas de su aspecto era que podía pasar fácilmente por cualquier etnia de raza blanca. Además, él ponía de su parte. Para sus pocas apariciones «en público», se teñía el pelo, se ponía gafas oscuras y se dejaba crecer la barba, que era negra, lo que provocaba bromas en su propia comunidad.

-Pareces un actor de cine -decían.

Pero muchos de los que le gastaban estas bromas habían muerto, y en cambio él no. Quizá los israelíes tuviesen fotografías suyas (con ellos nunca se sabía, aunque lo que sí tenía claro todo el mundo era que rara vez compartían información con nadie, ni siquiera con sus protectores norteamericanos). Pero no podía vivir uno en estado de continua zozobra, ni siquiera porque el Mossad tuviese fotografías de uno en sus archivos.

Había llegado al aeropuerto internacional John Foster Dulles desde Frankfurt con las

Librodot

dos maletas de rigor, como hombre de negocios que era, sin nada más que declarar que una botella de litro de whisky, comprada en una tienda alemana libre de impuestos.

¿Objeto de su visita a EE. UU.? Negocios y turismo. ¿Era peligroso circular por Washington en aquellos momentos? Porque había sido algo espantoso. Lo había visto en la televisión. Horrible.

¿De verdad no era peligroso? ¿Se había restablecido la normalidad? Bien. Lo esperaba su coche de alquiler, con el que fue a un hotel cercano, cansado del largo vuelo.

En el hotel compró un periódico, pidió la cena y encendió el televisor. Luego, conectó su ordenador portátil al teléfono de la habitación -todos estaban ya conectados a Internet- y envió un mensaje cifrado para informar a Badrain de que había llegado sin novedad al país para su misión de reconocimiento.

-Bien venidos a casa. Me llamo Clark -les dijo John a los alumnos de su primer grupo. Eran quince, aunque sólo diez habían podido asistir a la primera clase.

Se había vestido mejor que de costumbre, con un traje de buen corte, camisa y corbata. De momento, tenía que causar buena impresión en un aspecto. Pronto, tendría que causarla en otro. Reunir el primer grupo fue más fácil de lo esperado.

Pese a Hollywood, la CIA era un organismo muy querido por los norteamericanos. Se presentaban siempre, por lo menos, diez por cada plaza vacante. Sólo tuvieron que analizar por ordenador todas las solicitudes para seleccionar a los quince que cumplían con las condiciones para el PLAN AZUL Clark. Eran todos policías con título universitario; habían servido como mínimo cuatro años en el cuerpo, y tenían una inmaculada hoja de servicios que posteriormente sería analizada más a fondo por agentes del FBI especializados.

Todos eran hombres, lo que probablemente constituía un error, pensó John, aunque de momento no importase mucho. Siete eran blancos, dos negros y uno asiático. Procedían de jefaturas de grandes ciudades y dominaban, como mínimo, dos idiomas.

-Soy un oficial de inteligencia. No un «agente», ni un «espía», ni un «activista». Un oficial -empezó por decirles-. Llevo bastante tiempo en el cuerpo. Estoy casado y tengo dos hijos. Si alguno de ustedes cree que este trabajo se presta a ligarse a rubias despampanantes y a liarse a tiros, puede marcharse ahora mismo. Son ustedes policías y, por lo tanto, saben lo importante que es este trabajo. Nuestra misión es combatir graves delitos; obtener información para evitar que se cometan y salvar vidas. Otros, analizan imágenes de los satélites o intentan leer el correo de ciertas personas. Nosotros hacemos la parte más dura. Obtenemos nuestra información de las personas. Algunas de estas personas son gente excelente que tiene buenos motivos para colaborar. Otras, lo hacen por dinero, por venganza o por sentirse importantes. Pero lo que sean estas personas da igual. Ustedes han utilizado confidentes y no todos ellos son ángeles, ¿verdad? Lo mismo ocurre aquí. A menudo, sus informadores serán personas con más cultura que los confidentes habituales, pero, en el fondo, no muy distintos de los confidentes. Y al igual que con los confidentes, tendrán que ser leales con ellos, protegerlos y retorcerles un poco el pescuezo de vez en cuando. Si ustedes les fallan, esas personas morirán y, en algunas de las zonas donde habrán de trabajar, también morirán sus esposas y sus hijos. Si creen que exagero, se equivocan. Irán destinados a países que interpretan las leyes a su antojo. Ya habrán visto esto por televisión en días recientes, ¿verdad?

Las cadenas de televisión de muchos países habían emitido imágenes del fusilamiento, en Bagdad, de algunos altos cargos del partido Baas, con las habituales advertencias de que tales imágenes podían herir la sensibilidad de niños y personas... sensibles que, sin embargo, no se las perdían.

Todos los alumnos asintieron muy serios.

-En general, no irán ustedes armados en sus respectivos destinos. Tendrán que sobrevivir utilizando la cabeza. A veces, su vida correrá peligro. Yo he perdido a varios amigos en distintas misiones.

Al fondo del aula, Ding Chávez tuvo que esforzarse para no sonreír. «Ese mugriento ti-

po del fondo es mi compañero y es el prometido de mi hija.» Pero no, pensaba Domingo. No era cuestión de que se asustasen y echasen a correr.

-¿Tiene algo de bueno este trabajo? ¿Tiene algo de bueno ser policía? Respuesta: cada vez que detienen a un tipo le salvan la vida a alguien. Aquí, obtener la información adecuada y facilitarla a las personas adecuadas también salva vidas. Muchas -subrayó Clark-. Cuando hacemos nuestro trabajo bien, las guerras no llegan a estallar. Lo dicho: bien venidos a casa. Soy su instructor. El entrenamiento que recibirán aquí les parecerá tan estimulante como duro. Empezará mañana por la mañana, a las ocho y media.

Dicho esto, John bajó del estrado y fue hasta el fondo del aula. Chávez le abrió la puerta y salieron al patio.

-¡Bravo, señor C! ¿Dónde he de firmar?

-Menos cachondeo, Ding. Tenía que decirles algo, ¿no?

-¿Qué habrá tenido que hacer Foley para que nos envíen a estos cachorros?

-Pues empezar el ajuste de plantilla, muchacho. ¿Cómo puñeta crees que íbamos a poder hacerlo sino, Ding?

-Creo que tenía que haber esperado unas semanas -dijo Chávez-. A Foley aún no lo ha confirmado el Senado. Era mejor esperar. Claro que yo sólo soy un joven espía.

-Es que a veces olvido lo listo que te has vuelto.

-¿Se puede saber quién es ese Zhang Han San? -preguntó Ryan.

-Es un cincuentón muy bien conservado, aunque le sobran diez kilos. Apenas mide metro sesenta y cinco. Así lo describe nuestro amigo -dijo Dan Murray tras consultar sus notas-. Es un hombre reposado y reflexivo. Dejó a Yamata en la estacada.

-¿Ah, sí? -exclamó Mary Pat-. ¿Cómo es eso?

-Yamata estaba en Saipan cuando nos hicimos con el control de la situación. Llamó a Pekín buscando un refugio adonde huir. Pero el señor Zhang se hizo de nuevas. «¿Trato?, nosotros no tenemos ningún trato» Y luego ni siquiera se puso al teléfono. Nuestro amigo japonés considera esto una traición.

-Canta como un canario -comentó Ed Foley-. ¿No les parece sospechoso?

-No -contestó Ryan-. En la segunda guerra mundial, los japoneses que hicimos prisioneros cantaron de plano.

-El presidente tiene razón -confirmó Murray-. Yo le pregunté a Tanaka sobre lo mismo. Y me dijo que era una cuestión cultural. Yamata quiere suicidarse (el modo honorable de morir en su cultura), pero lo vigilan constantemente para impedírselo. No le dejan a su alcance ni cordones para los zapatos. Como consecuencia de ello, se siente tan frustrado que no ve razón alguna para guardar secretos. Es todo un chollo para quienes lo interrogan. En fin... Zhang es, por lo visto, un diplomático. Según Yamata, oficialmente formaba parte de una delegación comercial. Sin embargo, en nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores no han oído nunca hablar de él. Los japoneses no tienen registrado su nombre en ninguna lista de diplomáticos. De modo que, para mí, es como si fuese un espía y, por lo tanto...

Murray miró a los Foley.

-He hecho averiguaciones -dijo Mary Pat-, pero no he sacado nada en limpio. Puede no ser su verdadero nombre.

-Aunque lo fuese, sabemos muy poco de los miembros de sus servicios de inteligencia -consideró su esposo-. No obstante, creo que es un político. ¿Por qué? Concertó un acuerdo. Un acuerdo secreto pero importante, tanto que tiene a sus militares en una continua alerta que pone muy nerviosos a los rusos. Sea quien sea el tal Zhang, hay que tomarlo en serio.

-¿Pueden hacer algo para averiguarlo? -preguntó Murray delicadamente.

-No tenemos efectivos sobre el terreno -contestó la señora Foley-. Por lo menos, que nos sirvan para esta misión. En Hong Kong, tenemos un «matrimonio» bastante bueno que dirige una red pequeña pero muy eficaz. Dos agentes en Shangai. En Pekín tenemos algunos agentes de segundo orden, infiltrados en el Ministerio de Defensa. De cualquier manera, tra-

Librodot

bajan a largo plazo, y si los utilizásemos para esto, apenas conseguiríamos más que ponerlos en peligro. El problema que tenemos con China, Daniel, es que no sabemos cómo funciona en realidad su gobierno. Es tan complejo que sólo podemos hacer conjeturas. Sabemos quiénes son los miembros del Politburó, pero... Puede que uno de los grandes jerifaltes esté a estas horas muerto, y tardemos un mes en enterarnos. Incluso los rusos nos informan cuando entierran a alguien.

Ryan se había aficionado a invitar a sus más íntimos colaboradores á tomar unas copas después del horario oficial de trabajo, sin reparar en que con ello no hacía sino prolongar su jornada laboral. Además, con esto venía a invadir el terreno de su propio consejero de Seguridad Nacional. Lo cierto era que, aunque Jack consideraba a Ben Goodley un hombre muy leal e inteligente, prefería enterarse de las cosas de primera mano, siempre que su tiempo se lo permitía.

-Sabemos quiénes son los grandes solistas políticos, pero nunca hemos tenido un conocimiento profundo del resto de la orquesta. Es un gobierno de ancianos que no pueden ir de un lado para otro con facilidad. Necesitan que otras personas más jóvenes sean sus ojos y sus oídos, y con el tiempo, estas personas acumulan mucho poder. ¿Quién toma de verdad las grandes decisiones? No estamos seguros, y sin saber quién es quién no podemos averiguarlo.

-Puedo indagar -masculló Murray alcanzándose su jarra de cerveza-. Cuando trabajaba en la Brigada Criminal, a veces identificábamos a los jefes de la mafia sólo con fijarnos en quién le abría la puerta del coche a quién. ¡Toda una técnica! ¡Vaya que sí! -añadió en lo que venía a ser el comentario más amable que los Foley le recordaban a Murray acerca de la CIA-. No es tan difícil investigar si utiliza uno la cabeza.

-Eso confirma lo acertado del PLAN AZUL -dijo Jack.

-Pues entonces le alegrará saber que ya tenemos al primer grupo de quince horneándose. John ya ha debido de soltarles el discursito de bienvenida, hace sólo unas horas -anunció el director de la CIA.

Ryan había apoyado el plan de Foley para el ajuste de plantilla de la CIA, echando lastre burocrático. Ed se proponía reducir el presupuesto en quinientos millones de dólares en cinco años, a la vez que aumentaba los efectivos humanos destinados a diferentes partes del mundo. En principio, esto podía satisfacer a los miembros del Congreso y del Senado, aunque, como gran parte del presupuesto real de la CIA se nutría de los fondos reservados del presupuesto federal, pocos llegarían a enterarse. Sin embargo, lo más probable era que se filtrara, pensó Jack.

Filtraciones. Siempre las había odiado. Pero ahora eran parte de los recursos de gobierno, ¿no?, se dijo el presidente. Sin embargo, ¿qué debía pensar? ¿Que las filtraciones eran ahora buenas si él las autorizaba? Las leyes y los principios no podían manipularse de semejante modo. ¿A qué idea, principio, ideal o asidero podía aferrarse?

El guardaespaldas se llamaba Saleh. Era un individuo de fuerte constitución, tal como exigía su trabajo. Siempre se negaba a reconocer que se sintiera indispuesto o enfermo. Un hombre con la misión que él tenía en la vida no admitía las dificultades. No obstante, si las molestias no desaparecían, tal como él esperaba y como su médico le había asegurado y, además, dejaba sangre en la taza al ir al servicio... mal asunto.

Porque el cuerpo no tenía por qué sangrar salvo si se cortaba uno al afeitarse o por herida de bala. No, por supuesto, cuando iba uno a tirar del pantalón, porque eso era como para meterle el miedo en el cuerpo a cualquiera, sobre todo tratándose de un hombre tan fuerte y seguro de sí mismo. Como les ocurría a tantas personas, venía tardando un poco más de la cuenta, pero pensaba que debía de ser un trastorno temporal; que, como la gripe, tendría unos días de subida y otros de bajada. Pero no. La cosa iba a más. Empeoraba. Y terminó por asustarse de verdad.

Antes de que amaneciese, salió de su chalet, cogió el coche y fue al hospital. Durante el trayecto tuvo que detener el coche para vomitar, sin atreverse a mirar lo que dejaba en la cal-

Librodot

zada antes de seguir adelante.

Se debilitaba por momentos, hasta el punto de que bajar del coche y llegar hasta la puerta del centro médico le costó un indecible esfuerzo. Aguardó en lo que en aquel hospital hacía las veces de sala de urgencias, mientras el personal buscaba su historia clínica. El olor de los hospitales lo aterraba; el mismo olor a desinfectante que hacía que un perro se detuviera en seco y empezara a gañir y a tirar de la traílla para alejarse, porque era un olor que se asociaba al dolor.

Al fin, una enfermera de color lo llamó por su nombre y él se levantó, tratando dignamente de mantener la compostura, y entró en la misma sala de reconocimiento en la que ya había estado una vez.

La única diferencia entre el primer y el segundo grupo de diez delincuentes era que, en el segundo, no había ninguno condenado por apostasía. Era fácil despreciarlos, pensó Moudi al observar su torva expresión y sus malos modales. Tenían verdadera pinta de criminales. Nunca miraban directamente a los ojos, sino a los lados, de reojo, como si buscasen un resquicio por donde fugarse.

En sus rostros se mezclaban el temor y la brutalidad. No eran hombres justos, y aunque al médico le pareciese una observación pueril, bastaba para incluirlos en la lista de seres humanos prescindibles.

-Tenemos aquí a algunos enfermos -les dijo-. Se les ha asignado la misión de cuidarlos. Si lo hacen ustedes bien, se les proporcionará formación como auxiliares de clínica para trabajar en sus cárceles. Si no, volverán a sus celdas a cumplir sus condenas. Si infringen ustedes el reglamento, sus castigos serán inmediatos y severos.

Los reclusos asintieron con la cabeza. Sabían lo que eran los castigos severos. Las cárceles iraníes no destacaban por hacerles la vida agradable a los presos, ni, a juzgar por el aspecto de los reclusos, tampoco por la buena alimentación. Estaban todos pálidos y tenían los ojos llenos de legañas. Pero ¿acaso merecían mejor trato aquella gente?, se preguntaba el médico. Eran culpables de graves delitos, sobradamente probados, y de quién sabe cuántos otros que sólo ellos y Alá conocían. La compasión que Moudi pudiera sentir por ellos era puramente residual, resultado de su formación médica, que lo inclinaba, pese a todo, a considerarlos seres humanos. Pero podría superarlo.

Atracadores, ladrones, pederastas, todos ellos habían violado la ley en un país en el que la ley era cosa de Dios y, aunque fuese dura, era también justa. Si el trato que recibían era considerado duro en Occidente (los norteamericanos y los europeos tenían extrañas ideas acerca de los derechos humanos, porque ¿y los derechos de las víctimas de aquellos criminales qué?), pues qué se le iba a hacer, se decía Moudi.

Ya hacía tiempo que Amnistía Internacional había dejado de quejarse de las cárceles de su país. Quizá debieran concentrar su atención en otras cosas, como el trato que se daba a los fieles en otros países. No había entre aquellos delincuentes ninguna hermana Jean M. Baptiste. Ella ya había muerto. Estaba escrito. Solamente restaba por ver si también los destinos de aquellos delincuentes estaban escritos, por la misma mano, en el libro de la vida y de la muerte.

Los habían adecentado (duchado, afeitado, desinfectado y vestido con batas verdes numeradas). Llevaban zapatillas de lona. Los vigilantes armados los condujeron a la sala en la que se encontraban los médicos castrenses, acompañados por otro vigilante, que se mantenía a cierta distancia y empuñaba la pistola con la mano enguantada.

Moudi volvió a la sala de control, a observar a través de los monitores. Los reclusos iban pasillo adelante, mirando de continuo a uno y otro lado, sin duda pensando en la posibilidad de la fuga. No le quitaban ojo al vigilante armado, que se mantenía en todo momento a no menos de cuatro metros de distancia. A cada uno de los reclusos le entregaron un cubo de plástico numerado con sencillos instrumentos en el interior.

Los reclusos se sobresaltaron un poco al ver personal médico con el traje protector, pero

Librodot

no se pararon. Al llegar a la entrada de la sala de tratamiento se detuvieron. Debió de ser el olor, o lo que vio. El caso es que uno de ellos comprendió que, se tratase de lo que se tratase...

A través del monitor se apreció que uno de los enfermeros gesticulaba con cara de pocos amigos ante el recluso, que se había quedado petrificado en la entrada. El recluso vaciló, replicó algo y, al instante, tiró el cubo al suelo y cerró los puños, mientras los demás miraban a ver en qué desembocaba la cosa.

Entonces apareció el guardia de seguridad en una esquina de la imagen, sacó la pistola y le disparó al recluso en la cara, a menos de dos metros (resultaba extraño ver el disparo y no oírlo).

El recluso se desplomó y dejó unas manchas negras en la grisácea pared (el televisor era en blanco y negro). El enfermero más cercano señaló a uno de los reclusos, que al momento recogió el cubo del suelo y entró en la estancia. No habría más problemas disciplinarios en aquel grupo.

Moudi miró entonces las imágenes de otro monitor. Éste era en color. Tenía que serlo forzosamente. También se podía graduar la imagen. Moudi se concentró en la cama de un rincón, la del «enfermo Uno». El recluso que acababa de entrar, con el número 1 en la bata y en el cubo, se detuvo a los pies de la cama, no muy seguro de lo que veía.

En aquella sala había un micrófono que el personal de seguridad lo cerró, porque lo que se oía sobrecogía el ánimo de quienes lo escuchaban (gemidos, lamentos y gritos de hombres que agonizaban). Como era previsible, quien peor estaba era el apóstata. Rezaba e incluso trataba de consolar a aquellos que tenía más cerca de su cama de que lo acompañasen en sus oraciones. No obstante, estaba claro que sus compañeros de cautiverio eran personas que ni siquiera a las puertas de la muerte estaban dispuestas a hablar con Dios.

El «asistente Uno» siguió de pie durante casi un minuto, mirando al «enfermo Uno», un recluso condenado por asesinato, que tenía el tobillo esposado a la pata de la cama.

Moudi amplió la imagen con los mandos del monitor y vio que el tobillo sangraba y que el condenado estaba temblando.

El asistente se puso los guantes de plástico, humedeció la esponja y se la pasó al paciente por la frente. Moudi permaneció atento hasta que los reclusos, obligados a sustituir a los auxiliares de clínica, hubieron terminado.

No iban a someter a los pacientes a un tratamiento a fondo, por supuesto. No tenía sentido, porque ya había cumplido su misión en el proyecto. Esto facilitaba las cosas a todos. No habría que utilizar goteros, poner inyecciones ni desechar jeringuillas. Al contraer el Ébola, confirmaban que el virus Mayinga se podía propagar por el aire. Sólo faltaba demostrar que el virus no se había debilitado en el proceso reproductivo... que podía transmitirse por el mismo proceso de aerosol que contagió al primer grupo de delincuentes.

Moudi comprobó que el segundo grupo de reclusos se atenía a las instrucciones, aunque torpemente y de mala gana. Enjugaban la frente de los enfermos con rápidas y bruscas pasadas de la esponja. ' Algunos parecían sentir sincera compasión por los enfermos. Acaso Alá tuviese en cuenta su caritativo sentimiento y se mostrase misericordioso con ellos cuando les llegase el momento (dentro de menos de diez días).

-Las notas -dijo Cathy al entrar Jack en el dormitorio.

-¿Buenas o malas? -preguntó su esposo.

-Toma. Ya verás.

«Pues no está nada mal», pensó el presidente tras darles el primer vistazo. Los profesores incluían sucintos comentarios que indicaban que los Ryan hacían mucho mejor los deberes en las últimas semanas, lo que significaba que era verdad que los agentes del Servicio Secreto les echaban una mano. Por un lado, resultaba divertido, pero sin embargo, por el otro... se le hacía un nudo en el estómago por tener que delegar en extraños. La lealtad de los agentes no hacía más que poner de relieve que no podía ocuparse de sus hijos como deseaba.

-Si Sally quiere llegar a ingresar en el John Hopkins, tendrá que apretar en todas las

asignaturas de ciencias -comentó Cathy.

-Es sólo una niña... -dijo Jack.

-Ya no tan niña, y ¿sabes qué?, está loquita por un joven jugador de fútbol. Se llama Kenny y es un poco fresco, me parece a mí -le informó la DOCTORA-. Aparte de que necesita un corte de pelo, porque lo lleva más largo que yo.

-Pues no me hace ninguna gracia -comentó el ESPADACHÍN.

-Lo que me sorprende es que haya tardado tanto. A los quince años ya salía yo con...

-No me interesa saberlo...

-Me casé contigo, ¿no?

-Y ya ha llovido...

-¿No podríamos escabullirnos para ir al dormitorio de Lincoln? -preguntó Cathy.

Jack ladeó la cabeza y vio que Cathy tenía un vaso en la mesilla de noche. Se tomaría un par de copas, aprovechando que al día siguiente no tenía que operar.

-El presidente Lincoln no utilizó nunca ese dormitorio. Lo llaman así por...

-Por el cuadro. Ya lo sé. Pero es que me gusta la cama -dijo sonriente Cathy, que dejó el bloc de notas del hospital en la mesita y se quitó las gafas de lectura. Luego, levantó los brazos casi como un niña que pidiese que la cogiesen y la abrazasen-. ¿Sabes? No he hecho el amor con el hombre más poderoso de la Tierra desde... bueno, en toda la semana.

-¿Podemos? -preguntó Jack, porque Cathy no había tomado nunca la píldora.

-¿Por qué no vamos a poder? -replicó ella, que había sido siempre como un reloj.

-¿No querrás otro...?

-A lo mejor es que no me importaría.

-Ya tienes cuarenta años -objetó el POTUS.

-¡Vaya, hombre! No sería ningún récord, ¿sabes? ¿Qué es lo que te preocupa?

-Nada, en realidad -contestó Jack-. Quizá tenía que haberme hecho la vasectomía.

-Ya. Ni llegaste a comentárselo a Pat, tal como dijiste que harías. Si te la hicieses ahora... -dijo la FLOTUS con una maliciosa sonrisa-, sería la comidilla de toda la prensa. Puede que incluso la retransmitiesen en directo. Si Arnie te lo vendiese como un buen ejemplo para los partidarios del «crecimiento cero», a lo mejor picabas, aunque las implicaciones para la seguridad nacional...

-¿Para la seguridad nacional...?

-Si trasciende que el presidente de los Estados Unidos se la corta, creerán que te has acojonado y se descojonarán... ¿no crees, cariño?

« ¡Madre de Dios! », se dijo Jack muerto de risa, al pensar que los miembros de la escolta que montaban guardia en el pasillo podían haberlo escuchado. Era la primera vez que le oía a su esposa emplear semejante léxico.

-¿Se puede saber qué te pasa? -se limitó a decir Jack.

-A lo mejor es que empiezo a sentirme cómoda con todo esto...

o puede que sólo quiera acostarme contigo -contestó ella. Entonces sonó el teléfono de la mesilla de noche. Cathy frunció el entrecejo al cogerlo.

-Diga..: Sí, doctor Sabo. ¿La señora Emory? Ya... No, no lo creo... No, ni hablar. Me da igual que esté agitada. Hasta mañana. Olvídeme. Déle un somnífero. Y no le quiten las vendas hasta que yo lo diga. Ah, y que no se levante. De acuerdo, doctor Sabo.

Cathy masculló por lo bajo al colgar.

-Es la sustitución de lente que hice el otro día -explicó Cathy-. No soporta estar vendada. Pero si le retiramos el vendaje prematuramente...

-Un momento... ¿Cómo es que te han llamado a...?

-Tienen nuestro número.

-¡Vaya, hombre...!

Se saltaban incluso al Departamento de Cifra, aunque, al igual que las líneas de la Casa Blanca, probablemente estaba pinchada. Jack no se había molestado en preguntarlo.

-En esta profesión mía, todo el mundo se cree con derecho a interrumpir; en especial,

Librodot

cuando me toca algún paciente pelmazo.

-Interruptus... -dijo Jack arrimándose a ella-. No querrás tener otro hijo, ¿verdad que no?

-Lo que quiero es hacer el amor con mi esposo.

-¿Tan abandonada te tengo? -dijo él besándola.

-Sí. Pero no te lo reprocho. Ya sé que haces lo que puedes. Claro que si hoy quieres re... compensarme, no me vendrá mal.

-Y a mí muy bien.

27

RESULTADOS

Varios se habían graduado en sicología, una de las disciplinas favoritas -y que más favorecían- en la carrera policial. Algunos eran licenciados, y uno de los miembros de la escolta se había doctorado con una tesis sobre caracterología del delincuente. Andrea Price era también buena conocedora de la materia. Y le sacaba partido.

La DOCTORA se había dirigido al helicóptero con paso especialmente vivo aquella mañana. El ESPADACHÍN la había acompañado hasta la planta baja y le había dado un beso al despedirla -el beso no era una novedad rutinaria, pero acompañarla hasta la planta y hacer manitas sí, por lo menos, últimamente.

Andrea Price y dos de sus agentes se intercambiaron elocuentes miradas que venían a decir que era un buen síntoma. Al único que no se lo pareció así fue a Raman, que era muy perspicaz pero un tanto mojigato. Sólo parecían apasionarle los deportes. Andrea lo imaginaba frente al televisor todas las noches. Pudiera ser que incluso supiera programar su vídeo. En fin... cada uno tenía su personalidad.

-¿Qué tal se presenta el día? -preguntó el POTUS, que dio media vuelta en cuanto el Black Hawk remontó el vuelo.

-La DOCTORA ha despegado -oyó Andrea a través de su auricular.

-Sin novedad -comunicó cada uno de los agentes apostados en las azoteas de los edificios de las inmediaciones de la Casa Blanca. Habían escudriñado todo el derredor durante la hora anterior al despegue del helicóptero, tal como hacían á diario. Tenían controladas a las personas que solían ver cerca de sus respectivos puestos de observación (los «habituales» los llamaban los miembros de la escolta). Algunos eran simplemente personas fascinadas por los inquilinos de la Casa Blanca, fuesen quienes fuesen.

Para ellos, la Casa Blanca era el escenario de la serie más representativa de América (más que Dallas). Para los miembros del Servicio Secreto que formaban parte de la escolta, los «habituales» eran peligrosos. De modo que los agentes que, pertrechados con prismáticos y fusiles de largo alcance, se apostaban en las azoteas del AEE (el antiguo edificio del ejecutivo) y del Ministerio de Hacienda, los conocían a todos... de vista. También conocían sus nombres, porque varios miembros de la escolta, disfrazados de curiosos o viandantes, seguían a los habituales, averiguaban sus señas e investigaban discretamente. En general, los habituales eran personas extravagantes, con más de una manía, y «por si acaso», otros agentes se dedicaban a hacer jogging, fingían tropezar, arrollaban al habitual de turno y aprovechaban para registrarlo a fondo, mientras se deshacían en excusas por el «atropello».

-¿Ha visto su programa para hoy? -preguntó Price.

-No. Ayer me entretuve viendo la televisión -mintió el ESPADACHÍN, sin saber que ya le habían pillado en el renuncio.

«Ni siquiera se ha ruborizado», se dijo Price, que también procuró no dejar traslucir lo que pensaba. Incluso el POTUS podía guardar un par de secretillos, o hacerse esa ilusión.

-Bueno, pues tenga esta copia -dijo ella.

Librodot

Ryan hojeó la primera página, en la que figuraba lo que tenía que hacer hasta la hora del almuerzo.

-El ministro de Hacienda viene de camino para desayunar con usted, inmediatamente después del TAHÚR -dijo Andrea.

-¿Cómo le llaman ustedes a George? -preguntó Jack al entrar en el ala Oeste.

-BONO. Y le encanta -aseguró Andrea.

-Siempre y cuando no lo liquiden... -bromeó el POTUS, que pensó que no era una mala «salida» por ser las 7.50 de la mañana. No obstante, era mejor no hacerse ilusiones, porque los miembros de la escolta le reían todas las gracias. ¿Era buena educación o coba?

-Buenos días, señor presidente -lo saludó Goodley que, como de costumbre, se levantó de la silla al entrar Jack en el despacho Oval.

-Hola, Ben -lo saludó a su vez Ryan, que dejó las hojas de su programa encima de la mesa y echó un vistazo, por si le habían dejado algún documento importante. Luego se sentó en el sillón. Empiece, empiece....

-Anoche me pasaron ustedes la noticia, aunque consistiera en que no las hay. No sabemos mucho acerca del señor Zhang. Podría darle la versión íntegra, pero supongo que ya la ha oído.

-No, por favor, diga usted -lo animó el presidente.

-Bien, veamos lo que ocurre en el estrecho de Formosa. La República Popular China tiene quince unidades de superficie en el mar, en dos formaciones: una de seis y otra de nueve. Puedo detallarle una por una todas las unidades, pero se lo resumiré diciendo que son destructores y fragatas. Según informaciones del Pentágono, están desplegadas en escuadras regulares. Tenemos un EC ciento treinta y cinco a la escucha; un submarino, el Pasadena, «acampado» entre las dos formaciones, y otros dos barcos en ruta desde el Pacífico central, que está previsto que lleguen a la zona dentro de treinta y seis y de cincuenta horas respectivamente. El comandante en jefe de la flota del Pacífico, el almirante Seaton, ha ordenado una operación de reconocimiento en toda regla. Sus parámetros están ahora mismo en el despacho del ministro Bretano. Hemos hablado de ello por teléfono. Parece que Seaton sabe muy bien lo que hace. Por lo que al aspecto político se refiere, el gobierno de Taiwan no se da oficialmente por enterado de las maniobras. Ha dado una nota de prensa en este sentido, pero su cúpula militar está en permanente contacto con nosotros, a través de la comandancia del Pacífico. Ya debe de estar allí el personal que hemos enviado a sus puestos de escucha. En Exteriores no creen que ocurra nada importante, pero siguen los acontecimientos con atención.

-¿Qué panorama ve usted? -preguntó Ryan.

-Quizá sean ejercicios rutinarios, aunque podían haber sido más oportunos. Abiertamente, no hacen nada que justifique la alarma.

-Y mientras así sea, nosotros no haremos nada que los alarme. En definitiva: no nos damos oficialmente por enterados de estas maniobras. Mantendremos nuestro despliegue con discreción. Nada de notas de prensa ni de declaraciones a los medios de comunicación. A cualquier pregunta que nos hagan responderemos que no se trata de nada importante.

-Ése es el plan, señor presidente -convino Goodley-. En cuanto a Irak, parece que tampoco sobre esto tenemos información directa. La televisión local apenas da más que programas religiosos. Todo en clave chiíta. El clero iraní que hemos visto se lleva casi toda la cuota de pantalla. Los presentadores parecen comentaristas de música religiosa. Las ejecuciones pueden haber terminado. Carecemos de datos exactos, pero han fusilado a no menos de un centenar. La plana mayor del partido Baas ha desaparecido, y a los «pezqueñines» los tienen en conserva. Se han llenado la boca de lo misericordioso que ha sido el gobierno provisional con los «delincuentes menores», como los han llamado. La «misericordia» tiene un objetivo religioso y, por lo visto, ésos «delincuentes menores» han vuelto al camino del Señor por el atajo que libra del tajo. Emiten reportajes en los que estos hijos pródigos comentan con «su» imán sus pecados. Otro indicador importante es la intensa y bien organizada actividad de las fuerzas armadas iraníes. La tropa realiza continuos ejercicios. Sus comunicaciones por radio

Librodot

son rutinarias, pero mucho más numerosas de lo habitual. En Foggy Bottom tienen orden de no descuidar las escuchas ni un momento durante las veinticuatro horas del día. La ha cursado el viceministro para asuntos políticos, Rutledge, que lleva al SIIAE a mal traer.

El SIIAE (Servicio de Inteligencia e Investigación del Ministerio de Asuntos Exteriores) era el pariente pobre de todos los servicios de inteligencia estadounidenses. Sin embargo, contaba con un puñado de analistas muy perspicaces, cuya perspectiva diplomática les permitía captar matices que escapaban a los demás servicios de inteligencia.

-¿Conclusiones? -preguntó Jack-. Me refiero por parte de los oficiales de guardia.

-Ninguna.

«Por supuesto», pudo haber añadido Goodley. No obstante, se abstuvo.

-Hablaré con ellos dentro de una hora, señor presidente.

-Tome buena nota de lo que digan los del SIIAE. Sobre todo de la opinión de...

-De Bert Vasco -lo interrumpió Goodley-. Es bueno, pero está que trina con Exteriores. Hemos hablado hace veinte minutos. Según él, hay que estar preparados para dentro de cuarenta y ocho horas. Nadie está de acuerdo. Nadie -añadió remarcando la palabra el TAHÚR.

-Pero... -dijo Jack recostándose en el respaldo.

-Pues que no apostaría contra él, jefe. No tengo nada con que apoyarlo. Los de la CIA no coinciden con su opinión. Exteriores tampoco lo apoyará (ni siquiera me han informado). Me lo ha dicho Vasco. Pero no pienso rebatir sus razones. Debemos analizarlas reposadamente. Vasco tiene mucha intuición y, además, los tiene muy bien puestos.

-No tardaremos en saber de qué va la cosa. Acierte o se equivoque, estoy de acuerdo que es quien más sabe sobre la región. Asegúrese de que Adler hable con él, y dígale a Scott que no quiero represalias contra Vasco, resulte lo que resulte.

-Me encanta que Vasco tenga tan alta protección -dijo Ben enfáticamente a la vez que tomaba notas-. A ver si así se animan otros a expresar sus ideas sinceramente de vez en cuando.

-¿Qué hay de los saudíes?

-Nada. Parece como si se hubiesen quedado catatónicos. Creo que no se atreven a pedir ayuda hasta estar seguros de tener una buena razón.

-Llame a Alí -ordenó el presidente-. Quiero su opinión antes de una hora.

-Sí, señor.

-Y si desea hablar conmigo, a cualquier hora, del día o de la noche, dígale que lo considero mi amigo y que siempre tengo tiempo para él.

-Bien, éste es el informativo de la mañana -dijo Ben, que se levantó para marcharse, pero se detuvo-. Por cierto, ¿a quién se le ha ocurrido lo de TAHÚR?

-A nosotros -contestó Andrea Price desde el fondo del despacho, a la vez que llevaba la mano izquierda al auricular-. Está en su expediente. Consta que destacaba usted como jugador de póquer en su colegio mayor.

-Bueno, pues no le preguntaré lo que opinan de mí mis antiguas novias-soltó el consejero de Seguridad Nacional al dirigirse hacia la puerta.

-No sabía yo eso, Andrea -dijo el presidente.

-¡Uy...! Incluso ganó algún dinero en los casinos de Atlantic City. Todo el mundo lo subestima a causa de su edad. BONO acaba de aparcar.

Ryan consultó su programa. Bien: tenían que hablar de la comparecencia de George ante el Senado. El presidente dedicó un minuto a repasar la lista de audiencias del día, mientras un asistente de la Armada le servía un ligero desayuno.

-El ministro de Hacienda, señor presidente -anunció Andrea Price desde la puerta lateral que daba al pasillo.

-Gracias, puede retirarse. El ministro y yo hablaremos a solas -dijo Ryan, que se levantó para recibir a George Winston en la entrada del despacho.

-Buenos días, señor -dijo el ministro de Hacienda a la vez que la puerta se cerraba lentamente.

Librodot

Winston llevaba uno de sus trajes hechos a medida y un sobre. A diferencia del presidente, el ministro de Hacienda tenía la costumbre de llevar chaqueta en todo momento. Ryan se quitó la suya, la dejó caer en la mesa y fueron a sentarse en los sofás gemelos.

-¿Cómo está el patio? -preguntó Ryan, que se sirvió café (con cafeína aquella mañana), tomó un sorbo y lo dejó en la mesita.

-Si yo hubiese dirigido mi sociedad de inversiones de esa manera, la Comisión de Valores Bursátiles me habría hecho desollar. Pero en fin... Ya he mandado llamar a algunos de mis colaboradores de Nueva York. En el ministerio hay demasiados burócratas que no hacen más que contemplarse, maravillados de lo importantes que son. Nadie se responsabiliza de nada. En el Grupo Columbus solíamos debatir distintas cuestiones en grupos de trabajo, pero siempre y cuando pudiésemos adoptar las decisiones a tiempo. Hay demasiada gente, señor presidente...

-Puede llamarme Jack... por lo menos aquí dentro, George. Yo...

Se abrió la puerta de la secretaría y entró el fotógrafo con su Nikon. No dijo nada (rara vez decía algo). Se limitó a sacar varias fotos, mientras ellos se atenían a la norma de fingir ignorarlo. Aquél podía ser un trabajo perfecto para un espía, pensó Jack.

-Bien. ¿Hasta dónde puedo llegar, Jack? -preguntó BONO.

-Ya se lo expuse. Es usted quien dirige su ministerio. Lo único que ha de hacer es informarme de las medidas que piense adoptar.

-Pues muy bien: voy a reducir la plantilla. Voy a organizar el ministerio con criterios empresariales. Y voy a redactar un nuevo Código Fiscal. Hasta hace un par de días, no he visto hasta qué punto está mal. He llamado a dos auditores y...

-Haga lo que haga no debe afectar al presupuesto. Aún carecemos de experiencia, y hasta que se cubran todas las vacantes de la Cámara de los Diputados...

El fotógrafo se marchó después de haber fotografiado al presidente en una estupenda pose, con ambas manos extendidas sobre la bandeja del café.

-Directo a una portada de revista del corazón -bromeó Winston mientras untaba un croissant con mantequilla-. Ya he hecho un estudio del proyecto. En conjunto, no afectará al presupuesto, Jack, salvo en cuanto a que aumentarán los fondos disponibles.

-¿Está seguro? ¿No necesita estudiar los...?

-No, Jack. No necesito estudiar nada. He incorporado a Mark Gant para que sea mi secretario ejecutivo. No conozco a nadie que sepa más que él del estudio informático de modelos económicos. Sólo he de coger el teléfono y dentro de media hora tengo en mi mesa un informe de mil páginas acerca de cuál era la situación en 1952, o en 1960, y cómo afectaba el sistema tributario de entonces a cada sector de la economía.

El ministro de Hacienda hizo una breve pausa antes de proseguir.

-¿Conclusión? Wall Street es mucho más complicado que el ministerio. Sin embargo, utiliza modelos mucho más sencillos que funcionan. ¿Por qué? Porque son más sencillos. Y eso es lo que, con su permiso, diré en el Senado dentro de hora y media.

-¿Está usted seguro de no equivocarse en esto, George? -preguntó el POTUS.

Ése era quizá el problema más peliagudo. El presidente no podía supervisar todo lo que se hacía en su nombre (supervisar sólo el 1 % ya habría sido una gesta), pero era responsable de todo. Intentarlo condujo a muchos presidentes al fracaso.

-Estoy lo bastante seguro como para jugarme el dinero de mis inversores, Jack.

Se miraron con fijeza. Ambos eran conscientes de la talla del otro. El presidente pudo haber dicho que el bienestar de la nación era más importante que los miles de millones de dólares que Winston había manejado al frente del Columbus Group. No obstante, se abstuvo. Winston había creado su sociedad de inversiones desde cero. Era, al igual que Ryan, un hombre de origen humilde. Había creado una empresa en un entorno ferozmente competitivo sólo a base de talento y de honradez. Debía tratar el dinero que le confiaban sus clientes con mayor prudencia que el propio. Y así se hizo. Lo tenía muy claro. Y no lo olvidaba. La primera declaración pública importante acerca de la política que seguiría la administración Ryan trataría

Librodot

del talento y honradez de Winston. El presidente reflexionó unos instantes sobre ello y luego asintió con la cabeza.

-Pues adelante, entonces, BONO.

Pero Winston tenía sus dudas. Para el presidente fue muy instructivo ver que incluso alguien tan poderoso como el ministro de Hacienda bajaba la vista por unos momentos y se expresaba de un modo mucho menos firme que hacía unos segundos.

-Claro que políticamente esto va a...

-¿Es beneficioso para el conjunto del país lo que va a decirle al Senado, George?

-Ah, eso por supuesto que sí -repuso Winston sin vacilar.

-Pues entonces no me llore ni trate de curarse en salud.

El ministro se limpió la boca con la presidencial servilleta (llevaba las iniciales) y volvió a bajar la vista.

-Verá: cuando esto termine y volvamos a nuestra vida normal, hemos de encontrar el medio de trabajar juntos. No hay muchos como nosotros, Ryan.

-No lo crea -dijo el presidente-. El problema está en que nunca quieren estos cargos. ¿Sabe de quién he aprendido eso? De Cathy. Mi esposa sabe que un error suyo puede dejar ciega a una persona. Pero ha de operar. No es ninguna broma que, según lo que uno haga, alguien se quede ciego o muera. Los médicos de urgencias están siempre al borde del infarto, como cuando ingresaron a Cathy y a Sally en traumatología. Comete uno un error y otro la palma. Eso sí que es un trabajo de responsabilidad, bastante más que vender acciones como hacíamos los dos antes. Y lo mismo cabe decir de los policías, y de los militares. Han de intervenir antes de que ocurra lo peor. Pero las personas que tienen responsabilidades de esta índole no vienen a Washington, ¿verdad que no? Por lo general, son personas que están simplemente donde deben estar, donde tiene lugar la verdadera actividad. La gente positiva va adonde de verdad se la necesita.

-Ya. Como a la gente positiva no le gustan las patrañas, no viene aquí, ¿no es eso? -dedujo Winston, convencido de que Ryan era un magnífico profesor.

-Alguno sí. Adler en Exteriores. Otro que he descubierto aquí, un tal Bert Vasco. Ésos son los que debemos identificar y proteger. Normalmente ocupan cargos de segundo orden, pero su labor no es de segundo orden. Hacen que el sistema funcione, y en general pasan inadvertidos porque no les importa que sea así. Lo que de verdad les importa es cumplir con su trabajo, servir al ciudadano. ¿Sabe lo que me gustaría hacer de todo corazón? -preguntó Jack, que por primera vez se atrevía a sincerarse como no lo había hecho ni siquiera con Arnie.

-SI -repuso Winston- Crear un sistema que realmente funcionase, un sistema que reconociese a quienes valen y los tratase como merecen. ¿Sabe lo difícil que es eso en cualquier organización? En mi empresa ya era una auténtica batalla, y en Hacienda hay más conserjes que agentes de Bolsa tenía a mi cargo. Pero creo que ni siquiera sabría por dónde empezar.

-Es que es aún más difícil de lo que usted cree -dijo Jack, convencido de que George Winston era uno de los que podía comprender su sueño. Quienes de verdad trabajan no quieren ser jefes. Quieren trabajar. Cathy podría ocupar un alto cargo. Le ofrecieron ser rectora de la Facultad de Medicina de la Universidad de Virginia en unas condiciones fabulosas. Sin embargo, eso habría comportado reducir a la mitad el tiempo de atención a sus pacientes. Impensable en ella porque le gusta demasiado su profesión. Algún día, Bernie Katz, del Hopkins, se jubilará, le ofrecerán el rectorado y ella lo rechazará. Es decir... probablemente, salvo que yo lograra convencerla.

-Es imposible, Jack -dijo BONO-, por más que sería lo ideal.

-El presidente Cleveland reformó la administración pública hace más de un siglo -le recordó el POTUS-. Ya sé que no podemos aspirar a un sistema perfecto, pero podemos mejorarlo. Usted ya lo intenta, a juzgar por lo que acaba de decirme. No hay más que seguir por ese camino.

-Así lo haré -prometió el ministro ya en pie-. No obstante, de momento, tengo otra revolución que alentar. ¿Cuántos enemigos nos podemos permitir?

Librodot

-Siempre se tienen enemigos, George. Jesucristo tuvo muchos.

Le gustaba su apodo: el Galán. Y desde que, quince años atrás, supo que lo llamaban así, aprendió a sacarle partido. Su misión era de reconocimiento y su arma el encanto. Tenía un amplio surtido de acentos en su repertorio. Y como llevaba documentación alemana, adoptó el deje de un alemán de Frankfurt y se vistió al estilo alemán de pies a cabeza (a cargo de su contratante de turno).

La empresa de coches de alquiler le proporcionó unos excelentes mapas, que tenía desplegados en el asiento del acompañante. Esto le ahorraba tener que memorizar las rutas (algo muy fatigoso y un modo de malgastar su tiempo y su memoria fotográfica).

La primera parada la hizo en St. Mary's School, situada a pocos kilómetros de Annapolis. Era una escuela católica de enseñanza primaria, con casi seiscientos alumnos, con guardería y parvulario.

El Galán pasaría dos o tres veces frente a la escuela. Le facilitaba las cosas que el colegio estuviese en unos terrenos que habían pertenecido a una rica familia a quien la Iglesia católica convenció para que se los cediese. Sólo había una carretera de acceso.

El recinto escolar limitaba con la bahía y con el río Severn, que pasaba justo al lado de la pista de atletismo. Al pie de uno de los lados de la carretera que conducía a la escuela, había una urbanización. La escuela tenía once edificios, entre el núcleo principal y los pabellones anexos.

El Galán conocía las edades de sus objetivos y eso le bastaba para saber dónde pasarían la mayor parte del tiempo. Desde un punto de vista logístico, el entorno no era muy favorable. El recinto de la escuela tenía unas doscientas hectáreas, lo -que permitía que hubiese un considerable perímetro defensivo en el que resultaba muy peligroso adentrarse.

Alí Badrain vio tres grandes Chevy Suburbans. No podía ser más evidente que eran los que utilizaban para el transporte de sus objetivos y de sus guardaespaldas. ¿Cuántos debían de ser? Dos estaban fuera de los vehículos cuya dotación normal era de, por lo menos, cuatro agentes. Los Suburbans debían de ir equipados con armamento de gran potencia.

Había que entrar y salir por el mismo acceso, que tenía casi un kilómetro desde la carretera. ¿Y por la bahía?, se preguntó Alí enfilando hacia el límite del recinto. Ajá: allí había una lancha del Servicio de Guardacostas. Era una lancha pequeña, pero como debía de llevar radio era como si fuese... bastante más grande. Badrain detuvo el coche en un callejón sin salida y bajó para echarle un vistazo a una casa que, según el cartel del jardín, estaba en venta.

Cogió del coche el periódico de la mañana y fingió comprobar las señas en una de las páginas de anuncios. Luego, echó otro vistazo en derredor. Tenía que actuar con rapidez, porque los vigilantes debían de estar siempre muy alerta y, aunque no pudieran controlarlo todo (incluso el Servicio Secreto norteamericano tenía limitaciones, en términos de tiempo y de recursos), no podía permitirse merodear demasiado por allí.

Su impresión inicial no fue nada positiva. Un único acceso. Demasiados escolares para que fuese fácil acertar con los dos que le interesaban. Muchos vigilantes, y muy repartidos por todo el recinto. Éstos eran los inconvenientes. Pero el número era menos importante que el espacio. Las defensas más difíciles de abatir eran las defensas en profundidad, porque la profundidad significaba, a la vez, espacio y tiempo. Se podía neutralizar a un numeroso grupo de personas en un instante si disponía uno de las armas adecuadas. Sin embargo, con un grupo de agentes era distinto. Si les concedía sólo cinco segundos, su entrenamiento haría el resto. Tendrían sus tácticas -no todas previsibles-. La lancha guardacostas, por ejemplo, podía enfilar a toda velocidad hacia la orilla, varar y poner a salvo a los objetivos. O los guardaespaldas podían retirarse con los objetivos a una posición más o menos resguardada y defenderla.

Alí no quería engañarse subestimando la preparación y entrega de los agentes. Si el forcejeo se prolongaba sólo cinco minutos no tenía nada que hacer contra ellos, aparte de que pedirían refuerzos a la policía local (que tenía incluso helicópteros, tal como había comprobado).

Librodot

No. No era un emplazamiento ideal, pensó Alí, que volvió a dejar el periódico en el asiento del acompañante y arrancó. Al alejarse, buscó con la mirada algún coche policial camuflado. Había varias furgonetas aparcadas en los jardines de algunas casas, pero ninguna tenía el parabrisas de color oscuro, que permitía ocultar a alguien que llevase una cámara.

Estaba claro que no era un buen emplazamiento para sus intereses. Sería mejor actuar... sobre la marcha, en plena carretera, aunque no sería mucho más fácil. La cobertura del trayecto sería, sin duda, excelente: paneles de Kevlar, lunas de Lexan, neumáticos especiales y, por supuesto, vigilancia aérea desde helicópteros. Eso sin contar con los coches policiales camuflados y la posibilidad de recibir refuerzos.

«Okay», pensó el Galán, utilizando para sus adentros un anglicismo universalmente aceptado. Guardería y parvulario Giant Steps, autopista «Ritchie», pasado el camino «Joyce». Allí sólo había un objetivo, pero era mejor, y probablemente el entorno logístico sería más favorable.

Winston llevaba veinte años en el negocio de vender sus ideas. Y también sabía «venderse», no sin cierta tendencia a la teatralidad, lo que implicaba no ser inmune a un miedo escénico que, en aquellas circunstancias, tenía para él la ventaja de actuar en ambas direcciones, porque sólo uno de los senadores tenía experiencia y estaba en el partido de la minoría (la correlación de fuerzas en el Senado había cambiado a raíz del siniestro del 747, y el cambio había sido favorable a la ideología de Winston). Como consecuencia de ello, los hombres y mujeres que se sentaban detrás de la enorme mesa de roble estaban tan nerviosos como él.

Mientras Winston tomaba asiento y sacaba sus papeles, seis personas apilaban gruesos volúmenes encuadernados en la mesa contigua. Winston los ignoró, pero las cámaras de la C-SPAN no.

De pronto, se empezó a respirar un ambiente más distendido. Mientras el ministro en funciones charlaba con Mark Gant, que tenía su ordenador portátil encendido y funcionando, la mesa de la izquierda crujió y se hundió, con lo que los volúmenes apilados fueron a parar al suelo y los presentes contuvieron el aliento. Winston se dio la vuelta sobresaltado pero risueño. Sus subalternos habían cumplido sus órdenes al pie de la letra: apilaron los volúmenes de que constaba el Código Fiscal de Estados Unidos en el centro de la mesa, en lugar de distribuir el peso uniformemente.

-¡Leches, George! -masculló Gant por lo bajo, conteniendo la risa.

-A lo mejor es que Dios está de verdad de nuestro lado -dijo Winston, que se levantó en seguida para comprobar que nadie se había hecho daño.

Nada. El primer crujido de protesta del roble hizo retroceder a los apiladores. Los guardias de seguridad irrumpieron en la sala como por ensalmo, pero se retiraron al comprobar que no había ocurrido nada.

-Señor presidente -dijo Winston acercándose al micrófono-, siento lo ocurrido. Ya que nadie se ha hecho daño, ¿podríamos proceder sin más demora?

El presidente del Senado pidió silencio, sin apartar la vista del desastre. Al cabo de un minuto, George Winston juraba el cargo.

-¿Desea hacer alguna declaración inicial, señor Winston?

-Ya la he hecho, señor -repuso el ministro con expresión risueña-. Creo que debo pedir disculpas por nuestro pequeño accidente. Lo he provocado para ilustrar uno de mis argumentos, pero... bien... -añadió a la vez que volvía a ordenar sus papeles y se erguía en el sillón.

-Señor presidente del Senado, miembros de la comisión de Hacienda, me llamo George Winston. El presidente Ryan me ha pedido que deje mi trabajo para servir al país, en calidad de ministro de Hacienda. Permítanme que les hable un poco de mí...

-¿Qué sabemos de él? -preguntó Kealty.

-Bastante. Que es inteligente... y duro. Además, es honrado y está forrado de millones.

«Más que tú», se abstuvo de añadir el colaborador del ex vicepresidente.

Librodot

-¿Ha sido sometido alguna vez a investigación?

-Nunca -contestó el ex jefe de Estado Mayor de Kealty-. Quizá haya pisado alguna vez terreno resbaladizo, pero... no, Ed, ni siquiera eso me atrevería a afirmar. La opinión unánime es que Winston es un hombre que no infringe nunca la ley. Su sociedad de inversiones tiene un enorme prestigio, tanto por su rentabilidad como por su honestidad. Tuvo a un mal individuo trabajando para él hace ocho años, y George testificó contra él en los tribunales. Incluso pagó de su bolsillo los desmanes del individuo en cuestión. Nada menos que cuarenta millones de dólares. El ex empleado cumplió cinco años de cárcel. Ryan ha elegido muy bien. No es un político, pero tiene gran prestigio en los medios financieros.

-Pues... ¡qué mierda! -exclamó Kealty.

-Tenemos muchas cosas que hacer, señor presidente.

Winston dejó a un lado el texto del discurso y empezó a improvisar (o por lo menos esa impresión dio).

-Esa mesa rota... -añadió señalando a los volúmenes causantes del desaguisado-. El Código Fiscal se la ha cargado. Es un principio universal que el desconocimiento de las leyes no exime de su cumplimiento. Pero este principio ha dejado de tener sentido. El Ministerio de Hacienda es el organismo que promulga y vela por el cumplimiento del Código Fiscal de nuestro país. Ciertamente, es el Congreso el que aprueba tales leyes. En muchos casos, la interpretación del código que ustedes aprueban queda al criterio de personas como las que trabajaban para mí. Tenemos tribunales especiales que entienden de lo fiscal y sientan jurisprudencia... Pero a lo que conduce todo esto es a esa montaña de papel impreso. Nadie, ni siquiera el más experto y especializado de los abogados, puede comprenderlo todo. Llega a darse el absurdo de que un ciudadano presente su documentación fiscal, con todos los comprobantes e impresos debidamente cumplimentados, y que los empleados de la oficina tributaria se equivoquen. Y es el ciudadano que acude a un organismo estatal para que lo ayude, el responsable del error cometido por el organismo estatal. Pues bien: cuando yo trabajaba en el sector privado, en el mundo financiero, si daba a un cliente un consejo desacertado, yo era quien cargaba con la responsabilidad. Los impuestos sirven para proporcionar al Estado recursos con los que atender a las necesidades de los ciudadanos. Sin embargo, con el tiempo, hemos creado toda una industria fiscal que se nutre de miles de millones de dólares de los contribuyentes. ¿Para qué? Para explicar un sistema tributario que cada vez se complica más, un código que los funcionarios que deben aplicarlo no entienden lo bastante para asumir la responsabilidad de interpretarlo de forma correcta. Saben ustedes, o deberían saber, la cantidad de dinero que gastamos en velar por el cumplimiento de tal código, y que no es un dinero especialmente rentable. Nuestro deber es trabajar para los ciudadanos, no confundirlos. De manera, señor presidente, que hay algunas cosas que me gustaría llevar a cabo durante mi permanencia en el Ministerio de Hacienda si la comisión tiene a bien confirmar mi nombramiento. En primer lugar, quiero que se redacte de nuevo el Código Fiscal para hacerlo comprensible a todo el mundo. Y quiero que sea coherente. Quiero un código sin lagunas. Quiero que las leyes afecten a todos por igual. Quiero trabajar con ustedes, señorías. No me dejaré influir por ningún grupo de presión. Porque, señor presidente, si prestamos oídos a quienes se erigen en portavoces de grupos con intereses específicos, terminamos haciendo... ¡eso! -clamó Winston volviendo a señalar a la mesa rota-. Somos americanos. Debemos trabajar juntos. A la larga, adaptar las leyes del Código Fiscal a los intereses de distintos sectores y subsectores, que tienen sus organizaciones y sus valedores, sólo sirve para que todo el mundo pague más. Las leyes de nuestro país no están concebidas como instrumentos de fomento del empleo para contables y abogados del sector privado, y de funcionarios en el sector público. Las leyes que ustedes aprueban, y que personas como yo nos encargamos de aplicar, deben servir a las necesidades de los ciudadanos, no a las necesidades de los gobiernos. En segundo lugar, quiero que mi ministerio funcione de manera eficaz. Sé cómo gestionarlo. El Columbus Group trabaja, literalmente, para millones de personas, de modo directo o indirecto, y me enorgullezco de cómo

lo he dirigido. En los próximos meses me propongo someter a su consideración un presupuesto para el Ministerio de Hacienda en el que no sobra una sola partida...

Era una exageración retórica, claro está. Pero de gran efecto.

-...esta Cámara ya ha oído antes afirmaciones similares, y no les reprocharé que acojan mis palabras con una sonrisa. No obstante, soy hombre acostumbrado a hacer que mis palabras se ajusten a los hechos, y no pienso cambiar de costumbres en el ministerio. El presidente Ryan ha tenido que soltarme un rapapolvo para obligarme a aceptar el cargo. No me gusta Washington, señor presidente -se permitió asegurarle a la comisión, a la que ya se había metido en el bolsillo-. Al Washington político, me refiero, claro está. Sólo quiero cumplir con el encargo y volver a mi mundo. Pero no les quepa duda de que cumpliré con el encargo, si ustedes lo quieren. Eso es todo. Muchas gracias.

Los profesionales más avezados presentes en la Cámara eran los periodistas que ocupaban la segunda fila. En la primera se sentaban la esposa y los hijos de Winston. Sabían que una cosa era predicar y otra dar trigo. Lo normal era que un ministro del gobierno se llenase la boca acerca del alto honor que representaba que se le permitiera servir, acerca de la alegría de que se le otorgase tal poder, acerca de la responsabilidad que asumía.

«¿No me gusta Washington?» Los periodistas dejaron de tomar notas, miraron al estrado y luego intercambiaron miradas de extrañeza.

A Badrain le gustó lo que vio. Aunque el peligro para él era mayor, podía considerarlo un riesgo equilibrado. A pocos metros del objetivo pasaba una autopista de cuatro carriles que conducía a una red de innumerables carreteras secundarias. Lo mejor, pensaba el Galán, era que podía verse todo. Justo detrás del objetivo había densas frondas en las que no quedaba espacio para un vehículo de apoyo. Sin embargo, tenía que haber uno... ¿Dónde podía estar? Pues allí, pensó. Justo enfrente de Giant Steps había una casa con garaje, en cuyo jardín aparecían dos coches aparcados. ¿Por qué no estaban en el garaje? Probablemente, el Servicio Secreto le habría pedido el favor a los dueños de la casa. Era ideal. Estaba a cincuenta metros de la escuela, y orientada en el sentido conveniente. Si ocurría algo en el exterior, darían la alarma y el vehículo de apoyo aparecería de inmediato lleno de agentes.

El problema de la seguridad, en casos como aquél, era que había que actuar de acuerdo a un plan estricto y, por más perspicaces que fuesen los agentes del Servicio Secreto, su plan tenía que ajustarse a unas técnicas conocidas y previsibles.

Badrain miró el reloj. ¿Cómo confirmar sus sospechas? Por lo pronto, necesitaba descansar unos minutos. Justo enfrente de la guardería Giant Steps había un drugstore. Iría a echar un vistazo, porque lo lógico era pensar que también allí hubiese vigilancia. Aparcó enfrente, entró y merodeó por el interior alrededor de un minuto.

-¿Puedo atenderle? -le preguntó una joven que debía de tener unos veinticinco años, aunque era obvio que trataba de aparentar menos.

Eso era fácil de conseguir con un corte de pelo adecuado y un poco de maquillaje, como el Galán sabía perfectamente. Había trabajado con activistas femeninas, y ésas eran las instrucciones que les daba. Cuanto más joven era una persona, menos amenazadora parecía, sobre todo en el caso de las mujeres. Con una sonrisa que reflejaba cierta confusión y embarazo, Alí se acercó al mostrador.

-Busco un mapa de carreteras -dijo.

-Allí, en el estante inferior -le indicó la dependienta con una sonrisa.

Era una agente del Servicio Secreto. Tenía mirada de ser persona demasiado inteligente para hacer un trabajo tan humilde.

-¡Ach! -masculló Badrain contrariado, a la vez que cogía un libros de mapas.

Debía de incluir todas las calles del distrito... (en Estados Unidos lo llamaban condado). Hojeó el mapa mirando de reojo hacia la guardería. En aquel momento salían los pequeños al patio, acompañados de cuatro adultos. Lo normal era que sólo fuesen dos. De modo que, por lo menos dos... o tres, se dijo al ver, a la sombra de un dintel, a un hombre alto y fornido ves-

tido de sport.

El patio daba a la vivienda con garaje. Por tanto, los vigilantes tenían que estar allí. Y habría dos o tres más en la vivienda, siempre alerta.

No sería fácil, pero de momento sabría qué posiciones ocupaba el enemigo.

-¿Cuánto es el mapa?

-El precio está en la cubierta.

-¡Ach ja!, perdone -dijo el Galán metiendo la mano en el bolsillo-. Cinco noventa y cinco -añadió para sí mientras rebuscaba monedas.

-Más IVA -le recordó ella a la vez que tecleaba en la caja registradora-. ¿No es usted de por aquí?

-No. Soy profesor.

-¿Qué enseña usted?

-Alemán -contestó él, que cogió el cambio y lo contó-. Busco casa. Gracias por el mapa; me vendrá muy bien -añadió al despedirse, con una leve inclinación de cabeza a la europea.

Alí Badrain salió del establecimiento sin volver a mirar hacia el otro lado de la calle. Sintió un escalofrío. La dependienta era de la policía. Debía de seguirlo con la mirada y, probablemente, anotaría la matrícula del coche. Si lo hacía, y el Servicio Secreto la comprobaba, vería que el coche estaba a nombre de Dieter Kolb, un ciudadano alemán de Frankfurt, profesor de inglés. Quizá estuviera en excedencia, o en año sabático, que aprovechara para enseñarles alemán a los americanos. Si no ahondaban más, su cobertura sería suficiente.

El Galán cogió de nuevo la autopista «Ritchie», en dirección norte, pero la dejó al llegar a la primera salida. Había una facultad universitaria estatal cerca de allí que, como era natural, tendría parking.

Era sólo cuestión de encontrar un buen sitio. Y aquél lo era. El bosque no tardaría en rebosar de flores y brotes que taparían la vista de la guardería.

Kolb el Galán sacó unos prismáticos y oteó el horizonte. No era fácil, debido a las frondas que se interponían entre él y el objetivo. Pero los agentes del Servicio Secreto de EE.UU. no eran perfectos. La guardería no estaba en el entorno más adecuado para una hija del más alto mandatario de la nación, aunque no era sorprendente, porque los Ryan habían llevado a todos sus hijos allí. El profesorado debía de ser excelente. Lo más probable era que Ryan y su esposa conociesen a los profesores, e incluso que tuviesen cierta amistad. Además, los datos que había obtenido a través de Internet subrayaban el hecho de que los Ryan no querían trastornar su vida familiar. Muy humano. Y muy estúpido.

Vio cómo retozaban los niños en el patio cubierto de hojarasca. Qué natural parecía aquello: los pequeños embutidos en sus prendas de invierno -porque hacía bastante frío-. Correteaban, se columpiaban y jugaban con la tierra.

Más adelante, necesitaría fotos para poder identificar sin lugar a dudas a quienes estaban al cuidado de los niños. De momento, permanecería en su puesto de observación durante varias horas, desentendido de cuál pudiera ser el resultado de sus actividades. Luego, anotaría lo que hubiese memorizado y haría diagramas y mapas detallados. Hacía años que «Kolb» había dejado de preocuparse por las consecuencias de sus actos. El fervor religioso que lo impulsó a creer en la liberadora Guerra Santa de su pueblo se había convertido en un trabajo remunerado. Si al final ocurría algo que le pareciese políticamente beneficioso, tanto mejor. Sin embargo, la verdad era que eso no había ocurrido nunca, a pesar de los sueños, las esperanzas y la enardecida retórica.

Qué extraño resultaba. Pero casi todos los que perseveraron en el fervor habían muerto, víctimas de su propio entusiasmo.

Badrain puso cara de circunstancias al pensar en la ironía que entrañaba que los verdaderos creyentes fuesen devorados por su propia fe y que quienes mantenían viva la esperanza de su pueblo fuesen los descreídos. ¿Era realmente así?

-Muchos se opondrán a su proyectada reforma tributaria. Una reforma justa de verdad

Librodot

ha de ser progresiva -argumentó el senador que presumiblemente era uno de los supervivientes, no uno de los recién llegados. No en vano esgrimía el sempiterno mantra-. ¿No implica esto que los trabajadores americanos habrán de soportar mayores cargas?

-Entiendo su punto de vista, senador -replicó Winston tras beber un sorbo de agua-. No obstante, ¿a quiénes se refiere al hablar de «trabajadores americanos»? Porque yo trabajo. Creé mi empresa desde la nada y, créame, eso da trabajo, en todos los sentidos. La primera dama, Cathy Ryan, gana unos cuatrocientos mil dólares al año (mucho más que su esposo, por cierto). ¿Significa esto que no trabaja? A mí me parece que sí que trabaja. Es cirujana. Tengo un hermano médico y sé cuántas horas trabaja. De hecho, se trata de dos personas que ganan más que el americano medio. Pero las leyes del mercado han decidido, desde hace mucho tiempo, que el trabajo que ellos hacen es más valioso que el que desempeñan otros. Si cualquiera de ustedes se quedase ciego, un trabajador del sector del automóvil no podría hacer nada; ni tampoco un abogado. Un médico sí. Y esto no significa que el médico no trabaje, senador. Significa que su trabajo exige más preparación, más formación y que, como consecuencia de ello, el trabajo resulta más compensado. ¿Qué ocurre con un jugador de béisbol? Se trata de otra clase de trabajador cualificado, y nadie en esta Cámara se opone a lo que cobra Ken Griffey, Jr., por ejemplo. ¿Por qué? Porque es formidable en lo suyo, uno de los... cuatro o cinco mejores del mundo, y se le compensa generosamente por ello. Y ahí, también, entran en juego las leyes del mercado. En un sentido más amplio, hablando en calidad de simple ciudadano y no como ministro en funciones, me opongo con todas mis fuerzas a la artificial y básicamente falsa dicotomía que algunos políticos hacen entre trabajadores y... el resto. En nuestro país, no hay modo de ganarse honradamente la vida salvo aportando un producto o un servicio al público, y hablando en términos generales, cuanto más y mejor trabaja uno, más dinero gana. Lo que ocurre es que hay personas con mayor capacidad que otras. Me parece que sólo en el cine encuentra uno americanos ricos y ociosos. ¿Quién, en esta Cámara, no se cambiaría al instante por Ken Griffey o Jack Nicklaus? ¿No soñamos todos con ser tan buenos en lo nuestro? Yo sí -reconoció Winston-. Lo malo es que no sé darle a la bola con tanta fuerza. Bien, ¿qué decir entonces de un ingeniero informático de talento? Yo tampoco sé hacer su trabajo. ¿Y un inventor? ¿Qué decir del ejecutivo que hace que una empresa que perdía dinero lo esté ganando? ¿Recuerdan lo que decía Samuel Gompers? Que el mayor fracaso de un empresario es no obtener beneficios. ¿Por qué? Porque si una empresa es rentable, quiere decir que hace su trabajo bien, y sólo las empresas rentables pueden retribuir adecuadamente a sus trabajadores y, al mismo tiempo, repartir dividendos entre los accionistas, que son quienes invierten su dinero en la empresa que genera empleos para los trabajadores. Lo que ocurre, senador, es que olvidamos para qué estamos aquí y qué es lo que intentamos hacer. El Estado no genera empleos productivos. No es esto lo que debemos hacer. La General Motors, la Boeing y la Microsoft son las empresas que emplean trabajadores para fabricar productos que la gente necesita. La labor del Estado consiste en proteger a los ciudadanos, velar por el cumplimiento de las leyes y garantizar que se respeten las reglas del juego, como los árbitros en un terreno de juego. No me parece a mí que debamos castigar a quienes juegan bien. Recaudamos impuestos para que el Estado pueda cumplir con su misión. Pero nos hemos alejado de ese cometido. Deberíamos recaudar los impuestos del modo que menos daño cause a la economía en su conjunto. Los impuestos ejercen, por su propia naturaleza, una influencia negativa, y no podemos hacer nada para evitarlo. No es cierto, sí que podemos hacer algo: estructurar el sistema fiscal de tal modo que produzca el menor daño posible, y para animar a la gente a utilizar su dinero en potenciar el rendimiento del conjunto del sistema.

-Sé adónde quiere ir a parar -lo atajó el senador-. Nos va a proponer bajar los impuestos sobre las rentas del capital. Sin embargo, esa medida sólo beneficia a unos pocos, a costa de...

-Perdone que lo interrumpa, senador. Eso no es cierto, y usted lo sabe -protestó con acritud Winston-. Reducir los impuestos sobre las rentas del capital significa lo siguiente: animar a la gente a invertir su dinero. Pero... permítame retrotraerme al origen del proceso: supongamos que gano mil dólares. Pago impuestos sobre ese dinero, pago mi hipoteca, pago

la alimentación, pago el coche, y lo que queda, lo invierto, ajá... en la empresa de ordenadores XYZ. La empresa ZYX utiliza mi dinero y contrata a alguien. Esa persona trabaja en su empleo al igual que yo en el mío, y de su trabajo sale un producto que tiene aceptación y se vende. ¿De acuerdo? La empresa produce beneficios y los comparte conmigo. Ese dinero se grava como un ingreso normal. Entonces vendo mi paquete de acciones y compro acciones de una empresa distinta, lo que permitirá a ésta contratar a otra persona. El dinero obtenido por la venta del paquete de acciones es renta del capital. La gente ya no guarda el dinero en el colchón. Ni deseamos que lo haga. Queremos que inviertan en América, en sus conciudadanos. Bien: ya he pagado impuestos sobre el dinero invertido, ¿no? De modo que he ayudado a que un conciudadano tenga empleo. Ese empleo se traduce en un trabajo que produce algo para el público. Y por haber ayudado a que un trabajador tenga empleo, y por haber ayudado a que ese trabajador haga algo para el conjunto de la población, obtengo un modesto beneficio. Eso es bueno para el trabajador que he ayudado a contratar y bueno para la población. ¿Por qué castigarme por ello? ¿No sería más lógico alentar a la gente a que lo hiciera? Y tengamos en cuenta que ya hemos gravado el dinero de la inversión una vez (en la práctica, más de una). Esto no es bueno para el país. Ya es bastante perjudicial que los impuestos sean tan altos. Pero el modo en que los cobramos es contraproducente. Para qué estamos aquí, ¿senador? Sólo para ayudar, no para perjudicar. Sin embargo, el resultado, recordémoslo, es un sistema fiscal tan complicado que necesitamos recaudar miles de millones para administrarlo, y ese dinero es totalmente malgastado. Añadamos a ello todos los contables y abogados que se ganan la vida gracias a algo que la gente no puede comprender.

Winston hizo una pausa antes de proseguir.

-América no se caracteriza por la envidia. América no se caracteriza por la lucha de clases. No tenemos un sistema clasista en América. El origen de cada cual importa poco. Fijémonos en los miembros de la comisión: hijo de un campesino; hijo de un maestro; hijo de un camionero, de un abogado y, usted, senador Nikolides, hijo de un inmigrante. Si América fuese una sociedad clasista, ¿cómo puñeta estarían ustedes aquí?

Como el senador con el que polemizaba era un político profesional, hijo de político y muy arrogante, Winston se abstuvo de señalarlo, ya que a ninguno de los aludidos les hacía ninguna gracia que los señalasen ante las cámaras.

-Hagámosles las cosas más fáciles a la gente -continuó Winston-. Ya que tenemos que aplicar un sistema fiscal, hagámoslo de manera que aliente a los ciudadanos a ayudarse entre sí. Si América tiene un problema de estructura económica, es porque no generamos tantas oportunidades como deberíamos, y como debemos generar. El sistema no es perfecto. De acuerdo. Mejorémoslo. Para eso estamos aquí.

-Pero el sistema debe ser equitativo -replicó el senador.

-¿Y qué significa equitativo? El diez por ciento de dos millones de dólares seguirá siendo diez veces más que el diez por ciento de doscientos mil dólares. Pero «equitativo», aplicado al sistema tributario, ha terminado por significar quitarle tanto dinero como podamos a quienes tienen éxito y redistribuirlo, y, ah, por cierto, estas personas, los ricos, contratan a abogados y asesores que influyen en el mundo político, para que incluyan en el sistema un «subsistema» de desgravaciones que eviten que los desplumen del todo (y no los despluman, eso también lo sabemos todos). ¿A qué conduce eso? -preguntó Winston señalando de nuevo a los volúmenes responsables del hundimiento de la mesa-. Conduce a una especie de programa de fomento del empleo para burócratas, contables, abogados, asesores, y a lo largo de tan intrincado camino, el contribuyente es olvidado. No nos importa que no le encuentre sentido al sistema que dice servirlo. Y no debería ser así. No les he dicho aún lo que entiendo que significa equitativo -dijo Winston acercándose un poco más el micrófono-. Creo que significa que todos aceptemos la misma carga en la misma proporción. Creo que significa que el sistema no sólo nos permita, sino que nos aliente a participar en la economía. Significa promulgar leyes sencillas y comprensibles. Creo que significa un reglamento equilibrado. Y que no penalicemos a Ken Griffey por anotar carreras. Lo admiramos. Tratamos de emularlo. Tratamos de

Librodot

fomentar que haya más como él. Y no le ponemos obstáculos.

-A eso se le llama repartir el pastel -dijo el ex jefe de Estado Mayor de Kealty.

-Y pasteleo -puntualizó Kealty sonriendo de oreja a oreja-. Al fin se descaran.

-Cierto, cierto -convino uno de sus ayudantes.

Todos los resultados eran equívocos. El polígrafo del FBI trabajó durante toda la mañana. Pero los gráficos que el detector de mentiras trazó en el papel continuo no indicaban nada concluyente. Era de prever. Tendría que dedicar toda la noche a intentar captar alguna anomalía. Por supuesto, se refería a la situación Irak-Irán. Podía mirar la CNN como cualquiera. Sin embargo, no le daría detalles sobre el fondo de una cuestión... clasificada.

Quienes se habían sometido al detector de mentiras estaban cansados e irritables. Varios farfullaron al decir sus nombres y características del empleo que desempeñaban. El ejercicio había resultado inútil. Era lo más probable.

-¿He superado la prueba? -preguntó Rutledge al quitarse el presurizado brazalete con una inusitada desenvoltura.

-Bueno, no dudo de que ya le habrán explicado que...

-No se trata de un examen que se pueda aprobar o suspender -dijo el viceministro de Exteriores en tono cansado-. Pero verá...: vaya usted a contárselo a quienes hayan sido inhabilitados por culpa de la condenada maquinita. La detesto.

Era como ir al dentista, pensó el agente del FBI, y aunque era uno de los mejores en aquella subespecialidad de la magia negra, no había detectado nada útil para la investigación.

-En su sesión de anoche...

-Perdone, pero no puedo hablar de ello -lo atajó Rutledge con sequedad.

-No, me refiero a si es normal aquí hacer estas cosas.

-Probablemente, lo será durante una temporada. Supongo que debe de saber usted de qué va la cosa. Bien. Entonces estarán de acuerdo en que se trata de un asunto importante. De modo que litros de café, muchas horas y nada de malhumor -añadió Rutledge mirando el reloj-. Tengo reunión con mi grupo de trabajo dentro de diez minutos. ¿Algo más?

-No, señor.

-Gracias por la hora y media de entretenimiento -dijo Rutledge enfilando hacia la puerta.

Era facilísimo. Sólo había que saber cómo funcionaban las cosas. Querían que estuviesen relajados y tranquilos para que los resultados fuesen fiables (lo que hacía el polígrafo con su detector de mentiras era esencialmente medir la tensión que provocaban las preguntas embarazosas). De modo que lo que había que hacer era crisparlos. Era bastante fácil. Y los iraníes lo estaban consiguiendo. Todo lo que tenía que hacer era atizar el fuego. De modo que era para sentirse satisfecho, se dijo al entrar en el lavabo de ejecutivos.

Allí. El Galán miró el reloj y tomó mentalmente nota. Dos hombres acababan de salir de la casa de enfrente de la guardería. Uno de ellos se dio la vuelta para decir algo antes de cerrar la puerta. Fueron hacia el parking de Giant Steps, mirando escrutadoramente en derredor. Se les notaba que pertenecían a un cuerpo de seguridad con tanta claridad como si empuñasen armas. El Chevy Suburban salió del garaje. Era un buen escondite, aunque demasiado obvio para un buen observador. Salieron dos niñas juntas; a una la llevaba de la mano una mujer, y a la otra un hombre... Sí: era el que estaba en el umbral de una puerta cuando la chiquillería salió al patio. Era un hombre muy fornido. Impresionaba. Otras dos mujeres los flanqueaban. Todos movían la cabeza a un lado y a otro, muy alerta. Condujeron a una de las niñas a un coche particular. El Suburban se detuvo frente a la rampa, y los otros coches lo siguieron por la autopista. Quince segundos después apareció un coche de la policía y, a su vez, los siguió.

Sería difícil, pero no imposible, aparte de que la misión podía tener distintos finales, todos ellos aceptables para su jefe. Era una ventaja que los niños no lo indujesen al sentimentalismo. No era la primera vez que participaba en misiones como aquélla. Todo lo que había que hacer era no pensar que los objetivos eran niños. La que iba de la mano de su gigantesco

Librodot

guardaespaldas era, tal como imaginaba, una baza política que alguien se proponía jugar. Alá no lo aprobaría. Badrain lo sabía perfectamente. Ninguna religión aprobaba que se hiciese daño a los niños. Sin embargo, las religiones no eran instrumentos de la política de Estado, al margen de lo que el actual jefe de Badrain pudiera creer. Las religiones predicaban un mundo ideal. Pero el mundo no era ideal. De modo que uno podía utilizar medios atípicos para servir a objetivos religiosos, y eso significaba... algo en lo que, lisa y llanamente, él no había pensado. Era un trabajo, su trabajo, analizar lo que se podía hacer, al margen de consideraciones éticas. Porque Alí Badrain no era nada mojigato y, en su opinión, eso era lo que explicaba que él aún estuviese vivo y que otros no pudiesen contarlo. Y... si su análisis era correcto, habría más que tampoco lo iban a contar.

28

... SÓLO UN SUSURRO

A los políticos no suelen gustarles las sorpresas. Aficionadísimos como son a dárselas a los demás (sobre todo a sus colegas y, por lo general, en público y propinadas con alevosía de tramperos de la selva), detestan ser ellos los sorprendidos. Pero esto era propio de la política en aquellos países en los que ésta era una actividad civilizada.

En Turkmenistán las cosas no habían llegado aún tan lejos. El premier (disponía de un amplio surtido de «tratamientos» entre los que poder elegir, y aquél le gustaba más que el de «presidente») estaba encantado de la vida y de su cargo. Como jerifalte del semidifunto Partido Comunista, había tenido que vivir en permanente contacto telefónico con Moscú, como un pez sujeto a un largo sedal. Sin embargo, en la actualidad el sedal de Moscú era bastante más corto, y él se había convertido en un pez demasiado gordo.

Era vigoroso, casi sesentón y, como solía decir bromeando, un hombre del pueblo. El «pueblo», en este caso, era una atractiva secretaria de unos veinte años que, después de una espléndida cena y de unas danzas típicas de su etnia (que al premier se le daban muy bien), lo había hecho disfrutar como sólo una mujer joven podía hacerlo. Ahora volvía a su residencia oficial bajo un claro cielo estrellado, recostado en el asiento del acompañante de su Mercedes negro, con la satisfecha sonrisa de un hombre que acababa de demostrar que lo era, del modo más placentero.

Quizá hiciese un apaño para ascender a la joven... dentro de unas semanas.

Ejercía un poder casi absoluto. Gozaba de la popularidad propia del hombre sencillo que fingía ser -era un buen actor que sabía cómo hablarle a la gente, cómo estrechar una mano o posarla en el hombro de alguien, siempre frente a las cámaras de la televisión-. En el régimen anterior a esto lo llamaban «culto a la personalidad». Afrontaba una gran responsabilidad y, por lo tanto, se onsideraba con derecho a ciertas compensaciones. Una de estas compensaciones era su estupendo coche alemán de contrabando. Otra, era la joven que volvía ahora a su cama con una sonrisa y un suspiro.

Llevaba una vida maravillosa, aunque sólo le quedasen sesenta segundos para disfrutarla.

Nunca se había molestado en llevar escolta. Su pueblo lo quería. De eso estaba completamente seguro, y además, era tarde. Pero acababa de ver un coche-patrulla detenido en un cruce, con las luces destellantes encendidas. Uno de los policías bajó del coche y les dio el alto a la vez que hablaba por la radio, sin apenas mirarlos.

Al premier le extrañó. Su chofer, que hacía también las veces de guardaespaldas, redujo la velocidad con expresión contrariada. Se detuvo justo en el cruce y se aseguró de tener la pistola al alcance de su mano. Nada más detener el coche, oyeron un ruido a su derecha. El premier se giró hacia aquel lado y abrió desmesuradamente los ojos al ver que un camión Zil-157 iba a embestirlos. El alto parachoques, característico de los vehículos militares, chocó

Librodot

justo contra la base de la ventanilla. El coche oficial salió despedido diez metros hacia su izquierda, y fue a parar a un muro de piedra de un edificio de oficinas. Entonces se les acercó el policía, acompañado de otros dos que surgieron de entre las sombras. El chofer había muerto en el acto, desnucado. Los policías se percataron de ello en seguida, al ver en qué postura había quedado su cabeza. Uno de ellos metió la mano por la destrozada luna y se la zarandeó para asegurarse. El premier aún estaba vivo, pero eso tenía fácil arreglo, se dijo el más veterano de los policías, que fue a coger una cadena de la caja de herramientas del camión, volvió junto al Mercedes y descargó un fuerte golpe en la sien del premier.

Misión cumplida. El premier de Turkmenistán había resultado muerto como consecuencia de un accidente de tráfico. Y, como era natural, tendrían que convocar elecciones, ¿no? Toda una novedad, y la oportunidad para un líder que el pueblo conociese y respetase.

-Ha sido una larga jornada, senador -convino Tony Bretano-. Y llevo dos semanas muy duras, para ponerme al corriente y familiarizarme con mis colaboradores. Pero toda buena gestión empieza por ahí, y el Ministerio de Defensa llevaba mucho tiempo necesitado de ella. Lo que más me preocupa es el sistema de equipamiento. Es demasiado lento y muy caro. El problema no radica tanto en las corruptelas como en el exceso de celo, en la pretensión de imponer tan exagerada «limpieza» como para que le dé a uno un ataque de salud. Si comprásemos los productos alimenticios como el Ministerio de Defensa se ve obligado a comprar las armas, moriríamos de inanición en el supermercado, dudando entre comprar peras de agua o peras limoneras. La TRW es una empresa de ingeniería y, en mi opinión, muy buena. Yo no podría dirigir mi empresa de esa manera. Mis accionistas me lincharían. Podemos hacerlo mejor y me propongo conseguir que lo hagamos aún mejor.

-¿Hasta cuándo va a seguir flagelándonos, señor ministro en funciones? -preguntó el senador-. Acabamos de ganar una guerra y...

-Senador, nuestro país tiene la mejor sanidad del mundo, pero sigue habiendo víctimas del cáncer y de las cardiopatías. Mejor no es sinónimo de perfecto, ¿no cree? Podemos hacerlo mejor y por menos dinero. No voy a presentarles una petición para aumentar la financiación general. Los fondos para compras deberán aumentar, ciertamente. Los que se destinan a formación y puesta a punto, también. Pero la parte del león del presupuesto de Defensa se la llevan los costes de personal, y es ahí donde podemos ahorrar mucho dinero. El ministerio tiene exceso de personal donde menos necesario es. Se malgasta el dinero del contribuyente. Creo poder prometerles una reducción neta del dos al tres por ciento. O acaso más, si podemos reformar el sistema de adquisición de equipos. Es absurdo tener que aguardar entre ocho y doce años para tener a punto un nuevo avión. Estudiamos las cosas con una meticulosidad asfixiante. En otros tiempos, con esto se pretendía ahorrar dinero, y pudiera ser que, por entonces, fuese conveniente hacerlo así. Sin embargo, ahora gastamos más dinero en exhaustivas revisiones que en investigación de nuevas tecnologías. Ya es hora de dejar de inventar la rueda cada dos años. A nuestros ciudadanos les cuesta mucho ganar el dinero que gastamos, y tenemos la obligación de gastarlo inteligentemente. Creo que es más importante que, cuando la nación envía a sus hijos e hijas a combatir, vayan tan bien adiestrados, apoyados y equipados como nos sea posible. Podemos conseguirlo y, además, ahorrar dinero, por el simple procedimiento de hacer el sistema más eficaz.

Lo bueno que tenía aquella nueva leva de senadores, pensó Bretano, era que ignoraban que eso era imposible. Un año antes, no habría logrado convencer a la Cámara de lo que acababa de decir. La eficiencia era un concepto ajeno a la mayoría de los organismos del Estado, no por torpeza de nadie sino porque nadie les había dicho que se podía hacer mejor. En ninguna parte estaba escrito que fuese malo forrarse, pero tampoco lo estaba que fuese malo atiborrarse de pasteles, lo que no impedía que a muchos se les obstruyesen las arterias. Si la administración fuese el corazón de América, ya haría tiempo que el país habría caído fulminado. Por suerte, el corazón del país estaba en otra parte. Sobrevivía gracias a una dieta más sana.

-Pero ¿por qué tanto hincapié en la Defensa, en unos tiempos en los que...?

Bretano lo volvió a interrumpir. Sabía que era una mala costumbre que debería abando-

nar, pero es que aquello colmaba su paciencia.

-¿Se ha dado usted una vuelta por el ministerio últimamente, senador? -exclamó Bretano.

Resultaba cómico ver la cara de perplejidad que pusieron el senador y el propio ayudante de Bretano, que se sentaba a su izquierda. El senador tenía voto, tanto en la Comisión de Defensa como en los plenos de la Cámara Alta, en la que ya podían volver a celebrarse sesiones, una vez adecentada tras el siniestro. No obstante, el comentario caló en la mayoría.

El presidente dio entonces por terminada la sesión y decidió que la votación tuviese lugar a la mañana siguiente. Los senadores ya habían dejado claro cuál sería el sentido de su voto, al alabar el modo positivo y directo de enfocar las cuestiones que tenía Bretano.

En cuanto se hubo aprobado la resolución de las Naciones Unidas, zarpó el primer barco para la corta travesía hasta el puerto iraquí de Basora, donde lo descargarían con unas enormes máquinas aspiradoras, no muy distintas a las de uso doméstico. A partir de ahí, todo se desarrolló con bastante rapidez.

Por primera vez en muchos años, los iraquíes tendrían pan suficiente para desayunar. Los telediarios matutinos dedicaron especial atención al acontecimiento (con las previsibles conexiones en directo con panaderías que vendían el producto a una feliz y sonriente clientela), para concluir con el comunicado de que el nuevo gobierno revolucionario se iba a reunir aquel mismo día para estudiar cuestiones de importancia nacional.

Los telediarios iraquíes fueron grabados en Palm Bowl y en Storm Track y retransmitidos a los organismos interesados. Pero la noticia más importante de aquel día procedía de otra fuente.

Golovko se dijo que el premier turcomano podía haber muerto en un accidente. El RVS conocía las debilidades personales del mandatario, y los accidentes de tráfico eran el pan de cada día en todos los países (en realidad, los accidentes de automóvil habían sido enormemente desproporcionados en la URSS, sobre todo a causa del alcohol). No obstante, Golovko nunca creyó en las coincidencias, y menos aún en las aparentes coincidencias que tuviesen lugar en circunstancias y momentos perjudiciales para su país.

De poco le servía a Golovko tener muchos agentes sobre el terreno para diagnosticarle el problema. El premier estaba muerto. Habría elecciones. Y el probable vencedor era obvio, porque el político fallecido había logrado sofocar a la oposición. Además, Golovko estaba al corriente de que unidades militares iraníes se disponían a marchar por carretera hacia el oeste. Dos jefes de Estado muertos en tan poco tiempo, en lugares tan próximos entre sí, ambos fronterizos con Irán...

Aunque se tratase de una coincidencia, no podía cruzarse de brazos. De modo que cogió el teléfono y marcó un número.

El submarino Pasadena de la Armada norteamericana se hallaba entre dos formaciones de superficie de la República Popular China, que maniobraban dejando entre sí nueve millas de distancia.

Aunque el submarino iba fuertemente armado, venía a ser como si en plena Nochevieja no hubiese en Times Square más que un policía que tratase de estar en todas partes. Ir armado no servía de mucho. Cada pocos minutos, desplegaba la antena de captación de señales. Y desde la sala de sonar transmitían datos al grupo de seguimiento en la retaguardia.

El capitán del submarino ordenó inmersión profunda, hasta los cien metros, al objeto de poder tomarse unos minutos para examinar el plan. Se le había complicado demasiado para poder memorizarlo.

Eran maniobras de la flota china, pero el tipo de ejercicios que realizaban no era lógico, porque, por lo general, uno de los grupos de combate hacía el papel de «enemigo», y se podía deducir quién era el «enemigo» de acuerdo al despliegue de unos y otros. Pero en lugar de desplegarse de manera adecuada para «enfrentarse», se habían desplegado ambos hacia el es-

Librodot

te. A eso se le llamaba en la jerga de la Marina de guerra «eje agresor», refiriéndose a la dirección desde la que se suponía que iba a atacar el enemigo. Y al este estaba la república de Taiwan, que abarcaba casi exclusivamente la isla de Formosa. El oficial que supervisaba las operaciones marcaba con rotulador el papel parafinado que cubría el mapa. La imagen no podía ser más clara.

-Aquí sonar -se oyó.

-Aquí el capitán.

-Dos nuevas detecciones, señor, designadas «Sierra Veinte» y «Veintiuno». Ambas son objetos sumergidos. «Sierra Veinte», rumbo tres-dos-cinco. Parece un submarino de la clase Han, buena recepción en la banda de los cincuenta hercios. El «Sierra Veintiuno», también sumergido, rumbo tres-tres-cero. A juzgar por el ruido se trata de un Xia.

-¿Un torpedero en unas maniobras de la flota? -preguntó el supervisor.

-¿Se capta bien el «Sierra Veintiuno»?

-Ahora se oye mejor, señor -contestó el jefe de sonar-. Creo que se trata de un Xia, capitán. Me inclino por ello. El Han maniobra hacia el sur, rumbo actual tres-dos-uno, aumenta la potencia de sus turbinas y alcanza ya una velocidad aproximada de dieciocho nudos.

-¿Señor?

El jefe de operaciones trazó unos parámetros teóricos del ejercicio. El Han y el Xia quedarían detrás del grupo de superficie que se encontraba al norte.

-¿Nada más, sonar? -preguntó el capitán.

-Señor, está un poco complicado... Por el este hemos detectado seis mercantes.

-Los tenemos todos aquí -confirmó el jefe de operaciones-. Nada todavía por parte de la Armada de Taiwan. -De momento... Pronto habrá novedades -dijo el capitán.

El general Bondarenko tampoco creía en las coincidencias. Además, la región meridional de la antigua URSS tenía escaso encanto para él. El tiempo que pasó en Afganistán y una frenética noche en Tadzhikistán tuvieron la culpa. En «abstracto» no le hubiese importado que la república rusa se desentendiese de las protonaciones musulmanas que limitaban con el sur de su país, pero el mundo era algo real, no una abstracción.

-En definitiva, ¿qué cree usted que ocurre? -preguntó el teniente general.

-¿Está usted al corriente de lo de Irak?

-Sí, camarada director.

-Pues entonces infórmeme, Gennady Losefovich -ordenó Golovko.

-Supongo que lo que le preocupa a usted es que Irán trate de convertirse en una superpotencia -contestó Bondarenko que, junto a la mesa de mapas, señalaba la zona con el índice-. Al unirse con Irak, los iraníes aumentan su riqueza petrolífera un cuarenta por ciento. Además, tendrían frontera con Kuwayt y Arabia Saudí. La conquista de estas naciones redoblaría su riqueza, y no es aventurado suponer que los Estados más pequeños también cayesen. Las condiciones objetivas son aquí evidentes -añadió el general con el reposado tono del militar profesional que analiza un desastre-. Unidos, Irak e Irán son muy superiores en número al resto de los Estados de la región del golfo Pérsico. ¿En una proporción de cinco a uno, camarada director? ¿Más? No lo recuerdo con exactitud, pero, sin duda, la superioridad numérica es decisiva, y se traduciría en la conquista inmediata o, por lo menos, en una enorme influencia política. Esto bastaría para darle a esta nueva Unión de Repúblicas Islámicas una enorme potencia económica, la capacidad de asfixiar el suministro de energía a Europa occidental y a Asia. Y, ahora, pasemos a Turkmenistán. Si, como usted sospecha, no se trata de una coincidencia, vemos que Irán pretende también una expansión por el norte, acaso con la idea de absorber Azerbaiján, Uzbekistán, Tadzhikistán y, por lo menos, parte de Kazajstán. Esto triplicaría su población, aportaría un importante aumento de los recursos de la Unión de Repúblicas Islámicas. Tampoco es aventurado suponer que se uniesen Afganistán y Pakistán, con lo que tendríamos una nación que se extendería desde el mar Rojo hasta el Hindu Kush... aun-

Librodot

que... niet, más exactamente, desde el mar Rojo hasta China y, en tal caso, nuestra frontera meridional estaría ocupada por naciones que nos son hostiles. Y esto es bastante más grave de lo que yo suponía, Serguei Nikolaievich. Sabemos que los chinos ambicionan lo que nosotros tenemos en el este. Este nuevo Estado amenaza nuestros campos petrolíferos de Transcaucasia... Y yo no puedo defender esta frontera. Defenderse de Hitler era un juego de niños comparado a esto.

Golovko estaba al otro lado de la mesa de mapas. Había llamado a Bondarenko por una razón muy concreta. La cúpula militar de su país la integraban restos de la del anterior Estado (pero esta cúpula se desmoronaba, de puro vieja, y Gennady Losefovich pertenecía a una nueva generación, con experiencia en la desdichada guerra de Afganistán). Iosefovich era lo bastante viejo para saber lo que era el combate y lo bastante joven para no tener el lastre ideológico de la anterior generación. No era un pesimista, sino un optimista dispuesto a aprender de Occidente, donde acababa de pasar más de un mes con diversos ejércitos de la OTAN, aprendiendo todo lo que podía (especialmente de los americanos, por lo visto). Pero Bondarenko miraba el mapa con expresión de alarma.

-¿Cuánto pueden tardar? -preguntó el general-. ¿Cuánto pueden tardar en constituir el nuevo Estado?

-Cualquiera sabe -exclamó Golovko encogiéndose de hombros-. Tres años, dos, en el peor de los casos. Y cinco, en el mejor.

-Déme cinco años y la capacidad para reconstruir nuestro poderío militar y podríamos... Quizá no -rectificó Bondarenko-. No podría garantizárselo. El gobierno no podría aprobar el presupuesto necesario.

-¿Y entonces? -dijo el general, que alzó la vista y miró con fijeza al director del RVS.

-Envidio la situación de nuestro potencial enemigo. Nuestras montañas del este constituyen una buena barrera defensiva, pero sólo tenemos dos vías férreas para apoyo logístico. ¿Y si se apoderan de Kazajstán? Fíjese qué cerca los sitúa eso de Moscú. ¿Y las alianzas? Podrían aliarse con Ucrania, por ejemplo. ¿Y Turquía? ¿Y Siria? Todo Oriente Medio tendría que llegar a un acuerdo con ese nuevo Estado... y perdemos, camarada director. Podemos amenazar con utilizar armas nucleares... pero ¿de qué nos serviría? China se puede permitir el lujo de perder quinientos millones de habitantes y aún nos doblaría en número. Su economía no para de crecer mientras que la nuestra se ha estancado. Pueden permitirse comprarle armas a Occidente o, mejor aún, comprar licencias para fabricarlas. Recurrir al empleo de las armas nucleares es peligroso, tanto táctica como estratégicamente, aparte de las consecuencias políticas. Los chinos podrían cortar el suministro de petróleo al resto del mundo y reducir nuestra esperanza de obtener ayuda de otros países (en el supuesto de que hubiese algún país que quisiera ayudarnos). Lo que acaba de mostrarme usted es la destrucción potencial de nuestro país -sentenció Bondarenko.

La opinión del general era tanto más preocupante porque no era un alarmista.

-¿Y qué se puede hacer para evitarlo?

-No podemos permitirnos perder las repúblicas meridionales. Pero ¿cómo retenerlas? ¿Hacernos con el control de Turkmenistán? ¿Afrontar la guerra de guerrillas que sin duda provocaría? Nuestro ejército no está en condiciones de combatir en una guerra semejante.

El antecesor de Bondarenko fue destituido como consecuencia del fracaso del Ejército Rojo en Chechenia. Lo que pudo haber sido una campaña de pacificación, relativamente sencilla, puso en evidencia ante el mundo que el Ejército ruso no era más que una sombra de lo que fue.

Ambos eran conscientes de que la URSS había esgrimido siempre el arma del miedo. El temor al KGB mantuvo a la población a raya, y el temor al Ejército Rojo evitó disturbios políticos a gran escala. ¿Qué ocurrió al disiparse ese temor? El fracaso soviético en pacificar Afganistán, a pesar de la brutalidad empleada, hizo comprender a las repúblicas musulmanas que su temor era desmesurado. Pero tras la desaparición de la Unión Soviética, otra superpotencia podía emerger desde el sur.

Librodot

Golovko lo veía en la expresión de Bondarenko. Rusia carecía del poder que necesitaba. Pese a sus baladronadas para amedrentar a Occidente (Occidente aún recordaba el Pacto de Varsovia y el espectro del enorme Ejército Rojo, dispuesto a llegar hasta el golfo de Vizcaya), el resto del mundo sabía cuál era la realidad. Europa Occidental y EE. UU. aún recordaban el puño de hierro que habían visto esgrimir, aunque nunca lo sufrieran en sus carnes. Pero quienes sí lo sufrieron, reaccionaron en cuanto dejó de golpearlos.

-¿Qué necesitarían?

-Tiempo y dinero. Apoyo político para reconstruir nuestro Ejército. Ayuda de Occidente -dijo el general Bondarenko sin dejar de mirar el mapa con expresión reflexiva.

Era como ser el primogénito de una poderosa familia capitalista, se dijo. Muerto el patriarca, esperaba heredar una gran fortuna; sin embargo, se encontraba que sólo heredaba deudas. Había regresado de América abatido, intuyendo el futuro y cuál era el camino para garantizar la seguridad de su país: un ejército profesional, formado por militares con mucha experiencia, orgullosos guardianes y servidores de una nación libre, con el mismo espíritu que, en el fondo, impulsó al Ejército Rojo a marchar sobre Berlín.

Pero tardarían años en conseguirlo. De momento... si Golovko y el RVS estaban en lo cierto, a lo sumo que podía aspirar era a que su país cerrase filas como en 1941 (cediese espacio a cambio de tiempo, igual que en 1941) y volviese a luchar como en 1942-1943.

El general se dijo que nadie podía prever el futuro. Y no podían especular con lo ocurrido en el pasado, porque el pasado no se repetía. Rusia tuvo suerte contra el fascismo, pero no podía contar uno siempre con la suerte.

Con lo que sí podían contar era con un adversario astuto e imprevisible. Otras personas podían estudiar el mapa igual que lo hacía él, ver las distancias y los obstáculos, analizar la correlación de fuerzas y comprender que el comodín estaba en otro mazo, al otro lado del globo. La fórmula clásica era: primero debilitar al fuerte; luego, aplastar al débil, y, finalmente, enfrentarse de nuevo al fuerte en el momento más oportuno. Bondarenko era consciente de ello, pero no podía hacer nada para impedirlo. Él era el débil. Tenía sus propios problemas. Su país no podía confiar en los amigos; sólo con los enemigos que se había ganado a pulso a lo largo de tanto tiempo.

Saleh jamás había sentido un dolor semejante. Lo había visto en otros rostros, e incluso lo había infligido, en su época de miembro de los servicios de seguridad de su país. Sin embargo, no como aquello, nada comparable a aquel insoportable dolor. Era como si ahora le tocase pagar de una vez por todo lo que había hecho en aquella época. No había en su cuerpo un solo centímetro que no le doliese. Su fuerza era formidable, sus músculos firmes, y su entereza manifiesta. Pero... ya no. Ahora le dolía cada célula de sus tejidos. Cuando se movía un poco, para tratar de aliviar el dolor, sólo conseguía que se le desplazase ligeramente a otra región del cuerpo. El dolor era tan intenso que anulaba el temor.

Quien sí tenía miedo era el médico. Tan MacGregor llevaba el traje de protección, guantes y mascarilla (sólo su concentración impedía que le temblasen las manos). Acababa de extraer sangre con mayor cuidado que cuando lo hacía con algún enfermo de sida. Dos auxiliares de clínica le sujetaban el brazo al paciente mientras él hacía la extracción. No había atendido nunca a un enfermo de fiebre hemorrágica, una enfermedad que no había sido para él más que un título de capítulo en un libro de texto, o un artículo en Lancet. Desde el punto de vista científico era interesante, tan aterrador como el cáncer y otras enfermedades propias de África.

-¿Saleh...? -preguntó el médico.

-... sí -repuso el paciente entre jadeos.

-¿Cómo ha llegado usted aquí? Debo saberlo para poder ayudarlo.

El enfermo no vaciló. No lo atenazaba ninguna consideración respecto de lo que no debía revelar por razones de seguridad. Tardó en contestar sólo porque necesitaba tomar aliento.

-Desde Bagdad. En avión.

-¿Ha estado en África, en alguna otra ocasión, recientemente? -Es la primera vez.

-¿Ha tenido relaciones sexuales hace poco? Pongamos... en la última semana -le preguntó MacGregor.

Parecía una pregunta cruel. En teoría, tales enfermedades se podían contraer a través del contacto sexual. ¿Acaso a través de una prostituta local? ¿Y si había otro caso semejante en otro hospital y se había silenciado?

Saleh tardó un poco en comprender lo que el médico le preguntaba.

-No, nada de mujeres desde hace mucho tiempo. MacGregor pudo verlo en su rostro: Nunca más, yo ya no...

-¿Le han hecho alguna transfusión hace poco?

-No.

-¿Ha estado en contacto con alguien que haya viajado recientemente?

-No, sólo en Bagdad. Soy el asistente de un general; su escolta personal. He estado con él todo el tiempo. Nada más.

-Gracias. Vamos a administrarle un calmante. Le haremos también una transfusión e intentaremos bajarle la fiebre con hielo. Volveré en seguida.

El paciente asintió con la cabeza y el médico salió de la habitación con las muestras de sangre, mascullando por lo bajo.

Mientras las enfermeras y los auxiliares hacían su trabajo, MacGregor tuvo que hacer el suyo. Dividió en dos una de las muestras de sangre y preparó sendos paquetes con sumo cuidado: uno para el Instituto Pasteur de París y el otro para el Centro de Control de Enfermedades Infecciosas de Atlanta. Los enviaría por correo aéreo urgente. El resto quedaría al cuidado del jefe de laboratorio, un competente sudanés, mientras el médico redactaba el texto para un fax. Posible caso de fiebre hemorrágica, diría, indicando el país, la ciudad y el hospital, aunque, primero... Cogió el teléfono y llamó a su contacto en el Ministerio de Sanidad del gobierno sudanés.

-¿Aquí? -exclamó el médico de Sanidad-. ¿En Jartum? ¿Está usted seguro? ¿De dónde es el paciente?

-En efecto -contestó MacGregor-. Dice el paciente que ha llegado aquí desde Irak.

-¿Desde Irak? ¿Le ha hecho pruebas de anticuerpos? -le preguntó el funcionario.

-Estamos a la espera de los resultados -le dijo el escocés al africano.

-¿Cuánto tardarán en tenerlos?

-Una hora.

-Antes de cursar ninguna notificación, permítame ir a verlo -le indicó el funcionario de Sanidad.

Lo que quería hacer era supervisar. MacGregor cerró los ojos y crispó la mano en el auricular. Aquel médico putativo era un funcionario nombrado a dedo por el gobierno, hijo de un antiguo ministro. Lo mejor que podía decir de él era que, mientras calentaba su mullida poltrona, no ponía en peligro la vida de ningún paciente.

MacGregor tuvo que dominarse para no estallar. En África siempre topaban con lo mismo. Daba la impresión de que el gobierno pretendiese proteger una industria turística inexistente en Sudán. Apenas visitaban el país más extranjeros que los antropólogos que, en el sur del país, dirigían excavaciones, en busca de restos del hombre primitivo, junto a la frontera etíope.

Los ministerios de Sanidad de los gobiernos africanos lo negaban todo (ésta era una de las razones de que el sida estuviese tan incontrolado en África central). Se negarían a reconocerlo hasta que hubiese muerto... ¿qué porcentaje de la población? ¿El diez, el treinta, el cincuenta por ciento? Pero todo el mundo temía criticar a los gobiernos africanos y a sus burócratas. Era muy fácil que le colgasen a uno la etiqueta de racista. De modo que... mejor mantener la boca cerrada... y dejar que muriese la gente.

-Doctor -persistió MacGregor-, tengo confianza en mi diagnóstico, y la obligación profesional de...

Librodot

-Todo eso puede esperar hasta que yo vaya -replicó el funcionario con acritud.

Así eran las cosas en África, como MacGregor sabía muy bien. Y era inútil porfiar. Era una batalla que no podía ganar. El Ministerio de Sanidad sudanés podía anularle el visado en cuestión de minutos, y entonces, ¿quién trataría a sus pacientes?

-Muy bien, doctor. Le ruego que venga en seguida -lo apremió MacGregor.

-Antes he de atender otros asuntos. No obstante, acudiré en cuanto pueda.

Eso podía significar un día, o incluso más.

-¿Está aislado el paciente? -preguntó el funcionario.

-Se han adoptado todas las precauciones -le aseguró MacGregor.

-Es usted un buen médico, Ian. Sé que puedo confiar en usted para que no ocurra nada grave.

La comunicación se interrumpió y, nada más colgar, volvió a sonar el teléfono.

-Diga.

-Por favor, doctor, venga a la veinticuatro -le dijo una enfermera.

MacGregor fue de inmediato a la habitación. Era Sohaila. Uno de los auxiliares sacó la jofaina de los vómitos. Había sangre. «¡Dios mío!», exclamó MacGregor para sí. También ella procedía de Irak.

-Ninguno de ustedes tiene nada que temer.

Estas palabras resultaban un poco tranquilizadoras, aunque no tanto como les hubiese gustado a los miembros del Consejo Revolucionario. Pudiera ser que los mullahs iraníes no mintiesen, pero los coroneles y los generales, sentados en derredor de la mesa, lucharon contra Irán cuando eran capitanes o comandantes. Y nunca olvidaba uno a los antiguos enemigos.

-Queremos que controlen a la cúpula militar de su país -prosiguió el portavoz de los mullahs-. Esta cooperación les permitirá conservar sus cargos. Sólo pedimos que juren ustedes lealtad a su nuevo gobierno en nombre de Dios.

Sin embargo, la cosa no iba a parar ahí. Los vigilarían día y noche. Los altos oficiales lo sabían perfectamente. En cuanto diesen un mal paso, los fusilarían. Pero no tenían alternativa, salvo resistirse y dejar que los fusilasen aquella misma tarde. Las ejecuciones sumarísimas no eran una novedad en Irán ni en Irak. Era un medio muy eficiente de deshacerse de los disidentes, reales o imaginarios.

Unos y otros veían la situación de muy distinta manera. Desde el bando de los fusiles se veía como un medio rápido, eficaz y expeditivo de solventar la cuestión de modo favorable a los propios intereses.

Los del otro bando se veían como potenciales víctimas de un brutal e injusto «accidente» de helicóptero (que no dejaba tiempo más que para gritar « ¡No! » antes de que la velocidad de la caída impidiese ver nada, y no le quedase a uno más que unos instantes de incredulidad y rabia). Salvo que, en este caso, sí que tenían una especie de alternativa: una muerte segura de inmediato o sobrevivir con la angustia de que los asesinasen en cualquier momento.

Los altos oficiales del Ejército iraquí se intercambiaron furtivas miradas. Estaba claro que no controlaban a su Ejército. Los militares, los soldados, estaban con el pueblo, o con los oficiales de sus unidades. Unos estaban encantados de poder comer, por primera vez desde hacía una década, algo más que lo necesario para subsistir. Otros, esperanzados en que el cambio de situación fuese positivo. La ruptura con respecto al régimen anterior era completa. Ya no era más que un mal recuerdo, y no había vuelta atrás.

Los reunidos en aquella sala sólo podían volver a hacerse con el control a través de los buenos oficios de los antiguos enemigos, sentados a la cabecera de la mesa con la serena sonrisa propia de los vencedores, de quienes estaban en condiciones de dar y quitar la vida como quien reparte calderilla. La verdad era que no dejaban alternativa.

El jefe del Consejo Revolucionario asintió con la cabeza a las pretensiones iraníes, secundado de inmediato por los demás miembros. Y con aquel gesto la identidad de su país se disolvía en la historia.

A partir de ahí, todo era cuestión de hacer unas cuantas llamadas telefónicas.

La única sorpresa era que no se hubiese visto por televisión. Por una vez, las estaciones de escucha de Storm Track y Palm Bowl vieron cómo se les adelantaban los analistas de otros organismos. Las cámaras de televisión estaban en su lugar, como posteriormente se vería, pero antes había que hacer otras cosas prioritarias que grabarían los satélites.

Los primeros iraníes que se veían al otro lado de la frontera eran unidades motorizadas, lanzadas a toda velocidad por las autopistas. El silencio de las radios era absoluto. No obstante, dos satélites KH-11 enviaban sus señales a las estaciones volantes de telecomunicaciones, que las retransmitían a los puntos de recepción. El más cercano a Washington era Fort Belvoir.

Sonó el teléfono.

-Diga -contestó Ryan adormentado.

-Soy Ben Goodley, señor presidente. Ya ha empezado. Las tropas iraníes cruzan la frontera sin aparente oposición.

-¿Comunicados?

-De momento, no. Da la impresión de que primero quieren hacerse con el control.

-Bien, seguiremos con la cuestión en la entrevista de por la mañana -dijo Jack mirando el reloj de la mesita de noche.

No tenía por qué quedarse sin dormir. Ya tenía a quienes pasarían la noche en vela trabajando para él, se dijo Jack. Otras veces le había tocado a él.

-Sí, señor.

Ryan colgó el teléfono y logró volver a conciliar el sueño. Era una técnica «presidencial» que estaba empezando a dominar. Quien lo sabía, pensó en la duermevela, a lo mejor aprendía a irse tranquilamente a jugar un partido de golf en plena crisis...

Era uno de los pederastas que había cuidado a otro delincuente (un asesino) y lo había hecho a conciencia, a juzgar por cómo se había agravado, según se apreciaba en el vídeo.

Moudi les dijo a los auxiliares que supervisasen con el mayor celo a los nuevos «ayudantes», que habían adoptado las precauciones corrientes: llevar guantes, lavarse muy bien, mantener el pabellón limpio, fregándolo a fondo para eliminar cualquier rastro de fluidos. Esto último se hacía cada vez más difícil, al agravarse el estado del primer grupo de reclusos. El micrófono captaba sus gemidos con suficiente nitidez como para que Moudi se percatase de lo que sufrían, sobre todo al no habérseles administrado prácticamente analgésicos (lo que constituía una violación del mandamiento musulmán de la misericordia, del que Moudi se despreocupó). El segundo grupo de reclusos convertidos en enfermeros a la fuerza cumplía las órdenes. Sin embargo, no les habían dado mascarillas, y por una buena razón.

El pederasta era joven. Debía de tener poco más de veinte años y se había mostrado muy solícito con el paciente que le había correspondido. Lo de menos era saber si lo había hecho por verdadera compasión, o para hacerse merecedor de la misma.

Moudi accionó el zoom de la cámara. La piel del paciente estaba ajada y reseca, sus movimientos eran lentos y dolorosos. El médico cogió el teléfono, y al cabo de un minuto apareció en la pantalla la imagen de uno de los enfermeros castrenses. El enfermero habló brevemente con el pederasta, le tomó la temperatura y salió de la habitación, para llamar por teléfono desde un aparato del pasillo.

-El «enfermo Ocho» tiene fiebre alta, treinta y nueve dos. Se queja de fatiga y de dolor en las extremidades. Tiene los ojos enrojecidos e hinchados -informó el enfermero con sequedad.

Ya era de esperar que el personal médico castrense no sintiese la misma compasión por los delincuentes que por la hermana Jean Baptiste que, por lo menos, era una mujer virtuosa. No era éste el caso de los hombres internados en aquel pabellón, lo que hacía las cosas más fáciles para todos.

Librodot

-Gracias.

De modo que era cierto, pensó Moudi. La variedad Mayinga del virus Ébola se transmitía por aerosol. Sólo quedaba por ver si lo hacía sin debilitarse; que aquella nueva víctima muriese efectivamente a causa del virus. Cuando la mitad del segundo grupo evidenciase los síntomas, los trasladarían a una sala de tratamiento propia. Los reclusos del primer grupo (todos ellos fatalmente enfermos de Ébola) serían clínicamente eliminados.

Moudi tenía el convencimiento de que el director estaría contento. La última fase del experimento había sido tan satisfactoria como las anteriores. No cabía duda de que tenían en las manos el arma más mortífera que el hombre hubiese esgrimido jamás. ¿Maravilloso, no?, se dijo el médico.

El vuelo de regreso era siempre más fácil. El Galán pasó bajo el detector de metales, se detuvo y se sometió al prodigio de la mágica varita electrónica, con el habitual embarazo a causa de su bolígrafo Cross de oro. Luego, fue a la sala de espera de primera clase sin ni siquiera mirar en derredor a los policías que, caso de estar por allí, lo hubiesen detenido de inmediato. Pero como no estaban no lo detuvieron.

En la bolsa de mano llevaba una libreta con tapas de piel, aunque no pensaba sacarla aún.

En cuanto llamaron a los pasajeros de su vuelo para embarcar, enfiló hacia el pasadizo de la puerta correspondiente y, a los pocos segundos, ocupó su asiento en la parte delantera del 747.

El avión iba con la mitad de las plazas libres. En cuanto el reactor hubo despegado, Alí Badrain sacó la libreta y empezó a anotar todo lo que había memorizado. Como de costumbre, su memoria fotográfica le fue muy útil, y estuvo trabajando durante tres horas mientras sobrevolaba el Atlántico, antes de que el sueño lo rindiera. Que bien que lo necesitaba, pensó en el duermevela.

29

CON EL SUPREMO AL FONDO

Kealty se dijo que quizá fuese su última arma, recurriendo de nuevo a una metáfora contraria a su prédica. El sarcasmo que entrañaba no le quitaba el sueño. Tenía cosas más importantes que hacer.

La noche anterior la dedicó a llamar a los periodistas en quienes más podía confiar. La reunión se celebró a medianoche, con unas reglas del juego que el ex vicepresidente no tuvo dificultad en imponer, pues no en vano era mucho lo que les ofrecía. Sería confidencial, sin citar las fuentes. Y como era natural, los periodistas accedieron.

-Es muy preocupante que el FBI haya sometido a todos los miembros de la Secretaría de Exteriores al detector de mentiras -empezó por decir Kealty.

La noticia se había filtrado a los medios de comunicación, pero faltaba la confirmación. Ahora la tenían.

-Lo más preocupante -añadió el ex vicepresidente- es la política que se propone impulsar en determinados ministerios. Confiar la Defensa al tal Bretano... un personaje al que le han salido los dientes en la industria armamentística... Dice querer reducir los controles de seguridad del sistema de equipamiento militar, y limitar la supervisión del Congreso. Y ¿qué quiere hacer George Winston? Hundir el sistema tributario, hacerlo más regresivo, dejar de gravar las rentas del capital... y ¿por qué? Para que todo el peso fiscal recaiga en las clases medias y trabajadoras; para darles a los grandes magnates todo tipo de facilidades. Nunca imaginé a Ryan como un profesional, como alguien competente para ocupar la presidencia. Pero les confesaré que tampoco esperaba esto. Es un reaccionario, un ultraconservador... No sé cómo lo

llamarán ustedes.

-¿Está usted seguro de lo de Exteriores? -preguntó el periodista del New York Times.

-Completamente -confirmó Kealty-. ¿De verdad no lo sabían ustedes? Resulta difícil de creer que se les escape algo así. En plena crisis de Oriente Medio, se dedica a hacer que el FBI atosigue a algunos de los cargos más relevantes, acusándolos de haber robado una carta que nunca existió.

-Y ahora -dijo el jefe de Estado Mayor de Kealty, como si interviniese por su cuenta y riesgo- el Washington Post se dispone a publicar una serie de reportajes que equivalen, poco menos, a la canonización de Ryan.

-Un momento -protestó el periodista del Post-. Eso ha sido cosa de Bob Holtzman, no mía. Y ya le he dicho al subjefe de redacción que no me parece una buena idea.

- ¿ De dónde procede la filtración que le ha permitido hacer el reportaje ?- preguntó Kealty.

-No tengo ni idea. Bob nunca suelta prenda sobre estas cosas. Ya lo sabe usted.

-¿Y se puede saber qué hace Ryan con la CIA? Quiere triplicar los efectivos de Operaciones (los espías). Justo lo que el país necesita, ¿verdad? ¿Qué hace Ryan? -exclamó retóricamente Kealty-. Cebar a Defensa. Reformar el Código Fiscal para beneficiar a los poderosos. Y devolver a los servicios de inteligencia a los tiempos de la guerra fría. ¿Por qué hemos de volver a los años cincuenta? -se preguntó Kealty-. ¿Por qué hace algo semejante? ¿Qué idea lo inspira? ¿Soy el único en Washington que se hace estas preguntas? Ryan trata de acogotar al Congreso, y lo está consiguiendo. ¿Dónde están los medios informativos? ¿Quién va a proteger a la ciudadanía?

-Pero... ¡qué dice usted, Ed! -exclamó el periodista del Times.

Kealty hizo un gesto de frustración con técnica de consumado actor.

-Sé que cavo mi tumba política -aseguró-. No tengo nada que ganar con esto, pero no puedo cruzarme de brazos. No puedo dejar que Ryan y sus amiguetes intenten concentrar todo el poder de nuestro gobierno en unas pocas manos; acrecentar su capacidad para espiarnos; reformar el sistema tributario de tal manera que enriquezca a quienes nunca han pagado lo que les correspondía; favorecer a la industria armamentística y... ¿cuál va a ser el siguiente paso? ¿Derogar las leyes sobre derechos civiles? Lleva a su esposa al trabajo todos los días en helicóptero y, por lo visto, ustedes aún no han caído en la cuenta de que esto no se había hecho nunca. Ejerce la presidencia con un talante de monarca absoluto que ni siquiera Lyndon Johnson habría soñado. Y el Congreso se cruza de brazos. ¿Saben a lo que nos enfrentamos? A una persona que se conduce como un déspota. Y alguien habrá de ponerle remedio. ¿Cómo se explica que no hayan hecho ustedes nada?

-¿Qué sabe usted acerca del reportaje de Holtzman? -le preguntó el comentarista del Boston Globe.

-Ryan ha tenido un historial muy movido en la CIA. Ha matado.

-Tenemos una especie de James Bond... -secundó el jefe de Estado Mayor de Kealty.

Al periodista del Washington Post no le quedó entonces más remedio que defender la honorabilidad de su periódico.

-Holtzman no dice eso. Si a lo que alude usted es a la ocasión en que los terroristas... -dijo el periodista del Post.

-No, no me refiero a eso. Holtzman va a escribir acerca del asunto de Moscú. Ryan ni siquiera fue quien lo organizó. Fue el juez Arthur Moore, en sus tiempos de director de la CIA. Ryan fue el ejecutor. Interfirió en los asuntos internos de la antigua URSS y, por lo visto, a nadie se le ocurrió pensar que podía no ser tan conveniente. Me refiero a que no se pueden hacer bromas con un país que tenía diez mil cabezas nucleares apuntándonos. ¿Sabe que esto es lo que en cualquier manual llaman acto de guerra? Y ¿por qué? Para salvar a su principal agente de una «purga», por haberse pasado de la raya y desenmascarar a un grupo de espías que se les había infiltrado en la CIA. Estoy seguro de que eso no se lo ha explicado a Holtzman.

Librodot

-No he visto el reportaje -reconoció el periodista del Post-. Sólo he oído algunas cosas -añadió. Su reconocimiento era como para echarse a reír, porque, por lo visto, las fuentes de Kealty dentro del Post eran mejores que las del primer comentarista político del periódico-. Muy bien. Dice usted que Jack Ryan ha matado a gente como James Bond. Explíquese.

-¿Recuerdan que hace cuatro años, cuando la serie de atentados terroristas, eliminaron a varios miembros del cártel colombiano? -dijo Kealty, que aguardó a continuar hasta que vio que asentían con la cabeza-. Fue una operación de la CIA. Ryan se desplazó a Colombia, y eso... fue otro acto de guerra. Estos son dos casos que yo conozco...

A Kealty le parecía divertido que Ryan maniobrase tan hábilmente para su propia destrucción. El PLAN AZUL de reorganización de la CIA ya empezaba a volverse en su contra como un boomerang. Muchos altos cargos tendrían que afrontar la jubilación anticipada o ver disminuidos sus imperios burocráticos. Y a muchos de éstos les gustaba patearse los pasillos del poder. Era fácil para ellos considerarse vitales para la seguridad del Estado, y si lo creían así, ¿algo tendrían que hacer, no? Ryan había pisado más de un juanete burocrático en Langley, y ahora podía pagarlos.

-¿Hasta qué punto está seguro de todo esto? -preguntó el columnista del Globe.

-Tengo contactos. ¿Recuerdan cuando murió el almirante James Greer? Fue el mentor de Ryan. Él fue quien probablemente urdió la operación desde su lecho de muerte. Ryan no asistió al funeral. Por entonces, estaba en Colombia. Lo pueden comprobar -insistió Kealty-. Seguramente, ésa es la razón de que James Cutter se suicidase.

-Creía que fue un accidente -dijo el periodista del Times-. Hacía jogging y...

-Y se topa de frente con un camión, ¿no? Mire: no digo que Cutter fuese asesinado. Lo que digo es que estuvo implicado en una operación ilegal, llevada a cabo por Ryan, y no quiso afrontar las consecuencias. Esto le permitió a Jack Ryan borrar las pistas que conducían a él. Reconoceré que he subestimado a Ryan. Es lo más taimado que hemos tenido en Washington desde los tiempos de Allen Dulles, y puede que de Bill Donovan... Pero esos tiempos pertenecen al pasado. No necesitamos una CIA que triplique su número de espías. No necesitamos gastar más dinero en Defensa. No necesitamos reformar el Código Fiscal para proteger a los millonarios en los que Ryan se apoya. Y desde luego no nos conviene un presidente que cree que los años 50 fueron formidables. Pretende hacer con nuestro país algo que no podemos permitir...

Kealty volvió a gesticular con fingido abatimiento antes de proseguir.

-... Puede que me quede solo en esto. Soy consciente de que me arriesgo a hundir mi reputación y de pasar a la historia como lo que no soy... Pero yo he jurado la Constitución muchas veces. La primera, cuando obtuve el escaño de diputado; después, en el Senado, y luego, cuando Roger Durling me pidió que fuese su vicepresidente. Y verán, no olvida uno estas cosas. Y... y... puede que yo no sea la persona adecuada para el cargo. Ciertamente, he hecho algunas cosas horribles. Le fui infiel a mi esposa y bebí más de la cuenta durante años. Probablemente, el pueblo americano merece alguien mejor que yo para salir a la palestra y hacer lo debido... No obstante, yo soy la única alternativa y... no puedo... no puedo traicionar la confianza de la gente que me envió aquí para que la representase, cueste lo que cueste. Ryan no es el presidente de los Estados Unidos. Y él lo sabe. ¿Por qué, si no, querría cambiar tantas cosas en tan poco tiempo? ¿Por qué quiere inducir a los miembros de la Secretaría de Exteriores a mentir? ¿Por qué juega con el derecho al aborto? ¿Por qué juega con el Código Fiscal, a través de ese plutócrata de Winston? Trata de ganar apoyos. Va a seguir presionando al Congreso hasta conseguir que los pesos pesados hagan que lo coronen. Porque ¿quién representa al pueblo en estos momentos?

-La verdad es que yo no lo veo como usted lo pinta, Ed -replicó el periodista del Boston Globe-. Su política está muy escorada a la derecha, pero no lo disimula.

-Ya... ¿y qué es lo primero que ha de aprender un político?-ironizó el periodista del Times-. En fin... Si toda esta historia de

Rusia y de Colombia es cierta... ¡menuda! Es volver a los 50, a interferir de continuo en

los asuntos internos de otros países. No debemos volver a eso, por lo menos no a ese nivel.

-Bien. Ustedes no han obtenido esto de nosotros, ni pueden revelar la fuente de Langley -dijo el jefe de Estado Mayor de Kealty dejando unos casetes encima de la mesa-. Pero en esas cintas hay los datos suficientes para probar lo que decimos. Son copias; una para cada uno de ustedes.

-Requerirá un par de días -comentó el representante del San Francisco Examiner, mirando a sus colegas.

Ahora empezaría la carrera. Todos querrían ser los primeros en dar a conocer la historia. Empezarían por escuchar la cinta en el radiocasete, de su coche durante el trayecto de regreso a casa. Quien estuviese más cerca de ésta o de la redacción de su periódico, tenía ventaja.

-Todo lo que puedo decirles, señores, es que se trata de una historia importante y que deberán tratarla con la mayor profesionalidad. Y no por mí -dijo Kealty-. Ojalá estuviese en mi mano elegir a otro que me sustituyera, alguien con un mejor historial. Pero no está en mi mano. No es por mí, es por el país y, por lo tanto, deberán tratar la cuestión con la mayor eficacia.

-Así lo haremos, Ed -le prometió el periodista del Times mirando el reloj.

Eran las tres de la madrugada y tendría que trabajar sin descanso para tener el artículo listo antes de las 10.00, hora del cierre. Debería hacer muchas comprobaciones y convencer al subjefe de redacción para que le concediese la portada.

Los periódicos de la costa Oeste tenían ventaja (tres horas de adelanto, debido al diferente huso horario), pero sabía cómo ganarles por la mano.

Los presentes apuraron sus tazas de café, se levantaron y guardaron sus pequeños magnetófonos en el bolsillo de la chaqueta. Luego, salieron con el casete que acababan de darles en la mano izquierda y las llaves del coche en la derecha.

-Dígame a ver qué hay de nuevo, Ben -ordenó Jack apenas cuatro horas después.

-Todavía nada en la televisión local, aunque hemos captado emisiones de onda corta -contestó Goodley, que aguardó a que Ryan se hubiese sentado para continuar-. La calidad del sonido es demasiado deficiente para traerle las cintas. No obstante, las hemos analizado. Lo fundamental es que consolidan su control por momentos. Quizá sea ya del dominio público y la declaración oficial, prevista para mañana, no tenga más objeto que informar al resto del mundo.

-Muy hábiles -comentó el presidente.

-Cierto -asintió Goodley-. Y se han sacado de la manga otro comodín. El presidente de Turkmenistán ha fallecido (en accidente de tráfico, según la versión oficial). Me ha llamado Golovko para decírmelo (creo que eran poco más de las cinco). No le hace la menor gracia el panorama. Creo que lo de Irak y lo de ese país, en pleno Turkestán, forman parte de una misma trama...

-¿Tenemos algo que lo confirme? -preguntó Ryan mientras se anudaba la corbata, consciente de que era una pregunta tonta.

-¿Bromea usted, jefe? No tenemos nada de nada, ni siquiera «rumores no confirmados».

-Verá... -dijo Ryan mirando a su mesa-, pese a todo lo que se diga acerca de lo poderosa que es la CIA...

-Eh... no olvide que yo trabajo aquí. Podemos dar gracias a Dios de que exista la CNN. Lo sé muy bien, señor. Y menos mal que los rusos nos informan de lo que saben.

-¿Está usted asustado, verdad? -preguntó el presidente.

-Mucho -reconoció el agente del SIN.

-Bien: Irán se apodera de Irak, y muere el presidente del gobierno de Turkmenistán. ¿A qué puede conducir la situación? -preguntó Jack.

-No me atrevería a contradecir a Golovko en este tema. Sin duda, él tiene agentes sobre el terreno, y parece que se encuentra en una situación similar a la nuestra. Puede seguir la marcha de los acontecimientos, pero no tiene verdaderas posibilidades de intervenir. Quizá sea una coincidencia, pero los espías no deben de creer en las coincidencias. Y estoy seguro

Librodot

de que Serguei no cree en las coincidencias. Me parece que todo responde a un plan. Hablaré con Vasco, a ver qué opina él. En honor a la verdad es que, lo que él cree que se cuece, asusta. Hoy tendremos noticias de los saudíes.

Y como Ryan sabía muy bien, Israel tampoco tardaría en dar señales de vida.

-¿China? -preguntó a continuación el presidente.

Quizá en aquella otra región del mundo las cosas pintasen algo mejor. Pero no.

-Maniobras en gran escala, con submarinos y unidades de superficie. De momento, no intervienen las Fuerzas Aéreas, aunque tenemos informaciones que indican que hay mucho movimiento en sus bases aéreas.

-Un momento...

-Sí, señor, se trata de un plan. A las ocho y media hablaré con el Pentágono. El embajador ha tenido una pequeña charla con un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y, según él, no se trata de nada importante. El ministro ni siquiera tenía noticia de ello, porque asegura que se trata de maniobras rutinarias.

-Mentira.

-Puede. El gobierno de Taiwan aún no ha puesto el grito en el cielo. Pero esta noche, a más tardar, harán zarpar a algunos de sus barcos. Hemos enviado agentes a la zona. Los taiwaneses colaboran con nuestros observadores en sus puestos de escucha, y no tardarán en preguntarnos qué haremos según evolucionen los acontecimientos. Tenemos que pensar en ello. El Pentágono dice que China no dispone de efectivos para lanzar una invasión. Las Fuerzas Aéreas de Taiwan son ahora más potentes. De modo que no veo que esto vaya a conducir a ninguna parte. Puede que sólo se trate de maniobras rutinarias. Acaso quieran ver cómo reaccionamos nosotros o, más exactamente, cómo reacciona usted.

-¿Qué opina Adler?

-Es partidario de que nos desentendamos. Y creo que tiene razón. Taiwan no parece muy preocupado. ¿Por qué vamos a preocuparnos nosotros? Podemos desplazar barcos, en especial submarinos, pero manteniéndonos a prudente distancia. El comandante en jefe de la flota del Pacífico parece tener controlada la situación. ¿Dejamos que sea él quien de momento decida?

-Con el visto bueno del ministro de Defensa, sí -dijo Ryan-. ¿Qué hay de Europa?

-Tranquilidad; igual que en todo Occidente y que en África. Verá: si los chinos no hacen más que incordiar como de costumbre, nuestro único problema real en estos momentos es el golfo Pérsico. Y la verdad es que la situación de allí es obra nuestra, se debe a nuestra intervención. Les prometimos a los saudíes que no los abandonaríamos. Esto lo sabe también el otro bando y, por lo tanto, lo pensarán dos veces antes de ir demasiado lejos. No me gusta lo de la URI, pero creo que podríamos afrontarlo. Irán es inestable por su propia naturaleza. El pueblo iraní quiere más libertad, y en cuanto la prueben, el país cambiará. Y algo podemos hacer nosotros en ese sentido.

-Lo veo muy optimista, doctor Goodley -dijo Ryan sonriente mientras se servía una taza de descafeinado.

-Me paga usted para pensar. Y no debo ocultarle cuál es mi estado de ánimo, jefe.

-Bien. Siga con su trabajo y manténgame informado. He de ver cómo me las arreglo para recomponer el Supremo hoy mismo.

Ryan bebió un sorbo de café y aguardó a que entrase Arnie. No era tan duro el trabajo de presidente, sobre todo si disponía uno de un buen equipo.

-Se trata de seducción -les dijo Clark a las radiantes caras nuevas que se hallaban en el aula.

Domingo Chávez sonreía al fondo.

El documental que acababan de ver trataba de seis casos importantes. Sólo había cinco copias de la película, y aquélla acababan de rebobinarla para devolverla a la cámara acorazada del sótano.

Clark intervino en persona en dos de aquellos casos. Uno de los agentes fue ejecutado

Librodot

en el número dos de la plaza Dzerzhinski de Moscú, después de que un agente del KGB infiltrado en Langley lo desenmascarase. El otro tenía una pequeña granja entre bosques de abedules en el norte de New Hampshire. Quizá añorase volver a su tierra (pero Rusia seguía siendo Rusia y la dureza con que trataban a los traidores no era un invento del régimen anterior). Estos personajes se convertían en apátridas de por vida...

Clark pasó la página y continuó la clase con ayuda de sus notas.

-Deberán ustedes captar a personas con problemas. Se mostrarán comprensivos respecto de esos problemas. Las personas con las que trabajarán no serán un dechado de perfecciones. Todos expondrán quejas. No tendrán por qué encariñarse con ellos, pero sí serles leales. ¿Qué he querido decir con seducción? Los que estamos en este aula lo hemos hecho en alguna ocasión, ¿no? Empieza uno por escuchar más que hablar. Asiente. Claro, es usted más listo que su jefe... Lo conozco... En nuestro gobierno también tenemos a esa clase de imbéciles. En una ocasión tuve a un jefe así. Es difícil ser honesto con un gobierno así, ¿verdad? Aunque, claro está, la honorabilidad es importante. Y en cuanto dicen eso, pueden estar seguros de que quieren dinero. Perfectamente. Nunca esperan que se les conceda lo que piden. Tenemos presupuesto para pagarles lo que quieran, pero... lo importante es tenerlos cogidos. En cuanto pierden la virginidad, ya no pueden recuperarla. Sus agentes, los que ustedes capten, se convertirán en adictos a lo que hagan. Es divertido ser espía. Ni siquiera los más idealistas pueden evitar una sonrisa de íntima satisfacción por saber algo que nadie sabe. Todos cojean de algo. Los más idealistas suelen ser los peores. Les remuerde la conciencia. Beben. Algunos incluso recurren a hablar con un sacerdote (yo me he encontrado con casos así). Algunos creen que ya no merece la pena respetar ninguna norma, una vez han quebrantado una. Esta clase de agentes trata de ligarse a toda chica que se cruza en su camino, y a correr toda clase de riesgos. Manejar a los agentes es todo un arte. Ha de ser uno su madre, su padre, su sacerdote y su maestro al mismo tiempo. Hay que saber serenarlos, decirles que piensen en sus familias y en sí mismos, sobre todo a aquellos que tienen motivaciones ideológicas. Se puede confiar en ellos en muchas cosas, pero uno de los peligros es que se vuelquen demasiado. Muchos de estos agentes se deslizan por la pendiente de la autodestrucción. Se pueden convertir en verdaderos «cruzados». Y muy pocos de estos «cruzados» mueren de viejos. Los agentes que lo hacen por dinero suelen ser aquellos en los que más se puede confiar. No se arriesgan demasiado. Piensan en retirarse algún día, para poder vivir a todo tren en Hollywood y liarse a una despampanante starlet. Cuando se necesita que hagan algo urgente, cuando es preciso que se arriesguen, se puede utilizar a un verdadero mercenario... aunque preparándolo todo para poder evacuarlo al día siguiente, porque, tarde o temprano, pensará que ya ha hecho bastante y exigirá que lo saquen del país. ¿Qué pretendo decirles con todo esto? Que no hay normas inflexibles en este trabajo. Deben usar ustedes la cabeza. Tienen que conocer a las personas, saber cómo son, cómo actúan, cómo piensan. Deben mostrarse verdaderamente solidarios con sus agentes, tanto si les caen simpáticos como si no. La mayoría no serán de su agrado. Ya han visto el documental. Todo lo que en él se dice es auténtico. Tres de estos casos terminaron con la muerte de un agente. Y uno terminó con un oficial muerto. No lo olviden. Bien, ahora tendremos un descanso. La próxima clase se las dará el señor Revell.

Clark volvió a ordenar sus notas y fue hasta el fondo del aula mientras sus alumnos asimilaban la lección.

-¡Estupendo, señor C! O sea, que seducir es bueno, ¿no? -preguntó Ding.

-Sólo cuando te pagan por ello, Domingo.

Los integrantes del segundo grupo de reclusos ya habían enfermado. Era como si hubiesen fichado al mismo tiempo en un reloj siniestro. En las diez horas siguientes empezarían a tener fiebre y fuertes dolores.

Moudi era consciente de que algunos sabían o sospechaban lo que les ocurría. Algunos continuaban asistiendo a los miembros del primer grupo. Otros, pedían hablar con el personal médico castrense para quejarse, o se limitaban a permanecer sentados en la sala de tratamien-

Librodot

to, aterrados ante lo que les esperaba. El trato y la dieta a que habían sido sometidos antes de enfermar agravaban su estado. Una persona débil y hambrienta era más fácil de controlar que una persona vigorosa y bien alimentada.

El primer grupo de enfermos se agravaba al ritmo esperado. Los dolores eran cada vez más intensos, hasta el punto de que apenas se movían, ya que cualquier movimiento no hacía más que intensificar el dolor. Uno de ellos ya agonizaba.

Moudi se preguntó si, al igual que Benedict Mkusa, el corazón de aquella víctima sería especialmente vulnerable al virus Ébola Mayinga. ¿Tendría aquella variedad del virus una insospechada querencia por el tejido del músculo cardíaco?

-Ya es superfluo seguir con esta fase, Moudi -comentó el director mientras ambos observaban las imágenes de vídeo-. Habría que pasar a la siguiente.

-Como usted quiera -dijo el doctor Moudi, que cogió el teléfono y habló durante un par de minutos.

Tardaron un cuarto de hora en disponerlo todo. Luego, aparecieron en la pantalla los auxiliares de clínica. Sacaron del pabellón a los nueve miembros del segundo grupo y los llevaron a otra sala de tratamiento.

Moudi y el director vieron que les asignaban una cama a cada uno y que les administraban un somnífero que los durmió al cabo de unos minutos. Después, los auxiliares volvieron con el primer grupo. La mitad de ellos estaban dormidos y la otra mitad en estado de estupor, incapaces de ofrecer resistencia. Los que estaban despiertos fueron los primeros en ser ejecutados con una inyección de Dilaudid, un potente narcótico sintético.

Las ejecuciones tardaron sólo unos minutos y fueron, en última instancia, un acto piadoso. Después, depositaron los cuerpos en camillas para transportarlos a la planta incineradora. Luego, sacaron los colchones y las ropas de cama para quemarlos también. Sólo dejaron la parte metálica de las camas, que, como todo lo demás que quedaba en la habitación, fue rociado con potentes desinfectantes. El pabellón permanecería cerrado durante varios días y vuelto a desinfectar. Quienes habían trabajado allí se concentrarían entonces en los enfermos del segundo grupo, nueve delincuentes confesos que habían servido para demostrar que el virus Ébola Mayinga podía propagarse por aerosol. O, por lo menos, eso parecía.

El funcionario del Ministerio de Sanidad no apareció hasta el día siguiente, retenido por los papeles que se amontonaban en su mesa, pensó el doctor MacGregor, una opípara cena y una velada con la mujer que alegraba sus noches. Aunque lo más probable era que los papeles siguiesen amontonados en su mesa, se dijo el escocés.

Por lo menos, sabía qué precauciones adoptar. Apenas se asomó a la habitación (aunque no tuvo más remedio que dar otro vacilante paso, para que pudiesen cerrar la puerta). No se adentró un milímetro más y se limitó a observar -con mucha atención, eso sí- al paciente desde dos metros de distancia.

Apagaron las luces de la habitación para no molestar a Saleh. Pese a ello, la palidez de su piel era evidente. Al ver el gotero -le practicaban una transfusión de sangre del grupo O y le administraban morfina- comprendió la gravedad del problema. Luego, examinó con manos temblorosas la ficha de gráficas.

-¿Prueba de anticuerpos? -preguntó el funcionario armándose de toda la dignidad de su cargo.

-Ha dado positivo -le contestó MacGregor.

El primer brote de Ébola documentado (nadie sabía hasta dónde se remontaba la historia de la enfermedad; cuántos poblados de la selva podía haber exterminado cien años atrás, por ejemplo) hizo cundir el pánico hasta el punto de que el personal médico abandonó aterrorizado el hospital en el que se declaró el brote. Curiosamente, esto contribuyó a que cesase el brote con mucha mayor rapidez que si se hubiese seguido con los tratamientos, porque las víctimas murieron y nadie se les acercó lo bastante para poder contagiarse.

El personal médico africano sabía ahora cuáles eran las precauciones que debía adoptar.

Librodot

Todos llevaban guantes y mascarilla. Las medidas de desinfección se aplicaban a rajatabla. Pese a lo imprudentes y poco cuidadosos que solían ser los médicos y los auxiliares africanos, aquélla era una lección que aplicaban al pie de la letra. Asistían a los enfermos tan bien como pudiera hacerlo el personal médico de cualquier otra parte del mundo.

Sin embargo, poco podía hacerse ya por aquel paciente. No había más que ver la ficha de gráficas.

-¿De... Irak? -preguntó el funcionario.

-Eso me ha dicho él -contestó MacGregor.

-Deberé comprobarlo cerca de las autoridades competentes. -Debo cursar un informe, doctor -dijo MacGregor-. Podría tratarse de un brote epidémico y...

-No -lo atajó el funcionario-. No, hasta que no sepamos más. Cuando informemos, si es que informamos, deberemos adjuntar datos suficientes para que sea útil.

-Pero...

-Es una responsabilidad que me corresponde a mí, y es mi deber velar porque tal responsabilidad se afronte debidamente -lo atajó el funcionario-. ¿Tiene familia el paciente? ¿Quién podría darnos más información acerca de él?

-No lo sé.

-Yo lo averiguaré -dijo el médico del ministerio-. Pídales a sus ayudantes que hagan copias de las fichas y envíemelas en seguida -añadió en tono imperioso, con el talante de quien cree haber despachado con una orden su obligación para con la profesión y para con su país.

MacGregor no replicó. Momentos como aquéllos le hacían odiar África. Su país había estado allí durante más de un siglo. Un compatriota escocés, llamado Gordon, había ido a Sudán, se había enamorado del país (¿estaría en su sano juicio?, se preguntaba MacGregor) y había muerto en Jartum hacía 120 años. Luego, Sudán se convirtió en protectorado del Reino Unido, que llegó a tener un regimiento de infantería integrado por sudaneses que lucharon valientemente bajo el mando británico en varias ocasiones. Pero luego Sudán le fue devuelto a los sudaneses (demasiado pronto, sin dar tiempo a que aquel páramo, habitado por tribus dispersas, se convirtiese en una nación viable).

Lo mismo ocurrió en todo el continente, y los africanos aún lo estaban pagando. Ésta era otra de las cosas que ningún europeo podía decir en voz alta salvo a otro europeo (y a veces ni aun entre europeos) por temor a que lo llamasen racista. Pero si él fuese racista, ¿por qué puñeta estaba allí, velando por la salud de los miembros de otra raza?

-Tendrá toda la información dentro de dos horas.

-Muy bien.

El funcionario enfiló hacia la puerta. La jefa de enfermeras de aquella planta lo conduciría a la sala de desinfección y, para este cometido, el funcionario la obedecería como un niño obedecía las órdenes de una madre severa.

Pat Martin llegó con un atestado maletín del que sacó catorce carpetas que dejó en la mesa del café.

En cada una de las carpetas había un informe sobre un juez, aunque omitiendo su nombre, por expreso deseo del presidente, que prefirió ignorarlos y juzgar sólo por su historial.

Allí estaba el montón de carpetas, ordenadas por orden alfabético, de la A a la Z.

-Verá, señor, me sentiría mejor si no me hubiese confiado usted esta responsabilidad -dijo Martin sin alzar la vista.

-¿Y eso? -exclamó Jack.

-No soy más que un fiscal, señor presidente. Bastante bueno, eso sí. Presido la Sala de lo Penal, y me gusta. Pero sólo soy...

-¿Y cómo cree que me siento yo? -le preguntó Ryan con acritud, aunque en seguida dulcificó el tono-. Nadie, desde George Washington, se ha visto tan empantanado en este cargo. ¿Por qué supone usted que yo sé cómo debo actuar? Ni siquiera soy abogado. Tendré que desgastar varios diccionarios para entender todo esto.

-Me está bien empleado -dijo Martin, que alzó la vista sonriente.

Librodot

Pese a lo que dijera, Ryan había dejado claro cuál era el perfil que consideraba idóneo para los candidatos. Allí los tenía. En cada una de las catorce carpetas tenía el historial profesional de un juez del Tribunal de Apelación, desde uno de Boston hasta otro de Seatle. El presidente les había ordenado a Martin y a sus colaboradores que seleccionasen jueces con un mínimo de diez años de experiencia, con no menos de cincuenta sentencias importantes no revocadas o, caso de que una o dos lo fuesen en sus estados, que hubiesen sido ratificadas por el Tribunal Supremo.

-Es un buen grupo -reconoció Martin.

-¿Pena de muerte?

-La Constitución se refiere específicamente a eso, no lo olvide. La Quinta Enmienda -dijo Martin, que citó de memoria-. «Ninguna persona podrá ser juzgada dos veces por el mismo delito...; ni podrá ser obligada a testificar contra sí misma en un caso penal, ni privada de la vida, de la libertad o de sus bienes sin un debido proceso judicial.» De modo que, con las debidas garantías procesales, se puede ejecutar a una persona, pero solamente se la puede juzgar una vez. A lo largo de los años 70 y 80, el Tribunal sentó jurisprudencia en varios casos, en el sentido de que, en circunstancias especiales, primero tuviese lugar el proceso para decidir la culpabilidad o inocencia y luego un segundo proceso para determinar la pena. Todos estos jueces han apoyado estos criterios, con algunas excepciones. El juez D archivó un caso en Mississippi argumentando incapacidad mental del acusado. Fue una buena decisión, pese a que el delito fue espantoso. (El Supremo ratificó la sentencia sin ulteriores procedimientos ni comentarios.) Verá, señor, el problema del sistema judicial es insoluble. Se debe a la propia naturaleza de la ley. Muchos principios jurídicos se basan en sentencias sobre casos atípicos. Hay un dicho que reza: los casos difíciles ahondan la injusticia. Como aquel caso de Inglaterra, ¿lo recuerda? Dos niños asesinan a un niño más pequeño. ¿Qué puñeta hace un juez cuando los dos acusados tienen ocho años y son inequívocamente culpables de un brutal asesinato, pero sólo tienen ocho años? Lo que hace uno es rezar para que le pasen la pelota a otro juez. Todos tratamos de extraer una coherente jurisprudencia del caso, aunque sea prácticamente imposible.

-Imagino que habrá escogido jueces severos, Pat. ¿Ha pensado en que sean también justos? -dijo el presidente.

-¿Recuerda lo que le acabo de decir: que me abruma la responsabilidad que me confía usted? No me hubiese atrevido a obrar de otro modo. El juez E revocó un veredicto de culpabilidad, conseguido por uno de mis mejores abogados, por un defecto de forma (un problema de si una prueba era o no admisible), y en aquellos momentos nos enfurecimos. El juez se basó en que las pruebas habían sido obtenidas mediante engaños. El acusado era culpable, sin lugar a dudas, pero el juez... E consideró los argumentos y probablemente tomó la decisión adecuada. Y esa sentencia es, en la actualidad, una de las que el FBI tiene muy en cuenta.

Jack miró las carpetas. Tardaría por lo menos una semana en leer la información que contenían. Tal como Arnie le dijo hacía una semana, aquélla sería su decisión más importante como presidente. Desde G. Washington, ningún jefe del ejecutivo se había visto obligado a nombrar a todos los magistrados del Tribunal Supremo, aparte de que, en aquella época, el consenso nacional sobre las leyes era mucho más firme y profundo que en la actualidad. Por entonces, las penas que se consideraban inhumanas eran la tortura en el potro o la muerte en la hoguera (dos castigos aplicados en la América prerrevolucionaria). Pero en los últimos tiempos lo que se consideraba inhumano era privar a los reclusos de la televisión por cable, de la posibilidad de mantener relaciones sexuales o, simplemente, el hacinamiento en las prisiones. «Maravilloso -pensaba Ryan-, como las prisiones están demasiado llenas, ¿por qué no soltar a los delincuentes por temor a ser crueles con confesos canallas?»

Ahora tenía la ocasión de cambiar aquello. Todo lo que tenía que hacer era nombrar jueces que, ante el delito, tuviesen una actitud tan dura como la suya.

No cabía duda de que a Jack Ryan le había influido oír a su padre referir detalles sobre odiosos crímenes, o sobre el comportamiento de determinados jueces que nunca habían estado

en el lugar de un crimen y que, por lo tanto, no podían hacerse una idea cabal. Además, para Ryan contaba el factor personal. Él había sido objetivo de los asesinos, al igual que su esposa y que sus hijos. Sabía lo que significaba que hubiese personas capaces de quitarle la vida a un ser humano sin pestañear; capaces de abalanzarse sobre los demás como animales predadores. Los actos de estas personas clamaban por un castigo ejemplar. Recordaba haber mirado a los ojos a Sean Miller y no haber visto en ellos nada, absolutamente nada. Ni el menor rastro de humanidad, ni conmiseración, ningún sentimiento, ni siquiera odio (tan ajeno a la Humanidad, tan distante, que pensar en la reinserción social era utópico).

Y sin embargo...

Ryan cerró los ojos, recordando el momento: empuñaba una Browning. Le hervía la sangre, pero las manos no le temblaban. Pudo haber acabado con la vida del hombre que quiso hacer lo mismo con la suya (y con la de Cathy, la de Sally y la del pequeño Jack, que aún no había nacido). Lo había mirado a los ojos y, al fin, había visto en ellos el miedo que afloraba bajo su caparazón de inhumanidad... ¿Cuántas veces no había dado gracias a Dios por haber olvidado quitarle el seguro a su pistola? Lo habría hecho. Deseó hacerlo más que nada en el mundo. Recordaba haber apretado el gatillo y llevarse la sorpresa de que no se movía... Y entonces el impulso de matar se desvaneció. Jack recordaba haber matado. A aquel terrorista en Londres. Al cocinero del submarino. Y sin duda había matado a más (aquella horrible noche en Colombia que, durante años, le provocó pesadillas). Pero en el caso de Sean Miller fue distinto. No habría sido por necesidad. Habría sido tomarse la justicia por su mano. Sin embargo, el caso es que no lo mató. Gracias a Dios. La ley que acabó con la vida de aquel terrorista y de sus colegas estuvo bien reflexionada, fría y distante... como debía ser. Y ésa era la razón de que tuviese que esforzarse en nombrar a los mejores para recomponer el Tribunal Supremo. Las decisiones que ellos adoptasen no tendrían nada que ver con las de un hombre enfurecido, que quisiera proteger o vengar a su familia. Se pronunciarían de acuerdo a lo que la ley dijese para todos, y eso nada tenía que ver con los deseos personales. Lo que la gente llamaba civilización era algo más que la visceralidad de un hombre. Y así debía ser. Tenía la obligación de garantizar que así fuese nombrando a las personas adecuadas.

-Sí -dijo Martin-. Un problema peliagudo, ¿verdad?

-Un momento... -reflexionó Jack, que se levantó y se asomó a la secretaría-. ¿Quién de ustedes fuma? -preguntó.

-Yo -dijo Ellen Sumter.

Era de la edad de Jack y, probablemente, quería dejarlo, como todos los fumadores cuando pasaban de los 40.

Ellen le ofreció al presidente un Virginia Slim (la misma marca que fumaba la suboficial del avión presidencial que hacía funciones de azafata) y un encendedor color butano. El presidente le dio las gracias, volvió a entrar en su despacho y encendió el cigarrillo. Pero antes de que le diese tiempo a cerrar la puerta, la señora Sumter corrió a darle un cenicero que sacó del cajón de su mesa.

De nuevo sentado en su sillón, Jack inhaló profundamente el humo mirando a la alfombra.

-¿A quién puñeta se le ocurrió la idea de darle tanto poder a un solo hombre? -exclamó Jack-. Me refiero a que lo que yo haga aquí...

-Sí, señor. Es algo así como ser el presidente James Madison, ¿verdad? Elige usted a las personas que deciden el significado de la Constitución. Son todos casi cincuentones, o sesentones y, por lo tanto, aún les queda cuerda para rato -le dijo Martin-. ¡Ánimo! Por lo menos, para usted no es un juego; hace lo debido. No elige mujeres porque sean mujeres. No elige negros porque sean negros. Le he seleccionado un amplio abanico. Le doy a usted mi palabra, señor, de que son buenos. He dedicado mucho tiempo a confeccionarle la lista. La orientación que usted me dio ha ayudado, porque era buena. En líneas generales, todos piensan más o menos como usted. Las personas que ambicionan el poder me asustan. Los buenos piensan mucho en lo que van a hacer antes de hacerlo. Son magistrados que han tenido que afrontar casos

muy difíciles... En fin, usted ya leerá sus sentencias. Verá lo mucho que trabajaron en los casos y qué decisiones adoptaron.

-No sé lo bastante de leyes para entender lo que voy a leer aquí -anunció Ryan exhalando el humo-. Lo único que sé de leyes es que no se deben infringir.

-No es mal comienzo -dijo Martin sonriente.

No necesitaba entender más. No todos los ocupantes del despacho Oval veían las cosas de aquel modo, aunque no era cuestión de bailarle el agua al presidente.

-Sé lo que no me gusta. Y sé lo que me gustaría cambiar. Pero ¿tengo derecho a hacerlo?

-Sí, señor presidente. No es un derecho arbitrario, que por algo el Senado lo fiscaliza, no lo olvide. La Cámara Alta podrá estar en desacuerdo en un par de nombres, a lo sumo. El FBI ha indagado a fondo acerca de todos estos jueces. Ninguno de ellos ha querido, ni esperado, nunca acceder al Supremo. Si no encuentra usted aquí nueve que sean de su gusto, buscaremos otros. Aunque, en tal caso, será mejor que se lo encargue a otro. El jefe de la División de Derechos Civiles es también muy bueno. Está situado un poco más a la izquierda que yo, pero es hombre que medita muy bien las cosas antes de hacerlas.

«Derechos Civiles», pensó Jack. ¿Tenía que contar también con eso para gobernar? ¿Por qué creía que él sabía tratar a quienes fuesen ligeramente distintos a los demás? Tarde o temprano perdía uno la capacidad para ser objetivo, y entonces eran las propias convicciones las que se imponían. ¿Gobernaba uno entonces guiándose por prejuicios personales? ¿Cómo sabía uno lo que era justo? ¡Madre mía!

-Bueno... me parece que tengo mucho que leer -dijo Ryan tras apagar el cigarrillo.

-Podría ayudarlo, pero es mejor que lo haga usted solo. De lo contrario, podría influenciarlo más de lo que ya he influido. Tenga en cuenta que puedo no ser la persona idónea para hacer esta selección previa. Sin embargo, usted me lo pidió, y lo he hecho lo mejor que he sabido.

-¿Cómo decían antes? Quien hace lo que puede, no está obligado a más, ¿no? -sentenció Ryan mirando el montón de carpetas.

El jefe de la sección de Derechos Civiles del Ministerio de Justicia era un cargo político, nombrado durante la administración Fowler. Anteriormente, trabajó en un bufete y en una asesoría jurídica (ganaba bastante más que en el puesto de profesor universitario que ocupaba antes de su nombramiento). Igual que ocurría con muchos otros cargos públicos, había llegado a identificar su persona si no con su cargo sí con su concepto del mismo. Durante su época en el bufete era de los que tendía a cargar la mano en las minutas de unos pocos para poder defender a quienes tenían pocos medios. Había terminado por vivir de acuerdo a la máxima de Baines Johnson, «ser dialogante con todos y con todos justo». Nunca había perdido su fervor por los derechos civiles, y nunca había defendido a nadie en contra de lo que para él eran principios irrenunciables (aunque, claro está, desde los 60 nadie había militado contra los derechos civiles per se). Era un hombre blanco, cuyas raíces familiares conocidas se remontaban al período anterior a la guerra revolucionaria. Sus frecuentes conferencias sobre derechos civiles le había ganado la admiración de personas con ideas políticas afines a las suyas. De esa admiración procedía su poder. Sin embargo, después de su etapa de ejercicio de la abogacía, de tanto aplicar aquello de que una mano no se enteraba de lo que hacía la otra, ya no sabía dónde tenía la mano derecha, ni dónde la mano izquierda. Los casos en los que había intervenido habían esculpido su personalidad de un modo tan gradual que no habría podido precisar cada uno de los pasos. Se había convertido en el argumento de la obra, por así decirlo.

Y éste era el problema en aquellos momentos. Conocía y admiraba a Patrick Martin. Lo consideraba un talento jurídico menor, que había ascendido en el Ministerio de Justicia sólo a base de su trabajo en los tribunales (ni siquiera había sido fiscal de ningún estado, porque eran cargos políticos que solían elegir los senadores para sus respectivos estados). Era más bien una laboriosa abejita que hacía el verdadero trabajo, mientras su jefe de turno pronunciaba

Librodot

discursos de acuerdo a sus ambiciones políticas. Pero Martin era también un gran estratega jurídico en quien se inspiraban muchos jóvenes fiscales. Sin embargo, sabía poco de política, pensaba el jefe de Derechos Civiles y, por esta razón, no era la persona adecuada para asesorar al presidente Ryan.

Él tenía la lista. Uno de sus colaboradores ayudó a Martin a confeccionarla. Y sus colaboradores eran leales, porque sabían que el verdadero camino para medrar en Washington era entrar y salir como había hecho su jefe, que no tenía más que coger el teléfono para conseguirles trabajo en un importante bufete. De modo que uno de ellos le pasó los informes sobre los jueces, sin borrar sus nombres.

El jefe de la sección de Derechos Civiles no tuvo más que leer los catorce nombres. No necesitaba pedir documentación sobre sus casos. Los conocía a todos. Miembro de uno de los tribunales itinerantes de apelación, revocó en una ocasión una sentencia con un largo escrito que ponía en duda la constitucionalidad de prometer en lugar de jurar, vinculado al concepto de crear convicción (un discurso tan bueno que logró decantar a su favor la votación del Tribunal Supremo, aunque por un apretado 5 a 4).

No era bueno que el Supremo lo integrasen jueces así. Su visión del poder judicial era demasiado estrecha. Delegaban demasiado en el Congreso y en el legislativo de cada uno de los estados. La idea que tenía Pat Martin de la ley difería de la suya. A menudo, polemizaban durante el almuerzo con tanto apasionamiento como buen humor. Martin era un hombre simpático y lo bastante buen polemista como para que fuese difícil apearlo de una opinión, al margen de que tuviese o no razón. Y si bien esto hacía de él un buen fiscal, no había seleccionado a los jueces adecuados. Pero los senadores eran lo bastante tontos como para aprobar su selección, y eso no se podía consentir. Para esta clase de poder había que elegir personas que supiesen cómo ejercerlo de forma correcta.

No tenía alternativa. Metió la lista en un sobre, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y cogió el teléfono para concertar un almuerzo con uno de sus muchos contactos.

30

MEDIÁTICO INFLUJO

Lo emitieron en el telediario de la mañana, sabedores de la enorme influencia de la televisión. Así era como se definía, deformaba y anunciaba la realidad. Un nuevo amanecer. Al telespectador no se le dejaba opción a muchas dudas. Detrás del presentador ondeaba una nueva bandera con dos pequeñas estrellas sobre el verde «campo» del Islam.

El presentador empezó con un versículo del Corán y en seguida pasó a cuestiones políticas. Un nuevo país había nacido. Se llamaba Unión de Repúblicas Islámicas, y la integraban los estados de Irak e Irán. El nuevo Estado se orientaría por los principios islámicos de la paz y de la hermandad. El poder legislativo lo encarnaría un Parlamento electo llamado Majlis. Las elecciones, aseguró el presentador, se celebrarían a finales de aquel año. Hasta entonces, gobernaría un Consejo Revolucionario, integrado por personalidades políticas de ambos países, en número proporcional a su población (lo que equivalía a que Irán tuviese la sartén por el mango. El presentador se abstuvo de decirlo, porque era innecesario).

No había razón, prosiguió el presentador, para que ningún país temiese a la URI. El nuevo Estado proclamaba su buena voluntad hacia todas las naciones islámicas, y hacia aquellas otras que tuviesen relaciones amistosas con los estados integrantes de la nueva república. La contradicción que entrañaba semejante declaración no fue analizada. Las otras naciones del golfo Pérsico, todas ellas islámicas, no habían mantenido precisamente buenas relaciones con Irán ni con Irak. El desmantelamiento de las antiguas fábricas de armamento proseguiría en Irak al mismo ritmo, para no dar pie a la hostilidad de la comunidad internacional. Los prisioneros políticos serían liberados de inmediato...

Librodot

-¿Qué tal, Alí? -saludó Jack Ryan, que, ya entrada la noche, seguía estudiando el historial de cada uno de los jueces de la lista confeccionada por Martin.

El presidente sabía que Alí lo llamaría. En aquellos momentos tenía el recurrente dolor de cabeza que parecía asaltarlo en cuanto entraba en el despacho Oval. Sorprendía que los saudíes hubiesen tardado tanto en autorizar la llamada de su príncipe y ministro sin cartera.

-Estoy frente a la pantalla del monitor -añadió el presidente.

Al pie de la imagen, como en las películas subtituladas, aparecía un diálogo tecleado por los especialistas del CESEN. Era una floreada retórica, pero el contenido estaba claro para todos los presentes. Adler, Vasco y Goodley entraron nada más empezar la transmisión, con lo que liberaron a Ryan de la lectura de los informes, aunque no del dolor de cabeza.

-Todo esto es muy inquietante, aunque no sorprenda -dijo el príncipe a través de la línea codificada.

-No había manera de evitarlo. Imagino cómo se siente, alteza -repuso el presidente en tono cansado. Podía haberse permitido tomar un café, pero quería dormir por lo menos un poco aquella noche.

-Pondremos a nuestras Fuerzas Armadas en estado de alerta.

-¿Quieren que hagamos algo? -preguntó Ryan.

-De momento, nos basta con saber que seguimos contando con su apoyo.

-Así es... Ya se lo dije. Reafirmamos nuestro compromiso para defender la seguridad de su país. Si quieren que hagamos algo para demostrárselo, estamos dispuestos a adoptar cualquier medida que parezca razonable y apropiada. ¿Quieren que...?

-No, señor presidente -lo atajó el príncipe-, no tenemos ninguna petición formal que hacerle.

El príncipe lo dijo en un tono que hizo que Jack dejase de mirar al micrófono y pasase a mirar a sus asesores.

-En tal caso, ¿qué le parece si un equipo de sus colaboradores analizase la situación con los míos?

-Pero debe hacerse con la máxima discreción. Mi gobierno no quiere echar leña al fuego.

-Haremos lo que esté en nuestras manos. Puede empezar por hablar con el almirante Jackson, que es el jefe de la Dirección Operativa de la Jun...

-Sí, señor presidente, tuve ocasión de saludarlo en aquella recepción... Haré que mis colaboradores se pongan en contacto con él hoy mismo.

-De acuerdo. Si me necesita, Alí, no tiene más que llamarme por teléfono.

-Gracias, Jack. Espero que duerma bien. Lo va a necesitar. Todos lo vamos a necesitar.

La comunicación se interrumpió y Ryan pulsó el botón de desconexión para asegurarse.

-¿Qué opinan ustedes?

-Alí quiere que hagamos algo, pero el rey aún no se ha decidido -contestó Adler.

-Intentarán tender puentes con la URI -dijo Vasco-. Su primer impulso será iniciar el diálogo, tantear el terreno por la vía de los contactos comerciales. Los saudíes tomarán la iniciativa. Supondrán que Kuwayt, y los demás Estados menores del golfo Pérsico, les permitirán ser portavoces oficiosos. Sin embargo, no tardaremos en tener noticias de cada uno de ellos por separado, probablemente a través de... terceros.

-¿Qué tal es nuestro embajador en Kuwayt? -preguntó el presidente.

-Es Will Bach -contestó Adler-. Buen elemento. Diplomático de carrera. No rebosa imaginación, pero trabaja mucho. Conoce el idioma y la cultura, y tiene muchos amigos en la familia real. Se mueve muy bien en los asuntos comerciales, y ha sido muy eficaz como intermediario entre nuestros empresarios y el gobierno.

-Además, cuenta con el apoyo de un excelente secretario de embajada -secundó Bert Vasco-. Los agregados son muy buenos; todos pertenecen a los servicios de inteligencia, y son magníficos.

-Bien, Bert -dijo Ryan, que se quitó las gafas y se frotó los ojos-. ¿Cómo ve el panora-

ma?

-Los Estados de la zona sur de la región del Golfo están muy asustados. Temen que sus eternas pesadillas se conviertan en realidad.

Ryan asintió con la cabeza y miró a Goodley.

-Quiero un informe de la CIA sobre las intenciones de la URI, Ben. Llame a Robby y pregúntele cuáles son nuestras opciones. Consulte también con Tony Bretano. Quería ser ministro de Defensa... pues ahora tiene la oportunidad de pensar en el aspecto no administrativo del ministerio.

-En Langley saben poca cosa -advirtió Adler-, y no los culpo. No obstante, ésa es la realidad.

De modo que el informe de la CIA incluiría numerosas opciones (desde el recurso a las armas nucleares -Irán podía tener un arsenal atómico- hasta la Segunda Venida), y tres o cuatro intermedias, todas ellas suficientemente razonadas. Así, como de costumbre, el presidente tendría la oportunidad de equivocarse, y sólo él tendría la culpa.

-Sí, ya lo sé, Scott. A ver si podemos establecer algunos contactos con la URI.

-¿Ofrecerles la rama de olivo?

-Exacto -dijo el presidente-. ¿No está la gente de acuerdo en que van a necesitar tiempo para consolidarse, antes de poder adoptar iniciativas?

-Permítame, señor presidente... -apuntó Vasco.

-Sí, Bert, adelante. Y... por cierto: lo felicito. No acertó usted exactamente en el cuándo, pero ha dado en el blanco en lo que iba a ocurrir.

-Gracias, señor presidente. La consolidación depende de las actitudes de las personas, ¿no?

-Cierto -convino Ryan, ya que consolidar un gobierno requería un tiempo de adaptación de los nuevos cargos al nuevo régimen.

-Verá, señor, aunque sean muchos los iraquíes que tendrán que acostumbrarse al nuevo gobierno, comparemos esa población con la de todos los Estados del golfo Pérsico juntos. La unión constituye un gran salto, tanto por la distancia como por la extensión territorial, pero no en términos de población.

Bert Vasco lo dijo para recordarle que si bien la extensión de Arabia Saudí equivalía a la de los estados de la Unión entre el Mississippi y Massachusetts, su población era inferior a la del área metropolitana de Filadelfia.

-No harán nada de inmediato -objetó Adler.

-Eso depende de lo que entendamos por inmediato, señor ministro.

-Irán tiene demasiados problemas internos -dijo Ben Goodley.

A Vasco le encantaba que el presidente se mostrase beligerante. No pensaba cohibirse al expresar su opinión.

-No subestimemos la dimensión religiosa del problema -advirtió-. Se trata de un factor unificador que podría borrar o, por lo menos, sofocar sus problemas internos. Así lo indican su bandera y el nombre del nuevo Estado. A todo el mundo le gustan los vencedores. Y no cabe duda de que en estos momentos Daryaei aparece como el vencedor. Además, hay que contar con otra cosa.

-¿Sí? -preguntó Adler.

-¿Se han fijado en la bandera? Las dos estrellas son desproporcionadamente pequeñas -comentó Vasco pensativo.

-¿Y bien? -dijo Goodley mientras Ryan volvía a fijar su atención en la pantalla. Allí, detrás del presentador, seguía la bandera...

-Pues que queda espacio para muchas más.

Era el momento que había soñado. Mejor aún, porque ahora los vítores eran reales, y no sólo algo que oyese en su interior.

Mahmoud Haji Daryaei había aterrizado antes de amanecer, y al salir el sol fue a pie a la

Librodot

mezquita principal, se quitó los zapatos y se lavó brazos y antebrazos (había que ir bien limpio para presentarse ante Dios).

Había escuchado con humildad la llamada del muecín desde el minarete.

Aquella mañana los fieles no volverían al lecho para tratar de dormir unas horas más. Quienes vivían cerca de la mezquita acudirían al templo, en un gesto de devoción que emocionó a su ilustre visitante.

Daryaei no ocupó ningún lugar de honor en la mezquita. Se conmovió hasta el punto de saltársele las lágrimas. La primera fase de sus sueños era una realidad, y había cumplido con los deseos de Mahoma, al sentar las bases para la unidad del Islam.

Al salir de la mezquita lo reconocieron. Ante el pánico de los miembros de su escolta, se adentró por las calles y correspondió a los saludos de los bagdadíes que, entre perplejos y extasiados, veían que el antiguo enemigo de su país se paseaba entre ellos como un invitado.

No hubo cámaras que grabasen el acontecimiento. No era un momento que conviniera contaminar con la publicidad, y aunque entrañaba peligro, Daryaei aceptó el riesgo. Su gesto serviría para orientarlo. Lo afirmaría en el poder de su religión, de la renovada fe de aquellas gentes, y le indicaría si su labor contaba o no con las bendiciones de Alá. En el fondo, Daryaei era un hombre humilde cuyos actos no estaban inspirados por su interés personal, sino que pretendían servir a Dios. De no ser así, se decía a menudo, no habría elegido un camino tan lleno de peligros y renuncias.

La gente se apiñaba en las aceras. Personas a quienes nunca había visto se erigían en sus protectores, abriéndole paso entre el gentío, mientras sus viejas piernas avanzaban con lentitud y sus serenos ojos miraban a un lado y a otro. Era consciente de que el peligro podía acechar en cualquier parte. No obstante, no veía más que rostros alegres. Saludaba a la multitud con la beatífica expresión de un abuelo. No sonreía, sino que aceptaba con sereno semblante su amor y su respeto. Con su benevolente mirada parecía prometer grandes cosas; porque había llegado la hora de hacer grandes cosas en nombre de Alá.

-¿Qué clase de hombre es, en definitiva? -preguntó el Galán.

Después de aterrizar en Frankfurt, había cogido un vuelo a Atenas, otro a Beirut y, por fin, un último a Teherán. Sólo conocía a Daryaei por su reputación.

-Sabe lo que es el poder -contestó Badrain mientras oía el clamoreo de la manifestación.

Debían de gritar lemas en favor de la paz, se dijo. La guerra entre Irak e Irán duró casi una década. Incluso llegaron a enviar niños al frente. Los misiles destrozaron ciudades de ambos países. El número de muertos nunca se sabría con exactitud, y pese a los años transcurridos, sólo ahora podía darse por terminado el conflicto. Porque el fin de las hostilidades tenía que ver más con los sentimientos que con lo firmado en un papel. Pudiera ser que se debiese también a la ley de Dios, que era diferente a la ley de los hombres.

También él sintió una euforia semejante en otros tiempos, aunque ahora tenía más experiencia. Esta clase de sentimientos eran armas del gobierno y, como tal, se podían manipular y utilizar. Hasta hacía muy poco, quienes ahora participaban en la manifestación, despotricaban contra la situación, ponían en tela de juicio las dotes de su líder y se irritaban por la falta de libertad (aunque poco pudiesen exteriorizarlo en una sociedad tan rígidamente controlada como aquélla). Ahora, todo aquello se había terminado. No obstante, ¿hasta cuándo duraría la nueva situación? Había que sacarles partido a aquellos momentos.

-Bien -dijo Badrain abstrayéndose del griterío de la multitud-. ¿Qué información tiene?

-La más interesante me la ha proporcionado la televisión. El presidente Ryan se desenvuelve bien, pero tiene dificultades. El gobierno no está aún en condiciones de funcionar con normalidad. La Cámara de los Diputados no está todavía completa. No habrá elecciones para cubrir los escaños vacantes hasta el mes próximo. Ryan goza de bastante popularidad. A los norteamericanos les encantan los sondeos. Llaman por teléfono y hacen preguntas. Consultan a sólo unos miles y, a partir, de ahí deducen que ésa es la opinión de todo el país.

-¿Resultado? -preguntó Badrain.

-Una gran mayoría parece aprobar la gestión del presidente, aunque lo cierto es que su

gestión se reduce a continuar la anterior. Ni siquiera ha elegido todavía a su vicepresidente.

-¿Por qué? -preguntó de nuevo Badrain, que estaba al corriente del hecho, pero quería oír una opinión sobre las razones.

-Yo me pregunto lo mismo -contestó el Galán sonriente-. Debe ser el parlamento en pleno el que apruebe un nombramiento de tal naturaleza, y el parlamento aún no está completo. Además, tienen un problema con el ex vicepresidente, el tal Kealty, que asegura ser él el presidente. Y Ryan aún no lo ha metido en la cárcel. Su sistema jurídico no castiga la traición con eficacia.

-¿Y si pudiésemos matar a Ryan?

-Es muy difícil -contestó el Galán-. Dediqué una tarde a darme una vuelta por Washington. Las medidas de seguridad en la Casa Blanca son muy estrictas. No está abierta a las visitas turísticas. La calle a la que da el edificio está cerrada a la circulación de vehículos y de personas. Me senté en un banco durante una hora aleer y observé. Hay tiradores de elite en todas las azoteas circundantes. Supongo que se podría intentar en alguno de sus viajes oficiales, pero eso requeriría un minucioso plan, y no disponemos del tiempo necesario. De modo que sólo podemos recurrir a...

-Sus hijos -lo atajó Badrain.

«Dios mío... Apenas los veo ya», se lamentó Ryan. Acababa de salir del ascensor acompañado por Jeff Raman, y miró el reloj. Era poco más de medianoche. Mierda... Sólo había podido dedicarles unos minutos, a ellos y a Cathy, durante la cena. Luego, había tenido que volver a bajar al despacho para leer informes y celebrar reuniones, y ahora... ya estaban todos dormidos.

El pasillo de la planta superior solía estar muy solitario. Era demasiado ancho para un verdadero hogar. Había tres agentes a la vista, «montando la guardia», como decían ellos.

Todo estaba en silencio a aquellas horas de la noche. Tenía la impresión de estar en una funeraria de lujo, y no en una casa en la que viviese una familia. No se oían conversaciones, no se veían juguetes en las alfombras, no había vasos vacíos frente al televisor. Demasiado pulcro, demasiado ordenado, demasiado frío. Siempre había alguien merodeando. Raman intercambiaba tranquilizadoras miradas con sus compañeros. Sin novedad, venían a decir.

«Ningún intruso armado al acecho -pensó Ryan-. Maravilloso. »

Los dormitorios estaban demasiado distantes. Jack fue primero al de Katie, abrió la puerta y vio a su hija menor, que acababa de ascender en el escalafón que conducía de la cuna a la cama. Dormía de costado, junto a un peludo osito. No se había quitado las zapatillas. Jack recordaba que Sally hacía lo mismo. Sally... soñaba ya con el día en que pudiese ir de compras sola a Victoria Street. Y el pequeño Jack (que ya protestaba cuando lo llamaban así) estaba emperrado en que le comprasen calzones de boxeador, porque estaba de moda entre los niños de su edad; además, quería llevarlos muy bajos, porque la moda en cuestión era arriesgarse a que se cayesen. Bueno... todavía le quedaba la chiquitina. Jack se acercó a la cama y permaneció cosa de un minuto mirando a Katie. No había nada por el suelo. Toda su ropa para el día siguiente estaba pulcramente colocada en su «galán de noche»; incluso los calcetines blancos, con estampados que representaban animalitos de Disney, estaban doblados junto a los diminutos zapatos de lona. ¿Era ése el modo de vida para una niña? Parecía una película de Shirley Temple, de cuando sus padres eran niños (un cuadro de la alta sociedad que siempre le había hecho preguntarse si existían de verdad personas que viviesen así).

No, la gente de verdad no vivía así. Sólo la realeza y los condenados a la presidencia.

Jack sonrió, meneó la cabeza y salió del dormitorio. El agente Raman cerró la puerta por él. Ni siquiera eso le dejaban hacer al POTUS. A Ryan no le cabía duda de que en algún otro lugar del edificio un panel electrónico conectado a un monitor debía de indicar que habían abierto y cerrado la puerta. Probablemente, tendrían también sensores que indicaban que alguien había entrado en el dormitorio.

Jack fue entonces a la habitación de Sally. Su hija mayor también estaba dormida. Debía

Librodot

de soñar con algún chico de su clase (había un tal Kenny, ¿no?). El suelo del dormitorio del pequeño Jack sí estaba «contaminado» con un libro de cómics. Sin embargo, su camisa estaba planchada y colgada en otro «galán de noche», y alguien le había lustrado los zapatos.

«Otro día a hacer puñetas», pensó el presidente, que se giró hacia su guardaespaldas.

-Buenas noche, Jeff.

-Buenas noches, señor presidente -dijo el agente Raman desde la entrada de la habitación de matrimonio.

Ryan entró en el dormitorio y Raman aguardó a que la puerta se cerrase. Luego dirigió la mirada hacia los compañeros que montaban guardia en el pasillo. Su mano derecha rozó la pistola reglamentaria que llevaba bajo la chaqueta y sonrió para sus adentros, consciente de lo que podía hacer con tanta facilidad. No obstante, debía aguardar a recibir la señal. Sin duda su contacto debía de actuar con suma prudencia, como era su obligación.

Aref Raman tenía guardia aquella noche, y le correspondería supervisar a los demás agentes. Los saludó al llegar al fondo del pasillo, hizo un par de preguntas intrascendentes y fue hacia el ascensor que conducía a la planta baja. A continuación, salió a tomar un poco de aire fresco, estirar las piernas y recorrer con la mirada el perímetro en el que se hallaban los distintos puestos de guardia. Todo estaba tranquilo. Sólo se oían algunos gritos de los sempiternos descontentos que, a título individual, se manifestaban en el parque Lafayette a diario, aunque a aquellas horas de la noche se agrupasen. Fumaban (Raman no sabía qué, pero sospechaba que fuera hachís). También oía los ruidos del tráfico; una sirena a lo lejos, por el este. Sus compañeros seguían en sus puestos, tratando de no distraerse mientras hablaban de baloncesto, de hockey o de la pretemporada de béisbol. Miraban en derredor, pendientes de cualquier peligro que pudiesen acechar entre las sombras de la ciudad. No era por allí por donde tenían que vigilar, pensó Raman, que dio media vuelta y volvió a su puesto.

-¿Es posible secuestrarlos?

-A los dos mayores, no. Es demasiado complicado y difícil. Pero a la pequeña sí, aunque sería tan peligroso como caro -advirtió el Galán.

Badrain asintió con la cabeza. Eso significaba tener que elegir hombres de mucha confianza. A juzgar por lo ocurrido en Irak, era obvio que Daryaei los tenía.

Examinó los diagramas en silencio durante unos minutos mientras su invitado miraba por la ventana. Los manifestantes aún no se habían dispersado y gritaban « ¡Muerte a América! ». La multitud y los agitadores que la enardecían habían ensayado a fondo aquel lema.

-¿Cuál es exactamente la misión, Alí? -preguntó el Galán.

-El objetivo estratégico consiste en evitar que Estados Unidos interfiera en nuestros asuntos -contestó Badrain, consciente de que nuestros significaba ahora lo que Daryaei quisiera que significase.

Se habían contagiado los nueve. Moudi había hecho los análisis personalmente. Es más: los había repetido tres veces, y en todos los casos el resultado había sido positivo. Por razones de seguridad, les administraron calmantes y les aseguraron que se curarían; aunque curarse, ciertamente, no se iban a curar, pero permanecerían en un estado relativamente llevadero, hasta que la enfermedad se manifestase con toda su virulencia. Las pruebas habían demostrado que el virus no se había debilitado tras su paso por la anterior serie de hospedantes. Básicamente, les administraron morfina para tenerlos tranquilos y en estado de estupor.

De modo que, primero Benedict Mkusa; luego, la hermana Jean Baptiste; después, nueve reclusos y ahora otros nueve. Veintidós víctimas, si contaban a la hermana María Magdalena.

Moudi se preguntó si la hermana Jean Baptiste rezaría aún por él en el Paraíso, pero se contestó que no.

El doctor MacGregor repasó sus notas y se dijo que Sohaila, aunque seguía enferma, se había estabilizado. La fiebre había remitido un grado y, a ratos, la niña estaba consciente. En un primer momento, pensó que la pequeña tenía un desarreglo debido al cambio de aguas y de aires, y aunque luego se alarmó al ver que había sangre en sus vómitos y en sus deposiciones,

ahora ya no las había. ¿Intoxicación alimentaria? Ése parecía el diagnóstico más lógico. Aunque hubiese comido lo mismo que el resto de la familia, acaso sólo estaba en mal estado el trozo que le tocó a ella. O quizá se hubiese tragado cualquier porquería, como solía ocurrir con los niños. Era un caso que se presentaba a diario en todos los consultorios del mundo, y muy frecuente en la colonia de occidentales de Jartum. Pero ella era de Irak, igual que su otro paciente, Saleh. Había repetido la prueba de anticuerpos de Saleh y no había duda: el guardaespaldas estaba gravemente enfermo, y si su sistema inmunológico no reaccionaba...

Aunque un tanto alarmado por la similitud de la sintomatología de aquellos dos pacientes, MacGregor no perdía de vista que los niños tenían un sistema inmunológico superior al de los adultos. Todos los padres sabían que cualquier niño podía enfermar y ponerse a 400C de fiebre en cuestión de horas. Esto se debía, simplemente, a que los niños, al crecer, se veían expuestos a todo tipo de afecciones por primera vez. Al primer ataque de un microorganismo, el sistema inmunológico infantil contraatacaba y generaba anticuerpos que, casi siempre y para siempre, derrotaban al enemigo (el sarampión, las paperas, etc.). Ésta era la razón de que un niño ardiese de fiebre un día y estuviese jugando al siguiente, una característica infantil que primero asustaba y luego irritaba a los padres.

Las llamadas enfermedades de la infancia eran, sin embargo, aquellas que se derrotaban en la infancia. Si un adulto contraía cualquiera de estas enfermedades por primera vez, el problema era mucho más serio (las paperas podían producir impotencia, la viruela podía acabar con la vida de un hombre y el sarampión había aniquilado poblaciones enteras). ¿Por qué? Porque pese a su aparente fragilidad, el niño poseía uno de los organismos más fuertes que se conocían. Las vacunas para las enfermedades de la infancia no habían sido concebidas para inmunizar a la mayoría, sino a aquellos pocos que, por la razón que fuere (probablemente genética, aunque la ciencia aún investigaba sobre ello), eran excepcionalmente vulnerables. Incluso la poliomielitis -una devastadora enfermedad neuromuscular- sólo causaba lesiones irreversibles a un pequeño porcentaje de sus víctimas (pero se trataba en su mayoría de niños, y los adultos protegían a los niños con una ferocidad que solía asociarse al mundo animal). Algo lógico, pensaba MacGregor, ya que la mente humana estaba programada para mostrarse especialmente solícita con los niños, razón que explicaba que se pusiera tanto empeño en la investigación de las enfermedades infantiles. ¿A qué conclusión conducía su reflexión?, se preguntaba el médico. Y es que tendía a divagar, a hacer conjeturas, a pasar de una cosa a otra, como quien busca el adecuado libro de consulta en una biblioteca.

Saleh había llegado de Irak.

Sohaila también había llegado de Irak.

Saleh tenía Ébola.

Sohaila tenía síntomas de gripe, de intoxicación alimentaria, o de...

Pero a menudo los síntomas del Ébola se confundían con los de la gripe...

-Dios mío... -musitó MacGregor, que salió de su despacho y fue a la habitación de Sohaila.

De camino cogió una jeringuilla y unos tubos de ensayo. Aunque Sohaila se quejó un poquito, como la mayoría de los niños cuando les ponían una inyección, MacGregor apenas le hizo daño. Tenía buena mano, y a la niña no le dio tiempo ni de empezar a llorar. Y si luego lloraba... pues, bueno, ya la consolaría su madre, que para eso estaba allí velándola.

«¿Por qué no le habré hecho este análisis antes?», se preguntó el joven médico, furioso consigo mismo.

-Oficialmente no están aquí -le dijo el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores al funcionario del Ministerio de Sanidad-. ¿Cuál es exactamente el problema?

-Por lo visto, ha contraído el virus Ébola.

El funcionario de Exteriores puso cara de perplejidad y se inclinó sobre la mesa.

-¿Está usted seguro? -preguntó.

-Completamente -confirmó el médico sudanés-. He visto el resultado del análisis. Lo ha realizado Ian MacGregor, uno de nuestros médicos visitantes británicos.

Librodot

-¿Lo sabe alguien más?

-No -contestó el funcionario de Sanidad-. No hay razón para alarmarse. El paciente está aislado. El personal del hospital sabe lo que hace. Sólo debemos notificarlo a la OMS y...

-¿Está usted seguro de que no existe riesgo de epidemia?

-Ninguno. Tal como le he dicho, el paciente está aislado. El Ébola es una enfermedad peligrosa, pero sabemos cómo combatirla -dijo el médico en tono confiado.

-En tal caso... ¿por qué notificarlo a la OMS?

-Porque en estos casos envían un equipo para supervisar la situación, asesorar sobre las medidas a adoptar, y para velar porque el brote...

-El tal Saleh no ha contraído la enfermedad en Sudán, ¿verdad?

-En absoluto. Si tuviésemos aquí este problema, lo habría sabido yo de inmediato -aseguró el médico.

-De manera que no hay peligro de que la enfermedad se propague. El paciente llegó aquí enfermo y, por lo tanto, nuestra población no corre ningún riesgo. ¿No es así?

-En efecto.

-Ya -dijo el funcionario de Exteriores volviendo a mirar por la ventana. La presencia de militares iraquíes en Sudán seguía siendo un secreto, y así le convenía al país que siguiera. Y guardar un secreto significaba no revelarlo a nadie-. No va a notificar usted nada a la OMS. Si trascendiese la presencia de este iraquí en nuestro territorio, tendríamos complicaciones diplomáticas.

-Esto podría ser un problema, porque el doctor MacGregor es joven e idealista y...

-Explíqueselo. Si pone reparos, me encargaré de que hablen con él otras personas -dijo el funcionario enarcando las cejas.

-Como usted prefiera.

-¿Cree que el tal Saleh se curará?

-Probablemente no. La tasa de mortalidad de esta enfermedad es del ochenta por ciento, y sus síntomas se agravan con rapidez.

-¿Tiene idea de cómo pudo haber contraído la enfermedad?

-No. Niega haber estado antes en África, aunque estos personajes no siempre dicen la verdad. Trataré de aclararlo con él.

-Es lo más conveniente.

«EL PRESIDENTE PIENSA EN JUECES CONSERVADORES PARA EL TRIBUNAL SUPREMO», decía el titular.

El personal de la Casa Blanca nunca dormía. Sólo al POTUS se le concedía de vez en cuando tal privilegio. Llegaban continuamente copias de diversos documentos, mientras el resto de la ciudad dormía. El personal cogía una de las copias y la examinaba, por si contenía datos de interés inmediato para el gobierno. Se hacían recortes, se pegaban en folios y se fotocopiaban para el Early Bird, una publicación informal que permitía al poder saber qué ocurría... o por lo menos lo que la prensa creía que ocurría (que podía ser verdad, mentira o una verdad a medias).

-Tenemos una importante filtración -dijo un miembro de la Secretaría de la Presidencia mientras recortaba una noticia del Washington Post.

-Así parece. Y también parece que ha trascendido -dijo una compañera mientras pegaba un recorte del Times.

«Un documento de régimen interior del Ministerio de Justicia incluye una lista de jueces, examinados por la administración Ryan, como candidatos para cubrir las nueve vacantes del Tribunal Supremo.

»Todos los juristas incluidos en la lista son magistrados con experiencia en tribunales de apelación. En la lista domina el talante conservador. Ni uno solo de los jueces figuró en listas de candidatos de los presidentes Fowler y Durling.

»Por lo general, tales candidaturas se someten primero a una comisión del Colegio de

Abogados, pero en este caso la lista ha sido confeccionada desde arriba, por funcionarios del Ministerio de Justicia, supervisados por Patrick J. Martin, fiscal y jefe de la Sección de lo Penal. »

-A la prensa no le gusta esto.

-¿Crees que es malo? Lee bien este editorial. Bien poco han tardado en reaccionar.

Nunca habían trabajado tan a fondo como en esta ocasión. La misión los obligaba a jornadas de dieciséis horas, a no beber demasiada cerveza por las noches, a comer de cualquier manera y a no tener más entretenimiento que la radio. La ponían muy alta, porque estaban fundiendo plomo. El soplete era similar al que utilizaban los fontaneros y el recipiente que contenía el pesado metal era como un caldero de colada en miniatura. Una vez fundido, vertían el plomo en moldes de proyectiles con la ayuda de un cacillo (tenían diez moldes, con cuatro cavidades cada uno). Los proyectiles eran del calibre 58, no muy distintos a los rifles de avancarga que los aventureros introdujeron en el Oeste en los años 20 del siglo XIX. Estos rifles los habían comprado los Mountain Men a partir de un catálogo de venta por correo.

De momento, las cosas iban bien, pensaba Ernie, sobre todo por lo que a la seguridad se refería. Los fertilizantes no eran sustancias sometidas a control oficial. Y lo mismo ocurría con el gasóleo, y con el plomo.

Con todo, se veían obligados a realizar un penoso trabajo propio de peones. Pero tal como Pete había comentado, el legendario Jim Bridger no llegó al Oeste en helicóptero. Culminó su larga marcha a caballo, sin más que un par de alforjas, recorriendo probablemente unos treinta kilómetros diarios. Luego, tendería sus trampas con primor para cazar sus castores uno a uno, haciéndolo todo con mucho esfuerzo, en solitario, topándose de vez en cuando con alguno como él y cambiando sus castores por licor o tabaco. De modo que lo que hacían estaba dentro de la tradición de los de su estirpe. Y esto era importante.

El trabajo avanzaba de acuerdo al calendario previsto. Pete era quien se encargaba en aquellos momentos de llenar los moldes con el cacillo. Desde que llenaba el primer molde de cuatro hasta que hacía lo mismo con el último, el primero tenía tiempo de solidificarse lo bastante como para que, al sumergirlo en agua, los proyectiles estuviesen ya totalmente formados y duros. Entonces los echaban en un bidón de petróleo vacío y volvían a colocar los moldes en sus receptáculos. Ernie se encargaba de recoger el plomo derramado y de volver a echarlo en el calderillo de colada, para no desperdiciar nada.

Lo único difícil fue hacerse con la hormigonera. Pero en los periódicos de la región vieron anunciada la subasta del equipo de un contratista de obras que dejaba el negocio, y por sólo 21000 dólares compraron un vehículo que no tenía más de tres años con un remolque Mack incluido. Sólo tenía 117 000 km y estaba lo bastante bien como para no precisar de una rectificación del motor.

Naturalmente lo trajeron a la finca de noche. Lo tenían aparcado en el establo, y aprovechaban los faros para alumbrarse.

El trabajo era penoso y repetitivo, pero incluso esto los ayudaba. Tenían colgado de la pared un plano del centro de Washington y, mientras Ernie removía el plomo como si de un guiso se tratase, Pete se daba la vuelta para mirarlo, impaciente ya con el panorama que imaginaba. Conocía de memoria la distancia que había entre todos los puntos clave, porque la distancia era un factor determinante. Los del Servicio Secreto se creían muy listos. Habían cerrado Pennsylvania Avenue a la circulación para evitar atentados en la casa del presidente. Sin embargo, no eran tan listos como se creían, ya que se les había escapado un pequeño detalle.

-Pero... es mi obligación -protestó MacGregor-. Debemos...

-Pues no lo va a notificar usted -lo conminó el funcionario del Ministerio de Sanidad-. No es necesario. El «enfermo Cero» trajo la enfermedad consigo. Usted ha ordenado las pertinentes medidas para evitar la propagación, y el personal las aplica perfectamente, pues los ha preparado muy bien, lan -añadió para calmar un poco al fogoso médico-. Sería muy perjudicial para mi país que trascendiese algo así. Lo he hablado con el ministro de Asuntos Exte-

Librodot

riores y... no vamos a notificarlo. ¿Está claro?

-Pero...

-Si persiste usted en su actitud, tendremos que pedirle que abandone el país.

MacGregor enrojeció de ira. Tenía la piel muy blanca, propia de los europeos del norte. En cuanto se sulfuraba, su cara dejaba traslucir su estado emocional. Tenía claro que aquel cabrón no tenía más que coger el teléfono para que se le presentase allí un policía (así los llamaban en el país, aunque nada tuviesen que ver con los civilizados y amables agentes que estaba acostumbrado a tratar en Edimburgo), o que fuese a su casa para decirle que hiciera las maletas y marchase de inmediato al aeropuerto. Ya le había ocurrido eso a un londinense que se insolentó con un funcionario acerca de los peligros del sida.

MacGregor se decía que, si abandonaba el país, abandonaba también a sus pacientes. Y por ahí lo tenían cogido. Era su punto flaco, como el funcionario sabía perfectamente. Era un médico joven y abnegado, y no le sería fácil resignarse a dejarlos en manos de otro, en un lugar en el que los pocos médicos competentes que había no daban abasto a cuidar a tantos pacientes.

-¿Cómo se encuentra Saleh?

-Lo más probable es que muera.

-Lamentable, pero nada podemos hacer, ¿verdad? ¿Existe algún indicio de cómo contrajo la enfermedad?

-No. ¡Y ése es precisamente el problema! -estalló el joven médico.

-Hablaré con él.

«No sé cómo. Es incapaz de acercársele a menos de tres metros», se dijo MacGregor.

El análisis de anticuerpos de Sohaila también había dado positivo. Sin embargo, la pequeña se recuperaba. La fiebre le había bajado otras cinco décimas. Su hemorragia gastrointestinal había cesado. MacGregor repitió varias pruebas y realizó otras nuevas. La función hepática de la paciente era casi normal. Estaba seguro de que sobreviviría. Le habían contagiado el Ébola, pero su organismo lo había vencido. No obstante no saber la vía de contagio, no podía hacer más que conjeturas acerca de la razón de su recuperación. Pese a lo formidables que eran las defensas del sistema inmunológico de un niño, no lo eran mucho más que las de un adulto sano, y Saleh no parecía tener problemas de salud subyacentes. Pero estaba claro que, mientras que él parecía condenado a una muerte segura, la niña iba a sobrevivir. ¿Por qué?

¿Qué distintos factores concurrían en cada uno de ambos casos? No había brote de Ébola en Irak. Pero Irak tenía un programa de guerra biológica, ¿no? ¿Y si habían tenido un brote y lo silenciaban? No, no creía que fuera así. El gobierno de aquel país estaba en plena efervescencia, eso decían los telediarios. En tales circunstancias, era muy difícil que no trascendiesen secretos de tal naturaleza. Habría cundido el pánico.

MacGregor era médico, no detective. Los médicos con aptitudes para ambos menesteres eran los que pertenecían a la OMS, al Instituto Pasteur de París y al Centro de Control de Enfermedades Infecciosas de EE. UU. A lo mejor no eran más inteligentes que él, pero sí que tenían mayor experiencia y preparación específica en aquella clase de problemas.

Sohaila. Tenía que seguir velando por ella, hacerle continuos análisis de sangre. ¿Podían contagiar a otros? MacGregor tenía que documentarse sobre el particular. De lo único que estaba seguro era de que un sistema inmunológico vencía y el otro claudicaba. Si quería sacar algo en claro debía seguir al minuto la evolución de ambos casos. Quizá después pudiera notificarlo, pero de momento debía permanecer allí si quería conseguir algo. Además, antes de decírselo a nadie, había enviado muestras de sangre al Instituto Pasteur y al Centro de Control de Enfermedades Infecciosas. Pero aquel cejijunto burócrata no lo sabía, y las llamadas telefónicas, si es que se producían, llegarían a su hospital y directa

mente a MacGregor. De modo que sí que podría notificarlo, aunque fuese medio en clave. Podía insinuarles que existía un problema político; incluso hacer algunas preguntas y re-

Librodot

servarse otras. Tendría que resignarse... de momento.

-Como usted quiera, doctor -le dijo MacGregor al funcionario-. Confío en que adoptará las medidas pertinentes.

31

AL PAIRO

Había llegado la hora de la verdad. Nada más desayunar, el presidente tuvo que someterse a la tortura del maquillaje y de la laca.

-Por lo menos, podríamos pedir un sillón de peluquería de reglamento -dijo Jack mientras la señora Abbot hacía su trabajo.

Hasta el día anterior no se enteró Jack de que el peluquero presidencial acudía al despacho Oval, y que se aplicaba a su trabajo en el sillón giratorio de su mesa. A los agentes del Servicio Secreto debían de ponérseles los pelos de punta, pensó, al ver que un especialista del corte esgrimía tijeras y navaja barbera a dos centímetros de la yugular de su protegido.

-Bueno, Arnie, ¿qué hago con el señor Donner?

-Por lo pronto, podrá preguntarle lo que quiera. Y esto significa que deberá usted pensar en cuáles pueden ser las preguntas y preparar bien las respuestas.

-Estoy en ello, Arnie -repuso Ryan enarcando las cejas.

-Subraye el hecho de que es usted un ciudadano y no un político. Puede que a Donner eso le tenga sin cuidado, pero no a los telespectadores -le dijo Van Damm-. Le apretará las clavijas acerca de lo del Tribunal Supremo.

-¿Quién ha filtrado esa información? -preguntó Ryan enojado. -No lo sabremos nunca. Y si tratásemos de indagar, lo haríamos aparecer a usted como a un Nixon.

-¿Por qué será que, haga yo lo que haga, siempre hay alguien que...? -se quejó Ryan, que suspiró al ver que Mary Abbot había terminado su trabajo-. Lo comenté con George Winston, ¿verdad?

-Está usted en rodaje, señor. Si ayuda a una ancianita a cruzar la calle, saldrá alguna feminista diciendo que eso es condescendencia. Si no la ayuda, la Asociación de Atención a la Tercera Edad dirá que es usted insensible a las necesidades de los ancianos. Y así con todo. Y con todos los grupos que abogan por distintos intereses. Todos ellos tienen sus prioridades, Jack, que son para ellos mucho más importantes que usted. El secreto está en molestar al menor número posible de personas. Hágase a la idea de que críticas las tendrá siempre. Pretender no molestar a nadie conduce invariablemente a molestar a todo el mundo.

-Lo capto, lo capto. Muy profundo -ironizó Ryan-. Sólo he de decir algo para cabrear a todo el mundo para que todos me adoren.

Arnie no estaba para cachondeo.

-Y cada vez que quiera hacer una gracia cabreará a alguien. ¿Por qué? Pues porque las humoradas siempre son crueles para alguien, y hay que contar con las personas que no tienen sentido del humor, que las hay.

-En otras palabras, que he de contar con los que arden en deseos de poder despotricar contra algo; y también que, para algunos, yo soy quien tiene todos los números para ser blanco de sus iras.

-Ya veo que aprende usted de prisa -dijo el jefe de Estado Mayor sonriente, aunque la procesión fuese por dentro, ya que aquella entrevista lo preocupaba.

-Tenemos unidades de apoyo naval en la isla de Diego García -dijo Jackson tocando el mapa con el puntero.

-¿Qué potencial? -preguntó Bretano.

-Hemos reorganizado la TOE.

Librodot

-¿Y eso qué es? -preguntó el ministro de Defensa.

-Tabla de Organización y Equipamiento -contestó el general Michael Moore, jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra, que mandó una brigada de la 1ª. División Acorazada en la guerra del Golfo-. Podemos disponer sólo de una brigada, pero una brigada pesada, junto a todo el avituallamiento necesario para un mes de operaciones de combate. Además, tenemos otras unidades en Arabia Saudí. El equipo es casi nuevo: tanques M1A2, Bradleys y MLRS. Las nuevas plataformas para emplazamientos artilleros nos las enviarán dentro de tres meses. Los saudíes han contribuido a la financiación. Parte de los pertrechos son prácticamente de su propiedad, aunque oficialmente figuren como equipamiento de reserva para su propio Ejército. Pero nosotros nos ocupamos del mantenimiento. Todo lo que tenemos que hacer es enviar personal adicional.

-¿Qué se enviaría primero, si pidieran ayuda?

-Eso depende -contestó Jackson-. Probablemente, un regimiento acorazado. En caso de emergencia, aerotransportaríamos tropas del 10.0 Regimiento Acorazado desde el Néguev. Tardaríamos sólo un día. Y si sólo se tratase de «maniobras», se podría enviar el 3.° Acorazado de Texas y el 2.° de Louisiana.

-Un regimiento acorazado, señor ministro, es una formación del tamaño de una brigada, muy equilibrada. Tiene gran potencia de fuego y poco lastre. Cualquiera lo pensaría dos veces antes de atacarla -explicó Mickey Moore-. Sin embargo, antes de poder desplegarse para una larga campaña, necesitan un batallón de apoyo en combate... suministros y tropas de mantenimiento.

-Aún tenemos un portaaviones en el índico. En estos momentos, se encuentra en Diego García con el resto del grupo de combate, para que la tropa pueda disfrutar de unos días de permiso en tierra -dijo Jackson, consciente de que era mucha tropa para un atolón tan pequeño. Pero algo era algo. Por lo menos, los marineros podrían tomarse un par de cervezas, estirar las piernas y jugar a la pelota en la playa-. También tenemos un ala de F-16 o, más exactamente, casi un ala (también en el desierto del Néguev, como parte de nuestro compromiso con la defensa del Estado de Israel). Estas fuerzas y el 10.° de Blindados son formidables. Su misión permanente consiste en adiestrar a unidades de ejércitos aliados, así como aquellos contingentes propios de intervención en el exterior. Esto las tiene siempre a punto.

-A la tropa le encanta la instrucción, señor ministro. Prefiere eso a permanecer ociosa -le aseguró el general Moore.

-Me parece que tendría que darme una vuelta para ver todo eso sobre el terreno -dijo Bretano-. En cuanto solucione lo del presupuesto... o, cuando menos, empiece a solucionarlo. No parece que andemos muy sobrados.

-Cierto, señor -convino Jackson-. No basta para una guerra, desde luego. Pero probablemente sí para evitarla.

-¿Habrá otra guerra en el golfo Pérsico? -preguntó Tom Donner.

-No veo razón para que la haya -contestó el presidente.

Lo más difícil para Jack Ryan era controlar el tono de voz. La respuesta era cautelosa, pero tenía que sonar firme y tranquilizadora. Era, en realidad, una de las múltiples variedades de la mentira. Decir la verdad podía confundir. Churchill lo dijo en una ocasión: «En tiempo de guerra, la verdad es algo tan precioso que necesita una escolta de mentiras.»

Pero ¿y en tiempo de paz?

-Nuestras relaciones con Irán e Irak no han sido precisamente muy buenas...

-Lo pasado, pasado está, Tom. Nadie puede cambiarlo, pero puede aleccionarnos. No hay ninguna razón de peso que justifique la animosidad entre Estados Unidos y los países de la región. ¿Por qué habríamos de ser enemigos?

-O sea, ¿que entraremos en conversaciones con la Unión de Repúblicas Islámicas? -preguntó Donner.

-A conversar, estamos dispuestos siempre, con todo el mundo, especialmente si es para fomentar relaciones amistosas. El golfo Pérsico es una región de gran importancia para todo el

mundo. Y a todo el mundo interesa que en esa región reinen la paz y la estabilidad. Ya ha habido suficiente guerra. Irán e Irak estuvieron en guerra durante... ¿cuánto? Ocho años, con enormes pérdidas de vidas humanas. Ahora, nos encontramos ante el nacimiento de un nuevo Estado que tiene una ardua tarea por delante. Por suerte, dispone de recursos para sacar a la población de la precariedad en que vive. Les deseamos lo mejor. Y si podemos ayudarlos, lo haremos. América siempre ha estado dispuesta a tender una mano amiga.

Se hizo una pausa, probablemente pensada para intercalar publicidad. La entrevista la emitirían a las nueve de la noche. Donner le cedió entonces la palabra a su colega John Plumber, que haría la siguiente tanda de preguntas.

-¿Le gusta ser presidente?

-No dejo de repetirme que no he sido elegido sino sentenciado -contestó Ryan sonriente-. ¿Honestamente? Son muchas horas de trabajo intenso, más de lo que yo creía. Pero he tenido mucha suerte. Arnie Van Damm es un genio de la organización. Y el personal de mi secretaría, y de la Casa Blanca en general, es formidable. He recibido miles de cartas de apoyo de personas ajenas al mundo político. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para darles las gracias y decirles que su aliento infunde fortaleza.

-Señor Ryan, ¿cuántas cosas intentará usted cambiar? -preguntó Plumber.

-Verá, John -contestó el presidente-, eso depende de lo que entienda usted por «cambiar». Mi principal tarea consiste en hacer que el gobierno funcione. De modo que no me propongo «cambiar» sino «restablecer». Aún no tenemos el Congreso completo. No lo estará hasta que no lo esté la Cámara de los Diputados y, por lo tanto, no puede presentar los presupuestos. He intentado elegir a personas competentes para los ministerios clave.

-Su ministro de Hacienda, George Winston, ha sido criticado por su intención de reformar radicalmente el Código Fiscal -dijo Plumber.

-Todo lo que puedo decirle es que el ministro Winston cuenta con toda mi confianza. El sistema tributario es absurdamente complicado, y entraña una básica injusticia. Lo que él pretende hacer no afectará a la fiscalidad. Si el Estado ve aumentados sus ingresos será por ahorrar en el aparato burocrático.

-Pero ha habido muchas críticas respecto de la naturaleza regresiva de...

-Un momento -lo atajó Ryan-. Uno de los problemas del mundillo político, John, es la adulteración del lenguaje que se utiliza. Que todo el mundo pague igual no tiene nada de regresivo. Porque regresivo se dice de aquello que vuelve hacia atrás; lo que, en este campo, equivale a hacer que los pobres paguen más que los ricos. Y no es eso lo que vamos a hacer. De modo que si utilizan ustedes esa palabra incorrectamente, equivocan a la gente.

-Pero así es como la gente ha llamado al sistema tributario durante años -replicó Plumber.

-Eso no significa que sea justo considerarlo así -replicó Jack-. En cualquier caso, como vengo repitiendo, yo no soy un político, John. Sólo sé decir lo que pienso. Cobrarle a todos el mismo porcentaje se corresponde con la definición que da el diccionario de equitativo. ¡Vamos, John...! Saben ustedes muy bien de qué va. Usted y Tom ganan muchísimo dinero (bastante más que yo), y su abogado y su contable se ocupan de todo. Apuesto a que tiene usted inversiones pensadas para desgravar. ¿Qué ha hecho posible tales argucias legales? Muy fácil: los asesores jurídicos de las grandes empresas convencieron al Congreso para que modificase ligeramente la ley. ¿Por qué? Porque los ricos les pagan para que lo hagan. ¿Y qué ocurre? Que el sistema, supuestamente «progresivo», resulta manipulado de tal modo que la escala de porcentaje creciente no se aplica realmente. Sus abogados y sus contables les enseñan a combatir el sistema, y consiguen vencerlo a cambio de unos honorarios, claro está. De modo que esa escala creciente es una patraña, ¿no creen? Y los políticos son conscientes de ello cuando aprueban las leyes. ¿Sabe a qué conduce esto, John? A ninguna parte. No conduce a nada. Es todo una especie de gigantesco «Monopoly». Sólo un juego que no sirve más que para perder el tiempo, desorientar, y para que gane dinero mucha gente que trabaja para burlar el sistema. ¿Y de dónde sale ese dinero? De los ciudadanos, de la gente que paga por todo. De modo que

Librodot

lo que pretende George Winston es reformar el sistema tributario (y estoy de acuerdo con él en esto). ¿Y qué ocurre? Que quienes hacen el juego, y burlan el sistema, utilizan las mismas palabras tergiversadoras para que parezca que queremos hacer algo injusto. Los «iniciados» en este juego constituyen el grupo de presión más peligroso y pernicioso que existe.

-Y no le gustan a usted -dijo John sonriente.

-En todos los trabajos que he realizado: agente de Bolsa, profesor de historia, y en todos los demás, he tenido que ir con la verdad por delante. Y no voy a dejar de hacerlo ahora. Quizá haya cosas que necesitemos cambiar, y les diré una de ellas: tarde o temprano, los padres de América les dicen a sus hijos que la política es un asunto sucio, turbio e indeseable. Seguro que su padre se lo dijo a usted. A mí me lo decía el mío... y nosotros lo aceptábamos como si fuese algo lógico, como si fuese algo normal, acertado y adecuado. Pero no lo es, John. Durante años hemos aceptado el hecho de que la política... aunque, un momento, definamos los términos: el sistema político es aquel que utilizamos para gobernar el país, aprobar las leyes que debemos respetar y recaudar impuestos. Son cosas importantes, ¿no? Pero al mismo tiempo aceptamos que integren ese sistema político personas a las que nunca invitaríamos a cenar en casa, ni les dejaríamos hacer de «canguros» de nuestros hijos. ¿No le suena esto un pelín extraño, John? Permitimos que integren el sistema personas que distorsionan los hechos... por sistema, que complican las leyes para complacer a las grandes fortunas que alimentan sus campañas con sus aportaciones. Algunas de estas personas se dedican, lisa y llanamente, a mentir. Y nosotros lo toleramos. Ustedes lo toleran en los medios de comunicación. No tolerarían ustedes este comportamiento en su profesión, ¿verdad que no? Ni en la medicina. Ni en la ciencia. Ni en las relaciones comerciales. Ni en la aplicación de la ley. Hay algo aquí que no funciona -prosiguió el presidente, que se inclinó hacia adelante y, por primera vez desde el comienzo de la entrevista, adoptó un tono apasionado-. Es de nuestro país de lo que estamos hablando. El comportamiento exigible a nuestros representantes no debe, en ningún caso, ser éticamente inferior al de otras profesiones. Debería ser superior. Deberíamos exigir inteligencia e integridad. No estoy afiliado a ningún partido. No tengo más prioridad que hacer que las cosas vayan mejor para todos. Presté un juramento en este sentido, y no soy de los que juran en vano. Y bien... he aprendido que estas cosas molestan a la gente, y lo lamento, pero no pienso abdicar de lo que creo para contentar a todos y cada uno de los grupos de presión, con su correspondiente equipo de asesores a la cabeza.

Plumber no exteriorizó su complacencia por la diatriba. Y optó por pasar a otro tema.

-Bien, señor presidente. Empecemos por los derechos civiles. ¿Qué puede decirme?

-Discriminar a las personas por su aspecto, por su acento, por sus creencias religiosas o por el país de sus antepasados es anticonstitucional e infringe las leyes de este país. La Constitución nos hace iguales ante la ley, tanto si la acatamos como si la infringimos. Si la quebrantamos, tendremos que vérnoslas con el Ministerio de Justicia.

-¿No es esto idealismo?

-¿Y qué hay de malo en el idealismo? -replicó el presidente-. Tampoco viene mal un poco de realismo de vez en cuando, ¿no cree? En lugar de tener a mucha gente cavilando para conseguir ventajas para sí mismas, o para cualquier grupo que representen, ¿por qué no colaborar todos en beneficio de todos? ¿No somos todos americanos, antes que nada? ¿Por qué no nos esforzamos un poco más en colaborar y en buscar soluciones razonables a los problemas? Este país no se creó para que cada grupo esté permanentemente al acecho de los demás.

-Pero algunos aducirán que ese acecho sirve para fiscalizar, para conseguir que todos consigan su parte equitativa -observó Plumber.

-Sí, y... de paso, corrompemos el sistema político.

Tuvieron que hacer otra pausa, en esta ocasión para que los cámaras cambiasen la cinta. Jack dirigió una anhelante mirada hacia la secretaría, pensando en lo bien que le vendría ahora un cigarrillo.

-Las cámaras están desconectadas -dijo Tom Donner recostándose un poco en su sillón-. ¿De verdad cree poder llevar adelante algo de todo eso?

-¿Qué sentido tendría no intentarlo? -contestó Jack-. La administración del Estado deja mucho que desear. Todos lo sabemos. Si no hacemos nada, no hará más que empeorar.

Donner casi se sintió solidario con Ryan en aquel punto. La sinceridad del nuevo presidente era manifiesta. Daba la sensación de que las palabras le brotasen del corazón más que de la boca. Pero... no era por ahí. No es que Ryan fuese un personaje negativo, sino simplemente que no estaba en su terreno, como decían todos. Kealty tenía razón, y como la tenía, Donner debía cumplir con su deber.

-Listos -anunció el productor.

-Vayamos a lo del Tribunal Supremo -dijo Donner relevando a su colega para la nueva tanda de preguntas-. Ha trascendido que estudia usted una lista de magistrados para someterla a la aprobación del Senado.

-En efecto -confirmó Ryan.

-¿Qué puede decirnos acerca de esos jueces?

-Di instrucciones al Ministerio de Justicia para que me enviase una lista de experimentados miembros de tribunales de apelación. Y así lo han hecho. Estoy estudiando la lista.

-¿Qué clase de jueces busca? -preguntó Donner.

-Buenos jueces. El Tribunal Supremo de la nación es el principal custodio de la Constitución. Necesitamos personas que entiendan esa responsabilidad y que interpreten las leyes con honestidad.

-¿Estrictos formalistas?

-Mire, Tom, la Constitución dice que el Congreso legisla, el ejecutivo aplica las leyes y el judicial las interpreta y explica. A eso se le llama equilibrio de poderes.

-Pero históricamente el Tribunal Supremo ha sido un importante motor de los cambios en nuestro país -dijo Donner.

-Y no todos esos cambios han sido buenos. Dred Scott empezó la guerra civil. La jurisprudencia que sentó la sentencia del caso Plessy-Ferguson fue una desgracia que hizo retroceder setenta años a nuestro país. Pero, por favor, tenga en cuenta que en materia de leyes soy lego...

-Bueno. Pero para eso se consulta al Colegio de Abogados. ¿Someterá la lista a su aprobación?

-No -contestó Ryan-. En primer lugar, porque los jueces de la lista ya superaron ésa prueba para estar donde están. En segundo lugar, porque el Colegio de Abogados es también un grupo de presión, ¿no? Nada que objetar. Tiene derecho a velar por los intereses de sus miembros. Sin embargo, el Tribunal Supremo es un organismo del Estado que decide sobre las leyes para todos; y el Colegio de Abogados es una organización de personas que utilizan la ley como medio de vida. ¿No cree que existe conflicto de intereses, si el grupo que utiliza la ley selecciona a las personas que definen la ley? Así se consideraría en cualquier otro campo.

-No todo el mundo lo verá de este modo.

-Cierto. Y el Colegio de Abogados tiene unas importantes oficinas en Washington, y está plagado de asesores jurídicos que trabajan para las grandes empresas. Mire, Tom, mi labor no consiste en servir a los intereses de los grupos de presión, sino en preservar, proteger y defender la Constitución. Y para que me ayuden en esta tarea he de elegir a quienes piensen como yo.

-Tu turno, John -le pasó el testigo Donner.

-Usted estuvo muchos años en la CIA -dijo Plumber.

-En efecto.

-¿Cuál era su trabajo?

-Básicamente, trabajaba en la dirección de inteligencia. Analizaba la información que llegaba de diversas fuentes; trataba de interpretar su significado para luego pasársela a otros. Ascendí a jefe de la Dirección de Inteligencia. Después, durante la administración Fowler, me nombraron subdirector, y posteriormente, como saben ustedes, consejero de Seguridad Nacional del presidente Durling.

Librodot

-¿Cumplió con misiones especiales durante ese tiempo, sobre el terreno? -preguntó Plumber.

-Asesoré al equipo que negoció los acuerdos sobre control de armamento y asistí a muchas conferencias -contestó el presidente.

-Según ciertos informes, señor Ryan, hizo usted bastante más que eso. Estos informes aseguran que participó usted en operaciones que desembocaron en la muerte de... en fin, en la muerte de ciudadanos soviéticos.

-Verá, John -contestó Jack, tras titubear unos instantes-, todos los gobiernos de nuestro país se han regido por el principio de no comentar nunca las operaciones de inteligencia. Y no voy a modificar ese principio.

-El pueblo americano tiene el derecho y la necesidad de saber qué clase de hombre se sienta en este despacho -insistió Plumber.

-Esta administración no comentará nunca operaciones de inteligencia. En cuanto a qué clase de hombre pueda ser yo, eso sí es materia de esta entrevista. Nuestro país debe guardar algunos secretos. Igual que usted -dijo Ryan mirando al comentarista con fijeza-. Si revela sus fuentes de información, ha de abandonar la profesión. Si América hiciese lo mismo, muchas personas saldrían perjudicadas.

-Pero...

-No hay más que hablar sobre el particular. Nuestros servicios de inteligencia actúan bajo la supervisión del Congreso. Yo siempre he apoyado esa ley y seguiré apoyándola. Y repito: no hay más que hablar sobre este asunto.

Los dos periodistas se miraron visiblemente contrariados. Pero Ryan pensó que aquella parte de la cinta la cortarían. No aparecería en lo que emitiesen por la noche.

Badrain necesitaba seleccionar treinta personas, y aunque por el número en sí no era especialmente difícil (ni tampoco por la dedicación exigida), sí que lo era que tales personas fuesen, además, inteligentes. Tenía contactos. Si de algo había excedentes en Oriente Medio era de terroristas, de hombres como él, aunque algo más jóvenes, que habían dedicado sus vidas a la Causa, sólo para verla languidecer ante sus ojos, algo que no hacía más que agudizar su rabia y su dedicación. Bien pensado, con veinte que fuesen inteligentes le bastaba. Todos tenían que cumplir órdenes. Todos debían estar dispuestos a morir o, por lo menos, a jugarse la vida. Tampoco esto constituía un problema. En Hezbollah quedaba una buena reserva de efectivos, dispuestos a realizar atentados suicidas. Y los había también en otras organizaciones.

Era parte de la tradición de la zona con la que probablemente Mahoma no hubiese estado del todo de acuerdo, pero Badrain no era muy religioso y, además, era un profesional del terrorismo.

A lo largo de la Historia, los soldados árabes no habían destacado por. su eficiencia. Comoquiera que durante siglos habían sido un conglomerado de tribus nómadas, sus tácticas militares se habían basado más en la incursión y la guerrilla que en batallas convencionales, que eran, en realidad, un invento de los griegos que pasó a los romanos y de éstos a las naciones occidentales. Históricamente, una sola persona iba por delante al sacrificio (en la tradición vikinga a esta persona la llamaban berzerker, y en Japón habían integrado un cuerpo especial de ataque llamado kamikaze) en el campo de batalla, para blandir su espada gloriosamente y eliminar a cuantos enemigos pudiese, que serían sus servidores en el Paraíso. Esto era especialmente cierto en la yihad o Guerra Santa, cuyo objetivo era servir a los intereses del Islam. A la larga, esto había conducido a que el Islam, como cualquier otra religión, fuese vulnerable a la corrupción de los creyentes. Por lo pronto, significaba que Badrain iba a poder disponer de una serie de personas que cumplirían con las órdenes que les diesen; unas órdenes que procederían de Daryaei, que les transmitiría que aquello era en realidad un servicio a la yihad y, por lo tanto, clave para su glorioso tránsito al Más Allá.

En cuanto la lista obró en su poder, Badrain hizo tres llamadas telefónicas que, como

siempre, pasaban por varios enlaces codificados. Y al igual que en Líbano y en otros lugares, los elegidos empezaron a preparar su desplazamiento.

-Bueno, ¿qué tal he jugado, mister? -preguntó Jack sonriente.

-Se ha visto en más de un aprieto, pero creo que ha hecho un buen... partido -contestó Arnie Van Damm visiblemente aliviado-. Se ha empleado usted con mucha dureza para contrarrestar la presión... de los grupos de presión.

-¿Y no cree que es así como hay que enfrentarse a los intereses de los distintos grupos? Porque aquí cada uno va a lo suyo.

-Depende de qué grupos y de qué intereses defiendan, señor presidente. Todos ellos tienen portavoces que pueden dar la imagen de angelitos y saltarle a la yugular en cuanto se descuide -dijo Arnie-. Sin embargo, con todo, se ha desenvuelto bastante bien. No ha dicho nada que puedan esgrimir contra usted. Ya verá cómo cortan lo que no les convenga para la emisión de esta noche, y preste atención a lo que dicen Donner y Plumber al final. Los dos minutos finales son los que más influencia tienen.

Los tubos de ensayo llegaron a Atlanta en un recipiente hermético, llamado «sombrerera» por su forma. Estaba concebido para el transporte de materiales peligrosos. Tenía varios compartimientos internos, a la manera de cajas chinas, todos ellos sellados individualmente y acolchados para protegerlos de los golpes. La «sombrerera» llevaba grandes etiquetas que advertían de la biopeligrosidad del contenido. El empleado de correos que custodió el paquete en el camión de reparto postal lo entregó a las 9.14 h de aquella mañana.

El destinatario llevó la «sombrerera» a un laboratorio donde la examinaron para cerciorarse de que no había sufrido daños externos, la rociaron con un potente desinfectante y luego la abrieron adoptando estrictas medidas de seguridad. La documentación adjunta explicaba la razón de tantas precauciones. Los dos tubos de ensayo contenían sangre sospechosa de estar contaminada con virus causantes de fiebre hemorrágica. Esta denominación podía corresponder a cualquiera de las endemias africanas que se conocían con este nombre (pues ése era el origen que consignaba la documentación). Eran todas lo bastante peligrosas como para justificar las máximas precauciones.

Uno de los técnicos de laboratorio examinó los tubos para asegurarse de que seguían absolutamente herméticos. Una vez comprobado que así era, los rociaron con desinfectante para mayor seguridad. Luego, analizarían la sangre para la detección de anticuerpos, la compararían con otras muestras y pasarían los resultados y la documentación al despacho del doctor Lorenz, en la sección de patógenos atípicos.

-Hola Gus, soy Alex -oyó el doctor Lorenz a través del teléfono. -¿Sigue sin poder ir a pescar?

-Quizá este fin de semana. Uno de neurocirugía tiene una barca y ya nos han equipado la casita.

El doctor Alexandre miraba por la ventana de su despacho del este de Baltimore. Tenía vista al puerto, cuya bocana comunicaba con la bahía de Chesapeake, en la que aseguraban que abundaba la escorpena.

-¿Qué ocurre? -preguntó Gus al ver que su secretaria irrumpía en el despacho con una carpeta.

-Pruebas sobre el brote del Zaire. ¿Novedades?

-Nada de nada, gracias a Dios. Ya hemos rebasado el punto crítico. Ha sido un brote muy efímero. Estábamos muy... -contestó Lorenz, que se interrumpió al abrir la carpeta y ver lo que decía en el encabezamiento del informe-. Un momento. ¿Jartum? -musitó para sí.

Alexandre aguardó pacientemente. Lorenz solía leer despacio y con mucha atención.

Librodot

Quizá fuese ésta la razón de que rara vez diese un paso en falso. Reflexionaba mucho antes de actuar.

-Acabamos de recibir dos muestras de Jartum. Las envía el doctor MacGregor, del hospital Británico de Jartum. Corresponden a dos pacientes: un adulto y una niña de cuatro años. Posible fiebre hemorrágica. Las muestras están ahora en el laboratorio.

-¿En Jartum? ¿En Sudán?

-Eso es lo que dice el informe -confirmó Gus. -Eso está muy lejos del Congo.

-Existen aviones, Alex. Existen aviones -dijo Lorenz.

Lo que más temían los epidemiólogos era el transporte aéreo internacional. En la primera página del informe no decía gran cosa, pero incluía números de teléfono y de fax.

-En fin... Tendremos que aguardar al resultado de los análisis -consideró Gus.

-¿Y qué hay de las muestras anteriores? -preguntó Alexandre.

-Se trata del Ébola Zaire, subtipo Mayinga, idéntico a las muestras de 1976 hasta el último aminoácido.

-El que se transmite por aerosol -musitó Alexandre-; el que contrajo George Westphal.

-Eso no llegó a demostrarse, Alex -le recordó Lorenz.

-George era, muy cuidadoso, Gus. Lo sabe usted perfectamente. Lo formó usted -dijo Pierre Alexandre, que se frotó los ojos. Tenía dolor de cabeza. Necesitaba una nueva lámpara para su mesa-. ¿Me comunicará lo que resulte del análisis de esas muestras?

-Por supuesto. Pero yo no me preocuparía mucho. Sudán es un entorno inhóspito para ese mal bicho. Clima caluroso, seco y con mucha luminosidad. El virus no sobreviviría ni dos minutos al aire libre. Sea como fuere, hablaré con el jefe de laboratorio. Veré si puedo micrografiarlo personalmente en el curso del día, aunque... no. Dudo que pueda hasta por la mañana, ya que tengo una reunión con el personal médico dentro de una hora.

-Sí, y yo ya estoy muerto de hambre. Voy a almorzar. Lo llamaré mañana, Gus -se despidió Alexandre.

Nada más colgar, Alex salió del despacho y fue a la cafetería. Se alegró de coincidir de nuevo en la cola con Cathy Ryan y sus guardaespaldas.

-Hola, doctora.

-¿Qué tal sus bichitos? -le preguntó ella sonriente.

-Como siempre. Sin embargo, querría consultarle algo, doctora -dijo él, a la vez que elegía un sándwich del mostrador.

-Los virus no son mi especialidad -contestó ella, pese a que había asistido a muchos enfermos de sida que tenían problemas oculares, como efectos secundarios de la enfermedad-. ¿De qué se trata?

-Jaquecas -repuso él avanzando hacia la caja.

-A ver -dijo ella, que en seguida le quitó las gafas y miró los cristales al trasluz-. Podría limpiárselas de vez en cuando, ¿no cree? Lleva unas dos dioptrías menos de lo que le corresponde, y tiene bastante astigmatismo. ¿Desde cuándo no se ha revisado la graduación? -añadió devolviéndole las gafas y mirando el polvillo incrustado entre la montura y los cristales (la verdad era que Cathy ya había deducido cuánto hacía).

-Pues... tres...

-Años. Muy mal. Dígale a su secretaria que llame a la mía. Le dará hora para que le hagan una revisión. ¿Se sienta con nosotros?

Eligieron una mesa junto al ventanal, seguidos de Roy Altman, que vigilaba escrutadoramente en derredor de la cafetería e intercambiaba miradas con los otros miembros de la escolta, que también estaban alerta.

-Me parece que es usted un buen candidato para probar nuestra nueva técnica de láser. Podríamos remodelarle la córnea y reducirle bastantes dioptrías -reemprendió la conversación Cathy, que también había colaborado en la puesta a punto del nuevo método.

-¿No tiene riesgos? -preguntó el doctor Alexandre.

-Sólo corro riesgos en la cocina -contestó la doctora Ryan enarcando las cejas.

-Lo suponía -dijo Alex sonriente.

-Y bien, ¿qué novedades hay en su departamento?

Todo dependía de la edicion. O casi todo, pensó Tom Donner mientras tecleaba frente al ordenador de su despacho. Con aquel texto como base redactaría su propio comentario, para explicar y aclarar lo que Ryan había querido decir con su aparentemente sincera...

¿Aparentemente? La palabra había brotado del teclado por su cuenta, sorprendiendo al periodista. Donner llevaba muchos años en la profesión, y antes de que lo ascendieran a presentador, había sido corresponsal en Washington. Transmitía crónicas sobre las personalidades del mundillo de la capital y conocía a todo el mundo. En su atestada agenda tenía las señas y el teléfono particular de todo aquel que fuese mínimamente importante en la ciudad. Y como cualquier periodista que se preciase de serlo, estaba bien relacionado. Le bastaba coger el teléfono para poder hablar con quien quisiera, porque en Washington las reglas para el trato con los medios de comunicación no podían ser más sencillas: uno era fuente de información u objeto de la misma. Si alguien no le hacía el juego a los medios informativos, no tardarían en encontrarle a algún enemigo que se lo hiciese. En otros contextos, a esto se le llamaba lisa y llanamente chantaje.

Donner no había conocido nunca a nadie como el presidente Ryan, y menos aún en la vida pública. ¿O eran figuraciones suyas? Presentarse como un hombre corriente, un hombre del pueblo, era un recurso que se remontaba, por lo menos, a Julio César. Era siempre una argucia para inclinar a los votantes a creer que el personaje en cuestión era en realidad uno de ellos y como ellos, aunque nunca lo fuese, claro está. Los ciudadanos corrientes no llegaban nunca tan lejos en ningún campo.

Ryan había ascendido en la CIA a base de política de despachos, como cualquier otro... Así tenía que haber sido, forzosamente. Se había creado enemigos y aliados, como todo el mundo, y había maniobrado para escalar.

¿Podía utilizar las filtraciones que le habían llegado acerca de la labor de Ryan en la CIA? En el reportaje especial que preparaba, no. Acaso en el telediario, por boca de un humorista encargado de frenar el zapping.

Donner era consciente de que debía tener mucho cuidado con aquello. No podía uno embestir a un presidente en ejercicio para divertirse. Eso estaba claro, ¿no? Atacar a un presidente era lo más divertido, pero había que respetar ciertas reglas para hacerlo. La información teñía que ser sólida. Eso significaba poder contrastarla con diversas fuentes, que debían ser fuentes «generalmente bien informadas». Donner tendría que remitirlas a uno de los jefes de redacción. Luego, querrían ver el manuscrito de su reportaje antes de darle la luz verde.

Un hombre corriente. Pero un hombre corriente no trabajaba para la CIA, y menos aún como activista, agente especial, espía o como quisieran llamarlo. Desde luego, Ryan era el primer agente de la CIA que llegaba al despacho Oval... ¿Era eso conveniente?

Había muchas lagunas en su biografía conocida. Lo de Londres. Allí liquidó a alguien. Los terroristas que atacaron su domicilio... En aquella ocasión también mató, por lo menos, a uno de ellos. Y aquella increíble historia acerca del robo de un submarino soviético, durante el cual, según su fuente de información, mató a un marinero ruso. Y había otras cosas. ¿Era Ryan la clase de hombre que el pueblo americano necesitaba para la Casa Blanca?

Y encima pretendía pasar por un... hombre corriente. Todo sensatez... Lo que dicen las leyes... Tomo mi juramento muy en serio...

« Ha de ser una farsa -pensó Donner-. Tiene que ser una farsa. »

-Es usted un tipo inteligente, Ryan -se dijo el presentador.

Si todo se reducía a que era tan inteligente como farsante... ¿entonces qué? Reformar el sistema tributario. Cambios en el Tribunal Supremo. Cambios en nombre de la eficiencia. Las medidas adoptadas por el ministro Bretano en Defensa... Mal asunto.

Donner no tuvo más que dejar volar la imaginación para sospechar que la CIA y Ryan pudieran tener algo que ver en el siniestro del reactor en el Capitolio. Pero no. Eso era dema-

siado disparatado. Ryan era un oportunista, como los personajes que había conocido desde su primer trabajo en la filial de su cadena en Des Moines (donde su celo dio con los huesos del representante de un condado en la cárcel). Así empezó la dirección de la cadena a fijarse en él. Donner transmitía toda clase de crónicas, desde aludes hasta guerras, pero su especialidad eran las personalidades políticas, cuyo estudio no sólo había convertido en una profesión sino también en un hobby.

Todos eran iguales. No había más que ponerlos en el lugar y momento oportunos, y todos sabían de inmediato cuáles eran sus prioridades. Eso, por lo menos, sí lo había aprendido a lo largo de aquellos años.

Donner miró por la ventana, cogió el teléfono con la mano izquierda y con la derecha hizo girar su fichero de sobremesa.

-Hola, Ed, soy Tom. ¿Hasta qué punto son fiables esas fuentes? ¿Cuándo podría entrevistarme con las personas en cuestión?

Como es natural, la sonrisa de Ed no era audible. Una lástima.

Sohaila estaba ahora incorporada en la cama. Ver a un paciente fuera de peligro aún emocionaba al joven médico.

La medicina era la más exigente de las profesiones, pensaba MacGregor. A diario, en mayor o menor grado, jugaba a los dados con la muerte. No se tenía por un soldado ni por un montado lancero que participase en una sangrienta carga, por lo menos conscientemente. Porque la muerte era un enemigo que jamás daba la cara, pero que, sin embargo, siempre estaba presente.

Todos los pacientes que había tratado tenían a aquel enemigo dentro, o merodeando por las inmediaciones. Su misión como médico era descubrir dónde se ocultaba, obligarlo a salir y aniquilarlo. Luego, podía uno ver la victoria en la cara del paciente y saborearla.

Sohaila aún tenía molestias, pero pasarían. Le administraban alimentación líquida y evacuaba con normalidad, y aunque estaba todavía débil no se debilitaría más. La fiebre había remitido espectacularmente. Sus constantes vitales se habían normalizado o estaban en vías de normalización. Todo un éxito. La muerte no iba a llevarse a aquella niña. Si no tenía un nuevo percance, crecería, podría jugar, educarse, casarse y tener hijos.

Pero era una victoria cuyo mérito no le correspondía por entero a MacGregor. Los cuidados que le había dispensado a la niña eran sólo de apoyo, no curativos. ¿Habían ayudado? Probablemente, se decía él. Era imposible trazar la divisoria entre lo que habría ocurrido de no intervenir y lo que hubiese pasado de no hacerlo. La medicina sería mucho más fácil si los médicos tuviesen tal grado de introspección. Sin embargo, aún no la tenían y a lo mejor nunca la tendrían.

De no haber tratado él a la niña... Pues, bueno, en aquel clima, el calor podía haber bastado para acabar con ella, o la deshidratación, o acaso una infección secundaria de algún agente patógeno de los llamados «oportunistas». Las personas no solían morir a manos de la dolencia principal, sino de otra que contraían a causa del debilitamiento general del organismo.

Pero, en fin, daba igual de quién fuese el mérito. El caso es que la encantadora Sohaila no tardaría en volver a sonreír.

MacGregor le tomó el pulso y la niña se quedó dormida. El médico volvió a posar la mano de Sohaila en la cama y se dio la vuelta.

-Su hija se restablecerá por completo -les dijo a los padres, confirmando sus esperanzas y disipando sus temores con aquellas seis palabras, dichas en tono sosegado y amable.

La madre contuvo el aliento como si le hubiese golpeado en la boca del estómago. Rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos. El padre reaccionó como debía de considerar que era más varonil, con expresión imperturbable, que luego relajó a la vez que miraba al techo con un suspiro de alivio. Luego, cogió la mano del médico y sus oscuros ojos marrones lo miraron con fijeza.

-No lo olvidaré -le dijo el general.

Pero en fin... MacGregor tenía que ocuparse ahora de Saleh, a quien inconscientemente desterró de sus preocupaciones durante unas horas. El joven médico salió del pabellón y, al llegar al fondo del pasillo, entró en un cuarto para cambiarse de ropa.

Una vez en la habitación de Saleh comprendió que todo estaba perdido. Lo habían sujetado a la cama con correas. La enfermedad le había afectado al cerebro. La demencia era otro de los síntomas del Ébola, y había que considerarlo un síntoma piadoso. Saleh miraba las manchas de humedad del techo con expresión ausente.

La enfermera que lo asistía le pasó a MacGregor la ficha de gráficas. Las constantes habían evolucionado a peor. MacGregor puso cara de circunstancias y ordenó que le aumentasen la dosis de morfina. El tratamiento de sostenimiento no había servido en aquel caso para nada.

Una victoria y una derrota.

De haber podido elegir a quien salvar habría optado por el mismo desenlace. Saleh era lo bastante mayor como para haber tenido una vida más o menos plena. No debían de quedarle más allá de cinco días. MacGregor no podía hacer ya nada para salvarlo, sólo tratar de que su agonía fuese lo menos cruel posible, para hacerle las cosas más llevaderas a él, y al personal médico.

Al cabo de cinco minutos, MacGregor salió de la habitación, se quitó el traje protector y fue a su despacho con cara de circunstancias.

¿Dónde se había originado? ¿Por qué la niña vencía a la enfermedad y el adulto moría? ¿Cuál era la explicación que no alcanzaba a ver?

El médico se sirvió una taza de té y trató de reflexionar, al margen de derrotas y victorias, para buscar la información que explicase el desenlace de ambos casos. La misma enfermedad, contraída al mismo tiempo. Dos desenlaces muy distintos.

¿Cuál era la razón?

32

FILTRACIONES

-No puedo dársela ni permitir que haga una copia, pero puedo dejar que la vea -dijo el funcionario al tenderle la fotografía. Se había puesto unos finos guantes de algodón y le había dado otro par a Donner, que también se los puso-. Por las huellas dactilares -añadió en tono reposado.

-¿Se trata de lo que imagino?

Era una fotografía en blanco y negro; un 8 x 10 brillante. Pero no llevaba el sello de documento clasificado, por lo menos no en el anverso. Donner no le había dado la vuelta.

-Preferirá usted no saberlo, ¿verdad? -volvió a decir el funcionario, en tono tanto de pregunta como de amenaza.

-Supongo -repuso Donner, que captó en seguida el mensaje.

El periodista ignoraba en qué medida la Ley de Espionaje (artículo 18, párrafo 793E del Código Penal) se contraponía a los derechos que le garantizaba la Primera Enmienda de la Constitución. Así, si no sabía que la fotografía era un documento secreto, no tenía por qué indagar para averiguarlo.

-Es un submarino armado con misiles nucleares. El que está en el pasamano es Jack Ryan. Ve que lleva uniforme de la Armada, ¿no? Fue una operación de la CIA, en colaboración con la Armada. Y esto es lo que conseguimos -explicó el funcionario, que le pasó una lupa para asegurarse de que identificaba a Ryan-. Hicimos creer a los soviéticos que el submarino explotaría y se hundiría en unas coordenadas más o menos equidistantes de Florida y las Bermudas. Probablemente aún deben de creer que era cierto.

Librodot

-¿Dónde está ahora el submarino? -preguntó Donner.

-Lo hundieron hace un año frente a las costas de Puerto Rico -dijo el funcionario de la CIA.

-¿Por qué allí?

-Porque allí está la fosa atlántica más profunda de las proximidades del territorio estadounidense. La profundidad es de más de ocho mil metros. De modo que nadie encontrará nunca el submarino. Ni podrán tampoco rastrear para buscarlo sin que nosotros lo sepamos.

-Eso fue en... ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo -exclamó Donner-. Los rusos realizaban unas importantes maniobras y nosotros pusimos el grito en el cielo. Y... es verdad, perdieron un submarino...

-Dos -lo corrigió el funcionario sacando otra foto de la carpeta-. ¿Ve los daños de la proa? El Octubre Rojo embistió y hundió a otro submarino ruso frente a las islas Carolinas. Aún está allí. La Armada no lo recuperó, pero envió robots que arrancaron del casco muchas cosas útiles. Se enmascaró como una operación de salvamento del primer submarino perdido por los rusos, que se hundió a causa de la avería en uno de los reactores. Los rusos aún siguen sin enterarse de lo sucedido a su segundo Alfa.

-¿Y nunca se ha filtrado esta información? -preguntó Donner.

Era asombroso, sobre todo para quien, como él, se había pasado la vida arrancándoles datos a los organismos oficiales, como un dentista le arranca una muela a un paciente mal predispuesto.

-Ryan sabe cómo silenciar estas cosas -aseguró el funcionario sacando una tercera foto-. Ésta es una bolsa de las que se utilizan para el transporte de cadáveres. El cuerpo de la persona que está dentro era de un tripulante ruso. Ryan lo mató. Le pegó un tiro con su pistola. Eso le valió su primera condecoración. Supongo que imaginaría que no podíamos arriesgarnos a que él hablase... En fin, no es demasiado difícil imaginarlo, ¿no?

-¿Asesinato?

-No -contestó el funcionario de la CIA, que no estaba dispuesto a llegar tan lejos-. La versión oficial es que se produjo un tiroteo en el que hubo varios heridos. Eso es lo que dice el documento de los archivos, pero...

-Ya. Hay motivos para dudar, ¿no? -dejó ir Donner mirando las fotos-. ¿Podrían estar trucadas?

-Como poder... podrían -reconoció el funcionario-. Sin embargo, no lo están. La otra persona que aparece en la fotografía, el almirante Dan Foster, era jefe de Operaciones Navales. Éste es el comandante Bartolomeo Mancuso, que por entonces mandaba el Dallas. Embarcó en el Octubre Rojo para facilitar la defección. Ascendió a almirante y sigue en activo. Tiene bajo su mando la flota de submarinos del Pacífico. Y éste es el capitán Marko Aleksandrovich Ramius, de la Armada soviética. Iba al mando del Octubre Rojo. Todos viven aún (Ramius en Jacksonville, Florida). Trabaja en la base naval de Mayport bajo el nombre de Mark Ramsey. Tiene contrato de asesor, como suele hacerse en estos casos. El gobierno le concedió una elevada pensión, pero bien sabe Dios que se la ganó.

Donner anotó los detalles y reconoció uno de los extraños rostros. Estaba claro que aquellos documentos eran auténticos. También en cosas como aquélla se respetaban ciertas reglas. Si alguien le mentía a un periodista, no era tan difícil hacer que, quienes conviniera, se enterasen de quién era la persona que había quebrantado las reglas. Peor aún: tal persona se convertía en blanco de los medios de comunicación, que, como acusadores, eran bastante más crueles que el más duro fiscal que hubiese pasado por el Ministerio de Justicia. Porque al fin y al cabo el sistema judicial exigía seguir un proceso en forma.

-Bien -dijo el periodista.

El primer juego de fotos volvió a su carpeta.

-¿Reconoce a esta persona? -preguntó el funcionario, mostrándole a Donner la fotografía que sacó de otra carpeta.

-Es... Espere a ver... Un tal Gera... no sé qué más. Era...

-Nikolai Gerasímov, director del antiguo KGB.

-Murió en accidente de aviación en el año...

El funcionario sacó otra fotografía. La persona en cuestión aparecía allí con más canas y aspecto más lustroso.

-Esta fotografía se hizo en Winchester, Virginia, hace dos años -explicó el funcionario-. Ryan fue a Moscú como supuesto asesor en las conversaciones START. Indujo a Gerasímov a la defección. Nadie sabe exactamente cómo. Su esposa y su hija también salieron del país. La operación se organizó directamente desde el despacho del juez Moore. Ryan trabajaba así en muchas ocasiones. Nunca fue en realidad parte del sistema. Ryan sabe... Es de justicia reconocerle que es un espía fantástico, de eso no cabe duda. Oficialmente, sin embargo, trabajaba bajo las órdenes directas de Jim Greer, dentro del organigrama de la CIA, no del servicio de inteligencia del Ministerio de Defensa. La tapadera de otra tapadera. Ryan no ha cometido nunca un error en operaciones de inteligencia, que yo sepa, y eso es todo un récord. Pocos podrían alardear de lo mismo. Pero sé que es una persona despiadada. Es eficaz, sin duda, pero despiadado. Se salta la burocracia a su antojo. Siempre se sale con la suya. Y si se cruza alguien en su camino, pues... en fin, tuvimos que enterrar a un ruso del Octubre Rojo, y toda la tripulación de un Alfa, frente a las Carolinas, para mantener la operación en secreto. De esto, no estoy seguro. No hay nada en el archivo, pero es que el archivo tiene muchas lagunas. No figura en ninguna parte cómo salieron del país la esposa y la hija. No hay más que rumores, y no merecen mucho crédito.

-¡Qué lástima no haber tenido esto hace unas horas!

-¿Se ha reído de usted, eh? -se oyó decir a Ed Kealty a través del altavoz de un teléfono.

-Sé cuál es el problema -dijo el funcionario de la CIA-. Ryan es astuto. Muy astuto. Un virtuoso del equilibrio. Tiene al Congreso en el bolsillo. ¿Por qué? Porque pasa por ser el hombre más sincero, poco menos, que del continente. Pero... tiene las manos manchadas de sangre.

El funcionario en cuestión se llamaba Paul Webb y era un alto cargo de la Dirección de Inteligencia, aunque no tan alto como para evitar que toda su sección acabase en la lista de los afectados por la reducción de plantilla. Tenía que haber sido ya adjunto a la Dirección de Inteligencia, pensaba Webb. Lo habría sido de no mediar Ryan, que se ganó la confianza de James Greer y no dejó en ningún momento de ser su brazo derecho. De modo que su carrera en la CIA quedó estancada en los despachos. Y ahora incluso sin despacho se iba a quedar. Tendría su jubilación. Eso no podía quitárselo nadie, aunque... si trascendía que había sacado aquellos documentos de Langley, podía tener muchos problemas... o quizá no. ¿Qué les ocurría a quienes filtraban información? Los medios de comunicación los protegían. Llevaba muchos años de servicio y... y estaba furioso porque lo hubiesen incluido en la lista de prescindibles. Con menos años (aunque ni siquiera en su fuero interno lo reconociese), acaso se hubiese vengado poniéndose en contacto... no, con el enemigo, no. Los medios de comunicación, sin embargo, no eran el enemigo, ¿verdad que no? No dejaba de repetírselo, pese a haber opinado justamente lo contrario a lo largo de toda su carrera.

-Se ha reído de usted, Tom -repitió Kealty a través de la línea telefónica-. Bien venido al club. No sé hasta qué punto se puede tirar de la manta, pero cuéntele lo de Colombia, Paul.

-No hay constancia documental, que yo sepa -reconoció Webb-. Sea como fuere... existen archivos «especiales» a los que no se puede acceder hasta... el año 2050, en el mejor de los casos. Nadie tiene acceso a esos archivos.

-¿Cómo es eso posible? -preguntó Donner-. Ya lo había oído antes, pero nunca he podido confirmar que...

-Debe aprobarlo la comisión del Congreso que supervisa a los servicios de inteligencia. Cuando la Agencia tiene un pequeño problema, lo plantea ante la comisión y pide un trato especial. Si la comisión del Congreso lo aprueba, la información afectada sale de los archivos y pasa a una cámara acorazada de la que no puede salir definitivamente hasta la fecha que se decida. No obstante, puedo proporcionarle algunos datos que puede contrastar -concluyó

Librodot

Webb.

-Soy todo oídos -dijo Donner, que tenía su grabadora en marcha.

-¿Cómo creen que acabaron los colombianos con el cártel de Medellín? -preguntó Webb.

Donner estaba cada vez más asombrado. No era para tanto. Los periodistas creían saber mucho de intrigas, pero... pensó Webb con una benevolente sonrisa.

-Bien, tuvieron enfrentamientos internos. Se produjeron un par de atentados con bomba y...

-Los atentados los hizo la CIA. No sé exactamente cómo, pero fuimos nosotros quienes provocarnos los enfrentamientos en el seno del cártel. De lo que sí estoy seguro es de que Ryan estaba allí. Su mentor en Langley era James Greer. Eran como padre e hijo. Pero al morir James, Ryan no asistió al funeral ni estaba tampoco en su casa. Se encontraba fuera, cumpliendo una misión de la Agencia. Acababa de regresar de una conferencia de la OTAN en Bélgica. Luego desapareció del mapa, como en tantas otras ocasiones. Poco después, el consejero de Seguridad Nacional del presidente, Jim Cutter, murió atropellado por un autobús en Washington. ¿Qué pasó? ¿Que no lo vio? Según el FBI cruzó distraído, pero quien dirigió la investigación fue Dan Murray, que... ¿qué cargo tiene ahora?, director del FBI, ¿no? Y da la casualidad de que Dan y Jack Ryan se conocen desde hace más de diez años. Murray era el agente «especial» que utilizaban tanto Emil Jacobs como Bill Shaw. Cuando el FBI necesitaba que se hiciera algo discretamente, llamaba a Murray, que había sido agregado jurídico de la embajada en Londres (un cargo reservado a los espías, con muchos contactos con agentes de servicios de inteligencia que trabajan en la capital). Murray es la mano negra del FBI, un agente formidable y muy bien relacionado. Y ha sido él quien ha elegido a Pat Martin para que aconsejase a Ryan acerca de los nombramientos para el Tribunal Supremo. ¿Empieza a ver claro?

-Un momento -dijo Donner-. Conozco bien a Murray. Es un tipo duro, pero es un policía honrado y...

-Estuvo en Colombia con Ryan, lo que equivale decir que desapareció del mapa exactamente al mismo tiempo que Jack. Recuerde que no tengo constancia documental de esta operación. No puedo demostrarlo. Sin embargo, fíjese en la secuencia de los acontecimientos: el director Jacobs y todos los demás resultaron muertos, e inmediatamente después se producen los atentados en Colombia. Muchos de los hombres fuertes del cártel de Medellín van derechos a hablar con el Supremo, pero no con el de aquí, no, sino con el del Más Allá. Pero también murieron muchos inocentes. Éste es el problema de los atentados con bomba. ¿Recuerda que Bob Fowler insinuó que podía iniciarse una investigación? ¿Y qué ocurrió entonces? Que Ryan y Murray «desaparecieron». Supongo que fueron a poner fin a la operación, antes de que se les escapase de las manos. Y entonces Jim Cutter es atropellado y muerto por un autobús en un momento muy oportuno. Cutter no tenía reaños para mojarse. Él era consciente de ello y debió de haber alguien que temió que si llegaban a interrogarlo se desmoronase, porque le faltaba carácter. Pero Ryan andaba sobrado de ambas cosas, de reaños y de carácter. Y sigue sobrado. En cuanto a Murray... en fin. Si mata uno al director del FBI, es lógico que una organización tan seria se cabree. Y no se lo reprocho. Quienes actuaron en Medellín se pasaron de la raya. Lo hicieron en año de elecciones, y Ryan estaba en el lugar adecuado para rematar la jugada. Alguien le concedió patente de corso; quizá las cosas se les fueron un poco de las manos (sucede a menudo) y fue a solucionar la cuestión como fuese... y con éxito, porque ésa es la verdad: la operación fue un éxito rotundo. Destrozaron el cártel...

-Fue sustituido por otro -objetó Donner.

-Cierto -asintió Webb sonriente-. ¿No mataron a ningún funcionario norteamericano, verdad que no? Alguien les explicó cuáles eran las reglas del juego. Quede claro: no creo que Ryan obrase mal, salvo en un aspecto.

-¿En cuál? -preguntó Donner, cada vez más atrapado por el interés de la historia.

-Toda intervención armada en un país extranjero es un acto de guerra. Pero Ryan apren-

Librodot

dió mucho de Jim Greer, y salió airoso sin que el asunto lo salpicase.

-Y bien, ¿qué tiene usted en contra de Ryan?

-Ya esperaba que me lo preguntase -dijo Webb-. Jack Ryan es probablemente el mejor agente secreto que hemos tenido en treinta años, el mejor desde Allen Dulles y acaso desde Bill Donovan. Lo de Octubre Rojo fue un golpe maestro. Lo de hacer desertar al director del KGB fue aún mejor. Y lo de Colombia... en fin, le aplicaron al tigre un buen correctivo (aunque olvidaron que sus garras son más fuertes de lo que parece). Bien: Ryan es el rey de los espías -concedió-, pero necesita que alguien le explique qué es la ley, Tom.

-Un personaje así nunca habría salido elegido -comentó Kealty, al que le costaba dominarse para no hablar más de la cuenta.

A cinco kilómetros de allí su jefe de Estado Mayor le arrebató el teléfono para evitar que metiese la pata. Por suerte, Webb prosiguió en seguida:

-Jack ha hecho una extraordinaria labor para la CIA. Fue también un buen consejero para Durling. Pero de eso a ser presidente media un abismo. De modo que... le ha dado gato por liebre, señor Donner. Puede que también a Durling lo... sedujese; o puede que no. ¿Quién sabe? El problema radica en que está volviendo al gobierno del revés como un calcetín. Lo modela a su imagen y semejanza. No sé si lo han notado. Todos los nombramientos que ha hecho han recaído en personas con las que ha trabajado; en algunos casos, durante mucho tiempo. O han sido seleccionados por sus más estrechos colaboradores. ¡Murray director del FBI! ¿Quieren ustedes que Murray dirija el más poderoso cuerpo de seguridad del Estado? ¿Quieren que ellos dos elijan a los nueve miembros del Tribunal Supremo? ¿Adónde nos llevaría eso?

Webb hizo una pausa y suspiró.

-Odio hacer esto -añadió el funcionario de la CIA-. Para nosotros, en Langley, Jack Ryan es un compañero, uno de los nuestros. Pero no debe ser presidente. ¿Me explico? Me debo a mi país, no a Jack Ryan -concluyó, mientras recogía las fotos y volvía a guardarlas en las carpetas-. He de dejarlos ya. Si alguien descubriese lo que he hecho, en fin... Piensen en lo que le ocurrió a Jim Cutter...

-Gracias -dijo Donner.

El periodista tenía varias decisiones que tomar. Miró el reloj. Eran las tres y cuarto y no había tiempo que perder. A nadie podría sorprender su actitud. Un periodista burlado era peor que una mujer despechada.

Agonizaban los nueve. Tardarían en morir entre cinco y ocho días, pero estaban irremisiblemente condenados, y lo sabían. Miraban hacia las cámaras que los filmaban desde los rincones. No albergaban la menor esperanza. Sus ejecuciones serían más crueles que las que los tribunales decidieron para ellos. O por lo menos eso pensaban.

Aquel grupo era más peligroso que el primero, porque sus integrantes sabían más acerca de lo que hacían con ellos y, por lo tanto, los trataban con mayor dureza.

Mientras Moudi observaba, el personal médico castrense extraía muestras de sangre de los -nueve enfermos, necesarias para confirmar y cuantificar su grado de infección.

Los auxiliares aplicaban por su cuenta un «método» para evitar que los condenados forcejeasen mientras les extraían sangre (el brusco movimiento de un brazo podía hacer que el auxiliar se clavase la aguja o se la clavase a un compañero). De modo que mientras uno realizaba la extracción, otro sujetaba al paciente y le acercaba el filo de un bisturí a la yugular. Pese a saberse condenados, eran tan cobardes como todos los criminales y, por lo tanto, no tenían el menor deseo de acelerar su muerte. El «método» no era muy científico ni estaba de acuerdo con el juramento hipocrático.

Tras observar durante unos minutos el trabajo de los auxiliares a través de los monitores del circuito cerrado de televisión, Moudi salió de la sala de control.

Habían sido muy pesimistas acerca de muchos aspectos del proyecto, como, por ejemplo, la cantidad de virus que necesitarían. El Ébola se había cebado en la sangre y los riñones de mono con una voracidad cuyos resultados estremecieron incluso al director del proyecto. Aunque se produjese básicamente a nivel molecular, el efecto era similar al de un ejército de

Librodot

hormigas ensañándose con un fruto caído; un ejército que parecía haber brotado de la nada, pero que había cubierto el objetivo como una mancha negra.

Aunque fuesen demasiado pequeños para verlos a simple vista, había literalmente billones de virus, que devoraban el tejido que se les ofrecía como alimento. Le helaba la sangre ver aquel horrible caldo de cultivo. Tenían ya varios litros, y estaban cultivando más, utilizando sangre humana procedente del principal banco de sangre de Teherán.

El director examinó una muestra al microscopio electrónico y la comparó con otra. Al acercarse, Moudi vio el sello con las fechas de ambas muestras. Una procedía de la hermana Jean Baptiste; la otra, acababan de extraérsela a uno de los «pacientes» del grupo de nueve.

-Son idénticas, Moudi -dijo el director.

No era tan previsible como pudiera parecer. El principal problema que tenían los virus era que, al no ser propiamente seres vivos, estaban mal adaptados a una adecuada reproducción. La estructura del ARN (del ácido ribonucleico) carecía de la «programación» imprescindible para garantizar que cada generación siguiera los pasos de sus antecesores. Esto constituía para el Ébola una grave carencia, desde el punto de vista de la reproducción, igual que les ocurría a otros organismos similares. Tarde o temprano, todos los brotes de Ébola cesaban, y ésta era una de las razones. El propio virus, mal adaptado al organismo humano, veía amortiguada su potencia. Y eso justamente era lo que hacía de él un arma biológica idónea. Mataría. Se propagaría. Y luego moriría, antes de propagarse más de lo conveniente para quienes lo utilizasen. La mortandad que provocase estaría en función de la distribución inicial. Por un lado, era espantosamente letal y, por otro, se autolimitaba.

-Tenemos, por lo menos, tres generaciones de virus estables -comentó Moudi.

-Y por extrapolación, probablemente entre siete y nueve.

Al margen de su perversión, el director del proyecto era muy prudente en cuestiones científicas. Moudi difería un poco: podían ser por lo menos nueve las generaciones de virus estables, y llegar incluso a once. Tanto mejor si era el director quien estaba en lo cierto, se dijo dándose la vuelta.

Encima de la mesa adosada a una de las paredes había veinte aerosoles. Eran similares a los que utilizaron para infectar al primer grupo de criminales, aunque ligeramente modificados. Aparentemente, eran aerosoles de una conocida marca europea de crema para el afeitado, de tamaño económico (era todo un sarcasmo que la marca la acabase de adquirir una empresa norteamericana, pensaban quienes conocían el proyecto). Los habían comprado, uno a uno, en veinte ciudades distintas de cinco países, como podía comprobarse por el código de barras. Una vez allí, en la «Casa de los Monos», vaciaron los aerosoles y los desmontaron para adaptarlos. Cada uno contendría medio litro de caldo de cultivo «rebajado», más un gas neutro para la aspersión (nitrógeno, que no produciría ninguna reacción química con el «caldo» y no propiciaba la combustión) y una pequeña cantidad de refrigerante. Otros miembros del equipo que trabajaba en el proyecto se encargaron de comprobar el sistema de envío. No se produciría el menor debilitamiento del virus durante las primeras nueve horas. Después, al perder refrigeración, las partículas del virus empezarían a morir en función lineal. Transcurridas ocho horas, después de las primeras nueve, habrían muerto menos del 10% de las partículas (aunque se dijo Moudi que ésas serían las débiles, y que era poco probable que causasen enfermedad). Al cabo de dieciséis horas, después de las primeras nueve, habrían muerto el 15 %. Y a partir de ahí, según pruebas de laboratorio, cada ocho horas moriría un 5 % más. De manera que...

Era bastante sencillo. Todos los viajeros saldrían en avión desde Teherán. El vuelo a Londres duraba siete horas. A París, media hora menos. El vuelo a Frankfurt era aún más corto.

Moudi sabía que un factor determinante era la hora de llegada de los vuelos. Porque, desde Teherán, se llegaba a las tres ciudades a una hora que permitía a los pasajeros conectar con muchos vuelos. No se les revisaría el equipaje, al tener que conectar con vuelos a otros países, y por lo tanto era innecesaria la inspección aduanera. Así, nadie repararía en que los

aerosoles de crema de afeitar estaban anormalmente fríos.

Cuando el refrigerante se agotase, los pasajeros estarían ya en sus asientos de primera clase, ascendiendo a la altitud de crucero, rumbo a sus ciudades de destino. Y ahí, de nuevo el tráfico internacional jugaba a su favor. Había vuelos directos de Europa a Nueva York, Washington, Boston, Filadelfia, Chicago, San Francisco, Los Ángeles, Atlanta, Dallas y Orlando; conexiones regulares a Las Vegas, Atlantic City y a todas las ciudades norteamericanas importantes. Los pasajeros viajarían en primera clase, al objeto de ser los primeros en recoger el equipaje y pasar la aduana. Tendrían buenas reservas de hotel y billetes de vuelta que les permitirían salir del país desde distintos aeropuertos.

Desde la «hora cero» hasta la entrega no transcurrirían más de 24 horas y, por lo tanto, el 80% de los virus que liberasen seguirían activos. Después, todo dependía del azar. Todo quedaba en manos de Alá...

«¡No!», exclamó Moudi para sí. Él no era como el director. No iba a atribuir semejante canallada a la voluntad de Dios. Por más necesario que pudiera ser para su país, no iba a mancillar sus creencias religiosas diciendo semejante cosa, ni pensándola siquiera.

No podía quitarse de la cabeza a la hermana Jean Baptiste; su cuerpo incinerado... ¡Qué terrible legado el suyo! Alá debía de estar furioso. Pero la hermana había legado otra cosa, algo muy auténtico.

En el colegio, Moudi había aprendido a odiar a los occidentales. Había estudiado las Cruzadas y que aquellos supuestos soldados del profeta Jesús hicieron terribles carnicerías con los musulmanes, igual que hizo Hitler con los judíos. Así era fácil de inculcar el odio, considerarlos despreciables a todos... salvo a aquella mujer.

¿Qué era más representativo de Occidente y de la cristiandad: los criminales del siglo XI, o la virtuosa mujer del siglo XX que renunciaba a todo deseo humano que pudiese tener? Y... ¿para qué? Para cuidar de los enfermos, para predicar su fe con el ejemplo. Siempre humilde, siempre respetuosa. Jamás había quebrantado sus votos de pobreza, castidad, obediencia (Moudi estaba completamente seguro de ello). Y aunque tales votos y tales creencias se apoyasen en algo falso, eran en sí mismo auténticos.

Moudi aprendió de ella lo mismo que aprendió el Profeta. Había un único Dios. Ella lo había servido con pureza de corazón, por más desencaminadas que pudieran ser sus creencias religiosas.

«Y no se trataba sólo de la hermana Jean Baptiste -pensó Moudi-. También la hermana María Magdalena. » La habían asesinado. Y... ¿por qué? Por lealtad a su fe, lealtad a sus votos, lealtad a su amiga. Nada censurable había en estas actitudes, a la luz del propio Corán.

Para él hubiese sido mucho más fácil trabajar sólo con africanos, porque el Corán abominaba de sus creencias religiosas, pues muchos de ellos eran todavía paganos de hecho, si no de palabra; ignoraban al único Dios.

No le hubiese costado el menor esfuerzo mirarlos por encima del hombro e ignorar por completo a los cristianos, pero había conocido a las hermanas Jean Baptiste y María Magdalena.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que haberlas conocido?

Por desgracia para él, ya era demasiado tarde para hacerse tales preguntas. A lo hecho, pecho.

Fue a por café a un rincón del fondo de la sala. Llevaba sin dormir más de veinticuatro horas y, con la fatiga, asaltaban las dudas. Confiaba en que la infusión las disipase, hasta que lo venciese el sueño. Esperaba que con el sueño llegase el descanso y, con el descanso, acaso la paz de espíritu.

-¡Usted bromea! -le espetó Arnie al teléfono.

-Quizá fuese el detector de metales al salir -dijo Tom Donner en un tono tan cohibido

que casi parecía excusarse-. A la cinta me refiero. Ha sufrido daños. Aún se puede ver y oír bastante bien, pero no tiene calidad para poderla emitir.

-¿Y bien? -preguntó Van Damm.

-Pues que es un problema, Arnie. Teníamos programado emitirla a las nueve.

-¿Y qué quiere que haga yo?

-¿Estaría Ryan dispuesto a que repitamos la entrevista en directo? Así, incluso tendríamos más audiencia -aventuró el presentador.

El jefe de Estado Mayor del presidente estuvo a punto de decir una barbaridad. De haber estado en semana de control de audiencia (durante la cual las cadenas se esforzaban por ganar cuota de pantalla a toda costa, al objeto de captar más anunciantes), podía haber sentido la tentación de acusar a Donner de hacer aquello deliberadamente. Pero no, ni siquiera él podía pasarse de la raya de esa manera. Tratar con periodistas de ese nivel tenía más peligro que adentrarse en la jungla. De modo que optó por callar y dejar que fuese Donner quien siguiese con la iniciativa.

-Mire, Arnie, el temario será el mismo. ¿Cuántas veces le damos a un presidente la ocasión de ensayar sus respuestas? Y esta mañana ha estado muy bien. John es de la misma opinión.

-¿No puede volver a grabar la cinta? -preguntó Van Damm.

-He de estar en antena dentro de cuarenta minutos, Arnie, y no tendré un momento de respiro hasta las siete y media. Eso me deja sólo treinta minutos para salir de estampida hacia la Casa Blanca, montar y grabar, volver aquí con la cinta... ¿Cree que puedo hacer todo eso y estar en los estudios antes de las nueve? Como no me preste uno de sus helicópteros. Pero... verá lo que haremos: diré en antena que se nos ha estropeado la cinta y que el presidente ha sido tan amable de estar en directo con nosotros. Si eso no es abrirnos de piernas, dígame usted qué es.

A Arnold Van Damm se le encendió la luz de alarma. La lectura positiva de la cuestión era que Jack se había desenvuelto bastante bien. No había estado perfecto, pero sí bastante bien, sobre todo por la imagen de sinceridad que había logrado transmitir. Incluso las cuestiones más polémicas las había encarado sin renunciar a decir lo que creía. Estaba claro que Jack sabía escuchar, y aprendía pronto. No se le había visto tan relajado como hubiera sido deseable, pero eso era lo de menos. Había que tener en cuenta que Ryan no era un político (lo había repetido dos o tres veces) y, por lo tanto, nada tenía de extraño que estuviese algo tenso. Según los paneles de opinión, de siete ciudades diferentes, Jack Ryan había caído bien. Daba la imagen de ser un ciudadano corriente (Ryan ignoraba que Arnie y sus colaboradores pulsasen la opinión de esos paneles, porque esos minisondeos eran tan secretos como una operación de la CIA). Era un modo de tantear el terreno que de verdad pisaban acerca de cómo podía el presidente comunicar mejor sus propósitos, y su imagen para gobernar con eficacia (aparte de que ningún presidente había estado al corriente de todo lo que se hacía en su nombre).

Ryan había logrado dar una imagen «presidenciable» (no al uso, sino a su manera, y eso lo veían como un factor positivo los integrantes del panel de seguimiento). Aparecer ahora en directo podía reforzar su imagen, aparte de que captaría mucha más audiencia para la NBC y serían más quienes conociesen mejor a Ryan.

-De acuerdo, Tom. En principio, acepto. Aunque no puedo confirmárselo hasta consultar con él.

-Pero hágalo en seguida -lo apremió Donner-. Si dijese que no, nos obligaría a cambiar la programación nocturna de la cadena. Podría costarme muy caro. ¿Entendido?

-Lo llamaré dentro de cinco minutos -le prometió Van Damm, que pulsó el botón de desconexión y dejó el auricular encima de la mesa antes de salir del despacho.

-Voy a ver al jefe -les dijo a los agentes del Servicio Secreto del pasillo del ala Este, que se apartaron para dejarlo pasar, al ver sus largas zancadas.

-¿Sí? -inquirió Ryan, sorprendido de que entrasen en su despacho sin llamar.

-Tenemos que repetir la entrevista -le comunicó Arnie jadeante.

-¿Por qué? ¿He salido con la bragueta abierta o qué?

-Ya vigila Mary para que eso no ocurra -lo tranquilizó Arnie-. Se les ha estropeado la cinta y no hay tiempo de volver a grabar. Donner quiere repetir la entrevista en directo a las nueve de la noche. Las preguntas y las respuestas serán las mismas, aunque... ¿Qué le parece si su esposa se incorporase a la entrevista?

-¿Por qué? A Cathy no le va a hacer ninguna gracia -dijo el presidente.

-No tendrá más que estar sentada a su lado y sonreír. Caerá bien en la audiencia. De vez en cuando, ha de hacer el papel de primera dama, Jack. En esta ocasión no puede ser más fácil. Y no estorbaría que, hacia el final de la entrevista, apareciesen también los niños...

-Ni hablar. Quiero mantener a mis hijos alejados de la curiosidad pública. Punto. Cathy y yo tenemos eso muy claro.

-Pero...

-No, Arnie, no. Ni hoy, ni mañana ni más adelante -lo atajó Ryan en un tono que no dejaba opción a réplica.

Arnie se hacía cargo de que no podía conseguir siempre que Ryan hiciera lo que él quisiera. Eso requería algo más de tiempo, aunque no desesperaba. No podía uno presentarse como un hombre corriente y no dejar que la gente conociese a sus hijos. Sin embargo, no era el momento de presionarlo.

-¿Se lo pedirá a Cathy?

-Bueno. Está bien -accedió Ryan con expresión de fastidio.

-De acuerdo entonces. Le diré a Donner que quizá asista Cathy, pero que no podemos asegurárselo, debido a sus obligaciones en el hospital. Así tendrán algo más en lo que pensar, y contribuirá a que disminuya la presión sobre usted. Ése es el principal cometido de la primera dama, no lo olvide.

-¿A que no se atreve a decírselo usted así, Arnie? No olvide que es cirujana y que se le da muy bien el arma blanca.

-Pero además de cirujana es una mujer extraordinaria -dijo Van Damm sonriente-. Y me parece que es más fuerte que nosotros dos juntos. Pídaselo amablemente.

-Sí...

«Se lo pediré justo antes de cenar», pensó Jack.

-De acuerdo. Estará en directo. Pero vamos a pedirle a su esposa que también esté.

-¿Por qué?

-¿Y por qué no? -dijo Arnie-. Aún no es seguro. No ha vuelto del trabajo.

Que se refiriese a Cathy como a una esposa que volvía del trabajo como una ciudadana corriente hizo sonreír a los periodistas.

-De acuerdo, Arnie, gracias. Estoy en deuda con usted -admitió Donner desconectando el altavoz del teléfono.

-¿Se da cuenta de que acaba de mentirle al presidente de la nación? -comentó John Plumber pensativo.

Plumber era bastante mayor que Donner. No era de la generación de Edward R. Murrow, pero poco le faltaba. Casi setentón, era sólo un adolescente durante la segunda guerra mundial. Pero estuvo en la guerra de Corea como corresponsal primerizo de guerra. Luego, desempeñó sendas corresponsalías en Londres, París, Bonn y Moscú. Prácticamente, lo expulsaron de la capital rusa, porque a pesar de que sus ideas políticas lo inclinaban hacia la izquierda, nunca simpatizó con la Unión Soviética. Además, pese a no ser de la generación de Murrow, creció oyendo al legendario corresponsal de la CBS. Recordaba a la perfección su voz grave, que transmitía ese contenido autoritarismo que solía asociarse al clero. Quizá se debiera a que Ed empezó en la radio, en una época en la que la voz era el principal activo de un profesional. Sin duda, dominaba el lenguaje mejor que la mayoría de los profesionales de su tiempo, e infinitamente mejor que los semianalfabetos periodistas y reporteros de la actual generación.

Plumber poseía una gran cultura, era un entusiasta estudioso de la literatura de la época

Librodot

isabelina. Siempre procuraba redactar sus crónicas, y expresarse oralmente, con una elegancia acorde con la de aquel maestro de periodistas, a quien no llegó a conocer personalmente, pero a quien había visto y oído en innumerables ocasiones.

Murrow debía su prestigio a su honestidad, se dijo John Plumber. Era tan duro como cualquiera de los profesionales dedicados al «periodismo de investigación», como lo llamaba la generación posterior, pero siempre se podía tener la seguridad de que procedía con honradez y que se atenía a las reglas. Plumber pensaba que el periodista debía respetar el código deontológico, y no mentir nunca. Podía uno proceder de un modo sinuoso y tergiversar la verdad para obtener información de una fuente (eso era distinto), pero uno no informaba nunca en los medios de algo que fuese falso.

De modo que John Plumber estaba ahora preocupado. Ed no habría hecho eso nunca. Ni en broma.

-Se ha reído de nosotros, John.

-Según usted.

-¿Qué me dice de la información que he obtenido?

-No lo sé, Tom -contestó Plumber frotándose los ojos-. ¿Que todo esto le viene un poco grande a Ryan? Pues sí. Pero ¿se esfuerza por hacer bien las cosas? De eso no me cabe duda. ¿Es honrado? Creo que sí. O por lo menos tan honrado como pueda serlo cualquier presidente.

-Bueno, en tal caso, le damos la oportunidad de demostrarlo, ¿no?

Plumber no replicó. Un récord de audiencia y acaso un premio Emmy titilaban en los ojos de su colega como ciruelas pasas en Nochebuena. En cualquier caso, Donner era el presentador y Plumber el comentarista. Además, Tom gozaba de la confianza de la central de Nueva York, en donde en otros tiempos trabajaron compañeros de su misma generación. Sin embargo, ahora dominaban allí los compañeros de la generación de Donner, más negociantes que periodistas, profesionales para quienes la audiencia y la cuenta corriente eran como el Santo Grial. Pues bueno, a Ryan le gustaban los hombres de negocios, ¿no?

-Supongo.

El helicóptero aterrizó en el césped del jardín Sur. Un agente abrió la portezuela y saltó a tierra. Luego, ayudó a la primera dama, sonriente. Sus «efectivos» de la escolta la siguieron por la suave pendiente que conducía a la entrada sur, y luego al ascensor, donde Roy Altman pulsó el botón por ella, ya que a la primera dama no le dejaban hacer ni siquiera eso.

-La DOCTORA va en el ascensor, hacia sus aposentos -informó el agente Raman desde la planta baja.

-Recibido -dijo Andrea Price desde la primera planta.

La agente ya había ordenado a los miembros de la Unidad Técnica de Seguridad que revisasen los detectores de metales, por los que pasaron los miembros del equipo de televisión de la NBC al salir de la Casa Blanca. El jefe de la Unidad Técnica de Seguridad comentó que a veces procedían con exceso de celo y que las cintas Beta de formato grande que utilizaban las cadenas de televisión podían resultar fácilmente dañadas. Sin embargo, no creía que hubiese ocurrido eso en aquel caso.

¿Interferencias?, preguntó ella. Imposible, contestó él, que le recordó, con cierta aspereza, que en la Casa Blanca sus hombres revisaban de continuo hasta el aire que respiraban.

Andrea titubeó, sin decidirse a hablar de ello con el jefe de Estado Mayor. Pero no habría servido de nada. ¡Condenados periodistas...!, pensó Andrea. Eran un auténtico incordio para todo el personal de la Casa Blanca.

-Hola, Andrea -dijo Cathy al pasar junto a ella.

-Hola, doctora Ryan. Ahora mismo les subirán la cena.

-Gracias -dijo la DOCTORA enfilando hacia el dormitorio.

Nada más entrar, Cathy vio que le habían colgado un vestido en su «galán de noche». Enarcó las cejas, se quitó los zapatos y se puso ropa cómoda para cenar, preguntándose, como siempre, si habría cámaras ocultas en algún rincón que grabasen el acontecimiento.

El cocinero de la Casa Blanca, George Butler, sabía de cocina mucho más que ella. In-

Librodot

cluso le había mejorado su ensalada de espinacas, añadiéndole una pulgarada de romero al aliño que ella había perfeccionado durante años. Cathy confraternizaba con él por lo menos una vez por semana y, en correspondencia, él le enseñaba ciertos secretos del arte culinario. Se decía, a menudo, que de no haber optado por la medicina hubiese sido cocinera. El chef se abstenía de decirle que estaba muy dotada para la cocina, no fuese a creer que le hacía la pelota.

Desde que los Ryan estaban allí, el chef había aprendido cuáles eran los gustos culinarios de la familia. Le encantaba cocinar para ellos y, sobre todo, para la pequeña Katie, que se había convertido en la niña de los ojos del personal de servicio de la Casa Blanca.

-¡Mami! -gritó la pequeña al ver a Cathy entrar.

-¡Hola, cariño!

ARENA fue la primera en recibir un abrazo y un beso. Luego le tocó al POTUS. Los mayores, como siempre, se resistieron a la efusión.

-¿Por qué me han puesto ese vestido ahí, Jack? -preguntó Cathy señalando al «galán de noche».

-Porque luego hemos de ir a la televisión --dijo ESPADACHÍN un poco cohibido.

-¿Por qué?

-La grabación de esta mañana se les ha estropeado. Quieren que repitamos la entrevista en directo a las nueve. Me gustaría que intervinieses tú también.

-¿Y qué me van a preguntar?

-Pues... lo que esperas de mí, naturalmente -bromeó él.

-Ya. ¿Estás seguro de que no quieren que vaya a servirte el té con unos pastelillos?

-¡Los de George son mejores! -terció ARENA, que provocó las risas de sus hermanos y contribuyó a aliviar la tensión.

-No estás obligada a venir, pero Arnie cree que es conveniente.

-¡Fantástico! -exclamó Cathy con cara de circunstancias.

La primera dama solía preguntarse dónde estaban los hilos que movía Arnie para manejar a su esposo como si fuese un muñeco.

Bondarenko se había quedado a trabajar hasta altas horas de la noche, o de la madrugada, según el punto de vista. Llevaba veinte horas sentado frente a la mesa de su despacho. Desde que ascendió a general, comprendió que se vivía mucho mejor como coronel. Antes del ascenso, salía a hacer jogging y se las componía para poder dormir con su esposa la mayoría de las noches. En cambio ahora... En fin, siempre aspiró a ascender. Era ambicioso. De lo contrario, ¿por qué iba a ir un oficial del cuerpo de Señales a Afganistán? Pese a su reconocido talento, su etapa de coronel estuvo a punto de ser su desgracia, porque estaba a las órdenes directas de otro coronel que resultó ser un espía (aún se le ponían los pelos de punta al recordarlo).

¿Misha Filitov espía de Occidente? Aquello hizo tambalear su fe en muchas cosas y, sobre todo, su fe en su país, aunque... claro, aquel país ya no existía. La Unión Soviética, en la que se crió y formó, había muerto una fría noche de diciembre. Había sido reemplazada por un país más pequeño y... más cómodo de servir. Era más fácil amar a la Madre Rusia que a un enorme imperio políglota. Ahora, daba la impresión de que todos los hijos adoptados por la Madre Rusia se hubiesen marchado, mientras sus verdaderos hijos seguían a su lado. El resultado era una familia más feliz.

Aunque era también una familia más pobre. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? El enorme e impresionante Ejército Rojo, vencedor de los invasores alemanes en la más brutal de las guerras que recordaba la Historia... Pero aquel Ejército había muerto en Afganistán o, por lo menos, allí quedaron enterrados su espíritu de lucha y su moral, como le ocurrió a EE. UU. en Vietnam. Sin embargo, EE. UU. Se había rehecho y en cambio su país aún estaba en vías de conseguirlo.

¡Tanto dinero malgastado! Desperdiciado en inversiones en provincias que luego se

habían separado. Aquellos ingratos desechos, que la Unión Soviética sostuvo durante generaciones, se habían marchado llevándose buena parte de la riqueza. En algunos casos, incluso les habían vuelto la espalda, y quién sabe si, a no tardar, se convertirían en enemigos, igual que ingratos hijos adoptivos.

Golovko tenía razón. Si se quería conjurar ese peligro, había que afrontarlo en seguida. Pero ¿cómo? Porque combatir a unas cuantas cuadrillas de bandidos chechenos ya venía siendo más que peliagudo.

Bondarenko era ahora jefe de Operaciones. Dentro de cinco años sería teniente general. Pero no se hacía ilusiones al respecto. Era el mejor oficial de su promoción y su comportamiento en los campos de batalla le habían ganado la atención de la cúpula militar (que, en última instancia, era siempre el factor determinante para todo ascenso de esa envergadura). Quizá ascendiese a tiempo de librar la última batalla... perdida. Aunque... quién sabía. En cinco años, con un presupuesto adecuado, y carta blanca para reorganizar el Ejército con un moderno enfoque, podía dotar a las Fuerzas Armadas rusas de un potencial sin precedentes. Se inspiraría, sin complejos, en el modelo norteamericano; como, también sin complejos, utilizaron los norteamericanos tácticas soviéticas en la guerra del Golfo. Pero para que esto fuese posible necesitaba varios años de relativa paz. Si sus Fuerzas Armadas se veían, de continuo, obligadas a hacer de gendarme en sus fronteras meridionales, no podría contar con el tiempo ni la financiación suficientes.

En definitiva, ¿qué debía hacer? Era el jefe de operaciones, y estaba obligado a saberlo. Ésa era su misión: saber qué hacer. Lo malo es que no lo sabía. Por lo pronto, tendría que afrontar un problema en Turkmenistán. Si no atajaba aquél, podía despedirse de sus ilusiones. En el lado izquierdo de su mesa tenía una lista de las divisiones y brigadas disponibles, con su teórico estado de operatividad. En el lado derecho tenía un mapa... demasiado grande para tan parcos efectivos.

-Tiene usted un pelo precioso -dijo Mary Abbot.

-Es que hoy no he operado -repuso Cathy-. El gorrito de marras siempre me lo hace polvo.

-¿Desde cuándo se peina así?

-Desde que me casé.

-¿Y nunca ha cambiado? -exclamó sorprendida la señora Abbot.

Cathy se limitó a negar con la cabeza. Tenía cierto parecido con la actriz Susannah York, o por lo menos con la imagen que recordaba de ella en una película que vio en su época de estudiante en la facultad.

También Jack se peinaba siempre igual, ¿no?

Cathy estaba más nerviosa de lo que aparentaba; más que en su primer día de estudiante de la Facultad de Medicina; más que en su primera intervención quirúrgica (tuvo que cerrar los ojos y gritarles interiormente a sus manos para que dejasen de temblar). Pero por lo menos entonces la obedecían y, bueno... ahora también. De acuerdo, pensó, ésa era la clave. Imaginaría que tenía que operar, y puesto que ella era cirujana, debía saber dominarse.

-Bien, creo que así está bien -dijo la señora Abbot.

-Gracias. ¿Le gusta a usted trabajar con Jack?

-Verá... él detesta el maquillaje, como casi todos los hombres -contestó la señora Abbot sonriente.

-Le confiaré un secreto: yo también lo detesto.

-No he tenido que cargar mucho la mano -comentó la peluquera-. Tiene usted un cutis que apenas lo necesita.

-Gracias -dijo la doctora Ryan, divertida ante aquel comentario «de mujer a mujer».

-¿Puedo hacerle una sugerencia?

-Por supuesto.

-Déjese crecer el pelo dos centímetros y medio más. Podría dejárselo incluso cinco cen-

Librodot

tímetros más largo. Realzará sus facciones.

-Eso mismo me dice Elaine, mi peluquera de Baltimore. Lo intenté una vez, pero como he de llevar gorro en el quirófano, me lo estropea.

-Pues... podemos encargarle unos gorros más grandes. Hemos de mimar a nuestras primeras damas.

«¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?», se preguntó Cathy. Eso debía de ser más barato que trasladarla en helicóptero al trabajo...

-¡Gracias! -dijo Cathy.

-Por ahí; por ese pasillo -le indicó la señora Abbot señalando hacia el despacho Oval.

Era curioso, pero Cathy sólo había estado en el despacho del presidente en dos ocasiones, y sólo en una para ir a ver a Jack. Qué extraño, pensó. Su dormitorio estaba a menos de cincuenta metros del lugar de trabajo de su esposo.

La mesa del despacho le pareció una burda antigualla, pero el despacho en sí era muy grande y ventilado, comparado con el que ella tenía en el John Hopkins, incluso en aquellos momentos, con las cámaras y los focos de la televisión instalados. En la repisa de la chimenea que quedaba frente a la mesa del despacho estaba lo que el Servicio Secreto llamaba la planta más fotografiada del mundo. Los muebles eran demasiado convencionales para ser cómodos y la alfombra con el sello presidencial no podía ser más vulgar, pensó Cathy. Claro que no era una alfombra corriente, pensada para una persona corriente.

-Hola, cariño -dijo Jack, que se acercó a darle un beso antes de presentarla-. Tom Donner y John Plumber...

598

599

-Encantada -saludó Cathy sonriente-. Antes solía escucharlos mientras preparaba la cena.

-¿No la ayuda su marido? -preguntó Donner.

-¿Jack en la cocina? Bueno... con las cosas a la parrilla, pase... Pero la cocina es mi territorio.

Cathy se sentó, mirándolos a los ojos. No era fácil, porque ya habían encendido los focos y tuvo que esforzar la vista. Plumber le cayó bien. Donner... intuyó que ocultaba algo. Percatarse de ello la hizo parpadear y adoptó en seguida su talante de doctora. Sintió el impulso de decirle algo a Jack, pero no había...

-Un momento -dijo el productor.

Andrea Price, como siempre, estaba en el despacho, de pie junto a la puerta de la secretaría (la que daba al pasillo estaba abierta y quedaba justo detrás de Cathy). Jeff Raman montaba guardia allí. Era un tipo malcarado, pensó Cathy. Pero el problema en la Casa Blanca era que la gente le trataba a uno como si fuese el mismísimo Julio César. Resultaba difícil ser mínimamente amable con los visitantes. Siempre daba la impresión de que algo anormal ocurría. Además, Jack y Cathy no estaban acostumbrados a tener servicio. Empleados sí, pero servicio no. Cathy era muy estimada por las enfermeras y los técnicos del John Hopkins porque los trataba a todos como había que tratar a los profesionales, e intentaba hacer lo mismo allí. Sin embargo, por la razón que fuere, las cosas no funcionaban del mismo modo y eso resultaba incómodo, de puro distante.

-Quince segundos.

-¿Qué? ¿Divertido? -musitó Jack.

«¿Por qué puñeta no te quedarías en Merril Lynch?», pensó Cathy casi en voz alta. A estas alturas ya sería todo un vicepresidente ejecutivo... Pero no. Jack nunca habría sido feliz. Jack tenía tanta vocación por su trabajo como ella por la cirugía ocular. En eso, eran iguales.

-Buenas noches -dijo Donner a la cámara desde detrás de los Ryan-. Nos encontramos en el despacho Oval para hablar con el presidente Jack Ryan y la primera dama. Como he dicho en el telediario de la NBC, un problema técnico nos ha estropeado la cinta que hemos grabado esta mañana. El presidente ha tenido la amabilidad de permitirnos volver y hablar en

directo. Muchas gracias, señor presidente...

-Encantado de verlo de nuevo, Tom -le saludó el presidente con desenvoltura.

Cada vez se le daba mejor el disimulo.

-También está con nosotros la señora Ryan...

-Perdone... -interrumpió Cathy muy sonriente-, soy la doctora Ryan. He trabajado mucho para serlo.

-Sí, doctora -dijo Donner con encanto de cardo borriquero-. Son los dos doctores, ¿verdad?

-Sí, señor Donner, Jack en historia y yo en oftalmología.

-Y es usted una distinguida cirujana ocular, galardonada con el premio Lasker -comentó Donner con sonrisa de presentador.

-Llevo trabajando en investigación científica más de quince años. En el John Hopkins todos ejercemos la medicina e investigamos. Trabajo con un maravilloso equipo y, a decir verdad, el premio Lasker fue' más un reconocimiento hacia ellos que hacia mí. Hace quince años, el profesor Bernard Katz me animó a investigar las posibilidades del láser para corregir determinados problemas oculares. Me interesó y, desde entonces, he trabajado en ese campo, además de desarrollar mi actividad como cirujana.

-¿Es cierto que gana usted más dinero que su esposo? -preguntó Donner.

-Bastante más -confirmó ella risueña.

-Siempre he dicho que Cathy era el cerebro de la familia -terció Jack dándole un toquecito en la mano a su esposa-. Su modestia le impide decir que es una de las mejores del mundo en su campo.

-¿Le gusta ser la primera dama?

-¿He de contestar a eso? -dijo Cathy sin perder la sonrisa-. Hemos llegado a la Casa Blanca de un modo atípico, sin esperarlo ni pretenderlo. Y aún no he tenido tiempo de hacerme una idea cabal. Pero quizá no sea muy distinto del trabajo del hospital: llega un accidentado que, como es lógico, no tenía el menor deseo de resultar herido y nosotros hacemos lo que podemos para enmendar el... entuerto (perdón por el chiste fácil). Jack nunca ha rehuido la responsabilidad.

Las palabras de Cathy parecieron dar la luz verde para pasar a la parte sustancial de la entrevista.

-¿Qué me dice usted, señor presidente? ¿Le gusta el cargo?

-Bueno... son muchas horas de trabajo. Pese al tiempo que llevo al servicio del Estado, no imaginaba lo difícil que resulta desempeñar el cargo. Por suerte, tengo un magnífico equipo de colaboradores y abnegados funcionarios.

-¿Cuál cree usted que es la misión del presidente? -preguntó el comentarista John Plumber.

-Como se dice al jurar el cargo, preservar, proteger y defender la Constitución -contestó Ryan-. De momento, nos aplicamos a recomponer el gobierno. Ya hemos completado el Senado y, en cuanto los distintos estados celebren sus elecciones, tendremos también completa la Cámara de los Diputados. He cubierto casi todas las vacantes de los ministerios cuyos titulares han fallecido. Las que faltan por cubrir, las ocupan, interinamente, los respectivos secretarios de Estado.

-Esta mañana hemos hablado de los acontecimientos del golfo Pérsico. ¿Cómo ve usted los problemas de la región?

Esta pregunta la hizo también Plumber. El presidente se desenvolvía bastante bien. Estaba mucho más relajado. Tampoco le pasó inadvertida a John Plumber la mirada de su esposa. No cabía duda de que era una mujer inteligente.

-Lo único que desea nuestro país, acerca de esa región, es paz y estabilidad. Deseamos vivamente establecer relaciones amistosas con la nueva Unión de Repúblicas Islámicas. Ya hay bastante crispación, no sólo en la región sino en el mundo. Me gustaría creer que estamos en vías de superarla. Vivimos en paz con los rusos, después de generaciones de hostilidad. Me

Librodot

gustaría que avanzásemos por ese camino sobre esa base. Aunque sea cierto que la paz no ha reinado nunca del todo en el mundo, no hay razón para que no la consigamos. A lo largo de los últimos veinte años, hemos avanzado mucho en este sentido, John. Queda una ardua tarea, pero el objetivo merece la pena.

-Volveremos con ustedes después de una pequeña pausa -les dijo Donner a las cámaras.

Le pareció notar que Ryan estaba bastante satisfecho de sí mismo. Tanto mejor, que se sintiese confiado.

Uno de los asistentes de la secretaría se acercó con una bandeja con vasos de agua. Todos bebieron un sorbo mientras aguardaban a que acabase la publicidad.

-¿Odia usted todo esto, verdad? -le preguntó Donner a Cathy.

-Si no interfiere en mi trabajo como médico, no me importa. Lo que sí me preocupa son mis hijos. Cuando esto termine, tendrán que readaptarse a la vida de niños normales, porque, como es natural, no los hemos preparado para este mare mágnum.

Tras la contestación de Cathy todos guardaron silencio hasta que terminó la publicidad.

-Hola de nuevo. Seguimos en el despacho Oval con el presidente y la primera dama -dijo Donner-. ¿Qué me dice de los cambios que está introduciendo usted, señor presidente?

-Básicamente, Tom, mi cometido no estriba en introducir cambios sino en restablecer el gobierno. A medida que todo se normalice, intentaremos hacer algunos cambios. He tratado de elegir los miembros del gabinete pensando en conseguir un gobierno más eficiente. Como usted sabe, llevo mucho tiempo al servicio del Estado, y he podido comprobar que hay muchas cosas que no funcionan como deberían. Los contribuyentes pagan muchos impuestos, y tenemos la obligación de velar para que su dinero se emplee acertadamente y con eficiencia. De modo que mi consigna, para los miembros del gabinete, ha sido analizar la situación de sus respectivos ministerios, al objeto de conseguir los mismos objetivos a menor coste.

-Muchos presidentes han dicho lo mismo. -Pero éste lo dice en serio -aseguró Ryan.

-Sin embargo, hasta ahora, el aspecto más destacado de la política seguida por usted ha sido su ataque al sistema tributario -señaló Donner.

-No se trata de atacarlo, Tom, sino de cambiarlo. George Winston goza de toda mi confianza para abordar la reforma del sistema tributario, ya que el vigente es injusto. Por lo pronto, se trata de un sistema ininteligible para la mayoría de las personas y, como consecuencia de ello, el contribuyente ha de contratar a otras personas para que se lo expliquen. Resulta difícil de explicar que el ciudadano tenga que pagar para que le expliquen por qué, cómo y qué ha de pagar. ¿Por qué promulgar leyes que la gente no entiende? ¿Por qué promulgar leyes tan complicadas?

-Pero por lo que se advierte hasta ahora, su administración se propone impulsar un sistema regresivo, no progresivo.

-Ya hemos hablado de eso... -contestó el presidente.

Donner comprendió que lo tenía atrapado. Uno de los puntos débiles de Ryan era que no le gustaba repetirse. Estaba claro que no era un político, porque a los políticos les encantaba repetirse.

-... pero no tengo inconveniente en volver a explicarlo: cobrarles a todos lo mismo es lo justo. Y hacerlo de manera que todo el mundo pueda comprenderlo, nos ahorrará dinero.

-Sin embargo, los porcentajes aplicables a la base imponible de los más ricos descenderán espectacularmente...

-Cierto. Claro que también vamos a eliminar injustas desgravaciones, consecuencia de la ambigüedad del sistema tributario. En la práctica, acabarán por pagar lo mismo o acaso más, un poco más de lo que pagan ahora. El ministro Winston ha realizado un minucioso estudio cuyas conclusiones comparto.

-Señor, es difícil de entender que aplicar un treinta por ciento menos dé como resultado pagar más. No salen las cuentas...

-Pregúntele a su contable y verá -replicó Jack sonriente-. O simplemente analice sus propias desgravaciones, si es que logra entenderlas. Yo he estudiado contabilidad (aprobé el

Librodot

examen antes de ingresar en el cuerpo de Marines), y tampoco entiendo ese laberinto de crípticas explicaciones del sistema tributario. El Estado le hace un flaco favor a los ciudadanos si adopta medidas que el ciudadano no entiende. Y ya está bien. Voy a tratar de remediarlo, por lo menos en parte.

Bingo. A la izquierda de Donner, John Plumber puso cara de circunstancias.

-Me alegra que piense así, señor presidente, porque hay muchas cosas que el pueblo americano querría saber, respecto de las medidas de gobierno. Casi todos sus años de servicio al Estado los ha pasado usted en la CIA.

-Cierto, Tom. Pero tal como le he dicho esta mañana, ningún presidente ha hecho jamás comentarios sobre las operaciones de los servicios de inteligencia. Y existen buenas razones para ello -contestó Ryan confiado, sin advertir que el periodista lo atraía hacia una resbaladiza pendiente.

-Pero señor, usted ha participado personalmente en numerosas operaciones de inteligencia, decisivas para poner fin a la Guerra Fría. Por ejemplo, la defección del submarino nuclear soviético Octubre Rojo. Tuvo usted una intervención decisiva, ¿no es así?

El director seleccionó la cámara para que captase un primer plano de la cara de Ryan, que puso unos ojos como platos. Estaba claro que, como político, Ryan no era un maestro del disimulo.

-Verá usted, Tom, yo...

-Los telespectadores deberían saber que tuvo usted una intervención fundamental en una de las operaciones de espionaje más formidables de la Historia. Nos apoderamos de un submarino nuclear soviético... intacto, ¿no es así?

-Sin comentarios -se limitó a decir Ryan, aunque en esta ocasión ni siquiera el maquillaje pudo disimular que se había quedado lívido.

Incluso Cathy se alarmó.

-Y luego, menos de dos años después, usted provocó la defección del director del KGB soviético.

Jack logró ahora dominar su expresión, pero no el tono de su voz.

-No siga por ese camino, Tom. Especula usted sin fundamento.

-Señor presidente, el tal Nikolai Gerasímov, ex miembro del KGB, vive ahora con su familia en Virginia. El capitán del submarino vive en Florida. No se trata de una fábula, señor, como sabe usted muy bien. No entiendo su reticencia. Desempeñó usted un papel crucial para la paz en el mundo.

-Permítame que le aclare una cosa, Tom: no comentaré nunca cuestiones que afecten a nuestros servicios de inteligencia. Punto.

-Pero el pueblo norteamericano tiene derecho a saber qué clase de hombre se sienta en este despacho.

-He servido a mi país lo mejor que he sabido durante muchos años, Tom. Pero de la misma manera que usted no puede revelar sus fuentes de información, nuestros servicios de inteligencia no pueden revelar muchas de las cosas que hacen, porque eso podría llevar a la muerte a muchas personas.

-Usted ha llevado a algunas, señor presidente. Por su propia mano.

-Sí, en efecto. Más de un presidente ha sido militar y ha tenido que...

-Un momento -interrumpió Cathy, fulminando al presentador con la mirada-. Quiero decir algo. Jack se incorporó a la CIA después de que nuestra familia sufriese un atentado terrorista. De no haber obrado él entonces como lo hizo, ni yo, ni mis hijos ni él estaríamos vivos. Yo estaba encinta de nuestro hijo y los terroristas intentaron matarnos, a mí y a mi hija, en mi coche en Annapolis y...

-Perdone, señora Ryan, pero hemos de dar paso a la publicidad...

-No siga por ahí, Tom. No siga por ahí ni un momento más -protestó Ryan con firmeza-. Si se habla de operaciones secretas en público, se ponen vidas en peligro. ¿Es que no lo entiende?

Librodot

No estaban en antena, pero las cámaras seguían grabando.

-Señor presidente, los ciudadanos tienen derecho a saber, y mi trabajo consiste en informar de los hechos. ¿Acaso he dicho algo que no sea cierto?

-Ni siquiera eso puedo comentar, y usted lo sabe -replicó Ryan.

Fue una respuesta acertada. Pero casi la espetó. «Calma, Jack, calma -se recomendó-. Un presidente no puede perder los estribos y, menos aún, en televisión.» Joder... ¿Marko nunca se prestaría a...? ¿O sí? Era lituano, y acaso le sedujese la idea de convertirse en un héroe nacional, aunque Jack pensaba que podría hacerle desistir. Pero en el caso de Gerasímov era otro cantar. Ryan lo había hundido, lo había amenazado de muerte (a manos de sus compatriotas, aunque poco importase eso ahora para un hombre como él) y lo había despojado de todo su poder. Gerasímov vivía rodeado de comodidades inimaginables para él en la Unión Soviética. Sin embargo, era de la clase de personas que prefería el poder al bienestar material. Gerasímov había aspirado a ocupar el cargo que ahora ocupaba Ryan. Se habría sentido muy a gusto en un despacho como aquél. Pero quienes ambicionaban el poder, solían hacer mal uso de él, y eso los diferenciaba claramente de Jack. Poco importaba en aquellos momentos. No obstante, estaba claro que Gerasímov hablaría con quienes sabrían cómo localizarlo.

«¿Y ahora qué hago?»

-Los saludamos de nuevo desde el despacho Oval, en el que nos encontramos con el presidente y la señora Ryan -repitió Donner para aquellos telespectadores que aún no lo supiesen.

-Señor presidente, es usted un experto en seguridad nacional y en asuntos internacionales -se adelantó a decir Plumber, antes de que su colega pudiese intervenir-. Y nuestra país no sólo ha de afrontar problemas en esos campos. Debe usted nombrar un nuevo Tribunal Supremo. ¿Cómo piensa hacerlo?

-Le pedí al Ministerio de Justicia una lista de jueces con experiencia, ex miembros de tribunales de apelación. Estoy estudiando esa lista y espero someter mis nombramientos al Senado antes de dos semanas.

-Lo habitual es que el Colegio de Abogados asesore al gobierno para seleccionar a tales jueces. Pero es obvio que no se hace así en este caso. ¿Podría preguntarle por qué, señor?

-Todos los jueces de esa lista obtuvieron, en su día, el beneplácito del Colegio de Abogados y, desde entonces, han desempeñado su labor en tribunales de apelación, durante un período de diez años, como mínimo.

-¿La confeccionaron fiscales, esa lista? -preguntó Donner.

-La han confeccionado expertos profesionales del Ministerio de Justicia. El jefe del equipo de selección es Patrick Martin, que acaba de hacerse cargo de la Sección de lo Penal. Lo han asesorado otros funcionarios del Ministerio de Justicia, como el jefe de la Sección de Derechos Civiles, por ejemplo.

-Pero son todos ellos fiscales. ¿Quién le aconsejó usted elegir a Patrick Martin?

-El director en funciones del FBI, Murray, me recomendó a Patrick Martin. Hizo una gran labor en la investigación del siniestro del reactor en el edificio del Capitolio, y le pedí que me confeccionase una lista.

-Usted y el señor Murray son amigos desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

-En efecto.

-¿No es cierto que Murray lo acompañó en una de las operaciones de la CIA?

-¿Cómo dice?

-La operación de la CIA en Colombia, donde usted desarticuló el cártel de Medellín.

-Se lo diré por última vez, Tom. No comentaré nada respecto de operaciones de los servicios de inteligencia, reales o imaginarias. ¿Queda claro?

-Señor presidente: la operación produjo la muerte del almirante James Cutter -prosiguió Donner con expresión compungida-, y circulan versiones para todos los gustos respecto de las actividades de usted en la CIA. Comoquiera que esas versiones no tardarán en ser del dominio público, queremos darle la oportunidad de aclarar las cosas lo antes posible. No ha sido usted

Librodot

elegido para el cargo y, por lo tanto, no se ha ahondado en su historial, como suele ocurrir con todo candidato. El pueblo americano quiere saber quién es la persona que se sienta en este despacho, señor.

-Mire, Tom, el mundo de los servicios de inteligencia es un mundo secreto. Ha de serlo. El Estado ha de hacer muchas cosas, y no todas esas cosas pueden comentarse abiertamente. Todo el mundo tiene secretos. Todo telespectador los tiene también. Usted los tiene. En el caso del Estado, guardar secretos es vital para el bienestar de nuestro país y, también, por cierto, para la seguridad de las vidas de las personas que sirven al Estado. En otros tiempos, los medios de comunicación respetaban estas normas, y no sólo cuando había guerra.

-Pero ¿no cree que a veces el secreto puede volverse en contra de los intereses del país, señor presidente?

-Por eso tenemos una ley que da al Congreso el derecho a supervisar las operaciones de inteligencia. Si fuese el ejecutivo el que decidiese en solitario, sí, tendrían ustedes razones para preocuparse. Pero no es el caso. Y no olviden que el Congreso también me supervisa a mí, ante el que he informado, personalmente, en muchas ocasiones.

-¿Se llevó a cabo una operación secreta en Colombia? Y de ser así, ¿participó usted en ella? ¿Lo acompañó Daniel Murray al citado país, después de la muerte de Emil Jacobs, por entonces director del FBI?

-No tengo nada que decir al respecto.

La cadena volvió a hacer una pausa en la entrevista para dar paso a la publicidad.

-¿Se puede saber por qué nos hacen esto?

Ante la sorpresa de los presentes, la pregunta la hizo Cathy.

-Señora Ryan...

-Doctora Ryan -atajó ella de inmediato.

-Perdone, doctora Ryan, pero eso está fuera de lugar.

-Ya pasamos por esto una vez. Intentaron destrozar nuestro matrimonio... todo a base de una sarta de mentiras, también, y...

-Cathy... -dijo Jack en tono sosegado.

-Ya sé de qué va eso, Jack -le susurró ella.

-No, Cathy, no lo sabes. No del todo.

-Ése es el problema -señaló Tom Donner-. No son cuestiones que vayan a quedar en el olvido. La gente quiere saber. Y tiene derecho a saber.

De haber justicia en el mundo, pensó Ryan, se habría levantado, le habría tirado el micrófono a Donner y le hubiese pedido que saliese inmediatamente de su casa. Pero no podía hacerlo y, pese a todo su poder, tendría que soportar el interrogatorio, atrapado como un criminal.

-Sé que es una cuestión delicada para usted, señor presidente -dijo el presentador tras encenderse de nuevo las cámaras.

-De acuerdo, Tom, le diré lo siguiente: durante el tiempo que trabajé en la CIA tuve, a veces, que servir a mi país en operaciones que no podrán hacerse públicas hasta dentro de muchos años. Pero nunca he quebrantado la ley. Además, mis actividades fueron, en todos los casos, supervisadas por la correspondiente comisión del Congreso. Y me va a permitir usted que le diga por qué ingresé en la CIA. No era mi vocación. Mi vocación era la docencia, y enseñaba historia en la Academia Naval. Me encanta enseñar; aparte de que mi trabajo en la academia me dejó tiempo para escribir un par de libros de historia, pues también eso me gustaba. Pero un mal día un grupo terrorista atentó contra mí y contra mi familia. Atentaron contra nosotros en dos ocasiones. Lo saben ustedes perfectamente, porque salí en todos los medios de comunicación al producirse los hechos. Entonces decidí que mi sitio estaba en la CIA. ¿Por qué? Para proteger a otros del mismo peligro. Nunca me gustó demasiado, pero era el trabajo que decidí que debía hacer. Y ahora estoy aquí, y ¿sabe qué?: tampoco este trabajo me gusta demasiado. No me gusta la presión. No me gusta la responsabilidad. Nadie debería tener tanto poder. Pero... aquí estoy. Juré desempeñar el cargo lo mejor que supiera y eso es lo que

Librodot

hago.

-Pero señor presidente, es usted la primera persona que se sienta en este despacho sin ser una figura política. Su posición, acerca de muchas cuestiones, no ha sido nunca contrastada por la opinión pública. Y lo que tiene preocupada a muchas personas es que parece apoyarse en personas que, al igual que usted, no han ocupado nunca altos cargos públicos. El peligro, tal como lo ven muchos, es que un pequeño grupo de personas, faltas de experiencia política, oriente lo que puede ser la política de nuestro país durante mucho tiempo. ¿Qué tiene usted que decir ante tal preocupación?

-Pues que es la primera vez que le oigo a alguien expresarla, Tom.

-También se le critica, señor presidente, que pase tanto tiempo en este despacho y tan poco entre la gente. ¿No ve usted eso como un problema? -dijo Donner, que, lanzada la piedra, trataba de esconder la mano.

-Por desgracia -contestó Ryan- tengo mucho trabajo que hacer, y he de desarrollarlo en este despacho. En cuanto al equipo de colaboradores que he elegido, ¿por dónde quiere que empiece?

A Cathy le sudaban las manos, de pura indignación.

-El ministro de Asuntos Exteriores, Scott Adler, es un diplomático de carrera, hijo de un superviviente del holocausto judío, de los campos de exterminio nazis. Es la persona más preparada que conozco para estar al frente de la política exterior. El ministro de Economía y Hacienda, George Winston, es un hombre que ha subido a pulso. Durante el conflicto con Japón, intervino decisivamente en la salvación de nuestro sistema financiero. Es persona muy respetada en los medios financieros internacionales, y piensa siempre muy bien lo que hace. El ministro de Defensa, Anthony Bretano, es un prestigioso ingeniero y empresario que ya ha abordado reformas muy necesarias en el Pentágono. El director del FBI, Dan Murray, es un hombre que ha dedicado toda su vida al servicio de la policía, y con una gran hoja de servicios. ¿Sabe cómo elijo a mis colaboradores, Tom? Elijo profesionales, personas que conozcan el trabajo por haberlo hecho. Si cree usted que eso es equivocado, pues... lo siento. He pasado muchos años al servicio del Estado, y tengo más confianza en los profesionales que he conocido que en los «cargos políticos», como los llaman ustedes. Y, ah, por cierto, ¿cree que eso es muy distinto de lo que hace el político profesional, que nombra a quienes conoce, o peor aún, a quienes han contribuido a la organización de su campaña?

-Muchos aducirán que la diferencia estriba en que normalmente se nombra para los altos cargos a personas con mucha más experiencia.

-No soy de la misma opinión. Y he trabajado a las órdenes de tales cargos durante muchos años. He nombrado a personas cuya capacidad profesional me consta. Además, el presidente tiene derecho, con la aprobación del Congreso, a elegir a las personas que considere idóneas para trabajar con él.

-Pero con tan ardua tarea por delante, ¿cómo espera poder llevarla a buen puerto, sin la guía de políticos con experiencia? Porque se trata de política, señor presidente.

-Puede que ése sea el problema -dijo Ryan-. Quizá tengamos una idea equivocada de lo que es la política, Tom. Yo no he pedido ocupar este cargo. Roger Durling me pidió que aceptase la vicepresidencia hasta el fin de su mandato, y acepté a condición de que, luego, me permitiría retirarme definitivamente. Lo que yo quería era volver a la docencia. Luego ocurrió la horrible tragedia y... aquí estoy. No soy un político. Nunca quise serlo, y sigo sin considerarme un político. ¿Soy la persona idónea para ocupar este cargo? Quizá no. Pero lo que sí soy es el presidente de los Estados Unidos, he de cumplir con mi deber y voy a cumplirlo lo mejor que sepa.

-Pues eso es todo. Muchas gracias, señor presidente.

Nada más apagarse los pilotos de las cámaras, Jack se desprendió el micrófono de la corbata y se levantó. Cathy fulminó con la mirada a Donner y a Plumber.

-¿Por qué nos hacen esto?

-¿Cómo dice? -exclamó Donner.

Librodot

-¿Por qué la gente como ustedes se dedica siempre a atacar a personas como nosotros? ¿Qué hemos hecho para recibir semejante trato? Mi esposo es el ser humano más honrado que he conocido.

-Nos limitamos a hacer preguntas.

-¡No me venga con ésas! Se trata de su manera de preguntar, de las preguntas que ha elegido y de las afirmaciones que se ha permitido hacer.

Plumber y Donner no replicaron, y los Ryan salieron del despacho sin añadir más. Entonces entró Arnie.

-Muy bien -dijo el jefe de Estado Mayor mirando a Donner y a Plumber-. ¿Quién ha urdido esta canallada?

-Lo han hecho papilla -dijo Holbrook.

Habían aprovechado un descanso para ver la entrevista. Siempre era bueno conocer al enemigo.

-Es un tipo de temer -replicó Ernie Brown pensativo-. Por lo menos, con los políticos sabe uno de antemano que son unos sinvergüenzas. Pero este tipo... ¡madre mía!, me temo que nos las tendremos que ver con un Estado policía, Pete.

Era una perspectiva poco tranquilizadora para los Mountain Men. Brown siempre había considerado a los políticos la hez de la Tierra. Pero de pronto caía en la cuenta de que no era así. Los políticos jugaban al juego del poder porque les gustaba; les gustaba el poder y manipular a las personas, porque así se sentían importantes. Ryan era peor porque creía en lo que hacía.

-Mal asunto -musitó Brown-. ¡Menudo Tribunal Supremo pretende nombrar!

-Lo han hecho quedar como un insensato, Ernie.

-No, ni mucho menos. ¿Es que no te das cuenta? No han hecho más que hacerse el juego.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

Librodot

VOLUMEN II

33

Repercusiones

La noticia apareció en la primera plana de todos los diarios importantes. Los más audaces llegaron a publicar fotos de las casas de Marko Ramius -que en ese momento no estaba. y de la familia Gerasimov. Gerasimov sí estaba pero un guardia de seguridad los instó a retirarse después de haber sido fotografiado más de cien veces.

Donner entró muy temprano a trabajar y fue el más sorprendido de todos. Plumber ingresó a su oficina cinco minutos después, sosteniendo en alto la primera página del *New York Times*.

-¿Entonces quién envolvió a quién, Tom?

-No entiendo...

-Un poco débil como estrategia, eso sí -observó ácidamente su compañero.. Supongo que después de la entrevista la gente de Kealty tuvo otra charla informal contigo. Pero tú los atrapaste a todos, ¿no? Si alguna vez llega a saberse que la cinta no estaba estro...

-Nunca se sabrá -lo cortó Donner.. Y tanta repercusión hace que nuestra entrevista se vea mejor.

-¿Mejor para quién? -preguntó Plumber yendo hacia la puerta. También era temprano para él y su primer pensamiento irrelevante del día fue que Ed Murrow jamás habría usado spray para el cabello.

El doctor Gus Lorenz terminó temprano su reunión de personal. La primavera estaba llegando a Atlanta. Árboles y arbustos estaban empezando a florecer y pronto el aire se colmaría de las fragancias que habían hecho famosa a la ciudad... y también de grandes cantidades de polen, pensó Gus, lo que empeoraría su sinusitis... aunque era un precio justo a pagar por vivir en una ciudad tan vibrante y a la vez tan típicamente provinciana. Una vez concluida la reunión y vestido con su saco blanco de laboratorio, Lorenz se dirigió a su feudo privado en el Centro de Control y Prevención de Enfermedades. El CDC (la -P. jamás fue agregada a la sigla) era una de las joyas preciosas del gobierno, una agencia de elite que era uno de los centros de investigación médica más prestigiosos del mundo... muchos dirían que el más prestigioso. Y por esa razón atraía a los mejores profesionales. Algunos se quedaban. Otros se iban a enseñar a las facultades nacionales de medicina, pero todos quedaban marcados para siempre como gente del CDC, así como otros alardeaban de haber servido en el Cuerpo de Marines, y casi por la

Fueron los primeros que el país envió a sitios problemáticos. Fueron los primeros en combatir enfermedades en vez de enemigos armados, y ese sello distintivo creó un *esprit de corps* que retuvo en el CDC a la mayoría de ellos... a pesar de los magros salarios que pagaba el gobierno.

-Buen día, Melissa -Lorenz saludó a su asistente jefe de laboratorio... Melissa ya tenía la maestría y estaba terminando su doctorado en biología molecular en la vecina Universidad de Emory. Una vez doctorada obtendría un importante ascenso.

-Buen día, doctor. Ha vuelto nuestro amigo -agregó.

-¿Ah, sí? -El espécimen estaba bajo el microcospio. Lorenz se sentó, pensativo, tomándose su tiempo como de costumbre. Chequeó las planillas para identificar la muestra: 98-3-063A. Sí, los números coincidían. Sólo era cuestión de acercar más la lente... y sí, ahí estaba: el Cayado de Pastor.

-Tiene razón. ¿El otro anda por allí?

-Sí, doctor.

La pantalla de la computadora se dividió en dos mitades verticales y un espécimen de 1976 apareció junto al primero. No eran absolutamente idénticos. La curva al final de la cadena de ARN aparentemente no se repetía jamás, como los copos de nieve, pero eso no tenía la menor importancia. Lo que importaba eran las curvas de proteínas en la parte superior, que evidentemente eran...

-Variedad Mayinga -dijo sin inmutarse.

-Estoy de acuerdo -dijo Melissa a sus espaldas. Se inclinó hacia adelante para tipear la denominación de la muestra reciente: -063B.. Fue muy difícil aislarlos pero...

-Sí, idénticos nuevamente. ¿Éste es el de la niña?

-Sí, una niña muy pequeña. -Ambos investigadores hablaban con tono distante. El ser humano puede soportar una excesiva exposición a la tristeza sólo si activa el mecanismo defensivo de la mente. Entonces las muestras son sólo eso, muestras, y nada tienen que ver con la gente que las originó.

-De acuerdo, tengo que hacer algunas llamadas.

Mantuvieron separados a los dos grupos por razones obvias. De hecho, ninguno conocía la existencia del otro. Badrayn habló con el primer grupo de veinte. Estrella de Cine se encargó de hacerlo con el segundo, de nueve. La información fue la misma en ambos casos. Irán era una nación-estado con los recursos propios de toda nación-estado. El Ministerio del Exterior tenía una Oficina de Pasaportes y el Tesoro tenía un departamento encargado de imprimir y estampillar. Ambas dependencias imprimían pasaportes de todos los países y duplicaban las estampillas de entrada y salida. De hecho era posible preparar esa clase de documentación en muchísimos lugares, casi siempre de mane-ra ilegal, pero el recurso iraní proporcionaba mayor calidad sin el riesgo de revelar el lugar de origen.

Perversamente, la más importante de las dos misiones era la más segura en términos de peligro físico inminente... bueno, según el punto de vista. Badrayn leyó sus miradas. La sola idea de lo que estaban por hacer hubiera hecho enrojecer de vergüenza a cualquiera, aunque tratándose de esa gente era sólo un ejemplo más de los caprichos de la naturaleza humana. El trabajo, les dijo, sería simple. Entrar. Entregar. Salir. Destacó la absoluta seguridad del proceso, siempre que siguieran los pasos previstos. No habría contactos con la otra parte. No eran necesarios y su falta aumentaría la seguridad de los procedimientos. Cada uno elegiría qué -disfraz. adoptar y debido a los parámetros de la misión no tenía importancia que más de uno eligiera el mismo. Lo que importaba era que se desempeñaran adecuadamente, y por eso cada viajero escogería un campo de actividades del que tuviera cierto conocimiento. Casi todos tenían estudios universitarios, y los que no los tenían eran capaces de hablar de negocios o maquinarias o lo que fuera hasta aburrir a los oficiales de aduana.

Estrella de Cine se sentía casi como un asesino, pero ya lo había hecho antes, aunque de segunda mano. Hacerlo de primera mano siempre era peligroso... y ésa prometía ser la misión más peligrosa de los últimos años.

Era pavoroso que no se dieran cuenta. Cada uno se sentía interiormente la piedra en la honda de Alá, sin pensar que por su misma naturaleza la piedra sólo sirve para ser arrojada. O tal vez no. Tal vez tuvieran suerte y, para esa eventualidad, les proporcionaba la mejor información que había podido conseguir. La tarde sería la mejor hora, antes de que la gente saliera de trabajar. Lo mejor sería utilizar autopistas atestadas para confundir a sus perseguidores. Él mismo entraría en acción, les prometió, para facilitarles la huida final... *si llegaban*.

Librodot

-De acuerdo, Arnie, ¿qué está pasando? -preguntó Ryan. Afortunadamente Cathy no tenía ninguna cirugía programada para ese día. Había tenido una mala noche y su estado mental no era propicio para trabajar normalmente. Él no estaba mucho mejor, pero hubiera sido injusto maltratar por eso a su jefe de staff.

-Bueno, es seguro que alguien de la CIA está filtrando información, o tal vez alguien de la Colina, alguien que conoce algunas cosas que hiciste.

-Los únicos que saben lo de Colombia son Fellows y Trent. Y también saben que Murray no estuvo allí... no exactamente, en todo caso. El resto de la operación es secreto.

-¿Qué pasó en realidad? -Arnie tenía necesidad de saberlo. El presidente gesticulaba y hablaba como quien le explica a sus padres una cuestión delicada.

-Hubo dos operaciones: SHOWBOAT y RECIPROCITY. Una de ellas involucraba ingresar tropas en Colombia para cazar contrabandos aéreos de drogas. Pero esos vuelos fueron derribados...

-¿Cómo?

-La Fuerza Aérea les disparó... bueno, algunos fueron interceptados y sus tripulaciones fueron arrestadas y procesadas discretamente. Pasaron más cosas, Emil Jacobs fue asesinado, e implementamos RECIPROCITY. Empezamos a tirar bombas en ciertos lugares. Se nos fue un poco la mano. Murieron algunos civiles y todo empezó a desmoronarse.

-¿Desde cuándo lo sabías?

-No lo supe hasta el final. Jim Greer estaba agonizando y yo me ocupaba de su trabajo, pero el asunto pertenecía mayormente a la OTAN. No me enteré de nada hasta que empezaron a caer las bombas... en ese momento estaba en Bélgica. Lo vi por televisión, ¿te das cuenta? Cutter dirigía la operación. Convenció al juez Moore y a Bob Ritter para iniciarla y luego trató de cancelarla. Así fue como el río salió de madre. Cutter quiso hacer desaparecer a los soldados. Yo lo descubrí. Entré a los registros personales de Ritter. Bajé a Colombia con el equipo de rescate y logramos sacar a la mayoría. No fue nada divertido -le aseguró Ryan.. Hubo disparos y yo manejé uno de los fusiles del helicóptero. Buck Zimmer, un sargento de la tripulación, resultó muerto en la última operación de rescate y desde entonces nos ocupamos de su familia. Liz Elliot se enteró y trató de usar la información en mi contra.

-Hubo más que eso -observó Van Damm.

-Sí, claro. Tenía que reportar las operaciones al Comité pero no quería que el gobierno se desmembrara. Entonces lo hablé con Trent y Fellows y fui a ver al presidente. Hablamos un rato, salí del despacho, y luego Sam y Al hablaron otro rato con él. No sé qué acordaron pero...

-Pero perdió la elección. Echó a su jefe de campaña y su campaña fue un verdadero desastre. Dios santo, Jack, ¿qué hiciste? -preguntó Arnie. Había empalidecido, pero por razones políticas. Y pensar que estaba convencido de haber manejado una campaña brillante y exitosa para Bob Fowler, logrando derrotar a un presidente muy popular. Pero no, en realidad había gato encerrado. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Ryan cerró los ojos. Acababa de revivir una noche horrenda.

-Terminé una operación técnicamente legal, pero justo al borde. La terminé con discreción. Los colombianos no se enteraron. Creí haber evitado otro Watergate doméstico... y un espantoso incidente internacional. Sam y Al sellaron los registros, que no podrán abrirse hasta que estemos todos muertos. El que filtró la información debe haber oído un par de rumores y atado cabos. ¿Me preguntas qué *hice*? Creo que obedecí la ley lo mejor que pude... No, Arnie, no violé la ley. Seguí las reglas. No fue fácil, pero lo hice. -Abrió los ojos.

-¿Por qué no informaste directamente al Congreso y...?

-Piénsalo un poco -dijo el presidente.. Eso no era lo único que pasaba en aquel momento, ¿correcto? Europa Oriental empezaba a despegarse, la Unión Soviética estaba a punto de colapsar, pasaban cosas realmente importantes y si nuestro gobierno se desmoronaba... demonios, creo que hubiera habido un verdadero desastre mundial. Estados Unidos no podía... no hubiéramos podido ayudar al restablecimiento de Europa de haber estado metidos en un es-

Librodot

cándalo doméstico. Y yo fui el que tuvo que hacer la llamada y encargarse de la acción, *en ese mismo momento*, para evitar que mataran a nuestros soldados. Piénsalo un poco, ¿quieres?

-Arnie, no pude pedirle consejo a nadie, ¿entiendes? El almirante Greer estaba muerto. Moore y Ritter estaban comprometidos. El presidente estaba hundido hasta el cuello en el asunto... en aquel momento pensé que *él* manejaba los hilos a través de Cutter... pero no, quedó involucrado por la incompetencia política de ese bastardo. No sabía adónde ir y pedí ayuda al FBI. No podía confiar en nadie excepto en Dan Murray y Bill Shaw, y en uno de los nuestros en Langley para el aspecto operativo. Bill -¿sabías que era J-D.?. me ayudó en la parte legal y Murray colaboró en el rescate. Iniciaron una investigación sobre Cutter. Fue un operativo codificado, creo que lo denominaron ODYSSEY. Estaban a punto de presentarlo ante un magistrado oficial, pero Cutter se suicidó. Un agente del FBI lo seguía a pocos metros cuando se tiró abajo del ómnibus. Tú lo conoces, Pat O-Day. Ninguno de nosotros violó la ley, *jamás*, excepto Cutter. Las operaciones propiamente dichas están dentro de la Constitución... al menos eso me aseguró Shaw.

-Pero políticamente...

-Sí, ya sé, no soy tan ignorante. Y aquí me tienes, Arnie. No violé la ley. Serví a los intereses de mi país lo mejor que pude dadas las circunstancias... y mira qué bien me fue.

-Maldición. ¿Cómo fue que nunca se lo dijeron a Bob Fowler?

-Fue cosa de Sam y Al. Pensaban que, de decírselo, hubieran envenenado la presidencia de Fowler. Además, ni siquiera sé *qué* le dijeron al presidente, ¿te das cuenta? Nunca quise saberlo y nunca me enteré. Lo único que tengo son especulaciones... aunque muy buenas -admitió Jack-, pero eso es todo.

-Jack, pocas veces me ha pasado no saber qué decir.

-Dilo de todos modos -ordenó el presidente.

-La cosa va a saberse. Los medios tienen suficiente información para atar algunos cabos y el Congreso se verá obligado a investigar. ¿Y los otros temas?

-Todo es verdad -dijo Ryan.. Sí, nos apoderamos de *Octubre Rojo*, sí, yo mismo saqué a Gerasimov. Casi me cortan la cabeza por eso, pero aquí me tienes. Si no lo hubiéramos hecho, Gerasimov hubiera ayudado a derrocar a Andrey Narmonov... y todavía existiría el Pacto de Varsovia y los malos viejos tiempos no habrían llegado a su fin. De modo que comprometimos al bastardo y no le quedó otra opción que subir al avión. Todavía está furioso con nosotros, a pesar de todo lo que hicimos para ayudarlo, pero sé que su esposa e hija gustan de Estados Unidos.

-¿Mataste a alguien? -preguntó Arnie.

-En Moscú no. En el submarino sí... el tipo estaba intentando que el submarino se autodestruyera. Mató a un oficial e hirió a otros dos, pero yo me encargué de liquidarlo... y tuve pesadillas durante años a raíz de eso.

En otra realidad, pensó Van Damm, su presidente sería un héroe. Pero la realidad y la política pública tenían poco en común. Ryan había omitido contarle su historia con Bob Fowler y el abortado lanzamiento nuclear. El jefe de staff había averiguado algo por las suyas y sabía que Bob Fowler estuvo a punto de sufrir un colapso al comprender que le habían impedido cometer un asesinato en masa a escala hitleriana. Una frase de Victor Hugo en *Les Misérables* lo había impresionado profundamente: -Qué malo puede ser el bien.. Ahora estaban frente a uno de esos casos. Ryan había servido al país bien y con bravura más de una vez, pero nada de lo que había hecho sobreviviría a la opinión pública. La inteligencia, el amor a la patria y el coraje se sumarían a una serie de eventos que cualquiera podía transformar en escándalo. Y Ed Kealty sabía cómo hacerlo.

-¿Cómo haremos para controlar esto? -preguntó el presidente.

-¿Hay algo más que yo deba saber?

-Los archivos sobre *Octubre Rojo* y Gerasimov están en Langley. En cuanto a lo de Colombia, bueno, ya sabes todo. No estoy seguro de tener derecho legal a abrir los registros sellados. Por otra parte, ¿estás interesado en desestabilizar a Rusia? Con esto lo lograrás.

Librodot

Octubre Rojo, pensó Golovko, contemplando el altísimo cielo raso de su oficina.

-Ivan Emmetovich, astuto bastardo... *Zvo tvoyu maht*! -exclamó.

La maldición fue proferida con admiración callada. Desde el primer momento había subestimado a Ryan y a pesar de todos los contactos, directos e indirectos, que habían mantenido desde entonces, debía admitir que jamás había dejado de subestimarlo. Entonces, ¡había comprometido a Gerasimov con *eso*! Y al hacerlo había salvado a Rusia, tal vez ..-pero se suponía que un país debía salvarse desde adentro, no desde afuera. Se suponía que ciertos secretos debían guardarse para siempre, porque protegían a todos por igual. Éste era uno de esos secretos. Ahora ambos países quedarían deshonrados. Para los rusos significaba la pérdida de un importante activo nacional por alta traición... peor aún, algo que sus organismos de inteligencia no habían descubierto, lo que resultaba increíble si se pensaba un poco, pero las posibilidades elucubradas en el momento habían resultado convincentes y la pérdida de dos submarinos en la misma operación era algo que la Armada soviética obviamente anhelaba olvidar... y por consiguiente no habían proseguido las investigaciones.

Sergey Nikolayevich conocía mejor la segunda parte que la primera. Ryan había impedido un *coup d-état*. Supuso que Ryan podría haberle dicho lo que estaba ocurriendo y dejado todo en manos de los organismos internos de la Unión Soviética... pero no. Los servicios de inteligencia sacaban provecho de todo y Ryan hubiera sido un imbécil de no haber aprovechado la ocasión. Seguramente Gerasimov habría cantado como un canario -conocía la metáfora occidental. y vomitado todo lo que sabía. De esa manera habían identificado a Ames, estaba seguro, y en su momento Ames había sido una mina de diamantes para la KGB.

Y siempre creíste que Ivan Emmetovich era un talentoso aficionado, se reprochó Golovko.

Pero hasta su admiración profesional quedó congelada. Rusia pronto necesitaría ayuda. ¿Cómo haría para pedírsela a alguien que había manejado los hilos de la política interna soviética como un titiritero? Lanzó otra maldición al darse cuenta.

Las aguas públicas son libres para el paso de todos, y la Armada no podía hacer otra cosa que evitar que la embarcación arrendada se acercara demasiado al Muelle Ocho-Diez. Pronto se le unió otra, y enseguida otras más, hasta que un total de once cámaras apuntó al muelle ahora vacío por la partida de la mayoría de los submarinos misilísticos de Estados Unidos... y por la ausencia de otro, no norteamericano, que había pasado allí... o al menos eso se rumoreaba.

Se podía acceder por computadora a los registros del personal de la Armada, y muchos lo estaban haciendo para identificar a los ex tripulantes del USS *Dallas*. Una madrugadora llamada a COMSUBPAC, concerniente a su período al mando del *Dallas,* fue interceptada por su jefe de relaciones públicas, quien estaba preparado para no responder preguntas sobre temas escabrosos. Ese día trabajaría más que nunca. Igual que otros.

-Habla Ron Jones.

-Soy Tom Donner de la NBC.

-Qué bien -dijo Jones secamente.. Yo miro la CNN.

-Bueno, tal vez le interese vernos esta noche. Me gustaría hablarle sobre...

-Leí el *Times* esta mañana. Siempre lo recibimos. Sin comentarios -agregó.

-Pero...

-Pero sí, fui tripulante de submarino y nos llaman el Servicio Silencioso. Además, eso fue hace mucho tiempo. Ahora tengo mi propio negocio. Soy casado, tengo hijos y casa propia, ¿entiende?

-Usted estaba encargado del sonar a bordo del USS *Dallas* cuando...

-Señor Donner, firmé un pacto de secreto al dejar la Armada. No hablo de las cosas que hicimos, ¿entendido? -Era su primer encuentro con un periodista y superaba todo lo imagina-

Librodot

ble para él.

-Entonces, lo único que puede decirnos es que eso jamás ocurrió.

-¿Qué cosa jamás ocurrió?

-La deserción de un submarino ruso llamado *Octubre Rojo*.

-¿Sabe qué es lo más loco que escuché como encargado del sonar?

-¿Qué?

-Elvis Presley -cortó. Acto seguido, llamó a Pearl Harbor.

Al rayar el alba los camiones de la televisión atravesaron Winchester, Virginia, como los ejércitos de la Guerra de Secesión que en el pasado intercambiaron la posesión de esa ciudad más de cuarenta veces.

En realidad no era propietario de la casa. Tampoco podía decirse que fuera propiedad de la CIA. El título de propiedad del terreno estaba a nombre de una corporación, a su vez propiedad de una fundación cuyos directores eran oscuros; pero dado que la propiedad de bienes raíces en Estados Unidos es cuestión de registro público, y dado que todas las corporaciones y fundaciones también lo son, la información pertinente se podría obtener en menos de dos días, a pesar de que los rótulos de los archivos proclamaban a las claras la incompetencia de los empleados municipales para encontrar documentos.

Los periodistas tenían fotos y algo de información sobre Nikolay Gerasimov. Los reporteros gráficos colocaron sus cámaras sobre trípodes y utilizaron lentes largas para enfocar las ventanas, a un cuarto de milla de distancia, más allá de unos caballos que ramoneaban el pasto dándole un toque de distinción a la historia: LA CIA TRATA AL EX ESPÍA RUSO A CUERPO DE REY.

Los dos guardias de seguridad de la casa se estaban volviendo locos y llamaban a Langley para pedir instrucciones, pero la oficina de asuntos públicos de la CIA -institución de por sí extraña. no tenía artimañas al respecto excepto el consabido argumento del respeto a la propiedad privada (los abogados de la CIA ya estaban determinando si lo de -propiedad privada. era legalmente aplicable dadas las circunstancias) que, como tal, no podía ser invadida.

-Tal vez se vayan -dijo María, apareciendo a su lado.

-No creo.

-Entonces debemos quedarnos adentro hasta que se vayan -dijo su esposa, aterrada ante lo que estaba pasando.

Él negó con la cabeza.

-No, María.

-¿Y si nos mandan de vuelta?

-No lo harán. No pueden. Con los desertores no se hace eso. Es una regla -le explicó.. Nunca mandamos de vuelta a Philby, a Burgess o a MacLean... borrachos y degenerados. Oh, no, los protegimos, les compramos alcohol y les permitimos disfrutar de sus perversiones, porque ésa es la regla.

Terminó el café y fue a dejar la taza en el lavaplatos. Miró el artefacto con una sonrisa burlona. Ni en su departamento de Moscú ni en su dacha de las Colinas Lenin -probablemente vueltas a bautizar desde su partida. había un aparato como ése. Tenía sirvientes que le lavaban los platos. Ya no. En Estados Unidos la conveniencia sustituía al poder y la comodidad al status.

Sirvientes. Todo podría haber sido suyo. El status, los sirvientes, el poder. Ryan le había robado su destino, la clara alegría del poder y la responsabilidad, la felicidad de ser árbitro de los destinos de su nación... y luego había ganado el mismo destino para él y el imbécil no sabía cómo usarlo. La desgracia mayor era haber sido derrotado por semejante idiota. Bueno, todavía quedaba algo por hacer, ¿no? Entró a la habitación que daba al fondo, eligió una chaqueta de cuero y salió. Lo pensó un momento. Sí, encendería un cigarrillo e iría hacia ellos, a cuatrocientos metros de distancia. En el camino consideraría la mejor manera de expresar su gratitud al presidente Ryan. No había dejado de estudiar a Estados Unidos, y sus observaciones acerca de la manera de pensar de los medios le resultarían asombrosamente útiles, pensó.

Librodot

-Skipper, ¿te desperté? -preguntó Jones. Eran alrededor de las cuatro de la mañana en Pearl Harbor.

-No del todo. Sabes, mi PAO es mujer y está embarazada. Espero que este escándalo no la haga parir antes de tiempo. -El vicealmirante Mancuso estaba en su escritorio. Su teléfono, siguiendo sus instrucciones, no sonaba si no tenía una buena razón para hacerlo. Un viejo compañero de armas era una buena razón.

-Recibí una llamada de la NBC preguntando sobre aquel trabajito que hicimos en el Atlántico.

-¿Qué les dijiste?

-¿Qué crees, Skipper? Nada. -Al honor requerido por la situación se sumaba el hecho de que Jones seguía trabajando con la Armada.. Pero...

-Sí, pero alguien hablará. Siempre habla alguien.

-Ya saben demasiado. El *Today Show* está transmitiendo en vivo desde el Muelle Ocho-Diez en Norfolk. Te imaginarás lo que están diciendo.

Mancuso pensó en encender el televisor de su oficina, pero era demasiado temprano para el noticiero matutino de la NBC... no. Lo prendió y seleccionó la CNN. Estaban a punto de transmitir la noticia de la hora.

-La próxima vez preguntarán por aquel otro trabajo que hicimos, el del nadador.

-Estamos en línea abierta, Jones -le advirtió CONSUBPAC.

-No dije dónde, Skipper. Sólo quiero que lo tengas en cuenta.

-Sí -admitió Mancuso.

-Tal vez puedas decirme una cosa.

-¿Qué cosa, Ron?

-¿Cuál es el problema? Quiero decir, claro, yo no hablaré ni tú tampoco, pero seguramente algún otro hablará. Es una historia de mar demasiado buena para no contarla. ¿Pero qué hay detrás de esto, Bart? ¿Cuál es el problema? ¿Acaso no hicimos lo correcto?

-Creo que sí -replicó el almirante.. Pero supongo que a la gente no le gustará la historia.

-Sabes, espero que Ryan conserve la presidencia. Voy a votar por él. Fue extraordinario eso de arrancarle la cabeza a la KGB y...

-¡Ron!

-Skipper, sólo estoy repitiendo lo que dicen por televisión, ¿entendido? En lo que a mí atañe, no sé nada de eso. *Maldición*, pensó Jonesy, *es una maravillosa historia de mar. Y absolutamente verdadera.*

Al otro extremo de la línea, la gráfica de -Breaking News. apareció en la pantalla de Mancuso.

-Sí, yo soy Nikolay Gerasimov -su rostro apareció en los televisores del mundo entero. Había por lo menos cuarenta periodistas arracimados al otro lado del muro de piedra y lo más difícil era descifrar una de las tantas preguntas que vociferaban.

-¿Es cierto que usted fue...?

-¿Es...?

-¿Fue...?

-¿Es cierto que...?

-Silencio, por favor -Gerasimov alzó una mano. Quince segundos después se hizo silencio.. Sí, alguna vez fui director de la KGB. El presidente Ryan me indujo a desertar y desde entonces he vivido en Estados Unidos con mi familia.

-¿*Cómo* lo indujo a desertar? -gritó un reportero.

-Debe comprender que el negocio de inteligencia es algo rudo, como dicen ustedes. El señor Ryan sabe jugar el juego. En aquella época había gran lucha de poder. La CIA se opuso a mi facción y en favor de Andrey Il-ych Narmonov. El señor Ryan vino a Moscú como supuesto asesor de las conversaciones START. Aseguró que quería darme información para hacer suceder el encuentro, ¿sí? -Gerasimov había decidido disimular su conocimiento del

Librodot

idioma inglés para parecer más creíble ante cámaras y micrófonos.. Realmente, pueden decir que me atrapó con acusación de que yo iba a crear, ¿cómo dicen ustedes? ¿traición? No era verdad, pero efectivo, y así decido venir a Estados Unidos con mi familia. Vengo por avión. Mi familia viene por submarino.

-¿Cómo? ¿En submarino?

-Sí, en submarino *Dallas.* -Hizo una pausa y sonrió satisfecho.. ¿Por qué son tan duros con el presidente Ryan? Sirve a su país bien. Un espía magistral -aseveró con admiración.

-Bueno, adiós primicia -Bob Holtzman enmudeció el televisor y miró a su editor en jefe.

-Lo siento, Bob. -El editor le devolvió la copia. Iban a publicarla dentro de tres días. Holtzman había realizado un trabajo magistral reuniendo información e integrándola para crear un retrato cohesivo y agradable del hombre cuyo despacho estaba apenas a cinco cuadras de su propia oficina. Todo tenía que ver con el bendito espín, palabra favorita de Washington. Alguien había girado el espín, y eso era todo. Una vez lanzada la primera versión de una noticia era imposible modificarla, incluso para un periodista experimentado como Holtzman... especialmente si su propio diario no lo apoyaba.

-Bob -dijo el editor con un poco de vergüenza-, tu posición en esto difiere de la mía. ¿Qué pasa si el tipo es un vaquero? Quiero decir, está bien, conseguir el submarino fue una cosa, la Guerra Fría, etcétera, etcétera, etcétera, pero meterse en la política interna soviética... ¿eso no se acerca peligrosamente a lo que llamamos acto de guerra?

-Las cosas no fueron exactamente así. Ryan estaba tratando de sacar a un agente cuyo nombre codificado era CARDINAL. Gerasimov y Aleksandrov estaban usando ese caso de espionaje para presionar a Narmonov y desbaratar todas las reformas que planeaba iniciar.

-Bueno, Ryan podría aclararlo si quisiera. No es así como se ven las cosas desde aquí. ¿-Espía magistral.? Justo lo que necesitamos para gobernar el país, ¿no?

-¡Ryan no tiene nada que ver con eso, maldita sea! -bramó Holtzman.. Es un hombre recto que...

-Sí, es un hombre recto, claro. Y mató por lo menos a tres personas. ¡*Mató,* Bob! ¿Cómo demonios se le metió en la cabeza a Roger Durling que ese tipo era el mejor candidato para la vicepresidencia? Quiero decir, Ed Kealty no es precisamente una joyita, pero al menos...

-Al menos sabe cómo manipularnos, Ben. Salió por televisión y nos convenció de seguir la historia a su manera.

-Bueno... -Ben Saddler se había quedado sin palabras.. Se atuvo a los hechos, ¿no?

-Que no es lo mismo que atenerse a la -verdad-, Ben, y tú lo sabes.

-Tenemos que analizar mejor las cosas. Ryan parece un tipo que juega rápido y afloja. Quiero que escribas sobre Colombia. ¿Podrás hacerlo? Tienes excelentes contactos en la CIA, pero déjame decirte que me preocupa tu objetividad sobre el tema.

-No tienes opción, Ben. Si quieres la primicia, la historia la escribo yo... Claro que siempre puedes copiar lo que diga el *Times* -agregó Holtzman, haciendo enrojecer a su editor. La vida también podía ser ruda en los medios.

-Tú escribes la historia, Bob. Trata de hacerlo bien. Alguien violó la ley, Ryan se ocupó de tapar el asunto y salió del estercolero perfumado como una rosa. Quiero que escribas *esa* historia -Saddler se levantó.. Tengo que escribir un editorial.

Daryaei apenas podía creerlo. El momento escogido no podía ser mejor. Faltaban pocos días para su nuevo golpe y el blanco estaba cayendo al abismo sin necesidad de empujarlo. Claro que, si él le daba un empujoncito, caería más rápido.

-¿Es lo que parece?

-Así parece -respondió Badrayn.. Puedo hacer una investigación rápida y entregársela por la mañana.

-¿Es verdaderamente posible? -insistió el Ayatollah.

-¿Recuerda lo que le conté sobre los leones y las hienas? En Estados Unidos es deporte nacional. No es una treta. No se especializan en tretas de esa clase. No obstante, permítame asegurarme. Tengo mis métodos.

-Mañana por la mañana, entonces.

34

WWW-Terror-ORG

Tenía mucho trabajo por hacer. De regreso en su oficina Badrayn activó la computadora, que contaba con un módem de alta velocidad y una línea telefónica de fibra óptica conectada a la embajada de Irán -ahora RIU. en Pakistán y desde allí a otra línea en Londres, desde donde podía ingresar a la WWW -Red Mundial. sin temor a dejar rastros. Lo que alguna vez había sido una práctica bastante simple para las agencias policiales -después de todo, eso eran el contraespionaje y el contraterrorismo. se había vuelto virtualmente imposible. Literalmente millones de personas podían ac-ceder a toda la información producida por la humanidad, y a mayor velocidad que la que uno empleaba en caminar desde su auto a la biblioteca municipal. Badrayn empezó por buscar los diarios más importantes, desde el *Times* de Los Angeles al *Times* de Londres, sin olvidar a Nueva York y Washington en el trayecto. Todos los diarios mayores ofrecían la misma historia de base, aunque el comentario editorial difería ligeramente de uno a otro. Las historias eran vagas en cuanto a fechas y Badrayn se vio obligado a recordar que la mera repetición del contenido no garantizaba veracidad. Pero esto *parecía* real. Badrayn sabía que Ryan había sido oficial de inteligencia y también sabía que los británicos, los rusos *y* los israelíes lo respetaban. Seguramente historias como ésa explicaban semejante respeto. También lo hacían sentirse un tanto incómodo, hecho que hubiera sorprendido a su amo. Ryan podía ser un adversario más formidable de lo que Daryaei creía. Sabía actuar con decisión en circunstancias difíciles, característica en absoluto subestimable.

Pero Ryan estaba ahora fuera de su elemento, hecho que la cobertura periodística dejaba en claro. Mientras pasaba de un diario local a otro, un nuevo sello editorial apareció en pantalla. Reclamaba una indagación del Congreso sobre las actividades de Ryan en la CIA. Y el gobierno colombiano pedía en términos diplomáticos una explicación de las acusaciones... Otra tormenta en ciernes. ¿Cómo respondería Ryan a tantos cargos y demandas? Pregunta abierta, concluyó Badrayn. Imprimió los artículos y editoriales más importantes para su uso posterior y procedió a ocuparse de su verdadera misión.

Había una página local dedicada a convenciones y exhibiciones de ventas en todo Estados Unidos. Probablemente para agentes de viaje, pensó. Bueno, no sería tan complicado. Era cuestión de elegirlas por ciudad. Eso le indicaría las características de los centros de convención, típicamente edificios grandes con estructura de granero. Cada uno tenía destinada una página para alardear de sus capacidades. Muchos mostraban diagramas y direcciones de viaje. Todos daban números de teléfono y fax. Copió hasta llegar a veinticuatro, un poco más por las dudas. No podía enviar a uno de sus viajeros a una exhibición de ropa interior femenina, por ejemplo, aunque... sonrió para sus adentros. De todos modos las exhibiciones de modas y telas corresponderían a la temporada invernal, porque el verano todavía no había llegado... ni siquiera a Irán. Exhibiciones de automóviles. Se realizaban en todo el territorio norteamericano. Era evidente que los fabricantes de automóviles y camiones exhibían sus productos como un circo ambulante exhibe sus fieras y payasos... Tanto mejor.

Circo, pensó, y señaló otra página... Pero no, no era la época del año. Mala suerte. ¡Pésima ventura en realidad! gruñó Badrayn. ¿Los grandes circos no viajaban en trenes privados? Maldición. Pero, inevitablemente, era un mal momento para circos. Tendría que ser la exhibición de vehículos.

Y todas las demás.

Librodot

Todos los miembros del grupo dos estaban desahuciados. Había llegado la hora de terminar con su sufrimiento. No tanto por misericordia como por eficiencia. No tenía sentido arriesgar las vidas de los médicos por gente condenada a muerte tanto por la ley como por la ciencia. Y así, como los del grupo uno, fueron enviados a mejor vida mediante grandes inyecciones de Dilaudid. Moudi observó el proceso por circuito cerrado. El alivio de los médicos era visible, incluso a través de las máscaras de plástico. En pocos minutos todos los sujetos del experimento habían muerto. Practicarían los mismos procedimientos que antes. El médico se felicitó por lo bien que habían funcionado. Además, ningún miembro del personal se había contagiado. Eso se debía principalmente a su crueldad. Sabía que en otros lugares -hospitales propiamente dichos. no tendrían tanta suerte. De he-cho, ya estaban lamentando la pérdida de algunos practicantes.

Era extraño que los segundos pensamientos llegaran siempre demasiado tarde para implementarlos. Ya no podía detener lo que estaba por pasar, así como no podía detener el eje de la tierra.

Los médicos empezaron a arrojar los cadáveres infectados a las camillas. Moudi apartó la vista. No tenía necesidad de volver a verlo. Se levantó y volvió al laboratorio.

Otro equipo de técnicos estaba cargando la -sopa. en recipientes conocidos como frascos. Tenían mil veces más frascos de los que necesitaban, pero la naturaleza de la operación era tal que siempre resultaba más fácil hacer de más que justo lo suficiente. Además, el director había dicho que era imposible saber si se necesitarían más en el futuro. Los frascos eran de acero inoxidable, en realidad de una aleación especial que no perdía su fuerza bajo el frío extremo. Todos fueron llenados a tres cuartos de su capacidad y sellados. Posterior-mente serían rociados con sustancias químicas cáusticas para garantizar la asepsia del exterior. Luego serían colocados en una carretilla y trasladados al depósito refrigerado en el sótano del edificio, donde finalmente serían sumergidos en nitrógeno líquido. Las partículas de virus de Ebola podrían permanecer allí durante décadas, demasiado heladas para morir, completamente inertes, esperando la próxima exposición al calor y la humedad... y la próxima oportunidad de reproducirse y matar. Uno de los frascos quedaría en el laboratorio, dentro de un recipiente criogénico del tamaño de un tambor de petróleo, aunque un poco más alto, con un despliegue LED de la temperatura interna.

En cierto sentido era un alivio que esa parte del drama estuviera a punto de terminar. Moudi se detuvo en la puerta, observando cumplir sus funciones al personal inferior. Probablemente ellos sintieran lo mismo. Pronto las veinte latas de aerosol serían llenadas y retiradas del edificio, cada centímetro cuadrado sería rigurosamente higienizado, y todo volvería a sus habituales condiciones de seguridad. El director volvería a pasar todo el tiempo en su oficina y Moudi... bueno, no podría reaparecer en la OMS, ¿no? Después de todo, había muerto en un accidente aéreo sobre la costa del Líbano. Alguien tendría que proporcionarle una nueva identidad y un nuevo pasaporte para viajar, suponiendo que volviera a hacerlo. O tal vez, como medida de seguridad... No, el director no sería tan cruel, ¿o sí?

-Hola, quiero hablar con el Dr. Ian MacGregor.

-¿Quién le habla?

-El doctor Lorenz del CDC de Atlanta.

-Un momento, por favor.

Gus tuvo que esperar dos minutos por reloj, lo suficiente para encender su pipa y abrir la ventana. Los más jóvenes solían burlarse de su hábito, pero no inhalaba el humo y fumar en pipa ayudaba a pensar y...

-Habla el doctor MacGregor -dijo una voz joven.

-Soy Gus Lorenz, de Atlanta.

-¡Ah! ¿Cómo está, profesor?

-¿Cómo andan sus pacientes? -preguntó Lorenz a siete husos horarios de distancia. Le gustaba la voz de MacGregor, que obviamente trabajaba hasta tarde. Los buenos médicos so-

lían hacerlo.

-Me temo que el paciente masculino no está nada bien. Pero la niña se está recuperando.

-¿En serio? Bueno, examinamos las muestras que nos mandó. Ambas contenían el virus de Ébola, sub-variedad Mayinga.

-¿Está completamente seguro?

-Sin duda, doctor. Yo mismo hice los análisis.

-Me lo temía. Envié otro grupo de muestras a París, pero todavía no me respondieron.

-Necesito saber algunas cosas -Lorenz sacó un anotador.. Háblame un poco más de sus pacientes.

-Hay un problema con eso, doctor Lorenz -tuvo que decir MacGregor. No sabía si la línea estaba intervenida, pero tratándose de Sudán no cabía descartar la posibilidad de que lo estuviera. Por otra parte tenía que decirle algo a Lorenz, así que empezó a relatar cuidadosamente todo lo que estaba en condiciones de revelar.

-Anoche la vi por televisión. -El Dr. Alexandre había decidido compartir el almuerzo con Cathy Ryan precisamente por esa razón. La doctora Ryan había empezado a gustarle. ¿Quién hubiera dicho que una cirujana oftalmóloga (para Alex, la de Cathy era una especialidad mecánica y no verdadera medicina como la que él practicaba... aunque cada profesión tiene sus rivalidades y Alex sentía lo mismo por todas las especialidades quirúrgicas) se interesaría en genética? Además, probablemente necesitaría una palabra amistosa.

-Qué bien -replicó Caroline Ryan con la vista clavada en su ensalada de pollo. Alexandre se sentó. El guardaespaldas parecía tenso y desdichado.

-Usted estuvo muy bien.

-¿Le parece? -Lo miró a los ojos y dijo al pasar:. Hubiera querido romperle la cara.

-Bueno, no se notó. Respaldó muy bien a su esposo, con muchísima elegancia e inteligencia.

-¿Qué pasa con los periodistas? Quiero decir, ¿por qué...?

Alex sonrió.

-Doctora, si un perro orina sobre una boca de incendios no está cometiendo vandalismo. Sólo es un perro -Roy Altman estuvo a punto de ahogarse con la bebida.

-Ninguno de nosotros quería esto, ¿sabe? -dijo ella, lo bastante compungida para no apreciar la broma.

El profesor Alexandre alzó las manos en señal de rendición.

-Pero estuvo allí e hizo eso, señora. Eh, yo nunca quise entrar al ejército. Casi me arrancaron de la facultad de Medicina. Todo salió bien e incluso alcancé rango de coronel. Descubrí que era una excelente forma de mantener el cerebro ocupado y pagar las cuentas.

-¡No me pagan para abusar de mí! -objetó Cathy, aunque con una sonrisa.

-Y su marido no gana lo que merece -agregó Alex.

-Nunca. A veces me pregunto por qué no trabaja gratis y devuelve los cheques para hacer notar que vale más de lo que le pagan.

-¿Cree que hubiera sido un buen médico?

A Cathy se le iluminaron los ojos.

-Se lo dije más de una vez. Creo que hubiera sido un cirujano... no, tal vez otra cosa, algo como usted. Siempre le gustó merodear y averiguar cómo son las cosas en realidad.

-Y decir lo que piensa.

Cathy lanzó una carcajada.

-¡Siempre! ¡Sin excepción!

-Bueno, ¿sabe una cosa? Parece un buen tipo. No lo conozco, pero me agrada lo que vi. Obviamente no es político... pero tal vez eso no sea tan malo de vez en cuando. ¿Me haría el favor de animarse un poco, doctora? ¿Qué es lo peor que podría suceder? Que él abandone el puesto, vuelva a hacer lo que le gusta -enseñar, según dijo-, y usted siga siendo una gran cirujana con un Lasker colgado en la pared.

-Lo peor que podría suceder...

-Aquí está el señor Altman para ocuparse de eso, ¿no? -Alexandre lo miró.. Supongo que es suficientemente corpulento para interceptar la bala. -El agente no respondió, pero bastó una mirada. Sí, defendería a muerte a su custodiada.. Tienen permitido hablar de estas cosas, ¿no?

-Sí, señor, podemos hablar si usted pregunta. -Todo el día había querido hablar de eso. Había visto el especial por televisión y, como de costumbre, la Custodia Personal había especulado con darle un escarmiento al insolente reportero. El Servicio Secreto también tenía sus fantasías.. Doctora Ryan, su familia nos gusta mucho, y no lo digo por cortesía, ¿entendido? No siempre nos gustan nuestros custodiados. Pero ustedes sí nos gustan, todos ustedes.

-Hola, Cathy. -Era el decano James, que la saludó al pasar con una sonrisa.

-Hola, Dave. -Varios médicos la saludaron desde sus mesas. Bueno, despues de todo no estaba tan sola como creía.

-Entonces, Cathy, ¿es verdad que está casada con James Bond?

En otro contexto la pregunta la hubiera sacado de quicio, pero los ojos de Alexandre resplandecían de gozo.

-Sé muy poco en realidad. Me enteré de algo cuando el presidente Durling le pidió a Jack que fuera vicepresidente, pero no puedo...

Alexandre alzó una mano.

-Ya sé. Todavía debo atenerme a ciertas cláusulas de seguridad porque de vez en cuando visito Fort Detrick.

-No es como en el cine. Nadie hace esa clase de cosas y luego bebe un trago, besa a la chica y se aleja a bordo de su automóvil. Jack solía tener horribles pesadillas y... bueno, yo lo abrazaba dormido y lograba calmarlo, pero al despertar fingía que no había pasado nada. Conozco parte del asunto, no todo. Cuando estuvimos en Moscú el año pasado, se nos acercó un ruso y dijo que una vez le había apuntado un revólver a la cabeza a Jack -Altman comenzó a prestar más atención al relato-, pero lo dijo como si fuera una broma y después aseguró que el revólver estaba descargado. Luego cenamos juntos, como si fuéramos amigos o compinches, y conocí a su esposa... una pediatra, ¿no es increíble? Ella es médica y su esposo es el espía ruso más importante y...

-Suena un poco traído de los pelos -coincidió el Dr. Alexandre enarcando juiciosamente una ceja. Al instante ambos reían a carcajadas.

-Todo esto es una locura -concluyó Cathy.

-Hablando de locuras, tenemos dos casos de Ébola confirmados en Sudán. -Había logrado distender el ánimo de Cathy y ya podía hablarle de sus problemas.

-Un lugar un poco raro para el virus. ¿Los enfermos eran de Zaire?

-Gus Lorenz está averiguando. Y yo estoy esperando el resultado de sus averiguaciones. No puede tratarse de un estallido local.

-¿Por qué no? -preguntó Altman.

-Es el peor medio ambiente para el virus -explicó Cathy, decidiéndose finalmente a comer.. Caluroso, seco, con un sol implacable. Los rayos ultravioletas del sol lo exterminan.

-Como un lanzallamas -acotó Alex.. Y no hay jungla para que vivan los animales portadores.

-¿Sólo dos casos? -preguntó Cathy con la boca llena de ensalada. Al menos la había instado a alimentarse, pensó Alexandre. Sí, todavía conservaba su estilo galante... hasta en la cafetería.

Asintió.

-Un hombre adulto y una niñita, es todo lo que sé por ahora. Gus hará los análisis hoy mismo, probablemente ya los haya hecho.

-Maldición, Ébola es un virus muy escurridizo. Y todavía no descubren al portador.

-Ya son veinte años de búsqueda -confirmó Alex.. Jamás se encontró un animal enfermo... bueno, obviamente el portador no podría estar enfermo, usted me entiende.

-Como un caso criminal, ¿no? -preguntó Altman.. ¿Merodeando en busca de evidencia física?

-Más o menos -admitió Alex.. Sólo que estamos buscando en todo un país y aún no sabemos exactamente qué estamos buscando.

Don Russell vio salir los catres. Después de almorzar -ese día habían almorzado emparedados de jamón y queso con pan blanco, un vazo de leche y una manzana. todos los niños bajaban a dormir una pequeña siesta. Los adultos pensaban que era una gran idea. La señora Daggett era una gran organizadora y los niños conocían de memoria la rutina. Los catres se guardaban en el depósito y cada niño sabía cuál era el espacio que le estaba destinado. SANDBOX se estaba entendiendo muy bien con Megan O-Day. Las dos solían llevar puestos jardineros Oshkosh adornados con flores o conejitos... por lo menos la tercera parte de los niños los usaba, era una marca muy popular entre ellos. Lo más engorroso era persuadirlos de ir al baño para evitar -accidentes. durante la siesta... finalmente algunos eran inevitables, pero para eso eran niños. El procedimiento demoró quince minutos en total, menos que antes porque dos de sus agentes ayudaron. Final-mente los niños se acostaron en sus catres, con sus mantas y sus osos, y se apagaron las luces. La señora Daggert y sus colaboradores buscaron sillas para sentarse y libros para leer.

-SANDBOX está durmiendo -dijo Russell, saliendo a tomar un poco de aire fresco.

-Parece un ganador -dijo uno de los miembros del equipo móvil, sentado en un rincón de la casa de enfrente. Habían guardado su Chevy Suburban en el garaje familiar. Eran tres agentes, dos de ellos en constante vigilancia cerca de la ventana que daba al Giant Steps. Probablemente estarían jugando a las cartas, siempre una buena manera de matar el tiempo. Cada quince minutos -no tan regularmente por si alguien estaba vigilando. Russell u otro agente recorría las inmediaciones. Un circuito de televisión vigilaba el tránsito de la autopista Ritchie. Uno de los agentes internos permanecía posicionado para cubrir las puertas dentro y fuera del centro. En ese momento era Marcella Hilton, joven y bella, siempre con la cartera a cuestas. Una cartera especial para policía femenina, tenía un bolsillo lateral que le permitía alcanzar sin dificultades su SigSauer 9mm. automática y dos cargas de cartuchos de repuesto. Se estaba dejando crecer el cabello más allá de los hombros, con cierto estilo hippie (tendría que explicarle qué era un hippie) para acentuar su -disfraz..

Seguía sin gustarle. Era un lugar de fácil acceso, demasiado próximo a la autopista con su tránsito pesado, y había un estacionamiento a la vista, el emplazamiento perfecto para los delincuentes. Por lo menos habían ahuyentado a los periodistas. SURGEON había sido más que directa al respecto. Después de algunos comentarios iniciales sobre Cathy Ryan y sus amiguitos tuvieron que ajustarse los cinturones. A partir de ese momento se les pidió, con firmeza no desprovista de cortesía, que no volvieran por allí. Los que insistían a toda costa tenían que hablar con Don Russell, que reservaba su cariño de abuelo exclusivamente para los niños del Giant Steps. Con los adultos era intimidante y solía ponerse sus gafas oscuras para parecerse más a Schwarzenegger, a quien superaba en estatura por más de tres pulgadas.

Pero habían reducido la subcustodia a seis agentes. Tres en el lugar y tres al otro lado de la calle. El último trío portaba armas grandes, ametralladores Uzi y M-16 con mira telescópica. En otro lugar seis hubieran sido muchos, pero allí no, pensó. Desafortunadamente, la presencia de un solo agente más hubiera transformado a esa cálida guardería en un campamento militar, y el presidente Ryan ya tenía bastantes problemas.

-¿Cuál fue el resultado, Gus? -preguntó Alexandre. Uno de sus pacientes de SIDA había empeorado, y estaba intentando encontrar una alternativa para él.

-Identidad confirmada. Ébola Mayinga, la misma variedad de los dos casos de Zaire. El paciente adulto no podrá recuperarse, pero la niña sí.

-¿Ah, sí? Qué bien. ¿En qué se diferencian ambos casos?

Librodot

-No estoy seguro, Alex -replicó Lorenz.. No tengo mucha información sobre los pacientes, sólo sus nombres de pila, edades y cosas por el estilo. El adulto se llama Saleh y la niñita Sohaila.

-Nombres árabes, ¿no? -Pero Sudán era un país islámico.

-Creo que sí.

-Sería útil saber cuál es la diferencia entre ambos casos.

-Ya intenté averiguarla. El médico a cargo es un tal Ian MacGregor, creo que de la Universidad de Edimburgo. Por teléfono parece muy capaz. De todos modos, no sabe cuál es la diferencia.

Tampoco tiene idea de cómo se contagiaron. Aparecieron en el hospital casi al mismo tiempo y casi en las mismas condiciones. Los primeros síntomas eran de gripe o malestar posterior al vuelo...

-¿De dónde viajaron, entonces? -lo interrumpió Alexandre.

-Pregunté. MacGregor dijo que no podía decirlo.

-¿Cómo es posible?

-También pregunté cómo era posible. Dijo que tampoco podía responderme eso, pero aseguró que no tenía conexión con los casos. -El tono de Lorenz indicaba a las claras cuál era su opinión al respecto. Ambos sabían que era una cuestión de políticas locales, uno de los grandes problemas de África, especialmente en cuanto al SIDA.

-¿No hubo más casos en Zaire?

-Nada -confirmó Gus.. Eso terminó. Es un rompedero de cabeza, Alex. La misma enfermedad apareció en dos lugares diferentes, a dos mil millas de distancia, dos casos por lugar, dos muertos, un agonizante y una en vías de recuperación. MacGregor ha iniciado procedimientos preventivos en su hospital y aparentemente sabe lo que hace. -Casi se podía oír cómo se encogía de hombros por teléfono.

Lo que había dicho el tipo del Servicio Secreto durante el almuerzo era acertadísimo, pensó Alexandre. El suyo era más un trabajo detectivesco que médico, y en este caso no tenía el menor indicio en qué apoyarse, como esos casos de crímenes seriales sin pistas. Tal vez fueran entretenidos en forma de libro, pero no en la realidad.

-Está bien. ¿Entonces qué sabemos?

-Sabemos que la variedad Mayinga está vivita y coleando. La inspección visual es idéntica. Estamos haciendo algunos análisis de proteínas y secuencias, pero mi técnico afirma que son idénticos punto por punto.

-Maldición, ¿dónde está el huésped, Gus? ¡Si pudiéramos encontrarlo!

-Gracias por la observación, doctor. -Gus estaba molesto de la misma manera y por la misma razón. Pero era una vieja historia para ambos. Bueno, pensó, había llevado *miles* de años descubrir el proceso de la malaria. Hacía apenas veinticinco que investigaban a Ébola. Evidentemente el virus andaba por allí desde hacía tiempo, apareciendo y desapareciendo como un ficticio asesino serial. Pero Ébola no tenía cerebro ni estrategia, y ni siquiera se movía por voluntad propia. Estaba superadaptado a algo muy limitado y excesivamente estrecho. Pero no sabían a qué.. Basta para empujar a un hombre a la bebida, ¿no?

-Supongo que un buen trago de borgoña lo mataría, Gus. Tengo que ver unos pacientes.

-¿Te gusta hacer la recorrida diaria, Alex? -Lorenz también la extrañaba.

-Es bueno volver a ser un verdadero médico. Pero me gustaría que mis pacientes tuvieran un poco más de esperanza. Bueno, son cosas de la profesión, ¿no?

-Si quieres, te enviaré los resultados del análisis estructural por fax. Lo bueno es que parece estar controlado -repitió Lorenz.

-Te lo agradeceré. Hasta la vista, Gus -Alexandre colgó. *¿Controlado? Lo mismo pensamos antes...* Pensó en otra cosa, como debía. *Paciente blanco, masculino, treinta y cuatro años, homosexual. ¿Cómo estabilizarlo?* Recogió la planilla y salió del consultorio.

-¿Entonces no soy el más adecuado para colaborar en la selección de los jueces? -

preguntó Pat Martin

-No te sientas mal -respondió Arnie.. *Todos nosotros* somos los menos adecuados para cualquier cosa.

-Excepto tú -advirtió el presidente con una sonrisa.

-Todos cometemos errores de juicio -admitió Van Damm.. Podría haber abandonado con Bob Fowler, pero Roger dijo que me necesitaba para atender este bendito negocio y...

-Sí -Ryan asintió.. Lo mismo me pasó a mí. ¿Y entonces, señor Martin?

-No se violó ninguna ley. -Había pasado las tres últimas horas revisando los archivos de la CIA y el informe de Jack sobre las operaciones colombianas. Ahora una de sus secretarias, Ellen Sumter, estaba al tanto de cierta información restringida... pero era una secretaria *presidencial* y, además, le convidaba cigarrillos a Jack.. Al menos en lo que a usted respecta. Ritter y Moore podrían ser acusados de no reportar la totalidad de sus actividades encubiertas al Congreso, pero aducirían que el presidente les ordenó hacerlo de ese modo y las instrucciones sobre Operaciones Especiales y Riesgosas anexadas al estatuto de supervisión contribuirían a su defensa. Supongo que podría hacer que los procesaran, pero no querría ocuparme personalmente del caso -prosiguió.. Estaban tratando de solucionar el problema de la droga y la mayoría de los jurados no los condenarían por eso, especialmente porque a raíz de nuestra intervención se desbarató el cártel de Medellín. El verdadero problema es desde la perspectiva de las relaciones internacionales. Colombia se sentirá muy molesta, señor, y con razón. Hay tópicos de ley internacional y tratados aplicables a la actividad, pero no tengo suficiente conocimiento del tema para arriesgar una opinión. Desde el punto de vista doméstico debemos atenernos a la Constitución, la ley suprema del país. El presidente es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. El presidente decide qué atañe o no a la seguridad del país como parte de sus potestades ejecutivas. Por consiguiente, el presidente puede realizar cualquier acción que considere apropiada para proteger la seguridad del país... eso es, precisamente, lo que significa poder *ejecutivo*. El freno para eso, aparte de las violaciones estatutarias que se aplican *dentro* del país, está en las moderaciones y equilibrios propiciados por el Congreso. El Congreso puede negar fondos para evitar algo, pero nada más. La Resolución de Poderes de Guerra fue redactada de manera tal que el presidente pueda actuar *antes* de que el Congreso intente impedirlo. Como verá, la Constitución es flexible en cuanto a los temas realmente importantes. Fue creada para que la gente razonable solucione las cosas de manera razonable. Se supone que los representantes electos saben qué quiere la gente y actúan acordemente, siempre dentro de límites razonables.

¿*Los que redactaron la Constitución*, se preguntó Ryan, *eran* políticos *o qué?*

-¿Y el resto? -preguntó el jefe de staff.

-¿Las operaciones de la CIA? No se aproximan a ninguna clase de violación, pero nuevamente enfrentamos un problema político. En mi opinión -no olvide que dirigí muchas investigaciones de espionaje. fueron hermosos trabajos, señor presidente. Excelentes. Pero los medios no dirán lo mismo -le advirtió.

Arnie pensó que, de todos modos, era un buen comienzo. Su tercer presidente no tendría que temer que lo mandaran a la cárcel. *Después* de eso venía el tema político, que era -para él. lo más importante de todo.

-¿Audiencias cerradas o abiertas? -preguntó Van Damm.

-Según la política. Lo principal es el tema internacional. Será mejor resolverlo con el Departamento de Estado. En eso me tienen al filo de la navaja, éticamente hablando. Si hubiera descubierto una posible violación de su parte en cualquiera de estos tres casos, no habría podido discutirla con ustedes. Llegado el caso me cubriría diciendo que usted, señor presidente, me pidió opinión sobre las posibles violaciones criminales de otros, pedido al que yo, como funcionario federal, debo responder como parte de mis deberes oficiales.

-Saben, me gustaría que dejaran de hablar como abogados todo el tiempo -les espetó Ryan de mala manera.. Debo enfrentar problemas reales. Un nuevo país en Medio Oriente que no nos tiene la menor simpatía, los chinos haciendo lío en el mar por razones que no alcanzo a

comprender, y todavía no tengo un Congreso.

-Éste *es* un problema real -aclaró Arnie. Otra vez.

-Sé leer -Ryan señaló la pila de recortes sobre su escritorio. Los medios le habían obsequiado los borradores de los editoriales adversos que publicarían al día siguiente. Muy considerado de su parte.. Antes creía que la CIA era Alicia en el País de las Maravillas. La erraba por mucho. Está bien, la Corte Suprema. Leí más de la mitad de la lista. Son todos buena gente. La semana próxima revelaré mis elecciones.

-El Colegio de Abogados saltará como leche hervida -dijo Arnie.

-Que salten. No puedo mostrarme débil. Lo aprendí anoche. ¿Qué pensará hacer Kealty?

-Lo único que puede hacer: debilitarte políticamente, amenazarte con el escándalo y obligarte a renunciar -Arnie volvió a levantar la mano.. No estoy diciendo que tenga sentido.

-Maldita sea, Arnie. Casi nada tiene sentido en esta maldita ciudad. Por eso lo sigo intentando.

Un elemento crucial para la consolidación del nuevo país era, por supuesto, el ejército. Las divisiones de la ex Guardia Republicana conservarían su identidad. Habría que hacer algunos ajustes en los cuerpos de oficiales. Las ejecuciones de las últimas semanas no habían expulsado por completo los elementos indeseables pero, por razones de amistad, las siguientes eliminaciones se transformaron en simples retiros... Las órdenes de retiro fueron ostensiblemente directas: *Abandonar la fila y desaparecer*. Una advertencia que no podía pasar inadvertida. Los oficiales obligados a retirarse aceptaban su destino con sumisión, contentos y agradecidos de seguir con vida.

Esas unidades habían sobrevivido a la Guerra del Golfo Pérsico... al menos en su mayoría. El feroz impacto del trato recibido a manos de los norteamericanos había sido mitigado por las numerosas campañas destinadas a sofocar rebeliones civiles, donde los rencorosos oficiales pudieron desplegar a gusto sus fanfarronadas y bravuconadas.

Los grupos salieron de Irán por la autopista Abadan, atravesando puestos de gendarmería ya desmantelados. Se movían al amparo de la oscuridad y con un mínimo de tráfico radial... cosa que a los satélites no les importó.

-Tres divisiones pesadas -fue el análisis instantáneo del I. TAC -Centro de Inteligencia y Análisis de Amenaza del Ejército-, un edificio sin ventanas localizado en el Washington Navy Yard. La DIA y la CIA llegaron rápidamente a la misma conclusión. Ya estaba en camino un nuevo Orden de Batalla para el nuevo país, y las prime-ras especulaciones indicaban que la RIU duplicaba el poder militar conjunto de los demás estados del Golfo. Probablemente sería peor cuando terminaran de evaluar el resto de los factores.

-Me gustaría saber hacia dónde se dirigen exactamente -dijo el oficial superior de vigilancia mientras rebobinaban las cintas.

-El último límite de Irak siempre ha sido Shi-a, señor -le recordó un oficial subalterno.

-Y es el sector más próximo a nuestros amigos.

-Correcto.

Mahmoud Haji Daryaei tenía mucho en qué pensar y usualmente prefería hacerlo afuera, no adentro, de una mezquita. En este caso era una de las más antiguas del ex territorio iraquí, con vista a la ciudad más vieja del mundo: Ur. Aunque pertenecía a su Dios y su Fe, Daryaei también era un hombre de la historia y la realidad política que pensaba que todo formaba parte de un todo unificado que definía la forma del mundo y que, por consiguiente, todo debía ser tenido en cuenta. En momentos de debilidad o entusiasmo (en su mente ambos eran lo mismo) resultaba fácil pensar que ciertas cosas habían sido escritas por la mano inmortal de Alá, pero la circunspección era también una virtud exaltada en el Corán y Daryaei había descubierto que podía alcanzarla más fácilmente caminando por los alrededores de un lugar sa-

grado, preferentemente por un jardín como el de esa mezquita.

35

Concepto operativo

Cuando unas fuerzas armadas se mueven las otras fuerzas armadas las observan con interés, pero lo que hagan al respecto dependerá siempre de las instrucciones de sus líderes. La entrada de las fuerzas iraníes a Irak fue absolutamente administrativa. Los tanques y otros vehículos de arrastre llegaron en remolques y los camiones llegaron sobre sus propias ruedas. Los problemas fueron los de costumbre. Algunas unidades equivocaron el camino para vergüenza de sus oficiales y enojo de sus superiores, pero pronto cada una de las tres divisiones encontró un nuevo hogar en las inmediaciones de una división iraquí del mismo tipo. La traumática reducción forzosa del ejército iraquí había dejado suficiente lugar para los nuevos ocupantes de las bases, que, apenas llegaron, iniciaron prácticas para familiarizarse con sus contrapartes iraquíes. Allí también hubo dificultades culturales e idiomáticas, pero ambos bandos utilizaban prácticamente las mismas armas y la misma doctrina y los oficiales al mando, igual que en el resto del mundo, se esforzaron por encontrar un terreno común. Esos procedimientos también fueron observados vía satélite.

-¿Cuántos son?

-Digamos que tres formaciones completas -informó un coronel al almirante Jackson.. Una de dos divisiones acorazadas y dos de una acorazada y una mecanizada. La artillería es un poco liviana pero tienen todo lo necesario en cuanto a municiones. Detectamos un grupo de vehículos de comando-y-control en el desierto, probablemente haciendo simulacros para un CPX. -El CPX (Comando Post Práctica) era un juego de guerra para profesionales.

-¿Algo más? -preguntó Robby.

-Están exhibiendo y alistando toda la artillería de la base situada al oeste de Abu Sukayr. En la base de Nefej, al norte, hay algunos inquilinos nuevos, MiGs y Sukhois entre ellos, pero los motores están fríos.

-¿Evaluación? -La pregunta fue formulada por Tony Bretano.

-Llámelo como quiera, señor -replicó el coronel.. El nuevo país está integrando sus ejércitos, obviamente tendrán que conocerse. Lo que nos sorprende un poco es la manera de integrar las formaciones. Debido a eso tendrán dificultades administrativas, pero tal vez resulte eficaz desde un ángulo político-psicológico. De esta manera están actuando como si fueran realmente un solo país.

-¿Ninguna amenaza? -preguntó el secretario de Defensa.

-Ninguna amenaza evidente, por ahora.

-¿Cuánto tardarían en llegar a la frontera saudita? -preguntó Jackson para asegurarse de que su jefe captara la totalidad del cuadro.

-¿Una vez que estén pertrechados y entrenados? Digamos que... entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas. Nosotros podríamos hacerlo en menos de la mitad, pero estamos mejor entrenados.

-¿Composición de la fuerza?

-En total, estamos hablando de seis divisiones pesadas, mil quinientos tanques de combate, más de dos mil quinientos carros de infantería, más de seiscientos cañones... todavía no tenemos las cifras del equipo rojo, almirante. El equipo rojo es la artillería, señor secretario -explicó el coronel.. Logísticamente siguen el viejo modelo soviético.

-¿Qué significa eso?

-Logística orgánica para las divisiones. Nosotros hacemos lo mismo, pero mantenemos formaciones separadas para aumentar la fuerza de maniobra.

-Reservistas en su mayoría -explicó Jackson.. El modelo soviético permite realizar maniobras más integradas, pero a corto plazo. No pueden realizar operaciones tan prolongadas como las nuestras en términos de tiempo y distancia.

-El almirante tiene razón, señor -prosiguió el coronel.. Cuando los iraquíes atacaron

Kuwait en 1990, llegaron tan lejos como les permitió su cola logística. Tuvieron que parar para reabastecerse.

-Eso es una parte de la historia. Cuéntele la otra -ordenó Jackson.

-Después de una pausa de doce a veinticuatro horas, estaban *listos* para volver a moverse. No se movieron, pero sólo por razones políticas.

-Siempre me pregunté qué habría pasado. ¿Podrían haberse apoderado de los pozos de petróleo sauditas?

-Fácilmente -dijo el coronel.. Debe haber pensado mucho en eso durante los últimos meses -agregó sin un ápice de simpatía.

-Entonces, ¿tenemos una amenaza allí? -Bretano hacía preguntas simples y escuchaba atentamente las respuestas. A Jackson le gustaba eso. Bretano sabía que no sabía y no sentía vergüenza de aprender.

-Sí, señor. Esas tres formaciones representan una fuerza potencial que iguala en poder a la utilizada por Hussein en aquella oportunidad. Habría más unidades involucradas, por supuesto, pero sólo son fuerzas de ocupación. La primera está aquí -dijo el coronel, señalando con su puntero un lugar en el mapa.

-Pero todavía la tiene en el bolsillo. ¿Cuánto tardará en cambiar la situación?

-Como mínimo unos meses para hacerlo bien, señor secretario. Depende sobre todo de sus intenciones políticas. Todas esas unidades están entrenadas según estándares locales. Lo primero que deben hacer es integrar sus fuerzas y organizaciones.

-Explíquese -ordenó Bretano.

-Señor, supongo que usted lo denominaría equipo gerencial. Todos tienen que conocerse mutuamente para poder comunicarse apropiadamente y empezar a pensar de la misma manera.

-Tal vez sea más fácil pensarlo como un equipo de football, señor -intervino Robby.. Uno no junta once tipos y se sienta a esperar que jueguen un buen partido. No, uno hace que todos lean el mismo librito de instrucciones y, además, todos deben saber qué son capaces de hacer los demás.

Bretano asintió.

-Entonces no son las armas lo que nos preocupa. Es la gente.

-Correcto, señor -dijo el coronel.. Puedo enseñarle a manejar un tanque en cinco minutos, pero pasará un tiempo hasta que le permita manejarlo en mi brigada.

-Por eso a ustedes les debe encantar tener un nuevo secretario cada cuatro años -observó Bretano con una sonrisa torcida.

-La mayoría aprende muy rápido.

-Entonces, ¿qué le decimos al presidente?

Los barcos chinos y taiwaneses mantenían la distancia debida, como si alguien hubiera dibujado una línea invisible de norte a sur en el Estrecho de Formosa. Los últimos seguían pacientemente la marcha de los primeros interponiéndose entre el enemigo y la isla, pero hasta el momento ninguno de los dos había violado las reglas informales previamente establecidas.

Eso era un buen indicio para el comandante del USS *Pasadena*, cuyo sonar y equipos de rastreo trataban de registrar los movimientos de ambas partes esperando que no se iniciaran los disparos mientras ellos estuvieran en el medio. Ser asesinado por error era un final bastante escandaloso para cualquiera.

-¡Torpedo en el agua, orientación dos-siete-cuatro! -indicó la siguiente llamada del compartimento del sonar. Todos se dieron vuelta.

-Tranquilos -ordenó en voz baja el capitán.. ¡Sonar, Timón, necesito más información!

-Misma orientación que el contacto Sierra Cuatro-Dos, clase Luda-II, señor, probablemente lanzado desde allí.

-Cuatro-Dos, orientación dos-siete-cuatro, alcance treinta mil yardas -informó un oficial

de la patrulla de rastreo.

-Suena como una de sus nuevas adquisiciones, señor, seis hélices, velocidad en aumento, cambio de orientación dirección norte-sur.

-Muy bien -dijo el capitán, permitiéndose permanecer tan tranquilo como fingía estar.

-Podría apuntar a Sierra-Quince, señor. -Ese contacto era un antiguo submarino clase Ming (la réplica china del viejo submarino ruso clase Romeo) cuyo diseño databa de los años .50, que había asomado la nariz a la superficie hacía menos de una hora para recargar baterías.. Orientación dos-seis-uno, alcance similar.

El capitán cerró los ojos y suspiró. Había oído las historias de los buenos viejos tiempos de la Guerra Fría, cuando gente como Bart Mancuso subió al Mar de Barents y ocasionalmente se encontró en medio de una práctica naval de tiro de la Armada soviética... Hasta era probable que los hubieran confundido con un blanco. Ahora, detrás de sus escritorios, bromeaban diciendo que habían tenido la gran oportunidad de comprobar la eficacia de las armas soviéticas. Y ahora sabía cómo se habían sentido aquellos hombres en aquel momento.

-Transitorio, transitorio, transitorio mecánico orientación dos-seis-uno, probablemente lanzado por el contacto Sierra-Quince. La orientación actual del torpedo es dos-seis-siete, velocidad estimada cuatro-cuatro nudos, la orientación continúa cambiando en dirección norte -reportó el sonar.. Un momento... ¡*otro* torpedo en el agua, orientación dos-cinco-cinco!

-Tal vez hayan lanzado un helicóptero -dijo el oficial superior.

Cuando regresara a Pearl tendría que discutir alguna de esas historias de mar con Mancuso, pensó el capitán.

-Idéntica señal acústica, señor, dirección norte, también podría apuntar a Sierra-Quince.

-Frenado -reportó el XO.

-En la superficie está oscuro, ¿no? -dijo repentinamente el capitán. A veces era fácil perder el rastro.

-Seguro que sí, señor -respondió el XO.

-¿Los hemos visto hacer operaciones nocturnas con helicópteros esta semana?

-No, señor. Inteligencia dice que no les gusta volar de noche.

-Acaba de cambiarles el gusto, ¿no? Veamos. Icen el mástil ESM.

-Izar el mástil ESM, cambio. -Un marinero accionó la válvula apropiada y la antena con sensores electrónicos ascendió a propulsión hidráulica. El *Pasadena* se movía a profundidad periscopio, decidido a permanecer en el límite entre las dos flotas enemigas. Era el lugar más seguro para estar hasta que comenzaran los disparos.

-Buscando...

-Lo tengo, señor, un emisor banda-Ku, orientación dos-cinco-cuatro, tipo aeronave, frecuencia y repetición de pulso iguales a los del último modelo francés. ¡Uh! Hay *muchísimas* señales de radar, señor, llevará tiempo clasificarlas.

-Helicópteros Dauphin franceses sobrevolando algunas fragatas, señor.

-Haciendo operaciones nocturnas -afirmó el capitán. Eso sí que era inesperado. Los helicópteros eran caros y hacerlos aterrizar sobre latas flotantes en mitad de la noche implicaba un riesgo innecesario. Era evidente que la Armada china se estaba entrenando con un objetivo preciso.

Las cosas podían ser resbaladizas en Washington. La capital de la nación solía entrar en pánico al ver un copo de nieve, aun sabiendo que la borrasca no haría otra cosa que rellenar los baches de las calles... siempre que la gente tuviera la delicadeza de palear la nieve en esa dirección. Pero había algo más. Así como los antiguos soldados seguían a su bandera al campo de batalla, los funcionarios jerárquicos de Washington seguían líderes o ideologías. Pero cerca de la cima el terreno se volvía resbaladizo. Un burócrata de nivel medio o inferior podía quedarse sentado en su puesto e ignorar la identidad del secretario de su Departamento, pero cuanto más alto llegaba uno, más se acercaba a algo parecido a tomar decisiones o hacer política. Al llegar a esa posición uno tenía que hacer cosas de vez en cuando, u ordenarle a otros

Librodot

que las hicieran, en vez de seguir a pie juntillas lo que otros habían escrito antes. Entonces uno comenzaba a entrar y salir regularmente de las oficinas importantes y la gente empezaba a identificarlo con los ocupantes -temporarios o no. de esas oficinas, hasta llegar por fin al Despacho Oval del presidente en el Ala Oeste. Y aunque el acceso a la cima era indicio de cierta clase de poder y de prestigio, evidenciados por una fotografía autografiada que desde la pared de la propia oficina proclamaba a los visitantes lo importante que era *uno*, si a la *otra* persona de la foto le ocurría algo, la foto y el autógrafo se transformarían repentinamente en un riesgo. El riesgo más temido era dejar de ser -insider. -siempre bienvenido. y convertirse en -outsider-, casi siempre expulsado o, en el mejor de los casos, obligado a abrirse paso dificultosamente, perspectiva nada atractiva para aquellos que habían invertido mucho tiempo en ser los primeros en llegar.

La defensa más obvia contra ese peligro era, por supuesto, tener una *red,* un círculo de amigos y asociados más amplio que profundo que necesariamente debía incluir gente de todos los sectores del espectro político. Uno debía ser conocido por un amplio número de -insiders. para tener detrás una plataforma segura, una red de salvataje, pasara lo que pasara en la cima. La red debía estar lo suficientemente cerca de la cima para que sus integrantes accedieran a ésta sin correr el riesgo de caerse. Si tenían cuidado, los que estaban en la cima podían disfrutar también la protección de la red, teniendo la posibilidad de entrar y salir de los puestos según les conviniera, e incluso de trasladarse a otras oficinas -nunca a más de una milla de distancia. para esperar la próxima oportunidad, o, en el caso de ser *expulsados*, permanecer en la red, conservar el acceso y hasta alquilar ese acceso a quienes lo necesitaran. En ese sentido, nada había cambiado desde las cortes faraónicas de la antigua Tebas a orillas del Nilo, donde conocer a un noble que tenía acceso al faraón le otorgaba a uno un poder que se traducía en dinero y en la alegría extrema de ser lo suficientemente importante para agacharse y acumular riquezas.

Pero, tanto en Washington como en Tebas, si uno estaba demasiado cerca del líder equivocado corría el riesgo de quedar mancillado, sobre todo si el faraón no jugaba el juego del sistema.

Y el presidente Ryan no lo hacía. Era como si un extranjero hubiera usurpado el trono; no era necesariamente un mal hombre, pero sí un hombre *diferente* que no se parecía a la gente del establishment. Habían esperado pacientemente que se acercara a ellos -como hacían todos los presidentes. en busca de sabiduría y consejo, para dar y recibir acceso a cambio... como los cortesanos de todos los tiempos. Manejaban los asuntos del mandatario atareado, repartiendo justicia y ocupándose de que las cosas se hicieran siempre a la antigua usanza, que debía ser la correcta dado que todos ellos coincidían con sus prerrogativas mientras la servían y eran servidos por ella.

Pero el viejo sistema no había sido destruido sino ignorado, lo que ofuscaba enormemente a los miles de miembros de la Gran Red, quienes celebraban sus habituales fiestas y discutían al nuevo presidente entre Perriers y paté, sonriendo con tolerancia ante sus ideas novedosas y esperando que por fin viera la luz. Pero había pasado mucho tiempo desde aquella noche horrible... y todavía no la había visto. Los miembros de la Red que seguían trabajando para el gobierno (remanentes de la administración Fowler-Durling) iban a las fiestas y manifestaban no entender lo que estaba pasando. Los lobbystas más importantes trataban de hacer citas con el presidente y regularmente se les informaba que estaba demasiado ocupado y no tenía tiempo.

¿No tenía tiempo?

¿No tenía tiempo para *ellos*?

Ellos sabían cómo manejar el asunto. De hecho, alguien ya había empezado a hacerlo. Rumores. No sólo desde adentro. Los de adentro eran personajes ínfimos con agendas más ínfimas todavía. Había más. Estaba la plana mayor y el acceso seguía contando, porque la Red tenía muchas voces y aún quedaban muchos oídos para escucharlas. No habría plan ni conspiración *per se*. Todo sucedería naturalmente, mejor dicho tan naturalmente como todo lo que

sucedía allí. De hecho, ya había comenzado.

El tiempo contaba en la computadora de Badrayn. El tiempo era decisivo para su misión. Casi siempre era así, pero en este caso por una nueva razón. El tiempo de viaje no era importante. El factor límite en este caso era el hecho de que Irán seguía siendo un país marginal en cierto sentido y con escasísimas opciones aéreas.

Contaba con muy pocos vuelos, todos ellos fácilmente observables por los servicios de inteligencia extranjeros... Si eran competentes, y debía suponer que lo eran, tendrían gente a bordo de los vuelos o habrían instruido a la tripulación sobre qué buscar y cómo informar mientras el avión todavía estaba en el aire. Entonces no era sólo cuestión de tiempo, ¿no?

Había seleccionado gente capaz. En su mayoría eran educados, sabían vestirse y mantener una conversación, o al menos desviarla cortésmente... en vuelos internacionales lo más fácil era fingir que se tenía sueño, y casi siempre no era necesario fingirlo. Pero si llegaban a cometer un error, un solo error, las consecuencias podrían ser serias. Se los había dicho... y lo habían escuchado con atención.

Badrayn nunca había estado a cargo de una misión como ésa y el desafío intelectual era intenso. Había muy pocos vuelos utilizables, y el único a Moscú dejaba mucho que desear. Tendrían que entrar por Londres, Frankfurt, París, Viena y Amsterdam... y volar una vez por día. Lo bueno era que esas cinco ciudades ofrecían una amplia variedad de conexiones vía American u otras empresas aéreas norteamericanas. Un grupo tomaría el vuelo 601 a Frankfurt y, una vez allí, algunos se dispersarían a través de Bruselas (Sabena a Nueva York-JFK) y París (Air France a Washington-Dulles; Delta a Atlanta; American Airlines a Orlando; United a Chicago) vía vuelos convenientemente escogidos, y otros abordarían Lufthansa con destino a Los Ángeles. El grupo de British Airways era el que más opciones tenía. Algunos tomarían el vuelo 3 del Concorde a Nueva York. Lo más difícil sería acomodarlos en la primera serie de vuelos. Después, el sistema de aerolíneas internacionales se encargaría de dispersarlos.

Pero eran veinte personas, veinte errores posibles. La seguridad operativa siempre era un problema. Había pasado la mitad de su vida tratando de eludir a los israelíes y, aunque el hecho de que siguiera vivo testimoniara que en cierto sentido había triunfado -o que, en rigor de verdad, no había fracasado del todo-, más de una vez había estado a punto de volverse loco. Bueno. Al menos había organizado los vuelos. Mañana los pondría al tanto de todo. Después de todo, mañana no estaba tan lejos.

No todos los -insiders. estaban de acuerdo. Cada grupo tenía sus cínicos y sus rebeldes, algunos buenos, otros malos. También había enojo entre ellos. Cuando los emprendimientos de algunos miembros de la Red eran obstaculizados por otros miembros, los emprendedores solían adoptar un punto de vista filosófico sobre el asunto -siempre habría oportunidad de llegar a un acuerdo y seguir siendo amigos-, pero no siempre. Esto era particularmente cierto entre los miembros de los medios, que a la vez formaban y no formaban parte. Formaban parte en tanto mantenían sus propias relaciones personales y amistades con la gente del gobierno y podían acudir a sus contactos para obtener información, perspectivas y también rumores sobre sus enemigos. No formaban parte porque los -insiders. no confiaban a ciegas en ellos, porque los medios podían ser usados y engañados... más frecuentemente adulados, lo cual resultaba más fácil para un lado del espectro político que para el otro. ¿Pero confiar en ellos? No precisamente. O más precisamente no, en absoluto.

Algunos hasta tenían principios.

-Arnie, tenemos que hablar.

-Opino lo mismo -respondió Van Damm, reconociendo la voz que había aparecido en *su* línea directa.

-¿Esta noche?

-Claro. ¿Dónde?

Librodot

-¿En mi lugar?

El jefe de staff consideró brevemente la propuesta.

-¿Por qué no?

La delegación llegó justo a tiempo para las plegarias de la tarde. Ambas partes se saludaron con cordialidad y luego los tres entraron a la mezquita y ejecutaron su ritual cotidiano. Ordinariamente se habrían sentido purificados por sus devociones al salir al jardín. Pero esa vez no. La larga práctica de ocultar sus emociones era lo único que impedía que manifestaran abiertamente su tensión. Eso les decía mucho a los tres, en especial a uno de ellos.

-Gracias por recibirnos -el primero en hablar fue el príncipe Ali bin Sheik.

-Me agrada poder darles una pacífica bienvenida -replicó Daryaei.. Es bueno que hayamos rezado juntos. -Los acompañó a una mesa preparada por sus custodios y se sentaron a beber café... el café fuerte y amargo preferido en todo Medio Oriente.. Dios otorgue sus bendiciones a este encuentro, amigos míos. ¿En qué puedo servirlos?

-Estamos aquí para discutir los últimos acontecimientos -dijo el príncipe después del primer sorbo de café. Clavó los ojos en Daryaei. Su colega kuwaití, Mohamed Adman Sabah, ministro del Exterior de su país, permanecía en silencio.

-¿Qué desean saber? -preguntó Daryaei.

-Sus intenciones -replicó bruscamente Ali.

El jefe espiritual de la República Islámica Unida suspiró.

-Hay mucho trabajo por hacer. Tantos años de guerra y sufrimiento, tantas vidas perdidas por tantas causas, tanta destrucción. Esta mezquita -indicó con gesto apesadumbrado la obvia necesidad de reparaciones. es un símbolo de todo eso, ¿no les parece?

-Hay mucho de qué lamentarse -coincidió Ali.

-¿Mis intenciones? Restaurar. Este infeliz pueblo ha sufrido demasiado. Tanto sacrificio... ¿para qué? Para satisfacer las ambiciones seculares de un ateo. La injusticia reclamó a gritos a Alá, y Alá respondió el llamado. Y ahora, tal vez, podremos ser un pueblo próspero y religioso... -El *nuevamente* quedó suspendido en el aire al terminar la frase.

-Es una tarea que llevará años -observó el kuwaití.

-Así es -coincidió Daryaei.. Pero una vez levantado el embargo tendremos suficientes recursos para llevarla a cabo, y lo haremos. Aquí habrá un nuevo comienzo.

-En paz -agregó Ali.

-Ciertamente en paz -replicó Daryaei con extrema seriedad.

-¿En qué podemos ayudarlo? Después de todo, uno de los pilares de nuestra Fe es la caridad -observó Sabah.

Daryaei asintió benignamente.

-Su amabilidad es recibida con gratitud, Mohamed Adman. Es bueno que nos dejemos guiar por la Fe y no por las influencias mundanas que lamentablemente han diezmado esta región en los últimos años. Pero, por el momento y como usted mismo podrá apreciar, la tarea es tan vasta que aún no hemos podido determinar qué hacer ni en qué orden hacerlo. Tal vez debamos discutir su propuesta de ayuda en un futuro no muy lejano, Mohamed.

No la había rechazado de plano, pero casi. La RIU no estaba interesada en hacer negocios, justificando los temores previos del príncipe Ali.

-En el próximo encuentro de la OPEC -ofreció Ali. podemos discutir la redistribución de las cuotas de producción, de modo que ustedes puedan compartir más justamente la renta que recibimos de nuestros clientes.

-Eso sería ciertamente muy propicio -accedió Daryaei.. Pero no pedimos tanto. Sólo un ajuste menor -agregó.

-¿Entonces estamos de acuerdo en eso? -preguntó Sabah.

-Ciertamente. Es un tema técnico que podemos delegar a nuestros respectivos funcionarios.

Ambos visitantes asintieron, tomando en cuenta que la distribución de las cuotas de producción de petróleo era el tema que más rencores despertaba. Si cada país producía dema-

siado petróleo, el precio mundial bajaría y todos se verían perjudicados. Por otra parte, si se restringía demasiado la producción, el precio subiría perjudicando las economías de los estados clientes, que a su vez reducirían la demanda y con ella las ganancias. El equilibrio adecuado -difícil de lograr, como siempre en economía. era tema central de todas las misiones diplomáticas de alto nivel, cada una con su propio modelo económico, casi siempre en discordancia con los demás. Pero en esta oportunidad las dificultades se estaban zanjando con demasiada facilidad.

-¿Desea hacer llegar algún mensaje a nuestros gobiernos? -preguntó Sabah.

-Sólo queremos paz, paz para llevar a cabo la tarea de unir nuestras dos sociedades, siguiendo la voluntad de Alá. No tienen nada que temer de nosotros.

-¿Entonces qué piensan? -Habían completado otra rueda de entrenamiento. En la revisión final de operaciones estaban presentes algunos militares israelíes muy jerárquicos. Por lo menos uno de ellos era agente encubierto. El coronel Sean Magruder pertenecía a la caballería, pero en realidad todos los militares de rango superior eran consumidores de inteligencia dispuestos a salir de compras a la prime-ra oportunidad.

-Pienso que los sauditas están muy nerviosos, igual que sus vecinos.

-¿Y usted? -preguntó Magruder. Inconscientemente había adoptado el estilo informal y directo de uso común en el país, sobre todo entre los militares.

Avi ben Jakob, titularmente oficial del ejército -en ese momento llevaba puesto el uniforme. era subdirector del Mossad. Se estaba preguntando hasta dónde podría llegar pero, dada su jerarquía, él mismo debía determinarlo.

-Los acontecimientos recientes no son de nuestro agrado -dijo finalmente.

-Históricamente -observó Magruder-, Israel ha mantenido relaciones con Irán, incluso después de la caída del sha. Desde el imperio persa, para ser más exactos. Creo que ciertas festividades israelíes se originan en ese período. Pilotos de la Fuerza Aérea Israelí dirigieron misiones para los iraníes durante la guerra Irán-Irak y...

-En aquel momento había muchos judíos en Irán. Aquello fue un intento de recuperarlos -replicó rápidamente Jakob.

-Y el canje de armas por rehenes del que participó Reagan también tuvo que ver con eso, probablemente a través de su agencia -agregó Magruder, sólo para demostrar que él también conocía las reglas del juego.

-Está muy bien informado.

-Es mi trabajo, en parte. Señor, no estoy haciendo juicios de valor. Sacar a su gente de Irán fue un asunto de negocios, como decimos aquí, y todos los países hacen negocios. Sólo quiero saber qué piensa usted de la RIU.

-Pensamos que Daryaei es el hombre más peligroso del mundo.

Magruder recordó el informe sobre movimientos de tropas iraníes en Irak que había recibido esa mañana.

-Coincido plenamente -aseguró.

El avión comercial -perdido. en el Mediterráneo no podía abandonar el país. Usarlo para trasladar a Sudán a los generales iraquíes había sido un grave error, aunque necesario. Ahora se había transformado en el transporte personal de Daryaei y le resultaba verdaderamente útil, porque él tenía poco tiempo y su nuevo país tenía grandes dimensiones. Dos horas después de despedir a sus visitantes, Sunni estaba de regreso en Teherán.

-¿Entonces?

Badrayn apoyó sus papeles sobre el escritorio y comenzó a mostrar ciudades, rutas y horarios. Era pura mecánica. Daryaei observó los planos con ojo avizor y, aunque le parecieron bastante complejos, no le importó. Había visto muchos mapas en su vida. Levantó la vista para escuchar la explicación que naturalmente debía acompañarlos.

Librodot

-Lo primordial es el tiempo -dijo Badrayn.. Necesitamos que cada viajero llegue a destino no más de treinta horas después de la partida. Éste, por ejemplo, saldrá de Teherán a las 6.00 y llegará a Nueva York a las 2.00, hora de Teherán, después de un viaje de 20 horas. La exhibición comercial a la que asistirá -en el Jacobs Javits Center de Nueva York. permanecerá abierta hasta pasadas las diez de la noche. Este otro partirá a las 2.55 y llegará a Los Ángeles veintitrés horas después... aproximadamente a las cuatro de la tarde, hora local. La exhibición a la que asistirá estará abierta todo el día. Éste será el viaje más largo en términos de tiempo y distancia, y su -paquete. conservará todavía más del ochenta por ciento de eficacia.

-¿Y la seguridad?

-Han recibido instrucciones específicas. Elegí gente inteligente y educada. Lo único que tienen que hacer es parecer agradables. Con cautela, por supuesto. Sí, es un poco problemático que salgan los veinte juntos, pero esas fueron sus órdenes.

-¿Y el otro grupo?

-Saldrán dos días después, prácticamente de la misma manera -informó Badrayn.. Esa misión es mucho más peligrosa.

-Tengo plena conciencia de ello. ¿Son leales?

-Lo son -Badrayn asintió, sabiendo que Daryaei le estaba preguntando si eran tontos.. Me preocupan los riesgos políticos.

-¿Por qué? -La observación no sorprendió a Daryaei, pero quería conocer las razones.

-Me preocupa el contexto político norteamericano. Cuando un político se ve afectado por un acontecimiento desafortunado la opinión pública suele manifestar simpatía hacia él, simpatía que puede traducirse en apoyo político.

-¡Imposible! ¿Acaso no tendrían que despreciar su debilidad? -A Daryaei le resultaba difícil digerir eso.

-En nuestro contexto político y cultural, sí, pero no necesariamente en el de ellos.

Daryaei comparó lo que Badrayn decía con otros análisis que había ordenado y estudiado.

-Vi personalmente a Ryan. Es *débil*. *No* maneja eficazmente sus dificultades políticas. Todavía no tiene un verdadero gobierno que lo respalde. Entre la primera misión y la segunda, lo quebraremos... o al menos lo distraeremos lo suficiente para alcanzar nuestra próxima meta. Una vez que lo hayamos logrado, Estados Unidos será irrelevante.

-Será suficiente con la primera misión -aconsejó Badrayn.

-Debemos sacudirlos. Si lo que dice de su gobierno es verdad, les haremos muchísimo daño. Trastornaremos a su líder, destrozaremos su confianza, el pueblo dejará de confiar en él.

Debía responder con cuidado. Estaba frente a un Hombre Sagrado con una Misión Sagrada. Daryaei no era demasiado propenso a razonar. Y además había otro factor que desconocía. Tenía que haberlo. Daryaei era más proclive a los deseos que a la acción razonada... no, eso no era cierto, ¿o sí? Había unido a los dos países dando la impresión opuesta. Lo que el religioso apreciaba era la vulnerabilidad real del gobierno norteamericano, dado que la Cámara baja del Parlamento todavía no había sido reemplazada, proceso que recién se estaba iniciando.

-Lo mejor de todo sería matar a Ryan, si pudiéramos. Un ataque a sus hijos sólo servirá para inflamar los ánimos del pueblo norteamericano. Son muy sentimentales con respecto a sus vástagos.

-¿La segunda misión se llevará a cabo sólo si la primera resulta bien? -preguntó Daryaei.

-Sí, así es.

-Con eso basta -dijo el religioso, volviendo a los planes de viaje y abandonando a Badrayn a sus propios pensamientos.

Hay un tercer elemento, pensó Badrayn. Tenía que haberlo.

-Dice que sus intenciones son pacíficas.

-Lo mismo dijo Hitler, Ali -le recordó el presidente. Miró su reloj. Era medianoche en

Arabia Saudita. Como era de esperar, Ali había regresado y conferenciado con su gobierno antes de llamar a Washington.. Está enterado del despliegue de tropas, supongo.

-Sí, ustedes nos informaron hoy temprano. Pasará un tiempo para que estén en condiciones de intentar algo. Esas cosas llevan tiempo. No olvide que alguna vez vestí un uniforme.

-Es verdad, aquí opinan lo mismo. -Ryan hizo una pausa.. De acuerdo, ¿cuál es la propuesta del Reino?

-Los vigilaremos de cerca. Nuestros militares se están preparando. Ustedes han reiterado su apoyo. Estamos preocupados, pero no tanto.

-Podríamos organizar prácticas conjuntas -ofreció Jack.

-Sólo serviría para caldear aún más el ambiente -replicó el príncipe. La absoluta falta de convicción en su voz no era accidental. Probablemente habría propuesto la idea a su gobierno y obtenido una respuesta negativa.

-Bueno, supongo que ha tenido un largo día. Dígame, ¿qué aspecto tenía Daryaei? No he vuelto a verlo desde que usted me lo presentó.

-Goza de buena salud. Parece un poco cansado, pero es lógico.

-Puedo dar fe de eso. ¿Ali?

-¿Sí, Jack?

El presidente hizo una pausa, recordando que era lego en cuestiones diplomáticas.

-¿Debo preocuparme por esto? ¿Hasta qué punto?

-¿Qué dicen sus asesores? -replicó el príncipe.

-Casi lo mismo que usted. No todos. Debemos seguir comunicados, amigo mío.

-Entiendo, señor presidente. Adiós, por ahora.

Fue una conclusión insatisfactoria para una llamada insatisfactoria. Ryan colgó el tubo y miró su despacho vacío. Ali no decía lo que de verdad quería decir porque la posición de su gobierno difería de la que él consideraba adecuada. Lo mismo solía pasarle a Jack, y en ambos casos valían las mismas reglas. Ali debía ser leal a su gobierno -demonios, el gobierno era su propia familia. pero se había permitido un pequeño desliz. El príncipe era demasiado inteligente para cometer esa clase de errores. Probablemente hubiera sido más fácil antes, cuando Ryan no era presidente y ambos podían hablar libremente, sin implicancias políticas. Ahora Jack *era* Estados Unidos para el mundo entero y los funcionarios oficiales sólo podían hablarle de ese modo, olvidando que era un hombre pensante que necesitaba analizar opciones antes de tomar decisiones. Tal vez si no hubieran hablado por teléfono..-, pensó. Tal vez hubiera sido mejor cara a cara. Pero hasta los presidentes estaban limitados por el espacio y el tiempo.

36

Viajeros

El vuelo 534 de KLM cerró sus puertas puntualmente, a la 1.10 hora local. El avión estaba lleno... dada la hora, lleno de gente cansada que llegaba a tropezones a sus asientos, se ajustaba los cinturones, y aceptaba gustosa mantas de viaje y almohadas. Los pasajeros más experimentados esperaron que el avión se estabilizara para empujar hacia atrás los respaldos de sus asientos y cerrar los ojos, con la esperanza indisimulada de disfrutar de un vuelo tranquilo y también de algo parecido al sueño.

A bordo había cinco hombres de Badrayn: dos en primera clase y tres en business. Todos habían despachado parte del equipaje, quedándose sólo con el de mano. Todos estaban un poco nerviosos y hubieran bebido algo liviano para tranquilizarse -a pesar de la prohibición religiosa-, pero el vuelo había aterrizado en un aeropuerto islamita y no serviría alcohol hasta abandonar el espacio aéreo de la República Islámica Unida. Consideraron la situación como un solo hombre y se atuvieron a las circunstancias. Habían sido instruidos y adecuadamente preparados. Atravesarían el aeropuerto como pasajeros comunes y someterían su equipaje a la inspección de rayos X del personal de seguridad, tan cuidadoso como sus contrapartes occidentales... tal vez más, dado que había relativamente pocos vuelos y la paranoia local superaba con creces a la occidental. En todos los casos, los rayos X revelaron instrumentos para

Librodot

afeitarse, papeles, libros y demás accesorios.

Todos eran hombres educados. Algunos habían asistido a la Universidad Norteamericana de Beirut para graduarse, otros simplemente para conocer al enemigo. Iban prolijamente vestidos, de saco y corbata. Cuarenta minutos después estaban profundamente dormidos.

-¿Entonces qué opina de todo esto? -preguntó Van Damm.

Holtzman agitó un poco su vaso de whisky y observó el movimiento de los cubos de hielo.

-Bajo diferentes circunstancias lo hubiera considerado una conspiración, pero no. Para tratarse de alguien cuya única ambición mani-fiesta es arreglar algunas cosas, Jack está haciendo un montón de locuras e innovaciones.

-La palabra -locura. me parece un poquito fuerte, Bob.

-Para ellos no lo es. Se la pasan diciendo -no es uno de los nuestros. y reaccionan agresivamente a sus iniciativas. Usted mismo tendrá que admitir que sus ideas impositivas son bastante extravagantes, pero bueno, son una excusa para lo que está pasando... El juego es el mismo de siempre. Un par de rumores planteados de determinada manera y ya está. Así se determinan las reglas.

Arnie tuvo que asentir. Era como recoger la basura de las autopistas. Si alguien arrojaba la basura en el recipiente apropiado, todo quedaba limpio y la recolección se hacía en pocos minutos. Si ese mismo alguien arrojaba la basura por la ventanilla de su automóvil en marcha, se tardaba horas en recogerla. La otra parte del conflicto estaba arrojando basura y el presidente debía malgastar su escaso tiempo en cosas inútiles e improductivas en vez de seguir avanzando por el camino. La comparación era desagradable pero adecuada. Frecuentemente la política tenía menos que ver con el trabajo constructivo que con desparramar basura para que otro la recogiera.

-¿Quién filtró la información?

El periodista se encogió de hombros.

-Sólo puedo hacer suposiciones. Alguien de la CIA, probable-mente perjudicado por las nuevas medidas. Tendrá que admitir que esa idea de rediseñar el equipo de espías podría pertenecer al hombre de Neanderthal. ¿Cómo piensan recortar el directorio de Inteligencia?

-Lo suficiente para compensar los nuevos agentes de campo. La idea es ahorrar dinero, obtener más información y aumentar la eficacia de los desempeños. Yo no aconsejo al presidente sobre temas de inteligencia -agregó.. En eso sí que es un verdadero experto.

-Lo sé. Estaba a punto de publicar mi nota. Iba a llamarlo para pedirle una entrevista con él cuando estalló la burbuja.

-¿Ah, sí? ¿Y...?

-¿Cuál era mi posición? Creo que Ryan es el más contradictorio hijo de puta de todo Washington. En algunas cosas es brillante, pero en otras...

-Prosiga, por favor.

-Me gusta Ryan -admitió Holtzman.. Es un hombre honesto... no relativamente honesto, sino realmente honesto. Pensaba contar las cosas tal como eran. ¿Quiere saber qué *me* molestó? -Hizo una pausa para beber un sorbo de borgoña y titubeó antes de proseguir, pero finalmente dejó salir su enojo.. Alguien del *Post* filtró mi nota, probablemente a Ed Kealty. Y Kealty luego arregló con Donner y Plumber.

-¿Y usaron su nota para colgar a Ryan?

-Eso creo -admitió Holtzman.

Van Damm casi soltó una carcajada. Se contuvo lo más posible, pero era demasiado delicioso para seguir resistiendo.

-Bienvenido a Washington, Bob -dijo por fin.

-Sabe, algunos de nosotros nos tomamos en serio la ética de la profesión -replicó el periodista, bastante molesto.. Era una buena nota. Investigué muchísimo para hacerla. Conseguí una buena fuente en la CIA... bueno, en realidad tengo varias, pero conseguí una nueva para

esto, alguien que realmente sabe del tema. Tomé lo que me dio, verifiqué todo lo que pude y escribí la nota tratando de diferenciar lo que sabía de lo que creía -aseguró.. ¿Y sabe una cosa? Ryan salió muy bien parado. Sí, claro, a veces hace cortocircuito con el sistema, pero hasta donde yo sé jamás ha violado las reglas. Si alguna vez debemos enfrentar una crisis mayor quiero que sea Ryan quien esté sentado en el Despacho Oval. Pero algún hijo de puta robó *mi* nota, *mi* información obtenida gracias a *mis* fuentes, y jugó con ella. Eso no me gusta, Arnie. Mis lectores confían en *mí*, igual que mi diario, y alguien *se cagó* en eso. -Apoyó el vaso sobre la mesa.. Bueno, sé lo que piensa de mí y...

-No, no lo sabe -interrumpió Van Damm.

-Pero usted siempre...

-Soy el jefe de staff, Bob. *Tengo* que ser leal a mi jefe y jugar para mi equipo, pero si cree que no respeto a la prensa... debo decirle que es mucho menos inteligente de lo que parece. No siempre podemos ser amigos. A veces somos enemigos, pero los necesitamos tanto como ustedes nos necesitan. Por Dios, si no lo respetara, ¿por qué demonios estaría bebiendo mi whisky?

Podía tratarse de una salida elegante o una declaración sincera, pensó Holtzman, pero Arnie era un jugador demasiado habilidoso para captar la diferencia. Lo más astuto era terminar el trago, cosa que hizo. Era una lástima que su anfitrión eligiera un whisky barato para acompañar sus camisas L-L-Bean. Arnie tampoco sabía vestirse. O tal vez formara parte de su mística. El juego político era tan intrincado que a veces parecía un cruce entre metafísica clásica y ciencia experimental. Uno jamás podía descifrarlo del todo y descubrir una parte solía equivaler a ignorar la otra, igualmente importante y decisiva. Bueno, por eso era el mejor juego de la ciudad.

-De acuerdo, Arnie. Acepto.

-Muy inteligente de su parte -Van Damm sonrió y volvió a llenarle el vaso.. ¿Entonces por qué me llamó?

-Casi me da vergüenza decirlo. -Otra pausa.. No quiero participar del ahorcamiento público de un hombre inocente.

-Ya lo ha hecho antes -objetó Arnie.

-Tal vez, pero eran políticos y conocían las reglas. No sé... es como si me preguntara por qué no abuso de niños. Creo que Ryan merece una oportunidad.

-Y está furioso porque perdió su nota y el Pulitzer que...

-Ya tengo dos -le recordó Holtzman. De otro modo el editor mismo le hubiera robado la nota, porque la política interna del *Washington Post* estaba tan viciada como la del resto de la ciudad.

-¿Entonces?

-Entonces necesito saber todo sobre Colombia. Necesito saber cómo murió Jimmy Cutter.

-Dios santo, Bob, no sabe por lo que tuvo que pasar hoy nuestro embajador en Colombia.

-Gran idioma para las invectivas... el español. -Sonrisa de periodista.

-Esa historia no puede saberse, Bob. Imposible.

-Esa historia *se sabrá*. Todo es cuestión de *quién* la cuente. Eso determinará *cómo*. Arnie, soy capaz de escribir sensatamente, ¿no?

Y, como suele suceder en Washington en ocasiones como ésa, todo el mundo quedó atrapado por las circunstancias. Holtzman quería escribir la nota. Si lo hacía correctamente, tal vez lograra resucitar su nota original y ponerse en carrera para otro Pulitzer -premio todavía importante para él a pesar de las negativas, y Arnie lo sabía.. Además, el que le había vendido su nota a Kealty tendría que retirarse del *Post* antes de que Holtzman averiguara su nombre y echara a perder su carrera con un par de rumores bien colocados. Arnie estaba atrapado por su deber de proteger al presidente. Y la única manera de hacerlo era violar la ley y traicionar la confianza de su presidente. Tenía que haber una manera más fácil de ganarse la vida,

Librodot

pensó el jefe de staff. Podría haber hecho esperar a Holtzman, pero hubiera sido una solución temporaria y evidentemente teatral y ambos estaban viejos para eso.

-Sin anotadores, sin grabador.

-Sin alusiones. -Funcionario jerárquico-, ni siquiera -funcionario administrativo jerárquico. -prometió Bob.

-También puedo decirle con quién confirmarlo.

-¿Todos lo saben?

-Mucho mejor que yo -le aseguró Van Damm.. Demonios, acabo de enterarme de lo más importante.

Holtzman enarcó una ceja con suspicacia.

-Es gracioso. ¿Quién sabe realmente la verdad sobre esto?

-Ni siquiera el presidente la sabe. No creo que nadie la sepa.

Holtzman bebió otro trago. Sería el último. Igual que a los cirujanos, no le parecía bien mezclar el alcohol con el trabajo.

El vuelo 534 aterrizó en Estambul a las 2.55 hora local, después de 1.270 millas y tres horas quince minutos de viaje. Los pasajeros estaban semidormidos. Las azafatas los habían despertado treinta minutos antes para que pusieran sus asientos en la posición correcta. El aterrizaje fue suave. Algunos levantaron las persianas plásticas para comprobar que habían llegado a otra anónima pista con luces blancas y azules... como todas las del mundo. Los que bajaban se pusieron de pie en el momento indicado para salir a la noche turca. Los pasajeros restantes volvieron a reclinar los asientos para dormitar un poco durante los cuarenta y cinco minutos de espera hasta que el avión despegara a las 3.40 hora local para la segunda mitad del vuelo.

El 601 de Lufthansa era semejante al Boeing de KLM en tamaño y capacidad. También tenía cinco hombres de Badrayn a bordo. Despegó a las 2.55, hora local, con destino directo a Frankfurt. La partida fue rutinaria en todos los aspectos.

-No puede ser cierto, Arnie.

-Lo es. No me enteré de lo más importante hasta esta semana.

-¿Estás seguro de todo? -preguntó Holtzman.

-Las piezas encajan perfectamente. -Volvió a encogerse de hombros.. No diré que me haya gustado enterarme. Creo que de todos modos habríamos ganado la elección pero, Dios santo, el tipo abandonó antes. Retrocedió ante una elección presidencial pero tal vez ése haya sido el acto político más valiente y generoso del siglo. Creo que sí.

-¿Fowler lo sabe?

-No se lo dije. Tal vez debiera.

-Espere un momento. ¿Recuerda la nota de Liz Elliot sobre Ryan y cómo...?

-Sí, todo encaja con lo que sé ahora. Jack fue personalmente a rescatar a esos soldados. El tipo que viajaba junto a él en el helicóptero murió y desde entonces se ha ocupado de su familia. Pero Liz pagó por eso. Voló en pedacitos la noche que estalló la bomba en Denver.

-¿Y Jack realmente...? Es una historia absolutamente desconocida. Fowler estuvo a punto de lanzar un misil contra Irán... Ryan se lo impidió, ¿no? Fue él -Holtzman miró el vaso y decidió beber otro trago.. ¿Cómo?

-Se metió en la Línea Caliente -replicó Arnie.. Interrumpió al presidente y habló directamente con Narmonov, persuadiéndolo de retroceder un poco. Fowler ordenó al Servicio Secreto que lo arrestara pero cuando llegaron al Pentágono todo estaba en calma. Gracias a Dios, la estrategia de Ryan funcionó.

Holtzman tardó unos minutos en digerir la información, pero nuevamente las piezas del rompecabezas encajaban a la perfección. Fowler había renunciado dos días después, quebra-

Librodot

do, pero con el suficiente honor de reconocer que su derecho moral a gobernar el país había caducado cuando ordenó disparar un arma nuclear contra una ciudad inocente. Y Ryan también había sido afectado por el evento, lo suficiente para abandonar inmediatamente el servicio de gobierno... hasta que Roger Durling volvió a convocarlo.

-Ryan ha violado todas las reglas existentes. Parecería que le gusta hacerlo. -Era un comentario injusto, ¿no?

-Si no lo hubiera hecho, tal vez no estaríamos aquí ahora -Arnie se sirvió otro whisky. Holtzman rechazó el ofrecimiento.. ¿Se da cuenta, Bob? Si usted contara esta historia la nación resultaría perjudicada.

-¿Pero entonces por qué Fowler recomendó a Ryan a Roger Durling? -preguntó el periodista.. No podía soportarlo y...

-Cualesquiera sean sus fallas, y tiene muchas, Bob Fowler es un político honesto. Por eso. No, en lo personal no le gusta Ryan, tal vez sea una cuestión de química, no sé, pero Ryan lo salvó y él le dijo a Roger que Ryan era... ¿qué? Ah, sí. -Un buen hombre en medio de la tormenta.. Eso era -recordó Arnie.

-Lástima que no sepa nada de política.

-Aprende muy rápido. Tal vez lo sorprenda.

-Se tragará al gobierno en cuanto pueda. No puedo... quiero decir, personalmente me gusta Ryan, pero sus políticas...

-Cada vez que creo haberlo comprendido salta con algo nuevo y me veo obligado a recordar que no tiene agenda política que respetar -dijo Van Damm.. Simplemente hace su trabajo. Le doy material para que lea y actúa en consecuencia. Escucha lo que le dicen -hace buenas preguntas y siempre presta atención a las respuestas. pero toma sus propias decisiones, como si supiera qué está bien y qué está mal... y lo peor es que casi siempre acierta. ¡Me ha envuelto, Bob, también *a mí*! Pero no, no se trata de eso. A veces no estoy seguro de qué se trata, Bob.

-Es un -outsider. hecho y derecho -observó Holtzman.. Pero...

El jefe de staff asintió.

-Sí, *pero*. *Pero* lo están tratando como si fuera un -insider. con una agenda oculta y están jugando juegos de -insiders. como si pudieran hacerlo con él, pero no es posible.

-Entonces la clave con él es no dar nada por sentado... qué hijo de puta -concluyó Bob.. Odia la presidencia, ¿verdad?

-La mayor parte del tiempo. Tendría que haber estado cuando habló en el Medio Oeste. Ahí sí que estuvo bien. La gente lo amaba y él amaba a la gente... Allí sí que salió lo mejor de él. ¿Nada por sentado? Nada. Como dicen en el golf, lo más difícil es pegarle recto a la pelota, ¿no? Todos buscan las curvas. No hay muchas.

Holtzman sonrió burlonamente.

-Entonces, ¿cuál es el ángulo si no hay ángulo?

-Bob, solamente trato de controlar a los medios, ¿recuerda? Maldita sea. No sé cómo podría escribir esto, excepto mencionar los hechos... es decir, hacer exactamente lo que *se supone* que debe hacer un buen periodista.

Holtzman sabía cómo defenderse. Había pasado toda su vida profesional en Washington.

-También *se supone* que todos los políticos deberían ser como Ryan, pero no lo son.

-Yo sí -le espetó Van Damm.

-¿Cómo voy a decirles *eso* a mis lectores? ¿Quién va a creerme?

-¿Acaso no es ése el problema? -suspiró Van Damm.. He estado en política toda mi vida y creo que los conozco a todos. Demonios, claro que *los conozco* a todos. Soy uno de los mejores en lo mío y todos lo saben. Y de golpe aparece este tipo en el Despacho Oval y dice que el emperador está desnudo y tiene razón y nadie sabe qué carajo hacer... excepto decir que está equivocado. El sistema no está preparado para tipos como Ryan. El sistema sólo está preparado para sí mismo.

Librodot

-Y el sistema destruirá a todo el que sea diferente -Holtzman disfrutó pensando que si Hans Christian Andersen hubiera ambientado -Las ropas del emperador. en Washington, el niño que había dicho la verdad habría sido asesinado en el acto por una multitud furiosa de -insiders..

-Al menos lo intentará -coincidió Arnie.

-¿Y qué podemos hacer al respecto?

-Usted fue el que dijo que no quería participar del colgamiento de un hombre inocente, ¿recuerda?

-¿A dónde nos lleva eso?

-Tal vez a hablar de la turba desbocada -sugirió Arnie-, o de la corte corrupta del emperador.

El próximo en salir fue el 774 de Austrian Airlines. El procedimiento se había vuelto rutina y todo encajaba perfectamente dentro de los parámetros técnicos. Las latas de crema de afeitar habían sido llenadas cuarenta minutos antes del despegue. El hecho de que la Casa de los Monos estuviera cerca del aeropuerto ayudaba, igual que la hora del día. Además, que la gente tuviera que correr los últimos cien metros para abordar el avión no era raro en ninguna parte del mundo, particularmente en esa clase de vuelos. La -sopa. era introducida en el fondo de la lata y cubierta por una válvula plástica invisible para los rayos X. El nitrógeno se colocaba sobre un receptáculo aislado ubicado en el centro de la lata. El proceso era limpio y seguro. Las latas estaban frías, por supuesto, pero eso no implicaba ningún peligro. Aunque el nitrógeno es un importante elemento en los explosivos, es en sí mismo totalmente inerte, claro e inodoro. Tampoco reaccionaría químicamente con los contenidos de las latas.

El proceso de llenado estaba a cargo de los médicos del ejército, que se negaban a trabajar sin sus trajes protectores. Intentar persuadirlos para que se los quitaran hubiera sido totalmente improcedente, y por eso el director accedía a sus temores. Faltaban dos grupos de cinco para terminar. Moudi sabía que podrían haber preparado todas las latas al mismo tiempo, pero no querían correr riesgos innecesarios. Ese pensamiento lo dejó helado. ¿No correrían riesgos innecesarios? Claro.

Daryaei no durmió esa noche, algo inusual en él. Aunque con el paso de los años cada vez necesitaba dormir menos, conciliar el sueño nunca le había resultado difícil. En una noche realmente calma, si el viento era propicio, podía oír los motores de los aviones al despegar... un sonido distante, casi como una cascada, pensaba a veces, o como un terremoto. Algún sonido fundamental de la naturaleza, distante y ominoso. Y ahora estaba allí, tratando de escucharlo y preguntándose si lo habría oído en realidad o todo era cosa de su imaginación.

¿Se habría apresurado demasiado? Era un anciano en un país donde muchos morían jóvenes. Recordaba las enfermedades de su juventud. Posteriormente había conocido las causas científicas, principalmente agua contaminada y pésima higiene, porque Irán había sido un país retrógrado durante casi toda su vida a pesar de su larga historia de civilización y poder. Luego había resucitado gracias al petróleo y las inmensas riquezas que lo acompañaban. Mohammad Reza Pahlevi, Shahanshah -palabra que significaba ¡*Rey de reyes*!. había empezado a levantar el país, cometiendo el gravísimo error de avanzar demasiado rápido y ganarse demasiados enemigos. En la época negra de Irán, como en todas las épocas, el poder secular había recurrido a los religiosos islamitas, y al liberar a los campesinos el sha los había ofendido demasiado, transformando en sus enemigos a aquellos cuyo poder era espiritual y a quienes la gente común acudía en busca de orden en medio del caos originado por el cambio. No obstante, el sha había triunfado, pero no del todo, y *no del todo* era la maldición que el mundo reservaba a los grandes.

Pero ahora... el asesinato del líder iraquí, el infortunio que había golpeado a Estados Unidos... esos acontecimientos debían ser una señal, ¿verdad? Los había analizado cuidado-

samente. Ahora Irán e Irak eran uno solo. *Esa* había sido su búsqueda de décadas... y virtualmente en el mismo instante Estados Unidos había quedado baldado. No sólo Badrayn lo decía. Tenía expertos en Estados Unidos que conocían al dedillo el funcionamiento del gobierno norteamericano. Conocía a Ryan habiéndolo visto sólo una vez, había visto sus ojos, escuchado sus palabras calmas pero vacías. Conocía al hombre que sería su principal adversario. Sabía que, según las leyes de su país, Ryan no *podía* elegir su propio reemplazante. Había llegado el momento de actuar o lamentarse para siempre.

No, no sería recordado como otro Mohammad Reza Pahlevi. Aunque no anhelaba las trampas del poder, disfrutaba el hecho de poseerlo. Antes de morir lideraría el Islam. En un mes tendría el petróleo del Golfo Pérsico y las llaves de La Meca: poder secular *y* poder espiritual. A partir de allí su influencia se expandiría en todas direcciones. En pocos años su país sería una superpotencia en todo sentido y él dejaría a sus sucesores un legado tal como el mundo no había visto desde Alejandro, pero con la ventaja de estar fundado en las palabras de Dios. Para alcanzar ese objetivo, para unir el Islam, para cumplir la Voluntad de Alá y las palabras del profeta Mahoma haría lo que fuera necesario... Y si eso significaba moverse rápido, se movería rápido. Esencialmente el proceso era simple, constaba de tres simples pasos, y el tercero y más difícil ya había sido implementado y nadie podría detenerlo, aunque los planes de Badrayn fracasaran estrepitosamente.

¿Se estaría moviendo demasiado rápido? La pregunta atravesó su mente por última vez. No, se estaba moviendo con decisión, con sorpresa, con cálculo, con frialdad, con temeridad. Y así lo juzgaría la historia.

-¿Volar de noche es tan especial? -preguntó Jack.

-Para ellos sí -replicó Robby. Le agradaba pasar sus informes al presidente cómodamente sentado en el Despacho Oval, trago de por medio.. Siempre han sido más parsimoniosos con los equipos que con la gente. Los helicópteros -franceses en este caso. cuestan dinero y es la primera vez que realizan estas operaciones nocturnas. Tal vez estén pensando en vérselas con todos esos submarinos holandeses que compró la República China el año pasado. También registramos muchas operaciones combinadas con la Fuerza Aérea.

-¿En conclusión?

-Se están preparando para algo. -El director de Operaciones del Pentágono cerró su libro de informes.. Señor, nosotros...

-Robby -dijo Ryan, mirándolo por encima de los anteojos para leer que Cathy acababa de recetarle-, si no empiezas a llamarme -Jack. cuando estamos solos volverás al grado de alférez por decreto presidencial.

-No estamos solos -objetó el almirante Jackson, señalando con la barbilla a Andrea Price.

-Andrea no cuenta... oh, mierda, quise decir... -Ryan se ruborizó.

-El presidente tiene razón, almirante, yo no cuento -dijo ella, conteniendo la risa.. Señor presidente, hace *semanas* que espero oírle decir eso.

Jack clavó la vista en la mesa y sacudió la cabeza.

-Esto no es vida. Mi mejor amigo me llama -señor. y yo soy descortés con una dama.

-Jack, eres mi comandante en jefe -aclaró Robby, sonriendo ante la incomodidad de su amigo.. Y yo soy un pobre marinero.

Lo primero estaba primero, pensó el presidente.

-¿Agente Price?

-¿Sí, señor?

-Sírvase un trago y tome asiento.

-Señor, estoy de servicio y las reglas...

-Que sea liviano entonces, pero es una orden de su presidente. ¡Obedézcala!

Price titubeó un poco, pero luego decidió que POTUS estaba intentando demostrar algo. Se sirvió una generosa medida de whisky en el vaso Old Fashioned, a la que agregó una bue-

Librodot

na cantidad de hielo y Evian. Luego se sentó junto al J-3. Su esposa Sissy estaba en la planta alta con la familia Ryan.

-Vayamos a lo práctico -prosiguió Ryan en tono de broma.. El presidente necesita relajarse un poco y le resulta más fácil si las damas no están de pie como soldados y su mejor amigo lo llama por su nombre de vez en cuando. ¿Estamos de acuerdo?

-Ajá -dijo Robby sin dejar de sonreír, pero percibiendo la lógica y la desesperación del momento.. Sí, Jack, ahora todos estamos relajados... y lo *disfrutaremos*. -Miró a Price.. Usted está aquí para dispararme si me porto mal, ¿no?

-Directo a la cabeza -confirmó ella.

-Personalmente prefiero los misiles. Son más seguros -agregó Jackson.

-Sin embargo, una noche le alcanzó con un revólver. Al menos eso me dijo el Jefe. A propósito, gracias.

-¿Por qué?

-Por salvarle la vida. Nos agrada cuidar al Jefe, aunque se tome demasiada confianza con el personal contratado.

Jack agregó un poco de hielo a su bebida. Qué notable, pensó. Por primera vez había una atmósfera genuinamente relajada en su despacho, al punto tal que dos personas podían bromear acerca de él, frente a él, como si fuera un ser humano en vez de POTUS.

-Creo que esto es muchísimo mejor. -El presidente levantó la vista.. Robby, esta chica tiene más experiencia que nosotros dos juntos, ha oído toda clase de cosas. Tiene una maestría, es inteligente... pero supuestamente debo tratarla como a una guerrera feroz.

-Bueno, demonios, yo sólo soy un combatiente con una rodilla en mal estado.

-Y yo todavía no sé qué demonios se supone que soy. ¿Andrea?

-¿Sí, señor presidente? -Jack sabía que sería inútil pedirle que lo llamara por su nombre.

-China. ¿Qué piensa de China?

-Creo que no soy experta en el tema pero, ya que lo pregunta, no sé.

-Es lo suficientemente experta -observó Robby con un gruñido.. Los caballos y los caballeros del rey tampoco saben demasiado. Están llegando los submarinos adicionales -le dijo al presidente.. Mancuso los quiere en la línea norte-sur entre las dos armadas. Yo estuve de acuerdo, y el secretario autorizó la operación.

-¿Cómo se conduce Bretano?

-Sabe que no sabe, Jack. Escucha nuestros consejos, hace buenas preguntas y presta atención. Quiere salir al campo la semana próxima para educarse un poco observando a nuestros muchachos. A nivel gerencial sabe manejarse asombrosamente bien, pero está revoleando un hacha muy pesada... mejor dicho, pronto la revoleará. He visto su plan para reducir la burocracia. Caramba -concluyó el almirante Jackson, poniendo los ojos en blanco.

-¿Tienes problemas con eso?

-De ninguna manera. Tendríamos que haberlo hecho hace cincuenta años. Señorita Price, soy un auténtico soldado -explicó.. Me gustan los uniformes grasientos y el olor del combustible. Pero los tipos de los escritorios nos persiguen como perritos y nos muerden los tobillos a cada rato. Bretano adora a los ingenieros y hacedores y odia a los burócratas y contadores ociosos. Me gusta.

-Volvamos a China -dijo Ryan.

-Bueno, desconocemos las intenciones de China comunista. La CIA no aporta demasiado. Las señales de inteligencia son insignificantes. Estado dice que el gobierno chino dice -¿Cuál es el problema?.. Eso es todo. La armada taiwanesa es lo suficientemente poderosa para manejar la amenaza, si la hubiera, a menos que queden inconscientes. Eso no sucederá. Tienen ojos brillantes y colas peludas y saben cómo defenderse. Mucho sonido y mucha furia... nada que yo pueda descifrar por el momento.

-¿Y el Golfo?

-Bueno, nuestra gente en Israel informa que están vigilando de cerca, pero imagino que no tienen nada concreto en cuanto a inteligencia. Sus fuentes probablemente se evaporaron

con los generales que huyeron a Sudán... A propósito, recibí un fax de Sean Magruder.

-¿Quién es? -preguntó Ryan.

-Es un coronel del ejército, importante figura del Décimo de Caballería en el Negev. Lo conocí el año pasado; es un tipo para prestarle atención. Nuestro buen amigo Avi ben Jakob opina que Daryaei es -el hombre más peligroso del mundo.. Magruder creyó conveniente que lo supiéramos.

-¿Y?

-Y necesitamos vigilarlo de cerca. Probablemente esté a años luz de lograrlo, pero Daryaei tiene ambiciones imperiales. Los sauditas se están equivocando. Tendríamos que mandar gente, no demasiada, sí la suficiente para que el otro bando sepa que estamos en el juego.

-Ya lo hablé con Ali. Su gobierno quiere enfriar las cosas.

-Mala señal -observó Jackson.

-Coincido -POTUS asintió.. Nos ocuparemos de eso.

-¿En qué estado se encuentra el ejército saudita? -preguntó Price.

-No tan bien como debiera. Después de la guerra del Golfo las Fuerzas Armadas se unieron a la Guardia Nacional y compraron equipos como si compraran una flota de Mercedes Benz a un mayorista. Por un tiempo se divirtieron jugando a los soldaditos, pero luego descubrieron que había que mantener los equipos. Contrataron gente para mantenerlos, como los barones y caballeros del medioevo. Sólo que no es lo mismo -agregó Jackson.. Y ya no se entrenan. Oh, seguro, dan vueltas con sus tanques y practican tiro -el M1 es un lindo tanque para dispararle, se especializan en eso. pero las unidades no se entrenan. Barones y caballeros. Su tradición es un grupo de hombres a caballo persiguiendo a otros hombres a caballo... uno contra uno, como en las películas. Pero la guerra no es así. La guerra implica un gran equipo trabajando en conjunto. Su cultura y su historia van contra ese modelo y todavía no tuvieron oportunidad de aprender. En fin, no son tan buenos como creen ser. Si la RIU une sus ejércitos y avanza hacia el sur los sauditas perderán... como en la guerra.

-¿Cómo podríamos arreglarlo? -preguntó Ryan.

-Para empezar tendríamos que mandar gente y hacer venir aquí a los sauditas, al NTC, para tomar un curso acelerado de realidad. Ya lo hablé con Mary Diggs y...

-¿Mary?

-El general Marion Diggs. Lo de -Mary. tiene que ver con el uniforme -le explicó Jackson a Price.. Me gustaría traer un batallón saudita y hacer que la FuOp los revuelque varias semanas en la arena hasta que capten el mensaje. Así aprendió nuestra gente. Así aprendieron los israelíes. Y así tendrán que aprender los sauditas, maldita sea. Diggs está de acuerdo. Perfecto. Danos dos o tres años, tal vez menos, y los pondremos en forma... excepto en cuanto a política -agregó.

POTUS asintió.

-Sí, los isrealíes deben estar nerviosos y los sauditas nunca han querido tener un ejército demasiado fuerte por razones domésticas.

-Podrías contarles la historia de los tres cerditos. Tal vez no pegue con su cultura, pero el gran lobo malo se mudó al lado de ellos y sería mejor que empezaran a prestar atención.

-Entendido, Robby. Lo hablaré con Adler y Vasco -Ryan miró su reloj. Otro día de quince horas. Le hubiera gustado beber otro trago pero, tal como estaban las cosas, tendría suerte si lograba dormir seis horas. No quería despertarse con un dolor de cabeza más fuerte de lo necesario. Dejó su vaso sobre la mesa y se puso de pie. Los otros dos lo siguieron.

-SWORDSMAN rumbo a la residencia -informó Price por radio. Un minuto después estaban en el ascensor.

-Que nadie note que bebió un poco -bromeó Ryan.

-¿Qué *vamos a hacer* con usted? -le preguntó Price al techo. La puerta del ascensor se abrió.

Jack salió primero, quitándose la chaqueta. Odiaba llevarla puesta todo el tiempo.

-Bueno, ahora ya sabe -le dijo Robby a Price, quien se dio vuelta para mirarlo directa-

mente a los ojos.

-Sí. -Hacía tiempo que sabía, pero cada vez aprendía más y más sobre SWORDSMAN.

-Cuídelo bien, Price. Quiero recuperar a mi viejo amigo... cuando logre escapar de este sitio.

Los caprichos del viento hicieron que el vuelo de Lufthansa fuera el primero en llegar a la terminal internacional de Frankfurt, Alemania. Para los viajeros fue como un embudo invertido. La salida del avión era la parte más angosta y al entrar a la boca se desparramaron según sus destinos, buscando las puertas correspondientes en los monitores. Las esperas durarían de una a tres horas y sus equipajes serían transferidos automáticamente de un avión a otro... los changarines alemanes tenían una eficacia del 99.9 en el cumplimiento de su tarea, porcentaje notable tratándose de cualquier empresa hu-mana. Los empleados de aduana no les prestaron demasiada atención dado que ninguno de ellos pasaría en Europa más tiempo del necesario. Evitaron cuidadosamente el contacto visual, incluso cuando tres de ellos entraron a la cafetería y pidieron, los tres, café sin cafeína. Los otros dos entraron al baño de hombres por razones obvias y se miraron al espejo. Todos se habían afeitado antes de partir, pero uno de ellos, de barba singularmente tupida, vio que ya le estaba creciendo. ¿Tal vez debería afeitarse otra vez? No, mejor no, pensó, sonriéndole al espejo. Recogió su equipaje de mano y fue al salón de primera clase a esperar el vuelo a Dallas-Forth Worth.

-¿Fue largo el día? -preguntó Jack. Todos se habían ido, sólo quedaba la patrulla nocturna rondando por el pasillo.

-Sí. Mañana haremos una gran recorrida con Bernie. Pasado mañana tendré que operar -Cathy se puso el camisón, tan cansada como su marido.

-¿Alguna novedad?

-No. Pero almorcé con Pierre Alexandre. Es el nuevo profesor asociado que trabaja con Ralph Forster, ex militar, muy inteligente.

-¿Enfermedades infecciosas? -Jack recordaba conocerlo de alguna parte.. ¿SIDA y esas cosas?

-Sí.

-Desagradable trabajo -observó Ryan, metiéndose en la cama.

-Hubo un mini estallido de Ébola en Zaire -dijo Cathy, metiéndose del otro lado.. Dos muertos. Luego aparecieron otros dos casos en Sudán, pero aparentemente está controlado.

-¿Es tan horrible como dice la gente? -Jack apagó la luz.

-Ochenta por ciento de mortalidad... Sí, es tan horrible. -Acomodó el edredón y se acurrucó junto a él.. Pero no hablemos más de eso. Sissy dice que dará un concierto dentro de dos semanas en el Kennedy Center. La Quinta de Beethoven, dirigida por Fritz Bayerlein, ¿te das cuenta? ¿Crees que conseguiremos entradas? -Pudo sentir la sonrisa de su esposa en la oscuridad.

-Creo que conozco al dueño del teatro. Veré qué puedo hacer -Un beso. El día había terminado.

-Hasta mañana, Jeff -Price fue hacia la derecha a buscar su auto. Raman fue hacia la izquierda a buscar el suyo.

Ese trabajo podía entorpecerle la mente a cualquiera, pensó Aref Raman. La mecánica, las horas, la vigilancia, la espera, el no hacer nada... pero siempre estar listo.

Mmm. ¿Por qué quejarse? Era la historia de su vida adulta. Se dirigió al norte, esperó que abrieran el portón de seguridad y avanzó en dirección noroeste. Las calles vacías facilitaban la marcha. Cuando llegó a su casa, cabeceaba agotado por su trabajo en la Casa Blanca.

Abrió la puerta, desconectó la alarma, recogió el correo y le echó un vistazo. Una cuenta y un montón de basura ofreciéndole la gran oportunidad de su vida para comprar cosas que no

necesitaba. Colgó su chaqueta, se quitó la pistolera y fue a la cocina. La lucecita del contestador titilaba suavemente. Había un mensaje.

-Señor Sloan -dijo una voz desde la máquina. La voz le resultaba familiar aunque la había escuchado sólo una vez en su vida-, habla el señor Alahad. Acaba de llegar su alfombra. Está lista para enviársela.

37

Descargas

Estados Unidos dormía cuando los viajeros abordaron sus vuelos en Amsterdam, Londres, Viena y París. Esa vez todos tomaron aviones diferentes y los horarios se organizaron de manera tal que un mismo inspector de aduanas no tuviera la oportunidad de abrir dos equipos de afeitar y encontrar la misma marca de crema y asombrarse, por improbable que eso fuera. El verdadero riesgo había sido hacerlos salir de Teherán en los mismos vuelos, pero habían recibido instrucciones precisas sobre cómo actuar. Por ejemplo, aunque la siempre alerta policía alemana hubiera sospechado de un grupo de hombres de Medio Oriente arracimado en un rincón después de bajar del mismo vuelo, los aeropuertos eran lugares anónimos colmados de pasajeros semidormidos, un poco cansados y usualmente desorientados, y un viajero solitario y sin rumbo se parecía mucho a otro cualquiera.

El primero en abordar un vuelo transatlántico subió a un 747 de Singapore Airlines en el Aeropuerto Internacional Schiphol de Amsterdam. Identificado como SQ26, el avión comenzó a carretear a las 8.30 hora local y llegó puntualmente al aire, donde giró en dirección noroeste para un gran recorrido circular que abarcaría el extremo sur de Groenlandia. El vuelo duraría menos de ocho horas. El pasajero en cuestión ocupaba un asiento de primera clase junto a la ventana. Todavía no eran las tres de la mañana en su próximo destino y prefirió dormir a mirar una película, igual que la mayoría de los pasajeros ubicados en la nariz del avión. Había memorizado su itinerario, y si la memoria le fallaba tenía los boletos para recordar qué hacer. Por el momento lo mejor sería dormir. Apoyó la cabeza en la almohada, acunado por el siseo del aire a través de las ventanas dobles.

A su alrededor, en el aire, había otros vuelos con otros viajeros, rumbo a Boston, Filadelfia, Washington-Dulles, Atlanta, Orlando, Dallas-Fort Worth, Chicago, San Francisco, Miami y Los Ángeles, las principales diez puertas de entrada a los Estados Unidos de Norteamérica. Cada uno de ellos asistiría a una exhibición comercial

o convención. En otras diez ciudades -Baltimore, Pittsburgh, St. Louis, Nashville, Atlantic City, Las Vegas, Seattle, Phoenix, Houston y Nueva Orleans. también habría eventos de esa clase. Podrían llegar a ellas por un vuelo corto -en dos de los casos por tierra. desde la puerta de entrada más próxima.

El pasajero del SQ26 pensó en eso antes de dormirse. El equipo de afeitar estaba guardado con su equipaje de mano debajo del asiento, cuidadosamente aislado y envuelto. Se aseguró de que sus pies no tocaran, y mucho menos patearan, la maleta.

Estaba llegando el mediodía en las afueras de Teherán. Estrella de Cine observaba atentamente la práctica de armas de su grupo. En realidad era una mera formalidad destinada a fortalecer la moral más que otra cosa. Todos sabían disparar. Habían aprendido y practicado en el valle del Bekaa y el hecho de que no estuvieran utilizando la misma clase de armas que tendrían en Estados Unidos carecía de importancia. Un arma siempre es un arma y un blanco siempre es un blanco... y todos ellos sabían diferenciarlos muy bien. Por supuesto que no podían simular todo, pero todos sabían conducir y habían pasado mucho tiempo estudiando el diagrama y los modelos. Entrarían en las últimas horas de la tarde, cuando los padres fueran a buscar a sus hijos para llevarlos de vuelta a sus casas, cuando los custodios estuvieran cansados y aburridos de otro día más transcurrido entre niños y juegos infantiles. Estrella de Cine había conseguido las descripciones de varios de los vehículos -regulares-, algunos eran mode-

Librodot

los muy comunes y fáciles de alquilar. Tendrían que igualar el entrenamiento y la experiencia de sus oponentes... pero después de todo no eran superhombres. Para más datos algunos eran mujeres. A pesar de su prolongado contacto con Occidente, Estrella de Cine no podía tomar en serio a las mujeres como adversarios, con o sin armas. Pero la mayor ventaja táctica con que contaban era que su equipo estaba dispuesto a matar con licencioso abandono. Con más de veinte niños rondando por ahí, más el personal escolar y probablemente algunos padres, los custodios tendrían las manos atadas. Por eso la primera parte de la misión era la más fácil. Lo difícil sería escapar... si las cosas llegaban a ese punto. Tenía que asegurarles que podrían escapar, y que había un plan. Pero eso no tenía importancia en realidad e interiormente todos ellos lo sabían.

El día comenzó a las 5.30 para el inspector Patrick O-Day. La radio reloj lo hizo levantar de un salto. Inmediatamente entró al baño para sus abluciones habituales, se miró un segundo en el espejo y fue a la cocina a preparar el café. Pronto amanecería. La mayoría de la gente (los sensatos) todavía no se había levantado. No había automóviles en las calles. Hasta los pájaros dormitaban en sus ramas. Salió a recoger los diarios. Al sentir el silencio se preguntó por qué el mundo no sería siempre así. Al este, entre las copas de los árboles, se anunciaban las primeras luces del alba, aunque todavía predominaban las estrellas en lo alto. No se veía una sola lámpara encendida en las casas. Maldición. ¿Era el único que debía trabajar tan temprano?

Era hora de despertar a Megan. Estaba acurrucada dentro de su pijama con pies, el azul con Casper el Fantasmita. O-Day observó que empezaba a quedarle chico. Sus piececitos empujaban la tela. Crecían tan rápido. Le pellizcó suavemente la nariz y ella abrió los ojos.

-¡Papito! -Primero se sentó y luego se paró para darle un beso. Pat se preguntó por qué todos los niños despertarían con una sonrisa y los adultos no. El día recomenzó con otro viaje al cuarto de baño. Advirtió complacido que no había mojado los pañales. Megan había logrado dormir toda la noche sin hacerse encima -durante un tiempo había sido una lucha-, pero era un extraño motivo para enorgullecerse, pensó. Empezó a afeitarse, acontecimiento cotidiano que fascinaba a su hija. Una vez afeitado se agachó y le arrimó la cara para que pudiera olerla y pronunciar su veredicto: ¡Muy bien!

El desayuno de esa mañana fue una taza de avena con rodajas de banana y un vaso de jugo de manzanas, mirando el Canal Disney en el televisor de la cocina mientras Papá volvía a sus diarios. Megan llevó su plato y su vaso al lavaplatos, tarea que estaba empezando a dominar. Lo más difícil era colocar el plato en su lugar. Todavía estaba aprendiendo. Más difícil aún era calzarse los zapatos. La señora Daggert le había dicho que Megan era una niñita inusualmente brillante, un motivo más para enorgullecerse... seguido siempre por la tristeza de recordar a su esposa. Podía ver el rostro de Déborah en ella, pero a veces se preguntaba cuánto sería verdad y cuánto puro deseo. Al menos parecía haber heredado el cerebro de su madre. ¿Tal vez tuviera la misma expresión brillante, vivaz?

El trayecto a la guardería fue rutinario. El sol ya estaba alto pero el tránsito seguía siendo liviano. Megan viajaba en su sillita, como de costumbre, mirando azorada a los otros vehículos.

La llegada también fue rutinaria. Estaba el agente de siempre en el 7-Once, más el equipo de avanzada en el Giant Steps. Bueno, nadie raptaría jamás a *su* hijita. La rivalidad laboral entre el FBI y el Servicio había desaparecido hacía tiempo, excepto por las bromas y pullas ocasionales. Lo alegraba que estuvieran allí y a ellos no los molestaba verlo entrar con su arma reglamentaria. Apenas entró, Megan corrió a abrazar a la señora Dagget y puso su almuerzo en el estante correspondiente.

-Hola, Pat. -Lo saludó el agente de la puerta.

-Buen día, Norm.

-Tus horarios son tan traídos de los pelos como los míos -replicó el agente especial Jeffers. Era uno de los que rotaban al servicio de SANDBOX y esa mañana formaba parte del

equipo de avanzada.

-¿Cómo anda tu esposa?

-Dentro de seis semanas tendremos que buscar un sitio como éste. ¿Es tan buena como parece?

-¿La señora Dagget? Pregúntale al presidente -bromeó O-Day.. Mandaron aquí a todos sus hijos.

-Entonces no será tan malo -admitió el del Servicio Secreto.. ¿Qué se sabe del caso Kealty?

-Alguien de Estado está mintiendo. Eso piensan los del OPR. -Se encogió de hombros.. No saben quién. El detector de mentiras no funcionó. ¿Ustedes saben algo?

-Es gracioso, sabes. Ha comenzado a prescindir de sus custodios. Aparentemente les dice que no quiere ponerlos en posición de...

-Entendido -Pat asintió.. ¿Y ellos tienen que seguirle el juego?

-No hay opción. Se encuentra con gente, no siempre sabemos con quiénes, y tenemos prohibido descubrir qué planea contra SWORDSMAN. -Movió la cabeza con desconsuelo.. ¿No te encanta?

-Me gusta Ryan. -Por si acaso, echó un rápido vistazo al área. Era automático, como respirar.

-Nosotros lo amamos -coincidió Norman.. Pensamos que va a lograrlo. Kealty está lleno de mierda. Caramba, formé parte de su custodia cuando era vicepresidente. Tenía que quedarme allí parado, eso sí, del otro lado de la puerta, mientras él se aprovechaba de alguna chiquilina. Era parte del trabajo -concluyó amargamente. Cruzaron una mirada. Era una historia interna que sólo podía ser contada dentro de las agencias federales y, aunque los del Servicio Secreto cobraban un sueldo por proteger a sus custodiados y guardar todos los secretos, eso no significaba que les gustara necesariamente.

-Creo que tienes razón. ¿Las cosas andan bien por aquí?

-Russell quiere tres personas más, pero no creo que se las den. Demonios, tenemos tres agentes adentro y tres de vigilancia externa -no era ninguna sorpresa, O-Day ya se había dado cuenta. y...

-Sí, cruzando la calle hay más. Russell da la impresión de conocer su oficio.

-El abuelo es el mejor -acotó Norm.. Diablos, ha entrenado a la mitad de los agentes del Servicio. Tendrías que verlo disparar. Con ambas manos.

O-Day sonrió.

-Todos hablan de eso. Un día tendré que invitarlo a mi práctica de tiro.

Una sonrisa capciosa.

-Andrea me contó. Ella, estee, sacó tu archivo del FBI...

-¿Cómo?

-Eh, Pat, es un asunto de negocios. Investigamos a todo el mundo. Todos los días tenemos un personaje importante aquí, ¿lo has olvidado? -prosiguió Norm Jeffers.. Además, quería ver tu registro de armas de fuego. Oí decir que eres excelente, pero te diré una cosa, viejo, si quieres apostar con Russell trae mucho dinero, ¿entendido?

-El dinero hace a la carrera de caballos, señor Jeffers -O-Day amaba esa clase de desafíos y todavía no había perdido ninguno.

-Claro, puedes apostar tu blanco trasero, señor O-Day. -Levantó las manos. Chequeó su auricular y luego miró su reloj.. Acaban de salir. SANDBOX está en camino. Nuestra niña y tu niña se llevan muy bien.

-Parece una buena chica.

-Todos son buenos chicos. A veces hacen demasiado bullicio, pero así son los niños. Tu hijita tendrá un montón de candidatos cuando empiece a salir.

-¡No quiero enterarme!

Jeffers lanzó una carcajada.

-Sí, espero que el nuestro sea varón. Mi papá -capitán de policía en Atlanta. dice que las

hijas son el castigo que Dios nos envía por ser hombres. Uno vive temiendo que se topen con un tipo como uno a los diecisiete años.

-¡Basta! Déjame ir a trabajar. Prefiero vérmelas con criminales. -Palmeó a Jeffers en el hombro.

-Estará aquí cuando vuelvas, Pat.

O-Day pasó por la cafetería de la Autopista Ritchie en vez de tomar la Ruta 50. Debía admitir que los del Servicio Secreto conocían su oficio. Pero el FBI estaba manejando al menos un aspecto de la seguridad presidencial. Tendría que hablar con los tipos del OPR... extraoficialmente, por supuesto.

Uno había muerto y la otra había vuelto a su casa, casi al mismotiempo. Era la primera muerte de Ébola para MacGregor. Había visto otra clase de muertes: ataques al corazón, embolias, cáncer o simple-mente vejez. Casi siempre los médicos no estaban y la tarea recaía sobre las enfermeras. Pero esa vez sí estuvo. Con el final no llegó la paz esperada, llegó el agotamiento. El cuerpo de Saleh había luchado incansablemente y su fuerza sólo sirvió para prolongar la lucha y el dolor, como un soldado en una batalla perdida de antemano. Pero finalmente se acabó la fuerza y el cuerpo se abandonó a esperar la muerte. La señal del monitor cardíaco desapareció. No tenía sentido intentar resucitarlo. Retiraron el suero intravenoso con todas las precauciones. Literalmente todo lo que había estado en contacto con el paciente sería incinerado. No era para espantarse. Los sidosos y algunas víctimas de hepatitis también eran tratados como objetos de contaminación mortal. Incinerar los cadáveres era lo más conveniente... y además el gobierno había insistido. Sí, había perdido la batalla.

MacGregor se sintió aliviado, y un poco avergonzado de su alivio, al quitarse el traje protector por última vez y lavarse cuidadosamente para ir a ver a Sohaila. La niña todavía estaba débil, pero lista para partir y seguir recuperándose en su casa. Los análisis más recientes indicaban que su sangre estaba llena de anticuerpos. Por alguna razón su sistema inmunitario había enfrentado al enemigo y triunfado. Ya no tenía virus activos. Podía ser abrazada. En otro país la hubieran dejado internada para análisis posteriores y hubiera donado gran cantidad de sangre para intensivos estudios de laboratorio, pero el gobierno local había dicho que no se haría nada de eso y que la niña debía abandonar el hospital en cuanto pudiera hacerlo. MacGregor había dudado al principio, pero ahora estaba seguro de que no habría complicaciones. Alzándola con cuidado, la sentó en la silla de ruedas.

-¿Vendrás a verme cuando te sientas un poco mejor? -le preguntó con una cálida sonrisa. Sohaila asintió. Era una niña brillante. Su inglés era bueno. Una niñita hermosa, con una sonrisa encantadora a pesar de la fatiga, y contenta de irse a casa.

-¿Doctor? -Era su padre. Por la rigidez de su espalda se adivinaba que había tenido entrenamiento militar. Su rostro revelaba lo

que quería decirle aun antes de elegir las palabras adecuadas. -Yo hice muy poco. Su hija es joven y fuerte. Eso la salvó. -Aun así, jamás olvidaré esta deuda. -Intercambiaron un firme

apretón de manos y MacGregor recordó la frase de Kipling sobre Oriente y Occidente. Fuera quien fuera ese hombre -y el médico tenía sus sospechas-, todos los hombres tenían algo en común.

-Seguirá débil durante unos días. Déjenla comer lo que quiera.

Será mejor que duerma lo más posible. -Se hará como usted dice -prometió el padre de Sohaila. -Tienen mi número de teléfono, el de aquí y el de casa. Llámen

me ante cualquier duda.

-Y si usted tiene alguna dificultad, con el gobierno por ejemplo, por favor hágamelo saber de inmediato. -El padre de Sohaila reveló así la magnitud de su gratitud. A partir de ahora, MacGregor contaría con un protector. No tenía nada de malo, pensó, acompañándolos a la puerta. Luego volvió a su consultorio.

-Entonces -dijo el funcionario después de escuchar el infor

me-, todo se ha estabilizado. -Correcto. -¿Han revisado al personal? -Sí, y mañana repetiremos los análisis para estar seguros. Las habitaciones de ambos pacientes serán desinfectadas hoy. Todos los ítems contaminados están siendo incinerados en este mismo momento. -¿Y el cadáver? -También será incinerado, como usted ordenó. -Excelente. Dr. MacGregor, quiero agradecerle sus servicios.

Creo que debemos olvidar este desdichado incidente. -¿Pero *cómo llegó aquí* el virus? -preguntó MacGregor quejumbrosamente. Hasta allí podía llegar. El funcionario no lo sabía y se expresó en tono confidencial. -Eso no nos concierne, ni a usted ni a mí. No se repetirá. De eso sí estoy seguro.

-Como usted diga. -Se despidieron amablemente. MacGregor cortó y miró la pared. Decidió enviar otro fax al CDC. El gobierno no podría objetarlo. Tenía que informarles que el mini-estallido de Ébola había terminado. Eso también era un alivio. Mejor volver a la práctica normal de la medicina y a las enfermedades que estaba en condiciones de derrotar.

Kuwait se había adelantado a los sauditas en reportar los contenidos de la reunión, tal vez porque el gobierno kuwaití era en realidad un negocio familiar y se encontraba en una posición verdaderamente peligrosa. Adler le entregó la transcripción y el presidente le echó un rápido vistazo.

-Parece decir -Estamos perdidos..

-Correcto -coincidió el secretario de Estado.

-O el ministro Sabah suprimió todas las cortesías diplomáticas...

o lo que escuchó lo dejó temblando. Apuesto a lo segundo -intervino Bert Vasco.

-¿Ben? -preguntó Jack.

El Dr. Goodley movió la cabeza desalentado.

-Es probable que tengamos problemas.

-¿Probable? -preguntó Vasco.. Es más que -probable..

-De acuerdo, Bert, usted hizo el mejor pronóstico para el Golfo Pérsico -acotó el presidente.. ¿Qué va a pronosticarnos ahora?

-Tienen la cultura del regateo. En todas las reuniones importantes se utilizan elaborados rituales verbales. Pueden tardar una hora para decir -Hola, ¿cómo estás?.. Si vamos a pensar que pasaron por alto todos los prolegómenos, debemos considerar que hay un mensaje en la ausencia. Usted mismo lo dijo, señor presidente: *Estamos perdidos*.. Aunque era llamativo que hubieran empezado rezando juntos. ¿Tal vez fuera una señal significativa para los sauditas pero no para los kuwaitíes? Ni siquiera él conocía todos los aspectos de la cultura local.

-¿Entonces por qué no dicen nada los sauditas?

-¿No me dijo que el príncipe Ali daba otra impresión?

Ryan asintió.

-Es cierto. Prosiga.

-El reino es un poquito esquizofrénico. Les gustamos y confían en nosotros como socios estratégicos, pero en otro sentido no les gustamos y desconfían de nuestra cultura. No es tan simple, pero temen que un excesivo contacto con Occidente afecte adversamente a su sociedad. Son muy conservadores en lo que denominamos temas sociales, como cuando nuestro ejército estuvo allí en el .91 y pidieron que los capellanes militares retiraran la insignia religiosa de sus uniformes y les molestaba ver mujeres conduciendo autos y portando armas. Entonces, por una parte dependen de nosotros como garantes de seguridad -el príncipe Ali le pide confirmación constante al respecto, ¿no?. pero, por otra parte, temen que tanta protección eche a perder su país. Todo tiene que ver con la religión. Probablemente preferirían hacer un trato con Daryaei antes que invitarnos a proteger sus fronteras, y por eso la mayoría del go-

bierno postergará la cosa... sabiendo que *iremos* al instante si nos lo piden. Con Kuwait pasa otra cosa. Si les pidiéramos permiso para hacer una simple práctica dirían que sí *corriendo*, aunque los sauditas les pidieran que no lo hicieran. Lo bueno es que Daryaei lo sabe y debido eso no se moverá tan rápido. Si comenzara a mandar tropas al sur...

-La CIA nos advertiría inmediatamente -dijo Goodley con confianza.. Sabemos qué buscar y ellos no son tan sofisticados como para esconderlo.

-Si enviáramos tropas a Kuwait ahora mismo, la medida sería percibida como un acto de agresión -los previno Adler.. Sería mejor que primero nos encontráramos con Daryaei y lo sondeáramos.

-De ese modo le estaríamos haciendo una advertencia
-acotó Vasco. -No, no cometeremos semejante error y,
además, creo que

Daryaei sabe que el estatus de los países del Golfo es un tema central para nosotros. Esta vez no habrá señales contradictorias. -La embajadora April Glaspie había sido acusada de dar una señal contradictoria a Saddam Hussein en el verano de 1990... pero ella había negado la afirmación de Hussein y éste no era en absoluto una fuente de información confiable. Tal vez sólo hubiera sido un malentendido idiomático. Lo más probable era que Hussein hubiera escuchado lo que quería escuchar y no lo que le habían dicho, hábito frecuentemente compartido por los jefes de Estado y los niños.

-¿Cuánto tardaríamos en ponerlo en marcha? -preguntó el presidente.

-Muy poco -replicó el secretario de Estado.

-Hazlo -ordenó Ryan.. Lo más rápido posible. ¿Ben?

-Sí, señor.

-Ya hablé con Robby Jackson. Quiero que coordinen juntos un plan para enviar una modesta fuerza de seguridad a la zona del Golfo. Lo necesario para mostrar que el tema nos interesa... sin provocarlos. Quiero que llames a Kuwait y les digas que estamos a su disposición si nos necesitan, y que *podemos* enviarles fuerzas si las piden. ¿Quién estaría a cargo de esto?

-El Veinticuatro de Mecánica, Fort Stewart, Georgia. Ya lo averigüé -dijo Goodley, bastante orgulloso de sí mismo.. La segunda brigada está en estado de alerta. También hay una brigada del 82 en Fort Bragg. Podemos estar allí en cuarenta y ocho horas. También aconsejaría aumentar el estado de preparación de los barcos de preposicionamiento marítimo en Diego García. Podemos hacerlo discretamente.

-Buen trabajo, Ben. Llama al secretario de Defensa y dile que quiero que se haga... discretamente.

-Sí, señor presidente.

-Le diré a Daryaei que estamos dispuestos a tender la mano de la amistad a la República Islámica Unida -dijo Adler.. También le diré que estamos comprometidos con la paz y la estabilidad de esa región, y que eso significa integridad territorial. Me pregunto qué responderá...

Todos miraron a Bert Vasco, quien estaba aprendiendo a maldecir su recién adquirido status de genio residente.

-Tal vez sólo haya querido sacudir un poco el avispero de sus vecinos. No creo que quiera sacudir el nuestro.

-Es la primera vez que se cubre, Bert -observó Ryan.

-No cuento con suficiente información -replicó Vasco.. No veo que Daryaei quiera un conflicto con nosotros. Ya pasó una vez y todos se quedaron mirando. Sí, claro que no le agradamos. Sí, tampoco le gustan los sauditas ni los otros estados vecinos. Pero no, no quiere enfrentarnos. Tal vez *podría* derrotarlos a todos. Es un asunto militar y yo soy solamente un FSO. Pero no podrá derrotarlos si nosotros intervenimos, y él lo sabe. De modo que presionará políticamente sobre Kuwait y Arabia Saudita, seguro. No obstante, fuera de eso no veo que haya de qué preocuparse.

-Por ahora -agregó el presidente.

-Sí, señor, *por ahora* -admitió Vasco.

-¿Le estoy exigiendo demasiado, Bert?

-Está bien, señor presidente. Por lo menos me escucha. Creo que nos sería útil tener una SNIE (Estimación de Inteligencia Nacional) sobre las capacidades e intenciones de la RIU. Y yo necesitaría tener más acceso a los informes de la comunidad de inteligencia.

Jack se dio vuelta.

-Ben, quiero una SNIE. Bert tendrá acceso total a la información, es una orden. ¿Saben una cosa, muchachos? Dar órdenes es divertido -agregó el presidente, sonriendo para aflojar la tensión generada por la reunión.. Éste es un problema potencial pero todavía no nos quita el sueño, ¿correcto? -Asentimiento general.. De acuerdo. Gracias, caballeros. Mantengámonos al tanto.

El vuelo número 26 de Singapore Airlines aterrizó con cinco minutos de demora y llegó a la terminal a las 10.25 hora local. Los pasajeros de primera clase, habiendo disfrutado asientos más anchos y más mullidos, disfrutaron también de un acceso más rápido al galimatías de entrada que Estados Unidos inflige a sus visitantes. El viajero recuperó sus dos valijas en el carrusel y, con el equipaje de mano colgado del hombro, eligió una fila. Ya había llenado su formulario de entrada al país, donde no declaraba nada de interés para el gobierno de Estados Unidos. La verdad no les hubiera agradado, de ninguna manera.

-Hola -dijo el inspector, recibiendo el formulario y echándole un vistazo. Luego miró el pasaporte. Parecía viejo, tenía las páginas literalmente cubiertas de sellos de entrada y salida. Encontró una página en blanco y se preparó para estampar un nuevo sello.. ¿Cuál es el propósito de su visita a Estados Unidos?

-Negocios -replicó el viajero.. Vine para la exhibición de autos en el Javits Center.

-Ajá. -Casi no escuchó la respuesta. Estampó el sello y le indicó otra fila donde sus valijas pasaron un examen de rayos X.. ¿Algo para declarar?

-No. -Las respuestas simples eran las mejores. Otro inspector miró por el monitor el interior de las valijas y no vio nada interesante. Dejaron pasar al viajero, quien recogió su equipaje y salió en busca de un taxi.

Asombroso, pensó, después de ubicarse en otra fila y subir a un taxi en menos de cinco minutos. Su primera preocupación -ser atrapado en el control de aduanas. había quedado atrás. En cuanto a la segunda, nadie podría haber preseleccionado para él el taxi que ocupaba. Había tropezado con sus valijas y dejado que una mujer se le adelantara en la fila para evitarlo. Se recostó en el asiento y fingió mirar los alrededores pero en realidad quería ver si alguien lo estaba siguiendo. El tránsito del mediodía era tan intenso que parecía imposible que alguien pudiera seguirlo, mucho menos en el interior de uno entre miles de vehículos amarillos que entraban y salían de la autopista con la furia del ganado en estampida. Lo único malo era que su hotel estaba demasiado lejos del centro de convenciones y tendría que tomar otro taxi. Bueno, era inevitable. De todos modos, primero tendría que registrarse en el hotel.

Treinta minutos después estaba en el ascensor del hotel rumbo al sexto piso, acompañado por un servicial botones que llevaba sus dos valijas. El viajero retuvo el equipaje de mano. Le dio dos dólares de propina -lo habían instruido sobre el monto conveniente de las propinas: lo mejor era una propina modesta para que no lo recordaran como manirroto ni como avaro. que fueron recibidos con gratitud, aunque no excesiva. Una vez en su habitación, el viajero desempacó sus trajes y camisas. Dejó el equipo de afeitar dentro del bolso de mano y utilizó el que el hotel proveía para afeitarse después de una ducha reparadora. Estaba sorprendido por lo bien que se sentía a pesar de la tensión. Había viajado... ¿cuánto tiempo? ¿Veintidós horas? Más o menos. Pero había dormido bastante y los viajes en avión no lo ponían ansioso como a tantos otros. Almorzó en la habitación. Luego se vistió y, echándose al hombro el bolso de mano, bajó las escaleras del hotel y tomó un taxi rumbo al Javits Center. Una exhibición de autos, pensó. Siempre le habían gustado los autos.

Detrás de él en tiempo y espacio, la mayoría de los diecinueve viajeros restantes todavía

Librodot

estaba en el aire. Algunos acababan de aterrizar -el primero en Boston, luego otros más en Nueva York y uno en Dulles. e iban rumbo al control de aduanas para probar sus conocimientos y su suerte contra el Gran Satán, o comoquiera que llamara Daryaei a su enemigo colectivo. Satán, después de todo, tenía grandes poderes y merecía respeto. Satán podía mirar a un hombre a los ojos y ver sus pensamientos, casi como Alá. No, esos norteamericanos eran simples funcionarios que sólo demostraban peligrosidad si uno los provocaba.

-Deben aprender a leer entrelíneas -les dijo Clark. Era una buena clase. A diferencia de la gente que asistía a escuelas convencionales, todos querían aprender. La experiencia lo retrotrajo a su propio aprendizaje en la Granja, en los momentos culminantes de la Guerra Fría, cuando todos querían ser James Bond... En realidad se sentían un poquito James Bond a pesar de lo que dijeran sus instructores. La mayoría de sus compañeros de clase eran graduados recientes que sabían mucho de libros... pero nada de la vida. La mayoría aprendió muy rápido. Pero otros no y, aunque el fracaso en la vida real no era tan dramático como en el cine, comprendieron que había llegado el momento de cambiar de carrera. Clark cifraba grandes esperanzas en ese nuevo grupo. Tal vez no se hubieran graduado en Historia en las universidades de Darmouth o Brown, pero habían estudiado algo en alguna parte y luego habían aprendido todo lo que sabían en las calles de las grandes ciudades. Tal vez sabían desde el principio que *todo* lo que aprendieran sería importante para ellos algún día.

-¿Nos mentirán... nuestros agentes?

-Usted es de Pittsburgh, señor Stone, ¿correcto?

-Sí, señor.

-Trabajó con informantes confidenciales en la calle. ¿Alguna vez le mintieron?

-Algunas veces -admitió Stone.

-Ya tiene la respuesta a su pregunta. Le mentirán sobre su importancia, sobre el peligro que corren, prácticamente sobre todas las cosas... según cómo se sientan ese día. Tendrá que conocerlos y conocer sus estados de ánimo. Stone, ¿usted se daba cuenta cuando sus informantes mentían?

-La mayoría de las veces.

-¿Cómo hacía para darse cuenta? -preguntó Clark.

-Cuando sabían demasiado, cuando algo no encajaba...

-¿Sabe una cosa? -observó Clark con una sonrisita torcida.. Ustedes son tan astutos que a veces me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí. Es cuestión de conocer a la gente. Durante su carrera en la Agencia tendrán que vérselas con gente que cree poder adivinarlo todo desde arriba: son los que dicen que el satélite sabe todo y dice todo. No exactamente -prosiguió Clark.. Es posible engañar a los satélites, y es mucho más fácil de lo que sus seguidores admiten. Pero la gente también tiene sus debilidades y no hay nada mejor que mirarla a los ojos para averiguar algo. Lo lindo de trabajar con informantes es que hasta cuando les mientan estarán revelando parte de la verdad. Por ejemplo en este caso: Moscú, Kutuzovkiy Prospyekt, 1981. Sacamos a un agente -vendrá a conocerlos la semana próxima. que estaba teniendo problemas con su jefe y...

Chávez se asomó por la puerta del fondo con un mensaje telefónico en la mano. Clark concluyó rápidamente el ejemplo y entregó la clase a su asistente.

-¿Qué pasa, Ding?

-Mary Pat nos quiere ya mismo en el DC, creo que para un SNIE.

-Apuesto que el tema es la República Islámica Unida.

-Ni que me hubiera leído la mente, Mr. C -observó Chávez.. Quieren que lleguemos a tiempo para comer. ¿Manejo yo?

Había cuatro barcos de preposicionamiento marítimo en Diego García. Eran relativamente nuevos, construidos para ser garajes flotantes para vehículos militares. Un tercio de

esos vehículos eran tanques, artillería móvil y carros de ataque. El resto eran vehículos cargados con toda clase de cosas, desde armas a raciones de agua. Los barcos estaban pintados de gris -el color de la Armada. pero ostentaban bandas coloreadas alrededor de las chimeneas para indicar que formaban parte de la Reserva Nacional de Defensa (NDRF), y eran tripulados por marinos mercantes cuyo trabajo era mantenerlos. No era una tarea extremadamente difícil: cada tres meses encendían los grandes motores diesel y navegaban varias horas por los alrededores para asegurarse de que todo funcionaba bien. Esa noche recibieron el mensaje de aumentar su estado de alerta.

Los tripulantes de la sala de máquinas bajaron de a uno y empezaron a encender los motores. Verificaron las cantidades de combustible con los registros anteriores y realizaron algunas pruebas para asegurarse de que el barco estuviera listo para navegar. Probar los motores no era nada anormal. Pero probar todo al mismo tiempo sí lo fue, especialmente porque el conjunto de monstruosos motores produjo una florescencia térmica evidente para los detectores infrarrojos, particularmente de noche.

Treinta minutos después el peculiar acontecimiento llamó la atención de Sergey Golovko quien, como todos los jefes de inteligencia del mundo, reunió un equipo de expertos para discutirlo.

-¿Dónde están los norteamericanos? -preguntó en primer término. Estados Unidos amaba repartir gente por todos los mares del mundo.

-Ayer dejaron el atolón, rumbo al este.

-¿Se retiraron del Golfo Pérsico?

-Correcto. Tienen prácticas programadas con Australia. Se denominan SOUTHERN CUP. No tenemos información de que hayan sido canceladas.

-¿Entonces por qué ejercitan sus tropas?

El analista hizo un gesto obvio.

-Podría tratarse de un mero ejercicio, pero los acontecimientos del Golfo Pérsico sugieren otra cosa.

-¿Sabemos algo de Washington? -preguntó Golovko.

-Nuestro amigo Ryan sigue remontando los rápidos políticos -reportó el director del sector político norteamericano.. Bastante mal.

-¿Sobrevivirá?

-Nuestro embajador cree que sí, y los residentes coinciden con él, pero ninguno cree que tenga el toro por las astas. Es un enredo clásico. Estados Unidos siempre se ha enorgullecido de sus -civilizadas. transiciones de poder gubernamental, pero las leyes norteamericanas no anticiparon hechos como los que estamos viendo. Ryan no puede actuar decisivamente contra su enemigo político...

-Lo que está haciendo Kealty es traición al Estado -observó Golovko. La pena para ese crimen siempre había sido muy severa en Rusia. La frase en sí misma bastaba para bajar la temperatura de una habitación.

-Sin tener en cuenta la ley norteamericana, mis expertos legales aseguran que el asunto es muy confuso y que no habrá un ganador claro. En ese caso Ryan seguirá al mando debido a su posición... fue el que llegó primero.

Golovko asintió con expresión descontenta. *Octubre Rojo* y el tema Gerasimov jamás habrían debido hacerse públicos. Su gobierno y él se habían enterado del último caso y sólo sospechado el primero. En el asunto del submarino la seguridad norteamericana había sido espectacular... entonces *ésa* era la carta que había jugado Ryan para hacer desertar a Kolya. Tenía que ser. Todo cobraba sentido con el tiempo y la distancia. Había sido una jugada brillante, debía admitirlo. Excepto por una cosa: también se había hecho pública en Rusia y a raíz de eso tenía prohibido contactar a Ryan directamente hasta que se determinara el costo diplomático. Los norteamericanos estaban haciendo algo. Todavía no sabía qué, y en vez de llamar para preguntar y tal vez obtener una respuesta sincera, tendría que esperar las especulaciones de sus oficiales de campo. El problema estaba en el daño causado al gobierno norteamericano

Librodot

y en el hábito personal de Ryan, aprendido en la CIA, de trabajar con poca gente en lugar de dirigir todo el aparato burocrático como si de una orquesta sinfónica se tratara. El instinto le decía que Ryan cooperaría, que confiaría en sus ex enemigos con miras al interés colectivo. Pero ese traidor de Kealty había logrado -¡quién más habría podido contarle esas historias a la prensa!. crear un impasse político. ¡Política!

Tenía que haber una razón para que encendieran los motores de esos barcos. Ryan estaba haciendo algo o pensando en hacer algo y, en vez de preguntar, en vez de cooperar con un aliado, tendría que convertirse nuevamente en un espía que trabaja contra otro espía. Bueno, no tenía opción.

-Quiero que se forme un equipo especial de estudio para el Golfo Pérsico. Juntemos todo lo que tenemos, lo más rápido posible. Estados Unidos tendrá que reaccionar de algún modo ante la situación. Primero debemos determinar qué está pasando. Segundo, qué sabe Estados Unidos. Tercero, qué hará Estados Unidos. Pongan al tanto al general

G-I. Bondarenko. Acaba de estar con los militares norteamericanos.

-Inmediatamente, camarada director -replicó su asistente principal en nombre de todos. ¡Por lo menos *eso* no había cambiado!

Las condiciones climáticas eran excelentes, pensó. Ni demasiado frío, ni demasiado calor. El Javits Center daba al río y debido a esa proximidad había cierta humedad, lo que también era bueno. Una vez en el interior no tendría que preocuparse por los rayos ultravioletas. En cuanto al resto, la teoría de lo que estaba haciendo no le incumbía: lo habían instruido convenientemente y haría lo que le habían ordenado. Si funcionaba o no... bueno, eso estaba en manos de Alá, ¿no? El viajero bajó del taxi y entró al Javits Center.

Nunca había estado en un edificio tan amplio y se sintió un poco desorientado después de recibir su insignia de visitante y el programa de actividades con un mapa del interior. Con eso venía un índice que le permitió localizar las diferentes exhibiciones. Con una sonrisa muda decidió que tenía muchas horas por delante para lograr su objetivo y que pasaría un buen rato mirando autos.

Había montones de autos, resplandecientes como joyas, algunos colocados sobre plataformas giratorias para los perezosos, muchos con mujeres despampanantes que hacían gestos como si uno fuera a mantener relaciones sexuales... con los autos, aunque algunas de las mujeres eran bastante accesibles, pensó, mirando sus caras con picardía oculta. Sabía que Estados Unidos fabricaba millones de autos, casi de todos colores y diseños... pero verlos era otra cosa. Todo le pareció un desperdicio... Después de todo, ¿qué era un auto, sino un medio para trasladarse de un lugar a otro? Y con el uso se estropeaban y ensuciaban y la exhibición era esencialmente una mentira porque los mostraba así, resplandecientes, y el resplandor desaparecería en menos tiempo del que se tardaba en conducir uno desde allí hasta la propia casa... incluso en Estados Unidos, tal como había podido comprobarlo en su breve trayecto desde el hotel.

Aun así era una experiencia placentera. Pero no podía conectarla con aquello que tan bien conocía: un callejón lleno de pequeñas tiendas atendidas por mercaderes para quienes regatear era tan importante como respirar. No, Estados Unidos era diferente. Aquí prostituían a las mujeres para vender cosas a un precio predeterminado. No era que personalmente estuviera en contra de la prostitución; el viajero era soltero y tenía sus deseos carnales como cualquier mortal, pero proclamarlos de esa manera era un ataque contra la modestia puritana de su cultura. Por eso, aunque no podía apartar los ojos de las mujeres tendidas en los automóviles, lo alegraba que ninguna de ellas hubiera nacido en Oriente.

Todas las marcas y diseños. Había varios Cadillac en el sector de General Motors. Ford tenía un sector propio para todos sus productos. Caminó un poco por la sección Chrysler y luego se dirigió a las fábricas extranjeras. Advirtió que el público evitaba la sección japonesa -indudablemente debido al conflicto reciente entre Japón y Estados Unidos-, a pesar de los carteles que proclamaban ¡FABRICADO EN NORTEAMÉRICA POR NORTEAMERICA-

NOS! en letras de tres metros de altura para los pocos que parecían interesarse. Toyota, Nissan y el resto tendrían seguramente un mal año, igual que el deportivo Cressida, independientemente de dónde se fabricaran. Se podía adivinar por la ausencia de gente en el área. Su interés en los automóviles asiáticos se evaporó. No, no era el lugar propicio, decidió.

Vio que los autos europeos sacaban provecho del infortunio japonés. Los Mercedes atraían grandes multitudes, especialmente un nuevo modelo del automóvil deportivo, el más costoso de la fábrica, pinta-do de un negro tan brillante que reflejaba las luces del centro de exhibiciones como un pedazo del despejado cielo del desierto. Durante el recorrido, el viajero recogió un folleto del representante de cada fábrica que guardó parsimoniosamente en su bolso de mano... como los demás visitantes. Encontró un puesto de comida y se sentó a comer algo... salchichas para más datos. No lo preocupó si eran de cerdo o no. Después de todo, Estados Unidos no era un país islámico y él no tenía por qué ocuparse de esas cosas. Pasó bastante tiempo mirando vehículos para todo terreno, preguntándose si sobrevivirían a los primitivos caminos del Líbano e Irán y decidiendo que sí, probablemente. Uno de los modelos se basaba en un vehículo militar que ya había visto. De haber podido comprar alguno, hubiera elegido ése, amplio y poderoso. Consiguió todo el paquete publicitario del modelo y se apoyó contra un poste para leerlo. Los autos deportivos eran para los tontos. Éste sí que era grandioso. Qué pena que jamás podría comprarlo. Miró su reloj. Eran las seis de la tarde. Cada vez se acumulaban más visitantes. Habían salido de sus trabajos y dedicaban la noche para gozar de sus fantasías. Perfecto.

Prestó atención al aire acondicionado. Hubiera sido mejor colocar la lata en el sistema mismo, pero también lo habían instruido al respecto. Gracias a una epidemia ocurrida en Filadelfia varios años atrás los norteamericanos habían aprendido a mantener limpios los sistemas: solían usar clorina para tratar el agua condensada que humedecía el aire circulante y la clorina mataría el virus con tanta seguridad como una bala mataría a un hombre. Levantó la vista del colorido folleto publicitario y vio los inmensos acondicionadores circulares. Emitían aire frío que, al ser calentado por los cuerpos, ascendía y reingresaba al sistema para enfriarse... y desinfectarse hasta cierto punto. Tendría que elegir un lugar donde la circulación del aire fuera su aliada, no su enemiga. Empezó a pensar dónde, parado frente a un automóvil con cara de comprador interesado. Siguió caminando, parándose debajo de los acondicionadores, sintiendo la brisa refrescante sobre su piel, evaluándolos en silencio y buscando el sitio adecuado para dejar la lata. El último paso era igualmente importante. El período de rociado duraría alrededor de quince segundos. Se escucharía un sonido sibilante -que probablemente se perdería en el bullicio. y habría un poco de niebla. La nube se volvería invisible en pocos segundos. Las partículas eran muy pequeñas y, al tener la misma densidad del aire, formarían parte de la atmósfera ambiente y se propagarían durante treinta minutos aproximadamente, tal vez más, según la eficacia de los sistemas acondicionadores del centro. Quería exponer al virus a la mayor cantidad de gente posible. Volvió a recorrer el lugar con ese pensamiento en mente.

También era útil que, por grande que fuera la exhibición de automóviles, no llenara el Javits Center. Los stands estaban formados por bloques separados y tenían detrás grandes pedazos de tela, como estandartes verticales, cuyo único propósito era evitar que se vieran los sectores vacíos del edificio. No había ninguna clase de vallas y era posible dar la vuelta completa a un stand. Vio algunos grupos reunidos detrás de los stands y personal de seguridad circulando. Nada más. El personal de mantenimiento era un problema potencial. No le gustaría que recogieran su lata antes de que terminara de vaciarse. Pero esa gente tenía sus rutinas, ¿no? Sólo era cuestión de observar sus movimientos. Por supuesto. Entonces, ¿cuál es el mejor lugar? pensó. La exhibición permanecería abierta varias horas más. Quería escoger el lugar y el momento perfectos, pero le habían aconsejado que no se preocupara demasiado por eso. Siguió el consejo al pie de la letra. Lo importante era pasar inadvertido. Ésa era su misión primordial.

La entrada principal es... ésa. La gente entraba y salía por el mismo lado del edificio.

Librodot

Había salidas de emergencia en todas partes, todas adecuadamente señalizadas, pero con alarmas. Observó que el sistema había sido diseñado para mover el aire desde adentro hacia la periferia... y que todos tenían que entrar y salir por el mismo lugar...

¿cómo aprovecharlo? Vio las puertas de los baños, con su tránsito humano habitual... Demasiado peligroso: alguien podía ver la lata y tirarla al tacho de basura. Caminó hacia el otro lado, tropezando con la gente, hasta llegar nuevamente al sector de General Motors. Un poco más allá estaban Mercedes y BMW. Había muchísima gente en los tres sectores... más la que los acondicionadores contaminarían en la puerta de entrada y salida. Las telas verdes bloqueaban la visión de la pared, pero quedaba un poco de espacio debajo. Un área abierta... parcialmente fuera de la vista del público. Lo había encontrado por fin. Sería allí. Se alejó mirando el reloj y los horarios de la exhibición. Guardó el programa en el bolso y al mismo tiempo abrió el cierre del equipo de afeitar. Recorrió el lugar por última vez, buscando otro sitio adecuado. Encontró uno, pero no tan bueno como el primero. Observó atentamente a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estuviera siguiendo. No, nadie sabía que estaba allí, y no anunciaría su presencia ni su misión con una descarga de AK-47 ni con el estallido de una granada de mano. Había más de una manera de ser terrorista, y lamentaba no haberlo sabido antes. Hubiera disfrutado muchísimo colocando una lata como ésa en un cine de Jerusalén... pero no, ya tendría tiempo de hacerlo, tal vez, en cuanto destruyeran al enemigo principal de su cultura. Ahora sí los miró a las caras: rebaños de malditos norteamericanos llenos de odio, hacia él y hacia su pueblo. Moviéndose tontamente de un lado a otro, sin propósito, como ovejas. Había llegado el momento.

El viajero se deslizó detrás de un stand, extrajo la lata y la apoyó de costado sobre el piso de concreto. El peso le permitiría girar hasta la posición correcta y así, de costado, sería más difícil de ver. Una vez hecho eso, puso en marcha la cuenta regresiva y empezó a caminar hacia el área de exhibición para salir del edificio. Cinco minutos después estaba en un taxi rumbo a su hotel. Antes de que llegara al hotel, la válvula fue liberada y la lata vació su contenido en el aire durante quince segundos. El ruido se perdió en la cacofonía de la multitud. La nube de vapor se dispersó antes de que nadie pudiera verla.

En Atlanta fue la Exhibición Náutica Primaveral. Aproximadamente la mitad de los presentes tenía el firme propósito de comprar un bote, ese año o el próximo. El resto sólo soñaba con hacerlo. Que sigan soñando, pensó el viajero al salir.

En Orlando fue una exhibición de vehículos de recreo. Particular-mente fácil. El viajero miró debajo de una Winnebago, como si quisiera revisar el chasis, dejó su lata allí, y salió.

En Chicago fue el McCormick Center, una exhibición de equipamientos para el hogar, un amplio salón lleno de toda clase de muebles y accesorios y mujeres que anhelaban tenerlos.

En Houston fue una de las exhibiciones de caballos más importantes de Estados Unidos. Lo asombró ver que había muchos caballos árabes. El viajero musitó una plegaria para que la enfermedad no afectara a esas nobles criaturas, tan amadas por Alá.

En Phoenix fue una exhibición de equipos de golf, juego que el viajero desconocía por completo, aunque había obtenido gratis varios kilos de literatura sobre el tema que devoraría en el vuelo de regreso al Hemisferio Oriental. Antes de salir, escondió la lata en una bolsa de golf vacía.

En San Francisco fue una exhibición de computadoras, la más concurrida del día. Más

de veinte mil personas habían asistido al Moscone Convention Center. Eran tantos que el viajero temió no poder salir a los jardines antes de que la lata vaciara su mortífero contenido. Pero lo logró y volvió a su hotel caminando cuesta arriba. Misión cumplida.

La tienda de alfombras estaba cerrando cuando llegó Aref Raman. El señor Alahad cerró la puerta del frente y apagó las luces.

-¿Cuáles son mis instrucciones?

-No harás nada sin órdenes directas, pero es importante saber si eres capaz de completar tu misión.

-¿Acaso no está claro? -preguntó Raman, bastante irritado.. ¿Por qué cree...?

-Recibo órdenes -se disculpó Alahad.

-Soy capaz. Estoy listo -aseguró el asesino. Hacía años que había tomado la decisión, pero era bueno decirlo en voz alta, a otro, aquí, ahora.

-Se te hará saber en el momento adecuado. Será pronto.

-La situación política...

-Somos conscientes de eso y confiamos en tu devoción. Vete en paz, Aref. Están ocurriendo grandes cosas. No sé cuáles pero sé que están en camino. Y en el momento propicio tu acto será la coronación de la Sagrada Jihad. Mahmoud Haji te envía sus saludos.

-Gracias -Raman inclinó la cabeza ante la distante pero poderosa bendición. Había pasado mucho tiempo desde que había escuchado la voz del religioso por televisión. En aquel momento había tenido que volver la cabeza para evitar que los demás vieran su reacción.

-Ha sido duro para ti -dijo Alahad.

-Lo ha sido -Raman asintió.

-Pronto todo habrá terminado, mi joven amigo. Ven atrás conmigo. ¿Tienes tiempo?

-Tengo.

-Es hora de rezar.

38

Período de gracia

-No soy especialista en la región -objetó Clark. Ya había estado antes en Irán.

Ed Foley no estaba dispuesto a aceptar esa respuesta.

-Conoces el terreno -le espetó.. ¿Acaso no eras tú el que siempre decía que no hay nada mejor que un par de manos sucias y una buena nariz?

-Algo así les estuvo diciendo esta tarde a los chicos de la Granja -comentó Ding mirándolo de soslayo.. Bueno, en realidad habló de leer entrelíneas a la gente mirándola a los ojos, pero es lo mismo. Buen ojo, buen olfato, buenos sentidos. -*Él* no había estado en Irán y ellos no mandarían a Mr. C solo, ¿no?

-Estás adentro, John -dijo Mary Pat Foley y, dado que MP era DDO, así era.. El secretario Adler viajará pronto. Quiero que Ding y tú vayan como SPO. Maténganlo con vida y husmeen un poco la situación. Nada de agentes encubiertos. Quiero que vean qué dice la calle. Eso es todo, simple reconocimiento rápido.. Eso era lo que solían hacer los reporteros de la CNN, pero Mary Pat quería que un agente experimentado tomara el pulso a la ciudad y... una orden siempre era una orden.

Si algo había de malo en ser un buen oficial de entrenamiento era que la gente que uno entrenaba obtenía rápidos ascensos y recordaba las lecciones recibidas... Peor aún, también recordaba al que se las había enseñado. Clark recordaba a los Foley tomando sus clases en la Granja. Desde el principio ella había sido el -cowboy. -bueno, la -c*owgirl*.. de la pareja, dueña de un instinto brillante, un fantástico dominio del idioma y la cultura rusos y el peculiarísimo don de leer las intenciones ajenas mejor que cualquier psiquiatra... aunque un poco temeraria y demasiado confiada en que su papel de rubia estúpida y presumida bastaría para salvarla. A Ed le faltaba pasión pero tenía la capacidad de formular el denominado Cuadro General y la

Librodot

mayoría de las veces presentaba una visión sensata de la totalidad del problema. Ninguno de los dos era perfecto. Juntos eran imbatibles y John se sentía orgulloso de haberles enseñado. Bueno, no siempre.

-De acuerdo. ¿Tenemos algunas ventajas in situ?

-Nada útil. Adler quiere ver personalmente a Daryaei para decirle cuáles son las reglas. Estarán acuartelados en la embajada francesa. El viaje será secreto. Abordarán un VC-20 a París y transporte francés a partir de allí. Tendrán que entrar y salir en un abrir y cerrar de ojos -les dijo Mary Pat.. Pero quiero que pasen una o dos horas merodeando para sentir qué dice la calle, averiguar el precio del pan, ver cómo se viste la gente, ya saben.

-Y todos tendremos pasaportes diplomáticos para que nadie nos moleste -agregó John airadamente.. Sí, ya lo escuché antes. Lo mismo pasó en la embajada en 1979, ¿recuerdan?

-Adler es el secretario de Estado -le recordó Ed.

-Creo que ellos lo saben -replicó. Deliberadamente omitió decir: *Y también saben que es judío*.

El vuelo a Barstow, California, era el usual comienzo de la práctica. Una flota de ómnibus y camiones se acercó a los aviones y las tropas bajaron las escaleras para el corto viaje al NTC. El general Diggs y el coronel Hamm observaban desde su helicóptero la formación de los soldados. El grupo, una brigada reforzada, provenía de la Guardia Nacional de Carolina del Norte. Era infrecuente que la Guardia fuera a Fort Irwin y supuestamente esa brigada era muy especial. Carolina del Norte siempre había contado con la bendición de importantes senadores y diputados -bueno, hasta hacía poco. y por eso sus militares tenían los equipos más modernos. Por otra parte, se pavoneaban como auténticos soldados y hacía más de un año que sus oficiales se preparaban para ese entrenamiento. Hasta se las habían ingeniado para conseguir combustible adicional para entrenar unas semanas extra. Los oficiales hicieron formar a sus hombres en filas regulares antes de entrar al transporte. Diggs y Hamm los observaban desde un cuarto de milla de distancia.

-Parecen orgullosos, jefe -observó Hamm.

Oyeron un grito lejano: la compañía de tanques le había asegurado a su capitán que estaba lista para patear algunos traseros. Los del noticiero aprovecharon para inmortalizar el acontecimiento.

-*Son* orgullosos -dijo el general.. Los soldados deben ser orgullosos, coronel.

-Pero se olvida de algo, señor.

-¿De qué, Al?

-*Beeeeee* -el coronel Hamm baló largamente, mordiendo su cigarro.. Corderitos para la carnicería. -Cruzaron una mirada. La primera misión de la FuOp era terminar con ese orgullo. El Blackhorse jamás había perdido más de un simulacro de combate frente a una formación regular... y eso muy pocas veces. Hamm no estaba dispuesto a cambiar la tradición. Dos batallones de tanques Abrams, otro de Bradleys, otro de artillería, un regimiento de caballería y un batallón de apoyo contra sus tres escuadrones de la Fuerza Opositora. Realmente no era justo. Para los visitantes.

Casi habían terminado. Lo más molesto había sido mezclar el AmFo, tarea que resultó ser un buen ejercicio muscular para los Montañeses. Primero que nada, averiguaron en un libro las proporciones adecuadas de fertilizante (un compuesto químico con base amoniacal) y combustible. Les resultó divertido que a las plantas les gustara comer un explosivo mortal. El impelente utilizado en artillería también tenía base amoniacal. Debido a eso, después de la Primera Guerra Mundial, una planta química alemana de fertilizantes había explotado y destruido los pueblos vecinos. El agregado de combustible se debía en parte a la necesidad de proveer un elemento adicional de energía química, pero principalmente actuaba como agente humidificante destinado a propagar la onda de impacto interna dentro de la masa explosiva y

Librodot

acelerar la detonación. Habían utilizado una enorme bañera para la mezcla y un remo de canoa para agitar la masa hasta lograr la consistencia adecuada (eso también lo habían sacado del libro). El resultado fue una sustancia de aspecto barroso a la que fueron dando forma de ladrillos.

Adentro del tambor del camión mezclador todo era sucio, maloliente y un poquito peligroso. Hacían turnos para el rellenado. La compuerta de acceso, diseñada para admitir cemento semi-líquido, apenas superaba los tres metros de diámetro. Holbrook había llevado un ventilador eléctrico para mandar aire fresco al tambor, porque las emanaciones de la mezcla Am-Fo eran desagradables y posiblemente peligrosas... les provocaban jaquecas, advertencia suficiente. Habían trabajado más de una semana, pero el tambor quedó casi lleno -a tres cuartos de su capacidad. cuando colocaron el último ladrillo. Como las capas de ladrillos eran bastante desiguales rellenaron los espacios vacíos con una mezcla líquida que transportaron en baldes.

-Creo que ya está, Pete -dijo Ernie Brown.. Nos quedan aproximadamente otras cien libras, pero...

-No tenemos dónde meterlas -acotó Holbrook, saliendo del tambor. Bajó por la escalera y salió al jardín a tomar un poco de aire fresco en compañía de su amigo. Se sentaron a descansar.. Maldición, ¡me alegra que hayamos terminado!

-Qué te parece -Brown se limpió la cara con la manga y respiró hondo. Le dolía tanto la cabeza que temía que se le cayera la cara. Ahora permanecerían afuera largo rato, hasta que esas malditas emanaciones dejaran en paz a sus pulmones.

-Esto tiene que ser malo para nosotros -dijo Pete.

-Seguramente será malísimo para alguien. Buena idea la de las balas -agregó. Adentro había dos tambores de petróleo llenos de balas. Probablemente fueran demasiadas. Tanto mejor.

-¿De qué sirve una galleta sin un poco de mermelada? -preguntó Holbrook.

-¡Taradito! -Brown rió tan fuerte que casi se cayó de la silla.. ¡Ay, Dios, cómo me duele la cabeza!

La aprobación de la cooperación francesa para la reunión llegó notablemente rápido. Francia tenía intereses diplomáticos en todos los países que bordeaban el Golfo, conectados con toda clase de relaciones comerciales desde tanques a productos farmacéuticos. Las tropas francesas enviadas a la Guerra del Golfo Pérsico habían terminado combatiendo contra productos franceses, cosa para nada inusual. La aprobación de la misión fue comunicada al embajador norteamericano a las nueve de la mañana. El embajador envió un télex a Foggy Bottom cinco minutos después, télex que fue transmitido al secretario Adler antes de que se levantara de la cama. Posteriormente se realizaron otras notificaciones. La primera de todas fue al Ala 89 de Transporte Militar Especial en la Base Andrews de la Fuerza Aérea.

Hacer salir discretamente de la ciudad al secretario de Estado nunca había sido tarea fácil. La gente tendía a notar la ausencia en puestos de esa magnitud y por eso se informó que Adler había viajado a tratar distintos temas con aliados europeos.

-¿Sí? -dijo Clark, atendiendo el teléfono en el Marriott más próximo a Langley.

-Se saldrá hoy -dijo una voz.

Parpadeó varias veces. Sacudió la cabeza.

-Bárbaro. Está bien, estoy listo. -Se dio vuelta en la cama para dormir un poco más. Al menos no tendría que recibir instrucciones. Vigilar a Adler, recorrer las calles y volver a casa. No habría riesgos mayores en cuanto a seguridad. Si los iraníes -todavía no se acostumbraba a llamarlos RIU-níes o lo que fuera. intentaban algo, dos hombres con sendas pistolas no podrían hacer nada...

-¿Nos vamos? -preguntó Chávez desde la otra cama.

-Sí.

-Bueno.

Librodot

Daryaei miró el reloj de su escritorio. Restó ocho, nueve, diez y once horas y comenzó a preguntarse si algo habría salido mal. Pensar dos veces era la ruina para gente como él. Uno tomaba las decisiones, ejecutaba la acción y después, invariablemente, se preocupaba... a pesar de todos los planes e ideas previos. No existía un camino regio al triunfo. Había que correr riesgos, hecho jamás apreciado por aquellos que sólo *pensaban* qué era ser jefe de Estado.

No, nada había salido mal. Había recibido al embajador francés, un infiel muy agradable que hablaba el idioma local tan bellamente que Daryaei pensó en sugerirle la lectura de algunos poetas iraníes. Un hombre educado, siempre cortés y deferente, que había mediado con habilidad de casamentero, escondiendo tras una sonrisa esperanzada los deseos de su propio gobierno. Los norteamericanos no habrían formulado el pedido de haber sabido algo sobre la gente de Badrayn y su misión. No, en ese caso la reunión se hubiera llevado a cabo en territorio neutral -Suiza siempre era una posibilidad-, a fin de mantener un contacto informal pero directo. En este caso pensaban enviar a su mismísimo ministro del Exterior a un país enemigo... ¡Y para colmo un judío! *Contacto amistoso, intercambio amistoso de opiniones, ofrecimiento amistoso de relaciones amistosas* había dicho el francés, esperando indudablemente que, si el encuentro salía bien, Francia fuera recordada como el país que había estimulado y cimentado una nueva amistad -bueno, quizá sólo una -relación.. y, si el encuentro salía mal, se recordara que Francia había *intentado* mediar honestamente. Si Daryaei hubiera sabido algo de ballet, habría utilizado esa imagen para describir el papel jugado por los franceses.

Malditos sean los franceses, siempre, pensó. *Si ese Martel no hubiera detenido a Abdar-Rahman en el 732 en Poitiers, el mundo entero sería...* pero ni siquiera Alá podía cambiar la historia. Rahman había perdido esa batalla porque sus hombres se habían vuelto codiciosos, apartándose de la pureza de la Fe. Expuestos a las riquezas de Occidente, habían dejado de pelear y empezado a saquear, dándole a las fuerzas de Martel la oportunidad de recuperarse y contraatacar. Sí, era una lección que debía ser recordada. Siempre habría tiempo para saquear. Pero primero era menester ganar la batalla. Primero había que destruir a las fuerzas enemigas y *luego* llegaría el momento de apoderarse de todo lo que se quisiera.

Fue de su despacho a la habitación vecina. De la pared colgaba un mapa de su nuevo país y sus vecinos. Frente al mapa había un cómodo sillón. Daryaei se sentó. Los mapas suelen provocar lamentables confusiones. Daryaei no fue la excepción. Las distancias se acortaban. Todo parecía tan cerca, mucho más después de haber perdido tanto tiempo en su vida. Lo suficientemente cerca para llegar a apoderarse. Ya nada podría andar mal. Todo estaba demasiado cerca.

Salir fue más fácil que entrar. Como la mayoría de los países occidentales, a Estados Unidos lo preocupaba más lo que la gente podía ingresar que lo que podía retirar del país... y con toda la razón del mundo, pensó el primer viajero, mientras revisaban su pasaporte en el JFK. Eran las 7.05 y el vuelo 1 de Air France, un Concorde supersónico, estaba esperando para llevarlo parte del recorrido a casa. Tenía una vasta colección de folletos sobre automóviles y había pasado varias horas elaborando una batería de respuestas precisas en caso de que alguien le preguntara algo, pero no, no hubo preguntas. Abandonaba el país y todo estaba bien. Su pasaporte fue debidamente sellado. Al agente de aduana ni siquiera le interesó saber por qué se iba al día siguiente de haber llegado. Los viajeros de negocios eran viajeros de negocios.

En el salón de primera clase de Air France servían café, pero el viajero no aceptó su pocillo. Estaba casi exhausto. Recién ahora le temblaba el cuerpo. Era asombroso lo fácil que había sido todo. El informe de Badrayn había previsto que sería fácil pero él no lo había creído del todo, acostumbrado como estaba a vérselas con los incontables soldados y armas de la seguridad israelí. Por fin comenzaba a menguar la tensión que había experimentado. La noche anterior había dormido mal en el hotel, pero ahora dormiría todo el viaje. De regreso en Teherán, se le reiría a Badrayn en la cara y pediría más misiones como ésa. Al pasar junto al mostrador vio una botella de champagne y se sirvió una copa. El alcohol lo embotaba un poco y

Librodot

era contrario a su religión, pero era la manera occidental de celebrar... y él tenía mucho que celebrar. Veinte minutos después entró al Concorde con el resto de los pasajeros. Ahora su única preocupación era el malestar propio de los viajes largos. ¡El vuelo despegaría a las ocho en punto y llegaría a París a las 17.45! Pasaría del desayuno a la cena sin la comida del mediodía. Bueno, tal era el milagro de los viajes modernos.

Llegaron por separado a la Base Andrews, Adler en su automóvil oficial y Clark y Chávez en el automóvil del hispano. El secretario de Estado entró directamente pero los agentes de la CIA tuvieron que mostrar su identificación, obteniendo al menos un saludo cordial del guardia armado.

-Realmente no le gusta el lugar, ¿no? -preguntó Chávez.

-Bueno, Domingo, hace un tiempo, mientras tú te dedicabas a aceitar las ruedas de tu bicicleta, yo era agente doble en Teherán y aullaba -¡Muerte a Estados Unidos!. con la multitud mientras nuestra gente era paseada por las calles con los ojos vendados por un grupete de muchachones enloquecidos y armados hasta los dientes. Durante un tiempo temí que los fusilaran contra un paredón. Conocía al jefe de la estación. Demonios, lo reconocí. Estaba entre ellos. -Se recordaba parado entre la multitud, a menos de cincuenta yardas, sin poder hacer nada...

-¿Qué estaba haciendo allí?

-La primera vez un reconocimiento rápido para la Agencia. La segunda vez iba a formar parte de la misión de rescate que terminó patas para arriba en Desert One. Aquella vez todos lo atribuimos a la mala suerte, pero esa operación de veras me asustó. Probablemente fue mejor que fracasara -concluyó Clark.. Por lo menos logramos rescatarlos con vida.

-Malos recuerdos, entonces. ¿No le gusta el lugar?

John se encogió de hombros.

-No. Jamás pude descifrarlos. Entiendo a los sauditas... y me gustan mucho. Una vez roto el caparazón se hacen amigos para siempre. Ciertas actitudes suyas pueden resultarnos un poco graciosas, pero están bien. Cosas de película antigua: sentido del honor, hospitalidad, etcétera -prosiguió.. En cualquier caso, he tenido experiencias maravillosas allí. No puedo decir lo mismo del otro lado del Golfo.. Ding estacionó el auto. Ambos estaban recogiendo sus valijas cuando una sargento se acercó a recibirlos.

-Vamos a París, sargen -dijo Clark, volviendo a mostrar su identificación.

-Acompáñenme, por favor. -Los guió a la terminal VIP. El edificio de una planta había sido despejado para recibir a personajes más distinguidos. Scott Adler estaba repantigado en uno de los sillones, releyendo algunos informes.

-¿Señor secretario?

Adler levantó la vista.

-Permítanme adivinar... Sí, usted es Clark y usted es... Chávez.

-Tal vez tenga futuro en inteligencia criminal -John sonrió. Intercambiaron los consabidos apretones de mano.

-Buen día, señor -dijo Chávez.

-Foley dice que, con usted, mi vida está en buenas manos -afirmó el secretario, cerrando su libreta de informes.

-Exagera -Clark se alejó unos pasos para probar un pastelito. ¿Serían los nervios? se preguntaba. Ed y Mary Pat tenían razón. Sería una operación de rutina, entrar y salir. Hola, ¿cómo estás?, come tu propia mierda y muérete, hasta la vista. Y había estado en lugares más calientes que Teherán entre 1979 y 1980... no muchos, pero algunos. Frunció el ceño al morder el pastel. Algo había despertado en él esa vieja sensación que le erizaba la piel. Se dio vuelta.

-También dicen que está en el equipo de SNIE y que debo pres-tar atención a todo lo que me diga -prosiguió Adler. Al menos parecía relajado, observó Clark.

-Los Foley y yo nos conocemos hace mucho tiempo -explicó John.

-¿Estuvo antes en Irán?

-Sí, señor secretario -Clark tardó dos minutos en dar una explicación que Adler escuchó muy atentamente.

-Yo también -comentó después.. Fui uno de los que los canadienses sacaron de contrabando. Aparecieron justo una semana antes. Yo estaba afuera cuando tomaron la embajada. Me perdí toda la diversión -concluyó.. Gracias a Dios.

-¿Entonces conoce un poco el país?

Adler negó con la cabeza.

-No, realmente no. Conozco algunas palabras del idioma. Justa-mente había ido a aprenderlo in situ, pero no resultó y me dediqué a otras áreas. Me gustaría estar más al tanto de su experiencia, John.

-Haré lo que pueda, señor -prometió Clark. Un joven capitán se acercó a informarles que el vuelo estaba listo. Un sargento retiró el equipaje de Adler.

Los agentes de la CIA recogieron sus valijas. Adentro llevaban, además de dos mudas de ropas, sus armas de cinto -John prefería la Smith & Wesson y a Ding le gustaba la Beretta .40. y cámaras compactas. Uno nunca sabía cuándo vería algo útil.

Alguien había filtrado información a Tom Donner y John Plumber. Tenía que ser Kealty. La imagen que Holtzman tenía de Kealty era exactamente opuesta a la que tenía de Ryan. Pensaba que las ideas políticas de Kealty eran buenas, progresistas y sensatas. Sólo que era un inútil. En otra época se hubiera pasado por alto su condición de mujeriego. De hecho, la carrera política de Kealty atravesaba ambas épocas, la pasada y la presente. Washington estaba lleno de mujeres atraídas por el poder como las abejas por la miel -o las moscas por otra cosa-, y los hombres se aprovechaban de ellas. Esas mujeres solían abandonar la ciudad más sabias y más tristes... una vez legalizado el aborto, las consecuencias más permanentes se convirtieron en cosa del pasado. Los políticos eran por naturaleza tan encantadores que los *bomboncitos* -eufemismo casi tan viejo como el mundo. se marchaban con una sonrisa satisfecha, sin darse cuenta de que las habían usado. Pero algunas se sentían heridas, y Kealty había herido a varias. Incluso una de ellas se había suicidado. La esposa de Bob, Libby Holtzman, había investigado esa historia, en su momento desplazada por el torbellino del brevísimo conflicto con Japón. En el ínterin los medios decidieron colectivamente que esa historia ya era Historia y Kealty recuperó su imagen pública. Hasta los grupos de mujeres habían comparado su conducta personal con sus ideas políticas y decidido que las últimas importaban más que la primera. Holtzman se había sentido ofendido por aquello. La gente debía tener *algunos* principios, ¿verdad?

Pero así era Washington.

Kealty había accedido a Donner y Plumber, probablemente entre la entrevista grabada por la mañana y el noticiero en vivo de la noche. Y eso significaba que...

-¡Oh, mierda! -suspiró Holtzman. Acababa de prendérsele la lamparita.

¡*Ésa* sí que era una noticia! Más aún, fascinaría a su editor. Donner había dicho en vivo que la grabación se había estropeado. *Tenía que ser mentira*. Un periodista le había mentido públicamente a su audiencia. No había demasiadas reglas en el negocio del periodismo y la mayoría eran cosas amorfas que podían ser esquivadas o pasadas por alto. Pero esa no. Los medios impresos y televisivos no se llevaban demasiado bien. Competían por el mismo público y el *inferio*r estaba ganando. ¿*El inferior*? Por supuesto. La televisión era pura espuma y aunque una imagen podía hablar más que mil palabras, era innegable que las seleccionaban con criterio de entretenimiento y no de información. La televisión era la chica que uno mira por la calle. Los diarios y revistas eran la chica con la que uno se casa y tiene hijos.

¿Pero cómo probarlo?

¿Qué pasaría con Plumber? Holtzman lo conocía y respetaba. Plumber había llegado a la televisión en otro momento, cuando la industria intentaba ganar respetabilidad y contrataba periodistas experimentados basándose en sus reputaciones y no en su aspecto. Plumber tenía

que saber. Y probablemente no le habría gustado.

Ryan no podía *no* ver al embajador colombiano. Éste era un diplomático de carrera de origen aristocrático, inmaculadamente vestido para su encuentro con el jefe de Estado norteamericano. El apretón de manos fue fuerte y amable. Luego intercambiaron las cordialidades de rigor frente al fotógrafo oficial y por fin llegó el momento de hablar de negocios.

-Señor presidente -dijo el embajador-, mi gobierno me ha pedido que pregunte sobre ciertas noticias aparecidas recientemente en los medios.

Jack asintió cortésmente.

-¿Qué desea saber? -preguntó.

-Se dice que hace algunos años el gobierno de Estados Unidos pudo haber invadido mi país. Es una noticia perturbadora para nosotros, por no mencionar que implicaría la violación de leyes internacionales y de numerosos tratados entre nuestras dos democracias.

-Comprendo sus sentimientos al respecto. De estar en su posición sentiría lo mismo. Ahora, permítame decirle que mi administración no respaldará semejante acción bajo ninguna circunstancia. Tie-ne mi palabra y espero que se lo comunique a su gobierno -Ryan decidió servirle un poco de café a su visitante. Había aprendido que los pequeños gestos personales tenían muchísima injerencia en los intercambios diplomáticos, por razones que no llegaba a entender del todo pero que estaba dispuesto a aceptar si funcionaban. Esa vez la gentileza funcionó, aligerando la tensión del momento.

-Gracias -dijo el embajador, levantando su taza.

-Creo que es café de Colombia -acotó el presidente.

-Que, lamentablemente, no es nuestro más famoso producto de exportación -admitió Pedro Ochoa.

-No los culpo por eso -le espetó Jack.

-¿Cómo?

-Señor embajador, soy absolutamente consciente de que su país ha pagado un alto precio por los malos hábitos del mío. Cuando estaba en la CIA, sí, tuve acceso a toda clase de información concerniente al tráfico de drogas y a los efectos que causa en los países productores como el suyo. No participé en el inicio de ninguna actividad impropia en su país, pero sí analicé toda clase de información. Sé todo sobre los policías asesinados -mi padre era policía, como sabrá-, y también sobre los jueces y periodistas. Sé que Colombia ha luchado más que ningún otro país de la región para poder tener un gobierno verdaderamente democrático... y le diré algo más, señor embajador. Estoy avergonzado por algunas de las cosas que se han dicho en esta ciudad acerca de su país. El problema de la droga no empieza en Colombia, Ecuador o Perú. El problema de la droga comienza aquí, y ustedes son tan víctimas como nosotros... en realidad mucho más. El dinero norteamericano está envenenando a su país. No son ustedes los que nos lastiman. Nosotros los lastimamos a ustedes.

Ochoa había esperado muchas cosas de ese encuentro, menos ésa. Dejó la taza sobre la mesa y por el rabillo del ojo vio que estaban solos en el Despacho Oval. Los custodios se habían retirado en silencio. Ni siquiera había un secretario para tomar nota de lo que se decía. Era verdaderamente inusual. Además, Ryan acababa de admitir que lo que se decía era cierto... en parte cierto, en todo caso.

-Señor presidente -dijo en su perfecto inglés aprendido en casa y perfeccionado en Princeton-, no estamos acostumbrados a escuchar esta clase de discurso por parte de ustedes.

-Lo está escuchando ahora, señor. -Cruzaron una intensa mirada.. No estoy dispuesto a criticar a su país a menos que lo merezca y, basándome en lo que sé, no merece crítica alguna. Para disminuir el narcotráfico ante todo hay que atacar la demanda, y ésa será una prioridad de esta administración. Estamos redactando leyes para castigar a los que usan drogas, no sólo a los que las venden. Cuando el Congreso haya sido plenamente restablecido presionaré a favor de esa legislación. También deseo crear un grupo informal de trabajo, compuesto por miembros de mi gobierno y el suyo, a fin de discutir la mejor manera de colaborar con uste-

Librodot

des... siempre con el debido respeto a la integridad nacional de su país. Estados Unidos no siempre ha sido un buen vecino. No puedo cambiar el pasado, pero sí puedo tratar de cambiar el futuro. Dígame, ¿su presidente aceptaría una invitación para discutir el tema personalmente? *Quiero estar preparado para toda esta locura.*

-Creo que considerará favorablemente esa invitación, con las debidas consideraciones de tiempo y otros compromisos, por supuesto. -Lo que significaba: *¡Claro que sí!*

-Sí, señor, yo mismo estoy aprendiendo lo demandante que es la tarea presidencial. Tal vez -agregó con una sonrisa-, él pueda *dar-me* algunos consejos.

-Menos de los que cree. -El embajador Ochoa se preguntaba cómo explicaría esa reunión a su gobierno. Claramente le estaban ofreciendo un trato. Ryan estaba ofreciendo algo que en América del Sur sería considerado como una disculpa por algo que jamás sería admitido y cuya revelación sólo serviría para perjudicar a todos los involucrados. No obstante, no lo estaba haciendo por razones políticas, ¿no? ¿O sí?

-Con respecto a las leyes que mencionó, ¿qué se propone lograr, señor presidente?

-Lo estamos estudiando. Creo que la mayoría de la gente consume drogas porque es divertido... para escapar de la realidad o como quiera llamarlo. Nuestra información sugiere que por lo menos la mitad de las drogas vendidas en el país son consumidas por gente que busca divertirse y no por verdaderos adictos. Creo que deberíamos lograr que el uso de drogas dejara de resultar tan divertido, y con eso estoy aludiendo a penalizar de alguna manera todos los niveles de posesión e intoxicación. Obviamente, no tenemos lugar en las cárceles para todos los que usan drogas en Estados Unidos, pero sí tenemos un montón de calles para barrer. Creo que treinta días de barrer calles y recoger basura en áreas pobres, vistiendo el uniforme apropiado para la tarea, le quitaría bastante diversión a la cosa. ¿Usted es católico?

-Sí, igual que usted.

Ryan sonrió.

-Entonces sabe qué es la vergüenza. Lo aprendimos en la escuela, ¿verdad? Por el momento es sólo un punto de partida. Es necesario considerar los temas administrativos. La Justicia también está investigando algunas cuestiones constitucionales, pero parecen ser me-nos problemáticas de lo que esperaba. Quiero que esta ley salga antes de fin de año. Tengo tres hijos y el problema de las drogas en Estados Unidos me aterra a nivel personal. La nuestra no es la respuesta perfecta al problema. Los verdaderos adictos necesitan asistencia profesional y estamos estudiando diversos programas estatales y locales para ellos... pero, demonios, si podemos terminar con el uso esporádico -que se lleva la mitad del negocio. habremos hecho algo importante.

-Observaremos este proceso con enorme interés -prometió el embajador Ochoa. Si reducían los ingresos de los narcotraficantes, reducirían también sus posibilidades de comprar protección y su gobierno acaso podría hacer lo que tanto anhelaba, porque el poder económico de la droga era un cáncer político en el cuerpo de su país.

-Lamento las circunstancias que motivaron este encuentro, pero me alegra saber que tendremos una nueva oportunidad de discutir estos temas. Gracias, señor embajador, por ser tan franco. Quiero que sepa que siempre estoy abierto a intercambiar opiniones. Ante todo, quiero que usted y su gobierno sepan que tengo un gran respeto por la ley, respeto que no caduca en nuestras fronteras. Más allá de lo ocurrido en el pasado, propongo un nuevo comienzo y estoy dispuesto a respaldar mis palabras con acciones.

Ambos se pusieron de pie. Ryan volvió a estrecharle la mano y lo acompañó afuera. Pasaron unos minutos al borde del Rosedal, enfocados por las cámaras de televisión. La Oficina de Prensa de la Casa Blanca emitiría un comunicado sobre el afable encuentro entre ambos funcionarios y las fotos servirían para acreditar la información.

-Promete ser una hermosa primavera -dijo Ochoa, observando el cielo despejado y sintiendo la calidez de la brisa.

-Pero los veranos suelen ser muy penosos aquí. Dígame, ¿cómo son en Bogotá?

-Estamos a mucha altura. Nunca hace un calor terrible, pero el sol es un tormento. Este

Librodot

rosedal es muy bello. Mi esposa adora las flores. Se está haciendo famosa -dijo el embajador.. Ha desarrollado una nueva variedad de rosa. De algún modo mezcló rosas rojas con rosas amarillas y obtuvo una variedad de color dorado.

-¿Qué nombre le puso? -Lo único que sabía Ryan sobre rosas era que uno debía tener cuidado con las ramas, o tallos, o como demonios se llamara la parte que tenía espinas. Pero las cámaras seguían encendidas.

.-Alba Reciente.. Parece que todos los nombres buenos para rosas ya habían sido utilizados -acotó Ochoa con una sonrisa amistosa.

-¿Tal vez podría enviarnos algunas para nuestro rosedal?

-María se sentirá muy honrada, señor presidente.

-Entonces hemos llegado a más de un acuerdo, señor. -Otro apretón de manos.

Ochoa también conocía el juego. Dedicó a las cámaras la más amistosa de sus sonrisas diplomáticas, pero la calidez de su apretón de manos era genuina.

-Espero que ésta sea el -Alba Reciente.... de un nuevo día para todos nosotros, señor presidente.

-Tiene mi palabra. -Se despidieron. Ryan volvió al Ala Oeste. Arnie lo estaba esperando junto a la puerta.

-Estás aprendiendo. Realmente estás aprendiendo -observó complacido su jefe de staff.

-Esta vez fue fácil, Arnie. Hace tiempo que venimos jodiendo a los colombianos. Lo único que hice fue decir la verdad. Quiero que esa ley salga rápido. ¿Cuándo estará listo el proyecto?

-Dentro de un par de semanas. Se armará un escándalo -advirtió Van Damm.

-Me importa un bledo -replicó el presidente.. ¿No te parece bien intentar algo que tal vez funcione en vez de gastar tanto dinero en apariencias? Hemos probado derribar aviones. Hemos probado asesinar. Hemos probado la interdicción. Hemos probado perseguir a los incentivadores. Hemos agotado todas las posibilidades y nada funcionó porque hay demasiado dinero en danza. ¿Qué pasaría si fuéramos directamente al origen del problema? Para cambiar un poco, digo. El problema se origina en el mismo lugar de donde sale el dinero.

-Sólo estoy diciéndote que será difícil.

-¿Acaso hay algo útil que no lo sea? -preguntó Ryan volviendo a su despacho. En vez de utilizar la puerta directa del pasillo entró a la sala de secretarios.. ¿Ellen? -dijo, indicando con un gesto el Despacho Oval.

-¿Lo estoy corrompiendo? -preguntó la señora Sumter, llevando sus cigarrillos bajo las semiocultas sonrisas de las otras damas presentes.

-Cathy podría pensar eso, pero no tiene por qué enterarse, ¿no? -En la santidad de su despacho, el presidente de Estados Unidos encendió un cigarrillo de mujer, celebrando con una adicción el ataque a otra... y, ah, casi lo olvidaba, el hecho de haber neutralizado un potencial terremoto diplomático.

Extrañamente, el último viajero salió de Estados Unidos por el Aeropuerto Internacional de Saint Paul, Minneapolis, en un vuelo de KLM. Badrayn tendría que sudar la gota gorda unas horas más. Por seguridad no habían llevado ni siquiera un número telefónico para anunciar el éxito de la misión, advertir el fracaso o dárselo a cualquiera que los arrestara... Era la mejor manera de evitar que algo más que sus propias palabras los vinculara a la RIU. En cambio, Badrayn tenía gente en todos los aeropuertos de salida. Si los viajeros eran visualmente reconocidos cuando abordaban sus vuelos, la noticia se transmitía mediante circuitos de llamadas realizadas anónimamente desde teléfonos públicos.

El regreso triunfal de los viajeros a Teherán daría comienzo a la siguiente operación. Sentado en su oficina, Badrayn no podía hacer otra cosa que mirar el reloj y preocuparse. Su computadora estaba conectada a la Red y acababa de echar un vistazo a la información más reciente. Nada importante. Ciertamente no habría nada importante hasta que los viajeros regresaran e hicieran sus informes individuales. Y ni siquiera entonces, a decir verdad. Pasarían

tres o cuatro días, tal vez cinco, para que empezaran a saltar las líneas de correo electrónico al CDC. Entonces sí sabría.

39

Cara a cara

El vuelo resultó sumamente placentero. El VC-20B era más cómodo que un avión comercial y la tripulación de la Fuerza Aérea parecía bastante eficaz en lo suyo. El avión inició el descenso hacia la envolvente oscuridad de la noche europea y finalmente aterrizó en un aeropuerto militar en las afueras de París.

No hubo una ceremonia de recepción propiamente dicha, pero Adler era un funcionario de rango ministerial y debía ser recibido, aunque formara parte de una misión secreta. En este caso, un funcionario de alto nivel -un sirviente civil. avanzó en dirección al avión apenas se apagaron los motores. Adler lo reconoció incluso antes de bajar la escalera.

-¡Claude!

-Scott. ¡Te felicito por el ascenso, mi viejo amigo! -En deferencia a los gustos norteamericanos no hubo intercambio de besos.

Chávez y Clark echaron un vistazo al área en busca de peligros potenciales pero lo único que vieron fueron soldados franceses, o tal vez policías -a esa distancia era imposible distinguirlos-, parados en círculo, evidentemente armados. Los europeos sienten inclinación por mostrar sus ametralladoras, incluso en las calles. Probablemente el despliegue surtiera un efecto saludable sobre los delincuentes callejeros, pensaba John, pero resultaba un tanto excesivo. En todo caso, no habían esperado correr peligro en Francia y ciertamente sus expectativas se estaban cumpliendo. Adler y su amigo entraron en un vehículo oficial, Clark y Chávez en uno de la escolta. La tripulación de la nave tomaría un -merecido descanso.: así denominaban en la USAF a las conversaciones con sus colegas franceses.

-Pasaremos unos minutos en el salón hasta que su avión esté listo -explicó un coronel de la Fuerza Aérea francesa.. ¿Tal vez deseen refrescarse un poco?

-Merci, mon commandant -replicó Ding. Sí, pensó, los francesitos saben hacerlo sentir cómodo a uno.

-Gracias por tu ayuda -le dijo Adler a su amigo. Habían sido FSO juntos, una vez en Moscú y otra en Pretoria. Ambos se habían especializado en misiones sensibles.

-No es nada, Scott. -Lo cual no era cierto, pero los diplomáticos hablan como diplomáticos hasta cuando no tienen necesidad de hacerlo. En cierta oportunidad Claude lo había ayudado a divorciarse a la francesa: hablando todo el tiempo como si se tratara de una negociación política. Con el tiempo aquel episodio se había convertido en una broma para los dos.. Nuestro embajador dice que será receptivo al acercamiento correcto.

-¿Y cuál podrá ser? -preguntó Scott Adler a su colega. Entraron a lo que parecía ser el club de oficiales de la base y un minuto después llegaron a un comedor privado donde los esperaba una garrafa de fino Beaujolais.. ¿Qué opinas de esto, Claude? ¿Qué quiere Daryaei?

Encogerse de hombros era parte del estilo francés, como el vino que Claude se apresuró a servirle. Brindaron. Ese vino era soberbio hasta para los estándares del servicio diplomático francés. Luego hablaron de negocios.

-No estamos seguros. No sabemos qué pensar de la muerte del premier turcomano.

-¿Y sí saben qué pensar de la muerte de...?

-No creo que nadie tenga dudas al respecto, Scott. Pero ése es un asunto de larga data, ¿no?

-No exactamente. -Otro trago.. Claude, sigues siendo la mayor autoridad en vinos que conozco. ¿En qué está pensando Daryaei?

-En muchas cosas probablemente. En sus problemas domésticos... ustedes los norteamericanos no son capaces de apreciarlos en toda su magnitud. El pueblo está inquieto, tal vez un poco menos ahora que ha conquistado Irak, pero el problema sigue latente. Sentimos que debe consolidarse antes de intentar otra cosa. También sentimos que el proceso puede resultar des-

Librodot

astroso para él. Tenemos esperanzas, Scott. Tenemos la esperanza de que los aspectos extremos del régimen se moderen con el tiempo, tal vez dentro de poco. Deben moderarse, es forzoso. Ya no estamos en el siglo VIII, ni siquiera en esa región del mundo.

Adler lo consideró unos segundos y asintió.

-Espero que tengas razón. Ese tipo siempre me asustó.

-Todos los hombres son mortales. Tiene setenta y dos años y trabaja muy duramente. En todo caso lo estamos vigilando, ¿no? Si él se mueve, nosotros nos moveremos, juntos, como en el pasado. También hemos hablado con los sauditas al respecto. Están preocupados, pero no tanto. Nosotros igual. Te aconsejo mantener la mente abierta.

Claude podría tener razón, pensó Adler. Daryaei *era viejo* y consolidar el gobierno de un país de formación reciente no era exactamente una empresa trivial. Más aún, la mejor manera de derribar a un país hostil era -si uno tenía paciencia. ser amable con los bastardos. Un poco de comercio, algunos periodistas, un poco de CNN y un par de películas clase G... esas cosas podían obrar maravillas. Si uno tenía paciencia. Si uno tenía tiempo. Había muchísimos jóvenes iraníes en las universidades norteamericanas. Ése podría ser el medio más efectivo para provocar un importante cambio en la RIU. El único problema era que Daryaei también tendría que saberlo. Y allí estaba él, Scott Adler, secretario de Estado, puesto al que jamás había soñado aproximarse, mucho menos ocupar... y supuestamente debía saber qué hacer. Pero había leído suficiente historia diplomática.

-Escucharé lo que tenga para decir. No queremos hacer nuevos enemigos, Claude. Creo que lo sabes.

-D-accord. -Chocó su copa con la de Adler.. Desafortunadamente no encontrarás nada como esto en Teherán.

-Y dos es mi límite cuando estoy trabajando.

-La tripulación de tu vuelo es excelente -le aseguró Claude.. Trasladan a nuestros propios ministros.

-¿Acaso alguna vez me quejé de tu hospitalidad?

Clark y Chávez fueron agasajados solamente con Perrier, que obviamente sería más barata allí, pensaron ambos, aunque probable-mente los limones fueran más caros.

-Entonces, ¿cómo andan las cosas en Washington? -preguntó un agente francés para matar el tiempo, o al menos así parecía.

-Raras. Es asombroso lo tranquilo que está el país. Tal vez ayude que falten tantos funcionarios todavía -replicó John, tratando de escabullirse.

-¿Y lo que se dice del presidente y sus aventuras?

-A mí me suena a película de Hollywood -dijo Ding, con mirada franca.

-¿Robar un submarino ruso? ¿Él solito? Maldición -se burló Clark.. Me pregunto a quién se le habrá ocurrido...

-Pero el espía ruso existe -objetó el francés.. Es él y salió por televisión.

-Sí. Bueno, apuesto a que le pagamos un montón de dinero para aparecer. Seguro.

-Y probablemente planea escribir un libro para ganar un poco más -rió Chávez.. Eh, *mon ami*, sólo somos abejas obreras, ¿entendido?

Clark miró a los ojos a su interrogador. Los ojos del francés se dilataron. Era un DGSE y con sólo verlos podía reconocer a los de la CIA.

-Entonces tenga cuidado con el néctar que encontrará en su próximo destino, mi joven amigo. Tal vez sea demasiado dulce. -Era como el comienzo de una partida de naipes. Probablemente una sola mano, y tal vez amistosa, pero había que jugarla.

-¿Qué quiere decir?

-El hombre que va a ver... es peligroso. Tiene el aspecto de alguien que ve lo que nosotros no vemos.

-¿Usted recorrió el país? -preguntó John.

-He viajado por el país, sí.

Librodot

-¿Y? -preguntó Chávez.

-Y jamás he podido comprenderlos.

-Sí -Clark coincidió con él.. Sé de qué está hablando.

-Es un hombre interesante, su presidente -dijo el francés por pura curiosidad, algo bastante agradable de ver en los ojos de un oficial de inteligencia.

John lo miró directamente a los ojos y decidió agradecerle su advertencia, de profesional a profesional.

-Sí, lo es. Es uno de nosotros -le aseguró.

-¿Y lo que se dice por ahí?

-No puedo hablar -respondió con una sonrisa. *Por supuesto que*

es verdad. ¿Cree que los periodistas tienen la inteligencia necesaria para inventar esa clase de cosas?

Los dos estaban pensando lo mismo y lo sabían, aunque ninguno podía decirlo en voz alta: *Es una pena que no podamos salir a cenar una noche para hablar de estas cosas*. Pero no, no era posible.

-Cuando regrese, lo invitaré a un trago.

-Cuando regrese, lo aceptaré gustoso.

Ding se limitaba a ver y escuchar. El viejo bastardo seguía siendo el mejor y todavía tenía mucho que aprender de él.

-Es lindo tener un amigo -dijo cinco minutos después, camino al avión.

-Mejor que un amigo, un profesional. Debes prestar atención a esa clase de gente, Domingo.

El avión era un Dassault Falcon 900B de aproximadamente nueve años, similar en tipo y funciones al VC-20B de la USAF. La tripulación de dos hombres estaba conformada por un par de oficiales de la Fuerza Aérea francesa, tal vez demasiado jerárquicos para ese -charter.. También había un par de azafatas absolutamente encantadoras. Por lo menos una de ellas era agente encubierta de la DGSE, supuso Clark. Tal vez ambas. Le gustaban los franceses, particular-mente los de los servicios de inteligencia. Aunque Francia muchas veces resultaba ser un aliado bastante problemático, los franceses eran los mejores negociantes. Afortunadamente en ese caso, los aviones eran ruidosos y las conversaciones difíciles de interceptar. Tal vez eso explicara por qué las azafatas se acercaban cada quince minutos a preguntarles si necesitaban algo.

-¿Hay algo en especial que debamos saber? -preguntó John, después de declinar el último ofrecimiento con una sonrisa.

-No -replicó Adler.. Queremos ver al tipo cara a cara, saber qué está tramando. Mi amigo Claude dice que las cosas no son tan malas como parecen, y tal vez tenga razón. En lo esencial pienso transmitir el mensaje de siempre.

-Compórtese -dijo Chávez, con una sonrisa encantadora.

El secretario de Estado sonrió.

-En cierto sentido más diplomáticamente, pero sí. ¿Dónde estudió, señor Chávez?

A Clark le gustó esa pregunta.

-No querrá saber de dónde lo sacamos -dijo.

-Acabo de terminar mi tesis de maestría -respondió Chávez con orgullo.. Me graduaré en junio.

-¿Dónde?

-En la Universidad George Manson. Con el profesor Alpher.

Ese nombre despertó el interés de Adler.

-¿En serio? Solía trabajar para mí. ¿Sobre qué es la tesis?

-Se titula -Una reflexión sobre sabiduría convencional: equívocas maniobras diplomáticas en la Europa de fin de siglo..

-¿Alemanes y británicos?

Ding asintió.

-Principalmente, en especial las carreras navales.

-¿Y a qué conclusión llega?

-No pudieron reconocer las diferencias entre objetivos tácticos y estratégicos. Creían estar pensando -en el futuro. cuando en realidad estaban pensando -en el aquí y ahora.. Confundieron diplomacia con gobierno y terminaron en una guerra que acabó con el orden europeo y lo reemplazó por tejido cicatrizado. -Era notable cómo le cambiaba la voz a Ding cuando discutía su tesis, pensó Clark.

-¿Y usted es un SPO? -preguntó el secretario de Estado con cierto grado de incredulidad.

La sonrisa burlona y latina de Ding iluminó su rostro moreno.

-Solía serlo. Discúlpeme por no traer puesta la manopla, señor.

-¿Y por qué los mandó conmigo Ed Foley?

-Es culpa mía -dijo Clark.. Quieren que hagamos una breve recorrida por las calles y olfateemos un poco el ambiente.

-¿Culpa suya? -preguntó Scott.

-Yo los entrené -explicó John, breve explicación que cambió por completo el tono de la conversación.

-¡Ustedes son los que rescataron a Koga! Ustedes son los que...

-Sí, estuvimos allí -confirmó Chávez.. Fue divertidísimo.

El secretario de Estado pensó que debería ofenderse por haber sido acompañado por dos agentes secretos... Las observaciones del más joven sobre la manopla justificarían con creces su ofensa. Pero una maestría de George Manson...

-Son los mismos que enviaron aquel informe sobre Goto. También fue un buen trabajo. De hecho, fue excelente. -Se había estado preguntando qué harían esos dos en el equipo de SNIE para la situación de la RIU. Ya lo sabía.

-Pero nadie le prestó atención -señaló Chávez. Podría haber sido un factor decisivo en la guerra con Japón. Habían pasado momentos escabrosos en ese país, pero le habían servido para comprender que la diplomacia y el arte de gobernar no habían cambiado demasiado desde 1905. Eran como un viento fétido que no le hacía bien a nadie.

-Yo prestaré atención -prometió Adler.. Háganme saber los resultados de sus paseos, ¿de acuerdo?

-Claro. Supongo que tiene necesidad de saber cómo funcionan las cosas -observó John, enarcando una ceja.

Adler se dio vuelta e hizo señas a una azafata, la bella morena que Clark había identificado como agente encubierta. Era absolutamente encantadora y mortalmente hermosa, pero se movía un poco torpemente para ser azafata.

-¿Sí, monsieur ministro?

-¿Cuánto falta para aterrizar?

-Cuatro horas.

-Bueno. ¿Podría traernos un mazo de naipes y una botella de vino?

-Claro. -Se alejó para buscarlos.

-No deberíamos beber en horas de servicio, señor -dijo Chávez.

-Están fuera de servicio hasta que aterricemos -les dijo Adler.. Y me gustaría jugar a las cartas antes de entrar en una de esas sesiones. Es bueno para los nervios. ¿Aceptan una partida amistosa, caballeros?

-Bueno, señor secretario, si usted insiste -replicó John. Ahora todos harían su propia lectura de la misión.. ¿Póker, tal vez?

Todos sabían dónde estaba la línea. No había habido intercambio de comunicados oficiales -al menos entre Beijing y Taipei. pero igualmente se sabía y se comprendía perfecta-

Librodot

mente lo que pasaba, porque los uniformados tienden a ser prácticos y observadores. Los aviones de la República Popular China nunca se acercaban más de diez millas náuticas (quince kilómetros) a determinada línea norte-sur, y los aviones de Taiwan, percibiendo esa actitud, mantenían la misma distancia de la misma línea invisible. A cada lado de la línea podían hacer lo que se les antojaba, parecer tan agresivos como se les ocurriera, gastar todas las municiones que pudieran solventar gracias a un sencillo acuerdo pactado mediante un mensaje radial táctico. Todo se hacía en nombre de la estabilidad. Jugar con armas cargadas siempre es peligroso, tanto para las naciones como para los niños, aunque es mucho más fácil disciplinar a estos últimos... ya que las primeras son demasiado grandes para aprender.

Estados Unidos había enviado cuatro submarinos al Estrecho de Formosa, por el momento posicionados sobre -debajo de. la línea invisible, que era el lugar más seguro para estar. Además, acababa de llegar un grupo de tres barcos al extremo norte del estrecho: el USS *Port Royal* y los cazatorpederos *The Sullivans* y *Chandler*, equipados con un total de 250 misiles SM2-MR. Ordinariamente debían proteger portaaviones de posibles ataques aéreos, pero -su. portaavión estaba en Pearl Harbor para un reemplazo de motores. *Port Royal* y *The Sullivans* -llamado así en homenaje a una familia de marineros barrida de esa misma embarcación en 1942. estaban equipados con poderosos radares SPY, ahora dedicados a vigilar la actividad aérea mientras los submarinos se encargaban del resto. *Chandler* llevaba a bordo un equipo especial ELINT para rastrear transmisiones de radio. Igual que el policía de la esquina, las naves no estaban allí para interferir con las prácticas de nadie sino para que todos supieran que La Ley andaba cerca, siempre de manera amistosa... y, en lo que a ellos concernía, las cosas no pasarían a mayores. Al menos ésa era la idea. Y si a alguien se le ocurría objetar la presencia de las naves norteamericanas, responderían que había libre acceso a los océanos y que por otra parte no estaban interfiriendo con nadie, ¿verdad? Nadie tenía por qué saber que formaban parte del plan de *alguien.* Pero lo que sucedió después los confundió a todos.

Amanecía en el aire -aunque no en la superficie. cuando cuatro aviones de combate de la RPCH despegaron del continente rumbo al este, seguidos por otros cuatro apenas cinco minutos después. Todas las aeronaves fueron rastreadas por los radares de los barcos norteamericanos. Se les asignaron números de rutina y el sistema de computadoras siguió sus progresos para satisfacción de los oficiales y hombres del CIC del *Port Royal*. Hasta que vieron que no volvían. Entonces, un teniente descolgó el teléfono y marcó un botón.

-¿Sí? -respondió una voz adormilada.

-Capitán, Combate, tenemos un vuelo de la RPCH, probable-mente aviones de combate, a punto de cruzar la línea, orientación dos-uno-cero, altura quince mil, curso cero-nueve-cero, velocidad quinientos. Seguido por otros cuatro con pocos minutos de diferencia.

-Voy para allá. -El capitán, parcialmente vestido, llegó al centro de información de combate dos minutos después. No alcanzó a ver cómo los aviones de China Popular violaban las reglas, pero escuchó decir a un oficial:

-Nuevo rastreo, cuatro o más aviones de combate en dirección oeste.

Para facilitar las cosas habían ordenado a la computadora asignar símbolos -enemigos. a los aviones del continente y símbolos -amistosos. a los taiwaneses. (De vez en cuando aparecían también algunos aviones norteamericanos, pero eran recolectores de inteligencia electrónica y generalmente estaban fuera del área de peligro.) El radar también estaba rastreando seis aviones comerciales, todos del lado este de la línea, intentando esquivar las áreas de -prácticas navales. previamente acordadas.

-Invasor Seis girando -reportó el marinero. Invasor Seis era el primer vuelo salido del continente. Mientras el capitán observaba, el vector de velocidad giró hacia el sur, iluminado por la flota de Taiwan.

-Reflectores encendidos -dijo el operador de la consola ESM.. Los taiwaneses están iluminando a Invasor Seis. Han activado los radares, modalidad localizadora.

-Tal vez por eso pegaron la vuelta -opinó el capitán.

-¿Se habrán perdido? -preguntó el oficial del CIC.

-Todavía está oscuro afuera. Tal vez se alejaron demasiado. -No sabían con qué equipos de navegación contaban los aviones de China comunista y conducir una aeronave de un solo asiento sobre el mar en plena noche requería excesiva precisión por parte del piloto.

-Más aviones rastreados, dirección este, probablemente Invasor Siete -reportó el operador de ESM. Invasor Siete era el segundo vuelo salido del continente.

-¿Registramos actividad electrónica de Invasor Seis? -preguntó el oficial del CIC.

-Negativo, señor. -Los aviones completaron el giro y avanzaron hacia el oeste, de vuelta a la línea, perseguidos por los F-16 taiwaneses. En ese punto las cosas cambiaron radicalmente.

-Invasor Siete girando, curso actual cero-nueve-siete.

-Eso los ubica sobre los F-16... y están encendiendo los reflectores... -observó el teniente con un asomo de preocupación en la voz.. Invasor Siete está iluminando a los F-16, radares en modalidad localización.

Los F-16 de China nacionalista también giraron. Los más nuevos, de fabricación norteamericana y conducidos por pilotos de elite, comprendían sólo un tercio de la fuerza de combate taiwanesa y estaban cargando con el excesivo peso de cubrir y responder a las prácticas de vuelo de sus primos continentales. Habiendo permitido el regreso de Invasor Seis, necesariamente se interesaron por el vuelo posterior, todavía con rumbo este. La velocidad de cierre se mantenía en las mil millas por hora y ambos bandos habían activado los radares de sus misiles, apuntándose mutuamente. Eso se reconocía internacionalmente como un acto agresivo que debía ser evitado por la sencilla razón de ser el equivalente aéreo de apuntar un rifle a la cabeza de alguien.

-Ajá -dijo un oficial parado junto al ESM.. Señor, los radares de Invasor Siete han cambiado a modalidad localización.

En vez de simplemente rastrear los blancos, los sistemas estaban operando de la misma manera utilizada para guiar misiles aire-a-aire. Lo que hasta hace unos segundos era meramente agresivo acababa de tornarse abiertamente hostil.

Los F-16 se abrieron en dos pares -elementos. y empezaron a maniobrar libremente. Los aviones de combate de la RPCH hicieron otro tanto. El vuelo original de cuatro, Invasor Seis, cruzó la línea hacia el oeste, dirigiéndose aparentemente a una pista de aterrizaje.

-Oh, creo saber qué está pasando aquí, señor, mire cómo...

Una señal diminuta apareció en pantalla, salida de uno de los F16 taiwaneses...

-Oh, mierda -dijo el marinero.. Tenemos un misil en el aire...

-Digamos que son dos -lo corrigió su jefe.

En lo alto, un par de misiles AIM-120 de fabricación norteamericana se dirigían a dos blancos diferentes.

-Pensaron que era un ataque. Oh, Dios santo -dijo el capitán, yendo hacia el equipo de comunicaciones.. ¡Comuníqueme ya mismo con CINCPAC!

No tardó demasiado. Uno de los aviones continentales desapareció de la pantalla. Prevenido, el otro maniobró bruscamente y logró esquivar el misil en el último segundo.

Luego regresó. El elemento sur de la RPCH también maniobró e Invasor Seis giró al norte, encendiendo sus radares. Diez segundos después otros seis misiles estaban en el aire rastreando sus blancos.

-¡Tenemos una batalla entre manos! -dijo el oficial de vigilancia. El capitán levantó el teléfono:

-¡Puente, Combate, cuarteles generales, cuarteles generales! -Aferró el micrófono TBS para alertar a los capitanes de los otros dos barcos, ambos a diez millas de distancia al este y al oeste de su nave, mientras la alarma empezaba a sonar en el USS *Port Royal*.

-Lo tengo -reportó *The Sullivans* desde alta mar.

-Yo también -afirmó el *Chandler*, más próximo a la isla.

-¡Es una matanza! -Otro avión de China comunista fue alcanzado e inició el abrupto descenso a la todavía oscura superficie. Cinco segundos después murió un F-16. En el ínterin

Librodot

llegaron más tripulantes al CIC y ocuparon sus estaciones de combate.

-Capitán, Invasor Seis sólo estaba tratando de simular...

-Sí, ya me doy cuenta, pero tenemos un descarrilamiento entre manos.

Y entonces, predeciblemente, se desbandó un misil. Eran tan pequeños que el radar Aegis tenía dificultades para rastrearlos, pero uno de los técnicos aumentó el poder lanzando seis millones de watts de energía RF al área de -práctica.. La imagen se aclaró.

-¡Dios Santo! -dijo el oficial, señalando el despliegue táctico principal.. ¡Mire allí, capitán!

Fue instantáneamente obvio. Alguien había liberado lo que probablemente era un misil localizador infrarrojo y el blanco más caliente de la zona era un Air China Airbus 310 con dos enormes turbofanes General Electric CF6 -los mismos motores básicos que movían a los tres barcos de guerra norteamericanos-, que sería como el sol para su único ojo rojo.

-¡Prevéngalos, Albertson! -gritó el capitán.

-Air China Seis-Seis-Seis, aquí un barco de guerra norteamericano, un misil los persigue desde el noroeste, repito, maniobren inmediatamente, ¡un misil los persigue desde el noroeste!

-¿Cómo, cómo? -El avión giró a la izquierda e inició el descenso, maniobra que, de todos modos, no serviría para nada.

El vector de velocidad del misil jamás se aparta del blanco. Los norteamericanos tenían la esperanza de que estallara en el aire y se desintegrara, pero el misil avanzaba a velocidad máxima y el vuelo de Air China había empezado a disminuir la velocidad para iniciar el descenso. Al apuntar hacia abajo la nariz del avión, el piloto simple-mente le facilitó las cosas al misil.

-Es un avión grande -dijo el capitán.

-Sólo tiene dos motores, señor -observó el oficial de armas.

-Hay señal -dijo el operador del radar.

-Maldita sea -suspiró el capitán, anhelando desaparecer. En la pantalla, la señal del 310 se triplicó en tamaño y activó el código de emergencia.

-Emite Mayday, señor -dijo el operador de radio.. Air China vuelo triple seis, Mayday... daños en los motores y las alas... posible incendio a bordo.

-Aproximadamente cincuenta millas afuera -dijo el oficial.. Están intentando un acercamiento directo a Taipei.

-Capitán, todas las estaciones están listas. Condición Uno en marcha en toda la nave -dijo el oficial de vigilancia.

-Muy bien. -Tenía los ojos clavados en las tres pantallas de los radares. El tema de los aviones de combate había terminado de mane-ra tan intempestiva como había comenzado, con tres aviones derribados, otro posiblemente dañado, y ambos bandos retirándose a lamerse las heridas y a pensar qué demonios había ocurrido. Una flota de aviones de combate bordeaba la costa del lado taiwanés.

-¡Capitán! -el grito provenía de la consola ESM.. Parece que hubieran activado todos los radares de todas las embarcaciones. Los estamos clasificando.

Pero eso no tenía importancia, y el capitán lo sabía. Lo que importaba ahora era que el Airbus 310 estaba aminorando la velocidad y descendiendo, según la imagen de la pantalla.

-Operaciones CINCPAC, señor -avisó el operador de radio.

-Aquí *Port Royal* -dijo el capitán, levantando el receptor de la conexión radial satelital.. Acabamos de presenciar una pequeña batalla aérea aquí... un misil se escapó y aparentemente atacó a una aerolínea que cubría el trayecto Hong Kong-Taipei. Todavía está en el aire pero parece tener problemas. Fueron derribados dos MiG de China comunista y un F-16 taiwanés y tal vez haya otro F-16 dañado.

-¿Quién empezó? -preguntó el oficial de vigilancia.

-Creemos que el primer misil fue disparado por pilotos taiwaneses. Pudo haber sido una provocación. -Explicó brevemente la maniobra.. Enviaré la información de nuestros radares

en cuanto pueda.

-Muy bien. Gracias, capitán. Se lo comunicaré al jefe. Por favor manténganos informados.

-Lo haré. -Cortó la comunicación y ordenó.: Envíen inmediatamente a Pearl una grabación de la batalla.

-Sí, señor.

El Air China 666 todavía volaba en dirección a la costa, pero el rastreo del radar lo mostraba serpenteando y avanzando en línea recta hacia Taipei. El equipo ELINT a bordo del *Chandler* estaba escuchando el tráfico radial. El idioma internacional de la aviación es el inglés y el piloto al mando del avión dañado hablaba rápida y claramente, pidiendo procedimientos de emergencia mientras luchaba por salvar la nave ayudado por su copiloto. Sólo ellos conocían la magnitud real del problema. Todos los demás eran simples espectadores, limitados a rogar que pudieran controlarla otros quince minutos.

El mensaje llegó en un abrir y cerrar de ojos. El nexo de comunicaciones era la oficina del almirante David Seaton sobre la colina que daba a Pearl Harbor. El oficial superior de comunicaciones informó al comandante en jefe del teatro de operaciones, quien enseguida le ordenó enviar un breve mensaje CRITIC a Washington. Seaton ordenó además un mensaje de alerta a los siete barcos de guerra norteamericanos posicionados en el área -principalmente submarinos.. Acto seguido, envió mensajes a todos los norteamericanos que estaban -observando. la práctica en diversos puestos militares en Taiwan. Estos últimos tardarían en llegar. Todavía no había embajada norteamericana en Taipei y por consiguiente no tenían agregados ni personal de la CIA que pudiera acercarse al aeropuerto para comprobar si el avión había aterrizado a salvo o no. Debía limitarse a esperar e intentar anticiparse a las preguntas que empezarían a llegar desde Washington... para las cuales todavía no tenía respuesta.

-¿Sí? -dijo Ryan, atendiendo el teléfono.

-El Dr. Goodley para usted, señor.

-Está bien, páseme la comunicación. -Pausa.. ¿Qué pasa, Ben?

-Problemas en la costa de Taiwan, señor presidente. Podría ser malo. -El asesor de Seguridad Nacional no tardó demasiado en explicarle lo ocurrido. No sabía tanto.

Podría decirse que lo más excepcional era la eficacia del sistema de comunicaciones. El Airbus todavía estaba en el aire y el presidente de Estados Unidos ya sabía que había un problema... pero nada más.

-Está bien, manténganme informado -Ryan miró el escritorio que estaba a punto de abandonar.. Oh, diablos. -Era tan placentero el poder de la presidencia. Se enteraba al instante de cosas en las que no podía intervenir en lo más mínimo. ¿Habría norteamericanos en el avión? ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué demonios estaba pasando?

Podría haber sido peor. Daryaei volvió al avión después de haber estado menos de cuatro horas en Bagdad, haber tratado los problemas más concisamente que de costumbre, y haber comprobado con cierto grado de satisfacción el miedo que infundía en los corazones de aquellos que se atrevían a molestarlo por minucias y trivialidades. Su acidez estomacal contribuía a la amarga expresión de su rostro. Apenas abordó el avión hizo señas a la azafata para que la tripulación se pusiera en movimiento... Chasqueó los dedos de manera inconfundible, gesto que para muchos significaba *que le corten la cabeza*. Treinta segundos después se encendieron los motores.

-¿Dónde aprendió a jugar? -preguntó Adler.

-En la Armada, señor secretario -respondió Clark, juntando el pozo. Había ganado más

Librodot

de cien dólares, pero lo importante no era el dinero sino los principios. Le había ganado al secretario de Estado.

-Siempre creí que los marineros hacían trampa.

-Eso dicen algunos -Clark sonrió complacido, apilando los billetes.

-Mírele las manos -aconsejó Chávez.

-Le *estoy mirando* las manos. -La azafata se acercó a servirles el resto del vino. No habían llegado a beber dos vasos llenos cada uno, sólo para matar el tiempo.. Discúlpeme, ¿cuánto falta para llegar?

-Menos de una hora, monsieur ministro.

-Gracias -Adler le dedicó su mejor sonrisa.

-Usted es mano, señor secretario -dijo Clark.

Chávez miró sus cartas. Un par de ases. Buen comienzo. Arrojó diez dólares al centro de la mesa después de la apuesta de Adler.

El Airbus 310 de fabricación europea había perdido el motor derecho por obra del misil, pero eso no era todo. El detector de calor había ingresado por el costado derecho e impactado contra el enorme turbofan GE y los fragmentos desprendidos habían dañado los paneles del ala. Algunos fragmentos cayeron en un tanque de combustible -por suerte, casi vacío. ocasionando un pequeño incendio que aterró a los que llegaban a verlo por las ventanillas. Pero eso no era lo peor. Ese fuego no podría dañar a nadie y afortunadamente el tanque de combustible no había explotado, como hubiera sucedido de haber sido alcanzado diez minutos antes. Lo terrible eran los daños sufridos por los controles de superficie del avión.

Los dos pilotos tenían mucha experiencia, como todos los pilotos de vuelos internacionales. El Airbus podía volar bien con un solo motor, gracias a Dios, y el motor izquierdo no había sufrido daño alguno. El copiloto cerró el lado izquierdo de la nave y pulsó los controles manuales del elaborado sistema de apagado de incendios. Pocos segundos después, las alarmas de incendios dejaron de sonar y el copiloto volvió a respirar.

-Daños en el elevador -reportó el piloto, accionando los controles sin obtener respuesta.

Tampoco era un problema que pudiera resolver la tripulación. El Airbus volaba vía software de computadora, mediante un programa ejecutivo que recibía datos directamente del mecanismo interno de la nave y de los movimientos de control de los pilotos, los analizaba, y luego realizaba la maniobra conveniente. Pero los ingenieros de software no habían previsto daños de batalla al diseñar el avión. El programa advirtió la pérdida traumática del motor y decidió que se debía a una explosión del motor mismo... porque eso era lo único que le habían enseñado a pensar. Las computadoras a bordo evaluaron los daños y el funcionamiento de los controles y se adecuaron a la nueva situación.

-Veinte millas -reportó el copiloto. El piloto se aclaró la garganta y las computadoras -había siete a bordo. decidieron disminuir el poder del motor. El avión estaba liviano por haber consumido la mayor parte del combustible. Tenían la energía exacta que necesitaban. La altura era lo suficientemente baja y la despresurización no sería un problema. Podrían gobernarlo. Podrían manejar la situación. Se les acercó un avión de combate para comprobar los daños. El piloto trató de llamarlos por la frecuencia de guardia, pero recibió la orden de hacerse a un lado en airado mandarín.

El piloto del avión de combate vio que el Airbus estaba perdiendo partes e intentó reportarlo, pero fue rechazado con un desplante.

-Diez millas. -La velocidad era inferior a los doscientos nudos. Intentaron bajar los alerones, pero los de la derecha no respondían y las computadoras, advirtiendo esto, no permitieron que bajaran los de la izquierda. El aterrizaje tendría que ser rápido. Los pilotos fruncieron el ceño, maldijeron y emprendieron la difícil empresa.

-Adelante -ordenó el piloto. El copiloto accionó las palancas y las ruedas salieron y se colocaron en su lugar, lo que mereció un suspiro de alivio por parte de ambos. No podían saber que las gomas del lado derecho estaban dañadas.

Ya podían ver la pista de aterrizaje y las luces intermitentes de los equipos de emergen-

cia. La velocidad normal de descenso era de 135 nudos. Ellos se acercaban a 195. El piloto sabía que necesitaría todo el espacio disponible y tocó tierra a doscientos metros del borde de la pista.

El Airbus golpeó con fuerza contra la pista y empezó a carretear, pero no por mucho tiempo. Las gomas del lado derecho tardaron apenas tres segundos en perder presión y un segundo después la estructura metálica de las ruedas empezó a cavar un surco en el concreto. Los hombres y las computadoras trataron de mantener un curso recto, pero no funcionó. El 310 se ladeó hacia la izquierda. Por un segundo pareció que seguiría avanzando sobre el pasto, pero el extremo de un ala se partió y el avión empezó a darse vuelta. El fuselaje se partió en tres. Hubo una llamarada al desprenderse el ala izquierda... Gracias a Dios la parte anterior del fuselaje permaneció intacta, igual que la parte posterior, pero el sector del medio quedó atrapado por el incendio del combustible y todos los esfuerzos de los bomberos no lograron evitarlo. Después se determinaría que 127 personas habían muerto asfixiadas. Otras 104 escaparon con heridas de diverso grado, incluyendo la tripulación del avión. En menos de una hora la televisión transmitiría las imágenes y el incidente internacional sería noticia en todo el mundo.

Clark sintió un ligero escalofrío cuando el avión aterrizó. Al mirar por la ventanilla sintió cierta familiaridad, pero admitió que probable-mente fuera imaginaria y además, todos los aeropuertos internacionales son iguales en la oscuridad.

-Bueno, ya llegamos -dijo Ding, bostezando. Llevaba puestos dos relojes, uno con la hora local y otro con la hora de Washington, y con la ayuda de ambos intentaba decidir qué hora era para su cuerpo. Miró hacia afuera con toda la curiosidad de un turista y sufrió la habitual decepción. Por lo que podía ver, era igual a Denver.

-Perdón -dijo la bella azafata.. Nos han ordenado permanecer en el avión hasta que otro sea desalojado primero.

-¿Qué nos hacen unos minutos más? -preguntó el secretario de Estado, tan cansado como el resto de los presentes.

Chávez miró por la ventanilla.

-Allí, debe haber llegado antes que nosotros.

-Apague las luces de la cabina, por favor -pidió Clark. Luego señaló a su socio.

-¿Por qué...? -Clark hizo callar a Adler con un gesto. La azafata apagó las luces. Ding sacó su cámara fotográfica.

-¿Qué pasa? -preguntó Adler en voz baja cuando las luces se apagaron.

-Hay un G justo enfrente de nosotros -replicó John, observando atentamente.. No hay muchos de esa clase y se dirige a una terminal segura. Veamos si podemos ver quién es, ¿de acuerdo?

Los agentes secretos siempre actúan como agentes secretos, y Adler lo sabía. No puso reparos. Los diplomáticos también recogían información y si lograban saber quién tenía acceso a un transporte oficial tan costoso también sabrían algo sobre las jerarquías internas del gobierno de la RIU. En pocos segundos un desfile de automóviles se acercó al Gulfstream estacionado a cincuenta metros de ellos en la rampa de la Fuerza Aérea iraní... o RIUní.

-Alguien importante -acotó Ding.

-¿Qué rollo cargaste?

.1200 ASAS, Mr. C. -replicó Chávez, ajustando el diafragma. Todo el avión cabía en el cuadro. Empezó a tomar fotos.

-Ah -Adler fue el primero en abrir la boca.. Bueno, no tenemos por qué asombrarnos.

-Es Daryaei, ¿no? -preguntó Clark.

-Sí, es nuestro amigo -confirmó Adler.

Al oír eso, Chávez tomó una secuencia rápida de diez fotos: Daryaei saliendo del avión, Daryaei recibido por algunos colegas que lo abrazaban como a un tío reencontrado después de mucho tiempo, Daryaei entrando al auto. Los vehículos partieron. Chávez tomó una última

Librodot

foto y guardó la cámara. Tuvieron que esperar otros cinco minutos para bajar del avión.

-¿Quieren saber qué hora es? -preguntó Chávez, yendo hacia la puerta.

-Probablemente no -decidió Clark.. Supongo que tendremos algunas horas para reponernos antes de la reunión.

Al pie de la escalera los esperaba el embajador de Francia, escoltado por su custodia personal y diez custodios locales. Viajarían a la embajada francesa en dos automóviles, escoltados por cuatro vehículos iraníes. Adler entró con el embajador al primero. Clark y Chávez se metieron en el segundo. En el asiento de adelante viajaban el conductor y otro hombre. Serían agentes encubiertos, seguramente.

-Bienvenidos a Teherán, amigos -dijo el acompañante.

-*Merci* -replicó Ding, bostezando.

-Lamento que hayan tenido que madrugar tanto -agregó Clark. El del volante debía ser el jefe de estación. Los que habían hablado con Ding y él en París habrían telefoneado para avisarle que no daban el tipo de los agentes de seguridad del Departamento de Estado.

El francés confirmó sus sospechas.

-Me han dicho que no es la primera vez que visita este país.

-¿Hace cuánto que está aquí? -preguntó John.

-Dos años. El auto es seguro -agregó, queriendo decir que probablemente no estuviera interceptado.

-Tenemos un mensaje de Washington para usted -le dijo el embajador a Adler en el auto principal. Luego le informó todo lo que sabía sobre el incidente del Airbus en Taipei.. Temo que tendrá mucho trabajo al volver a su país.

-¡Dios santo! -se quejó el secretario.. Justo lo que necesitábamos. ¿Se conoce alguna reacción?

-Todavía nada, que yo sepa. Pero en pocas horas la habrá. Está programado para ver al ayatollah Daryaei a las diez treinta, de modo que tendrá tiempo de dormir. Su vuelo de regreso a París saldrá exactamente después de almorzar. Le proporcionaremos toda la asistencia que crea necesaria.

-Gracias, señor embajador -Adler estaba demasiado cansado para explayarse.

-¿Se sabe por qué pasó? -preguntó Chávez en el otro automóvil.

-Sólo sabemos lo que dice nuestro gobierno. Evidentemente hubo un enfrentamiento sobre el estrecho de Taiwan y un misil atacó un blanco no proyectado.

-¿Hubo víctimas? -preguntó Clark.

-Todavía no se sabe -dijo el jefe de estación local.

-Es bastante difícil derribar un avión sin matar a nadie -Ding cerró los ojos anticipando la mullida cama de la embajada.

La misma noticia fue recibida por Daryaei a la misma hora. Como de costumbre, sorprendió a sus colegas religiosos con su rostro impasible. Mahmoud Haji había decidido mucho tiempo atrás que la gente que no sabía nada tampoco interfería demasiado.

La calidad de la hospitalidad francesa no menguaba... ni siquiera transplantada a un lugar que no podría haber sido más diferente de la Ciudad Luz. Tres soldados uniformados recogieron las valijas de los norteamericanos y un hombre de librea los acompañó a sus habitaciones. Las camas estaban tendidas y había agua helada sobre las mesas de noche. Chávez chequeó por enésima vez sus relojes, gruñó... y cayó desmayado sobre la mullida cama. En cuanto a Clark... el sueño tardó en llegar. La última vez que había mirado una embajada en esa ciudad... *¿Qué demonios era*? se preguntó impaciente. ¿Qué demonios era lo que lo perturbaba tanto?

El almirante Jackson se encargó de transmitir el informe y pasar el video.

-Esto fue lo que recibimos de *Port Royal*. Tenemos un video similar de *The Sullivans* pero, como no hay mayores diferencias entre ambos, nos atendremos a éste -informó a todos los presentes en la Sala de Situaciones. Tenía un puntero de madera y empezó a desplazarse frente a la enorme pantalla televisiva.

-Ésta es una flota de cuatro aviones de combate, probablemente Jianjiji Hongzhaji-7... nosotros los llamamos B-7 por razones obvias. Dos motores y dos asientos, capacidades y funciones similares a las del viejo Phantom F-4. El vuelo sale del continente y se aleja demasiado. Había un pacto tácito y una línea límite en el área que ninguno habíaviolado, hasta hoy. Ésta es otra flota, probablemente formada por la misma clase de aviones y...

-¿No está seguro? -preguntó Ben Goodley.

-Hemos identificado las naves por sus emisiones de radar. Un radar no puede identificar directamente un avión por tipo -explicó Robby.. Los tipos se deducen por lo que hacen o por las señales electrónicas de los equipos, ¿correcto? Prosigo. El grupo líder avanza en dirección este y cruza la línea invisible aquí. -Movió el puntero.. Aquí hay un grupo de cuatro F-16 taiwaneses con todos los chiches. Ven que el grupo líder de la RPCH se acerca demasiado y lo persiguen. El grupo líder gira hacia el oeste. Poco después, exactamente... ahora -señaló con el puntero-, el segundo grupo activa sus radares, pero en vez de rastrear a su propio grupo líder, busca localizar a los F-16.

-¿Qué estás diciendo, Rob? -preguntó el presidente.

-Que aparentemente el grupo líder estaba simulando un ataque contra el continente y el segundo grupo, se supone, debía defenderse del ataque simulado. Superficialmente parece una práctica estándar de entrenamiento. Sin embargo, el segundo grupo iluminó a los aviones equivocados y, cuando cambiaron sus radares a modalidad ataque, los pilotos taiwaneses pensaron que iba a atacarlos y lanzaron algunos misiles.. ¡Zap! Justo... aquí, el B-7 se traga un Slammer, pero este otro consigue esquivarlo -realmente fue muy afortunado. y dispara a su vez otro misil. Entonces todos empiezan a disparar. Este F-16 esquiva uno pero se mete en el camino de otro... miren aquí, el piloto es expulsado, creemos que sobrevivió. Pero este elemento lanza cuatro misiles, y uno de los cuatro ataca la aerolínea. Chequeamos el alcance y comprobamos que supera en dos millas la capacidad que atribuíamos al misil. Cuando el misil alcanza su blanco todos los aviones han regresado a sus bases: los de China comunista probablemente por falta de combustible y los taiwaneses porque se quedaron sin misiles. Fue un episodio confuso por parte de ambos.

-¿Quiere decir que fue un error? -preguntó Tony Bretano.

-Así parece, excepto por una cosa...

-¿Porque llevaron misiles a la práctica? -sugirió Ryan.

-Casi casi, señor presidente. Los pilotos taiwaneses llevaban misiles blancos porque consideran que la práctica de China comunista es en sí misma una amenaza...

-¿Blancos? -Otra vez Bretano.

-Perdón, señor secretario. Los misiles blancos son armas de guerra. Los misiles de práctica usualmente están pintados de azul. ¿Pero por qué los muchachos de la RPCH llevaban detectores de calor? En situaciones como ésta no suele hacerse, porque es imposible -apagarlos.... una vez liberados siguen su propio rumbo. Por eso los llama-mos -dispara y olvídate.. Otra cosa. Todos los misiles disparados contra los F-16 eran de otra clase. El que atacó la aerolínea parece ser el *único* detector de calor que lanzaron. No me huele nada bien.

-¿Un acto deliberado? -preguntó Jack sin perder la calma.

-Es una posibilidad, señor presidente. En líneas generales pare-ce un clásico caso de provocación. Un par de aviones de combate realizan maniobras equívocas, se produce una reacción inmediata, muere alguna gente y jamás podremos probar otra cosa. Pero si lo pienso un poco, llego a la conclusión de que siempre quisieron atacar la aerolínea... a menos que la hayan confundido con un F-16 taiwanés,

cosa que dudo...

-¿Por qué?

Librodot

-Porque todo el tiempo iba en la dirección equivocada -respondió Jackson.

-Fiebre de cazador inexperto -sugirió Bretano.

-¿Por qué retrocedían en vez de avanzar? Señor secretario, soy piloto de combate y no me trago esa píldora. Si me encuentro en una situación de combate inesperada, lo primero que hago es identificar las amenazas y dispararles.

-¿Cuántos muertos? -preguntó Jack fríamente.

-Los noticieros dicen que más de cien -informó Ben Goodley.. Hay sobrevivientes, pero todavía no sabemos cuántos. Y probablemente hubiera algunos norteamericanos a bordo. Se hacen muchos negocios entre Hong Kong y Taiwan.

-¿Opciones?

-Antes que nada tenemos que saber si los nuestros participaron, señor presidente. Sólo tenemos un transporte de tropas en la zona, el grupo de batalla *Eisenhower* camino a Australia para SOUTHERN CUP. Pero es indudable que esto no mejorará las relaciones entre Beijing y Taipei.

-Tendremos que hacer un comunicado de prensa -le dijo Arnie al presidente.

-Primero debemos saber si perdimos algún compatriota -dijo Ryan.. Si así fuera... bueno, ¿qué haríamos en ese caso, exigir una explicación?

-Dirían que fue un error -repitió Jackson.. Hasta serían capaces de culpar a los taiwaneses por disparar primero e iniciar la refriega. No asumirían la menor responsabilidad.

-Pero tú no les crees, Robby.

-No, Jack... perdón, no, señor presidente, no les creo. Quiero volver a ver los videos con un equipo de expertos para que me den su opinión. Tal vez esté equivocado... pero no creo. Los pilotos de combate son pilotos de combate. La única razón posible para dispararle al tipo que escapa y no al tipo que ataca es querer hacerlo.

-¿Mandamos el grupo *Ike* al norte? -preguntó Bretano.

-Consígame planes de contingencia al respecto -dijo el presidente.

-En ese caso, el océano Índico quedaría descubierto, señor -señaló Jackson.. *Carl Vinson* está regresando a Norfolk. *John Stennis* y *Enterprise* siguen en Pearl y no tenemos ningún portaaviones disponible en el Pacífico. No tenemos casi nada en esa parte del mundo y necesitaríamos por lo menos un mes para mandar alguno de LantFleet.

Ryan miró a Ed Foley.

-¿Qué posibilidades hay de que la cosa pase a mayores?

-En Taiwan habrá descontento. Tenemos misiles disparados y gente muerta. Una aerolínea nacional afectada. Los países tienden a protegerlas -observó el DCI.. Es posible que pasen a mayores.

-¿Intenciones? -Goodley se dirigió al DCI.

-Si el almirante Jackson está en lo correcto... y en principio coincido con él -agregó Foley-, quiere decir que algo está pasando, pero no sabemos exactamente qué. Sería mejor para todos que hubiera sido un accidente. No diré que me agrade la idea de retirar el portaaviones del océano Índico con la situación que enfrentamos en el Golfo Pérsico.

-¿Qué es lo peor que puede pasar entre China comunista y Taiwan? -preguntó Bretano, molesto por tener que hacer esa pregunta. Todavía era demasiado nuevo en el puesto para tener la eficacia que el presidente necesitaba.

-Señor presidente, la RPCH tiene suficientes misiles nucleares para no dejar rastro de Formosa, pero tenemos razones para creer que Taiwan también tiene misiles nucleares y...

-Exactamente veinte -interrumpió Foley.. Y esos F-16 pueden trasladar un par por vez a Beijing si se les antoja. No pueden destruir la República Popular China, pero veinte armas termonucleares bastarían para provocar una recesión económica de diez años en el país, tal vez de veinte. La RPCH no quiere que le pase eso, obviamente. No están locos, almirante. Por favor manténganse dentro de los cánones convencionales, ¿de acuerdo?

-Muy bien, señor. La RPCH *no tiene* las capacidades necesarias para invadir Taiwan. Le faltan vehículos anfibios para mover un gran número de tropas de asalto. ¿Entonces qué ocu-

rrirá si la cosa pasa a mayores? Los escenarios más probables son el aire y la batalla naval, pero de ese modo no llegarían a ninguna resolución... porque ninguno de los dos está en condiciones de eliminar al otro. Esos escenarios también implicarían una guerra convencional en una de las rutas comerciales más importantes del mundo, con toda clase de consecuencias diplomáticas adversas para todos los involucrados. No veo razones para hacer intencionalmente algo así. Es demasiado destructivo para ser una decisión política... creo yo. -Se encogió de hombros. No tenía sentido, pero un ataque a una aerolínea indefensa e inofensiva tampoco tenía sentido... y acababa de decirle a su audiencia que ese ataque *sí había sido* deliberado.

-Y nosotros tenemos importantes relaciones comerciales con ambos -acotó el presidente.. Queremos evitar que la cosa pase a mayores, ¿no? Temo que tendremos que mover ese portaaviones, Robby. Analicemos algunas opciones y *tratemos* de imaginar qué demonios pretende la RPCH.

Clark se despertó primero, sintiéndose absolutamente miserable. Pero no le estaba permitido dadas las circunstancias. Diez minutos después, recién afeitado y pulcramente vestido, se dirigió hacia la puerta. Que Chávez siguiera durmiendo. De todos modos no hablaba el idioma.

-¿Paseo matinal? -Era el tipo que los había traído desde el aeropuerto.

-Podría usar un aparato -admitió John.. ¿Y usted es...?

-Marcel Lefevre.

-¿Jefe de estación? -preguntó John bruscamente.

-En realidad, soy agregado comercial -respondió el francés... queriendo decir *sí*.. ¿Le molesta si lo acompaño?

-Para nada -replicó Clark, sorprendiéndolo.. Sólo quería caminar un poco. ¿Hay algún mercado cerca?

-Sí, lo llevaré.

Diez minutos después estaban en una calle comercial. Dos sombras iraníes los seguían a poca distancia sin intentar disimularlo, pero se limitaban a observar.

Los sonidos le devolvieron la memoria. El farsi de Clark no era bueno, especialmente porque hacía más de quince años que no lo practicaba, pero sus oídos aún captaban las inflexiones de las voces en medio de las conversaciones y regateos.

-¿Cuánto cuesta comer en este país?

-Mucho -respondió Lefevre.. Más aún por todas las provisiones que enviaron a Irak. Algunos se quejan.

Después de unos minutos de contemplación, John advirtió que faltaba algo. Atravesaron media cuadra de puestos de comida y llegaron a otra área... oro, un ítem comercial muy popular en esa parte del mundo. La gente compraba y vendía. Pero ya no tenían el entusiasmo de antes. Observó los puestos al pasar, tratando de captar el porqué de la diferencia.

-¿Busca algo para su esposa? -preguntó Lefevre.

Clark ensayó una sonrisa para nada convincente.

-Bueno, uno nunca sabe. Se acerca nuestro aniversario de bodas. -Se detuvo a mirar un collar.

-¿De dónde es usted? -preguntó el vendedor.

-De Estados Unidos -replicó John, también en inglés. El hombre había adivinado su nacionalidad, probablemente por la ropa.

-No solemos ver muchos norteamericanos por aquí.

-Qué lástima. Cuando era joven solía venir seguido. -Era un collar bastante lindo. Miró el precio e hizo el cálculo en dólares: el precio era sumamente conveniente. Y *de verdad* se acercaba su aniversario.

-Tal vez las cosas cambien algún día -dijo el comerciante.

-Hay muchas diferencias entre su país y el mío -observó John con un dejo de tristeza. Sí, *podía* pagarlo, y como de costumbre llevaba bastante efectivo encima. Lo bueno de los

dólares era que los aceptaban casi en todo el mundo.

-Las cosas cambian -repitió el hombre.

-Las cosas han cambiado -coincidió John. Miró un collar un poco más caro. Estaba permitido tocarlos. Si algo bueno tenían los países islámicos era la falta de ladrones.. Veo muy pocas sonrisas por aquí, y estamos en un mercado callejero.

-Lo están siguiendo dos hombres.

-¿En serio? Bueno, no estoy violando ninguna ley, ¿no? -preguntó Clark con cierta preocupación.

-No, claro que no. -Pero el hombre estaba nervioso.

-Llevo éste -dijo John, entregándole el collar elegido.

-¿Cómo pagará?

-Dólares estadounidenses, ¿le parece bien?

-Sí, y el precio son novecientos dólares.

Tuvo que apelar a todo su autocontrol para no demostrar sorpresa. En una tienda mayorista de Nueva York ese mismo collar hubiera costado el triple y, aunque no estaba preparado para gastar tanto, el regateo era lo más divertido. Había imaginado que podría sacárselo por mil quinientos, obteniendo una rebaja considerable. ¿Habría escuchado bien?

-¿Novecientos?

El iraní le apuntó un dedo directo al corazón.

-Ochocientos, ni un dólar menos... ¿acaso quiere arruinarme? -agregó en voz alta.

-Usted es muy rudo para hacer negocios -Clark se puso a la defensiva para ver la reacción de la gente que empezaba a acercarse.

-¡Usted es un infiel! ¿Espera caridad? Éste es un collar finísimo y espero que se lo regale a su honorable esposa... ¡y no a una mujer perdida!

Clark supuso que lo había puesto en peligro. Sacó la billetera, contó rápidamente los billetes y se los entregó.

-Me está pagando demasiado, ¡no soy ladrón! -Le devolvió un billete.

¿Setecientos dólares por esto?

-Perdón, no quise insultarlo -se disculpó John, guardándose el collar en el bolsillo. El vendedor ni siquiera se molestó en ofrecerle una caja.

-No somos tan bárbaros -dijo el hombre ya más tranquilo, dándole la espalda abruptamente. Clark y Lefevre caminaron hasta la esquina y doblaron a la derecha. Avanzaban a paso rápido, apurando a sus seguidores.

-¿Qué carajo pasó? -gruñó. En verdad no esperaba que pasara algo así.

-Sí. El entusiasmo por el régimen ha decaído un poco. Lo que vio es representativo. Lo hizo muy bien, señor Clark. ¿Hace mucho que está en la CIA?

-Lo suficiente para que no me gusten las sorpresas excesivas. Creo que ustedes dirían *merde*.

-Entonces, ¿es para su esposa?

John asintió.

-Sí. ¿Tendrá problemas?

-No creo -dijo Levefre.. Tal vez haya perdido dinero en el regateo, Clark. Fue un gesto interesante, ¿no cree?

-Volvamos. Tengo que despertar a un secretario de Gabinete. -Quince minutos después estaban de vuelta. John fue directamente a su habitación.

-¿Cómo está el tiempo afuera, Mr. C.? -Clark sacó algo de su bolsillo y lo arrojó sobre la cama. Chávez observó la maniobra.. Pesado.

-¿Cuánto piensas que costó, Domingo?

-Parece veintiún kilates... Fácil fácil... un par de grandes.

-Setecientos, ¿puedes creerlo?

-¿El vendedor era pariente suyo, John? -preguntó Chávez, lanzando una carcajada. Dejó de reírse.. Creí que no les gustábamos.

Librodot

-Las cosas cambian -replicó John en voz baja, citando al vendedor.

-¿Fue muy terrible? -preguntó Cathy.

-Ciento cuatro sobrevivientes, algunos malheridos, noventa muertos confirmados, unos treinta desaparecidos, es decir muertos también, sólo que todavía no identificaron los cuerpos mutilados -dijo Jack, leyendo el informe que el agente Raman le había alcanzado a la puerta del dormitorio presidencial.. Dieciséis norteamericanos en la categoría sobrevivientes. Cinco muertos. Nueve desaparecidos, presumiblemente muertos. Dios santo, había cuarenta ciudadanos de la RPCH a bordo. -Sacudió la cabeza.

-¿Cómo es posible... si no se entienden...?

-¿Cómo es posible que hagan tantos negocios? Los hacen. Es un hecho, querida. Se escupen y amenazan uno al otro como gatos de callejón, pero también se necesitan mutuamente.

-¿Qué haremos nosotros?

-Todavía no lo sé. Esperaremos hasta mañana para el comunicado de prensa, cuando tengamos más información. ¿Cómo demonios se supone que voy a dormir en una noche como ésta? -se quejó el presidente de Estados Unidos.. Tenemos catorce norteamericanos muertos en la otra punta del mundo. Se supone que yo debía protegerlos, ¿no? No se supone que yo deba permitir que maten a nuestros ciudadanos.

-Todos los días muere gente, Jack -señaló con buen tino la primera dama.

-Sí, pero no por culpa de un misil -Ryan dejó el informe sobre la mesa de noche y apagó la luz, preguntándose cuándo llegaría el sueño, preguntándose cómo resultaría el encuentro en Teherán.

Comenzó con apretones de manos. Un funcionario del Ministerio del Exterior los recibió en la entrada. El embajador francés hizo las presentaciones de rigor e ingresaron rápidamente al edificio para evitar las cámaras de televisión, aunque al parecer no había ninguna. Clark y Chávez se dedicaron a cumplir su función específica parándose cerca de su custodiado, pero no demasiado, y mirando nerviosamente a su alrededor... como se suponía que debían hacerlo.

El secretario Adler siguió al funcionario, seguido a su vez por todo el resto. El embajador francés se quedó en el vestíbulo con los demás y Adler y su acompañante entraron en el modesto despacho oficial del líder espiritual de la RIU.

-Le doy la bienvenida en paz -dijo Daryaei, levantándose de su silla para saludar a su huésped. Había un intérprete, personaje habitual en esa clase de encuentros. La presencia del intérprete permitía mayor precisión en las comunicaciones... y además, si algo salía mal, siempre se le podía echar la culpa del error para conveniencia de ambas partes.. Que Alá bendiga este encuentro.

-Gracias por recibirme tan pronto -dijo Adler, sentándose.

-Ha venido de lejos. ¿Tuvo un viaje agradable? -preguntó Daryaei cortésmente. Todo el ritual sería amable y cortés, al menos al comienzo.

-Nada especial -respondió Adler. Luchaba para no bostezar ni mostrar fatiga. Las tres tazas de café europeo ayudaban un poco, aunque sentía el estómago revuelto. En las reuniones importantes se supone que los diplomáticos deben actuar como cirujanos en la sala de operaciones, y Adler tenía larga práctica en eso de ocultar sus emociones, estómago revuelto o no.

-Lamento que no podamos hacerle conocer nuestra ciudad. Hay tanta historia y belleza aquí. -Ambos esperaban la traducción simultánea. El intérprete era joven, intenso y... ¿temía a Daryaei?, se preguntó Adler. Probablemente fuera un funcionario del Ministerio. Llevaba puesto un traje que necesitaba un buen planchado, pero el ayatollah vestía su túnica, enfatizando así su identidad nacional y religiosa. Mahmoud Haji era serio, aunque para nada hostil... y, pare-cía no sentir la menor curiosidad.

-Tal vez en mi próxima visita.

Librodot

Daryaei asintió amistosamente.

-Sí. -Eso fue dicho en inglés y Adler recordó que el iraní entendía su idioma.

-Ha pasado mucho tiempo desde los últimos contactos directos entre su país y el mío.

-Es cierto, pero damos la bienvenida a los nuevos contactos. ¿En qué podría servirlo, secretario Adler?

-Si no tiene objeciones, me gustaría discutir el tema de la estabilidad de esta región.

-¿Estabilidad? -preguntó inocentemente Daryaei.. ¿A qué se refiere?

-La fundación de la República Islámica Unida ha creado el país más grande de toda la región. Es un tema que preocupa a muchos.

-Me atrevería a decir, sin embargo, que hemos mejorado la estabilidad. ¿Acaso el régimen iraquí no era una influencia desestabilizadora? ¿Acaso Irak no inició dos guerras agresivas? Nosotros no hemos hecho nada semejante, ciertamente.

-Es cierto -admitió Adler.

-El Islam es una religión de paz y hermandad -prosiguió Daryaei, hablando como maestro que había sido durante años. *Habrá sido un maestro rudo,* pensó Adler*, capaz de ocultar un frío acero bajo el tono amable de su voz.*

-También es cierto, pero en el mundo de los hombres no todos los que se autoproclaman religiosos siguen las reglas de la religión -señaló el norteamericano.

-Otros países no aceptan la regla de la religión como nosotros. Sólo a través del reconocimiento de esa regla podemos esperar encontrar paz y justicia. Eso implica más que decir palabras. También hay que vivir de acuerdo con las palabras.

Y gracias por la lección de catecismo, pensó Adler asintiendo respetuosamente. *¿Entonces por qué demonios respaldas al Hezbollah?*

-Mi país no desea otra cosa que paz en esta región... y en el mundo entero.

-Tal es el deseo de Alá, que nos fuera oportunamente revelado por el Profeta.

Adler no pudo dejar de advertir que Daryaei se remitía permanentemente a las escrituras. Tiempo atrás, el presidente Jimmy Carter había enviado un emisario al jefe de este hombre, Khomeini, por entonces en su exilio francés. El sha tenía graves problemas políticos y estaban sondeando a la oposición para evaluar la futura posición norteamericana. Después de la reunión, el emisario le había dicho a su presidente que Khomeini era un -santo.. Carter había aceptado la opinión del emisario y favorecido el derrocamiento del sha Mohammad Reza Pahlevi, permitiendo que el -santo. en cuestión lo suplantara.

Caramba.

La siguiente administración había tratado con el mismo hombre, obteniendo solamente escándalos y quedando en ridículo frente al mundo entero.

Ajá.

Eran errores que Adler estaba decidido a no repetir.

-Uno de los principios de mi país es el respeto a las fronteras internacionales. El respeto a la integridad territorial es condición sine qua non para la estabilidad regional y global.

-Secretario Adler, todos los hombres son hermanos, tal es la voluntad de Alá. Los hermanos pueden pelear de vez en cuando, pero la guerra es un acto odioso a los ojos de Dios. En todo caso, la esencia de su discurso me resulta bastante perturbadora. Aparentemente está sugiriendo que tenemos intenciones hostiles hacia nuestros vecinos. ¿Por qué afirma semejante cosa?

-Perdón, creo que me malinterpreta. No hago sugerencias. He venido a discutir temas de interés común, simplemente.

-La salud económica de su país y sus socios y aliados depende de esta región. No es nuestra intención perjudicarlos. Ustedes necesitan nuestro petróleo. Nosotros necesitamos las cosas que el dinero del petróleo puede comprar. La nuestra es una cultura comercial. Usted lo sabe. Nuestra cultura también es islámica y es una gran fuente de dolor para mí comprobar que Occidente no ha llegado a apreciar jamás la esencia de nuestra Fe. No somos bárbaros, a pesar de lo que digan sus amigos judíos. De hecho, no tenemos una lucha religiosa con los

judíos. El patriarca Abraham proviene de esa región. Los judíos fueron los primeros en proclamar al verdadero Dios y sinceramente creo que debe haber paz entre nuestros pueblos.

-Me agrada escuchar sus palabras. ¿Qué podemos hacer para lograr esa paz? -preguntó Adler, intentando recordar la última vez que alguien había tratado de arrojarle un *olivo* -no la rama sino el árbol. por la cabeza.

-La paz se logrará con tiempo y con diálogo. Tal vez sea mejor que mantengamos un contacto directo. Ellos también son un pueblo de mercaderes además de ser un pueblo de fe.

Adler se preguntó qué quería decir con eso. Contacto directo con Israel. ¿Era una oferta o un intento de embaucar al gobierno norteamericano?

-¿Y sus vecinos islamitas?

-Compartimos la Fe. Compartimos el petróleo. Compartimos la cultura. En muchos sentidos, ya somos uno.

Clark, Chávez y el embajador francés permanecían sentados en silencio. El personal de servicio los ignoró deliberadamente después de ofrecerles los habituales refrescos. El personal de seguridad recorría las dependencias del edificio sin mirar a los visitantes... pero tampoco sin dejar de mirarlos. Por fin Chávez tenía la oportunidad de conocer un pueblo diferente. Notó que el mobiliario era anticuado y estaba extrañamente raído, como si el edificio no hubiera cambiado mucho desde la partida del anterior gobierno... hacía ya mucho tiempo, recordó. No obstante, el ambiente estaba cargado de tensión. Podía sentirla en el aire. Un miembro del staff norteamericano seguramente los hubiera mirado con curiosidad. Los seis hombres que rondaban la sala, no. ¿Por qué sería?

Clark esperaba que eso sucediera. No lo sorprendía ser ignorado. En ese lugar Ding y él equivalían a fuerzas de seguridad y, como tales, merecían tanto respeto y atención como los muebles. Los funcionarios y asesores iraníes eran fieles a su jefe porque debían serlo, simplemente. Gracias a él tenían poder. Los visitantes podrían ratificar o amenazar ese poder, internacionalmente hablando y, aunque eso sería importante para el bienestar individual de cada uno de ellos, por el momento no podía afectarlos. Por consiguiente se limitaban a ignorar a los visitantes, con la excepción de los guardias de seguridad, entrenados para ver en todo una amenaza, aunque el protocolo les impedía intimidar físicamente como hubieran querido.

Para el embajador se trataba sólo de un ejercicio diplomático más: elegir cuidadosamente cada palabra de la conversación para mostrar poco por una parte y descubrir mucho por la otra. Podía adivinar lo que diría cada uno. Hasta podía adivinar el verdadero significado de las palabras. Lo único que le interesaba era la verdad. ¿Qué había tramado Daryaei? El embajador y su país anhelaban paz en la región y por consiguiente habían sugerido a Adler que se abriera a esa posibilidad, aun sin saber cuál sería el resultado final de las conversaciones. Daryaei era un hombre interesante. Un hombre consagrado a Dios que seguramente había asesinado al presidente iraquí. Un hombre de paz y justicia que gobernaba su país con mano de hierro. Un hombre misericordioso que aterraba incluso a sus allegados. Bastaba con mirar la sala para comprobarlo. ¿Un Richelieu moderno en Medio Oriente? Ésa sí que era una idea novedosa, pensó el francés, conteniendo la risa con rostro impasible. La haría correr por el Ministerio. Y un ministro norteamericano de la nueva camada estaba hablando en ese mismo momento con el moderno Richelieu. Conocía la impecable reputación diplomática de Adler, ¿pero sería eficaz en *este* caso?

-¿Por qué estamos discutiendo esto? ¿Por qué tendría yo que tener ambiciones territoriales? -preguntó Daryaei con tono amable, aunque empezaba a transmitir sutilísimas señales de irritación.. Mi pueblo sólo desea la paz. Ya hubo demasiados conflictos aquí. Durante toda mi vida he estudiado y enseñado la Fe y ahora, finalmente, en los últimos días de mi existencia, *hay* paz.

-Es nuestro único deseo para esta región, tal vez igualado por el anhelo de restablecer un

Librodot

vínculo amistoso entre nuestros dos países.

-Más adelante hablaremos de eso. Agradezco a su país por no haber obstruido el levantamiento de las sanciones comerciales contra el antiguo Irak. Tal vez ése sea un buen comienzo. Al mismo tiempo, preferiríamos que Estados Unidos no interfiriera en los asuntos internos de nuestros vecinos.

-Estamos comprometidos con la seguridad de Israel -aclaró Adler.

-Israel no es vecino nuestro, estrictamente hablando -replicó Daryaei.. Pero si Israel puede vivir en paz, nosotros también podemos.

Era un hombre muy hábil, pensaba Adler. No revelaba demasiado, limitándose a negar todo. No formulaba postulados políticos, excepto las habituales declaraciones pacifistas. Todos los jefes de Estado hacían lo mismo, aunque la mayoría no invocaba el nombre de Dios. Paz. Paz. Paz.

Sólo que Adler no creyó ni por un instante lo que decía sobre Israel. De haber tenido intenciones pacíficas, la primera en enterarse hubiera sido Jerusalén. Teóricamente hablando, a Daryaei le convendría tener a los israelíes de su parte para tratar con Washington. Los israelitas habían sido mediadores invisibles en aquel desastroso intercambio de armas por rehenes, y también los habían engañado.

-Espero que esta conversación ayude a cimentar una buena relación en el futuro.

-Si su país trata con respeto a mi país, entonces podremos hablar. Sólo así podremos mejorar las relaciones.

-Se lo diré a mi presidente.

-Su país también ha sufrido mucho recientemente. Deseo que su presidente tenga la fuerza necesaria para curar las heridas de la nación.

-Gracias. -Ambos se pusieron de pie. Volvieron a intercambiar un fuerte apretón de manos, y Daryaei acompañó a Adler a la puerta.

Todos se levantaron de un salto al verlo, notó Clark. Daryaei acompañó a Adler a la puerta de entrada, le dio la mano una vez más y vio cómo se alejaba seguido por su escolta. Dos minutos después, los norteamericanos iban rumbo al aeropuerto en sendos automóviles oficiales.

-Me pregunto qué habrá pasado -musitó John, sin dirigirse a nadie en particular. Todos se preguntaban lo mismo, pero nadie dijo nada. Treinta minutos después llegaron al Aeropuerto Internacional Mehrabad, donde los esperaba el avión francés.

Hubo una sencilla ceremonia de despedida. El embajador francés habló unos minutos con Adler, prolongando el apretón de manos. Clark y Chávez se limitaban a mirar a su alrededor, aunque en realidad no tenían nada que temer... dada la cantidad de seguridad RIU-ní. Había seis aviones de combate a la vista en proceso de mantenimiento. Los mecánicos entraban y salían de un amplio hangar, sin duda construído por orden del sha. Ding se acercó a inspeccionar, pero nadie le prestó atención. Adentro había otro avión, parcialmente desarmado. También había un motor dentro de una carretilla rodeada de gente.

-Pollos y pollitos, ¿qué le parece? -preguntó Chávez.

-¿Qué? -dijo Clark, mirando hacia otro lado.

-Compruébelo usted mismo, Mr. C.

John se dio vuelta. Contra la pared del fondo del hangar había varias hileras de jaulas, como las que se utilizan para trasladar pollos. Centenares de jaulas. Un objeto bastante raro para una base de la Fuerza Aérea, pensó.

En el otro extremo del aeropuerto, Estrella de Cine esperó a que el último miembro de su equipo abordara el avión que lo trasladaría a Viena. Por casualidad vio los aviones privados a lo lejos y un grupo de gente y autos cerca de uno de ellos. Se preguntó a qué se debería tanto movimiento. Probablemente sería algo relacionado con el gobierno. Igual que lo que él había planeado, por supuesto, pero uno nunca podía estar seguro de nada. El vuelo de Austrian Airlines despegó a horario, inmediatamente después del avión comercial o lo que fuera.

Estrella de Cine fue hacia otra puerta para abordar su vuelo.

40

Aperturas

La mayoría de los norteamericanos despertó para enterarse de lo que su presidente ya sabía. Once ciudadanos norteamericanos habían muerto -y se desconocía el destino final de otros tres. en un desastre aéreo ocurrido al otro lado del mundo. La televisión local había llegado justo a tiempo, alertada sobre la emergencia por gente de la terminal. El video había mostrado una lejana bola de fuego subiendo al cielo, seguida por algunas tomas cercanas tan típicas que podrían pertenecer a cualquier escena similar. Diez carros de bomberos rodeaban el fuselaje incendiado, tratando de apagar las llamas con humo y agua, demasiado tarde para salvar a nadie. Las ambulancias circulaban por todas partes. Algunas personas, obviamente sobrevivientes, caminaban desconcertadas por el impacto. Otras, con las caras ennegrecidas, se revolvían de dolor en brazos del personal de rescate. Había esposas sin maridos, padres sin hijos, y la clase de caos que siempre resulta dramática de ver e inexplicable.

El gobierno taiwanés había emitido un fuerte comunicado aludiendo a la piratería aérea y requiriendo una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de la ONU. Beijing emitió su propio comunicado pocos minutos después, diciendo que sus aviones habían sido atacados, sin mediar ofensivas de su parte, mientras realizaban prácticas pacíficas, y que habían devuelto el fuego en defensa propia. Beijing desestimó por completo cualquier intento deliberado de atacar el avión comercial y culpó a su provincia rebelde por el lamentable episodio.

-Entonces, ¿supimos algo más? -le preguntó Ryan al almirante Jackson a las siete y treinta de la mañana.

-Analizamos los dos videos aproximadamente durante dos ho-ras. Convoqué a algunos pilotos de combate que trabajaron conmigo y a un par de tipos de la Fuerza Aérea. Creo que llegamos a algunas conclusiones importantes. Número uno, los chinos comunistas...

-Se supone que no debemos llamarlos así, Robby -observó el presidente.

-Es una vieja costumbre, lo siento. Los *caballeros* de la RPCH... demonios, sabían que teníamos barcos allí. La firma electrónica de un barco Aegis es grande como el Monte Santa Elena, ¿correcto? Y las capacidades de los barcos no son precisamente un secreto. Han estado en servicio más de veinte años. De modo que sabían que estábamos vigilando y sabían que veríamos todo. Tratemos de no olvidarlo.

-Prosigue -ordenó Jack.

-Número dos, tenemos un equipo especial en el *Chandler*, dedicado a escuchar el tráfico radial. Hemos traducido las transmisiones de los pilotos chinos. Cito textualmente: -Lo tengo, lo tengo, preparo lanzamiento.. Bueno, eso fue treinta segundos antes del lanzamiento del detector de calor contra la aerolínea.

-Número tres, todos los pilotos de combate dicen lo mismo: ¿por qué atacar un avión comercial al borde del alcance del misil teniendo aviones de combate enemigos frente a uno? Jack, esto huele... muy pero muy mal, viejo.

-Desafortunadamente no podemos probar que la transmisión radial proviene del avión que lanzó el misil contra el Airbus, pero yo opino que fue un acto deliberado, y mis colegas opinan exactamente lo mismo. Apuntaron a propósito contra la aerolínea -concluyó el director de Operaciones del Pentágono.. Es una suerte que algunos hayan sobrevivido.

-Almirante, ¿podríamos presentarlo ante un tribunal? -preguntó Arnie van Damm.

-No soy abogado, señor. Sólo soy piloto de avión. No tengo que probar cosas para ganarme la vida pero le diré algo: puede apostar cien contra uno a que nosotros tenemos razón.

-Pero no puedo decir nada de esto frente a las cámaras -dijo Ryan, mirando su reloj. Tendría unos minutos para maquillarse.. Si lo hicieron a propósito...

-Nada de -si-, Jack, ¿de acuerdo?

-¡Maldita sea, Robby, ya te escuché! -saltó Ryan. Hizo una pausa y respiró hondo.. No puedo acusar a un país soberano de haber cometido un acto de guerra sin tener pruebas con-

tundentes. Sigamos. Bueno, *lo hicieron a propósito*, sabiendo que nosotros lo sabríamos. ¿Qué *significa* eso?

La noche había sido larga para el equipo de seguridad nacional de Ryan. Goodley tomó la palabra.

-Es difícil saberlo, señor presidente.

-¿Están haciendo un movimiento contra Taiwan? -preguntó Ryan.

-No pueden -dijo Jackson, atajando el berrinche de su comandante en jefe.. No tienen capacidades físicas para invadir. No hay signos de actividad inusual en el área, sólo las maniobras que preocupan tanto a los rusos en el noroeste. Desde un punto de vista militar la respuesta es no.

-¿Invasión aérea? -preguntó Ed Foley. Robby negó terminantemente.

-No cuentan con la cantidad necesaria de transportes y, aunque lo intentaran, Taiwan tiene suficientes defensas antiaéreas como para transformar toda la maniobra en una cacería de patos. Podrían intentar una batalla aire-mar como te dije anoche, pero les costaría muchos barcos y aviones... *¿con qué propósito?* -preguntó el J-3.

-¿Entonces derribaron un avión comercial para *probarnos*? -preguntó POTUS.. Eso tampoco tiene sentido.

-Si dijeras *probarme* en lugar de *probarnos*, tal vez tendría sentido -musitó el DCI.

-Vamos, director -objetó Goodley.. Había doscientas personas en ese avión y deben haber pensado que las matarían a todas...

-No seamos tan ingenuos, Ben -observó Foley.. Ellos no comparten nuestro sentimentalismo respecto de la vida humana, ¿no?

-No, pero...

Ryan los interrumpió.

-Está bien, un momento. Creemos que fue un acto deliberado pero no tenemos pruebas ni tampoco tenemos idea del porqué de ese acto. Entonces, si no conocemos el motivo no puedo decir que sea deliberado, ¿correcto? -Todos asintieron.. Bueno, dentro de quince minutos tengo que bajar a la Sala de Prensa y decir esto. Luego los periodistas me harán preguntas y las únicas respuestas que podré darles serán mentira.

-Es un buen resumen de la situación, señor presidente -confirmó Van Damm.

-Bueno, no es para festejar -reaccionó Jack.. Y Beijing sabrá,

o al menos sospechará, que estoy mintiendo. -Es posible, aunque no pondría las manos en el fuego -acotó Ed

Foley. -No soy bueno mintiendo -dijo Ryan. -Tendrás que aprender -le aconsejó su jefe de staff.. Y rápido.

Nadie habló durante el vuelo de Teherán a París. Adler eligió un cómodo asiento en la cola del avión, sacó un anotador oficial y estuvo escribiendo todo el viaje, valiéndose de la memoria para reconstruir la conversación y agregando una serie de observaciones personales, des-de el aspecto físico de Daryaei al desorden de su escritorio. Acto seguido, examinó las notas durante una hora y comenzó a escribir comentarios analíticos. Gastó media docena de lápices en todo el proceso. La espera en París duró menos de una hora, lo suficiente para que Adler pasara un momento con Claude y sus escoltas bebieran un trago. Finalmente abordaron el mismo VC-20B de la ida.

-¿Cómo le fue? -preguntó John.

Adler tuvo que recordar por enésima vez que Clark formaba parte del equipo SNIE y no era solamente un acartonado SPO.

-Primero dígame qué encontró en sus recorridas.

El oficial de la CIA metió la mano en el bolsillo y le entregó un collar de oro al secretario de Estado.

-¿Esto significa que estamos comprometidos? -bromeó Adler.

Clark señaló a su socio con desdén.

-No, señor. El que está comprometido es él.

Una vez estabilizado el avión, el operador de comunicaciones encendió su equipo. La máquina de fax empezó a transmitir inmediatamente.

...-Hemos confirmado once norteamericanos muertos y tres desaparecidos. Cuatro sobrevivientes heridos están siendo atendidos en hospitales locales. Con esto doy por concluido mi comunicado -les dijo el presidente.

-¡*Señor presidente*! -gritaron treinta voces al unísono.

-Por favor, de a uno -Jack señaló a una mujer de la primera fila.

-Beijing afirma que Taiwan disparó primero. ¿Podemos confirmarlo?

-Estamos analizando la información pero lleva tiempo descubrir esas cosas, y hasta que tengamos la información definitiva no me parece propicio sacar conclusiones.

-Pero las dos partes dispararon, ¿no es así?

-Así parece, sí.

-¿Entonces cómo sabemos a quién pertenecía el misil que derribo el Airbus?

-Como dije, estamos analizando la información. -*Sé breve, Jack*, se dijo. Y eso no era del todo mentira, ¿no?. ¿Sí? -señaló a otro periodista.

-Señor presidente, habiendo perdido tantos ciudadanos norteamericanos, ¿qué medidas tomará para que esto no vuelva a repetirse? -Por lo menos podría responder sinceramente esa pregunta.

-Estamos analizando opciones al respecto. Aparte de eso no tengo nada que decir, excepto que exigiremos a ambas Chinas que den un paso atrás y piensen muy bien lo que están haciendo. Ningún país desea que se pierdan vidas inocentes. Hace tiempo que están realizando estas prácticas militares con consecuencias nada alentadoras para la estabilidad de la región.

-¿Entonces les pedirá que suspendan las prácticas?

-Vamos a pedirles que lo consideren, sí.

-Señor presidente -dijo John Plumber-, ésta es su primera crisis política extranjera y...

Ryan miró fijamente al periodista. Sentía unas ganas enormes de decirle que *él* había fraguado su primera crisis *doméstica*, pero no podía darse el lujo de ganarse enemigos en la prensa, y los periodistas sólo se mostraban amistosos si uno les gustaba... posibilidad bastante improbable, de todos modos.

-Señor Plumber, antes de hacer algo es menester conocer los hechos. Estamos ocupándonos de eso al máximo de nuestras capacidades. Acabo de reunirme con mi equipo de seguridad nacional...

-Pero el secretario Adler no fue de la partida -señaló Plumber. Como buen periodista, había chequeado los automóviles estacionados en West Executive Drive.. ¿A qué se debe su ausencia?

-Hoy llegará más tarde a trabajar -Ryan intentó esquivar el bulto.

-¿Dónde está ahora? -insistió Plumber.

Ryan sacudió la cabeza.

-¿No podemos limitarnos a un solo tema? Es un poco temprano para tantas preguntas y, como usted bien dijo, tengo que ocuparme de un importante conflicto, señor Plumber.

-Y él es nuestro principal asesor en política extranjera, señor. ¿Dónde está el señor Adler?

-La próxima pregunta -ordenó el presidente, y recibió su merecido por intermedio de Barry de la CNN:

-Señor presidente, hace un momento usted dijo *ambas* Chinas. ¿Eso señala un cambio en nuestra política respecto a China, señor? Y si así fuera...

Eran poco más de las ocho de la noche en Beijing y las cosas marchaban bien. Lo estaba viendo por televisión. Qué extraño ver una figura política tan carente de encanto y destreza, especialmente un norteamericano. Zhang Han San encendió un cigarrillo y se felicitó en si-

lencio. Otra vez lo había logrado. Habían corrido cierto peligro al establecer la -práctica-, más específicamente los despliegues de vuelo... pero los aviadores taiwaneses habían tenido la gran amabilidad de disparar primero, tal como esperaba que harían, y ahora había una crisis que podría controlar con eficacia y terminar cuando se le antojara... mandando sus fuerzas de vuelta a las bases. Obligaría a Estados Unidos a reaccionar, pero no con acciones precisamente. Todo lo contrario: la inacción los aniquilaría. Y luego alguien más se encargaría de provocar a ese nuevo presidente. No tenía idea de lo que Daryaei tenía en mente. ¿Un intento de asesinato, tal vez? ¿Otra cosa? Lo único que debía hacer era observar, como estaba haciendo ahora, y recoger la cosecha cuando llegara la ocasión... que seguramente llegaría. Estados Unidos no tendría suerte a perpetuidad. Mucho menos con ese tonto joven en el sillón de la Casa Blanca.

-Barry, uno de los países se autodenomina República Popular China y el otro República China. De algún modo tengo que llamarlos, ¿no? -preguntó Ryan malhumorado.. *Oh, mierda, ¿habré vuelto a meter la pata*?

-Sí, señor presidente, pero...

-Pero probablemente tengamos catorce ciudadanos norteamericanos muertos y no es momento de preocuparse por la semántica -*Ataja ésa, si puedes.*

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó una voz femenina.

-Primero trataremos de saber qué pasó en realidad. *Luego* evaluaremos posibles reacciones.

-¿Pero *por qué* no sabemos qué pasó?

-Porque por mucho que nos guste saber qué pasa en el mundo a cada instante, es simplemente imposible.

-¿Es por eso que su administración está aumentando radical-mente el tamaño de la CIA?

-Como dije antes, no estoy dispuesto a discutir asuntos de inteligencia, nunca.

-Señor presidente, se han publicado informes que...

-También se ha publicado que los OVNIS visitan regularmente a la Tierra -se atajó Ryan.. ¿Usted también se cree *eso*?

Se hizo silencio. No era común ver perder los estribos a un presidente. Y les encantó.

-Damas y caballeros, lamento no poder responder todas sus preguntas satisfactoriamente. De hecho, yo mismo estoy formulando algunas de esas preguntas a mis asesores, pero las respuestas acertadas llevan tiempo. Tengo que esperar la información, y ustedes también -dijo, intentando retomar el hilo de la conferencia.

-Señor presidente, un hombre muy parecido al ex director de la KGB soviética ha aparecido por televisión recientemente y... -El periodista se detuvo al ver que Ryan enrojecía bajo el maquillaje. Esperó otro estallido temperamental, pero no. Los nudillos se le pusieron blancos de tanto apretarlos contra el atril y respiró hondo antes de proseguir.

-Por favor termine su pregunta, Sam -le reclamó.

-Y ese caballero dice ser quien es. Bueno, señor, el gato se escapó de la bolsa a la vista de todos y yo creo que mi pregunta es legítima.

-Todavía no escuché ninguna pregunta, Sam.

-¿Ese hombre es quien dice ser?

-No necesita que yo se lo diga.

-Señor presidente, este acontecimiento, esta... operación tiene gran importancia a nivel internacional. Hasta cierto punto, las operaciones de inteligencia, por sensibles que sean, tienen graves efectos sobre nuestras relaciones exteriores. Por eso el pueblo norteamericano quiere saber de qué se trata.

-Sam, lo diré por última vez: nunca, jamás, discutiré temas de inteligencia. Estoy aquí para informar a nuestros compatriotas sobre un incidente trágico y absolutamente inesperado en el que un centenar de personas, entre ellas catorce ciudadanos norteamericanos, perdieron la vida. Este gobierno hará todo lo posible para determinar qué ocurrió y luego decidirá qué

acciones llevar a cabo.

-Muy bien, señor presidente. ¿Tenemos una política para una sola China o dos políticas para dos Chinas?

-No hemos hecho cambios.

-¿Este incidente podría provocar algún cambio?

-No pienso especular sobre un tema tan importante como ése. Y ahora, con el permiso de ustedes, debo volver a trabajar.

-¡Gracias, señor presidente!

Jack abandonó de prisa la Sala de Prensa. En el rincón había un gabinete secreto de armas. POTUS golpeó tan fuerte la puerta que hizo temblar algunos de los subfusiles Uzi que había adentro.

-¡Maldita sea! -No pudo contener la furia y maldijo durante todo el trayecto de regreso a su despacho.

-¿Señor presidente? -Ryan giró sobre sus talones. Era Robby, que le alcanzaba su maletín. El objeto parecía fuera de lugar en manos de un aviador.

-Te debo una disculpa -dijo Jack, antes de que Robby pudiera abrir la boca.. Lo siento. Se me escapó.

El almirante Jackson palmeó a su amigo en el hombro.

-La próxima vez que juguemos golf apostaremos un dólar por hoyo, y si quieres enfurecerte hazlo conmigo, no con ellos, ¿entendido? Conozco tu carácter, viejo. Cálmate. Un comandante sólo puede enfurecerse para impresionar a las tropas -lo denominamos técnica de liderazgo-, pero nunca, nunca de verdad. Lo que sí puede es gritarle a los del staff. Eso es otra cosa. A propósito, yo soy parte del staff -dijo Robby.. Enfurécete conmigo. Grítame un poco.

-Sí, ya sé. Ya sé...

-¿Jack?

-¿Sí, Rob?

-Lo estás haciendo bien. Trata de mantener la calma.

-Supuestamente no debo permitir que maten norteamericanos, Robby. No estoy aquí para eso. -Volvió a cerrar los puños.

-A veces pasa lo peor, señor presidente. Si crees que puedes evitarlo tú solito, te engañas. Y no tengo necesidad de decírtelo porque ya lo sabes. No eres Dios, Jack, pero eres un buen muchacho que está haciendo un buen trabajo. Pronto tendremos más información para darte.

-Cuando las cosas se tranquilicen un poco, ¿me darás otra lección de golf?

-Estoy a tus órdenes. -Los dos amigos intercambiaron un apretón de manos. No fue suficiente para ninguno, pero por el momento debían conformarse. Jackson se dirigió a la puerta y Ryan volvió a su despacho.. ¡Señora Sumter! -llamó al entrar. Tal vez un cigarrillo lo ayudara a tranquilizarse.

-¿Entonces, señor secretario? -preguntó Chávez. El fax de tres páginas informaba exactamente lo mismo que sabía el presidente y Adler les había permitido leerlo.

-No sé -admitió Adler.. Chávez, esa tesis de la que me habló...

-¿Qué pasa con mi tesis, señor?

-Tendría que haber esperado para escribirla. Ahora sabe cómo son las cosas aquí. Como jugar a esquivar la pelota en la infancia, sólo que no estamos tratando de esquivar una pelota de goma, ¿no? -El secretario de Estado metió las notas en el maletín e hizo una seña al sargento de la Fuerza Aérea que, se suponía, debía atenderlos. Lamentablemente no era tan agradable como la azafata francesa.

-¿Sí, señor?

-¿Claude no dejó nada para nosotros?

-Un par de botellas del valle del Loire, señor -replicó el NCO con una sonrisa.

-¿Me haría el favor de descorchar una y conseguir unos vasos?

-¿Naipes? -preguntó John.

-No, creo que voy a beber uno o dos vasos y luego voy a dormir un poco. Parece que tengo otro viaje programado -les dijo el secreta-rio de Estado.

-Beijing. -No me asombra, pensó John.

-No será Filadelfia -dijo Scott cuando llegaron la botella y los vasos. Treinta minutos después, los tres hombres reclinaron al máximo sus asientos. El sargento bajó las persianas plásticas para que descansaran mejor.

Esta vez Clark se durmió enseguida, pero Chávez no. Había algo de verdad en lo que Adler le había dicho. Su tesis atacaba la incapacidad de ver más allá de lo inmediato de los estadistas de principio de siglo. Ahora comprendía. Era difícil establecer la diferencia entre un problema táctico inmediato y un problema verdaderamente estratégico cuando uno estaba esquivando balas a cada minuto, y los libros de historia no podían revelar del todo el carácter, la *sensación* de los momentos históricos que supuestamente reportaban. También daban una impresión errónea de la gente. El secretario Adler, que ahora roncaba en su asiento de cuero, era diplomático de carrera, recordó Chávez, y se había ganado la confianza y el respeto del presidente... un hombre que él respetaba mucho. No era estúpido. No era venal. Pero era un hombre y los hombres cometen errores... y los grandes hombres cometen grandes errores. Algún día algún historiador escribiría sobre este viaje que acababan de hacer, ¿pero acaso sabría cómo había sido en realidad... y, no sabiendo, cómo podría comentar seriamente lo que había pasado?

¿Qué está pasando? se preguntaba Ding. Irán se pone juguetón, cae sobre Irak y empieza un nuevo país, y justo cuando Estados Unidos intenta iniciar las tratativas con ellos, zas, pasa algo más. Un acontecimiento menor en el gran plan de las cosas, tal vez... pero uno nunca sabe hasta que todo termina, ¿no? ¿Cómo saberlo? Siempre el mismo problema. Los estadistas siempre cometían errores porque estaban metidos en el ojo del huracán, sin poder dar un paso al costado para tener una perspectiva más distanciada de las cosas. Les pagaban para hacerlo... pero era un trabajo *sumamente difícil*, ¿no? Acababa de terminar su tesis de maestría. Se graduaría a fin de año y sería oficialmente proclamado experto en relaciones internacionales. Pero no era cierto, pensó Ding, recostándose en su asiento. Le volvió a la memoria una observación impertinente que había hecho durante otro vuelo largo. Con demasiada frecuencia las relaciones internacionales consistían en que un país simplemente se cogiera al otro. Domingo Chávez, inminente experto en relaciones internacionales, sonrió al recordarlo... aunque en realidad no era tan gracioso. Menos cuando moría gente. Mucho menos cuando Mr. C. y él eran abejas obreras de avanzada. Algo pasaba en Medio Oriente. Algo más pasaba en China... a cuatro mil millas de distancia, ¿no? ¿Ambos hechos podrían estar relacionados? Y si lo estaban, ¿cómo saberlo? Los historiadores daban por sentado que la gente *podía saber* si tenía la inteligencia suficiente. Pero no eran los historiadores los que hacían el trabajo...

-No fue su mejor actuación -dijo Plumber.

-Doce horas, ni siquiera tanto, para saber qué pasa al otro lado del mundo, John -sugirió Holtzman.

Estaban en un típico restaurant pseudofrancés de Washington que, detrás de las coquetas borlas del menú, ofrecía platos mediocres a precios excesivos... pero bueno, la cuenta sería pagada por sus empleadores.

-Se supone que debería conducirse mejor -observó Plumber.

-¿Te quejas de que no pueda mentir eficazmente?

-Mentir es una de las cosas que deben hacer los presidentes...

-Y cuando *nosotros* los pescamos con las manos en la masa... -Holtzman no tuvo necesidad de continuar.

-¿Quién dijo que la presidencia era un trabajo fácil, Bob?

-A veces me pregunto si nuestra verdadera misión no es hacerlo todavía más difícil. -Pero Plumber no mordió el anzuelo.

-¿Dónde estará Adler? -preguntó en voz alta el corresponsal de la NBC.

-Ésa fue una buena pregunta esta mañana -aseguró el periodista del *Post*, levantando su copa.. Tengo una persona ocupándose del tema.

-Nosotros también. Ryan tendría que haber dicho que se estaba preparando para reunirse con el embajador de la RPCH. Hubiera quedado muy bien.

-Pero hubiera sido mentira.

-Hubiera sido la mentira *correcta.* Bob, así son las reglas del juego. El gobierno trata de hacer las cosas en secreto y nosotros tratamos de descubrir qué está pasando. A Ryan le gusta demasiado el secreto.

-Pero cuando nosotros lo quemamos vivo... ¿a quién estamos respondiendo?

-¿A qué te refieres?

-Vamos, John. Ed Kealty les filtró toda esa información. No necesito ser científico de la NASA para darme cuenta. Todos lo saben -Bob comió un poco de ensalada.

-Pero es verdad, ¿no?

-Sí, es verdad -admitió Holtzman.. Y hay mucho más.

-¿En serio? Bueno, sé que tenías una reseña en marcha. -No agregó que lamentaba haberle pasado por encima, principalmente porque no lo lamentaba.

-Tengo muchas más cosas para escribir.

-¿En serio? -La afirmación de Holtzman atrapó la atención de John Plumber. Holtzman pertenecía a una generación más joven que el corresponsal de televisión pero no era de aquellos, más jóvenes aún, que lo consideraban un mequetrefe... y no obstante asistían a sus seminarios de periodismo en la Universidad de Columbia.

-En serio -le aseguró Bob.

-¿Como qué?

-Como muchas más cosas para escribir -repitió Holtzman.. Aunque no enseguida, eso sí. John, vengo siguiendo esta historia desde hace años. Conozco al agente de la CIA que sacó a la esposa y la hija de Gerasimov. Tenemos un trato. En un par de años me dirá cómo lo hizo. La historia del submarino es cierta y...

-Ya sé. Vi una fotografía de Ryan en el bote. Y no puedo entender por qué no quiere que se sepa.

-No viola las reglas. Nadie le explicó que en determinadas circunstancias está bien hacerlo...

-Necesita pasar más tiempo con Arnie...

-No como Ed.

-Kealty conoce las reglas del juego.

-Sí, las conoce, John, tal vez demasiado bien. Sabes, hay algo que nunca llego a descifrar del todo...

-¿Qué?

-En este juego, ¿nosotros somos espectadores, árbitros o jugadores?

-Bob, nuestro trabajo es informar la verdad a nuestros lectores... bueno, telespectadores en mi caso.

-¿Qué verdad, John? -preguntó Holtzman.

-Un confuso y enojado presidente Jack Ryan... -Jack tomó el control remoto y dejó mudo al periodista de la CNN que lo había sacado de sus casillas con la pregunta sobre China.. Enojado, sí, confuso n...

-También sí -dijo Van Damm.. Tropezaste con el tema de China y dónde estaba Adler... A propósito, ¿dónde está?

El presidente miró su reloj.

-Llegará a la Base Andrews dentro de noventa minutos aproximadamente. Ahora estará sobrevolando Canadá, supongo. Vendrá directamente aquí y probablemente tendrá que viajar a China. ¿Qué *demonios* se proponen los chinos?

-No lo sé -admitió el jefe de staff.. Pero para eso tienes un equipo de seguridad nacional.

-Yo sé tanto como ellos... y no sé un carajo -suspiró Jack, recostándose en la silla.. Tenemos que aumentar nuestras capacidades de inteligencia humana. El presidente de Estados Unidos no puede estar aquí clavado sin saber qué cuernos está pasando. No puedo tomar decisiones sin información y lo único que tenemos son suposiciones... excepto lo que nos dijo Robby. Eso tiene una fuerte base de datos pero carece de sentido porque no encaja con nada.

-Tienes que aprender a esperar, querido presidente. Aunque la prensa no sepa hacerlo, tú sí, y también tienes que aprender a concentrarte en lo que puedes hacer cuando puedes hacerlo. Ahora -prosiguió Arnie-, la semana próxima tenemos las primeras elecciones para la Casa de Representantes. Tendrás que dar algunos discursos. Si quieres gente buena en el Congreso tendrás que salir a buscarla. Callie está escribiéndote un par de discursos acordes a la ocasión.

-¿Tema central?

-Política impositiva, mejoras directivas, integridad, tus favoritos. Mañana tendrás los borradores. Tienes que pasar más tiempo entre la gente. Deja que te quieran un poco y quiérelos un poco también. -El jefe de staff se ganó una mirada cortante gracias a esa frase.. Te lo dije muchas veces, no puedes permanecer atrapado aquí adentro y las radios de los aviones funcionan muy bien.

-Será agradable cambiar de escenario -admitió POTUS.

-¿Sabes qué sería bueno ahora?

-¿Qué?

Arnie sonrió.

-Un desastre natural. Eso te daría la oportunidad de salir al ruedo y dar una imagen presidencial, encontrarte con la gente, consolarla y prometerle soluciones rápidas y contundentes y...

-¡Maldita sea! -Gritó tan fuerte que los secretarios lo oyeron a través de la puerta de tres pulgadas de ancho.

Arnie suspiró.

-Tienes que aprender a reírte de las bromas, Jack. Guarda ese carácter tuyo en una caja bajo quince cerrojos. Sólo quería que te aflojaras un poco y además yo estoy *de tu lado*, ¿recuerdas? -Arnie volvió a su oficina y el presidente se quedó solo... nuevamente.

Acababa de recibir otra lección sobre Presidencia 101. Se preguntó cuándo terminarían las lecciones. Tarde o temprano tendría que *actuar* como un presidente, ¿no? Pero todavía no lo lograba. No era eso lo que había dicho Arnie exactamente, tampoco Robby, pero no era necesario. Todavía no se adaptaba, no entraba en el juego, no pertenecía. Hacía todo lo posible, pero todo lo posible no alcanzaba... todavía. ¿Todavía? Nunca, tal vez. *Una cosa por vez*, pensó. Lo que todo padre aconsejaba a todo hijo, salvo que no advertían que *una cosa por vez* era un lujo que algunos no se podían dar. Catorce norteamericanos muertos en una isla a ocho mil millas de distancia, probablemente asesinados por razones que no podía descifrar... Y se suponía que debía hacer a un lado ese terrible hecho y ocuparse de otras cosas, como viajar a encontrarse con la gente que supuestamente debía preservar, proteger y defender... mientras trataba de entender por qué no había podido preservar, proteger y defender a esos catorce muertos. ¿Qué se necesitaba para ser presidente? ¿Olvidarse de los muertos y concentrarse en otra cosa? Había que ser psicópata para lograrlo, ¿no? Bueno, no necesariamente. Muchos otros tenían que lograrlo ... médicos, soldados, policías. Y ahora él. *Y además* controlar su temperamento, guardarse las frustraciones y concentrarse en otra cosa durante el resto del día.

Estrella de Cine miró el océano. Seis kilómetros abajo, calculó. A pesar de su aspecto -del que estaba muy orgulloso; por ejemplo, le encantaban las sonrisas que le dedicaban las azafatas. el mundo lo rechazaba. El mundo lo odiaba -a él y a todos los de su clase. y hasta los que utilizaban sus servicios preferían mantenerlo a distancia, como a un perro malvado pero ocasionalmente útil.

El éxito le traería... ¿qué? Los oficiales de inteligencia intentarían identificarlo y localizarlo, pero hacía años que los israelíes hacían lo mismo... y todavía seguía vivo. ¿*Para qué*

estaba haciendo esto? se preguntó Estrella de Cine. Un poco tarde para la pregunta. Si cancelaba la misión, no sería bienvenido en ninguna parte del mundo. Se suponía que peleaba por Alá, ¿no? *Jihad*. La guerra santa. Un término religioso para definir un acto militar-religioso destinado a proteger y preservar la Fe, pero hacía tiempo que había dejado de creer en eso y en cierto sentido era aterrador no tener país, no tener hogar, no tener... ¿fe? ¿Tampoco tenía fe? Tuvo que admitir que no. Él y los de su clase, si sobrevivían, se transformaban en autómatas, en robots habilidosos... computadoras en esta época. Máquinas que hacían cosas para otros y luego eran arrojadas a la basura...

Si los que habían ordenado la misión ganaban, tal vez obtendría alguna clase de recompensa. Siempre especulaba con lo mismo, aunque ninguna de sus experiencias lo atestiguaba... y si había perdido la fe en Dios, ¿por qué seguir fiel a una profesión que hasta sus empleadores miraban con disgusto?

Niños. No se había casado y, hasta donde sabía, no era padre de ninguno. Las mujeres que había tenido, tal vez... pero no, eran mujeres perdidas y su entrenamiento religioso le había enseñado a despreciarlas aunque hiciera uso de sus cuerpos, y si esas mujeres tenían retoños, sus hijos también estarían malditos. ¿Cómo era posible que un hombre persiguiera un ideal toda su vida y finalmente se diera cuenta de que era allí, en la menos hospitalaria de las escenas -un lugar donde ningún hombre podría vivir-, donde se sentía más a gusto? Ayudaría a matar niños. Infieles, expresiones políticas, cosas. Pero eso no era verdad. Los niños eran inocentes de toda culpa.

Estrella de Cine recordó que ya lo había pensado antes, que las dudas eran normales en los hombres que emprenden tareas difíciles, y que siempre las había hecho a un lado para actuar. Si el mundo hubiera cambiado, entonces tal vez...

Pero los únicos cambios ocurridos eran contrarios a la búsqueda de toda su vida. ¿Eso significaba que, habiendo matado para nada, tendría que seguir matando con la esperanza de obtener *algo*? ¿A dónde llevaba ese camino? Si había un Dios y había una Fe y había una Ley, entonces...

Bueno, tenía que creer en algo. Miró su reloj. Faltaban cuatro horas. Tenía una misión. Tenía que creer en eso.

Llegaron por tierra y no por helicóptero. Los helicópteros eran demasiado visibles y tal vez de ese modo nadie se diera cuenta. Para mayor precaución, los automóviles ingresaron por el Ala Este. Adler, Clark y Chávez entraron a la Casa Blanca por el mismo camino que Jack había hecho la primera noche y, escoltados por el Servicio Secreto, se las ingeniaron para esquivar a la prensa. El Despacho Oval estaba superpoblado. Goodley y los Fooley también estaban allí, junto con Arnie, por supuesto.

-¿Qué tal el vuelo, Scott? -preguntó Jack.

-Si hoy es martes, esto debe ser Washington -replicó Adler.

-No es martes -observó Goodley, sin captar la broma.

-Entonces supongo que el vuelo me desorientó un poco -Adler tomó asiento y sacó sus notas. Un camarero de la Armada sirvió café para todos. El café es el combustible de Washington. Los recién llegados de la RIU aceptaron gustosamente sus pocillos.

-Cuéntanos todo sobre Daryaei -ordenó Ryan.

-Parece saludable. Un poco cansado -admitió Adler.. Su escritorio está sumamente ordenado. Habló con calma, pero, por lo que sé, no se caracteriza por levantar la voz en público. Me llamó la atención que llegara a la ciudad al mismo tiempo que nosotros.

-¿Ah, sí? -dijo Ed Foley, levantando la vista de sus anotaciones.

-Sí, llegó en un avión comercial, un Gulfstream -informó Clark.. Ding tomó unas cuantas fotos.

-¿De modo que anda paseando un poco? Supongo que tiene sentido -observó POTUS. Curiosamente, Ryan se sentía identificado con los problemas de Daryaei. No diferían demasiado de los suyos, aunque los métodos del iraní no podían haber sido más diferentes.

Librodot

-Su staff le tiene miedo -agregó Chávez impulsivamente.. Parece una vieja película de la Alemania nazi. La gente estaba muy tensa. Si alguien hubiera gritado -¡buu!. todos se habrían clavado de cabeza contra el techo.

-Estoy de acuerdo -dijo Adler, sin molestarse por la interrupción.. Conmigo se condujo a la antigua, con calma, comentarios triviales, esas cosas. La clave del asunto es que no dijo nada realmente significativo... ni bueno, ni malo. Está dispuesto a mantenerse en contacto permanente con nosotros. Dice desear la paz para todos. Incluso expresó cierto grado de buena voluntad hacia Israel. La mayor parte del tiempo estuvo aleccionándome sobre lo pacíficos que son él y su religión. Destacó el valor del petróleo y las resultantes relaciones comerciales entre todos los involucrados. Negó tener ambiciones territoriales. Nada de eso me sorprende.

-De acuerdo -dijo el presidente.. ¿Y en cuanto al lenguaje corporal?

-Parece muy confiado, muy seguro. Le gusta estar donde está.

-Siempre que tenga poder -intervino Ed Foley.

Adler asintió.

-Coincido. Si tuviera que describirlo con una sola palabra, sería -sereno..

-Cuando lo conocí, hace algunos años -recordó Jack-, era agresivo, hostil, buscaba enemigos en todas partes...

-Hoy no hubo nada de eso. -Desconcertado, el secretario de Estado se preguntó si todavía sería el mismo día. Probablemente sí, decidió.. Como dije, sereno. Pero en el camino de regreso el señor Clark me mostró algo.

-¿Qué? -preguntó Goodley.

-Pasó el detector de metales -John sacó el collar y se lo entregó al presidente.

-¿Anduvo de compras?

-Bueno, todos querían que merodeara un poco -le recordó a su audiencia.. ¿Qué mejor lugar que un mercado?

Clark contó el episodio del vendedor de oro mientras POTUS examinaba el collar.

-Si vende estas cosas por setecientos dólares me interesaría conseguir su dirección. ¿Un incidente aislado, John?

-El jefe de estación francés estaba conmigo. Dijo que este hombre era muy representativo.

-¿Entonces? -preguntó Van Damm.

-Entonces es posible que Daryaei no tenga tantos motivos para estar sereno -sugirió Adler.

-La gente como él no siempre sabe lo que piensa el pueblo -sugirió el jefe de staff.

-Por eso cayó el sha -dijo Ed Foley.. Y Daryaei es uno de los que lo hicieron caer. No creo que haya olvidado esa parte de la lección... y sabemos, además, que sigue eliminando a los que se salen de la fila. -El DCI miró a su oficial de campo.. Buen tiro, John.

-Lefevre -el agente francés. me dijo dos veces que nosotros no percibimos lo que siente la calle. Tal vez estuviera bromeando -prosiguió Clark-, pero no creo.

-Sabemos que hay disenso. Siempre hay disenso -acotó Goodley.

-Pero no sabemos cuánto -replicó Adler.. En resumen, creo que estamos frente a un hombre que quiere demostrar serenidad por una razón. Ha tenido un par de meses buenos. Ha derrotado a un enemigo mayor. Tiene algunos problemas internos cuya magnitud debemos evaluar. Entra y sale de Irak... lo hemos visto. Parece cansado. Su staff está tenso. Diría que está al límite de algo. De acuerdo, me dijo cuánto quiere la paz. Estuve a punto de creerle. Opino que necesita tiempo para consolidarse. Clark me dice que los precios de los alimentos son altos. El país es naturalmente rico y Daryaei puede calmar los ánimos transformando su éxito político en éxito económico lo antes posible. Un poco de comida en la mesa no le hará mal a nadie. Por el momento tiene que mirar adentro, no afuera.

-Entonces es posible que se nos haya abierto una puerta -concluyó el secretario de Estado.

-¿Tender la mano abierta de la amistad? -preguntó Arnie.

-Creo que por el momento debemos mantener contactos informales y livianos. Nombraré a alguien para arreglar los encuentros y veremos qué pasa luego.

El presidente asintió.

-Felicitaciones, Scott. Ahora, creo que lo mejor será informarte los pormenores de tu próximo viaje a China.

-¿Cuándo salgo? -preguntó Adler con expresión quejumbrosa.

-Esta vez viajarás en un avión más grande -le prometió el presidente.

41

Hienas

El avión tocó tierra norteamericana en el aeropuerto Dulles. La sensación física del aterrizaje no despejó las dudas de Estrella de Cine, pero sí le anunció que era hora de hacerlas a un lado. Vivía en un mundo práctico. La rutina de entrada fue... rutina, nuevamente.

-¿De vuelta tan pronto? -preguntó el oficial de inmigración, mirando la última fecha de entrada del pasaporte.

-Ja, doch -replicó Estrella de Cine haciendo gala de su identidad alemana.. Tal vez compre un departamento en la ciudad.

-Los precios son un poco altos en Washington -advirtió el oficial, estampando un nuevo sello en el pasaporte falso.. Que tenga un buen día, señor.

-Gracias.

No tenía nada que temer. No llevaba nada ilegal, excepto lo que tenía en la cabeza, y sabía que la inteligencia norteamericana jamás había perjudicado sustancialmente a un grupo terrorista. Pero este viaje era diferente, aunque sólo él lo sabía. Como de costumbre, no lo esperaba nadie. Más tarde tendrían una reunión a la que sería el último en llegar. Era más valioso que los otros miembros del equipo. Alquiló un auto y otra vez fue a Washington, mirando constantemente por el espejo retrovisor y tomando la salida equivocada para ver si alguien lo seguía. No, nadie lo seguía. Dio marcha atrás y retomó el camino correcto. Como siempre, no había moros en la costa. Por otra parte, si alguien lo estaba siguiendo sus métodos serían tan sofisticados que no tendría la menor oportunidad de sobrevivir. Sabía cómo funcionaban esas cosas: vehículos múltiples, incluso uno o dos helicópteros. Pero la oposición invertía tanto tiempo y recursos sola-mente cuando sabía mucho -lleva tiempo organizarse. y, para saber mucho, la CIA tendría que haberse infiltrado muy bien en su grupo. Los israelíes eran los únicos capaces de eso -al menos eso temían todos los integrantes del movimiento terrorista-, pero con los años un proceso brutalmente darwiniano había segado las vidas de los intrépidos. El Mossad israelí jamás empalidecía ante el derramamiento de sangre musulmana. Él mismo habría muerto mucho tiempo atrás de haber sido descubierto por esa agencia. Al menos eso pensaba, sin dejar de mirar por el espejo retrovisor, astucia permanente que hasta ahora le había salvado la vida.

Antes de la caída del sha su propio servicio de inteligencia, el Savak, fue entrenado por el Mossad... y no todos los miembros del Savak fueron ejecutados con el advenimiento del nuevo régimen islámico. Los sobrevivientes habían transmitido sus técnicas a gente como Estrella de Cine, y la verdad del asunto era que era muy fácil de entender. Cuanto más importante la misión, más cautela requería. Si uno quería evitar que lo detectaran tenía que hacerse invisible. ¿Cómo lograrlo? Fácil. En un país secular, no siendo obviamente devoto. En un país cristiano o judío, no siendo musulmán. En una nación que había aprendido a desconfiar de la gente de Medio Oriente, ser de cualquier otro lugar... o mejor aún, ser sincero hasta cierto punto. Sí, nací *allí*, pero soy cristiano, o baha-i, o kurdo, o armenio, y *ellos* persiguieron con crueldad a mi familia, y por eso vine a Estados Unidos, la tierra de las oportunidades, para experimentar la verdadera libertad. Si uno seguía esas sencillas reglas la oportunidad se volvía absolutamente real, porque Estados Unidos siempre facilitaba las cosas. Ese país daba la bienvenida a los extranjeros con una amplitud de espíritu que a Estrella de Cine le recordaba la ley de hospitalidad de su país.

Librodot

Y allí estaba, en campo enemigo, y sus dudas desaparecieron dando paso a un entusiasmo que le aceleró el ritmo cardíaco y lo obligó a sonreír. Era *el mejor* en lo suyo. Los israelíes, habiéndolo entrenado de segunda mano, jamás habían logrado acercarse a él, y si ellos no habían podido... ¿qué quedaba para los norteamericanos? Sólo había que tener mucho cuidado.

En cada equipo de tres había un hombre como él, no con tanta experiencia desde luego, pero casi. Un hombre capaz de alquilar un auto y conducir correctamente. Capaz de ser cortés y amistoso con todos los que conocía. Capaz de mostrarse compungido y disculparse si un policía lo paraba, capaz de preguntarle qué había hecho mal y luego preguntar algunas direcciones, porque la gente recuerda mucho más las hostilidades que las amabilidades. Capaz de adjudicarse una profesión respetable, médico o ingeniero por ejemplo. Era fácil... si uno tenía cuidado.

Estrella de Cine llegó a su primer destino, un hotel mediano en las afueras de Annapolis, donde se registró bajo el nombre de Dieter Kolb. Los norteamericanos eran tan tontos. Hasta los policías creían que todos los musulmanes eran árabes, olvidando sistemáticamente que Irán era un país ario... la misma identidad étnica que Hitler había anhelado para su nación. Fue a su habitación y miró el reloj. Si todo marchaba de acuerdo a los planes se reunirían dentro de dos horas. Para asegurarse, llamó a todas las aerolíneas y preguntó el horario de llegada de los vuelos. Todos llegarían puntuales. Podrían tener problemas en la aduana o retrasarse por el tránsito, pero estaba previsto en el plan. Era un plan sumamente cauteloso.

Iban en camino al próximo destino: Atlantic City, Nueva Jersey, donde había un inmenso centro de convenciones. Los numerosos automóviles -conceptuales. y últimos modelos eran trasladados en remolques tradicionales, convenientemente enfundados para prevenir cualquier daño eventual. Uno de los representantes de la fábrica estaba releyendo los comentarios manuscritos que la empresa había solicitado a la gente que se detenía a mirar sus productos. Se restregó los ojos. Jaqueca, estornudos... Esperaba no estar incubando una gripe. También le dolía un poco el cuerpo. Qué otra cosa podía esperar después de haber pasado todo el día parado debajo del acondicionador de aire.

El telegrama oficial no lo sorprendió. El secretario de Estado norteamericano pedía una entrevista oficial con su gobierno para discutir temas de interés mutuo. Zhang sabía que no habría manera de evitarla. Lo mejor sería recibirlos amigablemente, declararse inocentes... y averiguar con extrema delicadeza si el presidente Ryan se había confundido al hablar o efectivamente había cambiado la antigua política norte-americana en su conferencia de prensa. Imaginaba que ese tema lateral mantendría ocupado a Adler algunas horas. El norteamericano probablemente se ofrecería a mediar entre Beijing y Taipei con el objetivo de tranquilizar los ánimos paulatinamente. Eso sería muy útil.

Por el momento las prácticas continuaban, aunque con mayor respeto explícito hacia el espacio neutral entre ambas fuerzas armadas. La cosa todavía estaba caliente. El embajador de la RPCH ya había explicado en Washington que ellos no habían hecho nada malo, no habían disparado *primero* y no tenían el menor deseo de iniciar hostilidades. El problema estaba en la provincia rebelde y si Estados Unidos accediera a la única solución obvia -hay *una* sola China. las cosas se resolverían de manera clara y sencilla.

Pero hacía tiempo que Estados Unidos sostenía una política que no tenía sentido para ninguno de los países involucrados, pretendiendo ser amigable con Beijing *y* con Taipei, tratando a esta última como nación inferior que era pero sin decidirse a llegar a la conclusión lógica. En cambio, Estados Unidos decía que sí, que había una sola China, pero que esa sola China no tenía derecho a imponerse sobre la -otra. China que, de acuerdo con la política oficial norteamericana, ni siquiera existía. Tal era la incoherencia norteamericana. Sería un placer comentárselo al secretario Adler en persona.

Librodot

.-La República Popular China agradece el honor de recibir al secretario Adler en atención a los intereses de paz y estabilidad regional.. Bueno, muy encantador de su parte -dijo Ryan. Eran las nueve de la noche y todavía estaba en su despacho, preguntándose qué programa de televisión estarían viendo sus hijos sin él. Le devolvió el mensaje a Adler.

-¿Está completamente seguro de que fueron ellos? -le preguntó Adler al almirante Jackson.

-Si vuelvo a pasarla, la cinta de video se desintegrará.

-Sabe, a veces la gente se equivoca.

-Señor, ésta no es una de esas veces -replicó Robby, preguntándose si tendría que volver a pasar el video.. Y hace tiempo que están ejercitando su flota.

-¿Ah, sí? -preguntó Ryan.

-Al punto tal que deben haber estropeado muchos equipos. No son tan buenos como nosotros en mantenimiento. Además, están usando enormes cantidades de combustible. ¿Por qué tanta alharaca? El tema de la aerolínea me parece una gran excusa para hacer volver los barcos al puerto.

-Orgullo nacional -sugirió Adler.. Salvar las apariencias.

-Bueno, desde entonces han reducido en cierto modo las operaciones. No se acercan para nada a la línea que les mostré. Los taiwaneses están en estado de alerta. Demonios, tal vez sea eso -opinó el J-3.. Uno no ataca al enemigo enfurecido. Espera que se relaje un poco.

-Rob, dijiste que un ataque real era imposible -acotó Ryan.

-Jack, dado que no puedo conocer sus intenciones tengo que guiarme por sus capacidades. Pueden presentar batalla en el estrecho y salir ganando. Tal vez eso ejercería la presión política necesaria para que Taiwan hiciera algunas concesiones. Mataron gente -recordó Jackson.. Seguro, no valoran la vida humana como nosotros, pero cuando uno mata gente inevitablemente cruza otra línea invisible... y ellos saben qué sentimos *nosotros* al respecto.

-Movamos el portaaviones -dijo Adler.

-¿Por qué, Scott?

-Señor presidente, así tendría un as en la manga. Demostraría que nos lo tomamos en serio. Como acaba de decirnos el almirante Jackson, nos tomamos en serio la pérdida de vidas humanas y ellos tendrán que aceptar el hecho de que no queremos y *no permitiremos* que las cosas pasen a mayores.

-¿Qué pasaría si de todos modos presionan... si hay otro -accidente. que podría implicarnos?

-El presidente está hablando de operaciones y las operaciones son mi negocio -se adelantó a responder Jackson.. Posicionaríamos a *Ike* al este de la isla. Así no podrían hundirlo por accidente. Tendrían que atravesar tres cinturones de defensa para hacerlo: las fuerzas taiwanesas sobre el estrecho, Taiwan propiamente dicho y la pared del batallón. También podría colocar un Aegis en el extremo del estrecho para tener cobertura completa de radar. Es decir, si recibimos la orden de mover a *Ike.* Sería una gran ventaja para Taiwan. Bueno, son cuatro escuadrones de aviones de combate, más la cobertura del radar. Creo que se sentirían más seguros.

-Y además me permitiría jugar mejores cartas si tengo que ir y venir -concluyó el secretario.

-Pero el Índico quedaría descubierto. Hace tiempo hicimos lo mismo -Robby volvía constantemente sobre el tema.

-¿No tenemos nada más en el Índico? -preguntó Jack, dándose cuenta de que tendría que haberlo averiguado mucho antes.

-Un crucero, el *Anzio*, dos cazatorpederos, y dos fragatas encargadas de proteger un grupo de apoyo con base en Diego García. Jamás dejamos descubierta la base de DG estando allí los barcos de preposicionamiento. Tenemos 668 submarinos pequeños en el área. Lo suficiente para impresionar, pero no para proyectar poder. Señor

Adler, usted entiende la importancia de un portaaviones.

Librodot

Adler asintió.

-La gente se los toma muy en serio. Por eso creo que debemos mandarlo a China.

-Creo que tiene razón, Rob. ¿Dónde está *Ike* ahora?

-Entre Australia y Sumatra, aproximándose al estrecho de Sunda. Se supone que la práctica SOUTHERN CUP debe simular un ataque de India contra su costa noroeste. Si lo movemos ahora, estará en Formosa dentro de cuatro días y dos horas.

-Entonces movámoslo, Rob, a toda velocidad.

-Está bien, señor -aceptó Jackson, todavía con dudas visibles en el rostro. Señaló el teléfono y, después de recibir un gesto afirmativo, llamó al Centro Nacional de Comando Militar.. Habla el almirante Jackson con órdenes de la Autoridad Nacional al Mando. Ejecutar GERYHOUND BLUE. Es una orden, coronel -Robby escuchó y asintió.. Muy bien, gracias. -Miró al presidente.. De acuerdo, *Ike* girará al norte dentro de aproximadamente diez minutos y avanzará a toda marcha en dirección a Taiwan.

-¿Tan rápido? -Adler se permitió mostrar su asombro.

-El milagro de las comunicaciones modernas... Además, ya habíamos enviado órdenes de alerta al almirante Dubro. No pasarán inadvertidos. Las características de la zona no lo permitirán -les advirtió.

-La prensa no nos perjudicará -dijo Adler.. Ya lo hemos hecho antes.

-Bueno, aquí tienes la carta para jugar en Beijing y Taipei -dijo Ryan después de haber dado otra orden ejecutiva, aunque un poco preocupado por las dudas de Robby. Lo más difícil sería el abastecimiento de combustible. Tendrían que mandar también una flota de reabastecimiento.

-¿Dejará traslucir que sabemos lo de la aerolínea?

Adler negó en forma terminante.

-No, definitivamente no. Se sentirán desconcertados si piensan que no sabemos.

-¿Ah, sí? -el presidente no pudo disimular su asombro.

-Y así podré decidir *cuándo* nos -daremos cuenta-, jefe. Y cuando eso suceda tendré otro as en la manga... jugaré un gran partido, ya verán. -Se dio vuelta.. Almirante, no sobrestime la inteligencia de su enemigo. Los diplomáticos como yo no sabemos tanto sobre los aspectos técnicos militares. Lo mismo vale para los diplomáticos de otros países. La mayoría de nuestras capacidades son un misterio para ellos.

-Tienen agentes secretos -objetó Jackson.

-¿Cree que les prestan atención? ¿Acaso nosotros lo hacemos?

El J-3 aceptó a disgusto la lección y la archivó para usos futuros.

Sucedió en un enorme centro de compras, un invento norteamericano que parecía diseñado para operaciones secretas con sus innumerables entradas, el bullicio de la gente y la sensación de anonimato casi perfecto. La primera cita nunca era una reunión propiamente dicha. Sólo se establecía contacto visual a una distancia no menor de diez metros. Los miembros de cada grupo confirmaron sus respectivas identidades y luego se aseguraron de que nadie los estaba vigilando. Una vez hecho eso volvieron a sus hoteles. La verdadera reunión tendría lugar al día siguiente.

Estrella de Cine estaba exultante. La audacia del plan era en verdad excitante para él. No se parecía en nada a la tarea relativamente simple de ingresar un estúpido hombre-bomba -*perdón, un mártir heroico*, se corrigió enseguida. a Israel. Lo más bello de todo era que, si detectaba a uno de sus equipos, el enemigo no podría arriesgarse a ignorarlo. Uno podía *forzar* al enemigo a mostrarse y lo mejor sería hacerlo mientras su gente todavía no hubiera hecho otra cosa que entrar al país con pasaportes falsos.

A la mierda con las dudas, se dijo el líder de la operación. Lo único importante era esa áspera belleza de estar listo para escabullirse en la cueva del león y bailar frente a sus fauces. Sólo por *eso* seguía en el negocio del terrorismo. ¿En la cueva del león? Sonrió a los autos que pasaban. Ellos no lo sabían, pero él robaría los *cachorros* del león.

-¿Entonces qué van a hacer? -preguntó Cathy en la oscuridad.

-Scott viajará a China mañana por la mañana -respondió Jack, acostándose junto a ella. La gente decía que el presidente de Estados Unidos era el hombre más poderoso del mundo, pero al final de cada día el ejercicio de ese magnífico poder lo dejaba inexorablemente exhausto. Ni siquiera en Langley se había cansado tanto.

-¿Para decir qué?

-Para tratar de que se calmen y controlar la situación.

-¿Estás seguro de que deliberadamente...?

-Sí. Robby está positivamente seguro, igual que tú con tus diagnósticos -confirmó su marido, mirando el cielorraso.

-¿Y vamos a negociar con ellos? -preguntó SURGEON.

-Tenemos que.

-Pero...

-Querida, algunas veces... diablos, *cada vez* que un estado nacional comete asesinato sale libre de culpa y cargo. Se supone que debo considerar -el cuadro completo-, -los temas mayores-, etcétera.

-Es espantoso -dijo Cathy.

-Sí, claro que es espantoso. Hay que jugar de acuerdo con las reglas del juego. Si uno mete la pata, sufre más gente. Uno no puede tratar a un estado nacional como a un criminal. Hay miles de norteamericanos allí, hombres de negocios y cosas por el estilo. Si me paso del límite podría pasarles algo desagradable... y además las cosas empeorarían -le explicó POTUS.

-¿Hay algo peor que matar gente?

Jack no tenía respuesta para eso. Había llegado a aceptar el hecho de no tener respuesta para las conferencias de prensa, para el pueblo norteamericano, incluso para su propio staff. Ahora tampoco tenía respuesta para una pregunta simple y lógica de su esposa. ¿El hombre más poderoso del mundo? Seguro. Y así terminó otro día en el 1600 de Pennsylvania Avenue.

Hasta la gente importante se descuida, eventualidad muchas veces facilitada por la creatividad de los cuidadosos. La Oficina Nacional de Reconocimiento estaba trabajando duro para investigar dos lugares. Constantemente recibía miles de imágenes de Medio Oriente y del Estrecho de Formosa que sus expertos en investigación fotográfica debían examinar una por una en el nuevo edificio en las proximidades del aeropuerto Dulles. Otra tarea más que no podía hacerse por computadora. La preparación de los militares de la RIU se había convertido en prioridad número uno para el gobierno norteamericano y formaba parte de la SNIE - Estimación Especial de Inteligencia. ordenada por la Casa Blanca. Debido a eso toda la atención del equipo recaía en ese sector y habían llamado personal extra para ocuparse de los otros temas. Este personal se dedicaba a estudiar las fotos que llegaban desde China. Si la RPCH decidía una avanzada militar lo advertirían inmediatamente. Las tropas saldrían a entrenarse o a realizar tareas de mantenimiento de equipos,

o subirían los tanques a los trenes, o los aviones tendrían armas visibles en las alas. Una foto satelital estaba en condiciones de revelar esa clase de cosas. Más difícil era detectar barcos en el área... dado que no tenían posiciones fijas. Estados Unidos tenía tres saté-lites fotográficos en la región y cada uno recorría dos veces por día las áreas de interés. Los técnicos se sentían satisfechos con los resultados. Recibían información continuamente para respaldar sus estimaciones y sentían que estaban cumpliendo su deber con el presidente y con el país.

Pero no podían estar en todas partes... y uno de los lugares que no observaban era Bombay, sede de los cuarteles generales de la Armada india.

Maldición. El representante de Cobra se despertó un poco afiebrado. Tardó unos segun-

dos en orientarse. Otro motel, otra ciudad, otras luces en el cuarto. Buscó el interruptor en la oscuridad y luego se puso los anteojos. Entrecerró los ojos, molesto por la luz blanca, y buscó su valija. Sí. En el equipo de afeitar. Lo llevó al baño, retiró el papel protector que cubría el vaso y lo llenó de agua hasta la mitad. Tomó dos aspirinas. No tendría que haber bebido tanta cerveza después de cenar, se reprochó el representante de ventas, pero lo habían ayudado a cerrar un buen trato con dos golfistas profesionales. Además todo el mundo sabía que la cerveza era el mejor lubricante para el negocio del golf. Por la mañana se sentiría mejor. Era muy hábil en lo suyo, eso había que reconocerlo. Qué demonios, pensó, volviendo a la cama. Todavía le quedaba mucho por escalar, el ritmo laboral era suave y pausado, y se daba una buena vida... además de jugar al golf prácticamente todas las semanas para demostrar la eficacia y solidez de sus palos. Ojalá la aspirina funcionara. Tenía un partido a las ocho y treinta.

STORM TRACK y PALM BOWL estaban interconectadas por un cable de fibra óptica que les permitía compartir información. En el antiguo territorio de Irak se estaba realizando otra práctica de entrenamiento, pero esta vez no se trataba de un CPX. Había tres cuerpos pesados de unidades integradas iraníes e iraquíes en el campo. Las radios indicaban que se encontraban lejos de las fronteras con Kuwait y Arabia Saudita y por eso no les habían adjudicado ningún peligro especial a sus actividades. Pero las tropas ELINT querían conocer el nivel de preparación de los comandantes que movían tanques y carros de infantería a lo largo de las anchas y secas planicies del sudeste de Bagdad.

-Buenas noticias, mayor -dijo la teniente norteamericana, pasándole un télex. Para variar, el SNIE de la RIU había generado algo positivo.

Doscientas millas al noroeste de Kuwait, en un lugar cinco millas al sur de la -lisera. -una duna levantada por el hombre, en realidad. que marcaba el límite entre el Reino y la RIU, se había detenido un camión de grandes dimensiones. Los tripulantes habían descendido, conectado la extensión a la rampa de lanzamiento y disparado su -zángano. Predator. Pero -zángano. era un término obsoleto. Ahora se denominaba UAV -Vehículos Aéreos Sin Piloto. a esos pequeños espías de color azul grisáceo. Les llevó veinte minutos colocar las alas, revisar los circuitos electrónicos y encender el motor. Una vez lanzado, tomó rápidamente altura y se dirigió al norte.

Producto de tres décadas de investigación, el Predator era esencialmente clandestino y muy difícil de detectar por radar debido a su pequeño tamaño, a la inclusión de material radarabsorbente en su diseño y al hecho de que su velocidad operativa era tan lenta que los radares modernos controlados por computadoras, si llegaban a captarlo, lo clasificaban como un pájaro y consecuentemente lo borraban de su esfera de acción. Además, estaba pintado con el mismo producto anulador de rayos infrarrojos que acostumbraban usar en la Armada. Era a la vez feo y muy pegajoso -los técnicos tenían que cepillarle la arena a su bebé todo el tiempo-, pero esos inconvenientes se equilibraban con el hecho de que el color del UAV se fundía perfectamente con el del cielo. Armado sólo con una cámara de televisión, había subido diez mil pies y cruzado al norte bajo el control de otro equipo en STORM TRACK, con el objetivo de vigilar de cerca las prácticas militares de la RIU. Sin duda era una violación técnica de la soberanía del nuevo país, pero las dos libras de explosivo que llevaba el UAV garantizarían su destrucción si descendía en un lugar inadecuado y nadie podría saber quién había sido. Una antena direccional enviaba las -tomas. de la cámara a los receptores localizados en el Reino.

El cable de fibra óptica transmitía las mismas señales a PALM BOWL, y cuando una oficial de la USAF encendió el monitor de la sala, pudieron ver el mismo paisaje desdibujado mientras el Predator era guiado a destino por sus operadores.

-Será útil ver si saben lo que hacen -le comentó la teniente al mayor Sabah.

-Será mejor ver que no saben -replicó el oficial kuwaití. Muchos miembros de su extensa familia habían empezado a preocuparse. Debido a eso, sus fuerzas armadas se entrenaban día y noche. Igual que los sauditas, los ciudadanos kuwaitíes que habían acudido entusiastamente a manejar los equipos militares que su pequeño pero rico país pudo obtener sentían que

Librodot

el mantenimiento de los tanques era una tarea para hombres inferiores, pero, a diferencia de sus primos sauditas, tenían experiencia de perdedores y conquistados. Muchos de ellos habían perdido familiares, y la buena memoria era característica de esa parte del mundo. Por esa razón se entrenaban con decisión y ahínco. Pero aún no alcanzaban el nivel de los norteamericanos que les enseñaban ni el de los israelíes que los miraban compasivamente a distancia. El mayor Sabah lo sabía. Antes que nada habían aprendido a disparar... y gastado mucha pólvora en el intento. Luego se habían dedicado a maniobras y combate en movimiento. Tampoco lo hacían muy bien, pero bueno, estaban aprendiendo.

-SWORDSMAN está levantado -Andrea Price escuchó la frase cotidiana por su auricular. Estaba en la cocina con sus subordinados, bebiendo café de pie junto a una de las mesadas de acero inoxidable utilizadas para cocinar.. ¿Roy?

-Otro día de rutina -dijo el agente especial Altman.. Tiene programadas tres cirugías por la mañana y una conferencia para algunos médicos españoles por la tarde... de la Universidad de Barcelona, son diez, ocho varones, dos mujeres. Chequeamos los nombres con la policía española. Están limpios. No se reportan amenazas especiales contra SURGEON. Parece un día normal de trabajo.

-¿Mike? -El agente especial Michael Brennan era jefe de la Subcustodia de Little Jack.

-Bueno, SHORTSTOP tiene un examen de biología y una práctica de baseball después de clase. Es bastante bueno con el guante... pero no podría decirse lo mismo del bate -agregó el agente.. Por lo demás, es un día igual a cualquier otro.

-¿Wendy? -La agente especial Gwendolyn Merritt se ocupaba de Sally Ryan.

-SHADOW tiene examen de química. Está muy interesada en Kenny. Es un lindo chico, aunque necesita un corte de cabello y una corbata nueva. Está pensando en integrar el equipo femenino de vilorta. -Algunos quedaron estupefactos ante la revelación. ¿Cómo proteger a alguien perseguido por un grupo de adolescentes con palos?

-¿Podría repetirme cómo es el entorno familiar de Kenny? -preguntó Price. Ni siquiera ella podía recordar todo.

-Padre y madre abogados, tema impositivo principalmente.

-SHADOW tendrá que mejorar su gusto -observó Brennan, provocando la carcajada general. Era el bromista del grupo.. Allí sí que hay una amenaza potencial, Wendy.

-¿Qué? ¿Cuál?

-Si POTUS promulga la nueva ley impositiva... sus consuegros quedarán en la calle.

Andrea Price hizo otra marca en su lista matutina.

-¿Don?

-La rutina de todos los días: Lápiz I. Todavía no me conformo con el lugar, Andrea. Quiero más gente, uno más adentro y dos más en la zona sur -anunció Don Russell.. Estamos demasiado expuestos. No tenemos suficiente profundidad defensiva. El perímetro exterior es esencialmente el único y no me siento cómodo con eso.

-SURGEON no quiere que superpoblemos el lugar. Están tú y dos agentes adentro, tres para apoyo inmediato y un agente de vigilancia al otro lado de la calle -le recordó Price.

-Quiero tres más, Andrea. Estamos demasiado expuestos -repitió Russell. Su voz sonaba razonable y profesional como siempre.. La familia tiene que prestarnos atención en cuestiones profesionales.

-¿Qué te parece si mañana por la tarde paso a echar un vistazo nuevamente? -preguntó Price.. Si estoy de acuerdo, hablaré con el Jefe.

-Bueno.

-¿Hubo más problemas con la señora Walker?

-Sheila trató de preparar un petitorio con el resto de los padres del Giant Steps... para sacar a SANDBOX del jardín o algo así. Pero la señora Daggett recibió muchas cartas de apoyo y más de la mitad de los padres conocen a los Ryan y los aprecian. De modo que se acabó el problema por ese lado. ¿Sabes cuál es el único problema verdadero?

Librodot

-¿Cuál, Don?

Sonrió.

-A esa edad... a veces me doy vuelta y los chicos se mueven y cuando vuelvo a mirar... bueno, no podría decir cuál es SANDBOX con absoluta seguridad. Sabes que sólo hay dos cortes posibles de cabello para las niñas pequeñas y que la mayoría de las madres piensan que Oshkosh es la única fábrica de ropa para niños.

-Don, es cosa de mujeres -observó Wendy.. Si la primera Niña lo usa, tienen que estar a la moda.

-Probablemente pasa lo mismo con el pelo -agregó Andrea.. A propósito, olvidé decirte que Pat O-Day quiere hacer un pequeño torneo contigo -le dijo al miembro más añoso de la Custodia Personal.

-¿El tipo del FBI? -los ojos de Russell se iluminaron.. ¿Dónde? ¿Cuándo? Dile que traiga dinero, Andrea -Russell pensó que tenía derecho a divertirse un poco. Hacía siete años que no perdía un torneo de pistola... y el último lo había perdido por la gripe.

-¿Estamos listos? -les preguntó Andrea.

-¿Cómo anda el Jefe? -preguntó Altman.

-Lo mantienen bastante ocupado. Duerme muy poco.

-¿Quieres que hable con SURGEON al respecto? Sabe cuidarlo muy bien -le dijo Roy.

-Bueno...

-Sé cómo hacerlo. Hola, doctora Ryan, ¿el Jefe se encuentra bien? Esta mañana parecía un poquito cansado... -sugirió Altman.

Los cuatro agentes se miraron. Ocuparse del presidente era el más delicado de sus deberes. Este presidente escuchaba a su esposa casi como un marido normal. ¿Entonces por qué no aliarse con SURGEON? Los cuatro asintieron al unísono.

-Adelante -respondió Price.

-Hijo de puta -murmuró el coronel Hamm.

-Lo sorprendieron, ¿no? -le preguntó con delicadeza el general Diggs.

-¿Tienen un impostor ahí adentro? -quiso saber el CO del Blackhorse.

-No, pero también me sorprendieron a mí, Al. No dejaron que nadie se enterara de que habían recibido entrenamiento IVIS. Bueno, yo me enteré anoche.

-Buen tipo, señor.

-La sorpresa fue por ambas partes, coronel -le recordó Diggs.

-¿Cómo *diablos* consiguieron fondos para eso?

-Gracias a sus senadores -hada madrina-, supongo.

Las unidades visitantes no llevaban sus propios equipos a Fort Irwin por la obvia razón de que era demasiado costoso transportarlos ida y vuelta. Por lo tanto utilizaban vehículos de la base. Todos los vehículos tenían IVIS -Sistema de Información Intervehicular-, un sistema que proyectaba información de batalla por computadora al interior de los tanques y Bradleys. El IVIS era un adelanto que el 11 de Caballería había incluido exclusivamente en sus vehículos (los verdaderos, no los que utilizaban para simulacros) seis meses atrás. Aunque al parecer se trataba de un sistema simple de transmisión de datos, ofrecía a la tripulación una vista general del campo de batalla y en pocos segundos transformaba la información de reconocimiento en conocimiento aplicable. Con el IVIS, la información dejaba de que-dar a cargo de un comandante de unidad distraído y abrumado. Ahora los sargentos sabían todo lo que hacía el coronel y, como de costumbre, la información era la ventaja más valiosa conocida por el hombre. Los operadores de tanques de la Guardia de Carolina habían sido entrenados para usar el IVIS... igual que los del Blackhorse, pero sus vehículos pseudosoviéticos no contaban con él.

-Coronel, acabamos de comprobar la eficacia del sistema. Lo derrotó *a usted*.

El simulacro de combate había sido particularmente sangriento. Hamm y su oficial de operaciones prepararon una terrible emboscada que el enemigo detectó y evitó, proponiendo

luego una batalla de maniobras que descolocó a la FuOp. El temerario contraataque de uno de sus comandantes de escuadrón les salvó el honor permitiéndoles eliminar a la mitad de la Fuerza Azul, pero de todos modos no alcanzó. Esa primera noche ganaron los buenos y festejaron a los saltos, como si de un partido de basketball se tratara.

-La próxima vez estaré prevenido -prometió Hamm.

-La humildad es buena para el alma -dijo Marion Diggs, disfrutando la salida del sol.

-La muerte es mala para el cuerpo, señor -le recordó el coronel.

-Buaaaaahhh -bromeó Diggs, burlándose un poco. Incluso Al Hamm necesitaba recibir lecciones de vez en cuando.

Se tomaron su tiempo. Estrella de Cine se encargó del alquiler de los vehículos. Tenía cuatro pasaportes iguales y alquiló cuatro: tres automóviles comunes de cuatro puertas y una camioneta U-Haul. Los tres automóviles eran iguales a los de los padres que iban a buscar a sus hijos a la guardería. La camioneta era para escapar... eventualidad que ahora consideraba probable y no meramente posible. Sus hombres eran más astutos de lo que había creído. Al pasar frente al objetivo en sus autos alquilados habían captado la totalidad de la escena por el rabillo del ojo, sin darse vuelta para mirar. Gracias a eso sabían cómo era exactamente el modelo que habían construido en sus cabezas basándose en las fotografías que él mismo había tomado. El hecho de pasar junto al objetivo fortalecería la imagen mental que se habían hecho y acrecentaría su confianza. Una vez cumplida esa primera fase del plan tomaron la Ruta 50 y se dirigieron a una granja solitaria al sur de Anne Arundel.

Los vecinos creían que el propietario de la granja era un judío nacido en Siria, pero en realidad era un agente doble que vivía allí desde hacía once años. En los últimos tiempos había comprado legal-mente armas y municiones, afortunadamente antes de que se promulgaran las leyes restrictivas sobre algunos modelos... leyes que de todos modos hubiera podido evadir. En el bolsillo de la chaqueta tenía boletos de avión con otro nombre y otro número de pasaporte. La granja sería el último punto de encuentro. Allí llevarían a la niña. Luego, seis de ellos saldrían inmediatamente del país en vuelos separados y los tres restantes subirían al automóvil del dueño de la granja para trasladarse a otro sitio predeterminado donde esperarían el desarrollo de los acontecimientos. Estados Unidos era un país vasto, con muchos caminos. Los teléfonos celulares eran difíciles de rastrear. Les harían la vida imposible a sus perseguidores, pensaba Estrella de Cine. Y si las cosas llegaban demasiado lejos ya sabría qué hacer. El equipo encargado de la niña tendría un teléfono. Él tendría dos, uno para llamadas breves al gobierno norteamericano y otro para llamar a sus amigos. Exigirían muchas cosas a cambio de la vida de la niña, lo suficiente para sembrar el caos en todo el país. Tal vez la liberaran finalmente. No estaba seguro, pero suponía que era posible.

42

Predador/Presa

La CIA tiene su propio departamento fotográfico, por supuesto. Las fotografías tomadas por Domingo Chávez desde la ventanilla del avión fueron reveladas por el técnico mediante un procedimiento apenas diferente del utilizado por las casas de fotos y luego procesadas en un equipo estándar. Allí terminó el tratamiento de rutina. La película de 1200 ASAS produjo imágenes de mala calidad, imposibles de entre-gar a los tipos del séptimo piso. Los empleados del departamento fotográfico conocían la orden de prescindibilidad y sabían que la mejor manera de evitar un despido, allí y en todas partes, era volverse indispensable. De modo que el rollo revelado fue a parar a un sistema de ampliación computarizada que tardó sólo tres minutos para convertir cada fotografía en algo parecido a lo que hubiera obtenido un experto con una Hasselblad en el ámbito de un estudio. Menos de una hora después de haber recibido el rollo, el técnico produjo una lámina de fotos de ocho por diez que permitió identificar positivamente al pasajero como el ayatollah Mahmoud Haji Daryaei y obtener una imagen del

Librodot

avión tan clara y dramática que el fabricante podría haberla incluido en su folleto de ventas. Posteriormente el rollo fue colocado en un sobre y enviado al depósito de seguridad. Las fotos fueron almacenadas en formato digital y su identidad precisa -fecha, hora del día, localización, fotógrafo y tema. fue codificada en un registro de computadora para ser utilizada como referencia. Era el procedimiento estándar. Hacía tiempo que el técnico había dejado de preocuparse por lo que revelaba, aunque todavía le llamaban la atención las poses adoptadas por alguna gente para seducir a la cámara... pero ese tipo no era como los demás. Había oído decir que Daryaei no se interesaba demasiado por las chicas ni los chicos y la expresión hosca de su cara lo confirmaba. Sin embargo tenía buen gusto para los aviones, ése parecía un G-IV nada menos. Qué raro, tenía un código de registro suizo en la cola...

Cuando las fotos subieron al séptimo piso, inmediatamente apartaron un grupo completo para someterlo a otra clase de análisis. Un médico las examinaría escrupulosamente. Algunas enfermedades dejaban rastros visibles y la CIA jamás había dejado de interesarse por la salud de los líderes extranjeros.

...-El secretario Adler viajará a Beijing esta misma mañana -les dijo Ryan. Arnie *le había dicho* que, por desagradable que le resultara aparecer en los noticieros, ser visto por televisión cumpliendo tareas presidenciales sería políticamente positivo para él..-y *eso*, siempre según Arnie, redundaría en una mayor eficacia en su trabajo. El presidente también recordaba haber oído decir a su madre lo importante que era ir al dentista dos veces por año, y así como el olor del consultorio odontológico basta para asustar a cualquier niño él había llegado a detestar la humedad de esa sala. Las paredes chorreaban, algunas ventanas estaban desvencijadas y, en síntesis, ese sector del Ala Oeste de la Casa Blanca estaba tan ordenado y bien cuidado como el depósito de mantenimiento de un colegio secundario, cosa que los ciudadanos jamás adivinarían viéndolo por televisión. Aunque estaba a pocos metros de su despacho, nadie se preocupaba por mantenerlo en condiciones. Los periodistas eran tan desaliñados, opinaba el staff, que la limpieza no tenía la menor importancia. Diablos, obviamente a los periodistas les importaba un bledo el aseo.

-Señor presidente, ¿sabemos algo más sobre el incidente de la aerolínea?

-Ya han concluido el recuento de cadáveres. Han recuperado las grabaciones del vuelo y...

-¿Tendremos acceso a la información de la caja negra?

¿Por qué demonios la llamaban negra si era a*naranjada*? Jack siempre se lo había preguntado sin obtener jamás una respuesta sensata.

-Hemos pedido acceso -respondió. y el gobierno de la República China ha prometido cooperación. No tienen por qué hacerlo. El avión está registrado en ese país y es de fabricación europea. Pero intentan colaborar con nosotros, cosa que agradecemos. Quisiera agregar que ninguno de los norteamericanos sobrevivientes corre peligro... Algunos han sufrido lesiones importantes, pero nadie está en peligro de muerte.

-¿Quién derribó el avión? -preguntó otro periodista.

-Todavía estamos analizando la información y...

-Señor presidente, la Armada tiene dos Aegis en el área. Debe tener idea de lo que ocurrió. -Ése había hecho las tareas escolares.

-No estoy en condiciones de hacer comentarios al respecto. El secretario Adler discutirá el incidente con las partes involucradas. Ante todo queremos asegurarnos de que no se pierdan más vidas.

-Señor presidente, usted *tiene* que saber más de lo que dice. Catorce norteamericanos murieron en el incidente. El pueblo norteamericano tiene derecho a saber por qué.

Lo peor de todo era que tenía razón. Pero Ryan tuvo que esquivar la respuesta:

-Todavía no sabemos qué pasó exactamente. No puedo hacer declaraciones hasta que lo sepamos. -Lo cual era filosóficamente cierto. Sabía quién había disparado. No sabía por qué.

-El secretario Adler regresó ayer de algún lugar desconocido. ¿Por qué mantuvo su viaje en secreto? -Otra vez Plumber, retomando la pregunta del día anterior.

Voy a matar a Arnie por exponerme de este modo todo el tiempo.

-John, el secretario estuvo realizando importantes consultas. Es todo lo que puedo decir al respecto.

-Estuvo en Medio Oriente, ¿no?

-La próxima pregunta, por favor.

-Señor, el Pentágono acaba de anunciar que el portaaviones *Eisenhower* se dirige al Mar Meridional de China. ¿Usted ordenó ese traslado?

-Sí, yo lo ordené. Creemos que la situación exige atención. Tenemos intereses vitales en esa región. Quiero señalar que no tomamos partido en la disputa y que sólo queremos proteger nuestros intereses.

-¿El traslado del portaaviones enfriará las cosas o las calentará todavía más?

-Es obvio que no intentamos empeorar las cosas sino mejorarlas. Sería útil que ambas partes den un paso atrás y piensen lo que están haciendo. Se han perdido vidas -les recordó el presidente.. Algunas de esas vidas eran norteamericanas. Por eso estamos directamente interesados en el tema. Tenemos gobierno y fuerzas armadas para proteger las vidas de los ciudadanos y los intereses del país. Las fuerzas navales que se dirigen a la región observarán el desarrollo de los acontecimientos y realizarán entrenamiento de rutina. Eso es todo.

Zhang Han San volvió a mirar su reloj y pensó que era una hermosa manera de concluir un día de trabajo... viendo al presidente norteamericano hacer exactamente lo que él deseaba que hiciera. China había cumplido sus obligaciones con ese bárbaro Daryaei. Por primera vez en veinte años no había presencia naval norteamericana en el Océano Índico. El ministro del Exterior norteamericano abandonaría Washington dentro de una o dos horas. Otras dieciocho horas de vuelo a Beijing y comenzaría el intercambio de perogrulladas. Vería cuántas concesiones podía obtener de Estados Unidos y ese Estado títere de Taiwan. Tal vez pocas pero buenas, pensó. Pero siempre tendría el problema de la omnipresencia norte-americana...

Adler estaba en su despacho. Sus valijas ya habían sido trasladadas al automóvil oficial que lo llevaría a la Casa Blanca, donde abordaría un helicóptero hasta la Base Andrews después del consabido apretón de manos presidencial y una brevísima declaración de despedida, blanda como harina de avena. Cuanto más dramática la despedida mejor se vería por televisión; de ese modo su misión parecería más importante y produciría arrugas adicionales en su traje... pero la tripulación de la Fuerza Aérea siempre llevaba una plancha a bordo del avión.

-¿Qué sabemos? -preguntó el subsecretario Rutledge.

-Según informes fehacientes del radar de la Armada, el misil fue disparado por un avión de la RPCH. No sabemos por qué, pero el almirante Jackson asegura que no fue accidental.

-¿Cómo fue lo de Teherán? -preguntó otro secretario asistente.

-Equívoco. Redactaré mi informe en el vuelo y se los mandaré por fax -Adler también sufría la presión del tiempo y no había podido evaluar convenientemente su encuentro con Daryaei.

-Lo necesitaremos si es que vamos a colaborar con la SNIE -señaló Rutledge. Quería *ese* documento. Con él, Ed Kealty podría probar que Ryan acudía a sus viejos trucos y jugaba al agente secreto, induciendo a Scott Adler a acompañarlo. La llave que destruiría la legitimidad política de Ryan no podía estar lejos. Se estaba defendiendo y contraatacaba bien, indudablemente gracias al entrenamiento que le prodigaba Arnie, pero su metida de pata del día anterior con respecto a China había revolucionado a todo el edificio. Como toda la gente de Estado, deseaba que Taiwan desapareciera del mapa -literalmente. para que Estados Unidos pudiera mantener relaciones normales con la nueva superpotencia mundial.

-Una cosa por vez, Cliff.

Volvieron al tema China. Decidieron por consenso que el problema RIU quedaría relegado durante unos días.

Librodot

-¿La Casa Blanca hizo algún cambio en cuanto a la política a seguir con China? -preguntó Rutledge.

Adler hizo un gesto negativo.

-No, sólo fue un modo de decir del presidente... y sí, ya sé, no tendría que haber llamado China a Taiwan, pero probablemente haya sacudido un poco el avispero en Beijing, cosa que para nada lamento. Tienen que aprender a no matar norteamericanos. Han cruzado un límite, compañeros. Una de las cosas que debo hacer es hacerles saber que tomamos en serio ciertos límites.

-A veces hay accidentes -observó alguien.

-La Armada dice que no fue un accidente.

-Vamos, señor secretario -murmuró Rutledge.. ¿Por qué demonios lo habrían hecho a propósito?

-Nuestro trabajo es, precisamente, descubrirlo. El almirante Jackson defendió muy bien su posición. Si usted es policía y tiene un ladrón armado frente a los ojos, ¿por qué habría de dispararle a la viejita que cruza la calle?

-Por accidente, es obvio -insistió Rutledge.

-Cliff, hay accidentes y accidentes. Éste mató norteamericanos y, por si alguno de ustedes lo ha olvidado, se supone que debemos tomarlo en serio.

No estaban acostumbrados a esa clase de reprimenda. ¿*Qué* le estaba pasando a Adler? El deber del Departamento de Estado era mantener la paz y evitar los conflictos que mataban millares de personas. Los accidentes eran accidentes. Por supuesto que eran una desgracia, pero sucedían, como el cáncer y los infartos. Se suponía que Estado debía considerar el cuadro global.

-Gracias, señor presidente -Ryan abandonó el podio. Una vez más había logrado sobrevivir a los dardos y flechas arrojados por los medios. Miró su reloj. Maldición. Se había perdido la ida de los niños a la escuela -otra vez. y tampoco había podido despedirse de Cathy. ¿Dónde estaba escrito en la Constitución que el presidente no era un ser humano?, se preguntó.

Una vez en su despacho echó un vistazo a la agenda del día. Tendría que ver a Adler dentro de una hora por el tema del viaje a China. Winston vendría a las diez para analizar detalles de los cam-bios administrativos en el Tesoro. Arnie y Callie a las once para hablar de los discursos de la semana próxima. Almuerzo con Tony Bretano. Reunión después de almorzar con... ¿quiénes? ¿Los Anaheim Mighty Ducks? Ryan sacudió la cabeza. Ah, sí. Habían ganado la Copa Stanley y sería una buena oportunidad fotográfica para ellos... y para él. Tendría que hablar con Arnie sobre esa basura política. Hmm. Hubiera sido mejor que Ed Foley estuviera presente. Jack sonrió para sus adentros. Ed era fanático del hockey...

-Está llegando tarde -dijo Don Russell mientras Pat O-Day despedía a su pequeña Megan.

El inspector del FBI pasó junto a él, puso el abrigo y el almuerzo de Megan en su casillero, y regresó.

-Anoche se cortó la luz y esta mañana falló el despertador -explicó.

-¿Tiene un gran día por delante?

Pat hizo un gesto negativo.

-Un día de escritorio para más datos. Tengo que terminar algunas cosas... ya conoce el paño.

Ambos lo conocían. De vez en cuando tenían que editar y foliar informes, función secretarial que sólo cumplían en casos particular-mente sensibles.

-Oí decir que tiene interés en un pequeño torneo -dijo Russell.

-Dicen que usted es muy bueno.

-Oh, supongo que tienen razón -suspiró Russell.

-Sí, yo también trato de acertarle al blanco.

-¿Le gusta la SigSauer?

El agente del FBI hizo un gesto negativo.

-Smith 1076 inoxidable.

-La de diez milímetros.

-Hace agujeros más grandes -señaló O-Day.

-Siempre me alcanzó con la de nueve -informó Russell. Los dos rieron.

-¿También juega al billar? -preguntó O-Day.

-Jugaba en la secundaria, Pat. ¿Fijamos el monto de la apuesta?

-Tiene que ser serio -opinó O-Day.

-¿El caso de Samuel Adams? -sugirió Russell.

-Es una apuesta honorable, señor -acordó el inspector.

-¿Qué le parece Beltsville? -Era el emplazamiento de la Academia del Servicio Secreto.. Afuera. Adentro es demasiado artificial.

-¿Competencia estándar?

-Hace años que no apunto al ojo del huracán. Tampoco espero que uno de mis custodiados sea atacado por un punto negro.

-¿Mañana? -Era un buen plan para un sábado.

-Tal vez sea demasiado pronto. Pero puedo averiguar. Lo sabré esta tarde.

-Trato hecho, Don. Y ojalá que gane el mejor. -Se dieron la mano.

-Ganará el mejor, Pat. Siempre gana. -Los dos sabían quién ganaría, aunque uno de los dos tendría que estar equivocado. También sabían que el otro siempre sería un buen tipo para tener a las espaldas y que la cerveza resultaría más fresca cuando resolvieran ese tema.

Las armas no eran totalmente automáticas. Un experto podría haberlo resuelto, pero el agente doble no era precisamente experto en armas. A Estrella de Cine y sus hombres no les importó demasiado. Eran tiradores entrenados y sabían que las automáticas sólo servían para tres rondas completas... a menos que uno tuviera brazos de gorila. Después de tres rondas el fusil saltaba hacia arriba y uno agujereaba el cielo en vez del blanco, que por otra parte aprovecharía la ocasión para disparar.

No había tiempo ni espacio para otra ronda de disparos, pero afortunadamente estaban familiarizados con ese tipo de arma: la copia china del AK-47 soviético, a su vez copia de un fusil de asalto alemán de los años .40. Disparaba cartuchos de 7.62 mm y cada cargador alojaba treinta. Los miembros del equipo habían ideado un mecanismo especial para duplicar esa cantidad, e insertaron y eyectaron varias veces los cargadores para asegurarse de su buen funcionamiento. Una vez hecho eso, repasaron el análisis del objetivo. Cada uno conocía su lugar y su tarea asignada. También conocían los peligros, pero nos los mencionaron. Tampoco hablaron de la naturaleza de la misión, observó Estrella de Cine. Estaban tan deshumanizados por los años de actividad dentro de la comunidad terrorista que, aunque ésta era la primera misión real para la mayoría de ellos, sólo pensaban en ponerse a prueba. Cómo hacerlo era lo que menos les importaba.

-Van a exigir un montón de cosas -dijo Adler.

-¿Te parece? -preguntó Jack.

-Estoy seguro. Nación más favorecida, disputas por derechos de propiedad, esa clase de cosas.

El presidente sonrió torvamente. Resultaba obsceno poner los derechos de propiedad de los discos de Barbra Streisand junto al asesinato deliberado de tanta gente, pero...

-Sí, Jack. No piensan como nosotros.

-¿Me estás leyendo la mente?

-Soy diplomático, ¿recuerdas? ¿Crees que me limito a escuchar lo que la gente dice en

Librodot

voz alta? Demonios, de esa manera jamás llegaríamos a negociar nada. Las negociaciones equivalen a una larga partida de naipes, tensa y aburrida a la vez.

-Estuve pensando en las vidas perdidas...

-Yo también -replicó Adler, asintiendo.. No podré dedicarme abiertamente a ese tema -sería un signo de debilidad dado el contexto. pero tampoco lo pasaré por alto.

-Scott, alguna vez me gustaría que me digas por qué demonios debemos respetar *siempre* -su. contexto cultural. ¿Por qué no respetan ellos el nuestro? -quiso saber POTUS, bastante airadamente.

-En Estado siempre ha sido así.

-Eso no responde mi pregunta -insistió Jack.

-Si insistiéramos demasiado en eso estaríamos dando elementos. El otro lado sabría cómo presionarnos. Les estaríamos dando ventaja.

-Sólo si quisiéramos. Los chinos nos necesitan tanto como nosotros a ellos... más, si pensamos en el comercio. Matar es jugar duro. Nosotros también podemos jugar duro. Siempre me pregunto por qué no lo hacemos.

El secretario de Estado se acomodó los anteojos.

-No estoy en desacuerdo con eso, pero hay que pensarlo exhaustivamente y ahora no tenemos tiempo. Estás hablando de un cambio doctrinal en la política norteamericana. Y, como bien sabrás, es imposible acertarle a una presa mayor apoyando el fusil en la cadera.

-Cuando vuelvas pasaremos todo un fin de semana analizando las opciones. Desde un punto de vista moral, no me gusta cómo venimos manejando el tema. Y no me gusta porque nos vuelve demasiado predecibles.

-¿Predecibles cómo?

-Jugar según las reglas es bueno y está bien, siempre que todos jueguen según las mismas reglas, pero jugar según las reglas cuando el otro *no* las respeta sólo sirve para convertirnos en un blanco fácil -especuló Ryan.. Por otra parte, si el otro rompe las reglas y luego nosotros también las rompemos, tal vez de otra manera, pero las rompemos... entonces tendrá que pensar un poco. Uno puede ser predecible para sus amigos, sí, pero lo único que el enemigo debe poder predecir es que saldrá mal parado si se mete con uno. Lo impredecible será hasta dónde resultará lastimado en la contienda.

-Muy interesante, señor presidente. Me parece un buen tema para un fin de semana en Camp David. -Ambos dejaron de hablar cuando descendió el helicóptero.. Allí está mi chofer. ¿Tienes el discurso?

-Sí, y es casi tan dramático como un informe meteorológico en un día soleado.

-Son las reglas del juego, Jack -señaló Adler, dándose cuenta de que Ryan estaba aburrido de escuchar la misma canción todo el día. No era para menos.

-Nunca conocí un juego en el que no se cambiaran las reglas. En el baseball acudieron a un bateador determinado para darle vida al juego -dijo Ryan al pasar.

Un *bateador determinado*, pensó Adler yendo hacia la puerta. *Gran elección de palabras...*

Ryan vio despegar el helicóptero quince minutos después. Había estrechado la mano de Adler frente a cámaras, había hecho una breve declaración frente a cámaras y había dado un aspecto serio pero decidido frente a cámaras. Tal vez C-SPAN hubiera registrado el acontecimiento en vivo, pero nadie más. Si había pocas noticias en el día -los viernes solían ser poco movidos en Washington. le otorgarían uno o dos minutos en los noticieros de la noche. Probablemente no. Dedicaban los viernes a resumir las noticias de la semana, destacar a una u otra persona por haber hecho una u otra cosa, etcétera etcétera.

-¡Señor presidente! -Jack se dio vuelta y vio a su secretario del Tesoro, que llegaba unos minutos antes.

-Hola, George.

-¿Conoce el túnel entre mi edificio y éste?

-¿Qué pasa con el túnel?

-Esta mañana le eché un vistazo. Es un verdadero desastre. ¿Tiene presupuesto para limpiarlo?

-George, ésa es una función del Servicio Secreto y es *usted* quien le otorga los fondos, ¿recuerda?

-Sí, ya sé, pero el túnel desemboca en su casa y creí que era mi deber preguntar. Está bien, haré que se ocupen de limpiarlo. Tal vez sea útil cuando llueve.

-¿Cómo anda el plan impositivo? -preguntó Ryan, yendo hacia la puerta. Un agente se apresuró a abrirla. Esas cosas lo hacían sentir incómodo. Se suponía que un hombre tenía que hacer *ciertas* cosas por sí mismo.

-La semana próxima tendremos los modelos para computadora. Quiero que el nuevo código no afecte negativamente la renta pública, no perjudique a los de bajos recursos y mejore la recaudación impositiva. ¡Dios santo, Jack, estaba equivocado!

-¿A qué se refiere? -Doblaron la esquina rumbo al Despacho Oval.

-Creía que yo era el único interesado en la reforma del código impositivo. Todos lo están. Es una gran industria. Dejará a un montón de gente sin trabajo...

-¿Se supone que debo alegrarme?

-Todos encontrarán empleos honestos, excepto los abogados, tal vez. Y les ahorraremos algunos billones de dólares a los contribuyentes proporcionándoles formularios impositivos que ellos mismos puedan completar con escasos conocimientos de matemáticas. Señor presidente, este gobierno no quiere que el pueblo siga dándole de comer a los zánganos, ¿no?

Ryan le pidió a su secretario que llamara a Arnie. Necesitaba una opinión política sobre las ramificaciones del plan de George.

-¿Sí, almirante?

-Usted pidió un informe sobre el grupo *Eisenhower* -dijo Jackson, yendo hacia el mapa de la pared y consultando una hoja de papel.. Están exactamente aquí, a buena velocidad de marcha. -El pager de Robby empezó a vibrar en su bolsillo. Lo sacó y chequeó el número. Enarcó las cejas.. Señor, ¿le molestaría si...?

-Adelante -dijo el secretario Bretano. Jackson utilizó el teléfono del despacho.. Aquí J-3... ¿cómo? ¿Dónde están? Entonces averigüémoslo, ¿de acuerdo, comandante? Correcto. -Colgó.. Era el NMCC. La NRO reporta que la Armada india ha desaparecido... es decir, sus dos portaaviones.

-¿Qué significa eso, almirante?

Robby volvió al mapa y recorrió con la mano el sector azul al oeste del subcontinente indio.

-Treinta y seis horas desde la última vez que chequeamos. Tres horas para salir del puerto y formarse... haciendo un cálculo rápido... seiscientas sesenta millas náuticas... bueno, quiere decir que están a mitad de camino entre el puerto de origen y el Cuerno de África. -Se dio vuelta.. Señor secretario, dos portaaviones, nueve escoltas y un grupo UNREP desaparecieron de sus muelles. La flota de petroleros indica que planean estar fuera por un rato. No tenemos información de inteligencia al respecto. -*Como de costumbre*, pensó para sus adentros.

-¿Dónde están exactamente?

-Ése es el punto. No sabemos. Tenemos algunos Orion P-3 en Diego García. Van a lanzar un par para que investiguen el área. También podemos asignar algunos satélites. Debemos informar inmediatamente al Departamento de Estado. Tal vez la embajada pueda averiguar algo.

-Es suficiente. Dentro de unos minutos hablaré con el presidente. ¿Debemos preocuparnos por algo en especial?

-Podría ser que estuvieran probando las naves recién reparadas... Hace poco les hicimos algunos agujeros, como sabrá.

-¿Pero ahora los únicos dos portaaviones presentes en el Océano Índico pertenecen a otro país?

Librodot

-Sí, señor. -*Y el que tenemos más cerca se dirige al lugar equivocado*. Bueno, al menos el secretario de Defensa estaba captando algo de lo que pasaba.

Adler viajaba en un ex Uno de la Fuerza Aérea, una versión antigua pero venerable del 707-320B. Su comitiva oficial comprendía ocho personas, que serían atendidas por cinco azafatas de la Fuerza Aérea. Por el momento miró su reloj, calculó el tiempo de viaje -tendrían que bajar a recargar combustible en la Base Elmendorf de la Fuerza Aérea, en Alaska. y decidió dormir un poco. Era una lástima, pensaba, que el gobierno no otorgara millas de recompensa a los viajeros frecuentes. De ser así viajaría gratis por el resto de su vida. Sacó las notas que había tomado en Teherán y volvió a revisarlas. Cerró los ojos e intentó recordar detalles adicionales reviviendo la experiencia desde la llegada a Mehrabad hasta la partida, visualizando cada episodio en particular. Cada tres minutos abría los ojos, buscaba la página correspondiente y escribía algunos comentarios al margen. Con suerte podría enviarlos por fax a Washington.

-Tal vez tengas otra carrera por delante, Ding -observó Mary Pat, examinando la foto a través de una lente magnificadora. Había desilusión en su voz cuando dijo.: Parece gozar de buena salud.

-¿Crees que ser un hijo de puta contribuye a la longevidad? -preguntó Clark.

-En su caso sí, Mr. C. -bromeó Chávez.

-Tendrás que tolerarme por lo menos treinta años más.

-Pero tendrá unos nietos maravillosos, jefe. Y bilingües.

-¿Qué les parece si volvemos a lo nuestro? -sugirió la señora Foley, viernes por la tarde o no.

Nunca es agradable sentirse mal en un avión. Se preguntaba si habría sido la cena, o tal vez algo que había picado en la exhibición de computadoras en San Francisco, rodeado por esa multitud de imbéciles. El ejecutivo era un viajero experimentado y jamás salía sin su -botiquín de primeros auxilios.. Encontró el Tylenol. Tomó dos con un vaso de vino y decidió dormir un poco. Con suerte se sentiría mejor al llegar a Newark. No quería conducir hasta su casa sintiéndose tan mal. Reclinó el asiento al máximo, apagó la luz y cerró los ojos.

Era hora. Los automóviles alquilados salieron de la granja. Cada conductor conocía la ruta hacia y desde el objetivo. No llevaban mapas ni ninguna clase de material escrito, salvo fotos de su presa. Si a alguno le disgustaba la idea de raptar a una niñita, no lo había demostrado. Llevaban las armas en cajas tapadas por mantas o trapos. Todos vestían traje y corbata. De ese modo, si un patrullero se les ponía a la par sólo vería tres hombres atildados, probablemente empresarios. Esto último les resultaba divertido. Estrella de Cine era muy porfiado en cuanto al aspecto personal, probablemente -pensaban todos ellos. debido a su extrema vanidad.

Price esperó la llegada de los Mighty Ducks con bastante interés. Ya lo había visto antes. Los hombres más poderosos de la tierra entraban a ese lugar y se transformaban en niños. Lo que para ella y sus colegas era sólo parte de la escena -los retratos y todo eso-, era para otros un emblema de máximo poder. Tenía que admitir que, en cierto sentido, ellos tenían razón y ella estaba equivocada. Cualquier cosa puede volverse rutina después de incesantes repeticiones, mientras que el recién llegado tiene la posibilidad de ver con más claridad al verlo todo por primera vez. Los jugadores de hockey pasaron por los detectores de metales bajo la mirada vigilante de los miembros de la División Uniformada del USSS. Harían una rápida recorrida mientras el presidente terminaba de hablar con el secreta-rio de Defensa, conversación que se estaba prolongando más de lo esperado. Como de costumbre, habían traído rega-

los para el presidente -palos, pelotas y una camiseta del equipo con su nombre bordado (de hecho, tenían una igual para cada miembro de la familia). Andrea Price se acercó a Jeff Raman.

-Hoy iré a chequear el entorno de SANDBOX -le dijo.

-Oí decir que Don se puso un poco paranoico. ¿Hay algo que yo deba saber?

Price negó con la cabeza.

-POTUS no tiene planes especiales. Más tarde vendrá Callie Weston. Por lo demás, la rutina de siempre.

-Que ya es bastante -observó Raman.

-Aquí Price -dijo Andrea por su micrófono.. En tránsito a SANDBOX.

-Entendido -respondió el puesto de comando.

La jefa de la Custodia Personal salió por donde habían entrado los Mighty Ducks y dobló a la izquierda, hacia su vehículo personal, un Ford Crown Victoria. Parecía un automóvil como cualquier otro, pero no lo era. Tenía el motor estándar más grande fabricado por la Ford, dos teléfonos celulares, un par de radios seguras y neumáticos con discos de acero incorporados para eventuales pinchaduras. Como to-dos los miembros de la Custodia Personal había tomado el curso especial de manejo evasivo en Beltsville... curso que todos adoraban. Y en la cartera llevaba su automática SigSauer 9mm, dos cargadores extra, lápiz labial y diversas tarjetas de crédito.

Price era una mujer común. No tan bonita como Helen D-Agustino... Suspiró al recordarla. Andrea y Daga habían sido ami-gas. Daga la había ayudado a superar un divorcio consiguiéndole algunas citas amorosas. Buena amiga, buena agente, muerta con todo el resto aquella fatídica noche en la Colina. Los rasgos mediterráneos y curvas voluptuosas de Daga -nadie la llamaba Helen en el Servicio. le habían servido para enmascarar su profesión. Simple-mente no parecía policía. Podría haber sido asistente presidencial, secretaria, tal vez amante... pero Andrea era más común y le gustaba usar gafas oscuras como a los demás agentes de la Custodia. No tenía demasiado encanto y tal vez era un poco estridente. En cierta oportunidad habían dicho eso de ella, cuando era una novedad que las mujeres se enrolaran y portaran armas. Afortunadamente aquello había pasado al olvido. Ahora era uno más de los muchachos, al punto tal que festejaba sus bromas chabacanas y contaba algunas de su colección. Pero haber sido nombrada instantáneamente jefa de la Custodia Personal aquella noche... Eso se lo debía a Ryan, y lo sabía. La había nombrado porque le gustaba su manera de hacer las cosas. Jamás hubiera llegado tan rápido a ese puesto jerárquico de no haber sido por Ryan. Sí, tenía condiciones. Sí, conocía muy bien al personal. Sí, amaba su trabajo. Pero era demasiado joven para tanta responsabilidad... y además era mujer. A POTUS parecía no importarle. No la había elegido porque, siendo mujer, lo ayudaría a captar los votos de cierto sector del electorado. La había escogido porque había demostrado su capacidad en un momento difícil. Simplemente había hecho lo correcto y por eso SWORDSMAN era un hombre especial. Hasta la consultaba sobre algunos temas. Era único.

Price no tenía marido. Tampoco tenía hijos, y probablemente jamás los tuviera. No era de aquellas que utilizan su profesión para escapar de su condición femenina. Quería formar una familia pero por algún motivo no lo había logrado. Su carrera era importante para ella -no podía pensar en nada más vital para el país. y lo bueno era que la mantenía tan ocupada que rara vez tenía tiempo para añorar lo que le faltaba... un buen hombre para compartir la cama y una vocecita que la llamara mamá. Pero cuando viajaba sola pensaba en esas cosas, como ahora, rumbo a New York Avenue.

-No soy nada liberada, ¿no? -le preguntó al parabrisas. Pero el Servicio no le pagaba para liberarse. Le pagaba para proteger a la primera familia. Se suponía que debía dedicarle tiempo personal a su vida íntima, aunque el Servicio tampoco le dejaba demasiado.

El inspector O-Day ya estaba en la Ruta 50. El viernes era, indudablemente, el mejor día. Había cumplido su deber semanal. La corbata y la chaqueta descansaban sobre el asiento

Librodot

a su lado y ya se había encasquetado su gorra de la suerte John Deere... sin la cual jamás se le hubiera ocurrido jugar al golf o ir de caza. Ese fin de semana tenía una tonelada de cosas que hacer en la casa. Megan lo ayudaría bastante. Por alguna razón sabía cómo. Pat no llegaba a comprenderlo del todo. Tal vez fuera instintivo. Tal vez simplemente respondiera a la devoción paterna. Fuera como fuera, padre e hija eran inseparables. Cuando estaban en casa, la niña sólo se separaba de él para dormir, y eso después de rodearle el cuello con sus bracitos y darle un gran abrazo y muchos besos. O-Day se rió de sí mismo.

-Muchacho rudo -farfulló.. Sólo te falta el babero.

Russell suponía que era el abuelo en él. Esos niñitos lo derretían. Ahora estaban jugando afuera, todos con sus parkas puestas, más de la mitad con la capucha levantada, porque a los niños pequeños les gusta así por alguna misteriosa razón. SANDBOX estaba en el cajón de arena con la pequeña O-Day que tanto se le parecía y un niñito... el chico Walker, bastante agradable a pesar de ser hijo de ese insoportable del Volvo. Angela Hilton también estaba afuera, supervisando. No era extraño que pudieran relajarse más allí. El patio de juegos se localizaba en el sector norte del edificio del Giant Steps y era directamente vigilado por el equipo de apoyo desde la vereda de enfrente. El tercer miembro del equipo estaba adentro, hablando por teléfono. Usualmente trabajaba en el salón de atrás, donde estaban los televisores. Los niños la llamaban Señorita Anne.

Demasiado expuesto, pensó Russell por enésima vez, viendo divertirse a los niños. En el peor de los casos alguien podría entrar por la Autopista Ritchie y rodear el lugar. Intentar convencer a los Ryan de que no mandaran a Katie allí sería un esfuerzo inútil... claro, obviamente querían que su hija menor fuera una niña normal. Pero...

Pero era una locura, ¿verdad? La vida profesional de Russell había girado desde un principio sobre la idea de que había gente que odiaba al presidente y a quienes lo rodeaban. Algunos eran locos. Otros eran algo más. Había estudiado la psicología de estos últimos para prever situaciones pero jamás había logrado entenderlos. Sus custodiados eran *niños*. Hasta la maldita mafia dejaba en paz a los niños. Muchas veces había envidiado la autoridad estatutaria del FBI para perseguir raptores de niños. Rescatar al niño y atrapar al secuestrador debía ser la más dulce de las misiones, aunque una parte de él se preguntaba cómo harían para no descerrajarle un tiro en la nuca al criminal y que Dios en persona le leyera sus derechos. Sonrió al pensarlo. Tal vez la realidad fuera el mejor castigo. Los secuestradores y violadores de niños *la pasaban muy mal* en la cárcel. Ni siquiera los criminales de pura raza podían tragar a los abusadores, quienes a raíz de eso tenían que aprender una nueva forma de recreación en las cárceles federales: supervivencia.

-Russell, puesto de comando -escuchó por el auricular.

-Russell.

-Price en camino, como usted pidió -informó el agente especial Norm Jeffers desde la casa de enfrente.. Llegará en cuarenta minutos.

-Correcto. Gracias.

-Veo que el chico Walker prosigue sus estudios de ingeniería -comentó Jeffers.

-Sí, la próxima vez hará un puente, creo yo -respondió Don. El niño ya iba por el segundo piso de su castillo de arena, bajo la mirada admirativa de Katie Ryan y Megan O-Day.

-Señor presidente -dijo el capitán del equipo-, espero que le guste.

Ryan lanzó una carcajada y se probó la camiseta del equipo. Los jugadores lo rodearon para la foto.

-Mi director de la CIA es fanático del hockey -dijo Jack.

-¿En serio? -preguntó Bob Albertsen. El corpulento defensor, el terror de sus oponentes, la fiera como algunos lo llamaban, se había transformado en un dócil gatito.

-Sí, tiene un hijo que juega muy bien. Participó en los campeonatos infantiles de Rusia.

Librodot

-Entonces habrá aprendido bastante. ¿A qué colegio piensa ir?

-No estoy seguro. Creo que Eddie quiere estudiar ingeniería. -Era tan placentero hablar de cosas normales como una persona normal con otras personas normales...

-Dígale que lo mande a Rensselaer. Es la mejor escuela técnica de Albany.

-¿Por qué allí?

-Esos malditos inútiles ganan el campeonato intercolegial cada dos por tres. Yo estudié en Minnesota y nos hicieron saltar el marcador dos veces seguidas. Mándeme el nombre del chico y le haré llegar algunas cosas. Y al papá también. Claro, si usted está de acuerdo, señor presidente.

-Claro que sí -prometió el presidente. A pocos metros de distancia, el agente Raman escuchó el diálogo y sonrió.

O-Day llegó justo cuando los niños iban en tropel al baño. Sabía que ésa era una empresa mayor. Estacionó su camioneta a las cuatro y un minuto y observó el cambio de posiciones de los agentes del Servicio Secreto. Russell apareció en la puerta principal, puesto que ocupaba regularmente cuando los niños estaban adentro.

-Entonces, ¿nos enfrentamos mañana?

-Demasiado pronto -Russell hizo un gesto negativo.. Dentro de dos semanas, a las dos de la tarde. Quiero darle tiempo para que practique.

-¿Y usted no piensa hacerlo? -preguntó O-Day, entrando al edificio. Vio a Megan entrar al baño de niñas, pero ella no lo vio. Se escondió detrás de la puerta para sorprenderla cuando saliera.

Estrella de Cine también ocupó su puesto de vigilancia en el sector noreste del estacionamiento de la guardería. Los árboles estaban empezando a llenarse de hojas. Todavía podía ver, pero las frondosas copas complicaban un poco el panorama. No obstante, las cosas parecían normales. A partir de ese momento todo estaría en manos de Alá, se dijo, asombrándose ante el hecho de invocar el nombre de Dios para un acto decididamente antirreligioso. Mientras observaba, el Auto 1 giró a la derecha al norte de la guardería. Llegaría al final de la calle, cambiaría de dirección y regresaría.

El Auto 2 era un Lincoln blanco, gemelo de otro perteneciente a los padres de un niño que asistía al Giant Steps. Los dos padres eran médicos, pero los terroristas no lo sabían. Inmediatamente después venía el Chrysler rojo cuyo gemelo pertenecía a la esposa embarazada de un contador. Los dos autos estacionaron lo más cerca posible de la autopista bajo la atenta mirada de Estrella de Cine.

Price llegaría pronto. Russell observó la llegada de los automóviles mientras repasaba los argumentos para convencerla. El sol de la tarde se reflejaba en los parabrisas impidiéndole distinguir los rasgos de los conductores. Habían llegado temprano, pero era viernes... ¿..-los números de chapa?

Entrecerró los ojos para ver mejor y sacudió la cabeza con desgano, preguntándose por qué demonios no habría....

Alguien lo había hecho por él. Jeffers alzó los binoculares y enfocó los autos recién llegados. Eso era parte de su rutina de vigilancia. No era consciente de que tenía memoria fotográfica. Recordar cosas era para él tan natural como respirar. Creía que todos podían hacerlo.

-Un momento, algo anda mal aquí. No son... -Utilizó el micrófono.. ¡Russell, no son nuestros autos! -Casi a tiempo.

Librodot

Los dos conductores abrieron simultáneamente las puertas de sus autos y sacaron las piernas afuera, recogiendo las armas del asiento delantero al mismo tiempo. Dos hombres armados aparecieron en la parte trasera de cada auto.

Russell movió la mano derecha hacia abajo y a la derecha en busca de su automática mientras con la izquierda levantaba el micrófono que llevaba enganchado en el cuello de la camisa:

-¡Armas!

En el interior del edificio, el inspector O-Day oyó algo pero no supo qué. Como estaba mirando para otro lado tampoco pudo ver a la agente Marcella Hilton alejarse de un niño que le preguntaba algo y buscar su pistola.

Era la más simple de las palabras clave. Un instante después, Norm Jeffers la gritó desde el puesto de comando. El agente negro apretó un botón y activó el circuito radial con Washington.

-¡SANDSTORM SANDSTORM SANDSTORM!

Como la mayoría de los policías de carrera, el agente especial Don Russell jamás había disparado sin necesidad, pero los años de entrenamiento hicieron que sus acciones fueran tan automáticas como la ley de gravedad. Lo primero que vio fue el caño de un rifle automático tipo AK-47. Eso bastó para transformarlo de policía vigilante en arma de fuego encarnada. Sacó su SigSauer. Aferró con ambas manos la empuñadura de la pistola y se arrodilló lentamente para bajar su perfil y controlar mejor la situación. El hombre del rifle sería el primero en disparar, observó Russell, pero fallaría. Tres proyectiles pasaron por encima de su cabeza y se clavaron en el marco de la puerta. En el ínterin Russell apuntó directamente a la cara del tirador, apretó el gatillo y le voló el ojo izquierdo de un solo disparo, a quince yardas de distancia.

Adentro, los instintos de O-Day empezaron a actuar cuando Megan salió del baño, luchando con los tiradores de su enterito Oshkosh. La agente que los niños llamaban Señorita Anne salió del salón del fondo con su pistola desenfundada.

-Dios mío -tuvo tiempo de decir el inspector del FBI antes de que la Señorita Anne lo arrojara de un golpe a los pies de su hija, estrellándole la cabeza contra la pared en el proceso.

Al otro lado de la calle, dos agentes corrieron a la puerta principal de la residencia con sus subfusiles Uzi mientras Jeffers se ocupaba de las comunicaciones. Ya había mandado la primera señal de emergencia a los cuarteles generales. Luego activó las líneas directas con los cuarteles generales de la policía de Maryland, sobre el bulevar Rowe en Annapolis. Había mucho ruido y confusión, pero los agentes estaban entrenados para toda clase de eventualidades. La función de Jeffers era asegurarse de que llegara el código de emergencia y volver a respaldar a sus dos compañeros, que ya cruzaban el jardín de la casa...

..-no pudieron hacer nada. Los tiradores del Auto 1 los acribillaron inmediatamente. Jeffers los vio caer mientras hablaba con la policía estatal. No tuvo tiempo de impresionarse. Terminó de transmitir la información, tomó su rifle M-16, le quitó el seguro y avanzó hacia la puerta.

Russell estaba en medio de un tiroteo. Otro tirador cometió el error de pararse para disparar mejor. No pudo hacerlo. Dos balas le atravesaron la cabeza, que explotó como un melón. Russell no pensaba ni sentía, simplemente se remitía a derribar blancos apenas los identificaba. Las balas enemigas silbaban por encima de su cabeza. Oyó un grito. Supuso que sería Marcella Hilton. Algo muy pesado cayó sobre su espalda y lo hizo caer de boca al suelo. Dios santo, tenía que ser Marcella. Se arrastró un poco para alejarse del cuerpo sin vida de la agen-

te y vio que cuatro hombres avanzaban hacia él. Levantó su pistola, apuntó y le acertó a uno en pleno corazón. Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente por el impacto, hasta que un segundo disparo le borró la cara. Era tal como lo había soñado. La pistola hacía todo el trabajo. Por el rabillo del ojo vio movimiento a su izquierda... El grupo de apoyo, pensó. No, era un automóvil que avanzaba a toda velocidad por el patio de juegos... pero no era el Suburban. Ann Pemberton acribilló a otro hombre desde el umbral. Los dos restantes -eran sólo dos, todavía tenía una oportunidad. seguían avanzando. Annie recibió un disparo en el pecho y cayó hacia adelante. Russell supo que estaba solo, completamente solo entre SANDBOX y esos malditos delincuentes.

Rodó hacia la derecha para evitar una ráfaga que pegó en el suelo a su izquierda, disparando mientras rodaba. El cargador se quedó sin balas. Tenía otro preparado. Rápidamente eyectó el cargador vacío y lo reemplazó por uno lleno, pero la maniobra llevó tiempo. Sintió que un proyectil le entraba por la cintura, el impacto fue como una patada que le sacudió el cuerpo. Con el pulgar derecho empujó el elevador del cargador. Otra bala le penetró por el hombro izquierdo, atravesándole el torso y saliendo por la pierna derecha. Un disparo más, sólo un disparo... Pero no, ya no podía sostener la pistola, algo andaba mal. Russell le destrozó la rótula a alguien un instante antes de que una serie de disparos lo obligara a apoyar la cabeza en el suelo, definitivamente.

O-Day estaba tratando de levantarse cuando dos hombres armados con fusiles AK entraron al edificio. Miró el salón lleno de niños azorados y silenciosos. El silencio duró un instante que pareció eterno y luego los niños se pusieron a gritar. A uno de los hombres le corría sangre por la pierna y apretaba los dientes por el dolor y la rabia.

Afuera, los tres hombres del Auto 1 observaban la carnicería. Salieron del auto y vieron que cuatro hombres habían muerto, pero ellos pertenecían al grupo de apoyo y...

... el primero de la izquierda cayó boca abajo. Los otros se dieron vuelta y vieron a un hombre negro de camisa blanca y rifle gris.

-Trágate tu mierda y muere. -En esta ocasión le fallaría la memoria. Norman Jeffers jamás recordaría haber dicho eso al apuntar al segundo blanco y volarle la cabeza de tres disparos. El tercer hombre corrió de vuelta al automóvil, pero éste estaba en medio del patio de juegos con los flancos totalmente descubiertos.

-Vamos, enderézala un poco y dime hola, Charlie -murmuró el agente...

... y claro que lo hizo. Levantó su Uzi para dispararle al custodio restante, pero no con la rapidez necesaria. Con los ojos muy abiertos y sin parpadear, como un búho, Jeffers vio desaparecer al tercer hombre bajo una nube de sangre.

-¡Norm! -Era Paula Mitchels, la agente de vigilancia del 7Once, que avanzaba con la pistola desenfundada.

Jeffers se arrodilló dificultosamente detrás del auto cuyos ocupantes acababa de matar. Ella se le unió y ambos empezaron a respirar pesadamente... tenían acelerado el ritmo cardíaco y las manos les transpiraban copiosamente.

-¿Los contaste? -preguntó ella.

-Por lo menos uno logró entrar...

-Dos, yo vi dos, uno con la pierna herida. Oh, Dios mío, Don, Anne, Marcella...

-Basta. Los niños todavía están adentro, Paula. ¡Maldita sea!

Entonces, pensó Estrella de Cine, no funcionaría. Maldición. Les había *dicho* que había *tres* personas en la casa al norte. ¿Por qué no habían esperado a matar al tercero? Bueno. Sacudió la cabeza en un vano intento de clarificarla. Después de todo, nunca había esperado que la misión resultara un éxito. Se lo había advertido a Badrayn... y habían escogido la gente apropiada para el caso. Lo único que le quedaba por hacer era observar para estar seguro... ¿de qué? ¿Matarían a la niña? Ya lo habían discutido. Pero tal vez no cumplieran su deber an-

Librodot

tes de morir.

Price estaba a cinco millas de distancia cuando oyó el llamado de emergencia por radio. En menos de dos segundos apretó a fondo el acelerador y activó la sirena policial. Al girar al norte rumbo a la Autopista Ritchie vio un grupo de autos bloqueando el camino. Inmediatamente maniobró hacia la izquierda y avanzó por la banquina. Llegó pocos segundos antes que el primer automóvil oliva y negro de la policía de Maryland.

-Price, ¿eres tú?

-¿Quién es? -replicó ella.

-Norm Jeffers. Creo que tenemos dos sujetos adentro. Perdimos cinco agentes. Michael está conmigo. La mandaré por atrás.

-Estaré contigo en un segundo.

-Ten cuidado, Andrea -le aconsejó Jeffers.

O-Day sacudió la cabeza. Todavía le zumbaban los oídos y sentía que le explotaba el cráneo por el golpe. Su hijita estaba junto a él, su enorme cuerpo la protegía de los dos... terroristas que apuntaban sus armas a derecha e izquierda entre los gritos de los niños. La señora Daggett se movía muy despacio, interponiéndose entre los criminales y -sus. chicos, abriendo instintivamente los brazos para protegerlos. Los niños se habían agrupado alderedor de ella, aterrados. Todos lloraban y llamaban a su mamá... no a su papá; extraño, pensó O-Day. Y un montón de pantaloncitos mojados.

-¿Señor presidente? -dijo Raman, ajustándose el auricular.

¿Qué demonios estaba pasando?

En el St. Mary, la llamada de emergencia -SANDSTORM. provocó un torbellino en las custodias personales de SHADOW y SHORTSTOP. Los agentes apostados en las puertas desenfundaron sus armas y entraron a las aulas para sacar a sus custodiados al pasillo. Se hicieron preguntas pero no hubo respuestas, ya que la Custodia seguía el plan preestablecido para esa eventualidad. Los dos chicos entraron al mismo Chevy Suburban, que no salió a la ruta sino que se dirigió a un edificio aledaño para evitar posibles emboscadas. Washington despachó un helicóptero de la Marina para rescatar a los chicos Ryan. El segundo Suburban estacionó en el campo de ejercicios, a ciento cincuenta metros del primero. Interrumpieron la clase de gimnasia y los agentes se posicionaron detrás de sus vehículos blindados, apuntando sus armas pesadas en busca de objetivos.

-¡Doc!

Cathy Ryan levantó la vista de su escritorio. Roy jamás la había llamado así. Y nunca había sacado la pistola en su presencia, sabiendo que le disgustaban las armas de fuego. Su reacción fue probablemente instintiva. La cara se le puso tan blanca como el guardapolvo.

-Se trata de Jack o...

-Es Katie. Es todo lo que sé, Doc. Por favor venga conmigo. Ya.

-¡No! ¡Otra vez no, otra vez no! -Altman le pasó el brazo por encima del hombro para guiarla al pasillo. Allí había cuatro agentes más, con las armas desenfundadas y la expresión torva. El personal de seguridad les abrió paso, pero la policía de Baltimore estaba afuera. Todos trataban de recordar cómo manejar una posible amenaza, sin tener en cuenta que estaban frente a una madre cuya hija corría peligro.

Ryan extendió el brazo, apoyó la mano contra la pared de su despacho, miró al suelo y

se mordió el labio antes de hablar.

-Dígame todo lo que sepa, Jeff.

-Hay dos sujetos en el edificio. Don Russell está muerto, igual que otros cuatro agentes, señor, pero hemos contenido el golpe, ¿correcto? Déjenos hacer nuestro trabajo -dijo el agente Raman, tocándole el brazo para tranquilizarlo.

-¿Por qué mis hijos, Jeff? Yo soy el que está... aquí. Si se enfurecen con alguien... se supone que debe ser conmigo. ¿Por qué atacan a los niños?, respóndame eso...

-Es un acto odioso, señor, odioso ante Dios y ante los hombres -dijo Raman. Otros tres agentes entraron al Despacho Oval. ¿Qué estaba haciendo?, se preguntó el asesino. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué había dicho *eso*?

Hablaban en un idioma que no entendía. O-Day permanecía en el suelo, sentado con su hijita, abrazándola contra su pecho y tratando de parecer tan inofensivo como ella. Santo Dios, se había entrenado tantos años para cosas como ésa... pero no para estar adentro, no para estar en la escena del crimen mientras éste se cometía. Afuera uno sí sabía qué hacer. O-Day sabía bien lo que estaba pasando. Si quedaba gente del Servicio Secreto... probablemente quedaran algunos. Sí, tenían que quedar. Alguien había disparado dos o tres ráfagas con un M-16... O-Day reconocía el sonido distintivo de ese arma. No habían entrado más muchachos malos. Su mente analizaba los hechos. Bueno, sólo había muchachos buenos afuera. Primero demarcarían un perímetro para asegurarse de que nadie entrara ni saliera. Luego llamarían... ¿a quién? Probablemente el Servicio tenía su propio comando SWAT, pero también vendría el Comando de Rescate del FBI con sus helicópteros. Como por arte de magia, oyó un helicóptero a poca distancia.

-Aquí Tropa Tres, estamos sobrevolando el área -dijo una voz por radio.. ¿Quién está al mando allá abajo?

-Aquí agente especial Price, Servicio Secreto de Estados Unidos. ¿Cuánto tiempo podrá quedarse con nosotros, Tropa?

-Tenemos combustible para noventa minutos. Luego nos relevará otro helicóptero. Estamos observando el área, agente Price -informó el piloto.. Tengo un individuo al oeste, parece una mujer detrás de un árbol seco, mirando la escena. ¿Es una de ustedes?

-Michaels, Price -dijo Andrea por su sistema de radio personal.. Hazle señas al helicóptero.

-Nos está haciendo señas -reportó enseguida Tropa Tres.

-Correcto, es una de los nuestros, cubriendo la retaguardia.

-Está bien. No hay movimiento alrededor del edificio y no vemos a nadie en cien yardas a la redonda. Seguiremos sobrevolando y observando hasta que ordene otra cosa.

-Gracias. Fuera.

El VH-60 de la Marina aterrizó en el campo de ejercicios físicos. Sally y Little Jack subieron a bordo y el coronel Goodman despegó inmediatamente, girando al este, hacia el agua donde, tal como le había informado la Guardia Costera, no había otras naves aéreas. Tomó altura y avanzó en dirección norte sobre el agua. A su izquierda podía ver la silueta de un helicóptero de la policía unas millas al norte de Annapolis. No había que ser experto para explicar su presencia y, detrás de su mirada imperturbable, Goodman deseó que enviaran un par de escuadrones de marines al lugar. Había oído decir que los criminales que lastimaban niños la pasaban muy mal en la cárcel, pero eso no llegaba ni a la mitad de lo que les harían los marines si tenían la oportunidad. Su ensoñación terminó allí mismo. Ni siquiera se dio vuelta para ver cómo estaban los otros dos chicos. Tenía que conducir el helicóptero. Ésa era su función. Confiaba en que los demás cumplieran las suyas.

Librodot

Estaban mirando por la ventana con mucho cuidado. El herido permanecía apoyado contra la pared -aparentemente le habían destrozado la rótula; muy bien. y el otro espiaba. No era difícil adivinar lo que veía. Las sirenas anunciaban la llegada constante de vehículos policiales. Bueno, probablemente estarían rodeados. La señora Daggett y sus tres asistentes habían agrupado a los niños en un rincón mientras los dos sujetos hablaban. Bueno, afortunadamente no les estaba yendo tan bien. Uno de ellos recorría todo el tiempo el salón con los ojos y el fusil, pero no tenían...

Uno de ellos metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una foto. Dijo algo en ese indescifrable idioma que hablaban. Luego cerró las cortinas. Maldición. Eso impediría la tarea de los rifles con mira telescópica. Eran lo bastante astutos para saber que les dispararían. Los niños no llegaban al marco inferior de la ventana y...

El de la foto avanzó en dirección a los niños y señaló.

-Ésa.

Recién entonces advirtieron la presencia de O-Day en el salón. El de la rodilla herida parpadeó y lo apuntó con el AK. El inspector levantó las manos.

-Ya murió bastante gente, amigo -dijo. No tuvo que esforzarse mucho para que le temblara la voz. Había cometido un error abrazando a Megan de ese modo. Ese idiota era capaz de atravesarla de un disparo para matarlo a él. Sintió náuseas de sólo pensarlo. Lentamente, cuidadosamente, la levantó y la puso a un costado, a su izquierda.

-¡No! -Era la voz de Marlene Daggett.

-¡Démela! -insistió el hombre.

Hágalo, entréguesela, pensaba O-Day. *Ahorre su resistencia para después. Ahora no cambiará nada*. Pero la mujer no podía oír sus pensamientos.

-¡Démela! -repitió el terrorista.

-¡No!

Fastidiado, el hombre le disparó a Daggett en el pecho desde un metro de distancia.

-¿Qué fue eso? -Price se incorporó. Estaban llegando ambulancias por la Autopista Ritchie. A su izquierda, los policías intentaban despejar el camino.

Los que estaban cerca del Giant Steps oyeron una nueva ola de gritos, como de niños aterrados.

La campera de cuero se levantaba un poco cuando uno se sentaba en esa posición. Si hubiera habido alguien detrás de él, habría visto la pistolera, el inspector lo sabía. Jamás había visto un asesinato antes. Había investigado muchos, pero verlo... Una dama que trabajaba con niños. Estaba azorado como cualquiera al ver extinguirse una vida humana... una vida inocente, pensó con amargura. No tenía opción.

Volvió a mirar a Marlene Daggett, ansiando poder decirle que sus asesinos no saldrían vivos del edificio.

Era un milagro que ningún niño estuviera herido. Todos los disparos les habían pasado por arriba. Se dio cuenta de que si la Señorita Anne no lo hubiera arrojado al suelo tal vez estaría muerto junto a su hija. La pared a sus espaldas estaba llena de agujeros y las balas que los habían hecho habían atravesado el espacio que él mismo ocupaba uno o dos segundos antes. Vio que le temblaban las manos. Sus manos sabían lo que debían hacer. Conocían su tarea y no comprendían por qué no estaban haciéndola, por qué la mente que las comandaba no les había dado la orden todavía. Pero sus manos debían ser pacientes. Éste era un trabajo de la mente en primer lugar.

El sujeto tomó a Katie Ryan del brazo, retorciéndoselo y haciéndola llorar. O-Day recordó a su primer supervisor en su primer caso de secuestro infantil, aquel gigantón rudo, Dom DiNapoli, que había llorado mientras llevaba al niño de vuelta con su familia: -Nunca lo olvides-, había dicho, -*todos* son hijos nuestros..

Podrían haber elegido a Megan, se parecían tanto... La misma idea se le cruzó por la mente al que arrastraba a SANDBOX por el brazo. El terrorista volvió a mirar la foto y se dirigió a Pat O-Day.

-¿Quién es usted? -preguntó, mientras su socio se retorcía de dolor en un rincón.

-¿Qué pasa? -preguntó nerviosamente el inspector. *Trata de parecer tonto y asustado.*

-¿De quién es esa niña? -Señaló a Megan.

-Es mía, ¿entendido? No sé de quién es ésa -mintió.

-Es la que queremos, es la hija del presidente, ¿correcto?

-¿Cómo demonios podría saberlo? Mi esposa viene a buscar a Megan, no yo. Hagan lo que tengan que hacer y déjennos salir de aquí, ¿entendido?

-Escuchen -gritó una voz femenina desde afuera.. Soy del Servicio Secreto de Estados Unidos. Queremos que salgan. No resultarán heridos si lo hacen. No tienen a dónde ir. Salgan donde podamos verlos y no los lastimaremos.

-Es un buen consejo, viejo -le dijo Pat.. Será imposible salir de aquí, ¿sabe?

-¿Sabe quién es esta chica? ¡Es la hija de su presidente Ryan! ¡No se atreverán a dispararme! -proclamó el sujeto. O-Day asintió, advirtiendo que su inglés era muy bueno.

-¿Y qué pasará con los demás niños, viejo? Si sólo quiere a ésa, si ésa es la única que le importa... demonios, ¿por qué no... estee... por qué no nos deja salir, eh?

El hombre tenía razón en parte. Los del Servicio Secreto no dispararían al blanco por miedo a lastimar a alguien.

Lo que realmente aterraba a O-Day era la manera fría y reflexiva como había matado a Marlene Daggett. Simplemente no le importó. Esa clase de criminales era impredecible. Uno podía hablarles e intentar calmarlos o distraerlos, pero más allá de eso, había una sola manera de tratar con ellos.

-Si les entregamos los niños, nos darán un auto, ¿no?

-Sí, me parece que sí. Creo que sería justo. Sólo quiero llevar a mi hija a casa esta noche, ¿sabe?

-Sí, mejor ocúpese de su hija. Siéntese allá.

-Está bien. -Aflojó las manos, acercándolas al pecho, al extremo del cierre de su campera. Si lograba abrir el cierre la campera colgaría mejor, ocultando su arma.

-Atención -volvió a decir la voz.. Queremos hablar con ustedes.

Cathy Ryan se unió a sus hijos en el helicóptero. Las caras de los agentes eran sombrías. Sally y Jack estaban saliendo del shock inicial y empezaron a sollozar. Miraban a su madre en busca de consuelo mientras el Black Hawk subía nuevamente al cielo seguido por otro, en dirección a Washington. Cathy vio que el piloto no tomaba la ruta habitual sino que iba directamente hacia el oeste, alejándose de donde estaba Katie. No pudo resistir más y cayó abatida en brazos de sus hijos mayores.

-O-Day está adentro -le dijo Jeffers.

-¿Estás seguro, Norm?

-Ésa es su camioneta. Lo vi entrar antes de que empezara.

-Carajo -masculló Price.. Probablemente ése fue el disparo que escuchamos.

-Sí -Jeffers asintió desolado.

El presidente estaba en la Sala de Situaciones, el mejor lugar para mantenerse al tanto de las cosas. Tal vez podría haber estado en otro sitio, pero no podía ni mirar su despacho, y no era lo suficientemente presidente para fingir que...

-¿Jack? -Era Robby Jackson. Entró y el presidente se levantó de su silla para recibirlo, pero eran amigos desde hacía años y se fundieron en un abrazo.. Ya pasamos por esto juntos, viejo. En aquel momento funcionó, ¿recuerdas?

-Tenemos los números de patente de los autos del estacionamiento. Tres son alquilados.

Librodot

Los estamos investigando -dijo Raman por teléfono.. Tal vez podamos identificar a los agresores.

¿Cómo podían ser tan imbéciles? se preguntó O-Day. Tenían que ser absolutamente estúpidos para pensar que podrían salir con vida... y si no tenían esa esperanza entonces no tenían nada que perder... ni una maldita cosa... y aparentemente no les importaba matar. Ya había pasado antes, en Israel, recordó Pat. No recordaba el nombre ni la fecha, pero un par de terroristas había atrapado y masacrado un grupo de niños antes de que los comandos pudieran...

Había enseñado tácticas para todas las situaciones posibles, al menos eso creía, y hasta hacía apenas veinte minutos hubiera dicho... pero tenía a su lado a su única hija...

Todos son *nuestros* hijos, repitió la voz de Dom en su memoria.

El asesino ileso tenía del brazo a Katie Ryan. La niña sollozaba débilmente, exhausta de gritar... Casi colgaba de la mano del hombre parado a la izquierda del herido, que sostenía el AK con la mano derecha. Si hubiera tenido una pistola la habría apuntado a la cabeza de la nena, pero el AK era demasiado voluminoso para eso. Con extrema lentitud, el inspector O-Day bajó la mano y abrió el cierre de su campera.

Los terroristas estaban discutiendo. El herido se sentía muy incómodo. Al principio la adrenalina había sofocado el dolor pero ahora las cosas se estaban calmando y con el alivio de la tensión también desaparecía el mecanismo de bloqueo del dolor que protegía al cuerpo en los momentos de gran estrés. Estaba diciendo algo, pero Pat no podía entender qué. El otro ladró una respuesta, señalando la puerta, hablando con pasión y frustración. Lo peor sería cuando llegaran a una decisión. Podrían matar a los niños. Los de afuera entrarían al edificio si escuchaban más de uno o dos disparos. Llegarían lo bastante rápido para salvar a algunos niños, pero...

Empezó a llamarlos interiormente Herido e Ileso. Estaban envanecidos pero confusos, excitados pero indecisos, deseosos de vivir pero dándose cuenta de que no sería posible...

-Eh, eh, muchachos -dijo Pat, levantando las manos y moviéndolas para que no repararan en el cierre abierto.. ¿Puedo decirles algo?

-¿Qué? -preguntó Herido mientras Ileso observaba.

-Todos estos niños que tienen aquí, son demasiados para cubrirse, ¿correcto? -preguntó, asintiendo para reforzar su idea.. ¿Qué les parece si llevo afuera a mi hijita y a algunos otros? ¿Tal vez les facilitaría las cosas?

La propuesta generó más discusiones. La idea le resultó atractiva a Ileso, o al menos eso le pareció a O-Day.

-¡Atención, les habla el Servicio Secreto! -llamó la voz de antes. Parecía Price, pensó el agente del FBI. Ileso miraba hacia la puerta y su lenguaje corporal lo llevaba en esa dirección, pero para llegar allí tenía que pasar frente a Herido.

-Eh, vamos, déjennos salir, ¿sí? -suplicó O-Day.. Tal vez pueda decirles que les den un auto o algo así.

Ileso apuntó a O-Day con su rifle.

-¡De pie! -ordenó.

-Está bien, está bien, tranquilos, por favor -O-Day se puso de pie, manteniendo las manos bien lejos del cuerpo. ¿Verían la pistolera si se daba vuelta? Los del Servicio la habían visto desde un principio y si fallaba ahora, Megan... No había punto de regreso. Simplemente no lo había.

-¡Usted les dirá, usted les dirá que nos den un auto o mataré a ésta y al resto!

-Déjeme llevar a mi hija, ¿sí?

-¡No! -gritó Herido.

Ileso dijo algo en su lengua natal, mirando a Herido, con su arma apuntada al piso mientras la de Herido apuntaba al pecho del inspector.

-Demonios, ¿quieren perder la partida?

Era como si Ileso le hubiera dicho lo mismo a su amigo herido. Tironeó del brazo de

Katie Ryan. Ella volvió a gritar con fuerza cuando el terrorista empezó a avanzar empujándola, bloqueando el campo de visión de Herido al hacerlo. Le había llevado veinte minutos lograrlo. Ahora tenía sólo un segundo para ver si funcionaba.

Hizo lo mismo que antes había hecho Don Russell. Bajó la mano derecha, buscó en el interior de la chaqueta y sacó la pistola, arrodillándose. Cuando el cuerpo de Ileso despejó el blanco, la Smith 1076 disparó dos balas perfectas. Los cartuchos de acero inoxidable salta-ron por el aire en el mismo momento en que Herido se transformaba en Muerto. Los ojos de Ileso se agrandaron por la sorpresa y la niñita volvió a gritar.

-*¡Suéltela!* -aulló O-Day.

La primera reacción de Ileso fue tironear nuevamente del brazo de Katie Ryan y levantar al mismo tiempo el arma, como si fuera una pistola, pero el AK era demasiado pesado para usarlo de esa manera. O-Day lo quería vivo, pero no podía correr riesgos. Disparó dos veces.

El cuerpo cayó pesadamente dejando una mancha roja sobre las blancas paredes del Giant Steps.

El inspector Patrick O-Day se levantó de un salto y corrió hacia los cadáveres, pateando los rifles lejos de sus dueños muertos. Los observó con atención. A pesar de los años de práctica e instrucción que había dado y recibido, lo asombraba que hubiera funcionado. Sólo entonces volvió a latirle el corazón, o al menos eso parecía. Se relajó un momento. Luego endureció los músculos y se arrodilló junto a Katie Ryan, SANDBOX para el Servicio Secreto y una *cosa* para la gente que acababa de matar.

-¿Estás bien, querida? -le preguntó. Ella no respondió. Se agarraba el brazo y sollozaba, pero no tenía manchas de sangre.. Vamos -le dijo suavemente, abrazando a una hija que de ahora en más sería en parte suya. Luego alzó a su Megan y fue hacia la puerta.

-¡Hay disparos en el edificio! -dijo una voz por el speaker. Ryan quedó helado. El resto de los presentes en la Sala de Situaciones tembló.

-Sonó como una pistola. ¿Tienen pistolas? -preguntó otra voz por el mismo circuito radial.

-¡Santo Dios, mira eso!

-¿Quién es ése?

-¡Estamos saliendo! -gritó una voz.. ¡Saliendo!

-¡No disparen! -ordenó Price por megáfono. Las armas no se movieron un milímetro de la puerta, pero las manos se relajaron.

-¡Dios! -dijo Jeffers, saliendo de su puesto y corriendo hacia el inspector.

-Los dos sujetos están muertos y la señora Daggett también -dijo O-Day.. Todo está bien, Norm. Todo bien.

-Déjeme...

-¡No! -chilló Katie Ryan.

Tuvo que apartarse. Pat bajó la vista y vio las ropas empapadas de sangre de tres agentes de la agencia rival. Había por lo menos diez cartuchos junto al cuerpo de Don Russell y un cargador vacío. Más allá había cuatro criminales muertos. A dos les habían volado la cabeza. Se detuvo junto a su camioneta. Tenía las rodillas un poco débiles. Dejó a las niñas en el suelo y se apoyó contra la carrocería. Una agente se acercó a ellos. Pat se sacó la Smith del cinturón y se la entregó sin mirar.

-¿Estás herido? -Era Andrea Price.

Él negó con la cabeza. Tardó un poco en poder hablar.

-En menos de un minuto empezaré a temblar. -Miró a sus dos niñitas. Un policía estatal alzó a Katie Ryan, pero Megan se negó a alejarse de su papá. Pat la abrazó y ambos lloraron en silencio.

-¡SANDBOX está a salvo! -oyó decir a Price.. ¡SANDBOX está a salvo e ilesa!

Price miró a su alrededor. Los agentes de refuerzo del Servicio todavía no habían llega-

do y la mayoría de las fuerzas del orden presentes en el lugar pertenecían a la policía de Maryland. Diez de ellos formaron un anillo alrededor de SANDBOX, protegiéndola como leones a sus cachorros.

Jeffers se unió a ellos. O-Day jamás se había dado cuenta de cómo cambiaba el tiempo en momentos como ése. Cuando levantó la vista, estaban haciendo salir a los niños de la guardería. El área estaba inundada de paramédicos que se apresuraban a atender a los niños.

-Tenga -dijo el agente negro, ofreciéndole un pañuelo.

-Gracias, Norm -O-Day se secó los ojos, se sonó la nariz y se levantó.. Lo lamento, muchachos.

-Está bien, Pat. Hiciste...

-Hubiera sido mejor sacar vivo al último, pero no podía... no podía arriesgarme. -Ya no le temblaban las piernas y llevaba a la pequeña Megan de la mano.. Oh, maldita sea -agregó.

-Creo que debemos sacarte de aquí -acotó Andrea.. Podemos hablar en un lugar mejor.

-Estoy muerto de sed -dijo O-Day, sacudiendo la cabeza nueva-mente.. Jamás esperé una cosa así, Andrea. Son niños. No se supone que deba ser así, ¿no? -*¿Por qué balbuceo, carajo?*, se preguntaba el inspector.

-Vamos, Pat. Hiciste lo que debías.

-Espera un momento.

Se restregó la cara con las manos, respiró hondo y contempló la escena del crimen. Dios, qué desastre. Escalofriante. Tres muertos a este lado del patio de juegos. Obra de Jeffers, seguramente, con su M-16. No estaba nada mal. Pero quería hacer algo. Al lado de cada automóvil alquilado había un cuerpo, cada uno con un disparo. Otro más, con una bala en el pecho y otra en la cabeza. No estaba seguro de quién había matado al cuarto. Probablemente una de las chicas. Las pruebas balísticas determinarían la autoría de los disparos. Caminó hasta la puerta principal, donde yacía el cadáver del agente especial Don Russell. Se dio vuelta y miró el estacionamiento. Había visto muchas escenas de crímenes. Conocía las señales, sabía cómo imaginar los hechos. La llegada de los terroristas habría sido imposible de advertir... Tal vez sólo un segundo antes, no más. El valiente Russell se había defendido solo contra seis sujetos armados y abatido a tres. El inspector Patrick O-Day se arrodilló junto al cuerpo. Sacó la pistola Sig de la mano de Russell y se la entregó a Price. Luego tomó la mano del muerto entre las suyas durante lo que pareció un largo tiempo.

-Hasta la vista, campeón -murmuró, apoyando la mano inerte en el suelo. Era hora de partir.

43

Retiro

El lugar más conveniente y más cercano para aterrizar un helicóptero de la Marina era la Academia Naval y lo más difícil fue encontrar personal del Servicio Secreto disponible para hacerse cargo de SANDBOX. Andrea Price, la agente más jerárquica presente en la escena del crimen y también jefa de la Custodia Personal, debía quedarse en el Giant Steps. Por consiguiente, los miembros del USSS que se dirigían a Annapolis cambiaron de ruta, se encontraron con los tripulantes del helicóptero y asumieron la custodia de Katie Ryan. El primer comando de oficiales federales que llegó al Giant Steps fue un grupo de agentes del FBI perteneciente a la pequeña oficina de Annapolis, satélite de la División de Campo de Baltimore. Dado el caso, recibirían órdenes de Price.

O-Day cruzó la calle hacia la casa que había sido puesto de comando local de Norman Jeffers, cuya propietaria, una abuela, superó la impresión del atentado para preparar café. Encendieron el grabador y el inspector del FBI inició una prolongada e ininterrumpida narración de los hechos. Ésa era la mejor manera de obtener información fresca y fehaciente. Más tarde le leerían la transcripción de lo que había dicho para obtener datos adicionales. O-Day miraba por la ventana de vez en cuando. El personal de las ambulancias estaba esperando para levantar los cadáveres, pero antes los fotógrafos debían registrar imágenes para la posteridad.

No podían saber que Estrella de Cine seguía observando la escena, esta vez en medio de una multitud compuesta por alumnos y profesores de la comunidad y por curiosos que habían adivinado la naturaleza del hecho y querían mirar de cerca. Pero Estrella de Cine ya había visto demasiado y volvió a su automóvil. Salió del estacionamiento y se alejó por la Autopista Ritchie hacia el norte.

-Caramba, le di una oportunidad -decía O-Day.. Le dije que soltara el arma. Grité tan fuerte que me sorprende que no me hayan oído afuera, Price. Pero el tipo movió el arma y yo no estaba en posición de correr riesgos, ¿saben? -Ya no le temblaban las manos. El impacto violento del primer momento había pasado. Después vendrían otros.

-¿Tienes idea de quiénes eran? -preguntó Price, una vez terminada la narración del hecho.

-Hablaban un idioma extraño, pero no sé cuál. No era alemán ni ruso... fuera de eso, no sé. Los idiomas extranjeros suenan todos igual.

Me fue imposible reconocer frases o palabras. Su inglés era muy bueno, con un poco de acento, pero tampoco podría definir el acento. El aspecto físico era mediterráneo. Tal vez de Medio Oriente. Tal vez no. Absolutamente despiadados. Mató a la señora Daggett de un disparo, sin parpadear siquiera, sin emoción... no, no es así. Estaba molesto, perturbado. Eso sí, no vaciló. *Boom,* y ya estaba muerta. No pude hacer nada -prosiguió el inspector.. El otro me estaba apuntando y pasó tan rápido que apenas me di cuenta...

-Pat -Andrea le tomó la mano.. Estuviste grandioso.

El helicóptero aterrizó en la Casa Blanca, al sur de la entrada principal. Ryan corrió hacia la nave antes de que se detuvieran los rotores pero esa vez nadie lo detuvo. Un marine de uniforme verde abrió la puerta y bajó de un salto. Los agentes del Servicio Secreto bajaron con SANDBOX en brazos y se la entregaron a su padre.

Jack la acunó como a la beba que ya no era pero siempre sería para él y subió la loma hasta la casa, donde esperaba el resto de la familia. Los noticieros registraron el hecho, pero ningún reportero pudo acercarse a POTUS. Los del Servicio Secreto estaban dispuestos a matar, por primera vez parecían extremadamente peligrosos.

-¡Mamita! -Katie se revolvió en brazos de su padre y estiró sus bracitos hacia su madre, que enseguida se la sacó a Jack. Sally y Little Jack se abrazaron a ambas, dejando solo a Ryan por un momento.

-¿Cómo estás? -preguntó Arnie en voz baja.

-Ahora mejor, supongo. -Todavía estaba mortalmente pálido y tembloroso.. ¿Sabemos algo más?

-Mira, lo primero que debemos hacer es sacarlos a todos de aquí. Los llevaremos a Camp David. Allí te tranquilizarás. Hay seguridad aérea. Te aseguro que es el mejor lugar para relajarse.

Ryan lo pensó un momento. La familia no conocía Camp David y él mismo había estado allí sólo un par de veces.

-Arnie, no tenemos ropas ni...

-Nos ocuparemos de todo -le aseguró Van Damm.

El presidente asintió.

-Entonces hagámoslo. Rápido -agregó. Mientras Cathy llevaba a los niños arriba, Jack salió rumbo al Ala Oeste. Dos minutos después estaba de vuelta en la Sala de Situaciones. El impacto inicial y el miedo habían dado paso a la determinación.

-Bueno -dijo Ryan, ya más calmo.. ¿Qué sabemos?

-¿Llegó el presidente? -preguntó Dan Murray por el speaker.

-Llegué, Dan. Dime todo lo que sepas -ordenó SWORDSMAN.

-Teníamos un hombre adentro, uno de los míos. Tú lo conoces. Pat O-Day, uno de mis inspectores itinerantes. Su hija -Megan, creo. va a la misma guardería. Pat liquidó a los dos sujetos. Los del Servicio Secreto mataron al resto... Eran nueve en total, a dos los mató Pat y

Librodot

de los demás se encargó la gente de Andrea Price. Murieron cinco agentes del Servicio Secreto, más la señora Daggett. Gracias a Dios no hay niños heridos. Price está hablando con O-Day en este momento. Tengo aproximadamente diez agentes en la escena del crimen para colaborar con la investigación. También hay gente del Servicio Secreto en camino.

-¿Quién dirige la investigación?

-Hay dos estatutos al respecto. Los ataques contra tu persona o los miembros de tu familia están bajo la jurisdicción del Servicio Secreto. El terrorismo nos toca a nosotros. Opino que el Servicio debe dirigir la investigación y nosotros colaboraremos al máximo -prometió Murray.. No habrá problemas, te doy mi palabra. Ya hablé con Justicia. Martin nos asignará un fiscal superior para coordinar la investigación criminal. ¿Jack? -agregó el director del FBI.

-¿Qué, Dan?

-Trata de tranquilizar a tu familia. Sabemos cómo encarar esto. Sé que tú eres el presidente, pero durante los próximos días limítate a ser sólo un hombre, ¿lo prometes?

-Buen consejo, Jack -acotó el almirante Jackson.

-¿Jeff? -Ryan se dirigió al agente Raman. Todos sus amigos decían lo mismo. Probablemente tuvieran razón.

-¿Sí, señor?

-Salgamos ya mismo de esta ciudad.

-Sí, señor presidente -Raman abandonó la sala.

-Robby, me gustaría que tú y Sissy nos acompañaran. Hace tiempo que queremos pasar unos días juntos.

-Como quieras, amigo.

-Está bien, Dan -le dijo al speaker.. Vamos a Camp David. Manténme informado.

-Claro -prometió Murray.

Lo escucharon por radio. Brown y Holbrook iban en dirección norte por la Ruta 287 para tomar la Interestatal 90-Este. El camión era lento como un cerdo, pesado, lento para acelerar e igualmente lento para frenar. Tal vez anduviera mejor por la Interestatal. Pero al menos tenía una radio decente.

-Maldición -dijo Brown, ajustando el dial.

-Niños -Holbrook sacudió la cabeza.. Debemos asegurarnos de que no haya niños cerca, Ernie.

-Creo que podremos manejarlo, Pete, suponiendo que logremos llegar con esta batata.

-¿Cuánto crees que tardaremos?

Un gruñido sordo.

-Cinco días.

Daryaei lo tomó bien, especialmente al enterarse de que todos estaban muertos.

-Perdóneme por recordárselo, pero yo le advertí que... -comenzó Badrayn.

-Ya sé. Lo recuerdo perfectamente bien -admitió Mahmoud Haji.. El éxito de esta misión jamás fue necesario, siempre y cuando se tuvieran en cuenta los aspectos de seguridad. -El religioso clavó los ojos en su interlocutor.

-Todos tenían pasaportes falsos. Por lo que sé, ninguno tenía antecedentes criminales en ningún lugar del mundo. Ninguno tenía conexiones con nuestro país. Si alguno hubiera quedado vivo... bueno, habríamos corrido peligro, y yo se lo advertí, pero afortunadamente los han matado a todos.

El ayatollah asintió y les dedicó un epitafio:

-Sí, todos eran fieles.

¿Fieles a qué? se preguntó Badrayn.

-¿Y el resto? -preguntó Daryaei, una vez concluida su plegaria por las almas de los nueve muertos.

-Tal vez lo sabremos el martes, el miércoles con certeza -replicó Ali.

-¿Y la seguridad?

-Perfecta. -Badrayn tenía absoluta confianza. Todos los viajeros habían regresado sanos y salvos y reportado el éxito de sus misiones. La única evidencia física que habían dejado -los aerosoles de crema de afeitar. habría sido recogida como basura y descartada. La plaga se desataría dentro de poco y jamás sabrían cómo había llegado. Y por eso lo que aparentemente había sido un fracaso no lo era, en absoluto. Ese Ryan, por muy aliviado que se sintiera tras haber recuperado a su hija, estaba debilitado. Y Estados Unidos era un país debilitado. Y Daryaei tenía un plan para ambos. Ciertamente un buen plan, pensó Badrayn, y su propia vida cambiaría para siempre por haberlo ayudado a implementarlo. Sus días de terrorista internacional ya pertenecían al pasado. Obtendría un puesto importante en el gobierno de la RIU... en seguridad o inteligencia, probablemente, con una cómoda oficina y un excelente sueldo, y por fin podría establecerse en paz. Daryaei tenía un sueño y estaba a punto de concretarlo. El sueño de Badrayn estaba todavía más cerca y ya no debía hacer nada para volverlo realidad. Nueve hombres habían muerto por su sueño. Qué mala suerte. ¿Verdaderamente estarían en el Paraíso por su sacrificio? Tal vez Alá fuera misericordioso y efectivamente perdonara cualquier acto realizado en Su Nombre, errado

o no. Tal vez. En realidad no tenía importancia, ¿o sí?

Trataron de que la partida pareciera normal. Los niños se cambiaron de ropa. Las valijas irían en otro vuelo. La seguridad era más estricta que nunca, y se notaba. Tal vez fuera un error. Los miembros del Servicio Secreto, usualmente acuclillados, ahora se erguían en los techos del edificio del Tesoro al este y el Antiguo Edificio Ejecutivo al oeste, dejándose ver por completo mientras recorrían el área con sus binoculares. Junto a cada uno de ellos montaba guardia un hombre armado con un rifle. Había ocho agentes en el perímetro sur, observando a la gente que pasaba o que se había allegado al enterarse de la horrible noticia. Probablemente habían acudido porque lo ocurrido les importaba en mayor o menor medida, tal vez para rezar una plegaria por la seguridad de los Ryan. Los agentes vigilaban por si alguien tenía otro propósito en mente. Pero esa vez, como todas las otras, no vieron nada inusual.

Jack subió al helicóptero con su familia. La cabina estaba silenciosa. El presidente Ryan rumiaba algunas ideas. Su esposa hacía otro tanto. Los chicos miraban por las ventanas... porque volar en helicóptero es una de las grandes maravillas inventadas por el hombre. Hasta la pequeña Katie giró en su asiento para mirar hacia abajo, olvidando la horrible tarde en el asombro del momento.

Un automóvil del Servicio Secreto había recogido a Cecilia Jackson en su casa de Fort Myers. El almirante Jackson y su esposa abordaron un VH-60 de refuerzo con algunos bolsos de mano y más equipaje de la familia Ryan. Las cámaras no los registraron. El presidente y la primera familia se habían ido, y con ellos los periodistas y las cámaras. Casualmente, antes de partir habían hecho varias tomas desde el mismo lugar donde Estrella de Cine había observado la operación frustrada.

Estrella de Cine se había preparado para esta eventualidad, por supuesto. Se dirigió hacia el norte por la Autopista Ritchie -el tránsito no era para nada denso, considerando que la policía seguía bloqueando el camino en el Giant Steps. y una vez en el aeropuerto internacional Baltimore-Washington tuvo tiempo de devolver el auto alquilado y alcanzar el vuelo 767 de British Airways con destino a Heathrow. Esta vez no viajaría en primera clase. Todo el avión era clase business. No sonrió. No tenía por qué. Había esperado que el secuestro resultara un éxito, aunque desde el comienzo se había preparado para el fracaso. Para Estrella de Cine la misión no había fracasado. Seguía vivo y estaba a punto de escapar nuevamente. Allí estaba, a punto de despegar, y pronto llegaría a otro continente... donde desaparecería por completo mientras la policía norteamericana se esforzaba por averiguar si quedaba algún miembro de la conspiración criminal. Decidió beber un par de vasos de vino para conciliar el sueño después de un día tan estresante. Sonrió al pensar que beber iba contra su religión.

¿Acaso había algún aspecto de su vida que no se opusiera a su religión?

El sol se puso en un abrir y cerrar de ojos. Cuando llegaron a Camp David la tierra era una sombra ondulante puntuada por las luces quietas de las casas y las luces movientes de los automóviles. El helicóptero descendió lentamente y aterrizó con suavidad. Había po-cas luces más allá del perímetro de aterrizaje. Raman y el otro custodio fueron los primeros en salir cuando el jefe de tripulación abrió la puerta. El presidente se desabrochó el cinturón de seguridad y fue hacia adelante. Se paró detrás de los tripulantes y palmeó el hombro del piloto.

-Gracias, coronel.

-Usted tiene muchísimos amigos, señor presidente. Estamos aquí para lo que necesite -le dijo Goodman a su comandante en jefe.

Jack asintió, bajó la escalerilla y vio, más allá de las luces, las siluetas espectrales de los marines y sus poderosos rifles.

-Bienvenido a Camp David, señor. -Era un capitán de la Marina.

Jack ayudó a bajar a su esposa. Sally bajó a Katie en brazos. Little Jack fue el último en salir. Ryan se sorprendió al ver que su hijo era casi tan alto como su mujer. Tal vez debieran dejar de tratarlo como a un niñito.

Cathy miraba nerviosamente a su alrededor. El capitán se dio cuenta.

-Señora, allí afuera hay sesenta marines -le aseguró. No tuvo necesidad de agregar para qué. El presidente sabía cuál era el estado de alerta de las tropas dada la situación.

-¿Dónde? -preguntó Little Jack, mirando sin ver.

-Prueba con esto. -El capitán le prestó sus binoculares PVS-7 de visión nocturna. SHORTSTOP se los llevó a los ojos.

-Allí están. -Extendió el brazo para señalar a los que podía ver. Luego bajó los binoculares y los marines volvieron a desaparecer.

-Son muy buenos para detectar ciervos, y también hay un oso que va y viene según la época del año. Lo llamamos Yogui. -El capitán Larry Overton se felicitó por haberlos tranquilizado un poco y los acompañó al HMMWV que los trasladaría a la residencia. Después explicó que Yogui tenía una radio-collar para que su presencia no sorprendiera a nadie, mucho menos a un marine con un rifle cargado.

La residencia de Camp David era bastante rústica. Un grupo de marines les franqueó la entrada y un segundo grupo, esta vez de marineros, los acompañó a sus dormitorios privados. Afuera había doce chalets adicionales y, por supuesto, cuanto más cerca se alojaba uno de Aspen, más importante era.

-¿Qué hay de cenar? -preguntó Jack Junior.

-Lo que quieras -replicó el jefe de cocina de la Armada.

Jack miró a Cathy. Ella asintió. Sería una noche de -lo que quieras.. El presidente se quitó la chaqueta y la corbata. Un camarero se apresuró a recibirlos.

-Aquí la comida es fuera de serie, señor presidente -prometió.

-Es un hecho, señor -confirmó el cocinero.. Tenemos un trato con algunos vecinos. Todo fresco, productos directos de granja. ¿Puedo traerle algo para beber?

-Es una gran idea, gracias. ¿Cathy?

-¿Vino blanco? -preguntó, intentando dejar atrás el cansancio.

-Tenemos una excelente selección, señora. ¿Qué le parece un Chateau Ste. Michelle reserva Chardonnay? Cosecha 1991, realmente un gran chardonnay.

-¿Usted es cocinero naval? -preguntó POTUS.

-Sí, señor. Solía cocinar para los almirantes pero me ascendieron y, si me permite decirlo, señor, algo sé de vinos.

Ryan levantó los dedos índice y mayor. El cocinero asintió y salió.

-Esto es una locura -dijo Cathy.

-No te obsesiones. -Mientras esperaban los tragos los dos niños mayores se decidieron por una pizza. Katie pidió una hamburguesa con papas fritas. Oyeron el zumbido de otro heli-

cóptero. Cathy tenía razón. Era una locura.

La puerta volvió a abrirse y el cocinero regresó con copas y un balde de plata, seguido por un camarero de anteojos.

-Sólo queríamos dos copas.

-Sí, señor presidente, pero están llegando otros dos huéspedes: el almirante Jackson y su esposa. La señora Jackson también prefiere una copa de exquisito vino blanco, señor. -Descorchó la botella y le sirvió un poco a SURGEON. Ella asintió complacida.

-¿No le parece que tiene un excelente aroma? -le preguntó, llenándole la copa y sirviendo otra para el presidente. Luego se retiró.

-Siempre me dijeron que la Armada tenía esta clase de gente, pero nunca les creí... hasta hoy.

-Oh, Jack -Cathy se dio vuelta. Los chicos estaban mirando televisión sentados en el piso, incluso Sally... que intentaba transformarse en una dama elegante. Compartían un momento en familia mientras sus padres hacían lo de siempre: tratar de comprender una nueva realidad para proteger a sus hijos de los embates del mundo.

Jack vio las luces de un HMMWV a la izquierda. Supuso que Robby y Sissy tendrían un chalet privado. Se cambiarían antes de reunirse con ellos. Se dio vuelta y abrazó a su esposa por detrás.

-Todo está bien, nena.

Cathy hizo un gesto negativo.

-Nunca estará todo bien, Jack. Nunca más. Roy me dijo que tendremos custodia toda la vida. Vayamos donde vayamos necesitaremos protección. Siempre -dijo bebiendo su vino con más resignación que enojo. Estaba empezando a comprender algo que jamás había soñado vivir. Las trampas del poder eran seductoras a veces. Ir a trabajar en helicóptero. Gente que se ocupaba de su ropa, cuidaba a sus hijos, cocinaba lo que le pedía, la escoltaba a todas partes...

¿Pero a qué precio? No valía la pena. Siempre habría alguien decidido a asesinar a sus hijos. No había manera de escapar. Era como si le hubieran diagnosticado un cáncer de mamas, de ovarios, algo espantoso. Por horrible que fuera, en esos casos una tenía que hacer lo que debía. Llorar no serviría de nada... aunque estaba segura de que lloraría a mares. Gritarle a Jack tampoco serviría de nada... y además no le gustaba gritar... y tampoco era culpa de Jack, ¿no? Tendría que atenerse a los hechos, tal como hacían los enfermos de Hopkins que debían visitar el Departamento Oncológico... *Oh, por favor, no se preocupe. Son los mejores, lo mejor de lo mejor, y los tiempos han cambiado, y ahora saben qué hacer.* Sus colegas del Departamento de Oncología eran, efectivamente, los mejores. Y habían inaugurado un bonito edificio. ¿Pero quién quería ir allí?

Jack y ella tenían una hermosa casa prestada, un staff maravilloso, algunos expertos en vinos incluso, pensó, bebiendo otro sorbo de vino helado. *¿Pero quién quiere estar aquí?*

Había tantos agentes asignados al caso que por el momento no sabían qué hacer. Aún no tenían suficiente información para definir directivas, pero la situación estaba cambiando aceleradamente. Habían fotografiado a la mayoría de los terroristas -dos de ellos, aniquilados por el rifle M-16 de Norman Jeffers, no tenían rostro que fotografiar. y también les habían tomado las huellas digitales. Más tarde extraerían muestras de sangre para conocer el ADN, en caso de que fuera necesario utilizarlo luego... lo cual era una posibilidad bastante remota, ya que la identidad se confirma *exclusivamente* mediante la comparación genética con parientes cercanos.

Por el momento trabajaban con las fotos. Antes que nada las transmitieron al Mossad. Probablemente los terroristas fueran islámicos -eso pensaban todos. y los israelíes tenían la mejor fuente de datos del mundo. La CIA envió el primer aviso, a continuación refrendado por el FBI. Avi ben Jakob prometió absoluta cooperación.

Todos los cadáveres fueron trasladados a Annapolis para la autopsia. Era el procedimiento requerido por ley, aun en casos de muertes causadas por algo tan obvio como un terremoto. Se establecería la condición previa a la muerte de cada cuerpo, más un análisis toxi-

Librodot

cológico completo para saber si alguno había consumido drogas.

Les quitaron las ropas para un examen completo en el laboratorio del FBI en Washington. Lo primero que mirarían serían las marcas para determinar el país de origen. La marca y el estado general determinarían el momento de la compra, dato que podría ser importante. Además, los técnicos -que, debido a la contundencia del hecho, estaban trabajando horas extra un viernes a la noche. utilizarían cinta Scotch ordinaria para recoger fibras sueltas, en especial partículas de polen, que servirían para determinar muchas cosas, porque algunas plantas sólo crecen en algunas partes del mundo. Los resultados tardarían semanas, pero en casos como ése los recursos eran ilimitados. El FBI tenía un amplio espectro de expertos para consultar.

Los números de patente de los autos habían sido transmitidos antes de que O-Day disparara y un gran número de agentes había acudido a las agencias de alquiler para chequear los registros computarizados.

Los adultos sobrevivientes entrevistados en el Giant Steps confirmaron el relato de O-Day. Algunos detalles diferían, pero no tenía importancia. Ninguna de las mujeres reconoció el idioma de los terroristas. Los niños pasaron por interrogatorios más suaves, siempre junto a sus padres. Dos de los padres eran de Medio Oriente y se creyó que los niños podrían identificar algún idioma de la región, pero fue una esperanza vana.

Recogieron todas las armas para chequear sus números de serie con una base de datos. La fecha de fabricación era fácil de establecer y posteriormente se identificaría a los distribuidores para llegar, final-mente, al comerciante que las había vendido. No fue tan fácil. Las armas eran viejas, hecho disimulado por su aspecto exterior, previa-mente establecido por inspección visual de los cañones y disparadores.

No tenían uso. Ése fue el primer dato importante que transmitieron, incluso antes de tener el nombre del comprador.

-Maldición, quisiera que Bill estuviera aquí -dijo Murray en voz alta, sintiéndose incompetente por primera vez en su carrera. Había convocado a sus jefes de división. Desde el principio sabían que la investigación sería compartida por las divisiones Criminal y Con-tra-Inteligencia Extranjera (FCI), ayudadas, como siempre, por el Laboratorio. La cosa iba tan rápido que todavía no había llegado ningún oficial del Servicio Secreto.. ¿Opiniones?

-Dan, el que compró esas armas está en el país desde hace mucho tiempo -dijo el FCI.

-Un doble agente -asintió Murray.

-Pat no reconoció el idioma. Probablemente hubiera reconocido un idioma europeo. Tienen que ser de Medio Oriente -dijo el de Criminal. No era una observación digna del Premio Nobel, pero hasta el FBI debía cumplir las formas.. Bueno, de Europa Occidental en todo caso. Supongo que debemos considerar los países balcánicos. -Todos coincidieron.

-¿Qué antigüedad tienen las armas? -preguntó por enésima vez el director.

-Once años. Mucho antes del embargo -respondió el de División Criminal.. Probablemente no hayan sido usadas hasta hoy, son ar-mas vírgenes, Dan.

-Alguien creó una red de espionaje que desconocemos por completo. Alguien con mucha paciencia. Sea quien sea el comprador, sus documentos serán falsos... y habrá desaparecido hace tiempo. Es un clásico trabajo de inteligencia, Dan -prosiguió el FCI, diciendo lo que todos estaban pensando.. Estamos hablando de profesionales.

-Es un poco especulativo -objetó Murray.

-¿Cuándo me equivoqué por última vez, Danny?

-Hace mucho. Prosigue.

-Tal vez los del laboratorio nos entreguen un buen material forense, pero aun así no tendremos suficientes pruebas para presentar ante una corte, a menos que tengamos suerte y atrapemos al comprador o a los otros involucrados en la misión.

-Registros de vuelo y pasaportes -dijo el de la división Criminal.. Para empezar, dos semanas atrás. Hay que buscar repeticiones. Alguien reconoció el objetivo. Probablemente desde que Ryan asumió la presidencia. Eso ya es algo. -Seguro, tendrían que chequear diez

millones de registros. Pero así era el trabajo policial.

-Dios, espero que te equivoques en lo del doble agente -dijo Murray, tras un instante de reflexión.

-También yo, Dan -replicó el FCI.. Pero lamentablemente no me equivoco. Necesitaremos tiempo para identificar su casa, punto de reunión o lo que sea, entrevistar a los vecinos, chequear los registros de bienes raíces hasta encontrar un nombre falso y empezar desde ahí. Seguramente ha salido del país, pero eso no es lo peor.

Lo aterrador es que estuvo aquí por lo menos once años. Recibió dinero. Fue entrenado. Y mantuvo la fe hasta hoy para colaborar con la misión. Después de tanto tiempo conservaba la fe necesaria para ayudar a matar niños.

-No será el único -concluyó secamente Murray.

-No creo.

-¿Podrían acompañarme, por favor?

-Recuerdo haberlo visto antes, pero...

-Jeff Raman, señor.

El almirante le dio la mano.

-Robby Jackson.

El agente sonrió.

-Lo sé, señor.

Fue una caminata agradable, aunque hubiera sido más placentera sin tantos hombres armados alrededor. El aire de la montaña era frío y puro y había millones de estrellas en el cielo.

-¿Cómo está Ryan? -preguntó Robby.

-Ha sido un día difícil. Murió mucha gente.

-Entre ellos, algunos delincuentes -Jackson siempre sería un aviador de combate para quien la muerte era parte del trabajo. Llegaron a la residencia presidencial.

Robby y Sissy no podían disimular su asombro. Como no tenían hijos -un problema médico de Cecilia lo había impedido a pesar de todos los esfuerzos realizados-, no entendían del todo lo que pasaba con los niños. El hecho más horrible desaparecía instantáneamente por obra del abrazo materno u otra señal de seguridad. El mundo, especialmente para Katie, había recuperado su forma habitual. Pero también habría pesadillas que durarían semanas, tal vez más, hasta que los recuerdos desaparecieran por completo. Las dos parejas se abrazaron y, como de costumbre, los hombres se pusieron a conversar entre ellos y las mujeres hicieron otro tanto. Robby se sirvió una copa de vino y acompañó a Ryan afuera.

-¿Cómo te sientes, Jack? -En ese momento no le hablaba al presidente sino a su amigo.

-El shock va y viene -admitió Jack.. Es lo mismo de antes. Esos malditos bastardos no vienen a buscarme *a mí*... ah, no, tienen que atacar a los niños. ¡*Malditos cobardes*!

Jackson bebió un trago, casi sin saber qué decir.

-Es la primera vez que vengo aquí -dijo finalmente, sólo por decir algo.

-Mi primera vez fue... ¿me creerás si te digo que enterramos un tipo aquí? -dijo Jack.. Era un coronel ruso, un agente que teníamos en el Ministerio de Defensa soviético. Un gran soldado, héroe de la Unión Soviética, condecorado tres o cuatro veces, creo, lo enterramos aquí con el uniforme puesto y con todas las condecoraciones. Yo mismo leí la oración fúnebre. Ahí fue cuando sacamos a Gerasimov.

-El director de la KGB. ¿Entonces es cierto?

-Sí -Ryan asintió.. Y también sabes lo de Colombia y lo del submarino. ¿Cómo demonios se habrán enterado los periodistas?

Robby estuvo a punto de reír a carcajadas, pero se contuvo y esbozó apenas una tímida sonrisa.

-Santo Dios, y yo que creía memorable mi carrera...

-También hiciste de las tuyas -observó Jack un poco molesto.

Librodot

-Igual que tú, amigo mío.

-¿Te parece? -Ryan entró a servirse vino. Volvió con los binoculares de visión nocturna. Los encendió y empezó a observar los alrededores.. Pero no hice nada para que mi familia fuera vigilada por una compañía de marines. Allá abajo hay tres, con chalecos antibalas, cascos y rifles... ¿y todo por qué? Porque en el mundo hay gente que quiere matarnos. ¿Y por qué? Porque...

-Te diré por qué. Porque tú eres mejor que ellos, Jack. Porque defiendes cosas que son buenas para todos. Porque tienes pelotas y no le huyes a la mierda. No quiero oírte hablar así, Jack. No me vengas con eso de -Oh, Dios mío, ¿qué hice yo para merecer esto?-, ¿entendido? Sé quién eres. Yo soy piloto de combate porque elegí serlo. Tú estás aquí porque quisiste. Nadie dijo jamás que la presidencia fuera fácil, ¿no?

-Pero...

-Pero un carajo, señor presidente. ¿Así que hay gente a la que no le gustas? Bueno, está bien. Debes pensar cómo encontrarlos y, una vez que los encuentres, puedes pedirle a uno de esos marines que se encargue de ellos. Sabes lo que pasará. Tal vez algunos te odien, pero son muchos más los que te aman y respetan. Te estoy diciendo, por si lo has olvidado, que no hay un solo uniformado en el país que no esté dispuesto *a barrer de la superficie de la Tierra* a cualquiera que se meta contigo o con tu familia. No sólo por lo que eres, sino por quién eres, ¿entendido?

¿Quién soy? se preguntó SWORDSMAN. En ese momento se manifestó una de sus debilidades.

-Vamos -Ryan avanzó en dirección oeste. Acababa de ver un repentino resplandor. Treinta segundos después descubrió a un cocinero de la Armada fumando un cigarrillo. Presidente o no, esa noche no tenía de qué sentirse orgulloso.. Hola.

-¡Dios mío! -balbuceó el marinero, tirando el cigarrillo al suelo y aplastándolo con el pie.. Quiero decir... hola, señor presidente.

-Lo primero sí, lo segundo no. ¿Tiene un cigarrillo? -preguntó POTUS sin avergonzarse.

-Claro, señor. -Le dio uno.

-Marinero, si la primera dama lo ve hacer esto otra vez, mandará que lo fusilen los marines -le advirtió Jackson.

-¡Almirante Jackson! -Esas palabras sacudieron al muchachito.. Creo que los marines trabajan para mí. ¿Falta mucho para la cena?

-En este momento están cortando la pizza, señor. Yo mismo la amasé y horneé. Sus hijos van a chuparse los dedos -prometió el cocinero.

-Tranquilícese. Gracias por el cigarrillo.

-Cuando guste, señor -Ryan le estrechó la mano y se alejó, seguido por Robby.

-Lo necesitaba -admitió Jack, un poco avergonzado. Dio una larga pitada.

-Si tuviera un lugar como éste lo usaría muchísimo. Es casi como estar en el mar -prosiguió Jackson.. A veces subes a cubierta, te paras en una de las galerías, y simplemente disfrutas el mar y las estrellas. Los placeres simples de la vida.

-Es difícil desenchufarse, ¿no? Incluso cuando comulgas con el mar y las estrellas nunca logras desenchufarte del todo, ¿no?

-No -admitió el almirante.. El mar y las estrellas hacen que sea más fácil pensar y alivian un poco la intensidad de la atmósfera, pero tienes razón. Uno nunca se desenchufa. -Tampoco ahora.

-Tony dice que perdimos de vista a la Armada india.

-Mandaron los dos portaaviones al mar, con escoltas y petroleros. Los estamos buscando.

-¿Eso tendrá alguna conexión? -preguntó Ryan.

-¿Con qué?

-Los chinos crean problemas en un lugar, la flota india vuelve al mar y a mí me pasa *es-*

to... ¿me estaré poniendo paranoico?

-Es probable. Tal vez los indios estén intentando demostrarnos que no les hicimos tanto daño después de todo. Lo de China... bueno, ya ha sucedido otras veces. Además no pasará a mayores, especial-mente a partir de la llegada de Mike Dubro. Conozco a Mike. Les mandará aviones de combate. ¿El atentado contra Katie? Es muy pronto para hablar, y no es mi campo. Tienes a Murray y al resto para eso. De todos modos fracasaron, ¿no? Tu familia está allá adentro, mirando la tele y pasará mucho tiempo antes de que vuelvan a intentar algo semejante.

En todo el mundo pasaba lo mismo. En Tel Aviv por ejemplo, eran las cuatro de la mañana cuando Avi ben Jakob convocó a sus expertos en terrorismo. Juntos analizaron las fotos transmitidas desde Washington, comparándolas con las de su banco de datos. El problema era que las fotos del archivo israelí mostraban hombres jóvenes con barba -el disfraz más común conocido por el hombre. y eran de mala calidad. Para colmo, las imágenes transmitidas por los norteamericanos tampoco tenían una buena definición.

-¿Algo útil? -preguntó el director del Mossad.

Todos los ojos apuntaron a una de las expertas del Mossad, una cuarentona llamada Sarah Peled. A sus espaldas le decían -la bruja.. Poseía el don especial de identificar gente a partir de fotografías y la mayoría de las veces acertaba en casos donde otros oficiales de inteligencia fracasaban estrepitosamente.

-Éste. -Deslizó dos fotos sobre la mesa.. Es la misma persona.

Ben Jakob estudió ambas fotos, una al lado de la otra... y no encontró nada que confirmara la opinión de su experta. Muchas veces le había preguntado cuál era la clave de sus deducciones. Sarah siempre decía que eran los ojos. Avi volvió a mirar las fotos, comparando los ojos de ambas. Lo único que vio fueron dos pares de ojos. Dio vuelta la foto del archivo israelí. Los datos del reverso decían que se trataba de un miembro sospechado del Hezbollah, de nombre desconocido y alrededor de veinte años de edad en el momento de la foto, fechada seis años antes.

-¿Algún otro, Sarah? -preguntó.

-No, ninguno.

-¿Está muy convencida de éste? -preguntó un oficial de contrainteligencia después de mirar las fotos e, igual que Avi, no ver nada.

-Estoy cien por ciento segura, Benny. Dije -es la misma persona-, ¿no? -Sarah solía ser un poco brusca, particularmente con los hombres incrédulos a las cuatro de la mañana.

-¿Hasta dónde debemos llegar con esto? -preguntó otro miembro del staff.

-Ryan es amigo de nuestro país y presidente de Estados Unidos. Iremos tan lejos como podamos. Quiero investigar a fondo. Utilizaremos todos los contactos. Líbano, Siria, Irak e Irán, todos los contactos.

-Cerdos -Bondarenko se pasó la mano por el pelo. Hacía rato que se había sacado la corbata. Su reloj decía que era sábado, pero él ya no sabía en qué día estaba.

-Sí -coincidió Golovko.

-Una operación negra... ¿No solían llamar -húmeda. a esta clase de operaciones? -preguntó el general.

-Húmeda e incompetente -dijo abruptamente el director de la RVS.. Pero Ivan Emmetovich tuvo suerte, camarada general. Esta vez.

-Tal vez -musitó Gennady Iosefovich.

-¿No está de acuerdo conmigo?

-Los terroristas subestimaron a sus oponentes. Recientemente estuve con el ejército norteamericano, como usted sabe. Su entrenamiento no tiene igual en el mundo entero, y el entrenamiento de la custodia presidencial ha de ser muy eficaz también. ¿Por qué será que la

Librodot

gente tiende a subestimar a los norteamericanos? -preguntó.

Era una buena pregunta, reconoció Sergey Nikolayevich, indicándole con un gesto que prosiguiera.

-Estados Unidos sufre con frecuencia una falta de dirección política. Eso no equivale a incompetencia. ¿Sabe cómo es en realidad? Como un perro bravo atado con una correa corta... Y como el perro no puede romper la correa la gente deduce que no debe temerle, olvidando que dentro del alcance de la correa es invencible... y que una correa, camarada director, es una cosa temporaria. Usted conoce a Ryan.

-Lo conozco bien -admitió Golovko.

-¿Y? ¿Es cierto lo que dice la prensa?

-Es cierto.

-Le diré qué pienso, Sergey Nikolayevich. Si usted lo considera un adversario formidable, y él tiene a ese perro bravo atado a la correa, yo no me atrevería a ofenderlo. ¿Pero atacar a un niño? ¿A *su hija*? -El general sacudió la cabeza.

Era eso. Ambos estaban cansados, pero tuvieron un momento de claridad. Golovko había pasado demasiado tiempo leyendo los informes políticos de Washington, de su propia embajada, y directamente de los medios norteamericanos. Todos decían que Ivan Emmetovich... ¿era ésa la clave? Desde un comienzo había llamado así a Ryan, creyendo honrarlo con la versión rusa de su nombre y el patronímico ruso. Y claro que era un gran honor en el contexto de Golovko...

-¿Está pensando lo mismo que yo, *da*? -preguntó el general, viéndole la cara.

-Alguien ha hecho un cálculo...

-Que no es correcto. Creo que necesitamos saber quién fue. Creo que cualquier ataque sistemático a los intereses norteamericanos, cualquier intento de debilitar a Estados Unidos, camarada director, es en realidad un ataque contra nuestros intereses. ¿Por qué China hace lo que hace, eh? ¿Por qué obligan a Estados Unidos a modificar sus disposiciones navales? ¿Y ahora esto? Ejercen presión sobre las Fuerzas Armadas norteamericanas y al mismo tiempo arrojan un dardo directo al corazón del presidente. No es una casualidad. Bueno, nosotros podemos dar un paso al costado y no hacer otra cosa que observar o...

-No hay nada que podamos hacer, y menos con las revelaciones de la prensa norteamericana...

-Camarada director -lo interrumpió Bondarenko.. Durante setenta años nuestro país ha confundido teoría política con hechos objetivos, y ése fue nuestro gran fracaso como nación. Aquí tenemos condiciones objetivas -prosiguió, utilizando la frase preferida de los militares soviéticos... tal vez por reacción a tres generaciones de control político.. Veo que intentaron concretar una operación inteligente, coordinada, pero con un error fatal. El error es haber subestimado al presidente de Estados Unidos. ¿Está de acuerdo?

Golovko lo pensó unos segundos, teniendo en cuenta que Bondarenko podía estar observando algo real... ¿pero qué pasaría con los norteamericanos? Siempre es mucho más difícil ver algo desde adentro que desde afuera. ¿Una operación coordinada? De vuelta a Ryan, pensó.

-Sí. Yo mismo cometí ese error. Ryan parece menos de lo que es. Las señales están allí, pero nadie las ve.

-Cuando estuve en Estados Unidos, el general Diggs me contó la historia de los terroristas que atacaron la casa de Ryan. Él tomó las armas y los derrotó con coraje y decisión. Por lo que usted dice, también es muy eficaz como oficial de inteligencia. Su única falla, si podemos llamarla así, es no ser adepto a la política, cosa que los políticos consideran invariablemente una debilidad. Y tal vez lo sea -admitió Bondarenko.. Pero si ésta fue una operación hostil contra Estados Unidos, eso quiere decir que las debilidades políticas de Ryan importan mucho menos que sus capacidades.

-¿Y?

-Tenemos que ayudarlo -decidió el general.. Siempre es mejor estar del lado de los ga-

nadores, y si no lo ayudamos, corremos el riesgo de quedar del otro lado. Nadie atacará a Estados Unidos directamente. No tendremos esa suerte, camarada director. -Tenía razón.

44

Incubación

Ryan se despertó al alba, preguntándose por qué. La quietud. Casi como su casa en la bahía. Intentó escuchar algún sonido mecanizado, pero nada. Salir de la cama fue difícil. Cathy había decidido que Katie durmiera con ellos, y allí estaba con su piyamita rosa y su aspecto angelical. El presidente sonrió al verla y luego se dirigió al baño. Le habían dejado ropa informal en el vestidor. Se puso un sweater y un par de zapatillas y salió.

El aire era frío. Había rastros de helada en los árboles y el cielo estaba despejado. Nada mal. Robby tenía razón. Era un buen lugar para descansar. Ponía distancia entre él y el resto de las cosas, y eso era precisamente lo que necesitaba ahora.

-Buen día, señor. -Era el capitán Overton.

-No es un mal lugar para prestar servicio, ¿no?

El joven oficial asintió.

-Nosotros nos ocupamos de la seguridad y la Armada de las

petunias. Es una justa división del trabajo, señor presidente. Hasta los del Servicio Secreto logran dormir aquí, señor.

Ryan miró a su alrededor y vio por qué. Había dos marines armados cerca de la residencia y otros tres a menos de cincuenta metros. Y eso era solamente lo que podía ver.

-¿Desea tomar algo, señor presidente?

-Café, para empezar.

-Sígame, por favor.

-¡Atención en cubierta! -gritó un marinero pocos segundos des

pués, cuando Ryan entró a la antecocina... o como la llamaran.

-Sigan en lo suyo -les dijo el presidente.. Creí que estaba en el retiro presidencial, no en un campo militar. -Se sentó a la mesa del personal. El café apareció como por arte de magia. Luego hubo más magia todavía.

-Buen día, señor presidente.

-Hola, Andrea. ¿Cuándo llegó?

-A eso de las dos, en helicóptero -explicó Price.

-¿Pudo dormir algo?

-Unas cuatro horas.

Ryan bebió un poco de café. El café de la Armada seguía siendo

eso mismo, café de la Armada. -¿Y? -La investigación está en marcha. Se ha reunido el equipo. Cada uno tiene su lugar en la mesa. -Le tendió una carpeta que debería leer antes del informe matutino. Las policías de Anne Arundel y el estado de Maryland, el Servicio Secreto, el FBI, la ATF, y todas las agencias de inteligencia se estaban ocupando del caso. Habían comenzado a investigar las identidades de los terroristas, pero los dos documentos que chequearon resultaron falsos, probablemente de origen europeo. No era para sorprenderse. Cualquier criminal competente podía obtener pasaportes falsos, mucho más una organización terrorista. Levantó la vista.

-¿Qué pasa con los agentes que perdimos?

Andrea suspiró, encogiéndose de hombros.

-Todos tenían familia.

-Quiero conocerlas... ¿tendrían que venir todas juntas o mejor una por una?

-Como usted quiera, señor.

-No, tiene que ser lo mejor para ellos. Son su gente, Andrea. Usted se encargará de pla-

nificarlo, ¿de acuerdo? Les debo la vida de mi hija y tengo que hacer lo mejor para ellos -dijo POTUS amargamente, recordando por qué estaba en ese lugar pacífico y soleado.. Y doy por sentado que nos ocuparemos de su bienestar económico. Consígame los detalles: seguros, pensiones, todo, ¿entendido? Quiero supervisarlo yo mismo.

-Sí, señor.

-¿Todavía no sabemos nada importante?

-No, en realidad no. Lo único que sabemos es que los trabajos odontológicos de las bocas de los terroristas no fueron realizados en Estados Unidos.

Ryan hojeó los informes. Una conclusión preliminar lo dejó boquiabierto.

-¿Once años?

-Sí, señor.

-Entonces se trata de una operación mayor planeada por alguien... por un país.

-Es una posibilidad real.

-¿Quién más tendría los recursos necesarios? -preguntó el presidente. Price se vio obligada a recordar por enésima vez que había sido oficial de inteligencia.

El agente Raman se acercó a la mesa. Había escuchado el comentario de Ryan e intercambió una mirada con Price.

Sonó el teléfono de la pared. El capitán Overton atendió el llama-do.

-¿Sí? -Escuchó unos segundos y se dio vuelta.. Señor presidente, es la señora Foley de la CIA.

El presidente se acercó a tomar la llamada.

-Sí, Mary Pat.

-Acabamos de recibir un llamado de Moscú. Nuestro amigo Golovko quiere saber si puede ayudarnos. Recomiendo una respuesta afirmativa.

-De acuerdo. ¿Algo más?

-Avi ben Jakob quiere hablar contigo más tarde. Oídos solamente -advirtió la DDO.

-Dentro de una hora, primero quiero despertarme.

-Sí, señor... ¿Jack?

-¿Sí, MP?

-Gracias a Dios no le pasó nada a Katie -le estaba hablando de madre a padre. Luego dijo, como madre que era:

-Si podemos atrapar al criminal que está atrás de esto, lo hare-mos.

-Sé que son los mejores -oyó la señora Foley.. Ahora estamos bien aquí.

-Bueno. Ed y yo trabajaremos todo el día. -Colgó.

-¿Cómo lo escuchaste? -preguntó Clark.

-Lo logrará, John.

Chávez se pasó una mano por la barba crecida. Los tres habían pasado la noche revisando toda la información de la CIA sobre grupos terroristas.

-Tenemos que hacer algo con esto, muchachos -dijo.. Fue un acto de guerra. -Hablaba sin acento, como solía hacerlo cuando un asunto le parecía lo suficientemente serio como para recurrir a su educación en vez de a sus orígenes callejeros.

-No sabemos casi nada. Carajo -dijo la DDO-, todavía no sabemos nada en realidad.

-Lástima que no haya sacado a uno vivo. -Esa observación, para sorpresa de los otros dos, salió de labios de Clark.

-No creo que haya tenido grandes posibilidades de ponerle las esposas al tipo -replicó Ding.

-Es cierto -Clark recogió las fotos de la escena del crimen que el FBI había enviado justo después de medianoche. Había trabajado en Medio Oriente y por eso los del FBI esperaban que pudiera reconocer alguna de las caras, pero no.. Alguien está aprovechando en grande la ocasión -concluyó.

-Eso es un hecho -replicó Mary Pat automáticamente. Todos se quedaron pensando.

La cuestión no era la ocasión en sí, sino cómo la percibían aquellos que habían arrojado los dados. Los nueve terroristas eran indudablemente -kamikazes. señalados para la muerte como los fanáticos del Hezbollah que habían recorrido las calles israelíes con ropas diseñadas por DuPont... Ésa era la broma interna de la CIA sobre el hecho, aunque de hecho los explosivos plásticos pertenecían a la Skoda de la ex Checoslovaquia. El otro apelativo que utilizaban para denominarlos era -bom-bas no-tan-inteligentes.. ¿Realmente habrían creído que se saldrían con la suya? El problema con los fanáticos era que no medían las consecuencias de sus actos... aunque tal vez no les importaran.

El mismo problema tenían quienes los habían mandado. Después de todo, esta misión era diferente del resto. Generalmente los terroristas alardeaban de sus actos, por odiosos que fueran, y la CIA sólo tenía que sentarse a esperar el comunicado de prensa. Pero esa vez no llegó. Jamás llegaría. Si no mandaban el comunicado era porque no querían que se supiera. Era una ilusión vana. Los terroristas siempre proclamaban sus actos, aunque no siempre apreciaban las capacidades y artimañas de las fuerzas de la ley.

Supuestamente las naciones sí las apreciaban. Bueno, de acuerdo, los terroristas no habían dejado nada que permitiera identificar su punto de origen... eso creían algunos. Pero Mary Pat no se dejaba llevar por ilusiones. El FBI era mejor que bueno, tan bueno que el Servicio Secreto le había permitido ocuparse de todos los aspectos forenses. Y por eso era probable que los instigadores de la misión supieran que el plan se descubriría finalmente. Aun sabiéndolo, habían seguido adelante. Si esa línea de especulación era acertada, entonces...

-¿Parte de otra cosa? -preguntó Clark.. No un hecho aislado, sino parte de un plan mayor.

-Tal vez -dijo Mary Pat.

-Si es así, es grande -prosiguió Chávez.. Tal vez por eso nos hayan llamado los rusos.

-Tan grande... tan grande que aunque pudiéramos averiguarlo no tendría importancia.

-En ese caso sería muy, muy grande, Mary Pat -dijo Clark.. ¿Qué podría ser...?

-Algo permanente, algo que no podamos modificar una vez he-cho -sugirió Domingo. Obviamente no había perdido el tiempo en la Universidad George Manson.

La señora Foley hubiera querido que su esposo estuviera presente, pero en ese momento Ed estaba reunido con Murray.

Los sábados de primavera suelen ser días de rutina torpe pero esperanzada, pero ese sábado, en aproximadamente doscientas casas, se hizo poco o nada. No se desmalezaron jardines. No se lavaron autos. No se destaparon latas de pintura. Eso sin contar a los empleados gubernamentales o periodistas ocupados con la gran noticia de la semana. La mayoría de los engripados eran hombres. Treinta estaban en habitaciones de hotel. Varios habían intentado trabajar en las exhibiciones. Enjugándose el sudor frío, sonándose las narices y esperando que el Tylenol o la aspirina surtieran efecto. La mayoría de estos últimos volvió a descansar a su cuarto de hotel... no tenía sentido atender clientes estando enfermos, ¿verdad? En ningún caso buscaron atención médica. Simplemente se trataba de la habitual gripe invier-no/primavera. Todos se la pescaban tarde o temprano. Después de todo no estaban tan enfermos, ¿no?

La cobertura del atentado al Giant Steps fue absolutamente predecible: tomas de cámara desde unos cincuenta metros de distancia, las mismas palabras repetidas por todos los corresponsales, seguidas por las mismas frases de -expertos. en terrorismo y/o otros campos. Todos los comentarios apuntaban a Medio Oriente, aunque las agencias de inteligencia todavía no se habían pronunciado al respecto, salvo para destacar la heroica intervención de un agente del FBI y la batalla librada por los custodios del Servicio Secreto en defensa de Katie Ryan. Palabras como -heroico-, -dedicado. y -determinado. eran repetidas frecuentemente, hasta llegar a la -dramática conclusión..

Badrayn estaba seguro de que algo muy simple andaba mal, aunque no lo sabría con

Librodot

certeza hasta que su colega volviera a Teherán desde Londres, vía Bruselas y Viena, bajo diferentes pasaportes.

-El presidente y su familia están en el retiro presidencial de Camp David -concluyó el periodista-, para recuperarse del impacto de este lamentable hecho al norte de la pacífica Annapolis, en Maryland. Esto es...

-¿Retiro? -preguntó Daryaei.

-Esa palabra significa muchas cosas en inglés, pero la primera acepción es huir -respondió Badrayn, principalmente porque estaba seguro de que eso era lo que quería oír su patrón.

-Si cree que puede huir de mí... se equivoca -observó el religioso con cierto humor negro, producto del espíritu del momento.

Badrayn no reaccionó ante la revelación. Fue fácil porque estaba mirando la televisión, no a su jefe, pero la situación se volvió más clara. Después de todo no sería tan riesgoso, ¿verdad? Mahmoud Haji tenía una manera de matar a ese hombre, tal vez cuando se le antojara, y la estaba orquestando. ¿Podría hacerlo? Aunque en cierto modo ya lo había hecho.

El IVIS le hacía difícil la vida a la FuOp. Bueno, no tanto. El coronel Hamm y el Blackhorse habían ganado la última batalla, pero lo que un año atrás hubiera sido una barrida de proporciones cósmicas -Fort Irwin *estaba* en California y era imposible evitar algunas peculiaridades lingüísticas. se había transformado en una tímida victoria. La guerra era información. Ésa era la lección del NTC: encontrar al enemigo; impedir que el enemigo te encuentre. Reconocimiento. Reconocimiento. Reconocimiento. El sistema IVIS, operado por gente a medias competente, informaba tan rápido a todos que los soldados apuntaban en la dirección correcta aun antes de recibir la orden. Gracias al IVIS habían estado a punto de desbaratar una maniobra de la FuOp digna de los mejores días de Erwin Rommel. Viendo la transmisión del ejercicio en la enorme pantalla del Salón de la Guerra de las Galaxias, Hamm comprobó que habían estado muy cerca. Si una de las compañías de tanques de la Fuerza Azul se hubiera movido apenas cinco minutos antes, también hubiera perdido esa batalla. La NTC perdería efectividad si los Muchachos Buenos ganaban regularmente.

-Fue una hermosa estrategia, Hamm -admitió el coronel de la Guardia Carolina, ofreciéndole un cigarro.. Pero mañana le partiremos la cabeza.

En otra ocasión hubiera sonreído antes de responder: *Eso habrá que verlo*. Pero el maldito hijo de puta podría lograrlo, arrebatándole así la mayor diversión de su vida. Bueno, tendría que encontrar una manera de engañar al IVIS. Hacía tiempo que lo pensaba. Ya lo había discutido varias veces con su oficial de operaciones y habían llegado a la conclusión de que sería mejor utilizar vehículos camuflados... como los de Rommel. Tendría que conseguir fondos para comprarlos. Salió a fumar su cigarro. Se lo había ganado honorablemente. Afuera se encontró con el coronel de la Guardia.

-Para ser gendarmes son bastante buenos -tuvo que admitir Hamm. Jamás había dicho algo así de una formación de gendarmería. Ni de nadie. Excepto por un error de despliegue, el plan de la Fuerza Azul había sido esencialmente bello.

-Gracias por decirlo, coronel. El IVIS fue una desagradable sorpresa, ¿no?

-Esa afirmación corre por su cuenta.

-Mi gente lo adora. Muchos vienen fuera de hora a practicar en los simuladores. Demonios, me sorprende que haya podido derrotarnos la última vez.

-Su reserva estaba demasiado cerca -le dijo Hamm.. Creyeron saber qué recursos explotar. En cambio, los encontré fuera de posición con mi contraataque. -No era precisamente una revelación. El operador de controles ya se lo había dicho al contrito comandante de los tanques.

-Trataré de recordarlo. ¿Vio el noticiero?

-Sí, esos bastardos... -pensó Hamm en voz alta.

-No puedo creer que se metan con niños. ¿Condecorarán a los del Servicio Secreto?

-Supongo que sí. Puedo pensar en peores motivos para morir. -De eso se trataba. Los cinco agentes habían muerto cumpliendo su deber, enfrentando con valor las balas. Seguramente habían cometido algunos errores, pero a veces no había opción. Todos los soldados lo sabían.

-Dios ampare sus almas valientes. -Parecía una frase de Robert Edward Lee. Disparó algo en Hamm.

-¿Y qué puede decirme de ustedes? Usted, coronel Eddington, supuestamente no... ¿qué demonios hace en la vida real? -El coronel tenía más de cincuenta años, demasiado para un comandante de brigada, incluso en la gendarmería.

-Soy profesor de historia militar en la Universidad de Carolina del Norte. ¿Qué puedo decir de nosotros? Se supone que nuestra brigada debía apoyar al 24 de Mecánica en 1991, por eso vinimos a entrenarnos aquí. Nunca llegamos a concretar operaciones. En ese entonces yo era XO, Hamm. Queríamos ir. Las insignias de nuestra fuerza datan de la Revolución. La inactividad hiere nuestro orgullo. Hace casi diez años que esperábamos volver aquí, muchacho, y el IVIS nos ha dado la ocasión. -Era un hombre alto y delgado. Miró a Hamm a los ojos.. Vamos a aprovechar la ocasión, hijo. Conozco la teoría. Hace treinta años que leo y estudio estrategias y mis hombres no van a rodar y morir por culpa de ustedes, ¿entiende?

-¿Mucho menos porque somos yanquis?

-¡Muchísimo menos! -Lanzaron una carcajada. Nick Eddington era un verdadero maestro y tenía el don del impromptu dramático. Suavizó la voz.. Sé bien que si no tuviéramos el IVIS ustedes nos harían papilla...

-La tecnología es maravillosa...

Se tropezaron en el estacionamiento del 7-Once, que estaba haciendo su agosto con la venta de café y bizcochos de toda laya.

-Hola, John -dijo Holtzman, contemplando la escena del crimen desde la vereda de enfrente.

-Hola, Bob -respondió Plumber. El área estaba llena de cámaras, de televisión y fotográficas, cuya única misión era registrar la escena para la posteridad.

-Supongo que es demasiado temprano para ti -dijo el periodista del *Post* con una sonrisa amistosa.. ¿Qué te parece?

-Es realmente terrible -Plumber era varias veces abuelo.. No sé si recuerdas... ¿era Maalot, el de Israel, allá por...? ¿1975, fue en 1975? -Los atentados terroristas solían mezclarse en la memoria.

Holtzman tampoco estaba seguro.

-Creo que sí. Pedí que lo chequeen en la redacción.

-Los terroristas son noticia siempre pero, santo Dios, estaríamos mejor sin ellos.

La escena del crimen era casi prístina. Habían retirado los cadáveres. Probablemente ya habrían terminado las autopsias. Pero todo lo demás estaba intacto, o casi. Los automóviles seguían allí, rodeados por los expertos en balística. El negro con el rompevientos del Servicio Secreto era Norman Jeffers, uno de los héroes del día. Estaba demostrando cómo había salido de la casa y atravesado la calle. Adentro estaba el inspector O-Day. Algunos agentes simulaban los movimientos de los terroristas. Uno estaba tirado en el suelo frente a la puerta principal, apuntando un revólver de juguete de plástico rojo.

-¿Se llamaba Don Russell? -preguntó Plumber.

-Era uno de los más viejos del Servicio -confirmó Holtzman.

-Maldición -Plumber sacudió la cabeza.. Horacio en el puente... parece una escena de película antigua. -Heroico. no es una palabra que usemos muy a menudo, ¿no?

-No, se supone que los héroes ya no existen. Pero nosotros sabemos que sí -Holtzman terminó su café y arrojó el vaso al tacho de basura.. Imagínate, dar tu vida para salvar al hijo de otro.

Muchos relataban el hecho en términos de -western.. Un periodista lo había bautizado -

Librodot

Balacera en el Rancho Infantil-, ganándose el primer premio al mal gusto y obsequiándole a su canal cientos de llamados negativos. Plumber estaba verdaderamente furioso con eso. Evidentemente todavía creía en la importancia del periodismo.

-¿Se sabe algo de Ryan? -preguntó Bob.

-Hubo un comunicado de prensa. Callie Weston lo escribió y Arnie lo leyó. No puedo culparlo por llevarse a su familia. Merecen un

respiro, John.

-Bob, creo recordar...

-Sí, ya sé. Me engañaron. Elizabeth Elliot me pasó una historia sobre la época de Ryan en la CIA. -Lo miró a los ojos.. Era mentira. Me disculpé personalmente con él. ¿Sabes cuál era el meollo de la cuestión?

-No -admitió Plumber.

-La misión Colombia. Estaba allí, sí. Y murió gente. Entre ellos un sargento de la Fuerza Aérea. Ryan se ocupa de la familia. Manda a estudiar a los hijos con dinero de su bolsillo.

-Jamás lo publicaste -objetó el periodista de TV.

-No, no lo publiqué. La familia... bueno, no son figuras públicas, ¿sabes? Además, cuando me enteré la noticia ya era vieja. Supuse que no le interesaría a nadie. -La última frase era sustancial en su profesión. Los periodistas decidían qué se publicaba y qué no, y al elegir las noticias controlaban en cierto modo la opinión pública y además decidían qué cosas tenía derecho a saber el pueblo norteamericano. Con sus decisiones podían levantar o quebrar a cualquier personaje, particularmente dentro del ámbito político.

-Tal vez te hayas equivocado.

Holtzman se encogió de hombros.

-Tal vez, pero no esperaba que Ryan llegara a presidente. Y él tampoco. El tipo hizo algo honorable... diablos, mucho más que honorable. John, hay cosas sobre el tema Colombia que jamás saldrán a luz. Creo conocer la historia completa, pero no puedo escribirla. Sería perjudicial para el país y no ayudaría a nadie.

-¿Qué fue lo que hizo Ryan, Bob?

-Evitó un incidente internacional. Se ocupó de que el culpable fuera castigado de una u otra manera...

-¿Jim Cutter? -preguntó Plumber, preguntándose de qué sería capaz Ryan.

-No, eso fue un suicidio. ¿Ubicas al inspector O-Day, el hombre del FBI que participó en el hecho?

-¿Qué pasa con O-Day?

-Estaba siguiendo a Cutter y lo vio saltar bajo las ruedas del ómnibus.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente. Ryan no sabe que estoy metido en esto. Tengo un par de fuentes confiables y todo encaja perfectamente con los hechos conocidos. O es verdad... o es la mentira más inteligente que me han contado. ¿Sabes qué tenemos en la Casa Blanca, John?

-¿Qué tenemos?

-Un hombre honesto. No -relativamente honesto-, no uno al que -todavía no han pescado con las manos en la masa.. Honesto. No creo que haya hecho nada ilegal en toda su vida.

-Entonces es como un bebé en el bosque -replicó Plumber. Su conciencia comenzaba a hacer ruido.

-Tal vez lo sea. ¿Pero quién dijo que nosotros somos los lobos?

No, no es así. Se supone que debemos descubrir a los delincuentes, pero hace tanto que lo hacemos que hemos olvidado que no todos los gobernantes son delincuentes. -Volvió a mirar a su colega.. Nos pasamos la vida compitiendo para conseguir primicias... y de paso nos corrompemos un poco. ¿Qué hacemos con eso, John?

-Entiendo la pregunta. La respuesta es no.

-En una época de valores relativos es agradable hallar uno absoluto, señor Plumber. Aunque sea errado -agregó Holtzman, obteniendo la reacción que esperaba.

-Bob, eres bueno. Muy bueno en realidad. Pero no vas a engatusarme, ¿entendido? -El comentarista esbozó una sonrisa. Había sido un gran intento y no podía menos que admirarlo. Holtzman lo remontaba a las épocas que tanto añoraba.

-¿Y si pruebo que tengo razón?

-¿Entonces por qué no escribiste la historia? -preguntó Plumber. Ningún periodista verdadero podría evitar la tentación de hacerlo.

-No la publiqué. Eso no significa que no la haya escrito -aclaró Bob.

-Tu editor te mandaría fusilar si...

-¿Y? ¿No hay cosas que no hayas hecho, aun después de tener todo lo que necesitabas?

Plumber esquivó la pregunta:

-Hablaste de pruebas -dijo.

-Las tengo a treinta minutos de aquí. Pero no puedo publicar la historia.

-¿Por qué habría de confiar en ti, Bob?

-¿Por qué habría de confiar yo en ti, John? ¿Qué está en primer lugar? ¿Publicar la historia? ¿Sí? ¿Qué me dices del país, qué me dices de la gente? ¿Dónde termina la responsabilidad profesional y empieza la responsabilidad pública? No publiqué esa historia porque una familia perdió al padre. Porque quedó una esposa embarazada. El gobierno no podía asumir la responsabilidad de lo ocurrido y Jack Ryan tomó la posta. Hizo lo que había que hacer, lo correcto. Con dinero de su bolsillo. Jamás pensó que se sabría. ¿Qué se supone que debía hacer yo? ¿Exponer a la familia? ¿Para qué, John? Para dar a conocer una historia que perjudica al país... no, que perjudica a una familia ya demasiado perjudicada. Podría estropear la educación de los niños. Hay un montón de noticias para dar, no tenemos por qué centrarnos en esa justamente. Pero te diré una cosa, John: has perjudicado a un hombre inocente y tu amigo, el de la gran sonrisa, le *mintió* al público para hacerlo. Se supone que no debemos mentir.

-¿Entonces por qué no escribes sobre *eso*?

Holtzman lo hizo sufrir unos segundos antes de responder.

-Porque quiero darte la oportunidad de corregir el error. Por eso. Tú también estuviste allí. Pero debo tener tu palabra, John.

Había algo más. Tenía que haber. Plumber había recibido dos insultos profesionales. Primero, su joven socio de la NCB le había pasado por encima, creyendo, como todos los de su generación, que hacer periodismo era dar bien en cámara. Segundo, Ed Kealty también le había pasado por encima, lo había usado para... ¿perjudicar a un hombre inocente? Por lo menos tendría que averiguarlo. Tendría que hacerlo, de otro modo pasaría siglos mirándose al espejo. Tomó el minigrabador de Holtzman y apretó el botón de grabación.

-Soy John Plumber, es sábado, son las siete y cincuenta de la mañana, y estamos parados en la calle, frente al Giant Steps. Robert Holtzman y yo estamos a punto de ir a otra parte. He dado mi palabra de que lo que vamos a investigar será confidencial y no saldrá de nosotros. Esta grabación es para registrar mi promesa. Firmado: John Plumber -concluyó-, de la NBC. -Apagó el grabador. Volvió a encenderlo.. Pero la promesa quedará sin efecto si Bob me ha mentido.

-Es justo -admitió Holtzman, sacando el cassette del grabador y metiéndoselo en el bolsillo. La promesa no tenía valor legal. Aunque la hubieran hecho por contrato la Primera Enmienda la hubiera negado, pero era la palabra de un hombre, y ambos sabían que la palabra tenía cierta importancia, incluso en la época presente. Camino al automóvil de Holtzman, Plumber aferró del brazo a su productor.

-Volveremos dentro de una hora.

El Predator volaba en círculo aproximadamente a diez mil pies de altura. Por motivos estratégicos los tres cuerpos militares de la RIU fueron identificados como I, II y III por los oficiales de inteligencia de STORM TRACK y PALM BOWL. En ese preciso instante el UAV sobrevolaba el Cuerpo I, formado por una división acorazada reconstituida de la la ex Guardia Republicana iraquí y una división similar del ex ejército iraní, denominada -Los In-

Librodot

mortales. en homenaje a la guardia personal de Jerjes. El despliegue de fuerzas era convencional. Habían adoptado la clásica disposición triangular dos-arriba/ uno-atrás. Las dos divisiones estaban en fila y de frente. No obstante, la hilera del frente era asombrosamente angosta: cada división cubría apenas treinta kilómetros de espacio lineal, con una brecha de escasos cinco kilómetros entre ambas.

Se estaban entrenando duramente. Cada pocos kilómetros había un blanco, por lo general la silueta de un tanque de madera terciada. Les disparaban en cuanto aparecían. El Predator no podía identificar la calidad de las armas, aunque la mayoría de los blancos eran derribados por el primer escalón de vehículos de combate. Los vehículos eran de origen ruso/soviético. Los más pesados eran tanques de batalla T-72 y T-80 fabricados en los grandes establecimientos de Chelyabinsk. Los carros de infantería eran BMP. Las tácticas también eran soviéticas, detalle que se evidenciaba en la manera de moverse. Las subunidades permanecían bajo estricto control y las formaciones avanzaban con precisión geométrica, como cosechadoras en un campo de trigo en Kansas, barriendo el terreno en líneas regulares.

-Sí, yo vi la película -observó el sargento jefe en la estación ELINT kuwaití.

-¿Qué película? -preguntó el mayor Sabah.

-Los rusos... bueno, los soviéticos, acostumbraban filmar estos despliegues, señor.

-¿Qué comparación establecería entre ambos despliegues? -*Esa* sí que era una buena pregunta.

-No hay mucha diferencia, mayor. -Señaló la mitad inferior de la pantalla.. ¿Ve esto? El comandante de la compañía mantiene la distancia apropiada y los intervalos. Antes, el Predator sobrevoló la división de reconocimiento y también estaban formados según los libros. ¿Sabe algo de tácticas soviéticas, mayor Sabah?

-Sólo sé cómo las implementaron los iraquíes -admitió el militar kuwaití.

-Bueno, entonces sabe bastante. El ataque es duro y veloz y está destinado a atravesar literalmente al enemigo sin darle ocasión de reaccionar. Hay que mantener las propias fuerzas bajo control. Es un proceso matemático.

-¿Y el nivel de preparación?

-No está mal, señor.

-Elliot vigilaba a Ryan -señaló Holtzman, entrando el auto al 7-Once.

-¿Lo hacía seguir?

-Liz lo odiaba por su coraje. Yo nunca... bueno, está bien, lo descubrí solo. Era un asunto personal. Se la había jurado a Ryan antes de que Bob Fowler fuera electo presidente. El caso es que filtró una historia para perjudicar a su familia. ¿Qué te parece?

Plumber no se dejaba impresionar fácilmente.

-Así es Washington -replicó.

-Es cierto, ¿pero qué piensas de usar recursos gubernamentales para una vendetta personal? -Apagó el motor y le hizo señas a Plumber para que saliera.

Adentro encontraron una mujer diminuta y unos cuantos chicos asiático-norteamericanos llenando los estantes de provisiones para el sábado a la mañana.

-Hola -dijo Carol Zimmer. Reconocía a Holtzman de sus anteriores visitas para comprar leche y pan... y echarle un vistazo al establecimiento. No sabía que era periodista. Pero reconoció inmediatamente a John Plumber. Lo señaló -¡Usted es de la tele!

-Sí, soy -admitió el comentarista con una sonrisa.

El hijo mayor -Laurence, según su placa. se acercó con una sonrisa bastante menos amistosa.

-¿Puedo ayudarlo, señor? -Su voz sonaba impasible y sus ojos eran brillantes y suspicaces.

-Me gustaría hablar con usted, si fuera posible -Plumber formuló el pedido cortésmente.

-¿Acerca de qué, señor?

-Usted conoce al presidente, ¿no?

-La máquina de café está por allá, señor. En el camino encontrará algo para comer. -El joven le dio la espalda. Era alto como su fallecido padre y había estudiado.

-¡Espere un momento! -dijo Plumber.

Laurence se dio vuelta.

-¿Por qué? Tengo que ocuparme del negocio. Excúseme.

-Larry, sé amable con él.

-Mamá, te conté lo que hizo, ¿recuerdas? -Laurence clavó sus ojos en los de Plumber, hiriéndolo como hacía años no lo herían.

-Discúlpeme, por favor -musitó el comentarista.. Sólo quiero hablar con usted. No hay cámaras.

-¿Estás yendo a la facultad de medicina, Laurence? -preguntó Holtzman.

-¿Cómo lo sabe? ¿Quién demonios es usted?

-¡Laurence! -lo reprendió su madre.

-Espere un momento, por favor -Plumber levantó las manos.. Sólo quiero hablar. No hay cámaras ni grabadores. No intento...

-Ah, sí... seguro. ¿Nos da su palabra, señor?

-¡Laurence!

-¡Déjame manejar esto, mamá! -gritó el joven. Inmediatamente se disculpó.. Perdóname, mamá, pero no sabes de qué se trata.

-Estoy tratando de entender...

-Vi lo que hizo, señor Plumber. ¿Nadie se lo dijo? ¡Si escupe sobre el presidente también escupe sobre la memoria de mi padre! Ahora, ¿por qué no compra lo que necesita y se manda a mudar? -Volvió a darle la espalda.

-No sabía -protestó John.. Si hice algo mal, ¿por qué no me dice qué? Lo prometo, tiene mi palabra de que no haré nada que lo perjudique a usted ni a su familia. Pero si hice algo mal, por favor dígame qué fue.

-¿Por qué lastimó al señor Ryan? -preguntó Carol Zimmer.. Él es un buen hombre. Cuida de nosotros. Él...

-Por favor, mamá. ¡A esta gente le importa un bledo eso! -Laurence arremetió nuevamente. Su madre era demasiado ingenua.

-Laurence, mi nombre es Bob Holtzman. Trabajo en el *Washington Post*. Hace años que conozco el caso de tu familia. Jamás publiqué la historia porque no quería invadir tu privacidad. Sé lo que el presidente Ryan está haciendo por ustedes. Quiero que John lo sepa. No se hará público, te lo garantizo. Si quisiera publicarlo, ya lo habría he-cho.

-¿Por qué habría de confiar en ustedes? -preguntó Laurence Zimmer.. Son periodistas. -La observación hirió a Plumber al punto de causarle dolor físico. ¿Tanto se había hundido su profesión?

-¿Está estudiando medicina? -preguntó anonadado.

-En Georgetown, voy a segundo año. Tengo un hermano en el MIT y una hermana que acaba de empezar en UVA.

-Es costoso. Demasiado caro para lo que ganan en este negocio. Lo sé bien. Tengo que educar a mis hijos.

-Todos trabajamos aquí. Yo trabajo los fines de semana.

-Estás estudiando para ser médico. Es una profesión honorable -dijo Plumber.. Y si cometes errores trata de aprender de ellos. Yo hago lo mismo, Laurence.

-De la boca para afuera, señor Plumber, como la mayoría de la gente.

-El presidente los ayuda, ¿verdad?

-Si le digo algo en privado, ¿puedo estar seguro de que no se publicará?

-No necesariamente. Pero si le prometo, aquí y ahora, que jamás utilizaré esa información -y tenemos testigos. y luego falto a mi palabra... bueno, usted podrá arruinarme la carrera. Los periodistas profesionales solemos propasarnos con demasiada frecuencia -admitió

Librodot

Plumber-, pero no podemos mentir. -Ése era el punto, ¿no?

Laurence miró a su madre, cuyo inglés deficiente no denotaba una mente deficiente. Ella asintió.

-El presidente estaba con mi padre cuando lo mataron -dijo el joven.. Le prometió ocuparse de nosotros. Cumplió su promesa, y sí, él y sus amigos de la CIA pagan nuestra educación y otras cosas.

-Tuvieron problemas con algunos alborotadores -agregó Holtzman.. Un tipo de Langley que conozco vino y...

-¡No debió hacerlo! -objetó Laurence.. El señor Clar... Bueno, no tenía por qué hacerlo.

-¿Por qué no estudias en Johns Hopkins? -preguntó Holtzman.

-Me aceptaron -dijo Laurence, sin perder la hostilidad de la voz.. Pero así estoy más cerca y puedo ayudar con la tienda. Al principio la doctora Ryan no lo sabía, pero luego se enteró... y bueno, otra hermana empezará la carrera allí este otoño.

-¿Pero por qué...? -a Plumber se le ahogó la voz.

-Porque es esa clase de tipo, sí, y usted se aprovechó de él.

-¡Laurence!

Plumber no pudo hablar durante unos segundos. Miró a la mujer.

-Gracias por su tiempo, señora Zimmer. Jamás se sabrá nada de esto. Lo prometo. -Se dio vuelta.. Buena suerte con el estudio, Laurence. Gracias por decírmelo. No los molestaré más.

Los dos periodistas salieron y fueron directo al Lexus de Holtzman.

¿Por qué habría de confiar en ustedes? Son periodistas. Las palabras acaso toscas de un estudiante lo habían herido profundamente. Porque se las había ganado. Porque las merecía.

-¿Qué más? -preguntó.

-Hasta donde sé, ni siquiera ellos conocen las circunstancias de la muerte de Buck Zimmer. Sólo saben que murió cumpliendo su deber. Evidentemente Carol estaba embarazada de su hija menor cuando Buck murió. Liz Elliot trató de difamar a Ryan diciendo que la cortejaba y que el bebé era suyo en realidad. Yo le creí.

Un largo suspiro.

-Sí. Yo también.

-Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto, John?

Plumber levantó la vista.

-Quiero confirmar algunas cosas.

-El del MIT se llama Peter. Estudió computación. La que estudia en Charlottesville... creo que se llama Alisha. Desconozco el nombre de la que está en la secundaria, pero puedo averiguarlo. Tengo las fechas de todo este asunto. Encajan perfectamente con la misión de Colombia. Ryan les festeja la Navidad todos los años. Cathy también. No sé cómo se las arreglan con todo. Probablemente muy bien -Holtzman sonrió.. Sabe guardar secretos.

-Y el tipo de la CIA que...

-Lo conozco. No te daré el nombre. Descubrió que unos punks estaban molestando a Carol. Habló con ellos. La policía tiene los registros, los vi -dijo Holtzman.. Es un hombre interesante. Él sacó a la esposa y a la hija de Gerasimov. Carol opina que es un osito de felpa tamaño gigante. También rescató a Koga. Un tipo serio.

-Dame un día. Un día nada más -dijo Plumber.

-Me parece justo. -No volvieron a hablar en el camino de regreso a la Autopista Ritchie.

-¿Doctora Ryan? -Era el capitán Overton, asomando la cabeza por la puerta.

-¿Qué sucede? -preguntó Cathy, levantando la vista del artículo que estaba leyendo.

-Con su permiso, señora, está pasando algo que puede interesarles a los chicos. A todos, en realidad.

Dos minutos después estaban en la parte trasera de un Hummer, rumbo al bosque. El vehículo se detuvo a doscientos metros de la valla. El capitán y un cabo los acompañaron a

pie hasta el borde.

-Shh -le dijo el cabo a SANDBOX, acercándole los binoculares a los ojos.

-¡Grandioso! -opinó Little Jack.

-¿Tendrá miedo de nosotros? -preguntó Sally.

-No, aquí no los cazan y están acostumbrados a los vehículos -les dijo Overton.. Ésa es Elvira, la segunda más vieja del área.

Unos minutos antes había dado a luz. Elvira se estaba levantando y lamía al cervato recién nacido, de ojos confundidos por un nuevo mundo que no tenía por qué entender.

-¡Bambi! -observó Katie Ryan. Era toda una experta en películas de Disney. Minutos después, el cervato se paró sobre sus patas.

-De acuerdo. ¿Katie?

-¿Sí? -preguntó la niña, sin dejar de mirar al recién nacido.

-*Tú* nos dirás cómo se llama -le anunció el capitán Overton. Ésa era la tradición del lugar.

-Señorita Marlene -dijo SANDBOX sin vacilar.

45

Confirmación

Como decía el dicho... millas y millas de millas y millas. El cami-no era tan aburrido como podía permitírselo cualquier ingeniero civil, pero nadie tenía la culpa. Así era la región. Ahora sabían por qué los Montañeses se habían vuelto Montañeses. Por lo menos el paisaje era imponente. Holbrook y Brown hubieran querido ir más rápido, pero llevaba tiempo aprender a manejar la nueva bestia. Por eso no pasaban de las cincuenta millas por hora ganándose las miradas reprobadoras de los otros choferes que transitaban la I-90, especial-mente de esos odiosos propietarios del K-Whopper, convencidos de que el ilimitado límite de velocidad en Montana era genial, más los abogados ocasionales -*tenían* que ser abogados. que les pasaban rozando en sus autos alemanes como si fueran un transporte de ganado.

Los preparativos los habían dejado exhaustos. Todas esas semanas de esfuerzo acondicionando el camión, mezclando los explosivos, fabricando las balas y ocultándolas. Casi no habían podido dormir... y no había nada como conducir por una autopista interestatal para conciliar el sueño. Pasaron la primera noche en un motel de Sheridan, justo en el límite con Wyoming. Sabían que el camión sería tan difícil de manejar como un cerdo sobre el hielo, pero la experiencia real había superado sus peores miedos. Esa mañana durmieron hasta pasadas las ocho.

El motel prestaba sus servicios a vehículos privados y fletes interestatales. Servían un buen desayuno, devorado por hombres de aspecto rudo e independiente y mujeres a tono. La conversación matinal fue absolutamente predecible.

-Tienen que ser unos asquerosos hijos de puta -opinó un camionero barrigón con tatuajes en los brazos.

-¿Te parece? -preguntó Ernie Brown desde el mostrador, muy interesado en conocer los sentimientos de esas almas afines.

-¿Quién más hubiera atacado niños? Hijos de puta. -El camionero volvió a sus panqueques de frambuesa.

-Si la TV dice la verdad, esos dos policías los dejaron fritos -proclamó un repartidor de leche.. Cinco cabezas voladas... ¡Grandioso!

-¿Y qué me dicen del tipo que enfrentó solo a los seis rifleros? Con una *pistola*. Mató a tres, probablemente a cuatro. Fue un verdadero hombre de ley norteamericano el que murió allí. -El forzudo levantó la vista de los panqueques.. Se ha ganado un lugar en el Valhalla, claro que sí.

-Eh, eran policías, viejo -dijo Holbrook, masticando su tostada.. No son héroes. ¿Qué me dices...?

-Puedes meterte esas palabras en el culo, amiguito -le advirtió el repartidor de leche..

No quiero oírlas. Había veinte, treinta niños en ese lugar.

Otro chofer se sumó a la conversación.

-Y ese negro con la M-16. Carajo, me hizo recordar mis épocas en la Caballería. No me molestaría invitarlo a una cerveza ni estrecharle la mano...

-¿Estuviste en la Caballería? -preguntó el transportador de ganado, olvidando su desayuno.

-Charlie, Primera de la Séptima. -Se dio vuelta para mostrar la insignia sobredimensionada de la Primera División de Caballería en su campera de cuero.

-¡Gary Owen, hermano! Delta, Segundo/Séptimo. -Se levantó para darle la mano.. ¿De dónde vienes?

-De Seattle. El de los repuestos mecánicos allá afuera es el mío. Voy a St. Louis. Gary Owen. Dios, es bueno volver a escuchar eso.

-Cada vez que paso por allí...

-Claro. Tenemos hermanos enterrados allá afuera. Siempre rezo por ellos cuando paso.

-Mierda. -Volvieron a darse la mano.. Mike Fallon.

-Tim Yeager.

Los dos Montañeses no estaban allí sólo para desayunar. Ésa era su gente. Individualistas recios. ¿Pero llamar héroe a un policía federal? ¿Qué demonios estaba pasando?

-Muchacho, cuando sepamos quién carajo ordenó el atentado espero que ese tipo Ryan sepa qué hacer -dijo el de repuestos mecánicos.

-Es un ex marine -replicó el del ganado.. No es uno de ellos. Es uno de nosotros. Por fin.

-Tal vez tengas razón. Alguien tendrá que pagar por esto y espero que les den su merecido.

-Ojalá -farfulló el repartidor de leche desde el mostrador.

-Bueno -Ernie Brown se puso de pie.. Llegó el momento de seguir viaje.

Los camioneros los miraron de soslayo. Eso fue todo.

-Si mañana no te sientes mejor, irás al médico. ¡Así de simple! -dijo ella.

-No, mañana me sentiré bien -gruñó el hombre, preguntándose si padecería la gripe de Hong Kong o algo por el estilo. No porque conociera la diferencia. Pocos la conocían y esos pocos eran médicos generalmente... y él lo sabía. ¿Qué le recomendarían entonces? Descanso, líquidos, aspirinas... lo mismo que venía haciendo hasta ahora. Se sentía como si lo hubieran metido en una bolsa y golpeado hasta el cansancio con bates de baseball... y los viajes habían empeorado su estado. A nadie le gustaba viajar, en realidad. A todos les gustaba estar en otro lugar, pero llegar siempre era una patada en el... en todo el cuerpo, gruñó. Bueno, dormiría un rato. Esperaba que su esposa no se preocupara demasiado. Mañana se sentiría mejor. Esas cosas siempre desaparecían tal como habían llegado: solas. La cama era mullida y tenía el control remoto del televisor en la mano. Si no se movía no le dolía... tanto. El dolor no podría aumentar, eso seguro. Entonces tendría que amainar, como una tempestad. Siempre pasaba lo mismo.

Cuando uno llega a cierto punto ya no deja de trabajar. Puede alejarse, sí, pero el trabajo vuelve a uno, lo busca y lo encuentra donde esté... Tal era el problema de Jack Ryan y Robby Jackson.

Para Jack eran los discursos que Callie le había preparado... Al día siguiente volaría a Tennessee, luego a Kansas, luego a Colorado, luego a California y por último de regreso a Washington, donde llegaría a las tres de la madrugada del que iba a ser el más importante día de elecciones de la historia norteamericana. Se elegiría más de un tercio de las bancas dejadas vacantes por Sato, y el resto quedaría para las dos semanas siguientes. Por fin tendría un Congreso completo y tal vez, sólo tal vez, podría hacer algo como era debido. La política en esta-

do puro se cernía sobre su futuro inmediato. La semana entrante tendría que estudiar los planes destinados a poner límites a las dos burocracias más poderosas del gobierno: Defensa y Tesoro. Y el resto estaba en marcha.

Robby Jackson también recibía toda clase de informes del jefe de inteligencia del Pentágono -el J-2. desde que estaba en Camp David acompañando al presidente. Esa mañana le llevó una hora revisar todos los reportes.

-¿Qué tal van las cosas, Rob? -preguntó Jack. Pero no era una simple pregunta de un amigo a otro... No, Jack estaba preguntando por el estado del planeta. El J-3 enarcó las cejas.

-¿Por dónde quieres que empiece?

-Por donde quieras. Elige un tema -sugirió el presidente.

-Bueno, Mike Dubro y el grupo *Ike* siguen rumbo al norte de China, con ritmo estable. Hay buen tiempo y el mar está calmo, lo cual les permite avanzar a una velocidad promedio de veinticinco nudos. Siguen las prácticas en el estrecho de Formosa, pero ambos bandos se están replegando hacia sus respectivas costas. Parece que la caída del avión los tranquilizó un poco. Se supone que el secretario Adler está allí ahora, tratando ciertos temas de interés común.

-Medio Oriente. Estamos vigilando las prácticas militares de la RIU. Seis divisiones pesadas, más reservas y táctica aérea. Hemos lanzado Predators para ver más de cerca y...

-¿Quién autorizó esos lanzamientos? -preguntó el presidente.

-Yo -replicó Jackson.

-¿Autorizaste la invasión del espacio aéreo de otro país?

-J-2 y yo dirigimos la operación. Quieres saber qué se proponen y cuáles son sus capacidades, ¿sí o no?

-Sí, necesito saberlo.

-Bueno, tú me dices qué necesitas y yo me ocupo de conseguirlo, ¿de acuerdo? El Predator es un medio de investigación de alta seguridad. Se autodestruye si sale fuera de control o si quienes lo maniobran ven algo sospechoso y nos brinda información en tiempo real que no podemos obtener mediante satélites. ¿Alguna otra pregunta, señor presidente?

-*Touché*, almirante. ¿Qué sabemos al respecto?

-Están en mejores condiciones de lo que esperábamos según nuestras primeras estimaciones de inteligencia. Todavía no ha cundido el pánico... pero están empezando a atraer nuestra atención.

-¿Qué pasa con Turkestán?

-Evidentemente están tratando de llamar a elecciones, pero es información vieja y es todo lo que sabemos del aspecto político. La situación general se mantiene calma por el momento. Los satélites indican que aumentó la cantidad de cruces de frontera... y los de inteligencia opinan que es un tema puramente comercial.

-¿Están observando el desplazamiento de tropas iraníes -maldición, de la RIU quise decir. hacia la frontera?

-No sé. Puedo chequear -Jackson escribió una nota.. Por último, hemos detectado a la flota india.

-¿Cómo?

-No han intentado ocultarse. Mandé un par de Orions desde Diego García, que detectaron a nuestros amigos a trescientas millas de distancia por emisiones electrónicas. Están a cuatrocientas millas de su base, aproximadamente. Y, a propósito, eso los coloca a mitad de camino entre Diego García y la entrada del Golfo Pérsico. Nuestro agregado de Defensa irá mañana a preguntarles qué se proponen. Probablemente no se lo dirán.

-Si se niegan a informarnos, creo que el embajador Williams tendrá que ocuparse personalmente del asunto.

-Buena idea. Acabo de hacerte un resumen sustancial de las noticias de hoy, a menos que quieras conocer las trivialidades -Robby hizo a un lado los papeles.. ¿Qué tal tus discursos?

Librodot

-Centrados en el sentido común -informó el presidente.

-¿En Washington?

Adler no estaba demasiado complacido. A punto de llegar a Beijing se enteró de que los horarios no eran propicios. Su avión aterrizó en lo que resultó ser la noche del sábado y poco después le informaron que los principales ministros estaban fuera de la ciudad, analizando las implicancias de la batalla aérea sobre el estrecho y dándole la oportunidad de recuperarse del malestar posterior al vuelo y llegar en buen estado a una reunión tan seria. Al menos eso habían dicho sus secreta-rios. Pero, como todo en la vida, el momento crucial llegó.

-Es un placer tenerlo aquí -dijo el ministro del Exterior, estrechándole la mano y acompañándolo a su oficina privada, donde lo esperaba otro hombre.. ¿Conoce a Zhang Han San?

-No. ¿Cómo le va, señor ministro? -preguntó Adler, estrechándole la mano. *Entonces, ésta era su fisonomía...*

Tomaron asiento. Adler estaba solo. Junto a los dos ministros de la RPCH había una intérprete de unos treinta años de edad.

-¿El vuelo fue agradable? -preguntó el ministro del Exterior.

-Viajar a su país siempre es agradable, pero me gustaría que los aviones volaran más rápido -admitió Adler.

-Los efectos de los viajes sobre el cuerpo suelen ser complejos, y el cuerpo afecta a la mente. Confío en que habrá tenido tiempo de recuperarse. Es importante -prosiguió el ministro del Exterior. que las conversaciones de alto nivel no sean obstaculizadas por complicaciones ajenas, especialmente en momentos tan delicados.

-Descansé muy bien -les aseguró Adler. Había dormido mucho. Sólo que no estaba seguro de dónde y a qué hora creía estar su cuerpo.. Y, como ustedes saben, los intereses de la paz y la estabilidad nos compelen a hacer sacrificios de vez en cuando.

-Es muy cierto.

-Ministro, los desafortunados hechos de la semana pasada preocupan a mi país -empezó el norteamericano.

-¿Por qué buscan provocarnos esos bandidos? -preguntó el ministro del Exterior.. Nuestras fuerzas están haciendo prácticas, eso es todo. Y ellos dispararon contra dos de nuestros aviones. Todos los tripulantes han muerto. Es muy triste, pero espero sepan tener en cuenta que la República Popular no ha devuelto el golpe.

-Lo hemos advertido con gratitud.

-Los bandidos dispararon primero. Ustedes lo saben.

-No lo tenemos claro, en realidad. Una de las razones de mi viaje es esclarecer los hechos -replicó Adler.

-Ah.

¿Los habría sorprendido? Era como una partida de naipes, con la diferencia de que uno desconocía el valor de las cartas que tenía en la mano. En este caso había mentido, y aunque la otra parte sospechara la mentira no podría darla por segura, y eso afectaría el juego. Si creían saber, dirían una cosa. Si creían no saber, dirían otra. En este caso creían saber, pero no estaban seguros. Y él acababa de decirles algo que podía ser mentira o verdad. Ventaja para Estados Unidos. Adler había planeado la estrategia en el camino.

-Ustedes han declarado públicamente que el primer disparo fue realizado por la otra parte. ¿Están seguros?

-Completamente -le aseguró el ministro del Exterior.

-Discúlpeme, ¿pero qué pasaría si uno de sus pilotos muertos hubiera sido el primero en disparar? ¿Cómo podríamos saberlo?

-Nuestros pilotos tenían órdenes estrictas de no disparar, salvo en defensa propia.

-Es una orden razonable y prudente. Pero en el calor de la batalla... si no de la batalla, en el de una situación por demás tensa, se cometen errores. Nosotros tenemos ese problema. Creo que los aviadores son impulsivos, especialmente los más jóvenes y orgullosos.

-¿No podría decirse lo mismo de la otra parte?

-Ciertamente -admitió Adler.. Ése es el problema, ¿verdad? Y por eso los diplomáticos debemos asegurarnos de que tales situaciones no se presenten.

-Pero ellos nos provocan constantemente. Siempre esperan ganar el beneplácito norteamericano y nos resulta problemático que lo hayan obtenido.

-¿Perdón?

-Su presidente Ryan habló de *dos* Chinas. Hay una sola China, secretario Adler. Creí que el tema estaba cerrado hace tiempo.

-Fue un error semántico del presidente, un tropezón lingüístico -replicó Adler, restándole importancia al tema.. El presidente tiene muchas cualidades, pero todavía tiene que aprender las estrategias del intercambio diplomático. Nada más. No hubo cambios en nuestra política para esta región.

-Los errores lingüísticos corren el riesgo de ser considerados otra cosa -replicó el ministro del Exterior.

-¿Acaso no he aclarado nuestra posición al respecto? Permítanme recordarles que en ese momento Ryan respondía por un incidente desafortunado donde perecieron muchos norteamericanos... y que por consiguiente eligió palabras que tienen un sentido en nuestro idioma y otro en el de ustedes. -Era más fácil de lo que esperaba.

-También murieron chinos.

Adler advirtió que Zhang se limitaba a escuchar sin proferir palabra. En un contexto occidental su actitud hubiera delatado a un asistente técnico convocado para aconsejar al ministro sobre temas de interpretación legal. Pero no era el caso. Al contrario. Si Zhang era lo que Adler suponía que era, y si además era lo bastante inteligente para sospechar lo que el norteamericano estaba pensando... ¿entonces qué demonios hacía allí?

-Sí, se perdieron muchas vidas por razones mezquinas y para desolación nuestra. Espero sabrán comprender que nuestro presidente toma en serio esas cuestiones.

-Por cierto, y lamento no haberme adelantado a expresar nuestro horror ante el atentado contra su hija. Confío en que transmitirá al presidente Ryan nuestra solidaridad frente a ese acto inhumano y nuestra alegría porque su hija haya salido ilesa.

-Les agradezco en nombre del presidente y transmitiré sus buenos deseos. -El ministro había aflojado dos veces. Ahí estaba la brecha. Recordó que sus interlocutores se creían más inteligentes y astutos que nadie.. Mi presidente es un sentimental -admitió el secretario.. Es un rasgo norteamericano. Más aún, siente profunda-mente su deber de proteger a todos los ciudadanos.

-Entonces tendrá que hablar con los rebeldes de Taiwan. Estamos convencidos de que ellos derribaron el avión.

-¿Por qué habrían de hacerlo? -preguntó Adler, ignorando la parte verdaderamente sorprendente. ¿Habría sido un desliz? Hablar con Taiwan. ¿La RPCH le estaba pidiendo eso?

-Para fomentar este incidente, es obvio. Para jugar con los sentimientos personales de su presidente. Para oscurecer los temas pendientes entre la RPCH y la provincia rebelde.

-¿Realmente cree lo que está diciendo?

-Sí, estamos convencidos -le aseguró el ministro.. No queremos hostilidades. Estas cosas hacen perder gente y recursos y nosotros tenemos objetivos mayores para nuestro país. El tema Taiwan se decidirá a su debido tiempo. Siempre y cuando Estados Unidos no interfiera -agregó.

-Ya le he dicho, señor ministro, que no hemos realizado cambios políticos. Lo único que deseamos es que se restauren la paz y la estabilidad en esta región -dijo Adler.

-Entonces estamos de acuerdo.

-¿No pondrán objeciones a nuestros despliegues navales?

El ministro suspiró.

-El océano está allí para que pasen libremente todos. No nos corresponde dar órdenes a Estados Unidos de Norteamérica, así como a ustedes no les corresponde dar órdenes a la Re-

pública Popular China. El despliegue de las fuerzas norteamericanas probablemente tendrá influencia sobre los acontecimientos locales y pensamos hacer comentarios pro forma al respecto. Pero en nombre de la paz -prosiguió con voz a la vez paciente y cansada-, no haremos objeciones importantes, especialmente si la presencia norteamericana estimula el cese de las provocaciones por parte de los rebeldes.

-Sería útil saber si sus prácticas navales terminarán pronto. Sería un gesto muy favorable.

-Las maniobras primaverales continuarán. Ya no significan una amenaza, y la creciente presencia naval norteamericana lo dejará en claro. No le pedimos que crea en nuestra palabra. Queremos que los hechos hablen por nosotros. También sería bueno que nuestros primos rebeldes reduzcan sus actividades militares. ¿Tal vez pueda sugerírselo, secretario Adler? -¿Dos veces? Entonces no había sido un desliz.

-Si usted me lo pide, sí. Me complacerá unir mi voz y la de mi país a un pedido de paz.

-Valoramos los buenos oficios de Estados Unidos y confiamos en que usted será un honesto mediador en esta ocasión, teniendo en cuenta que, lamentablemente, se han perdido vidas norteamericanas en este trágico incidente.

El secretario Adler bostezó.

-Oh, perdóneme -se disculpó.

-Los viajes son una maldición, ¿no? -Zhang habló por primera vez.

-Creo que sí -coincidió Adler.. Por favor permítanme consul-tar con mi gobierno. Creo que tendrán una respuesta favorable a su pedido.

-Excelente -observó el ministro.. No queremos sentar precedentes. Espero sepa comprender que aceptamos su ayuda dada la singularidad de las circunstancias.

-Mañana les traeré la respuesta -prometió Adler, levantándose.. Perdónenme por prolongarles el día de trabajo.

-Todos debemos cumplir nuestro deber.

Scott Adler se retiró, preguntándose qué bomba era ésa que le habían puesto en las manos. No sabía quién había ganado la partida.

Ni siquiera sabía a qué demonios habían jugado. Ciertamente no había sido como esperaba. Tenía la impresión de haber ganado fácilmente. La otra parte había hecho más concesiones de las que él mismo hubiera hecho en su lugar.

Algunos lo llamaban investigación periodística, pero no era un procedimiento nuevo ni costoso a nivel laboral. Cualquier periodista experimentado tenía gente a la que acudir, gente que, por un modesto estipendio, chequeaba cualquier clase de información. Pedirle un favor a un amigo no era en sí un procedimiento ilegal. En este caso la información era de conocimiento público. Sólo que las oficinas no estaban abiertas los domingos.

Un burócrata mediano del estado de Maryland fue a su oficina en Baltimore, utilizó su pase para estacionar, entró y abrió la cantidad necesaria de puertas para llegar a un archivo húmedo y sombrío. Encontró el gabinete que buscaba, abrió un cajón y sacó una carpeta. Hizo una marca en el cajón y llevó la carpeta a la fotocopiadora más próxima. En menos de un minuto fotocopió los documentos y volvió a poner todo en su lugar. Luego volvió a su casa. Hacía tan a menudo esa clase de -investigaciones. que tenía un fax personal. Diez minutos después de llegar a su casa las fotocopias habían sido enviadas, llevadas a la cocina y arrojadas a la basura. Recibiría quinientos dólares por el servicio. Cobraba extra por trabajar los fines de semana.

John Plumber empezó a leer los documentos antes de que terminara la transmisión del fax. Sí, un tal Ryan, John P-, había establecido una corporación sub-S en la época que le había dicho Holtzman. El control de la corporación había pasado a manos de Zimmer, Carol, cuatro días después (había un fin de semana en el medio), y la corporación era propietaria de un 7-

Once en Maryland. Los miembros de la corporación eran Zimmer, Laurence; Zimmer, Alisha; y otro Zimmer más. Todos los accionistas eran de apellido Zimmer. Reconoció la firma de Ryan en el documento de transferencia. De la parte legal se había ocupado un estudio de Washington... uno grande, conocía el nombre. Habían realizado una maniobra absolutamente legal para que la familia Zimmer no pagara impuestos por la transacción. No había más papeles sobre el tema. No era necesario.

Pero tenía otros documentos. Plumber conocía a un empleado de el MIT y la noche anterior se había enterado, también vía fax, de que los gastos de matrícula y alojamiento de Peter Zimmer eran pagados por una fundación privada, cuyos cheques eran emitidos y firmados por un socio del estudio legal que había creado la corporación sub-S para la familia Zimmer. Incluso tenía una transcripción del certificado analítico de Peter Zimmer. Seguro, estudiaba computación. Salvo algunas notas mediocres en literatura -hasta en el MIT querían que la gente leyera, pero evidentemente a Peter le importaba un cuerno la poesía-, el muchacho tenía excelentes calificaciones.

-Entonces es cierto -Plumber se recostó en su sillón giratorio y dejó hablar a su conciencia.. -¿Por qué habría de confiar en ustedes? Son periodistas-, repetía una y otra vez.

Ni él ni sus colegas hablaban jamás del verdadero problema de su profesión, así como los ricos no se quejan cuando bajan los impuestos. Allá por la década del .60 un hombre llamado Sullivan había demandado al *New York Times* por difamación, logrando demostrar que una noticia publicada por el diario no era totalmente verídica. Pero el diario apeló y la Corte juzgó que, a falta de malicia comprobada, no podía considerárselo culpable ya que el interés público por los acontecimientos nacionales era más importante que la protección de un individuo. El caso dejó la puerta técnicamente abierta a demandas posteriores y la gente comenzó a actuar contra los medios, ganando algunas veces.

El dictamen de la Corte había sido necesario, pensó Plumber. La Primera Enmienda garantizaba la libertad de prensa, porque la prensa era el primer, y a veces único, guardián de la libertad. La gente mentía todo el tiempo. En especial los que estaban en el gobierno, pero los otros también. El trabajo de los medios era, precisamente, revelar los hechos -la *verdad*. para que la gente pudiera opinar y tomar posiciones.

Pero había una trampa sutil en esa licencia de caza emitida por la Corte Suprema. Los medios podían destruir gente. La sociedad norte-americana tenía recursos casi contra cualquier acción impropia, pero los periodistas tenían tantas protecciones como los reyes del pasado. En la práctica, su profesión estaba por encima de la ley. Y se había esforzado mucho para estarlo, también en la práctica. Admitir un error no era solamente un *faux pas* legal que implicaría pagar sumas cuantiosas. También debilitaría la fe de la audiencia en su profesión. Y por eso jamás admitían errores y, si alguna vez lo hacían, la retractación no tenía la preminencia de la noticia inicial... En fin, sólo realizaban el esfuerzo mínimo necesario definido por abogados que conocían exactamente la altura de los muros del castillo que defendían. Había excepciones, sí, pero todos sabían cuáles eran.

Plumber había visto cambiar su profesión. Había demasiada arrogancia y nadie se daba cuenta de que el público al que servían ya no confiaba en ellos... y *eso* hería a Plumber. Se creía merecedor de confianza. Se creía heredero profesional de Ed Murrow, en cuya voz *todos* los norteamericanos habían aprendido a confiar. Y así debía ser. Pero no era, y las cosas tendrían que cambiar mucho para que volvieran los viejos tiempos. Los periodistas criticaban por deporte las fallas éticas de las demás profesiones... medicina, abogacía, política, lo que fuera. *Haz lo que yo digo, no lo que yo hago*, parecía ser el lema. La cosa iba de mal en peor, sí... ¿y después qué?

Consideró su situación. Podría retirarse cuando quisiera. La Universidad de Columbia lo había invitado más de una vez a ser profesor adjunto de periodismo... y ética, porque la suya era una voz confiable, una voz razonable, una voz honesta. Una voz vieja, pensó para sus adentros. ¿Tal vez la última voz?

En resumen, todo era cuestión de conciencia, de las ideas que le habían inculcado sus

padres muertos y algunos maestros cuyos nombres había olvidado. Debía ser leal a algo. Para ser leal a su profesión tenía que ser leal a sus fundamentos. Decir la verdad, caiga quien caiga. Levantó el tubo del teléfono.

-Holtzman -contestó el periodista.

-Habla Plumber. Estuve investigando un poco. Parece que tienes razón.

-Está bien. ¿Y ahora qué, John?

-Tengo que hacerlo solo. Te daré la exclusiva en los diarios.

-Muy generoso de tu parte, John. Gracias -respondió Bob.

-Ryan sigue sin gustarme como presidente -agregó Plumber, a la defensiva. Tenía sentido que tomara sus recaudos, pensó Holtzman. De otro modo podía parecer que lo hacía para ganar favores.

-Sabes bien que no se trata de eso. ¿Entonces cuándo? -preguntó Bob Holtzman.

-Mañana a la noche, en vivo.

-¿Qué te parece si nos sentamos a conversar algunas cosas? Será una gran primicia para el *Post*. ¿Quieres compartir la firma?

-Es muy probable que esté buscando otro trabajo mañana por la noche -acotó Plumber.. Está bien, lo haremos.

-Entonces, ¿qué significa esto? -preguntó Jack.

-Que no les importa lo que hacemos. Es como si quisieran que el portaaviones estuviera allí. Han pedido que medie con Taipei...

-¿Directamente? -El presidente estaba atónito. Si Adler volaba directamente y con frecuencia a Taipei daría la impresión de que el gobierno norteamericano legitimaba al gobierno de la República China. Los secretarios de Estado sólo visitaban capitales de países soberanos. Las disputas menores solían quedar a cargo de -enviados especiales-, quienes podían tener el mismo poder pero jamás el mismo estatus.

-Sí, también me sorprendió bastante -respondió Adler por canal encriptado.. Pero, perro que ladra... Objetaron tu gaffe de las -dos Chinas. en la conferencia de prensa y el comercio jamás alzó su fea cabezota. Son muy dóciles para haber matado más de cien pasajeros de una línea aérea.

-¿Las prácticas navales?

-Seguirán, y prácticamente nos invitaron a ver lo rutinarias que eran.

El almirante Jackson habló por el speaker.

-¿Señor secretario? Soy Robby Jackson.

-¿Sí, almirante?

-Ellos instalan una crisis, nosotros movemos un portaaviones, y ahora dicen que nos quieren cerca, ¿entendí bien?

-Correcto. No saben que sabemos, es decir, no creo que sepan... aunque ya no estoy tan seguro.

-Algo anda mal -dijo inmediatamente el J-3.. Muy mal.

-Almirante, creo que tiene toda la razón.

-¿Qué debemos hacer? -preguntó Ryan.

-Supongo que viajaré a Taipei por la mañana. No puedo esquivar el bulto, ¿no?

-De acuerdo. Manténme informado, Scott.

-Sí, señor presidente -prometió Adler, dando por terminada la conversación.

-Jack... acaba de encenderse mi luz roja.

Ryan sonrió.

-Mañana tendré un día político. Debo salir a las... déjame ver -miró su agenda del día-, salir de la Casa Blanca a las seis cincuenta y hablar en Nashville a las ocho treinta. Mierda. Adler está al otro lado del mundo, yo estoy en el aire y Ben Goodley no tiene la experiencia necesaria. Te quiero allí, Rob. Si esto tiene ramificaciones operacionales tú tendrás que ocuparte. Los Foley. Arnie en lo político. Necesitaremos una buena mano del Departamento de

Estado...

Adler se metió en la cama de su habitación VIP en la embajada. Revisó sus notas desde otra perspectiva. La gente cometía errores a todo nivel. La difundida capacidad estratégica de los diplomáticos no era tan infalible como creía la gente. Cometían errores. Cometían deslices. Les encantaba parecer inteligentes.

-Los viajes son una maldición -había dicho Zhang. Sus únicas palabras. ¿Por qué en ese momento, y por qué esas palabras? Era tan obvio que Adler no se dio cuenta.

-¿Bedford Forrest, eh? -preguntó Diggs, poniéndole mostaza a sus salchichas.

-El mejor comandante de caballería que hemos tenido -dijo Eddington.

-Tendrá que perdonarme, profesor, si no demuestro mucho entusiasmo por ese caballero -observó el general.. Ese hijo de puta *fundó* el Ku Klux Klan.

-Nunca dije que fuera políticamente astuto, señor, y tampoco defiendo su carácter personal. Pero si hemos tenido un comandante de caballería mejor que ése, humildemente debo declarar que desconozco su nombre -replicó Eddington.

-En su momento nos derrotó -tuvo que admitir Hamm.

-Stuart era pretencioso, a veces petulante y muy afortunado. Nathan tenía *Fingerspitzengefühl*, sabía tomar decisiones al vuelo y maldita sea si se equivocó alguna vez. Supongo que tendremos que pasar por alto sus otras falencias.

46

Estallido

Hubiera sido mejor volver el lunes por la mañana, pero tendrían que haber levantado muy temprano a los niños. Jack Junior y Sally tenían que estudiar para sus exámenes y había que resolver el tema de la custodia de Katie. La estadía en Camp David había sido tan placentera que era casi como volver de vacaciones, y por otra parte volver fue una especie de shock. Las caras y los estados de ánimo cambiaron apenas la mansión del Ejecutivo asomó por las ventanas del helicóptero. La seguridad había aumentado. La cantidad de agentes que rodeaba el perímetro era notablemente mayor, y eso *también* le recordó lo indeseable que era para ellos ese lugar y la vida que les deparaba. Ryan fue el primero en descender. Saludó a los marines que acudieron a recibirlo y miró el lado sur de la Casa Blanca. Fue como una bofetada. Bienvenido a la realidad. En cuanto su familia entró a la residencia sana y salva, el presidente Ryan se dirigió a su despacho.

-Bueno, ¿cómo van las cosas? -le preguntó a Van Damm, que no había pasado el fin de semana descansando precisamente... pero bueno, tampoco nadie había tratado de matarlo a él ni a su familia.

-La investigación todavía no dio resultados. Murray nos recomienda tener paciencia, dice que pronto darán en el clavo. Es un buen consejo, Jack, y te aconsejo que lo sigas. Mañana tienes el día completo. El país te apoya espiritualmente. Los atentados suelen provocar oleadas de simpatía...

-Arnie, no estoy saliendo a buscar votos para mí, ¿recuerdas? Es agradable que la gente piense mejor de mí después de que un grupo terrorista intentó matar a mi hija, pero, sabes una cosa, realmente no quiero considerar las cosas en esos términos -observó Jack, nueva-mente furioso después de dos días de calma.. Si alguna vez acaricié la idea de seguir en la presidencia, puedo asegurarte que la semana pasada me curé de espanto.

-Bueno, sí, pero...

-¡Pero nada, Arnie! Dime una cosa, cuando todo esté dicho y hecho, ¿qué me llevaré de este lugar? ¿Un lugar en los libros de historia? Cuando la escriban estaré muerto y no me preocupará lo que digan los historiadores, ¿sabes? Tengo un amigo historiador que dice que la historia no es nada más que la aplicación de ideologías al pasado... de todos modos no estaré

Librodot

allí para leerla. Lo único que quiero llevarme de aquí es mi vida y las vidas de mis familiares. Eso es todo. Si algún otro anhela la pompa y la circunstancia de esta maldita prisión, se la regalo en bandeja. He aprendido la lección, Arnie. Bueno -dijo amargamente POTUS.. Haré mi trabajo, pronunciaré los discursos y trataré de hacer algo útil en líneas generales. Pero no vale la pena, Arnie. Te aseguro que la presidencia no vale el dolor de que nueve malditos terroristas intenten matar a tu hija. Lo único que dejamos al morir son nuestros hijos. Todo lo demás es pura invención, como las noticias.

-Sé que has pasado momentos difíciles y...

-¿Qué me dices de los agentes que murieron? ¿Qué me dices de sus familias? Pasé dos días descansando, casi de vacaciones. Ellos no, seguramente. Me acostumbré tanto a ser presidente que casi no pensé en ellos. Más de cien personas se esforzaron para que los olvidara. ¡Y yo lo permití! Es saludable que no piense demasiado en ciertas cosas, ¿no? ¿En qué se supone que debo concentrarme? ¿-Deber, Honor, País.? El que pueda hacerlo dejando de lado su humanidad es un autómata, y la presidencia me está transformando en eso.

-¿Terminaste o tendré que conseguirte una caja de Kleenex? -Por un instante pareció que el presidente iba a golpear a van Damm.. Esos agentes murieron porque eligieron trabajos que consideraban importantes para el país. Los soldados hacen exactamente lo mismo. ¿Qué pasa contigo, Ryan? ¿Cómo carajo crees que se hace un país? ¿Con pensamientos y palabras lindas? No siempre fuiste tan estúpido. Alguna vez fuiste marine. Trabajaste para la CIA. Antes tenías pelotas. Eres el presidente de Estados Unidos, ése es tu trabajo. Nadie te obligó a llegar aquí, lo admitas o no. Sabías que podía ocurrir cuando aceptaste la vicepresidencia. Y ahora estás aquí. Quieres escapar, bueno... escapa de una vez. Pero no me digas que no vale la pena. ¡Si hubo gente que *murió* para proteger a tu familia, no te *atrevas* a decirme que no tiene importancia! -Van Damm salió como un rayo del despacho, sin molestarse en cerrar la puerta.

Ryan no sabía qué hacer. Se sentó detrás de su escritorio. Como de costumbre lo esperaba una pila de papeles, acomodada por un staff que jamás dormía. China. Medio Oriente. India. Información avanzada sobre indicadores económicos. Proyecciones políticas para las 161 bancas vacantes del Congreso. Un informe sobre el atentado terrorista. La lista de los agentes muertos con los nombres de sus esposas y esposos, padres, hijos y, en el caso de Don Russell, nietos. Recordaba las caras de todos, pero no los nombres. Lo peor era haberlos olvidado esos dos malditos días, haber gozado de tantas comodidades artificiales... Pero allí estaba todo, sobre su escritorio, esperándolo. La prolija pila de papeles no desaparecería. Él tampoco podría escapar. Se levantó y fue hacia la puerta. Atravesó el pasillo bajo la mirada de los agentes del Servicio Secreto, que seguramente habrían escuchado la discusión y elaborado sus propias opiniones al respecto.

-¿Arnie?

-¿Sí, señor presidente?

-Lo siento.

-Está bien, querida -gruñó. Al día siguiente iría al médico. No había mejorado. Al contrario, estaba peor. La jaqueca era insoportable a pesar de los Tylenol extra-fuertes cada cuatro horas. Si sólo pudiera dormir, pero no podía. El cansancio lo ayudaba a dormitar un poco de vez en cuando. Levantarse para ir al baño le demandaba un gran esfuerzo, tanto que su esposa se había ofrecido a ayudarlo. Pero no, un hombre era un hombre y no necesitaba escoltas para ir al baño. De ninguna manera. Por lo demás, ella tenía razón. Necesitaba ir al médico. Hubiera sido preferible ir el día anterior, pensó. De haberlo hecho, ya se sentiría mejor.

Fue fácil para Plumber, al menos en cuanto al procedimiento. La bóveda donde se depositaban las grabaciones tenía el tamaño de una respetable biblioteca pública y uno podía encontrar lo que necesitaba sin mayores dificultades. Allí, en el quinto estante, estaban los tres cassettes formato Beta. Plumber bajó las cajas, retiró los cassettes grabados y los reemplazó por vírgenes. Guardó todo el material en su maletín. Veinte minutos después estaba de vuelta en su casa, donde por cuestiones profesionales tenía una Betamax tipo comercial. Pasó la gra-

bación de la primera entrevista sólo para asegurarse, sólo para confirmar que los cassettes estaban en perfecto estado. Y así era. Tendría que guardarlos en lugar seguro.

-Supongo que terminaron -dijo el sargento jefe.

Las tomas del Predator mostraban columnas de tanques regresando a sus bases. Por las compuertas abiertas de las torretas asomaban los tripulantes, muchos de ellos fumando. Las prácticas del recién constituido ejército de la RIU habían sido exitosas y los soldados volvían en orden a los cuarteles.

El mayor Sabah había pasado tanto tiempo mirando por encima del hombro del sargento que llegó a la conclusión de que tendrían que tratarse con menos formalidades. Todo era cuestión de rutina. Demasiada rutina. Había alentado la esperanza de que el nuevo vecino de su país necesitara más tiempo para integrar sus fuerzas militares, pero la similitud de armas y doctrinas los había favorecido. Los mensajes radiales copiados allí y en STORM TRACK sugerían que la práctica había concluido. La cobertura televisiva del UAV lo confirmó, y la confirmación nunca era desdeñable.

-Es gracioso... -observó el sargento, bastante sorprendido.

-¿Cómo? -preguntó Sabah.

-Perdón, señor. -El NCO se puso de pie y fue hacia el gabinete del rincón. Extrajo un mapa y lo llevó a su estación de trabajo.. No hay camino allí. Mire, señor. -Comparó las coordenadas del mapa con las de la pantalla (el Predator tenía su propio sistema de navegación GPS -Posicionamiento Satelital Global. e informaba su posición a sus operadores) y señaló el sector correcto.. ¿Ve?

El oficial kuwaití miró alternativamente el mapa y la pantalla.

En esta última había un camino, *ahora*. Pero era fácil de explicar. Una columna de cien tanques es capaz de abrir un camino casi en cualquier clase de terreno. Sin duda era eso lo que había ocurrido allí.

Pero antes no había ningún camino en ese área. Los tanques lo habían abierto hacía pocas horas.

-Es un cambio, mayor. Antes el ejército iraquí no se apartaba de los caminos.

Sabah asintió. Era tan obvio que no lo había advertido. Aunque oriundo del desierto y supuestamente avezado conocedor de su superficie cambiante, el ejército iraquí se había cavado la fosa en 1991 permaneciendo cerca de los caminos. Sus comandantes parecían perderse cada vez que se alejaban. Por extraño que resulte -el desierto es tan indescifrable como el mar-, esa actitud volvió predecibles sus movimientos (cosa nada deseable en una guerra) y otorgó a las fuerzas aliadas libertad para atacarlos desde posiciones inesperadas.

Pero eso acababa de cambiar.

-¿También tendrán GPS? -preguntó el sargento.

-No podemos esperar que sean eternamente estúpidos, ¿no?

El presidente Ryan besó a su esposa camino al ascensor. Los niños todavía no se habían levantado. Lo esperaba cierta clase de trabajo. La otra quedaría relegada. Hoy no tendría tiempo para am-bas, aunque de todos modos lo intentaría. Ben Goodley lo esperaba en el helicóptero.

-Aquí están las notas de Adler sobre el viaje a Teherán. -Se las entregó.. También hay un informe desde Beijing. El grupo de trabajo se reunirá a las diez para analizar la situación. El equipo SNIE se reunirá en Langley un poco más tarde.

-Gracias -Jack se ajustó el cinturón de seguridad y empezó a leer. Arnie y Callie subieron a bordo y se sentaron adelante.

-¿Alguna idea, señor presidente? -preguntó Goodley.

-Se supone que tú debes darme ideas, Ben. ¿Lo has olvidado?

-¿Qué pasa si te digo que no tiene sentido?

Librodot

-Conozco esa parte. Hoy te encargarás de los fax y los llamados. Scott debe estar en Taipei. Quiero recibir inmediatamente todo lo que envíe.

-Sí, señor.

El helicóptero despegó. Ryan no se dio cuenta. Estaba concentrado en el trabajo, por farragoso que fuera. Price y Raman lo acompañaban. En el 747 habría más agentes, y todavía habría más esperándolo en Nashville. La presidencia de John Patrick Ryan proseguía, le gustara a él o no.

El país podía ser pequeño, podía ser insignificante, podía ser un paria en la comunidad internacional -no porque hubiera hecho algo para merecerlo (excepto, tal vez, prosperar) sino a causa del vecino más grande y menos próspero que tenía al oeste-, pero tenía un gobierno *electo* y supuestamente eso contaba en la comunidad de las naciones, sobre todo entre aquellas con gobiernos populares y mayoritarios. La República Popular China había nacido por la fuerza de las armas -bueno, como la mayoría de los países, recordó Adler-, y acto seguido había masacrado a millones de ciudadanos. A pesar de todo, el resto del mundo estaba absolutamente dispuesto a permitir que la RPCH reprimiera a sus primos de Taiwan.

Eso se denominaba *realpolitik*, pensó Scott Adler. Algo similar había producido un hecho llamado Holocausto, hecho al que su padre había sobrevivido con un número tatuado en el antebrazo para probarlo. Hasta su país sostenía oficialmente la política de -una China-, dando tácitamente por sentado que la RPCH no atacaría a Taiwan... porque si lo hacía, Estados Unidos podría reaccionar. O no.

-Tenemos fragmentos... y algunos pedazos grandes del misil que se incrustaron en el ala. Definitivamente son de la RPCH -dijo el ministro de Defensa de Taiwan.. Permitiremos que sus técnicos los analicen para confirmarlo.

-Gracias. Lo discutiré con mi gobierno.

-Bueno. -El que hablaba ahora era el ministro del Exterior.. Permiten un vuelo directo de Beijing a Taipei. No objetan privadamente el envío de un portaaviones. Niegan toda responsabilidad en el incidente del avión. Confieso que esa conducta no me parece para nada razonable.

-Me complace que manifiesten interés en la recuperación de la estabilidad regional.

-Es muy amable de su parte -dijo el ministro de Defensa.. Especialmente después de haber hecho lo imposible por perjudicarla. Esto nos ha ocasionado grandes perjuicios económicos. Los inversores extranjeros han vuelto a ponerse nerviosos y debido al retiro de capitales debemos enfrentar problemas mayores. ¿Tal vez haya sido ese su objetivo?

-Ministro, si ése fuera el caso, ¿por qué me habrían pedido que volara directamente aquí?

-Obviamente se trata de un subterfugio -respondió el ministro del Exterior, adelantándose a su compañero.

-¿Subterfugio para qué? -quiso saber Adler. Demonios, *ellos eran chinos*. Tal vez pudieran dar en el clavo.

-Nosotros estamos seguros aquí. Lo sabemos, aunque los inversores extranjeros no lo saben. Aun así, nuestra situación no es muy feliz. Es como vivir en una castillo con foso. Al otro lado del foso hay un león. El león nos mataría y devoraría si tuviera la oportunidad de hacerlo. No puede saltar el foso, y lo sabe, pero aun sabiéndolo intenta saltarlo. Espero que comprenda nuestra preocupación.

-La comprendo, señor -le aseguró Adler.. Si la RPCH reduce su nivel de actividad militar, ¿ustedes harían otro tanto? -Aunque no pudieran imaginar qué se proponía la RPCH, al menos podrían descomprimir la situación.

-En principio sí. Cómo hacerlo exactamente es una cuestión técnica que debe resolver mi colega aquí presente. Verá que somos razonables.

Había hecho el viaje para recibir esa sencilla respuesta. Ahora tendría que regresar a Beijing para transmitirla. Casamentero, casamentero...

Hopkins tiene su guardería propia, atendida por personal permanente y algunos alumnos de la universidad que realizan trabajos de laboratorio para el departamento de pediatría. Katie entró, miró a todas partes y quedó encantada con el ambiente multicolor. Tras ella entraron cuatro agentes, todos varones, porque no había mujeres vacantes. Tras ellos entraron tres oficiales de la policía de Baltimore e intercambiaron credenciales con los del Servicio Secreto para confirmar identidades. Así comenzó un nuevo día para SURGEON y SANDBOX. Katie había disfrutado el viaje en helicóptero. Durante el día haría nuevos amigos, pero su madre sabía que al llegar la noche preguntaría dónde estaba la Señorita Marlene. ¿Cómo explicarle la muerte a una niñita de dos años y medio?

La multitud aplaudió con más calidez que otras veces. Ryan pudo sentirlo. Allí estaba, menos de tres días después del atentado contra su hija menor, cumpliendo su deber, mostrando fuerza y coraje y todas esas mierdas, pensaba POTUS. Había empezado con una plegaria por los agentes caídos y en Nashville tomaban muy en serio esas cosas. El resto del discurso había sido bueno, expresaba cosas en las que real-mente creía. Sentido común. Honestidad. Deber. Sólo que oír su propia voz diciendo palabras escritas por otro hacía que le parecieran vacías, y además era difícil mantener la concentración tan temprano.

-Gracias, y que Dios bendiga a Estados Unidos de Norteamérica -concluyó. La multitud se puso de pie y lo vitoreó. La banda empezó a tocar. Ryan salió del podio blindado, volvió a darles la mano a los funcionarios locales y bajó del escenario saludando a la multitud. Arnie lo esperaba detrás del cortinado.

-Para ser falso, lo sigues haciendo muy bien. -La entrada de Andrea no le dio tiempo a responder.

-En el pájaro hay tráfico FLASH para usted, señor. Del señor Adler.

-Bueno, veamos de qué se trata. Manténgase cerca -le dijo a su agente principal rumbo a la salida.

-Siempre -prometió Price.

-¡Señor presidente! -gritó un periodista. Había varios. El que había gritado era de la NBC. Ryan se detuvo.. ¿Presionará al Congreso para una nueva ley de control de armas?

-¿Para qué?

-El atentado contra su hija fue...

Ryan levantó la mano para hacerlo callar.

-Está bien. Entiendo que las armas utilizadas eran de tenencia ilegal. Por desgracia no veo en qué podría ayudar una nueva ley.

-Pero los que abogan por el control de armas dicen que...

-Sé lo que dicen. Y ahora están utilizando el atentado contra mi hijita y las muertes de cinco valientes norteamericanos para sus propios fines políticos. ¿Qué piensa *usted* de eso? -preguntó el presidente, siguiendo su camino.

-¿Qué te anda pasando?

Describió sus síntomas. El médico de la familia era un viejo amigo. Incluso jugaban al golf juntos. Al terminar cada año, el representante de Cobra acumulaba gran cantidad de palos de demostración prácticamente impecables. Donaba la mayoría a programas juveniles o bien los vendía a clubes pequeños para ser alquilados. Pero también regalaba algunos a sus amigos, por no mencionar los autógrafos de Greg Norman.

-Bueno, tienes fiebre alta. Mal color...

-Ya sé. Me siento enfermo.

-Estás enfermo, pero yo no me preocuparía demasiado. Probablemente te pescaste el virus de la gripe en algún bar, y los viajes aéreos no ayudan demasiado... hace años te vengo diciendo que reduzcas la cantidad de viajes. Lo que pasó es que te pescaste un virus y otros factores empeoraron el cuadro general. Empezó el viernes, ¿no?

Librodot

-El jueves a la noche, tal vez el viernes a la mañana.

-¿No obstante jugaste un partido?

-Muy a mi pesar terminé con un muñeco de nieve -admitió, usando una imagen para describir su puntaje de 80.

-Yo no lo hubiera hecho mejor, sano y fuerte como un roble. -El doctor tenía 20 de handicap.. Tienes más de cincuenta años; no puedes revolcarte con los cerdos por la noche y pretender remontar vuelo con las águilas por la mañana. Reposo absoluto. Mucho líquido... nada de alcohol, por favor. Sigue con el Tylenol.

-¿Ninguna medicación?

El médico negó con la cabeza.

-Los antibióticos no funcionan en casos de infecciones virósicas. Tu sistema inmunitario tendrá que hacer todo el trabajo, y lo hará si lo dejas. Pero ya que estás aquí, haré que te extraigan sangre. Te harás un análisis de colesterol. Enviaré a mi enfermera a tu casa. ¿Tienes alguien que te acompañe?

-Sí. -No tenía ganas de conducir.

-Bien. Dale unos días. Cobra puede arreglárselas perfectamente sin ti y los campos de golf seguirán estando allí cuando te mejores.

-Gracias. -Ya se sentía mejor. Uno siempre se siente mejor cuando el médico le asegura que no va a morir.

-Aquí tienes -Goodley le pasó el informe. Pocos edificios oficiales contaban con los adelantos en comunicación instalados en el nivel superior del VC-25, cuyo código de llamada era Fuerza Aérea Uno.. No son malas noticias -agregó.

SWORDSMAN le echó un vistazo y luego se sentó a leerlo más lentamente.

-Bueno, está bien, cree poder suavizar la situación -observó Ryan.. Pero todavía no sabe cuál es la situación en realidad.

-Es mejor que nada.

-¿El grupo de trabajo tiene esto?

-Sí.

-Tal vez puedan descifrarlo. ¿Andrea?

-¿Sí, señor presidente?

-Dígale al piloto que es hora de movernos. -Miró a su alrededor.. ¿Dónde está Arnie?

-Te estoy hablando desde el celular -dijo Plumber.

-Bueno -replicó Van Damm.. De hecho, yo también estoy usando el celular. -Los instrumentos de la nave también eran seguros, con capacidades STU-4, pero no lo comentó. Alguien tenía que escarmentarlo. John Plumber ya no estaba en su listado de Navidad. Lamentablemente su línea directa seguía en el Rolodex de Plumber. Qué lástima que no pudiera cambiarla. Tendría que decirle a su secretaria que no volviera a pasarle llamados de Plumber, mucho menos cuando estaba de viaje.

-Sé lo que estás pensando.

-Bien, John, bien. Así no tendré que decir lo que pienso.

-Quiero que mires el noticiero esta noche. Estaré al final.

-¿Por qué?

-Compruébalo tú mismo, Arnie. Hasta la vista.

El jefe de staff cortó la comunicación preguntándose qué demonios querría Plumber. Alguna vez había confiado en él. Carajo, hasta había confiado en su colega. Podría haber comentado la llamada con el presidente, pero decidió no hacerlo. Acababa de dar un buen discurso, a pesar de las distracciones, a pesar de sí mismo, porque el pobre hijo de puta creía más de lo que pensaba. No tenía sentido arrojarle un fardo sobre los hombros. Habían filmado el discurso y, si era digno de verse, se lo mostraría a POTUS durante el vuelo a California.

-No sabía que hubiera un virus dando vueltas -dijo, poniéndose la camisa. Tardó un poco. Le dolía todo el cuerpo.

-Siempre hay un virus dando vueltas. Pero uno no siempre se entera -replicó el médico, estudiando las anotaciones que su enfermera acababa de pasarle.. Esta vez le tocó a usted.

-¿Entonces?

-Entonces, tómelo con calma. No vaya a trabajar. No tiene sentido infectar a sus empleados. Para el fin de semana se habrá recuperado.

El equipo SNIE se reunió en Langley. Habían recibido una tonelada de información del Golfo Pérsico y la estaban analizando en la sala de conferencias del sexto piso. El laboratorio fotográfico de la CIA había ampliado la foto de Daryaei tomada por Chávez, ahora colgada de la pared. Tal vez sirviera para jugar a los dardos, pensó Ding.

-Los sapos avanzan -murmuró luego, mirando el video del Predator.

-Son un poco grandes para cazarlos con un rifle, Sundance -acotó Clark.. Esas cosas siempre me aterraron.

-Los cohetes LAWS pueden hacerlos pedazos, Mr. C.

-¿Qué alcance tienen los LAWS, Domingo?

-Cuatrocientos, quinientos metros.

-Esos tanques tienen un alcance de dos o tres kilómetros -señaló John.. Tenlo en cuenta.

-No sé tanto de armas -dijo Bert Vasco. Señaló la pantalla.. ¿Qué significa esto?

Uno de los analistas militares de la CIA se encargó de responder.

-Significa que las fuerzas armadas de la RIU están mucho mejor de lo que esperábamos.

-Estoy muy impresionado -acotó un mayor del ejército enviado por la Agencia de Inteligencia Defensiva.. Muy impresionado. Fue una práctica convencional, para nada complicada en cuanto a maniobras, pero se mantuvieron organizados todo el tiempo. Nadie se perdió...

-¿Supone que están usando GPS? -preguntó el analista de la CIA.

-Cualquier suscriptor de la revista *Yachting* puede comprarlo. La última vez que miré, costaba menos de cuatrocientos dólares -respondió el mayor a su contraparte civil.. Eso significa que pueden manejar mucho mejor sus fuerzas móviles. Más aún, significa que su artillería será mucho más eficaz. Si uno sabe dónde están las armas, dónde está el observador de avanzada y dónde está el blanco con respecto a él tiene grandes posibilidades de acertar.

-¿Aumento cuádruple de rendimiento?

-Fácil -replicó el mayor.. Ese viejo que cuelga de la pared tiene un palo enorme para amenazar a sus vecinos. Supongo que ya se los habrá mostrado.

-¿Bert? -preguntó Clark.

Vasco se revolvió en su asiento.

-Estoy empezando a preocuparme. Esto va más rápido de lo que esperaba. Si Daryaei no tuviera otras cosas de qué ocuparse... bueno, yo estaría más preocupado aún.

-¿Como cuáles? -preguntó Chávez.

-Tiene que consolidar el país y sabe que reaccionaremos si empieza a blandir el sable -el FSO hizo una breve pausa.. Claro que quiere hacerles saber a sus vecinos quién es el patrón de la vereda. ¿Hasta qué punto está cerca de poder hacer algo?

-¿Militarmente? -preguntó el analista civil. Hizo un gesto al hombre de la DIA.

-Si no estuviéramos en el medio, ya mismo. Pero estamos en el medio.

-Deben preguntarse qué clase de hombre tenemos aquí -dijo Kealty frente a sus propias cámaras.. Cinco hombres y mujeres muertos y no ve la necesidad de reforzar el control de armas. Su frialdad de corazón es incomprensible para mí. Bueno, si a él no le importan esos valientes, a mí sí. ¿Cuántos norteamericanos más tendrán que morir para que el señor Ryan vea la necesidad de esto? ¿Tendrá acaso que perder a un miembro de su familia? Lo lamento, sencillamente no puedo creer lo que dijo -prosiguió el político.

Librodot

-Todos recordamos cuando algunos candidatos querían ser reelegidos para sus bancas en el Congreso, y recordamos que nos decían -Vóteme, porque por cada dólar de impuestos pagados por el distrito volverá un dólar veinte.. ¿Recuerdan esas declaraciones? -preguntó el presidente.

-Lo que no nos dijeron fue... bueno, en realidad no nos dijeron muchas cosas. Número uno, ¿quién dijo que dependemos del gobierno para obtener dinero? No votamos por Papá Noel, ¿no? Es exactamente al revés. El gobierno no puede existir si *nosotros* no *le* damos dinero.

-Número dos, ¿nos dicen -Vote por mí, porque yo les tiraré el fardo a esos cerdos de Dakota del Norte.? ¿Acaso no son norteamericanos también?

-Número tres, esto sucede porque el déficit gubernamental implica que *cada* distrito obtenga más en pagos federales de lo que perdió en impuestos federales... perdón, quise decir impuestos federales *di-rectos*. Los que todos podemos ver.

-Entonces se estaban jactando de gastar más dinero del que tenían. Si el vecino de al lado nos dice que está falsificando cheques de nuestro banco personal, ¿no sería prudente considerar denunciarlo a la policía?

-Todos sabemos que el gobierno se lleva más de lo que da. Simple-mente han aprendido a ocultarlo. El déficit del presupuesto federal implica que cada vez que nos prestan dinero, cuesta más de lo que debiera... ¿por qué? Porque el gobierno presta tanto dinero que hace subir las tasas de interés.

-Y así, damas y caballeros, cada vez que pagamos el auto, la casa o la tarjeta de crédito estamos pagando un *impuesto*. Pero, si nos porta-mos bien, tal vez no nos cobren impuestos sobre los intereses. ¿No es maravilloso acaso? -preguntó POTUS.. El gobierno no nos cobra impuestos sobre un dinero que en primer lugar no debíamos pagar, y luego nos dice que recibimos más de lo que pagamos. -Hizo una pausa.

-¿Alguno de ustedes cree de verdad eso? ¿Alguien les cree cuando dicen que Estados Unidos *no está en condiciones de... no* gastar más dinero del que tiene? ¿Son palabras dignas de Adam Smith o de Lucy Ricardo? Soy graduado en economía y *Yo quiero a Lucy* no estaba en el programa de estudios.

-Damas y caballeros. No soy político y no estoy aquí para favorecer a ninguno de los candidatos locales a las bancas vacantes del Congreso. Estoy aquí para pedirles que piensen. Ustedes también tienen un deber.

El gobierno les pertenece a ustedes, no ustedes al gobierno. Cuando vayan a votar mañana tómense el tiempo de pensar en las promesas y dichos de los candidatos. Pregúntense -¿Esto tiene sentido?. y luego elijan al mejor... y si no les gusta ninguno, voten en blanco, pero manifiéstense. No se queden en sus casas. Le deben eso al país.

La camioneta frenó y dos hombres salieron y subieron al porche. Uno de ellos golpeó.

-¿Sí? -preguntó la dueña de casa, un poco confundida.

-FBI, señora Sminton. -Le mostró sus credenciales.. ¿Podemos pasar, por favor?

-¿Por qué? -preguntó la viuda de sesenta y dos años.

-Quisiéramos que nos ayude con algo, si fuera posible. -Habían tardado más de lo que esperaban. Las armas utilizadas en el atentado contra SANDBOX habían sido rastreadas hasta el fabricante, del fabricante al mayorista, del mayorista al minorista, del minorista a un nombre, y del nombre a una dirección. Una vez obtenida la dirección, el FBI y el Servicio Secreto habían obtenido una orden de allanamiento y requisa emitida por un juez.

-Entren, por favor.

-Gracias. Señora Sminton, ¿conoce al caballero que vive en la casa de al lado?

-¿Se refiere al señor Azir?

-Sí.

-No muy bien. A veces nos saludamos.

-¿Sabe si está en casa ahora?

-El automóvil no está -respondió la anciana, después de mirar. Los agentes ya lo sabían. Azir tenía un Oldsmobile azul con chapa de Maryland. La policía en pleno lo estaba buscando en un radio de doscientas millas.

-¿Recuerda la última vez que lo vio?

-El viernes, creo. Había otros autos en su casa, y un camión.

-De acuerdo. -El agente sacó una radio del bolsillo.. Adelante, adelante. Gallina probablemente -repito, *probablemente*. fuera del gallinero.

Un helicóptero apareció a pocos metros de la casa ante la mirada atónita de la viuda. Arrojaron sogas desde ambos lados y varios agentes armados se deslizaron al suelo. Al mismo tiempo cuatro vehículos ingresaron al jardín de la casa. En otras circunstancias el proceso hubiera sido más lento, con algún período de vigilancia discreta, pero se había corrido la voz. Los agentes patearon las puertas de entrada y trasera... y treinta segundos después se oyó una sirena. Aparentemente el señor Azir tenía una alarma antirrobo.

-Despejado, edificio despejado. Habla Betz. Búsqueda completa, edificio despejado. Manden a los del laboratorio. -Aparecieron dos camionetas. Una de las primeras cosas que hicieron sus ocupantes fue tomar muestras de la tierra y el pasto para compararlas con los restos hallados en los autos utilizados en el atentado al Giant Steps.

-¿Podríamos sentarnos, señora Sminton? Queremos hacerle un par de preguntas sobre el señor Azir.

-¿Y? -preguntó Murray, llegando al Centro de Comando del FBI.

-Nada -respondió el agente de la consola.

-Maldición. -No lo dijo con pasión. En realidad no esperaba demasiado. Pero sí esperaba algo de información importante. El laboratorio había recogido toda clase de evidencias físicas. Las muestras de grava podrían indicar la dirección tomada. El pasto y la tierra encontrados en la cara interna de guardabarros y paragolpes podrían vincular los vehículos con la casa de Azir. Las fibras de alfombra en los zapatos de los terroristas muertos podrían pertenecer al interior de la casa. Un grupo de diez agentes estaba intentando descubrir quién era en realidad -Mordecai Azir.. Todos apostaban su cabeza a que era tan judío como Adolf Eichmann.

-Centro de Comando, aquí Betz -Billy Betz era un agente especial a cargo de la División de Campo de Baltimore y ex tirador HRT, de allí su dramático descenso del helicóptero al frente de cuatro hombres... y una mujer.

-Billy, aquí Dan Murray. ¿Qué tienes allí?

-No podrá creerlo. Una caja semivacía de frascos de amoníaco siete-seis-dos. La alfombra del living es de lana roja. Éste es el lugar. Faltan algunas cosas en el ropero del dormitorio principal. Diría que la casa está vacía desde hace un par de días. La ubicación es segura. Nada de trampas para tontos. Los del laboratorio están iniciando su rutina.. Habían pasado ochenta minutos desde que fuera emitida la orden de allanamiento. No lo suficientemente rápido, pero rápido al fin.

Los expertos forenses eran una mezcla del FBI, el Servicio Secreto y la División de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, una agencia conflictiva con un excelente staff técnico. Revisarían la casa durante horas. Todos usaban guantes. Buscarían huellas digitales en todas las superficies para compararlas con las de los terroristas muertos.

-Hace algunas semanas me vieron jurar preservar, proteger y defender la Constitución de Estados Unidos. Fue la segunda vez que lo hice. La primera fue como teniente segundo del Cuerpo de Marines, cuando me gradué en el Boston College. Inmediatamente después de aquel primer juramento leí la Constitución, para saber exactamente qué había jurado defender.

-Damas y caballeros, con frecuencia los políticos dicen querer que el gobierno *les dé poder a ustedes*, para que puedan hacer cosas.

-Pero no es así como son las cosas -dijo Ryan enérgicamente.. Thomas Jefferson escribió que los justos poderes del gobierno derivan del *consentimiento* de los gobernados. Los gobernados son ustedes. Me permito aconsejarles leer la Constitución. La Constitución de Estados Unidos no fue escrita para decirles qué deben hacer. La Constitución establece las relaciones entre los tres poderes del gobierno. Le dice al gobierno qué puede y qué *no* puede hacer. El gobierno *no* puede restringir la libertad de expresión. El gobierno *no* puede decirles cómo rezar. El gobierno *no* puede hacer un montón de cosas. El gobierno es más hábil para sacar que para dar, pero sobre todo el gobierno no les da poder a ustedes. Son ustedes los que le dan poder al gobierno. El nuestro es un gobierno del pueblo. Ustedes *no* le pertenecen al gobierno, el gobierno les pertenece a ustedes.

-Mañana no elegirán patrones, elegirán empleados, sirvientes de la voluntad popular, guardianes de los derechos del pueblo. Nosotros no les diremos qué hacer. Ustedes nos dirán qué hacer.

-Mi función no es pedirles dinero y luego devolvérselo. Mi función es tomar el dinero necesario para protegerlos y servirlos... y hacerlo lo más eficazmente posible. El servicio de gobierno puede ser un importante deber y una gran responsabilidad, pero no se supone que deba ser una bendición para quienes lo llevan a cabo. Son los gobernantes quienes deben sacrificarse por ustedes.

-El viernes pasado, tres hombres y dos mujeres perdieron la vida al servicio del país. Estaban protegiendo a mi hija, Katie. Pero también había otros niños, y cuando protegemos a un niño los protegemos a todos. Gente como ésa no pide más que respeto. Lo merece. Lo merecen porque hacen cosas que no podemos hacer solos. Por eso los contratamos. Y ellos juran protegernos porque saben que prestan un importante servicio, porque nosotros les importamos, porque ellos *son* nosotros. Ustedes y yo sabemos que no todos los empleados de gobierno son así. Pero no es culpa de ellos. Es culpa de *ustedes*. Si ustedes no exigen lo mejor, jamás tendrán lo mejor. Si ustedes no otorgan la justa medida de poder a la gente indicada, la gente menos indicada acumulará más poder que el necesario y lo usará como se le antoje, no como ustedes quieran.

-Damas y caballeros, por eso es tan importante que mañana elijan la gente apropiada para servirlos. Muchos de ustedes tienen empresas y contratan empleados. Muchos tienen casas y a veces contratan plomeros, electricistas, carpinteros... Tratan de contratar a los mejores porque pagan por ese servicio que les prestan y quieren que se haga bien. Si uno de sus hijos enferma llaman al mejor médico... y prestan mucha atención a lo que hace y cómo lo hace. ¿Por qué? Porque para ustedes no hay nada más importante que la vida de sus hijos.

-Estados Unidos también es hijo de ustedes. Estados Unidos es un país eternamente joven. Estados Unidos necesita que gente correcta se ocupe de él. Ustedes deben elegir a la gente correcta, sin tener en cuenta filiaciones políticas, raza, género... sólo teniendo en cuenta su talento e integridad. No puedo y no voy a decirles cuál candidato merece su voto. Dios les dio libre albedrío. La Constitución está para proteger su derecho a ejercer el libre albedrío. Si fallan al hacerlo se habrán traicionado, y ni yo ni nadie podremos solucionarlo.

-Gracias por venir a verme en mi primera visita a Colorado Springs. El día de mañana les pertenece. Por favor utilícenlo para contratar a la gente adecuada.

-Con una serie de discursos claramente destinados a captar votantes conservadores, el presidente Ryan está recorriendo el país en vísperas de las elecciones parlamentarias. Pero mientras los oficiales federales investigan el perverso atentado terrorista contra su propia hija, el presidente *rechaza* de plano la idea de mejorar el sistema de control de armas. Ahora pasaremos el informe de Hank Roberts, corresponsal de la NBC, quien viajó hoy con la comitiva presidencial. -Tom Donner siguió mirando a cámara hasta que se apagó la luz roja.

-Creo que hoy dijo varias cosas interesantes -comentó Plumber mientras pasaban el video.

-Esa alusión a *Yo quiero a Lucy* debió ser producto de una pésima menstruación de Ca-

llie Weston -observó Donner, hojeando su copia.. Y pensar que redactaba discursos geniales para Bob Fowler.

-¿*Leíste* el discurso?

-Vamos, John, no necesitamos leer lo que dice Ryan. *Sabemos* lo que va a decir.

-Diez segundos -anunció el director.

-A propósito, tu comentario final es muy bueno, John. -Puso su mejor sonrisa al oír -tres..

-Un importante conjunto de fuerzas federales investiga el atentado contra la hija del presidente, perpetrado el viernes último. Éste es el informe de Karen Stabler desde Washington.

-Supuse que te gustaría, Tom -replicó Plumber cuando volvió a apagarse la luz roja. Tanto mejor, pensó. Tenía la conciencia limpia.

El VC-25 despegó a horario y se dirigió hacia el norte para evitar condiciones climáticas adversas sobre el norte de Nuevo México. Arnie van Damm permanecía enclaustrado en el área de comunicaciones, donde había suficientes cajas de aspecto importante para manejar a la mitad del mundo, o al menos eso parecía. Oculta en la epidermis del avión había una fuente satelital cuyo costoso sistema podía detectar casi cualquier cosa. Por pedido del jefe de staff, dentro de unos segundos captaría la NBC.

-El comentario de cierre estará a cargo de nuestro corresponsal especial, John Plumber -anunció Donner.. Todo tuyo, John.

-Gracias, Tom. Entré al periodismo, inspirado por un episodio de mi juventud. Todavía recuerdo mi vieja radio capilla... los más viejos seguramente la recordarán -esbozó una sonrisa.. Recuerdo haber escuchado a Ed Murrow desde Londres durante los bombardeos, a Eric Sevareid desde la jungla de Birmania, a todos los padres fundadores -verdaderos gigantes. de nuestra profesión. Crecí con imágenes pintadas por las palabras de esos hombres, hombres en quienes todo el país confiaba porque siempre decían la verdad. Entonces decidí que descubrir la verdad y comunicársela a la gente era la vocación más noble a la que un hombre -o una mujer. podía aspirar.

-No siempre somos perfectos en esta profesión. Nadie lo es -prosiguió Plumber.

A su derecha, Donner contemplaba atónito el TelePrompTer. Lo que Plumber estaba diciendo no era lo que pasaba por la lente. Se dio cuenta de que, aunque tenía su discurso impreso, hablaba de memoria. Como en los viejos tiempos, aparentemente.

-Me gustaría poder decir que estoy orgulloso de ejercer esta profesión. Y alguna vez lo estuve.

-Yo estaba frente al micrófono cuando Neil Armstrong pisó la luna por primera vez, y también en ocasiones más tristes, como el funeral de Jack Kennedy. Pero ser profesional no significa meramente estar allí. Significa que uno debe profesar algo, creer en algo.

-Hace unas semanas entrevistamos al presidente Ryan dos veces el mismo día. La primera entrevista se grabó y la segunda se hizo en vivo. Las preguntas fueron un poco diferentes. Hubo razones. Entre la primera entrevista y la segunda, nos llamaron para que viéramos a una persona. Por el momento no diré quién es. Lo diré después. Esa persona nos dio cierta información. Era información sensible que apuntaba a perjudicar al presidente Ryan y en ese momento parecía buena. No lo era, pero nosotros no lo sabíamos. Creíamos haber hecho malas preguntas y quisimos mejorar la puntería.

-Y entonces mentimos. Le mentimos al jefe de staff del presidente, el señor Arnold van Damm. Le dijimos que la cinta se había estropeado misteriosamente. Al mentirle a Van Damm, también le mentimos al presidente. Pero lo peor de todo es que les mentimos a ustedes. Tengo las cintas en mi poder. Están intactas.

-No se violó ninguna ley. La Primera Enmienda nos permite hacer casi todo lo que queramos, y está bien, porque son ustedes los jueces definitivos de nuestra tarea y nuestra perso-

Librodot

na. Lo único que no podemos hacer es engañarlos en su buena fe.

-No aprecio particularmente al presidente Ryan. Estoy en desacuerdo con él en la mayoría de los temas políticos. Si buscara la reelección, tal vez votaría por el candidato opositor. Pero fui parte de una mentira y no puedo vivir con eso en la conciencia. Más allá de sus posibles errores, John Patrick Ryan es un hombre honorable y yo no debo permitir que las animosidades personales afecten mi trabajo.

-En este caso lo permití. Me equivoqué. Cometí un grave error. Le debo una disculpa al presidente y les debo una disculpa a ustedes. Probablemente éste sea el final de mi carrera como periodista televisivo. Si así fuera, quiero irme como llegué, diciendo la verdad, con las manos limpias.

-Buenas noches. Fue el noticiero de la NBC -Plumber suspiró hondamente mirando la cámara.

-¿Qué carajo se supone que es *esto?*

El añoso periodista se paró antes de responder.

-Si todavía tienes necesidad de hacer esa pregunta, Tom...

Sonó el teléfono de su escritorio, mejor dicho parpadeó la lucecita de llamada. Plumber decidió no atender. Tom Donner tendría que darse cuenta solo.

A dos mil millas de distancia, sobre el Parque Nacional de las Rocallosas, Arnold van Damm detuvo la máquina, eyectó el cassette y lo llevó al compartimento del presidente en la nariz del avión. Ryan estaba releyendo su último discurso del día.

-Jack, creo que te agradará ver esto -le dijo, esbozando una ancha sonrisa.

Siempre hay una primera vez para todo. Esa vez sucedió en Chicago. El sábado a la tarde había visitado al médico, y el médico le había dicho lo mismo que a todos los demás. Gripe. Aspirina. Líquidos. Guardar cama. Pero al mirarse al espejo vio que la piel se le estaba decolorando, y eso la asustó más que los otros síntomas. Llamó a su médico pero le respondió el contestador automático. Esas manchas no podían esperar. Subió a su automóvil y fue al Centro Médico de la Universidad de Chicago, uno de los mejores de Estados Unidos. Esperó cuarenta minutos en la guardia de emergencia. Cuando escuchó su nombre se levantó y empezó a caminar hacia el escritorio, pero no llegó. Se desmoronó sobre el piso de baldosas ante la mirada atónita del personal administrativo. Hubo algunas reacciones instantáneas ante el desmayo y un minuto después aparecieron dos paramédicos con una camilla, quienes la trasladaron de inmediato al área de tratamiento acompañados por una empleada de admisión.

El primero que la vio fue un joven médico residente que acababa de recibirse.

-¿Qué pasó? -preguntó, mientras un enfermero le tomaba el pulso y la presión sanguínea a la enferma.

-Tome -dijo la empleada de admisión, entregándole los formularios de ingreso de la paciente. El médico les echó un rápido vistazo.

-Parecen síntomas gripales, ¿pero qué es esto?

-Tiene acelerado el ritmo cardíaco, la presión sanguínea es... un momento, por favor. -Volvió a tomársela.. ¿Noventa treinta? -La mujer tenía un aspecto demasiado normal para esas cifras.

El médico le desabotonó la blusa. Y allí estaba. En la claridad del momento ciertos pasajes específicos de sus libros de medicina le volvieron a la memoria. El joven residente levantó las manos en señal de alarma.

-Quietos todos -ordenó.. Tal vez tengamos un grave problema aquí. Quiero que se pongan guantes nuevos y máscaras. Ya mismo.

-La temperatura es uno-cuatro-punto-cuatro -dijo otro enfermero, apartándose de la paciente.

-No es gripe. Tenemos una importante hemorragia interna y petequias. -El residente se

puso una máscara y guantes nuevos mientras hablaba.. Llamen al doctor Quinn.

El enfermero salió corriendo y el residente volvió a leer los papeles de admisión. Vómitos de sangre, deposiciones oscuras. Baja presión sanguínea, fiebre alta y hemorragia subcutánea. Pero estaban en Chicago. No podía ser posible. Agarró una aguja.

-Aléjense todos, muy bien, no se acerquen -dijo clavando la aguja en la vena y llenando cuatro tubos de 5 cc.

-¿Qué pasa? -preguntó el doctor Joe Quinn. El residente repitió los síntomas y expuso sus temores llevando los tubos de ensayo a la mesa.

-¿Qué opinas, Joe?

-Si no estuviéramos en Chicago...

-Sí. Fiebre hemorrágica. Pero no es posible.

-¿Alguien le preguntó dónde estuvo últimamente?

-No, doctor -respondió la empleada de admisión.

-Paños fríos -dijo la enfermera jefe, trayendo una brazada. Se

los colocaron en las axilas, debajo del cuello y en todas partes para

aplacar el calor potencialmente letal del cuerpo. -¿Dilantina? -preguntó Quinn. -Todavía no tiene convulsiones. Diablos. -El residente cortó el

corpiño de la enferma con sus tijeras quirúrgicas. Se le estaban formando más petequias en el torso.. Esta mujer está muy enferma. Enfermera, por favor llame al Dr. Klein de infectología. Debe estar en su casa. Dígale que lo necesitamos aquí enseguida. Tenemos que bajarle la temperatura, despertarla y averiguar dónde demonios estuvo.

47

Caso Índice

Mark Klein era profesor en la facultad de medicina y por lo tanto estaba acostumbrado a trabajar en horarios regulares. Que lo llama-ran a las nueve de la noche era inusual para él, pero era médico, y cuando lo llamaban... iba. Esa noche de lunes tardó veinte minutos en llegar a su estacionamiento reservado. Pasó la zona del personal de seguridad, se puso el uniforme, entró por atrás a la sala de guardia y le preguntó al enfermero a cargo dónde estaba el doctor Quinn.

-Pabellón Aislado Dos, doctor.

Llegó en menos de veinte segundos y quedó helado al ver las señales de advertencia sobre la puerta. Bueno, pensó, poniéndose barbijo y guantes. Entró.

-Hola, Joe.

-No quiero hacer el diagnóstico sin conocer antes su parecer, profesor -dijo Quinn, entregándole la planilla.

Klein la leyó rápidamente. Quedó anonadado. La leyó por segunda vez desde el principio, mirando a la paciente para comparar su estado general con los contenidos de la planilla. Mujer caucásica, sí, edad cuarenta y uno, supongo que sí, divorciada, eso es asunto suyo, domicilio a unas dos millas de distancia, bueno, temperatura en el momento de la admisión, 104.4, terriblemente alta, presión sanguínea horriblemente baja. ¿Petequias?

-Voy a echarle un vistazo -dijo Klein. La paciente se estaba despertando. Movía un poco la cabeza y hacía ruiditos.. ¿Cómo anda la temperatura?

-Está bajando lentamente -replicó el residente mientras Klein retiraba la sábana verde. La enferma estaba desnuda y las marcas no podían ser más evidentes en su piel por lo demás inmaculada. Klein miró a los otros dos médicos.

-¿Dónde estuvo?

-No sabemos -admitió Quinn.. Revisamos su cartera. Parece que es ejecutiva de Sears y tiene su oficina en la torre.

-¿La examinaron?

-Sí, doctor -respondieron al unísono.

Librodot

-¿Mordeduras de animal?

-Ninguna. Tampoco hay evidencias de agujas, en fin, nada fuera de lo común. Está limpia.

-Yo diagnosticaría posible fiebre hemorrágica, método de transmisión desconocido por el momento. La quiero arriba, totalmente aislada, con todas las precauciones. Quiero que desinfecten esta sala... y

todo lo que la paciente haya tocado.

-Creía que esta clase de virus se transmitía solamente...

-Nadie sabe cómo, doctor, y lo que no tiene explicación me asusta. Estuve en África. He visto casos de Lassa y fiebre Q. Nunca vi Ébola. Pero lo que esta mujer padece tiene mucho de eso -dijo Klein, pronunciando los nombres temibles por primera vez.

-Pero cómo...

-Si uno admite que no sabe, es que no sabe -insistió el profesor Klein.. En las enfermedades infecciosas, si uno desconoce el medio de transmisión debe suponer lo peor. Lo peor es que se transmitan por aire, y así es como atenderemos a esta paciente. Trasládenla a mi unidad. Que todos los que estuvieron en contacto con ella se desinfecten. Como si fuera SIDA o hepatitis. Tomen máximas precauciones. ¿Dónde están las muestras de sangre?

-Allá -el residente señaló un recipiente plástico.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Quinn.

-Enviaremos una muestra a Atlanta, pero creo que yo mismo haré los análisis -Klein tenía un laboratorio excelso donde trabajaba a diario, principalmente con el virus del SIDA, que era su gran pasión.

-¿Puedo acompañarlo? -preguntó Quinn.. De todos modos, mi turno termina dentro de diez minutos. -Los lunes suelen ser días tranquilos en las salas de guardia. El momento crítico son los fines de semana.

-Claro.

-Estaba seguro de que Holtzman no me fallaría -dijo Arnie, levantando su copa para celebrar mientras el 747 iniciaba el descenso a Sacramento.

-¿Cómo? -preguntó el presidente.

-Bob es un reverendo hijo de puta, pero honesto. Eso también implica que te quemará en la pira sin titubear si cree que lo mereces. No lo olvides -le aconsejó el jefe de staff.

-Donner y Plumber mintieron -murmuró Jack.. Maldición.

-Todo el mundo miente, Jack. Incluso tú. Es una cuestión de contexto. Algunas mentiras se dicen para preservar la verdad. Otras para ocultarla. Otras para negarla. Y otras porque a nadie le importa.

-¿Cuál de las opciones se aplica a este caso?

-Todas combinadas, señor presidente. Ed Kealty quería que Donner y Plumber te tendieran una emboscada que resultaría en su beneficio, y los engañó. Pero ese traicionero rufián pagará todas sus deudas, te lo aseguro. Apuesto a que mañana mismo saldrá un artículo de primera plana en el *Post* exponiendo a Kealty como el tipo que sobornó a dos periodistas muy importantes. La prensa en pleno lo atacará con la ferocidad de una jauría de lobos. -Los periodistas que viajaban en la cola del avión ya lo estaban comentando. Arnie se había ocupado de que transmitieran el noticiero de la NBC por el sistema de video de la cabina.

-Porque Kealty los hizo quedar mal ante la opinión pública...

-Acertaste, jefecito -confirmó Van Damm, vaciando su copa de un trago. No se atrevió a decir que probablemente nada de eso hubiera ocurrido de no mediar el atentado contra Katie. Hasta los periodistas eran capaces de solidarizarse a veces, y el atentado seguramente había jugado un papel decisivo en el cambio de Plumber. Tampoco se atrevió a decir que fue él quien filtró información con cuentagotas a Holtzman. Decidió fumarse un buen cigarro apenas aterrizaran.

Librodot

El reloj corporal de Adler atravesaba un estado de absoluta confusión. Descubrió que las siestitas esporádicas ayudaban, igual que el mensaje simple y favorable que acababa de enviar. El automóvil se detuvo. Un suboficial le abrió la puerta y se inclinó reverentemente a su paso. Adler reprimió un bostezo al entrar al edificio ministerial.

-Es muy agradable volver a verlo, secretario Adler -dijo el ministro del Exterior de la RPCH a través de su intérprete. Zhang Han San estaba nuevamente presente y lo saludó con una cortés inclinación de cabeza.

-El que hayan permitido vuelos directos entre ambas capitales me facilita notablemente el proceso. Quiero expresarles mi agradecimiento por eso -replicó Adler, sentándose.

-Siempre y cuando usted comprenda que se trata de circunstancias excepcionales -acotó el ministro.

-Por supuesto.

-¿Qué noticias nos trae de nuestros belicosos primos?

-Están dispuestos a igualarlos en la reducción de actividades militares con miras a reducir la tensión.

-¿Y qué dicen de sus insultantes acusaciones?

-Ese tema no se tocó, ministro. Creo que están tan interesados como ustedes en mantener la paz en la región.

-Es notable -comentó Zhang.. Inician hostilidades, derriban dos aviones nuestros, atentan contra su propia aerolínea, matan más de un centenar de personas, deliberadamente o por incompetencia, tanto da, y luego dicen que *nos* igualarán en la reducción de actos provocativos. Espero que su gobierno sepa apreciar la tolerancia que estamos demostrando en este lamentable caso, señor Adler.

-Señor ministro, señor Zhang, la paz es un interés común a todos, ¿no es así? Estados Unidos aprecia los actos de ambas partes en estos emprendimientos informales. La República Popular ha sido generosa en más de un sentido, y el gobierno de Taiwan está dispuesto a igualar su generosidad. ¿Qué más se puede pedir?

-Muy poco -replicó el ministro del Exterior.. Una simple compensación por las muertes de nuestros cuatro aviadores. Todos deja-ron familias.

-Sus pilotos dispararon primero -acotó Zhang.

-Puede ser, pero el tema de la aerolínea todavía no está cerrado.

-Puedo asegurarle que *nosotros* no tenemos nada que ver con eso -le espetó el ministro.

Pocas cosas hay más aburridas que las negociaciones entre países, pero existe una razón para que así sea. Los actos súbitos o sorpresivos pueden forzar a un país a tomar decisiones inmediatas.

La situación se agravaba aún más porque Adler y Taiwan sabían quién había atentado contra el avión, demostrando escaso interés por las vidas humanas... ¡por las que ahora pedían compensación! Adler se preguntó por enésima vez qué sabían en la RPCH de lo que él sabía. Si sabían mucho, entonces estaban jugando un juego cuyas reglas todavía debían ser decodificadas.

-Creo que sería más conveniente que ambas partes cubran sus pérdidas y necesidades particulares -sugirió Adler.

-Lamentablemente no podemos aceptarlo. Es una cuestión de principios. El que comete el acto impropio debe repararlo.

-¿Pero qué pasaría si...? No tengo ninguna evidencia para lo que voy a decir, ¿pero qué pasaría si se determinara que la RPCH dañó inadvertidamente el avión? En ese caso, este pedido de compensación resultaría injusto.

-No es posible. Hemos entrevistado a los pilotos sobrevivientes y sus declaraciones son inequívocas -dijo Zhang.

-¿Qué piden exactamente?

-Doscientos mil dólares por cada aviador muerto. El dinero será entregado a las familias, obviamente -prometió Zhang.

Librodot

-Puedo presentar este pedido a...

-Perdóneme. No es un pedido. Es una exigencia -aclaró el ministro del Exterior.

-Ya veo. Puedo presentar su posición al gobierno de Taiwan, pero debo urgirlos a no transformar esto en una condición para la reducción de las tensiones.

-Ésa *es*, precisamente, nuestra posición. -Los ojos del ministro del Exterior eran serenos.

.... y que Dios bendiga a Estados Unidos de Norteamérica -concluyó Ryan. La multitud se levantó y lo vitoreó. La banda empezó a tocar y Jack supuso que la presencia de la banda era obligatoria en todas partes. Bajó del estrado protegido por una compacta pared de nerviosos agentes del Servicio Secreto. Bueno, por lo menos no había más fogonazos que los de los reflectores, pensó. Reprimió un bostezo. Hacía doce horas que no paraba. A primera vista, cuatro discursos no implicaban demasiado esfuerzo físico, pero estaba aprendiendo lo extenuante que era hablar en público. Siempre temblaba antes de subir al estrado, y aunque los temblores desaparecían pronto, el estrés acumulado no. La cena no ayudó demasiado. La comida era insípida, tan cuidadosamente elegida para no ofender el gusto de nadie que no tenía sabor. No obstante, le había producido acidez estomacal.

-Bueno -le dijo Arnie.. Por tratarse de alguien que ayer estaba dispuesto a arrojar todo por la borda, lo hiciste bastante bien.

-¡Señor presidente! -gritó un periodista.

-Contéstale -susurró Van Damm.

-¿Sí? -dijo Jack, retrocediendo unos pasos para disgusto de los agentes de seguridad.

-¿Se enteró de lo que dijo John Plumber esta noche por la NBC? -El periodista era de la ABC y no quería desaprovechar la oportunidad de superar a la competencia.

-Sí, me enteré -contestó el presidente con parquedad.

-¿Podría hacer algún comentario?

-Obviamente no me gustó enterarme, pero en lo que concierne al señor Plumber, considero que el suyo ha sido un acto de coraje moral como hacía tiempo no veíamos. Aprecio su actitud.

-¿Sabe quién fue el que...?

-Por favor, dejen que el señor Plumber maneje ese dato. Es su historia, y creo que sabrá contarla. Ahora, si me disculpa, debo tomar el avión.

-Gracias, señor presidente -dijo el periodista. Ryan ya le había dado la espalda.

-Muy bien -aprobó Arnie con una sonrisa.. Fue un largo día para todos nosotros, pero fructífero.

Ryan exhaló un largo suspiro.

-Si tú lo dices...

-Oh, Dios mío -murmuró el profesor Klein. Allí estaba, en la pantalla. El Cayado del Pastor, como recién salido de un libro de medicina. ¿Cómo demonios había llegado a Chicago?

-Es Ébola -musitó el doctor Quinn.. No es posible.

-¿El examen físico que le hicieron fue exhaustivo?

-Podría haber sido más exhaustivo pero... no hay mordeduras de animales ni marcas de agujas. Mark, estamos en *Chicago*. El otro día había *escarcha* en el parabrisas de mi auto.

El profesor Klein juntó las manos y se llevó los dedos enguantados a la nariz. Detuvo el gesto al darse cuenta de que aún tenía puesta la máscara quirúrgica.

-¿Tenía llaves en la cartera?

-Sí, señor.

-Primero, tenemos policías en la sala de guardia. Busque a uno y dígale que necesitamos escolta policial para entrar al departamento de la paciente y echarle un vistazo. Dígale que la

vida de esta mujer corre peligro. Tal vez tenga una mascota, una planta tropical, no sé, algo. Tenemos el nombre de su médico de cabecera. Llámenlo y que se presente de inmediato. Necesitamos que nos diga todo lo que sabe de ella.

-¿Tratamiento?

-Enfriarla, mantenerla hidratada, medicarla para aliviar el dolor. Pero no hay nada que realmente actúe contra esta enfermedad. Nada. Rousseau en París probó interferón y otras cosas, pocas, pero no tuvo suerte. -Frunció el ceño al contemplar la pantalla por enésima vez.. ¿Cómo se lo pescó? ¿Cómo demonios contrajo ese maldito virus?

-¿CDC?

-Tráigame a esos policías. Ya mismo le enviaré un fax a Gus Lorenz -Klein miró su reloj. Maldición.

Los Predator regresaron a Arabia Saudita sin ser descubiertos. No obstante, se llegó a la conclusión de que era peligroso hacerlos sobrevolar una posición permanente -por ejemplo un campamento de división. y a partir de ese momento los satélites se encargaron de vigilar la zona, enviando sus primeras fotos a la NRO (Oficina Nacional de Reconocimiento).

-Mira esto -le dijo un operador nocturno a su compañero.. ¿Qué son?

Los tanques de la división -Inmortales. de la RIU estaban agrupados en lo que esencialmente era un enorme estacionamiento, distribuidos en hileras largas y regulares para facilitar el recuento... siempre es peligroso tener en contra un tanque robado con su carga de proyectiles, y por eso todos los ejércitos vigilan especialmente los lugares donde se guardan. El orden también facilita las tareas del personal de mantenimiento. Precisamente, lo que veían era un grupo de hombres trepados a los tanques y otros vehículos de combate, realizando el mantenimiento normal posterior a una práctica mayor. Frente a cada tanque de la primera hilera había dos líneas oscuras, de aproximadamente un metro de ancho y diez de largo. El operador de pantalla era ex aviador de la Fuerza Aérea y por consiguiente sabía más de aviones que de carros de combate.

Su compañero sólo necesitó una mirada rápida.

-Orugas.

-¿Qué?

-Están cambiando las orugas. La oruga se gasta y hay que reemplazarla por una nueva. Las viejas se llevan al taller para recauchutarlas o lo que sea -dijo el ex infante.. No es gran cosa.

Un grupo de imágenes más próximas les permitió ver cómo lo hacían. Ponían las orugas nuevas frente a las viejas. Retiraban las viejas y colocaban las nuevas, y el tanque, con el motor en marcha, simplemente avanzaba para que la rueda dentada empujara a la nueva oruga a su lugar encima de las ruedas de arrastre. Era un trabajo pesado que requería varios hombres, pero la tripulación entrenada de un tanque podía realizarlo en una hora en condiciones ideales. Y ése era, precisamente, el caso, explicó el ex infante.

-Nunca entendí cómo lo hacían.

-Como verás, no es para nada difícil.

-¿Cuánto dura una oruga?

-¿En uno de esos, diseñados para atravesar el desierto? Oh, digamos que unas mil millas, tal vez un poco menos.

Claro, las dos butacas de la cabina delantera del Uno de la Fuerza Aérea se hacían cama. Ryan despidió a su staff, se quitó la ropa, la colgó y se acostó. Las sábanas estaban tan impecables y perfumadas y él tan cansado que no le importó dormir en un avión. El tiempo de vuelo a Washington era de cuatro horas y media. Luego podría dormir más en su propia cama. Y a diferencia de los viajeros de ojos enrojecidos por el cansancio, incluso podría desempeñarse bien al día siguiente.

Librodot

En la cabina grande, más precisamente en la cola del avión, los periodistas también dormían. Habían decidido dejar para mañana la impactante revelación de John Plumber. No tenían opción; las noticias de esa magnitud se manejaban por lo menos a nivel editorial. Muchos de ellos soñaban con los titulares de los diarios. Los de la televisión intentaban no deprimirse por los efectos de la noticia sobre su credibilidad.

En el medio estaban los miembros del staff presidencial. Todos se deshacían en sonrisas, o casi.

-Bueno, por fin le conocí el carácter -le comentó Arnie a Callie Weston.. Bastante fuerte, por cierto.

-Y apuesto a que él conoció el tuyo.

-Y gané yo -Arnie bebió un trago.. Sabes, tal como van las cosas, creo que tenemos un gran presidente aquí.

-Pero él odia la presidencia. -A Weston no se le pasaba nada por alto.

Arnie van Damm no se ofuscó por el comentario.

-Fabulosos discursos, Callie -la felicitó.

-Los dice de una manera tan comprometida -opinó ella.. Siempre empieza un poco rígido, como avergonzado, pero luego aparece el maestro que hay en él y se mete de lleno en lo que está diciendo. No creo que se dé cuenta.

-Honestidad. De eso se trata. La honestidad siempre se nota, ¿no? -Arnie hizo una pausa.. Habrá un servicio en memoria de los agentes muertos.

-Ya estoy pensando el discurso -aseguró Weston.. ¿Qué piensas hacer con Kealty?

-Lo estoy pensando. Vamos a hundir a ese mequetrefe de una vez y para siempre.

Badrayn estaba frente a su computadora, chequeando la Internet. Todavía nada. Un día más y empezaría a preocuparse, aunque no era problema suyo si no pasaba nada, ¿no? Todo lo que él hizo salió bien.

La Paciente Cero abrió los ojos bajo la mirada atenta de los médicos. Le había bajado la temperatura a 101.6 gracias a los paños fríos que rodeaban su cuerpo como los bloques de hielo rodean a los pescados en el mercado chino. Su cara evidenciaba una mezcla de dolor y extenuación. Debido a eso parecía una enferma de SIDA en estado avanzado, enfermedad con la que Klein estaba por demás familiarizado.

-Hola, soy el doctor Klein -le dijo el profesor detrás del barbijo.. Nos tuvo un poquito preocupados, pero ya está todo bajo control.

-Duele -se quejó la mujer.

-Ya sé, y vamos a aliviarla, pero necesito hacerle algunas preguntas. ¿Cree que puede ayudarme?

-Bueno.

-¿Viajó recientemente?

-¿Viajar cómo? -Cada palabra que pronunciaba parecía agotar sus escasas energías.

-¿Salió del país?

-No. Viajé a Kansas City... hace diez días, eso es todo. Un viaje de un día -agregó.

-Bueno. -Malo, en realidad.. ¿Tuvo algún contacto con alguien que haya estado fuera del país?

-No. -Trató de sacudir la cabeza. Apenas pudo moverla un milímetro.

-Perdóneme, pero debo preguntárselo. ¿Actualmente está manteniendo relaciones sexuales con alguien?

La pregunta la impactó.

-¿SIDA? -musitó, obviamente creyendo que era lo peor que podía tener.

Klein negó terminantemente.

-No, de ninguna manera. Por favor no se preocupe por eso.

-Me divorcié -dijo la paciente.. Hace pocos meses. Todavía no apareció nadie... en mi vida.

-Bueno, siendo tan hermosa como es, no dudo que pronto aparecerá -observó Klein, tratando de arrancarle una sonrisa.. ¿Qué hace en Sears?

-Compras, artículos para el hogar. Hace poco tuvimos... una gran exhibición... en el McCormick Center... muchos papeles, órdenes de compra, esas... cosas.

Con eso no iban a ninguna parte. Klein formuló dos o tres preguntas más. Nada. Se dio vuelta y señaló a la enfermera.

-Bueno, ahora haremos algo para aliviarle el dolor -le dijo. Dio un paso atrás para no obstaculizar a la enfermera, que inyectó morfina en la bolsa de suero intravenoso.. Empezará a surtir efecto en unos segundos, ¿está bien? Enseguida vuelvo.

Quinn lo esperaba en el pasillo con un policía uniformado.

-¿Qué pasa, doc? -preguntó el oficial.

-La paciente tiene algo muy serio, posiblemente muy contagioso. Necesito revisar su departamento.

-No es legal, sabe. Se supone que debe ver al juez y conseguir...

-Oficial, no hay tiempo para eso. Tenemos las llaves. Podríamos irrumpir en el departamento, pero lo quiero allí para que vea que no hacemos nada malo. -Y además, si tenía alarma antirrobo, se evitarían un arresto.. No hay tiempo que perder. La mujer está muy mal.

-Está bien, tengo el auto afuera. -Los médicos siguieron al policía.

-¿Mandó el fax a Atlanta? -preguntó Quinn. Klein hizo un gesto negativo.

-Primero quiero revisar la casa. -Decidió no llevar chaqueta.

Afuera hacía frío y la baja temperatura sería poco hospitalaria para el virus, en el improbable caso de que se le hubiera pegado. La razón le decía que no había peligro. Jamás se había topado con Ébola clínicamente, pero sabía todo al respecto. Lamentablemente era normal no poder explicar a priori la presencia de ciertas enfermedades fatales. La mayoría de las veces la investigación rigurosa permitía conocer la forma de contagio, pero no siempre. Hasta con el SIDA había cierto número de casos inexplicables. Pero eran pocos, y nadie empezaba con uno de esos como Caso Índice. El profesor Klein sintió un escalofrío al salir. La temperatura había bajado y soplaba un viento helado proveniente del lago Michigan. Pero no temblaba por eso.

Price abrió la puerta de la cabina delantera. Las luces estaban apagadas, salvo algunas suaves e indirectas. El presidente estaba acostado boca arriba y roncaba sonoramente, tanto que sus ronquidos superaban el intenso zumbido de los motores. Tuvo que resistir la tentación de acercarse en puntas de pie y taparlo con una manta. En cambio, sonrió y cerró la puerta.

-Tal vez exista la justicia, Jeff -le dijo al agente Raman.

-¿Te refieres a lo del noticiero?

-Sí.

-Yo no estaría tan seguro -dijo Raman.

Miraron a su alrededor. Finalmente todos se habían dormido, hasta el jefe de staff. En ese momento, el Uno de la Fuerza Aérea sobrevolaba la región central de Illinois. Los dos agentes fueron a sentarse. Tres miembros de la Custodia Personal jugaban a las cartas en silencio. Otros leían o dormitaban.

Una sargento de la Fuerza Aérea bajó la escalera de caracol con un papel en la mano.

-Tráfico FLASH para el Jefe -anunció.

-¿Es tan importante? Llegaremos a Andrews dentro de noventa minutos.

-Acabo de sacarlo de la máquina de fax -dijo la sargento.

-Está bien -Price recibió el mensaje y fue hacia adelante, donde estaba Ben Goodley. Era él quien debía decirle al presidente lo que tuviera que saber sobre los acontecimientos importantes del mundo... o, como en ese caso, evaluar la importancia de un mensaje. Sacudió el hombro de Goodley, que a regañadientes abrió un ojo.

Librodot

-¿Sí?

-¿Despertamos al Jefe para que lo lea?

El oficial de inteligencia le echó un vistazo al fax y sacudió la cabeza.

-Puede esperar. Adler sabe lo que hace y un grupo de Estado está trabajando en esto. -Se dio vuelta en el asiento sin decir nada.

-No toque nada -le dijo Klein al policía.. Lo mejor será que se quede en la puerta, pero si quiere seguirnos, no toque nada. Un momento. -Buscó en la bolsa plástica de residuos que había llevado y

sacó un barbijo de cirugía.. Póngaselo, por favor.

-Como usted diga, doc.

Klein le entregó las llaves de la casa. El oficial abrió la puerta. Había un sistema de alarma. Los controles estaban detrás de la puerta, desactivados por suerte. Los dos médicos se pusieron barbijos y guantes de látex. Antes que nada encendieron todas las luces.

-¿Qué estamos buscando? -preguntó Quinn.

Fuera lo que fuera, Klein ya lo estaba buscando. Ningún perro o gato se había asomado a recibirlos. No vio jaulas de pájaros... hasta cierto punto había esperado encontrar un monito mascota, pero intuía que no era posible. De todos modos, a Ébola no le gustaban tanto los monos. Los mataba con la misma alacridad que aplicaba a sus víctimas humanas. Plantas, pensó. ¿No sería extraño que Ébola eligiera un huésped ajeno al reino animal?

Sí, había plantas, pero ninguna exótica. Estaban parados en el centro del living, sin tocar nada con sus manos enguantadas ni con ninguna otra parte del cuerpo. Giraban lentamente sobre sí mismos, mirando en derredor.

-No veo nada -dijo Quinn.

-Yo tampoco. Vayamos a la cocina.

En la cocina había más plantas, dos parecían hierbas medicinales en maceta. Klein no reconoció la variedad y decidió llevárselas.

-Espere. Aquí -dijo Quinn abriendo un cajón y sacando bolsas para freezer. Guardaron las plantas en las bolsas y el joven médico las selló cuidadosamente. Klein abrió la heladera. Nada fuera de lo común. Lo mismo podía decirse del freezer. Había especulado con algún producto alimenticio exótico... pero no. Todo lo que comía la paciente era típicamente norteamericano.

El dormitorio era un dormitorio y nada más. Sin plantas.

-¿Alguna prenda de vestir? ¿Cuero? -sugirió Quinn.. El ántrax puede...

-Ébola no puede. Es demasiado delicado. Lo conocemos. No puede sobrevivir en este medio ambiente. Simplemente *no puede* -insistió el profesor. No sabían demasiado sobre el pequeño bastardo, pero una de las cosas que hacían en el CDC era establecer los parámetros medioambientales, el tiempo de supervivencia del virus en determinada serie de condiciones. Chicago en esa época del año era tan inhospitalario para esa clase de virus como un alto horno. Orlando, algún lugar en el sur, podía ser. ¿Pero Chicago? -Nada. No conseguimos nada -concluyó, frustrado.

-¿Tal vez las plantas?

-¿Tiene idea de lo difícil que es pasar una planta por la aduana?

-Nunca lo intenté.

-Yo sí, una vez quise traer una variedad de orquídeas salvajes de Venezuela... -Miró por última vez a su alrededor.. Aquí no hay nada, Joe.

-¿El pronóstico de la paciente es tan malo como...?

-Sí. -Le transpiraban las manos dentro de los guantes de látex.

Las refregó contra el pantalón.. Si no podemos determinar de dónde vino... si no podemos explicarlo... -Miró a su colega, más joven y más alto.. Tengo que volver. Quiero echarle otro vistazo a esa estructura.

-Hola -dijo Gus Lorenz. Miró el reloj. ¿Quién demonios...?

-¿Gus?

-Sí, ¿quién habla?

-Max Klein, de Chicago.

-¿Pasó algo malo? -preguntó el somnoliento Lorenz. La respuesta lo hizo abrir los ojos de par en par, como ventanas.

-Creo que... no, *sé* que tenemos un caso de Ébola aquí, Gus.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Lo tengo en el microscopio. Es el Cayado del Pastor. No es un error, Gus. Ojalá lo fuera.

-¿Dónde estuvo el paciente?

-Es una mujer y no estuvo en ningún sitio especial. -Klein resumió todo lo que sabía en menos de un minuto.. No hay manera de explicarlo.

Lorenz podría haber objetado que eso no era posible, pero la comunidad médica es muy íntima en los niveles más altos y él sabía que Mark Klein era profesor titular de una de las mejores cátedras del mundo.

-¿Un solo caso? -preguntó.

-Siempre se empieza por uno, Gus -le recordó Klein a su amigo. A más de mil millas de distancia, Lorenz sacó las piernas fuera de la cama y se paró de un salto.

-Está bien. Necesito un espécimen.

-En este momento va camino a O-Hare. Lo mandaremos en el primer vuelo. Puedo enviarte las imágenes microscópicas por correo electrónico ahora mismo.

-Dame cuarenta minutos para acondicionarme.

-¿Gus?

-¿Sí?

-¿Hay algo que yo no sepa en cuanto al tratamiento? La paciente se encuentra muy mal -dijo Klein, anhelando desconocer algo de su esfera por primera vez en su vida.

-Temo que no, Mark. Nada nuevo.

-Maldita sea. Bueno, haremos lo que podamos. Llámame cuando llegues. Estoy en mi consultorio.

Lorenz fue al baño, abrió la canilla y metió la cabeza bajo el agua fría para comprobar que no era un sueño. No, pensó. Era una pesadilla.

Hasta la prensa respetaba ciertas cosas. Ryan fue el primero en bajar la escalera. Saludó al sargento de la USAF y caminó las cincuenta yardas que lo separaban del helicóptero. Una vez a bordo se abrochó el cinturón de seguridad y volvió a dormirse. Quince minutos después lo despertaron. Bajó otra escalera, saludó a un marine, y entró a la Casa Blanca. Diez minutos después estaba en una cama que no se

movía.

-¿Fue bueno el viaje? -preguntó Cathy, abriendo apenas un ojo.

-Demasiado largo -suspiró su marido, volviendo a dormirse.

El primer vuelo de Chicago a Atlanta salió a las 6.15, hora local. Hacía media hora que Lorenz estaba frente a la computadora de su oficina, conectado a la Internet y hablando por teléfono.

-Estoy enviando la imagen.

El Cayado del Pastor apareció en pantalla, de abajo hacia arriba. Era perfecto.

-Dime que estoy equivocado, Gus -pidió Klein, pero no había atisbos de esperanza en su voz.

-Creo que tenías razón, Mark. -Hizo una pausa. La imagen había terminado de formarse.. Sí, es nuestro amigo.

-¿Dónde apareció por última vez?

-Bueno, tuvimos un par de casos en Zaire, y otros dos en Sudán. Eso es todo. ¿Tu paciente estuvo...?

-No. No hemos podido identificar factores de riesgo. Teniendo en cuenta el período de incubación, debe haberlo contraído aquí en Chicago. Y eso es imposible, ¿no?

-¿Sexo? -preguntó Lorenz.

-Le pregunté. Nada. ¿Han reportado algún otro caso?

-No, nada. Mark, ¿estás seguro de lo que me dijiste? -Por insultante que fuera la pregunta, debía formularla.

-Ojalá no estuviera seguro. La pobre mujer tiene la sangre llena de esa maldita cosa, Gus. Espera un momento. -Lorenz oyó una conversación susurrada.. Volvió a despertarse. Dice que le extrajeron una muela hace una o dos semanas. Tenemos el nombre del dentista. Lo investigaremos. Es todo lo que tenemos.

-Está bien, dame tiempo para analizar la muestra. Es el único caso. No nos alarmemos tanto.

Raman llegó a su casa poco antes del alba. Era maravilloso que las calles estuvieran casi vacías a esa hora del día. No estaba en condiciones de conducir. Al llegar a la casa siguió su rutina habitual. En el contestador automático lo esperaba la voz del señor Alahad.

No comía desde hacía dos días, a pesar de la insistencia de su esposa con la sopa de pollo y las tostadas. Desesperado se bajó los calzoncillos y se sentó en el inodoro justo a tiempo. La parte superior de su sistema gastrointestinal explotó simultáneamente, y el ex golfista profesional se dobló en dos y vomitó sobre las baldosas. Instantáneamente se avergonzó de haber hecho algo tan poco varonil. Hasta que vio lo que había a sus pies.

-¿Querida? -llamó débilmente.. Ayúdame...

48

Hemorragia

Seis horas de sueño, tal vez un poco más, eran mejor que nada. Esa mañana Cathy fue la primera en levantarse y el padre de la primera familia se presentó a desayunar con la barba crecida, atraído por el aroma del café recién hecho.

-Sería bueno poder culpar a la resaca cuando uno se siente tan estropeado -proclamó el presidente. Los diarios de la mañana estaban en el lugar de siempre. Había una nota adherida a la primera página del *Washington Post*, justo sobre un artículo firmado por Bob Holtzman y John Plumber. Bueno, allí tenía algo para empezar el día, pensó Jack.

-Es realmente lamentable -dijo Sally Ryan. Había visto la cobertura televisiva de la controversia.. Qué imbéciles. -Hubiera preferido decir -forros-, término recientemente favorecido por las jovencitas del St. Mary, pero papá no estaba preparado para reconocer el hecho de que su pequeña Sally hablara como una adulta.

-Ajá -replicó Jack. Todas las pistas señalaban a Kealty, quien al parecer tenía una fuente en la CIA que le había filtrado la información. Aparentemente también, la información no era ciento por ciento verdadera y lo peor de todo era que había sido utilizada para atacar políticamente a Ryan valiéndose de los medios. Jack sonrió con sorna. Como si fuera una novedad, pensó. El *Post* ponía énfasis en la violación de la integridad periodística. Decía que la retractación de Plumber había sido muy sincera y que los ejecutivos de la NBC se habían negado a hacer comentarios. También decía que los cassettes de la entrevista original estaban en perfectas condiciones y bajo la custodia del *Post*.

El editorial del *Washington Times* era igualmente airado, pero en otro sentido. Según el *Times*, este asunto generaría una batalla inter-na colosal entre los organismos de prensa, batalla que seguramente divertiría mucho a los políticos.

Bueno, pensó Ryan, *eso me los sacará de encima por un rato.*

Abrió el sobre lacrado de papel manila y extrajo un documento evidentemente viejo.

-Miserables -murmuró.

-Esta vez se patearon en contra -comentó Cathy, leyendo su propio diario.

-No -contestó SWORDSMAN.. Se trata de China.

Todavía no era una epidemia, porque nadie lo sabía. Los médicos reaccionaban con sorpresa ante los llamados telefónicos. Llamados excitados, si no frenéticos, que despertaron a más de veinte de ellos en todo el país. En todos los casos los pacientes reportaron vómitos de sangre y diarrea, pero esos síntomas podían deberse a varios problemas médicos. Por ejemplo a una úlcera sangrante, más teniendo en cuenta que muchas de las llamadas provenían de hombres de negocios para quienes el estrés venía pegado a la corbata y la camisa blanca. La mayoría recibió el consejo de acudir al hospital más cercano, y en casi todos los casos el médico se ocupó de atender allí personalmente a su paciente o de que un colega confiable lo reemplazara. Pero otros tuvieron que esperar al día siguiente y presentarse entre las ocho y las nueve de la mañana para ser los primeros en atenderse y no interferir con el planeamiento diario.

Gus Lorenz no se sentía bien solo en su oficina y convocó a otros miembros superiores del cuerpo médico. Ya había encendido su pipa cuando llegaron. Uno de ellos estaba a punto de poner reparos -fumar iba contra las regulaciones federales. pero quedó boquiabierto frente a la pantalla de la computadora.

-¿De dónde proviene? -preguntó el epidemiólogo.

-De Chicago.

-¿De *nuestra* Chicago?

Pierre Alexandre llegó a su consultorio en el undécimo piso del Edificio Ross poco antes de las ocho. Lo primero que hizo fue revisar la máquina de fax. Los médicos que atendían casos de SIDA solían enviarle información sobre sus pacientes vía fax. Eso le permitía monitorear gran cantidad de pacientes, a los fines de aconsejar tratamientos opcionales y aumentar sus propios conocimientos. Esa mañana había un solo fax, y bastante bueno. Merck acababa de lanzar una nueva droga con resultados aparentemente positivos. En ese instante sonó el teléfono.

-Doctor Alexandre.

-Guardia de emergencia, señor. ¿Podría bajar un momento? Tengo un paciente, blanco caucásico, treinta y siete años. Fiebre alta, hemorragia interna. No sé qué le pasa... quiero decir -dijo la residente-, sé lo que parece, pero...

-Déme cinco minutos.

-Sí, señor.

El biólogo virólogo/molecular se puso su guardapolvo de laboratorio, lo abotonó, y fue a la guardia de emergencia, localizada en un edificio aparte en el campus de Hopkins. Incluso en su época de militar se vestía igual. -Look médico-, lo llamaba. El estetoscopio en el bolsillo derecho. El nombre bordado en el bolsillo izquierdo. Una expresión serena en el rostro al entrar a la casi ociosa sala de guardia. La noche era el período más ajetreado allí. Siempre la noche. Vio a la residente, bella como una flor... y poniéndose un barbijo de cirugía. ¿Qué era lo que podía andar mal en esa maravillosa mañana de primavera?

-Buen día, doctora -dijo Alexandre con su más encantador acento sureño.. ¿Qué problema tenemos por aquí?

La joven residente le entregó la planilla y empezó a hablar mientras él la leía.

-Lo trajo la esposa. Fiebre alta, desorientación, presión sanguínea baja, probable hemorragia interna, vómitos y heces con sangre. Y tiene algunas marcas en la cara -informó.. No estoy lo suficientemente segura para arriesgar un diagnóstico.

Librodot

-Bueno, vamos a ver. -Parecía una joven prometedora, pensó Alexandre, complacido. Sabía que no sabía y llamaba para consultar... ¿pero por qué no habría llamado a uno de los internos?, se preguntó el ex coronel volviendo a mirar el hermoso rostro de la chica. Se puso barbijo y guantes y entró a la sala.

-Buen día, soy el doctor Alexandre -saludó al paciente. El hombre tenía los ojos vacuos, pero fueron las manchas de sus mejillas las que le cortaron la respiración. Era la cara de George Westphal que regresaba después de una década. Alexandre no podía dar crédito a sus ojos.

-¿Cómo llegó aquí?

-Su médico de cabecera le dijo a la esposa que lo trajera. Tiene privilegios con Hopkins.

-¿A qué se dedica? ¿Es reportero gráfico? ¿Diplomático? ¿Algo que tenga que ver con viajes?

La residente negó con la cabeza.

-Vende Winnebagos y RV, el mayorista está sobre la autopista Pulaski.

Alexandre miró a su alrededor. Había un estudiante de medicina y dos enfermeros además de la residente que atendía el caso. Todos con guantes y barbijo. Bien. Muy bien. La joven era inteligente y precavida, y ahora entendía por qué tenía miedo.

-¿Sangre?

-Ya le extrajimos, doctor. Enviaremos las muestras a su laboratorio.

Alexandre asintió.

-Bueno. Admítanlo ya mismo. En mi unidad. Necesito un recipiente para los tubos. Cuidado con los punzantes. -Uno de los enfermeros salió a buscar lo que Alexandre había pedido.

-Profesor, parece... bueno, es imposible, pero parece...

-Es imposible -coincidió.. Pero parece. Ésas son petequias, como salidas de un libro de medicina. Por lo tanto, lo trataremos como si fuera lo que parece, ¿de acuerdo? -Volvió el enfermero. Alexandre tomó las muestras de sangre.. Trasládenlo arriba y desinfecten todo inmediatamente. Ustedes también desinféctense. No correrán peligro si toman las precauciones debidas. ¿La esposa está aquí?

-Sí, doctor, en la sala de espera.

-Mándenla a mi consultorio. Tengo que hacerle unas preguntas. ¿Alguna pregunta? -Silencio.. Entonces, a moverse.

Alexandre revisó visualmente el recipiente plástico y lo guardó en el bolsillo izquierdo de su guardapolvo, una vez seguro de que estaba bien cerrado. El sereno -look médico. desapareció apenas subió al ascensor. Mirando el pulido acero de las puertas automáticas repitió que no, no, era imposible. Tal vez fuera otra cosa. ¿Pero qué? La leucemia compartía algunos de los síntomas, y por temible que fuera ese diagnóstico no era nada frente a lo que temía. Se abrieron las puertas y Alexandre salió rumbo a su laboratorio.

-Buen día, Janet -dijo al entrar.

-Hola, Alex -replicó Janet Clemenger, bióloga molecular.

Alexandre sacó la caja plástica de su bolsillo.

-Necesito que lo hagas ya. Es decir, ahora mismo.

-¿Qué es? -Pocas veces le pedían que dejara de hacer lo que estaba haciendo, especialmente al empezar el día de trabajo.

-Parece fiebre hemorrágica. Trátala como si fuera nivel... cuatro.

La bióloga abrió un poco los ojos.

-¿Aquí? -Muchos se hacían la misma pregunta en todo el territorio norteamericano, pero todavía no lo sabían.

-Van a subir al paciente. Tengo que hablar con la esposa.

Clemenger tomó la caja plástica y la apoyó suavemente sobre la mesa de trabajo.

-¿Análisis de anticuerpos?

-Sí, y por favor ten muchísimo cuidado, Janet.

Librodot

-Eso siempre -le aseguró. Igual que Alexandre, trabajaba en muchos experimentos sobre SIDA.

Alexandre fue a su consultorio y llamó a Dave James.

-¿Está seguro? -preguntaba el decano dos minutos después.

-Dave, por ahora es una presunción, pero... lo he visto antes. Es lo mismo de George Westphal. Jan Clemenger está haciendo los análisis. Hasta saber más, creo que debemos tratarlo como lo que parece. Si los resultados del laboratorio son lo que espero, llamaré a Gus por teléfono y declararemos estado de alerta.

-Bueno, Ralph vuelve pasado mañana de Londres. Por el momento el departamento es tuyo, Alex. Manténme informado.

-Entendido -respondió el ex soldado. Había llegado la hora de hablar con la esposa del paciente.

En la sala de guardia, los ordenanzas desinfectaban el lugar donde había estado la cama, supervisados por la enfermera a cargo. El poderoso y distintivo sonido de un helicóptero Sikorsky los distrajo unos segundos de sus quehaceres. La primera dama estaba llegando a trabajar.

Finalmente el mensajero llegó al CDC y entregó la -caja de sombreros. a uno de los técnicos de laboratorio que trabajaban con Lorenz. A partir de allí el proceso fue ultrarápido. Los tests de anticuerpos ya estaban preparados. El técnico virtió una gota de sangre en un tubito de vidrio tomando precauciones exquisitamente precisas. El líquido del tubo cambió casi instantáneamente de color.

-Es Ébola, doctor -informó el técnico. En la sala contigua colo-caron una muestra similar bajo el microscopio. Lorenz entró. Tenía las piernas cansadas para ser tan temprano. El microscopio ya estaba encendido.

-Ponte cómodo, Gus. -El que habló fue un médico. La imagen era absolutamente clara. La muestra de sangre estaba colmada de virus. Pronto no quedaría otra cosa.. ¿De dónde vino?

-De Chicago -murmuró Lorenz.

-Bienvenido al Nuevo Mundo -le espetó a la imagen de la pantalla.. Pequeño hijo de puta.

El próximo paso sería establecer el sub-tipo. Eso demoraría un poco.

-¿Entonces no salió del país? -preguntó Alex, con la vista clava-da en el listado de preguntas.

-No, para nada -aseguró la mujer.. El único viaje que hizo fue a la gran exhibición de RV. Va todos los años.

-Señora, tengo que hacerle varias preguntas, y algunas podrían resultar ofensivas. Por favor tenga en cuenta que lo hago para ayudar a su marido. -Ella asintió. Alexandre era muy hábil en ciertas circunstancias.. ¿Tiene alguna razón para sospechar que su marido haya tenido relaciones con otras mujeres?

-No.

-Lo siento, tenía que preguntárselo. ¿Tienen mascotas exóticas?

-Sólo dos perdigueros Chesapeake -replicó la mujer, sorprendida por la pregunta.

-¿Monos? ¿Algo de otro país?

-No, nada.

Con esto no vamos a ninguna parte. No se le ocurría ninguna pregunta relevante. Se suponía que debían responder *sí* a la del viaje.

-¿Conocen a alguien... un familiar, un amigo, lo que sea, que viaje mucho?

-No... ¿puedo verlo?

-Sí, pero primero debemos instalarlo en la habitación e iniciar el tratamiento.

-¿Se va a...? Bueno, nunca estuvo enfermo, corre, no fuma, tam-poco bebe demasiado, en fin, siempre hemos sido muy cuidadosos.

-No quiero mentirle. Aparentemente su marido está muy enfermo, pero su médico de cabecera lo mandó al mejor hospital del mundo. Yo me inicié aquí. Pasé más de veinte años en el ejército, en el área de enfermedades infecciosas. De modo que están en el lugar correcto, con el médico correcto. -Había que decir frases como ésa, por vacías que parecieran. Lo único que uno no podía hacer, jamás, era desalentar la esperanza. Sonó el teléfono.

-Doctor Alexandre.

-Alex, soy Janet. El análisis de anticuerpos dio positivo. Es Ebola. Lo hice dos veces. Envié el resto de los tubos al CDC y realizaremos la observación microscópica dentro de quince minutos.

-Muy bien. Quiero estar presente. -Colgó y le dijo a la mujer.: Permítame acompañarla a la sala de espera y presentarle a las enfermeras. Son excelentes.

Esa parte era la menos entretenida, aun teniendo en cuenta que el de las enfermedades infecciosas no era un campo particularmente entretenido. Tal vez se hubiera extralimitado en su afán de darle esperanzas. A partir de ese momento la pobre mujer lo escucharía como si Dios hablara por su boca, pero Dios se había quedado sin respuestas y además tendría que explicarle que las enfermeras le extraerían sangre para analizarla.

-¿Qué opinas, Scott? -preguntó Ryan a trece husos horarios de distancia.

-Bueno, es obvio que quieren problemas. ¿Jack?

-¿Sí?

-Ese Zhang, ya lo vi dos veces. No habla mucho, pero es un pez más gordo de lo que creíamos. Creo que vigila al ministro del Exterior. Es uno de los jugadores, Jack. Pídeles a los Foley que abran un archivo con su nombre y le pongan una bandera enorme.

-¿Taipei aceptará la exigencia de compensación?

-¿Tú la aceptarías?

-Si actuara por instinto les diría que se metieran la exigencia ya sabes dónde, pero se supone que no debo perder los estribos.

-Escucharán la exigencia y me preguntarán cuál es la posición de Estados Unidos al respecto. ¿Qué les digo?

-Por el momento, abogamos por la renovación de la paz y la estabilidad.

-Ese argumento podría durar una o dos horas. ¿Y después qué? -insistió Adler.

-Conoces el área mejor que yo. ¿Cuál es el juego, Scott?

-No sé. Creía conocerlo, pero no. Primero esperaba que hubiera sido un accidente. Luego pensé que podrían estar agitando el avispero... me refiero a los taiwaneses. Pero no. Insisten demasiado y de manera inadecuada para eso. Tercera opción, hacen todo esto para probarte. Si así fuera, estarían jugando muy fuerte... demasiado fuerte. Todavía no te conocen, Jack. Es un pozo demasiado grande para la primera mano de la noche. Por último, no sé qué se proponen. Al no saberlo, no puedo decirte cómo jugar.

-Sabemos que estaban detrás de Japón... Zhang en persona estaba detrás de ese bastardo Yamata y...

-Sí, ya sé. Y deben saber que sabemos, razón de más para no molestarnos. Hay demasiadas fichas sobre la mesa, Jack -arremetió Adler.. Y no entiendo por qué.

-¿Y si respaldamos a Taiwan?

-Bueno, si decides hacerlo y se corre la voz y la RPCH aguza sus antenas... demonios, tenemos casi cien mil norteamericanos viviendo en China que pasarían a convertirse en rehenes. No quiero entrar en consideraciones comerciales, pero sería bastante perjudicial en términos político-económicos.

-Pero si no respaldamos a los taiwaneses, la RPCH pensará que están solos y acorralados...

-Sí, y lo mismo pasaría en el caso contrario. Sugiero que sigamos adelante. Transmitiré

la exigencia, Taipei responderá negativamente, y yo les sugeriré que sugieran dejar el tema en suspenso hasta que se determinen las causas del ataque contra el avión. Para eso acudiremos a la ONU. Nosotros, es decir Estados Unidos, plantearemos el caso ante el Consejo de Seguridad. Eso demorará un poco las cosas. Tarde o temprano, la armada de la RPCH se quedará sin combustible. Tenemos portaaviones en la región, de modo que no puede pasar *nada*.

Ryan frunció el ceño.

-No diré que me gusta, pero adelante. De todos modos pasarán uno o dos días. Mi instinto es respaldar a Taiwan y mandar a la mierda a la RPCH.

-El mundo no es tan simple, y tú lo sabes -le recordó Adler.

-Mal que me pese, es cierto. Adelante entonces, Scott, y manténme informado.

-Prometido.

Alex miró su reloj. El anotador de la doctora Clemenger estaba junto al microscopio. A las 10.16 había confirmado la presencia del virus de Ébola. En la otra punta del laboratorio, uno de los técnicos analizaba la sangre extraída a la esposa del Paciente Cero. El análisis dio positivo. Ella también había contraído la enfermedad, aunque por ahora no lo sabía.

-¿Tienen hijos? -preguntó Janet al enterarse.

-Dos, en la universidad.

-Alex, a menos que sepas algo que yo no sé... Espero que hayan pagado su póliza de seguro. -Clemenger todavía no tenía el status de M-D-, pero en momentos como ése no le importaba. Los médicos clínicos llegaban a conocer mejor a los pacientes que los científicos.

-¿Qué más puedes decirme?

-Necesitaría mapear un poco los genes, pero mira esto. -Señaló la pantalla.. ¿Ves cómo se agrupan las proteínas y esa estructura ahí abajo? -Janet era la mayor experta del laboratorio en cuanto a formación de virus.

-¿Mayinga? -*Dios, la misma variedad que se había contagiado George...* Y nadie sabía cómo se la había contagiado, y ahora tampoco sabía cómo el paciente...

-Es demasiado pronto para asegurarlo. Sabes lo que tengo que hacer para...

-Está bien. No hay factores de riesgo para él, y probablemente tampoco para ella. Dios, Janet, si se transmite por aire...

-Ya sé, Alex. ¿Quién llamará a Atlanta, tú o yo?

-Yo.

-Empezaré a aislar al pequeño miserable -prometió Clemenger.

El trayecto desde el laboratorio al consultorio le pareció larguísimo. Su secretaria ya había llegado y no necesitó ser muy suspicaz para captar su estado de ánimo.

-El doctor Lorenz está en una reunión -dijo otra secretaria. Ese argumento usualmente disuadía a la gente. Pero esa vez no.

-Interrúmpala, por favor. Dígale que lo llama Pierre Alexandre de Johns Hopkins, y que es muy importante.

-Sí, doctor. Un momento por favor. -Apretó un botón y después otro. Sonó el teléfono de la sala de conferencias.. Doctor Lorenz, por favor, es urgente.

-¿Sí, Marjorie?

-Tengo al doctor Alexandre en la tres. Dice que es importante, doctor.

-Gracias. -Gus cambió de línea.. Habla rápido, Alex, tenemos un problemita aquí, -dijo con voz inusualmente expeditiva.

-Ya lo sé. Ébola ha llegado a esta parte del mundo, -anunció Alexandre.

-¿También hablaste con Mark?

-¿Mark? ¿Qué Mark?

-Espera un momento, Alex. ¿Por qué me llamaste?

-Tenemos dos pacientes con Ébola en mi unidad, Gus.

Librodot

-¿En Baltimore?

-Sí, pero... ¿dónde más, Gus?

-Mark Klein tiene uno en Chicago, una mujer de cuarenta y un años. Ya vi la muestra de sangre por microscopio. -En dos ciudades distantes entre sí, dos expertos mundiales hicieron exactamente lo mis-mo. Uno miró la pared de su pequeño consultorio. El otro miró la mesa de la sala de conferencias y luego clavó los ojos alternativamente en los diez médicos y científicos que lo acompañaban. Las expresiones de ambos eran idénticas.. ¿Alguno de ellos estuvo en Chicago o Kansas City?

-Negativo -respondió el ex coronel.. ¿Cuándo se declaró el caso de Klein?

-Anoche, a eso de las diez. ¿Y el tuyo?

-Poco antes de las ocho. El hombre tiene todos los síntomas. La mujer no, pero el análisis dio positivo... oh, mierda, Gus...

-Tengo que llamar a Detrick.

-Hazlo. Y échale un vistazo a la máquina de fax de vez en cuando, Gus -aconsejó el profesor Alexandre.. Espero que todo esto sea un maldito y asqueroso error. -Pero no lo era, y ambos lo sabían.

-Quédate cerca del teléfono. Tal vez te ponga en línea.

-Claro. -Alex se quedó pensando. También tenía que hacer una llamada.

-Dave, soy Alex.

-¿Y? -preguntó el decano.

-Marido y mujer, ambos positivos. La mujer todavía no presenta síntomas. El marido muestra todos los signos clásicos.

-¿Entonces qué pasa, Alex? -preguntó el decano cautelosamente.

-Pasa que Gus estaba en una reunión cuando llamé. Discutían un caso de Ébola aparecido en Chicago. Mark Klein lo reportó ayer a medianoche. Nada en común con nuestro Caso Índice. Yo... creo que tenemos una epidemia potencial entre manos. Debemos alertar a los equipos de emergencia. Podría ser muy peligroso.

-¿Epidemia? Pero...

-Debo hacerlo, Dave. El CDC hablará con el ejército. Sé exacta-mente qué van a decirles a los de Detrick. Hace seis meses yo mismo hubiera hecho la llamada. -La otra línea de Alexandre empezó a sonar. Su secretaria atendió el llamado. Un momento después, asomó la cabeza por el vano de la puerta.

-Doctor, llaman desde la sala de guardia. Lo necesitan inmediatamente. -Alex le transmitió el mensaje al decano.

-Lo veré allí, Alex -le aseguró Dave James.

-Después de recibir la próxima llamada, estará en libertad de completar su misión -dijo el señor Alahad.. Usted escogerá el momento adecuado. -No agregó que sería conveniente que Raman borrara todos los mensajes del contestador automático. Semejante comentario hubiera resultado venal a quien estaba dispuesto a sacrificar su vida.. No volveremos a vernos en esta vida.

-Debo ir a trabajar. -Raman titubeó. Finalmente, la orden había llegado. Los dos hombres se abrazaron, y el más joven se marchó sin mirar atrás.

-¿Cathy?

La doctora Ryan levantó la vista y vio la cabeza de Bernie Katz asomando por el vano de la puerta.

-¿Sí, Bernie?

-Dave convocó una reunión de jefes de departamento a las dos, en su oficina. Tengo que ir a Nueva York para dar esa conferencia en Columbia y Hal opera esta tarde. ¿Podrás hacerte cargo?

-Seguro, estoy libre.

-Gracias, Cath. -La cabeza desapareció y SURGEON volvió a los informes de sus pacientes.

El decano había pedido la reunión con un pie en la puerta de su oficina. Ahora estaba en la sala de guardia. Oculto tras el barbijo, parecía un médico más.

El paciente no tenía nada que ver con los otros dos. Lo vieron vomitar en un recipiente plástico desde dos metros de distancia. Había sangre en el vómito.

El caso era atendido por la misma joven residente.

-No viajó. Dice que pasó por Nueva York. Fue al teatro, a una exhibición de autos, esas cosas. ¿Qué pasó con el primero?

-Dio positivo. Ébola -le informó Alex. La joven abrió los ojos como un búho.

-¿Aquí?

-Aquí. No se sorprenda tanto, doctora. Usted me llamó, ¿recuerda? -Miró al decano James enarcando una ceja.

-Todos los jefes de departamento estarán en mi oficina a las dos. No pudo ser antes, Alex. Más de un tercio están operando o viendo pacientes en este momento.

-¿Inicio el tratamiento? -preguntó la residente.

-Cuanto antes. -Alexandre tomó del brazo al decano y se lo llevó afuera. Una vez en el jardín, con su uniforme verde puesto, encendió un cigarrillo bajo la mirada atónita del personal de seguridad. Fumar estaba prohibido.

-¿Qué demonios está pasando?

-Sabe, siempre se dice lo mismo en estos casos. -Alex dio varias pitadas seguidas.. Sé lo que van a decir en Detrick.

-Adelante.

-Dos casos índice separados, Dave, a más de mil millas de distancia y con ocho horas de diferencia horaria. Sin conexiones de ninguna clase. Nade en común. Piénselo un poco -dijo Pierre Alexandre, pitando con preocupación.

-No hay información suficiente para respaldar la hipótesis -objetó James.

-Ojalá me equivoque. Deben estar enloquecidos en Atlanta. Son muy buenos. Los mejores. Pero no consideramos estas cosas desde el mismo punto de vista. Usé mucho tiempo ese uniforme verde. Bueno -otra pitada-, veremos qué podemos hacer. Estamos mejor equipados que el mejor hospital de África. Chicago también. Igual que los otros lugares que empezarán a comunicarse, supongo.

-¿Otros... lugares? -Aunque era un excelente médico, James persistía en su ignorancia.

-Alejandro el Grande realizó el primer intento de guerra biológica. ¿Cómo lo hizo? Catapultando cadáveres de víctimas de plaga al interior de una ciudad sitiada. No sé si funcionó o no. De todos modos tomó la ciudad, mató a todos su habitantes, y se fue.

Alex vio en los ojos de Dave que había comprendido. El decano estaba tan pálido como el paciente recién admitido.

-¿Jeff? -Raman estaba en el puesto de comando estudiando los detalles de la agenda de POTUS. Tenía una misión que cumplir y ya era hora de iniciar los planes. Andrea se acercó a él.. Tenemos un viaje a Pittsburgh el viernes. Me gustaría que vayas antes con el equipo de avanzada. Hay un par de problemas locales en el hotel.

-Está bien. ¿Cuándo debo partir?

-El vuelo sale dentro de noventa minutos. -Le entregó un pasaje.. Volverás mañana a la noche.

Tanto mejor, pensó Raman, hasta podría sobrevivir. Si se ocupaba de estructurar todo el aparato de seguridad de uno de esos eventos tal vez pudiera lograrlo. La idea del martirio no le resultaba conflictiva, pero si existía la posibilidad de sobrevivir optaría por ella.

-Muy bien -replicó el asesino. No debía preocuparse por el equipaje. Los agentes de la Custodia Personal siempre tenían una valija preparada en el baúl del auto.

Hubo que esperar tres pasadas de satélite para que la NRO realizara una estimación de la situación. Las seis divisiones pesadas de la RIU que habían participado en el simulacro de guerra estaban en mantenimiento. Muchos dirían que era normal. Todas las unidades pasan al ciclo de mantenimiento después de una práctica mayor, pero seis divisiones al mismo tiempo era demasiado. La información fue inmediatamente transmitida a los gobiernos saudita y kuwaití. En el ínterin, el Pentágono llamó a la Casa Blanca.

-Sí, señor secretario -dijo Ryan.

-Todavía no está listo el SNIE de la RIU, pero hemos recibido... bueno, cierta información perturbadora. El almirante Jackson pasará a informársela.

El presidente escuchó. No había mucho que analizar, aunque hubiera querido tener la SNIE sobre el escritorio para sopesar mejor las intenciones políticas de la RIU.

-¿Recomendaciones? -preguntó, cuando Robby terminó de hablar.

-Creo que llegó el momento de mover los barcos de Diego. Un poco de ejercicio no les hará mal. Podemos trasladarlos en dos días sin que nadie se entere. Segundo, recomiendo que enviemos órdenes de alerta al XVIII de Aviación, que comprende el 82, el 101 y el 24 Mecanizado.

-¿Haremos mucho ruido? -preguntó Jack.

-No. Será una práctica de alerta. Las hacemos todo el tiempo. Pero dejará pensando a más de uno.

-Háganlo. Discretamente.

-Creo que es un buen momento para realizar ejercicios conjuntos con las naciones amigas de la región -sugirió el J-3.

-Lo pensaré. ¿Algo más?

-No, señor presidente -replicó Bretano.. Lo mantendremos informado.

Al llegar el mediodía había más de treinta fax en el CDC de Atlanta, de diez estados diferentes. Los mensajes fueron remitidos inmediatamente a Fort Detrick, Maryland, base del USAMRIID (Instituto Médico de Investigación de Enfermedades Infecciosas de Estados Unidos), contraparte militar del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta. La información era escalofriante, tal vez demasiado para tomar una decisión rápida. Se convocó una reunión de la plana mayor para después de almorzar. En el interín, un grupo de militares y civiles trataría de organizar los datos. Se esperaba que los oficiales superiores de Walter Reed acudieran a la reunión.

-¿Doctora Ryan?

-¿Sí? -Cathy levantó la vista de sus papeles.

-El horario de la reunión con el doctor James se modificó -anunció su secretaria.. Quiere verla ahora mismo.

-Entonces, será mejor que vaya. -Se levantó y fue hacia la puerta. Roy Altman estaba de pie junto al umbral.

-¿Hay algo que deba saber? -le preguntó.

-Pasó algo, pero no sé qué.

-¿Dónde está la oficina del decano? -Nunca había estado allí.

-Por ahí -señaló.. En el edificio administrativo al otro lado de Monument Street.

-SURGEON se traslada en dirección norte hacia Monument. -Cuatro agentes salieron de la nada. Hubiera sido divertido, de no ser por los acontecimientos recientes.. Si no le molesta, estaré pre-sente. Sin intromisiones -le aseguró Altman.

Cathy asintió. No tenía sentido oponerse. Estaba segura de que Altman odiaría la oficina del decano por sus grandes ventanales. Tardaron diez minutos en llegar y aprovechó para dis-

frutar un poco de aire fresco. Al entrar al edificio encontró un montón de amigos, la mayoría directores de departamento. Pierre Alexandre entró como un rayo. Llevaba puesto su uniforme verde, una carpeta en la mano izquierda y tenía un aspecto desdichado. Casi se llevó por delante a la primera dama, pero un agente del Servicio Secreto lo impidió.

-Qué bueno que esté aquí, Cathy -dijo al pasar.. Y ellos también.

-Es lindo que lo aprecien a uno -le comentó Altman a un colega. El decano salió a recibirlos.

-Entren, por favor.

Apenas entró a la sala de conferencias, Altman decidió cerrar las cortinas con sus propias manos. Los ventanales daban a una calle de anónimas casas de ladrillo. Algunos médicos lo miraron con disgusto, pero sabían quién era y no pudieron poner objeciones.

-Orden en la sala -dijo el decano James antes de que pudieran sentarse.. Alex tiene algo importante para decirnos.

No hubo preámbulo.

-En este momento tenemos cinco casos de Ébola en Ross. Todos ingresaron hoy.

Todas las cabezas giraron para mirarlo. Cathy dio un respingo al otro extremo de la mesa.

-¿Alumnos de otro país? -preguntó el director de cirugía.. ¿Zaire, quizás?

-Un vendedor de autos y su esposa, un vendedor de botes de Annapolis y tres personas más. La respuesta a su pregunta es no. Nada de viajes internacionales. Cuatro de los cinco presentan todos los síntomas. La esposa del vendedor dio positivo, pero permanece asintomática. Así están las cosas. Lamentablemente no son los únicos ni los primeros casos. Reportaron casos en Chicago, Nueva York, Filadelfia, Boston y Dallas al CDC. Ésos eran los datos de hace una hora. En total son veinte los casos reportados, cantidad que se duplicó

entre las diez y las once. Probablemente siga en aumento.

-Dios santo -musitó el director de clínica médica.

-Todos ustedes saben a qué me dedicaba antes de entrar aquí. Supongo que estarán reunidos en Fort Detrick. Llegarán a la conclusión de que no es un estallido accidental. Alguien ha iniciado una campaña de guerra biológica contra nuestro país.

Nadie objetó el análisis de Alexandre. Cathy sabía por qué. Los médicos presentes eran tan brillantes que a veces se preguntaba si pertenecían a la misma facultad que ella... sin considerar jamás que tal vez ellos albergaran similares pensamientos. Casi todos eran expertos a nivel mundial en sus campos, y por lo menos cuatro eran los mejores. Pero la mayoría hacía lo mismo que ella: almorzar con cole-gas de otras áreas para intercambiar información, porque todos eran fanáticos del eterno aprendizaje. Querían saberlo todo, y aunque sabían que era imposible, incluso dentro de un solo campo profesional, no dejaban de intentarlo. En este caso, la repentina rigidez de sus caras disimulaba el mismo proceso analítico.

Ébola era una enfermedad infecciosa y esa clase de enfermedades empezaban en un solo lugar. Siempre había una primera víctima, llamada Paciente Cero o Caso Índice, y a partir de allí la enfermedad se propagaba. Ninguna enfermedad explotaba de ese modo. El CDC y el USAMRIID tendrían el deber de reunir, organizar y presentar la información mediante una estructura casi legal para probar el caso. Para Johns Hopkins sería más sencillo, tanto más porque Alex había comandado una de las divisiones en Fort Detrick. Más aún, Hopkins era una de las instituciones preparadas para recibir pacientes en casos como ése.

-Alex -dijo el director de urología-, los libros dicen que Ebola sólo se transmite por vía líquida. ¿Cómo podría propagarse tan rápido, incluso a nivel local?

-Hay una sub-variedad denominada Mayinga. Se llama así por una enfermera que se contagió y murió. Nunca se supo cuál fue la manera de contagio. Un colega mío, George Westphal, murió de lo mismo en 1990. Tampoco pudimos determinar la forma de contagio. Se cree que este sub-tipo podría transmitirse por aire. No se ha probado una cosa ni la otra -explicó Alex.. Además, es posible fortalecer al virus. Por ejemplo, admitiendo genes cancerígenos en la estructura.

-¿Y no hay tratamiento posible, ni siquiera experimental?

-Rousseau está haciendo un trabajo interesante en el Pasteur, hasta ahora sin resultados positivos.

Un escalofrío recorrió el espinazo de todos los médicos presentes. Estaban entre los mejores del mundo, y lo sabían. También sabían que eso no tenía la menor importancia frente al virus de Ébola.

-¿Y una vacuna? -preguntó el de clínica médica.. Tal vez no sea excesivamente engorroso.

-Hace diez años que el USAMRIID coquetea con ese tema. Pare-ce que hay un problema de especificidad. Lo que funciona con una subvariedad no funciona con otra. También está el tema de control de calidad. Los estudios previos predicen un dos por ciento de infecciones por la vacuna misma. Merck cree que podrán mejorarla, pero llevará tiempo.

-Caramba -suspiró el de cirugía entrecerrando los ojos. Inocularle a una de cada cincuenta personas una enfermedad con un ochenta por ciento de mortalidad promedio... daba un total de veinte mil personas infectadas por cada millón de dosis, de las cuales morirían por lo menos dieciséis mil. Aplicado a la población de Estados Unidos significaría tres *millones* de muertes para salvaguardar a la totalidad de la población.. La elección de Hobson.

-Pero es demasiado pronto para determinar el alcance de la epidemia nacional, y además no tenemos información sobre la capacidad de propagación de la enfermedad en las condiciones medioambientales existentes -opinó el director de urología.. Por lo tanto, no sabemos qué medidas tomar.

-Correcto. -Por lo menos era fácil explicárselo a esa gente.

-Mi gente será la primera que entrará en contacto -dijo el de emergencias.. Debo prevenirlos. No podemos arriesgarnos a perder gente sin necesidad.

-¿Quién se lo dirá a Jack? -se preguntó Cathy en voz alta.. Tiene que saberlo. Y rápido.

-Bueno, el USAMRIID y el cirujano general deben encargarse de eso.

-Pero no están listos para hacerlo. Acaba de decirlo -replicó Cathy.. ¿Está seguro de todo lo que nos ha dicho?

-Sí.

SURGEON se dirigió a Roy Altman.

-Traigan ya mismo mi helicóptero.

49

Tiempo de reacción

El llamado sorprendió al coronel Goodman. Estaba almorzando después de revisar un VH-60 recién salido de mantenimiento. El que usaba para trasladar a SURGEON estaba en la rampa. Los tres tripulantes abordaron el Sikorsky y encendieron los motores, sin saber por qué había cambiado la agenda del día. Diez minutos después llegaban a Johns Hopkins. Bueno, ahí estaban SURGEON con SANDBOX a su lado, el escuadrón del Servicio Secreto... y uno que no conocían, de guardapolvo blanco. El coronel verificó el viento e inició el descenso.

La reunión de facultativos había terminado cinco minutos antes. Hubo que tomar decisiones. Dos pisos completos serían despejados y acondicionados para posibles casos de Ébola. El director de emergencias reuniría a su personal para ponerlo al tanto. Dos colaboradores de Alexandre llamarían a Atlanta para informarse sobre la totalidad de casos conocidos y anunciarían que Hopkins había activado su plan de emergencias. Por eso Alex no había tenido tiempo de cambiarse. Cathy también llevaba puesto su guardapolvo, pero encima de un vestido común y corriente. En cambio, Alex había usado su uniforme verde -el tercero del día. durante la reunión, y todavía lo llevaba puesto. Cathy le dijo que no se preocupara. Los del Servicio Secreto esperaron que el rotor se detuviera, y recién entonces permitieron que sus protegidos abordaran el Black Hawk. Alex advirtió la presencia de un helicóptero de refuerzo aproximadamente a una milla de distancia y un tercero más cerca. Supuso que pertenecería al

Librodot

departamento de seguridad de la policía.

-Todo va muy rápido -dijo Alex por el intercom.

-¿Cree que deberíamos esperar? -replicó Cathy, abriendo su micrófono.

-No. -Y no tenía sentido decir que no estaba adecuadamente vestido para ver al presidente. El helicóptero despegó, ascendió aproximadamente trescientos pies y giró hacia el sur.

-¿Coronel? -Cathy llamó al piloto.

-Sí, señora.

-Vaya lo más rápido posible -ordenó.

Goodman jamás la había oído hablar como cirujana que era. La suya era una voz de comando que cualquier marine obedecería. Aumentó la velocidad del Black Hawk a 160 nudos.

-¿Está apurado, coronel? -preguntaron desde el helicóptero de refuerzo.

-La primera dama está apurada. Ruta rápida, acercamiento di-recto. -Llamó al Aeropuerto Internacional Baltimore-Washington para que suspendieran los despegues y aterrizajes hasta que pasara el Black Hawk. No tardaría demasiado. Casi nadie se dio cuenta, pero dos 737 USAir tuvieron que dar vueltas por la pista para disgusto de sus pasajeros. Desde su asiento eyectable, SANDBOX contemplaba el panorama y pensaba que volar era maravilloso.

-¿Señor presidente?

-¿Sí, Andrea? -Ryan levantó la vista.

-Su esposa está por llegar. Necesita verlo de inmediato. No sé por qué. Estará aquí dentro de quince minutos -le dijo Price.

-¿Pasó algo malo?

-No, no, todos están bien. SANDBOX está con ella.

-Bueno -Ryan volvió a concentrarse en los últimos avances de la investigación.

-Bueno, oficialmente es una maniobra limpia, Pat -Murray quiso decírselo en persona. Por supuesto que no habían habido dudas al respecto.

-Quisiera haber mantenido al último con vida -acotó O-Day con una mueca de disgusto.

-No pudiste. No había opción con todos esos niños alrededor. Creo que serás condecorado.

-¿Sabemos algo de ese Azir?

-Tenemos la foto de su registro de conductor y bastante información escrita, pero aparte de eso va a ser muy difícil probar que existió. -Eran circunstancias clásicas. En algún momento de la tarde el viernes, -Mordecai Azir. viajó en su automóvil al Aeropuerto Internacional Baltimore-Washington y abordó un vuelo al Aeropuerto Kennedy de Nueva York. Eso afirmó el empleado de USAir que emitió un pasaje a ese nombre. Luego desapareció como una nube de humo en un día ventoso. Indudablemente tendría una batería de pasaportes vírgenes. Tal vez ya los había usado en Nueva York para abordar un vuelo internacional. De ser astuto, primero hubiera tomado un taxi a Newark o La Guardia y abordado un vuelo transoceánico en el primero

o uno a Canadá en el segundo. Los agentes de la oficina de Nueva York seguían interrogando a todos los empleados de compañías aéreas. Pero casi todas las aerolíneas del mundo llegaban al Kennedy y los empleados veían millares de personas por día. Tal vez llegarían a saber qué vuelo había tomado. No obstante, el supuesto Azir alunizaría antes de que consiguieran ese dato.

-Un doble agente profesional -comentó O-Day.. Parece bastante complicado, ¿no?

Murray recordó las palabras de su jefe. Si uno podía hacerlo una vez, entonces podría hacerlo más de una vez. Tenía sobradas razones para creer que había una red de espionaje -peor aún, de terrorismo. en su país, esperando órdenes... ¿para hacer qué? Y lo único que tenían que hacer sus miembros para evitar ser detectados era... no hacer nada. Samuel Johnson

Librodot

había dicho una vez que todo el mundo era capaz de esa proeza.

El helicóptero aterrizó suavemente, sorprendiendo a los periodistas que siempre estaban a la caza de algo nuevo. Cualquier suceso inesperado en la Casa Blanca merecía atención. Reconocieron a Cathy Ryan. No obstante, era raro que llevara puesto el guardapolvo, y cuando vieron a otra persona con guardapolvo y uniforme verde supusieron inmediatamente que el presidente había sufrido una emergencia médica. En cierto sentido era verdad, pero un vocero presidencial se apresuró a decir que no, que el presidente estaba bien y trabajando en su despacho; no, no sabía por qué la doctora Ryan había vuelto a casa tan temprano.

No estoy vestido para la ocasión, pensó Alex. Las miradas de los agentes de seguridad del Ala Oeste confirmaron su apreciación y muchos de *ellos* comenzaron a preguntarse si SWORDSMAN estaría enfermo, preocupación que resultó en algunas llamadas radiales oportunamente desalentadas. Cathy guió a Alex por el pasillo y empujó la puerta equivocada. Enseguida apareció un agente que indicó y abrió para ellos la puerta del Despacho Oval. Los del Servicio Secreto advirtieron que la primera dama no se había enojado ni avergonzado por su equivocación. Jamás la habían visto tan concentrada.

-Jack, él es Pierre Alexandre -dijo sin saludar.

Ryan se puso de pie. No tenía entrevistas importantes programadas hasta dentro de dos horas y se había aflojado el cuello de la camisa.

-Hola, doctor -dijo, tendiéndole la mano. El atuendo del médico le llamó la atención. Después se dio cuenta de que Cathy también llevaba puesto el guardapolvo.. ¿Qué está pasando, Cathy? -le preguntó a su esposa.

-¿Alex? -Nadie se había sentado todavía. Dos agentes del Servicio Secreto habían seguido a los médicos y la tensión reinante era como una campana de alarma para ellos, aunque tampoco sabían qué estaba pasando. Roy Altman estaba en la habitación contigua, hablando con Price.

-Señor presidente, ¿sabe qué es el virus de Ébola?

-África -respondió Jack automáticamente.. Una enfermedad de la jungla, ¿no? Letal. Vi una película...

-Bastante acertado -lo interrumpió Alexandre.. Es un virus variedad-negativa ARN. No sabemos dónde vive... es decir, conocemos el lugar pero no el huésped. Se denomina huésped al animal donde vive -explicó.. Es un asesino, señor. La tasa de mortalidad es del ochenta por ciento.

-Bueno -dijo POTUS, aún de pie.. Prosiga, por favor.

-Ébola está aquí, ahora.

-¿Dónde?

-Tenemos cinco casos en Hopkins y más de veinte en todo el país... según el recuento de hace tres horas. ¿Puedo usar el teléfono?

Gus Lorenz estaba solo en su oficina cuando sonó el teléfono.

-Otra vez el doctor Alexandre.

-¿Sí, Alex?

-Gus, ¿cuál es la cifra actual?

-Sesenta y siete -respondió el speaker. Alex se había inclinado para hablar.

-¿Dónde?

-Principalmente en grandes ciudades. Los casos son reportados por importantes centros médicos. Boston, New Haven, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, uno en Richmond, siete aquí en Atlanta, tres en Orlando... -Oyeron abrirse una puerta y ruido de papeles.. Ochenta y nueve, Alex. Siguen llegando más.

-¿El USAMRIID ya lanzó el alerta?

-Espero que lo haga en menos de una hora. Se reunieron para determinar...

-Gus, estoy en la Casa Blanca. El presidente está aquí conmigo. Quiero que le digas lo que piensas -ordenó Alexandre, volviendo a hablar como un coronel del ejército.

-¿Qué... cómo pu...? Todavía no es seguro, Alex.

-Si no lo dices tú, lo diré yo. Será mejor que tú lo digas.

-¿Señor presidente? -Ellem Sumter se asomó por la puerta lateral.. El general Pickett quiere hablarle, señor. Es urgente.

-Dígale que espere.

-John es bueno, pero un poco conservador -observó Alex.. ¡Habla de una vez, Gus!

-Señor, señor presidente, aparentemente no estamos ante un hecho natural. Parece más bien un acto deliberado.

-¿Guerra biológica? -preguntó Ryan.

-Sí, señor presidente. Todavía no tenemos suficiente información para llegar a una conclusión cierta, pero las epidemias naturales no se declaran de esta manera, mucho menos se propagan por todas partes.

-Señora Sumter, ¿puede poner en esta misma línea al general?

-Sí, señor.

-¿Señor presidente? -preguntó una nueva voz.

-General, tengo al doctor Lorenz en línea, y a mi lado está el doctor Alexandre, de Hopkins.

-Hola, Alex.

-Hola, John -respondió Alexandre.

-Entonces ya lo sabe.

-¿Está ciento por ciento seguro de esta estimación? -preguntó SWORDSMAN.

-Tenemos por lo menos diez focos de infección. Ninguna enfermedad se propaga sola de esa manera. Siguen llegando datos, señor. Todos los casos se presentaron en un período de veinticuatro horas. No es accidental. No es un proceso normal. Alex podrá explicarle más a fondo el tema. Antes trabajaba para mí. Es muy bueno -informó Pickett a su comandante en jefe.

-¿Usted coincide con esto, doctor Lorenz?

-Sí, señor presidente.

-Dios -Jack miró a su esposa.. ¿Qué pasará después?

-Señor, tenemos algunas opciones -intervino Pickett.. Necesito verlo personalmente.

Ryan se dio vuelta.

-¡Andrea! -llamó.

-¿Sí, señor?

-Manden un helicóptero a Fort Detrick. ¡Ya!

-Sí, señor presidente.

-Lo espero, general. Gracias, doctor Lorenz. ¿Hay algo más que deba saber?

-El doctor Alexandre puede ocuparse de eso.

-Muy bien, lo comunicaré con la señora Sumter para que le pase los números directos de mi despacho -Jack fue hacia la puerta.. Denles todo lo que necesiten. Luego llamen a Arnie y Ben. Los quiero aquí.

-Sí, señor presidente.

Jack se sentó sobre el borde de su escritorio. Guardó silencio un instante. En cierto sentido, agradecía el atentado fallido contra su hijita. En aquel momento había acusado inmediatamente el golpe. En este caso, en cambio, todavía no se daba cuenta de lo que pasaba, y aunque comprendía que las consecuencias serían muchísimo peores, no sentía el impacto emocional.

-¿Qué más debo saber?

-Todavía no podemos decirle lo más importante. Son temas técnicos -explicó Alex.. Por el momento, todo lo que sabemos de la propagación de la enfermedad es anecdótico y poco confiable. Ése es el punto clave. Si se propaga fácilmente por aire...

Librodot

-¿Cómo sería eso? -preguntó POTUS.

-Por gotas de saliva de tamaño microscópico, como las que expelemos al estornudar o toser. Si se transmite por aire estaremos frente a un gravísimo problema.

-Supuestamente no -objetó Cathy.. Jack, el virus de Ébola es muy delicado. No dura al aire libre más de... ¿cuánto, Alex, unos segundos?

-Ésa es la teoría, pero algunas variedades son más robustas que otras. Aunque pudiera sobrevivir pocos minutos al aire libre... sería terrible. Si ésta es la variedad que denominamos Mayinga, bueno, aún desconocemos su fortaleza. Lo único seguro es que dura mucho más que las otras. La persona que se contagia lleva el virus a su casa. Las casas son medioambientes benignos para los agentes patógenos. Tenemos sistemas de calefacción y acondicionadores de aire y los miembros de la familia mantienen contacto directo. Se abrazan. Se besan. Hacen el amor. Y una vez que alguien tiene el virus en su sistema, empieza a desparramar las cosas.

-¿Qué cosas?

-Partículas de virus, señor. Se miden en micrones. Son mucho más pequeñas que las partículas de polvo, más pequeñas que cualquier cosa que podamos ver.

-¿Usted trabajaba en Detrick?

-Sí, señor, era coronel, jefe de patógenos. Me retiré y Hopkins me contrató.

-¿Entonces tendrá idea de cuáles son los planes del general Pickett, las opciones quiero decir?

-Sí, señor. Las opciones se reevalúan por lo menos anualmente. Yo formaba parte del comité de planeamiento.

-Siéntese, doctor. Quiero enterarme un poco.

Los barcos de preposicionamiento marítimo acababan de regresar de una práctica naval y ya habían recibido el mantenimiento necesario. En cuanto recibieron órdenes de CINCLANTFLT iniciaron procedimientos de encendido de motores, lo que esencialmente significaba calentar el combustible y los aceites lubricantes. Al norte, el crucero *Anzio* y los destructores *Kidd* y *O-Bannon* recibieron órdenes de avanzar en dirección oeste hacia el punto de reunión. El oficial de mayor rango presente era el navegante del crucero Aegis, quien se preguntaba cómo demonios metería esos gordos mercantes en el Golfo Pérsico sin cobertura aérea. La Armada de Estados Unidos no iba a ninguna parte sin cobertura aérea y el portaaviones más próximo era el *Ike*, a unas tres mil millas de distancia. Por otra parte, pensó, no era tan malo ser un simple capitán al mando de una fuerza de tareas sin tener un almirante mirando por encima de su hombro.

El primero de los MPS en salir del fondeadero fue el USNS *Bob Hope*, un transportador de diseño reciente con capacidad para 952 vehículos. La tripulación civil del *Hope* tenía cierta tradición. Los enormes altavoces de la base naval emitían -Thanks for the Memories. cada vez que la nave pasaba, un minuto después de la medianoche, seguida por sus cuatro hermanas. *Bob Hope* llevaba a bordo el total de vehículos complementarios para una brigada pesada reforzada. Una vez pasada la entrada marcada por los arrecifes, la nave aumentó su velocidad a veintiséis nudos.

Esperaron que llegaran Goodley y Van Damm, y luego tardaron diez minutos en informarles rápidamente lo que estaba pasando. Para ese entonces la enormidad del hecho había penetrado la conciencia del presidente y éste debía luchar para que las emociones no obnubilaran su intelecto. Notó que -aunque debía estar tan horrorizada como él. Cathy tomaba las cosas con calma, al menos exteriormente. Bueno, después de todo era su profesión, ¿no?

-No creía que Ébola pudiera sobrevivir fuera de la jungla -dijo Goodley.

-No puede, al menos a largo plazo. Si pudiera ya se habría propagado por el mundo entero.

-Mata demasiado rápido para eso -objetó SURGEON.

-Cathy, hace más de treinta años que se hacen vuelos internacionales regulares. El pequeño miserable es muy delicado, y eso juega a favor nuestro.

-¿Cómo haremos para descubrir quién lo hizo? -preguntó Arnie.

-Entrevistando a las víctimas, averiguando dónde estuvieron, y tratando de reducir los focos infecciosos a un solo punto de convergencia si fuera posible. Es una función investigativa. Los epidemiólogos son expertos en eso... pero esto es demasiado grande -agregó Alexandre.

-¿El FBI podría servir para algo, doctor? -preguntó Van Damm.

-No estaría de más.

-Llamaré a Murray -le dijo Arnie al presidente.

-¿No hay ningún tratamiento? -preguntó POTUS.

-No, la epidemia se autoelimina después de varios ciclos generacionales. Es decir: una persona contrae la enfermedad. El virus se reproduce en sus órganos y se transmite a otras personas. Cada víctima se transforma en un huésped imperfecto. La enfermedad se reproduce y mata a la víctima y la víctima la transmite, todo al mismo tiempo. *Pero*, lo bueno es que Ébola no se reproduce eficientemente. A medida que aumentan los ciclos generacionales pierde virulencia. La mayoría de los sobrevivientes se presentan al final de la epidemia, porque el virus muta progresivamente hacia una forma menos peligrosa. Es un organismo tan primitivo que no sabe reproducirse bien.

-¿Cuántos ciclos tienen que pasar para que pierda virulencia, Alex? -preguntó Cathy.

El sureño se encogió de hombros.

-Es una cuestión empírica -respondió.. Conocemos el proceso pero no podemos cuantificarlo.

-Demasiados interrogantes -dijo ella.

-¿Señor presidente?

-¿Sí, doctor?

-¿Antes habló de una película?

-¿Qué tiene que ver la película?

-El presupuesto de esa película es un poco mayor que la totalidad de fondos destinados a investigaciones virósicas. Téngalo en cuenta. Supongo que la ciencia no es lo suficientemente seductora para obtener más -Arnie intentó decir algo pero Alex lo detuvo con un gesto.. Ya no estoy al servicio del gobierno, señor. No tengo que levantar ningún imperio. Investigo con fondos privados. Sólo quise plantear el hecho. Bueno, supongo que el país no puede solventar tantas cosas.

-Si no hay tratamiento posible, ¿cómo vamos a detener la enfermedad? -preguntó Ryan, volviendo al tema central. Giró la cabeza. Una sombra cruzó el Jardín Sur y el rugido de un helicóptero atravesó los vidrios a prueba de balas.

-Ajá -murmuró Badrayn con una sonrisa. La Internet había sido diseñada para proporcionar información, no para ocultarla, y por intermedio del amigo del amigo de un amigo que estudiaba medicina en la Emory University de Atlanta, había obtenido la contraseña para entrar al correo electrónico de esa universidad. Una segunda palabra clave eliminó los últimos obstáculos... y allí estaba. Eran las dos de la tarde en la costa este de Estados Unidos y Emory informaba al CDC que ya tenía seis casos de posible fiebre hemorrágica. Pero lo más interesante era la respuesta del CDC. Badrayn imprimió ambos mensajes e hizo una llamada telefónica. Ahora sí que tenía buenas noticias.

El DC-9 de Raman aterrizó un tanto bruscamente en Pittsburgh después de un breve vuelo que le permitió pasar un rato a solas y pensar diversas opciones. Su colega -hermano. de Bagdad había estado demasiado dispuesto al sacrificio, con un perfil demasiado dramático, y además la custodia del presidente iraquí era mucho más numerosa que la de su par norteamericano. ¿Cómo lograrlo? La clave era crear la mayor confusión posible. Tal vez cuando Ryan pasara entre la multitud. Sí, lo mejor sería dispararle, matar a uno o dos agentes y escapar en-

Librodot

tre la gente. Si conseguía atravesar las dos prime-ras filas de espectadores le resultaría fácil escapar mostrando en alto su identificación del Servicio Secreto... porque todos pensarían que estaba persiguiendo al criminal. En el USSS había aprendido que los primeros treinta segundos eran la clave para escapar de un asesinato. Si uno lograba sobrevivirlos tenía la chance de sobrevivir a todo el resto. Y, por si fuera poco, estaba a cargo de organizar el aparato de seguridad para el viaje del viernes. ¿Cómo llevar al presidente a un lugar donde tuviera opción de matarlo y escapar? Matar a POTUS. Matar a Price. Matar a un tercero. Luego mezclarse con la multitud. Lo mejor sería disparar desde la cadera. Tendría que evitar que los presentes lo vieran con el arma en la mano después de los disparos. Sí, podría funcionar, pensó, destrabando el cinturón de seguridad y levantándose. Al final de la manga lo estaría esperando un agente del Tesoro local. Irían directamente al hotel en cuyo enorme salón comedor Ryan pronunciaría su discurso. Tendría todo el día y parte de mañana para elaborar el plan ante los propios ojos de sus compañeros de servicio, pensó Raman. Era ciertamente un desafío.

El general John Pickett resultó ser graduado de la Yale Medical School, título al que sumaba un par de doctorados: biología molecular en Harvard y salud pública en la UCLA. Era un hombre pálido y descarnado que parecía flotar dentro del uniforme -no había tenido tiempo de cambiarse y llevaba puesto el BDU de camuflaje-, lo que daba un aire ridículo a sus alas de paracaidista. Llegó acompañado de dos coroneles y seguido por el director del FBI. El Despacho Oval resultó demasiado pequeño para semejante comitiva y el presidente Ryan los guió al Salón Roosevelt. En el camino, un agente del Servicio Secreto le entregó al general un fax todavía caliente. Acababan de recibirlo en la sala de secretarios.

-Los casos suman ciento treinta y siete según el informe de Atlanta -dijo Pickett.. Quince ciudades, quince estados, de costa a costa.

-Hola, John -lo saludó Alexandre.. Personalmente ya vi tres.

-Me alegra verte, viejo. -Levantó la vista.. Supongo que Alex le habrá informado los lineamientos básicos.

-Correcto -dijo Ryan.

-¿Alguna pregunta inmediata, señor presidente?

-¿Están seguros de que fue un acto deliberado?

-Las bombas no explotan por accidente -Pickett desplegó un mapa. Algunas ciudades estaban marcadas con puntos rojos. Uno de los coroneles marcó otras tres: San Francisco, Los Ángeles y Las Vegas.

-Centros de convenciones. Lo mismo que hubiera hecho yo -suspiró Alexandre.. Parece la Bio-Guerra 95, John.

-Casi. Alex alude a un simulacro de guerra que hicimos con la Agencia de Defensa Nuclear. Él fue uno de los mejores planificadores de ofensiva biológica -informó Pickett.. Era el comandante del Equipo Rojo.

-¿Eso no va contra la ley? -preguntó Cathy, con el rostro descompuesto de ira.

-Ofensa y defensa son dos caras de la misma moneda, doctora Ryan. replicó Pickett, defendiendo airadamente a su ex subordinado.. Tenemos que pensar cómo los malos si queremos detenerlos.

-¿Es un concepto operativo? -preguntó Ryan. En esas cosas era más ducho que su esposa.

-A nivel estratégico la guerra biológica implica iniciar una reacción en cadena dentro de la población blanco. Se trata de infectar a la mayor cantidad de gente posible... que de todos modos no es tanta. Me permito recordarles que no estamos hablando de armas nucleares. La idea es que la gente, las víctimas, hagan el trabajo por uno. Tal es la particularísima elegancia de la guerra biológica. Son las víctimas las que matan. Todas las epidemias empiezan de a poco y luego aumentan, lentamente al principio, como una curva tangencial, hasta que se disparan geométricamente. Entonces, si uno utiliza armas biológicas en el rol ofensivo, tratará de empezar infectando la mayor cantidad de gente posible y optará por gente que viaje. Las Ve-

gas es el caso típico, una ciudad de convenciones y gran movimiento de gente. Los asistentes a una convención se infectan, toman aviones para volver a sus casas y ellos mismos se encargan de propagar la enfermedad.

-¿Existe alguna posibilidad de descubrir cómo lo hicieron? -preguntó Murray, mostrando su identificación para que el general supiera con quién estaba hablando.

-Creo que perderíamos el tiempo. El otro punto interesante de las armas biológicas es que... bueno, en este caso el período de incubación dura por lo menos tres días. Cualquiera sea el sistema de distribución que hayan utilizado... lo hicieron desaparecer por arte de magia. No hay evidencias físicas que prueben quién nos hizo esto.

-Dejemos eso para después, general. ¿Qué debemos hacer? Veo varios estados libres de infección...

-Sólo por ahora, señor presidente. Ébola tarda de tres a diez días en aparecer. Por consiguiente, todavía no sabemos hasta dónde ha llegado. La única manera de averiguarlo es esperando.

-Pero tenemos que iniciar CURTAIN CALL, John -dijo Alexandre.. Y debemos hacerlo rápido.

Mahmoud Haji estaba leyendo. Tenía una oficina contigua a su dormitorio y prefería trabajar allí porque el entorno familiar lo ayudaba a concentrarse. No obstante, le disgustaba que lo molestaran cuando estaba allí y por eso sus custodios se sorprendieron cuando atendió el llamado telefónico. Veinte minutos después, el que había llamado entró sin escolta a la privadísima oficina.

-¿Ha comenzado?

-Ha comenzado -Bradrayn le pasó el mensaje impreso del CDC.. Mañana sabremos más.

-Has hecho un buen servicio -dijo Daryaei, despidiéndolo con un gesto. Apenas Badrayn cerró la puerta, el anciano hizo una llamada.

Alahad jamás conoció el origen de la llamada, sólo sabía que era transoceánica. Suponía que de Londres, pero no sabía y tampoco quiso averiguar. Las preguntas fueron completamente rutinarias, excepto por la hora del día... en Inglaterra era de noche, fuera del horario comercial. La clase de alfombra y el precio fueron los puntos clave que le permitieron saber lo que necesitaba mediante un código hacía tiempo memorizado y nunca escrito. Sabiendo poco, poco podría revelar. Entendió el mensaje. Ahora le tocaba a él. Colgó el cartelito -Vuelvo enseguida. en la vidriera, salió, cerró la puerta y dobló la esquina. Caminó dos cuadras hasta un teléfono público. Marcó un número y comunicó su última orden a Aref Raman.

La reunión empezó en el Despacho Oval, fue transferida al Salón Roosevelt y finalmente se instaló en la Sala de Gabinete, donde más de una imagen de George Washington fue testigo de sus avatares. Todos los secretarios de Gabinete llegaron casi al mismo tiempo y su arribo no pasó desapercibido. Demasiados vehículos oficiales, demasiada custodia, demasiadas caras conocidas para los periodistas.

Pat Martin se presentó por Justicia. Bretano representaba a Defensa con el almirante Jackson sentado a sus espaldas. (Todos habían llevado asistentes, principalmente para tomar apuntes.) Winston había cruzado la calle desde el edificio del Tesoro. Comercio e Interior eran sobrevivientes de la administración Durling previamente designados por Bob Fowler. El resto de los presentes ocupaban puestos subsecretariales, puestos que conservaban ya por apatía presidencial, ya porque parecían saber lo que hacían. Pero ninguno de ellos sabía qué estaba haciendo ahora. Ed Foley se hizo presente, convocado por el presidente a pesar de la previa pérdida de rango de la CIA.

También estaban Arnie van Damm, Ben Goodley, el director Murray, la primera dama,

tres oficiales del ejército y el doctor Alexandre.

-Damas y caballeros, gracias por venir -empezó el presidente.. No tenemos tiempo para preámbulos. Enfrentamos una emergencia nacional. Las decisiones que tomemos hoy tendrán serios efectos sobre nuestro país. El caballero del rincón es el general John Pickett. Es médico y científico, y será el encargado de llevar adelante la reunión. Por favor, general, lo escuchamos.

-Gracias, señor presidente. Damas y caballeros, soy comandante general de Fort Detrick. Esta mañana empezamos a recibir informes muy perturbadores...

Ryan dejó de escucharlo. Con ésa sería la segunda vez. En cambio se dedicó a leer la carpeta que Pickett le había pasado. La etiqueta central decía TOP SECRET-AFFLICTION (Ultrasecreto-Aflicción), nombre bastante apropiado para el compartimiento de acceso especial al que pertenecía, pensó Ryan. Abrió la carpeta y empezó a leer el OPPLAN CURTAIN CALL. El plan tenía cuatro variantes. Escogió la Opción Cuatro, denominada SOLITARY, nombre también apropiado. La lectura del resumen ejecutivo le provocó escalofríos y tuvo ganas de mirar a George, recostado contra la pared, y preguntarle *¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora?* Pero George no hubiera entendido. No sabía nada de aerolíneas, virus ni armas nucleares, ¿verdad?

-¿En qué punto están las cosas?

-Hace quince minutos eran más de doscientos los casos reportados al CDC. Quiero destacar que todos se han presentado en menos de veinticuatro horas -respondió el general Pickett.

-¿Quién lo hizo? -preguntó Agricultura.

-Dejemos eso por ahora -dijo el presidente.. Más adelante nos ocuparemos del tema. Lo que debemos decidir ya es la mejor manera de contener la epidemia.

-No puedo creer que no haya tratamiento...

-Créalo -interrumpió Cathy Ryan.. ¿Sabe cuántas enfermedades infecciosas sabemos curar?

-Bueno, no -admitió HUD.

-Ninguna. -La ignorancia de la gente sobre temas médicos la sorprendía constantemente.

-Por consiguiente, la contención es nuestra única opción -prosiguió Pickett.

-¿Cómo se contiene una epidemia que abarca todo el país? -Era la voz de Clifford Rutledge, en reemplazo del ausente Scott Adler.

-Ése es, precisamente, el problema -dijo el presidente.. Gracias, general. A partir de ahora seguiré yo. La única manera de contener la epidemia es cerrar todos los lugares de reunión -teatros, shoppings, estadios deportivos, oficinas comerciales, todo. y prohibir los viajes interestatales. Sabemos que hay treinta estados libres de infección hasta el momento. Debemos intentar que sigan así. Podríamos conseguirlo prohibiendo todos los viajes interestatales hasta controlar la epidemia. Después sí, impondríamos medidas menos severas.

-Eso es inconstitucional, señor presidente -dijo enseguida Pat Martin.

-Explique por qué -ordenó Ryan.

-El derecho de viajar está protegido por la Constitución. Incluso dentro de un mismo estado, cualquier restricción al libre tránsito implica una violación a la Constitución bajo el caso Lemuel Penn... Penn fue un oficial negro del ejército asesinado por el Klan en los .60. Es un precedente de la Suprema Corte -informó el director de la División Criminal.

-Entiendo que yo... perdón, casi todos los presentes juramos respetar la Constitución. Pero si respetarla implica matar varios millones de norteamericanos, ¿entonces de qué sirve? -preguntó POTUS.

-¡No podemos hacer *eso*! -insistió HUD.

-General, ¿qué pasaría si no lo hiciéramos? -preguntó Martin para sorpresa de Ryan.

-No hay respuesta certera. No puede haberla, porque desconocemos el método de transmisión del virus. Si se transmitiera por aire, y hay sobradas razones para sospechar que

así sea, bueno, tenemos un centenar de modelos computarizados para probar. El problema es decidir cuál. ¿Qué pasaría en el peor de los casos? Veinte millones de muertos. Eso ocasionaría el colapso de la sociedad. Los médicos y enfermeros abandonarían los hospitales, la gente se encerraría en sus casas y la epidemia se autoeliminaría como la peste negra en la Europa medieval. Cuando cesa la interacción humana la enfermedad deja de propagarse.

-¿Veinte millones? ¿Cuánta gente mató la peste negra? -preguntó Martin. Había empalidecido de golpe.

-No hay cifras ciertas. En aquella época no había sistemas de censo. Los datos más seguros son los de Inglaterra -replicó Pickett.. Mató a la mitad de la población. La plaga duró aproximadamente cuatro años. Y Europa tardó ciento cincuenta años en volver al nivel de población de 1347.

-*Santo Dios* -musitó Interior.

-¿Realmente es tan peligroso, general? -insistió Martin.

-Potencialmente sí. El problema, señor, es que si uno no actúa en un principio y luego descubre semejante virulencia... llega demasiado tarde.

-Ya veo -Martin se dio vuelta.. Señor presidente, no veo que tengamos otra opción.

-¡Hace un momento dijo que eso iba contra la ley, maldita sea! -bramó HUD.

-Señor secretario, la Constitución no es un pacto suicida, y aunque creo saber lo que opinará la Suprema Corte de esto, nunca hemos atravesado una situación semejante. Es un argumento fuerte para utilizar llegado el caso y no tendrán más remedio que considerarlo.

-¿A qué se debe el cambio de opinión, Pat? -preguntó Ryan.

-A veinte millones de razones, señor presidente.

-Si violamos nuestras propias leyes... ¿a qué nos veremos reducidos? -preguntó Cliff Rutledge.

-A seguir vivos -respondió tranquilamente Martin.. Tal vez.

-Estoy dispuesto a escuchar argumentos durante quince minutos -anunció Ryan.. Luego tendremos que tomar una decisión.

Era vital.

-Si violamos nuestra propia Constitución -dijo Rutledge-, ¡na-die en el mundo volverá a confiar en nosotros!

HUD y HSS manifestaron su apoyo a la posición de Cliff.

-¿Qué me dicen de las consideraciones prácticas? -preguntó Agricultura.. La gente tiene que comer.

-¿Qué clase de país heredarán nuestros hijos si nosotros...?

-¿Qué clase de país heredarán si están muertos? -saltó George Winston.

-¡Ya no pasan esas cosas!

-Señor secretario, ¿sería tan amable de darse una vueltita por mi hospital para ver cómo son las cosas? -le espetó Alex desde el rincón.

-Gracias -dijo Ryan, mirando su reloj.. Llegó el momento de decidir.

Defensa, Tesoro, Justicia y Comercio votaron afirmativamente. Todo el resto votó un no rotundo. Ryan los miró con fijeza.

-El sí ha ganado -dijo fríamente.. Gracias por su apoyo, director Murray, el FBI brindará toda la asistencia que requieran el CDC

o el USAMRIID para establecer los focos infecciosos de la epidemia.

Esa tarea tendrá prioridad absoluta e incondicional.

-Sí, señor presidente.

-Señor Foley, todo el aparato de inteligencia estará consagrado a este problema. También trabajarán en colaboración con los expertos médicos. El virus vino de alguna parte y quien lo haya enviado ha cometido un acto de guerra al utilizar armas de destrucción masiva contra nuestro país. Tenemos que descubrir quién fue, Ed. A partir de ahora tienes autoridad estatutaria para coordinar todas las actividades de inteligencia. Informa a los demás.

-Haremos lo imposible para cumplir nuestro deber, señor.

Librodot

-Secretario Bretano, voy a declarar estado de emergencia nacional. Debemos activar inmediatamente todas las Reservas y Guardias Nacionales bajo órdenes federales. En el Pentágono encontrará este plan de contingencia. -Ryan levantó la carpeta CURTAIN CALL.. Le ordeno ejecutar la Opción Cuatro, SOLITARY, lo antes posible.

-Sí, señor.

Ryan miró al secretario de Transporte.

-Señor secretario, el sistema de control de tráfico aéreo está a su

cargo. Apenas regrese a su oficina, ordenará a todas las naves en vuelo regresar a destino y quedarse allí. Las naves en tierra permanecerán donde están. La medida se aplicará a partir de las seis de la tarde de hoy.

-No. -El secretario de Transporte se puso de pie.. No voy a hacer eso, señor presidente. Creo que es un acto ilegal y no estoy dispuesto a contravenir la ley.

-Muy bien, señor. Estoy dispuesto a aceptar su renuncia inmediata. ¿Usted es la subsecretaria? -le preguntó Ryan a una mujer sentada a su lado.

-Sí, señor presidente.

-¿Está dispuesta a ejecutar mi orden?

La mujer miró a su alrededor sin saber qué hacer. Había escuchado todo, pero siempre había desempeñado funciones subalternas y no estaba acostumbrada a apostar fuerte sin cobertura política.

-A mí tampoco me gusta -dijo Ryan. La sala fue invadida por el rugido de un avión que acababa de despegar del aeropuerto nacional de Washington.. ¿Qué pasaría si ese avión llevara la muerte a bordo? ¿Dejaremos que pase? -preguntó casi en un susurro.

-Cumpliré su orden, señor -dijo la mujer, temblando.

-Sabe una cosa, Murray -dijo el ex secretario de Transporte-, podría arrestarlo ahora mismo. Está violando la ley.

-Hoy no, señor -replicó Murray, mirando a su presidente.. Alguien debe decidir qué ley está primero.

-Si alguien más siente la necesidad de abandonar el servicio federal por este tema, aceptaré su renuncia sin prejuicios... pero por favor *piensen* lo que hacen. Si estoy equivocado en esto, bueno, estoy equivocado y pagaré el precio que corresponda por mi error. Pero si los médicos tienen razón y nosotros no hacemos nada, tendremos más sangre en las manos que el propio Hitler. Necesito que me ayuden y respalden -Ryan se puso de pie y abandonó la sala. Se movía rápido. Tenía que hacerlo. Entró al Despacho Oval, dobló a la derecha rumbo a la sala de estar presidencial, y llegó al baño justo a tiempo. Cathy lo encontró unos segundos después, vomitando de rodillas frente al inodoro.. ¿Estoy haciendo lo correcto? -le preguntó, todavía sin poder levantarse.

-Tienes mi voto de aprobación, Jack -le aseguró SURGEON.

-Te ves maravilloso -bromeó Van Damm, atrapándolo en esa postura indecorosa.

-¿Por qué no dijiste nada, Arnie?

-Porque no necesitaste que lo hiciera, Jack -replicó el jefe de staff.

El general Pickett y los demás médicos lo estaban esperando en su despacho.

-Señor -dijo Pickett-, acabamos de recibir un fax del CDC. Hay dos casos en Fort Stewart. Es la base del 24 Mecanizado.

50

Informe especial

Se empezó por los cuarteles de la Guardia Nacional. Prácticamente en todos los pueblos y ciudades de Estados Unidos había uno, con un sargento de guardia, o tal vez un cabo, sentado al escritorio para atender llamadas. Cuando el oficial a cargo atendía el teléfono, una voz del Pentágono pronunciaba la palabra-código que designaba la orden de activación. El oficial alertaba al comandante de la unidad e inmediatamente se hacían más llamadas, que cada re-

ceptor multiplicaba a su vez. Usualmente la orden tardaba una hora en llegar a todos... o a casi todos, porque siempre había alguien de viaje, ya fuera por vacaciones o por trabajo. Los comandantes superiores de la Guardia trabajaban directamente para los gobernadores de los distintos estados, porque la Guardia Nacional es una institución híbrida, en parte milicia estatal y en parte Ejército de Estados Unidos (o Fuerza Aérea en el caso de la Guardia Aérea Nacional). Los mencionados comandantes, sorprendidos por la orden, reportaron la situación y solicitaron directivas a sus respectivos gobernadores, directivas que éstos aún no estaban en condiciones de dar... principalmente porque tampoco sabían qué estaba pasando. Pero a nivel de compañías y batallones, militares y hombres (y mujeres) abandonaron sus trabajos civiles -como ciudadanos soldados que eran-, corrieron a sus casas, se pusieron sus ropas de fajina BDU, se calzaron las botas y llegaron al cuartel local para integrarse a los escuadrones y pelotones. En los cuarteles recibieron la sorpresa de que deberían usar armas y equipos MOPP. El MOPP era un equipo especialmente diseñado para guerra química que todos habían probado más de una vez y al que toda persona de uniforme detestaba cordialmente. Se dijeron las bromas de siempre y se contaron historias del trabajo, las esposas o esposos e hijos, mientras los oficiales jerárquicos se reunían en salas de conferencias para averiguar qué demonios estaba pasando. Todos salían enojados y confundidos de esas breves reuniones... y los mejor informados salían aterrados. Fuera de los cuarteles, empezaron a encender los motores de los vehículos. Adentro, los televisores.

En Atlanta, el agente especial a cargo de la División de Campo del FBI llegó al CDC a toda velocidad y con la sirena ululando, acompañado por otros diez agentes. En Washington, un grupo de la CIA y otros oficiales de inteligencia se presentaron en el edificio Hoover para crear una fuerza de tareas conjunta. En ambos casos tendrían el deber de descubrir cómo había empezado la epidemia y detectar su punto de origen. No todos eran civiles. La Agencia de Inteligencia de Defensa y la Agencia de Seguridad Nacional eran organizaciones esencialmente militares, cuyos miembros ya sabían que había pasado algo inédito en la historia norteamericana. Si, como sospechaban, había sido un ataque deliberado contra Estados Unidos, eso quería decir que una na-ción-estado había hecho uso de lo que delicadamente se denominaba un -arma de destrucción masiva.. Después les explicaron a sus contra-partes civiles cuál era la política norteamericana para responder a esa eventualidad.

Todo pasaba demasiado rápido para todos, por supuesto, porque las emergencias son por definición situaciones para las que no hay planes precisos. El presidente no podía ser la excepción. Entró a la sala de prensa de la Casa Blanca acompañado por el general Pickett del USAMRIID. Treinta minutos antes la Casa Blanca había informado a las redes nacionales que el presidente realizaría un anuncio y que en esa ocasión el gobierno haría uso de su derecho a exigir tiempo de transmisión en vez de pedirlo. Los comentaristas ya habían informado a la audiencia lo único que sabían: que el gabinete había celebrado una reunión de emergencia pocos minutos antes.

-Queridos compatriotas -empezó el presidente Ryan. Su cara apareció en casi todas las casas y su voz se oyó en todos los autos. Los más perceptivos advirtieron la palidez de su rostro (la señora Abbot no había tenido tiempo de maquillarlo) y el tono amargo de su voz. El mensaje fue todavía más amargo.

El camión de Brown y Holbrook tenía radio, por supuesto. Incluso tenía pasacassette y CD player porque, por más que fuera un vehículo de trabajo, había sido diseñado para el uso de un ciudadano norteamericano. Ya estaban en Indiana. Habían cruzado el río Mississippi e Illinois en un día, rumbo a la capital de la nación. Holbrook, que odiaba los discursos presidenciales, cambió el dial... sólo para descubrir que la voz de Ryan había invadido todas las estaciones. Le pareció tan raro que decidió escucharlo. Brown, al volante del camión, vio que

Librodot

algunos vehículos empezaban a desviarse y detenerse en la ban-quina... no muchos al principio, pero cada vez más a medida que el discurso avanzaba.

-El gobierno tomará las siguientes medidas por decreto presidencial:

-Uno, se cerrarán todas las escuelas y universidades del país hasta nuevo aviso.

-Dos, se cancelarán todas las actividades hasta nuevo aviso, excepto las que brinden servicios esenciales, a saber: los medios de información, los hospitales, los almacenes, la policía y los bomberos.

-Tres, se cerrarán todos los lugares de reunión pública, teatros, restaurantes, bares y demás.

-Cuatro, se suspenderán los viajes interestatales hasta nuevo aviso. Esto incluye viajes aéreos, trenes y ómnibus interestatales y vehículos particulares. Los camiones de alimentos podrán viajar con escolta militar, igual que los transportes de artículos farmacéuticos y otros esenciales.

-Cinco, he activado la Guardia Nacional en los cincuenta estados y la he puesto bajo control federal para mantener el orden público. A partir de ahora se declara estado de ley marcial en todo el territorio norteamericano.

-Pedimos a los ciudadanos... no, permítanme hablarles con más informalidad. Damas y caballeros, lo único que les pedimos para capear esta crisis es un poco de sentido común. Todavía no sabemos cuán peligrosa es esta enfermedad. Las medidas que acabo de ordenar son de naturaleza precautoria. Parecen medidas extremas, y en verdad lo son. La razón de ello es que este virus es potencialmente el organismo más letal del planeta, pero todavía desconocemos el peligro que puede representar para nosotros. Lo que *sí* sabemos es que estas medidas pueden limitar su propagación, por muy letal que sea, y por eso las he implementado en interés de la seguridad pública. Para implementarlas hemos contado con la mejor asesoría científica. Es importante que sepan cómo se transmite la enfermedad para poder protegerse. Para eso he convocado al general John Pickett, médico del ejército y experto en enfermedades infecciosas. ¿General? -Ryan se apartó del micrófono.

-¡Qué demonios! -gritó Holbrook.. ¡No puede hacer eso!

-¿Te parece? -Brown iba pegado a las ruedas de otro camión. Estaban a cien millas del límite entre Indiana y Ohio. Dos horas más arriba de este cerdo, pensó. Sería imposible llegar antes de que la guardia local cerrara el camino.

-Será mejor que busquemos un motel, Pete.

-¿Qué tengo que hacer? -preguntó la agente del FBI en Chicago.

-Desnudarse. Cuelgue su ropa en la puerta. -No había tiempo para preámbulos y él era médico, después de todo. La recién llegada no se inmutó. El doctor Klein le proporcionó un clásico uniforme de cirugía. No había trajes espaciales para todos, y los pocos que quedaban le correspondían al personal médico y paramédico. Debía ser así. Eran los que se acercaban más. Manejaban líquidos. Tocaban a los pacientes. Ya tenían nueve pacientes sintomáticos cuyos análisis habían dado positivo. Seis estaban casados, y cuatro de las esposas habían dado positivo también. Ahora estaban analizando la sangre de los hijos, lo cual era realmente doloroso.

El uniforme protector de la agente era de algodón, pero el personal del hospital lo había rociado con desinfectante, especialmente la mascarilla. También llevaba puesto un par de gruesos anteojos de laboratorio.

-Bueno -dijo Klein.. No se acerque. Si permanece a unos metros estará completamente a salvo. Si vomita o tose, o si tiene una convulsión, no intente ayudarla. Ése es nuestro trabajo, no el suyo. No debe tocar absolutamente nada, aunque la mujer muera ante sus ojos.

-Entendido. ¿Cerrará el consultorio con llave? -preguntó la agente, señalando el arma

Librodot

colgada junto a su ropa.

-Sí. Y cuando termine quiero ver sus anotaciones. Las pasaré por la máquina copiadora.

-¿Cómo funciona?

-Hace copias mediante una luz muy brillante. Los ultravioletas matan cualquier partícula de virus que eventualmente haya quedado en el papel -explicó el profesor Klein. Seguían realizando experimentos rápidos para determinar la robustez de las partículas de Ébola, lo que ayudaría a definir el nivel indispensable de precauciones a tomar en los hospitales.

-Eh, doctor, ¿puedo hacer las copias yo misma?

-Oh -Klein sacudió la cabeza.. Sí, supongo que no habrá problema.

-Señor presidente. -Era Barry, de la CNN.. ¿Las medidas que está tomando, son legales?

-Barry, no tengo respuesta para eso -dijo Ryan con rostro agobiado.. Legales o no, estoy convencido de que son necesarias.

Mientras Ryan hablaba, un empleado de la Casa Blanca repartía mascarillas quirúrgicas a los periodistas presentes por idea de Arnie. Las habían traído del hospital universitario George Washington.

-Pero, señor presidente, usted no puede violar la ley. ¿Qué pasaría si estuviera equivocado?

-Barry, hay una diferencia fundamental entre mi trabajo y el suyo. Si usted comete un error puede retractarse. Ayer mismo uno de sus colegas se retractó, ¿no? Pero si yo cometo un error en una situación como ésta, ¿cómo podría retractarme de una muerte? ¿Cómo podría retractarme de mil muertes? No puedo darme ese lujo, Barry -dijo el presidente.. Si resulta que estoy equivocado, allí estaré para pagar mi deuda. Eso también es parte de mi trabajo, y me estoy acostumbrando. Tal vez sea un cobarde. Tal vez tenga miedo de permitir que muera gente cuando tengo el poder de evitarlo.

-Pero todavía no está seguro, ¿no?

-No -admitió Jack-, ninguno de nosotros está seguro. Éste es uno de esos casos en que debemos guiarnos por la intuición. Desearía parecer más seguro, pero no puedo, y no quiero mentir.

-¿Quién lo hizo, señor presidente? -preguntó otro periodista.

-No sabemos, y por el momento no quiero especular en cuanto al origen de esta epidemia. -Eso sí era mentira, y Ryan lo supo apenas habló. Acababa de mentir inmediatamente después de afirmar que no mentiría porque la situación lo exigía. Qué mundo de mierda.

Fue la peor entrevista de su vida. La mujer denominada Paciente Índice era atractiva, o lo había sido hasta hacía dos días. Ahora tenía la piel floja y moteada de manchas púrpura. Lo peor de todo era que sabía. Tenía que saber, pensaba la agente, oculta tras la mascarilla. Sostenía el marcador de punta afelpada (nada punzante que pudiera atravesar el delgado látex) con sus guantes de goma y tomaba apuntes sin sacar nada en limpio. La mujer tenía que saber que esa clase de tratamiento era absolutamente inusual, que los médicos tenían miedo de tocarla, y que ella misma no se atrevía a acercarse a su cama.

-¿Aparte del viaje a Kansas City?

-Nada más -replicó la voz, como salida del fondo de la tumba.. Trabajé en mi oficina preparando las órdenes de otoño. Estuve dos días en la exhibición de electrodomésticos del McCormick Center.

Hizo un par de preguntas más, sin obtener información útil. La mujer que palpitaba en la agente quería acercarse, tocarle la mano, brindarle un poco de consuelo y simpatía... pero no. La semana anterior se había enterado de que iba a tener su primer hijo. Ahora debía custodiar dos vidas, no sólo la suya, y era lo único que podía pensar para evitar que le temblara la mano.

-Gracias. Volveremos a verla -prometió en voz baja. Se levantó de la silla metálica y fue

Librodot

hacia la puerta. La abrió, metió los hombros hacia adentro para no tocar el marco, y caminó hasta la habitación vecina para la próxima entrevista. Klein estaba en el pasillo, discutiendo algo con otra persona de uniforme... imposible saber si era médico o enfermero.

-¿Cómo le fue? -preguntó el profesor.

-¿Qué pronóstico tiene? -preguntó la agente.

-Esencialmente cero -replicó Klein. En esa clase de enfermedades, el Paciente Cero era sólo eso. Cero.

-¿Compensación? ¿Nos piden compensación a *nosotros*? -bramó el ministro de Defensa antes de que el ministro del Exterior pudiera abrir la boca para hablar.

-Ministro, yo me remito a transmitir palabras de otro -le recordó Adler.

-Han venido dos oficiales de la Fuerza Aérea norteamericana a examinar los fragmentos de misil. Su evaluación confirma la nuestra. Es un Pen-Lung-13, el nuevo rastreador de calor de largo alcance de la RPCH, una copia mejorada de un modelo ruso. Ahora es definitivo, además de las evidencias de los radares norteamericanos -agregó Defensa.. El disparo contra la aerolínea fue un acto deliberado. Usted lo sabe. Nosotros lo sabemos. Entonces dígame, señor Adler, ¿cuál es la posición de Estados Unidos en esta disputa?

-No deseamos otra cosa que la restauración de la paz -replicó el secretario de Estado, confirmando sus predicciones.. Me gustaría destacar que la RPCH ha dado muestras de buena voluntad al permitir vuelos directos entre Beijing y Taipei.

-Claro que sí -replicó el ministro del Exterior.. Eso pensaría cualquier observador ocasional, pero dígame, señor Adler, ¿qué quieren en realidad?

Las cosas se le estaban yendo de las manos, pensó Adler. Esos dos eran tan inteligentes y astutos como él, y encima estaban furiosos. Pero la situación cambió repentinamente.

Un secretario golpeó y entró, para disgusto de su superior. Intercambiaron unas palabras en mandarín. El ministro leyó el télex y se lo pasó al norteamericano.

-Parece que hay un serio problema en su país, señor secretario.

La conferencia de prensa fue interrumpida. Ryan abandonó la sala, volvió al Despacho Oval y se sentó en el sofá junto a su esposa.

-¿Cómo te fue?

-¿No viste la transmisión?

-Estábamos resolviendo algunas cosas -explicó Cathy. En ese instante entró Arnie.

-No estuvo mal, jefe -opinó.. Esta noche tendrás que reunirte con los del Senado. Acabo de arreglar con los líderes de ambos bandos. Esto influirá sobre las elecciones de hoy y...

-Arnie, hasta nuevo aviso no se discutirán temas políticos en este edificio. La política es ideología y teoría. Ahora debemos tratar con fríos hechos -dijo SWORDSMAN.

-No puedes escaparte, Jack. La política *es* real, y si esta epidemia es producto de un ataque deliberado como asegura el general, entonces estamos frente a una guerra, y la guerra *es* un acto político. Estás al frente del gobierno. Te presentarás ante el Congreso, y eso es un acto político. No eres un rey filósofo. Eres el presidente de un país democrático -le recordó Van Damm.

-Está bien -suspiró Ryan, rindiéndose al momento.. ¿Qué más?

-Llamó Bretano. Están implementando el plan. Dentro de unos minutos el sistema de tráfico aéreo interrumpirá todos los vuelos. Es probable que en este mismo momento los aeropuertos sean un caos.

-Seguramente -Jack cerró los ojos, atribulado.

-Señor, no tenía otra opción -acotó el general Pickett.

-¿Cómo vuelvo a Hopkins? -preguntó Alexandre.. Debo ocuparme del departamento y los pacientes.

-Le dije a Bretano que permita la salida de Washington -informó Van Damm.. Lo mis-

mo pasará en otras grandes ciudades con grandes suburbios. Nueva York, Filadelfia, etc. La gente debe volver a sus casas, ¿no?

Pickett asintió.

-Sí, estarán más seguros en sus casas. No es realista suponer que podamos implementar el plan antes de medianoche.

-Alex -intervino Cathy-, supongo que podrá venir conmigo. Yo también debo volver.

-¿Qué? -Ryan abrió los ojos, atónito.

-Jack, también soy médica.

-Eres médica de *ojos*, Cathy. La gente puede esperar por sus anteojos nuevos -insistió Jack.

-En la reunión de hoy decidimos que todos vamos a colaborar. No podemos dejar que los enfermeros y los chicos residentes atiendan solos a estos pacientes. Soy médica clínica. Tenemos que turnarnos, querido -explicó SURGEON.

-¡No! No, Cathy, es demasiado peligroso -Ryan la miró a los ojos.. No te dejaré ir.

-Jack, muchas veces te fuiste y hay muchas cosas que no me contaste -dijo la primera dama.. Soy médica. Tengo un deber que cumplir.

-No es tan peligroso, señor presidente -acotó Alex.. Si uno toma todas las precauciones, claro. Trabajo con enfermos de SIDA diariamente y...

-¡No, maldita sea!

-¿Porque soy mujer? -preguntó Caroline Ryan con extrema dulzura.. También me da un poco de miedo, Jack, pero soy profesora en la universidad de medicina. Enseño a los alumnos a ser médicos. Les enseño sus responsabilidades profesionales. Una de esas responsabilidades es estar allí para sus pacientes. Tú no puedes huir de tus deberes, Jack. Yo tampoco.

-Me gustaría ver las medidas precautorias que has implementado, Alex -dijo Pickett.

-Encantado, John.

Jack seguía mirando a su esposa. Sabía que era fuerte y que a veces atendía pacientes con enfermedades contagiosas... El SIDA, por ejemplo, produce serias complicaciones oculares. Sólo que nunca lo había pensado. Y ahora debía hacerlo.

-¿Qué pasaría si...?

-No pasará. Debo ser cuidadosa. -Lo besó frente a los demás.. Mi marido es verdaderamente inoportuno -le anunció al público.

Era demasiado para Ryan. Empezaron a temblarle las manos y los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó para despejarlas.

-Por favor, Cathy... -musitó.

-¿Acaso me habrías escuchado camino a ese submarino, Jack? -Lo besó otra vez y se puso de pie.

Hubo resistencia, pero no tanta. Cuatro gobernadores ordenaron a sus generales adjuntos -título atribuido a los oficiales superiores de la Guardia Nacional estatal. no obedecer la orden presidencial, y tres de éstos cumplieron el mandato hasta que el secretario de Defensa llamó para confirmar personalmente la orden, amenazándolos con la baja inmediata, el arresto y la corte marcial en caso de desobediencia. Algunos hablaron de organizar protestas, pero eso llevaría tiempo y los vehículos verdes ya habían empezado a moverse. Las radios y teleemisoras locales informaron que la gente podría trasladarse a su casa sin problemas hasta las nueve de la noche, y hasta medianoche con identificación especial. La mayoría de la gente llegó a su hogar sin inconvenientes, pero como nada es uniforme en la vida, los moteles de todo el territorio norteamericano se llenaron al tope.

Los niños recibieron con entusiasmo la noticia de que cerrarían las escuelas por lo menos durante una semana, sin comprender la preocupación o el miedo que manifestaban sus padres.

Todo el stock de mascarillas quirúrgicas se vendió en cuestión de minutos sin que los farmacéuticos supieran por qué... hasta que alguien prendió la radio.

Librodot

Por extraño que parezca, los agentes del Servicio Secreto que debían organizar la próxima visita del presidente a Pittsburgh fueron los últimos en enterarse. Mientras algunos iban al bar para ver a Ryan por televisión, Raman se escapó para hacer un llamado telefónico. Llamó a su casa, esperó que entrara el contestador automático y marcó el código de acceso a mensajes. Había otro mensaje falso anunciando la llegada de una alfombra que no había ordenado a un precio que no tendría que pagar. Sintió un levísimo escalofrío. Ya era libre para cumplir cuando quisiera su misión. Es decir pronto, porque se esperaba que pereciera en el intento. Aunque estaba dispuesto a morir, camino al bar pensó que tal vez tendría una oportunidad de sobrevivir. Los otros tres agentes, parados frente al televisor, mostraron en alto sus credenciales cuando alguien protestó por el bloqueo de la imagen.

-¡Dios santo! -dijo el más viejo de la oficina de Pittsburgh.. ¿Y ahora qué hacemos?

Hubo complicaciones con los vuelos internacionales. Acababan de comunicar las nuevas medidas a las embajadas en Washington. Los embajadores a su vez comunicaron la naturaleza de la emergencia a sus gobiernos, pero en el caso de los europeos, la mayoría estaba en la cama cuando llegaron las llamadas. Tuvieron que ir a sus oficinas, reunirse con funcionarios autorizados y decidir qué hacer, pero la prolongada duración de los vuelos transoceánicos les dio un margen de tiempo. Inmediatamente decidieron que todos los pasajeros provenientes de Estados Unidos entrarían en cuarentena... todavía no se sabía por cuánto tiempo. Realizaron llamadas urgentes a la Administración Federal de Aviación para posibilitar que los vuelos con destino a Estados Unidos aterrizaran, recargaran combustible y regresaran al punto de origen. Esos aviones serían identificados como -no contaminados. y sus pasajeros podrían volver inmediatamente a sus casas, aunque por supuesto habría errores burocráticos en el camino.

El cierre de los mercados financieros se evidenció a raíz de un caso de Ébola que se presentó en el Northwestern University Medical Center. Era un financista que trabajaba en la Bolsa de Comercio de Chicago. La noticia no tardó en trascender. Se cancelaron todas las operaciones y la próxima preocupación de la comunidad mercantil y financiera fue el efecto que esto causaría sobre sus actividades. Todo el mundo miraba la cobertura televisiva. Todas las redes tenían su propio experto médico, que gozaba de absoluta libertad para explicar el problema. Los canales de cable transmitían especiales científicos sobre epidemias de Ébola en Zaire, mostrando hasta dónde podían llegar los síntomas gripales. El resultado de tanta información fue un estallido de pánico silencioso y privado en todo el país. La gente se encerró en su casa, contó las provisiones y siguió mirando televisión y preocupándose y a la vez esforzándose por ignorar lo que ocurría. Si los vecinos hablaban, lo hacían a distancia.

En Atlanta, el número de casos llegó a quinientos poco antes de las ocho. Gus Lorenz había pasado el día entre el laboratorio y la oficina. En esas condiciones, su staff y él corrían peligro. La fatiga solía ocasionar errores y accidentes. El personal del CDC estaba acostumbrado a trabajar de manera calma y ordenada en uno de los laboratorios de investigación más organizados y eficaces del mundo, y ahora sufría una actividad frenética. Las muestras de sangre que recibían minuto a minuto debían ser clasificadas y analizadas, y los resultados enviados por fax al hospital de origen. Lorenz había batallado todo el día para reorganizar a su gente de modo tal que se trabajara las veinticuatro horas del día sin sobrecargar a nadie. Él también necesitaba descansar, pero cuando fue a dormir la siesta a su oficina encontró a alguien esperándolo.

-FBI -dijo el hombre, mostrándole su identificación. En realidad se trataba del SAC local, un agente muy jerárquico que manejaba sus asuntos por teléfono celular. Era un hombre alto, tranquilo y de emociones lentas que solía afirmar que, en situaciones de crisis, lo primero era pensar. Estaba convencido de que siempre habría tiempo para masticar las cosas y enderezarlas.

-¿Qué puedo hacer por usted? -preguntó Lorenz, sentándose.

Librodot

-Necesito información, señor. El FBI está trabajando con otras agencias para descubrir los orígenes de la epidemia. Estamos entrevistando a las víctimas para determinar dónde se contagiaron, y suponemos que usted es quien mejor conoce el cuadro general de la situación. ¿Dónde comenzó todo?

Los militares no sabían dónde había empezado, pero rápidamente vieron a dónde había llegado. Fort Stewart, en Georgia, sólo había sido el primer paso. Casi todas las bases del ejército estaban cerca de gran-des ciudades. Fort Stewart estaba a escasa distancia de Savannah y Atlanta. Fort Hood estaba cerca de Dallas-Fort Worth. Fort Campbell estaba a una hora de Nashville, donde Vanderbilt había reportado muchos casos. Los soldados vivían en barracas donde compartían duchas e inodoros y los médicos militares estaban literalmente aterrados.

Los marinos eran los que estaban en peor situación, porque los barcos son microambientes cerrados. Los que estaban en el mar recibieron la orden de permanecer allí hasta que se evaluara la situación en tierra. Pronto se determinó que todas las bases importantes corrían peligro, y aunque algunas unidades -principalmente infantería y policía militar. se sumaron a la Guardia Nacional, los médicos mantenían a los soldados y marines bajo estricta vigilancia. Pronto empezaron a encontrar hombres y mujeres con síntomas gripales. Los aislaron inmediatamente, los vistieron con equipos protectores MOPP y los mandaron en helicóptero al hospital más próximo que atendiera casos de Ébola. A medianoche se supo que, hasta próximo aviso, las Fuerzas Armadas norteamericanas eran un instrumento contaminado. Se realizaron llamados de urgencia al Centro Nacional de Comando Militar para reportar unidades infectadas, y sobre esa información se decidió separar algunos batallones de otros. Mientras tanto, los soldados se alimentaban con raciones de combate (los comedores estaban cerrados) y pensaban en un enemigo que no podían ver.

-Dios santo, John -dijo Chávez. Estaban en la oficina de Clark.

Clark asintió en silencio. Su esposa, Sandy, era instructora de enfermería en un hospital escuela y su vida corría peligro. Trabajaba en el piso de clínica médica. Si llegaba un paciente infectado, iría a la unidad de Sandy y ella tendría que mostrarle a sus alumnos cómo atenderlo sin correr riesgos.

¿Sin correr riesgos? se preguntó. Seguro. Ese pensamiento le trajo malos recuerdos y una clase de miedo que hacía años no experimentaba. Este ataque contra el país -nadie se lo había dicho todavía, pero había aprendido a no creer en casualidades. no lo ponía en peligro a él, sino a su esposa.

-¿Quién supones que lo hizo? -Fue una pregunta torpe, que mereció una respuesta aún más torpe.

-Alguien que nos odia *in extremis* -respondió, de mal modo.

-Lo siento -Chávez miró por la ventana y pensó unos segundos.. Es una apuesta pesadísima, John.

-Si descubrimos que lo es... el que montó el aparato de seguridad es un reverendísimo hijo de puta.

-Sin duda, Mr. C. ¿La gente que estuvimos viendo últimamente?

-Es una posibilidad. Supongo que hay otras. -Miró su reloj. El director Foley ya habría llegado de Washington y debían reunirse en su oficina. Tardaron un par de minutos en llegar.

-Hola, John -dijo el DCI, levantando la vista de su escritorio. Mary Pat también estaba allí.

-No fue accidental, ¿no? -preguntó Clark.

-No, claro que no. Estamos implementando una fuerza de tareas conjunta. El FBI está hablando con la gente en el interior. En cuanto tengamos pistas trabajaremos fuera de nuestras fronteras. Ustedes dos se harán cargo. Estoy tratando de encontrar una manera eficaz de man-

Librodot

dar gente al otro lado del charco.

-¿Y la SNIE? -preguntó Ding.

-Todo pasó a segundo plano hasta nuevo aviso. Y Jack me dio autorización para dar órdenes a la NSA y la DIA. -Aunque el DCI tenía legalmente el poder de hacerlo, las otras agencias siempre se habían manejado como imperios independientes. Hasta ahora.

-¿Cómo andan los chicos? -preguntó Clark.

-En casa -replicó Mary Pat. Por muy reina de los espías que fuera, seguía siendo una madre con preocupaciones maternas.. Dicen que están bien.

-Armas de destrucción masiva -dijo Chávez. No tuvo necesidad de agregar nada.

-Sí -asintió el DCI. A alguien se le había pasado por alto, o bien no concedía importancia a la política explícita de los Estados Unidos respecto al tema. Un-arma-nuclear-era-un-germen-era-una-granada-de-gas, y la respuesta norteamericana a un germen o una granada de gas sería un arma nuclear, porque Estados Unidos tenía armas nucleares, pero no gérmenes o gases. Sonó el teléfono de Foley.. ¿Sí? -Escuchó unos segundos.. Bueno, ¿podría enviarnos un equipo? Está bien, gracias.

-¿Quién era?

-El USAMRIID de Fort Detrick. Llegarán dentro de una hora. Podemos mandar gente al otro lado del charco, pero primero tendrán que hacerse todos los análisis. Los países europeos están... bueno, imagínense. Carajo, no se puede llevar un maldito *perro* a Inglaterra sin dejarlo un mes en la perrera para estar seguros de que no tiene rabia. Probablemente les harán análisis a ustedes. Y también a la tripulación del avión -agregó el DCI.

-No trajimos equipaje -dijo Clark.

-Compren allá todo lo que necesiten, Johh, ¿de acuerdo? -Mary Pat hizo una pausa.. Lo siento.

-¿Tenemos alguna pista?

-Todavía no, pero pronto habrá. Es imposible hacer algo así sin dejar *algunas* huellas.

-Aquí hay algo raro -observó Chávez, con la vista clavada en el suelo.. John, ¿recuerda lo que le dije el otro día?

-No -admitió Clark.. ¿Qué era?

-Hay cosas de las que uno no se puede retractar, cosas irreversibles. Caramba, si fue una operación terrorista...

-Demasiado grande -objetó Mary Pat.. Demasiado sofisticada.

-Está bien, señora, pero si lo fuera, demonios, podríamos transformar el Valle del Bekaa en un estacionamiento y mandar a los marines a pintar las rayas antes de que se enfríe. No es ningún secreto. Lo mismo valdría para una nación-estado, ¿no? Enterramos los misiles balísticos pero todavía tenemos bombas nucleares. Podemos transformar en cenizas a cualquier país y el presidente Ryan lo haría sin titubear... bueno, al menos no apostaría mi casa a lo contra-rio. Lo he visto en acción y no es ningún pusilánime.

-¿Entonces? -preguntó el DCI, sin aclarar que no era tan simple. Para que Ryan o cualquier otro iniciara una orden de lanzamiento nuclear, el ataque previo debía pasar el escrutinio de la Corte Suprema, y *no* creía que Ryan fuera capaz de hacerlo en esas circunstancias.

-Entonces el que pergeñó la operación está pensando una de dos cosas. O le importa un bledo que sepamos quién es, o no cree posible que vayamos a responder de esa manera, o... -Había una tercera opción, ¿no? Casi casi, pero no del todo.

-O matan al presidente... ¿pero por qué atacar primero a su hijita? -preguntó Mary Pat.. El atentado sólo sirvió para aumentar la seguridad y dificultarles el trabajo. Está pasando de todo en todas partes. China. La RIU. La Armada india en alta mar. La mierda política doméstica, y ahora Ébola. No hay cuadro general. No hay conexión entre los hechos.

-Salvo que entre todos *nos están arruinando la vida,* ¿no? -Se hizo silencio.

-El chico acaba de anotarse un punto -admitió Clark.

-Siempre empieza en África -dijo Lorenz, llenando su pipa.. Allí vive. Hace unos meses

hubo un pequeño estallido en Zaire.

-No miré el noticiero -dijo el agente del FBI.

-Sólo dos víctimas, un niño y una enfermera... una monja enfermera, creo, pero la perdimos en un accidente aéreo. Luego hubo un miniestallido en Sudán, otra vez dos víctimas, un hombre joven y una niña. El hombre murió. La niña sobrevivió. Eso fue hace unas semanas. Tenemos muestras de sangre del Caso Índice. Estamos experimentando con ellas.

-¿Cómo lo hacen?

-El virus se cultiva en tejido. En riñones de mono, de hecho... ah, sí -recordó.

-¿Qué pasa?

-Hace un tiempo ordené monos verdes africanos. Son los que usamos para el cultivo. Hay que matarlos y sacarles los riñones. Pero alguien se me adelantó y tuve que esperar otra camada.

-¿Sabe quién fue?

Lorenz hizo un gesto negativo.

-No, no me interesó averiguarlo. Me retrasó una semana, diez días, eso fue todo.

-¿Quién más podría querer monos?

-Las empresas farmacéuticas, los laboratorios médicos, esa gente.

-¿Con quién tengo que hablar para averiguarlo?

-¿Habla en serio?

-Sí, señor.

Lorenz se encogió de hombros y buscó en su Rolodex.

-Aquí está -dijo.

No fue fácil combinar la reunión-desayuno. El embajador David

L. Williams salió de su auto y fue escoltado a la residencia oficial de la primera ministra. Agradeció la hora del día. India podía ser un verdadero horno, y a esa edad el calor se volvía cada vez más opresivo, especialmente cuando debía vestirse como embajador y no como gobernador de Pennsylvania, donde estaba bien parecer de clase obrera. En este país, parecer de clase trabajadora implicaba una vestimenta aún más informal, y eso volvía locos a los de arriba con sus amados símbolos de status. Les gustaba denominarla -la democracia más grande del mundo-, pensó el político retirado. ¿A quién querían engañar?

La primera ministra ya estaba sentada a la mesa. Se puso de pie cuando Williams entró, le estrechó la mano y lo invitó a sentarse. La porcelana tenía bordes de oro, un sirviente de librea se acercó a servirles café. El desayuno empezó con un sabroso melón.

-Gracias por recibirme -dijo Williams.

-Siempre es bienvenido en mi casa -replicó cortésmente la P-M-, pero el embajador sabía que era sibilina como una víbora. La charla -hola-cómo está usted. duró diez minutos. Los esposos estaban bien. Los hijos estaban bien. Los nietos estaban bien. Sí, cada vez hacía más calor. Bueno, se acercaba el verano.. ¿Cuáles son los temas que debemos discutir?

-Entiendo que la Armada india ha salido al mar.

-Sí, efectivamente. Después de los daños infligidos por las fuerzas norteamericanas tuvimos que hacer numerosas reparaciones. Su-pongo que quieren comprobrar el buen funcionamiento de los equipos -replicó la P-M.

-¿Sólo son ejercicios navales? -preguntó Williams.. Mi gobierno está haciendo una simple pregunta, señora.

-Señor embajador, le recuerdo que somos una nación soberana. Nuestras fuerzas armadas operan bajo nuestra ley, y además ustedes nos recuerdan constantemente que el océano es zona de libre tránsito. ¿Y ahora me dice que su país quiere negarnos ese derecho?

-En absoluto, primera ministra. Solamente nos resulta curioso que realicen una práctica tan larga. -Omitió agregar: *teniendo recur-sos tan limitados*.

-Señor embajador, a nadie le gusta que le pasen por encima. Hace pocos meses ustedes nos acusaron falsamente de tener intenciones agresivas hacia un vecino. Amenazaron a nues-

tro país. Atacaron a nuestra armada y dañaron nuestros barcos. ¿Qué hemos hecho para merecer actos tan poco amistosos? -preguntó, recostándose en la silla.

Actos poco amistosos no era una frase que se usara con ligereza, y Williams no pudo menos que advertir que no la había dicho por casualidad.

-Señora, jamás hubo semejante cosa. Me atrevo a sugerir que hubo malentendidos mutuos y por eso, para evitar futuros errores, he venido a hacer una simple pregunta. Estados Unidos no amenaza. Simplemente quiere conocer las intenciones de la Armada india.

-Ya le he respondido. Estamos haciendo prácticas. -Antes *suponía* que pasaba algo. Ahora estaba segura.. Nada más.

-Entonces mi pregunta ya tiene respuesta -comentó Williams con una sonrisa benigna. Dios, encima se creía inteligente. Williams había crecido en uno de los entornos políticos más complejos de EE-UU-, el Partido Decmocrático de Pennsylvania, y había luchado hasta llegar a la cima. Allí conoció mucha gente como ella, sólo que menos mojigata. Mentir era un hábito tal para los políticos que estaban convencidos de que siempre se saldrían con la suya.. Gracias, señora.

Había sido una barrida absoluta, la primera de ese ciclo de entrenamiento. Pésima elección del momento, pensó Hamm, viéndolos volver por el camino de tierra. Habían empezado justo después del mensaje presidencial. Eran guardias nacionales y estaban lejos de sus casas y preocupados por sus familias. Eso los distrajo mucho. No habían podido calmarse, llamar a sus casas y asegurarse de que mamá y papá estaban bien, o la mujer y los hijos. Y lo habían pagado caro. Pero, como soldado profesional que era, Hamm sabía que era injusto bajar el puntaje de la brigada Carolina. Uno no se enteraba de esas cosas en el campo de batalla. Por muy realista que fuera el NTC, no dejaba de ser un juego. Nadie moría allí, excepto por accidente, pero en casa podría haber muertos de verdad. No se suponía que fuera así, ¿no?

El médico del ejército les extrajo sangre para analizarla. Clark y Chávez lo observaban con fascinación mórbida, especialmente porque usaba mascarilla y guantes.

-Los dos están limpios -les anunció, con un suspiro de alivio.

-Gracias, sargen -dijo Chávez. Ahora todo se había vuelto real. En sus oscuros ojos latinos había algo más que alivio. Igual que John, Domingo estaba adoptando el rostro de su futura misión.

Una vez concluido el análisis, subieron a un automóvil oficial para ser trasladados a la Base Andrews. Las calles de Washington estaban inusualmente vacías, pero la rapidez del viaje no logró ahuyentar la sensación ominosa que ambos padecían. Después de cruzar un puente, pararon y tuvieron que esperar que otros tres vehículos pasaran el puesto de control. Había un camión de la Guardia Nacional atravesado en el camino. Clark sacó por la ventanilla su identificación de la CIA.

-Agencia -gritó.

-Pasen -replicó el Spec-4.

-Entonces, ¿adónde se supone que vamos, Mr. C?

-África, vía Azores.

51

Investigaciones

La reunión con los líderes del Senado fue predecible. La entrega de mascarillas quirúrgicas marcó el tono de la noche... nuevamente por idea de Van Damm. El general Pickett se había trasladado a Hopkins para evaluar las medidas precautorias, pero ya estaba de vuelta para hacer su informe. Los quince senadores reunidos en la Sala Este lo escucharon con expresión grave. Sólo se les veían los ojos por encima de las mascarillas.

-No estoy de acuerdo con sus medidas, señor presidente -dijo uno de ellos. Jack no pudo

identificarlo.

-¿Cree que *yo* sí? -replicó.. Si alguien tiene una idea mejor, estoy dispuesto a escucharlo. Debo atenerme a las opiniones médicas calificadas. Si este virus es tan mortal como dice el general, cualquier error podría significar miles de muertos... tal vez millones. De errar, debemos errar por exceso de cautela.

-¿Pero qué pasa con las libertades civiles? -preguntó otro.

-¿Hay alguna libertad civil que sea más importante que la vida? -preguntó Jack.. Si alguno de ustedes tiene una mejor opción, lo escucharé... aquí tenemos uno de nuestros expertos para evaluarla. *Pero no escucharé* opciones que *no* estén basadas en hechos científicos. La Constitución y las leyes no pueden anticipar todas las eventualidades. Se supone que debemos usar la cabeza en casos como éste...

-¡Se supone que debemos guiarnos por principios! -Otra vez el senador de las libertades civiles.

-Bueno, discutamos un poco el tema. Si hay un punto medio entre las medidas que tomé y cualquier otra cosa que permita que el país siga en movimiento -*¡y a salvo!*-, bueno, analicémoslo. ¡*Quiero* opciones! *¡Ofrézcanme algo útil!* -Se hizo silencio. Las miradas eran tensas. Hasta eso era difícil.

-¿Por qué tuvo que actuar tan rápido?

-¡Porque está muriendo gente, imbécil! -le espetó otro senador a su buen amigo y distinguido colega. Debía pertenecer a la nueva camada, pensó Jack. Todavía no conocía los mantras.

-¿Pero qué pasará si se equivoca? -preguntó una voz.

-Podrán hacerme juicio político después que el Congreso me procese -replicó Jack.. Luego será otro el que tome las decisiones, y que Dios lo ayude. Senadores, mi esposa está en Hopkins atendiendo a esos enfermos. Tampoco me gusta *eso*. Me gustaría contar con el apoyo de ustedes. Es difícil estar solo en una situación como ésta pero, con apoyo o sin él, tengo que hacer lo mejor que pueda. Por última vez: si alguien tiene una idea mejor, estamos aquí para escucharla.

Pero ninguno de ellos tenía una idea mejor. Tampoco tenían la culpa. Habían tenido menos tiempo que él para ponerse al tanto del problema.

La Fuerza Aérea les había conseguido uniformes tropicales en el Puesto de Intercambio de Andrews -un depósito mediano-, porque sus ropas de Washington eran un poco pesadas para el trópico. El nuevo atuendo también les serviría de camuflaje. Clark ostentaba alas plateadas de coronel y Chávez había completado su uniforme de mayor con las alas y galones plateados donados por la tripulación del VC20B. De hecho, había dos tripulaciones. La de refuerzo dormitaba en dos asientos de pasajeros.

-No está mal para un E-6 retirado -acotó Ding, aunque el uniforme no le sentaba demasiado bien.

-Tampoco está mal para un E-7 retirado. Y no olvide que debe llamarme -Señor-, mayor Chávez.

-Tres valijas llenas, señor. -Fue el único respiro que tuvieron. La versión militar del Gulfstream llevaba una tonelada de equipos de comunicación y una sargento encargada de manejarlos. Los documentos que abarrotaban los equipos amenazaban extinguir la reserva de papel a bordo. En ese instante sobrevolaban Cabo Verde, rumbo a Kinshasa.

-La segunda parada es Kenia, señor -la sargento de comunicaciones, que era en realidad especialista en inteligencia, leyó toda la información recibida.. Deben ver a un hombre en relación con unos monos.

Clark le arrebató la hoja -después de todo era el coronel. para leerla, mientras Chávez se preguntaba cómo quedarían los galones sobre la camisa azul de uniforme. Decidió ser menos meticuloso.

-Mira esto -dijo John, pasándole la hoja.

-Es una pista, Mr. C. -observó Ding inmediatamente. Cruzaron una mirada. Era una misión de pura inteligencia, una de las pocas que les habían tocado. Debían reunir información vital para su país y nada más. Por ahora. Aunque no lo dijeron, no hubieran objetado hacer algo más. Aunque ambos eran oficiales de campo del directorio de Operaciones de la CIA, también eran ex combatientes (en el caso de Clark, ex SEAL) que frecuentemente caían en el lado paramilitar del DO, donde hacían cosas que los agentes secretos puros consideraban poco excitantes. Pero satisfactorias, pensó Chávez. Muy satisfactorias. Estaba aprendiendo a controlar su carácter -de hecho, esa parte de su herencia genética, como la llamaban ahora, siempre había estado bajo estricto control. pero eso no le impedía pensar que si llegaba a encontrar al que había perjudicado a su país haría con él lo que hacen los soldados en esos casos.

-Usted lo conoce mejor que yo, John. ¿Qué va a hacer?

-¿Jack? -Clark se encogió de hombros.. Eso depende de qué le consigamos nosotros, Domingo. Es nuestro trabajo, ¿recuerdas?

-Sí, señor -respondió el joven, súbitamente serio.

El presidente no durmió bien esa noche, aunque le habían dicho -y él mismo se había dicho. que el sueño era requisito fundamental para tomar buenas decisiones... y *ésa*, decían todos, era su única y verdadera función. Era lo que los ciudadanos esperaban que hiciera por sobre todas las cosas. El día anterior apenas había dormido seis horas después de una extenuante agenda de discursos y viajes, pero aun así el sueño tardaba en llegar. Su staff y el de otras agencias federales dormían todavía menos, porque, por abarcativo que fuera el decreto presidencial, debía ser implementado en el mundo práctico, lo que equivalía a interpretarlo en el contexto de una nación viva. Además estaba el problema de las dos Chinas, que empezaban el día trece horas antes que Washington; otro problema potencial con India, diez horas adelantada; y otro en el Golfo Pérsico, ocho horas antes. Todos se sumaban a la crisis mayor en Estados Unidos, que abarcaba siete husos horarios contando Hawaii... o más, agregando las posesiones del Pacífico. Acostado en su cama de la Casa Blanca, Ryan pensaba en el globo terráqueo, preguntándose qué parte del mundo *no* le traía preocupaciones. Alrededor de las tres capituló, se levantó y, vestido con ropa informal, se dirigió a la Oficina de Señales del Ala Oeste, con algunos agentes de la Custodia Personal pisándole los talones.

-¿Cómo están las cosas? -le preguntó al mayor Charles Canon, USMC, el mismo que le había informado el asesinato del presidente iraquí... con el que aparentemente había empezado todo, recordó. Todos se pusieron de pie y Jack les hizo señas para que volvieran a sentarse.. Sigan en lo suyo.

-Es una noche agitada, señor. ¿Está seguro de pasar la noche en vela para enterarse? -preguntó el mayor.

-No tengo muchas ganas de dormir, mayor -replicó Ryan. Los tres agentes del Servicio hicieron caras a sus espaldas. Ellos sabían bien que POTUS necesitaba dormir, por más que él lo ignorara.

-Bueno, señor presidente, estamos copiando toda la información que reciben y emiten el CDC y el USAMRIID. Hemos marcado todos los casos en aquel mapa -señaló Canon. Alguien había clavado un mapa nuevo y más grande en una plancha de corcho. Los alfileres rojos obviamente indicaban casos de Ébola. También había una caja de alfileres negros cuya función era demasiado obvia, aunque todavía no habían pinchado ninguno. Los alfileres se agrupaban principalmente en dieciocho ciudades, con algunos sueltos y pares dispersos por el resto del mapa. Quedaban varios estados intactos. Idaho, Alabama, ambas Dakotas y, extrañamente, Minnesota con su Clínica Mayo eran algunos de los estados protegidos por el decreto presidencial de Ryan... o por casualidad, ¿cómo establecer certeramente la diferencia? Había varios informes impresos... todas las computadoras e impresoras estaban en funcionamiento. Ryan escogió uno al azar. Era una lista de los pacientes-víctimas por nombre, por estado, por ciudad y por ocupación. El quince por ciento pertenecía a la categoría -custodia y mantenimiento.. Ése era el grupo estadísticamente más grande después de -ventas y marke-

Librodot

ting.. La información provenía del FBI y el CDC, que analizaban en conjunto los parámetros de la infección. Otro informe indicaba posibles fuentes de infección, confirmando la sospecha del general Pickett sobre la elección de exhibiciones comerciales como blanco privilegiado del ataque.

Cuando trabajaba para la CIA, Ryan había estudiado toda clase de ataques teóricos contra su país. Por alguna razón jamás había visto nada parecido a esto. La guerra biológica estaba más allá de cierto límite. Había pasado horas pensando en ataques nucleares. Qué teníamos nosotros, qué tenían ellos, qué blancos, qué víctimas, centenares de blancos privilegiados seleccionados por factores políticos, económicos o militares, y, para cada opción, un amplio espectro de soluciones según el clima, la época del año, la hora del día y otras variables, tantas que los resultados sólo podían determinarse por computadora, y aun así seguían siendo meros cálculos de probabilidades. Había odiado aquello y se había alegrado con el fin de la Guerra Fría y su amenaza constante e implícita de mega-muertes. Incluso había capeado una crisis que podría haber llegado a ese extremo. Todavía recorda-ba las pesadillas posteriores...

Jamás había tomado un curso de gobierno per se -como los usuales cursos de ciencia política del Boston College. para graduarse en economía. Recordaba las palabras de un aristocrático dueño de plantaciones, escritas casi treinta años antes de transformarse en el tercer presidente del país: ...-Vida, Libertad y Búsqueda de Felicidad. Los gobiernos han sido creados para garantizar esos derechos, y sus justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados.. Ésa era la clave de su deber. La Constitución que había jurado preservar, proteger y defender había sido creada para preservar, proteger y defender las vidas y derechos de la gente, y no se suponía que él debiera estar allí, leyendo listas de nombres y lugares y ocupaciones de un grupo de gente destinado a morir en un ochenta por ciento. Esa gente tenía derecho a vivir. Tenía derecho a ser libre. Tenía derecho a buscar -en realidad, Jefferson había escrito -persecución de la felicidad. en el sentido de *vocación*, no de cacería. la felicidad. Bueno, alguien les estaba quitando la vida. Ryan había ordenado la suspensión de la libertad. Seguramente muy pocos serían felices en semejantes condiciones...

-En cierto sentido tenemos buenas noticias, señor presidente -Canon le pasó el resultado de las elecciones del día anterior. Ryan quedó atónito. Lo había olvidado por completo. Alguien había preparado una lista de los ganadores según la profesión, y menos de la mitad eran abogados. Veintisiete eran médicos. Veintitrés ingenieros. Diecinueve granjeros. Dieciocho maestros. Catorce hombres de negocios. Bueno, ya era algo, ¿no? Tenía un tercio de la Casa de Representantes. Se preguntó cómo trasladarlos a Washington. No podían impedirles el traslado. La Constitución era muy explícita al respecto. Aunque Pat Martin arguyera que la suspensión de los viajes interestatales jamás había sido considerada en la Corte Suprema, la Constitución mandaba que no se impidiera acudir a una sesión a los miembros del Congreso excepto a causa de ¿traición...? Algo así. No podía recordar con exactitud, pero sabía que la inmunidad de los congresales era sumamente importante.

Empezó a sonar una máquina de télex. Un Spec-5 del ejército se acercó a ver.

-Tráfico FLASH de Estado, del embajador Williams en India -anunció.

-A ver -Ryan se acercó también. Malas noticias. Igual que las de Taipei.

Los médicos hacían turnos de cuatro horas. Por cada residente había un miembro superior del staff médico. Esencialmente hacían tareas de enfermería, pero aunque las hacían bien sabían que eso no tenía demasiada importancia.

Era la primera vez que Cathy se ponía un traje espacial. Había operado aproximadamente treinta enfermos de SIDA por complicaciones oculares producidas por la enfermedad, pero sólo había usado guantes. Claro, también había sido más lenta y cuidadosa en sus movimientos, pero eso era todo. Ahora no. Ahora estaba dentro de una enorme y gruesa bolsa de plástico y llevaba puesto un casco cuya lámina transparente se empañaba con el aliento. Así ataviada, atendía pacientes que iban a morir a pesar de todos los cuidados dispensados.

De todos modos debían intentar salvarlos. En ese instante Cathy observaba el Caso Ín-

Librodot

dice local, el vendedor de Winnebago cuya esposa estaba en la habitación vecina. Le estaban aplicando suero intravenoso -con fluidos, electrolitos y morfina. y transfundiendo sangre. Lo único que podían hacer era esperar. Antes se creía que el interferón ayudaba, pero no. Los antibióticos no combatían las enfermedades virósicas, hecho no del todo apreciado. No había nada más, aunque centenares de personas estaban examinando opciones día y noche en sus laboratorios. Nadie se había dedicado a Ébola. El CDC, el ejército y unos pocos laboratorios del mundo habían hecho algunos avances, pero Ébola jamás había merecido la atención consagrada a otras enfermedades que devastaban países -civilizados.. En Estados Unidos y Europa se investigaban prioritariamente las enfermedades con alto índice de mortalidad o las que atraían la atención política, porque la adjudicación de dinero público para investigación era un acto político, y en cuanto a los fondos privados, tenía mucho que ver con la desgracia de alguna persona rica o prominente. La miastenia gravis mató a Aristóteles Onassis y los fondos destinados al estudio de la enfermedad (si bien no llegaron a tiempo para ayudar al magnate naviero) sirvieron para obtener avances significativos casi de la noche a la mañana... En gran parte gracias a la suerte, pensó la doctora Ryan, pero de todos modos fue una bendición para las otras víctimas. El mismo principio era aplicable a la oncología, donde los fondos para cáncer de mama (que atacaba a una mujer de cada diez) superaban a los fondos destinados a investigar el cáncer de próstata (que atacaba a la mitad de la población masculina). Además, se destinaban grandes sumas a todas las variedades de cáncer infantil aunque la cantidad de casos era estadísticamente ínfima (sólo doce casos anuales cada cien niños), ¿pero acaso había algo más precioso que la vida de un niño? Nadie lo ponía en duda, y ella menos. Ébola y otras enfermedades tropicales contaban con fondos casi inexistentes para investigación porque tenían bajo perfil en los países que ponían el dinero. Eso cambiaría ahora, pero no lo suficientemente rápido para ayudar a los enfermos que llenaban los hospitales.

El paciente comenzó a jadear y giró a la derecha. Cathy tomó el recipiente plástico -las bandejas de emesis eran demasiado pequeñas y tendían a derramar su contenido. y lo sostuvo frente a él. Bilis y sangre. Sangre negra. Sangre muerta. Sangre llena de los -ladrillitos. cristalinos del virus de Ébola. Cuando el hombre dejó de vomitar, Cathy le alcanzó un vaso de agua con un sorbete para que se humedeciera los labios.

-Gracias -murmuró el enfermo. Tenía la piel pálida excepto donde había manchas de hemorragia subcutánea. Petequias. Debía ser latín, pensó Cathy. Una palabra de una lengua muerta para designar un síntoma de muerte próxima. El hombre la miró. Lo sabía. Tenía que saberlo. El dolor estaba superando la dosis normal de morfina y llegaba en oleadas a su conciencia, como el mar que azota el farallón.

-¿Cómo me encuentra? -preguntó.

-Bueno, está muy enfermo -le dijo Cathy.. Pero se está defendiendo muy bien. Si sigue defendiéndose así su sistema inmunológico derrotará al virus, pero tendrá que ser muy fuerte y poner mucha voluntad. -Lo cual no era del todo mentira.

-No la conozco. ¿Es enfermera?

-No, soy cirujana y profesora. -Le sonrió a través del escudo plástico.

-Tenga cuidado -le aconsejó el enfermo.. No vaya a contagiarse. Hágame caso. -Se las ingenió para sonreír con esa débil sonrisa de todos los enfermos graves. Cathy sintió que el corazón se le partía.

-Estamos tomando todas las precauciones. Lamento tener que usar este traje. -Necesitaba tocarlo, demostrarle que le importaba, pero era imposible hacerlo a través de la goma y el plástico, maldita sea.

-Duele muchísimo, doc.

-Póngase boca arriba. Duerma todo lo que pueda. Permítame verificar la dosis de morfina. -Dio la vuelta a la cama para aumentar el goteo y esperó unos minutos, hasta que el enfermo cerró los ojos. Luego fue hasta el balde y lo roció con un poderoso desinfectante químico. El recipiente ya había sido bañado en esa sustancia, al punto tal que el químico había impregnado el plástico y todo lo que cayera en él sería eliminado al instante. Probablemente fue-

Librodot

ra innecesario rociarlo una vez más, pero siempre era preferible tomar precauciones de más. Entró una enfermera y le pasó los resultados de los últimos análisis de sangre del paciente. El hígado prácticamente había dejado de funcionar. Ébola sentía una desagradable atracción por ese órgano. Los otros indicadores químicos confirmaban el comienzo de una necrosis sistémica. Los órganos internos habían empezado a morir, los tejidos a deshacerse, devorados por el virus. Teóricamente era posible que su sistema inmunológico apelara a toda su energía y se lanzara al contraataque, pero eso era pura teoría, una oportunidad en un millón. *Algunos* pacientes *derrotaban* la enfermedad. Eso decían los libros que ella y sus colegas habían estudiado las últimas doce horas, y en ese caso, siempre especulando, si pudieran aislar los anticuerpos obtendrían algo que podrían usar terapéuticamente.

Si... tal vez... podrían... tal vez.

Ésa no era la medicina que Cathy conocía. Ciertamente no era la medicina limpia y aséptica que había practicado en Wilmer, curando ojos, devolviéndoles la vista. Volvió a pensar en su decisión de dedicarse a la oftalmología. Uno de sus profesores la había presionado para que entrara en oncología. Tenía cerebro, tenía curiosidad, tenía el don de relacionar las cosas, le había dicho el profesor. Pero mirando a su paciente dormido, agonizante, Cathy supo que no, que no tenía corazón para hacer eso todos los días. No podía verlos morir. ¿Eso la convertía en un fracaso? Miró nuevamente al moribundo y tuvo que admitir que sí, sí, en ese caso sí.

-Maldición -dijo Chávez.. Es como Colombia.

-O Vietnam -acotó Clark, azotado por el calor tropical. Un funcionario de la embajada y un representante del gobierno de Zaire habían ido a recibirlos. Este último usaba uniforme y saludó a los -oficiales. recién llegados con cortesía marcial, que John devolvió.

-Por aquí por favor, coronel. -El helicóptero resultó ser francés, y el servicio, excelente. Estados Unidos había gastado mucho dinero en ese país. Ya era hora de exigir retribuciones.

Clark miró hacia abajo. Jungla. Ya la había visto antes, en más de un país. En su juventud había corrido bajo los frondosos árboles buscando enemigos, mientras los enemigos lo buscaban a él... hombrecitos de pijamas negros o uniformes caqui con fusiles AK-47, gente decidida a matarlo. Por eso apreciaba el hecho de que el enemigo actual fuera más pequeño, no portara armas, y no apuntara exclusivamente a él, sino al corazón de su país. Parecía tan irreal. John Clark era hijo de su país. Había estado en operaciones de combate y en eventos más personalizados, y siempre había recuperado la salud sin problemas. Sobre todo una vez, cuando rescató a un piloto en un río de Vietnam del Norte cuyo nombre no podía recordar. Se había cortado y el río contaminado lo había infectado. *Eso sí* que había sido desagradable, pero las medicinas y el tiempo lo habían curado. Había salido de aquellas experiencias con la profunda convicción de que su país producía médicos capaces de curar casi cualquier cosa... menos la vejez y el cáncer, por ahora, pero estaban trabajando en eso y a su debido tiempo ganarían la batalla, así como él había ganado la mayoría de las suyas. Pero todo había sido una mera ilusión. Tenía que admitirlo. Y así como él y su país habían perdido la batalla en una jungla como ésa, ahora la jungla salía a derrotarlos. No. Desechó la idea. La jungla no estaba saliendo a acabar con ellos ni nada por el estilo. Todo era obra de ciertos seres humanos.

Los cuatro barcos RO/RO se posicionaron seiscientas millas al nor-noroeste de Diego García, en formación encajonada, separados por mil yardas entre quillas y otras mil yardas entre proas y popas. El destructor *O-Bannon* se ubicó cinco mil yardas adelante, *Kidd* a diez mil yardas al noreste de la embarcación ASW, y *Anzio* a veinte mil millas de avanzada con respecto a los demás. La flota de reabastecimiento con sus dos fragatas avanzaba en dirección oeste y se uniría al grupo al caer el sol.

Era una buena oportunidad para realizar prácticas. Había seis Orion PC-3 en Diego Gar-

Librodot

cía -en otras épocas la cantidad era mayor. y uno de ellos patrullaba a la cabeza del mini-convoy, arrojando boyas sonoras para detectar submarinos. El Orion que estaba más adelante rastreaba los dos portaaviones de la India a partir de sus emisiones de radar, manteniéndose a su vez fuera del área de detección. El Orion guía sólo llevaba armas antisubmarino, y por ahora su misión era -vigilancia de rutina..

-Sí, señor presidente -dijo el J-3... sin atreverse a agregar: *¿Por qué no estás durmiendo, Jack?*

-Robby, ¿has visto esta cosa del embajador Williams?

-Me llamó la atención -confirmó el almirante Jackson.

David Williams se había tomado su tiempo para redactar el comunicado, cosa que molestó a la gente de Estado y originó dos pedidos de informes que el embajador ignoró olímpicamente. El ex gobernador había apelado a todo su saber político para considerar las palabras, el tono y el lenguaje corporal escogidos por la primera ministra de India... y sobre todo su mirada. No había nada como la mirada, y Dave Williams había aprendido esa lección más de una vez. Lo único que no había aprendido era verbosidad diplomática. Su informe era filoso como un cuchillo y llegaba a la conclusión de que India se traía algo entre manos. Más adelante destacaba que el tema de Ébola no se había tocado. Ni una palabra solidaria. Eso, según Williams, era en cierto sentido un error y, en otro, un acto deliberado. India tendría que haberse preocupado por la crisis, o al menos demostrado preocupación aunque no la sintiera. Pero la P. M. había preferido ignorar el tema. Si le hubieran preguntado por qué, hubiera dicho que no sabía nada, mintiendo obviamente. Nada pasaba desapercibido en la era de la CNN. En cambio, había insistido en las actitudes agresivas de Estados Unidos, recordándole el -ataque norteamericano. contra la Armada india dos veces, no una, y denominándolo posteriormente -acto poco amistoso-, frase que en diplomacia se pronunciaba justo antes de llevar la mano al revólver. Williams concluía diciendo que la práctica naval de India no era errada en cuanto a tiempo escogido y lugar. Según él, había recibido un mensaje directo que decía: *¡En tu propia cara!*

-¿Qué opinas, Rob?

-Opino que el embajador Williams es flor de hijo de puta, Jack. Lo único que no dice es lo que no sabe: que no tenemos ningún portaaviones en la zona. India no ha estado rastreándonos, pero es de conocimiento público que *Ike* va rumbo a China y si sus oficiales de inteligencia son medianamente competentes *tienen* que saberlo. Por eso salen al mar. Y ahora recibimos este informe del embajador...

-Basta, Robby -le advirtió Jack.. Ya lo dijiste muchas veces para un solo día.

-Bueno. Jack, tenemos sobradas razones para creer que China e India operaron juntas en otras oportunidades. ¿Y qué pasa ahora? China provoca un incidente. La cosa se pone espesa. Movemos un portaaviones. Los indios salen al océano. Su flota queda en línea directa entre Diego García y el Golfo Pérsico. El Golfo Pérsico se calienta.

-Y aquí tenemos una plaga -agregó Ryan. Se apoyó sobre el escritorio barato de Señales. No podía dormir, pero tampoco estaba completamente despierto.. ¿Simples coincidencias?

-Tal vez. Tal vez la primera ministra de la India esté enfadada con nosotros porque hace un tiempo le sacudimos el avispero. Tal vez sólo quiera demostrarnos que no podemos presionarla. Tal vez sea una porquería más, Jack. Pero tal vez no.

-¿Opciones?

-Tenemos un grupo de acción de superficie en el Mediterráneo Oriental, dos cruceros Aegis y tres fragatas. El Mediterráneo está tranquilo. Sugiero que movamos ese grupo a través de Suez para reforzar el grupo *Anzio*. También sugiero que traslademos un portaaviones al Mediterráneo. Eso llevará su tiempo, Jack. Son seis mil millas; incluso a veinticinco nudos de velocidad tardaremos casi nueve días en acercar el portaaviones. Tenemos más de una tercera parte del mundo sin portaaviones cerca, y la parte descubierta está empezando a ponerme ner-

vioso. No estoy seguro de que podamos intervenir si necesitáramos hacerlo, Jack.

-Hola, hermana -dijo Clark, estrechándole la mano con delicadeza. Hacía años que no hablaba con una monja.

-Bienvenido, coronel Clark. Mayor -saludó a Chávez con una leve inclinación de cabeza.

-Buenas tardes, señora.

-¿Qué los trae por nuestro hospital? -El inglés de la hermana Mary Charles era excelente, con un acento belga que a los norteamericanos les sonó a francés.

-Hermana, hemos venido a averiguar sobre la muerte de una colega suya, la hermana Jean Baptiste -respondió Clark.

-Ya veo. -Señaló un par de sillas toscas.. Siéntense, por favor.

-Gracias, hermana -dijo cortésmente Clark.

-¿Son católicos? -les preguntó. Era muy importante para ella.

-Sí, señora, los dos somos católicos -respondió Chávez.

-¿Qué educación recibieron?

-Yo fui exclusivamente a colegios católicos -dijo Clark, para complacerla.. Hice la primaria en la Escuela de Monjas de Notre Dame, y luego estudié con los jesuitas.

-Ah. -La monja sonrió, contenta con la noticia.. He oído algo sobre la enfermedad que asola su país. Es muy triste. Y por eso están aquí para preguntar sobre el pobrecito Benedict Mkusa, la hermana Jean y la hermana María Magdalena. Lamentablemente no creo que podamos ayudarlos.

-¿Por qué, hermana?

-Benedict falleció y su cuerpo fue cremado por orden del gobierno -explicó la hermana Mary Charles.. Jean enfermó, sí, pero la llevaron a París en un vuelo de evacuación médica, al instituto Pasteur. El avión cayó al mar y murieron todos.

-¿Todos? -preguntó Clark.

-La hermana María Magdalena la acompañaba, y el Dr. Moudi también, por supuesto.

-¿Quién era el doctor Moudi?

-Formaba parte de la misión de la OMS en esta región. Algunos colegas suyos todavía están en el edificio vecino. -Lo señaló.

-¿Dijo Moudi, señora? -preguntó Chávez, tomando nota.

-Sí. -Deletreó el nombre.. Mohammed Moudi. Era un buen médico -agregó.. Fue muy doloroso perderlos a todos.

-Mohammed Moudi, dijo. ¿Tiene idea de cuál era el origen del doctor Moudi? -insistió Chávez.

-Irán... bueno, no sé, el país acaba de cambiar de nombre, ¿verdad? Había estudiado en Europa, era un excelente médico, joven y muy respetuoso.

-Ya veo -Clark se acomodó en su silla.. ¿Podríamos hablar con sus colegas?

-Creo que el presidente ha ido demasiado lejos -dijo el médico por televisión. Lo estaban entrevistando en una filial local dado que esa mañana era imposible viajar de Connecticut a Nueva York.

-¿Por qué, Bob? -preguntó el reportero. Había ido desde su casa en Nueva Jersey hasta el estudio neoyorquino de Central Park West antes de que cerraran los puentes y túneles, y se había visto obligado a dormir en su oficina. Comprensiblemente, no estaba demasiado contento.

-Ébola es terrible. Eso es indudable -dijo el corresponsal médico de la red. Era un médico que no practicaba la medicina pero sabía hablar muy bien. Se dedicaba a anunciar novedades médicas todas las mañanas, concentrándose especialmente en los beneficios del jogging y la dieta equilibrada.. Pero jamás lo tuvimos aquí, precisamente porque el virus no puede so-

brevivir en nuestro medio ambiente. No obstante, y a pesar de que esa gente lo contrajo -por el momento no especularé sobre el tema-, el virus *no puede* propagarse. Creo que las medidas presidenciales fueron demasiado precipitadas.

-E inconstitucionales -agregó el especialista legal.. De eso no hay duda. El presidente entró en pánico y eso no es bueno para el país en términos médicos o legales.

-Un millón de gracias, amigos -dijo Ryan, enmudeciendo el aparato.

-Tenemos que trabajar en esto -dijo Arnie.

-¿Cómo?

-La mala información se combate con buena información.

-Bravo, Arnie, salvo que para probar que hice lo correcto tendrá que morir gente.

-Debemos evitar el pánico, señor presidente.

Era notable que todavía no hubiera estallado. El tiempo había ayudado. La noticia se había difundido por la noche y la mayoría de la gente había regresado a sus casas, donde tenían suficientes provisiones para unos días. Gracias a eso no se habían producido vaciamientos de supermercados. Pero todo cambiaría hoy. En pocas horas la gente empezaría a protestar. Los noticieros cubrirían las protestas y se formaría cierta opinión pública. Arnie tenía razón. Debía hacer algo al respecto. ¿Pero qué?

-¿Cómo, Arnie?

-Estaba esperando esa pregunta, Jack.

El próximo destino fue el aeropuerto, donde les confirmaron que sí, un avión comercial Gulfstream G-IV, de propiedad privada y registrado en Suiza, había despegado de allí con destino a París, previa parada en Libia para recargar combustible. El jefe de control les había conseguido una fotocopia de los registros del aeropuerto y del avión. Era un documento notablemente abarcativo, dado que también servía para control de aduanas. Incluso figuraban en él los nombres de la tripulación.

-¿Entonces? -preguntó Chávez.

Clark miró a los funcionarios del aeropuerto.

-Gracias por su valiosa colaboración -dijo. Acto seguido, Ding y él fueron hacia el automóvil que los trasladaría a su avión.

-¿Entonces? -repitió Ding.

-Tranquilo, socio. -El viaje de cinco minutos transcurrió en silencio. Clark miraba por la ventanilla. Tronaba, y él odiaba volar en esas cosas.

-De ninguna manera. Esperaremos unos minutos. -El copiloto era un teniente coronel.. Tenemos reglas.

Clark señaló las águilas de sus charreteras y lo miró cara a cara.

-Yo coronel. Yo ordeno volar, muchachito del aire. ¡Ahora mis-mo, carajo!

-Mire, señor Clark, sé quién es usted y...

-Señor -intervino Chávez-, sólo soy un mayor falso, pero esta misión es más importante que sus reglas. Trate de evitar las zonas más turbulentas, ¿correcto? Tenemos bolsitas para vomitar si necesitamos hacerlo. -El piloto los miró con furia, pero volvió a la oficina de comando. Chávez se dio vuelta.. Tranquilo, John.

Clark le pasó el informe.

-Mira los nombres de los tripulantes. No son suizos, pero el avión estaba registrado en Suiza.

Chávez leyó la fotocopia. El código de registro de la nave era HXNJA. Y los nombres de la tripulación no eran germanos, galos ni italianos.

-¿Sargento? -llamó Clark cuando los motores se encendieron.

-¡Sí, señor!

-Mande esto por fax a Langley, por favor. Tiene el número. Lo más pronto posible, señora -agregó, porque era una dama, y no solamente una sargento. La NCO no prestó atención al gesto. Tampoco tenía importancia.

-Ajústense los cinturones -ordenó el piloto por intercom. El VC-20B empezó a moverse en dirección a la pista.

Hubo tres intentos fallidos antes de lograrlo debido a la interferencia eléctrica de la tormenta, pero finalmente la transmisión de fax fue recogida por el satélite, copiada a Fort Belvoir, Virginia, y reapareció en Mercury, el nexo de comunicaciones de la CIA. El oficial de vigilancia ordenó al suboficial que la llevara al séptimo piso. Luego habló por teléfono con Clark.

-Hay un poco de interferencia -dijo el oficial. Una tormenta eléctrica seguía siendo una tormenta eléctrica, a pesar de todos los adelantos de las comunicaciones satelitales.

-Hay muchos pozos de aire. Revisen el número de registro y los nombres de ese documento. Averigüen todo lo que puedan.

-Repita.

Clark lo hizo. Esa vez el mensaje llegó a destino.

-Está bien. Alguien debe tener un archivo de esto. ¿Algo más?

-Volveré a llamarlos. Fuera -dijo Clark.

-¿Entonces? -preguntó Ding, ajustando al máximo su cinturón de seguridad. El G acababa de caer a un pozo de aire de diez pies.

-Los nombres están en farsi, Ding... oh, carajo. -Otro pozo gigante. Miró por la ventana. Era como un desierto, una formación cilíndrica de nubes con relámpagos por todas partes. No estaba acostumbrado a ver esa clase de cosas.. Ese bastardo lo hace a propósito.

Pero no era así. El teniente coronel al mando de la nave estaba aterrado. Las regulaciones de la Fuerza Aérea prohibían estrictamente lo que estaba haciendo, por no mencionar el sentido común. El radar climático de la nariz del avión marcaba rojo veinte grados a la izquierda y a la derecha de la ruta proyectada a Nairobi. La izquierda parecía mejor. Giró treinta grados, manejando el jet ejecutivo como si fuera un avión de combate, en busca de un lugar calmo mientras continuaba el ascenso. Lo que encontró no fue precisamente calmo, pero sí un poco mejor. Diez minutos después el VC-20B asomó victorioso a la luz del sol.

Una de las pilotos de refuerzo se dio vuelta en su asiento de la primera fila y encaró a Clark:

-¿Satisfecho, coronel? -le espetó.

Clark desabrochó su cinturón de seguridad a pesar del signo luminoso que indicaba lo contrario y fue al lavatorio, a echarse un poco de agua en la cara. Después se arrodilló en el suelo junto a ella y le mostró la fotocopia que acababa de transmitir.. ¿Puede decirme algo sobre esto? -Con un solo vistazo la capitana supo de qué se trataba.

-Ah, sí -dijo.. Ya nos enteramos.

-¿De qué?

-Éste es el mismo avión. Cuando uno se rompe, el fabricante informa a todo el mundo... Es decir, nosotros hubiéramos preguntado en cualquier caso, pero el proceso de información es casi automático. Salió de aquí, voló al norte hacia Libia y aterrizó para cargar combustible, ¿correcto? Despegó enseguida... creo que era un vuelo de emergencia médica, ¿no?

-Correcto. Prosiga.

-El piloto reportó una emergencia, dijo que uno de los motores había perdido poder, luego el otro, y después cayó al mar. Tres radares lo detectaron. Uno en Libia, otro en Malta y otro en un destructor de la Armada, creo.

-¿No encuentra nada raro en eso, capitana?

Ella se encogió de hombros.

-Éste es un buen avión. No creo que los militares hayan roto uno jamás. Usted mismo se dará cuenta de lo bueno que es. Esos pozos de aire que acabamos de pasar... y los motores son muy eficaces... Jerry, ¿alguna vez perdimos un motor en vuelo en un -20?

Librodot

-Dos veces, creo. El primero por un defecto en la bomba de combustible... Rolls Royce se ocupó de reparar toda la serie. El otro fue en noviembre, hace unos años. Se tragaron un ganso.

-Fue inevitable -explicó la capitana.. Un ganso pesa entre quince y veinte libras. Tratamos de no acercarnos a ellos.

-Pero este tipo perdió los dos motores, ¿no?

-Todavía no entienden cómo. Tal vez por problemas de combustible. Si el combustible es malo puede suceder, pero los motores son unidades aisladas, señor. Todo está separado, las bombas, los electrónicos, todo.

-Excepto el combustible -dijo Jerry.. Sale de un solo camión.

-¿Qué más? ¿Qué pasa cuando pierden un motor?

-Si uno no tiene cuidado puede perder el control de la nave. Todos los aparatos se apagan por culpa del motor muerto. Eso cambia la corriente de aire sobre las superficies de control. Una vez perdimos así un Lear VC-21. Bueno, si uno pierde el motor durante una maniobra de transición la cosa puede volverse un tanto excitante. Pero estamos entrenados para esas eventualidades, igual que los tripulantes de ese vuelo, según decía el informe. Ambos eran pilotos experimentados e iban a la caja -los simuladores de vuelo. regularmente. Estamos obligados a hacerlo, de lo contrario nos quitan la licencia. De todos modos, el radar no indicó maniobras de parte de ellos. De modo que no les pasó eso. Lo más probable es que haya sido culpa del combustible malo, pero los libios dicen que el combustible estaba en perfectas condiciones.

-A menos que la tripulación haya enloquecido por completo -agregó Jerry.. Pero eso también es difícil de creer. Quiero decir, hacen estas cosas para que uno pueda superarse, ¿entiende? Yo tengo dos mil horas de vuelo.

-Yo dos mil quinientas -acotó la capitana.. Esto es más seguro que andar en auto por el D-C-, señor. Nosotros amamos los aviones.

Clark asintió y se inclinó hacia adelante.

-¿Disfrutando del viaje? -le dijo el piloto por encima del hom-bro. Su voz no era precisamente amistosa, y por supuesto no tenía que preocuparse por futuros cargos de insubordinación. Menos con un -oficial. que había tomado prestados sus propios galones.

-No me gusta pasarle por encima a nadie, coronel. Esta mierda es muy importante. Es lo único que puedo decirle.

-Mi esposa es enfermera en el hospital de la base. -No necesitaba agregar nada. Estaba preocupado por ella.

-La mía también, en Williamsburg. -El piloto se dio vuelta al escuchar eso e hizo un gesto afirmativo para tranqulizarlo.

-No sufrimos daños. Llegaremos a Nairobi dentro de tres horas, coronel -anunció.

-Bueno, ¿cómo hago para volver? -preguntó Raman por teléfono.

-Por ahora no volverás -le dijo Andrea.. Quédate allí. Tal vez puedas ayudar al FBI con sus investigaciones.

-¡Bueno, ésta sí que es grande!

-Tranquilízate, Jeff. No tengo tiempo para esto -le contestó bruscamente a su subordinado.

-Seguro. -Colgó.

Qué raro, pensó Andrea. Jeff siempre había sabido mantener la calma. ¿Pero quién podía mantener la calma en circunstancias como ésa?

52

Algo de valor

-¿Estuvimos aquí antes, John? -preguntó Chávez mientras el avión descendía para en-

contrarse con su propia sombra en la pista.

-Pasamos una vez. Sólo vimos la terminal -Clark desabrochó su cinturón de seguridad y se desperezó. El sol estaba bajando, pero sus débiles rayos *no* marcaban el fin de un largo día para los dos oficiales de inteligencia.. Lo poco que sé sobre este lugar lo leí en los libros de un tipo llamado Ruark. Libros de caza, para más datos.

-Pero usted no caza... por lo menos animales, que yo sepa -agregó Ding.

-Antes cazaba. Y todavía me gusta leer sobre el tema. Es agradable cazar seres que no devuelven el disparo -respondió sonriendo a medias.

-Pero no tan excitante. Más seguro, puede ser -concedió el joven agente. ¿Hasta qué punto sería peligroso un león?, se preguntaba.

Llegaron a la terminal militar. Kenia tenía una pequeña Fuerza Aérea cuyas actividades eran todo un misterio para los -oficiales. visitantes de la CIA/Fuerza Aérea, y probablemente lo seguirían siendo. Una vez más, el avión fue recibido por un funcionario de la embajada. Esta vez se trataba del agregado de Defensa, un coronel negro del ejército condecorado con un CIB por su heroica participación en la guerra del Golfo Pérsico.

-Coronel Clark, mayor Chávez. -Se detuvo en seco.. ¿Puede ser que lo conozca, Chávez?

-¡Ninja! -lo reconoció Ding.. En aquel tiempo estabas en la brigada, en el Primero de la Séptima.

-¡Acero Frío! Eras uno de los que perdimos. Veo que te encontraron. Tranquilícense, caballeros, yo sé de dónde vienen, pero nuestros anfitriones no -aseguró el oficial.

-¿A qué se debe el CIB, coronel? -preguntó Ding camino al automóvil.

-Derroté a un batallón en Irak. Matamos a unos cuantos y apresamos al resto. -El tono de su voz cambió de repente.. ¿Cómo andan las cosas en casa?

-Mal -replicó Ding.

-No olvidemos que la guerra biológica es esencialmente un arma psicológica, como cuando nos amenazaron con gas en el .91.

-Tal vez -respondió Clark.. Pero es indudable que me llama la atención, coronel.

-A mí también -admitió el agregado de Defensa.. Tengo familia en Atlanta. La CNN dice que hay muchos casos allí.

-Lectura rápida -John le pasó el último informe recibido en el avión.. Debe ser mucho mejor que lo que sale por televisión. -Aunque *mejor* no era la palabra más acertada en ese caso, pensó.

Aparentemente, el coronel también era chofer. Se acomodó en el asiento delantero del coche de la embajada y hojeó el informe.

-¿Esta vez no habrá bienvenida oficial? -preguntó Chávez.

-No aquí. Habrá un policía donde vamos ahora. Les pedí a mis amigos del Ministerio que mantuvieran bajo perfil. Tengo buenos contactos en la ciudad.

-Perfecto -dijo Clark. El auto empezó a moverse. Apenas tardaron diez minutos en llegar.

El traficante de animales tenía su negocio en las afueras de la ciudad, convenientemente emplazado entre el aeropuerto y la autopista que llevaba a la selva, aunque no demasiado cerca de ninguno de los dos. Los oficiales de la CIA pronto descubrieron por qué.

-Dios santo -comentó Chávez, saliendo del auto.

-Sí, son ruidosos, ¿no? Hoy temprano estuve por aquí. Tiene listo un cargamento de verdes para Atlanta. -Abrió un maletín y sacó algo.. Aquí tienen, necesitarán esto -dijo, pasándoles un sobre.

-Perfecto -Clark lo deslizó dentro de su carpeta.

-¡Hola! -dijo el traficante, saliendo de su oficina. Era un hombre corpulento y, a juzgar por su barriga, afecto a la cerveza. Lo acompañaba un oficial de policía uniformado, evidentemente de alto rango. El agregado se acercó a hablar con él, apártandolo a un lado. El policía no puso objeciones. Clark comprobó que el coronel de infantería sabía jugar el juego.

Librodot

-Buenas -dijo John, estrechándole la mano.. Soy el coronel Clark. Éste es el mayor Chávez.

-¿Son de la Fuerza Aérea norteamericana?

-Así es, señor -replicó Ding.

-Me encantan los aviones. ¿Ustedes cuáles vuelan?

-Un poco de todo -respondió Clark. Ya casi lo tenían con ellos.. Queremos hacerle algunas preguntas, si no se opone.

-¿Sobre los monos? ¿Por qué les interesan los monos? El alguacil no supo explicármelo.

-¿Es tan importante? -preguntó John, entregándole el sobre. El traficante se lo metió en el bolsillo sin abrirlo. No tenía necesidad de contarlo, le bastó con sentir el espesor.

-Sinceramente no, pero me encanta mirar aviones. ¿Entonces en qué puedo servirlos? -preguntó con voz clara y amistosa.

-Usted vende monos -dijo John.

-Sí, vendo. A zoológicos, coleccionistas privados y laboratorios médicos. Vengan, les mostraré. -Los guió a un edificio trilateral hecho de hierro corrugado. Había dos camiones en la entrada y cinco empleados encargados de subir las jaulas. Llevaban puestos gruesos guantes de cuero.

-Estamos completando un envío para el CDC de Atlanta -explicó el traficante.. Cien verdes en total. Son animales lindos, pero muy desagradables. Los granjeros locales los odian.

-¿Por qué? -preguntó Ding, mirando las jaulas. Eran de alambre de acero y tenían una manija en la parte superior. Desde cierta distancia parecían iguales en tamaño a las que se usaban para transportar pollos al mercado... pero vistas de cerca eran un poco más grandes, aunque...

-Devoran las cosechas. Son plaga, igual que las ratas, aunque más inteligentes. Pero los norteamericanos creen que son dioses o algo por el estilo, digo yo, ¿si no por qué se quejarían tanto cuando los usan en experimentos médicos? -El traficante lanzó una sonora carcajada.. Como si fuéramos a quedarnos sin monos. Hay millones. Arrasamos un lugar, nos llevamos treinta vivos, y al mes siguiente podemos volver y llevarnos otros treinta. Los granjeros nos suplican que vayamos a atraparlos.

-Usted tenía un cargamento listo para Atlanta a principio de año, pero se lo vendió a otros, ¿verdad? -preguntó Clark. Miró a su socio, que no se había acercado al edificio. En cambio, se había apartado de Clark y el traficante y caminado en línea recta. Aparentemente estaba observando las jaulas vacías. Tal vez le molestara el olor. Era muy denso.

-Los de Atlanta no me pagaron a tiempo y se presentó otro cliente con el dinero en la palma de la mano -aclaró el traficante.. Esto es un negocio, coronel Clark.

John sonrió burlonamente.

-Caramba, no formo parte de la Oficina de Mejoramiento Comercial. Sólo quiero saber a quién se los vendió.

-A un comprador -dijo el hombre.. ¿Qué más necesito saber?

-¿De dónde era? -insistió Clark.

-No sé. Me pagó en dólares, pero supongo que no era norteamericano. Era un tipo tranquilo -recordó-, no demasiado amigable. Sí, sé que me atrasé con el cargamento de Atlanta, pero ellos tampoco me pagaron a tiempo -aclaró.. Afortunadamente no es el caso de ustedes.

-¿Se los llevaron en avión?

-Sí, en un viejo 707. Lleno hasta el tope. No sólo iban mis monos. Habían conseguido muchos más. Verá, el verde es muy común. Vive en toda África. Los adoradores de animales no deben temer que el verde se extinga. Pero debo admitir que el gorila es otra cosa. -Además, los gorilas vivían principalmente en Uganda y Ruanda, y la gente pagaba fortunas por ellos.

-¿Tiene registros? ¿El nombre del comprador, la cantidad de monos vendidos, el número del avión?

-Registros de aduana, quiere decir. -Sacudió la cabeza.. Lamentablemente no. Tal vez se perdieron.

-Tiene un arreglo con los empleados del aeropuerto -dijo John, con una sonrisa falsa.

-Tengo muchos amigos en el gobierno, sí. -Otra sonrisa, más bien ladina, para confirmar la clase de arreglos y de amigos que tenía.

Bueno, tampoco podía decirse que en Estados Unidos no hubiera co

rrupción a nivel oficial, ¿no?, pensó Clark.

-¿Entonces no sabe dónde los llevaron?

-No, en eso no puedo ayudarlos. Si pudiera, lo haría encantado -replicó el traficante, palmeando su abultado bolsillo.. Lamento decirles que mis registros de transacciones suelen ser incompletos.

Clark se preguntó si le convendría seguir presionándolo. Decidió que no. Nunca había trabajado en Kenia, pero sí en Angola, en la década del .70, y sabía que África era un continente muy informal donde el dinero era el lubricante. Miró al agregado de Defensa, que hablaba con el alguacil... El título de alguacil era un remanente del imperio británico, igual que los pantalones cortos y las medias hasta las rodillas. Lo había leído en un libro de Ruark. Bueno, probablemente el alguacil estaba confirmando que no, el traficante no era un delincuente sino un individuo creativo en sus relaciones con las autoridades locales quienes, por una modesta suma, miraban hacia otro lado cuando la situación así lo requería. Y los monos verdes no eran de vital importancia para la nación... si el traficante decía la verdad en cuanto a las cantidades. Tal vez fuera sincero. Los granjeros seguramente querrían deshacerse de los malditos monos, aunque más no fuera para detener ese ruido infernal. Sonaba como un motín en el bar más grande del pueblo un viernes por la noche. Eran unos condenados bastardos que pretendían morder las manos que trasladaban las jaulas. Qué demonios, estaban pasando un mal día. Y al llegar al CDC de Atlanta no lo pasarían mejor, ¿verdad? ¿Serían tan inteligentes como para darse cuenta? Claro que sí. Clark estaba seguro. Ninguna tienda de mascotas compraba tantos a la vez. Pero no tenía tiempo para lamentar el destino de unos monos.

-Gracias por su colaboración. Es probable que alguien vuelva a hablar con usted.

-Lamento no poder decirles más. -Era sincero. Cinco mil dólares en efectivo merecían mucho más. De todos modos, no pensaba devolver ni un solo billete.

Los dos hombres caminaron hacia el auto. Chávez se unió a ellos, pensativo, sin abrir la boca. Cuando llegaron, el alguacil y el agregado se dieron la mano. Era hora de partir. Cuando el auto arrancó, Clark se dio vuelta y vio cómo el traficante sacaba el abultado sobre del bolsillo y le daba unos billetes al alguacil. Tenía sentido.

-¿Sacó algo en limpio? -preguntó el coronel verdadero.

-No lleva registros -replicó John.

-Es la manera de hacer negocios aquí. Hay que pagar una tasa de importación por los animales, pero los policías y los empleados de aduana suelen tener...

-Arreglos -lo interrumpió John, frunciendo el ceño.

-Ésa es la palabra. Caramba, mi padre era de Mississippi. Solían decirla cuando el comisario liberaba a un tipo que merecía quedar encerrado de por vida, ¿sabe?

-Las jaulas -dijo abruptamente Ding.

-¿Cómo? -preguntó Clark.

-¡Las jaulas, John! Las hemos visto antes, igualitas... en Teherán, en el hangar de la Fuerza Aérea. -Había mantenido la distancia para recordar lo que había visto en Mehrabad. El tamaño y las proporciones eran los mismos.. Casitas para pollos o jaulas o como quiera llamarlas... estaban en el hangar con los aviones de combate, ¿recuerda?

-¡Diablos!

-Otro indicador más, Mr. C. Las coincidencias se van sumando, -manito.. ¿Dónde vamos ahora?

-A Kartum.

-Vi la película.

La cobertura de noticias continuaba ininterrumpidamente. Los noticieros dedicaban mu-

Librodot

chísimo tiempo a mostrar imágenes de guar-dias nacionales apostados en las principales autopistas interestatales, bloqueando los caminos con Hummers y camiones medianos. Nadie trataba de atravesar el bloqueo. Los camiones de alimentos y productos médicos tenían permitido el paso, previa inspección de sus contenidos, pero al día siguiente se verificaría el estado de salud de los conductores y, si no estaban infectados, se les otorgarían pases para que pudieran realizar más eficientemente su trabajo.

Pero la situación era diferente para otros vehículos en otros cami-nos. Aunque la mayoría del tránsito interestatal tenía lugar en las grandes autopistas, no había estado de la Unión que no tuviera una extensa red de caminos laterales interconectados con caminos similares de los estados vecinos. Sin ninguna duda todos esos caminos debían ser bloqueados, pero llevaba tiempo conseguirlo, y la televisión transmitía entrevistas de gente que había atravesado los límites y lo consideraba una especie de broma, seguidas por sesudos comentarios según los cuales eso probaba que la orden presidencial era imposible de implementar por completo, además de ser errada, estúpida y anticonstitucional.

-Simplemente no es posible -había dicho un especialista en transportes en el noticiero de la mañana.

Pero nadie tuvo en cuenta que los guardias nacionales vivían en el país al que protegían y sabían leer mapas. Tampoco pensaron que la presunción implícita de su estupidez los ofendería. En respuesta a eso, al mediodía del miércoles había un vehículo de la Guardia en cada camino de cada estado, tripulado por hombres armados con rifles y vestidos con trajes antiquímicos que les daban aspecto de marcianos.

Como era de esperar, en los caminos laterales hubo complicaciones. Algunas se resolvieron con palabras: -Mi familia está del otro lado, ¿sabe? Lo lamento, no puede pasar.. En otros casos hubo que apelar al sentido común, después de pedir documentos y hacer una radiollamada. En otros hubo que imponer literalmente la ley. En todos los casos se cruzaron palabras, a veces acaloradas, a veces violentas. En dos casos se produjeron disparos, y en uno murió un hombre. Esa muerte fue noticia nacional menos de dos horas después de ocurrida y sirvió para que los comentaristas criticaran por enésima vez la improcedencia del decreto presidencial. Uno de ellos culpó directamente a la Casa Blanca.

No obstante, la mayoría de la gente -incluso los más decididos a cruzar fronteras para llegar a destino. decidía que no valía la pena arriesgarse al ver a los guardias armados y dispuestos a reprimir.

El mismo principio se aplicaba a las fronteras nacionales. El ejército y la policía canadienses habían cerrado todos los pasos de frontera. Los ciudadanos norteamericanos residentes o de paso en Canadá debieron presentarse en los hospitales para hacerse análisis, donde fueron detenidos de manera civilizada. En Europa sucedía algo similar, aunque el tratamiento difería según los países. El ejército mexicano cerró la frontera con Estados Unidos por primera vez en la historia, en cooperación con las autoridades norteamericanas.

Los supermercados permitían ingresar a la gente en pequeños grupos para adquirir artículos de primera necesidad. Las farmacias agotaron el stock de mascarillas quirúrgicas. Muchos llamaban a las pinturerías y ferreterías para comprar máscaras protectoras destinadas a otros usos. La cobertura televisiva colaboraba diciéndole a la gente que esa clase de máscaras, previamente rociadas con desinfectantes de uso doméstico, ofrecían mayor protección contra el virus que el equipo antiquímicos del ejército. Pero algunos echaron desinfectante de más, lo que resultó en reacciones alérgicas, dificultades respiratorias y algunas muertes.

Los médicos de todo el país trabajaban frenéticamente. Pronto se supo que los primeros síntomas de Ébola eran similares a los de la gripe, y la mayoría de la gente creía padecerlos. Diferenciar a los enfermos de los hipocondríacos era lo más fácil.

A pesar de todo, la gente supo enfrentar las dificultades. Miraban la televisión y se miraban unos a otros, preguntándose dónde estaba lo que tanto debían temer.

Ése era el trabajo del CDC y el USAMRIID, con la colaboración del FBI. Ya había qui-

nientos casos confirmados, todos vinculados directa o indirectamente con dieciocho exhibiciones comerciales. Eso les permitió tener referencias horarias e identificar otras cuatro exhibiciones sin casos reportados. Las veintidós exhibiciones fueron visitadas por agentes que rápidamente se enteraron de que la basura había sido desechada hacía varios días. Se pensó en rastrear los residuos, pero el USAMRIID disuadió al FBI aduciendo que para identificar el sistema de distribución habría que comparar los contenidos de miles de toneladas de material residual, tarea imposible de realizar desde todo punto de vista, y además peligrosa. El hallazgo más importante fue el marco de tiempo, información que se hizo pública inmediatamente. Los norteamericanos que habían salido del país antes de las fechas de inicio de las exhibiciones comerciales reconocidas como focos infecciosos no corrían peligro ni implicaban un peligro para los demás, dato que se dio a conocer a los servicios nacionales de salud del mundo entero. A partir de allí, la información se conoció globalmente en un lapso de pocas horas. No tenía sentido guardar el secreto.

-Bueno, eso quiere decir que estamos todos a salvo -informó el general Diggs a sus subordinados. Fort Irwin era una de las bases militares más aisladas de Estados Unidos. Había un solo camino de entrada y salida, en ese momento bloqueado por un Bradley.

Pero no podía decirse lo mismo de otras bases militares; el problema era global. Un general del Pentágono había volado a Alemania para una conferencia con el V Cuerpo y dos días después había fallecido, infectando en el proceso a un médico y dos enfermeras. Las noticias habían sacudido a los aliados de la OTAN, que instantáneamente pusieron en cuarentena bases militares norteamericanas que databan de los años .40. La noticia apareció en todos los canales de la televisión mundial. Lo peor para el Pentágono era que casi todas las bases tenían un caso, real o sospechado. El efecto que eso causaba sobre la moral de las unidades era terrible, información también imposible de ocultar. Las líneas telefónicas transatlánticas ardían de preocupación en am-bas direcciones.

Las cosas no andaban mejor en Washington. La fuerza de tareas conjunta incluía miembros de todos los servicios de inteligencia, además del FBI y los organismos federales para el cumplimiento de la ley. El presidente les había dado mucho poder y estaban tratando de ejercerlo. El tema del Gulfstream perdido hizo que las cosas tomaran un curso nuevo e inesperado, pero así eran por naturaleza las investigaciones.

En Savannah, Georgia, un agente del FBI golpeó a la puerta del presidente de la Gulfstream y le entregó una mascarilla quirúrgica. La fábrica estaba cerrada, como la mayoría de las fábricas norteamericanas, pero habría que pasar por alto el decreto. El presidente llamó a su jefe de seguridad y le ordenó entrar, junto con el piloto de pruebas más importante de la firma. Seis agentes del FBI se sentaron a conversar con ellos. A partir de esa conversación descubrieron que la caja negra del avión perdido no había sido recuperada. Inmediatamente llamaron al CO del USS *Radford*, quien confirmó que su barco, ahora en el muelle seco, había rastreado el avión perdido y buscado los sonares de la caja negra sin éxito. El oficial naval no podía explicárselo. El piloto de pruebas de la Gulfstream explicó que el avión había sufrido un duro golpe, y que la caja negra podía haberse roto a pesar de su robusto diseño. Pero todo había pasado *demasiado* rápido, recordó el navegante del *Redford*, y tampoco se habían hallado restos de ninguna clase. Todo era muy llamativo. A raíz de eso, los agentes pidieron los registros de la FAA y la NTSB.

En Washington -el grupo trabajaba en el edificio del FBI. se cruzaron miradas de diverso tenor por encima de las respectivas mascarillas quirúrgicas. La parte FAA del equipo había registrado la identidad y calificaciones de los tripulantes del avión. Resultó que ambos eran ex pilotos de la Fuerza Aérea iraní, entrenados en Estados Unidos en la década del .70. Revisaron fotografías y huellas digitales. Otro par de pilotos que volaban la misma clase de avión para la misma empresa suiza tenían un entrenamiento similar, y el agregado legal del FBI en

Librodot

Berna llamó a sus colegas suizos para que le prepararan una entrevista con ellos.

-Bueno -resumió Dan Murray.. Tenemos una monja belga enferma y su amiga con un médico iraní. Parten en un avión registrado en Suiza que desaparece sin dejar huellas. El avión pertenece a una pequeña empresa comercial, y sabemos que la tripulación era iraní.

-Todo parece converger en cierta dirección, Dan -dijo Ed Foley. En ese momento llegó un fax para el director de la CIA.. Mira esto. -Lo deslizó sobre la mesa. No era largo.

-Se creen muy astutos -dijo Murray, pasando el informe al resto de los presentes.

-No los subestimes -advirtió Ed Foley.. Todavía no sabemos nada. El presidente no puede actuar hasta que nosotros no tengamos certezas. -Y tal vez ni siquiera así, pensó. También estaba lo que Chávez había dicho antes de partir. Maldita sea, el chico era inteligente y estaba progresando. No sabía si decirlo o no. Decidió que no; tenían asuntos más urgentes que resolver. Lo discutiría en privado con Murray.

Chávez no se sentía inteligente mientras dormitaba en su asiento de cuero. El viaje a Kartum duraría tres horas. Había volado bastante como oficial de la CIA, pero los viajes siempre lo habían aburrido, incluso en un jet ejecutivo con asientos mullidos y todos los chiches. La falta de presión disminuía la cantidad de oxígeno y aumentaba la sensación de cansancio. El aire era seco y uno se deshidrataba. El ruido de los motores hacía que uno se sintiera en medio del campo, rodeado de murciélagos y mosquitos dispuestos a chuparle la sangre al menor descuido.

Pero el que lo había hecho no era tan astuto. De ninguna manera. De acuerdo, había desaparecido un avión con cinco personas a bordo, pero eso no era necesariamente un punto final, ¿no? HX-NJA, recorda-ba muy bien el documento de aduana. Hmm. Probablemente hacían registros porque despachaban gente, no monos. HX por Suiza. ¿Por qué HX? se preguntó. ¿-H. por Helvecia, tal vez? ¿No era el nombre antiguo de Suiza? ¿En algunos idiomas no la seguían llamando así? Creía recordar que sí. En alemán tal vez. NJA para identificar específicamente ese avión. Usaban letras en vez de números porque permitían más variantes. Por ejemplo, el avión en el que volaban tenía un código semejante, con el prefijo -N. porque los aviones norteamericanos se identificaban con esa letra. NJA, pensó con los ojos cerrados. NJA. Ninja. Sonrió. El apodo de su viejo camarada del Batallón 1ro. del Regimiento 17 de Infantería. -¡Nos debemos una noche!. Sí, aquellos fueron días gloriosos, saltando por las colinas de Fort Ord y Hunter-Liggett. Pero la 7ma. División de Infantería (Ligera) había sido desmantelada y sus equipos pasados a retiro, o tal vez destinados a otro uso... Ninja. Ese nombre parecía importante. ¿Por qué?

Abrió los ojos. Se levantó, se desperezó y fue hacia adelante. Despertó al piloto con el que Clark había discutido.

-¿Coronel?

-¿Qué pasa? -preguntó el coronel, abriendo un solo ojo.

-¿Cuánto cuesta uno de éstos?

-Mucho más de lo que podemos pagar cualquiera de nosotros. -Volvió a cerrar el ojo.

-En serio.

-Más de veinte millones de dólares, según el modelo. Es el mejor jet comercial que existe.

-Gracias -Chávez volvió a su asiento. No tenía sentido tratar de dormir. El avión acababa de iniciar el descenso. El jefe de estación de la CIA local iría a recibirlos... perdón, se corrigió en silencio. El agregado comercial. ¿O era el oficial político? Lo que fuera. Sabía que esa ciudad no sería tan amistosa como las otras dos.

El helicóptero aterrizó en Fort McHenry, cerca de la estatua de Orfeo que alguien había considerado adecuada para honrar el nombre de Francis Scott Key, pensó Ryan. Era un dato irrelevante, casi tan irrelevante como la idea de Arnie sobre la maldita foto. Debía demostrar

Librodot

que estaba preocupado. Se preguntó por qué. ¿Acaso la gente creía que el presidente daba fiestas en ocasiones como ésa? ¿Poe no había escrito un cuento sobre el tema? ¿-La máscara de la muerte roja.? Algo por el estilo. Pero la plaga se les había metido en la fiesta, ¿no? El presidente se restregó los ojos. *Dormir. Tengo que dormir*. *Basta de pensar estupideces*. Eran como fogonazos. Uno tenía la mente cansada y los pensamientos ociosos iban y venían sin razón aparente, y había que luchar contra ellos para pensar en las cosas verdaderamente importantes.

Los Chevy Suburbans estaban allí como siempre, pero la limusina presidencial no. Ryan se trasladaría en un vehículo blindado. También había varios policías de mirada sombría. Bueno, si todos los demás estaban abatidos, ¿por qué no los policías?

Él también usaba mascarilla, y había tres cámaras de televisión para registrar el hecho. Tal vez saliera en vivo. No lo sabía, y casi ni las miró al pasar en dirección a los autos. Los Suburbans arrancaron inmediatamente, subieron por Fort Avenue y doblaron al norte hacia la Autopista Key. Tardaron apenas diez minutos en llegar a Johns Hopkins, donde el presidente y la primera dama darían muestras de preocupación ante las cámaras. Ésa era una de las funciones del liderazgo, le había dicho Arnie, eligiendo una frase que sabía que Ryan respetaría, le gustara o no. Arnie tenía razón. Él era el presidente y no podía aislarse de la gente... Pudiera o no ayudarlos, sus compatriotas necesitaban verlo preocupado... cosa que tenía y no tenía sentido a la vez.

Los automóviles ingresaron por la entrada de Wolfe Street. Había soldados: guardias del Regimiento de Infantería 175 de Maryland. El comandante local había decidido que todos los hospitales fueran vigilados y Ryan supuso que era una medida sensata. La Custodia se sentía molesta por la presencia de tantos hombres con rifles cargados, pero eran soldados y los soldados portan armas... Después de todo, lo raro hubiera sido que estuvieran desarmados. Todos saludaron, protegidos por sus equipos MOPP y con los rifles colgados del hombro. Nadie había amenazado el hospital, tal vez debido a la presencia militar... o tal vez porque la gente tenía miedo. Un oficial de policía le había dicho a un agente del Servicio que los crímenes callejeros eran prácticamente nulos. Hasta los narcotraficantes habían desaparecido de la vista.

No había mucha gente a la vista, pero la poca que había llevaba mascarilla y hasta la recepción apestaba al desinfectante químico que últimamente se había convertido en perfume nacional. ¿Sería una medida física necesaria o una mera treta psicológica? se preguntó Jack. En todo caso, ¿bajo qué punto de vista definir su propio viaje allí?

-Hola, Dave. -El presidente saludó al decano, que llevaba puesto el típico uniforme verde, mascarilla y guantes. No se dieron la mano.

-Gracias por venir, señor presidente. -Había cámaras en la recepción... lo habían seguido desde afuera. Antes de que los periodistas empezaran a hacer las consabidas preguntas, Jack hizo una seña y el decano lo llevó al punto de reunión. Los agentes del Servicio Secreto se adelantaron, cubriendo el trayecto entre el ascensor y el piso de clínica médica. Las puertas se abrieron y revelaron un ajetreadísimo pasillo. Allí sí que había gente y bullicio.

-¿Cómo está el marcador, Dave?

-Hemos admitido treinta y cuatro pacientes. El total del área es ciento cuarenta... bueno, así era la última vez que chequeé. Por ahora tenemos espacio y contamos con todo el personal. Dimos de alta a más de la mitad de nuestros pacientes regulares, es decir a los que estaban en condiciones de irse a sus casas. Por ahora hemos cancelado todas las cirugías planeadas, pero tenemos la actividad de siempre. Quiero decir que los bebés siguen naciendo, la gente se sigue enfermando de enfermedades normales y debemos seguir los tratamientos de algunos pacientes externos, haya epidemia o no.

-¿Dónde está Cathy? -preguntó Ryan, mientras una cámara cuya grabación sería transmitida a todas las redes nacionales llegaba en el ascensor vecino. El hospital no quería ni necesitaba verse invadido por gente ajena, y aunque el nivel directivo de los medios hacía poco o nada de ruido, los camarógrafos y técnicos no eran tan delicados. Tal vez fuera el olor a an-

Librodot

tiséptico. Tal vez afectara a la gente de la misma manera que a los perros cuando los llevan al veterinario. Evidentemente era el olor del peligro para todos.

-Por aquí. Primero tendrá que vestirse adecuadamente. -En el piso había una sala de médicos y otra de enfermeros. Estaban usando ambas como vestuarios. La más lejana se usaba para quitarse el traje protector y descontaminarse, la más próxima para vestirse. No hubo tiempo ni espacio para preámbulos. Los agentes del Servicio Secreto entraron primero y vieron una mujer en bombacha y corpiño eligiendo un traje protector a medida. La mujer no se ruborizó. Era su cuarto turno en la unidad y ya se había acostumbrado.

-Puede colgar su ropa allí -dijo.. ¡Oh! -agregó, reconociendo al presidente.

-Gracias -dijo Ryan, sacándose los zapatos y tomando la percha que le alcanzó Andrea. Price examinó brevemente a la mujer. Era obvio que no portaba armas.. ¿Cómo andan las cosas? -preguntó Jack.

La mujer -que a la sazón era la enfermera a cargo del piso. no se dio vuelta para responder.

-Muy mal. -Hizo una breve pausa y decidió que era mejor darse vuelta.. Apreciamos el hecho de que su esposa esté aquí con nosotros.

-Intenté disuadirla -admitió Jack, aunque no se sentía culpable por eso.

-Mi esposo también. -Se acercó a ayudarlo.. Aquí tiene, la escafandra se coloca por encima -Ryan experimentó un breve instante de pánico. El acto de ponerse una bolsa de plástico en la cabeza era absolutamente antinatural. La enfermera percibió su malestar.. A mí me pasaba lo mismo -dijo para tranquilizarlo.. Pero uno se acostumbra a todo.

El decano James lo estaba esperando con la suya puesta. Se acercó a revisar el equipo protector del presidente.

-¿Puede oírme?

-Sí -Jack había empezado a transpirar a pesar del acondicionador de aire portátil que llevaba enganchado en el cinturón del traje.

El decano se dirigió al personal del Servicio Secreto.

-De aquí en adelante mando yo -les dijo.. No permitiré que corra ningún peligro, pero no tenemos trajes para ustedes. Estarán a salvo si permanecen en los pasillos. No toquen nada. Ni las paredes ni el piso, nada. Si alguien les pasa al lado con una camilla o una mesa rodante, quítense del medio. Si no pueden quitarse del medio caminen hasta el final del pasillo. Si ven un recipiente de plástico no se les ocurra tocarlo ni acercarse. ¿Entendido?

-Sí, señor -POTUS vio que, por una vez, Andrea Price agachaba la cabeza y se sometía. Él también. El impacto psicológico de la situación era terrorífico. El doctor James tocó el hombro del presidente.

-Sígame. Sé que es aterrador, pero dentro de esa cosa estará a salvo. Nosotros también tuvimos que acostumbrarnos, ¿no, Tisha?

La enfermera se dio vuelta, ya completamente vestida.

-Sí, doctor.

Dentro del traje se podía oír la propia respiración. También el leve zumbido del acondicionador portátil, pero nada más, ningún otro sonido. Ryan tenía una asfixiante sensación de claustrofobia mientras seguía al decano.

-Cathy está aquí. -El decano abrió la puerta. Ryan entró.

Era una criatura, un niño de unos ocho años. Dos siluetas vestidas de azul lo estaban atendiendo. Desde atrás no podía saber cuál de las dos era su esposa. El doctor James levantó la mano para impedir que Ryan avanzara. Una de las dos figuras estaba intentando recolocar el suero intravenoso y no podía haber distracciones. El niño se quejaba y se retorcía en la cama. Ryan no podía ver demasiado, pero sí lo suficiente para que se le revolviera el estómago.

-Mantén el brazo quieto un momento. Esto te hará sentir mejor. -Era la voz de Cathy; evidentemente era ella la encargada del pinchazo. El otro par de manos sostenía el brazo del enfermo en su lugar.. ..-listo. Cinta -agregó, levantando las manos.

-Buen pinchazo, doctora.

-Gracias -Cathy se acercó a la caja electrónica que controlaba la morfina, marcó los números correctos y se aseguró de que la máquina empezara a funcionar. Una vez hecho eso, se dio vuelta.. Oh.

-Hola, querida.

-Jack, tú no perteneces a este lugar -dijo SURGEON con firmeza.

-¿Quién si no?

-Está bien, puedo conectarlos con ese doctor MacGregor -les dijo el jefe de estación a bordo de su Chevy rojo. Su nombre era Frank Clayton y se había graduado en Grambling. Clark lo había conocido en la Granja hacía unos años.

-Entonces vayamos a verlo, Frank -Clark miró su reloj, calculó y decidió que eran las dos de la madrugada. Gruñó. Sí, el cálculo era correcto. La primera parada fue en la embajada, donde se cambiaron de ropa. Los uniformes militares norteamericanos no eran bien vistos en el país. De hecho, el jefe de estación les advirtió que muy pocas cosas norteamericanas lo eran. Chávez advirtió que un auto los venía siguiendo desde el aeropuerto.

-No se preocupen. Lo perderemos en la embajada. Saben, a veces me pregunto si no fue bueno que mis ancestros negros fueran arrancados de África. No se lo digan a nadie, ¿eh? Alabama es como el paraíso en la tierra comparado con este pozo de mierda.

Estacionó en la parte de atrás de la embajada y los acompañó adentro. Un minuto después salió uno de sus hombres, puso en marcha el Chevy y partió... seguido por el auto que los había seguido hasta allí.

-Camisas -dijo Clayton, dándoles un par.. Supongo que pueden dejarse los pantalones.

-¿Ya habló con MacGregor? -preguntó Clark.

-Por teléfono, hace unas horas. Pasaremos a buscarlo por su casa y subirá al auto. Elegí un lugar tranquilo donde estacionar para conversar tranquilamente -les dijo Clayton.

-¿Corre peligro?

-No creo. Los locales son muy descuidados. Si alguien nos siguiera, yo sabría qué hacer.

-Entonces vayamos ya mismo, amigo -dijo John.. Estamos perdiendo tiempo.

La casa de MacGregor estaba en el barrio predilecto de los europeos que, según Clayton, era un lugar muy seguro. Marcó el número del médico en su teléfono celular. Menos de un minuto después se abrió la puerta de la casa y salió alguien que caminó hasta el auto, entró en la parte de atrás y cerró la puerta un segundo antes de que el vehículo arrancara nuevamente.

-No estoy acostumbrado a estas cosas -John lo miró asombrado. El médico era más joven que Chávez.. ¿Quiénes son ustedes exactamente?

-Somos de la CIA -informó Clark.

-¡En serio!

-En serio, doctor -dijo Clayton desde el volante. Miró los espejos retrovisores. Nadie los seguía. Sólo para asegurarse dobló a la izquierda, luego a la derecha y luego otra vez a la derecha. Bien.

-¿Y les permiten decírselo a la gente? -preguntó MacGregor mientras el automóvil se detenía junto a lo que localmente se conocía como la draga principal.. ¿Tienen que matarme?

-Deje eso para las películas, doctor, ¿entendido? -sugirió Chávez.. La vida real es otra cosa, y si le hubiéramos dicho que éramos del Departamento de Estado tampoco nos hubiera creído, ¿no?

-No parecen diplomáticos -comentó MacGregor.

Clark se dio vuelta y lo miró a los ojos.

-Gracias por acceder a encontrarse con nosotros, señor.

-La única razón que me llevó a hacerlo... bueno, el gobierno local me obligó a pasar por alto los procedimientos normales en los dos casos. Esos procedimientos tienen una razón de ser, ¿saben?

-Bueno. Antes que nada, díganos todo lo que pueda al respecto -pidió John, encendiendo el grabador.

-Pareces cansada, Cathy. -Aunque no era fácil darse cuenta a través de la escafandra de plástico.

SURGEON miró el reloj de pared de la enfermería. Técnicamente estaba fuera de servicio. Nunca sabría que Arnie van Damm había llamado al hospital para asegurarse de que así fuera. Se habría enfurecido de enterarse y ya estaba bastante furiosa con el mundo entero.

-Esta tarde empezaron a llegar niños. Casos de segunda generación. El que viste debe habérselo contagiado del padre. Se llama Timothy y está en tercer grado. Su papá está en el piso de arriba.

-¿Y el resto de la familia?

-La mamá dio positivo. En este momento la están admitiendo en el hospital. Tiene una hermana mayor, limpia hasta ahora. La tenemos en el edificio de pacientes externos. Habilitaron un área para la gente que estuvo expuesta al virus pero aparentemente no se infectó. Vamos. Te mostraré el piso. -Un minuto después estaban en la habitación 1, hogar temporario del Caso Índice.

Ryan pensó que debía estar imaginando el olor. Había una mancha oscura en las sábanas que dos personas -no sabía si enfermeros

o médicos. intentaban cambiar. El hombre estaba semiinconsciente y tironeaba de las correas que sujetaban sus brazos a los barrotes de la cama. Su actitud preocupaba a los dos médicos, pero primero tenían que cambiar las sábanas. Las sucias fueron a parar a un recipiente plástico.

-Las quemarán -dijo Cathy, apoyando su escafandra contra la de su esposo.. Hemos implementado al máximo todas las precauciones.

-¿Está muy mal?

Cathy señaló la puerta y siguió a Jack al pasillo. Una vez allí, cerró la puerta de la habitación y le clavó un dedo furibundo en el pecho.

-Nunca, Jack, *nunca* discutas el pronóstico de un paciente estando él presente, a menos que sea bueno. *¡Jamás!* -Hizo una pausa y prosiguió sin disculparse por el estallido.. Hace tres días que presenta todos los síntomas.

-¿Tiene alguna posibilidad de salvarse?

Cathy hizo un gesto negativo dentro de la escafandra. Siguieron recorriendo el pasillo, deteniéndose en otras habitaciones donde el pronóstico era desalentadoramente el mismo.

-¿Cathy? -Era la voz del decano.. Estás fuera de servicio. Vete -le ordenó.

-¿Dónde está Alexandre? -preguntó Jack camino a la ex sala de médicos.

-Tiene el piso de arriba. Dave se ocupa de éste. Esperábamos que Ralph Forster viniera a ayudarnos, pero no hay vuelos. -En ese momento vio las cámaras.. ¿Qué demonios están haciendo aquí?

-Vamos -Ryan acompañó a su esposa al improvisado vestuario. La ropa con la que había llegado al hospital debía estar colgada en alguna parte. Se desinfectó frente a dos mujeres y un hombre que aparentemente no tenía el menor interés en mirarlas. Salió del vestuario y fue al ascensor.

-¡Deténgase! -gritó una voz femenina.. ¡Viene un caso de la sala de emergencia! Use la escalera. -El presidente y su Custodia Personal obedecieron sin chistar. Ryan acompañó a su esposa a la planta baja y salieron juntos, todavía con las mascarillas puestas.

-¿Cómo te sientes?

Antes de que Cathy pudiera responder, una voz gritó *¡Señor presidente!* Dos guardias nacionales se interpusieron en el camino del reportero y el camarógrafo, pero Ryan hizo señas para que los dejaran pasar.

-Sí, ¿qué pasa? -preguntó, bajándose la mascarilla. El periodista sostenía el micrófono con el brazo totalmente extendido. En otras circunstancias hubiera sido cómico, pero ahora

Librodot

no. Todos temían el contagio.

-¿Qué está haciendo aquí, señor?

-Bueno, supongo que es parte de mi trabajo ver lo que está pasando, y también quería saber cómo estaba Cathy.

-Sabemos que la primera dama está trabajando arriba. ¿Con eso intenta darle un ejemplo a la nación o...?

-¡Soy *médica*! -saltó Cathy.. Todos estamos haciendo turnos. Es mi deber.

-¿La cosa está tan mal como dicen?

Ryan habló antes de que Cathy los insultara.

-Mire, sé que tiene que hacer esa pregunta, pero usted conoce la respuesta. Esta gente está extremadamente enferma y los médicos están haciendo todo lo posible por ayudarla, aquí y en todas partes. Es muy duro para Cathy y sus colegas. Pero es mucho más duro para los enfermos y sus familias.

-Dra. Ryan, ¿Ébola es tan letal como dicen?

Cathy asintió.

-Sí, es terriblemente letal. Pero estamos haciendo lo imposible para ayudar a los infectados.

-Algunos sugieren que si los pacientes tienen tan poca expectativa de vida y sufren un dolor tan extremo...

-¿Qué está insinuando? ¿Quiere que los matemos?

-Bueno, si sufren tanto como dicen algunos...

-No soy esa clase de médico -replicó Cathy, roja de ira y vergüenza ajena.. Con seguridad salvaremos a algunos. Tal vez aprendamos a salvar a otros a partir de los primeros. No se aprende nada dejando caer los brazos y *rindiéndose*. ¡Por eso los médicos de verdad no matan pacientes! ¿Qué pasa con usted? Los que están allá adentro son *seres humanos* y mi trabajo es luchar para salvarles la vida... ¡y no se atreva a decirme cómo hacerlo! -Sólo se detuvo cuando su marido le apretó suavemente el hombro.. Lo siento. Todo es muy difícil aquí.

-¿Podría disculparnos un momento? -preguntó Ryan.. Desde ayer que no hablamos. Sabe, somos marido y mujer, como el resto de la gente.

-Sí, señor. -Los periodistas retrocedieron pero la cámara siguió filmándolos.

-Ven aquí, nena -Jack la abrazó por primera vez hacía más de un día.

-Vamos a perderlos a todos, Jack. A todos, de mañana en adelante -murmuró Cathy, echándose a llorar.

-Sí -Ryan bajó la cabeza hasta tocar la de su esposa.. ¿Sabe una cosa, doctora? Usted también tiene permiso para ser humana de vez en cuando.

-¿Cómo piensan que aprendemos? Ah, como no podemos curarlos, dejémoslos morir con dignidad. Rindámonos. Bajemos los brazos. No fue eso lo que me enseñaron aquí.

-Ya sé.

Cathy se secó los ojos en la camisa de Jack.

-Está bien, todo está bajo control. Estaré ocho horas fuera de servicio.

-¿Dónde vas a dormir?

Cathy suspiró hondo y se encogió de hombros.

-Tenemos varios catres. Bernie está en Nueva York, ayudando en Columbia. Tienen doscientos casos.

-Eres muy fuerte, doctorcita -Jack le dedicó su mejor sonrisa.

-Jack, si llegas a encontrar al que nos hizo esto...

-Lo encontraremos, querida -aseguró POTUS.

-¿Conoce a alguno de éstos? -Clayton le mostró algunas fotos que él mismo había tomado. También le pasó una linterna.

-¡Es Saleh! ¿Quién era exactamente? Nunca me lo dijo y tampoco lo averigüé.

-Todos estos son iraquíes. Vinieron aquí cuando cayó el gobierno. Tengo un montón de fotos. ¿Está seguro sobre éste?

-Completamente seguro, lo atendí más de una semana. El pobre tipo murió -dijo MacGregor.. Y ésa parece Sohaila. Gracias a Dios sobrevivió. Es una niña encantadora... y ése es su padre.

-¿Cómo es posible? -preguntó Chávez.. Nadie nos dijo nada.

-En aquel momento estábamos en la Granja, ¿no?

-¿Otra vez entrenando gente, John? -se burló Frank Clayton.. Bueno, aquí se corrió el rumor y entonces fui a tomar algunas fotos. Volaron en primera clase, en un viejo G. Aquí está, ¿ve?

Clark lo miró y gruñó... era casi gemelo del que estaban usando ellos para -dar-la-vuelta-al-mundo..

-Buenas fotos -murmuró.

-Gracias, señor.

-Permítame ver aquélla -Chávez acercó la linterna para ver mejor.. *Ninja* -susurró entre dientes.. Maldito *ninja*...

-¿Qué?

-Lea las letras de la cola, John -dijo en voz baja.

-HX-NJA... Dios mío.

-Clayton -dijo Chávez-, ¿ese celular es seguro?

Clayton lo prendió y marcó tres dígitos.

-Ahora sí. ¿Adónde quiere llamar?

-A Langley.

-Señor presidente, ¿podemos hablar un poco más?

Jack asintió.

-Sí, claro. Acompáñenme. -Necesitaba caminar un poco.. Quiero pedirles disculpas por lo de Cathy. Ella no es así. Es una buena médica -dijo SWORDSMAN con cierto cansancio en la voz.. Todos están muy estresados. Creo que lo primero que les enseñaron fue *primum non nocere*: -primero de todo, no hacer daño.. Es una regla de oro. De todos modos, mi esposa está pasando momentos duros. Igual que todos nosotros.

-¿Es posible que haya sido un acto deliberado, señor?

-No estamos seguros y no puedo hablar de eso hasta tener información confiable.

-Ha estado muy ocupado, señor presidente. -El periodista no formaba parte de la escena de Washington. No sabía cómo hablarle a un presidente. No obstante, la entrevista iría en vivo por la NBC,

aunque el periodista no lo sabía.

-Sí, supongo que sí.

-¿Puede darnos alguna esperanza, señor?

Ryan reaccionó vivamente.

-En cuanto a los enfermos, bueno, la esperanza está en los médicos y las enfermeras. Son buenos profesionales y buena gente. Eso se ve. Son luchadores, guerreros. Estoy muy orgulloso de mi esposa y de lo que hace. Me enorgullece lo que está haciendo ahora, aunque yo mismo le pedí que no lo hiciera. Supongo que fue egoísta de mi parte, pero de todos modos se lo pedí. Como sabrá, ya trataron de matarla una vez. Personalmente no me importa correr peligro, pero no me gusta que les pase nada a mi esposa ni a mis hijos. A ellos no. Tampoco tenía por qué pasarle nada a toda esta gente. Pero pasó, y ahora debemos hacer todo lo posible para atender a los enfermos y asegurarnos de que no se propague. Sé que mi decreto le molestó a mucha gente, pero no podría vivir sin hacer nada para salvar las vidas de mis compatriotas. Desearía que hubiera una manera más fácil de hacerlo, pero si la hay nadie me la ha comentado. Verá, no basta con decir -No, eso no me gusta.. Cualquiera puede hacer eso. En este

Librodot

momento necesitamos otra cosa. Mire, estoy muy cansado -dejó de mirar a cámara.. ¿Podríamos dar por concluida la entrevista?

-Sí, señor. Gracias, señor presidente.

-De nada -Ryan dio media vuelta y caminó hacia el sur, dejándose llevar por el aire fresco de la noche, rumbo a los grandes garajes de Johns Hopkins. Vio un hombre fumando, un negro de unos cuarenta años que desafiaba abiertamente los carteles que prohibían el vicio dentro de ese altar de la medicina humana. POTUS se acercó a él, olvidándose de los tres agentes y dos soldados que le pisaban los talones.

-¿Me convida uno?

-Claro. -El hombre no levantó la vista para responder. Estaba sentado sobre un muro bajo de ladrillo, con la mirada clavada en el piso de concreto. Le ofreció el paquete y el encendedor con el brazo totalmente extendido.

-Gracias -Ryan se sentó a un metro del hombre y le devolvió el paquete y el encendedor.

-¿Usted también, viejo?

-¿Yo también qué?

-Mi esposa está allá adentro, enferma. Trabaja con una familia, es niñera. Todos están enfermos. Ahora ella también.

-Mi esposa es médica y está allá atendiéndolos.

-No servirá de nada, viejo. De nada.

-Ya sé -Ryan dio una larga pitada y miró ascender el humo.

-No me dejan entrar, dicen que es muy peligroso. Me sacaron sangre, dicen que debo quedarme cerca, no me dejan fumar, no me dejan verla. Santo Dios, viejo, ¿cómo es posible?

-Si usted estuviera enfermo y supiera que puede contagiar a su esposa, ¿qué haría?

El negro asintió con resignación airada.

-Ya sé. El doctor dijo lo mismo. Tiene razón. Ya sé. Pero eso no quiere decir que esté *bien.* -Hizo una pausa.. Hablar ayuda.

-Sí, supongo que sí.

-Los hijos de puta que hicieron esto... por televisión dijeron que alguien lo hizo. Esos malditos van a pagarlo caro, viejo.

Ryan no supo qué decir. Pero otra persona habló por él: Andrea Price.

-¿Señor presidente? Tengo un llamado del DCI para usted.

El negro volvió la cabeza. Miró a Ryan a la luz anaranjada del encendedor.

-Usted es el presidente -musitó.

-Sí, señor -respondió Jack.

-¿Dice que su esposa está trabajando ahí?

Ryan asintió con un suspiro.

-Sí, hace quince años que trabaja aquí. Vine a verla, y a ver cómo están las cosas. Lo siento...

-¿Por qué?

-Porque a usted no lo dejan entrar y a mí sí.

El hombre sonrió con tristeza.

-¿Así que vino a ver, eh? Fue terrible lo que le pasó a su hijita la semana pasada. ¿Está bien ahora?

-Sí, está muy bien. A esa edad, bueno, ya sabe cómo son los niños.

-Bravo. Bueno, gracias por hablar conmigo.

-Gracias por el cigarrillo -dijo el presidente, levantándose y yendo a donde estaba Andrea.. Hola, Ed. -Debía responder el llama-do.

-Te necesitamos aquí. Queremos que veas algo -dijo Ed Foley, preguntándose cómo haría para explicar que la evidencia colgaba de una pared en los cuarteles generales de la CIA.

-Dame una hora, Ed.

-Sí, Jack. Nos estamos organizando.

Jack cerró el celular y lo devolvió.

-En marcha -ordenó.

53

SNIE

Todos debían descontaminarse antes de volver a sus casas. Hopkins había habilitado una sala enorme con compartimentos para ambos sexos. El agua era caliente y tenía sustancias químicas; el olor le dio a Ryan una sensación de seguridad. Luego se puso un nuevo equipo verde. Ya los había usado antes para presenciar el nacimiento de sus hijos. Antes tenían connotaciones felices. Ya no, pensó rumbo al Suburban que lo llevaría a Fort McHenry y al helicóptero que lo devolvería a la Casa Blanca. Por lo menos la ducha lo había revigorizado. Esa sensación le duraría un par de horas, pensó POTUS, cuando el VH-3 despegó y giró al sudoeste. Si tenía suerte.

Fue la actuación más deslucida en la historia del NTC. Las tropas del Undécimo de Caballería y los tanques de la Guardia Carolina pasaron cinco horas dando vueltas sin ejecutar los planes que ambos habían preparado. La repetición de la escena en el Salón de la Guerra de las Galaxias mostró tanques a menos de mil metros de distancia y a plena vista, que sin embargo no habían intercambiado disparos. El simulacro de combate no había terminado sino que se había evaporado por apático acuerdo mutuo. Antes de la medianoche las unidades formaron para regresar a sus barracas y los comandantes fueron a la casa del general Diggs en la colina.

-Hola, Nick -dijo el coronel Hamm.

-Hola, Al -replicó el coronel Eddington.

-¿Qué demonios les pasó? -preguntó Diggs.

-Los hombres están bastante desanimados, señor -dijo Eddington.. Todos estamos preocupados por nuestras familias. Aquí estamos a salvo, pero los nuestros corren peligro. No puedo culparlos por distraerse, general. Son humanos.

-Lo único que puedo decir es que nuestra familia inmediata parece estar a salvo aquí, general -Hamm coincidió con su camarada de armas.. Pero todos tenemos familia afuera.

-De acuerdo, caballeros, ahora podremos llorar sobre nuestras cervezas. A mí tampoco me gusta esta mierda, ¿me están escuchando? Pero el trabajo de *ustedes* es liderar a sus tropas, ¡y liderar significa *liderar*! En caso de que todavía no lo hayan notado, mis queridos jefes guerreros, todo el ejército de Estados Unidos está metido en esta maldita epidemia... ¡*excepto nosotros*! ¿Me harán el favor de tenerlo en cuenta, señores coroneles? ¿Harán que sus hombres lo tengan en cuenta? Nadie me dijo jamás que ser soldado fuera fácil, y maldita sea, estar al mando es más difícil todavía, pero es nuestro trabajo, y si ustedes no pueden hacerlo, caballeros, hay otros que sí.

-Señor, no va a funcionar. No tenemos cómo tranquilizarnos -señaló Hamm, muy ofuscado.

-Coronel...

-Él tiene razón, Diggs -lo interrumpió Eddington.. Hay cosas que nos superan. Allá afuera hay un enemigo que no podemos combatir. Nuestra gente levantará la cabeza en cuanto pueda, tal vez cuando recibamos una buena noticia para variar. Vamos, general, usted sabe de qué estoy hablando. Usted sabe historia. Los que están allá afuera son... sí, son soldados, pero antes que nada son seres humanos. Están conmovidos. Y yo también, Diggs.

-También sé que no hay malos regimientos, sino malos coroneles -retrucó Diggs, pero los coroneles no recogieron el guante del desafío. Dios, eso sí que era malo.

-¿Cómo fue? -preguntó Van Damm.

-Horrible -replicó Ryan.. Vi seis o siete personas que van a morir. Una de ellas era un

niño. Cathy dice que cada vez habrá más.

-¿Cómo está Cathy?

-Muy estresada, pero bien. Tuvo un encontronazo con un periodista.

-Ya sé, lo vi por televisión.

-¿Ya?

-Salió en vivo -Arnie se las ingenió para esbozar una sonrisa.. Se te vio muy bien. Preocupado. Muy sincero. Dijiste cosas lindas de tu esposa. Hasta te disculpaste por lo que dijo... eso sí que fue bueno, jefe, especialmente porque Cathy estuvo maravillosa.

-Arnie, esto no es teatro -Ryan estaba demasiado cansado para enojarse. Los efectos vivificantes de la ducha se habían esfumado.

-No, es liderazgo. Algún día terminarás por aprenderlo... Carajo, tal vez no. Solamente sigue como hasta ahora -aconsejó Arnie.. Lo haces bien sin darte cuenta, Jack. Trata de no pensar.

La NBC compartió su grabación con el mundo entero. Por muy competitivo que fuera el negocio de los medios, cierta conciencia de responsabilidad pública impregnaba la profesión. La breve entrevista con el presidente salió una hora después por las emisoras del mundo.

Había tenido razón desde un primer momento, se dijo la primera ministra. Había perdido la compostura. Ni siquiera podía tenerse en pie. Titubeaba al hablar. Permitía que su esposa contestara por él... y ella era emocional, débil. La era gloriosa de Estados Unidos estaba llegando a su fin... porque no tenían un líder fuerte. No *sabía* quién había originado esa plaga, pero era fácil adivinarlo. Tenía que ser la RIU. ¿Por qué otro motivo los habría convocado en China? Ella hacía lo suyo protegiendo las proximidades del Golfo Pérsico. Estaba segura de que sería recompensada... a su tiempo.

-Su presidente está distraído -dijo Zhang.. Es entendible.

-Qué terrible infortunio. Desde ya pueden contar con nuestra más profunda simpatía -agregó el ministro del Exterior. Los tres acababan de ver la entrevista acompañados por la intérprete.

Adler no había reaccionado al recibir la noticia de la epidemia, pero ahora sí. No obstante, debía hacerla a un lado.

-¿Procedemos? -preguntó.

-Bien. ¿Nuestra lejana provincia accede a nuestra demanda de compensación? -preguntó el ministro.

-Desafortunadamente no. Creen que el incidente es un resultado de las maniobras que ustedes realizan en la zona. Considerado en abstracto, ese punto de vista no carece de mérito -respondió Adler en puro idioma diplomático.

-Pero la situación no es abstracta. Nosotros estamos realizando prácticas pacíficas. Uno de sus pilotos atacó nuestros aviones y en el proceso otro de sus estúpidos aviadores destruyó la aerolínea. ¿Quién puede decir si fue o no un accidente?

-¿No fue un accidente? -preguntó Adler.. ¿Qué podría haber detrás de un acto semejante?

-Imposible saberlo tratándose de esos delincuentes -le espetó el ministro del Exterior, tirando un poco más de la soga.

Ed y Mary Pat Foley llegaron juntos. Al sentarse en el Salón de Gabinete, todavía vestido con el uniforme verde de Hopkins, Jack vio que Ed tenía una lámina bajo el brazo. Después llegó Murray, seguido por el inspector O-Day. Ryan se levantó para saludarlo.

-Estoy en deuda con usted. Lamento no haber podido verlo antes -dijo, estrechándole la mano.

-Comparado con esto, aquello fue un juego de niños -dijo Pat.. Y mi hijita también esta-

ba ahí. Pero sí, fue una suerte que yo estuviera presente. Esos disparos no me traerán pesadillas, se lo aseguro. -Se dio vuelta.. Ah. Hola, Andrea.

Price sonrió por primera vez en el día.

-¿Cómo está tu hija, Pat?

-En casa con la niñera. Las dos están bien -respondió.

-¿Señor presidente? -Era Goodley.. Esto está muy caliente.

-Bueno, ¿qué les parece si empezamos a trabajar? ¿Quién empieza?

-Yo -dijo el DCI, deslizando una hoja de papel sobre la mesa.. Para que leas. -Ryan le echó un vistazo. Era una especie de formula-rio oficial escrito en francés.

-¿Qué es esto?

-Es el formulario de inmigración y aduana de un avión. Te pido que leas el código identificatorio, arriba a la izquierda.

-HX-NJA. ¿Entonces? -preguntó SWORDSMAN. Van Damm se había sentado junto a él para ayudarlo a mantener la calma. El ambiente estaba muy cargado.

La ampliación de la foto tomada por Chávez en el Aeropuerto de Mehrabad era más grande que una lámina. Mary Pat la extendió sobre la mesa, sujetando los extremos con la ayuda de dos maletines.

-Lee el código de la cola -aconsejó la DDO.

-HX-NJA. No tengo tiempo para jugar a Agatha Christie, amigos -advirtió el presidente.

-Señor presidente -dijo Dan Murray.. El formulario de aduana identifica un avión comercial, un Gulfstream IV perteneciente a esta corporación con sede en Suiza. -Apoyó una hoja sobre la mesa.. Tripulado por esta gente. -Dos fotos y tarjetas de identificación.. Salió de Zaire con tres pasajeros. Dos eran monjas, la hermana Jean Baptiste y la hermana María Magdalena. Ambas enfermeras en un hospital católico de Zaire. La hermana Jean atendía a Benedict Mkusa, un niño que contrajo Ébola y murió. La hermana Jean se contagió y el tercer pasajero, el doctor Mohammed Moudi -todavía no tenemos su foto pero nos estamos ocupando de conseguirla-, decidió llevarla a París para probar un tratamiento. La hermana María Magdalena los acompañó. El doctor Moudi es un médico iraní que trabaja para la OMS. Le dijo a la monja-jefe que Jean Baptiste tal vez tendría una oportunidad de curarse en París y ofreció alquilar un avión privado para trasladarla. ¿Me sigues?

-Y éste es el avión.

-Correcto, señor presidente. Éste es el avión. Salvo por un detalle. Supuestamente este avión cayó al mar apenas salió de Libia, donde había bajado a recargar combustible. Tenemos una tonelada de documentos sobre eso. Excepto una cosa. -Señaló la lámina nueva-mente.. Esa foto fue tomada por Domingo Chávez...

-Tú lo conoces -acotó Mary Pat.

-Prosigue. ¿Cuándo tomó la foto Ding?

-Cuando Clark y él acompañaron al secretario Adler a Teherán la semana pasada.

-El avión se dio por perdido un tiempo antes. Incluso uno de nuestros destructores detectó sus señales de emergencia. Sin embargo, desapareció sin dejar rastro -dijo Murray.. ¿Ed?

-Al desmoronarse Irak, Irán facilitó la huida de los líderes militares. Todos tenían paracaídas de oro y nuestro amigo Daryaei los dejó saltar del avión. Incluso les *ofreció* transporte, ¿correcto? Esto comenzó el día después de la desaparición del Gulfstream -dijo Foley.. Los llevaron a Kartum, Sudán. Nuestro jefe de estación allí, Frank Clayton, fue al aeropuerto y tomó estas fotos para confirmar información de inteligencia. -Les pasó las fotos.

-Parece el mismo avión, ¿pero no podría ser que alguien hubiera jugado con los números... las letras o lo que sea? -preguntó Ryan.

-Siguiente indicador -prosiguió Murray.. Hubo dos casos de Ébola en Kartum.

-Clark y Chávez hablaron hace unas horas con el médico que los atendió -agregó Mary Pat.

-Los dos pacientes volaron en este avión. Tenemos fotos de ellos bajando. Entonces -prosiguió Murray-, tenemos un avión con una persona enferma a bordo. El avión desaparece...

pero reaparece menos de veinticuatro horas después en otro lugar, y dos de sus pasajeros bajan con la misma enfermedad que tenía la monja. Los pasajeros venían de Irak, vía Irán, con destino a Sudán.

-¿Quién es el dueño del avión? -preguntó Arnie.

-Una corporación. Dentro de unas horas sabremos más detalles. Pero la tripulación del vuelo es iraní. Tenemos información sobre ellos porque aprendieron a volar aquí -explicó Murray.. Y tenemos a nuestro amigo Daryaei en el mismo avión. Parece haber sido robado del servicio internacional. Tal vez Daryaei lo esté usando para recorrer su nuevo país. Entonces, señor presidente, tenemos la enfermedad, el avión y el propietario, todos vinculados entre sí. Mañana trabajaremos con la Gulfstream para averiguar si el avión tiene características únicas que podamos identificar, además del código de registro.

-Ahora sabemos quién lo hizo, señor -concluyó Murray.. Esta cadena de evidencias es imbatible, creo.

-Y hay más detalles -dijo Mary Pat.. Los antecedentes del Dr. Moudi. El rastreo de algunos cargamentos de monos... usan monos para estudiar la enfermedad. Cómo prepararon el simulacro de accidente aéreo... ¿qué les parece? Hasta reclamaron el seguro.

-Vamos a suspender un momento la reunión. ¿Andrea?

-Sí, señor presidente.

-Llame al secretario Bretano y al almirante Jackson. Los quiero aquí inmediatamente.

-Sí, señor -Price salió a buscarlos.

Ed Foley esperó que se cerrara la puerta tras ella.

-Estee... ¿señor presidente?

-¿Sí, Ed?

-Hay algo más. Todavía no se lo he dicho a Dan. Sabemos que la RIU -es decir, nuestro amigo Mahmoud Haji Daryaei. está detrás de esto. Chávez planteó un interrogante antes de irse con John. El otro bando podría estar esperando que lo descubramos. Es casi imposible lograr seguridad operativa en un caso como éste.

-¿Entonces?

-Entonces dos cosas, Jack. Primero, piensan que sus planes son irreversibles y no les importa si los descubrimos o no. Segundo, debemos tener presente lo que hicieron en Irak. Tenían un doble agente.

Eran dos cosas muy grandes. Mientras Ryan consideraba la primera, Dan Murray intercambió una rápida mirada con su inspector itinerante.

-Santo Dios, Ed -murmuró Murray.

-Piénsalo un poco, Dan -dijo Foley.. Tenemos un presidente. Tenemos un Senado y un tercio de Diputados. Aún no tenemos vicepresidente. La sucesión presidencial está en veremos, no hay figuras realmente poderosas y la plana mayor del gobierno está en pañales. Acaba de desatarse una epidemia en todo el país. Para todos los observadores externos somos débiles y vulnerables en este momento.

Ryan levantó la vista cuando entró Andrea.

-Esperen un momento. Atentaron contra Katie. ¿Por qué habrían de hacerlo si lo que querían era sacarme del medio *a mí*?

-¿Qué es esto? -preguntó Price.

-La otra parte ha demostrado una capacidad aterradora. Uno -dijo Foley-, se infiltraron en la custodia personal del presidente iraquí y le volaron la tapa de los sesos. Dos, la operación de la semana pasada fue facilitada por un doble agente -dormido. que vivió aquí más de una década sin hacer nada, pero que cuando despertó tuvo la audacia de colaborar en el atentado contra una criatura.

Murray tuvo que estar de acuerdo:

-Nosotros pensamos lo mismo. La División de Inteligencia está estudiando el caso en este mismo momento.

-Un momento -objetó Andrea.. Conozco a todos los integrantes de la Custodia Personal.

¡Por el amor de Dios, murieron cinco defendiendo a SANDBOX!

-Agente Price -dijo Mary Pat.. ¿Sabe cuántas veces la CIA fue traicionada por gente que todos conocíamos... que *yo* misma creía conocer muy bien? Perdí tres agentes por culpa de esa clase de gente. Los *conocía*, y *conocía* al tipo que los entregó. No me hable de paranoia. Enfrentamos un enemigo muy capaz. Y sólo se necesita una persona.

Murray lanzó un silbido al escuchar ese argumento. Había estado analizando las cosas en una dirección, y ahora debía cambiarla.

-Señora Foley, yo...

-Andrea -intervino el inspector O-Day-, esto no es personal. Quiero que des un paso al costado y lo pienses. Si tuvieras los recursos de una nación-estado, fueras paciente y contaras con gente verdaderamente motivada, ¿cómo lo harías?

-¿Cómo lo hicieron en Irak? -arremetió Ed Foley.. ¿Alguno de ustedes lo habría creído posible?

El presidente miró a todos los presentes. *Fabuloso, ahora me dicen que no confíe en el Servicio Secreto.*

-Todo cobra sentido si uno se molesta en pensar como el otro -dijo Mary Pat.. Es parte de su tradición, ¿recuerdan?

-Está bien, ¿entonces qué debemos hacer? -preguntó Andrea, azorada ante la posibilidad de un doble agente en el Servicio.

-Pat, tienes una nueva misión -anunció Murray.. Es decir, si el presidente está de acuerdo.

-Claro que sí -suspiró POTUS.

-¿Reglas? -quiso saber O-Day.

-Ninguna, ninguna en absoluto -respondió Price.

Era casi mediodía en la República Islámica Unida. El mantenimiento de las seis unidades pesadas con base en la región centro-sur del país progresaba sin altibajos. Casi todas las orugas de los carros mecanizados de combate habían sido reemplazadas. Había nacido un saludable espíritu de competencia entre las ex divisiones iraquíes y sus colegas iraníes. Todos los vehículos -tanques T-80 y carros de infantería BMP. tenían su carga de municiones completa.

Los recientemente adquiridos localizadores GPS obraban como por arte de magia y por fin los iraquíes comprendieron por qué los norteamericanos los habían tratado con tanta rudeza en 1991. Teniendo un GPS no se necesitaban caminos. La cultura árabe siempre había llamado mar al desierto, y ahora podrían navegarlo como marineros, moviéndose de un punto a otro con una confianza desconocida para ellos. Acababan de recibir mapas nuevos y tenían asignada una nueva misión. La fuerza mecanizada de tres cuerpos tenía un nombre: Ejército de Dios. Al día siguiente, los comandantes de sub-unidades se enterarían de todas estas cosas... y de muchas otras.

Tardaron una hora en llegar. El almirante Jackson había dormido en su oficina, pero el secretario Bretano había vuelto a su casa después de una maratónica sesión de revista de despliegues dentro del país. Vieron que el código de vestimenta de la Casa Blanca se había relajado. El presidente, que también tenía los ojos enrojecidos de cansancio, llevaba puesto un uniforme de médico.

Dan Murray y Ed Foley repitieron todo lo que sabían y suponían.

Jackson lo tomó bien:

-Correcto. Ahora sabemos contra quién luchamos -dijo.

Pero Bretano lo tomó mal:

-Es abiertamente un acto de guerra -dijo.

-Pero nosotros no somos el objetivo -aclaró el DCI.. El objetivo es Arabia Saudita y el

resto de los estados del Golfo. Es lo único que tiene sentido. Supone que si tomara esos estados nosotros *no podríamos* enfrentarlo... porque dejaría sin petróleo al mundo entero. -Casi tenía razón, pero no del todo.

-Y tiene a India y China en el bolsillo -prosiguió Robby Jackson.. Por el momento sólo están interfiriendo, pero muy eficazmente. *Ike* está en un mal lugar. India ha bloqueado el estrecho de Ormuz con sus portaaviones. No podemos ingresar los barcos MPS sin cobertura aérea. Y por si fuera poco Daryaei mueve tres regimientos. Los sauditas pelearán, sí, pero les faltan hombres. Todo terminará en una semana. No es un mal concepto operativo -concluyó el J-3.

-El ataque biológico también es muy astuto. Creo que obtuvieron más de lo que esperaban. Casi todas nuestras bases y unidades están fuera de uso por el momento -observó el secretario de Defensa.

-Señor presidente, recuerdo que cuando era niño en Mississippi los del Klan solían decir: -cuando veas un perro rabioso, no lo mates... arrójalo al jardín de tu enemigo.. Saben, un hijo de puta nos hizo exactamente eso cierta vez, porque mi papá estaba consiguiendo que la gente se empadronara para votar.

-¿Qué hiciste entonces, Rob?

-Papá le voló la cabeza al perro con su Fox -replicó el almirante Jackson.. Y prosiguió su misión. Si vamos a movernos tendremos que

hacerlo rápido. El problema es con qué.

-¿Cuánto tardarán los MPS en llegar a Arabia Saudita?

-Menos de tres días, pero hay alguien en el camino. Ya han recibido la orden de atravesar Suez y podrán llegar al estrecho a tiempo, pero antes tendrán que pasar por la flota india. Los cuatro barcos son escoltados por un crucero y dos fragatas y si llegamos a perderlos, el equipo de reabastecimiento más cercano está en Savannah, señores.

-¿Qué tenemos en Arabia saudita? -preguntó Goodley.

-Lo suficiente para una brigada pesada. Igual que en Kuwait. Lo de la tercera brigada está a flote y en ruta hacia el peligro.

-Kuwait es el primero en la fila -dijo Ryan.. ¿Qué podemos conseguir ahí?

-Si nos tuvieran agarrados de las bolas podríamos mandar el Décimo ACR desde Israel al emplazamiento POMCUS al sur de Kuwait City. Tardaríamos sólo veinticuatro horas. No habría problemas con los kuwaitíes. Tienen un acuerdo tácito con Israel al respecto. Nosotros ayudamos a forjarlo -dijo Robby.. Ese plan se denomina BUFFALO FORWARD.

-¿A alguien le parece mala idea? -preguntó Jack.

-Un regimiento acorazado de caballería... no creo que alcance a disuadirlos, señor -opinó Goodley.

-Tiene razón -admitió Jackson.

Ryan miró a su alrededor. Saber era una cosa. Poder actuar eraotra. Él *podía* ordenar un ataque nuclear estratégico contra Irán. Tenía bombarderos silenciosos B-2A en la Base Whiteman de la Fuerza Aérea, y con la información que acababa de recibir en las últimas dos horas sería fácil que CINC-STRIKE convalidara la or-den. Los -Espíritus-, como llamaban a los B-2, estarían allí en menos de dieciocho horas y convertirían al país en una ruina humeante y venenosa.

Pero no podía hacer eso. Los presidentes norteamericanos habían tenido muchas veces necesidad de decirle al mundo que sí, *lanzaremos* nuestros misiles y bombarderos si nos vemos obligados a hacerlo, pero Ryan jamás había esperado tener que cumplir ese deber. Incluso ese ataque contra Estados Unidos, el uso de armas de destrucción masiva -el equivalente de las armas nucleares para Norteamérica. había sido decidido por un solo hombre e instrumentado por unos pocos. ¿Tenía derecho a arrasar ciudades enteras en respuesta, a matar inocentes como había hecho Daryaei, sólo porque él lo había hecho primero? ¿Cómo haría para sobrevivir a eso? Tenía que haber otra opción mejor. Por ejemplo, matar a Daryaei.

-¿Ed?

Librodot

-¿Sí, señor presidente?

-¿Dónde están ahora Clark y Chávez?

-En Kartum, esperando instrucciones.

-¿Crees que podrán volver a Teherán?

-No será fácil, señor. -Miró a su esposa.

-Los rusos nos ayudaron en el pasado. Puedo preguntar. ¿Qué misión tendrían asignada?

-Primero averigüen si pueden entrar. Después asignaremos la misión. ¿Robby?

-¿Sí?

-Que el Décimo Regimiento se traslade ya mismo a Kuwait.

Jackson lanzó un suspiro profundo y escéptico.

-Sí, señor.

Faltaba obtener la aprobación del gobierno kuwaití. El embajador se ocupó de eso. No resultó difícil. El mayor Sabah había mantenido informado a su gobierno sobre los despliegues militares del nuevo vecino y las fotos satelitales de los reemplazos de orugas en los tanques de la RIU eran por demás inquietantes y elocuentes. El gobierno kuwaití, con todas sus fuerzas armadas en estado de alerta, envió un télex a Estados Unidos pidiendo formalmente que los militares norteamericanos realizaran prácticas mayores de entrenamiento en la región occidental del país. El proceso fue rápido. Los gobernantes de la pequeña nación tenían fresco el recuerdo de viejos errores. Lo único que pidieron fue que el movimiento se hiciera en secreto, pedido que Estados Unidos no objetó. Cuatro horas después, los aviones de la aerolínea nacional empezaron a despegar, primero en dirección a Arabia Saudita, y luego hacia el norte, hacia el Golfo de Aqaba.

La orden fue emitida por el Comando de Doctrina y Entrenamiento, propietario administrativo del Décimo ACR, ya que técnicamente era una fuerza de entrenamiento. La mayoría de las otras unidades pertenecían al Comando de Fuerzas, FORCECOM. La orden de despliegue-de-emergencia llegó al coronel Sean Magruder como priori-dad-CRÍTICA. Debía trasladar cinco mil efectivos, traslado que requeriría veinte vuelos Jumbo. La ruta ida y vuelta comprendía 1.300 millas y tres horas en cada dirección, con una hora de demora en ambas terminales. Pero todo estaba bien pensado y gracias a la disminución de los viajes aéreos internacionales había más aviones disponibles que los que anticipaba el BUFFALO FORWARD. Hasta los israelíes cooperaron. Al entrar en la gran base aérea israelí del Negev, los pilotos kuwaitíes tuvieron la singular experiencia de ser escoltados por aviones F-15 de combate con la Estrella de David en la cola.

El primer grupo estaba formado por oficiales de alto rango y un equipo de seguridad destinado a complementar la guardia kuwaití en el emplazamiento POMCUS. El emplazamiento era un grupo de depósitos que contenían el equipo completo de una brigada pesada Un grupo de contratistas muy bien pagados por los kuwaitíes se encargaba del mantenimiento.

En el segundo vuelo se trasladaron la Tropa-A, Primera del Décimo, y parte del 1er. Escuadrón -Guión. bajo la mirada vigilante del comandante del escuadrón, teniente coronel Duke Masterman, quien tenía familia en Filadelfia y se daba cuenta de todo. Algo muy malo estaba pasando en su país y por eso habían activado el BUFFALO FORWARD bajo el cielo despejado.

Magruder y su staff también vigilaban. Incluso había insistido en que el grupo de comando llevara el estandarte del regimiento.

-¿Tan malo es, Foleyeva? -preguntó Golovko, aludiendo a la epidemia. Hablaban en ruso. Aunque su inglés era casi perfecto, Mary Pat hablaba su idioma nativo con cierta elegancia poética.

-No sabemos, Sergey Nikolayevich, y me estuve ocupando de otras cosas.

-¿Cómo lo está llevando Ivan Emmetovich?

Librodot

-¿A usted qué le parece? Sé que vio la entrevista por televisión hace unas horas.

-Su presidente es un hombre interesante. Tan fácil de subestimar... Yo mismo cometí ese error una vez.

-¿Y Daryaei?

-Formidable, pero es un bárbaro inculto. -Casi pudo oírlo escupir al otro extremo de la línea.

-Absolutamente.

-Dígale a Ivan Emmetovich que analice la escena, Foleyeva -sugirió Golovko.. Sí, vamos a cooperar -agregó, respondiendo una pregunta que aún no había sido formulada.. En todo.

-*Spasiba*. Volveré a llamarlo -Mary Pat miró a su marido.. Tendrás que besarle los pies.

-Desearía tenerlo de nuestro lado -observó el DCI.

-Lo está, Ed.

En STORM TRACK advirtieron que el perro había dejado de ladrar. Los tres cuerpos que estaban observando dejaron de usar sus aparatos de radio cerca del mediodía. Cero. Por sofisticado que fuera el equipo ELINT, nada era nada, allí y en todas partes. Las líneas directas a Washington ardían. Estaban llegando más oficiales sauditas, lo que demostraba el creciente estado de alerta del ejército que ya había comenzado a desplegarse en los alrededores de KKMC para consuelo del personal de inteligencia de STORM TRACK. Estaban demasiado cerca de la boca del león. Al ser agentes secretos pensaban como tales, y decidieron por unanimidad que lo que pasaba en Estados Unidos se había iniciado allí, aunque todavía no sabían cómo. La misma idea había generado una sensación de indefensión en los demás lugares, pero allí causó otro efecto. La ira era verdadera y ellos tenían una misión que cumplir, estuvieran expuestos o no.

-Está bien -dijo Jackson por la línea de conferencia telefónica-, ¿a quiénes *podemos* mandar?

-Mire -dijo el comandante de la FORCECOM.. El Undécimo ACR y una brigada de la Guardia se están entrenando en el NTC. Esa base está limpia y podremos trasladar las unidades en cuanto lleguen los aviones. ¿En cuanto al resto? Antes de moverlos tendremos que examinar a todos los soldados y todavía no han llegado los equipos.

-Tiene razón -dijo otra voz. Todos asintieron. Las empresas farmacéuticas los estaban fabricando a toda velocidad. Se necesitaban millones de equipos para análisis y sólo había unos diez mil disponibles, destinados a la gente que mostraba síntomas, a los parientes y amigos de los afectados, a los camioneros que transportaban alimentos y medicinas, y sobre todo a los médicos, que eran los más expuestos al virus.

La RIU está por iniciar una guerra, pensó Jackson, *y no tendrá oponentes*.

-¿Cuánto tardaríamos?

-En el mejor de los casos, estaría hecho antes del fin de semana -replicó FORCECOM.. Tengo un oficial a cargo.

-Yo tengo el Ala 366 en Mountain Home. Todos están limpios -reportó el comandante de Combate Aéreo.. Tenemos el ala F-16 en Israel. Pero todas mis unidades europeas están en cuarentena.

-Los aviones son muy lindos, Paul -dijo FORCECOM.. Los barcos también, pero necesitamos llenarlos con soldados, ya.

-Avisen a Fort Irwin -dijo Jackson.. Haré que el secretario de Defensa autorice la salida en menos de una hora.

-Hecho.

-¿Moscú? -preguntó Chávez.. Jesucristo, estamos dando la vuelta al mundo.

Librodot

-No debemos preguntar por qué.

-Sí, conozco la segunda parte, Mr. C. Si estamos yendo al lugar correcto, ésta es mi oportunidad.

-El carruaje los espera, caballeros -bromeó Clayton.

-Sí, eso me recuerda algo -Clark sacó del ropero la camisa del uniforme. Un minuto después era nuevamente un coronel. Cinco minutos después iban rumbo al aeropuerto, dispuestos a dejar Sudán a los buenos oficios de Frank Clayton.

O-Day reunió un equipo de agentes del FBI para investigar los archivos de antecedentes personales de todos los agentes del Servicio Secreto que estuvieran cerca del presidente, tanto los de civil como los oficiales de la División Uniformada. En otras circunstancias algunos habrían sido desechados por falta de mérito, pero este caso era demasiado importante y por eso debían revisar exhaustivamente cada archivo antes de desecharlo. Les dejó ese trabajo a otros. Había otro equipo examinando algo no del todo conocido: un registro computarizado de todas las llamadas telefónicas realizadas en el área metropolitana de Washington DC. Si el programa (absolutamente legal en sentido estricto) se hubiera extendido más allá de esa zona habría despertado las iras de los más adustos defensores de la ley, pero el presidente vivía en Washington y Estados Unidos ya había perdido presidentes allí. Tal vez tuvieran demasiadas expectativas. Un conspirador infiltrado en el Servicio Secreto sería, por definición, experto en medidas de seguridad. El blanco, si lo había, debía ser masculino. Tendría que ser un excelente profesional -característica imprescindible para formar parte de la Custodia Personal-, pero nada más. Estaría bien adaptado. Tendría una buena reputación de servicio. Sería exactamente igual a los otros que estaban dispuestos a dar su vida por el presidente y a comportarse con tanta valentía como Don Russell. O-Day lo sabía, y en cierto sentido se odiaba a sí mismo por tener que tratarlos como sospechosos en una investigación criminal. Supuestamente no debía ser así. ¿Pero entonces cómo era?

Diggs convocó a los dos coroneles a su oficina para darles la noticia.

-Recibimos órdenes de movernos.

-¿Quiénes? -preguntó Eddington.

-Las dos unidades -respondió el general.

-¿Adónde, señor? -preguntó Hamm.

-Arabia Saudita. Ambos estuvimos allí antes, Al, y ésta es su oportunidad, coronel Eddington.

-¿Por qué?

-Todavía no lo han dicho. Pronto recibiré más detalles por fax. Lo único que me dijeron por teléfono es que la RIU se está poniendo espinosa. En este momento el Décimo va rumbo a POMCUS...

-¿BUFFALO FORWARD? -preguntó Hamm.. ¿Sin advertencia?

-Correcto, Al.

-¿Tiene que ver con la epidemia? -preguntó Eddington.

Diggs hizo un gesto negativo.

-Nadie me dijo nada de eso.

Tuvo lugar en la Corte Federal de Baltimore. Edward J. Kealty llenó una demanda contra John Patrick Ryan. La esencia de la queja era que el primero quería cruzar un límite interestatal y el segundo no se lo permitía. La demanda exigía el juicio sumario y la anulación inmediata del decreto del presidente (extrañamente, en el pedido Ryan figuraba como presidente de Estados Unidos). Kealty estaba seguro de ganar esta vez. La Constitución estaba de su parte y había elegido muy bien al juez.

La SNIE estaba concluida... y era absolutamente irrelevante. Las intenciones de la RIU eran transparentes. La clave era hacer algo al respecto, pero, en términos estrictos, ésa no era una función de inteligencia.

54

Amigos y vecinos

No los habían visto venir y les llamaron la atención. Al alba del día siguiente los tres escuadrones terrestres del Décimo de Caballería estaban completamente desplegados. El cuarto escuadrón, compuesto por helicópteros de ataque, necesitaría un día más para ponerse a tono. Los oficiales kuwaitíes -el ejército del país era relativamente pequeño pero contaba con muchos y entusiastas reservistas. saluda-ron a sus colegas norteamericanos blandiendo las espadas y abrazándolos frente a cámaras. Después mantuvieron serias y tranquilas conversaciones en las carpas de los comandantes. Por si fuera poco, el coronel Magruder ordenó a uno de sus escuadrones desfilar con los estandartes desplegados al viento. Era bueno para la moral de todos y los cincuenta y dos tanques avanzando en masa parecían el puño de un dios enfurecido. El servicio de inteligencia de la RIU obviamente esperaba que pasara algo, pero no eso, y menos tan rápido.

-¿Qué es esto? -preguntó Daryaei, dejando traslucir por una vez su ira mortífera. Por lo general bastaba que la gente supiera que estaba allí, oculta en su pecho como una serpiente venenosa.

-Es un simulacro. -Después del impacto inicial, el jefe de inteligencia comenzaba a percibir la realidad de la situación.. Eso es un *regimiento*. Cada una de las seis divisiones del Ejército de Dios tiene tres -cuatro en dos casos. brigadas. Y por consiguiente tenemos veinte contra una de ellos. ¿Acaso esperaba que los norteamericanos se quedaran de brazos cruzados? Imposible. Pero aquí tenemos su respuesta. Un solo regimiento sacado de Israel y trasladado al lugar errado. Con esto intentan asustarnos.

-Prosiga. -Los oscurísimos ojos se suavizaron levemente, perdiendo algo de su amenazante hostilidad.

-Estados Unidos no puede mover sus divisiones de Europa. Están contaminadas. Igual que las del país. Entonces tendremos que enfrentar a los sauditas en primer lugar. Será una gran batalla, que ganaremos nosotros. Los estados menores se rendirán o serán aplastados... y Kuwait quedará solo en la punta del Golfo, con sus propias fuerzas y este regimiento norteamericano. Entonces nos encargaremos de ellos. Probablemente esperan que invadamos primero Kuwait. Pero no repetiremos ese error, ¿verdad?

-¿Y si respaldan a los sauditas?

-Solamente tienen equipos para una brigada en el Reino. La segunda está a flote. Usted habló con India al respecto, ¿no? -Era tan normal que podría haberlo previsto, pensaba el jefe de inteligencia de la RIU detrás de una mirada exteriormente mansa. Siempre se ponían nerviosos antes de que la cosa empezara, como si esperaran que alguien siguiera al pie de la letra el guión que habían escrito. El enemigo era el enemigo... y no siempre cooperaba.. Y dudo que tengan efectivos para mover. Tal vez tengan aviones, pero no hay ningún portaaviones en diez mil kilómetros a la redonda, y por consiguiente los aviones, por muy molestos que sean, no podrán despegar ni aterrizar.

-Gracias por aclararme la situación. -El humor del anciano se había suavizado.

-Por fin nos encontramos, camarada coronel -dijo Golovko.

Clark siempre había fantaseado con entrar a los cuarteles generales de la KGB. Pero jamás se le pasó por la cabeza que le servirían un trago en la oficina del director. Aunque todavía era muy temprano, bebió un poco de vodka Starka.

-No fui entrenado para recibir semejante hospitalidad de su parte, camarada director.

-Aquí ya no hacemos esas cosas. La cárcel Lefortovo es mucho más adecuada. -Hizo

Librodot

una pausa, dejó el vaso sobre la mesa y se sirvió un té. Brindar con su huésped era obligatorio, pero era demasiado temprano para seguir bebiendo.. Debo hacerle una pregunta. ¿Fue usted el que sacó del país a la señora Gerasimov y su hija?

Clark asintió. No ganaba nada con mentir.

-Sí, fui yo.

-Bienvenido entonces, Ivan... ¿cuál es el nombre de su padre?

-Timothy. Yo soy Ivan Timofeyevich, Sergey Nikolayevich.

-Ah -Golovko lanzó una carcajada.. La Guerra Fría fue terrible, mi amigo, pero es maravilloso volver a ver a los viejos enemigos ahora que todo ha terminado. Dentro de cincuenta años, cuando todos estemos muertos, los historiadores compararán los registros de la CIA con los nuestros y decidirán quién ganó la guerra de inteligencia. ¿Tiene alguna idea de qué dirán?

-Se olvida de que yo era soldado raso, no comandante.

-Nuestro mayor Scherenko quedó muy impresionado con usted y su joven compañero. El rescate de Koga fue impresionante. Y ahora volvemos a trabajar juntos. ¿Ya lo pusieron al tanto de todo?

Para Chávez, que se había hecho hombre mirando películas de Rambo y cuyo temprano entrenamiento en el ejército le había enseñado a esperar siempre encontronazos con los soviéticos, fue una experiencia que hubiera preferido atribuir al malestar posterior al vuelo. Pero los dos habían visto los pasillos vacíos a su paso. No tenía sentido permitirles ver caras que podrían recordar en otro momento y otro lugar.

-No, esencialmente estuvimos reuniendo información.

Golovko apretó un botón de su escritorio.

-¿Bondarenko está en el edificio?

Unos segundos después se abrió la puerta y entró un general ruso.

Los dos norteamericanos se pusieron de pie. Clark observó las medallas y lo miró con dureza. Bondarenko hizo lo mismo. Los apretones de manos fueron cautos, curiosos y extrañamente cálidos. Pertenecían a una época que estaba cambiando.

-Gennady Iosefovich es nuestro jefe de operaciones. Ivan Timofeyevich es espía de la CIA -los presentó el director.. Igual que su silencioso compañero. Dígame, Clark, ¿la plaga viene de Irán?

-Sí, es un hecho.

-Entonces es un bárbaro, pero muy inteligente. ¿General?

-Anoche ustedes movieron un regimiento de caballería de Israel a Kuwait -dijo Bondarenko.. Son soldados excelentes, pero la correlación de fuerzas es adversa al extremo. Estados Unidos no puede desplegar grandes cantidades de efectivos por lo menos hasta dentro de dos semanas. Daryaei no les dará dos semanas. Estimamos que las divisiones pesadas localizadas al sudeste de Bagdad estarán listas para moverse dentro de tres días, cuatro como máximo. Tardarán un día en llegar a la frontera, ¿y después? Después veremos qué se traen entre manos.

-¿Alguna idea?

-No tenemos más inteligencia que ustedes al respecto -dijo Golovko.. Lamentablemente hemos perdido la mayoría de la inteligencia que teníamos en el área y nuestros amigos, los generales del anterior régimen iraquí, han abandonado el país.

-La plana mayor del ejército es iraní, muchos fueron entrenados en Gran Bretaña y Estados Unidos bajo el régimen del sha y sobrevivieron a las purgas -dijo Bondarenko.. Tenemos dossiers sobre va-rios de ellos y los estamos transmitiendo al Pentágono.

-Es muy amable de parte de ustedes.

-Sin duda -acotó Ding.. Si nos hacen polvo, subirán al norte.

-Jovencito, las alianzas no se hacen por amor sino por intereses comunes -le dijo Golovko.

-Si ustedes no pueden enfrentar a este maníaco ahora, nosotros tendremos que enfrentarlo dentro de tres años -dijo seriamente Bondarenko.. Creo que será mejor para todos enfren-

tarlo ahora.

-Hemos ofrecido apoyo a Foleyeva y ella ha aceptado. Cuando conozcan su misión avísennos, y veremos qué podemos hacer.

Algunos durarían más que otros. Algunos menos. La primera muerte sucedió en Texas: un representante de equipos para golf que expiró debido a complicaciones cardíacas tres días después de ser admitido, un día después de que su esposa ingresara al hospital con los mismos síntomas. Los médicos que la entrevistaron determinaron que probablemente había contraído la enfermedad limpiando el vómito de su marido en el baño y no por contacto íntimo, porque debido a su malestar ni siquiera la había besado al volver de Phoenix. Aunque era una conclusión aparentemente insignificante y obvia fue transmitida por fax a Atlanta. El CDC había pedido toda la información existente, por nimia que fuera. Pero no era nimia para el equipo médico de Dallas. La primera muerte fue para ellos una mezcla de alivio y horror. Alivio porque el estado del hombre hacia el final era agónico y desesperante; horror porque pronto habría más muertes.

Lo mismo ocurrió seis horas después en Baltimore. El vendedor de Winnebagos tenía un problema gastrointestinal previo, una úlcera péptica que, aunque controlada, resultó blanco fácil para el virus de Ébola. Se le desintegró el estómago y se desangró mientras estaba inconsciente por la morfina. Fue casi una sorpresa para el médico a cargo y la enfermera. Poco después las muertes se sucedían a gran escala en todo el territorio nacional. Los medios informaban y el horror se profundizaba. En la primera serie de casos el marido fue el primero en morir, seguido por la esposa y los hijos.

Ahora era más real para todos. En un principio la crisis había sido un hecho lejano para la mayoría. Los negocios y las escuelas estaban cerrados y no se podía viajar, pero lo demás era un simple hecho televisado, como tienden a serlo todas las cosas en los países occidentales. Era algo que uno veía en una pantalla de fósforo, una imagen móvil aumentada por el sonido, algo real e irreal al mismo tiempo. Pero ahora la palabra *muerte* se pronunciaba con frecuencia. Las fotos de las víctimas aparecían en pantalla y en algunos casos transmitían videos domésticos, y las imágenes de personas ya muertas en momentos de placer y relajación seguidas por las sombrías palabras de los periodistas... invadían la conciencia pública con una inmediatez nueva y diferente a la vez que horrenda. Ya no se trataba de la pesadilla que termina al despertar. Ésta era una pesadilla interminable, creciente, devastadora como aquel sueño infantil de la nube negra que invade la habitación y crece y crece y se acerca a pesar de todos los esfuerzos por evitarla, y uno sabe que, si la nube lo toca, estará perdido.

Las protestas por la prohibición de viajar murieron el mismo día que el golfista de Texas y el vendedor de Winnebagos de Maryland. Los contactos interpersonales, que al principio habían menguado, volvieron a manifestarse, aunque restringidos al nivel familiar. La vida de la gente pasaba por el teléfono. Se hacían muchísimos llamados de larga distancia para conocer el estado de familiares y amigos, al punto tal que AT&T, MCI y el resto de las empresas telefónicas sacaron avisos pidiendo que abreviaran las llamadas y destinaron líneas de acceso especial para uso médico y gubernamental. El pánico se había extendido a toda la nación, pero era un pánico silencioso y personal. No había demostraciones públicas. Casi no había autos en las calles, ni siquiera en las grandes ciudades. La gente ya no iba a los supermercados, prefería quedarse en casa alimentándose de latas y productos congelados.

Los periodistas seguían informando cámara y micrófono en mano, y paradójicamente, al hacerlo aumentaban el grado de tensión y a la vez contribuían a solucionarlo.

-Funciona -anunció por teléfono el general Pickett a su ex subordinado en Washington.

-¿Dónde estás, John? -preguntó Alexandre.

-En Dallas. Funciona, coronel. Necesito que hagas algo.

-Lo que sea.

Librodot

-Deja de jugar al practicante. Para eso están los residentes. Tengo un grupo de trabajo en Walter Reed. Únete a ellos. Eres demasiado importante en el campo teórico para seguir perdiendo tiempo clavando agujas enfundado en tu traje Racal, Alex.

-John, ahora éste es mi departamento y debo guiar a mis tropas. -Recordaba la lección de sus épocas de uniforme verde.

-Bueno, tu gente sabe cuidarse, coronel. Ahora puedes bajar el rifle y empezar a pensar como un verdadero *comandante*. No ganaremos esta batalla en los hospitales, ¿verdad? -preguntó Pickett, intentando ser razonable.. Tengo un transporte esperándote: un Hummer que te llevará directo a Reed. ¿Quieres que te reincorpore y lo convierta en una orden?

Alexandre sabía que podía hacerlo si se le antojaba.

-Dame media hora. -Colgó y miró el pasillo. Estaban sacando otro cadáver de una habitación. Era un orgullo estar allí. Aunque estaba perdiendo pacientes y perdería aún más... estaba allí, era médico, hacía lo mejor posible, y le demostraba al personal que sí, él era uno de ellos, atendía a los enfermos, corría riesgos en honor del juramento hecho a los veintiséis años. Cuando todo terminara, el equipo albergaría un sentimiento de solidaridad. Por horrible que fuera, habrían cumplido su deber...

-Maldita sea -musitó. John Pickett tenía razón. La batalla se peleaba en los hospitales, pero no se ganaría allí. Le avisó a su asistente que iría a ver al decano James en el otro piso.

Había un caso interesante. Una mujer de treinta y nueve años, admitida hacía dos días. Su media naranja estaba agonizando y ella estaba abatida. Había anticuerpos de Ébola en su sangre y presentaba los clásicos síntomas gripales, pero la enfermedad no había avanzado. De hecho, parecía haberse detenido.

-¿Qué te parece? -Cathy Ryan estaba especulando con el decano James.

-No te entusiasmes, Cathy -respondió James con voz cansada.

-No estoy entusiasmada, Dave, pero quiero saber por qué. Yo misma la entrevisté. Durmió en la misma cama con él dos días antes de traerlo al hospital...

-¿Tuvieron relaciones sexuales? -preguntó Alex, metiéndose en la conversación.

-No, Alex. Se lo pregunté. Él ya no se sentía bien. Creo que ella va a sobrevivir. -Sería la primera en Baltimore.

-La tendremos en observación por lo menos una semana, Cathy.

-Ya sé, Dave, pero ella es la primera -aclaró SURGEON.. Aquí hay algo diferente. ¿Qué es? ¡Tenemos que averiguarlo!

-¿La planilla? -Cathy se la pasó.

Alexandre le echó un rápido vistazo. La temperatura había baja-do a 100.2, la sangre... no era del todo normal pero...

-¿Qué le dijo, Cathy? -preguntó Alex, hojeando el informe.

-¿Cómo dice que se siente, eso me pregunta? Aterrada, tiene terror de morir. Jaquecas masivas, calambres abdominales... en gran parte debidos al estrés. No podemos culparla, ¿no?

-Parece estar mejorando. El hígado había empezado a decaer, pero anoche se interrumpió el proceso y está volviendo a...

-Eso es lo que me llamó la atención. Lo está venciendo, Alex -dijo la Dra. Ryan.. Sí, creo que vamos a vencerlo con ella. ¿Pero *por qué*? ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué podemos aprender de esto? ¿Podremos aplicarlo a otros pacientes?

El doctor Alexandre se decidió. John Pickett tenía razón. Debía ir a Reed.

-Dave, me quieren en Washington ahora mismo.

-Vaya -replicó el decano.. Aquí estamos cubiertos. Si puede ayudar, vaya.

-Cathy, la respuesta más probable a su pregunta es también la más sencilla. La capacidad de luchar contra esta enfermedad es inversamente proporcional a la cantidad de partículas que entren al sistema. Todos piensan que un solo virus basta para matar. No es cierto. No existe nada tan peligroso. Ébola mata destruyendo primero el sistema inmunitario, luego pasa a los órganos. Si esa mujer adquirió sólo una cantidad ínfima de pequeños miserables, es probable que su sistema inmunológico haya ganado la batalla. Hable un poco más con ella, Cat-

hy. Pídale todos los detalles de su relación con su marido o lo que sea la semana pasada. La llamaré dentro de dos horas. ¿Cómo les está yendo?

-Alex, si hay alguna esperanza en esto -replicó el doctor James-, entonces creo que vamos a derrotarlo.

Alexandre subió a descontaminarse. Primero roció escrupulosamente su traje protector y se lo quitó. Luego se puso un uniforme verde y mascarilla, tomó el ascensor -limpio. hasta la planta baja, y salió.

-¿Usted es el coronel Alexandre? -preguntó un sargento.

-Sí.

El NCO hizo la venia.

-Sígame, señor. Tenemos un Hummer y un chofer esperándolo. ¿Quiere una chaqueta, señor? Hace frío afuera.

-Gracias. -Se puso la parka sobre los hombros y avanzó en dirección al Hummer. Una Spec-4 iba al volante. Alexandre se sentó en la incómoda butaca, se ajustó el cinturón y ordenó:

-¡Adelante!

Sólo entonces volvió a pensar en lo que acababa de decirles a James y Ryan. Sacudió la cabeza como quien repele un insecto. Pickett *tenía* razón. Tal vez.

-Por favor, señor presidente, permítanos examinar la información primero. Incluso convoqué al Dr. Alexandre de Hopkins para que se uniera al grupo que formé en Reed. Es demasiado pronto para sacar conclusiones. Por favor, déjenos trabajar.

-Está bien, general -dijo Ryan, ofuscado.. Estaré aquí. Maldita sea -protestó antes de colgar.

-Tenemos otras cosas que hacer, señor -le recordó Goodley.

-Sí.

Todavía estaba oscuro cuando iniciaron el despliegue en el huso horario del Pacífico. Al menos fue fácil trasladar los aviones. Los Jumbos de las empresas más importantes fueron desviados a Barstow, California, donde sus tripulantes fueron revisados por médicos del ejército. También se modificó el sistema de ventilación de las naves. En el NTC, los soldados empezaron a abordar los ómnibus, cosa normal para la Fuerza Azul pero no para la FuOp. Los familiares de estos últimos los miraban subir a los vehículos. Se sabía poco, excepto que partían. Por el momento el destino era secreto; los soldados lo conocerían recién después del despegue. Más de diez mil hombres y mujeres significaban cuarenta vuelos a un promedio de cuatro por hora dadas las rudimentarias condiciones con que contaban en el desierto de California. Si alguien preguntaba, los encargados de relaciones públicas dirían que las unidades de Fort Irwin iban a colaborar con la emergencia nacional. En Washington, mientras tanto, algunos periodistas se enteraron de algo más.

-¿Thomas Donner? -preguntó la mujer de barbijo.

-Soy yo -respondió malhumorado. Había dejado el desayuno por la mitad y llevaba puesto un jean y una camisa de franela.

-FBI. ¿Podría acompañarme, señor? Tenemos que hablar con usted.

-¿Estoy arrestado? -preguntó Donner airadamente.

-Sólo si lo desea, señor Donner -respondió la agente.. Pero tiene que venir conmigo ahora mismo. No necesitará nada especial, excepto su billetera y sus documentos -agregó, entregándole una mascarilla quirúrgica estéril.

-Está bien. Déme un minuto -Donner cerró la puerta, besó a su esposa, se puso el saco y se cambió los zapatos. Luego salió, se ajustó la mascarilla y siguió a la agente hasta su automóvil.. ¿Puedo saber qué pasa?

-Formo parte del servicio de limusinas -replicó ella, poniendo punto final a la conversación. Si Donner era tan torpe como para olvidar que era miembro del grupo de prensa preseleccionado para operaciones del Pentágono, bueno, eso no era asunto suyo.

-El mayor error cometido por los iraquíes en 1990 fue logístico -explicó el almirante Jackson, deslizando el puntero por el mapa.. Todos creen que es cuestión de armas y bombas. Pero no. Es cuestión de combustible e información. Si uno tiene suficiente combustible para seguir moviéndose y sabe lo que está haciendo el otro, tendrá grandes posibilidades de triunfar. -La diapositiva de la pantalla colgada junto al mapa cambió y Jackson la señaló con su puntero.. Aquí.

Las fotos satelitales eran clarísimas. Todos los tanques y carros BMP estaban acompañados por otra cosa: tambores de combustible. Cada uno contenía cincuenta y cinco galones de diesel. La presencia de los tambores en la parte trasera de los T-80 aumentaba la vulnerabilidad de esos tanques, aunque tenían la ventaja de poder desprenderse de ellos mediante un sistema accionado desde la torreta.

-Quisiera que no alberguen dudas al respecto. Están listos para moverse, probablemente esta misma semana. Tenemos el Décimo de Caballería en Kuwait. El Undécimo y la Primera Brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte ya están en camino. Eso es todo lo que podemos hacer por ahora. Debido a la cuarentena, recién el viernes podremos trasladar otras unidades.

-Y eso es de conocimiento público -agregó Ed Foley.

-Esencialmente hemos desplegado una división, muy pesada, pero sólo una -concluyó Jackson.. Todos los militares kuwaitíes están en el terreno. Los sauditas también están saliendo.

-Y la tercera brigada depende de que los barcos MPS logren pasar a la Armada india -señaló el secretario Bretano.

-No podremos hacerlo -les informó el almirante DeMarco.. No tenemos suficiente poder de combate para abrirnos paso.

Jackson no respondió. No podía. El jefe de Operaciones Navales en ejercicio era su superior, muy a pesar suyo.

-Mira, Brucie -intervino Mickey Moore, dándose vuelta para mirarlo-, mis muchachos necesitan esos vehículos. Si no llegan, la Guardia Carolina deberá enfrentar una brigada enemiga mecanizada sólo con armas livianas. Ustedes se han pasado la vida diciéndonos lo imbatibles que son esos cruceros Aegis. Háganse cargo o cierren el pico, ¿de acuerdo? Mañana a esta hora tendré mil quinientos soldados en riesgo.

-Almirante Jackson -dijo el presidente.. ¿Qué opina Operaciones?

-Señor presidente, sin cobertura aérea...

-¿Podemos o no podemos? -exigió Ryan.

-No -respondió DeMarco.. No permitiré que perdamos los barcos de esa manera. Sin cobertura aérea no.

-Robby, quiero que opine al respecto -dijo Bretano.

-Bueno -Jackson respiró hondo.. Tienen un total de cuarenta Harriers. Son aviones buenos, pero no los mejores. La fuerza escolta tiene un total de, digamos, treinta misiles superficie-a-superficie. No debemos preocuparnos por una batalla con armas de fuego. El *Anzio* transporta normalmente setenta y cinco SAM, quince Tomahawks y ocho Arpones. El *Kidd* tiene setenta SAM y ocho Arpones. El *O-Bannon* no tiene SAM. Sólo tiene armas de defensa específica, pero también tiene Arpones. Las dos fragatas que acaban de unírseles deben tener por lo menos 20 SAM cada una. Teóricamente están en condiciones de presentar batalla.

-¡Es demasiado peligroso, Jackson! ¡Es imposible mandar una fuerza de superficie sola contra un grupo de portaaviones!

-¿Qué pasa si nosotros disparamos primero? -preguntó Ryan. Todos se dieron vuelta para mirarlo.

Librodot

-Señor presidente. -Otra vez DeMarco.. Nosotros no hacemos esas cosas. Ni siquiera tenemos la seguridad de que sean hostiles.

-El embajador opina que sí -acotó Bretano.

-Almirante DeMarco, esos equipos tienen que llegar -dijo el presidente, enrojeciendo.

-La Fuerza Aérea va rumbo a Arabia Saudita. Dentro de dos días estaremos en condiciones de hacerlo, pero hasta entonces...

-Almirante, lo doy de baja. -El secretario Bretano clavó la vista en su informe.. Ya no necesitamos sus servicios. No tenemos dos días para concederle.

Bretano acababa de violar el protocolo. Los jefes del Consejo Militar eran nombrados por el presidente, y aunque titularmente eran asesores militares del secretario de Defensa *y* del presidente, sólo el presidente podía pedirles la renuncia. El almirante DeMarco miró a Ryan.

-Señor presidente, estoy obligado a darle mi opinión sobre este espinoso asunto.

-Almirante, tenemos mil quinientos hombres en peligro. Usted no puede venir aquí y decirnos que la Armada no va a respaldarlos. A partir de ahora prescindimos de sus servicios -dijo el presidente.. Buen día. -Los otros jefes uniformados se miraron. Jamás había pasado algo así.. ¿Cuánto falta para entrar en contacto con India? -preguntó Ryan, cambiando de tema.

-Aproximadamente veinticuatro horas, señor.

-¿Tenemos alguna manera de proveer refuerzos adicionales?

-También hay un submarino en la zona, cargado con torpedos y misiles. Está aproximadamente cincuenta millas delante del *Anzio* -dijo Jackson, mientras un almirante atónito y su asistente abandonaban la sala.. Podemos aumentarle la velocidad. Así correrá más riesgos de ser detectado, pero los indios no son tan rápidos con el ASW. Sería un arma ofensiva, señores. Los submarinos no pueden defender pasivamente. Hunden barcos.

-Tal vez deba conversar un poco con la primera ministra de India -comentó POTUS.. Una vez que los hayamos pasado, ¿qué pasará?

-Bueno, tendremos que atravesar el estrecho y llegar a los puertos de descarga.

-En eso puedo ayudarlos -prometió el jefe de staff de la Fuerza Aérea.. Ya tendremos los F-16 posicionados. El Ala 336 aún no estará lista, pero los muchachos de Israel sí.

-Vamos a necesitarlos, general -enfatizó Jackson.

-Caramba, la Armada nos está pidiendo ayuda a los muchachitos del aire -bromeó el de la Fuerza Aérea, poniéndose serio inmediatamente.. Mataremos a todos los hijos de puta que se atraviesen en tu camino, Robby. En cuanto entres al estrecho tendrás un amigo en el cielo.

-¿Con eso alcanza? -preguntó el presidente.

-Estrictamente hablando, no. El otro bando tiene cuatrocientos aviones de primera línea. Cuando tengamos lista la 366 -tardaremos tres días como mínimo-, tendremos solamente ochenta aviones de combate aire-a-aire, pero los sauditas no son malos. Tenemos AWACS in situ. Tus tanques pelearán bajo cielo neutral en el peor de los casos, Mickey. -El general miró su reloj.. Apuesto a que ya están llegando.

-Bueno, damas y caballeros -el jefe de relaciones públicas se dirigió a los quince periodistas reunidos.. Han sido convocados para un despliegue militar. El sargento Astor está repartiendo los formula-rios de consentimiento. Por favor fírmenlos y devuélvanlos.

-¿Qué es esto? -preguntó uno de ellos.

-¿Tal vez le interese leerlo? -sugirió el coronel detrás de su mascarilla.

-Análisis de sangre -murmuró.. Esto sí lo entiendo. ¿Pero y el resto?

-Señores, los que firmen el formulario se enterarán de los siguientes pasos. Los que no firmen serán trasladados a sus casas. -Como siempre, la curiosidad pudo más. Todos firmaron.

-Gracias. -El coronel examinó todos los formularios.. Por favor salgan por la puerta de la izquierda. Los oficiales de la Armada los esperan.

Defendía su propio caso. Aunque había sido miembro del Colegio de Abogados durante treinta años, Ed Kealty sólo había asistido a la Corte como espectador, aunque en muchas ocasiones había utilizado las escalinatas de un tribunal para dar un discurso o hacer un anuncio. La Corte era un lugar por naturaleza dramático.

-Estoy aquí -comenzó el ex vicepresidente. para pedir un juicio político. Mi derecho a cruzar un límite interestatal ha sido violado por un decreto del presidente. Esto va en contra de garantías constitucionales explícitas y también de un precedente de la Corte Suprema, el caso Lemuel Penn, que la Corte juzgó por unanimidad...

Pat Martin estaba sentado junto al subsecretario de Justicia, que hablaría por el gobierno. Las cámaras de *Court TV* transmitirían el caso vía satélite a toda la nación. Era una escena extraña. El juez, el periodista de la Corte, el alguacil, todos los abogados, los diez reporteros y los cuatro espectadores llevaban puestas mascarillas quirúrgicas y guantes de goma. Todos acababan de ver a Ed Kealty cometer el mayor error de cálculo político de toda su carrera, aunque aún no se habían dado cuenta. Martin lo había anticipado.

-La libertad de tránsito es central para todas las libertades establecidas y protegidas por la Constitución. El presidente no tiene autoridad constitucional ni estatutaria para negar esta libertad a los ciudadanos, mucho menos con aplicación de la fuerza armada, lo que ya ha resultado en la muerte de un ciudadano. Es un simple punto legal -decía Kealty, media hora después-, y en mi nombre y el de mis conciudadanos pido a esta Corte la anulación de ese decreto ilegal. -Dicho eso, Edward J. Kealty volvió a su lugar.

-Su Excelencia -dijo el subsecretario de Justicia, yendo hacia el podio con el micrófono de la TV-, tal como ha dicho el demandante, éste es un caso importante pero simple en sus fundamentos.

-El gobierno cita al señor Justice Holmes en el célebre caso de libertad de opinión, cuando nos dijo que la suspensión de las libertades *es* permisible cuando el peligro que corre el país es a la vez real y presente. La Constitución, Su Excelencia, no es un pacto suicida. La crisis que enfrenta hoy nuestro país es mortal y de una naturaleza tal que los constituyentes no pudieron anticipar. A fines del siglo XVIII no se conocía la naturaleza específica de las enfermedades infecciosas. Pero la cuarentena de los barcos era un proceso común y aceptado. Tenemos el precedente del embargo comercial de Jefferson, pero sobre todo, Su Señoría, tenemos sentido común. No podemos sacrificar a nuestros ciudadanos en el altar de la teoría legal...

Martin escuchaba restregándose la nariz bajo la mascarilla. Pare-cía que hubieran derramado un barril de Lysol en la sala.

Podría haber sido cómico que los quince periodistas reaccionaran de la misma manera al conocer los resultados del análisis de sangre, pero no lo fue. Un parpadeo. Un suspiro de alivio.

-Bueno, afuera los espera un ómnibus para llevarlos a Andrews. Recibirán más información después del despegue -anunció el coronel.

-¡Un momentito! -objetó Tomm Donner.

-Eso figuraba en su formulario de consentimiento, señor, ¿recuerda?

-Tenías razón, John -dijo Alexandre. La epidemiología era la versión médica de la contaduría, y así como esa aburrida profesión era vital para el funcionamiento de una empresa, el estudio de las enfermedades y sus formas de propagación era la madre de la medicina moderna, a partir de que un médico francés descubrió en 1830 que los enfermos morían o sanaban proporcionalmente al tratamiento recibido o a la falta de él. Ese extraño descubrimiento forzó a la comunidad médica a estudiarse a sí misma, a buscar lo que servía y lo que no, y transformó la medicina de comercio en arte científico.

El diablo siempre está en los detalles. Pero en este caso tal vez no fuera el diablo, pen-

saba Alex.

Ya había 3.451 casos de Ébola en el país. La cifra incluía a los que empezaban a morir, a los que manifestaban síntomas claros y a los que tenían anticuerpos. Desde cierto punto de vista la cantidad no era exagerada. Menos que las muertes por SIDA, dos veces menos que las muertes por cáncer y enfermedades cardiovasculares. El estudio estadístico, realizado por el FBI con la colaboración de los médicos locales de todo el país, establecía 223 casos originales o primarios, todos infectados en exhibiciones comerciales, que habían contagiado a otros, que a su vez habían contagiado a más gente. Aunque seguían apareciendo nuevos casos, el porcentaje de aumento era menor que el predicho por los modelos computarizados preexistentes... y en Hopkins ya habían tenido un primer caso de anticuerpos sin manifestación de síntomas...?

-Tendría que haber más casos primarios, Alex -dijo Pickett.. Anoche nos dimos cuenta. El primero que murió había volado de Phoenix a Dallas. El FBI consiguió los registros del vuelo y la Universidad de Texas examinó a todos los que viajaron en ese avión. Terminaron esta mañana. Un solo pasajero tiene anticuerpos, pero no síntomas.

-¿Factores de riesgo?

-Gingivitis. Encías sangrantes -informó el general Pickett.

-Intenta transmitirse por aire... pero...

-Eso pienso yo, Alex. Los casos secundarios aparentemente se producen por contactos más íntimos. Abrazos, besos, prestación de cuidados a un enfermo querido. Si tenemos razón, la epidemia llegará a su pico dentro de tres días y luego se detendrá. En el ínterin habrá varios sobrevivientes.

-Tenemos uno en Hopkins. Tiene anticuerpos, pero no manifiesta síntomas importantes.

-Necesitamos que Gus empiece a trabajar sobre degradación medioambiental. Ya tendría que estar haciéndolo.

-De acuerdo. Llámalo. Tengo que terminar unos seguimientos.

El juez era un viejo amigo de Kealty. Martin no sabía cómo había llegado a ser primer violín del distrito, pero ya no tenía importancia. Las dos presentaciones duraron aproximadamente treinta minutos cada una. Se trataba, como habían dicho ambos, de un punto legal bastante simple, aunque sus aplicaciones prácticas producían toda clase de complejidades. También era un asunto de suma urgencia, y debido a eso el juez regresó a las cámaras después de apenas una hora de reflexión. Se puso de pie para leer su decisión. Más tarde redactaría formalmente el veredicto.

-La Corte -comenzó. reconoce el grave peligro que atraviesa el país y debe solidarizarse con el presidente Ryan y su decisión de salvaguardar las vidas de los norteamericanos además de sus libertades.

No obstante, la Corte debe reconocer el hecho de que la Constitución es, y sigue siendo, la ley suprema del país. Violar ese instrumento legal es un paso que potencialmente sienta un precedente cuyas graves consecuencias van más allá de esta terrible crisis, y aunque el presidente Ryan está actuando ciertamente con los mejores motivos, esta Corte debe anular la orden ejecutiva y confiar en que nuestros ciudadanos obren con prudencia e inteligencia en atención a su propio bienestar. Es cosa juzgada.

-Su Señoría. -El subsecretario de Justicia se puso de pie.. El gobierno apelará su veredicto ante el tribunal de Richmond. Pedimos una suspensión hasta que los documentos pertinentes sean procesados.

-Pedido denegado. Se levanta la sesión. -El juez se levantó y abandonó el estrado sin agregar nada más. La sala estalló.

-¿Qué significa esto? -le preguntó el corresponsal de *Court TV* -aunque él también era abogado y seguramente sabía qué significaba. a Ed Kealty, extendiendo el brazo que sostenía el micrófono como ya era costumbre en el medio.

-Significa que el así llamado presidente Ryan no puede violar la ley. Creo haber demos-

trado aquí que la ley todavía sigue gobernando nuestro país -replicó el político, sin demostrar abiertamente su satisfacción.

-¿Qué dice el gobierno? -le preguntaron al subsecretario de Justicia.

-No mucho. Nos presentaremos ante la Corte de Apelaciones de Richmond antes de que el juez Venable termine de redactar su veredicto. La orden de la Corte no entra oficialmente en vigencia hasta estar escrita, firmada y debidamente archivada. Nosotros terminaremos de redactar nuestra apelación antes de que eso pase. La Corte de Apelaciones dejará en suspenso la orden...

-¿Y si no lo hace?

Martin se encargó de responder.

-En ese caso, señor, el decreto presidencial seguirá vigente en beneficio de la seguridad pública hasta que el caso pueda presentarse dentro de un marco más estructurado. Pero hay sobradas razones para creer que la Corte de Apelaciones la dejará en suspenso. Los jueces son personas más allá de ser jueces. Además, hay otra cosa.

-¿Qué? -preguntó el periodista. Kealty los observaba a pocos metros de distancia.

-La Corte acaba de solucionar otro importante tema constitucional. Al referirse al presidente Ryan por su nombre y cargo, la Corte ha dilucidado el tema de la sucesión presidencial planteado por el exvicepresidente Kealty. Además, la Corte dijo que anulaba el decreto presidencial. Si el señor Ryan no hubiera sido presidente de Estados Unidos, el decreto hubiera sido inválido y nulo por naturaleza y la Corte lo hubiera manifestado así. En cambio, y si bien la Corte actuó incorrectamente en un punto, a mi entender actuó correctamente en cuanto al procedimiento. Gracias. El subsecretario de Justicia y yo tenemos que redactar la apelación.

No siempre se podía dejar mudo a un periodista... mucho menos a una figura política.

-¡Eh, un momento! -gritó Kealty.

-Nunca fuiste un buen abogado, Ed -le susurró Martin al pa-sar.

-Creo que tiene razón -dijo Lorenz.. Dios santo, espero que la tenga.

Los laboratorios del CDC habían trabajado frenéticamente desde un comienzo para determinar la supervivencia del virus al aire libre. Habían instalado cámaras ambientales con diferentes grados de temperatura y humedad y diferentes niveles de intensidad lumínica, y los resultados, cosa incomprensible, seguían siendo los mismos. La enfermedad que supuestamente debía transmitirse por aire... no se transmitía de esa manera o al menos estaba dejando de hacerlo. La supervivencia del virus al aire libre se medía en minutos, aun en condiciones favorables.

-Me gustaría entender mejor el lado militar de esto -dijo Lorenz tras un momento de reflexión.

-Doscientos veintitrés casos primarios. Eso es todo. Si hubiera más ya lo sabríamos. Dieciocho sitios confirmados y cuatro exhibiciones comerciales adicionales que no generaron infección. ¿Por qué esos dieciocho sí y los otros cuatro no? -preguntó Alex.. ¿Qué pasa si atacaron los veintidós sitios pero en esos cuatro erraron el golpe?

-Sobre la base de nuestra información experimental, es una posibilidad real, Alex -Lorenz sacó su pipa del bolsillo.. Nuestros modelos predicen un total de ocho mil casos. Tendremos sobrevivientes que alterarán las cantidades de los modelos. Este asunto de la cuarentena ha enloquecido a nuestra gente. Sabe, no creo que la prohibición de viajar sea importante en sí misma, pero la gente se asustó tanto con eso que dejó de interactuar y...

-Doctor, ésa es la tercera buena noticia del día -suspiró Alexandre. La primera había sido la mujer de Hopkins. La segunda, la información analítica de Pickett. La tercera era el trabajo de laboratorio de Gus y la conclusión lógica a que llevaba.. John siempre dijo que la guerra biológica era más psicológica que real.

-John es un médico astuto, Alex. Igual que usted.

-Dentro de tres días lo sabremos.

-De acuerdo.

-Puede encontrarme en Reed por estos días.

-Yo también estoy durmiendo en la oficina.

-Nos vemos -Alexandre cortó la comunicación. Lo acompañaban seis médicos del ejército, tres de Walter Reed y tres del USAMRIID.. ¿Comentarios?

-Es una locura -observó un mayor de sonrisa exhausta.. Dicen que es un arma psicológica, bueno. Aterra a todo el mundo. Pero eso también vale para nosotros. Y alguien del otro bando se equivocó en grande. Me pregunto cómo...

Alex lo pensó un instante y llamó a Johns Hopkins.

-Habla el doctor Alexandre. Necesito hablar con la Dra. Ryan, es muy importante... Está bien, espero -Cathy tardó unos minutos en atender.. ¿Cathy? Soy Alex. Necesito hablar con su marido. Sería mejor que usted también estuviera presente... Es importantísimo -concluyó.

55

Comienzo

Doscientos archivos significaban doscientas partidas de nacimiento, doscientos permisos de conducir, doscientas casas o departamentos, doscientas tarjetas de crédito y toda clase de documentos a verificar. Era inevitable que el agente especial Aref Raman llamara especialmente la atención de los trescientos investigadores del FBI asignados al caso. Pero de hecho todos los empleados del Servicio Secreto con acceso regular a la Casa Blanca figuraban en la lista. En todo el país (el USSS reclutaba su personal en todo el territorio nacional como cualquier agencia) los agentes del FBI empezaron por las partidas de nacimiento y prosiguieron con el resto, llegando incluso a comparar las fotos de fin de año escolar con las de los documentos de los implicados. Tres agentes de la Custodia Personal resultaron ser inmigrantes, lo cual dificultó la investigación de ciertos detalles personales. Uno, nacido en Francia, había llegado a Estados Unidos en brazos de su madre. Otra había huido ilegalmente de México con sus padres y luego había legalizado su situación, destacándose como un genio de la División Técnica de Seguridad... y miembro ferozmente patriótico del equipo. Por último, faltaban algunos datos de -Jeff. Raman, lo que bien podía explicarse por tener sus padres status de refugiados.

En cierto sentido era demasiado fácil. En su registro decía que había nacido en Irán y había llegado a Estados Unidos con sus padres después de la caída del sha. Todo indicaba que se había adaptado perfectamente a su nuevo país, adoptando incluso un fanatismo por el basketball legendario en el Servicio. Casi nunca erraba un pronóstico y sus colegas solían decir que los apostadores profesionales lo consultaban antes de un partido importante. Siempre estaba dispuesto a disfrutar una cerveza con sus compañeros. Había cosechado una excelente reputación como agente de campo. Era soltero, estado civil bastante común entre los oficiales federales. El Servicio Secreto era particularmente cruel para las esposas, que debían compartir a sus bienamados con un trabajo más exigente aún que la más exigente de las amantes... y por eso el divorcio era allí más común que el matrimonio. Se lo había visto en compañía femenina, pero no hablaba del tema. De ahí podía deducirse que su vida privada era tranquila. Había certeza de que no mantenía contacto con otros ciudadanos iraníes. No era religioso y jamás había mencionado el Islam en una conversación, excepto para decir, como le había dicho al presidente aquella vez, que la religión había causado tanto sufrimiento a su familia que prefería no tenerla presente.

Al inspector O-Day, a cargo de los casos sensibles por orden de Dan Murray, no le impresionaba ni ésa ni ninguna otra historia. Estaba supervisando la investigación y asumía que el adversario, si existía, sería experto. Por consiguiente la identidad más plausible y consistente era para él una máscara potencial a ser examinada. Mejor aún, no había reglas a seguir. La agente Price en persona lo había decidido. Él mismo había seleccionado gente de los Cuarteles Generales y la Oficina de Campo de Washington para integrar el equipo investigador. Había asignado los mejores a Aref Raman, que por el momento seguía convenientemente en Washington.

Librodot

El departamento de Raman, en el sector noroeste del DC, era modesto pero confortable. Tenía una alarma antirrobo, pero no les había traído problemas. Entre los agentes seleccionados para el ingreso ilegal a la vivienda había un mago técnico que, después de abrir la cerradura en dos segundos, reconoció el panel de control e ingresó el código de emergencia del fabricante -los sabía todos de memoria. para desactivar el sistema.

Los dos agentes de avanzada llamaron a otros tres para entrar al departamento después de violar la cerradura. Fotografiaron cada rincón tratando de no alterar posibles -alcahuetes.: objetos aparentemente inocentes o casuales que, si alguien los tocaba o movía, advertirían al ocupante que alguien había estado en su casa. Los -alcahuetes. solían ser endiabladamente difíciles de detectar y derrotar, pero los cinco agentes eran parte de la División de Contrainteligencia Extranjera del FBI y habían sido entrenados contra y por agentes secretos profesionales. -Inspeccionar. el departamento demandaría largas horas de tedioso esfuerzo. Sabían que por lo menos otros cinco equipos estaban haciendo lo mismo en las casas de otros sospechosos potenciales.

El P-3C revoloteaba al límite del alcance del radar de los barcos indios, volando bajo e irregularmente en el aire que cubría la caliente superficie del Mar Arábigo. Habían detectado treinta emisores de diecinueve fuentes. Los que más los preocupaban eran los poderosos radares de detección de baja frecuencia, aunque los receptores de amenazas también registraban radares SAM. Supuestamente la Armada india estaba realizando prácticas después de un largo intervalo de mantenimiento. El problema era la imposibilidad de distinguir esas prácticas de los preparativos de guerra. La información analizada a bordo por el equipo ELINT fue transmitida al *Anzio* y al resto de las escoltas del Grupo de Tareas COMEDY, como habían dado en llamar los marineros al *Bob Hope* y sus escoltas.

El comandante del COMEDY estaba sentado en su centro de información de combate. Las tres grandes pantallas (aparatos de televisión conectados con el sistema computarizado de radar del Aegis) mostraban la ubicación de la flota india con bastante precisión. Incluso podía identificar cuáles de los *blips* o señales luminosas correspondían a portaaviones. Su tarea era compleja. El COMEDY estaba completo. Las naves de abastecimiento *Platte* y *Supply* se habían sumado al grupo con sus escoltas *Hawes* y *Carr*, y en las próximas horas todos los escoltas se turnarían para evitar derroches de combustible... Para un capitán de la Armada, tener demasiado combustible era como tener mucho dinero: imposible. Después de eso, las embarcaciones UNREP recibirían la orden de posicionarse junto a los transportadores de tanques y las fragatas. El *O-Bannon* avanzaría para proseguir su rastreo ASW... India tenía dos submarinos nucleares y nadie sabía dónde estaban. El *Kidd* y el *Anzio* volverían a la formación para tener cobertura aérea próxima. Por lo general el crucero Aegis permanecía apartado, pero en esa oportunidad no.

El motivo no eran las órdenes recibidas sino la TV. Todas las embarcaciones del grupo tenían su receptor de TV satelital; en la Armada moderna los marineros querían y obtenían su propio sistema de cable, y mientras la tripulación pasaba la mayor parte del tiempo viendo películas -tratándose de marineros, las del canal Playboy eran las favoritas-, el comandante sufría una sobredosis de CNN porque, aunque no siempre las órdenes recibidas le proporcionaban toda la información que necesitaba para su misión, la televisión comercial sí. Los tripulantes estaban tensos y nerviosos. Hubiera sido imposible ocultarles lo que pasaba en Estados Unidos, y las imágenes de gente enferma y agonizante, rutas interestatales bloqueadas y calles vacías los habían impresionado tan mal que los oficiales y jefes habían tenido que sentarse a conversar con ellos. Luego habían llegado esas órdenes. Estaban pasando cosas en el Golfo Pérsico y en casa y súbitamente todos los barcos MPS, con sus brigadas de vehículos de combate, ponían proa al puerto saudita de Dhahran... y la Armada india estaba en el camino. El capitán Greg Kemper del USS *Anzio* advirtió que la tripulación estaba silenciosa. Sus jefes reportaron que las -tropas. no bromeaban ni gritaban en las salas de reunión. Los constantes simulacros en el sistema de combate Aegis lo habían dejado en claro: el COMEDY no nave-

Librodot

gaba fuera de peligro.

Todos los barcos escolta tenían un helicóptero coordinado con el equipo ASW del *O-Bannon*, homónimo del -barco de oro. de la Armada en la Segunda Guerra Mundial, un destructor clase Fletcher que había combatido en todas las batallas mayores del Pacífico sin víctimas ni daños. Su homónimo tenía grabada una *A* dorada, símbolo de todo cazasubmarinos digno de nota... al menos en los simulacros. La herencia del *Kidd* era menos afortunada. Lo habían bautizado en homenaje al almirante Isaac Kidd, muerto a bordo del USS *Arizona* la mañana del 7 de diciembre de 1941, y formaba parte del grupo de cuatro destructores de misiles -clase almirante muerto. originalmente construidos para la Armada iraní bajo el régimen del sha, impuestos al renuente presidente Carter y luego bautizados perversamente con los nombres de almirantes muertos en batallas perdidas. El *Anzio*, siguiendo una rara tradición de la Armada, llevaba el nombre de una batalla terrestre, parte de la campaña italiana de 1943, en la que una invasión temeraria se transformó en lucha desesperada. Los barcos de guerra se fabricaban con ese fin, pero sus comandantes tenían el deber de que la desesperación corriera por cuenta del enemigo.

En una guerra real hubiera sido fácil. El *Anzio* tenía quince misiles Tomahawk a bordo, cada uno con una cabeza de guerra de mil libras, y estaba cerca de la flota india. En un mundo ideal los hubiera lanzado a doscientas millas, basándose en la información de blanco privilegiado de los Orion.

-¡Capitán! -Era un suboficial del ESM.. Tenemos información de radar. El Orion tiene compañía en el aire, parecen dos Harriers, distancia desconocida, orientación constante, fuerza de señal en aumento.

-Gracias. El cielo es libre aunque algunos piensen lo contrario -recordó Kemper en voz alta... por si alguien lo había olvidado.

Tal vez fuera una práctica naval, pero la flota india no había avanzado las consabidas cuarenta millas el día anterior, y en cambio había ido y venido, al este y al oeste, cruzando varias veces su propio derrotero. Se suponía que las prácticas tenían formas más libres. El capitán del *Anzio* comprendió que se habían apoderado de esa parte del océano, casualmente entre la posición actual del COMEDY y su destino final.

Tampoco era un secreto para nadie. Todos fingían estar en condiciones normales de épocas de paz. Pero el *Anzio* había activado su radar SPY-1 y la flota india había hecho otro tanto. Parecía un juego de niños.

-Capitán, tenemos contactos aéreos múltiples orientación cero-siete-cero, alcance dos-uno-cinco millas. No son comerciales. Los designamos Raid-Uno. -Los símbolos aparecieron en la pantalla central.

-No hay emisores en esa orientación -reportó el EMS.

-Muy bien. -El capitán cruzó las piernas en su silla de comando. Ése era el momento en que Gary Cooper encendía un cigarrillo en las películas.

-Raid-Uno tiene aparentemente cuatro aeronaves en formación, velocidad cuatro-cinco-cero nudos, curso dos-cuatro-cinco.

-¿CPA proyectado? -preguntó el capitán.

-Pasarán dentro de las veinte millas de su curso corriente, señor -respondió un marinero muy crispado.

-Muy bien. De acuerdo, muchachos, presten atención. Quiero que conserven la calma y sean eficientes. Todos conocen su trabajo. Cuando haya razones para excitarse, yo seré el primero en avisarles -prometió.. Armas desactivadas. -Eso significaba que todavía se aplicaban las reglas de épocas de paz. Además, no tenían nada listo para disparar... situación que podía remediarse fácilmente girando algunas llaves.

-*Anzio*, aquí Gonzo-Cuatro, cambio -dijo una voz por la radio aire-a-superficie.

-Gonzo-Cuatro, aquí *Anzio*, cambio.

-*Anzio* -informó el aviador-, tenemos dos Harriers jugando con nosotros. Uno acaba de pasar apenas a veinte yardas. Lleva blan

cos colgando de los rieles. -Misiles verdaderos colgando de las alas.

-¿Hace algo? -preguntó el oficial de control aéreo.

-Negativo, es como si quisiera jugar un poco.

-Dígale que prosiga la misión -dijo el capitán.. Y que finja que no le importa.

-Sí, señor. -La orden fue transmitida.

Esa clase de cosas no era para nada inusual. Los pilotos de combate eran pilotos de combate, y el capitán lo sabía. Nunca pasaban de molestar a las muchachas en bicicleta. Concentró su atención en el Raid-Uno. El curso y la velocidad permanecían inalterables. No se trataba de un acto hostil. Los indios le estaban haciendo saber que sabían, lo cual era evidente por la aparición de aviones de combate en dos lugares al mismo tiempo. Era definitivamente un juego de niños.

¿Qué hago ahora? se preguntó. *¿Juego duro? ¿Juego débil? ¿Juego apático?* La gente solía subestimar el aspecto psicológico de las operaciones militares. Raid-Uno estaba ahora 150 millas afuera, aproximándose a toda velocidad al alcance de sus SM-2 MR SAM.

-¿Qué opina, Weps? -le preguntó a su oficial de armas.

-Creo que están tratando de molestarnos.

-Correcto. -El capitán revoleó mentalmente la moneda.. Bueno, están acosando al Orion. Les haremos saber que los vemos -ordenó.

Dos segundos después el radar de búsqueda SPY aumentó su poder a cuatro millones de vatios y lo dirigió a los aviones de combate aumentando la -residencia. en los blancos, lo que significaba que los captarían casi continuamente. Eso bastaría para enloquecer al equipo de detección de amenazas que llevarían a bordo. Dentro de veinte millas incluso podría empezar a dañar el equipo, según lo delicado que fuera. Eso se denominaba un -zorch.... y al capitán todavía le quedaban dos millones de vatios en la manga. La broma era que si uno molestaba de verdad a un Aegis corría el riesgo de engendrar niños bicéfalos.

-El *Kidd* acaba de entrar en espacio de batalla, señor -reportó el oficial de cubierta.

-Buen momento para entrenarse, ¿no? -El Raid-Uno estaba ahora a unas cien millas de alcance.. Ilumínelos, Weps.

Los cuatro radares de iluminación de blanco SPG-51 se encendieron, enviando rayos de energía banda-X a los aviones de combate. La función de esos radares era decirles a los misiles cómo encontrar sus blancos. El equipo de detección de amenazas de la flota india también los captaría. Los aviones no modificaron curso ni velocidad.

-Está bien, eso significa que no estamos jugando duro hoy. Si tuvieran en mente hacer algo ya estarían maniobrando -anunció el capitán a su tripulación.. Saben, es como doblar en la esquina al ver un policía. -O tenían hielo en las venas, lo cual no parecía probable.

-¿Quiere ver la formación? -preguntó Weps.

-Eso es lo que haré. Tomar algunas fotos, ver qué hay aquí -opinó Kemper.

-Muchas cosas al mismo tiempo, señor.

-Sí -admitió el capitán, observando el despliegue. Levantó el teléfono.

-Puente -respondió el OOD.

-Dígale a sus subordinados que quiero saber qué son. Fotos si fuera posible. ¿Cómo es la visibilidad arriba?

-Bruma superficial, no está mal, señor. Tengo hombres en el Big Eyes.

-Muy bien.

-Nos pasarán rumbo al norte, doblarán a la izquierda y bajarán al puerto -predijo el capitán.

-Señor, Gonzo-Cuatro reporta una pasada muy próxima hace pocos segundos -dijo control aéreo.

-Dígale que mantenga la calma.

-Sí, capitán.

La situación se desarrolló rápidamente. Los aviones de combate sobrevolaron en círculo dos veces al COMEDY, sin acercarse nunca más de cinco millas náuticas. Los Harriers indios

pasaron otros quince minutos rodeando al Orion y tuvieron que regresar a su portaaviones para recargar combustible. El día siguió normalmente en el mar, sin disparos ni actos hostiles a menos que contaran las jugarretas del aviador, pero eso era pura rutina. Cuando todo terminó, el capitán del *Anzio* llamó a su oficial de comunicaciones.

-Necesito hablar con CINCLANT. Y... ¿Weps? -agregó.

-¿Sí, señor?

-Quiero que todos los sistemas de combate de la embarcación sean revisados por completo.

-Señor, los revisamos hace apenas doce horas...

-Ahora mismo, Weps -ordenó el capitán.

-¿Y son buenas noticias? -preguntó Cathy.

-Es muy simple, doctora -respondió Alex.. Usted vio morir algunas personas esta mañana. Y mañana verá morir otras más, y eso apesta. Pero miles es mejor que millones, ¿no? Creo que esta epidemia va a terminar. Lo sabremos en un par de días a partir del análisis estadístico de los casos.

El presidente asintió en silencio. Van Damm habló por él:

-¿A cuánto ascenderá la cuenta?

-Menos de diez mil, según los modelos computarizados de Reed y Detrick. Señor, no pretendo hacerme el elegante. Sólo estoy diciendo que diez mil es mejor que diez millones.

-Una muerte es una tragedia y un millón es una estadística -dijo Ryan finalmente.

-Sí, señor. Conozco el refrán. -La buena noticia tampoco hacía feliz a Alexandre. ¿Pero qué otra manera había de decirle a alguien que un desastre era mejor que una catástrofe?

-Iosef Vissarionovich Stalin -dijo SWORDSMAN.. Era hábil con las palabras.

-Usted sabe quién lo hizo -dijo Alexandre.

-¿Qué lo lleva a decir eso?

-Que no reaccionó normalmente ante lo que dije, señor presidente.

-Doctor, hace unos meses que no hago nada normalmente. ¿Cómo se relaciona esto con la prohibición de viajar?

-Sugiero que la prohibición se mantenga una semana más. Nuestra estimación no está grabada en piedra. El período de incubación de la enfermedad es variable. Uno no despide a los carros de bomberos ni bien desaparece la última llama. Se sienta allí y espera un posible estallido de fuego. Lo mismo pasa en este caso. El hecho de que la gente se asustara tanto fue fundamental. Debido a eso disminuyeron los contactos interpersonales y así es como se detienen estas cosas. Dejemos que sigan así. Los nuevos casos estarán muy circunscriptos. Los atacaremos como atacamos la viruela. Identificaremos los casos, examinaremos a todos los que hayan estado en contacto con ellos, aislaremos a los que tengan anticuerpos y veremos cómo evolucionan. Está funcionando, ¿no? El que lo hizo calculó mal. La enfermedad no es tan contagiosa como pensaron... o tal vez se tratara de un mero ejercicio psicológico. Eso es precisamente la guerra biológica. Las grandes plagas del pasado ocurrieron porque la gente no sabía cómo se propagaban las enfermedades. No sabían nada de micro-bios, insectos y aguas contaminadas. Nosotros sí. Todos lo sabemos, lo aprendemos en las clases de higiene y anatomía en la escuela. Demonios, por eso no se contagió ningún médico. Tenemos mucha práctica con el SIDA y la hepatitis. Las mismas precauciones funcionan para las tres enfermedades.

-¿Cómo evitaremos que vuelva a ocurrir? -preguntó Van Damm.

-Ya se lo dije. Fondos. Investigación básica de temas genéticos y concentración en las enfermedades que conocemos. Nada nos impide descubrir vacunas contra Ébola y otras pestes.

-¿SIDA? -preguntó Ryan.

-Es difícil. El virus del SIDA es un ágil diablillo. Todos los intentos de vacuna han fracasado. Hicimos investigación genética básica para determinar cómo funciona el mecanismo

biológico y a partir de allí lograr que el sistema inmunitario reconozca el virus y lo mate... una especie de vacuna. Bueno, eso es una vacuna. Pero todavía no sabemos cómo hacerla funcionar. Mejoraremos. O dentro de veinte años no existirá África. Eh -dijo el sureño-, tengo parientes allá, ¿sabían?

-Ésa es una manera de evitar que vuelva a ocurrir. Usted, señor presidente, ya estuvo trabajando en el otro sentido. ¿Quién fue?

No tenía necesidad de aclarar que era un secreto:

-Irán. El ayatollah Mahmoud Haji Daryaei y sus alegres muchachos.

Alexandre volvió a ser oficial del ejército norteamericano por un instante:

-Señor, en lo que a mí respecta puede borrarlos de la faz de la Tierra si se le antoja.

Fue interesante ver el Aeropuerto Internacional de Mehrabad a la luz del sol. Clark jamás había considerado a Irán un país amistoso. Supuestamente, antes de la caída del sha la gente había sido amistosa, pero él no había estado allí para experimentarlo en carne propia. Había visitado el país como agente encubierto en 1979 y 1980, primero para reunir información para rescatar a los rehenes y luego para participar del operativo. No tenía palabras para describir lo que era estar en un país en condición revolucionaria. Sus épocas en la Unión Soviética habían sido mejores. Enemigo o no, Rusia siempre había sido un país civilizado con montones de reglas y ciudadanos dispuestos a violarlas. Pero Irán había ardido como una selva reseca bajo una tormenta eléctrica. -Muerte a Estados Unidos.. Esa frase, como un cántico, había estado en labios de todos... lo cual era sumamente aterrador si uno estaba en medio de la turba que aullaba. Un pequeño error hubiera significado la muerte para él, idea bastante horrenda para un hombre joven con hijos, espía o no. En Irán fusilaban a los criminales, pero los espías eran colgados. Una manera gratuitamente cruel de terminar con la vida de un hombre.

Algunas cosas habían cambiado. Otras no. Todavía sospechaban de los extranjeros en la aduana. El empleado estaba escoltado por hombres armados cuyo trabajo era impedir la entrada de gente como él. Para la nueva RIU, como para el país anterior, toda cara nueva era un espía potencial.

-Klerk -dijo, entregando su pasaporte-, Ivan Sergeyevich. -La identidad rusa falsa había funcionado bien antes y ya la había memorizado. Mejor aún, su ruso era casi perfecto. Había pasado por ciudadano soviético frente a oficiales uniformados más de una vez.

-Chekov, Yevgeniy Pavlovich -le dijo Chávez a otro empleado.

Nuevamente eran corresponsales de noticias. Las reglas prohibían que los agentes de la CIA se presentaran como periodistas *norteamericanos*, pero la prohibición no se aplicaba a los medios extranjeros.

-¿Propósito de la visita? -preguntó el primer despachante.

-Conocer el nuevo país -replicó Ivan Sergeyevich.. Ha de ser muy excitante para todos. -Para su misión en Japón habían llevado equipos fotográficos profesionales y un minúsculo y útil dispositivo que parecía, y ciertamente era, una luz brillante. Esa vez no.

-Él y yo venimos juntos -le dijo Yevgeniy Pavlovich a su empleado.

Los pasaportes eran nuevos, aunque nadie lo hubiera adivinado. Era una de las pocas cosas por las que no tenían que preocuparse. La manufactura de la RVS era tan buena como la de la KGB. Hacían los mejores documentos falsos del mundo. Las páginas estaban cubiertas de sellos y engrasadas y resquebrajadas por los años de supuesto uso. Un inspector revisó sus valijas. Encontró ropa, la mayor parte usada, dos libros que hojeó para ver si eran pornográficos, y dos cámaras de mediana calidad. Ambos llevaban sendos bolsos de mano con anotadores y minigrabadores. El inspector se tomó su tiempo, aun después de que los despachantes les permitieran ingresar al país con disgusto palpable.

-*Spasiba* -dijo John, complacido, levantando sus valijas y moviéndose. Con los años había aprendido a no ocultar por completo su alivio. Los viajeros normales se intimidaban. Él también debía parecer intimidado para no diferenciarse. Salieron y se ubicaron en la cola de taxis. Cuando estaban por subir a uno, Chávez tropezó y dejó caer el contenido de su bolso de

mano. Otras dos personas tomaron ese taxi mientras ellos se agachaban a recoger las pertenencias de Ding. Eso les garantizaría un taxi cualquiera, a menos que todos fueran manejados por espías.

El truco era parecer normal en todos los aspectos. No demasiado estúpido. Nunca demasiado inteligente. Desorientarse y pedir indicaciones, pero no con demasiada frecuencia. Parar en hoteles baratos. Y, en el caso de ellos, rezar para que nadie que los hubiera visto durante su breve visita se les cruzara en el camino. Supuestamente la misión era simple. Ésa era la idea. Rara vez mandaban oficiales de inteligencia a misiones complejas... porque obviamente tendrían el buen tino de rehusar. Pero las simples siempre resultaban complejas una vez que uno estaba allí.

-Se llama Grupo de Tareas COMEDY -dijo Robby.. Esta mañana les tocaron el timbre. -Informó brevemente a Ryan sobre el episodio.

-¿Juego duro? -preguntó el presidente.

-Al parecer le dieron un verdadero espectáculo aéreo al P-3. Yo hice lo mismo un par de veces en mi loca juventud. Quieren que sepamos que están allí y que no están intimidados. El comandante del grupo es Greg Kemper. No lo conozco, pero tiene una excelente reputación. A CINCLANT le gusta. Está pidiendo un cambio ROE.

-Todavía no. Más tarde.

-Está bien. No espero un ataque nocturno, pero tengamos pre-sente que el alba de ellos es nuestra medianoche, Jack.

-Arnie, ¿qué se sabe de la P-M.?

-No intercambiará regalos de Navidad con el embajador Williams -replicó Van Damm.. La conociste hace un tiempo en el Salón Este.

-Corremos el riesgo de que se comunique con Daryaei -les recordó Ben Goodley.. Si la confrontan, se escurrirá como una comadreja.

-¿Y? ¿Robby?

-¿Y si logramos pasar a la flota india y ella previene a Daryaei? Podrían tratar de bloquear el estrecho. La fuerza Mediterránea llegará allí dentro de unas horas y se unirá al resto a unas cincuenta millas de la entrada. Tendremos cobertura aérea. Lo lograrán. El problema son los míos. El estrecho es demasiado profundo para ellos. Cerca de Dhahran es otra cosa. Cuanto menos sepa la RIU mejor, pero probablemente ya sabrán para qué está allí COMEDY.

-Tal vez no -opinó Van Damm.. Si ella cree que puede manejar esto sola, tratará de demostrarle que también tiene un buen par de bolas.

La transferencia fue bautizada Operación CUSTER. Los cuarenta aviones ya estaban en el cielo y cada uno llevaba 250 soldados en un tren celeste de seis mil millas de longitud. Los aviones líderes estaban a seis horas de Dhahran. Acababan de abandonar el espacio aéreo ruso y sobrevolaban Ucrania.

Los pilotos de los F-15 se habían saludado con un grupo de aviones de combate rusos que se acercaron a decir hola. Les ardían los traseros de pasar tanto tiempo en el mismo asiento... En cambio, los pilotos de aerolínea que los escoltaban podían levantarse y caminar un poco; hasta tenían baños, todo un lujo para un aviador de combate que sólo conocía un artefacto mordazmente denominado -tubo de alivio.. Los brazos parecían piedras. Los músculos se entumecían de tanto estar en la misma posición. Llegaron a la conclusión de que un conflicto aire-a-aire una hora antes de llegar a destino no sería precisamente divertido. La mayoría bebía café, trataba de cambiar de mano la palanca y se estiraba todo lo que podía.

Los soldados dormían, ignorando todavía la naturaleza de su misión. Las aerolíneas habían abastecido normalmente los aviones y las tropas habían disfrutado lo que podía ser su último trago en mucho tiempo. Los que habían estado en Arabia Saudita en 1990 y 1991 contaban sus historias de guerra, dejando muy bien en claro que el reino no era un lugar donde

Librodot

uno fuera a buscar vida nocturna.

Holbrook y Brown descubrieron que Indiana tampoco, al menos ahora. Por lo menos habían tenido la astucia de meterse en un motel antes del pánico general, y allí estaban todavía, atrapados. Ese motel, como los que habían ocupado en Wyoming y Nebraska, apuntaba a una clientela de camioneros. Tenía un enorme restaurante a la antigua con estaño y bancos altos, y ahora con camareras y clientes enmascarados que no se juntaban a conversar. Todos comían en soledad y volvían a sus habitaciones o dormían en el camión. Todos los días había una especie de danza ritual. Tenían que mover los camiones para evitar que la permanencia en el mismo lugar estropeara las ruedas. Algunos escuchaban los noticieros de la radio. Los cuartos, el restaurante y hasta algunos camiones tenían televisores. Reinaba el aburrimiento, ese aburrimiento tenso familiar para los soldados pero no para los dos Montañeses.

-Maldito gobierno -dijo un transportador de muebles. Tenía familia a dos estados de distancia.

-Supongo que quisieron demostrarnos quién manda, ¿no? -masculló Ernie Brown.

Posteriormente se sabría que ningún camionero había contraído la enfermedad. Llevaban una vida demasiado solitaria para eso. Pero sus vidas dependían del movimiento, porque se ganaban la vida de esa manera y porque lo habían elegido. Quedarse quietos no estaba en su naturaleza. Mucho menos que los obligaran a hacerlo.

-Qué demonios -dijo otro. Evidentemente no se le ocurría otra cosa.. Estoy muy contento de haber salido de Chicago cuando lo hice. Esas noticias son terribles.

-¿Piensas que esto tiene algún sentido? -preguntó alguien.

-¿Desde cuándo el gobierno tiene sentido? -saltó Holbrook.

-Así se habla -dijo una voz y por fin los Montañeses se sintieron como en casa. Entonces, por acuerdo tácito, decidieron retirarse.

-¿Cuánto tiempo más estaremos clavados aquí, Pete? -quiso saber Ernie Brown.

-¿A mí me lo preguntas?

-Un enorme montón de nada -concluyó el agente principal. Aref Raman era tal vez demasiado prolijo para ser soltero. Uno de los agentes del FBI había notado con sorpresa que hasta las medias estaban perfectamente dobladas, igual que todas las prendas guar-dadas en los cajones. Entonces alguien recordó un estudio sobre jugadores de football. Un psicólogo había determinado después de varios meses de estudio que los jugadores ofensivos eran ordenados y los defensivos, desordenados. Esa observación les dio ocasión de reírse un poco y al mismo tiempo les proporcionó una explicación. No encontraron nada más. Una foto de sus padres, muertos ambos. Recibía dos revistas nuevas, tenía todas las opciones de cable para sus dos televisores, no tenía alcohol en la casa y comía alimentos sanos. Sentía una particular afinidad por las salchichas kosher, a juzgar por el freezer. No había cajones ni compartimentos ocultos -los hubieran encontrado-, en fin, nada sospechoso. Eso era bueno y malo a la vez.

Sonó el teléfono. Nadie contestó, porque supuestamente no debía haber nadie en la casa.

-Hola, éste es el 536-3040 -respondió la voz grabada de Raman después del segundo timbre.. En este momento no puedo atenderlo, pero si deja un mensaje, lo llamaré a la brevedad. -Seguido por un bip y, en este caso, un clic.

-Número equivocado -dijo uno de los agentes.

-Revisemos los mensajes -ordenó el agente a cargo al genio técnico del equipo.

Raman tenía un sistema de grabación digital y nuevamente tuvieron que utilizar el código del fabricante. El agente marcó los seis dígitos y otro se dispuso a tomar nota. Había tres clics y un número equivocado. Alguien que preguntó por un señor Sloan.

-¿Alfombra? ¿Señor Alahad?

-Parece el nombre de un vendedor de alfombras -comentó otro. Pero en el departamento no había ninguna alfombra persa, sólo la moquette barata que uno encuentra en esa clase de

condominios.

-Número equivocado.

-Anotemos los nombres de todos modos. -Más por hábito que por otra cosa. Había que chequear todo. Nunca se sabía.

En ese instante volvió a sonar el teléfono y los cinco agentes miraron el contestador automático como si fuera un testigo real con una voz real.

Mierda, pensó Raman. Había olvidado borrar los mensajes anteriores. No había nada nuevo. Su control no había vuelto a llamar. Sería una sorpresa que lo hubiera hecho. Bueno. Sentado en su habitación de hotel en Pittsburgh, Raman marcó el código de borrado absoluto. Lo bueno de los sistemas digitales era que, una vez que uno daba la orden de borrado, los mensajes desaparecían para siempre. Lamentablemente no pasaba lo mismo con los contestadores a cassette.

Los agentes del FBI tomaron nota de la maniobra.

-Eh, todos lo hacemos. -Hubo consenso general. Y todo el mundo recibía llamados equivocados. Y Raman era un agente hermano. Pero de todos modos verificarían los números.

Para alivio de su custodia, SURGEON estaba durmiendo arriba, en la residencia. Roy Altman y el resto casi habían enloquecido con su guardia febril -así habían dado en llamarla. en Johns Hopkins, tanto por el peligro físico que entrañaba como por el hecho de que se expusiera tanto. Los niños, en cambio, habían hecho lo mismo que los demás niños norteamericanos: mirar televisión y jugar bajo la mirada vigilante de sus custodios, cuya más reciente preocupación era ver aflorar síntomas gripales... afortunadamente ausentes en todo el campus. SWORDSMAN, por su parte, se encontraba en el Salón de Situaciones.

-¿Qué hora es allá?

-Diez horas antes, señor.

-Haga la llamada -ordenó.

El primer 747 atravesó el espacio aéreo saudita unos minutos antes de lo previsto gracias a los vientos favorables del Ártico. No tenía sentido tomar una ruta más compleja. Sudán tenía aeropuertos y rada-res, igual que Egipto y Jordania, y se suponía que la RIU tenía informantes en esos países. La Fuerza Aérea saudita, aumentada por los F16C llegados de Israel el día anterior como parte del plan BUFFALO FORWARD, había posicionado sus patrullas de combate aéreo a lo largo de la frontera con la RIU. Estaba saliendo el sol en esa parte del mundo... al menos podían verse las primeras luces desde altitud crucero, aunque la superficie todavía estaba negra seis millas abajo.

-Buen día, primera ministra. Habla Jack Ryan -dijo el presidente.

-Es un placer escuchar su voz. Es tarde en Washington, ¿verdad?

-Evidentemente ambos trabajamos en horarios irregulares. Imagino que su día recién está comenzando.

-Así es -admitió ella. Ryan hablaba con el tubo pegado a la oreja, pero la conversación se escuchaba también por el speaker y estaba siendo grabada por sistema digital. Además, la CIA había implementado un detector de estrés vocal.. Señor presidente, ¿han mejorado los problemas de su país?

-Tenemos alguna esperanza, pero no, todavía no.

-¿Podemos ayudarlos de alguna manera? -Sus voces no dejaban traslucir ninguna emoción, excepto la falsa amabilidad típica de quienes sospechan del otro y tratan de ocultarlo.

-Bueno, en realidad sí.

-Por favor, dígame cómo.

-Primera ministra, en este momento tenemos barcos en el Mar Arábigo -le dijo Ryan.

-¿De verdad? -Absoluta neutralidad en la voz.

-Sí, señora, de verdad, y usted lo sabe. Quiero que me garantice personalmente que su flota, que también está en el mar, no interferirá con la nuestra.

-¿Pero por qué me pide eso? ¿Por qué habríamos de interferir? Además, ¿con qué propósito están moviendo sus barcos?

-Bastará con su palabra, primera ministra -dijo Ryan, aferrando un lápiz número 2 con la mano derecha.

-Pero, señor presidente, no alcanzo a comprender el propósito de su llamada.

-El propósito de mi llamada es obtener su garantía personal de que la Armada india no interferirá con el pasaje pacífico de embarcaciones norteamericanas a través del Mar Arábigo.

Era tan débil, pensó la primera ministra. Y su debilidad se hacía aún más palpable cuando repetía sus propias palabras de esa manera.

-Señor presidente, su llamada me resulta perturbadora. Estados Unidos jamás se ha dirigido a nosotros de esta manera. Dice que está enviando barcos de guerra cerca de mi país, pero no aclara con qué propósito. El traslado de esos barcos sin explicación no es un acto amistoso. -¿Acaso lograría hacerlo retroceder?

-¿Qué le dije? -decía la nota de Ben Goodley.

-Muy bien, primera ministra. Por tercera vez, ¿me dará garantías de que no habrá interferencias?

-¿Pero por qué están invadiendo nuestras aguas? -volvió a preguntarle.

-Muy bien -Ryan hizo una breve pausa. El tono de su voz cambió.. Primera ministra, el propósito de nuestro movimiento no concierne directamente a su país, pero puedo asegurarle que esos barcos llegarán a destino. Dado que su misión es muy importante para nosotros, no queremos, repito, no queremos ninguna clase de interferencia, y debo advertirle que si algún barco o avión no identificado se acerca a nuestra formación podrá sufrir consecuencias adversas. No, discúlpeme por favor, *sufrirá* consecuencias adversas. Para evitarlo, la estoy anoticiando de la maniobra y requiero su garantía personal de que no atacará a los barcos norteamericanos.

-¿Y ahora me amenaza? Señor presidente, entiendo que está pasando momentos de gran estrés, pero por favor, evite tratar de ese modo a un país soberano.

-Entonces tendré que ser más claro, primera ministra. Se ha cometido abiertamente un acto de guerra contra Estados Unidos de Norteamérica. Cualquier interferencia o ataque contra nuestras Fuerzas Armadas serán considerados actos de guerra, y el país que cometa un acto semejante deberá enfrentar gravísimas consecuencias.

-¿Pero quién les ha hecho esto?

-No creo que eso le quite el sueño, primera ministra. Opino que en beneficio de nuestros dos países sería mejor que su flota regresara inmediatamente a puerto.

-¿Se atreve a inculparnos, se atreve a darnos órdenes?

-Empecé haciendo un pedido formal, primera ministra, que us-ted evitó tres veces seguidas. Lo considero un acto no amistoso. De modo que debo hacerle otra pregunta: ¿Desea entrar en guerra con Estados Unidos de Norteamérica?

-Señor presidente...

-Porque si no mueve sus barcos, primera ministra, mañana entraremos en guerra. -El lápiz se le partió en la mano.. Tal vez se haya aliado con amigos errados, primera ministra. Espero equivocarme, pero si mi impresión es correcta, su país pagará caro ese error de juicio. Hemos sufrido un ataque directo contra nuestros ciudadanos. Un ataque particularmente bárbaro y cruel, con la utilización de ar-mas de destrucción masiva. -Pronunció claramente las palabras.. Ni siquiera nuestros ciudadanos lo saben aún. Pero la situación cambiará pronto -le

espetó.. Y cuando cambie, primera ministra, los culpables de ese ataque tendrán que hacer frente a nuestra justicia. No enviaremos cartas de protesta. No pediremos una asamblea especial del Consejo de Seguridad de la ONU en Nueva York. Haremos la guerra, primera ministra. Haremos la guerra con todo el poder y la ira que este país y sus ciudadanos pueden juntar. ¿Ahora sí entiende lo que digo? Una potencia extranjera está asesinando hombres, mujeres y hasta niños dentro de nuestras propias fronteras. Incluso hubo un atentado contra mi propia hija, primera ministra. ¿Su país desea quedar vinculado con esos ataques? Si así fuera, primera ministra, si desean formar parte de eso, entonces... la guerra acaba de comenzar.

56

Despliegue

-Dios santo, Jack, me convenciste -suspiró Jackson.

-Nuestro amigo religioso no será tan fácil -dijo el presidente, frotándose las manos húmedas de sudor.. Y todavía no sabemos si ella mantendrá su palabra. Bueno, el Grupo de Tareas COMEDY está en DEFCON 1. Si creen que es hostil, acaben con quien sea. Pero por el amor de Dios, asegúrense de que el comandante use la cabeza.

La Sala de Situaciones estaba en silencio. El presidente Ryan se sentía muy solo a pesar de toda la gente reunida a su alrededor. El secretario Bretano y los jefes del Consejo Militar estaban presentes. Rutledge estaba por Estado. El secretario Winston porque Ryan confiaba en su opinión. Goodley porque conocía toda la información de inteligencia. Además de su jefe de staff y los habituales custodios. Todos demostraban solidaridad, pero eso no ayudaba demasiado. Él solo había hablado con la primera ministra de India, porque a pesar de toda la ayuda y el staff y los consejos, Jack Ryan era ahora Estados Unidos de Norteamérica, un país que iba rumbo a la guerra.

Los representantes de los medios se enteraron mientras sobrevolaban el Océano Atlántico. Estados Unidos esperaba un ataque inminente de la RIU contra los demás estados del Golfo. Ellos iban a cubrir la historia. También se enteraron del despliegue de fuerzas.

-¿Eso es todo? -preguntó uno de los más eruditos.

-Por el momento sí -confirmó el jefe de relaciones públicas.. Esperamos que la demostración de fuerza baste para disuadir el ataque, pero si no fuera así, habrá diversión.

-Diversión no es la palabra adecuada.

Entonces el PAO les explicó por qué pasaba lo que pasaba y el KC135 sin ventanas que los llevaba a Arabia Saudita quedó repentinamente en silencio.

Kuwait contaba esencialmente con dos brigadas pesadas, complementadas por una brigada motorizada de reconocimiento equipada con armas antitanque y destinada a proteger las fronteras. Las dos brigadas pesadas, equipadas y entrenadas de acuerdo al modelo norteamericano, fueron retiradas de la frontera a fin de que pudieran contrarrestar una incursión en vez de enfrentar el ataque inicial... posiblemente en el lugar errado. El Décimo de Caballería de EE-UU. se posicionó entre las dos brigadas, ligeramente detrás. El mando general era un tanto equívoco. El coronel Magruder era el oficial de mayor rango en situación de servicio, y también el estratega más experimentado, pero había kuwaitíes de rango más alto -las tres brigadas estaban comandadas por brigadieres generales. y además era *su* país. Por otra parte, el país era tan pequeño que sólo necesitaba un puesto de comando primario, y Magruder estaba allí para comandar su propio regimiento y aconsejar a los comandantes kuwaitíes... que sumaban un creciente nerviosismo a su orgullo proverbial. Comprensiblemente disfrutaban los progresos obtenidos desde 1990. Ya no eran aquel ejército de opereta desintegrado por la invasión iraquí -aunque algunas sub-unidades habían peleado con bravura.; ahora contaban con una fuerza mecanizada muy capaz. Estaban nerviosos porque los superaban en número y sus reservistas tendrían que recorrer un largo camino hasta alcanzar los estándares norteamericanos de entre-

namiento a que aspiraban. Pero sabían muchísimo de artillería. Disparar contra los poderosos tanques era para ellos un pasatiempo placentero a la vez que vital, y los espacios vacíos en sus formaciones se debían a los veinte tanques que tenían en reparación como resultado de esa práctica.

Los helicópteros del Décimo de Caballería sobrevolaban la frontera del país apuntando sus radares a la RIU para detectar posibles movimientos. Por el momento no habían descubierto nada extraño. La Fuerza Aérea kuwaití mantenía en posición su patrulla de combate y el resto de la fuerza en estado de extrema alerta. Aunque contaran con pocos hombres, no se repetiría lo de 1990. Los más atareados eran los excavadores que cavaban pozos para los tanques. Una vez dentro de los pozos sólo quedarían afuera las torretas, que a su vez se cubrirían con red mimética para hacerlas invisibles desde el aire.

-¿Y entonces, coronel? -preguntó el general kuwaití.

-Sus despliegues son correctos, general -replicó Magruder, mirando nuevamente el mapa. No demostró todo lo que sentía. Dos o tres semanas de entrenamiento intensivo hubieran sido una bendición. Acababa de realizar un ejercicio muy simple, y aun así los había derrotado. Pero no era momento de quebrarles la confianza. Tenían entusiasmo y su artillería alcanzaba el setenta por ciento de los estándares norteamericanos. Pero todavía tenían que aprender mucho sobre maniobras de guerra.

-Su Alteza, quiero agradecerle su invalorable cooperación -dijo Ryan por teléfono. El reloj de pared marcaba las 2.10 hs.

-Con un poco de suerte verán los despliegues y no se moverán, Jack -replicó el príncipe Ali bin Sheik.

-Desearía poder coincidir con usted al respecto. Bueno, llegó el momento de decirle algo que todavía no sabe, Ali. Nuestro embajador completará más tarde el resto de la información. Por ahora, creo que debe saber qué se proponen sus vecinos. No se trata sólo del petróleo, Alteza. -Siguió hablando durante cinco minutos.

-¿Está seguro de esto?

-Dentro de cuatro horas tendrá toda la evidencia en sus manos -prometió Ryan.. Todavía no hemos informado a nuestros soldados.

-¿Podrían usar las mismas armas contra nosotros? -Era la pregunta más natural del mundo. La guerra biológica es capaz de erizarle la piel a cualquiera.

-No creo, Ali. Las condiciones ambientales militan contra esa posibilidad. -Lo habían comprobado. El pronóstico meteorológico indicaba tiempo caluroso, seco y despejado para la semana próxima.

-La utilización de esas armas es un acto de extrema barbarie, señor presidente.

-Por eso no esperamos que se echen atrás. No pueden...

-No pluralice, señor presidente. Se trata de un solo hombre. Un hombre sin Dios. ¿Cuándo informará a su pueblo?

-Pronto -respondió Ryan.

-Por favor, Jack, esto no tiene nada que ver con nuestra religión ni con nuestra fe. Por favor dígaselo a su pueblo.

-Ya lo sé, Su Alteza. No se trata de Dios. Es una cuestión de poder. Siempre lo es. Temo que tengo otras cosas que hacer.

-Yo también. Debo ver al rey.

-Por favor déle mis respetos. Estamos juntos, Ali, como antes. -Cortó la comunicación.. Bueno, ¿dónde está Adler exactamente?

-Volviendo a Taiwan -respondió Rutledge. Las negociaciones proseguían, aunque el propósito oculto era cada vez más evidente.

-Está bien, tiene línea segura en el avión. Infórmelo -le ordenó al subsecretario.. ¿Qué tengo que hacer ahora?

-Dormir -dijo el almirante Jackson.. Permítenos hacer la guardia nocturna, Jack.

-Es un buen plan -Ryan se levantó, vacilando un poco por el estrés y la falta de sueño.. Si me necesitan, despiértenme.

Ni lo sueñes, pensaron todos... aunque nadie se atrevió a decírselo.

-Bueno -dijo el capitán Kemper, leyendo el mensaje CRITIC de CINCLANT.. Esto simplifica mucho las cosas. -La flota india estaba ahora a doscientas millas, aproximadamente ocho horas de vapor... Kemper levantó el teléfono y llamó al sistema 1-MC del barco.. Escuchen. Habla el capitán. El Grupo de Tareas COMEDY ha entrado en DEFCON 1. Eso significa que si alguien se acerca hay que dispararle. La misión es llevar los transportadores de tanques a Arabia Saudita. Nuestro país está enviando soldados para tripularlos, anticipando un ataque a nuestros aliados en la región por parte de la nueva República Islámica Unida. Dentro de dieciséis horas nos reuniremos con un grupo proveniente del Mediterráneo. Entonces entraremos al Golfo Pérsico para cumplir nuestra misión. El grupo recibirá cobertura aérea de los F-16C de la Fuerza Aérea, pero creemos que la RIU -nuestros viejos amigos iraníes. no festejará nuestra llegada.

-El USS *Anzio* está yendo a la guerra, compañeros. Eso es todo por ahora. -Cortó la comunicación.. Bueno, volvamos a los simulacros. Quiero ver anticipadamente todo lo que esos miserables pueden intentar contra nosotros. Dentro de dos horas recibiremos una estimación de inteligencia recién salida del horno. Por ahora veamos qué pasa con los ataques aéreos y misilísticos.

-¿Qué pasa con la flota india? -preguntó Weps.

-No debemos perderlos de vista. -La pantalla táctica principal mostraba un P3-C Orion sobrevolando al COMEDY. La flota india avanzaba hacia el este volviendo a cruzar su propia estela, tal como lo venía haciendo últimamente.

El primer grupo de cuatro aviones aterrizó sin complicaciones en las afueras de Dhahran. No hubo ceremonia de llegada. Ya hacía calor. La primavera había llegado temprano a la región.

El primer avión detuvo su marcha y el general Marion Diggs fue el primero en asomar. Sería el comandante de la operación. La epidemia que todavía asolaba a Estados Unidos había comprometido también la Base MacDill de la Fuerza Aérea en Florida, sede del Comando Central y responsable del área. Los informes que había recibido decían que el comandante del Ala de Combate 366 también tenía una sola estrella, pero era más joven. Hacía mucho tiempo que una operación tan vital no recaía en alguien de rango tan inferior como el suyo.

Un militar saudita de tres estrellas lo esperaba al pie. Los dos hombres se saludaron y subieron a un automóvil para trasladarse al puesto de comando local. Diggs había viajado con el grupo de comando del Undécimo ACR. En los otros tres aviones habían llegado un grupo de seguridad y la mayor parte del Segundo Escuadrón del Blackhorse. Había una flota de ómnibus esperándolos para trasladarlos al emplazamiento POMCUS. Todo se parecía un poco a los ejercicios REFORGER de la Guerra Fría que, previendo una colisión OTAN-Pacto de Varsovia, habían obligado a los soldados norteamericanos a bajar de los aviones, abordar sus vehículos y marchar al frente. Eso sólo había sucedido en simulacros, pero ahora estaba pasando de verdad. Dos horas después, el Segundo del Blackhorse salía al terreno.

-¿Qué intenta decirme? -preguntó Daryaei.

-Que aparentemente hay un movimiento mayor de tropas en camino -informó su jefe de inteligencia.. Los radares de Irak occidental han detectado la entrada de aviones comerciales en Arabia Saudita desde el espacio aéreo israelí. También detectaron aviones de combate escoltándolos y patrullando la frontera.

-¿Qué más?

-Por el momento nada más, pero todo indica que Estados Unidos está haciendo ingresar

Librodot

otra fuerza al Reino. No estoy seguro de cuál podría ser... pero ciertamente no puede ser muy grande. Las divisiones con base en Alemania están en cuarentena, igual que las de Estados Unidos. La mayor parte del ejército disponible está destinado a seguridad interna.

-Deberíamos atacarlos de todos modos -lo urgió su asesor de la Fuerza Aérea.

-Creo que sería un error -dijo Inteligencia.. Si los atacáramos estaríamos invadiendo el espacio aéreo saudita y alertaríamos demasiado pronto a esos pastores de cabras. En el mejor de los casos, los norteamericanos sólo podrán mover una brigada. Tienen otra en Diego García pero no tenemos información de que la hayan movido. Y, si lo hicieran, nuestros amigos de India los detendrían.

-¿Acaso podemos confiar en los paganos? -preguntó el de la Fuerza Aérea con tono despectivo. Así consideraban los musulmanes a la religión oficial del sub-continente.

-Podemos confiar en la antipatía que sienten por Estados Unidos. Y podemos preguntarles si la flota ha detectado algo. En el peor de los casos los norteamericanos sólo podrán desplegar otra brigada.

-¡Hagámosla pedazos!

-Si lo hiciéramos, echaríamos a perder la seguridad operativa -señaló Inteligencia.

-Serían más que imbéciles si todavía no se dieron cuenta de lo que planeamos -objetó el asesor.

-Los norteamericanos no tienen motivos para sospechar que hemos realizado actos hostiles contra ellos. Si atacamos sus aviones los alertaremos innecesariamente a *ellos*, no sólo a los sauditas. Es posible que estén preocupados por nuestros despliegues militares en Irak y por eso envían refuerzos. Los enfrentaremos cuando llegue el momento -dijo Inteligencia.

-Hablaré con India -anunció Daryaei, contemporizando.

-Radares de navegación solamente... Dos detectores aéreos, probablemente de los portaaviones -dijo el suboficial.. Curso cero-nueve-cero, velocidad dieciséis aproximadamente.

El oficial táctico del Orion miró el mapa. La flota india estaba llegando al límite oriental del derrotero modelo que había seguido los últimos días. En menos de veinte minutos revertirían el curso y se dirigirían al oeste. El COMEDY estaba ahora a 120 millas de la otra formación y los aviones mandaban información constante al *Anzio* y el *Kidd*. De las alas del Lockheed turbopropulsado pendían cuatro misiles Arpón. Blancos, con cabezas de guerra. El avión estaba bajo comando táctico del capitán Kemper del *Anzio*, y en cuanto él diera la orden lanzarían los misiles, dos contra cada portaaviones indio, la nave más poderosa de la flota enemiga. Pocos minutos después se producirían nuevos lanzamientos de Tomahawks y más Arpones en la misma dirección.

-¿Estarán bajo EMCON? -preguntó el oficial.

-¿Con radares de navegación? -replicó el marinero.. El COMEDY ya debe tenerlos en su ESM. Seguramente nuestros muchachos están iluminando el cielo, señor.

El COMEDY tenía esencialmente dos opciones: aplicar EMCON -control de emisiones. y apagar sus radares para que el otro bando perdiera tiempo y combustible buscándolo, o iluminar todo, creando una burbuja electrónica que el otro bando vería perfectamente bien pero cuya penetración sería muy peligrosa. El *Anzio* había elegido la segunda opción.

-¿Conversaciones aéreas? -preguntó el oficial táctico.

-Negativo, señor.

-Hmm. -Aunque el Orion estaba volando muy bajo, probable-mente India no había advertido su presencia, a pesar de utilizar equipos de búsqueda aérea. El oficial táctico sentía la tentación de iluminarse con su propio radar de búsqueda. ¿Qué pretendían? ¿Tal vez algunos barcos se habían apartado de la flota en dirección oeste para lanzar un ataque misilístico? Era imposible saber qué estaban diciendo o pensando. Sólo contaba con trayectos generados por computadora de acuerdo con las señales del radar. La computadora sabía dónde estaba exactamente el avión dentro del sistema GPS. A partir de eso la orientación hacia las fuentes del radar permitía calcular la localización y...

Librodot

-¿Cambio de curso?

-Negativo. Mantienen el curso anterior. Avanzan en dirección este. Ahora están treinta millas al este del curso del COMEDY hacia el estrecho.

-Me pregunto si habrán cambiado de idea...

-Sí, nuestra flota está en el mar -respondió la primera ministra.

-¿Han visto barcos norteamericanos?

La líder del gobierno indio estaba sola en su despacho. Su ministro del Exterior acababa de retirarse. Había previsto, aunque no deseado, la llamada de Daryaei.

La situación había cambiado. El presidente Ryan, al que todavía seguía considerando débil -¿quién si no un hombre débil se hubiera atrevido a amenazar de ese modo a un país soberano?-, había logrado asustarla a pesar de todo. ¿Qué pasaría si la plaga de Estados Unidos efectivamente hubiera sido iniciada por Daryaei? No tenía pruebas de que así fuera, y jamás las buscaría. Su país no podía quedar vinculado a un acto semejante. Ryan le había pedido -¿cuántas veces? ¿Cuatro? ¿Cinco?. su palabra de que la flota india no interferiría con los barcos norteamericanos. Pero había pronunciado la frase *armas de destrucción masiva* sólo una vez. Era la frase más temida en las conversaciones internacionales. Más aún, según su ministro del Exterior, porque Estados Unidos poseía una sola clase de armas de destrucción masiva, por lo cual consideraba que las armas biológicas y las armas químicas *eran* armas nucleares. Ahora bien: los aviones peleaban con aviones, los barcos peleaban con barcos, los tanques peleaban con tanques. Usualmente se respondía a un ataque con la misma arma utilizada por el enemigo. *Todo el poder y la ira*, también recordaba eso. Ryan había sugerido abiertamente que actuaría basándose en la naturaleza del supuesto ataque de la RIU. Tampoco había que descartar el atentado demencial contra su hijita. Había visto a Ryan con sus hijos en la Sala Este, durante la recepción posterior al funeral de Durling. Por débil que fuera, era un débil *furioso*, pertrechado con las armas más poderosas del planeta.

Daryaei había cometido la tontería de provocar a Estados Unidos de esa manera. Hubiera sido mejor que atacara directamente a Arabia Saudita y la derrotara con armas convencionales en el campo de batalla. Pero no, había intentado baldar a Estados Unidos en su propio territorio, provocándolo de una manera que era la más pura forma de locura... y ahora ella, su gobierno y *su país* podían quedar involucrados.

No había querido nada de eso. Desplegar la flota ya era bastante... y los chinos, ¿qué habían hecho los chinos? Lanzado un misil, tal vez dañado aquel avión comercial... ¡a cinco mil kilómetros de distancia! ¿Qué riesgos estaban corriendo *ellos*? Ninguno, ninguno en absoluto. Daryaei esperaba mucho de India, pero después de su demencial ataque contra Estados Unidos, ese mucho se había transformado en demasiado.

-No -le dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras.. Nuestra flota ha detectado aviones norteamericanos de patrullaje, pero barcos no. Hemos oído decir, y tal vez usted también, que un grupo naval norteamericano está atravesando Suez, pero son barcos de guerra y nada más.

-¿Está segura de esto? -preguntó Daryaei.

-Querido amigo, ni nuestros barcos ni nuestros aviones han detectado barcos norteamericanos en el Mar Arábigo. -Solamente un MiG-23 de la Fuerza Aérea india había sobrevolado la zona. Por consiguiente no le había mentido a su supuesto aliado. No del todo.. El océano es grande -agregó.. Pero los norteamericanos no son tan inteligentes, ¿verdad?

-Su amistad será tenida en cuenta -le prometió Daryaei.

La primera ministra colgó, preguntándose si habría hecho lo correcto. Bien. Si los barcos norteamericanos llegaban al Golfo siempre podría decir que la flota india no los había detectado. Después de todo era la verdad, ¿no? A veces se cometían errores, ¿no?

-Arriba. Tengo cuatro aviones despegando de Gasr Amu -dijo el capitán a bordo del AWACS. La Fuerza Aérea de la recién constituida RIU también había estado entrenando,

principalmente sobre la zona central del nuevo país, lo que la hacía difícil de detectar incluso con radares de plataforma aérea.

El que lo había planeado sabía lo que hacía. El cuarto cuarteto de aviones acababa de entrar al espacio aéreo saudita, a menos de dos millas de distancia de los aviones de la RIU. Hasta ese momento el frente aéreo había estado en calma. Pocas horas antes habían detectado dos aviones de combate, pero al parecer se trataba de naves recién reparadas en vuelos de prueba. Pero éste era un grupo de cuatro que había despegado en dos segmentos perfectamente espaciados. Eso los convertía en aviones de combate en misión.

La cobertura aérea de la Operación CUSTER en ese sector eran cuatro F-16 norteamericanos a veinte millas de la frontera.

-Kingston Lead, aquí Sky-Eye Seis, cambio.

-Sky, Lead.

-Tenemos cuatro bandidos, a cero-tres-cinco de su posición, cur-so dos-nueve-cero. -Los cuatro aviones de combate norteamericanos avanzaban en dirección oeste para interponerse entre los aviones de combate de la RIU y los aviones que trasladaban las tropas.

A bordo del AWACS, un oficial saudita escuchó tráfico radial entre la estación terrestre de radar que controlaba el vuelo y los aviones. Los aviones de la RIU, identificados como F-1 de fabricación francesa, se acercaron a la frontera y giraron a diez millas de ésta. Los F-16 hicieron otro tanto. Los pilotos de ambas naves se vieron las caras y pudieron examinar el avión del otro a cuatro mil yardas de distancia, a través de los visores protectores de sus cascos. Los misiles aire-a-aire eran claramente visibles bajo las alas de todas las aeronaves.

-¿Quieren acercarse a saludar? -dijo el mayor de la USAF al mando de los F-16. No hubo respuesta. La próxima entrega de la Operación CUSTER siguió sin interferencias rumbo a Dhahran.

O-Day llegó temprano. La niñera de Megan disfrutaba pensando en todo el dinero que ganaría... Pero la noticia más importante era que no se había presentado ningún nuevo caso de Ébola en diez millas a la redonda. A pesar de todo, había dormido todas las noches en su casa... No se sentía un buen padre si no besaba a su hijita por lo menos una vez al día, aunque más no fuera dormida. Por lo menos era fácil llegar al trabajo. Le habían dado un vehículo del FBI. Era más rápido que su camioneta y podía pasar por los controles sin detenerse.

Los informes de las investigaciones sobre el personal del Servicio Secreto estaban sobre su escritorio. En casi todos los casos el informe era un mero duplicado de los datos originales. Pero quedaban diez archivos con incógnitas. O-Day los revisó con detenimiento. Uno de ellos le llamó particularmente la atención.

Raman era de origen iraní. Pero Estados Unidos era un país de inmigrantes. El FBI se había formado con irlandeses-norteamericanos preferentemente educados en instituciones jesuitas -según la leyenda, el Boston College y el Holy Cross eran los favoritos-, y todo porque J. Edgar Hoover creía que un irlandés-norteamericano con educación jesuita sería incapaz de traicionar a su país. Sin dudas se habrían dicho muchas cosas al respecto en aquel momento... y se seguirían diciendo, porque el anticatolicismo era el último de los prejuicios respetables. Pero se sabía que los inmigrantes solían ser los ciudadanos más leales, de una lealtad a veces feroz. Las Fuerzas Armadas y las agencias de seguridad daban prueba de eso. Bueno, pensó Pat, no era tan difícil. Sólo había que chequear el tema de la alfombra y listo. Se preguntó quién sería el señor Sloan. Un tipo que quería una alfombra, probablemente.

Las calles de Teherán estaban en calma. Clark no las recordaba así en 1979 y 1980. Su viaje reciente le había mostrado un aspecto distinto de Teherán, más parecida al resto de la región, con calles bullentes pero no peligrosas. Como supuestamente eran periodistas, actuaban como tales. Clark volvió a los mercados y habló con la gente sobre las condiciones comerciales, el abastecimiento de comida, lo que pensaban de la unificación con Irak, sus esperanzas de futuro... Sólo obtuvo pura cháchara. Loas edulcoradas. Las opiniones políticas eran particularmente blandas, carecían de la pasión que habían ostentado durante la crisis de los

Librodot

rehenes, cuando las mentes y los corazones de todos los iraníes se habían vuelto contra el mundo entero... en especial contra Estados Unidos. Muerte a Estados Unidos. Bueno, habían concretado en parte ese deseo, pensó Clark. O alguien lo había concretado por ellos. Ya no sentía ese espíritu entre la gente. Recordó a aquel joyero extrañamente cordial. Tal vez sólo querían vivir, como todo el mundo. La apatía reinante le recordó a los ciudadanos soviéticos de la década del .80. Sólo querían progresar, vivir un poco mejor; sólo pretendían que su sociedad respondiera a sus necesidades. No les quedaba un ápice de furia revolucionaria. ¿Entonces por qué? ¿Por qué Daryaei había obrado de esa manera? ¿Cómo respondería la gente al saberlo? La respuesta obvia era que había perdido contacto con su pueblo, como la mayoría de los Grandes Hombres. Tendría un séquito de creyentes sinceros y una enorme cantidad de gente dispuesta a subirse al tren y disfrutar las comodidades mientras los demás caminaban y se apartaban del medio, pero nada más. El momento era propicio para reclutar agentes, para identificar a los que estaban hartos y dispuestos a hablar. Qué lástima que no hubiera tiempo para realizar una operación de inteligencia completa. Miró su reloj. Era hora de volver al hotel. Ese primer día había sido un desperdicio. Mañana llegarían sus colegas rusos.

El primer paso fue investigar los nombres Sloan y Alahad. Empezó consultando la guía telefónica. Obviamente había un Mohammed Alahad. Tenía un aviso en las páginas amarillas. Alfombras persas y orientales. Por alguna razón la gente no conectaba -Persia. con -Irán.... para beneficio de muchos vendedores de alfombras. La tienda estaba sobre Wisconsin Avenue, a una milla del departamento de Raman. También había un Joseph Sloan cerca, cuyo número telefónico era 536-4040, casi igual al de Raman, que era 536-3040. Un dígito de diferencia, lo que explicaba el número equivocado en el contestador de Raman.

El próximo paso fue puramente formal: revisar los registros computarizados de las llamadas. En la pantalla apareció un llamado al 202-536-3040 desde el 202-459-6777. Pero ése no era el número de la tienda de Alahad, ¿no? El -6777 resultó ser un teléfono público a dos cuadras de la tienda. Qué raro. Si estaba tan cerca de su negocio, ¿por qué gastar un cuarto de dólar para hacer una llamada?

¿Por qué no volver a chequear la información? Después de todo, era el genio técnico del equipo, con su mostacho y su corte de cabello marginal. Había tenido éxito investigando asaltos a bancos, pero lo que de verdad le gustaba era la contrainteligencia extranjera. Era como las clases de ingeniería de la facultad. Había que saber elegir. También había descubierto que los espías extranjeros que perseguía pensaban como él. Hmm... en todo el mes pasado no había ninguna llamada de la tienda de alfombras al 536-4040. Tampoco el mes anterior. ¿Y al revés? No, nunca habían llamado al 457-1100 desde el 5364040. Pero si el tipo había ordenado una alfombra -y esas cosas llevaban tiempo. tendría que haber llamado. Y si el vendedor lo había llamado para decirle que la alfombra finalmente había llegado... ¿por qué no había devuelto el llamado en todo caso?

El agente se apoyó sobre el escritorio vecino.

-¿Me haces el favor de echarle un vistazo a esto, Sylvia?

-¿Qué es, Donny?

El Blackhorse ya estaba completo. La mayoría de sus efectivos estaban en los vehículos o en los aviones. El Undécimo Regimiento Acorazado de Caballería -el ACR. comprendía 123 tanques de combate M1A2 Abrams, 127 carros de ataque M3A4 Bradley, 16 cañones móviles M109A6 Paladin de 155 mm, y 8 orugas M270 de Lanzamiento Múltiple, más un total de 83 helicópteros, entre ellos 26 AH-54D Apache. La fuerza sería abastecida por centenares de vehículos livianos -en su mayoría camiones de combustible, alimentos y municiones-, más veinte extras localmente denominados Water Buffaloes (Búfalos de Agua), una necesidad vital en esa región del mundo.

La primera orden fue desmantelar POMCUS. Los vehículos oruga fueron colocados en

Librodot

remolques para ser trasladados al norte, a Abu Hadriyah, una ciudad pequeña con aeropuerto y punto de reunión asignado al Undécimo de Caballería. Cada vehículo que salía del depósito era ubicado en un cuadrado pintado de rojo donde se chequeaban los sistemas de navegación GPS contra un punto de referencia conocido. Dos de los IVIS fallaron. Uno de ellos lo anunció enviando un mensaje radial codificado a las tropas de refuerzo del regimiento, pidiendo que lo reemplazaran y repararan. El otro estaba completamente muerto y la tripulación tuvo que darse cuenta del desperfecto por las suyas. El gran cuadrado rojo ayudó bastante.

Los remolques tenían choferes pakistaníes, un centenar de los miles importados a Arabia Saudita para realizar trabajos menores. Mientras los remolcaban, los tripulantes de los Abrams y los Bradleys trabajaban arduamente para asegurarse de que todo funcionara a la perfección. Una vez concluidas las tareas de rutina, los conductores, alimentadores y comandantes asomaron las cabezas, esperando disfrutar el paisaje. Lo que vieron era diferente de Fort Irwin pero no demasiado excitante. Al este había un oleoducto. Al oeste un montón de nada. De todos modos siguieron mirando -la vista era mejor que lo que habían experimentado durante el vuelo-, con excepción de los tiradores que padecían mareos, problema común entre ellos. Los que miraban tampoco la pasaban tan bien. Aparentemente a los camioneros locales les pagaban por milla y no por hora. Manejaban como locos.

Estaban empezando a llegar los guardias nacionales. Por el momento no tenían nada que hacer, excepto armar sus carpas, beber litros de agua y practicar.

La agente supervisora Hazel Loomis comandaba el grupo de diez agentes. -Sissy. Loomis había estado en el FCI desde el comienzo de su carrera en Washington. Aunque rondaba los cuarenta, todavía conservaba el mismo aspecto vivaz que le había sido tan útil en sus épocas de agente callejera. También tenía un gran número de casos exitosamente resueltos en su haber.

-Esto es bastante raro -dijo Donny Selig, dejando sus notas sobre el escritorio de Loomis.

No había mucho que explicar. Los contactos telefónicos entre agentes de inteligencia jamás incluían la frase -Tengo el microfilm.. El truco era seleccionar mensajes inocuos para transmitir información importante. Por eso se los llamaba -codificados.. Loomis leyó la información y levantó la vista.

-¿Tienes las direcciones?

-Por supuesto, Sis.

-Entonces vayamos a visitar al señor Sloan. -Lo peor de ocupar un cargo jerárquico era que uno se perdía constantemente la oportunidad de husmear el ambiente. Pero esta vez no sería así, decidió Loomis.

Al menos el F-15E Strike Eagle tenía dos tripulantes, y por eso el piloto y el operador de sistemas de armas pudieron conversar durante el vuelo interminable. Lo mismo pasó con los seis tripulantes de los bombarderos B-1B; y en el Lancer había lugar suficiente para que la gente pudiera acostarse y dormir... por no mencionar la presencia de un inodoro. Por eso, a diferencia de la tripulación de los aviones de combate, no tuvieron que ducharse inmediatamente al llegar a Al Kharj, su destino final al sur de Ridayh. El Ala de Combate Aéreo 366 tenía asignadas tres locaciones -de bandera escaqueada. en todo el mundo. Eran bases en sitios conflictivos, que contaban con equipos, combustible y facilidades ordinarias de cuyo mantenimiento se encargaban grupos pequeños. Teóricamente, la tripulación que había volado desde la Base Mountain Home de la Fuerza Aérea en Idaho podría descansar mientras otras tripulación de refuerzo presentaba batalla. Para fortuna de todos los implicados, nada de eso fue necesario. Los exhaustos aviadores aterrizaron, carretearon hasta los hangares y bajaron de los aviones. El personal de mantenimiento se hizo cargo del resto. Retiraron en primer lugar los tanques de combustible y los reemplazaron por soportes de armas mientras los agota-

Librodot

dos tripulantes iban a bañarse y luego a recibir informes de inteligencia. Durante seis horas la fuerza de combate del 366 permaneció en Arabia Saudita, menos un F-16 que tuvo problemas y fue desviado a la Base Bentwaters de la Real Fuerza Aérea en Inglaterra.

-¿Sí? -La anciana no usaba barbijo. Sissy Loomis le dio uno. Era la nueva forma de saludo en Estados Unidos.

-Buen día, señora Sloan. FBI -dijo la agente, mostrándole su identificación.

-¿Sí? -No estaba intimidada, aunque sí sorprendida.

-Señora Sloan, estamos haciendo una investigación y necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Podría ayudarnos, por favor?

-Supongo que sí.

La esposa de Joseph Sloan tenía más de sesenta años, vestía prolijamente y parecía complacida, aunque un poco sorprendida por la aparición del FBI. En el interior del departamento había un televisor prendido, sintonizado en un canal local. En ese momento estaban transmitiendo el pronóstico meteorológico.

-¿Podemos entrar? Éste es el agente Don Selig -dijo, señalando con la cabeza al genio tecnológico. Como de costumbre su sonrisa compradora ganó la partida; la señora Sloan ni siquiera se puso el barbijo.

-Claro -respondió, franqueándoles la entrada.

Sissy Loomis no necesitó más de una mirada para saber que algo no encajaba del todo. En primer lugar, no había ninguna alfombra persa en la sala de estar... y además la gente solía comprar más de una. En segundo lugar, el departamento era demasiado sobrio.

-Perdón, ¿su marido está en casa?

La respuesta fue inmediata y dolorosa:

-Mi marido falleció en septiembre pasado -dijo la anciana.

-Oh, lo lamento mucho, señora Sloan. No sabíamos. -A partir de ese momento la rutina se transformó en algo muy diferente.

-Era más viejo que yo. Joe tenía setenta y ocho años cuando murió -dijo, señalando una vieja foto enmarcada sobre el aparador.

-¿El nombre Alahad le dice algo, señora Sloan? -preguntó Loomis, sentándose.

-No. ¿Tendría que decirme algo?

-Vende alfombras persas y orientales.

-Oh, aquí no tenemos esa clase de alfombras. Soy alérgica a la lana, ¿sabe?

57

Pasaje nocturno

-¿Jack? -Ryan abrió los ojos y vio la luz del sol a través de las persianas. Su reloj decía que eran más de las ocho de la mañana.

-¿Cómo demonios...? ¿Por qué nadie...?

-Ni siquiera escuchaste el despertador -le dijo Cathy.. Andrea dijo que Arnie dijo que te dejáramos dormir hasta ahora. Supongo que yo también lo necesitaba -agregó SURGEON. Había dormido diez horas antes de levantarse a las siete.. Dave me dijo que me tomara el día libre -agregó.

Jack se levantó de un salto y fue al baño. Cuando salió, Cathy, vestida de entrecasa, le pasó los informes del día. El presidente empezó a leerlos parado en el medio del cuarto. La razón le decía que si hubiera pasado algo grave lo habrían despertado... no era la primera vez en su vida que seguía de largo sin escuchar el despertador, pero jamás había dejado de atender el teléfono. Los informes decían que todo seguía relativamente estable. Diez minutos después estaba vestido. Saludó a sus hijos, besó a su esposa y salió.

-SWORDSMAN en movimiento -anunció Andrea por radio.. ¿Sala de Situaciones? -le preguntó a POTUS.

-Sí. ¿Quién tuvo la brillante idea de...?

-Señor presidente, fue idea del jefe de staff. Pero tuvo razón, señor.

Ryan la miró divertido mientras ella apretaba el botón de la planta baja.

-Supongo que he sido derrotado -murmuró.

El equipo de seguridad nacional había pasado la noche en vela. Un café esperaba a Ryan sobre la mesa, la misma bebida que los había mantenido despiertos toda la noche.

-Bueno, ¿qué está pasando?

-El COMEDY está ahora ciento treinta millas *adelante* de la flota india... ¿me creerás si te digo que reanudaron el patrullaje *detrás* nuestro? -dijo el almirante Jackson.

-Les gusta jugar a ambos lados de la calle -concluyó Ben Goodley.

-Es una buena manera de ser atropellado desde dos direcciones simultáneamente -acotó Arnie.

-Prosigan.

-La Operación CUSTER está casi concluida. El Ala 366 también está en Arabia Saudita, menos un avión roto que se desvió a Inglaterra. El Undécimo de Caballería está saliendo del depósito -dijo el J-3.. El otro bando envió algunos aviones a la frontera, pero tenemos una fuerza de bloqueo conjunta con los sauditas y no pasó nada... aparte de unas miradas arteras.

-¿Alguien piensa que van a retroceder? -preguntó Ryan.

-No -respondió Ed Foley.. No pueden, ya no.

El encuentro tuvo lugar a cincuenta millas del cabo Rass al Hadd, en el extremo sudeste de la península arábiga. Los cruceros *Normandy* y *Yorktown*, el destructor *John Paul Jones*, y las fragatas *Underwood, Doyle* y *Nicholas* fueron remolcados por *Platte* y *Supply* luego de su rápido viaje desde Alejandría. Los capitanes fueron trasladados en helicóptero al *Anzio* para discutir la misión. El destino final era Dhahran. Para llegar allí tendrían que avanzar en dirección noroeste hasta el estrecho de Ormuz, trayecto que demandaría seis horas. El estrecho, de veinte millas de ancho y moteado de islas, era una de las rutas acuáticas más transitadas del mundo... incluso ahora, a pesar de la crisis. Los barcos-tanques, uno de los cuales desplazaba más agua que todos los barcos de guerra de la recién denominada TF-61.1 combinada, eran simplemente las embarcaciones más célebres que transitaban la zona. También había macizos barcos-contenedores con las banderas de diez naciones y hasta una enorme embarcación que parecía un garaje y transportaba carneros vivos de Australia. Su olor era famoso en todos los océanos del mundo. El estrecho tenía cobertura de radar para control de tráfico -un choque entre dos barcos-tanque era la posibilidad más temida-, lo cual significaba que el TF-61.1 no pasaría del todo desapercibido. Pero al menos intentarían algo. Al llegar al punto más angosto del estrecho se dirigirían al sur entre las islas pertenecientes a Omán, amparados por la confusión. Luego se dirigirían al sur de Abu Musa y pasarían las plataformas de petróleo, utilizándolas otra vez para engañar a los radares, y finalmente llegarían a Dhahran, pasando los miniestados de Qatar y Bahrain. Según los oficiales de inteligencia, la fuerza opositora comprendía barcos de origen norteamericano, británico, chino, ruso y francés, todos armados con misiles. Los bar-cos más importantes del grupo, por supuesto, estarían completamente desarmados. El *Anzio* los guiaría 2.000 yardas adelante, manteniendo la formación encajonada. El *Normandy* y el *Yorktown* se posicionarían 2.000 yardas a estribor, con el *Jones* a la zaga. Las dos naves de abastecimiento formarían un segundo grupo señuelo, con *O-Bannon* y las fragatas escoltándolos de cerca. La flota sería sobrevolada por helicópteros que, además de patrullar, simularían blancos mucho más grandes. Los comandantes estuvieron de acuerdo con el plan y los helicópteros volvieron a llevarlos a sus puestos de mando. Era la primera vez en mucho tiempo que una formación naval norteamericana atravesaba una zona de peligro sin un portaaviones cerca. Con los pañoles llenos de combustible, el grupo formó como estaba planeado, puso proa al noroeste y alcanzó una velocidad de veintiséis nudos. A las 1800 hora local, cuatro F-16 sobrevolaron el grupo, tanto para darles a los Aegis la ocasión de practicar control de fuego contra blancos vivos como para verificar los códigos IFF que utilizarían en la

Librodot

misión nocturna.

Mohammed Alahad era común como la mierda. Había llegado a Estados Unidos hacía más de quince años. Se decía que era viudo y sin hijos. Tenía un negocio decente y próspero en una de las calles comerciales más bellas de Washington. De hecho, en ese mismo momento debía estar allí. Aunque el cartel de CERRADO colgaba de la puerta, los agentes de Loomis supusieron que Alahad no tenía nada mejor que hacer que sentarse y revisar su contabilidad.

Uno de ellos cruzó la calle y golpeó la puerta. Alahad se acercó a abrir e intercambió algunas palabras con él. *Lo siento, pero todas las tiendas están cerradas por el decreto presidencial. -Sí, claro, pero yo no tengo nada que hacer y usted tampoco, ¿no? . Sí, pero es una orden ejecutiva. -¿Y quién va a saberlo, qué está diciendo?* Finalmente el agente entró, poniéndose su mascarilla quirúrgica. Tardó diez minutos en salir, dar la vuelta a la esquina y hacer un radiollamado desde su automóvil.

-Es una tienda de alfombras -le dijo a Loomis por el canal de radio encriptado.. Si queremos poner patas arriba el lugar, tendremos que esperar. -Ya habían intervenido la línea telefónica, pero hasta el momento no había entrado ni salido ningún llamado.

La otra mitad del equipo estaba en el departamento de Alahad, donde encontraron una foto de una mujer y un niño, probablemente su hijo, que vestía algo parecido a un uniforme... Tendría unos catorce años, pensó el agente, fotografiando la foto con su Polaroid. Nuevamente nada. Podría haber sido el departamento de cualquier comerciante de Washington... o de cualquier oficial de inteligencia. Era imposible saberlo. Tenían el comienzo de un caso pero no evidencia suficiente para llevarlo ante un juez, mucho menos para pedir una orden de allanamiento. Pero se trataba de una investigación de seguridad nacional que involucraba el bienestar personal del presidente, y la cúpula había dicho expresamente que *no había reglas*. Ya habían cometido dos violaciones técnicas de la ley al invadir dos propiedades privadas sin orden de allanamiento, y otras dos más al intervenir ambas líneas telefónicas. Loomis y Selig entraron a un edificio de departamentos en la vereda de enfrente. Se habían enterado de que había un departamento vacío frente a la tienda de Alahad. Consiguieron las llaves sin dificultad y montaron un equipo de vigilancia allí, mientras otros dos agentes vigilaban la puerta trasera. Sissy Loomis llamó a los cuarteles generales por teléfono celular. Tal vez la evidencia no alcanzara para presentarla ante un tribunal, pero era más que suficiente para comentarla con un agente colega.

O-Day advirtió que había un segundo sospechoso potencial: un agente negro cuya esposa era musulmana y estaba tratando de convertirlo... pero el agente había discutido el tema con sus compañeros, y además en el archivo decía que su matrimonio, como el de tantos otros en el Servicio, estaba a punto de naufragar.

Sonó el teléfono.

-Inspector O-Day.

-¿Pat? Habla Sissy.

-¿Cómo anda Raman? -Había trabajado con ella en tres casos, todos con espías rusos implicados. Loomis era obstinada como un buey cuando metía la cabeza en algo.

-¿Recuerdas el mensaje del contestador, el número equivocado?

-Sí...

-Nuestro vendedor de alfombras llamó a una persona muerta cuya esposa es alérgica a la lana -murmuró Loomis.

Clic.

-Adelante, Sis -Loomis leyó sus notas y la información reunida por los agentes que habían entrado al departamento de Alahad.

-Parece real, Pat. El procedimiento es demasiado bueno. Como salido de un libro. Parece tan normal que a uno no se le ocurriría pensarlo. ¿Pero por qué llamar desde un público si

Librodot

no es por temor a tener el teléfono intervenido? ¿Por qué llamar por error a un muerto? ¿Y por qué el llamado equivocado fue a parar al contestador de un miembro de la Custodia Personal?

-Bueno, Raman no está en la ciudad.

-Que se quede donde está -aconsejó Loomis. No tenían un caso. Todavía estaban buscando causas probables. Si arrestaban a Alahad, seguramente pediría un abogado... ¿y qué tenían hasta ahora? Había hecho un llamado telefónico. No tendría necesidad de defenderse. Podría callarse la boca. Su abogado diría que había sido un error -Alahad incluso podría tener preparada una explicación plausible; un as que escondería en la manga, por supuesto-, pediría evidencias y el FBI no tendría nada que mostrar.

-Tenemos las manos atadas, ¿no?

-Mejor a salvo que arrepentido, Pat.

-Tengo que hablar con Dan. ¿Cuándo investigarán la tienda?

-Esta noche.

Los efectivos del Blackhorse estaban exhaustos. Esos soldados rudos y preparados para el desierto habían pasado dos terceras partes del día en aviones con aire seco, asientos incómodos y con las armas guardadas en el portaequipajes -cosa que siempre provocaba una curiosa reacción en las azafatas-, para llegar finalmente a un lugar caluroso y húmedo a once husos horarios de diferencia. Pero hicieron lo que tenían que hacer.

Primero las armas de fuego. Los sauditas habían establecido un enorme polígono de tiro con blancos móviles de acero, cuya distancia del tirador oscilaba entre los trescientos y los tres mil metros. Los tiradores apuntaron sus armas y dispararon balas verdaderas, no de fogueo, descubriendo que los proyectiles de guerra, más certeros, habían -atravesado el punto-, expresión que aludía a la retícula circular en el centro de los sistemas de visión. Se revisaron las radios para garantizar que todos pudieran hablar con todos. Luego se verificaron las importantísimas conexiones de los IVIS. Las tareas más mundanas se dejaron para el final. Los M1A2 sauditas todavía no contaban con la más reciente modificación de la serie: armeros cargados a paleta. Tenían, en cambio, un chirriante cable de acero para objetos personales, especial-mente cantimploras. Uno por uno, los vehículos se pusieron en marcha y dieron vueltas en círculo. La tripulación de los Bradley se dio el lujo de disparar un misil TOW por carro. Luego ingresaron al área de recarga y repusieron las municiones utilizadas en la práctica.

Como entrenaban regularmente a otros regimientos en el bello arte de la muerte mecanizada, los efectivos del Blackhorse eran abiertamente insensibles a las tareas rutinarias de todo soldado. Debían recordar a cada momento que ése no era *su* desierto... Si bien todos los desiertos se parecían, ése en particular no tenía arbustos de creosota ni coyotes. Tenía camellos y mercaderes. Los sauditas honraron su ley de hospitalidad ofreciendo comida y bebida liviana en abundancia a las tropas. Mientras tanto, los comandantes discutían mirando los mapas y bebiendo el amargo café de la región.

Martin Diggs no era lo que se dice un hombre corpulento. Siempre había tenido la habilidad de dirigir sesenta toneladas de acero con la punta de los dedos y acertarle al vehículo ajeno a tres millas de distancia. Ahora era un comandante de alto rango y efectivamente estaba al mando de una división... pero un tercio de la misma estaba doscientas millas al norte y otro tercio a bordo de unos barcos que esa noche tal vez tendrían dificultades.

-¿Entonces qué se proponen, qué grado de preparación tienen? -preguntó el general.

Bajaron fotos satelitales y el oficial norteamericano de inteligencia con base en KKMC comenzó su informe. Tardó treinta minutos en completarlo, tiempo que Diggs pasó de pie. Estaba harto de estar sentado.

-STORM TRACK reporta tráfico radial mínimo -dijo el coronel.. Por otra parte, debemos recordar que están muy expuestos donde están.

-He mandado una compañía a cubrirlos -dijo un oficial saudita.. Mañana estarán posicionados.

-¿Qué está haciendo Buffalo? -preguntó Diggs. Bajó otro mapa. Las disposiciones ku-

waitíes le parecieron acertadas. Por lo menos no se habían desplegado hacia adelante, con excepción de las tres brigadas pesadas destinadas a contrarrestar una posible invasión. Conocía a Magruder. De hecho, conocía a los tres comandantes de los escuadrones. Si la RIU disparaba primero, la Fuerza Azul, en desventaja numérica o no, le haría sangrar la nariz a la Roja.

-¿Intenciones enemigas? -preguntó después.

-Desconocidas, señor. Hay varias cosas que no entendemos. Washington nos dice que esperemos un ataque, pero no dice por qué.

-¿Cómo?

-Esta noche o mañana por la mañana podré darle más información, señor -replicó el oficial de inteligencia.. Ah, tenemos periodistas asignados. Llegaron hace unas horas. Están en un hotel de Riyadh.

-Maravilloso.

-¿Al no tener conocimiento de lo que planean hacer...?

-El objetivo está claro, ¿no? -observó el comandante saudita.. Nuestros vecinos chiítas tienen todo el desierto que necesitan. -Señaló el mapa.. Allí está nuestro centro de gravedad económico.

-¿General? -preguntó otra voz. Diggs miró a su izquierda.

-¿Coronel Eddington?

-El centro de gravedad es político, no militar. Debemos tenerlo presente, caballeros -señaló el coronel de Carolina.. Si quisieran los pozos de petróleo de la costa tendríamos un montón de advertencias estratégicas.

-Nos superan en número, Nick. Eso les otorga cierto grado de flexibilidad estratégica. Señores, veo gran cantidad de camiones de combustible en estas fotos -dijo el general norteamericano.

-La última vez tuvieron que detenerse en la frontera con Kuwait por falta de combustible -les recordó el comandante saudita.

El ejército saudita -llamado Guardia Nacional. comprendía cinco brigadas pesadas, casi todas con equipamiento norteamericano. Tres estaban desplegadas al sur de Kuwait, una de ellas en Ras al Khafji, sitio de la única invasión al Reino, pero Khafji estaba junto al agua y nadie esperaba un ataque desde el mar. No era inusual que los soldados se prepararan para pelear su última guerra, recordó el norteamericano.

Eddington, por su parte, recordó una cita de Napoleón. Cuando le mostraron un plan de defensa con las tropas dispersas azarosamente a lo largo de la frontera francesa, el insigne militar preguntó si la idea era evitar el contrabando. Ese concepto defensivo fue legitimado por la doctrina de la OTAN de defensa adelantada dentro de la frontera ale-mana pero jamás fue comprobada su eficacia, y si había un lugar donde cambiar espacio por tiempo, ese lugar era el desierto saudita. Eddington se calló la boca. Era inferior en rango a Diggs y los sauditas parecían ser muy posesivos con su territorio, como la mayoría de los pueblos. Cruzó una mirada con Diggs. Así como el Décimo de Caballería era la reserva de los kuwaitíes, el Undécimo cumpliría la misma función para los sauditas. La situación cambiaría cuando sus guardias montaran sus orugas en Dhahran, pero por el momento tendría que ser así.

Uno de los mayores problemas era la relación de mandos. Diggs tenía una sola estrella... absolutamente merecida, Eddington lo sabía, pero de todos modos no pasaba de brigadier. Si CENTCOM hubiera podido viajar, su rango le habría permitido hacer sugerencias más firmes a los sauditas. Evidentemente el coronel Magruder del Buffalo había hecho algo por el estilo, pero la posición de Diggs era un poquito resbalosa.

-Bueno, de todos modos tenemos un par de días -el general norteamericano se dio vuelta.. Establezcamos equipos de reconocimiento. Si esas seis divisiones se tiran pedos... por lo menos quiero saber qué comieron.

-Al atardecer mandaremos algunos Predators -prometió el coronel de inteligencia.

Eddington salió a fumar. Después de la primera pitada comprendió que no debía preocuparse. Todos los sauditas fumaban.

-¿Y bien, Nick? -preguntó Diggs, acercándose.

-Una cerveza no vendría nada mal.

-Calorías al pedo -observó el general.

-Cuatro a uno, y ellos tienen la iniciativa. Eso si mi gente se encuentra con sus equipos a tiempo. La cosa podría ponerse interesante, Diggs. -Otra pitada.. Sus despliegues apestan. -Frase robada a sus alumnos, pensó su superior.. A propósito, ¿cómo se denomina esto?

-BUFORD, Operación BUFORD. Elija un nombre para su brigada, Nick.

-¿Qué le parece WOLFPACK? No es lo más acertado, pero suena mejor que TAR-HEEL. La cosa va demasiado rápido, general.

-Lección que el otro bando *debería* haber aprendido de la última vez: no nos den tiempo para juntar nuestras fuerzas.

-Es cierto. Bueno, debo ir a ver a mi gente.

-Use mi helicóptero -dijo Diggs.. Me quedaré un rato.

-Sí, señor -Eddington hizo la venia y empezó a caminar. Pero se dio vuelta.. ¿Diggs?

-¿Sí?

-Tal vez no estemos tan bien entrenados como Hamm y sus muchachos, pero lo haremos, ¿oyó? -Volvió a hacer la venia, arrojó el cigarro al suelo y caminó decidido rumbo al Black Hawk.

Nada se mueve tan silenciosamente como un barco. Un automóvil moviéndose a esa velocidad -un poco menos de treinta millas por hora. haría tanto ruido que uno podría escucharlo a pocas yardas de distancia en una noche silenciosa, pero en el caso del barco era como un levísimo *latigazo* del casco de acero contra lo que hasta el momento era un mar calmo. Los que iban a bordo percibían las vibraciones del motor o escuchaban la succión de las turbinas, pero eso era todo. Además, esa clase de sonidos sólo se escucharía a unas cien yardas a través del agua y de la noche. Sólo el levísimo latigazo y la estela brumosa que cada barco iba dejando, una sombra fantasmal y verdosa por la presencia de minúsculos organismos perturbados por la ola de presión que fosforescían en una suerte de protesta biológica. Para los tripulantes, la estela tenía un brillo endiablado. Bajaron las luces de los puentes para no comprometer la visión nocturna y apagaron las luces de navegación, violando las leyes vigentes. Los vigías usaban binoculares convencionales y equipos de amplificación lumínica para escrutar el horizonte. La formación estaba entrando a la parte más angosta del pasaje.

En todos los centros de información de combate la gente se agolpaba sobre mapas y planos, hablando en voz muy baja. Los que fumaban anhelaban hacerlo en los espacios asépticos y los que habían dejado el hábito se preguntaban por qué. Tal vez para proteger su salud, pensaban, contemplando los misiles superficie-a-superficie montados en sus lanzadores a mil quinientas yardas de distancia, cada uno con una tonelada de explosivos detrás de la cabeza de búsqueda.

-Doblando a la izquierda, nuevo curso dos-ocho-cinco -reportó el oficial de cubierta del *Anzio*.

Según el plan principal había más de cuarenta -blancos. -así llamaban a los radares de contacto-, cada uno con un vector que indicaba curso y velocidad aproximados. La cantidad de señales emitidas y recibidas era más o menos la misma. Algunas eran más voluminosas, por ejemplo los barcos-tanque equivalían en tamaño para el radar a una isla mediana.

-Bueno, hemos llegado hasta aquí -le dijo Weps al capitán Kemper.. ¿Se habrán quedado dormidos?

-Tal vez haya un Gran Hongo de verdad, Charlie Brown.

Sólo estaban activados los radares de navegación. Los iraníes/ RIUníes debían tener equipos ESM allá afuera, pero si estaban patrullando el estrecho de Ormuz todavía no los habían detectado. Había blancos inexplicables. ¿Pesqueros? ¿Contrabandistas? ¿Algún incauto en viaje de placer? Imposible saberlo. Probablemente el enemigo tuviera ciertas reticencias para mandar sus naves al centro del estrecho. Los árabes eran tan territoriales como cualquie-

ra, supuso Kemper.

Todas las naves eran estaciones de combate. Todos los sistemas de combate habían sido activados por completo, pero estaban en espera. Si alguien se les acercaba, en primer lugar tratarían de visualizarlo. Si alguien los iluminaba con un radar, la nave localizada en el sector más iluminado aumentaría el nivel de alerta y realizaría algunos barridos con los radares SPY para comprobar si se preparaba un ataque. Aunque no sería tan fácil. Todos los misiles tenían cabezas de búsqueda independientes y el estrecho estaba plagado de ellos. Pero el otro bando seguramente no tendría el gatillo tan fácil... podrían terminar matando unas cuantas ovejas, pensó Kemper con una sonrisa burlona en los labios. Por muy tensa que fuera esta parte de la misión para ellos, la tarea del enemigo tampoco era *tan* fácil.

-Cambio de curso en contacto cuatro-cuatro, a la izquierda -dijo el contramaestre.

Aludía a un contacto de superficie a la entrada de las aguas territoriales RIUníes, a siete millas de distancia. Kemper se inclinó hacia adelante. Un comando computarizado le permitió ver la ruta seguida por el contacto en los últimos veinte minutos. Había estado avanzando con cautela, a una velocidad de aproximadamente cinco nudos. Pero acababa de aumentar a diez y se dirigía... hacia el grupo señuelo. Esa información fue transmitida al USS *O-Bannon*, cuyo capitán era el oficial de más rango del grupo. La distancia entre ambas naves era de 16.000 yardas y se estaba achicando.

La cosa se estaba poniendo interesante. El helicóptero del *Normandy* se ubicó sobre el contacto desde atrás, volando bajo. Los pilotos vieron un resplandor verdiblanco: la embarcación no identificada había aumentado la velocidad, revolviendo el agua y perturbando aún más a los organismos que inexplicablemente sobrevivían a la polución. El repentino aumento de velocidad significaba que...

-Es un cañonero -informó el piloto.. El blanco aumentó la velocidad.

Kemper sonrió. Debía elegir. No hacer nada, y tal vez no pasara nada. No hacer nada, y darle al cañonero misilístico la oportunidad de disparar primero contra el *O-Bannon* y su grupo. Hacer algo, y correr el riesgo de alertar al enemigo. Pero si el enemigo disparaba primero, eso quería decir que ya estaba alertado, ¿no? Tal vez. Tal vez no. La información era demasiado compleja para procesarla en cinco segundos. Esperó otros cinco.

-El blanco es misilístico, veo dos lanzadores. Está estabilizando la velocidad.

-Está en línea directa al *O-Bannon*, señor -reportó Weps.

-Tráfico radial, tengo tráfico radial en UHF, orientación cero-uno-cinco.

-Disparen -dijo Kemper instantáneamente.

-¡Disparen! -ordenó Weps al helicóptero.

-¡Entendido!

-Combate, vigía. Señor, estoy viendo un lanzador de misiles a babor... en realidad son dos, señor.

-Bárranlos...

-Dos lanzadores más, señor.

Carajo, pensó Kemper. El helicóptero llevaba solamente dos misiles anti-barco Penguin. Y él no podía hacer nada. El grupo señuelo estaba cumpliendo su función. Le estaban disparando.

-Dos vampiros adentro... blanco destruido -agregó el piloto, anunciando la destrucción del cañonero misilístico... confirmada un minuto después por el vigía.. Repito, dos vampiros adentro.

-Los Silkworm son grandes blancos -dijo Weps.

No podían ver bien la mini-batalla. El radar de navegación indicaba que el *O-Bannon* se dirigía al puerto... tal vez con la intención de descubrir su sistema de defensa anti-misil. Pero de ese modo también proporcionaría un blanco más amplio a los misiles enemigos. El destructor no disparó sus pájaros por temor a que el intento de engañar a los misiles enemigos sólo sirviera para desviarlos hacia los barcos de reabastecimiento que debía proteger. ¿Decisión automática? se preguntó Kemper. ¿Pensada? Valiente en cualquier caso. Se encendió el

Librodot

radar de iluminación del destructor. Eso significaba que estaba disparando sus misiles, pero el radar de navegación no podía captarlos. Luego, por lo menos una de las fragatas se unió al destructor.

-Hay muchísima luz -reportó el vigía.. ¡*Auch*, ése fue grandioso! ¡Allá va otro! -Cinco segundos de silencio.

-O-Bannon al grupo, estamos bien -dijo una voz.

Por ahora, pensó Kemper.

Habían lanzado tres Predators, uno para cada uno de los tres cuerpos acampados al sudoeste de Bagdad. Ninguno llegó tan lejos como esperaban. A treinta millas de sus objetivos, las cámaras de visión térmica captaron las brillantes siluetas de una enorme formación de vehículos blindados. El Ejército de Dios se estaba moviendo. La información fue inmediatamente transmitida de STORM TRACK a KKMC, y desde allí al mundo entero.

-Un par de días más hubieran venido bien -pensó Goodley en voz alta.

-¿Los nuestros están preparados? -le preguntó Ryan a Jackson.

-El Décimo está listo para atacar. El Undécimo necesitará por lo menos un día más. La otra brigada todavía no tiene sus equipos -respondió el almirante.

-¿Cuánto falta para el contacto? -preguntó el presidente.

-Por lo menos doce horas, tal vez dieciocho. Depende de dónde se dirijan exactamente.

Jack asintió.

-Arnie -preguntó-, ¿Callie está enterada de esto?

-No, no sabe nada.

-Entonces ha llegado el momento de que sepa. Tengo que hacer un discurso.

Alahad estaría aburrido de atender un negocio sin clientes, pensó Loomis. Cerró temprano, subió a su auto y se marchó. Seguirle el rastro por las calles vacías sería fácil. Pocos minutos después, lo vieron estacionar y entrar a su edificio. Loomis y Selig salieron del departamento, cruzaron la calle y se dirigieron a la parte de atrás de la tienda. La puerta tenía doble candado y el genio técnico tardó diez minutos en violentarlos, quedando estupefacto ante tanta dificultad. Luego se encargó del sistema de alarma, pero eso fue mucho más fácil. Era una alarma vieja de código simple. Adentro encontraron más fotos, probablemente una de su hijo. Primero revisaron el Rolodex. Allí estaba la tarjeta del señor Sloan con el número 536-4040, pero sin dirección.

-Díme qué piensas -dijo Loomis.

-Pienso que es una tarjeta nueva, sin marcas ni dobleces, y pienso que hay un punto sobre el primer número *cuatro*. Eso le indica cuál número cambiar, Sis.

-Este tipo conoce el juego, Donny.

-Pienso que tienes razón y que Aref Raman también lo conoce.

¿Pero cómo probarlo?

La cobertura podía haber desaparecido o no. Imposible saberlo. Kemper evaluó la situación lo mejor que pudo. Tal vez el cañonero había recibido permiso para disparar... Tal vez el joven comandante lo había decidido por su cuenta... probablemente no. Los países dictatoriales no daban demasiada autonomía a sus jefes militares. Si un dictador cometía el error de hacerlo, tarde o temprano terminaría frente a un pelotón de fusilamiento. Hasta el momento el tanteador marcaba EE-UU. 1-RIU 0. Ambos grupos avanzaban hacia el sudoeste a una velocidad de veintiséis nudos, todavía rodeados por naves mercantes cuyos tripulantes se preguntaban qué demonios había pasado al norte de Abu Masa.

Las naves de Omán que patrullaban la zona hablaban con alguien, tal vez con la RIU, para averiguar qué pasaba.

Kemper decidió que la confusión era benéfica. Afuera estaba oscuro y nunca había sido fácil identificar barcos en la oscuridad.

-¿Cuánto falta para el crepúsculo náutico?

-Cinco horas, señor -respondió el contramaestre.

-Eso equivale a ciento cincuenta millas. Seguimos como antes. Que esquiven los obstáculos si pueden. -Llegar a Bahrain sin ser detectados sería un verdadero milagro.

Dejaron todo encima del escritorio de O-Day. -Todo. eran tres páginas de anotaciones y un par de fotos Polaroid. Aparentemente lo más importante era una copia de los llamados telefónicos. También era la única evidencia legal con que contaban.

-No es precisamente la pila de pruebas más gorda que he visto en mi vida -dijo Pat.

-Eh, Pat, dijiste que nos moviéramos rápido -le recordó Loomis.. Ambos están sucios. No puedo probárselo a un jurado, pero alcanza para iniciar una investigación mayor, suponiendo que tengamos tiempo, cosa que dudo.

-Correcto. Vamos -dijo, levantándose.. Tenemos que ver al director.

Murray estaba tapado de trabajo. El FBI no estaba realizando la investigación epidemiológica de todos los casos de Ébola, pero casi. Además estaba el atentado al Giant Steps, que era criminal y FCI al mismo tiempo. Y ahora esto, la tercera situación -todo lo demás puede esperar. en menos de diez días. El inspector saludó a los secretarios al pasar y entró sin golpear a la oficina del director.

-Por suerte no estaba filtrando información -bromeó Murray.

-No creo que tuvieras tiempo para hacerlo. Yo tampoco -dijo Pat.. Es probable que haya un doble agente en el Servicio, Dan.

-¿Ah, sí?

-Ah, sí, sí, y ah... mierda. Loomis y Selig te pondrán al tanto.

-¿Puedo decírselo a Andrea Price sin que me mate? -preguntó el director.

-Creo que sí.

58

La luz del día

No era para celebrar, pero ya era el segundo día que los casos de Ébola disminuían. Mejor aún, de los nuevos casos identificados, cerca de un tercio presentaban anticuerpos pero eran asintomáticos. El CDC y el USAMRIID habían chequeado la información dos veces antes de enviarla a la Casa Blanca, advirtiendo también que era demasiado preliminar para ser transmitida al público. Aparentemente, la prohibición de viajar y sus efectos sobre los contactos interpersonales habían dado buenos resultados... pero el presidente todavía no podía decirlo.

El caso del Giant Steps también estaba progresando, gracias a la intervención del laboratorio del FBI. Los microscopios electrónicos nosólo se utilizaban para identificar virus de Ébola. También los usaban para partículas de polen y otras sustancias. La cosa se complicaba un poco porque el atentado se había hecho en primavera, cuando el aire está lleno de polen.

Se había llegado a la firme conclusión de que Mordecai Azir era un fantasma que había cobrado vida con un único propósito y que, una vez alcanzado éste, había desaparecido. Pero en el camino había deja-do algunas fotografías que podrían servir como pistas. Ryan se preguntó si habría buenas noticias al terminar el día. No habría.

-Hola, Dan. -Estaba de vuelta en su despacho. La Sala de Situaciones sólo servía pare recordarle que su próxima orden ejecutiva sería mandar gente a la guerra.

-Señor presidente -dijo el director del FBI, entrando. Lo acompañaban el inspector O-Day y Andrea Price.

-¿Qué los pone tan contentos?

Se lo dijeron.

Había que ser un valiente para despertar al ayatollah Mahmoud Haji Daryaei antes del

alba, y dado que quienes lo rodeaban temían su ira mortal, tardaron dos horas en reunir el coraje necesario para hacerlo. Eran las cuatro de la mañana en Teherán cuando sonó el teléfono junto a la cama de Daryaei. Diez minutos después estaba en la sala de su departamento, decidido a castigar a los responsables.

-Nos informan que han entrado barcos norteamericanos al Golfo -anunció el jefe de inteligencia.

-¿Cuándo y dónde? -preguntó el ayatollah con mirada sombría.

-Después de la medianoche por la zona más angosta. Uno de nuestros cañoneros misilísticos detectó lo que resultó ser un destructor norteamericano. Recibió orden de atacar del comandante local, pero desde entonces no supimos nada más.

-¿Eso es todo? ¿*Para* esto *me despertaron*?

-Hubo tráfico radial en el área, entre barcos. Mencionaron varias explosiones. Tenemos razones para creer que nuestro cañonero fue atacado y destruido por alguien, probablemente una aeronave... ¿pero de qué origen?

-Queremos su autorización para iniciar operaciones aéreas de barrido en el Golfo después del alba. Nunca hicimos algo así sin su autorización -señaló el comandante de la Fuerza Aérea.

-El permiso *está otorgado* -dijo Daryaei. Bueno, *ya* estaba despierto, pensó.. ¿Qué más?

-El Ejército de Dios marcha hacia la frontera. La operación prosigue de acuerdo a lo planeado. -Esa noticia seguramente lo complacería, pensó el jefe de inteligencia.

Mahmoud Haji asintió. Había querido dormir bien esa noche, anticipando las largas horas de vigilia de los próximos días, pero estaba en su naturaleza no volverse a dormir una vez despierto. Miró el reloj de su escritorio -no usaba reloj pulsera. y decidió que el día acababa de comenzar.

-¿Los tomaremos por sorpresa?

-En cierto sentido sí -respondió Inteligencia.. El ejército tiene órdenes estrictas de mantener silencio radial. Los puestos de escucha norteamericanos son muy sensibles, pero en este caso no podrán oír nada. Recién podrán detectarnos en las proximidades de Al Bussayah, pero entonces estaremos listos para saltarles encima, y será de noche.

Daryaei hizo un gesto negativo.

-Esperen -dijo-, ¿qué reportó nuestro cañonero?

-Reportó un destructor o fragata norteamericano, posiblemente acompañado por otros barcos. Eso fue todo. Dentro de dos horas tendremos helicópteros investigando.

-¿Y sus transportadores, sus portaaviones?

-No sabemos -admitió Inteligencia. Esperaba evitar esa pregunta.

-¡*Averígüenlo*!

Los dos militares se retiraron. Daryaei llamó a su sirviente para pedirle el té. Se le ocurrió otra cosa. Todo quedaría en claro, incluso resuelto, cuando el joven Raman cumpliera su misión. El informe decía que estaba en su puesto y había recibido la orden. ¡¿Entonces por qué no la había cumplido?! se preguntó el ayatollah con ira creciente. Volvió a mirar el reloj. Era demasiado temprano para llamar.

Kemper había dado una suerte de descanso a su tripulación. Gracias a la automaticidad de los Aegis, dos horas después del incidente con el cañonero -barco misilístico, se corrigió. los tripulantes realizaron turnos rotativos en las estaciones de combate y pudieron aliviarse, comer algo y en muchos casos dormir unos minutos. El descanso duró una hora, de la cual le correspondieron quince minutos a cada uno. Ahora todos estaban de vuelta. Faltaban dos horas para el crepúsculo náutico. Estaban a menos de cien millas de Qatar; avanzaban en dirección oeste-noroeste, serpenteando entre todas las isletas y oleoductos que encontraban para confundir a los radares enemigos. Ya había pasado lo peor. El Golfo era mucho más ancho en esa zona. El COMEDY tenía lugar para maniobrar y usar a pleno sus poderosos sensores. Los radares del *Anzio* informaban que había un grupo de cuatro F-16 veinte millas al norte de la

formación. Hubiera sido mejor un AWACS, pero todos estaban al norte. Ese día habría batalla. Ni el Aegis ni él estaban específicamente preparados para eso, pero así eran las cosas en la Armada.

El grupo señuelo marchaba hacia el sur. Por ahora había terminado su trabajo. Cuando saliera el sol ya no habría manera de disimular qué era ni qué estaba haciendo el COMEDY, pensó.

-¿Están totalmente seguros de esto? -preguntó POTUS.. ¡Por Dios, mil veces me he quedado solo con él!

-Ya sabemos -dijo Price.. Ya sabemos. Es difícil de creer, señor. Hace tiempo que conozco a Jeff y...

-Es el fanático del basket. Me dijo quién ganaría las finales de la NCAA. Acertó. Tuvo una excelente *puntería*.

-Sí, señor -Andrea se vio obligada a coincidir con él.. Desafortunadamente, estas cosas son un poco difíciles de explicar.

-¿Van a arrestarlo?

-No podemos -respondió Murray.. Ésta es una de esas situaciones donde uno sabe, o cree saber, pero no puede probar nada. Pero Pat y yo tenemos una idea.

-Escuchémosla, entonces -ordenó Ryan. La jaqueca había vuelto. No, no era eso. El breve período intermedio sin jaquecas había terminado. Ya era bastante la vaga sospecha de que un miembro del Servicio Secreto estuviera involucrado, pero ahora creían tener pruebas -peor aún, ¡no tenían pruebas suficientes y lo poco que tenían sólo servía para aumentar las malditas sospechas!. de que una de las personas más próximas a él y su familia era un asesino en potencia. ¿Nunca terminaría esto? No obstante, escuchó.

-En realidad es muy simple -concluyó O-Day.

-¡No! -saltó Price inmediatamente.. ¿Qué pasará si...?

-Podemos controlarlo. No habrá peligro real -aseguró el inspector.

-Un momento -dijo SWORDSMAN.. ¿Dice que puede dejarlo en evidencia?

-Sí, señor.

-¿Y que yo tendría que *hacer* algo en lugar de quedarme aquí sentado como un rey imbécil?

-Sí, señor -repitió Pat.

-¿Dónde tengo que firmar? -preguntó Ryan retóricamente.. Hagámoslo.

-Señor presidente...

-¿Usted estará aquí, Andrea?

-Bueno, sí, pero...

-Entonces está aprobado -dijo POTUS.. Que no se *acerque* a mi familia. ¿Está claro? Si mira el ascensor usted misma lo bajará de un tiro. ¿Entendido, Andrea?

-Entendido, señor presidente. Ala Oeste exclusivamente.

Una vez acordado el plan bajaron a la Sala de Situaciones, donde Arnie y el resto del equipo de seguridad nacional estaban observando un mapa en una gran pantalla de televisión.

-De acuerdo, iluminemos el cielo -ordenó Kemper. El *Anzio* y los otros cuatro Aegis activaron sus radares SPY a máxima potencia. No tenía sentido seguir escondiéndose. Se hallaban exactamente debajo de una ruta aérea comercial denominada W-15 y cualquier piloto de aerolínea podría verlos con sólo mirar hacia abajo. Y el que lo hiciera empezaría a hablar. Después de todo, el elemento sorpresa tenía sus límites prácticos.

En un segundo aparecieron numerosos rastros aéreos en las tres grandes pantallas. Ése debía ser el espacio aéreo más ajetreado del mundo después de O-Hare, pensó Kemper. El escaneo IFF detectó un grupo de cuatro F-16 desplegados al noroeste de la formación. Había seis aviones comerciales en tránsito y el día recién comenzaba. Los especialistas en misiles

Librodot

ingresaron blancos de práctica para ejercitar las computadoras, pero el sistema del Aegis estaba diseñado para ser una de esas cosas superpoderosas que pueden estar quietas un segundo y provocar un infierno al segundo siguiente. Pronto llegarían al lugar adecuado para ponerlo en práctica.

Los primeros aviones de combate iraníes que subieron al cielo ese día fueron dos añosos Tomcats F-14 de Shiraz. El sha había comprado aproximadamente ochenta en la década del .70. Diez todavía podían volar, con partes -canibalizadas. de todos los demás o adquiridas en el agitado mercado negro mundial de componentes de aeronaves de guerra. Los dos Tomcats volaron en dirección sureste hacia Bandar Abbas y luego aumentaron la velocidad y pusieron rumbo al sur, hacia Abu Musa. Los acompañantes oteaban el horizonte con binoculares mientras los pilotos sobrevolaban el norte de Abu Musa. El sol era absolutamente visible a veinte mil pies de altura, pero en la superficie reinaba todavía la semioscuridad del crepúsculo náutico.

Es difícil ver un barco desde arriba, hecho que los marineros y aviadores suelen pasar por alto. En la mayoría de los casos los barcos son demasiado pequeños y la superficie del océano demasiado vasta. Lo que sí se ve, ya sea por foto satelital o a simple vista, es la estela, un alboroto en el agua parecido a una flecha de punta enorme -las olas de proa y popa generadas por el paso del barco a través del agua. que deja un rastro de espuma en línea recta. El ojo se siente atraído por esas formas como por el cuerpo de una mujer... y en el vértice de la V descubre el barco. O, en este caso, los barcos. Primero detectaron el grupo señuelo a cuarenta millas de distancia. El cuerpo principal del COMEDY fue identificado un minuto después.

El problema de los barcos es la identificación positiva. Kemper no podía arriegarse a derribar un avión comercial, como había hecho una vez el USS *Vincennes*. Los cuatro F-16 ya habían girado hacia ellos cuando oyó el radiollamado. No había nadie a bordo que hablara lo suficientemente bien el idioma como para entender lo que decían.

-Parecen F-14 -informó el líder de los F-16. Kemper sabía que la Armada no tenía ninguno en la zona.

-Anzio a STARFIGHTER, liberen armas, derríbenlos.

-Entendido.

Los pilotos estaban demasiado ocupados mirando hacia abajo en vez de mirar a los costados. Un vuelo de reconocimiento, supuso el líder del Starfighter. Bueno. Seleccionó AIM-120 y disparó, una fracción de segundo antes que los otros aviones de su formación.

-¡Fox-Uno, Fox-Uno!

Acababa de empezar la Batalla de Qatar.

Los pilotos de la RIU estaban demasiado ocupados para su bien. Los receptores de los radares de advertencia reportaban toda clase de señales en ese momento y la de los misiles aire-a-aire fue apenas una más. Uno de los pilotos intentaba contar los barcos norteamericanos mientras hablaba por radio cuando un par de misiles AMRAAM explotó a veinte metros de su viejo avión. El otro piloto tuvo tiempo de levantar la vista y ver llegar a la muerte.

-Anzio, aquí STARFIGHTER, derribamos dos, no hay paracaídas, repito, derribamos dos.

-Entendido.

-Linda manera de empezar el día -comentó un mayor de la USAF que acababa de pasar dieciséis meses practicando contra la Fuerza Aérea israelí en el Negev.. Regreso a estación. Fuera.

-No estoy seguro de que sea una buena idea -dijo Van Damm. La foto satelital del *John Paul Jones* acababa de llegar a Washington. Estaban viendo los hechos menos de medio segundo después de ocurridos.

-No podemos detener esos barcos, señor -le dijo Robby Jackson.. No podemos correr riesgos.

-Pero dirán que disparamos primero y...

-Error, señor. El cañonero iraní fue el primero en disparar hace cinco horas -le recordó el J-3.

-Pero no lo admitirán.

-Basta, Arnie -dijo Ryan.. Fue orden mía. Las reglas de enfrentamiento están claras. ¿Qué pasará de ahora en más, Robby?

-Depende de lo que hagan los iraníes. El primer blanco fue fácil. Suele serlo -dijo Jackson, recordando algunos episodios de su carrera que no se parecían en nada a lo que había aprendido, pero nadie jugaba limpio en la guerra, ¿no?

El sector más angosto del estrecho estaba a cien millas entre Qatar y la ciudad iraní de Basatin. En Basatin había una base aérea y la cobertura satelital informaba que los aviones de combate estaban listos para el despegue.

-Hola, Jeff.

-¿Qué está pasando, Andrea? -preguntó Raman.. Por suerte recordaste que me tienes abandonado aquí -agregó.

-Este asunto de la epidemia nos tuvo muy ocupados. Te necesitamos de vuelta. ¿Tienes auto?

-Creo que podré robar uno de la oficina local. -De hecho, ya tenía un automóvil oficial.

-Bueno -dijo Price-, entonces regresa. No creo que necesitemos el equipo de avanzada en Pittsburgh. Usa tu identificación para pasar los bloqueos de la Interestatal 70. Te quiero aquí lo más rápido posible. Están pasando cosas.

-Dame cuatro horas.

-¿Tienes una muda de ropa?

-Sí, ¿por qué?

-Vas a necesitarla. Hemos implantado procedimientos de descontaminación. Todos tienen que desinfectarse antes de entrar al Ala Oeste. Ya verás cuando llegues.

-No hay problema.

Alahad no hacía nada. Los micrófonos ocultos en su departamento habían indicado que miraba televisión, pasando de un canal de cable a otro en busca de una película que no hubiera visto, y que antes de irse a la cama había visto el noticiero de la CNN. Después, nada. Todas las luces estaban apagadas y ni siquiera las cámaras de visión térmica podían atravesar las gruesas cortinas del ventanal de su dormitorio. Los agentes encargados de vigilarlo bebían café en vasitos de plástico y miraban las cortinas cerradas mientras compartían su preocupación por la epidemia, igual que todos los norteamericanos. Los medios seguían dedicándole todo el tiempo a esa noticia. Tampoco había mucho de qué hablar. No había actividad deportiva. El pronóstico meteorológico seguía vigente, pero eran pocos los que salían a comprobarlo. Todo giraba alrededor de la crisis de Ébola. En los pro-gramas científicos explicaban qué era el virus y cómo se propagaba -en realidad cómo *podía* propagarse, ya que había opiniones diversas al respecto. y los agentes con auriculares habían escuchado los últimos informes por el televisor de Alahad. Un defensor del medio ambiente sostenía que era una venganza de la naturaleza. El hombre había invadido la jungla, talado árboles, matado animales, perturbado el ecosistema... y ahora el ecosistema se vengaba. O algo por el estilo.

También escucharon el análisis legal de la demanda de Edward Kealty, pero simplemente faltaba entusiasmo para levantar la prohición de viajar. Los noticieros mostraban avio-

Librodot

nes en los aeropuertos, ómnibus en las terminales, trenes en las estaciones y montones de caminos vacíos. También enseñaban a reutilizar una mascarilla quirúrgica, sosteniendo que esa simple medida de seguridad era casi infalible, cosa que la mayoría parecía creer. Pero también mostraban imágenes de hospitales y bolsas de cadáveres. Relataban cómo se cremaban los cuerpos sin mostrar las llamas; el relato en sí ya era bastante desagradable. Los periodistas y consultores médicos comenzaban a lamentar la falta de información sobre el número de casos -alarmante para muchos-, haciendo hincapié en que el espacio destinado en los hospitalesa los casos de Ébola no había aumentado -para consuelo de algunos.. Los quejosos de siempre seguían quejándose, pero muchos otros decían que la situación podía estar estabilizándose, aunque tal vez fuera demasiado pronto para especular al respecto.

Algunos empezaban a decir que la gente estaba luchando y que muchos estados estaban absolutamente limpios, igual que algunas regiones de los estados infectados. Por último, algunos se atrevían a decir que la epidemia no había sido una desgracia natural. Los medios no podían medir la opinión pública al respecto. La gente no interactuaba lo suficiente ni intercambiaba ideas como para formarse una opinión, pero muchos estaban empezando a creer que el mundo *no* llegaría a su fin. Y esa creencia iba acompañada de una pregunta inevitable: ¿Cómo había empezado la epidemia?

El secretario Adler estaba nuevamente en su avión, rumbo a la República Popular China. En la embajada de Beijing se enteró de las últimas noticias. Sintió ira y cierto grado de satisfacción perversa. Zhang había llevado al gobierno en esa dirección. Estaba seguro, mucho más sabiendo que India se había involucrado -otra vez. a instancias de China e Irán. Habría que averiguar si la primera ministra haría saber a sus socios que había renunciado a su parte del trato. Probablemente no, pensó Adler. Volvería a escabullirse. Parecía capaz de escabullirse incluso dormida.

Pero la ira no lo abandonaba. Su país había sido atacado por alguien que él había visitado hacia unos días. La diplomacia había fracasado. No había podido detener un conflicto... ¿y acaso no era ése su trabajo? Peor, él y su país habían sido engañados. China lo había manejado a su antojo, a *él* y a una fuerza naval opositora vital. La RPCH lamentaba una crisis que ella misma había creado con el propósito de perjudicar los intereses norteamericanos, y probablemente con el propósito final de remodelar el mundo según su propio diseño. Habían sido astutos por demás. China no le había hecho nada a nadie directamente -excepto a los pasajeros del avión-, permitiendo que otros tomaran la delantera y corrieran los riesgos pertinentes. Cualquiera fuera el resultado de la contienda, los chinos seguirían con sus actividades comerciales, conservarían el respeto debido a toda superpotencia y ejercerían influencia sobre la política norteamericana. Habían matado norteamericanos en el Airbus. Y con sus maniobras estaban ayudando a matar más norteamericanos, a ocasionar un daño real y permanente a su país... y todo sin correr el menor riesgo, pensó el secretario de Estado, mirando por la ventanilla del avión.

Pero no sabían que él lo sabía, ¿verdad?

El próximo ataque sería un poco más serio. La RIU tenía una amplia reserva de misiles C-802. Fabricados en China, eran similares en tipo y capacidades al Exocet francés, con un alcance de aproximadamente setenta millas. No obstante, el problema era, una vez más, el blanco. Había demasiados barcos en el Golfo. Para poder dirigir con precisión sus misiles los iraníes tendrían que acercarse lo suficiente para que sus radares captaran al COMEDY.

Bueno, decidió Kemper, tendría que ocuparse de eso. El *John Paul Jones* aumentó la velocidad a treinta y dos nudos y puso proa al norte. Era un destructor pequeño -en los radares aparecía como un pesquero mediano. y para acentuar esa característica favorable apagó todos sus radares. Kemper reclamó AWACS a Riyadh. Los tres cruceros -*Anzio, Normandy* y

Yorktown. mantenían su posición cerca de los transportadores, y la tripulación civil del COMEDY ya había comprendido que los barcos de guerra no estaban cumpliendo una mera función defensiva. Los vampiros tendrían que atravesar primero los cruceros para llegar a los transportadores. Pero no había nada que hacer al respecto. Todos los civiles ocuparon sus puestos. Los equipos de guerra fueron desplegados en las cubiertas. Los motores aumentaron la potencia al máximo.

Arriba, la primera patrulla de F-16 fue reemplazada por otra. Las armas estaban liberadas y entre los pilotos civiles se estaba corriendo la voz de que el cielo del Golfo Pérsico no era el mejor lugar para volar. Eso facilitaría las cosas. Ya no era un secreto que estaban allí. Los radares iraníes debían haberlos detectado, pero ya no tenía importancia.

-Parece que hay dos fuerzas navales en el Golfo -dijo Inteligencia.. No estamos seguros de la composición, pero es posible que sean transportadores militares.

-¿Y?

-Y dos de nuestros Tomcats fueron derribados al aproximarse a ellos -prosiguió Fuerza Aérea.

-Los barcos norteamericanos... algunos son barcos de guerra muy modernos. Nuestros aviones dicen que hay otros que parecen barcos mercantes. Aparentemente transportan tanques desde Diego García...

-¡Los que la flota india debía detener!

-Creo que sí.

¡Fui un tonto al confiar en esa mujer!

-¡Húndanlos! -ordenó, creyendo que su deseo podría hacerse realidad.

A Raman le gustaba conducir rápido. La ruta casi vacía, la noche oscura y el poderoso automóvil del Servicio le permitieron disfrutar de ese pasatiempo al ingresar a la Interestatal 70 que lo llevaría a Maryland. Lo sorprendió la cantidad de camiones. No sabía que hubiera tantos vehículos dedicados al transporte de alimentos y medicamentos. La sirena de su automóvil obligó a los camiones a cederle el paso, permitiéndole avanzar a cien millas por hora sin interferencias de la policía de Pennsylvania.

Tuvo tiempo para pensar. Hubiera sido mejor para todos que él hubiese sabido de antemano lo que estaba pasando. Por cierto hubiera sido mejor para él. El atentado contra SANDBOX no le había gustado. Era una niña, demasiado chica, demasiado inocente para ser considerada enemiga. Raman la conocía personalmente, conocía su cara, su nombre, su voz. El atentado lo había perturbado. No entendía del todo por qué lo habían ordenado... como no fuera para achicar aún más el círculo protector que rodeaba a POTUS, facilitando así su misión. Pero en realidad no había sido necesario. Estados Unidos no era Irak, cosa que Mahmoud Haji probablemente no entendía del todo.

El atentado biológico era otra cosa. Su propagación había sido obra de la Voluntad de Dios. Era desagradable, pero así era la vida. Recordó el incendio del cine en Teherán. Allí también había muerto gente, gente común cuyo único error había sido ir a ver una película en lugar de atender sus devociones. El mundo era duro y lo único que lo volvía tolerable era la fe en algo superior a uno mismo. Raman tenía esa clase de fe. El mundo no cambiaba de forma por accidente. Los grandes acontecimientos solían ser crueles. La Fe se había propagado con ayuda de la espada, a pesar de que el Profeta había dicho que la espada no podía forjar un creyente... dicotomía que no entendía del todo, pero que también formaba parte de la naturaleza del mundo. El mundo era incomprensible para el hombre. Para la mayoría de las cosas uno debía depender de la guía de los más sabios, que le dirían qué hacer, qué era aceptable a los ojos de Alá, qué servía a Su propósito.

Bueno, el que no le hubieran transmitido información útil era una razonable medida de seguridad... si aceptaba el hecho de que no iba a sobrevivir. Darse cuenta no le dio escalofríos.

Hacía tiempo que había aceptado esa posibilidad, y si su hermano en la Fe había podido cumplir su misión en Bagdad, él podría cumplir la suya en Washington. Pero, si se daba la ocasión, trataría de sobrevivir. Eso no tenía nada de malo, ¿no?

Era evidente que todavía estaban planeando la operación, pensó Kemper. En 1990-91 habían tenido tiempo para decidir cosas, asignar misiones, establecer circuitos de comunicación y cosas por el estilo. Pero esta vez no. Cuando llamó para reclamar los AWACS, un individuo de la Fuerza Aérea replicó: -¿Cómo, todavía no tienen uno? ¿Por qué no lo pidieron?. El comandante del USS *Anzio* y la Fuerza de Tareas 61.1 no desató su ira contra el hombre. Probablemente no tuviera la culpa y lo bueno era que podían contar con un AWACS. El tiempo también les jugaba a favor. Cuatro aviones de combate, modelo desconocido, acababan de despegar de Basatin, a noventa millas de distancia.

-COMEDY, aquí Sky-Two, vemos cuatro aviones. -La información apareció en una de las pantallas del Aegis. Su propio radar no podía ver tan lejos, porque estaba debajo del horizonte. El AWACS mostraba cuatro -blips. en dos pares.

-Sky, aquí COMEDY, son suyos. Derríbelos.

-Entendido. Un momento, hay cuatro más.

-Aquí es donde se pone interesante -dijo Jackson en la Sala de Situaciones.. Kemper tiene una trampa para misiles a bordo de la formación principal. Si alguien logra pasar a los F-16, veremos si funciona.

Un tercer grupo de cuatro despegó un minuto después. Los doce bombarderos subieron a diez mil pies de altura y luego giraron al sur a máxima velocidad.

El escuadrón de F-16 no podía correr el riesgo de alejarse demasiado del COMEDY, pero avanzó a enfrentar la amenaza en el centro del Golfo bajo directivas del AWACS. Ambos bandos activaron sus radares de blanco. La fuerza de la RIU era controlada por equipos terrestres y los equipos de la USAF eran guiados por el E-3D a cien millas detrás de ellos. No eran maniobras elegantes. Los F-16, que contaban con misiles de largo alcance, dispararon primero. Los iraníes respondieron al ataque. El primer escuadrón de cuatro descendió en picada al agua y se produjo una poderosa interferencia desde la orilla que los norteamericanos no esperaban. Tres aviones de la RIU fueron derribados por la descarga misilística. Los aviones norteamericanos esquivaron la descarga de respuesta y volvieron a disparar. El escuadrón norteamericano se dividió en elementos de dos aviones, tomó dirección este, y luego regresó nuevamente para un ataque yunque. Pero las velocidades eran demasiado altas y un escuadrón iraní estaba ahora a cincuenta millas del COMEDY. Fue detectado por el radar del *Anzio*.

-Capitán -dijo el jefe del ESN por micrófono-, estoy recibiendo señales de radar, orientación tres-cinco-cinco. Son valores de detec

ción, señor. Creo que nos tienen.

-Muy bien.

Kemper giró la llave. En el *Yorktown* y el *Normandy* había pasado lo mismo. El primero era una vieja versión del crucero. Cuatro SM2 MR pintados de blanco salieron de los depósitos rumbo a los rieles de lanzamiento. En el caso del *Anzio* y el *Normandy* no hubo cambios visuales. Sus misiles utilizaban lanzadores verticales. Los radares SPY estaban emitiendo seis *millones* de vatios de energía RF, con residencia casi continua en los bombarderos enemigos fuera del alcan-ce de los cruceros.

Pero no fuera del alcance del *John Paul Jones*, diez millas al norte de la formación principal. En tres segundos el *Jones* activó su radar principal y lanzó la primera serie de ocho misiles, que ascendieron al cielo en columnas de humo y llamas y luego cambiaron de dirección hacia el norte.

Los bombarderos no habían visto al *Jones*. Su silueta furtiva no había aparecido como

Librodot

blanco real en las pantallas y tampoco habían advertido que un cuarto radar SPY los estaba rastreando. La serie de misiles blancos llegó como una sorpresa desagradable a los pilotos apenas levantaron la vista de la información del radar. Pero dos de ellos dispararon sus C-802 justo a tiempo.

A cuatro segundos de sus blancos, los misiles SM-2 recibieron directivas definitivas de los radares de iluminación SPG-62. Fue demasiado súbito, demasiado inesperado para intentar maniobras. Los cuatro aviones iraníes explotaron en voluminosas nubes amarillas y negras, pero antes lanzaron seis misiles anti-barco.

-¡Vampiro, vampiro! Veo misiles de búsqueda, orientación tres-cinco-cero.

-Bueno, allá vamos -Kemper volvió a girar la llave, dejándola en -especial-auto.. El Aegis se movería automáticamente a partir de ahora. En cubierta, las ametralladoras Gatling CIWS giraron a estribor. Los marineros de los cuatro barcos de guerra escuchaban, tratando de no retroceder. Las tripulaciones mercantes todavía no se daban cuenta del peligro.

En el cielo, los F-16 se cerraron sobre el escuadrón de cuatro, que también llevaba misiles anti-barco pero se dirigía al lugar errado, probablemente al grupo señuelo. El primer escuadrón había visto una formación cerrada de barcos. El segundo todavía no la había visto, y nunca la vería. Acababan de reconocer las señales de los radares del Aegis al oeste cuando el cielo se llenó de rastros humeantes. Los cuatro se dispersaron. Dos explotaron en el aire. Otro quedó dañado y trató de huir hacia el noroeste antes de perder poder y caer al agua, y el cuarto, totalmente perdido, giró hacia la izquierda y empezó a incendiarse. Los cuatro F-16 de la Fuerza Aérea acababan de destruir seis bombarderos enemigos en menos de cuatro minutos.

El *Jones* había disparado pero las altas velocidades de los bombarderos provocaron dificultades. Tres de cuatro intentos de lanzamiento computarizado fracasaron. Quedaban cinco. Los sistemas de combate del destructor se reciclaron y buscaron blancos adicionales.

Los pilotos habían visto humo en el *Jones* y se preguntaban qué podía ser, pero la primera advertencia real de que algo andaba mal llegó cuando el trío de cruceros inició los lanzamientos.

Kemper había decidido no lanzar sus cohetes señuelo, igual que el *O-Bannon*. Tres de los misiles enemigos parecían apuntados a la parte posterior de la formación, y sólo dos a la parte anterior. El *Anzio* y el *Normandy* se concentraron en los primeros. Los lanzamientos se podían sentir. El casco tembló cuando salieron los dos primeros. Las señales del radar cambiaban segundo a segundo, mostrando lanzamientos internos y externos. Los -vampiros. estaban ahora a ocho millas de distancia. A diez millas por minuto, eso significaba menos de cincuenta segundos para apuntar y destruir. Parecerían una semana.

El sistema estaba programado para adoptar una modalidad de control de fuego adecuada al momento. En ese instante estaba haciendo disparo-disparo-observación. Disparaba un misil, disparaba otro y luego observaba si el blanco había sobrevivido a los dos primeros o merecía un tercer intento. Su blanco, en este caso, había sido impactado por el primer SM-2 y el segundo SAM se había autodestruido. El primer misil del *Normandy* erró, pero el segundo impactó contra el C-802 y lo arrojó al mar provocando una explosión que los tripulantes sintieron un segundo después.

El *Yorktown* tenía una ventaja y una desventaja. Su sistema más viejo permitía realizar lanzamientos directos contra los misiles enemigos en vez de forzar a los misiles a cambiar de dirección en vuelo antes de impactar. Pero no podía lanzar tan rápido. Tenía tres blancos y cincuenta segundos para destruirlos. El primer C-802 cayó al mar a cinco millas de distancia destrozado por un doble impacto. El segundo estaba ahora a diez pies de la superficie. El siguiente SM-2 le pasó por arriba y explotó sin causar daño. El siguiente misil también erró. El estallido de dos misiles en el aire produjo confusión. El último C-802 atravesó el humo y los fragmentos en dirección al crucero. El *Yorktown* realizó dos lanzamientos más, pero uno de los misiles estaba fallado y el otro erró. Las CIWS localizadas en proa y popa giraron apenas y el vampiro entró en área de blanco. Las ametralladoras dispararon, erraron, volvieron a errar y finalmente impactaron al misil a menos de doscientas yardas de la proa. Los fragmentos de

Librodot

la cabeza de guerra de quinientas libras cubrieron el crucero y partes del cuerpo del misil continuaron cayendo durante unos segundos, impactando contra el panel del radar SPY del barco y destrozando la superestructura de proa, matando a seis marineros e hiriendo a veinte más.

-Caramba -dijo el secretario Bretano. Toda la teoría que había aprendido en las últimas semanas acababa de hacerse realidad.

-No está mal. Lanzaron catorce bombarderos contra nosotros y sólo recuperarán dos o tres, eso es todo -dijo Robby.. Eso les dará

qué pensar durante algún tiempo.

-¿Qué pasa con el *Yorktown*? -preguntó el presidente.

-Tenemos que esperar y ver.

El hotel estaba a media milla de la embajada rusa. Como buenos periodistas parsimoniosos decidieron ir caminando y salieron pocos minutos antes de las ocho. Clark y Chávez caminaron pocos metros y se dieron cuenta de que algo andaba mal. La gente estaba demasiado ensimismada para ser un día laboral. ¿Habrían declarado la guerra contra los sauditas? John fue a otro mercado y vio que la gente escuchaba sus radios portátiles en lugar de ocuparse de la mercadería.

-Perdón. -Hablaba en farsi con un ligero acento ruso.. ¿Pasa algo?

-Estamos en guerra con Estados Unidos -dijo un vendedor de fruta.

-Ah, ¿cuándo se declaró?

-La radio dice que los norteamericanos atacaron nuestros aviones -dijo el vendedor.. ¿Quién es usted?

John sacó su pasaporte.

-Somos periodistas rusos. ¿Puedo preguntarle qué piensa de esto?

-¿Acaso ya no hemos peleado demasiado? -preguntó el hombre.

-Les dije. Nos echan la culpa -dijo Arnie, leyendo el informe filtrado de la radio de Teherán.. ¿Qué pasará con la política de la región?

-Los bandos están definidos -dijo Ed Foley.. Se está de un lado o del otro. La RIU es el otro. Más simple que la última vez.

El presidente miró su reloj. Era poco más de medianoche.

-¿Cuándo salgo al aire?

-Al mediodía.

Raman tuvo que detenerse en el límite Maryland-Pennsylvania. Más de veinte camiones esperaban la autorización de la policía de Maryland vigilados de cerca por la Guardia Nacional, bloqueando por completo el camino. Diez minutos después, enfurecido, mostró su identificación. El policía le hizo señas para que pasara. Raman volvió a prender la sirena y aceleró. Encendió la radio para escuchar el noticiero pero se perdió el resumen de las últimas noticias y tuvo que sopor-tar el resto -lo mismo que había estado oyendo toda la semana. hasta las doce treinta, momento en que anunciaron una batalla aérea en el Golfo Pérsico. Ni la Casa Blanca ni el Pentágono habían comentado el incidente. Irán proclamaba haber hundido dos barcos y derribado cuatro bombarderos norteamericanos.

Aunque era patriota y fanático, Raman no pudo creerlo. El problema de Estados Unidos, y motivo de su misión de sacrificio, era que esa nación pobremente organizada, mal gobernada e idólatra era mortalmente competente en el uso de la fuerza. Hasta el presidente Ryan, por mucho que lo despreciaran los políticos, ostentaba una fuerza silenciosa. Él lo había comprobado. Ryan no gritaba, no gesticulaba, no actuaba como la mayoría de los -grandes. hombres. Se preguntó cuánta gente percibiría lo peligroso que era

SWORDSMAN, precisamente por esa razón. Bueno, por eso tenía que matarlo, y si el precio era su propia vida, adelante.

El TF61.1 giró al sur detrás de la península de Qatar sin incidentes ulteriores. La superestructura de proa del *Yorktown* estaba muy dañada. Kemper volvió a posicionar sus barcos escolta colocándolos detrás de los transportadores de tanques. No obstante, no esperaban otro ataque. El resultado del primero había sido desastroso para el enemigo. Ocho F-15, cuatro de la Fuerza Aérea saudita y cuatro del 366, sobrevolaban la flota. También había una mezcla de barcos sauditas y escoltas, la mayoría cazadores de minas que rastreaban el fondo delante del COMEDY. No encontraron nada. Habían retirado seis enormes barcos contenedores del muelle de Dhahran para hacer lugar para el *Bob Hope* y sus hermanos. Los cuatro barcos Aegis arrojaron sus anclas. La fuerza señuelo, que no había sufrido ningún daño, se dirigió a Bahrain para esperar el desarrollo de los acontecimentos.

Desde la sala de timón del USS *Anzio*, el Capitán Gregory Kemper observó acercarse la primera fila de ómnibus marrones a los transportadores de tanques. A través de sus binoculares pudo ver hombres con ropa de fajina trotando hasta el borde y esperando que bajaran las planchadas para reunirse con sus vehículos de guerra.

-Esta vez no haremos comentarios -le dijo Van Damm al último periodista que llamó.. El presidente dará un discurso más tarde. Es todo lo que puedo decirle por ahora.

-Pero...

-Es todo lo que podemos decirle por ahora -el jefe de staff colgó de golpe.

Price había reunido a todos los agentes de la Custodia Personal en el Ala Oeste para explicarles el plan. Posteriormente sería repetido al personal de la Casa Blanca, donde la reacción sería la misma, estaba segura: asombro, incredulidad y enojo al borde de la ira.

-Saquemos todo eso de nuestro sistema, ¿entendido? Hagamos lo que debemos. Éste es un caso criminal y lo trataremos como tal. Que nadie pierda el control. Que a nadie se le escape nada. ¿Alguna pregunta?

Nadie tuvo nada que preguntar.

Daryaei volvió a mirar su reloj. Sí, por fin, ya era hora. Realizó una llamada telefónica por línea segura a la embajada de la RIU en París. El embajador, por su parte, llamó a otra persona. Esa otra persona llamó a Londres. En todos los casos, las palabras que se intercambiaron fueron inocuas. El mensaje no.

Después de pasar por Cumberland, Hagerstown y Frederick, Raman dobló al sur y entró a la Interestatal 270 rumbo a Washington. Le quedaba una hora de viaje. Estaba cansado pero sus manos se mantenían firmes en el volante. Vería el amanecer. Tal vez fuera el último de su vida. Si debía ser así, esperaba que fuera hermoso.

El ruido hizo saltar a los agentes. Ambos chequearon sus relojes. Era un llamado de ultramar, código 44: Reino Unido.

-¿Sí? -contestó Mohammed Alahad.

-Lamento molestarlo tan temprano. Llamo por la Isfahan de tres metros, la roja. ¿Ha llegado? Mi cliente está muy ansioso. -La voz tenía acento, pero extraño.

-Todavía no -replicó el abotagado Alahad.. Llamé a mi proveedor para preguntarle.

-Muy bien, pero ya le dije que mi cliente está muy ansioso.

-Veré qué puedo hacer. Adiós.

Don Selig tomó su celular, llamó a los cuarteles generales y les pasó el número del Re-

Librodot

ino Unido para que lo investigaran.

-Acaba de prender la luz -dijo la agente Scott.. Parece que despertaron a nuestro muchacho. Atención -dijo por radio.. El sujeto está levantado y en movimiento.

-Ya vi las luces, Sylvia -aseguró otro agente.

Cinco minutos después Alahad salió por la puerta principal de su edificio. Seguirlo no sería fácil, pero los agentes se habían tomado el trabajo de localizar los cuatro teléfonos públicos más próximos y apostar gente en todos. El sujeto eligió el de la estación de servicio/alma-cén. El monitor de la computadora les diría a qué número había llamado. A través de una cámara de lente larga vieron que metía un cuarto de dólar en la ranura y marcaba 3-6-3 rápidamente. Todo quedó claro cuando el otro teléfono intervenido sonó y fue atendido por el contestador automático.

-Señor Sloan, soy el señor Alahad. Ha llegado su alfombra. No entiendo por qué no me llama, señor. -*Clic*.

-¡Bingo! -exclamó uno de los agentes.. Tal cual. Llamó al número de Raman. Señor Sloan, tenemos su alfombra.

Se oyó otra voz.

-Soy O-Day -dijo.. ¡Atrápenlo ya mismo!

No fue difícil. Alahad entró al almacén a comprar un cartón de leche y emprendió el regreso a su casa. Se asombró al encontrar un hombre y una mujer al abrir la puerta de su departamento.

-FBI -dijo el hombre.

-Está arrestado, señor Alahad -dijo la mujer, sacando un par de esposas. No exhibieron sus armas. El sujeto no se resistió -rara vez lo hacían-, pero afuera había dos agentes por si lo intentaba.

-¿Pero por qué? -preguntó.

-Por conspiración para asesinar al presidente de Estados Unidos -dijo Sylvia Scott, empujándolo contra la pared.

-¡No es verdad!

-Cometió un error, señor Alahad. Joseph Sloan falleció el año pasado. ¿Cómo se le vende una alfombra a un muerto? -le preguntó. El hombre saltó como si se hubiera electrocutado. Eso hacían los más inteligentes cuando descubrían su falta de inteligencia. Jamás esperaban que los atraparan. La treta siguiente era explotar el momento. Comenzaría a hacerlo dentro de unos minutos, cuando le dijeran cuál era la pena por violar el 18 USC § 1751.

El interior del USNS *Bob Hope* parecía el garaje del infierno: los vehículos estaban tan juntos que hasta a una rata le hubiera resultado difícil escurrirse entre ellos. Para abordar un tanque, los tripulantes recién llegados tuvieron que caminar agachados por el borde de los vehículos para no partirse la frente, dudando de la cordura de quienes los revisaban periódicamente.

Asignar tripulantes a orugas y camiones era una tarea administrativa de grandes proporciones, pero el barco había sido cargado de manera que los ítems más importantes fueran los primeros en desembarcar. Los guardias tenían registros computarizados con el número y la locación de los vehículos asignados. Los tripulantes del barco los ayudaron a encontrarlos. Menos de una hora después de la llegada del barco, el primer tanque de combate M1A2 bajó al muelle para abordar el mismo transportador de tanques utilizado poco antes por el Undécimo de Caballería, con los mismos conductores. La descarga tardaría más de un día, y necesitarían por lo menos otro para organizar la Brigada WOLFPACK.

Aref Raman contempló satisfecho la belleza del amanecer sobre West Executive Drive. Llevaría a cabo su misión en un día claro. El guardia uniformado del portón lo saludó y levantó la barrera de seguridad. Otro automóvil entró inmediatamente después del suyo y estacionó

a dos lugares de él. Raman reconoció al conductor. Era O-Day, el tipo del FBI que había tenido tanta suerte el día del atentado a la guardería. No tenía sentido odiarlo. Después de todo, había defendido a su propia hija.

-¿Cómo le va? -preguntó cordialmente el inspector del FBI.

-Acabo de volver de Pittsburgh -replicó Raman, sacando su valija del baúl.

-¿Qué demonios estaba haciendo allá?

-Trabajo de avanzada... pero supongo que ese discurso no tendrá lugar. ¿Para qué vino? -Raman agradeció la distracción. Le permitía concentrarse en el juego, por paradójico que fuera.

-El director y yo tenemos que informarle algo al Jefe. Aunque primero habrá que darse una ducha.

-¿Ducha?

-Para desinfectarse... Claro, usted no sabe nada. Uno del staff de la Casa Blanca se contagió el virus. Ahora *todos* tenemos que bañarnos y desinfectarnos antes de entrar. Vamos -dijo O-Day, levantando su maletín.

Ingresaron por la Entrada Oeste. Los detectores de metales zumbaron a su paso, pero como ambos eran oficiales federales nadie se preocupó porque portaran armas. El inspector señaló a la izquierda.

-Esto es un trato, adentro le mostraré algo -bromeó O-Day.

-¿En qué anduvo últimamente? -Raman vio que dos oficinas habían sido convertidas en otra cosa. Una decía HOMBRES y la otra MUJERES. Andrea Price salió de esta última con el cabello mojado y oliendo a sustancias químicas.

-Hola, Jeff. ¿Qué tal el viaje? Pat, ¿cómo anda nuestro héroe? -preguntó.

-Eh, no es para tanto, Price. Sólo corté un par de cabezas -respondió O-Day con una sonrisa burlona. Abrió la puerta de HOMBRES y entró. Apoyó su maletín en el piso.

Raman observó que habían trabajado rápido. La oficina había pertenecido obviamente a algún funcionario menor, pero todos los muebles habían desaparecido y el piso estaba cubierto por un plástico. Había un perchero para colgar la ropa. O-Day se desnudó y se metió en la improvisada ducha.

-Por lo menos estos químicos lo despiertan a uno -dijo, haciendo correr el agua. Salió dos minutos después y empezó a secarse vigorosamente.. Es su turno, Raman.

-Grandioso -respondió el agente del Servicio, desvistiéndose con el pudor físico heredado de su cultura paterna. O-Day no lo miró ni miró a otro lado. No dejó de secarse hasta que Raman entró a la ducha. La pistola del custodio, una SigSauer, estaba encima del perchero. O-Day abrió su maletín. Luego tomó la automática de Raman y eyectó el cargador.

-¿Cómo están los caminos? -le preguntó.

-Despejados, el viaje fue muy rápido... ¡Maldición, este agua apesta!

-¡Claro que sí!

Raman tenía dos cargadores de repuesto. El inspector guardó los tres en su maletín antes de desenvolver los que había preparado. Deslizó uno en la culata de la SigSauer y colocó los otros dos en la pistolera de Raman. Puso la Sig en su lugar. El peso y el equilibrio eran los mismos. O-Day siguió vistiéndose. No tenía por qué apurarse. Evidentemente Raman necesitaba una ducha. Tal vez se estuviera purificando, pensó fríamente el inspector.

-Tenga -O-Day le arrojó una toalla y siguió abrochándose la camisa.

-Por suerte tenía una muda -Raman sacó calzoncillos y medias limpios de su valija.

-Supongo que tienen la obligación de estar impecables para trabajar con el presidente, ¿no? -Se agachó a atarse los zapatos y levantó la vista.. Buen día, director.

-No sé para qué cuernos me baño en casa -gruñó Murray.. ¿Trajiste los papeles, Pat?

-Sí. Esto es algo que debemos mostrarle.

-Claro que sí -Murray se quitó la chaqueta y la camisa.. Vestuario de la Casa Blanca -bromeó.. Buen día, Raman.

Los dos agentes terminaron de vestirse, comprobaron la correcta colocación de sus ar-

Librodot

mas y salieron al pasillo.

-Murray y yo vamos a entrar -le dijo Pat al del pasillo. No tuvieron que esperar mucho a Murray, y Price reapareció como por arte de magia. O-Day se restregó la nariz para indicarle que todo estaba en orden. Ella asintió.

-Jeff, por favor acompaña a estos caballeros al Despacho. Yo debo ir primero al puesto de comando. El Jefe está esperando.

Al llegar al otro piso, Raman vio que estaban instalando cámaras de televisión en el Despacho Oval. Arnie van Damm revoloteaba por el pasillo, seguido por Callie Weston. El presidente Ryan estaba en su escritorio, en mangas de camisa como de costumbre, hojeando un expediente. Ed Foley también estaba allí.

-¿Disfrutaste la ducha, Dan? -preguntó el DCI.

-Muchísimo, Ed. Me hará perder el poco pelo que me queda.

-Hola, Jeff -dijo el presidente, levantando la vista del expediente.

-Buen día, señor presidente -saludó Raman, ubicándose como de costumbre contra la pared.

-Bueno, Dan. ¿Qué tienen para mostrarme? -preguntó Ryan.

-Descubrimos un operativo de espionaje iraní. Creemos que está asociado con el atentado contra tu hija. -Mientras Murray hablaba, O-Day abrió su maletín y sacó una carpeta.

-Los británicos hicieron la conexión -empezó Foley.. Y el contacto aquí es un tipo llamado Alahad... ¿Puedes creer que el miserable tiene una tienda de alfombras a una milla de aquí?

-Lo tenemos bajo vigilancia -acotó Murray.. Estamos investigando su línea telefónica.

Todos estaban mirando los papeles sobre el escritorio del presidente y no vieron la expresión congelada de Raman. Su mente se disparó, como si le hubieran inyectado una poderosa droga en el torrente sanguíneo. Si lo estaban haciendo ahora... Todavía podía haber una chance, aunque ínfima, pero si no, ahí estaban el presidente y los directores del FBI y la CIA, y podía mandarlos a todos ante Alá, y si ese sacrificio no alcanzaba... Raman se desabrochó el saco con la mano izquierda. Se apartó un poco de la pared y cerró los ojos para rezar. Luego bajó la mano a la automática con un movimiento rápido y suave.

Lo sorprendió ver que el presidente lo miraba directo a los ojos.

Bueno, después de todo no estaba tan mal. El infeliz sabría que le llegaba la muerte pero lamentablemente jamás entendería por qué.

Ryan pegó un salto al ver emerger la pistola. Fue una reacción automática, a pesar de que O-Day le había advertido que no corría peligro. No obstante retrocedió, preguntándose si podía confiar en alguien, y vio que las manos de Raman lo seguían y que apretaba el gatillo como un autómata, sin la menor emoción en los ojos...

El sonido los hizo saltar a todos, aunque por distintas razones.

Pop.

Eso fue todo. Raman abrió la boca, incrédulo. El arma estaba cargada. Podía sentir el peso de las balas y...

-Bájela -dijo O-Day, apuntándolo con su Smith. Un instante después, Murray desenfundaba la suya.

-Ya arrestamos a Alahad -explicó el director.

Raman tenía otra arma, una Aspid, pero el presidente estaba a unos metros de distancia y...

-Podría volarle la rótula si quisiera -dijo O-Day fríamente.

-¡Miserable traidor! -gritó Andrea, entrando al Despacho con la pistola desenfundada.. ¡Maldito asesino! *¡Al piso, ya!*

-Tranquila, Price. No va a ir a ninguna parte -le dijo Pat.

Pero fue Ryan el que estuvo a punto de perder el control.

-Mi hijita, mi *bebé*, ¿tú ayudaste a planear su *asesinato*? -Empezó a dar la vuelta al escritorio pero Foley lo detuvo.. ¡No, esta vez no, Ed!

-¡Basta! -gritó el DCI.. Lo tenemos, Jack. Lo tenemos.

-Al piso -dijo Pat, ignorando a los demás y apuntándole a la rótula.. Arroje el arma y al piso.

Estaba temblando, de miedo, de ira, toda clase de emociones lo asaltaban, todas menos la única que había esperado. Volvió a apretar el gatillo de la Sig. Ni siquiera apuntó, fue sólo un acto de negación.

-No pude usar balas de fogueo. No pesan lo mismo -le explicó O-Day.. Son verdaderas. Pero las abrí y retiré la pólvora. La primera hizo un pequeño y encantador *pop* al salir, ¿no?

Era como si se hubiera olvidado de respirar. Raman se dobló en dos. Soltó la pistola con el sello del presidente en la culata y cayó de rodillas. Price lo obligó a besar el piso de un empujón. Murray colocó un par de esposas por primera vez después de muchos años.

-¿Quiere que le lea sus derechos? -le preguntó.

59

Normas de contacto

Diggs aún no había recibido órdenes pertinentes a la misión y lo más perturbador era que su Operación BUFORD tampoco tenía un plan preciso todavía. El ejército entrenaba a sus comandantes para actuar con rapidez y decisión pero, como les pasa a los médicos en los hospitales, las situaciones de emergencia no son tan bien recibidas como las cirugías planeadas. El general mantenía contacto permanente con sus dos regimientos de Caballería, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, el oficial de una estrella que había trasladado el 366, los sauditas, los kuwaitíes y varios jefes de inteligencia para tener una apreciación de los planes del enemigo... a partir de la cual intentaría formular alguna clase de plan, aparte de la consabida reacción *ad hoc*.

Las órdenes y normas de contacto llegaron por fax aproximadamente a las 11.00 hora de Washington, 16.00 hora Zulu, y 19.00 Lima u hora local. Por fin encontró la explicación que faltaba. Las transmitió enseguida a sus subordinados inmediatos y reunió a los miembros de su staff para informarlos. Las tropas, les dijo, recibirían órdenes directas del comandante en jefe. Los oficiales superiores debían estar con sus subordinados cuando *esas* órdenes llegaran.

La cosa estaba bastante agitada. Según los satélites, el Ejército de Dios -Inteligencia ya había identificado el nombre. se encontraba a cien millas de la frontera con Kuwait, aproximándose ordenadamente desde el oeste y siguiendo la ruta esperada. Por consiguiente, el despliegue saudita había sido acertado, dado que tres de sus cinco brigadas cubrían las entradas a los yacimientos petrolíferos.

Todavía no estaban listos. El Ala 366 estaba en el Reino, pero no bastaba con tener los aviones en las pistas correctas. Había que resolver miles de detalles menores, tarea que todavía estaba por la mitad. Los F-16 provenientes de Israel estaban en óptimas condiciones, sus cuarenta y ocho bombarderos incluso habían sumado algunas muertes enemigas durante las primeras escaramuzas, pero el resto necesitaba un día más de preparación. El Décimo de Caballería también estaba listo para la batalla, pero el Undécimo no; todavía estaba pertrechándose y trasladándose al área de despliegue inicial. La tercera brigada recién se había reunido con sus equipos. Un ejército no es una colección de armas. Es un equipo compuesto por gente que tiene idea de lo que supuestamente debe hacer. Pero escoger el lugar y el momento de la batalla suele ser tarea del agresor, rol que Estados Unidos, su país, no había practicado demasiado.

Releyó el fax de tres páginas. Parecía literalmente explosivo. Los miembros del staff de planeamiento leyeron sus copias y guardaron un extraño silencio hasta que el S-3 del Undécimo, el oficial de operaciones del regimiento, habló en nombre de todos:

-Vamos a reventar a varios.

Acababan de llegar tres rusos. Clark y Chávez tuvieron que recordar que no se trataba

de un sueño inducido por el alcohol. Los dos oficiales de la CIA estaban siendo apoyados por los rusos bajo órdenes de Langley a través de Moscú. En realidad tenían dos misiones. Los rusos habían diseñado la más dura y habían llevado por valija diplomática el equipo necesario para que los dos norteamericanos intentaran la más fácil. También había llegado un despacho de Washington, vía Moscú, que todos leyeron.

-Demasiado rápido, John -suspiró Ding. Luego puso cara de misión.. Pero adelante, carajo.

La sala de prensa aún estaba despoblada. Muchos de los habitués estaban en otra parte, algunos bloqueados por la prohibición de viajar, otros desaparecidos, aunque nadie sabía bien por qué.

-El presidente dará un importantísimo discurso dentro de una hora -anunció Van Damm.. Desafortunadamente no tendremos tiempo de darles una copia anticipada. Por favor informen a las redes que se trata de un tema de la mayor importancia.

-¡Arnie! -llamó un periodista, pero el jefe de staff ya les había dado la espalda.

Los periodistas presentes en Arabia Saudita sabían más que sus colegas de Washington. En ese momento se dirigían a las unidades que les habían asignado. A Tom Donner le tocó la Tropa-B, Primera del Undécimo. Llevaba puesto un uniforme de combate para desierto o BDU y encontró al comandante de la tropa, un joven de veintinueve años, parado junto a su tanque.

-Hola -dijo el joven capitán, levantando a medias la vista del mapa.

-¿Dónde me quiere? -preguntó Donner.

El capitán lanzó una carcajada.

-Jamás le pregunte a un soldado dónde quiere a un periodista, señor.

-¿Con usted, entonces?

-Yo manejo esto -respondió el capitán, señalando el tanque.. Lo pondré en uno de los Brads.

-Necesito un camarógrafo.

-Ya están aquí -aseguró el capitán, señalando.. Por allá. ¿Algo más?

-Sí, ¿le gustaría saber de qué se trata todo esto? -preguntó Donner. Los periodistas habían estado virtualmente prisioneros en el hotel de Riyadh, sin poder siquiera llamar a sus casas para decir dónde estaban... lo único que sabían sus familiares era que los habían convocado y que sus empleadores habían acordado no revelar el propósito de la convocatoria. En el caso de Donner la red dijo que estaba -de viaje-, cosa difícil de explicar debido a la prohibición de viajar. Pero no habían tenido más remedio que explicarles -no hubo manera de evitarlo. que estarían con un grupo de soldados.

-Lo sabremos dentro de una hora, eso nos dijo el coronel. -Pero el joven capitán estaba interesado.

-Esto es algo que necesita saber. Honestamente.

-Señor Donner, sé que engañó al presidente y...

-Si quiere matarme, hágalo después. Escúcheme, capitán. Es importante.

-Diga lo que tenga que decir, señor.

Dejarse maquillar en un momento como ése le parecía perverso. Como siempre era la señora Abbot la encargada de acicalarlo, esta vez con barbijo y guantes, mientras ambos TelePrompTers copiaban el discurso. Ryan no había tenido tiempo ni voluntad de ensayar. Era un discurso de verdad importante y lo único que quería era pronunciarlo cuanto antes.

-No pueden cruzar el país -insistió el general saudita.. No están entrenados para hacerlo

y todavía sienten apego por los cami-nos.

-Nuestra información sugiere otra cosa, señor -dijo Diggs.

-Estamos listos para enfrentarlos.

-Nunca se está lo suficientemente listo, general. Nadie lo está jamás.

El clima en PALM BOWL era un poco tenso. Las fotografías satelitales indicaban que las fuerzas de la RIU seguían moviéndose y que, de continuar haciéndolo, se encontrarían con dos brigadas kuwaitíes dispuestas a defender su territorio, más un regimiento norteamericano de reserva y los sauditas listos para enviar refuerzos inmediatos. No podía predecir el resultado de la batalla -la diferencia numérica no les era favorable-, pero no sería como la última vez, se dijo el mayor Sabah. Le parecía una tontería que las fuerzas aliadas no atacaran primero cuando *sabían* lo que estaba por pasar.

-Interceptamos tráfico radial -reportó el técnico. Afuera, el sol comenzaba a bajar. Las fotos satelitales que estaban analizando tenían cuatro horas de antigüedad. No tendrían otras hasta dentro de dos horas.

STORM TRACK estaba cerca de la frontera entre Kuwait y la RIU, demasiado lejos para un disparo de mortero pero no a salvo de los cañones de artillería. En ese momento había una compañía de catorce tanques sauditas entre STORM TRACK y la lisera. También estaban empezando a copiar transmisiones de radio por primera vez en varios días. Las señales eran confusas y se asemejaban más a las baterías de comando que a las transmisiones de radios tácticas regulares, demasiado numerosas para el sistema de encriptado. Al no poder leerlas inmediatamente -tarea que correría por cuenta de las computadoras en KKMC. intentaron localizar sus puntos de origen. En veinte minutos obtuvieron treinta fuentes. Veinte representaban cuarteles generales de brigadas. Seis, puestos de comando de divisiones. Tres, comandantes de cuerpos, y una el comando del ejército. La gente de ELINT decidió que debían estar probando la red común. Tendrían que esperar que las computadoras descifraran lo que habían dicho. Los buscadores de dirección localizaron las fuentes en el camino a Al Busayyah, todavía en marcha hacia Kuwait. El tráfico radial no era en absoluto notable. Tal vez, opinaba la mayoría, el Ejército de Dios necesitara un poco más de práctica en disciplina de marcha... aunque en los ejercicios previos no lo habían hecho tan mal...

Al ocaso volvieron a lanzar los Predators, en dirección norte. En primer lugar se dirigieron a las fuentes radiales. Sus cámaras penetraron diez millas en el territorio de la RIU y lo primero que vio una de ellas fue una batería de artillería de 203 mm, fuera de los carros, con los cañones apuntados al sur.

-¡Coronel! -gritó un sargento.

Afuera, los tanques sauditas se habían ocultado tras las colinas y sus comandantes estaban eligiendo vigías. Los primeros en llegar a sus puestos de observación vieron que el horizonte se ponía anaranjado y resplandecía.

Diggs todavía estaba discutiendo patrones de despliegue cuando llegó el primer mensaje:

-Señor, STORM TRACK reporta fuego de artillería.

-Buen día, mis queridos compatriotas -dijo Ryan frente a las cámaras. Su imagen estaba siendo transmitida a todo el mundo. Su voz sería escuchada hasta por los que no tenían televisor. En Arabia Saudita sus palabras fueron emitidas por AM, FM y bandas de onda corta para que cada soldado, marinero y aviador escuchara lo que iba a decirles.. Han pasado muchas cosas en estas dos semanas.

-Lo primero que quiero hacer es informarles los progresos logrados con respecto a la epidemia infligida a nuestro país.

-No me resultó fácil prohibir los viajes interestatales. Hay pocas libertades tan preciosas

como el derecho a ir y venir a nuestro antojo, pero teniendo en cuenta la opinión de prestigiosos médicos tuve necesidad de tomar esa medida. Ahora estoy en condiciones de decirles que la prohibición de viajar tuvo el efecto esperado. Hace cuatro días que están disminuyendo los casos de Ébola. En parte debido al decreto presidencial, pero en especial porque ustedes tomaron las medidas adecuadas para protegerse. Más tarde daremos más información al respecto, pero por el momento puedo decirles que la epidemia de Ébola va a terminar, probablemente la semana próxima. Muchos de los casos más recientes sobrevivirán sin lugar a dudas. Los profesionales médicos norteamericanos han hecho esfuerzos sobrehumanos para ayudar a los enfermos, y también para ayudarnos a entender lo que estaba pasando y cuál era la mejor manera de combatirlo. Su esfuerzo todavía no ha terminado, pero nuestro país capeará esta tormenta tal como ha capeado muchas otras.

-Antes dije que la epidemia nos había sido infligida.

-La llegada de esta enfermedad a nuestro país no fue accidental. Hemos sido golpeados por un ataque bárbaro y novedoso a la vez. Se llama guerra biológica. Según los tratados internacionales está absolutamente fuera de la ley. La guerra biológica tiene el objetivo de aterrorizar y baldar a las naciones víctimas en vez de exterminarlas. Todos hemos experimentado rechazo y horror ante lo que pasaba en nuestro país, ante la manera azarosa en que esta enfermedad ataca. Mi propia esposa, Cathy, ha trabajado días enteros con infectados de Ébola en su hospital de Baltimore. Como saben, estuve allí hace unos días para ver la situación con mis propios ojos. Visité a las víctimas, hablé con médicos y enfermeros, y al salir del hospital conversé con un hombre que tenía a su esposa con Ébola.

En aquel momento no pude decírselo, pero ahora sí puedo decirles que desde el principio sospechamos que esta epidemia era producto de un acto humano, y hace pocos días nuestras agencias federales y de inteligencia nos proporcionaron las pruebas que necesitábamos para poder decirles lo que van a escuchar. -En los televisores de todo el mundo aparecieron las caras de un niño africano y una monja belga de uniforme blanco.

-La enfermedad se desató hace unos meses en Zaire -prosiguió el presidente. Debía transmitir todo lo que sabía lenta y cuidadosamente y le resultaba difícil mantener un tono de voz neutro.

Los efectivos sauditas subieron inmediatamente a sus tanques, encendieron los motores y se trasladaron a nuevas posiciones por temor a que los hubieran detectado. Pero no. El fuego de artillería iba dirigido a STORM TRACK. Tenía sentido, pensó el comandante. STORM TRACK era un punto primordial de reunión de inteligencia. Ellos debían protegerlo, pero sólo contra tanques y pelotones, nunca contra artillería. El capitán saudita era un joven de veinticinco años, apuesto y casi garboso. También era devoto religioso y por consiguiente atento al hecho de que los norteamericanos eran huéspedes de su país y merecían protección. Llamó a los cuarteles generales de su batallón y pidió carros acorazados -pedir helicópteros hubiera sido suicida. para evacuar a los especialistas de inteligencia.

-Y de ese modo la enfermedad viajó de África a Irán. ¿Cómo lo sabemos? -preguntó el presidente.. Lo sabemos porque la enfermedad volvió a África en este avión. Por favor tomen nota del código de registro, HX-NJA. Es el mismo avión supuestamente caído al mar con la hermana Jean Baptiste a bordo...

¡Necesitamos un día más, maldita sea! pensó Diggs. Y las fuerzas enemigas estaban casi doscientas millas al oeste de donde todos pensaban encontrarlas.

-¿Quién está más cerca? -preguntó.

-La 4ta. Brigada está en el área -replicó el general saudita. Pero esa brigada estaba desplegada sobre un frente de más de cien millas. Contaban con algunos helicópteros de reconocimiento, pero los de ataque también estaban en el lugar errado, cincuenta millas al sur de Wadi al Batin. El enemigo no estaba cooperando mucho, ¿no?

Daryaei quedó fuertemente impactado al ver su foto por televisión. Peor aún, por lo menos un diez por ciento de los habitantes de su país la estaría viendo. La CNN norteamericana no llegaba a la RIU, pero el *British Sky News* sí y nadie había pensado que...

-Éste es el hombre que está detrás del ataque biológico contra nuestro país -dijo Ryan, con una especie de calma robótica.. Este hombre es la razón de que hayan muerto miles de norteamericanos. Ahora les diré por qué lo hizo, por qué hubo un atentado contra mi hija Kathie, y por qué hubo un atentado contra mi propia vida hace unas horas en el Despacho Oval. Supongo que el señor Daryaei también estará mirándome, en este mismo momento. Mahmoud Haji -dijo Ryan, mirando directamente al ojo de la cámara-, su agente Aref Raman está bajo custodia federal. ¿De verdad cree que los norteamericanos somos tan idiotas?

Como todos los del Blackhorse, Tom Donner estaba escuchando... en su caso con los auriculares de la radio del Bradley. No había suficientes para todos y los efectivos debían compartirlos. Miró sus caras. Eran tan impasibles e inexpresivas como había sido la voz de Ryan hasta esa última frase cargada de desprecio.

-Maldito -dijo un Spec-4. Era un 11-Delta, soldado de Caballería y tirador de refuerzo de su unidad.

-Dios mío -musitó Tom Donner.

Ryan prosiguió:

-Las fuerzas de la RIU se proponen ahora invadir a nuestro aliado, el reino de Arabia Saudita. Durante los últimos dos días hemos trasladado fuerzas para apoyar a nuestros amigos.

-Ahora debo decirles algo muy importante. El atentado contra mi hijita, el atentado contra mi vida y el bárbaro ataque contra nuestro país fueron llevados a cabo por personas que se autodenominan musulmanes. Pero nosotros debemos entender que la religión no tiene absolutamente nada que ver con estos actos inhumanos. El Islam es una *religión*. Estados Unidos es un país donde la libertad de culto es la *primera* libertad nombrada en la Declaración de Derechos, antes que la libertad de expresión y el resto de las libertades. El Islam no es enemigo de nuestro país ni de ningún otro. Así como mi familia fue atacada una vez por personas que se autodenominaban católicos, esta gente ha trastornado y traicionado su propia fe religiosa en nombre del poder mundano, ocultándose tras una máscara como cobardes que son. No puedo saber qué piensa Dios de todo esto. Pero sé que el Islam, igual que el cristianismo y el judaísmo, habla de un Dios de amor y misericordia... y justicia.

-Bueno, habrá justicia. Si las fuerzas de la RIU avanzan para invadir Arabia Saudita, las enfrentaremos. Nuestras fuerzas armadas ya están en el terreno mientras estoy hablando, y ahora les hablaré directamente a sus miembros:

-Ahora saben por qué fueron separados de sus casas y sus familias. Ahora saben por qué deben tomar las armas en defensa de su país. Ahora conocen la naturaleza del enemigo y la naturaleza de sus actos.

-Pero Estados Unidos no tiene la tradición de atacar deliberadamente a los inocentes. Ustedes actuarán, siempre y en todos los casos, de acuerdo con nuestras leyes. Ahora debo enviarlos al campo de batalla. Querría que no fuera necesario. Yo mismo serví como marine y sé lo que es estar en un país extraño. Pero están allí para defender a su país y nosotros los apoyaremos desde aquí. Rezaremos por ustedes.

-A nuestros aliados en Kuwait, Arabia Saudita, Qatar, Omán y todos los estados del Golfo: Estados Unidos está con ustedes para detener la agresión y restablecer la paz. Buena suerte. -La voz de Ryan cambió, transmitiendo por primera vez sus emociones.. Y buena caza.

Los efectivos de la Tropa-B se miraron unos a otros varios segundos antes de hablar. Hasta se olvidaron que había un periodista pre-sente. El más joven de todos, un PFC, fue el primero en decirlo:

-Los miserables van a pagar. Los malditos miserables van a pagar por esto, muchachos.

Los cuatro vehículos acorazados atravesaron el desierto a cuarenta millas por hora. Evitaron el camino de tierra apisonada a STORM TRACK por miedo a que fuera blanco planeado de la artillería enemiga, lo que resultó ser una precaución sensata. La primera visión que tuvieron del objetivo fue una nube de humo y polvo alejándose de las antenas mientras continuaban los disparos. Uno de los tres edificios parecía seguir en pie, pero incendiándose, y el teniente saudita que lideraba el pelotón se preguntó si quedaría alguien con vida. Al norte vio otra clase de resplandor... A cinco millas de distancia la llameante lengua horizontal del cañón principal de un tanque iluminó los vados y lomas de un paisaje que no era tan monótono como parecía bajo la luz del sol. Un minuto después el fuego contra STORM TRACK disminuyó un poco, dirigiéndose a donde los tanques evidentemente atacaban a los vehículos enemigos que invadían su país. Agradeció a Alá que su misión inmediata se hubiera facilitado un poco mientras su operador de radio llamaba al puesto de comando táctico.

Los cuatro APC se abrieron paso entre las antenas desmoronadas rumbo a la destruida estación de inteligencia. Se abrieron las puertas traseras y los soldados corrieron a echar un vistazo. Treinta hombres y mujeres trabajaban en STORM TRACK. Encontraron nueve personas ilesas y cinco heridos. El pelotón tardó cinco minutos en revisar las ruinas. No encontraron más sobrevivientes y no había tiempo para ocuparse de los muertos. Emprendieron el regreso al campamento del batallón, donde un escuadrón de helicópteros esperaba para llevarse a los norteamericanos.

El comandante del tanque saudita estaba sorprendido. Sabía que la mayor parte de las fuerzas de su país estaba doscientas millas al este. Pero el enemigo estaba *allí* y avanzaba hacia el sur. No pensaban invadir Kuwait ni apoderarse de los pozos petroleros ni nada por el estilo. Todo quedó claro cuando los primeros tanques de la RIU aparecieron en su visor térmico. Se había refugiado en un sector bajo de la lisera, fuera de alcance del fuego, porque le habían ordenado no acercarse demasiado. El joven oficial no sabía qué hacer. Los militares de su país cumplían órdenes estrictas y por consiguiente pidió instrucciones. Pero el comandante del batallón estaba demasiado ocupado con su propio comando de cincuenta y cuatro tanques y otros vehículos desplegados en un frente de treinta kilómetros, atacados en ese mismo instante por fuego indirecto de artillería y reportando que los tanques enemigos habían empezado a cruzar la frontera apoyados por carros de infantería.

El oficial decidió que debía hacer algo. Ordenó a sus tanques enfrentar el ataque. Sus hombres abrieron fuego a tres mil metros de distancia. Los primeros catorce disparos dieron por resultado ocho aciertos, nada mal por tratarse de soldados a medias, pensó el oficial, decidiéndose a combatir allí mismo y defender su tierra contra el invasor. Sus catorce tanques estaban desplegados sobre una línea de tres kilómetros de longitud. Era un despliegue defensivo pero provisorio. El oficial, en el centro de la línea defensiva, estaba demasiado concentrado en lo que tenía frente a él. La segunda descarga destruyó seis blancos, pero uno de sus tanques recibió un disparo directo de artillería que le destruyó el motor e inició un incendio que obligó a huir a los tripulantes, sólo para ser despedazados por más fuego de artillería a menos de cinco metros. El oficial estaba mirando en esa dirección y los vio morir a cuatrocientos metros de distancia. A partir de ese momento había una peligrosa brecha en su línea defensiva. Tenía que hacer algo.

Su tirador, como todos los demás, estaba buscando y tratando de destruir tanques enemigos -T-80 con torretas en cúpula. cuando el primer grupo de misiles anti-tanque pasó por encima de los BMP de infantería que estaban detrás de ellos. Aunque los disparos no podían penetrar la coraza de los tanques destrozaban las orugas, incendiaban los motores y estropeaban los sistemas de control de fuego. El joven oficial decidió retroceder cuando la mitad de su comando estaba incendiándose. Cuatro tanques retrocedieron dos kilómetros al sur. El capitán se quedó con los otros tres, pero uno fue destrozado antes de que empezara a moverse. El aire estaba lleno de misiles y uno de ellos impactó contra la parte trasera de su torreta, incendiando el depósito de municiones. La llama vertical chupó el aire por la compuerta abierta, asfixiando

Librodot

y quemando vivos a los tripulantes. Sin comandante, la compañía siguió peleando cuarenta minutos más, hasta que los tres tanques sobrevivientes huyeron en dirección sur a cincuenta kilómetros por hora en busca del puesto del comando del batallón.

Que ya no estaba allí. El enemigo los había localizado por las transmisiones radiales y lanzado contra ellos una brigada de artillería completa justo cuando los sobrevivientes de STORM TRACK llegaban con la tropa de rescate. Durante la primera hora de la Segunda Guerra del Golfo Pérsico, la RIU había logrado abrir una brecha de treinta millas en la línea defensiva saudita, lo que implicaba un camino directo a Riyadh. Para lograrlo, el Ejército de Dios había perdido media brigada, un precio bastante elevado que, no obstante, estaba dispuesto a pagar.

El cuadro inicial no era claro. Raramente lo era. Ésa era la ventaja que casi siempre tenía el agresor. Diggs lo sabía y también sabía que su trabajo era hacer orden del caos y utilizar el primero para infligir el segundo al enemigo. Con la destrucción de STORM TRACK el uso de los Predators quedó momentáneamente interrumpido. Habría que restablecerlo. El 366 se había desplegado sin radar J-STARS para detectar movimientos de tropas terrestres. Había dos E-3B AWACS en el aire, cada uno con cuatro bombarderos. Aparecieron veinte bombarderos de la RIU y empezaron a seguirlos. La escaramuza sería excitante para la Fuerza Aérea.

Pero Diggs tenía problemas. La pérdida de STORM TRACK y los Predators lo había dejado ciego y su primera acción curativa fue ordenar el traslado del escuadrón aéreo del Décimo de Caballería. Las palabras de Eddington lo habían impresionado. Después de todo, tal vez el centro de gravedad saudita no fuera económico.

-Nuestras tropas han entrado al Reino -anunció Inteligencia.. Han encontrado oposición, pero la están superando. El puesto espía norteamericano fue destruido.

La noticia no alegró a Daryaei.

-¿Cómo lo supieron... cómo lo supieron?

El jefe de inteligencia tuvo miedo de preguntar *cómo supieron qué*. Esquivó el tema:

-No tiene importancia. Dentro de dos días entraremos en Riyadh y entonces ya nada tendrá importancia.

-¿Qué sabemos de la epidemia en Estados Unidos? ¿Por qué no se enferma más gente? ¿Cómo es posible que tengan tropas para enviar?

-Eso no lo sé -admitió Inteligencia.

-¿Y entonces *qué* sabe?

-Parece que los norteamericanos tienen un regimiento en Kuwait, otro en el Reino, y un tercero que acaba de recibir sus equipos de los barcos -los mismos que la flota india no detuvo. anclados en Dhahran.

-¡Entonces atáquenlos! -gritó Mahmoud Haji. Ese norteamericano había tenido la arrogancia de llamarlo por su nombre de una manera que su propio pueblo había visto y escuchado... ¿y acaso creído?

-Nuestra Fuerza Aérea está atacando el norte. Ése es el lugar decisivo. Apartarnos de allí sería una pérdida de tiempo -replicó razonablemente.

-¡Misiles, entonces!

-Ya veré.

Al brigadier comandante de la 4ta. Brigada Saudita le habían dicho que no esperara más que un ataque menor en el área y estuviera listo para lanzar un contraataque contra la RIU al comienzo de la invasión a Kuwait. Como tantos otros generales a lo largo de la historia, cometió el error de confiar demasiado en su inteligencia. Tenía tres batallones mecanizados y cada uno cubría un sector de treinta millas, separados entre sí por brechas de cinco a diez millas. En un rol ofensivo hubiera sido un despliegue sensato para acosar el flanco enemigo, pe-

Librodot

ro la temprana pérdida del batallón del medio había partido sus fuerzas en dos y ahora le resultaba difícil comandar las partes separadas. Solucionó el error avanzando en lugar de retroceder. La suya fue una decisión valiente, sin duda, aunque pasó por alto el hecho de que tenía cien millas de profundidad a sus espaldas hasta KKMC -Ciudad Militar Rey Khalid-, espacio que podría haber usado para reorganizar un contraataque en bloque en vez de fragmentado e improvisado.

El ataque de la RIU estaba basado en el modelo perfeccionado por el ejército soviético en la década del .70. La fase inicial se apoyó en una brigada pesada que emergió detrás del fuego compacto de artillería. La eliminación de STORM TRACK se planeó desde un comienzo. STORM TRACK y PALM BOWL -incluso conocían los nombres codificados. eran los ojos de la estructura de comando enemiga. No podían destruir los satélites pero sí los puestos de inteligencia terrestres. Como era de esperar, los norteamericanos tenían algunos, pero no tantos. Como los soviéticos en la Bahía de Vizcaya, la RIU aceptaría el costo, ofreciendo vidas a cambio de tiempo para alcanzar su objetivo político antes de que sus enemigos potenciales hicieran sentir su peso. Si los sauditas creían que Daryaei quería el petróleo antes que nada, que lo siguieran creyendo, pero en Riyadh estaban la familia real y el gobierno. Al avanzar sobre Riyadh la RIU descuidaría su flanco izquierdo, pero las fuerzas kuwaitíes tendrían que atravesar el terreno de Wadi al Batin y luego cruzar doscientas millas de desierto para llegar adonde había estado el Ejército de Dios.

La clave era la velocidad, y la clave de la velocidad era la eliminación rápida de la 4ta. saudita. La artillería pesada posicionada al norte de la lisera rastreó las comunicaciones radiales e inició una serie de disparos constantes en el área para perturbar las comunicaciones y la cohesión de las unidades que, suponían, serían las encargadas de contrarrestar la invasión inicial. Era una táctica prácticamente infalible, siempre que estuvieran dispuestos a pagar el precio. Se asignó una brigada a cada uno de los tres batallones de frontera.

El comandante de la 4ta. Brigada también tenía artillería propia, pero decidió usarla en la brecha del centro con el propósito de castigar a las unidades que pretendían entrar al corazón de su nación.

Diggs estaba en el puesto de comando principal recibiendo todas las noticias y comprendiendo por fin lo que le estaba pasando. Él se lo había hecho a los iraquíes en 1991. Se lo había hecho a los israelíes durante un par de años como CO del Buffalo. Y también había comandado el NTC durante un tiempo. Ahora sabía cómo era estar del otro lado. Las cosas estaban pasando demasiado rápido para los sauditas. Reaccionaban en vez de pensar, veían la magnitud de la crisis pero no su forma, semiparalizados por la velocidad de los acontecimientos que, si hubieran estado del otro lado, les hubieran parecido excitantes y nada más.

-Hagan retroceder la 4ta. -dijo en voz baja.. Tienen mucho lugar para maniobrar.

-¡Los detendremos allí mismo! -replicó automáticamente el comandante saudita.

-General, eso es un error. Está arriesgando la brigada sin necesidad. Puede recuperar el terreno perdido. No puede recuperar ni el tiempo ni los hombres perdidos.

Pero el saudita no estaba escuchando y Diggs no tenía estrellas suficientes en el uniforme para insistir. *Un día más*, pensó, *un maldito día más*.

Los helicópteros se tomaron su tiempo. La Tropa-N, 4ta. del Décimo, estaba compuesta por seis OH-58 Kiowa y cuatro AH-64 Apache que llevaban más tanques extra de combustible que armas. Les habían advertido que había bombarderos enemigos en las proximidades y por eso no podían volar muy alto. Los sensores husmeaban el aire en busca de emisiones de radares SAM -tenía que haber varios. mientras los pilotos iban de loma en loma escaneando el área con sus sistemas de luz baja y sus radares Longbow. Mientras sobrevolaban el territorio de la RIU detectaron un vehículo, tal vez parte de una compañía avistada cerca de la frontera kuwaití, pero eso fue todo. En las cincuenta millas siguientes vieron más de lo mismo, aunque

los vehículos eran más pesados. Al llegar a las afueras de Al Busayyah, adonde el Ejército de Dios se estaba aproximando según información de inteligencia satelital, lo único que encontraron fueron rastros en la arena y grupos pequeños de vehículos de apoyo, principalmente camiones de combustible. No tenían órdenes de destruirlos. Su misión era localizar la formación enemiga principal y determinar su eje de avanzada.

Eso les llevó otra hora de avances y retrocesos; los helicópteros saltaban como ranas. Había vehículos SAM en la zona, de corto alcan-ce y fabricación rusa y francesa, que los helicópteros sabían cómo evitar. Una dupla Kiowa-Apache se acercó para ver una columna de tanques atravesando una brecha en la lisera, a ciento cincuenta millas del punto que habían dejado. Una vez reunida esa información los helicópteros se retiraron sin efectuar ningún disparo. La próxima vez traerían refuerzos y no tenía sentido advertir al enemigo sobre la brecha en su defensa aérea antes de explotarla adecuadamente.

El batallón más oriental de la 4ta. Brigada defendió su territorio y murió en el intento. Los helicópteros de ataque de la RIU se unieron al ejército, y aunque los sauditas tenían buena puntería su incapacidad de maniobrar los destruyó. El Ejército de Dios sacrificó otra brigada para cumplir su misión, pero al concluir el enfrentamiento la brecha en la línea defensiva saudita tenía setenta millas de ancho.

Al oeste fue diferente. El batallón, comandado por un mayor a raíz de la muerte del coronel, perdió contacto y avanzó hacia el sudoeste con la mitad de sus fuerzas, y luego intentó doblar al este para adelantarse a los invasores. Le faltaban fuerzas para resistir y por eso retrocedió, destruyendo veinte tanques y otros vehículos antes de quedarse sin combustible treinta kilómetros al norte de KKMC. Los vehículos de apoyo de la 4ta. Brigada habían quedado en algún lugar. El mayor pidió ayuda por radio, preguntándose si llegaría a tiempo.

Fue una verdadera sorpresa. El satélite DSSP sobre el Océano Índico detectó el lanzamiento. La información pasó directamente a Sunnyvale, California, y de allí a Dhahran. Ya había pasado antes, pero no con misiles lanzados desde Irán. Los barcos estaban cargados a medias. La guerra había empezado hacía apenas cuatro horas cuando el primer Scud salió de su lanzador rumbo al sur, cerca de los Montes Zagros.

-¿Y ahora qué? -preguntó Ryan.

-Ahora verás por qué siguen allí los cruceros -replicó Jackson.

No hubo necesidad de advertencias. Los tres cruceros, más *Jones*, barrían el cielo con sus radares y ya habían detectado el rastro a cien millas de distancia. Los guardias nacionales que esperaban su turno para buscar sus carros oruga vieron ascender al cielo las bolas de fuego de los misiles superficie-a-aire, que saltaban persiguiendo cosas que sólo los radares podían ver. El lanzamiento inicial de tres explotó por separado en la oscuridad, y eso fue todo. Pero los soldados se sintieron aún más motivados para subir a sus tanques cuando la triple explosión se produjo a cien mil pies de altura.

En el *Anzio*, el capitán Kemper vio desaparecer el rastro en la pantalla. Los Aegis también servían para esa clase de cosas, aunque estar sentado debajo del fuego no era precisamente su idea de diversión.

El otro acontecimiento de la noche fue un enfrentamiento aéreo sobre la frontera. Los AWACS habían detectado lo que resultaron ser veinticuatro bombarderos avanzando en línea recta hacia ellos con la intención de dejar a los aliados sin cobertura aérea. Lo pagaron caro. Ningún ataque contra los E-3B tuvo final feliz. En cambio, la Fuerza Aérea de la RIU siguió demostrando su habilidad para perder aviones en vano.

60

Librodot

Buford

Las intenciones del enemigo quedaron claras recién seis horas después de la primera cortina de fuego de artillería. Los informes de los helicópteros de reconocimiento proporcionaron el cuadro inicial, pero la clave estuvo dada por una fotografía satelital imposible de descartar. Los precedentes históricos afluyeron a la mente de Marion Diggs. Cuando la plana mayor francesa se enteró del plan Schlieffen alemán antes de la Primera Guerra Mundial reaccionó diciendo: -¡Mejor para nosotros!. El asalto alemán pudo ser detenido recién en las afueras de París. En 1940, la misma plana mayor recibió con una sonrisa de beneplácito la noticia inicial de otro ataque alemán... ataque que terminó en la frontera con España. El problema era que la gente tendía a ser más fiel a sus ideas que a sus esposas, tendencia por otra parte universal. Por consiguiente, recién después de la medianoche los sauditas se dieron cuenta de que la formación principal de su ejército estaba en el lugar errado y admitieron que su fuerza defensiva occidental había sido arrollada por un enemigo que era lo suficientemente astuto o lo suficientemente tonto para hacer lo que se esperaba que hiciera. Para contrarrestarlo tendrían que pelear una batalla de maniobras para la cual no estaban preparados. Era evidente que la RIU se dirigiría primero a KKMC. Habría una batalla por ese punto del mapa, después de la cual el enemigo tendría la opción de marchar al este, hacia el Golfo Pérsico -y el petróleo-, y enfrentar a las fuerzas aliadas; o seguir al sur, a Riyadh, para dar un golpe político y ganar la guerra. Pensado así no era un mal plan, pensó Diggs. Si podían ejecutarlo. Pero tenían el mismo problema que los sauditas. Tenían un plan. Pensaban que era muy bueno y también pensaban que el enemigo contribuiría a su propia destrucción. Tarde o temprano todos lo hacían y la clave para estar del lado ganador era saber qué se podía hacer y qué no. Este enemigo todavía no sabía la parte del -no poder.. No tenía sentido enseñarle tan pronto, ¿verdad?

Ryan hablaba por teléfono con su amigo de Riyadh desde la Sala de Situaciones.

-Tengo la foto, Ali -aseguró el presidente.

-Esto es muy serio.

-El sol saldrá pronto y ustedes deben cambiar espacio por tiempo. Ha funcionado antes, Su Alteza.

-¿Y qué harán las fuerzas enemigas?

-No pueden regresar desde allí, ¿no?

-¿Tanta confianza se tiene?

-Usted sabe lo que nos hicieron esos miserables, Su Alteza.

-Bueno, sí, pero...

-Nuestros soldados también, amigo mío.

-Esta guerra ha empezado mal para las fuerzas aliadas -Tom Donner estaba saliendo en vivo por la NBC.. Eso es lo que sabemos. Los ejércitos combinados de Irak e Irán han aplastado la línea defensiva saudita al oeste de Kuwait y se dirigen al sur. Estoy aquí con losefectivos del Undécimo Regimiento de Caballería, el Blackhorse. Éste es el sargento Bryan Hutchinson de Syracuse, Nueva York. ¿Qué opina de esto, sargento?

-Supongo que tenemos que esperar, señor. Lo único que puedo decirle es que la Tropa-B está lista para lo que sea. Me pregunto si ellos estarán listos para nosotros, señor. Venga a ver. -Eso era todo lo que tenía que decir sobre el tema.

-Como verán, a pesar de las malas noticias del campo de batalla, nuestros soldados están listos, incluso ansiosos por combatir.

El comandante saudita colgó el teléfono. Acababa de hablar con su soberano.

-¿Qué nos recomienda? -le preguntó a Diggs.

-Para comenzar, creo que deberíamos mover las brigadas 5ta. y 2da. al sudoeste.

-Riyadh quedaría desprotegida.

-No, señor, actualmente no lo está.

-¡Deberíamos contraatacar enseguida!

-Todavía no, general -dijo Diggs, mirando el mapa. El Décimo estaba en una posición interesante... Levantó la vista.. Señor, ¿alguna vez le contaron el cuento del toro viejo y el toro joven?

Diggs procedió a contar una de sus bromas favoritas, broma que, después de unos segundos, hizo asentir a los generales sauditas.

-Fíjese, hasta la televisión norteamericana dice que vamos ganando -le dijo el jefe de inteligencia a su patrón.

El comandante general de la Fuerza Aérea de la RIU era menos entusiasta. El día anterior había perdido treinta bombarderos y sólo había destruido dos aviones sauditas a cambio. Su plan para destruir los AWACS había fracasado, costándole algunos de sus pilotos mejor entrenados. Lo bueno era que sus enemigos no tenían suficientes aviones para invadir el país y causar daños serios. En ese momento estaban avanzando más fuerzas terrestres de Irán a Kuwait y con suerte lo único que tendría que hacer sería cubrir los grupos de avanzada, cosa que su gente sabía cómo hacer, especialmente de día. En pocas horas se enterarían.

Un total de quince misiles balísticos tipo Scud fueron lanzados en Dhahran. Los barcos del COMEDY resultaron ilesos y los misiles fueron interceptados o, en la mayoría de los casos, cayeron en forma inofensiva al mar durante una noche de ruido y fuegos artificiales. La última parte de la carga -principalmente camiones en esta etapa. se alejaba. Greg Kemper bajó sus binoculares y miró desaparecer la larga fila de camiones marrones bajo la luz difusa del amanecer. No sabía a dónde se dirigían. Lo único que sabía era que cinco mil guardias nacionales de Carolina del Norte enfurecidos estaban decididos a hacer algo.

Eddington ya estaba al sur de KKMC con su staff. Probablemente su fuerza WOLFPACK no llegaría a tiempo para la batalla. Los había enviado a Al Artawiyah, uno de esos lugares que a veces cobran importancia histórica porque todos los caminos llevan a ellos. No estaba seguro de que la batalla se produjera allí, aunque recordaba que Bobby Lee sólo esperaba conseguir calzado para sus hombres en Gettysburg. Mientras el staff hacía su trabajo, el coronel encendió un cigarro y salió a recibir a las dos compañías. Oyó el ruido de los bombarderos en el cielo. F-15E norteamericanos, por el aspecto. Bueno, pensó, el enemigo había pasado doce horas difíciles. Que pensara un poco en eso.

-¡Coronel! -saludó el sargento comandante de un Bradley desde la compuerta. Eddington se trepó al vehículo apenas éste se detuvo.. Buen día, señor.

-¿Cómo están todos?

-Estamos listos para lo que sea, señor. ¿Dónde están ellos? -preguntó el sargento, quitándose las antiparras cubiertas de polvo.

Eddington señaló.

-Aproximadamente a cien millas en esa dirección, viniendo ha-cia aquí. Dígame cómo se sienten las tropas, sargento.

-¿Cuántos podemos matar antes de que nos ordenen detenernos, señor?

-Si es un tanque, destrúyanlo. Si es un BMP, destrúyanlo. Si es un camión, destrúyanlo. Si está al sur de la lisera y tiene un arma, mátenlo. *Pero* las normas son estrictas en cuanto a matar gente que no se resista. No podemos violarlas. Es muy importante.

-Es lo justo, coronel.

-Tampoco se arriesguen con los prisioneros.

Librodot

-No, señor -prometió el sargento.. No lo haremos.

La geometría puso al Blackhorse primero, avanzando hacia el oeste desde el punto de reunión hacia KKMC. El coronel Hamm formó su comando de avanzada, los escuadrones 1ro-, 2do. y 3ro. alineados de sur a norte, cada uno cubriendo un frente de veinte millas. Se guardó el 4to. Escuadrón (Aviación) en la manga junto con algunos helicópteros y mandó sus elementos de refuerzo terrestre a establecer una base de avanzada en un punto al cual las unidades principales todavía no habían llegado. Hamm estaba en su vehículo de comando M4 (llamado, naturalmente, el Vehículo de la Guerra de las Galaxias).

El sistema IVIS estaba empezando a funcionar en un verdadero ambiente táctico. El IVIS -Sistema de Información Inter-Vehicular. era una red de información con la que el ejército venía jugando desde hacía cinco años. Nunca lo habían probado en combate y Al Hamm se sentía muy complacido de ser el primero en hacerlo. Sus pantallas de comando en el M4 captaban todo. Cada vehículo individual era a la vez fuente y receptor de información. El IVIS comenzaba por decir dónde estaban las unidades amigas para evitar pérdidas por -fuego amigo.. Con sólo mover una perilla Hamm podía conocer la localización de todos los carros de combate que tenía, desplegados en un mapa que mostraba todos los rasgos relevantes del terreno. En su momento contaría con un cuadro semejante, preciso de las disposiciones enemigas y, conociendo las posiciones de ambos bandos, tendría la opción de elegir los mejores lugares. Las brigadas 2da. y 5ta. sauditas estaban al noroeste, bajando desde la frontera kuwaití. Tenía aproximadamente cien millas de desierto de ventaja y las cuatro horas de marcha le servirían para establecer el control de sus unidades y asegurarse de que todo anduviera bien. Aunque no lo dudaba debía asegurarse, porque los errores en el campo de batalla, por pequeños que fueran, siempre se pagaban caro.

Los restos de la 4ta. Brigada saudita intentaron reunirse al norte de KKMC. Sumaban probablemente dos compañías de tanques y carros de infantería que habían participado de las escaramuzas durante la larga noche del desierto. Algunos habían sobrevivido por pura suer-te, otros gracias al proceso brutalmente darwiniano de la guerra móvil. El oficial de mayor rango sobreviviente era un mayor especialista en inteligencia que había comandado un tanque. Sus hombres habían descuidado las prácticas con el equipo IVIS porque preferían disparar y escabullirse a las tácticas de batalla más estructuradas. Bueno, lo habían pagado caro. La primera orden del mayor fue buscar y reunir los camiones de combustible esparcidos que la brigada había dejado en la retaguardia para que los veintinueve tanques y quince carros sobrevivientes pudieran reabastecerse. También encontraron algunos camiones de municiones que sirvieron para que aproximadamente la mitad de sus vehículos pesados reabastecieran sus depósitos. Una vez hecho eso, mandó los vehículos de abastecimiento a la retaguardia y seleccionó un *uadi* -palabra árabe que indica un cauce seco. al norte y al oeste de KKMC como próxima posición defensiva. Tardó otra media hora en establecer contacto con el alto mando y pedir refuerzos.

Su fuerza no era cohesiva. Los tanques y carros provenían de cinco batallones diferentes. Algunos soldados no se conocían o se conocían poco y faltaban oficiales de mando. Se dio cuenta de que su tarea sería mandar en vez de combatir. A regañadientes le devolvió el tan-que al sargento y eligió un carro de infantería con más equipos de radio y menos distracciones. No era una decisión combativa, mucho menos para una persona cuya tradición cultural era liderar una turba de guerreros a caballo y blandiendo las espadas, pero había aprendido una dura lección al sur de la lisera, lección que le había permitido sobrevivir, a diferencia de un montón de hombres muertos por no aprender a tiempo.

El día de batalla comenzó después de una pausa de movimiento y matanza que más tarde parecería tan estilizada como el entretiempo de un partido de fútbol. La razón de que los

sobrevivientes de la 4ta. saudita tuvieran tiempo y espacio para reorganizarse y reabastecerse era que el Ejército de Dios tenía que hacer lo mismo. El proceso tardó cuatro horas. Los comandantes de brigadas y divisiones se sentían bastante complacidos. Estaban sólo diez kilómetros atrás del plan -los planes siempre son demasiado optimistas. en distancia y una hora atrás en tiempo. Habían arrasado la oposición inicial, aunque sufriendo más pérdidas que las esperadas. Los hombres estaban cansados, pero los soldados también podían cansarse y el tiempo de reabastecimiento les permitió dormir un poco para refrescarse. Al llegar el alba, el Ejército de Dios encendió sus motores y reemprendió su viaje al sur.

Las primeras batallas del día tendrían lugar en el aire. Las fuerzas aéreas aliadas iniciaron el despegue después de las cuatro desde las bases del sector sur del Reino. El primer escuadrón, formado por Eagles F-15, se reunió con los E-3B AWACS alineados al este y al oeste de Riyadh. Los bombarderos de la RIU también emprendieron el vuelo, controlados aún por radares terrestres localizados en el antiguo Irak. Todo comenzó como una suerte de danza entre dos cuerpos de baile. Los dos bandos querían saber dónde estaban los SAM del otro; habían reunido información sobre ellos mientras reinaba la oscuridad. Gradualmente se determinó que ambos bandos se refugiarían detrás de un cinturón misilístico y que las batallas iniciales se pelearían en una -tierra de nadie. electrónica. El primer movimiento estuvo a cargo de cuatro bombarderos del Escuadrón de Combate 390, los Wild Boars. Apenas les avisaron que un escuadrón de la RIU había girado al este, los Eagles se posicionaron en ángulo oeste y atravesaron el espacio vacío como flechas, revirtiendo nuevamente el curso hacia el mar. Los norteamericanos esperaban ganar, y ganaron. Atraparon a los bombarderos de la RIU -en realidad F-4 iraníes de la época del sha. mirando en la dirección errada. Los aviones de la RIU, alertados por sus controles terrestres, se dieron vuelta... pero tenían un problema mayor que la situación táctica. Habían esperado un modelo de enfrentamiento en el que un bando dispararía misiles y el otro trataría de esquivarlos y volvería a disparar los suyos: un estilo de combate tan rígido como una justa medieval.

Los Eagles dispararon primero: un AMRAAM cada uno. El AMRAAM es un misil dispara-y-olvídate que permite emprender la retirada inmediatamente después de dispararlo. Pero no lo hicieron. En cambio, siguieron a los misiles dejándose llevar por su doctrina y por las emociones provocadas por diez horas de masticar lo que el presidente había dicho por radio. Era una cuestión personal. El primer escuadrón de Eagles siguió acercándose mientras sus misiles rastreaban el primer grupo de blancos. Tres de los cuatro blancos fueron destruidos, sorprendidos por el misil que los pilotos norteamericanos llamaban Slammer. El cuarto blanco escapó, bendijo su suerte y regresó a disparar su propio misil... hasta que su radar indicó la presencia de un bombardero a quince kilómetros de distancia con un promedio de oclusión próximo a los dos mil nudos. El piloto iraní titubeó y giró al sur, grave error. El piloto del Eagle disminuyó la velocidad y se colocó en posición de ataque de cola. Quería un golpe certero y lo consiguió, cerrándose sobre el -seis. del enemigo y seleccionando armas. El otro piloto estaba un poco lento esa mañana. Quince segundos después, su F-4 llenaba el visor del arma...

-¡Fox-Tres, Fox-Tres dispara!

Un segundo escuadrón de Eagles ingresó al área de combate en busca de sus propios blancos. Los controles terrestres de la RIU habían quedado anonadados por la velocidad del resultado y ordenaron a sus bombarderos apuntar a los norteamericanos recién llegados y disparar sus misiles de largo alcance guiados por radar... pero aun así los norteamericanos no escaparon para evadir el impacto como esperaban. En cambio adoptaron la táctica de inclinarse noventa grados hacia la tierra manteniendo una distancia uniforme con respecto al bombardero. Esa maniobra impidió que los radares del bombardero captaran el cambio en el promedio de alcance de sus blancos y quebró la oclusión del radar, lanzando los misiles a la deriva. Los Eagles se posicionaron, seleccionaron misiles y dispararon a menos de diez millas mientras los bombarderos de la RIU intentaban recolocarse para lanzar una segunda descarga. Alertados de que había más misiles en el aire, los bombarderos enemigos trataron de modificar el

Librodot

curso y huir, pero estaban dentro del área de alcance de los Slammer y fueron destruidos.

-Eh, compañeros, aquí Bronco -dijo una voz extraña por el canal de guardia de la RIU.. Mándennos algunos más. Estamos hambrientos. ¡Queremos matarlos a *todos* y cogernos a sus viejas esposas! -Cambió de canal a Sky-One.. Aquí Razorback Líder, ¿más trabajo?, cambio.

-En su sector no, manténgase atento.

-Entendido. -El teniente coronel al mando del 390 miró hacia abajo. Al ver avanzar la masa de tanques enemigos deseó ser aire-a-tierra en vez de aire-a-aire por primera vez en su vida. El coronel Winters era de Nueva York. Sabía que había mucha gente infectada en su ciudad... y allí estaba él, en guerra con los culpables, pero hasta el momento sólo había derribado dos aviones y matado apenas tres personas.. Razorback, Líder, fórmense detrás de mí. -Chequeó el combustible. Tendría que recargar pronto.

Los próximos en llegar fueron los Strike Eagles del 391, escoltados por F-16 con equipos HARM. Los pequeños bombarderos de un solo asiento ingresaron al área de combate con los receptores de amenaza encendidos, husmeando posibles lanzadores móviles SAM. Descubrieron una hermosa colección de Crotales franceses y viejos Gainfuls SA-6 rusos detrás de los escalones enemigos. Los conductores de los Vipers descendieron velozmente para llamar la atención y dispararon sus misiles anti-radar para cubrir a los Eagles F-15, que a su vez intentaban detectar artillería enemiga.

Los Predators se estaban ocupando de eso. Tres habían chocado por la pérdida de STORM TRACK creando una brecha en la cobertura de inteligencia que llevó horas rectificar. Sólo quedaban diez en el teatro de operaciones. Cuatro estaban volando a ocho mil pies de altura, holgazaneando sobre las divisiones en marcha sin ser vistos. Las fuerzas de la RIU confiaban en sus cañones y ametralladoras polivalentes de artillería antiaérea. Los artilleros se estaban preparando para un ataque mayor, alineados detrás de dos brigadas mecanizadas próximas a dar el salto hacia KKMC. Un Predator localizó el grupo de seis baterías. La información fue transmitida a un equipo recolector, luego a los AWACS y finalmente a los dieciséis Strike Eagles del 391.

La formación saudita mantenía una tensa espera. Sus cuarenta y cuatro carros de combate estaban dispersos a lo largo de ocho kilómetros. Su comandante no se había atrevido a más. Tendría que equilibrar despliegue con poder de ataque en lo que esperaba sería al menos una acción de retardo. Un vibrante sonido proveniente del cielo anunció la caída de proyectiles de ocho pulgadas frente a su posición. El bombardeo inicial duró tres minutos, y ahora avanzaban en dirección a sus carros....

-¡TIGERS al ataque! -gritó el comandante. Evidentemente, el enemigo había esperado que ellos atacaran primero para arremeter contra los tanques. Allí estaban los SAM, y los Vipers intentaban arreglárselas con ellos. Los tres escuadrones de cuatro se separaron, conformaron elementos de dos y bajaron a cuatro mil pies. Las baterías de artillería estaban alineadas con prolijidad, los cañones separados cada cien metros junto con sus carros, tal como indicaba el manual, pensó el teniente coronel Steve Berman. Su operador de sistemas de armas seleccionó municiones y empezó a rociar al enemigo.

-Se ve muy bien. -Habían arrojado dos botes de municiones de efectos combinados BLU-97, un total de cuatrocientas minibombas. La primera batería fue barrida. Hubo explosiones secundarias en los camiones de municiones.. El próximo. -El piloto maniobró, hizo girar el bombardero bruscamente a la derecha, se acercó a la segunda batería, apuntó...

-Triple-A a diez. -Resultó ser un ZSU-23 anti-avión móvil. Sus cuatro cañones lanzaron una ráfaga de disparos contra el Strike Eagle.. Seleccionando Mav.

La danza macabra duró apenas unos segundos. El Eagle esquivó el fuego y liberó un misil Maverick aire-a-tierra que destruyó el ZSU23... y luego se dirigió a la siguiente batería

de obuses.

Era como Red Flag, pensó repentinamente el piloto. Había venido al Golfo en 1991 como capitán y destruido algunos blancos, pero sobre todo había perdido mucho tiempo cazando Scuds. Jamás había experimentado a fondo la guerra. Ahora sí. No se parecía en nada a las prácticas en la Base Nellis de la Fuerza Aérea. Sólo se planeaba el cuadro general de la misión. Ahora estaba buscando blancos con ayuda de sus radares en tiempo real y, a diferencia de sus oponentes en Nellis, estos tipos devolvían los disparos con balas de verdad. Bueno, él también arrojaba bombas de verdad. Se produjeron más ráfagas de disparos cuando posicionó el avión sobre el siguiente blanco.

Parecía un ataque de tos en medio de una conversación. Veinte o treinta misiles cayeron al desierto, cien metros delante de su posición. Treinta segundos después cayeron otros diez. Treinta segundos después, otros tres. Vio nubes de polvo en el horizonte, justo detrás de la primera hilera de tanques que empezaba a aparecer. Unos segundos después sintió algo a través de las botas, y después un estruendo lejano. Pronto supo de qué se trataba. Bombarderos pintados de verde rumbo al sur. Eran amigos. Luego apareció otro, solitario, dejando un rastro de humo en el cielo. Los pilotos saltaron, abrieron sus paracaídas y tocaron tierra un kilómetro atrás de su posición. El bombardero se estrelló un poco más lejos, convertido en una enorme bola de fuego. El mayor mandó un carro a recoger a los sobrevivientes y volvió a concentrarse en los tanques todavía fuera de su alcance... y aún no tenía artillería para enfrentarlos.

Bueno, mierda, pensó el coronel, era como Red Flag después de todo, excepto que no pasaría la noche contando mentiras en el club de oficiales ni se escaparía a Las Vegas para ver un espectáculo y pasar por el casino. En la tercera pasada le habían acertado y el Eagle estaba demasiado averiado para volver a la base. Se eyectó. Aún no había tocado tierra cuando vio un vehículo que se acercaba. Parecía un Hummer de fabricación norteamericana. Estaba a cincuenta metros de distancia cuando el coronel cayó bruscamente sobre la arena compacta. Se quitó el paracaídas y buscó su pistola. Pero el vehículo era amigo y estaba tripulado por dos soldados sauditas. Uno se acercó a él mientras el otro iba a buscar a su copiloto con el Hummer, a media milla de distancia.

-¡Venga, venga! -dijo el cabo saudita. Un minuto después el Hummer estaba de vuelta con su copiloto, que se agarraba la rodilla y gemía.

-Me la torcí, jefe. Aterricé sobre una maldita piedra -explicó, apoltronándose en el asiento trasero.

El coronel comprobó inmediatamente que todo lo que había oído decir de los conductores sauditas era cierto. Era como estar en una película de Burt Reynolds. Fue un alivio ver vehículos amigos cuando el Hummer llegó a la seguridad del *uadi*. El enemigo todavía seguía lanzando bombas contra la posición, pero había empeorado la puntería: ahora caían a quinientos metros por lo menos.

-¿Quién es usted? -preguntó Berman.

-El mayor Abdullah. -Hizo la venia. Berman guardó la pistola y miró a su alrededor.

-Supongo que son los refuerzos. Les reventamos la artillería, pero un bastardo tuvo suerte con su Shilka. ¿Puede conseguirme un helicóptero?

-Trataré. ¿Está herido?

-Mi copiloto tiene la rodilla estropeada. Tengo un poco de sed.

El mayor Abdullah le ofreció su cantimplora.

-Estamos esperando un ataque.

-¿Le molesta si vigilo? -preguntó Berman.

Cien millas al sur, la brigada de Eddington todavía se estaba formando. Tenía un batallón intacto. Lo adelantó veinte millas, posicionándolo a derecha e izquierda del camino a

KKMC para cubrir al resto de las fuerzas que llegarían de Dhahran. Desafortunadamente la artillería había sido lo último en bajar de los barcos y no estaría disponible hasta dentro de por lo menos cuatro horas. No podía hacer nada al respecto. A medida que las unidades arribaban, eran enviadas a las áreas de reabastecimiento de combustible. Cada compañía tardó por lo menos una hora en organizarse. El segundo batallón estaba casi listo para moverse. Lo posicionaría al oeste del camino para permitir que el primero se moviera lateralmente al este y duplicaría sus fuerzas de avanzada. Era tan difícil explicarle a los soldados que una batalla tenía más que ver con el control de tráfico que con matar gente... Con eso, y con reunir información. Una acción de combate era como el último acto de un inmenso ballet... lo más importante era que los bailarines ocuparan el lugar que les correspondía en el escenario. Los otros dos actos -saber dónde ponerlos y hacerlos llegar. eran interactivos y Eddington todavía no tenía una imagen clara de la cosa. Inteligencia estaba empezando a recibir información de Riyadh. En la delantera, el batallón líder tenía un equipo de reconocimiento de HMMWV y Bradleys diez millas antes de la fuerza principal, todos camuflados -los vehículos lo más ocultos posible y los hombres cuerpo a tierra. y observando el área con binoculares. Hasta el momento habían reportado remolinos de polvo ocasionales en el horizonte y estruendos lejanos. Bueno, decidió Eddington, mejor así. Tendría tiempo para prepararse, y el tiempo era lo más valioso para un soldado.

-LOBO-SEIS, aquí WOLFPACK, cambio.

-LOBO-SEIS copiando.

-Aquí WOLFPACK-SEIS-ACTUAL. WHITEFANG está saliendo. Estarán a su izquierda en una hora. Puede iniciar el movimiento lateral cuando lleguen. Cambio.

-LOBO-SEIS-ACTUAL copiando, coronel. Todavía no vemos nada. Estamos en buena forma, señor.

-Muy bien. Manténgame informado. Fuera.

-¡Coronel! -Era el mayor que dirigía Inteligencia.. Tenemos información para usted.

-¡Por fin!

El fuego de artillería continuaba, varias ráfagas habían caído directamente en el *uadi*. Era la primera experiencia del coronel Berman en esas lides y descubrió que no le gustaba demasiado. Eso también explicaba por qué los tanques y carros de orugas estaban tan separados, cosa que al principio le había resultado muy extraña. Una bomba cayó cien metros a la izquierda del tanque que les servía de refugio a él y al mayor Abdullah. Pudieron escuchar distintivamente los *pings* de los fragmentos que golpeaban el glacis blindado pintado de marrón.

-Esto no es nada divertido -comentó Berman, sacudiendo la cabeza para sacarse el ruido de las explosiones.

-Gracias por aniquilar la artillería enemiga. Era aterradora -dijo Abdullah, mirando a través de sus binoculares. Los T-80 de la RIU estaban a tres mil metros de distancia y todavía no habían detectado sus M1A2.

-¿Hace cuánto que hicieron contacto?

-Empezó ayer al atardecer. Somos todo lo que queda de la 4ta. Brigada -esa declaración no aumentó la confianza de Berman. Encima de sus cabezas, la torreta del tanque hizo un leve movimiento de ajuste hacia la izquierda. Se escuchó una frase breve por la radio del mayor, a la que respondió con una sola palabra... gritada, no obstante. Un segundo después, el tanque posicionado a la izquierda de ellos retrocedió un poco y su cañón principal disparó una ráfaga. En comparación, los disparos enemigos parecían fuegos artificiales. Contra toda lógica Berman asomó la cabeza. A lo lejos vio una columna de humo por cuyo extremo superior asomaba la torreta de un tanque.

-¡Dios!

-¿Puede prestarme una radio?

-Sky-One, aquí Tiger Líder -escuchó el oficial del AWACS por un canal lateral.. Estoy en el terreno con una flota de tanques sauditas al norte de KKMC. Hay enfrentamientos. ¿Pueden mandar

nos ayuda? Cambio.

-Tiger, ¿puede autenticar?

-No, maldita sea. Mis códigos desaparecieron con mi F-15. Soy el coronel Steve Berman, de Mountain Home, y en este momento soy un aviador enfurecido, Sky. Hace cuarenta minutos hicimos pedazos parte de la artillería iraquí y ahora nos están amenazando con los tanques. ¿Va a creerme o no? Cambio.

-Suena a norteamericano -opinó un oficial de mayor rango.

-Y si se acerca verá que los tanques de ellos terminan en cúpula y apuntan al sur y los nuestros son chatos y apuntan al norte, cambio. -La última información fue seguida por el choque de una explosión.. Esto no nos divierte para nada -les dijo.

-A mí tampoco -decidió el Control.. Tiger, espere. Devil-Líder, aquí Sky-One. Tenemos trabajo para ustedes...

No se suponía que fuera así, pero así era. Se suponía que debían recibir órdenes parciales destinando -paquetes. de aeronaves tácticas a partidas de caza, pero no había suficientes bombarderos para eso y tampoco había tiempo para seleccionar blancos. Sky-One tenía un escuadrón de cuatro F-16 esperando para realizar algunas acciones aire-a-tierra, y ésta era una oportunidad tan buena como cualquiera.

Los tanques se detuvieron para intercambiar fuego sostenido, pero fueron a pérdida contra los sistemas de control de fuego -o sistemas de estabilización de armamento. de los tanques Abrams de fabricación norteamericana, cuyos tripulantes sauditas se habían recibido de tiradores temprano ese día. El enemigo retrocedió y maniobró a izquierda y derecha, lanzando humo para oscurecer el campo de batalla y dejando atrás algunos carros que contribuyeron con sus propios lanzafumígenos a ennegrecer el cielo de la mañana. La prime-ra parte del contacto había durado cinco minutos y le había costado a la RIU veinte vehículos que Berman pudo identificar, sin pérdidas para los aliados. Tal vez no fuera tan malo después de todo.

Los Vipers llegaron desde el oeste y arrojaron sus bombas mudas Mark-82 exactamente en el medio de la formación enemiga.

-¡Brillante! -exclamó el mayor Abdullah, que se había educado en Inglaterra. No podían saber cuántos vehículos habían destruido en total, pero ahora sus hombres sabían que no estaban solos en la pelea. Eso marcaba una diferencia.

Las calles de Teherán se habían vuelto más sombrías, si eso fuera posible. Lo que más impresionó a Clark y Chávez (Klerk y Chekov para los locales) fue la ausencia de conversaciones. La gente iba de un lado a otro sin hablarse. La cantidad de hombres había disminuido porque habían convocado a las reservas para pelear la guerra que su nuevo país había declarado después del discurso del presidente Ryan.

Los rusos les habían dado la dirección de la casa de Daryaei y lo único que tenían que hacer era observarla... Se decía fácil, pero se hacía difícil en las calles de la capital de un país en guerra. Especial-mente si uno había estado en esa ciudad hacía poco tiempo y las fuerzas de seguridad lo habían visto. Lo único seguro era que no faltarían complicaciones.

A dos cuadras y media de distancia vieron que el hombre vivía modestamente. Era un edificio de tres pisos sobre una calle de clase media, sin ninguna ostentación de poder, excepto la obvia presencia de guardias en la escalera principal y algunos automóviles estacionados en las esquinas. A doscientos metros pudieron ver que la gente evitaba caminar por esa vereda. Era evidente que el ayatollah era un hombre -popular..

-¿Quién más vive ahí? -le preguntó Klerk al ruso. El ruso en cuestión era un agente que pasaba por el segundo secretario de la embajada y realizaba muchas funciones diplomáticas

Librodot

para mantener su leyenda.

-Principalmente sus guardaespaldas, suponemos. -Estaban sentados en una cafetería, bebiendo café y tratando de no mirar al edificio que les interesaba.. Creemos que los edificios vecinos están vacíos. Este religioso se preocupa por su seguridad. La gente está cada vez más incómoda bajo su gobierno... incluso se ha esfumado el entusiasmo por la conquista de Irak. Usted mismo podrá darse cuenta, Klerk. Esta gente ha estado bajo control durante casi una generación. Están hartos. Fue muy inteligente de parte de Ryan declarar las hostilidades antes de que nuestro amigo hablara. Causó muchísimo impacto, creo. Me gusta su presidente -agregó.. A Sergey Nikolayevich también.

-Este edificio está bastante cerca, Ivan Sergeyevich -dijo Chávez.. Doscientos metros, línea de visión directa.

-¿Habrá daños colaterales? -preguntó Clark.

-Ustedes los norteamericanos son muy sentimentales con esas cosas -observó el ruso. Eso le causaba gracia.

-El camarada Klerk siempre tuvo el corazón blando -confirmó Chekov.

Ocho pilotos llegaron al hospital de la base Holloman de la Fuerza Aérea en Nuevo México para hacerse un análisis de sangre. Los equipos de análisis para Ébola por fin estaban llegando. Las primeras entregas fueron para la Fuerza Aérea, porque podía desplegar más poder y más rápidamente que las otras ramas de la Fuerza. Había habido algunos casos en Albuquerque, todos tratados en el Centro Médico de la Universidad de Nuevo México y dos en la misma base, un sargento y su esposa, él muerto y ella agonizante... Toda la base conocía la mala noticia, que había enfurecido aun más a los guerreros. Los aviadores estaban limpios. Al enterarse, se sintieron muy aliviados. Ahora sabían que podían salir y hacer algo. Luego le llegó el turno al personal de tierra. También estaban limpios. Todos fueron a la pista. La mitad de los pilotos trepó a Nighthawks F-117. La otra mitad, junto con el personal de tierra, abordó un KC-10 para el largo vuelo a Arabia Saudita.

Se estaba corriendo la voz. El 366 y los F-16 de la base israelí estaban haciendo de las suyas, pero todos querían participar, y los hombres y mujeres de Holloman liderarían la segunda fuerza de combate en el campo de batalla.

-¿Está completamente loco? -preguntó el diplomático a un cole-ga iraní. Los oficiales de la RVS tenían la parte más peligrosa -o al menos más sensible. de la misión de inteligencia.

-No puede hablar así de nuestro líder -replicó el iraní cuando salían a la calle.

-Muy bien, ¿su erudito hombre santo comprende lo que sucede cuando uno emplea armas de destrucción masiva? -preguntó delicadamente el oficial de inteligencia. Por supuesto que no, y ambos lo sabían. Ninguna nación-estado había hecho algo semejante en los últimos cincuenta años.

-Tal vez haya errado el cálculo -concedió el iraní.

-Ciertamente -el ruso lo dejó pasar por el momento. Hacía un año que estaba trabajándose a ese diplomático de mediano nivel.. Ahora el mundo sabe que ustedes tienen esta capacidad. Fue muy inteligente de su parte utilizar el mismo avión que la hizo posible. Está loco de remate. Usted lo sabe. Su país se convertirá en paria...

-No si podemos...

-No, no si pueden. ¿Pero qué pasará si no pueden? -preguntó el ruso.. El mundo entero se les pondrá en contra.

-¿Es cierto? -preguntó el religioso.

-Absolutamente cierto -le aseguró el hombre de Moscú.. El presidente Ryan es un hombre de honor. Fue nuestro enemigo la mayor parte de su vida, un enemigo peligroso por otra parte, pero ahora estamos en paz y es nuestro amigo. Los israelíes y los sauditas lo respetan.

El príncipe Ali bin Sheik y él están muy próximos. Todos lo saben. -El encuentro estaba teniendo lugar en Ashkhabad, capital de Turkmenistán, lamentablemente cerca de la frontera iraní, sobre todo después de que el ex premier había muerto en un accidente automovilístico -probablemente provocado, a juicio de Moscú. y con elecciones pendientes.. Pregúntese esto: ¿por qué dijo esas cosas del Islam el presidente Ryan? Un ataque contra su país, un ataque contra su hija, un ataque contra él mismo... ¿y él ataca su religión, mi amigo? No, no la ataca. ¿Quién sino un hombre honorable haría algo así?

El hombre al otro lado de la mesa asintió.

-Es posible. ¿Qué pide de mí?

-Una simple pregunta. Usted es un hombre religioso. ¿Puede aprobar los actos cometidos por la RIU?

Indignación:

-La matanza de inocentes es odiosa a los ojos de Alá. Todos lo saben.

El ruso asintió.

-Entonces debe decidir qué tiene más importancia para usted, el poder político o la fe.

Pero no era tan simple:

-¿Qué nos ofrece? Tengo gente que pronto acudirá a mí en busca de bienestar. No se puede usar la Fe como arma contra los Fieles.

-Autonomía creciente, libre comercio de sus bienes al resto del mundo, vuelos directos a otros países. Nosotros y los norteamericanos lo ayudaremos a abrir líneas de crédito en los estados islámicos del Golfo. Ellos no olvidan a sus amigos -le aseguró al próximo premier de Turkmenistán.

-¿Cómo puede un creyente hacer esas cosas?

-Amigo mío -lo de amigo era un decir-, ¿cuántos hombres empiezan haciendo algo noble y luego se corrompen? ¿Qué buscan? Tal vez le convenga recordar esta lección. El poder es una cosa mortífera, más letal aún para aquellos que lo detentan en sus manos terrenales. En cuanto a usted, la decisión es suya. ¿Qué clase de líder desea ser, y con qué líderes desea asociar a su país? adelante y bebió un sorbo de té. Cómo se había equivocado su país al despreciar la religión... y no obstante, qué bueno había sido el resultado. Ese hombre se había aferrado a su fe islámica como a un ancla contra el régimen anterior, encontrando en ella una continuidad de creencias y valores de los que había carecido la realidad política de su juventud. Ahora que su carácter, conocido por todos en el país, lo estaba llevando al poder político, ¿seguiría fiel a sí mismo o se transformaría en otra cosa? Debía reconocer el peligro que lo acechaba. Golovko se dio cuenta de que no lo había considerado en profundidad. Las figuras políticas rara vez lo hacían. Éste tenía que hacerlo, y ahora mismo. El director de la RVS lo vio hurgar en su alma... algo que la doctrina marxista de su juventud le había dicho que no existía. Aunque sería mejor que existiera.

-Nuestra religión, nuestra Fe, es una cosa de Dios, no de asesinos. El Profeta nos enseña la Guerra Santa, sí, pero no nos enseña a transformarnos en nuestros enemigos. A menos que Mahmoud Haji pruebe que estas cosas son falsas, no me quedaré con él a pesar de sus promesas de dinero. Cuando llegue el momento me gustaría conocer a ese Ryan.

A las 13.00 hora Lima el cuadro estaba prácticamente definido. Los números seguían siendo poco atractivos, pensó Diggs, con cinco divisiones concentradas en marcha frente a cuatro brigadas todavía dispersas. Pero tal vez pudiera hacer algo al respecto.

La reducida fuerza de bloqueo saudita al norte de KKMC había resistido espectacularmente durante tres horas, pero ahora la estaban cercando y debía moverse a pesar de los deseos de la plana mayor saudita y su general. Diggs ni siquiera sabía el nombre del muchacho, pero esperaba encontrarse con él luego. Con un par de años de entrenamiento adecuado podría convertirse en un extraordinario militar.

Por -sugerencia. de Diggs, la Ciudad Militar Rey Khalid -KKMC. estaba siendo evacuada. Lo único malo era que se quedarían sin puestos de inteligencia. Especialmente los

Librodot

equipos Predator que debían retirarse a la línea de WOLFPACK al norte de Al Artawiyah. Ahora que tenían todo el tiempo para pensarla, la batalla era como un gran ejercicio de entrenamiento en el NTC... Tres cuerpos en lugar de batallones para enfrentar, pero el principio seguía siendo el mismo, ¿no?

Lo que lo preocupaba ahora era una división pesada iraní que estaba cruzando los pantanos al oeste de Basra. El concepto operativo del enemigo dejaba un lugar vacío. Al pasar Kuwait no habían dejado cobertura en el lugar, tal vez porque lo creían innecesario, más probablemente porque creían que podrían tapar el agujero como lo estaban haciendo ahora. Bueno, todo plan tiene su grieta.

Lo mismo que el plan que él había pensado para la Operación BUFORD, seguramente. Pero no veía la famosa grieta, a pesar de que la buscaba hacía más de dos horas.

-¿Estamos de acuerdo, caballeros? -tuvo que preguntar. Todos los oficiales sauditas presentes tenían mayor rango que él pero habían aceptado la lógica de su propuesta. Iban a matarlos *a todos*, no sólo a unos pocos. Los generales asintieron. No volverían a quejarse de dejar KKMC al enemigo. Siempre podrían reconstruirla.. Entonces, la Operación BUFORD se iniciará al caer el sol.

Retrocedieron escalonadamente. Habían aparecido algunos artilleros sauditas que disparaban sus lanzafumígenos para oscurecer el campo de batalla. Apenas aterrizaron, la mitad de los vehículos del mayor Abdullah abandonó sus posiciones y corrió al sur. Las unidades de los flancos ya estaban en marcha desmantelando los intentos de encerramiento que el enemigo había adoptado, probablemente a un alto precio para ambos extremos de la línea saudita.

El helicóptero de Berman nunca llegó y la tarde de acción confusa y ruidosa fue instructiva.

-Venga conmigo, coronel -dijo Abdullah, preparándose para correr a su vehículo de comando, dando por terminada la Primera Batalla de KKMC.

61

La cabalgata de Grierson

Lo que se veía en el mapa era espantoso. Cualquiera podía verlo, un montón de flechas rojas largas y flechas cortas azules. Los mapas de los noticieros matutinos no se diferenciaban de los de la Sala de Situaciones, y los comentaristas -particularmente los comentaristas -expertos.. explicaban que las fuerzas sauditas y norteamericanas eran superadas en número y estaban pobremente desplegadas de espaldas al mar. Pero luego llegó la transmisión satelital.

-Hemos sabido que hubo feroces batallas aéreas al noroeste -le dijo Donner a la cámara desde -algún lugar en Arabia Saudita... Pero los efectivos del Regimiento Blackhorse todavía deben entrar en acción. No puedo decirles dónde estoy ahora... porque no lo sé. La Tropa-B se ha detenido para recargar combustible, vertiendo centenares de galones en esos enormes tanques Abrams M1. Me dicen que es un trabajo arduo. Pero mantienen el mismo estado de ánimo. Los hombres -y las mujeres. del Blackhorse están furiosos -agregó.. No sé qué encontraremos en el horizonte occidental. Lo único que puedo decirles es que estos soldados están tirando de la traílla a pesar de las malas noticias transmitidas por el alto mando saudita. El enemigo está allá afuera en algún lugar. Avanza hacia el sur a gran velocidad y esperamos enfrentarlo al atardecer. Soy Tom Donner, desde el terreno con la Tropa-B, primera del Blackhorse -concluyó el periodista.

-No estuvo mal -comentó Ryan.. ¿Cuándo sale al aire?

Afortunadamente para todos los involucrados, las transmisiones televisivas se realizaban por canales militares encriptados y controlados. No era momento de que la RIU se enterara de quién era quién. No obstante, el comentario negativo sobre la -derrota. del ejército saudita se estaba filtrando. La noticia, filtrada desde Washington y deliberadamente no comentada por el Pentágono, estaba siendo aceptada como un Evangelio. Jack estaba bastante preocu-

pado por eso, aunque en abstracto le resultaba gracioso que los medios estuvieran malinformando sin que se lo pidieran.

-Esta noche. Tal vez antes -replicó el general Mickey Moore.. Allá atardecerá dentro de tres horas.

-¿Podremos hacerlo? -preguntó POTUS.

-Sí, señor.

WOLFPACK, Primera Brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte, estaba formada. Eddington subió a un Black Hawk UH-60 para sobrevolar sus unidades de avanzada. LOBO, su 1er. Batallón, estaba posicionado en el borde izquierdo del camino entre Al Artawiyah y KKMC. WHITEFANG, el 2do-, estaba al oeste del camino. COYOTE, el 3ro-, era la reserva de maniobras y estaba posicionado al oeste porque se suponía que allí tendría mejores posibilidades. Dividió el batallón de artillería en dos segmentos capaces de cubrir los extremos izquierdo o derecho, y también el centro. No tenía ventajas aéreas y sólo había podido conseguir tres Black Hawks. También contaba con un grupo de inteligencia, un batallón de refuerzo, personal médico y todas las otras cosas propias de una brigada. Delante de los dos batallones de primera línea había un elemento de reconocimiento cuya misión era, primero, informar, y segundo, arrancarle los ojos al enemigo en cuanto apareciera. Había pensado en pedirle algunos helicópteros al Undécimo ACR, pero conocía los planes de Hamm y pedirlos hubiera sido una pérdida de saliva. Miró hacia abajo y vio que la línea de avanzada de M1A2 y Bradleys había encontrado lugares cómodos, principalmente detrás de liseras y mini-dunas. Siempre buscaban ubicarse detrás de terre-no elevado para que sólo se viera la parte superior de la torre o ni siquiera eso. Sólo la cabeza del comandante y un par de binoculares bastarían en la mayoría de los casos. Los tanques estaban separados por al menos trescientos metros, generalmente más. Eso los volvía un blanco demasiado disperso para la artillería o el ataque aéreo enemigos. Le habían aconsejado no preocuparse por este último, pero de todos modos se preocupaba. Sus comandantes subordinados conocían su trabajo tanto como puede conocerlo un reservista, y la verdad del asunto era que la misión había sido sacada tal cual era de los libros escritos por Guderian y puestos en práctica por Rommel y todos los comandantes montados desde entonces.

La retirada empezó con una estampida a treinta y cinco millas por hora, suficiente para escapar al fuego de artillería y dar el aspecto de la derrota que Berman inicialmente creyó que era... hasta que recordó que él tenía la costumbre de dejar atrás el fuego enemigo por lo menos quince veces tan rápido como lo estaban haciendo esos vehículos mecanizados. Avanzaban con las compuertas abiertas y Berman se paró y miró hacia atrás, más allá de las explosiones pardonegruzcas del fuego de artillería. Jamás había sabido cómo era una situación defensiva. Esencialmente solitaria, pensó. Había esperado encontrar vehículos y hombres agazapados, olvidándose de lo que él mismo les hacía cuando los detectaba desde el aire. Vio algo que debían ser cincuenta columnas de humo, provenientes de vehículos destrozados por la Guardia Nacional saudita. Tal vez no se tomaran el entrenamiento demasiado en serio -eso había oído decir-, pero habían defendido su tierra contra una fuerza por lo menos cinco veces mayor en tamaño, conteniéndola durante tres horas.

No obstante, lo habían pagado caro. Miró hacia atrás y contó solamente quince tanques y ocho carros de infantería. Tal vez hubiera más que no podía ver por las nubes de polvo. Levantó la vista hacia lo que esperaba fuera un cielo amistoso.

Lo era. El tanteador marcaba cuarenta bombarderos de la RIU derribados, todos aire-a-aire, contra seis pérdidas norteamericanas y sauditas, todas tierra-a-aire. La fuerza aérea enemiga no había podido superar la ventaja representada por la cobertura aérea de radar de los

aliados, y lo mejor que podía decirse era que habían dedicado sus mejores esfuerzos a atacar las fuerzas terrestres, que de otro modo no hubieran sido obstaculizadas. Sólo los F-15E Strike Eagles eran real-mente aptos para todo clima (la noche se considera una condición climática). La Inteligencia de la RIU estimó que había aproximadamente veinte de esas naves y que por consiguiente no harían mucho daño. Las divisiones de avanzada hicieron un alto antes de llegar a KKMC para recargar combustible y rearmarse. Sus comandantes pensaron que faltaba poco para llegar a Riyadh y que entrarían allí antes de que los norteamericanos pudieran reorganizarse. Todavía tenían la iniciativa y estaban a mitad de camino de su objetivo.

PALM BOWL les seguía el rastro alimentándose de las interferencias radiales del sudoeste, y acababa de detectar una nueva amenaza al norte de una división acorazada iraní. Tal vez la RIU había esperado que, estando los sauditas fuera de combate o al menos seriamente comprometidos, los kuwaitíes se sentirían intimidados y no se atreverían a actuar. En todo caso había sido una expresión de deseos. Las fronteras podían cruzarse en dos direcciones y el gobierno de Kuwait supuso correctamente que no hacer nada sólo serviría para empeorar las cosas, no para mejorarlas. Una vez más se necesitaba otro día para componer las cosas, pero esta vez era el enemigo el que necesitaba el tiempo extra. El Escuadrón de Caballería Aéreo (Infantería Heliportada), 4to. del Décimo, despegó veinte minutos después del ocaso con dirección norte. Había algunas unidades ligeras motorizadas de guardia en la frontera que pronto serían relevadas por la unidad que en ese momento estaba cruzando el delta del Tigris-Éufrates. Comprendía dos batallones de tropas en camiones y vehículos acorazados livianos. Habían hablado bastante por radio para mover las unidades hacia adelante y hacia atrás, pero extrañamente no estaban preparados para ser atacados por una nación diez veces me-nor en tamaño que la suya. Durante la siguiente hora los veintiséis Apaches del Buffalo los cazarían con cañones y fuego sostenido, abriendo una brecha para la brigada mecanizada liviana de Kuwait, cuyos vehículos de reconocimiento se dedicarían a buscar y encontrar los elementos líderes del ejército iraní. Cinco kilómetros atrás había un batallón pesado guiado por información de reconocimiento, y la primera sorpresa mayor de la noche para la RIU fue la aparición de veinte tanques, seguida dos segundos después por quince disparos mortales. La segunda sorpresa tuvo que ver con la confianza. Como su primer contacto con el enemigo fue exitoso, los elementos kuwaitíes emprendieron gustosamente el ataque. Todo les parecía perfecto. Los sistemas de visión nocturna funcionaban. Las armas funcionaban. Tenían acorralado al enemigo.

En PALM BOWL, el mayor Sabah escuchó los radiollamados. Resultó que la única brigada de la 4ta. División Acorazada iraní, una formación de reserva, había atravesado el terreno alegre e inadvertidamente, metiéndose en la boca del lobo. Sabah pensó que era casi tan justo como lo que le había pasado a su país la mañana del 1º de agosto de 1990. Tres horas después de la puesta del sol, la única ruta de acceso al sur de Irak estaba completamente bloqueada y con ella los refuerzos del Ejército de Dios. Las bombas de precisión derribarían puentes durante toda la noche para asegurarlo. Era una pequeña batalla para su pequeña nación, pero el ganarla significaría mucho para los aliados.

El Buffalo ya estaba moviendo sus elementos terrestres hacia el oeste cuando el escuadrón de caballería aérea regresó a recargar combustible y rearmarse mientras el ejército kuwaití defendía la retaguardia aliada, dispuesto a la batalla.

El I Cuerpo de la RIU había estado en reserva hasta el momento. Una de sus divisiones estaba conformada por el ex primer Acorazado iraní, -Los Inmortales-, acompañada por otra división acorazada formada principalmente por guardias republicanos sobrevivientes y una nueva clase de reclutas no alcanzados por la guerra de 1991. El II Cuerpo había atravesado la frontera y avanzado hacia KKMC, perdiendo en el combate más de un tercio de su fuerza. Una vez cumplida esa tarea se dirigió a la izquierda y al este, abriendo la marcha para el I

Librodot

Cuerpo, todavía intacto excepto por algunos ataques aéreos, y el III Cuerpo, también intacto. El II Cuerpo protegería el flanco de la fuerza de avanzada contra los contraataques esperados del lado del mar. Todas las unidades, de acuerdo con la doctrina, enviaron fuerzas de reconocimiento apenas oscureció.

Las unidades líderes rodearon KKMC sin encontrar oposición. Envalentonado, el comandante del batallón de reconocimiento envió unidades directamente a la ciudad, a la que encontraron despoblada. La mayoría de los ciudadanos había abandonado sus casas el día anterior. Le pareció lógico. El Ejército de Dios estaba avanzando, y aunque había sufrido algunas pérdidas, los sauditas no podrían detenerlo. Satisfecho, se dirigió al sur, esta vez con más cautela. Seguramente encontraría oposición más adelante.

El destacamento MP de Eddington había hecho su trabajo enviando gente al sur. Al principio había visto algunas caras, pero finalmente pudo ver lo que había entre KKMC y Al Artawiyah. WOLFPACK no podía ocultar todo. Las unidades MP sauditas atravesaron la patrulla de reconocimiento a las 21.00 hora local. Dijeron que no había nada detrás de ellas. Se equivocaban.

Con sus vehículos livianos al frente y sus carros de combate en la retaguardia, el mayor Abdullah había pensado en seguir resistiendo, pero no tenía poder de combate para resistir lo que se venía. Sus hombres estaban exhaustos después de veinticuatro horas de operaciones de combate continuas, y los más agotados eran los conductores de los tanques. La posición que ocupaban en el frente de los vehículos era tan cómoda que muchas veces se quedaban dormidos y eran despertados por los gritos de los comandantes o el golpe del tanque que salía del camino y caía en la zanja. Además, había esperado hacer contacto con unidades amigas... pero el día anterior había comprobado que los campos de batalla eran cualquier cosa menos lugares amistosos.

Al principio aparecieron como burbujas blancas en los registros térmicos de imágenes. Eddington, en su puesto de comando, sabía que podía haber algunos rezagados sauditas y había advertido a su patrulla de reconocimiento al respecto, pero sólo cuando los Predators nocturnos subieron al cielo estuvo seguro. Las compuertas chatas distintivas de los tanques M1A2 se veían con claridad a través de los visores térmicos. Transmitió esta información a HOOTOWL, su destacamento de reconocimiento, pero la tensión disminuyó cuando las burbujas informes de sus sistemas de visión fueron convirtiéndose en perfiles amistosos. No obstante quedaba la posibilidad de que los vehículos amigos hubieran sido capturados y el enemigo los estuviera utilizando.

Los efectivos encendieron bengalas y las arrojaron al camino. Los camiones de avanzada se detuvieron prácticamente sobre ellas, aunque estaban avanzando muy despacio y sin luces. Un grupo de oficiales sauditas asignados a WOLFPACK verificó la identidad de los camiones y les hizo señas de seguir hacia el sur. El mayor Abdullah llegó diez minutos después y bajó de un salto de su vehículo de comando, acompañado por el coronel Berman. Los guardias norteamericanos les dieron comida y agua en primer lugar, y luego café GI (un café especial que triplica la cantidad normal de cafeína).

-Están lejos, pero vienen hacia aquí, -dijo Berman. Mi amigo Abdullah... bueno, tuvo un día muy ajetreado.

El mayor saudita estaba al borde del colapso, sus facultades físicas y mentales exhaustas como nunca antes. No obstante se acercó al puesto de comando HOOTOWL e, inclinado sobre el mapa, transmitió todo lo que sabía con la mayor coherencia posible.

-Debemos detenerlos -concluyó.

-Mayor, si avanza unas diez millas más verá el más grande bloqueo de caminos de su vida. Buen trabajo, hijo -le dijo el abogado de Charlotte a Abdullah. El mayor volvió a su vehículo.. ¿Fue tan duro? -le preguntó a Berman cuando el saudita ya no podía oírlos.

-Sé que destruyeron cincuenta tanques, y eso fue lo único que pude ver -dijo Berman, mientras bebía café de un jarro metálico.. Pero están viniendo más, muchos más.

-¿En serio? -preguntó el abogado/teniente coronel.. Eso nos viene bárbaro. ¿No quedan aliados detrás de ustedes?

Berman negó con la cabeza.

-Ni por casualidad.

-Ahora quiero que vaya al camino, Berman. A diez millas de aquí hay un gran espectáculo, ¿me oye?

Parecían norteamericanos, pensó Berman, con sus BDU para desierto y las caras pintadas bajo los cascos Fritz estilo alemán. Afuera estaba oscuro y sólo las estrellas le permitían diferenciar la tierra del cielo. La luna aparecería más tarde pero no serviría de mucho. El comandante tenía un HMMWV con varios aparatos de radio. A lo lejos pudo ver un Bradley, algunos efectivos y casi nada más. Pero se paraban como nortamericanos y hablaban como norteamericanos.

-HOOT-SEIS, aquí Dos-Nueve.

-Dos-Nueve, adelante Seis. -El comandante atendió el radiollamado.

-Tenemos movimiento cinco millas al norte de nuestra posición. Dos vehículos asoman la nariz por el horizonte.

-Entendido, Dos-Nueve. Manténganos informados. Fuera. -Se volvió hacia Berman.. Adelante, coronel. Tenemos trabajo que hacer.

Había un escudo en los flancos. Sería el II Cuerpo enemigo, pensó el coronel Hamm. Su línea delantera de helicópteros Kiowa lo estaba vigilando. Los Kiowas -la versión militar del Bell 206, el helicópetro más usado en Estados Unidos para informar congestiones de tránsito. eran muy hábiles para ocultarse, con frecuencia detrás de colinas y riscos, utilizando sólo su periscopio electrónico para escrutar el terreno mientras el piloto mantenía la aeronave suspendida, viendo sin ser vista. En ese momento Hamm tenía seis en el aire. Eran los helicópteros de avanzada de su 4to. Escuadrón, diez millas adelante de sus elementos terrestres que todavía estaban treinta millas al sudeste de KKMC. Mientras observaba el despliegue en el vehículo de la Guerra de las Galaxias, los técnicos convertían la información de los Kiowas en data gráfica para distribuir a los vehículos de combate que tenía a cargo. Inmediatamente después llegó información de los Predators que cubrían los caminos y el desierto al sur de la ciudad capturada. También había uno sobrevolando KKMC. Las calles estaban atestadas de camiones de combustible y abastecimiento. Era un lugar conveniente para esconderlos.

Lo más importante era que los sensores electrónicos estaban funcionando. Las fuerzas de la RIU se estaban moviendo demasiado rápido para seguir apelando al silencio radial. Los comandantes necesitaban hablar entre ellos. Las fuentes se estaban moviendo de mane-ra predecible, hablando casi todo el tiempo, ya que los comandantes debían informar a las subunidades dónde ir y qué hacer, obtener información y transmitirla a su vez a la cadena de mando. Había identificado dos brigadas CP y probablemente una división.

Hamm analizó el cuadro general. Dos divisiones se estaban moviendo al sur desde KKMC. Supuso que se trataría del I Cuerpo enemigo desplegado sobre un frente de diez millas, con dos divisiones avanzando en columnas de brigadas, una brigada de tanques al frente y la artillería móvil exactamente detrás de ella. El II Cuerpo se estaba moviendo a la izquierda para proteger los flancos. El III Cuerpo aparentemente estaba en reserva. El despliegue de fuerzas era convencional y predecible. El primer contacto con WOLFPACK se produciría dentro de una hora. Hasta ese momento no haría nada y permitiría que el I Cuerpo se trasladara del norte al sur y de derecha a izquierda a lo largo de su propio frente.

No había tiempo de preparar adecuadamente el campo de batalla. La Guardia no tenía un destacamento de excavadores y tampoco minas anti-tanque para sembrar el terreno. No habían tenido tiempo de preparar obstáculos y trampas. Hacía apenas diez horas que estaban en el lugar. Lo único que tenían era un plan de ataque. WOLFPACK podría hacer disparos cortos adonde quisiera, pero todo el fuego profundo debería estar dirigido al oeste del camino.

-Es una muy buena imagen, señor -comentó su oficial de inteligencia S-2.

-Envíela. -Todos los vehículos de combate del Blackhorse recibieron la misma imagen digital del enemigo que tenía él. Hamm tomó la radio.

-WOLFPACK-SEIS, aquí BLACKHORSE-SEIS.

-Aquí WOLFPACK-SEIS-ACTUAL. Gracias por la información, coronel -replicó Eddington por radio digital. Ambas unidades sabían dónde estaban los amigos.. Supongo que los primeros contactos serán dentro de una hora.

-¿Listo para atacar, Nick? -preguntó Hamm.

-Ya no sé cómo contener a mis muchachos, Al. Estamos preparados -aseguró Eddington.. Ya podemos visualizar sus fuerzas de avanzada.

-Buena suerte, Nick.

-Blackhorse -replicó Eddington.

Hamm llamó a BUFORD-SEIS.

-Tengo la imagen, Al -dijo Marion Diggs, cien millas atrás y bastante molesto por eso. Estaba mandando a sus hombres a la batalla por control remoto y eso no le gustaba nada.

-Está bien, señor, estamos posicionados. Lo único que tienen que hacer es atravesar la puerta.

-Entendido, BLACKHORSE. Seguiremos aquí. Fuera.

La tarea más importante estaba ahora a cargo de los Predators. Los operadores UAV, en el sector de inteligencia de Hamm, hicieron ascender las mininaves para minimizar el riesgo de que fueran detectadas o escuchadas. Las cámaras de los Predators apuntaban hacia abajo, contando y chequeando locaciones. Los Inmortales estaban sobre la izquierda enemiga y la ex-División de Guardias iraquí sobre la derecha, al oeste del camino. Avanzaban constantemente con los batallones alineados y compactos para lograr el máximo de poder y efecto de choque si encontraban oposición, diez millas atrás de sus propios equipos de reconocimiento. Detrás de la brigada líder avanzaba la artillería. Esta fuerza estaba dividida en dos y, mientras los norteamericanos observaban la información de inteligencia, una de las mitades se detuvo, se dispersó y se posicionó para cubrir el avance de la otra mitad. De nuevo se trataba de un plan sacado textualmente de los libros. Estarían en posición durante noventa minutos. Los Predators sobrevolaron la línea de artillería y marcaron sus posiciones. La información fue transmitida a las baterías aliadas. Enviaron otros dos Predators. Estos dos se dedicaron a detectar la localización exacta de los vehículos de comando enemigos.

-Bueno, no estoy seguro de que esto salga al aire -le dijo Donner a la cámara.. Estoy aquí, dentro del Bravo-Tres-Dos, vehículo de exploración número dos del 3er. Pelotón de la Tropa-B. Acabamos de recibir información sobre la posición del enemigo. En este momento está veinte millas al oeste de nosotros, aproximadamente. Por lo me-nos hay dos divisiones avanzando en dirección sur por el camino a la Ciudad Militar Rey Khalid. Sé que una brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte está en posición de bloqueo. Llegaron con el Undécimo Regimiento de Caballería porque estaban realizando entrenamiento de rutina en el Centro Nacional de Entrenamiento, el NTC.

-El estado de ánimo imperante aquí... bueno, ¿cómo explicarlo? Los efectivos del Regimiento Blackhorse son casi como médicos, por extraño que parezca. Estos hombres están furiosos por lo que ha pasado en su país y he hablado con ellos al respecto. Están listos para lo que sea, como los médicos que esperan la llegada de la ambulancia en la sala de guardia. El ambiente es tranquilo. Acabamos de enterarnos de que dentro de unos minutos nos moveremos en dirección oeste, hacia el punto de ataque.

-Quiero agregar un comentario personal. Hace poco, como ya sabrán, violé una regla de mi profesión. Obré mal. Fui embaucado, pero la culpa fue mía. Hoy me enteré de que el presidente en persona pidió que me enviaran aquí... ¿tal vez para que me maten? -bromeó Donner.. No, claro que no. La gente de los medios vive esperando situaciones como ésta. Estoy en un lugar que será histórico, rodeado por otros norteamericanos que tienen una importantísima tarea por delante, y sea cual fuere el resultado final de todo esto, es aquí donde debe estar un

Librodot

verdadero periodista. Gracias por haberme dado la oportunidad, presidente Ryan.

-Soy Tom Donner, al sudeste de KKMC, con la Tropa-B, 1er. Escuadrón del Blackhorse. -Bajó el micrófono.. ¿Grabó?

-Sí, señor -respondió el spec-5 del ejército. Luego preguntó algo por micrófono.. De acuerdo, subió al satélite, señor.

-Buen tiro, Tom -dijo el comandante del vehículo, encendiendo un cigarrillo.. Venga conmigo. Le mostraré cómo funciona el IVIS y... -Se detuvo, apretando el casco con la mano para escuchar el mensaje radial.. En marcha, Stanley -le ordenó al conductor.. Está por empezar la función.

Los dejó entrar. El comandante de la patrulla de reconocimiento del WOLFPACK era un abogado criminalista que se había graduado en West Point y optado por una carrera civil. Pero el bichito militar -lo pensaba en esos términos. nunca lo había abandonado del todo, aunque no sabía por qué. Ya tenía cuarenta y cinco años y venía prestando servicio de una u otra manera durante casi treinta años de prácticas extenuantes y rutinas entorpecedoras que le habían quitado tiempo a él y a su familia. Ahora, en la línea del frente de su fuerza de reconocimiento, por fin supo por qué.

Los carros de avanzada enemigos estaban dos millas adelante. Calculó dos pelotones a primera vista, un total de diez vehículos dispersos a lo largo de tres millas de terreno, moviéndose de a tres o de a cuatro en la oscuridad. Tal vez tuvieran equipos de luz baja. No estaba seguro, pero debía suponer que sí. Gracias al sistema térmico supo que se trataba de vehículos BRDM-2 de cuatro ruedas, pertrechados con ametralladoras pesadas o misiles antitanque. Vio ambas versiones, pero estaba buscando especialmente el de las cuatro antenas de radio. Ése sería el vehículo del comandante del pelotón o compañía...

-Detectamos antena directamente al frente -informó el comandante de un Bradley cuatrocientos metros a la derecha del coronel.. Alcance dos kilómetros, empezando a moverse.

El oficial-abogado asomó la cabeza por encima de la loma y observó con su visor térmico. Era un momento tan bueno como cualquiera.

-HOOTOWL, aquí SEIS, partida en diez segundos, repito, partida en diez segundos. Cuatro-Tres, prepárese.

-Cuatro-Tres preparado, SEIS. -El Bradley efectuaría el primer disparo. El tirador, sentado en la pequeña torre, intensificó la imagen para localizar el objetivo. Seleccionó munición de alto explosivo incendiaria-trazadora. El BRDM no era lo suficientemente duro para necesitar los proyectiles de alto exploxivo perforante que tenía en las cámaras de doble alimentación de su cañón Bushmaster. Centró el blanco en la mira y la computadora a bordo ajustó el alcance.

-Traga tu propia mierda y muere -dijo el tirador por interfon.

-HOOTOWL, SEIS, inicio de fuego, inicio de fuego.

-¡Fuego! -ordenó el comandante. El tirador disparó tres salvas de su cañón de 25 mm. Los proyectiles incendiarios-trazadores atravesaron en línea recta el desierto y dieron en el blanco. El comando BRDM ardió convertido en una bola de fuego y el tanque de combustible explotó.. ¡Blanco! -dijo instantáneamente el comandante, confirmando la destrucción del blanco enemigo.. Muévase transversal-mente a la izquierda, blanco.

-¡Identificado! -dijo el tirador.

-¡Fuego! -Un segundo después.: ¡Blanco! ¡Alto el fuego, transversal derecha! ¡Blanco, dos en punto, alcance mil quinientos! -La torre del Bradley rotó en sentido contrario cuando los carros enemigos empezaron a reaccionar.

-¡Identificado!

-¡Fuego! -Y el tercero fue aniquilado diez segundos después que el primero.

En menos de un minuto todos los BDRM que había avistado el comandante estaban ardiendo. El resplandor blanquísimo del fuego le dificultaba la visión. Aparecieron otras dos luces a la izquierda y a la derecha de su posición.

-¡Muévanse, aplástenlos! -fue la orden.

A través de diez millas de desierto, veinte Bradleys salieron de sus escondites y avanzaron, sin retroceder jamás, con sus torres girando y sus tiradores a la caza de carros enemigos. Se inició una batalla corta, viciosa y rápida, que duró diez minutos. Los BMRD intentaron reaccionar pero no pudieron disparar efectivamente. Lanzaron dos misiles anti-tanque Sagger que cayeron lejos de sus objetivos y explotaron en la arena en el mismo momento en que los vehículos que los habían lanzado eran destruidos por el fuego de los Bushmaster. Las ametralladoras pesadas del enemigo no tenían poder suficiente para perforar el blindaje de aluminio soldado de los Bradley. La fuerza enemiga, compuesta por treinta vehículos en total, fue exterminada y HOOTOWL se adueñó de ese sector del campo de batalla.

-WOLFPACK, aquí HOOT-SEIS-ACTUAL, creo que los tenemos a todos. La fuerza de avanzada está en llamas. No sufrimos bajas -agregó. Aleluya, pensó, esos Bradley sí que sabían disparar.

-Interceptamos tráfico radial, señor -dijo el operador de ELINT más próximo a Eddington.. Ahora hay más.

-Está pidiendo fuego de artillería -tradujo rápidamente el oficial de inteligencia saudita.

-HOOT, esperen fuego en breve -advirtió Eddington.

-Entendido. HOOT avanza.

Avanzar era más seguro que quedarse en el lugar o retroceder. Los Bradley y los Hummer pusieron rumbo al norte en busca de la fuerza de reconocimiento suplementaria del enemigo -tenía que haberla. que probablemente se estaría moviendo, sin duda con cautela, en dirección a los comandos de brigada aliados. El teniente coronel de la Guardia sabía que ésta sería la batalla de reconocimiento, previa al combate principal, donde los pesos livianos dirimirían su contienda antes que los pesos pesados. Pero había una diferencia. Él podría seguir diseñando el campo de batalla para WOLFPACK. Esperaba encontrar otra compañía de vehículos de reconocimiento seguida de cerca por una unidad de avanzada de tanques y BMP. Los Bradley estaban equipados con misiles TOW anti-tanque o contracarro y el Bushmaster había sido diseñado con el expreso propósito de acabar con el carro de infantería que denominaban *bimp*. Más aún, aunque el enemigo supiera dónde estaba ahora la Fuerza Azul de reconocimiento -o dónde había estado-, esperaría que retrocediera, no que avanzara.

Todo quedó claro dos minutos después, cuando se produjo una ráfaga de fuego aéreo detrás de los Bradleys que avanzaban. El otro bando se guiaba por los libros, mejor dicho por el viejo libro soviético. No era un mal libro, pero los norteamericanos también lo habían leído. HOOTOWL avanzó un kilómetro más y se detuvo detrás de una conveniente hilera de lomas bajas. El coronel/abogado informó por radio su nueva posición.

-BUFORD, aquí WOLFPACK, estamos en contacto -le informó Eddington a Diggs.. Acabamos de destruir un elemento de reconocimiento enemigo. Nuestras fuerzas están en condiciones de visualizar la avanzada. Mis intenciones son un contacto breve y empujarlos atrás y a la derecha, al sudeste. Estamos recibiendo fuego de artillería entre el cuerpo principal y la fuerza de avanzada. Cambio.

-Entendido, WOLFPACK -Diggs vio los Bradley en marcha en su pantalla de comando, moviéndose en línea recta pero bien dispersos. Luego empezó a detectar movimiento. Parecían símbolos enemigos desconocidos en el sistema de comando IVIS.

Todo era muy frustrante para el general al mando. Sabía todo lo que se puede saber sobre el desarrollo de una batalla. Ahora tenía la capacidad de decirles qué hacer a los pelotones, dónde ir, contra quién disparar... *pero no podía permitirse hacerlo*. Había aprobado las intenciones de Eddington, Hamm y Magruder, coordinando sus planes en espacio y tiempo, y ahora como comandante debía permitirles hacerlo a su manera, interfiriendo sólo si algo andaba mal o se presentaba una situación inesperada. El comandante de las fuerzas norteameri-

Librodot

canas en el Reino era ahora un simple espectador. Movió la cabeza, anonadado. Sabía que sería así. Pero no había previsto que dolería tanto.

Ya era casi la hora. Los escuadrones de Hamm avanzaban en fila, cubriendo sólo diez kilómetros cada uno, pero separados por intervalos también de diez kilómetros. En cada caso, los comandantes de escuadrón habían optado por mandar tropas de avanzada y mantener los tanques en reserva. Cada escuadrón tenía nueve tanques y trece Bradleys, más dos carros M113 porta-mortero. Frente a ellos, ahora a siete kilómetros de distancia, estaban las brigadas del II Cuerpo de la RIU, diezmadas por las batallas al norte de KKMC, debilitadas, pero probablemente en estado de alerta. No hay nada como la muerte violenta para despertar la atención de los dormidos. Los helicópteros y Predators habían localizado y definido sus posiciones. Sabían dónde estaban. Ellos todavía no sabían dónde estaba él... probablemente. Sin duda estarían tratando de enterarse. Su orden final a los helicópteros fue un barrido más del terreno comprometido en busca de un grupo de avanzada enemigo. Todo lo demás estaba bien identificado. Cincuenta millas atrás, sus Apaches y Kiowas iniciaron el despegue para participar del evento central.

Los F-15 Strike Eagles estaban bien al norte. Habían perdido dos ese mismo día, incluyendo el del comandante del escuadrón. Ahora, protegidos por bombarderos F-16 con equipos HARM, derribaban puentes y terraplenes a lo largo del estuario mesopotámico con bombas inteligentes. Podían ver tanques en el terreno, algunos incendiándose al oeste de los pantanos y otros intactos, arracimados al este. En una hora destruyeron todas las rutas.

Los F-15C sobrevolaban el área de KKMC, siempre bajo control AWACS. Un grupo de cuatro volaba más alto, fuera del radio de alcance de los SAM móviles de la fuerza de avanzada terrestre. Su tarea era interceptar los bombarderos de la RIU que pudieran obstaculizar la marcha de las cosas. El resto iba a la caza de helicópteros pertenecientes a las divisiones acorazadas. Esa clase de cacería no tenía el prestigio de un golpe mortal infligido en combate... pero un golpe mortal era un golpe mortal, y además podían darlo con impunidad casi absoluta. Lo mejor de todo era que los generales viajaban en helicóptero y en este caso serían parte de los equipos de reconocimiento de la RIU. Según el plan, no podían permitirles pasar.

Abajo se había corrido rápidamente la voz. Sólo habían derribado tres helicópteros durante el día, pero con la llegada de la oscuridad habían destruido la mitad de los primeros en despegar en menos de diez minutos. Era muy diferente de la última vez. Esta cacería era muy fácil. El enemigo, en la ofensiva, debía presentar batalla... no podía esconderse en refugios, no podía dispersarse. Eso les gustaba a los pilotos de los Eagles. Un piloto al sur de KKMC localizó un helicóptero en su radar, seleccionó AIM-120 y lanzó el misil en cuestión de segundos. Observó el recorrido del misil. La bola de fuego que generó fue a estrellarse contra la tierra. Una parte de él pensaba que era una estupidez perder así un Slammer en perfectas condiciones. Pero un disparo mortal era un disparo mortal, y siempre valía la pena. Ése sería el último helicóptero derribado de la noche. El control Centinela E-3B informó a los pilotos que estaban ingresando helicópteros aliados en el área de batalla y los Eagles guardaron sus armas.

Menos de la mitad de los tiradores sentados en los Bradleys había lanzado misiles TOW en la realidad, aunque todos lo habían hecho centenares de veces en simulacros. HOOTOWL esperó que la fuerza de avanzada ingresara al radio de alcance. Era una trampa. La unidad suplementaria de reconocimiento estaba todavía más cerca. Los Bradley la enfrentaron primero en un contacto de fuego sostenido más equilibrado que los anteriores. De hecho había dos BRDM detrás de la línea exploradora norteamericana. Los dos giraron instantáneamente. Uno casi le pasó por encima a un HMMWV, destruyéndolo con su ametralladora antes de que un Bradley lo hiciera volar en pedazos. El vehículo acorazado corrió al lugar del incidente y encontró sólo un sobreviviente herido de los tres tripulantes del Hummer. Los infantes se ocupa-

Librodot

ron de atenderlo mientras el conductor subía a la lisera y el tirador elevaba el lanzador de TOW.

El grupo líder de tanques estaba disparando, buscando el resplandor de los cañones de los Bradley y activando sus sistemas de visión nocturna. Nuevamente hubo una batalla breve y confusa sobre el terreno oscuro y yermo. Un Bradley explotó por acción del fuego enemigo y toda su tripulación murió. El resto lanzó dos misiles cada uno, destruyendo veinte tanques enemigos en respuesta. En ese momento el comandante les ordenó regresar, justo a tiempo para salvarlos de las ráfagas de artillería ordenadas por el comandante enemigo. HOOTOWL dejó atrás un Bradley, dos Hummers y las primeras bajas terrestres norteamericanas en la Segunda Guerra del Golfo Pérsico. Las pérdidas fueron informadas inmediatamente por radio.

Acababan de almorzar en Washington. El presidente había comido liviano y la noticia llegó a la Sala de Situaciones justo después de que había terminado. Miró el plato con reborde de oro, la corteza del pan de su emparedado y las papas fritas que no había probado. La noticia de las muertes lo golpeó con fuerza, con más fuerza si cabe que las bajas del USS *Yorktown* o los seis aviadores desaparecidos... Desaparecidos no significaba necesariamente muertos, ¿no? Se permitió pensarlo así. Esos hombres sí estaban muertos. Eran guardias nacionales. Soldados ciudadanos cuya función más común era socorrer víctimas de inundaciones y huracanes...

-Señor presidente, ¿usted hubiera ido a cumplir esta misión? -preguntó el general Moore antes de que Robby Jackson pudiera abrir la boca.. Si volviera a tener veintitantos años, fuera marine y lo convocaran, iría, ¿verdad?

-Supongo que... No, no, iría. Claro que iría. Sería mi deber.

-Lo mismo hicieron ellos, señor -dijo Mickey Moore.

-Es nuestro trabajo, Jack -intervino Robby.. Nos pagan para eso.

-Sí. -Tenía que admitir que a él también le pagaban para eso.

Los cuatro Nighthawks F-117 aterrizaron en Al Kharj y carretearon a los refugios. Los transportes de pilotos y tripulantes de reserva estaban exactamente detrás. Los oficiales de inteligencia de Riyadh recibieron al último grupo, y llevaron aparte a los pilotos de reserva para informarles su primera misión en una guerra que acababa de comenzar en grande.

El general mayor a cargo de la División Inmortales estaba en su vehículo de comando tratando de entender lo que ocurría. Hasta el momento había sido una guerra satisfactoria para él. El II Cuerpo había hecho su trabajo, abriendo la brecha para que pasara la fuerza principal. Hasta hacía una hora el cuadro era a la vez claro y agradable. Sí, había fuerzas sauditas rumbo al oeste en su búsqueda, pero estaban casi a un día de distancia. Cuando llegaran él ya estaría en los suburbios de la capital saudita, y además tenía otros planes para ellos.

Al alba, el II Cuerpo saltaría al este desde su escondite a la izquierda de los Inmortales, hacia los yacimientos petrolíferos. Esa maniobra daría qué pensar a los sauditas. Ciertamente le concedería un día más en el que, con suerte, atraparía a algunos miembros del gobierno saudita, si no a todos. Tal vez incluso a la familia real... Si huían, y tal vez lograran hacerlo, el reino quedaría acéfalo y entonces su país habría ganado la guerra.

Hasta ese punto había sido costosa. El II Cuerpo había pagado el precio de media fuerza de combate para que el Ejército de Dios llegara a donde estaba ahora, pero la victoria siempre se pagaba cara. Su fuerza de avanzada había desaparecido de la red radial. Habían anunciado contacto con fuerzas desconocidas, pedido refuerzos de artillería y después nada. Sabía que había una fuerza saudita en algún lugar más adelante. Sabía que eran los restos de la 4ta. Brigada, a la que el II Cuerpo casi había inmolado, aunque no del todo. Sabía que la 4ta. había resistido al norte de KKMC y luego retrocedido... Probablemente le habían ordenado resistir para que la ciudad fuera evacuada... y probablemente todavía tenía la fuerza suficiente para

Librodot

aniquilar a su propia fuerza de reconocimiento. Lo que no sabía era dónde estaba el Regimiento de Caballería norteamericano... Tal vez al este. Sabía que podía haber otra brigada norteamericana en algún lugar, casi seguro también al este. Necesitaba helicópteros, pero había perdido el único que tenía por acción del fuego norteamericano, junto con su jefe de inteligencia. Felicitaciones para los que le habían prometido apoyo aéreo. El único bombardero amigo que había visto en todo el día era un agujero humeante en la tierra al este de KKMC. Pero aunque los norteamericanos lo averiaran, no podrían detenerlo, y si llegaba a Riyadh a tiempo, enviaría tropas a cubrir la mayoría de las pistas de aterrizaje sauditas aniquilando así esa amenaza. Entonces, la clave de la operación era avanzar a la mayor velocidad posible. Una vez tomada esa decisión, ordenó a su brigada líder emprender la marcha como estaba previsto, contando con el equipo de avanzada para tareas de reconocimiento. Acababan de reportar contacto y una batalla, además de las pérdidas sufridas e infligidas a un enemigo todavía no identificado, pero que se había retirado después de un breve intercambio de fuego sostenido. Era posible que se tratara de aquella fuerza saudita, decidió. La aniquilaría después del amanecer. Dio las órdenes pertinentes, informó sus intenciones a su staff y dejó el puesto de comando para adelantarse. Quería ver qué pasaba en el frente, como debía hacerlo todo buen general. Mientras tanto, el staff comenzó a radiotransmitir las órdenes a los comandantes subordinados.

Los Kiowa reportaron algunos elementos de exploración. No muchos. Probablemente los habían diezmado camino al sur, pensó el coronel Hamm. Ordenó a uno de sus escuadrones maniobrar a la derecha para evitarlos y pidió a su comandante aéreo que enviara un Apache a destruir ése en unos minutos. Uno de los otros tres podría ser sobrepasado fácilmente. El tercero estaba directamente en el camino del 3er. Escuadrón y eso era bastante malo. La posición de los BRDM estaba marcada en la pantalla IVIS, junto con la mayoría del vapuleado II Cuerpo de la RIU.

Los Inmortales también estaban vapuleados. Eddington vio que el grupo de avanzada, con los elementos líderes de la fuerza principal pegados a los talones, acababa de ingresar al radio de alcance de sus tanques, a unos veinte kilómetros por hora. Llamó a Hamm.

-Cinco minutos desde *ahora*. Buena suerte, Al.

-Buena suerte, Nick -oyó Eddington.

Se denominaba sincronicidad. Separados entre sí por treinta millas, varios grupos de artillería móvil Paladin elevaron sus cañones y los apuntaron a lugares escogidos por los Predators y las interferencias del ELINT. Los tiradores marcaron las coordenadas correctas en sus computadoras de modo que las armas ampliamente separadas pudieran disparar exactamente al mismo punto o blanco. Todos los ojos estaban clavados en los relojes, viendo cambiar los números digitales, segundo por segundo, hacia las 22.30.00 hora Lima, 19.30.00 Zulu, 14.30.00 Washington.

Lo mismo pasaba en los vehículos oruga autopropulsados de Sis-tema Lanzacohetes Múltiple o MLRS. Los apuntadores-tiradores chequearon el sistema de sobrepresión de la cabina y trabaron los martinetes de elevación para estabilizar los vehículos durante el ciclo de lanzamiento. Cada disparo debía ser mortal.

Al sur de KKMC, los conductores de los tanques de la Guardia Carolina observaban la marcha de las burbujas blancas. Los tiradores accionaron sus buscadores de haz láser. Los elementos de avanzada estaban ahora a 2.500 metros de distancia y el cuerpo principal enemigo a mil metros detrás, pertrechado con tanques y BMP.

Al sudeste de KKMC, el Blackhorse avanzaba a quince kilómetros por hora hacia la línea de blancos sobre la loma, cuatro mil metros al oeste.

No era perfecto. La Tropa-B, 1ra. del Undécimo, tropezó con una inesperada posición

de BRDM y abrió fuego, lanzando disparos al aire, captando las miradas y alertando a la gente unos segundos antes de tiempo, pero finalmente no importó, ya que los números digitales siguieron cambiando al mismo ritmo, más rápido o más lento según la percepción de los observadores.

Eddington lo calculó al segundo. No había podido fumar en toda la noche por miedo a crear un resplandor que alertara a algún centinela nocturno. Abrió su Zippo y lo encendió cuando el 59 cambió a 00. Un poquito de luz ya no tendría importancia... ya no.

Primero fue la artillería. Tenía orden de disparar ni bien el segundero cambiara a 00. Los disparos más espectaculares fueron los de los MLRS, doce por cada lanzador, separados por sólo dos segundos. Los llameantes motores de los cohetes iluminaron el rebufo mientras atravesaban un cielo ya no más oscuro. A las 22.30.30, había casi doscientos cohetes M-77 en el aire. A esa misma hora, la artillería móvil se preparaba para la nueva ronda de disparos.

La noche era clara y el espectáculo de luces no podía pasarle desapercibido a nadie en cien millas a la redonda. Los pilotos de los bombarderos al noroeste vieron volar los cohetes y observaron su trayectoria. No querían estar en el mismo cielo que esas cosas.

Los oficiales iraquíes de la División Acorazada de avanzada fueron los primeros en verlos venir desde el sur y luego girar hacia el oeste del camino norte-sur entre KKMC y Al Artawiyah. Muchos de ellos habían visto lo mismo como tenientes y capitanes y sabían qué significaba. Estaba cayendo una lluvia de acero, una verdadera cortina de fuego. Algunos quedaron paralizados por la visión. Otros gritaron a sus hombres que se cubrieran, cerraran las compuertas y escaparan.

Pero las divisiones de artillería no pudieron escapar. La mayoría de los cañones eran remolcados por vehículos oruga y la mayoría de los artilleros estaban afuera, preparando los camiones de municiones para la próxima misión. Vieron arder los motores de los cohetes, advirtieron la dirección y no pudieron hacer más que esperar. Algunos se arrojaron al suelo sujetándose los cascos y rezando para que las malditas cosas se dirigieran a otra parte.

Los cohetes llegaron a su apogeo y apuntaron a la tierra. A varios miles de pies abrieron las espoletas y cada cohete liberó 644 bombetas o submuniciones. Cada bombeta pesaba media libra, lo que hacía un peso total de 7.728 por cohete. Todas apuntaban a la División de Artillería de la Guardia. La artillería era la mayor ventaja del enemigo y Eddington quería sacarla del juego lo antes posible. Los iraníes no miraron hacia arriba. No podían verlos ni oírlos llegar.

Desde cierta distancia parecían chispas o fuegos artificiales del Año Nuevo chino, danzando y explotando en el aire para celebrar. Para los blancos fue una muerte ruidosa, ya que más de setenta mil submuniciones explotaron sobre un área de aproximadamente cien hectáreas. Los camiones se prendieron fuego y explotaron en llamas. Hubo explosiones secundarias, pero la mayoría de los artilleros ya estaban muertos (más del ochenta por ciento habían resultado heridos

o muertos durante la primera descarga). Habría dos más. Los vehículos oruga de los MLRS se dirigieron a los camiones de reabastecimiento. Sus tripulantes recargaron el sistema desde los contenedores, sin abandonar la protección de la cabina acorazada. La operación duró apenas cinco minutos.

En el caso de los cañones de 155 mm fue más rápido. Éstos también disparaban contra su contraparte enemiga y sus salvas eran tan certeras como los cohetes. La artillería es la más mecánica de las actividades militares. El cañón mata a la gente y la gente sirve al cañón. Los tiradores jamás pueden ver su obra consumada y en este caso no contaban con un observador de avanzada que les dijera cómo lo estaban haciendo. Pero sabían que si el GPS programaba los disparos, el hecho de que no pudieran ver carecía de importancia... y si las cosas sucedían como estaba planeado, más tarde verían los resultados de su trabajo mortífero.

Perversamente, los que tenían visión directa de las fuerzas enemigas fueron los últimos en disparar. Finalmente, los tanques recibieron orden de actuar.

Librodot

Por tratarse de un arma mortífera, el sistema de control de tiro del tanque Abrams es uno de los mecanismos más simples en manos de los soldados, aún más fácil de usar que los simuladores de entrenamiento. Las ráfagas iniciales HEAT -alto-explosivo contracarro. disparadas por los comandantes habían dejado una estela visual distintiva. Se asignaron a los tanques áreas a la derecha o a la izquierda de las estelas de las trazadoras. Los sistemas térmicos de visión captaban la radiación infrarroja. Sus blancos eran más calientes que el paisaje desértico por la noche y anunciaban su presencia con tanta claridad como una bombita de luz. A cada tirador se le asignó un área, y cada uno seleccionó un T-80 enemigo. Cada tirador situó su visor primario sobre el objetivo y determinó la distancia con ayuda del telémetro láser. El computador digital de control de tiro recibió automáticamente, de un sensor situado en lo alto de la torre, información sobre la distancia, velocidad y dirección de movimiento del blanco. Otros sensores le indicaron la temperatura exterior, la temperatura de las municiones, la densidad atmosférica, la dirección y velocidad del viento, la condición del cañón y cuántos proyectiles había disparado a lo largo de su carrera. El computador digirió esta y otra información, la procesó y cuando terminó, iluminó un rectángulo blanco en el visor para avisarle al tirador que el sistema estaba sobre el objetivo. A partir de ese momento todo era cuestión de cerrar los dedos índices sobre los gatillos gemelos de la palanca de mando. El tanque se sacudió violentamente, y el fogonazo del cañón resultó cegador. Los proyectiles tenían un alcance de más de una milla por segundo. Eran como flechas muy gruesas, menores en longitud al brazo de un hombre y de dos pulgadas de diámetro, con aletas cerdosas en la cola que ardían por la fricción del aire en su breve vuelo y dejaban un rastro -la estela de la trazadora. que permitía al comandante del tanque seguir el trayecto de las -balas de plata..

Los blancos eran T-80 de fabricación rusa, viejos tanques con viejos diseños. Eran mucho más pequeños que sus adversarios norteamericanos y su reducido tamaño había comprometido la eficacia del diseño. Cada T-80 tenía un tanque de combustible en la parte delantera, cuya línea de abastecimiento pasaba por la torre. El depósito de proyectiles estaba cerca del tanque de combustible, de modo que las municiones quedaban rodeadas por combustible. Finalmente, para ahorrar espacio en la torre, el alimentador había sido reemplazado por un sistema de recarga automático que además de ser más lento que el hombre requería una provisión permanente de municiones en la torre. Tal vez no fuera una diferencia tan grande después de todo, pero favorecía las matanzas espectaculares.

El segundo T-80 destruido recibió una -bala de plata. en la base de la torre. El proyectil obliteró en primer lugar la línea de abastecimiento de combustible, y en el proceso de horadar el casco produjo una lluvia letal de fragmentos que giraban a más de mil metros por segundo en los estrechos confines, carcomiendo la superficie interna y haciendo pedazos a los tripulantes. La tripulación ya estaba muerta cuando explotaron las municiones, encendiendo a su vez el combustible y generando una explosión que hizo volar la pesada torreta a cincuenta pies de altura en línea recta. Fue lo que el ejército denominaba -un disparo catastrófico.. Otros quince T-80 perecieron de la misma manera en un espacio de treinta segundos. La avanzada de la División Inmortales se evaporó en otros diez, y la única resistencia que pudieron ofrecer fueron las piras funerarias de sus vehículos oscureciendo el campo de batalla.

El fuego fue dirigido inmediatamente al cuerpo principal, tres batallones que avanzaban en fila, ahora a poco más de tres mil metros de distancia; un total de ciento cincuenta avanzando contra un batallón de cincuenta y cinco.

Los comandantes de los tanques iraníes se asomaron por las torres para ver mejor a pesar de haber visto el lanzamiento de los cohetes a varias millas de distancia. Lo próximo que vieron fue una onda lineal blanca y anaranjada a lo lejos, aproximadamente a tres kilómetros de distancia, seguida por explosiones al frente. Los oficiales y comandantes más sagaces ordenaron a los tiradores que dispararan contra los resplandores veloces, y no menos de diez acataron la orden, pero no tuvieron tiempo para medir el alcance y los disparos resultaron cortos. Los efectivos iraníes supuestamente sabían qué pasaba pero todavía no habían tenido tiempo de que el miedo reemplazara a la sorpresa. Algunos empezaban a recargar ciclos mien-

Librodot

tras otros trataban de mejorar la puntería, pero el horizonte volvió a ponerse anaranjado y lo que siguió apenas les dio tiempo de advertir el cambio de color en el cielo.

La siguiente salva de los cincuenta y cuatro cañones principales encontró su blanco en pocos segundos.

-Veamos si queda alguno moviéndose -le dijo el comandante de un tanque E-6 a su tirador. El campo de batalla estaba ardiendo y las bolas de fuego interferían los visores térmicos. Allí. El tirador calculó la distancia con ayuda del telémetro láser .3.560 m. y abrió fuego. La pantalla quedó en blanco, luego pudo ver la estela de la trazadora al ras del desierto, en línea recta a...

-¡Blanco! -dijo el comandante.. Cambie de dirección.

-Identificado... ¡tengo uno!

-¡Fuego! -ordenó el comandante.

-¡Allá va! -el tirador disparó su tercera ráfaga en medio minuto, y tres segundos después, la torre de otro T-80 se transformaba en objeto balístico.

Así de rápido concluyó la -fase tanques. de la batalla.

Mientras tanto, los Bradley enfrentaban a los BMP con sus poderosos cañones Bushmaster. El proceso fue más lento para ellos, pero el resultado fue igualmente mortífero.

El comandante de los Inmortales estaba acercándose a los elementos de reconocimiento de la brigada líder cuando vio volar los cohetes. Ordenó detenerse al conductor y se paró en su vehículo de comando. Inmediatamente se dio vuelta y vio las explosiones secundarias de su fuerza de artillería. Volvió a darse vuelta, miró hacia adelante y vio la segunda descarga de los tanques de Eddington. El cuarenta por ciento de su fuerza de combate acababa de desaparecer en menos de un minuto. Aun antes de que el impacto lo golpeara, supo que había caído en una emboscada... ¿pero de qué clase?

Los cohetes de los MLRS que habían despojado a los Inmortales de su artillería habían venido del este, no del sur. Fue un regalo de Hamm a los guardias nacionales, que no podían enfrentar solos a la artillería iraní con el plan de fuego existente. Los MLRS del Blackhorse lo habían hecho, y luego habían cambiado la dirección del fuego para abrir camino a los helicópteros de ataque, los Apaches, que estaban acercándose por detrás a las unidades del II Cuerpo, en ese momento enfrentadas por los tres escuadrones terrestres. El primer objetivo serían las divisiones, el segundo las brigadas.

El staff de los Inmortales estaba captando señales recientes. Algunos oficiales pedían confirmación o rectificación, información que necesitaban para reaccionar adecuadamente a la situación. Ése era el problema con los puestos de comando. Eran el cerebro institucional de las unidades que comandaban y la gente que participaba del proceso de decisión debía reunirse para funcionar.

Desde seis kilómetros de distancia el conjunto de vehículos resultaba obvio. Cuatro lanzadores SAM orientados al sur y un anillo de cañones AAA. Ésos serían los primeros. Los Apaches de la Tropa-P (de Ataque) se detuvieron, eligieron un lugar sin peligros alrededor y sobrevolaron el área aproximadamente a cien pies. Los copilotosartilleros, sentados en la delantera, activaron los TADS para localizar, designar y adquirir el primer grupo de blancos, e inmediatamente después seleccionaron misiles contracarro Hellfire guiados a láser. El primer lanzamiento fue sorpresivo, pero un soldado iraní vio el resplandor y llamó a un tirador, que apuntó sus cañones y disparó antes de que los misiles estuvieran definitivamente orientados. Lo que siguió fue cosa de locos. El Apache blanco del enemigo giró a la izquierda, acelerando a cincuenta nudos para arrojar sus misiles y arruinando la puntería del asombrado tirador, que tuvo que volver a disparar. Los otros AH-64 no fueron detectados y de sus seis lanzamientos, cinco dieron en el blanco. Un minuto después el problema antiaéreo fue neutralizado y los helicópteros de ataque se cerraron. Podían ver gente corriendo, saliendo y entrando de los vehículos de comando. Algunos soldados del grupo comando de seguridad empezaron a disparar sus rifles al cielo y los artilleros respondieron incluso de manera más estructurada, pero la

Librodot

sorpresa más grande llegó del otro lado. Los tiradores lanzaron cohetes de 2.75 pulgadas para paralizar el área, más Hellfires para eliminar los pocos vehículos acorazados restantes y por último comenzaron a disparar sus cañones de 30 mm montados bajo la proa de los Apaches. Enfurecidos, se cerraron sobre la fuerza enemiga como insectos sobredimensionados, zumbando y deslizándose de un lado a otro mientras los tiradoresartilleros intentaban apuntarle a la gente que las armas más pesadas aún no habían localizado. No había dónde esconderse en el terre-no llano y los cuerpos humanos brillaban en la oscuridad. Los furibundos tiradores de los Apaches los cazaron en grupos, en pares, y finalmente uno por uno, barriendo el sitio como cosechadoras mortíferas. En la discusión previa al ataque habían decidido que, a diferencia de 1991, no aceptarían rendiciones en esta guerra. La Tropa-P -se llamaban a sí mismos los Predadores. sobrevoló el terreno diez minutos más antes de darse por satisfecha. Habían destruido cada vehículo y cada cuerpo en movimiento. Dieron un gran giro en el cielo y volvieron al este a rearmarse.

El ataque prematuro contra el elemento de reconocimiento del II Cuerpo había dado inicio tal vez demasiado pronto a una parte de la batalla y alertado a una compañía de tanques razonablemente intacta antes de lo previsto, pero los tanques enemigos seguían siendo burbujas blancas sobre fondo negro a menos de cuatro mil metros de distancia.

-Hagan contacto -ordenó el comandante de la Tropa-B disparando la primera ráfaga, inmediatamente seguida de ocho más. Seis dieron en el blanco, incluso a esa distancia extrema, y el ataque del Blackhorse contra el II Cuerpo empezó con la primera descarga de MLRS. La siguiente fue inmediata y otros cinco tanques explotaron. Antes de explotar habían disparado, pero sus proyectiles no alcanzaron el blanco. De todos modos, era bastante difícil acertarles. Aunque el contenedor de lanzamiento estaba estabilizado los sacudones podían afectarlo, y se esperaban desaciertos aunque nadie los deseaba.

-Maldición -Eddington sólo profirió la palabra, sin énfasis. Sus comandantes de batallón habían convocado una reunión de mandos y allí estaba él, de pie en su HMMWV.

-¿Puede creer que en menos de cinco minutos? -preguntó LOBO-SEIS. Los efectivos de su batallón no habían ocultado su sorpresa.: ¿Eso es todo? -había preguntado más de un sargento en voz alta. Todos estaban pensando lo mismo.

Pero no había por qué quedarse a admirar la obra consumada. Eddington llamó por radio a su S-2.

-¿Qué nos dice el Predator?

-Todavía tenemos otras dos brigadas al sur, pero han aminorado la marcha, señor. Están aproximadamente a nueve kilómetros de su línea por lo bajo, y a doce por lo alto.

-Páseme con BUFORD -ordenó WOLFPACK-SEIS.

El general estaba todavía en el mismo lugar, con la muerte adelante y atrás. Habían pasado apenas diez minutos. Tres tanques y doce BMP habían escapado, deteniéndose en una depresión del terre-no y manteniendo la posición a la espera de instrucciones. También estaban volviendo algunos hombres, muchos heridos, pero la mayoría ilesos. No podía reprenderlos. El impacto del momento era más fuerte en él que en sus hombres, si ello fuera posible.

Había intentado contactar su puesto de comando de división, recibiendo sólo estática a cambio. Nada en su experiencia de uniformado, ni en su época de comandante, ni en las escuelas a que había asistido, ni en las prácticas que había ganado y perdido... nada, nada lo había preparado para esto.

Pero todavía le quedaba más de media división. Dos de sus brigadas estaban intactas y él no había ido allí a perder. Ordenó avanzar a su conductor. Ordenó esperar a los elementos sobrevivientes de la brigada líder. Tenía que maniobrar. Se había metido en una pesadilla, pero no sería igual en todas partes.

Librodot

-¿Qué propone, Eddington?

-Quiero mover mi gente al norte, general Diggs. Acabamos de tragarnos dos brigadas de tanques. La artillería enemiga está prácticamente desmantelada, señor, y tengo terreno despejado al frente.

-Bueno, tómese su tiempo y cuide los flancos. Notificaré al Blackhorse.

-Entendido, señor. Nos moveremos en veinte minutos.

Habían considerado esa posibilidad, por supuesto. Incluso habían bosquejado el plan sobre un mapa. LOBO se desplegaría hacia la derecha. WHITEFANG iría directo al norte, y el Batallón de Tareas COYOTE tomaría la izquierda escalonadamente para barrer el terre-no en dirección oeste. Desde sus nuevas posiciones, la brigada avanzaría al norte a intervalos de diez kilómetros durante la primera fase. Tendrían que moverse lentamente debido a la oscuridad, el terreno desconocido y el hecho de que sólo se trataba de un plan a medias. El código de activación del plan era NATHAN, y el de la primera fase MANASSAS.

-Aquí WOLFPACK-SEIS a todos los seis. El código de activación es NATHAN. Repito, estamos activando el Plan NATHAN en dos-cero minutos. Espero respuesta. ordenó.

Los tres comandantes de los batallones se comunicaron con él en pocos segundos.

El coronel Magruder no estaba sorprendido por los resultados iniciales, excepto tal vez por el excelente desempeño de los hombres de Eddington. Más sorprendente aún era el progreso alcanzado por el Décimo. Avanzando a una velocidad promedio de treinta kilómetros por hora, ya estaba dentro del ex Irak y listo para avanzar en dirección sur. Lo hizo a las 02.00 L. Había dejado atrás su escuadrón de helicópteros para cubrir a los kuwaitíes y se sentía un poco desnudo, pero todavía estaba oscuro y seguiría así cuatro horas más. Para entonces habría vuelto a Arabia Saudita. BUFFALO-SEIS pensaba que tenía la mejor de todas las misiones de caballería. Allí estaba él, en territorio enemigo. Lo mismo que el coronel John Grierson le había hecho a Johnny Reb, y lo que él y los Buffalo le habían hecho a los Apaches. Ordenó abrirse a sus unidades. Reconocimiento dijo que no había nada en el camino, e informó que la fuerza principal del enemigo estaba adentro en el Reino. Bueno, no creía que siguieran avanzando y lo único que tendría que hacer sería golpear la puerta al salir.

Donner estaba asomado por la compuerta de la torre, con su camarógrafo del ejército al lado. Jamás había visto nada igual. Habían filmado el asalto a la artillería, pero no creía que pudieran utilizar la filmación debido al estruendo. A su alrededor sólo había destrucción. Al sudeste había por lo menos cien tanques quemados, además de camiones y otras cosas que no podía reconocer, y todo había pasado en menos de una hora. Cayó hacia adelante, golpeándose la cara contra la compuerta cuando el Bradley se detuvo.

-¡Seguridad afuera! -gritó el comandante.. Nos quedaremos un rato aquí.

Los Bradley fueron estacionados en círculo, aproximadamente una milla al norte de la artillería enemiga devastada. Nada se movía en los alrededores, pero el tirador se aseguró haciendo girar transversalmente la torre. Se abrió el portón hidráulico de popa y dos hombres saltaron afuera. Primero miraron y luego salieron corriendo, rifles en mano.

-Venga -dijo el sargento, tendiéndole la mano. Donner la tomó y trepó al techo del vehículo.. ¿Quiere un cigarrillo?

Donner negó con la cabeza.

-Dejé el vicio.

-¿Ah, sí? Bueno, esos tipos dejarán de fumar dentro de un día o dos. Para siempre -dijo, señalando a una milla de distancia. Levantó los binoculares y miró alrededor, confirmando la información de los visores térmicos.

-¿Qué opina de esto? -preguntó el periodista, palmeando a su camarógrafo.

-Opino que me pagan para hacerlo, y que realmente funciona.

-¿Por qué nos detuvimos?

Librodot

-Llegará combustible dentro de media hora y tenemos que reabastecernos de municiones. -El sargento bajó los binoculares.

-¿Necesitamos más combustible? No nos movimos tanto, creo.

-Bueno, el coronel cree que mañana sí nos moveremos. -Se dio vuelta.. ¿Qué opina *usted*, Tom?

62

¡Preparados y adelante!

Lo que la gente llama -la iniciativa-, ya sea en la guerra o en cualquier otro campo de la actividad humana, no es ni más ni menos que una ventaja psicológica. Combina la sensación de estar ganando de un lado con la sensación de que algo anda mal del otro... el que a partir de ese momento deberá prepararse y responder a la acción del enemigo en vez de realizar su propia acción ofensiva. En términos de -impulso. o -influjo. siempre tiene que ver con -quién. le hace -qué. a -quién-, y un cambio repentino en esa ecuación siempre tendrá un efecto más fuerte que la edificación gradual de las mismas circunstancias. Lo esperado, cuando lo inesperado lo reemplaza, persiste un tiempo, subsiste en la mente, ya que es más fácil, momentáneamente, negarse que adaptarse. Este complejo proceso sólo sirve para dificultarle aún más la vida al que -se lo hacen.. Para el que -lo hace-, la dificultad es otra.

Las fuerzas norteamericanas en contacto debieron atravesar una breve, desagradable, pero necesaria pausa. Para el coronel Nick Eddington del WOLFPACK debería haber sido más fácil que para na-die, pero no. Su Guardia Nacional no había hecho más que quedarse en su lugar durante la primera batalla, permitiendo que el enemigo entrara a la -caja mortal-, una emboscada de quince millas de ancho por quince de profundidad. Con la única excepción del grupo de reconocimiento, los hombres de Carolina no se habían movido. Pero eso tendría que cambiar y Eddington recordó que, aunque hasta cierto punto era un maestro del ballet, los que realizaban las maniobras eran los tanques, pesados y torpes, atravesando en la oscuridad un terreno desconocido.

La tecnología ayudaba. Tenía radios para decirle a su gente cuándo y a dónde ir, además del sistema IVIS para decirles cómo. La Fuerza de Tareas LOBO empezó por retroceder de las posiciones detrás de las lomas que tanto les habían servido cuarenta minutos antes, doblando al sur y dirigiéndose, a través de planes de sendas previa-mente seleccionadas, a nuevos destinos menos de diez kilómetros al sur de sus iniciales posiciones de combate. En el proceso, el batallón aumentado se diluyó, esparciéndose más que antes, alternativa posibilitada porque la plana mayor del batallón podía programar sus movimientos electrónicamente y transmitir sus intenciones a los comandantes de sub-unidades quienes, una vez que les asignaban áreas de responsabilidad, podían subdividirlas casi en forma automática, hasta que cada vehículo individual conocía su destino al metro. La demora inicial de veinte minutos desde la notificación de la próxima activación del Plan NATHAN permitió que comenzara el proceso de selección. El traslado lateral requirió una hora, con los vehículos moviéndose a través de lo que parecía una tierra vacía a la velocidad de viajeros abonados en una hora pico particularmente congestionada. Aun así funcionó, y el movimiento concluyó una hora después de iniciado. WOLFPACK, que ahora cubría más de veinte millas de espacio lateral, dobló al norte y empezó a moverse a diez kilómetros por hora. Los equipos de reconocimiento iban adelante y más rápido aún para tomar posición cinco kilómetros antes del cuerpo principal. Estaban cerca del final del intervalo, según el libro. Eddington no debía olvidar que estaba maniobrando una enorme fuerza de soldados de medio tiempo cuya dependencia de la tecnología electrónica era tal vez demasiado grande para sus parámetros. Mantendría bajo control su fuerza de tres batallones de combate hasta que establecieran contacto y se esclareciera el cuadro general.

A Tom Donner lo sorprendía mucho que los vehículos de abastecimiento, casi todos

Librodot

camiones voluminosos y aparentemente pesados, pudieran seguir a las unidades de combate a toda velocidad. Por algún motivo no entendía del todo la importancia de esos vehículos, acostumbrado como estaba a cargar nafta en una estación de servicio determinada una o dos veces por semana. Aquí el servicio personal debía tener tanta movilidad como los clientes, y ésa, comprendió por fin, era una tarea mayor. Los Bradleys y tanques se acercaron a reabastecerse de a dos por vez y volvieron a sus puestos, donde algunos soldados estaban bajando municiones de otros camiones para que los tripulantes las cargaran en sus vehículos. Donner se enteró de que cada Bradley tenía un sistema Sears -en casi todos los casos comprado con el salario del tirador. para facilitar la recarga del depósito del Bushmaster. El mencionado Sears funcionaba mejor que la herramienta diseñada con tal propósito. Probablemente valiera la pena comentarlo, pensó con una sonrisa lejana.

El comandante de la tropa, ya en su HMMWV de comando, corría de tanque en tanque para comprobar el estado de cada vehículo y su tripulación. Dejó para el final el Tres-Dos.

-Señor Donner -llamó-, ¿se encuentra bien, señor?

El periodista bebió un sorbo del café preparado por el conductor del Bradley y asintió.

-¿Siempre es así? -le preguntó al joven oficial.

-Es mi primera vez, señor. De todos modos, se parece mucho a los entrenamientos.

-¿Qué *piensa* de todo esto? -insistió el periodista.. Quiero decir, allá atrás, usted y su gente, bueno, *mataron* un montón de enemigos y destruyeron sus recursos.

El capitán lo pensó un instante.

-Señor, ¿alguna vez cubrió tornados, huracanes u otros desastres naturales?

-Sí.

-Y a la gente se le complica la vida y usted les pregunta cómo se sienten, ¿no?

-Es mi trabajo.

-Lo mismo nos pasa a nosotros. Esos tipos nos hicieron la guerra. Nosotros devolvemos el golpe. Si no les gusta, bueno, tal vez la próxima vez lo piensen mejor antes de empezar. Señor, tenía un tío en Texas... un tío y una tía en realidad. Él era golfista profesional, me enseñó a jugar, después empezó a trabajar para la Cobra... los fabricantes de palos, ¿sí? Poco antes de que saliéramos de Fort Irwin, mamá llamó y me dijo que los dos murieron de esa mierda de Ébola, señor. ¿*Realmente* quiere saber que pensamos de esto? -preguntó el oficial que había destruido cinco tanques esa misma noche.. Aliste su montura, señor Donner. El Blackhorse empezará a moverse dentro de diez minutos. Entraremos en contacto con el enemigo justo antes del alba, señor. -Hubo un resplandor en el horizonte, seguido por el estruendo de un trueno distante.. Supongo que los Apaches están empezando temprano.

Quince millas al noroeste, el puesto de comando del II Cuerpo acababa de ser destruido.

El plan era envolvente. El Primer Escuadrón pivotearía y se dirigiría al norte a través de las unidades restantes del II Cuerpo. El Tercer Escuadrón avanzaría al sur atravesando oposición liviana, masificando el regimiento para el primer ataque contra el flanco izquierdo del III Cuerpo enemigo. A diez millas de distancia, Hamm estaba moviendo su artillería para facilitar la destrucción de los remanentes del II Cuerpo, a cuyos comandantes acababa de eliminar su escuadrón de helicópteros.

Eddington se obligó a recordar que debía mantener la simplicidad. A pesar de todos sus años de estudio y del nombre que había asignado al plan de contraataque, él *no era* Nathan Bedford Forrest y ese campo de batalla *no era* lo suficientemente reducido como para que él improvisara sus maniobras, como había hecho ese genio racista con tanta frecuencia en la Guerra de Agresión al Norte.

HOOTOWL se había desplegado duplicando el frente de la brigada en noventa minutos, y eso los lentificaba. Tal vez no fuera contraproducente, pensó el coronel. Debía tener paciencia. La fuerza enemiga no podía maniobrar demasiado lejos al este por temor a chocarse con la izquierda del Blackhorse -suponiendo que supieran que estaba allí. y el terreno al oeste era demasiado escarpado para permitir movimientos fáciles. Habían probado por el medio y los

Librodot

habían eliminado. Entonces el movimiento más lógico del I Cuerpo enemigo sería una maniobra envolvente limitada, probablemente inclinada al este. Las imágenes registradas por los Predators empezaron a confirmarlo.

El comandante de los Inmortales ya no tenía puesto de comando propio, y por consiguiente se apropió de lo que quedaba del puesto de comando de la desaparecida 1ra. Brigada. Su primera orden fue restablecer contacto con el comando del I Cuerpo, pero resultó difícil porque el CP se estaba moviendo cuando él cayó en la emboscada norteamericana -tenía que ser norteamericana. en el camino a Al Artawiyah. Ahora el I Cuerpo se estaba posicionando y probablemente hablarían mucho con el comando del ejército. Irrumpió en las comunicaciones, consiguió al tres estrellas -un compatriota iraní-, y le dijo todo lo que pudo lo más rápido posible.

-No puede haber más de una brigada -le aseguró su superior inmediato.. ¿Qué piensa hacer?

-Reuniré mis fuerzas y los atacaré por ambos flancos antes del amanecer -replicó el comandante de división. No tenía mucha opción y ambos lo sabían. El I Cuerpo no podía retirarse porque el gobierno que le había ordenado marchar no lo toleraría. Quedarse quieto equivalía a esperar un feroz ataque de las fuerzas sauditas desde la frontera kuwaití. La tarea, entonces, era recuperar la iniciativa superando a la fuerza de bloqueo norteamericana con maniobras y efectos sorpresivos. Para eso estaban los tanques y todavía tenía más de cuatrocientos a su mando.

-Aprobado. Le mandaré mi cuerpo de artillería. Los guardias acorazados a su derecha harán otro tanto. Cumpla su objetivo -dijo su compatriota iraní.. Al atardecer entraremos en Riyadh.

Muy bien, pensó el comandante de los Inmortales. Ordenó aminorar la marcha a su 2da. Brigada para que la 3ra. la alcanzara y una vez concentradas maniobraran al este. Al oeste, los iraquíes estarían haciendo lo mismo como la imagen de un espejo. La segunda avanzaría, iniciaría el contacto y cercaría el flanco enemigo. La 3ra. los barrería del mapa, atacándolos desde atrás. El centro quedaría vacío.

-Se detuvieron. La brigada líder se detuvo. Están ocho kilómetros al norte -dijo el S-2.. HOOT los visualizará dentro de unos minutos para confirmarlo. -Eso explicaba la posición de una de las fuerzas enemigas en el frente. El grupo occidental estaba un poco más atrás. No se había detenido, pero avanzaba poco a poco; evidentemente esperaba órdenes o algún cambio en las disposiciones. El enemigo se estaba tomando tiempo para pensar.

Eddington no podía permitírselo.

El único problema del MLRS era que tenía un alcance mínimo mucho menos conveniente que el máximo. Para la segunda misión de esa noche, los vehículos transportadores del sistema lanzacohetes múltiple, que no se habían movido para nada, activaron los martinetes de elevación y apuntaron exclusivamente por información electrónica. Una vez más la noche fue perturbada por las estelas de las trazadoras de los cohetes, aunque esta vez las trayectorias eran mucho más bajas. Los cañones de artillería hicieron lo mismo, y ambas fuerzas dividieron su atención entre las brigadas de avanzada enemigas a izquierda y derecha del camino.

El propósito era más psicológico que real. Las bombetas de los cohetes MLRS no podían *destruir* un tanque. Con suerte podrían estropearle un motor o perforar los carros de infantería BMP con una detonación cercana. El efecto real era fastidiar al enemigo, limitar su capacidad de ver y, con la invalorable ayuda de la lluvia de acero, limitar también su capacidad de pensar. Los oficiales que habían abandonado sus tanques para la reunión de mandos tuvieron que volver corriendo; algunos de ellos murieron o fueron heridos por la salva repentina. Sentados a salvo en sus vehículos, oyeron el *ping* distintivo de los fragmentos de acero que golpeaban contra las cascos blindados y espiaron por sus sistemas de visión, intentando averiguar

si la ráfaga de artillería presagiaba un verdadero ataque. Los menos numerosos cañones de 155 mm significaban un peligro mayor, pero los primeros en tocar el suelo fueron proyectiles -comunes.. Las leyes de probabilidad garantizaban que algunos de los vehículos resultarían averiados... y algunos fueron incluso destruidos, ardiendo como bolas de fuego mientras el resto de la 2da. Brigada permanecía inmóvil en su lugar porque le habían ordenado hacerlo mientras la 3ra. avanzaba a su izquierda. Incapaces de moverse y sin poder responder al ataque debido a la pérdida de su artillería, no podían hacer otra cosa que permanecer alertas y mirar caer los proyectiles y bombetas.

La Tropa-B, 1ra. del Undécimo, se movió como estaba planeado, abriéndose y avanzando en dirección norte, con los Bradley en la delantera y los tanques medio kilómetro atrás, listos para responder al contacto. Fue una extraña revelación para Donner. Hombre inteligente, e incluso de espíritu aventurero, había pasado todo el tiempo posible asomado por la compuerta del Bradley, mirando todo sin tener la menor idea de qué estaba pasando en realidad. Finalmente superó la vergüenza y preguntó por interfon al comandante cómo se hacía para saber. Lo llamaron y fue el tercer hombre en un espacio diseñado para dos... Más bien para uno y medio, pensó el periodista.

-Estamos aquí -le dijo el sargento, tocando la pantalla del IVIS.. Vamos hacia allá. Según esto, no hay nadie alrededor para molestarnos, pero seguimos atentos. El enemigo está aquí, y nosotros estamos a lo largo de esta línea.

-¿Cuánto falta?

-Dentro de doce kilómetros empezaremos a verlos.

-¿Esta información es confiable? -preguntó Donner.

-Nos hizo llegar hasta aquí, Tom -señaló el comandante.

El patrón de movimientos era bastante molesto. Le hacía recordar a Donner una tarde de viernes en la ciudad. Los vehículos acorazados pasarían -nunca más rápido de veinte millas por hora. de un tipo de terreno a otro, otearían el horizonte y avanzarían un poco más. El sargento le explicó que los movimientos serían más estables en terreno más liso, y que esa parte del desierto saudita estaba plagada de lomas y depresiones que podían servir de escondite al enemigo. Los Brads conformaban un pelotón pero parecían moverse en pares. Cada

M3 tenía un vehículo de refuerzo.

-¿Qué pasa si hay alguien allá afuera?

-Probablemente intentarán matarnos -explicó el sargento. El tirador estaba girando la torre a derecha e izquierda, buscando el resplandor de un cuerpo caliente en el suelo helado. Podían ver mejor de noche, se enteró Donner, y por eso habían elegido la oscuridad para las cacerías.. Stanley, doble a la derecha y deténgase detrás de esa loma -le ordenó al conductor.. Si yo fuera cerdo, elegiría ese lugar a la derecha. Cubriremos a Chuck para que averigüe si hay alguno por ahí. -La torre giró y apuntó hacia una loma más grande, mientras el refuerzo del Bradley los pasaba para investigar. -De acuerdo, Stanley, muévase.

El sector comando del Ejército de Dios era endiabladamente difícil de detectar, pero Hamm había destinado dos tropas de helicópteros a esa misión y reactivado su estación de inteligencia en los cuarteles generales del 2do. Escuadrón. Habían decidido llamar -tortilla. a su blanco. Debían localizarlo y desorganizar toda la fuerza enemiga. Los oficiales de inteligencia sauditas escuchaban señales por los equipos ELINT. Las fuerzas de la RIU tenían radios encriptadas para los comandantes superiores, pero sólo servían para hablar con quienes tenían el mismo equipo, y con la gradual degradación de la red radial enemiga, tarde o temprano la tortilla tendría que hablar a voz en cuello. Habían atacado un Cuerpo y dos divisiones, destruyendo casi por completo a dos de ellos y dejando muy mal a un tercero. Más aún, ya sabían dónde estaba el III Cuerpo y además el comando del Ejército tendría que empezar a hablar con esa formación, dado que era la única prácticamente ilesa... con excepción de algu-

nos ataques aéreos. No tenían que leer los mensajes, aunque hubiera sido divertido. Conocían los alcances de frecuencia del circuito del alto mando y unos pocos minutos de tráfico les permitirían localizarlo lo suficientemente bien para que las tropas M y N de helicópteros lo sobrevolaran y empezaran a arruinarle la mañana.

Sonaba como estática, pero las radios encriptadas digitalmente suenan así. El oficial de ELINT, un teniente primero, amaba escuchar pero extrañaba su equipo de interferencia, probablemente pasado por alto porque se suponía que ésa era una misión de la Fuerza Aérea. Era todo un arte. Sus efectivos, todos especialistas en inteligencia militar, debían discernir la diferencia entre estática atmosférica y estática humana.

-¡Bingo! -exclamó Uno.. Orientación tres-cero-cinco, sibilante como una víbora. -Era demasiado alto para ser ruido atmósferico, por azaroso que pareciera el sonido.

-¿Confiable? -preguntó el oficial.

-En un noventa por ciento. -Había un segundo vehículo -esclavizado electrónicamente al primero. a un kilómetro de distancia, como línea de base de la triangulación... -Allí. -La localización apareció en la pantalla de la computadora. El teniente llamó por radio al puesto de comando del 4to. Escuadrón.

-ANGEL-SEIS, aquí PEEPER, creo que tenemos la posición de la tortilla...

Los cuatro Apaches y seis Kiowas de la Tropa-M estaban a veinte kilómetros de la posición, realizando una búsqueda visual. Un minuto después giraron en dirección sur.

-¡Qué está pasando! -clamó Mahmoud Haji. Odiaba ese radioteléfono y entrar en contacto con su propio comandante le estaba resultando bastante difícil.

-Hemos encontrado oposición al sur de la Ciudad Militar Rey Khalid. La estamos enfrentando.

-Pregúntele qué clase de oposición -aconsejó Inteligencia.

-Tal vez su huésped pueda decírmelo -sugirió el comandante, que había escuchado.. Todavía no sabemos.

-¡Los norteamericanos no pueden tener más de dos brigadas en el teatro de operaciones! -insistió Inteligencia.. Y el equivalente de otra en Kuwait, ¡pero eso es todo!

-¿En serio? Bueno, he perdido más de una división en las últimas tres horas y todavía no sé a qué me estoy enfrentando. El II Cuerpo está diezmado. El I Cuerpo está atacando. El III Cuerpo está intacto hasta el momento. Puedo continuar el avance a Riyadh pero necesito saber a qué me estoy enfrentando. -El comandante general -que frisaba los sesenta años. no era tonto, y todavía sentía que podía ganar. Todavía tenía el poder de combate de aproximadamente cuatro divisiones. Sólo era cuestión de dirigirlas adecuadamente. Pen-saba que era una suerte que los ataques aéreos de las fuerzas norteamericanas y sauditas hubieran sido tan livianos. Había aprendido rápido otras lecciones. La desaparición de dos sectores de comando lo había vuelto cauteloso en beneficio de su propia seguridad. Ahora estaba a un kilómetro de los radiotransmisores de su vehículo de comando, un BMP-1KS, rodeado por un escuadrón de soldados que hacían lo posible por no prestar atención a la excitación de su voz.

-Maldición, miren todos esos SAM -dijo por radio el observador del Kiowa, ocho kilómetros al norte. El piloto hizo la llamada mientras el observador contaba.

-MARAUDER-LIDER, aquí MASCOT-TRES. Creo que tenemos la tortilla.

-TRES, LIDER, adelante -fue la breve respuesta.

-Seis *bimps*, diez camiones, cinco SAM, dos radares y tres ZSU23 en un *uadi*. Recomiendo aproximarse desde el oeste, repito, aproximarse desde el oeste. -Era demasiado poder ofensivo: sólo podía tratarse del sector de comando móvil del Ejército de Dios. Los lanzadores SAM eran Crotales franceses, y esos pequeños miserables eran aterradores, MASCOT-TRES lo sabía. Pero tendrían que haber elegido otro lugar. Ésta era una de esas situaciones donde se está mejor a campo abierto, o incluso en terreno alto, para que los radares SAM pue-

dan ver mejor.

-TRES, LIDER, ¿puede iluminar?

-Afirmativo. Díganos cuándo. Primero rastrearemos con los ra-dares.

El líder del Apache, un capitán, se encontraba al oeste avanzando a una velocidad de treinta nudos, sobrevolando lo que parecía una línea de lomas sobre el *uadi*. Lentamente, lentamente, dejando que el sensor principal observara. El piloto volaba el avión como un niño mientras el tirador manipulaba los sensores.

-Manténgalo ahí, señor -dijo el tirador desde el asiento delantero.

-TRES, LIDER, que empiece la música -anunció el piloto.

El Kiowa activó su iluminador láser, un rayo infrarrojo invisible que apuntó primero al vehículo porta-radar enemigo más lejano. Una vez iluminado el blanco, el Apache alzó la nariz y lanzó un Hellfire, seguido por otro cinco segundos después.

El general oyó los gritos de advertencia desde mil metros de distancia. Sólo uno de los porta-radares estaba transmitiendo, intermitentemente además por razones de seguridad. Había captado el misil disparado. Uno de los vehículos lanzadores rotó sus cuatro cañones y disparó, pero el Crotale perdió el blanco cuando el Hellfire bajó en ángulo tornándose inmune a las balas. El porta-radar voló en pedazos un instante después, y el otro vehículo seis segundos después de la primera explosión. El comandante general del Ejército de Dios dejó de hablar, ignorando las órdenes de Teherán. No podía hacer más que agazaparse, y sus custodios lo obligaron.

Los cuatro Apaches sobrevolaban el área en semicírculo, esperando que el comandante de la tropa lanzara sus Hellfires. Lo hizo, con intervalos de cinco segundos. El Kiowa lo guiaba de blanco a blanco. El siguiente objetivo fueron los vehículos lanzadores de SAM, seguidos por los de artillería de fabricación rusa. Ya no quedaba nada para proteger el BMP del comandante.

El general estaba descorazonado. Sus hombres intentaban devolver el fuego, pero en principio no había contra quién disparar. Algunos miraban. Otros señalaban. Sólo unos pocos corrían. La mayoría se quedaba e intentaba pelear. Los misiles parecían venir del oeste. Podía ver el resplandor blanco-amarillento de los motores de los cohetes atravesando la oscuridad como luciérnagas, pero no podía ver quiénes los disparaban. Todos los vehículos de defensa antiaérea habían sido destruidos, luego los BMP, luego los camiones. Todo en menos de dos minutos. Sólo entonces empezaron a aparecer los helicópteros. El destacamento de seguridad de su puesto de comando móvil era una compañía de infantes escogidos. Sus custodios pelearon bravamente con ametralladoras pesadas y lanzadores portátiles de misiles, pero las siluetas fantasmales de los helicópteros estaban demasiado lejos. Los misiles no podían encontrarlos. No obstante, sus hombres lo intentaron, pero la estela de sus misiles los delató y los helicópteros lanzaron sus Hellfires como haces de luz violenta en un área ya iluminada por los vehículos en llamas. Un escuadrón allí, una sección allá, un par más allá. Los hombres intentaban correr pero los helicópteros los encerraban y les disparaban desde apenas doscientos metros de distancia, acosándolos en un juego cruel y sin remordimientos. El micrófono estaba muerto en su mano, pero el general todavía lo sostenía y observaba.

-LIDER, DOS, tengo unos cuantos al este -le dijo el piloto al comandante del Apache.

-Destrúyalos -ordenó el comandante. Uno de los helicópteros de ataque se dirigió al sur, hacia los restos del puesto de comando.

Librodot

Nada que hacer. Ningún lugar a donde huir. Tres de sus hombres cargaron los lanzadores sobre el hombro y dispararon. Otros trataron de escapar, pero no había dónde correr ni dónde ocultarse. El que comandaba los helicópteros estaba decidido a matar todo lo que veía. Norteamericanos. Tenían que ser norteamericanos. Enfurecidos por lo que les habían dicho. Tal vez fuera cierto, pensó el general, y si...

-¿Cómo se dice *cómete tu propia mierda* en el idioma de estos cabezas andrajosas? -preguntó el tirador, asegurándose de que no quedara nadie vivo.

-Creo que entendieron el mensaje -dijo el piloto, haciendo girar el helicóptero en busca de blancos adicionales.

-ANGEL-SEIS, ANGEL-SEIS, aquí MARAUDER-SEIS-AC-TUAL. Seguramente parecía un CP y ahora ya no parece nada -dijo el comandante de la tropa.. Vamos a recargar combustible y proyectiles. Fuera.

-¡Y bien, hágalo volver! -le gritó Daryaei al oficial de comunicaciones. El jefe de inteligencia no dijo nada, sospechando que no volverían a hablar con el general en esta vida. Lo peor era no saber por qué. Su evaluación de inteligencia sobre las unidades norteamericanas era correcta. De eso estaba seguro. ¿Cómo era posible que tan pocos pudieran causar tanto daño...?

-Tenían un par de brigadas -regimientos, lo que sea. allí, ¿no?

-preguntó Ryan, observando las últimas modificaciones del campo de batalla en la gran pantalla de la Sala de Situaciones.

-Sí. -El general Moore asintió. Advirtió con cierto placer que hasta el almirante Jackson estaba tranquilo.. Ya no, señor presidente. Dios mío, esos guardias nacionales lo están haciendo extraordinariamente bien.

-Señor -dijo Ed Foley-, ¿hasta dónde quiere llevar esto?

-¿Tenemos alguna duda de que fue Daryaei en persona quien tomó todas las decisiones? -Era una pregunta tonta, pensó Ryan. ¿Por qué si no les habría dicho eso a sus compatriotas? Pero debía formularla y los demás sabían por qué.

-Ninguna -replicó el DCI.

-Entonces llevémoslo hasta el fin, Ed. ¿Los rusos intervendrán?

-Sí, creo que sí.

Jack pensó en la plaga que se estaba extinguiendo en Estados Unidos. Ya habían muerto miles de inocentes, y morirían más. Pensó en los soldados, marineros y aviadores que corrían peligro bajo su comando lejano. Se descubrió pensando en las tropas de la RIU que habían seguido el estandarte errado y las ideas erradas porque no habían podido elegir su país ni su líder y ahora estaban pagando ese error de nacimiento. Si no eran completamente inocentes, tampoco eran completamente culpables, porque la mayoría de los soldados sólo hacen lo que se les ordena. También recordó la mirada de su esposa cuando Katie llegó sana y salva en helicóptero al Jardín Sur. Había momentos en que podía permitirse ser un hombre común, igual a los demás, excepto por el poder que tenía en las manos.

-Averígüenlo -dijo fríamente.

Era una mañana de sol en Beijing y Adler sabía más que los demás. No le habían mandado un informe demasiado detallado, sólo los puntos clave, pero igualmente se lo había mostrado al agregado de Defensa, quien le había aconsejado tomar cada palabra al pie de la letra. Pero esa información no era conocida por todos. Los noticieros televisivos recibían las noticias de las redes militares y debido a la hora del día todavía no habían informado demasiado sobre el inicio de las acciones de combate. Si la RPCH estaba en connivencia con la RIU co-

mo sospechaba, tal vez creería que sus amigos lejanos llevaban la mejor parte. Valía la pena probar, pensó Adler, seguro de que POTUS lo respaldaría.

-Bienvenido otra vez, señor secretario -dijo cortésmente el ministro del Exterior. Y Zhang estaba allí, silencioso y enigmático como de costumbre.

-Gracias -Adler tomó asiento en el lugar de siempre. No era tan cómodo como el de Taipei.

-Los acontecimientos recientes... ¿puede ser cierto? -preguntó su anfitrión oficial.

-Ésa es la posición pública de mi presidente y mi país -replicó Adler. Por consiguiente *tenía* que ser cierto.

-¿Tienen fuerzas suficientes para proteger sus intereses en la región?

-Ministro, no soy experto en temas militares y no puedo hacer comentarios -respondió Adler. Era absolutamente cierto, aunque un hombre en posición de poder hubiera dicho tal vez algo más.

-Sería muy desafortunado que no fuera así -observó Zhang.

Hubiera sido divertido preguntar la posición de la RPCH al respecto, pero la respuesta habría sido en cualquier caso neutral e insignificante. Tampoco habrían mencionado la presencia del grupo de batalla *Eisenhower*, cuyas patrullas aéreas estaban sobrevolando en ese mismo instante las -aguas internacionales. del estrecho de Formosa. La treta era no hacerles decir nada.

-La situación mundial requiere ocasionalmente que cada uno examine su posición respecto de muchas cosas, y es menester elegir con mucho cuidado las amistades -probó Adler. La pelota quedó picando medio minuto.

-Hemos sido amigos desde que su presidente Nixon tuvo el coraje de venir por primera vez a nuestro país -dijo el ministro del Exterior tras una breve reflexión.. Y lo seguimos siendo, a pesar de los malentendidos ocasionales.

-Es bueno escuchar eso, ministro. Nosotros tenemos un dicho sobre la amistad en momentos de necesidad. -Bueno, piensen un poco en eso. Tal vez lo que se dice sea cierto. Tal vez su amigo Daryaei triunfará. La pelota picó otros quince segundos.

-En realidad, nuestro único punto de discordia permanente es la posición de Estados Unidos sobre lo que su presidente inadvertidamente llamó -las dos Chinas.. Si eso pudiera regularizarse... -musitó el ministro.

-Bueno, como le dije, el presidente intentaba hacerse entender por los periodistas en una situación muy confusa.

-¿Y no debemos tenerlo en cuenta?

-Estados Unidos sigue pensando que la solución pacífica de esta disputa provincial sería beneficiosa para ambas partes. -Era la posición tomada por un Estados Unidos fuerte y confiado al que esta China no desafiaría abiertamente.

-La paz siempre es preferible al conflicto -dijo Zhang.. ¿Pero hasta cuándo tendremos que seguir mostrando tanta tolerancia? Los acontecimientos recientes sólo han servido para ilustrar el problema central.

Una presión muy leve, notó Adler.

-Entiendo su frustración, pero todos sabemos que la paciencia es la más valiosa de las virtudes.

-Llegado cierto punto, la paciencia se transforma en indulgencia. -El ministro del Exterior bebió un poco de té.. Una palabra de ayuda de Estados Unidos sería muy bien recibida.

-¿Está pidiéndonos que alteremos nuestra política? -El secreta-rio de Estado se preguntaba si Zhang volvería a hablar ahora que el curso de la conversación se había alterado ligeramente.

-Simplemente pedimos que vean la lógica de la situación. Una palabra favorable de parte de ustedes haría que la amistad entre nuestras dos naciones fuera más sustancial y, después de todo, se trata de un tema menor para países como los nuestros.

-Ya veo -replicó Adler. Claro que veía. Ahora estaba seguro. Se felicitó por la estrategia

Librodot

empleada. La próxima llamada sobre el tema sería realizada por Washington, suponiendo que tuvieran tiempo para algo que no fuera la guerra.

El Décimo ACR regresó a territorio saudita a las 03.30 L. El Buffalo estaba desplegado ahora sobre una línea de treinta millas. Dentro de una hora estarían a horcajadas de la línea de abastecimiento de la RIU, habiendo pasado inadvertidos. La fuerza se estaba moviendo más rápido ahora, casi a treinta millas por hora. Los elementos líder habían descubierto algunas patrullas y unidades de seguridad interna en territorio de la RIU, principalmente vehículos portapersona. En cuanto se acercaran al próximo camino verían más. Los primeros serían unidades MP -o como las llamara el enemigo. usadas para control de tráfico. Tendría que haber un montón de combustible rodando por el camino a KKMC... y ésa sería la primera misión del Buffalo.

La 2da. Brigada de los Inmortales había estado bajo la cortina de fuego durante casi una hora cuando llegó la orden de avanzar. Los vehículos blindados de la ex división acorazada iraní se movieron. El dos estrellas al mando estaba en la retaguardia de la 3ra. Brigada, escuchando más que hablando, y muy agradecido por la ausencia de aviones norteamericanos. Los cuerpos de artillería ya habían llegado pero hasta el momento no habían disparado para no revelar su presencia. Aunque tal vez no duraran demasiado, quería el beneficio de su presencia. La fuerza opositora apenas sumaría una brigada completa de ese lado del camino y él tenía el doble. Y aunque debiera enfrentar una brigada entera los comandantes iraquíes vendrían en su ayuda, como haría él por ellos llegado el caso. Por radio, y en movimiento para evitar ataques de artillería o de helicópteros, exhortó a sus comandantes a iniciar el ataque, siguiéndolos en un vehículo de comando abierto. Ahora bien, si el enemigo mantenía la misma posición de antes...

El LOBO pasó a la fase MANASSAS con veinte minutos de retraso, despertando la ira silenciosa del coronel Eddington, quien pensaba haber concedido tiempo para la maniobra. Pero ese condenado abogado criminalista -había bromeado sobre la redundancia implícita en el término. que comandaba el HOOTOWL estaba adelantado, cubriendo la derecha mientras su batallón XO tomaba la izquierda.

-WOLFPACK-SEIS, aquí HOOT-SEIS, cambio.

-SEIS-ACTUAL, HOOT -replicó Eddington.

-Están viniendo, señor, dos brigadas en fila, muy compactas, avanzan en este momento sobre la línea HIGHPOINT.

-¿A qué distancia se encuentra usted, coronel?

-Tres mil. Estoy haciendo retroceder a mi gente. -Habían establecido rutas seguras para eso. HOOT esperaba que todos recordaran dónde estaban. El nuevo despliegue los llevaría al este, al extremo derecho del batallón del flanco.

-Está bien, despeje el campo.

-Entendido, profesor Eddington. HOOTOWL sale volando -replicó el abogado.. Fuera. -Ordenó a su conductor que avanzara lo más rápido posible en la oscuridad.

El mismo informe llegó cuatro minutos más tarde desde la izquierda. Su brigada debía enfrentar cuatro enemigas. Era momento de achicar la diferencia. El batallón de artillería abrió fuego. Los comandantes de tanques y Bradleys empezaron a barrer el horizonte en busca de movimiento y los tres batallones mecanizados avanzaron a enfrentar al enemigo. Los comandantes de compañías y pelotones chequearon los intervalos de sus efectivos. El comandante del batallón estaba en su propio tanque sobre el lado izquierdo de la línea. El oficial de operaciones S-3 cubría la derecha. Como siempre, los Bradley estaban un poco atrás de los cincuenta y cuatro tanques Abrams y su misión era barrer el terreno para la infantería y los vehículos de apoyo.

La artillería disparada fueron proyectiles comunes que les complicaron la vida a los tanques con compuertas abiertas y a la gente lo suficientemente tonta como para andar en el descampado. Nadie pensó en caballeros con armaduras. El campo de batalla era demasiado disperso. Se parecía más a una batalla naval sobre un mar rocoso y arenoso, tan hostil a la vida humana como el mar convencional y en vísperas de serlo aún más. Eddington se quedó con el WHITEFANG, que era esencialmente una fuerza de reserva, cuando quedó claro que el enemigo avanzaba sobre ambos flancos, dejando en el centro una fuerza -pantalla-, si es que dejaba algo.

-Contacto -dijo el comandante del pelotón por radio.. Tengo vehículos enemigos acorazados a mil quinientos metros. -Chequeó la pantalla del IVIS para confirmar, una vez más, que no había amigos allá afuera. Bueno. Había solamente una Fuerza Roja al frente.

La luna estaba muy alta -luna menguante. pero iluminaba lo suficiente para que la avanzada de los Inmortales viera movimiento en el horizonte. Los hombres de la 2da. Brigada, furiosos por el ataque soportado cuando no tenían orden de avanzar, tenían sus armas preparadas. Algunos contaban con buscadores láser que duplicaban el tamaño de los blancos. Transmitieron la información y recibieron órdenes de aumentar la velocidad para acortar la distancia y salir del fuego indirecto, que debía cesar pronto. Los tiradores apuntaban a blancos todavía demasiado lejanos. Sintieron que los vehículos aumentaban la velocidad y recibieron la orden de esperar. Habían contado suficientes blancos y la cantidad no era tan impresionante. Tenían ventaja. Debían tenerla, pensaban todos los Inmortales.

¿Pero entonces por qué los norteamericanos avanzaban contra ellos?

-Abran fuego a cuatro mil metros -ordenó el comandante de la compañía. Los tanques Abrams estaban separados por quinientos metros entre sí y posicionados en dos hileras escalonadas, cubriendo el terreno de un batallón montado. Los comandantes estaban asomados por las compuertas en la fase de aproximación, pero luego bajarían a activar sus propios sistemas de control de tiro.

-Tengo a uno -dijo un tirador.. Es un T-80, identificado, alcance cuarenta-dos, cincuenta. Alimentador, emplearemos balas de plata hasta nueva orden.

-Lo escucho, tirador. Trate de no errar ningún disparo.

-Cuarenta-uno -suspiró el tirador. Esperó otros quince segundos y fue el primero de la compañía en disparar, y también el primero en acertar. El tanque de sesenta y dos toneladas se sacudió por el disparo y siguió moviéndose.

-Blanco, alto el fuego, blanco tanque en once -dijo el comandante por interfon.

El alimentador clavó su bota en el pedal, abrió la compuerta de las municiones y cargó otra ronda de -balas de plata..

-¡Arriba! -gritó.

-¡Identificado! -dijo el tirador.

-¡Fuego!

-¡Allá va! -Una pausa.. ¡Justo a través del punto!

Comandante: -¡Blanco! ¡Alto el fuego! Giro a la derecha, blanco tanque.

Alimentador: -¡Arriba!

Tirador: -¡Identificado!

Comandante: -¡Fuego!

-¡Allá vaaaaa...! -dijo el tirador, lanzando su tercer disparo en menos de once segundos. No parecía real, pensaba el comandante del batallón, demasiado ocupado en observar para ordenar disparos. Era como una ola que avanza. Primero volaron la primera fila de tanques T-80, errando algunos disparos que corrigieron cinco segundos después. La segunda fila enemiga siguió avanzando. Devolvían el fuego. Los fogonazos parecían las descargas de simulacro Hoffman que había visto recientemente en el NTC y resultaron ser igualmente inofensivas.

Librodot

Los disparos enemigos eran identificables por las estelas de las trazadoras, y todos se quedaron cortos. Algunos T-80 lanzaron una segunda ronda. Ninguno llegó a la tercera.

-¡Por Dios, señor, indíqueme un blanco! -suplicó el tirador.

-Elija uno.

-Bimp -dijo el tirador para sus adentros. Disparó una nueva ronda de altos explosivos y acertó al blanco a poco más de cuatro mil metros, pero como antes, la batalla terminó en menos de un minuto. La línea norteamericana avanzó. Algunos MBP lanzaron sus misiles, pero fueron atacados por los tanques y los Bradleys. Los vehículos explotaron, llenando el cielo de humo y fuego. Ahora podían ver a los hombres corriendo, algunos disparando e intentando desplegarse. Los tiradores de los tanques, a quienes no les quedaba nada grande que disparar, optaron por las ametralladoras coaxiales. Los Bradley se pusieron paralelos a los tanques e iniciaron la cacería.

La primera fila de tanques atravesó los restos humeantes de la división Inmortales menos de cuatro minutos después de la primera descarga. Las torres se movían a derecha e izquierda, buscando blancos. Los comandantes asomaban las cabezas, con las manos sobre las ametralladoras pesadas. Si el enemigo abría fuego, lo devolvían con creces, y al principio hubo una especie de carrera para ver quién mataba más, porque hay una excitación, un impulso letal hacia la guerra que aquellos que nunca lo han sentido desconocen... Sentir el poder divino, la capacidad de tomar una decisión de vida o muerte y llevarla a cabo con sólo mover un dedo. Más aún, esos guardias nacionales sabían por qué estaban allí, sabían que los habían mandado a ejecutar una venganza. A algunos la ira les duró unos minutos mientras los vehículos avanzaban a menos de diez millas por hora, como tractores de granja o cosechadoras, recogiendo vida y convirtiéndola en muerte, como algo del principio de los tiempos, abiertamente inhumano, abiertamente desalmado.

Pero luego todo empezó a diluirse. Dejó de ser deber. Dejó de ser venganza. Dejó de ser la diversión que esperaban que fuera. Se transformó en asesinato y, uno por uno, los tiradores comprendieron quiénes eran y en qué se convertirían si no ahogaban esas emociones sórdidas. No era como ser aviador y dispararle a formas que se movían cómicamente en las pantallas y jamás llegaban a verse como seres humanos. Estos hombres estaban más cerca. Podían ver las caras y las heridas y las espaldas inofensivas e indefensas de los que huían. Hasta los tontos que seguían disparando despertaban piedad en los tiradores que los mataban, pero pronto la futilidad del combate quedó clara para todos, y los soldados que habían llegado al desierto colmados de ira odiaron el fruto de la ira. Poco a poco dejaron de disparar, aun antes de recibir la orden. La resistencia cesó, y con ella la necesidad de matar. El Batallón LOBO atravesó hasta el final las ruinas humeantes de las dos brigadas pesadas enemigas, buscando blancos dignos de atención profesional, más que personal.

No quedaba nada por hacer. El general se levantó y se alejó de su vehículo de comando, indicándole a la tripulación que hiciera otro tanto. Bajaron las armas y se quedaron esperando en terreno alto. No tuvieron que esperar mucho. El sol estaba saliendo. Hubo un primer resplandor anaranjado al este, anunciando un nuevo día muy diferente del anterior.

El primer convoy pasó justo frente a ellos: treinta camiones de combustible. Sus choferes debían creer que los vehículos que avanzaban hacia el sur pertenecían a su propio ejército. Los tiradores de los Bradleys de la Tropa-I, 3ra. del Décimo, abrieron fuego e incendiaron los primeros cinco camiones. El resto se detuvo en seco, y dos explotaron solos al caer en las zanjas en un fútil intento de escapar. Los tripulantes de los Bradleys dejaron salir a la gente, destruyeron los camiones con descargas explosivas y siguieron avanzando al sur. Pasaron lentamente junto a los aterrados conductores, que se quedaron allí, parados, atónitos, mirándolos pasar.

Un Bradley lo encontró. Se detuvo a unos cincuenta metros. El general que doce horas antes había comandado una división acorazada virtualmente intacta no se movió ni intentó resistirse. Se quedó quieto cuando los cuatro infantes aparecieron detrás del M2A4 apuntándolo con sus rifles.

-¡Al suelo! -ordenó el cabo.

-Se lo diré a mis hombres. Yo hablo inglés. Ellos no -dijo el general, y cumplió su palabra. Sus soldados se arrojaron cuerpo a tierra. Él siguió de pie, tal vez esperando la muerte.

-Arriba las manos, socio. -El cabo era oficial de policía en la vida civil. El iraní -todavía no sabía qué rango tenía y su uniforme estaba demasiado andrajoso para adivinarlo. obedeció. El cabo dejó su rifle y sacó una pistola. Se acercó y la apoyó contra la sien del hombre mientras lo registraba hábilmente.. Bueno, ahora puede ir al suelo. Si juegan limpio nadie saldrá lastimado. Por favor dígaselo a sus hombres. Los mataremos si nos obligan a hacerlo, pero no queremos asesinar a nadie, ¿de acuerdo?

-Se los diré.

Con la llegada del día, Eddington volvió al helicóptero que le habían prestado y voló a observar el campo de batalla. Estaba claro que su brigada había destruido dos brigadas completas. Ordenó a su fuerza de reconocimiento adelantarse para la fase siguiente y llamó a Diggs para recibir instrucciones sobre los prisioneros. Antes de que empezaran a analizar las opciones, llegó un helicóptero de Riyadh con un equipo de televisión.

Antes que las imágenes corrieron los rumores, como siempre sucede en los países donde no hay libertad de prensa. Un funcionario de la embajada rusa recibió un llamado telefónico en su casa. El teléfono sonó antes de las siete y lo despertó, pero pocos minutos después salía de su casa y conducía su automóvil por las calles vacías y silenciosas al lugar de la cita con un hombre que, creía, estaba a punto de cruzar la línea y convertirse en agente de la RVS.

El ruso pasó diez minutos extra protegiéndose las espaldas, pero si alguien lo seguía debía ser invisible... y además, la mayor parte de las fuerzas de seguridad del ayatollah habían sido convocadas.

-¿Sí? -dijo apenas se encontró con el sujeto. No había tiempo para formalidades.

-Tiene razón. Nuestro ejército fue... derrotado anoche. Me llamaron a las tres para pedirme opinión sobre las intenciones norteamericanas y me enteré de todo. Ni siquiera podemos hablar con nuestras unidades. El comandante general simplemente desapareció. El ministro del Exterior es víctima del pánico.

-Era previsible -opinó el diplomático.. Es mi deber informarle que el líder turcomano ha...

-Ya lo sabemos. Anoche llamó a Daryaei para preguntar si la historia de la plaga era cierta.

-¿Y qué dijo Daryaei?

-Dijo que era una mentira de los infieles... ¿qué esperaba que dijera? -Hizo una pausa.. No logró persuadirlo del todo. No sé qué le habrán dicho los otros, pero está neutralizado. India nos traicionó... también me enteré de eso. China todavía no sabe nada.

-Si esperan que *ellos* los respalden, es porque han violado la ley religiosa que prohíbe el consumo de alcohol. Quiero decir que están completamente borrachos, amigo mío. Por supuesto que mi gobierno apoya a Estados Unidos. Están completamente solos -le dijo el ruso.. Necesito cierta información.

-¿Qué información?

-Dónde se localiza la fábrica de virus. La necesito hoy.

-En la granja experimental al norte del aeropuerto.

¿*Así* de fácil? pensó el ruso.

-¿Cómo está tan seguro?

-El equipo se compró en Francia y Alemania. En aquel momento trabajaba en el sector comercial. Si desea confirmarlo, será fácil. ¿Cuántas granjas tienen guardias uniformados? -preguntó el iraní.

El ruso asintió.

-Ya veré. Hay otros problemas. Su país pronto estará en guerra... es decir, absolutamente en guerra con Estados Unidos. Mi país puede ofrecerle sus buenos oficios para negociar una tregua. Si usted susurra la palabra correcta en la oreja correcta, nuestro embajador estará a su disposición y además le habrá hecho un gran servicio al mundo.

-Es simple. Al mediodía estaremos tratando de encontrar la manera de salir de esto.

-Para su gobierno no hay manera de salir de esto. Ninguna -enfatizó el oficial de la RVS.

63

La doctrina Ryan

Usualmente las guerras comienzan en un momento determinado en el tiempo, pero casi nunca terminan de manera clara y precisa. La luz del día encontró al Undécimo Regimiento Acorazado de Caballería en otro campo de batalla, ya completada la destrucción de una de las divisiones del II Cuerpo de la RIU. La otra división enemiga estaba ahora enfrentando a la 2da. Brigada saudita, que atacaba desde la salida del sol mientras la unidad norteamericana había hecho un alto para recargar combustible y rearmarse para el ataque continuo contra el II Cuerpo, todavía no enfrentado decisivamente.

Pero todo estaba cambiando. Las dos divisiones tenían ahora la atención completa e indivisa de todas las aeronaves tácticas del teatro de operaciones. El primer blanco fueron las defensas antiaéreas. Cada radar que se encendía atraía la atención de los F-16 equipados con HARM (Misiles Anti-radiación de Alta Velocidad), y en dos horas el cielo se transformó en un espacio amigable para los aviadores sauditas y norteamericanos. Los bombarderos de la RIU abandonaron las bases para defender a las asediadas fuerzas terrestres, pero ninguno logró pasar la unidad defensiva localizada más allá de las fuerzas de apoyo y perdieron más de sesenta aviones en el fútil intento. Hubiera sido más fácil para ellos atacar a las brigadas kuwaitíes que habían invadido imprudentemente su territorio, sin tener en cuenta que se enfrentaban a un enemigo más grande y más poderoso. La reducida Fuerza Aérea de Kuwait combatió en solitario la mayor parte del día y la batalla tuvo poca relevancia estratégica. Las rutas que atravesaban los pantanos estaban destruidas y tardarían varios días en repararlas. La batalla aérea resultante fue más un despliegue de ira mutua que otra cosa, y allí también triunfaron las fuerzas kuwaitíes, no espectacularmente, pero aniquilaron tres por cada uno que perdieron. Tratándose de un pequeño país que recién estaba aprendiendo las artes marciales, hablarían durante años de esa batalla, aumentando la magnitud de la hazaña cada vez que la contaran. Pero todas las muertes de ese día serían inútiles, vidas perdidas sólo para reafirmar una decisión que ya estaba tomada.

Una vez aniquilados los SAM del III Cuerpo, las fuerzas aliadas trasladaron el centro de su atención. En el terreno había más de seiscientos tanques, ochocientos carros de infantería, más de doscientas piezas de artillería autopropulsada, varios miles de camiones y treinta mil hombres, todos ellos emboscados en una nación extranjera y con intenciones de escapar. Los F-15E Strike Eagles sobrevolaban el área aproximadamente a 15.000 pies de altura, casi holgazaneando, mientras los operadores de sistemas seleccionaban blancos uno por uno para las bombetas guiadas a láser. El aire era transparente, el sol brillante y el campo de batalla llano. Era mucho más fácil que cualquier ejercicio en el campo de bombardeo en Nellis. Más abajo y en diferentes cotos, los F-16 se unieron a la cacería con Mavericks y bombas convencionales. Antes del mediodía, el comandante del III Cuerpo, creyéndose correctamente el oficial de mayor rango sobreviviente, ordenó una retirada general, reunió los camiones de abastecimiento guardados en KKMC y trató de restablecer entre sus unidades algo parecido al orden. Con las bombas cayéndole encima, la 5ta. Brigada saudita aproximándose desde el este, y una

fuerza norteamericana cerrándole la retaguardia, el III Cuerpo giró al noroeste esperando cruzar a territorio amigo por donde había entrado. Activaron los lanzafumígenos para ocultarse lo más posible, frustrando en cierto sentido a los aviadores aliados que, no obstante, no descendieron para atacar dado que las fuerzas de la RIU podrían haber devuelto el fuego con cierta eficacia a esa altura. El comandante alentaba la esperanza de regresar a su país con casi dos tercios de su fuerza. El combustible no lo preocupaba. Contaba con todas las reservas de combustible destinadas al Ejército de Dios.

Diggs se detuvo a ver la brigada de Eddington. Ya lo había visto y olido antes. Los tanques podían arder mucho tiempo, casi dos días, debido a la cantidad de combustible y municiones que transportaban, y el olor apestoso del diesel y los propulsores químicos servía para disfrazar el horrible hedor de la carne humana carbonizada. Los enemigos armados siempre eran objeto de odio, pero los enemigos muertos pronto se transformaban en objeto de piedad, especialmente cuando habían sido masacrados como éstos. Pero, en términos relativos, sólo unos pocos habían muerto a manos de los hombres de Carolina. La mayoría se habían rendido. Los rendidos fueron reunidos, desarmados, contados y puestos a trabajar, principalmente para enterrar los cadáveres de sus camaradas de armas. Era un hecho tan viejo como la guerra, y la lección de los derrotados era siempre la misma: *Es por esto que no debes volver a meterte con nosotros.*

-¿Y ahora qué? -preguntó Eddington, con un cigarro entre los dientes. Los victoriosos también pasaban por muchos estados de ánimo en el campo de batalla. Llegaban confundidos y apurados, enfrentaban lo desconocido con miedo oculto, presentaban batalla con decisión -y, en este caso, con una ira que jamás habían sentido antes-, ganaban con algarabía y finalmente sentían horror por la carnicería y piedad por los vencidos. El ciclo se renovó. La mayor parte de las unidades mecanizadas se habían reorganizado durante las últimas horas y estaban listas para moverse nuevamente, mientras las unidades sauditas que iban llegando se hacían cargo de los prisioneros.

-Quédese ahí sentado -replicó Diggs, para alivio y desilusión de Eddington.. Los remanentes huyen a toda velocidad. Jamás podrá atraparlos y no tenemos órdenes de invadir.

-Nos enfrentaron de la misma vieja manera -declamó el coronel de la Guardia Nacional, recordando a Wellington.. Y los detuvimos de la misma vieja manera. Qué tarea terrible.

-Bobby Lee, ¿recuerda Chancellorsville?

-Ah, sí. Él también tenía razón. Ese par de horas, Diggs, ese par de horas maniobrando mis batallones, consiguiendo información y actuando de acuerdo con ella. -Negó con la cabeza.. Nunca creí que pudiera sentirse algo así... pero ahora...

.-Es bueno que la guerra sea tan terrible, de otro modo nos aficionaríamos demasiado a ella.. Lo gracioso es que uno se olvida a veces. Esos pobres bastardos -dijo el general, observando cómo arreaban a unos cincuenta iraníes vencidos a la parte trasera de un camión.. Adelante, coronel. Reúna sus unidades. Tal vez recibamos órdenes de movernos, pero no creo.

-¿El III Cuerpo?

-No llegarán lejos, Nick. Tenemos -puesta la trampera. y ellos están yendo directamente a la boca del lobo.

-Entonces conoce a Bedford Forrest después de todo. -Era uno de los más importantes aforismos del oficial confederado. *Poner la trampera*: no darle al enemigo en retirada ocasión de descansar jamás; acosarlo, castigarlo, forzarlo a cometer errores adicionales, correrlo. Aunque ya no tuviera importancia.

-Mi tesis doctoral fue sobre Hitler como manipulador político. Tampoco me gustaba mucho -Diggs sonrió e hizo la venia.. Usted y su gente lo hicieron muy bien, Nick. Me alegra tenerlo con nosotros.

-Jamás me lo hubiera perdido, señor.

Librodot

El vehículo tenía chapa diplomática, pero el conductor y el pasajero sabían que esas cosas no siempre se respetaban en Teherán. Las cosas cambiaban constantemente en los países en guerra y era fácil detectar disponibilidades previamente clandestinas por el hecho de que en épocas de peligro tenían más guardias en vez de seguir como siempre. Lo último hubiera sido más astuto, pero todos lo hacían. El auto se detuvo. El conductor tomó los binoculares, el pasajero una cámara. Seguro, la granja experimental tenía guardias armados rodeando el edificio de investigación y eso no era normal, ¿no? *Así de fácil*. El auto pegó la vuelta y regresó a la embajada.

Sólo estaban atrapando rezagados. El Blackhorse había iniciado la persecución y la cacería era por demás prolongada. Los vehículos norteamericanos eran mejores y generalmente más rápidos que los que estaban persiguiendo, pero siempre era más fácil correr que cazar. Los perseguidores debían cuidarse de posibles emboscadas y la lujuria de matar enemigos se veía obstaculizada por la preocupación de morir en una guerra ya ganada. El desorden enemigo había permitido que el Undécimo se acercara bastante y las unidades del flanco derecho estaban ahora en contacto radial con la avanzada saudita, que acababa de aniquilar los últimos batallones del II Cuerpo y planeaba enfrentar al III en una batalla final y decisiva.

-Blanco tanque -dijo el comandante.. Diez en punto, cuaren-ta-uno cien.

-Identificado -dijo el tirador. El Abrams hizo un alto para facilitar el disparo.

-No disparen -dijo repentinamente el comandante.. Están sacando el agua. Dénles unos segundos.

-Correcto. -El tirador también podía verlos. En cualquier caso, el cañón principal del T-80 apuntaba hacia otro lado. Esperaron que la tripulación se alejara otros cien metros.

-Correcto, disparen.

-Allá va. -El tanque reculó, se sacudió y salió el disparo. Tres segundos después la torreta del tanque enemigo volaba por el aire.

-Blanco. Alto el fuego. Conductor, salga -ordenó el comandante. Ya había destruido quince con ése. La tripulación se preguntaba cuál sería el récord de la unidad. El comandante marcó la posición de los tres tripulantes enemigos en su IVIS, que inmediatamente transmitió la información al regimiento de seguridad para que los recogiera. Por si acaso los esquivaron. Por improbable que fuera, a uno de ellos podía ocurrírsele disparar o hacer una estupidez, y ellos no tenían tiempo ni ganas de desperdiciar municiones. Les quedaba una batalla más, a menos que el enemigo tuviera cerebro y se rindiera.

-¿Comentarios? -preguntó POTUS.

-Esto sentará un precedente, señor -replicó Cliff Rutledge.

-Es la idea -dijo Ryan. Habían visto el video de la batalla sin editar. Incluía los horrores usuales, partes de cuerpos desgarrados por los explosivos, cuerpos enteros muertos por causas misteriosas, una mano asomando de un vehículo todavía humeante, un pobre bastardo que casi había logrado salir, pero no... Tenía que haber algo especial en el hecho de llevar una minicámara que hacía que la gente registrara esas cosas. Los muertos eran muertos, y todos los muertos eran víctimas en uno u otro sentido... En más de un sentido, pensó Ryan. Esos soldados de dos países hasta hace poco independientes y con una cultura en común habían muerto a manos de norteamericanos armados, pero el que los había enviado a la muerte era un hombre cuyas órdenes debían cumplir, un miserable que había errado el cálculo y había tenido el tupé de usar sus vidas como talismanes, fichas de juego de azar, monedas en la gran máquina tragamonedas cuya palanca se había atrevido a bajar sólo por ver el resultado. No se suponía que fuera así. El poder conllevaba responsabilidad. Jack sabía que enviaría una carta manuscrita a las familias de los norteamericanos muertos, tal como había hecho George Bush en 1991. Las cartas cumplirían dos propósitos. Tal vez servi

rían de consuelo a los familiares de los muertos. Ciertamente le recordarían al hombre

Librodot

que los había mandado a la guerra que los muertos alguna vez habían estado vivos. Se preguntó cómo serían sus caras. Probablemente iguales a las de los que habían formado esa guardia de honor en Indianápolis el día de su primera aparición pública. Acaso tendrían el mismo aspecto, pero cada vida humana era única e irrepetible, la más valiosa posesión de cada uno, y Ryan había jugado un papel en la eliminación de esas vidas. Y aunque sabía que era necesario, también era necesario para él, ahora y mientras siguiera ocupando el sillón presidencial, recordar que esos muertos eran algo más que caras. Y ésa, se dijo, es la diferencia. Yo conozco mi responsabilidad. *Él* no conoce la *suya*. *Él* todavía vive con la ilusión de que la gente es responsable ante él, y no a la inversa. -Es dinamita política, señor presidente -dijo Van Damm.

-¿Y?

-Hay un problema legal -dijo Pat Martin.. Viola un decreto presidencial del presidente Ford.

-Conozco ese decreto -respondió Ryan.. ¿Pero quién decide los decretos presidenciales u órdenes ejecutivas?

-El jefe del Poder Ejecutivo, señor -respondió Martin.

-Redácteme uno nuevo.

-¿Qué es ese olor? -En el motel de Indiana, los camioneros habían salido para la cotidiana danza matinal de mover los camiones de un lugar a otro para evitar que se estropearan las ruedas. Ya estaban hartos de ese lugar y deseaban de todo corazón que la prohibición de viajar se levantara pronto. Un camionero que acababa de ejercitar un poco su Mack estacionó junto al camión de cemento de los Montañeses. La primavera se estaba volviendo calurosa y las cajas metálicas de los camiones convertían en hornos los interiores. En el caso del camión de cemento, el calor excesivo estaba surtiendo un efecto que sus dueños no habían previsto.. ¿Está perdiendo nafta? -le preguntó el camionero a Holbrook, agachándose a mirar.. No, el tanque está bien.

-Tal vez alguien haya derramado algo en las bombas -sugirió el Montañés.

-No creo. Las limpiaron hace poco con mangueras. Será mejor que veamos qué es. Una vez vi arder un KW por error de un mecánico. El chofer murió; fue en el .85, en la Interestatal 40. Un desastre -Seguía dando vueltas al camión.. Tienes una pérdida en alguna parte, amigo. Veamos el motor -dijo, empezando a abrir la tapa.

-Eh, eh, espera un momento... Eh...

-No te pongas nervioso, viejo, sé cómo arreglar estas cosas. Ahorro más de cinco grandes al año haciendo mi propia mecánica. -Levantó el capot y miró adentro, sacudiendo algunos cables.. Correcto, están bien. -Luego miró el radiador. La tapa estaba un poco floja, pero la ajustó enseguida. No había nada raro. Se agachó para mirar la parte de abajo.. No gotea nada. Maldición -concluyó, levantándose. Olió el viento. Tal vez el olor viniera de... no. Olió el desayuno que preparaban en el restaurante, su próxima parada del día. El olor venía exactamente de ese maldito camión... pero era otra cosa, no sólo nafta, ahora que lo pensaba.

-¿Qué pasa, Coots? -preguntó otro camionero, acercándose.

-¿Hueles eso? -Los dos se pusieron a oler el aire como marmotas.

-¿A alguien se le rompió el tanque?

-No que yo sepa. -El primero miró a Holbrook.. Mira, no quiero ser descortés, pero soy dueño de mi camión y me estoy poniendo nervioso, ¿sabes? ¿Te molestaría correr tu camión más allá? Llamaré a alguien para que le eche un vistazo al motor, ¿de acuerdo?

-Eh, claro, no hay problema, no te preocupes -Holbrook subió a su camión, lo puso en marcha y lo llevó muy despacito a un sector vacío del estacionamiento. Los otros dos se quedaron mirando.

-Ese maldito olor no se va, ¿no, Coots?

-Es un camión enfermo.

-A la mierda con él. Están por pasar el noticiero. Vamos.

-¡Carajo! -oyeron al entrar al restaurante. El televisor estaba sintonizado en la CNN. La

escena parecía producto de los efectos especiales de un gran estudio de cine. Esas cosas nunca eran reales. Pero esta vez sí.

-Coronel, ¿qué pasó anoche?

-Bueno, Barry, el enemigo nos atacó dos veces. La primera vez -explicó Eddington, sosteniendo un cigarro humeante en la mano extendida-, estábamos en aquella loma. La segunda vez estábamos avanzando, y ellos también, y nos encontramos aproximadamente aquí... -La cámara giró para mostrar dos tanques que cruzaban el camino.

-Apuesto a que es divertido manejar esas cosas -dijo Coots.

-Apuesto a que es divertido dispararlas. -La escena volvió a cambiar. La cara familiar y agradable del periodista estaba cubierta de polvo. Tenía bolsas de cansancio debajo de los ojos.

-Soy Tom Donner, con el equipo de prensa asignado al Undécimo Regimiento Acorazado de Caballería. ¿Cómo podría describir la noche que pasamos? Estuve con la tripulación de este Bradley, y nuestro vehículo y el resto de la Tropa-B han destruido... no sé cuántos tanques enemigos en las últimas horas. Anoche, en Arabia Saudita, tuvo lugar *La Guerra de los Mundos*... y nosotros éramos los marcianos.

-Las fuerzas de la RIU -las que enfrentamos eran una mezcla de iraquíes e iraníes. pelearon, o trataron de hacerlo, pero nada de lo que hicieron...

-Mierda, ojalá hubieran mandado a mi unidad -comentó un policía que patrullaba la ruta, sentándose en el lugar de siempre a beber su café. Ya conocía a varios de los camioneros.

-¿Tienen de ésos en la Guardia de Ohio, Smoky? -le preguntó Coots.

-Sí, mi unidad es caballería acorazada. Estos tipos de Carolina tuvieron una gran noche. Dios. -El policía negó con la cabeza y vio por el espejo a un hombre que volvía del estacionamiento.

-Las fuerzas enemigas están huyendo ahora. Acabamos de recibir un informe de las actividades de la Guardia Nacional, que derrotó a dos divisiones acorazadas completas...

-¡¿Tantas?! Caramba -masculló el policía, bebiendo un primer sorbo de café.

.... el Blackhorse aniquiló otra. Fue como ver una película. Fue como ver un partido de fútbol entre la NFL y la Pop Warner League.

-Bienvenidos a lo grande, bastardos -le gritó Coots al televisor.

-Eh, ¿ese camión de cemento es suyo? -preguntó el policía, dándose vuelta.

-Sí, señor -respondió Holbrook, sentándose a desayunar junto a su amigo.

-Ten cuidado, te hará volar por el aire -le aconsejó Coots sin darse vuelta.

-¿Qué demonios hace aquí un camión de cemento de Montana? ¿Eh? -preguntó el policía como si nada.. ¿Eh? -repitió, mirando a Coots.

-Tiene un problema en el tanque de nafta. Le pedimos que lo cambiara de lugar. A propósito, gracias -agregó, dirigiéndose al Montañés.. No quise ser desagradable, compañero.

-Está bien. Lo haré revisar por si acaso.

-¿Para qué vinieron desde Montana? -volvió a preguntar el policía.

-Bueno, eh, lo compramos allá y lo trajimos al este para nuestro negocio, ¿está bien?

-Hmm. -La atención general volvió al televisor.

-¡Sí, estaban llegando al sur y los empujamos adentro! -le decía un oficial saudita a otro periodista. Palmeaba el cañón de su tanque con el mismo afecto con que podría haber palmeado un semental campeón, era un hombrecito pequeño que había crecido unos centímetros la noche pasada, igual que su país.

-¿Tienes idea de cuándo podremos volver a trabajar, Smoky? -le preguntó Coots al policía.

Smoky negó con la cabeza.

-Sé tanto como tú. Cuando salga de aquí, tendré que ir a bloquear caminos.

-¡Sí, te estás perdiendo unas cuantas propinas, viejo oso Smokey! -comentó socarronamente otro camionero.

-No me había fijado en las chapas. ¿Para qué demonios trajeron un camión de cemento

de Montana? -preguntó Coots. Esos tipos eran muy raros.

-Tal vez lo pagaron barato -dijo el policía, terminando su café.. No me molestaría tomarlo caliente de vez en cuando. Maldición, ¿lo habrán robado?

-No escuché nada al respecto... ¡Epa! -saltó Coots. Estaban mostrando los resultados de las bombas inteligentes.. Al menos no debe doler mucho.

-Te quisiera ver ahí -le espetó el policía, saliendo. Entró a su patrullero Chevy y se dirigió a la autopista, pero antes decidió echarle un vistazo al camión de cemento. Tal vez debería anotar el número de patente, pensó. Tal vez fuera robado después de todo. Lo olió. Para él no era nafta, era... ¿amoníaco? Un olor que siempre había asociado con los helados porque había trabajado todo un verano en una fábrica... y también con el olor de los impelentes de su unidad de caballería en la Guardia Nacional. Sintió curiosidad y volvió al café.. Perdón, caballeros, ¿ese camión estacionado en aquella punta es de ustedes?

-Sí, ¿por qué? -preguntó Brown.. ¿Hicimos algo mal?

Sus manos lo traicionaron. El policía las vio crisparse. Decididamente algo andaba mal.

-¿Me harían el favor de acompañarme, caballeros?

-Un momento, ¿qué está pasando aquí?

-Nada. Sólo quiero saber qué es ese olor. ¿Está claro?

-Ya le dije que lo haremos revisar.

-Lo harán revisar ahora mismo, caballeros. -Hizo un gesto.. ¿Me harán el favor?

El policía los acompañó afuera, subió a su auto y los siguió mientras ellos caminaban hacia el camión. Hablaban gesticulando. Decididamente algo andaba mal. Sus compañeros de patrulla no estaban muy ocupados. Por instinto llamó otro auto de refuerzo y transmitió el número de patente a los cuarteles generales. Una vez hecho eso, salió y miró el camión.

-¿Puede ponerlo en marcha?

-Claro -Brown subió al camión y encendió el motor, que era bastante ruidoso.

-¿Qué está pasando aquí? -le preguntó el policía a Holbrook.. ¿Puedo ver sus documentos, por favor?

-Eh, no entiendo qué le pasa a usted.

-Nada, sólo quiero ver sus documentos, señor.

Pete Holbrook sacó su portadocumentos del bolsillo. Llegó otro patrullero. Brown lo vio, vio a Holbrook con el portadocumentos en la mano, y vio la mano del policía en la culata de su pistola. Era la manera de pararse de todos los policías, pero Brown no lo tuvo en cuenta. Ninguno de los Montañeses tenía un arma a mano. Las tenían en la habitación, pero francamente no habían creído necesario llevarlas a desayunar. El policía tomó el permiso de conducir de Pete, volvió a su auto, levantó el micrófono...

-La chapa está limpia, no sale nada raro en la computadora -le informó la chica de la estación.

-Gracias. -Tiró el micrófono sobre el asiento y fue hacia Pete Holbrook con el permiso en la mano...

Brown vio un policía con su amigo, vio otro policía, vio que el primer policía hablaba por radio...

El policía levantó la vista azorado cuando el camión aceleró. Gritó y le hizo señas de parar. El otro patrullero avanzó para bloquearle el paso y el camión se detuvo. Eso hizo. Se detuvo en seco. Algo andaba mal, decididamente.

-¡Salga! -gritó Smoky, pistola en mano. El segundo oficial de policía se encargó de Holbrook aunque no tenía la menor idea de qué estaba pasando. Brown bajó del camión y sintió que una poderosa mano lo agarraba del cuello de la camisa y lo empujaba contra el camión.. ¿Qué pasa con ustedes? -preguntó el policía. Tardaría horas en saberlo.

Lo único que podía hacer era gritar y, por extraño que le resultara, eso hacía. El video era innegable. La televisión mundial tenía una respetabilidad inherente e instantánea, y no podía evitarlo. Su país tenía fuentes satelitales como tantos otros, incluyendo las naciones veci-

nas. ¿Qué haría ahora? ¿Ordenar que las apagaran?

-¿Por qué no están atacando? -preguntó Daryaei.

-No podemos comunicarnos ni con el comandante del ejército ni con los comandantes de cuerpo. Sólo tenemos contacto con dos divisiones. Una brigada reportó que está yendo hacia el norte perseguida por las fuerzas enemigas.

-¿Y?

-Y nuestras fuerzas han sido derrotadas -murmuró el oficial de inteligencia.

-¿Pero cómo?

-¿Acaso tiene importancia?

El enemigo vino del norte, el Buffalo del sur. Evidentemente, el III Cuerpo de la RIU no sabía qué había más adelante. Al promediar la tarde se enteró. El 1er. Escuadrón de Masterman había eliminado hasta el momento un centenar de camiones de combustible y otros vehículos, muchos más que los otros dos batallones. La única cuestión a dirimir era cuánta resistencia desplegaría el enemigo. Gracias a la cobertura aérea sabían exactamente dónde estaba la fuerza de avanzada, qué poder tenía y cómo estaba concentrada, y hacia dónde se dirigía. Era mucho más fácil que la última vez que había participado en acción.

La Tropa-A ocupaba la posición de avanzada, la B y la C se hallaban tres kilómetros más atrás, y la compañía de tanques estaba en reserva. Por temible que fuera el avance enemigo, decidió no usar la artillería. No tenía sentido alertarlos sobre la proximidad de los tanques. Diez minutos antes de hacer contacto giró la Tropa-A hacia la derecha. A diferencia de la primera -y única. batalla de su carrera, Duke Masterman no vería el desarrollo de ésta. En cambio, la escucharía por radio.

La Tropa-A abrió fuego a máximo alcance con ambos cañones y misiles TOW, aniquilando la primera línea desigual de vehículos enemigos. El comandante de la tropa estimó por lo menos fuerza de batallón al atacar el frente izquierdo, aproximándose oblicuamente según la maniobra planeada en un principio. La división de la RIU, de origen iraquí, retrocedió en sentido contrario sin darse cuenta de que la estaban empujando contra otras dos tropas de caballería.

-Aquí GUIDON-SEIS. Taladren a la izquierda, repito, taladren a la izquierda -ordenó Masterman desde su vehículo de comando. Las Tropas B y C giraron al este, corrieron aproximadamente tres kilómetros y retrocedieron. Al mismo tiempo, Masterman abrió fuego de artillería contra el segundo escalón enemigo. Ya no había efecto sorpresa que proteger y era hora de dañar al enemigo de todas las maneras posibles. Pocos minutos después supo que estaba enfrentando por lo menos una brigada sólo con el 1er. Escuadrón del Buffalo, pero las cantidades importaban tan poco ahora como la noche anterior.

Por última vez, se produjo una suerte de horror mecánico. Los fogonazos de cañones y subfusiles brillaban menos a la luz del día y los tanques avanzaban entre la polvareda levantada por sus propios dis-paros. Tal como estaba planeado, la fuerza enemiga retrocedió nuevamente para escapar de los efectos devastadores de las Tropas B y C esperando encontrar una brecha entre la primera fuerza de ataque y la segunda. Pero lo que encontraron fueron catorce M1A2 del escuadrón de la compañía de tanques, espaciados a doscientos metros como escolleras. Como siempre, las fuerzas aliadas destruyeron primero los tanques y luego los carros de infantería mecanizada mientras GUIDON avanzaba contra la formación enemiga. Pero se detuvieron. Los vehículos enemigos todavía no comprometidos en el combate se detuvieron repentinamente. Sus tripulantes saltaron afuera y huyeron corriendo. Masterman se enteró de que estaba pasando lo mismo en toda la línea hacia el oeste. Tomados por sorpresa y con la salida bloqueada, los soldados enemigos tuvieron la suerte de ver lo que se les venía encima y decidieron -justo a tiempo. que toda resistencia sería fatal para ellos. Y así, la Tercera (y última) Batalla de KKMC terminó treinta minutos después de comenzada.

No obstante, para los invasores no fue tan fácil. Las fuerzas sauditas, finalmente en contacto pesado, pelearon una batalla deliberada y aniquilaron otra brigada. Al caer el sol, las seis

divisiones de la RIU que habían invadido su país estaban exterminadas. Las subunidades restantes recibieron la orden de rendirse antes de que los aliados, que atacaban por los tres flancos, forzaran una decisión más definitiva.

Como de costumbre, el mayor dolor de cabeza administrativo fue provocado por los prisioneros y empeorado por la confusión adicional de la llegada de la noche. El problema duraría por lo menos un día, informaron los comandantes. Afortunadamente la mayoría de los efectivos iraníes tenía agua y raciones de alimentos. Fueron separados de sus equipos y puestos bajo vigilancia, pero estando tan lejos de su patria no había peligro de que intentaran escapar a pie por el vasto e insondable desierto.

Clark y Chávez salieron de la embajada rusa una hora después del anochecer. En el baúl del auto llevaban una valija grande cuyo contenido no le resultaría abiertamente peligroso a nadie y era de hecho adecuado a sus identidades periodísticas. La misión, pensaban ambos, era un poco alocada, y si bien esa peculiaridad perturbaba en cierto sentido al miembro más viejo del equipo, Ding estaba bastante excitado con la novedad. No obstante, la premisa parecía increíble y debía ser verificada. El trayecto hasta el callejón detrás de la cafetería fue normal. El perímetro de seguridad que rodeaba la casa de Daryaei terminaba cerca de allí. La cafetería estaba cerrada, sumándose al apagón impuesto a una ciudad medio en guerra, medio en paz... Las luces de las calles estaban apagadas, las ventanas cerradas o cubiertas, pero los autos podían circular con los faroles encendidos y la electricidad doméstica seguía funcionando... cosa que redundó en beneficio de los dos agentes. Violar la cerradura fue fácil. Chávez abrió la puerta y miró adentro. Clark lo siguió con la valija en la mano, y ambos entraron cerrando la puerta tras ellos. Ya estaban en el segundo piso cuando oyeron ruidos. Una familia vivía allí. Resultó ser una pareja de cincuentones, los dueños de la cafetería, que miraban televisión. Si la misión hubiera sido debidamente planeada ese detalle hubiera sido previsto, pensó John. Oh, bueno. No era momento de quejarse.

-Hola -dijo Clark con mucha calma.. Por favor no hagan ruido ni griten.

-¿Qué...?

-No les haremos daño -aseguró John mientras Ding buscaba... Sí, los cables servirían.. Por favor tírense al piso.

-¿Quién...?

-Los desataremos antes de irnos -prosiguió Clark, siempre en farsi.. Pero si se resisten tendremos que lastimarlos.

La pareja estaba demasiado aterrada para resistirse a esos dos hombres que habían entrado como ladrones en su casa. Clark les ató los brazos con los cables, luego los tobillos. Chávez los puso de costado y le dio un poco de agua a la mujer antes de amordazarla.

-Asegúrate de que puedan respirar -dijo Clark, esta vez en inglés. Revisó todos los nudos, complacido de recordar sus habilidades marineras básicas aprendidas treinta años atrás. Satisfechos, siguieron subiendo.

La parte verdaderamente demencial era la de comunicaciones. Chávez abrió la valija y empezó a sacar cosas. El techo del edificio era plano y tenían una línea de visión directa y despejada a otro edificio similar situado a tres cuadras. Por esa razón debían permanecer agachados. En primer lugar, Ding instaló la mini-fuente. El trípode era pesado y tenía tornillos en las patas para asegurarlo al piso. Lo giró hasta encontrar el zumbido de la señal del satélite. Una vez hecho eso, ajustó el tornillo para afirmar la fuente en su lugar. Después se ocupó de la cámara, que también tenía trípode. Abrió el trípode, colocó la cámara y la apuntó al centro de los tres edificios que les interesaban. Por último, conectó el cable de la cámara al generador que habían dejado en la valija abierta.

-Está funcionando, John.

Lo más raro de todo era que podían copiar señales del satélite pero no tenían canal de audio para usar. Para eso necesitarían equipos adicionales con los que no contaban.

-Allí está -informó Robby Jackson desde el Centro Nacional de Comando Militar.

Librodot

-Ése es -confirmó Mary Pat Foley, observando la misma imagen. Marcó el número telefónico de la embajada norteamericana en Moscú, y desde allí la comunicaron con el Ministerio del Exterior ruso, desde allí con la embajada rusa en Teherán, y desde allí con el teléfono digital que John tenía en la mano.

-¿Puedes oírme, Ivan? -le preguntó en ruso.. Soy Foleyeva.

La respuesta tardó un larguísimo segundo en llegar.

-Ah, María, qué bueno es oír tu voz. -*Gracias a Dios que existen las compañías telefónicas*, pensó John, exhalando un largo suspiro. *Incluso las de este país*.

-Tengo tu foto aquí, sobre el escritorio -dijo ella.

-En aquel entonces yo era mucho más joven.

-Clark está in situ y todo está en orden -informó la DDO.

-Perfecto -Jackson llamó por teléfono.. Es un hecho. Repito, es un hecho.

-La Operación BOOTH es un hecho -confirmó Diggs desde Riyadh.

El sistema de defensa antiaérea iraní estaba tenso al máximo. Aunque nadie había lanzado ningún ataque contra el territorio, los operadores de radar se mantenían en estado de alerta. Sólo vieron algunos aviones patrullando las costas de Arabia Saudita y Qatar. Volaban paralelos a la costa, sin acercarse siquiera al centro del agua.

-BANDIT-DOS-CINCO-UNO y BANDIT-DOS-CINCO-DOS terminaron de recargar combustible con una diferencia de segundos. No siempre los bombarderos Stealth operaban al unísono. De hecho, estaban diseñados para operar individualmente. Pero esa vez no. Se separaron de los KC-10 y giraron al norte para un vuelo de casi una hora, con mil pies de separación vertical. Las tripulaciones de los tanques de abastecimiento permanecieron en la estación y aprovecharon el tiempo para reabastecer a la patrulla de bombarderos que esperaba sobre la costa saudita para la rutina de las operaciones nocturnas. A cincuenta millas de distancia, un AWACS detectó todo... o casi todo. El E3B no estaba en condiciones de detectar un F-117.

-Seguimos encontrándonos -le dijo el presidente a su maquilladora con forzado buen humor.

-Tiene cara de cansado -comentó Mary Abbot.

-Estoy muy cansado -admitió Ryan.

-Le tiemblan las manos.

-Por la falta de sueño. -Era mentira.

Callie Weston estaba tipeando los cambios del discurso directamente en la memoria electrónica del TelePrompTer. Ni siquiera los técnicos de la TV tenían permitido ver el contenido del discurso y, en cierto sentido, la asombraba poder leerlo. Terminó y revisó la tipografía que -y esto lo había aprendido con los años. podía ser desconcertante para los presidentes cuando salían en vivo por televisión.

Algunos estaban fumando. Eso era indicio de una disciplina pobre, pensó Clark, aunque tal vez los ayudara a mantenerse despiertos.

-John, ¿alguna vez pensó que este trabajo es tal vez demasiado excitante?

-¿Quieres tomarte un descanso? -Era la reacción más común, y ellos no eran la excepción.

-Sí.

-Yo también. -Eso nunca aparecía en las películas de James Bond.. Hmm. No sabía eso. -Clark apretó el auricular contra la oreja. Oyó que una voz normal -no de locutor profesional. decía que el presidente hablaría dentro de dos minutos. Tal vez fuera el director de la red, pensó. Sacaron los dos últimos objetos de la valija.

-Compatriotas, estoy aquí para informarlos sobre la situación en Medio Oriente -anunció el presidente sin preámbulos.

-Hace aproximadamente cuatro horas cesó la resistencia organizada de las fuerzas de la República Islámica Unida que habían invadido el reino de Arabia Saudita. Las fuerzas sauditas, kuwaitíes y norteamericanas en conjunto han destruido seis divisiones enemigas en una batalla que duró una noche y un día.

-Ahora estoy en condiciones de decirles que nuestro país envió a los regimientos de Caballería Décimo y Undécimo, más la Primera Brigada de la Guardia Nacional de Carolina del Norte y el Ala 366 de la Base Mountain Home de la Fuerza Aérea en Idaho. Se peleó una batalla masiva al sur de la Ciudad Militar Rey Khalid. Ya han visto algo de eso por televisión. Las últimas unidades de la RIU intentaron abandonar el campo de batalla con dirección norte, pero fueron interceptadas y después de un breve enfrentamiento se rindieron. El combate terrestre en el área ha concluido, *por el momento*.

-Digo -por el momento. porque esta guerra no se parece a las que hemos conocido en los últimos cincuenta años. El enemigo atacó directamente a nuestros ciudadanos, en nuestro propio suelo. Fue un ataque deliberado contra civiles. Fue un ataque que utilizó un arma de destrucción masiva. Las violaciones a la ley internacional son demasiadas para mencionarlas ahora -prosiguió el presidente-, pero me equivocaría si dijera que este ataque fue obra del pueblo de la RIU.

-Los *pueblos* no hacen la guerra. La decisión de iniciar una guerra suele ser fruto de un solo hombre. Reyes, príncipes o jefes bárbaros, a lo largo de la historia siempre ha sido un solo hombre el que declaró la guerra, y la decisión de iniciar una guerra nunca es resultado de un proceso democrático.

-Los norteamericanos no queremos pelear con el pueblo de Irán e Irak. Su religión puede ser diferente de la nuestra, pero nuestro país protege la libertad de culto. Hablamos diferente idioma, pero Estados Unidos siempre dio la bienvenida a gente de todos los idiomas. Si Estados Unidos le ha demostrado algo al mundo, es que todos los hombres son iguales y que con la misma libertad y las mismas oportunidades todos prosperan teniendo como único límite sus capacidades personales.

-En las últimas veinticuatro horas matamos por lo menos diez mil soldados de la RIU. Probablemente muchos más. No conocemos y tal vez nunca conoceremos la cantidad de muertos *enemigos*, pero no necesitamos que nadie nos recuerde que esos muertos no eligieron su destino. Su destino fue elegido por otros, más bien por una sola persona. -Ryan juntó las manos teatralmente. A todos los que miraban les pareció un gesto sumamente extravagante.

-Allá va -dijo Chávez, con la cara pegada al visor de la cámara, que ahora estaba mostrando lo que llegaba del satélite -Empieza la música.

Clark activó el transmisor láser y apuntó a la cornisa del edificio... Cornisa o parapeto, no recordaba la diferencia. Fuera lo que fuera, había un guardia parado allí, con el pie sobre la estructura.

Diggs en Riyadh:

-Chequeo final.

-BANDIT-DOS-CINCO-UNO. -Fue la respuesta...

-DOS-CINCO-DOS.

Librodot

-A lo largo de la historia reyes y príncipes hicieron la guerra a su antojo, mandando a sus pueblos a una muerte casi segura. Para los reyes sólo eran campesinos y las guerras eran maneras de obtener poder y riquezas, una suerte de entretenimiento, y si moría gente a nadie le importaba demasiado, y cuando todo terminaba la mayoría de los reyes seguían siendo reyes, ganaran o perdieran, porque estaban por encima de todo. En este siglo se dio por sentado que un jefe de Estado tiene *derecho a* hacer la guerra. En Nuremberg, después de la Segunda Guerra Mundial, cambiamos esa regla de oro juzgando y ejecutando a algunos de los responsables. Pero para llegar a ese punto, para llegar a arrestar y juzgar a los criminales debieron morir veinte millones de rusos, seis millones de judíos... Se perdieron tantas vidas que los historiadores no saben cuántas fueron en realidad... -Ryan levantó la vista y vio que Andrea Price le hacía señas. No sonreía. Tampoco era para sonreír. Pero de todos modos hizo la seña.

Habían llevado el láser con base terrestre sólo por seguridad. Podrían haber prescindido de él, pero hubiera sido difícil escoger la casa correcta y además querían limitar los daños colaterales. De esa manera, también, los aviones podrían arrojar sus armas desde más altitud. Justo a tiempo, los dos BANDIT abrieron sus compuertas. Cada uno llevaba un arma de quinientas libras que colgó del trapecio hasta que su cabeza buscadora detectó la señal modulada del radar. Las bombas adquirieron la señal láser e informaron a los pilotos, que inmediatamente ejecutaron el disparo. Entonces, ambos pilotos dijeron algo que jamás habían dicho en una misión Stealth.

-BANDIT-DOS-CINCO-UNO, ¡bomba lanzada!

-DOS-CINCO-DOS, ¡bomba lanzada!

-Cada idea en la historia de la humanidad, buena o mala, ha empezado en una sola cabeza, en una mente, y las guerras empiezan porque una mente considera provechoso matar y robar. Esta vez nos pasó a nosotros de una manera muy cruel. Esta vez estamos completamente seguros de quién lo hizo... y de mucho más.

En todo el mundo, en todos los países con cable y satélite, en más de un billón de hogares, la imagen cambió del Despacho Oval de la Casa Blanca a un edificio de tres pisos en una calle de ciudad. La mayoría de los televidentes pensó que era un error, algo de una película, una mala conexión...

Algunos, pocos, sabían que no era así aun antes de que el presidente prosiguiera. Daryaei también estaba mirando el discurso de Ryan, más por curiosidad que por razones políticas. ¿Qué clase de hombre era ese Ryan en realidad? se preguntaba. Lo descubrió demasiado tarde.

-Allí vive Mahmoud Haji Daryaei, el hombre que atacó a nuestro país con la enfermedad, el hombre que atentó contra mi hija, el hombre que trató de matarme, el hombre que mandó a su ejército en una misión de conquista que se transformó en misión de muerte. Es un hombre que ha traicionado su religión y las leyes de los hombres y las naciones, y ahora, señor Daryaei, aquí tiene la respuesta de Estados Unidos de Norteamérica.

El presidente dejó de hablar, y un segundo o dos después pasó lo mismo con las traducciones de todo el mundo. La voz fue reemplazada por un profundo silencio. Los televidentes seguían mirando la imagen en blanco y negro de un edificio ordinario... pero sabían que iba a pasar algo extraordinario. Los más atentos vieron encenderse una luz en un departamento y abrirse la puerta del frente, pero nadie conocería jamás la identidad de la persona que intenta-

ba escapar... porque ambas armas dieron en el blanco, atravesaron el techo del edificio y explotaron un segundo después.

El ruido fue horrible. La ola de presión fue todavía peor. Pero ambos observaban la escena, ignorando abiertamente el peligro. Se oyó el eco de los vidrios rotos a media milla a la redonda.

-¿Se encuentra bien? -preguntó Ding.

-Sí. Llegó el momento de partir, socio.

-Maldita sea, Mr. C.

Bajaron al dormitorio lo más rápido posible. Chávez cortó los cables con una navaja. Supuso que tardarían cinco minutos en terminar de desatarse. Los callejones les permitieron alejarse del área y apartarse de los vehículos de emergencia que ululuban hacia las ruinas de los tres edificios. Media hora después estaban a salvo en la embajada rusa. Les ofrecieron vodka. Bebieron vodka. Chávez nunca había temblado tanto en su vida. Clark sí. El vodka los ayudó a ambos.

-Al pueblo de la República Islámica Unida, éste es el mensaje de Estados Unidos de Norteamérica para ustedes:

-Primero, conocemos la localización exacta de la fábrica de virus letales. Hemos pedido y recibido ayuda de la Federación Rusa. Los rusos son neutrales en nuestra disputa, pero conocen esta clase de arma. Un equipo de expertos técnicos está yendo rumbo a Teherán. Aterrizarán dentro de pocas horas y ustedes los llevarán directamente a las instalaciones para supervisar su neutralización. Serán acompañados por periodistas que verificarán los hechos. Si esto no pasa, dentro de doce horas destruiremos la fábrica con una bomba nuclear arrojada por un bombardero Stealth. No cometan el error de pensar que no me atreveré a dar la orden. Estados Unidos de Norteamérica no tolerará la existencia de ese lugar y sus armas inhumanas. El plazo de doce horas acaba de comenzar.

-Segundo, sus prisioneros serán tratados de acuerdo con las convenciones internacionales y con las austeras y admirables leyes de hospitalidad que son parte de su fe islámica. Los prisioneros les serán devueltos en cuanto ustedes entreguen a Estados Unidos los cuerpos vivos de todos los que desempeñaron un rol en la preparación y el envío de esas armas contra nuestro país, y también de los que están detrás del atentando contra mi hija. Sobre eso no habrá compromiso.

-Tercero, les damos una semana para satisfacer este pedido. Si no lo satisfacen, Estados Unidos declarará y llevará a cabo una guerra ilimitada contra su país. Ya han visto lo que podemos hacer, lo que hemos hecho. Les aseguro que podemos hacer mucho más todavía si nos vemos obligados. Ustedes eligen. Elijan sabiamente.

-Por último, y esto vale para todas las naciones que quieran perjudicarnos, Estados Unidos de Norteamérica no tolerará ataques contra el país, sus posesiones o sus ciudadanos. De hoy en adelante, el que ejecute u ordene un ataque semejante, no importa quién sea, no importa dónde se esconda, no importa cuánto tiempo lleve, será castigado. He jurado ante Dios cumplir mi deber de presidente. Lo haré. A los que deseen nuestra amistad les digo que no encontrarán un amigo más fiel que nosotros. A los que deseen nuestra enemistad les digo que también sabemos ser enemigos fieles.

-Compatriotas, hemos pasado momentos difíciles, igual que algunos de nuestros aliados e igual, también, que nuestros enemigos. Hemos derrotado la agresión. Hemos castigado al mayor culpable de las crueles muertes ocurridas en nuestro país y también nos ocuparemos de los que obedecieron fielmente sus órdenes, pero en cuanto al resto quiero que recordemos las palabras del presidente Abraham Lincoln:

-Sin malicia hacia nadie, con caridad hacia todos, siguiendo con firmeza el camino recto cuya visión Dios nos ha concedido, esforcémonos por completar nuestra obra y curemos las

Librodot

heridas de la nación... Para lograrlo debemos alcanzar y anhelar una paz justa y duradera entre nosotros, y con todas las naciones de la Tierra..

-Gracias, y buen día.

EPÍLOGO

SALA DE PRENSA

.... y por último, someto a consideración del Senado el nombre del Dr. Pierre Alexandre para ocupar el puesto de cirujano general. El doctor Alexandre, después de una distinguida carrera en el Cuerpo Médico del Ejército de Estados Unidos, se unió a la Facultad de Medicina de la Universidad Johns Hopkins como profesor asociado en el área de enfermedades infecciosas. Me ayudó mucho durante la crisis de Ébola. El Dr. Alexandre es un clínico e investigador brillante que iniciará y supervisará varios programas, entre ellos la investigación básica de enfermedades infecciosas poco comunes y una nueva comisión federal para la investigación del SIDA. Donde no habrá burocracia -aclaró el presidente-, porque ya ha habido demasiada. La idea es crear un nuevo sistema en el que los médicos y otros científicos e investigadores puedan intercambiar fácilmente los avances y resultados de sus investigaciones. Espero que el Senado tenga a bien confirmar a la brevedad su nombramiento.

-He concluido mi discurso de presentación -Jack señaló a una periodista.. ¿Sí, Helen?

-Señor presidente, sus comentarios sobre China...

-Creí que estaba claro. Hemos mantenido discusiones con la República de China y llegamos a la conclusión de que la restauración de las relaciones diplomáticas es de interés fundamental para ambos países. La política de Estados Unidos no es desalentar a los países con gobiernos libremente elegidos. La República de China es uno de esos países y merece todo nuestro respeto y reconocimiento.

-¿Pero qué pensará China continental de esto?

-Lo que piensen es cosa de ellos. Ambos somos países soberanos. Lo mismo que Taiwan, y ya es hora de dejar de fingir lo contrario.

-¿Esto tiene algo que ver con la caída del avión?

-Ese asunto todavía se está investigando. ¿Próxima pregunta? -Ryan señaló.

-Señor presidente, el nuevo gobierno provisional iraní está buscando establecer relaciones diplomáticas con nuestro país. ¿Atenderemos ese pedido?

-Sí, ciertamente -replicó Jack.. Si existe una manera mejor de transformar al enemigo en amigo que la discusión abierta y el comercio, yo la desconozco. Los iraníes han cooperado mucho y todavía tenemos un edificio de embajada allí, pero supongo que tendremos que cambiar la cerradura de la entrada. -Risotada general.. Sí, Tom. A propósito, muy buena su cobertura. Y bienvenido a casa.

-Gracias, señor presidente. Respecto de la destrucción de la fábrica de virus en las afueras de Teherán... Los únicos periodistas presentes fueron los dos rusos que la embajada mandó con ese propósito. ¿Cómo podemos estar seguros...?

-Tom, los expertos rusos que supervisaron la neutralización del emplazamiento son verdaderos expertos. Tenemos videos del procedimiento filmados por los periodistas, y tanto yo como mis asesores en el tema estamos satisfechos. ¿Ed?

-Señor presidente, el intercambio de prisioneros está concluido. ¿Cómo responderemos al pedido de crédito formulado por Irán e Irak?

-Los secretarios Adler y Winston volarán a Londres la semana próxima para discutirlo con los representantes de ambos gobiernos.

-Señor, ¿eso significará precios preferenciales en la importación de petróleo? Y de ser así, ¿por cuánto tiempo?

-Ed, ésos son temas sujetos a negociación, pero supongo que nos ofrecerán algo a cambio de la aprobación del crédito que piden. Los detalles exactos están por verse y tenemos dos hombres muy capaces para negociarlo.

-¿Qué puede decirnos de las mujeres capaces? -preguntó una periodista.

-Tenemos muchísimas aquí, Denise, entre ellas usted. En caso de que no lo sepa, la agente especial Andrea Price -el presidente hizo un gesto hacia la puerta a su derecha. acaba de aceptar una propuesta matrimonial. No obstante, será un matrimonio mixto ya que su prometido, el inspector Patrick O-Day, es agente especial del FBI. Les deseo lo mejor, aunque eso signifique que deba buscarme un nuevo custodio. Sí, Barry -dijo finalmente, señalando al periodista de la CNN.

-La gran pregunta que todavía nadie ha formulado. Señor presidente...

Ryan alzó la mano.

-Queda tanto..-tanto por hacer para poner en marcha el gobierno después de todo lo que hemos pasado...

-No vamos a dejarlo escapar, señor.

Una sonrisa. Un suspiro. Una rendición.

-La respuesta a su pregunta es sí, Barry, sí, me quedaré.

-Gracias, señor presidente.

Librodot